



INSTITUTO BORRELL

BIBLIOTECA DEL

DE LAS ESCUELAS PÍAS

Estante

C

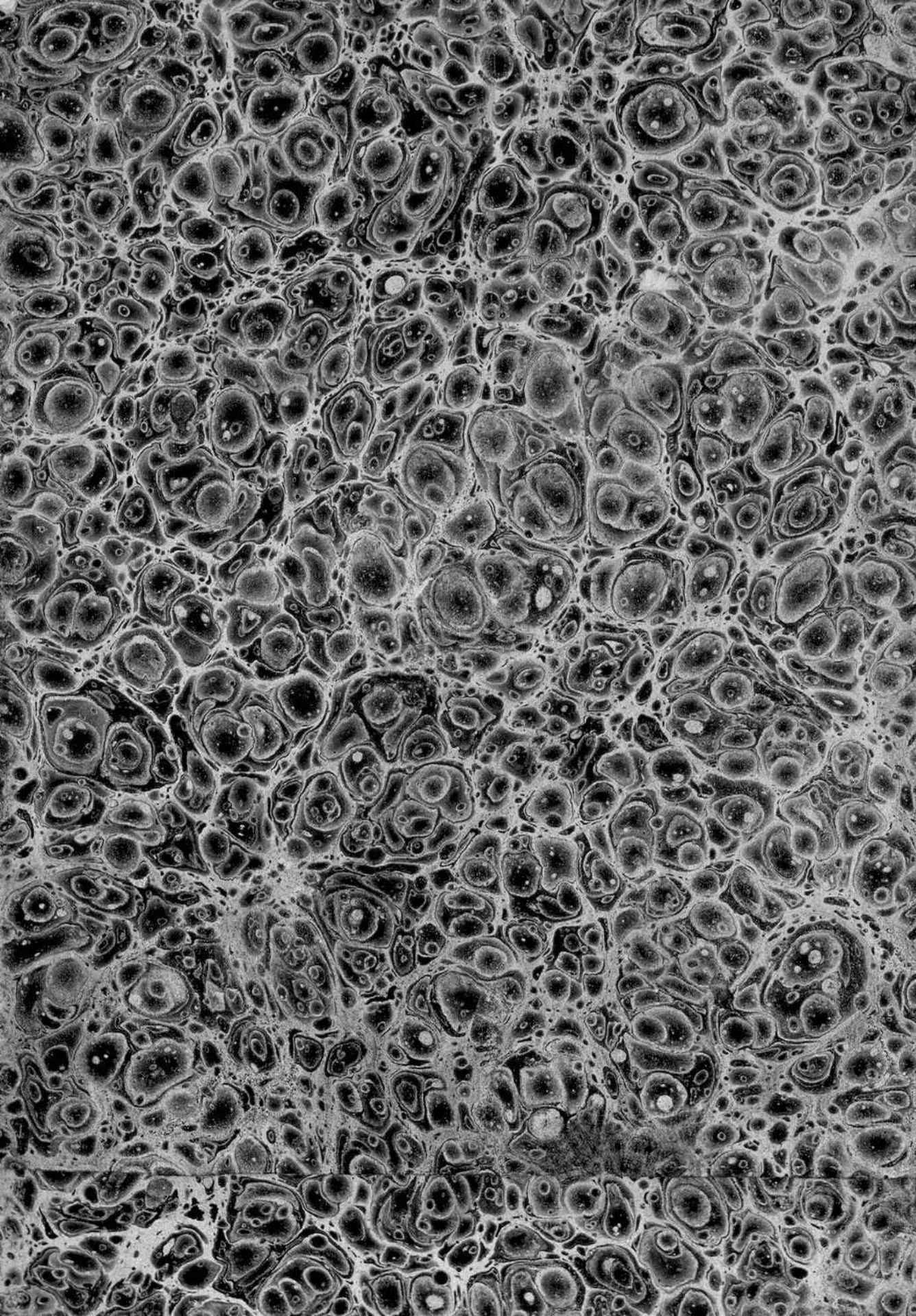
Plúteo

V

Número

14

ALELLA



SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

(Lectura de las familias.)

DIRIGIDO EN LA PARTE LITERARIA

POR DON FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA

Y

DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Y EN LA ARTISTICA

POR DON VICENTE CASTELLO.

AÑO XI.

NUEVA EPOCA.

TOMO I.



MADRID,

IMPRENTA Y ESTABLECIMIENTO DE GRABADO DE DON BALTASAR GONZALEZ, EDITOR
CALLE DE HORTALEZA, NUM. 89.

1846.

SEMANARIO

PINTORRESCO ESPAÑOL

(Continúa de la anterior)

EDITADO EN LA PLAZA DE LA LITERARIA

POD DON FRANCISCO MARTINEZ VILLOSA

DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS

EN LA OFICINA

POD DON VICENTE CASTELLANO

EN LA

LIBRERIA

TOMO I



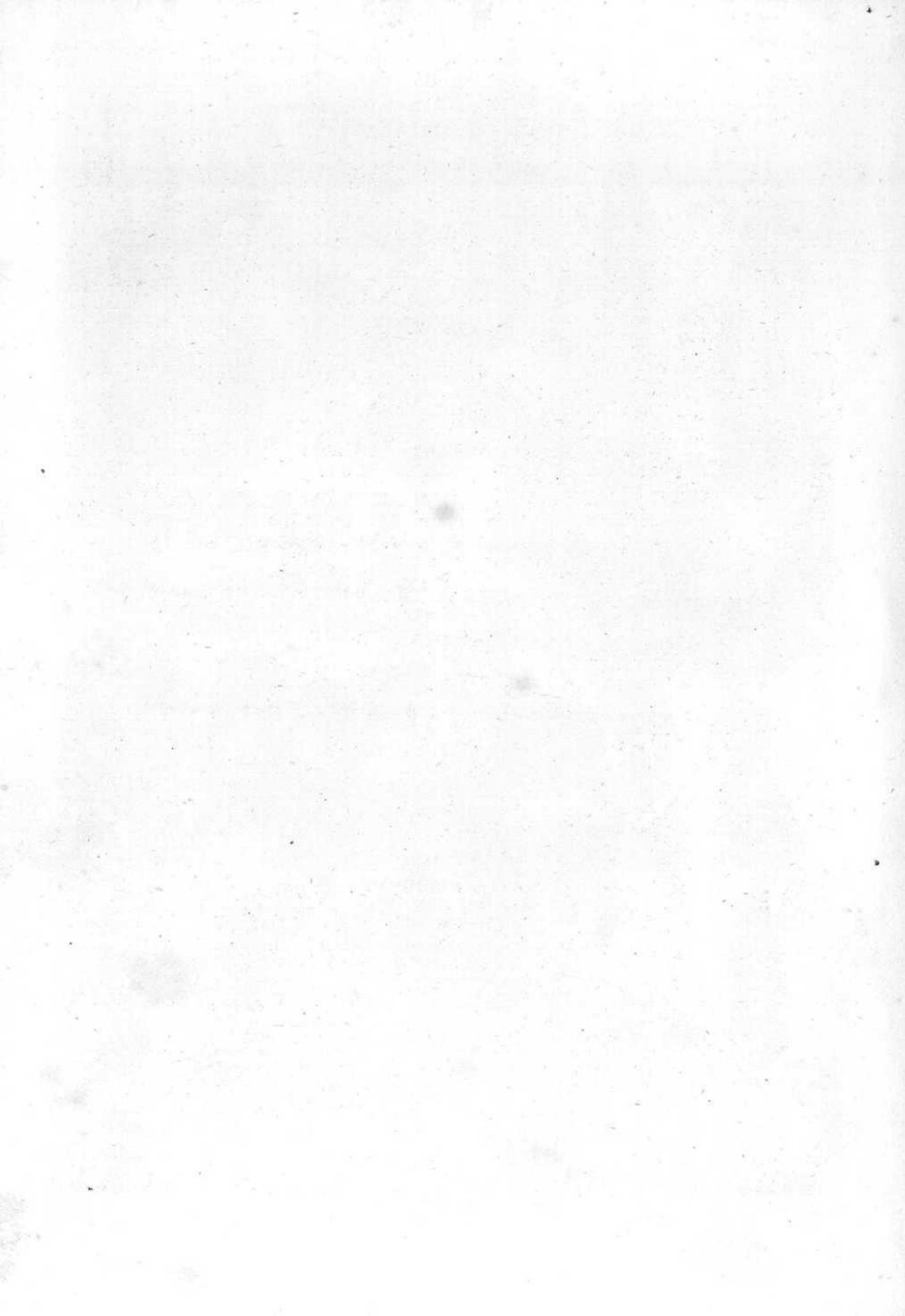
IMPRESA Y ESTABLECIMIENTO DE DON FRANCISCO MARTINEZ VILLOSA

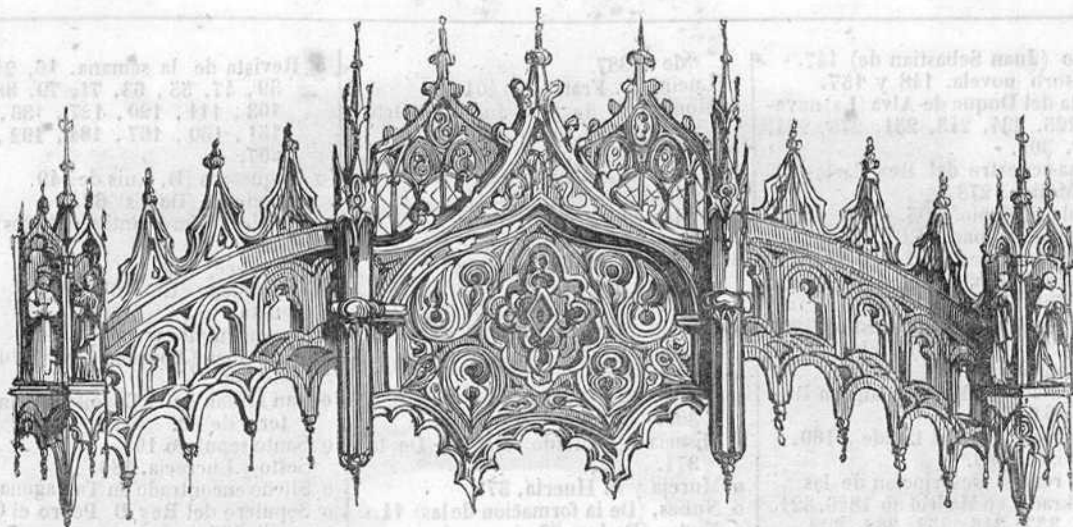
EN LA OFICINA

1871



SEMANARIO
PINTORESCO
ESPAÑOL.





SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

(LECTURA DE LAS FAMILIAS.)

INDICE ALFABÉTICO

DE LOS ARTICULOS CONTENIDOS EN EL TOMO PRIMERO DE LA NUEVA ÉPOCA.

UNDÉCIMO DE LA COLECCION.

Los artículos precedidos de esta señal o llevan grabado.

- | | | |
|---|--|--|
| Alvarez de Cienfuegos (D. Nicasio) pág. 3,35 y 43. | o Bandoleros de Andalucía (Los) 347 y 356. | de Burgos (El) 257. |
| Aguinaldos (Origen primitivo de los) 7. | Botánica. 383. | o Crítica literaria. 285, 302. |
| A Luz, poesia 38. | Biografía de una novela contemporánea. 389. | o Columpio en Sevilla (Un) 291. |
| Album (Hojas de un) 62. | o Caricaturas. 32, 112. | Canellas (El padre) 319. |
| o Agustin (D. Antonio) 137. | o Casa en que nació Descartes. 54. | o Casa de campo (La) 361. |
| Almanzor (Cuento) 160. | o Cartagena (D. Alonso de) 81. | o Cueva santa de Valencia (La) 369. |
| Alubiones (Los) 187. | o Condestable de Castilla (Del título de) 97. | o Casas de San Felipe (Las) 385. |
| o Alicante. 209. | Coroados indigenas de la América meridional (Los) 108. | o Catedral de Valencia (La) 393. |
| A nuestros lectores. 216. | Casas de los Persas. 123. | Cosa insoportable (Una) poesia 400. |
| Albufera (La) poesia 231. | o Castillo de Silibria. 129. | Comercio de los antiguos españoles 406. |
| A la noche, poesia 262. | o Campana de la aldea (La) 151. | o Duelo en tiempo de la Liga (Un) 21. |
| Aplicacion del ejército á las obras de utilidad pública. 269. | o Clunia (Descubrimientos de) 156. | o Deberes del invierno. 45. |
| Al vizconde Chateaubriand (Sene-to) 280. | o China (Murallas de la) 177. | Doyagüe (D. Manuel José.) 102. |
| A Luz id. 280. | o Copróritos (Los) 197. | o Dos almonedas en una. 238, 254 y 260. |
| o Arias Montano (Sepulcro del doctor Benito) 305. | o Crónica. 215, 224, 232, 248, 256, 264, 272, 280, 288, 296, 303, 312, 320, 360, 368, 375, 400, 408. | o Duelo (Un) 310. |
| A un leon que muere, poesia 368. | o Castillo de Corullon (El) 217. | o Dos poetas. 316 y 396. |
| Aficionado (El) 402. | o Cuyás (D. Vicente) 233. | Don Pedro el Ceremonioso. 395. |
| o Amor á la Derniere. 412. | Combate de un halcon y una comadreja. 256. | Estudios hijiénicos. 19, 51, 66 y 75. |
| Baile de trajes (Impresiones de un) 83. | o Convento antiguo de San Francisco | o El Trovador y la Infanta novela 76, 93, 100, 109, 115 y 124. |
| o Banda (Orden de la) 142. | | o Ermita del Cristo de la Cruz en Toledo. 33. |
| o Bonifaz (D. Ramon de) 289. | | Estudiantes (Los dos) apólogo. 63. |

Esquivar la ocasion es prevenir el peligro (Leyenda histórica) 118

- o Elcano (Juan Sebastian de) 147.
- o El Tesoro novela. 148 y 157.
- o Espada del Duque de Alva (La) novela 225, 234, 243, 251, 275, 284, 299, 309.
- o Estatua ecuestre del Rey Carlos IV en Méjico. 278
- o Epístola a Fabio. 295.
- o Eco de la Campana (El). 351.
- o Escenas teatrales. 372.
- o Episodio de la vida de un gran poeta. 379.
- o El mar en las noches de estío. 383.
- o Estranjero en su patria (El) 399.
- o Epigramas. 415
- o Fuente llamada Meta Sudans en Roma. 161.
- o Fernan Gonzalez (El Conde). 169.
- o Frenología. 188.
- o Fiestas reales. Descripción de las celebradas en Madrid en 1846. 321, 329, 337, 345, 353, 362, 392.
- o Gimnástica (La) 173.
- o Guipúzcoa. 313.
- o Horas de amargura, poesia. 135.
- o Hombre (Del) 172.
- o Historia de un Tigre. 210, 219.
- o Introduccion. 1.
- o Inspiracion religiosa, poesia. 78.
- o Iglesia subterránea de S. Agustin en Tolosa. (La) cuento. 164.
- o Juegos de los niños entre los Griegos y Romanos. 6.
- o Justa (Una) 9.
- o Juan de la Cueva (El poeta). 249.
- o La Gasca (D. Mariano). 130.
- o La tierra en sus diferentes edades (Estado de). 139.
- o Luque (Solano de). 178.
- o Lisboa y sus contornos, (Impresiones de viaje). 193, 202, 267.
- o La razon y la dulzura. 224.
- o Literatura cubana, (Estado actual

- (de la 387.
- o Lucini (D. Francisco) 401.
- o Monasterio de San Juan de Ortega (El) 11.
- o Mugeres de Tortosa (Distintivo militar de las) 65.
- o Moncada (D. Hugo de) 73.
- o Modas. 99.
- o Mi porvenir, poesia. 134.
- o Mesquida. (Guillermo) 162.
- o Máximas árabes. 175.
- o Murillo, (A la memoria de) 213.
- o Madrid, (Mejoras de) 214 220.
- o Máxima. 224.
- o Manias. 294.
- o Murciélagos, (Propiedades del) 350, 366.
- o Miseria del pueblo Irlandés (De la) 371.
- o Murcia y su Huerta. 377.
- o Nubes, (De la formacion de las) 14.
- o Nudos (De los) 52.
- o Noche peligrosa, (Una). 287.
- o Orden de la Terraza, (Institucion de la). 5.
- o Orangutanes, (Un rebaño de) 70.
- o Orden militar del Grifo, de la Jarra y Estola de Aragon. 113.
- o Optica, (Fenómenos de) 229.
- o Platon. 17.
- o Primer Marqués que hubo en Castilla, (El). 41.
- o Peña de Udalá, (La) 37.
- o Pujilato (Un) 91.
- o Pensamiento de Goethe. 130.
- o Puerta del Sol (La) 133.
- o Proceso del Corpus en Madrid (La) 185.
- o Poesia. 190.
- o Pio IX. 273.
- o Pájaro de Noviembre (El) 358.
- o Parroquia de San Lesmes en Burgos. (La) 409.

- o Revista de la semana. 16, 24, 31, 39, 47, 55, 63, 71, 79, 88, 95, 103, 111, 120, 127, 136, 143, 151, 160, 167, 184, 192, 199, 207.
- o Requesens (D. Luis de) 49.
- o Renglones (De los) 62.
- o Relojes (El mas antiguo de los) 294.
- o Retrato (El) 375.
- o Romance. 382.
- o Relámpago (El) 407.
- o Soneto. 16.
- o Sin casa ni hogar. 28.
- o Salamanca (Apuntes para la historia de) 60.
- o San Millán de la Cogolla. (El monasterio de) 89.
- o Santo sepulcro 105.
- o Sesto y Lucrecia. 180.
- o Sileno encontrado en Tarragona. 265.
- o Sepulcro del Rey D. Pedro el Cruel. (El) 297.
- o San Gerónimo. 308.
- o Sepulcro céltico de Eguilaz. 404.
- o Sociedad (La) poesia. 415.
- o Torre de Babel (Ruinas de la) 25.
- o Teatro de Doña Maria II en Lisboa. 37.
- o Talismanes de la China (Origen de los) 68.
- o Tamandoa (El) 153.
- o Turquía Europea. 201.
- o Templo fenicio, y geroglíficos de Fuencaliente. 241.
- o Tranca española (La) 271.
- o Tierras (Conocimiento de las) 374.
- o Uanue (Pedro) 121.
- o Ultimo suspiro, poesia. 215.
- o Volcanes. (Los) 145.
- o Velada de San Juan. (La) 206.
- o Variedades 224 y 240.
- o Waterloo (Batalla de) 247.
- o Vizcaya. 281.



SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL

INTRODUCCION



EL retrato de Don Ramon Mesonero Romanos que verán nuestros lectores al fin de este artículo, es un homenaje de respeto y de gratitud debido al fundador del SEMANARIO PINTORESCO, que por espacio de seis años



que los artistas dedicados á este trabajo se sentían ya con sobrados alientos para no desmayar en la carrera que habían emprendido, el mismo que solía aplaudir sus primeras líneas, era inflexible con la falta de delicadeza de los últimos grabados.

consecutivos ha logrado introducir con aplauso y admiración una obra amena, variada, instructiva y de buena moral en el seno de las familias, consiguiendo los mas felices resultados. Pero este retrato significa mas todavía: cuando en Abril de 1836 vió la luz pública este periódico, no se conocían en España grabadores en madera, dignos de este nombre. El señor Mesonero Romanos demostrando ser un génio creador ante cuyas concepciones no se presentan obstáculos sino para ser vencidos, llamó en torno suyo á muchos grabadores en dulce, puso delante de sus ojos los prodigiosos adelantos que el grabado en relieve había hecho en París y en Londres y les estimuló para que le presentasen sus primeros ensayos: blando al principio y lisongero con estos se fué mostrando mas severo y descontentadizo cuanto mayores eran los progresos de los buriles españoles. Cuando vió

De esta manera ha sabido crear el señor Mesonero Romanos el grabado en madera en España, y las personas que miran la distancia que promedia entre el retrato que publicamos al frente del primer tomo de la nueva época del SEMANARIO ESPAÑOL y la lámina de la *Muerte de Viriato* que apareció tambien en el primer tomo del antiguo SEMANARIO, debidos ambos á un mismo buril, conocerán que el Director del SEMANARIO PINTORESCO tiene no solo títulos de gloria en los fastos de nuestra moderna literatura, sino que tambien es acreedor á un recuerdo honorífico en la historia del arte.

En esta segunda época de la vida de este periódico nos hemos propuesto seguir enteramente sus huellas, aspirando al honor de que los últimos tiempos del SEMANARIO PINTORESCO sean considerados como una laguna en

su historia, como un eclipse pasajero despues del cual vuelve á brillar el astro refulgente con su esplendor antiguo.

Como espresion de nuestro pensamiento y de nuestros deseos y propósitos repetiremos aquí lo que hemos manifestado en nuestro prospecto.

«Una publicacion literaria que atraviesa triunfante una época de revueltas y trastornos que conmueven la sociedad hasta sus cimientos, y la literatura no menos que la sociedad; una publicacion que en diez años enteros ha visto alzarse en torno suyo y desaparecer sin dejar huella ninguna de su efimera existencia tantas otras publicaciones, quizá de un mérito superior, aunque no de igual fortuna; una publicacion de este género no necesita andar

mendigando de puerta en puerta benévola y hospitalaria acogida cuando el público la conoce, la admite con cariño, y hasta tiene formado un hábito de vivir con ella. A los hombres y á las cosas se les tiene mas apego cuanto mas se les trata, y no acertamos á desprendernos fácilmente ni de costumbres, ni de instituciones, ni de amistades, con las cuales hemos llegado á familiarizarnos. No de otra manera puede explicarse la constancia con que los suscritores al SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL han permanecido como apegados tenazmente á una obra que en sus últimos años habia descendido á visible y dolorosa decadencia. No hacemos inculpaciones: sabemos apreciar obstáculos materiales que se oponen á la realizacion de los mejores deseos, consignamos tan solamente un hecho



(D. Ramon Mesonero Romanos, fundador del Semanario Pintoresco)

que para nadie puede ser dudoso. ¿Y por ventura nosotros, cuyos ensayos literarios ó artísticos, de nuestra pluma inesperta y de nuestro tosco buril han aparecido en los primeros tomos del SEMANARIO; nosotros que por fortuna estamos en el caso de no omitir gasto alguno para la realizacion y engrandecimiento de este periódico: habiamos de consentir que viviese por mas tiempo en ese estado de postracion y desfallecimiento, mas repugnante aun y menos tolerable que la muerte misma?

Esta consideracion ha bastado para determinarnos á adquirir la propiedad del SEMANARIO PINTORESCO Es-

PAÑOL con el único afan de restituirlo á su antiguo esplendor, y con la única ambicion de rivalizar noblemente y superar, si es posible, en esta nueva época á todas las anteriores. Muévenos tambien un sentimiento de gratitud hácia los suscritores del SEMANARIO que habiendo tolerado las innumerables faltas de nuestros primeros ensayos artísticos y literarios, eran acreedores á que ahora les dedicásemos frutos algo mas sazonados, aunque nunca dignos de su delicado gusto.

No nos era posible ver con ojos enjutos como el patriarca de los periódicos literarios iba cayendo en descré-

dito, y desmoronándose poco á poco el venerable monumento que supo erigir el señor Mesonero Romanos á la literatura española, ayudado de tantos otros ingenios como han ido desarrollándose á su sombra, sin que uno apenas haya dejado de colocar en él su piedra.

Nosotros al tener la osadía de aspirar á su completa reedificación, nos hemos propuesto darle un carácter verdaderamente español, sin que un solo grabado sea debido á buriles extranjeros. El primitivo SEMANARIO no pudo realizar un pensamiento semejante; porque entonces el grabado en madera era casi del todo desconocido en España. Harto hizo en crear tantos artistas que compiten hoy con los extranjeros; pero el arte ha salido ya de su infancia en nuestro país, y habiendo tantos grabadores en relieve como existen en España, mengua sería de una publicación que siempre se ha honrado con el epíteto de española, comprar grabados después que han fatigado las prensas extranjeras.

No irá, por cierto, á mendigar el SEMANARIO PINTORESCO protección y amparo á las puertas de la política, como suelen hacerlo algunas otras publicaciones que se ocultan bajo el velo de la literatura: antes que prostituir de esta manera nuestro periódico, le abrasáramos y perecería con honra. Seremos, pues, absolutamente es-

traños á la política y severos en cuanto á la moral. Una lectura de las familias tiene sobre sí grave responsabilidad si descuida en lo mas mínimo un punto tan importante.

No admitimos nosotros la misión de desmoralizar: soberbo campo nos queda que recorrer si hemos de dar á conocer á nuestros lectores las riquezas artísticas y pintorescas de España, tesoro cuya inmensidad no se ha conocido hasta que se han tratado de agotar. Aun quedan magníficos edificios que describir artísticamente; detalles preciosos de arquitectura y escultura tan buscados por los extranjeros, tan necesarios para la historia del arte que todavía no está formada; tipos y armaduras antiguas, fenómenos de historia natural, tan sencillos de comprenderse cuando van acompañados de una lámina, retratos de grandes hombres que yacen oscurecidos en el seno de una familia, ó entre el polvo de nuestros archivos; trozos pintorescos de la historia de España con los trajes, armaduras, muebles y edificios de la época; escenas de costumbres antiguas y modernas, sitios y puntos de vista que describir. Afortunadamente otros nos han precedido en la senda del acierto y á nosotros solo nos queda la gloria de seguir sus pasos.»

F. NAVARRO VILLOSLADA.

LITERATURA ESPAÑOLA.

DON NICASIO ALVAREZ CIENFUEGOS.

ARTICULO PRIMERO.

No vamos á hablar de la vida de D. Nicasio Alvarez Cienfuegos: el examen literario de sus poesías es un objeto de mayor interés para nuestra pluma. Reimpresas sus bellas producciones en 1816, por orden de S. M. el Sr. D. Fernando VII, no ha tenido de ella, sin embargo, una idea tan exacta el público, que podamos escusarnos el trabajo de hablar en este artículo del carácter especial y del mérito, en muchos casos sobresaliente, que distinguen los sentidos y elegantes versos de tan aventajado poeta.

A las épocas en que escribieron Garcilaso, Jaúregui y Rioja, restaurando el buen gusto de la poesía lírica, y rechazando con la templanza de su estro, con su discreto estilo y acertado sistema los perniciosos extravíos del *culteranismo*, siguieron la severa rigidez y la precisión minuciosa de ciertos principios que hacían que las producciones de este género fuesen siempre por la exclusiva é invariable senda que la escuela clásica les señalaba. El ingenio mas privilegiado y audaz no podía salir en sus inspiraciones de aquella órbita austera que el gusto, la costumbre y sobre todo las reglas del arte le habían trazado, y á ningún poeta le era permitido escribir sino sobre la pauta fija de los vates reconocidos como modelos. La poesía lírica, pues, no pudiendo escudarse de los términos que te-

nia marcados, presentaba solo como lícito las composiciones *bucólicas*, los romances vulgares, las odas estudiadas, las elegías fúnebres, las sátiras en tercetos y alguna que otra combinacion métrica usada y sencilla; y la poesía dramática á la par no admitiendo las creaciones ingeniosas y complicadas de Lope y de Calderon, tan escasas de verosimilitud como ricas de poesía, y huyendo de los desvarios perjudiciales de los Comellas, Zavalas y Valladares, se encerraba y reducía, tanto en el género cómico como en el trágico, en las tres unidades de accion, lugar y tiempo, que los preceptos clásicos no le permitían quebrantar. El poeta lírico solo cantaba en sus versos la vida campestre, el caramillo y la zampoña ó algun asunto de mas elevacion, sostenido y adornado con las precisas alusiones de la erudicion mitológica: y el autor dramático habia precisamente de elegir para su obra un suceso de ciertas dimensiones, que pasase en un solo sitio, y en determinado y reducido tiempo. Hemos hecho este brevísimos y ligero recuerdo de la historia de la poesía, para que se comprenda el estado que esta tenia en la época en que floreció D. Nicasio Alvarez Cienfuegos, y se pueda calificar el mérito de las obras de este poeta.

Con tan inmensas trabas, creado y nutrido su gusto con estos desfavorables precedentes, acostumbrado á ver que

se observaban estas reglas con la mas escrupulosa religiosidad y á que se fundara en ella el mérito especial y aventajado de un ingenio, no podia menos el de Cienfuegos de llevarlo á ser un poeta clásico y á escribir bajo los principios é influencias que á la sazón tan poderosamente dominaban. Sus poesías, pues, puede decirse que son de la escuela clásica; pero de aquellas que sin la amanerada monotonía de su estilo, con robusta y valiente versificación, con variedad en las imágenes y arrogancia y novedad en los conceptos, dejaban ya traslucir, al que las estudiase con detención, el nuevo camino que habia de abrirse pronto á la parte bella de la literatura con el ensanche de las reglas y con la aceptación ventajosa de todo lo bueno y deleitable que podia crear ó admitir en sus imitaciones el nuevo género.

En la parte lírica de sus poesías presenta Cienfuegos cierto nuevo sabor, cierta libertad desusada en los giros, en las imágenes y hasta en la estructura material de sus composiciones, que le presta un grato realce y un lisongero atractivo.

Sus romances son bellos y fáciles, y principalmente hay algunos que por su nervio y ligereza sobresalen entre los demas. *La violación de un propósito* empieza:

En vano, en vano rabioso
las duras cadenas muerdo,
que amor, déspota inhumano,
ató á mi rebelde cuello.
¿Qué vale que por romperlas
sude en afanoso esfuerzo,
si á cada triste conato
un eslabon las aumento?

Y en otro de sus dichos romances arrebatado de la inspiración dice:

¡Oh tiempo! ¡oh tiempo! á tus golpes
se rinde cuanto el Sol dora:
ni el alto ciprés respetas
ni la yedra vil perdonas.
Todo lo destruyes, todo,
hasta los montes y rocas.
También fui jóven un día,
y anciano me ves ahora,
vendrá y hollará mañana
lo que este Sol no trastorna.

Vea el lector por estas cortas muestras que aquí apuntamos, el estilo nuevo y libre que empezaba á usar la musa de Cienfuegos en una clase de poesía que hasta entonces, con muy cortas escepciones, se habia empleado en anacreónticas y composiciones pastoriles ó en relaciones dramáticas amaneradas y someras. Los romances de este poeta son pocos, y á pesar del mérito que en varios de ellos hemos hallado, debemos confesar que los demas adolecen de cierta palidez y cansada proligidad, que contrastan notablemente con aquellas ventajosas dotes.

Las odas y las demas composiciones de mayor importancia de Cienfuegos, son armoniosas y floridas á la par de profundas y filosóficas: son tan ricas de poesía como de conceptos: y aunque algunas adolezcan tambien de una escésiva estension, esta circunstancia á veces pasa desapercibida cuando el espíritu embargado en su gustosa

lectura recorre fácil y ligeramente sus largas tiradas de versos. Tiene Cienfuegos en esta clase de poesía rasgos de privilegiado ingenio y bellezas de primer orden: en algunas de sus acabadas composiciones se nota cierto sabor indefinible, cierto mágico halago, que podemos sentir pero no esplicar. ¿Quién en su tiempo pudo cantar *el Otoño* con la novedad y la sencillez de estilo que Cienfuegos cuando dice?

¡Oh! salve, salve, soledad querida,
do en los halagos del Abril hermoso
vine á cantar en medio á los amores
mi eterno desamor! ¡Salve! ¡Oh florida
ó calma vega! á tu feliz reposo
torno otra vez, y entre tus nuevas flores
enjugando el sudor que á Sirio ardiente
pagó en tributo lánguida mi frente.
Veré al Otoño levantarse ufano
sobre la árida tumba del Verano.

Si se le quiere hallar á Cienfuegos discursivo y filosófico oigasele en su *paseo solitario de primavera*, cuando hablando del ruiñón esclama:

¡Oh! mil veces feliz, pájaro amante
que naces, amas, y en amando mueres!

Y mas adelante cuando dice:

Do en eterna inquietud vagais perdidos,
hijos del hombre, por la senda oscura
do vuestros padres sin ventura erraron,
desde sus tumbas do en silencio vuelan
injusticias y crímenes comprados
con un siglo de afán y de amargura,
nos clama el desengaño arrepentido.
Escuchemos su voz: y amaestrados
en la escuela fatal de su desgracia
por nueva senda nuestro bien busquemos
por virtud, por amor...

Las composiciones amorosas de Cienfuegos tienen una ternura y una fluidez sobremanera brillantes. En la que se titula *Un amante al partir de su amada*, hay trozos de notable facilidad y armonía, como se puede ver por los siguientes versos.

¡Ay! que nunca á mis ojos tan hermosa
brilló cual hoy cuando de mí partía:
jamás, jamás la olvidaré: una diosa,
la diosa del amor me parecia.
Sí, mi diosa serás, Laura adorada,
la única diosa á quien mi pecho amante
culto tributará. Ya en adelante
en todo el orbe para mí no existe
mas belleza que tú, ni mas deseo:
adorarte será mi eterno empleo.
¡Oh Guadiana, Guadiana hermoso!
¡Oh río entre los ríos venturoso!
¡Oh! mil veces feliz! Tú á Manzanares
su tesoro robaste, placenteras
mirarán á mi Laura tus riberas...

Por su primor y exquisito gusto es tambien notable la oda del mismo autor, que se titula *La rosa del desierto*, y empieza de este modo:

¿Dónde estás, dónde estás, tú que embalsamas de este desierto el solitario ambiente con tu plácido olor? Con él me llamas hácia tí mas y mas; te busco ardiente, é ingrata á mi cuidado triste me dejas en mi afán burlado.

La escuela del sepulcro y la oda en alabanza de un carpintero, son entre otras obras de nuestro poeta las mas acabadas y morales que tiene en su coleccion de poesías. Con trabajo resistimos al deseo de citar nuevos trozos de ellas, pero el hacerlo seria dar mayor estension que la que debe tener este artículo. Por lo que en él hemos indicado breve y ligeramente podrá conocer el lector la índole y el mérito de esta parte de las obras de D. Nicasio Alvarez Cienfuegos.

A pesar de sus buenas prendas como literato fué acusado en su tiempo y despues de poco *purista* y *castizo* en sus escritos. Acaso no carezca del todo esta calificacion de fundamento; pero no nos detendremos á señalar estos lunares que tan compensados estan con otras bellezas.

Dedicó Cienfuegos sus poesías á sus amigos, y la vigilante maledicencia no dejó de acertarle sus tiros siniestros; pero las controversias de la ilustrada emulacion literaria se diferenciaron mucho de los gritos de la envidia y del desden injurioso de la necia altanería, y por esta razon pasaron aquellos desacreditados.

En otro artículo hablaremos de las obras dramáticas de este autor.

J. GUILLEN BUZARAN.

ORDENES MILITARES.

Institucion de la orden de la Terraza, llamada tambien de la Azucena.



El grabado que precede á esta ligera narracion es la imágen de un caballero del Orden de la Azucena. Un sepulcro de mármol existente en la arruinada iglesia del Monasterio de Gerónimos de Presdesval (1), á las inmediaciones de Burgos, nos ha proporcionado ese tipo tan bello, gracias al respeto y admiracion que á las artes profesa el dueño de la parte del Monasterio en que se halla aquel, así como de dos sarcófagos inmediatos, suntuosos y elegantes modelos del siglo XV y XVI, se ha propuesto conservarlos con esmero, y salvarlos de la ruina que les amenaza, sin atender á sus intereses particulares y formando contraste con la indolencia y abandono con que en el día se miran generalmente esas bellezas monumentales que tantos recuerdos históricos y artísticos escitan, y que parecen condenadas al olvido ó á la destruccion.

Grande deseo teniamos de investigar el origen de aquella Orden. Los escritores de primera nota la han pasado en silencio. ¿Habrá sido que encontraron vulgar su instalacion, ó en razon de ser escasos los documentos de donde extraer apuntaciones? Lo ignoramos; pero el hecho es que solo la casualidad y el afán de leer escrituras antiguas, por insignificantes que á primera vista parezcan, nos remuneraron hace algunos dias con el párrafo que á continuacion compendiamos.

Despues que D. Garcia V de Navarra edificó el templo de Santa María en la ciudad de Nájera, instituyó por devocion á la misma Señora, que se venera en él, la orden militar y caballería de la Jarra de Azucenas, llamada de la Terraza por ser la jarra de tierra. Compusieron esta Orden treinta caballeros nobles de Vizcaya, Castilla la Vieja y Navarra, quedando para el Rey y sus sucesores el título de Gran Maestre. Delante de él hacian voto estos caballeros de esponer sus vidas en defensa de la Corona y por la espulsion de los moros. Su insignia fué una jarra de azucenas pendiente de un collar de oro y representaba la Anunciacion.

Miguel y Mendo, añaden que los caballeros llevaban hábito blanco, y la forma de dicho misterio pendiente del collar entre dos lises.

Transcurriendo siglos decayó mucho esta Orden, hasta que el Infante D. Fernando el que ganó á Antequera,

(1) El lector puede ver si gusta la descripeion artistica é histórica de este antiguo edificio, que el pintor del presente artículo publicó en el *Semanario Pintoresco* del día primero de Enero de 1843.

la restituyó su primitivo lustre, saliendo en procesion de su Palacio de dicha villa y dirigiéndose á nuestra Señora de la Antigua, en donde recibió el collar y condecoró con él á sus hijos y á varios distinguidos caballeros. Adoptó por insignia un grifo asido al primitivo collar, denominándose la *divisa del grifo y Orden de la Azucena*. Traslado del día de la Anunciacion al de la Asuncion, la festividad

de la Orden, con autoridad pontificia. Su hijo D. Alonso el Magno, honró con esta divisa á algunos príncipes de Alemania, Austria, Bohemia y Ungría y la merecieron tambien muchos hidalgos de los tiempos sucesivos, como demuestran los escudos de la Terraza en las casas principales de Rioja.

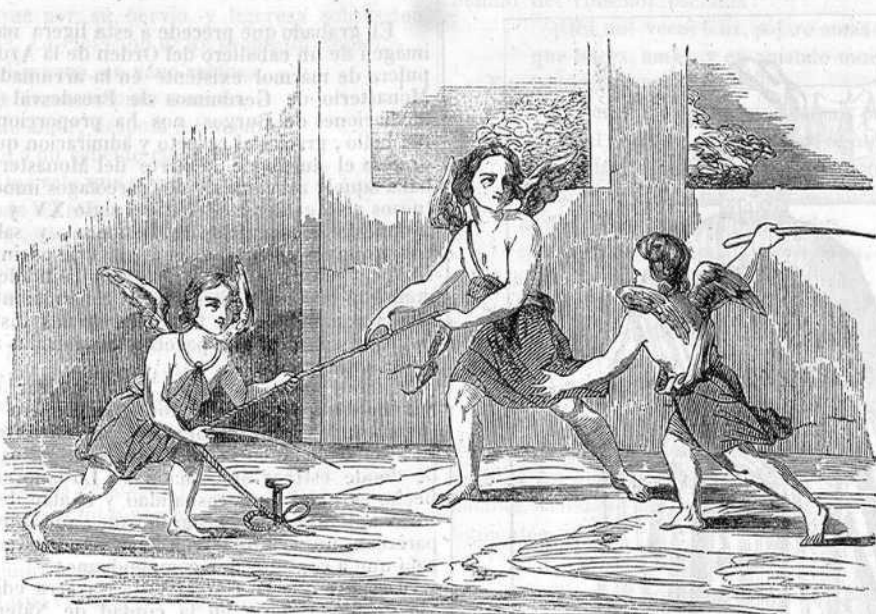
RAFAEL MONJE.

COSTUMBRES ANTIGUAS.

JUEGOS DE NIÑOS ENTRE LOS GRIEGOS Y ROMANOS.

Los niños griegos tenían como los nuestros su *gallina ciega*; y este era el juego de la *mynda*, cuya descripción hacen el gramático Hesychio y especialmente Pollux en el capítulo VII del libro IX de su *Onomasticon*, y cuyo nombre viene de la palabra griega *muo*, que significa

cerrar los ojos. También conocían el juego de *adivina quiente dió*, al cual denominaban *collabismos* (de la palabra griega *colaphos*, que significa bofetón). Un niño, nos dice Pollux, se cubría los ojos con las manos; los demás le golpeaban y le preguntaban quien le había dado. Este



(Pintura antigua descubierta en 1748 en las escavaciones del Herculano.—Juego de niños desconocido.)

juego, según el texto del evangelista San Juan, fué una de las pruebas de la pasión de Cristo. Jesús era el paciente, y servía de juguete á los soldados romanos que le golpeaban y le decían riéndose: «¿Quién te ha dado?»

El juego guerrero del *marro* nos viene también de los antiguos. Entre los griegos era conocido bajo el nombre de *ostrachynda*, casi en un todo semejante al que hoy se juega. No le faltaba ni la doble cuadrilla de jugadores, ni el paciente ó prisionero al cual se le llamaba *onos* (asno), y á quien se hacía estar sentado con prohibición de jugar. Eustathio, Suidas, Phædon, Arriano. Platon el comico y hasta el mismo divino Platon nos hablan de este juego de la *ostrachynda*, con que se divertían mucho los niños de Atenas. Nuestro juego del *marro* solo tiene alguna complicación mas, consecuencia de los progresos de

nuestra estrategia tan llena de combinaciones, especialmente si se la compara con las sencillas maniobras de los Griegos.

Todos nuestros juegos de pelota eran conocidos de los niños de Atenas y de Roma; y hasta en las palestras, constituía uno de los mas nobles entretenimientos á que se dedicaban los hombres ya formados. Entre los griegos se ejercitaban con especialidad en el juego del *aporraxis*, que consistía en cojer la pelota después de cierto número de botes; y en el del *episcyrus* que recuerda todavía cierto juego de colegio al cual llaman nuestros niños *la pelota á campo raso*. El Padre-Vou-Langer ha encontrado este ejercicio en los juegos de pelotas de viento tan famosos en Florencia y cuyos *partidos* anunciados de antemano no se verifican nunca sin una grande concurrencia de ju-

gadores y espectadores. Marcial ha hablado de ellas después de Pollux y Hesychio, dando á la pelota que anda entre los pies y rueda por el polvo el epíteto de *pulverulenta*, reemplazado por el de *arenaria* que San Isidoro de Sevilla le dió á su vez al describir este género de diversiones.

El *episcyrus* es todavía el juego *heróico* en el cual se ejercitan á caballo los habitantes de la Mingrelia y cuya descripción puede verse en el libro Italiano titulado *Historia della Colchide*, capítulo XVIII, página 107.

En seguida viene otro juego de pelota llamado *ephetinda* de que habla Ateneo, y al cual hace jugar Homero, á Halins y Leodamas en los jardines de Alcinoos. Este era un ejercicio cuyos movimientos estaban arreglados á la música, formando una especie de baile que no carecía de animación. En esta diversion sobresalía admirablemente un tal Aristónico Tarsítico, según dicen Ateneo y Suidas; llegando hasta el punto de merecer que se le declarase digno de dar lecciones á Alejandro, y que después de su muerte le erigiesen los Atenienses una estatua.

La *ourania* era también un juego de pelota muy famoso entre los griegos. Pollux refiere que uno de los jugadores arrojaba una pelota hacia el cielo, y que los demás trataban cojerla antes que llegase al suelo. Este es con corta diferencia el juego de la pelota á *lo largo* que se conserva entre los navarros; el mismo que entre los paisanos de la Bretaña toma el nombre de *soule* y que por una analogía singular allí como en Grecia es alusivo á la posición de la pelota siempre lanzada en el aire: *ourania* viene de la voz griega *ouranos* que significa cielo, y *soule* quiere decir sol.

Entre los diferentes juegos de suerte con que se divertían los niños en aquellos remotos tiempos, puede citarse el de *pares ó nones*, que Aristófanes (*Plutus* acto IV, escena primera) y Suidas llaman *artia*, y el cual, citado también por Horacio (lib. II sát. 3) formaba al decir de Suetonio, uno de los principales entretenimientos que después de cenar solía tener Augusto (vida de Augusto, cap. 71).

El juego de *cara ó cruz*, que los niños romanos llamaban *caput aut navis* (cabeza ó barco), se halla mencionado por Ovidio en el libro I, v. 229 de *los Fastos*; por Plinio en el cap. III de su libro XXXIII, y por Macrobio en el cap. VII del libro I de sus *Saturnales*.

En cuanto al juego de *los jueces*, especie de entretenimiento ó imitación, cuyas huellas siguen nuestros niños y niñas cuando los primeros juegan á *los soldados* ó á *los ladrones*, y las segundas á *las señoras*, se puede consultar á Séneca en su tratado sobre *la Constancia del Sábio*, cap. XII; á Plutarco en la vida de Catón de Útica, cap. IV; á Spartaco Severo, lib. I, y por último á Trebelio Polion, lib. IV.

De todos estos juegos infantiles de la antigüedad, es especialmente interesante referir aquellos que pueden servir para descifrar algunos puntos históricos que han sido considerados como problemáticos; para la lectura de inscripciones, ó también para la explicación de las pinturas y bajos relieves antiguos.

Si hemos de dar crédito á Ateneo (cap. VI) el *chelidonismo*, canto de la golondrina, era una de las melodías mas populares entre los Griegos. Se cantaba sobre todo en la *chelidonia*, ó fiesta de la golondrina. El día de esta solemnidad, corresponde al de la función de San Basilio, y todos los años sucede aun en la actualidad que cuando viene esta época, los niños de Atenas mezclando la tradición pagana con la liturgia griega, corren por las calles llevando en la mano una tosca figura de golondrina de madera ajustada á una especie de molinete sobre el cual gira rápidamente por medio de una cuerdecita que se envuelve y se desenvuelve alrededor de un pequeño cilindro, en uno de cuyos extremos está colocada la primera. De cuando en cuando la comitiva alegre y bulliciosa, se para delante de las puertas de las casas principales, cantando, *Chelidon, Chelidon*. Este es el canto de la golondrina, el mismo de que hablaba Ateneo; este es uno de los aires que los sabios piden de nuevo á los recuerdos de la antigua Grecia y que será perdido para ellos, como otros muchos si se empeñan en buscarlo en otra parte mas que en este juego de niños.

ORIGEN PRIMITIVO DE LOS AGUINALDOS,

Y ETIMOLOGIA DE ESA PALABRA.

Costumbre antiquísima y general entre casi todos los pueblos antiguos y modernos ha sido la de celebrar el advenimiento del nuevo año, regalándose mutuamente unos á otros. Semejante liberalidad, practicada en esa época, tiene diferentes denominaciones. Los franceses la llaman *etrennes*, derivando la voz de *strenæ* nombre con que significaban los romanos los presentes que unos á otros se hacían el primer día de las kalendas de mayo; sacando la etimología de la diosa Strenia, de cuyo sagrado bosque cortó el rey Tacio por primera vez varias ramas como dichoso agüero del año nuevo. Entre los cristianos para quienes los últimos días del año saliente y primeros del entrante, están exclusivamente dedicados á la conmemoración del mayor y mas sublime de los misterios de nuestra religion sacrosanta, esa paternal costumbre se ha identificado, por decirlo así, con el principio cristiano, tomando el nombre de la época de pascua en que se verifican; pero además de ese comun y general entre todas las naciones que militan bajo el estandarte de la Cruz, hay otro particular, cuya procedencia es remotísima y anterior á la revelación, hijo natural de las idolátricas supersticiones de los primitivos moradores de nuestra península ibérica, no inventadas por ellos, sino copiadas de otros modelos mucho mas antiguos y de

prácticas que se pierden en la oscurísima noche de los tiempos. Hablo de la palabra *aguinaldo* tan comun en estos días, por todos pronunciada, y por tan pocos, exactamente comprendida; palabra española, hija del idioma francés, y adoptada por este de los antiguos dialectos breton y escandinavo. El mecanismo de ese vocablo se halla íntimamente enlazado con prácticas emblemáticas, consignadas en libros sagrados de cultos y religiones que han dejado de existir sobre la faz de la tierra. La materia es de suyo curiosa y la pondremos en claro del mejor modo que nos sea posible.

Para los antiguos Galos, así como para los demás pueblos de origen cimbrio, la recolección del muérdago de la encina que tenía lugar el primer día de enero, era una de sus fiestas mas solemnes. En semejante ocasión los sacerdotes druidas llevaban en pos de sí á la nación entera que se dirigía en masa hacia los bosques situados entre Chartres y Dreux, sin mas que exclamar: *Al gui del año nuevo*, debiendo advertir que la palabra *gui*, en francés significa lo mismo que muérdago en castellano. La ceremonia se comenzaba por una devota procesion, de la que hacían parte los bardos, cuyo oficio consistía en cantar los himnos en los sacrificios, y los eubagos, que eran los sacrificadores y adi-

vinos. Seguían después dos toros blancos destinados al sacrificio. Un heraldo de armas vestido de blanco y con un sombrero de plumas en forma de alas, llevaba en su mano un ramo de verberna rodeado de serpientes; y era el conductor de los novicios ó jóvenes que aun no habían recibido la iniciación y que se hallaban dispuestos á adquirirla. Los tres mas antiguos de los druidas iban delante de estos neófitos: uno de ellos llevaba el pan que debía ofrecerse; el segundo un vaso lleno de agua, y el tercero por último un bastón en cuya estremidad se hallaba fija una mano de marfil. El pontífice rey ó gran sacerdote, vestido igualmente de blanco, caminaba á pié cerrando el acompañamiento junto con el resto de los druidas y toda la nobleza y pueblo. Cuando la procesión había llegado al pié de la sagrada encina de donde iba á cortarse el muérdago, el gran sacerdote entonaba una plegaria, quemaba el pan, y derramando el agua sobre el fuego repartía aquel entre los circunstantes, subía en seguida al árbol y con un tranchete de oro cortaba el muérdago que caía sobre la túnica de uno de los druidas, quien le esponsor sobre el altar á la veneración pública. El gran sacerdote bajaba luego del árbol, y después de otra corta oración, terminaba la ceremonia con el sacrificio de los dos toros y distribución al pueblo por vía de agualdo, de los fragmentos del muérdago, que poco antes había cortado. De aquí provino sin duda la costumbre entre los bretones, de llamar *gui-lan* á los regalos que se hacen mutuamente en los primeros días del año, y aun en nuestros días en algunas poblaciones cercanas á Bordeaux varios jóvenes ricamente vestidos se dirigen en masa el primer día de enero á cortar ramas de encina, con las que tejen coronas que colocan sobre sus sienes entonando al propio tiempo varias canciones que ellos llaman *guilanos*. Y si á este palabra añadimos la preposición *al* que era el llamamiento de los druidas cuando esclamaban *al muérdago, el año nuevo*, traducido en francés *an gui-lan neuf* sacaremos la voz corrompida *aguilanos* y trasladada á nuestro idioma con el nombre de agualdo para significar los presentes de pascua, hijo sin duda de esas antiquísimas prácticas de los galos extendidas á los primitivos indígenas españoles. Creemos á no dudarlo que esta y no otra debe ser la etimología de la palabra agualdo, ó al menos hasta ahora no hemos podido encontrar otra.

Pero aun resta otra curiosidad que satisfacer relativamente á ese punto. ¿Por qué causa los druidas se ocupaban anualmente en la recolección del muérdago con tanta solemnidad y aparato? ¿Cuál el sentido que daban á esta ceremonia misteriosa? Semejante problema que se ha escapado á la sagacidad de tantos historiadores, ha sido al fin resuelto por un autor bien moderno, cuya obra tenemos á la vista y al que una dichosa casualidad proporcionó ese descubrimiento. (1)

No fué solamente en la Gália donde se estableció el culto druídico, habiéndose practicado igualmente entre los germanos, bretones y escandinavos. Upsal y la isla de Mona eran las principales residencias de los colegios druídicos. Destruído ese culto en la Gália, Germania y Gran Bretaña se conservó en el Norte hasta el siglo XII, en cuya época sus dogmas, ritos y preceptos, conservados hasta entonces en la sola memoria de los iniciados, fueron al fin consignados por escrito en el *Edda* ó libro sagrado, pudiendo ya los profanos desde entonces, alzar el espeso velo que antes cubría á la iniciación sagrada. En este libro es donde se encuentra la explicación de la colecta del muérdago y ceremonia que la terminaba.

Hé aquí lo que se lee en el canto XVIII del *Edda*, que contiene la narración de un cuento original sobre el trágico fin de Balder—el bueno, divinidad á la que los antiguos francos llamaban *Belen*, es decir el Dios Sol.

(1) *Histoire pittoresque des religions, doctrines, ceremonies et coutumes religieuses de tous les peuples du monde* par J. T. B. Clavel. Paris 1815.

«Balder (1) soñó una noche que su vida se hallaba en gran peligro. Habiendo contado ese sueño á los demás dioses, todos ellos se anaron para conjurar cuantos riesgos pudiese amenazarle. La diosa Freia exigió un solemne juramento, del fuego, del agua, hierro y demás metales; de las piedras, tierra, árboles y demás vegetales; de los peces, aves, cuadrúpedos, y restantes animales; del veneno, y todas las enfermedades, que ninguno de ellos harían el menor daño á Balder. Terminado esto, los dioses en sus grandes asambleas se divertían en lanzar á Balder, unos, dardos, otros, piedras, y los restantes pinchazos con agudas espadas; pero por mas que hacían, nunca conseguían herirle en lo mas mínimo, lo cual se tenía como un gran honor para Balder. Eso no obstante, Loke (el Dios malo) (2) escitado por la envidia, le apareció bajo la forma exterior de una vieja en el palacio de Freia, la cual viéndola, la preguntó si sabía acaso el gran negocio que ocupaba á los dioses en su consejo. La finjida vieja la respondió, que los dioses se entretenían en arrojar piedras y dardos á Balder, sin poder hacer en su persona el menor daño.

—Es cierto, repuso Freia, y ni las armas de metal, ni las de madera pueden causarle la muerte; porque yo he exigido un juramento á todas estas materias.

—¿De veras! contestó la vieja, ¿y todas todas las cosas han prestado á instancia vuestra igual juramento de hacer el mismo honor á Balder?

—No existe, sino una sola, replicó Freia, que se llama *mistiltein* (muérdago), y á este arbusto, por demasiado débil y pequeño no he querido exigirle el juramento.

La vieja al oír esto desapareció, y recobrando su anterior forma de koke, se apresuró á cortar una porción de ese arbusto, y con él se presentó en la asamblea de los dioses. Entre estos se encontraba Hoder, arrinconado á una estremidad del cielo sin hacer la menor cosa, porque era ciego. Loke se aproximó á él y le preguntó por qué razón no se entretenía como los demás en lanzar algunos dardos á Balder.

—Es porque estoy ciego y sin armas, repuso Hoder. —Pues eso no es obstáculo, replicó Loke, tributad ese honor á Balder arrojándole esta flecha, yo os encaminaré hacia la parte donde aquel se encuentra.

Loke había colocado al extremo de la flecha una punta labrada con el muérdago, y habiéndosela alargado á Hoder, y dirigiendo su mano, el ciego la arrojó á Balder y le atravesó con ella de parte á parte, dejándole caer sin vida. Jamás presenciaron los dioses ni los hombres un crimen tan horrendo como este.

Hasta aquí el *Edda*, y sin duda alguna se originó de esa fábula la costumbre de buscar el muérdago el día primero de año los sacerdotes druidas. Se comprende muy bien que entre estos, semejante busca tenía por objeto el privar á Loke ó dios de las tinieblas de los medios de acabar con la existencia de Balder el dios de la luz, el sol, en una palabra, y la distribución de los fragmentos de ese arbusto entre los fieles, tendía por consecuencia á asegurar á las almas piadosas en cuanto á los efectos de las criminales tentativas de Loke, durante el año que comenzaba.

De todo este misto quedó solo entre los descendientes de aquellos pueblos la costumbre de regalar en esa época ramos de encina y de otros árboles, y aunque convertida ya en otros objetos, conservó siempre no obstante el primitivo recuerdo del muérdago *gui* unido al año nuevo, y de aquí, *aguilane*, y agualdo para designar las dádivas de pascuas, ahora enlazadas con los misterios cristianos y antes objeto de supersticiones gentílicas.

NICOLAS MAGAN.

(1) Balder el bueno entre los antiguos escandinavos representaba el Dios bueno, al buen principio, y origen de todo bien.

(2) Loke para los escandinavos es el Dios malo, el mal principio, el genio del mal, y de este y de Balder hacían derribar todos los acentecimientos humanos.



COSTUMBRES DE LA EDAD MEDIA.

UNA JUSTA.



Los borgoñones y los ingleses reunidos pusieron sitio á Melun, pero la ciudad se resistió tenazmente. Estaba guarnecida por franceses nobles y valientes mandados por el señor de Barbazan, uno de los capitanes mas famosos de la época, á cuyas órdenes militaban Mesire Pedro de Borbon, el señor de Preaux y un hombre del vulgo llamado Bourgeois, que hizo prodigios durante el sitio. Persuadidos, el Rey de Inglaterra y el Duque de Borgoña, de la imposibilidad de apoderarse de la ciudad por un golpe de mano, resolvieron el cercarla. El

Rey de Inglaterra, con sus dos hermanos y el Duque de Baviera, fijó sus cantones por la parte del Gâtinais; y el Duque de Borgoña, acompañado del Conde de Huntingdon y de varios capitanes ingleses, plantó sus reales por el lado de Brie. Para facilitar la comunicacion de ambos ejércitos establecieron sobre el rio un puente de barcas, y á fin de no ser sorprendidos por los sitiados, el Rey y el Duque rodearon sus respectivos campamentos de fosos y estacadas, dejando tan solo algunas entradas y salidas, defendidas con fuertes barreras. Mientras esto pasaba, el Rey de Francia y las dos Reinas abandonaron á Troyes y fijaron su corte en la ciudad de Corbeil.

Duró el sitio cuatro meses y medio sin grandes ventajas para los sitiadores, aunque el Duque de Borgoña logró apoderarse de un reducto que los sitiados habían

construido delante de sus fosos, y desde el cual hacian mucho daño á su ejército con los cañones y bombardas. Por su parte el Rey de Inglaterra hizo abrir una mina que debía penetrar al interior de la poblacion: esta obra dió lugar á una de aquellas escenas, que es grato conocer con todos sus detalles, porque pintan de por sí y en un solo golpe, el espíritu de una época con el colorido de todo un siglo.

En el momento en que la mina siguiendo su via subterránea, se acercaba á la muralla, Juvenal de los Ursinos, hijo del abogado del Parlamento y encargado de la custodia de la parte del muro por donde pasaba, creyó oír ruido. Hizo llevar un tambor y un vaso de agua; el tambor vibró sordamente; el agua osciló dentro del vaso: no quedaba duda alguna. Llamó los operarios y les mandó empezar una contramina en direccion de los ingleses: Juvenal presidia el trabajo armado de una larga hacha, cuando su capitán, el señor de Barbazan, pasó por casualidad: contóle el lance, diciéndole que él se quedaba para batirse en el subterráneo. El anciano caballero, que amaba á Juvenal como á su propio hijo, examinó su hacha y meneando la cabeza le dijo:

«Hermano, tú no sabes lo que es un encuentro en una mina; se necesitan armas mas cortas que esa para venir á las manos.» Sacó en seguida su espada y cortando el mango de una largura á propósito mandó á Juvenal que se pusiera de rodillas y este obedeció. Dióle entonces con el plano de la espada en la espalda, y alzándole del suelo añadió: «Ahora obra como caballero bueno y leal.»

A las dos horas los mineros ingleses y franceses se encontraban separados por el espesor de un muro ordinario: en un instante esta separacion desapareció, y retirándose los obreros de ambas partes, acudieron los hombres de armas que les seguian, trabándose un rudo combate en aquel sombrío y estrecho recinto en que apenas podian marchar cuatro de frente. Entonces conoció Juvenal el valor del consejo que le habia dado Barbazan, pues la hacha de mango corto hizo tales prodigios, que los ingleses se vieron precisados á huir y el nuevo caballero ganó bien sus espuelas.

Una hora despues reforzados los ingleses, volvieron con una fuerte barrera de encina que atravesaron en la mina para impedir el paso á los contrarios, los cuales, reforzados á su vez, entablaron una lucha que duró toda la noche, peleando cada cual de su lado de la barrera; nuevo sistema de batirse en que unos y otros se herian y mataban sin poderse hacer prisioneros.

A la mañana siguiente un heraldo inglés, precedido de un trompeta, se presentó delante de los muros de la villa, portador de un reto de parte de un caballero de su nacion, el cual deseaba permanecer desconocido: ofrecia á todo caballero Delfinés de buena casa, un paso á caballo, en el que cada adversario rompería dos lanzas, y si ninguno salia herido, un combate á pié, bien con hacha ó con espada; el retador escogia por campo el paso subterráneo, dejando á la voluntad del que aceptara, la eleccion del dia y hora.

Cuando el heraldo concluyó su proclamacion, se

dirigió á la puerta mas cercana, clavando en ella el guante de su señor en señal de desafio.

El señor de Barbazan, que con gran muchedumbre habia acudido á la muralla, arrojó desde ella su manopla, en prueba de que aceptaba el reto del caballero inglés, mandando á su escudero fuera á recoger el guante que el heraldo habia clavado en la inmediata puerta.

Muchos tomaron á mal el que un capitán de plaza se espusiera de ese modo en una lucha inútil, pero el señor de Barbazan recordaba la célebre justa de 1402, en la que, siendo él el sexto, habia vencido igual número de caballeros ingleses, y su brazo, aunque envejecido, conservaba su vigor y por sus venas circulaba la misma sangre. Dejó pues que murmuraran á su antojo y se preparó para el combate del dia siguiente.

Durante la noche se ocuparon en levantar y allanar el paso para que los caballos no hallaran obstáculo alguno, escavando en los costados unos nichos para los clarines que tenian que dar la señal, y colocando en las paredes antorchas para iluminar el acto.

A las ocho de la mañana siguiente los adversarios se presentaron en los dos extremos de la mina, seguidos de un clarín y acompañados de gran muchedumbre de la ciudad y del campamento, ansiosos de presenciar el combate. El clarín del caballero inglés sonó el primero, en prueba que su señor era el retador; contestó el otro, y apenas habia concluido, los cuatro del subterráneo se hicieron oír á su vez.

Los últimos sonidos vibraban aun en el oído, cuando los dos caballeros se internaron en la bóveda la lanza en ristre.

Viéronse venir á lo lejos como dos sombras en un pasadizo del infierno; pero el pesado galope de los caballos y el choque de sus armas, cuyo ruido, llenando el espacio, hacia estremecer la bóveda, probaban claramente que caballos y ginetes no tenian nada de quimérico.

No habiendo podido los combatientes calcular la distancia al tomar el campo que les era necesario, sucedió que el señor de Barbazan, bien porque montara un caballo mas veloz ó ya que la carrera fuese menor por su parte, llegó primero á la barrera. Comprendió en seguida lo desventajoso de su posicion, que le obligaba á recibir á pié firme el choque de su adversario, aumentado con la velocidad de su montura, y vió al caballero inglés que llegaba como un rayo; no tuvo tiempo mas que para asegurarse en la silla y los estribos, apoyando la lanza sobre el pecho, como contra una muralla de hierro. Este cambio tan rápido, que obligaba á su contrario á recibir el choque en lugar de darle, puso de su parte toda la ventaja. El desconocido vió, aunque tarde, esta hábil manobra: arrastrado por el ímpetu de su caballo, dió con el centro del pecho contra la lanza de Barbazan, que doblándose primero como un arco, se rompió en seguida como un junco. El caballero inglés, cuya lanza apoyada en el ristre quedó demasiado corta, no tocó á su contrario, mientras que él, casi derribado con el golpe, dió con la cabeza sobre la grupa de su caballo, que reculó tres pasos, doblando los jarretes. Cuando el desconocido se le-

vantó, llevaba plantado en su pecho el hierro de la lanza, que atravesando la coraza, se había detenido contra una cota de malla que el inglés llevaba por fortuna debajo. Barbazan no se había movido: parecía una estatua de bronce sobre un pedestal de mármol. Los dos caballeros se dirigieron de nuevo á la entrada del subterráneo, y Barbazan tomó otra lanza mas fuerte que la primera: las trompetas se dejaron oír por segunda vez.

Los de las barreras repitieron la señal y los dos campeones penetraron de nuevo en la bóveda, seguidos de multitud de franceses é ingleses, pues siendo este el último paso y debiendo continuarse el combate con hachas, no había obstáculo que impidiera á los espectadores el avanzar por el subterráneo.

Habían calculado tan bien las distancias esta vez, que los dos combatientes se encontraron á la mitad del camino. La lanza del desconocido hirió el costado izquierdo de la coraza de Barbazan, y resbalando por su tersa superficie, trazando en ella su paso, levantó como una escama, la articulación de hierro del espaldar, penetrando sobre una pulgada en el brazo. La de Barbazan había cho-cado con tal ímpetu en medio del escudo de su adversario, que no pudiendo desarzonarlo, rompió las cinchas, arrojándolo á diez pasos con la silla en que estaba como empotrado, dejando al caballo desembarazado de su gine-te.

Barbazan echó pié á tierra: el inglés se levantó al momento: ambos arrancaron de manos de sus escuderos una hacha de armas y el combate empezó de nuevo con mayor encarnizamiento. Los dos campeones empleaban en el ataque y defensa una prudencia que probaba la buena opinión que le merecía su antagonista. Causaba asombro el ver sus pesadas hachas, girar en sus manos con la rapidez del rayo y cayendo sobre sus escudos, como el martillo sobre el yunque, arrancar millares de centellas. Aquellos dos hombres, cimbrándose alternativamente para tomar mayor vuelo, parecían dos leñadores en su trabajo;

cada golpe hubiera derribado una encina, y sin embargo entrambos habían recibido mas de veinte, y aun permanecían en pié.

Por fin, Barbazan, cansado de esta lucha de gigante, quiso concluir la de un golpe. Arrojó su escudo que le impedía servirse del brazo izquierdo, muy debilitado ya con la herida, y apoyó el pié sobre un travesaño de la barrera: la hacha giró en sus dos manos silbando como una honda y pasando por junto al escudo, con que su adversario pensaba estar á cubierto, fué á descargar con un ruido espantoso sobre la cimera del casco del caballero desconocido, resbaló por su brillante esfera y encontrando, como punto saliente, la ligadura derecha de la visera, la deslizó como si fuera de cristal y no paró hasta encontrar el hombro.

Sostenida por un solo lado, la visera se abrió, y Barbazan atónito, reconoció en el caballero con quien acababa de pelear, á Enrique de Lancaster, Rey de Inglaterra.

El anciano caballero dió respetuosamente dos pasos atrás, dejó caer su hacha, desató el casco y se confesó vencido.

El Rey Enrique comprendió la cortesía de esta confesion, se quitó la manopla, y alargando la mano al caballero, le dijo: «Desde este día somos compañeros de armas; no os olvideis de ello en llegando la ocasión, señor Guillermo de Barbazan: en cuanto á mí, os prometo recordarlo, á la par de los golpes vigorosos que me habeis dado.»

Esta fraternidad era demasiado honrosa para que la rehusara Barbazan: tres meses despues le salvó la vida.

Así concluyó entre ellos dos adversarios, y sin ventaja notable para ninguno, esta justa subterránea tan singular, y de que la historia no nos ofrece tal vez un segundo ejemplo. Los caballeros y escuderos de los dos ejércitos la continuaron cortesmente durante ocho días.

ESPAÑA ARTISTICA.

EL MONASTERIO DE SAN JUAN DE ORTEGA.

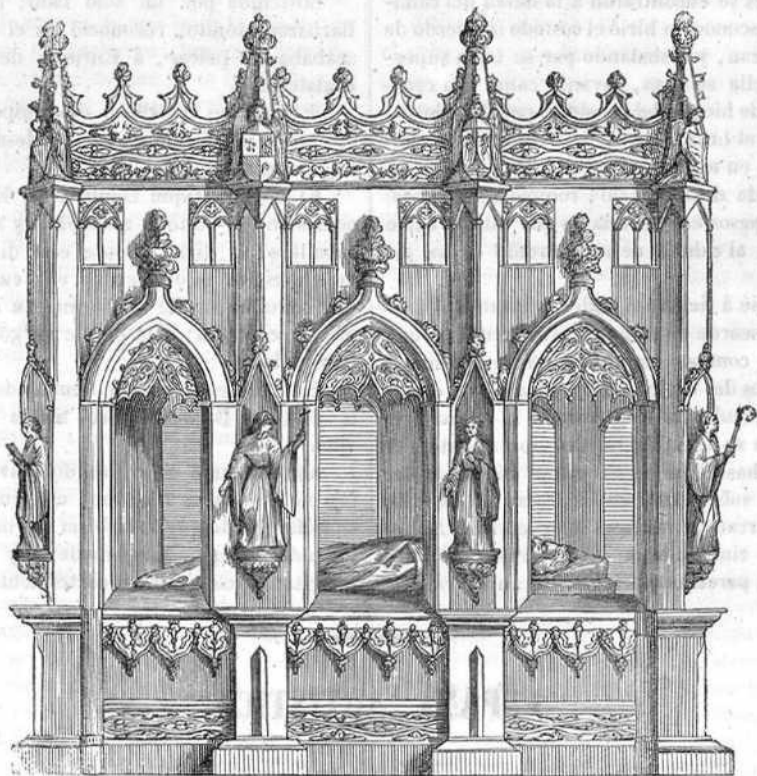
Un desorden general experimentaban los pueblos de Castilla, mediante las controversias suscitadas entre el Rey de Aragon D. Alfonso I y su esposa Doña Urraca, viuda del Conde D. Ramon, madre del Emperador D. Alonso, y casada segunda vez á instancias de los grandes, para evitar que el reino sufriese las continuas hostilidades de aquel monarca ambicioso. El ejército se hallaba corrompido. La arbitrariedad y la opresión brotaban en to-

dos los pueblos. Aflijase al ciudadano con alarmas; al labrador con ilegales exacciones, y hasta se invadían impunemente los templos para robar sus tesoros. Como en todas las épocas de revolucion, no faltaron en aquella algunos hombres pacíficos que, horrorizados del cuadro lastimoso que su patria presentaba, buscaron una perspectiva mas apacible y risueña en países extranjeros. Cítase entre otros á un discípulo de Santo Domingo de la

Calzada, llamado Juan, que nació el año de 1080 en el lugar de Quintana-Ortuño, y á quien D. Pedro Nazar, obispo de Nájera, confirió las órdenes sagradas á principio del siglo XII.

Dotado este jóven clérigo de un ánimo propenso á la virtud, hizo su viaje á Jerusalem con la seguridad que inspiraba la dominacion de los cristianos en Palestina: y habiéndose detenido mas de un año en visitar los lugares santificados por los misterios de nuestra redencion, se embarcó para volver mas brevemente á su patria, cuyos turbios habian cedido ya.

Su navegacion fué muy espuesta. Una deshecha tempestad acometió al buque, y sirviendo de blanco á los sacudimientos formidables de las ondas, parecia resistir ya únicamente con el objeto de hacer mas penosa la agonía de la tripulacion. El religioso peregrino invocó en aquella terrible lucha á San Nicolás de Bari, ofreciendo dedicarle una capilla, si le concedia su proteccion: y calmando poco á poco los vientos, y despejándose la oscuridad de la atmósfera, hasta desaparecer completamente el peligro, los navegantes fondearon en el puerto, y su compañero intercesor se dirigió á Quintana-Ortuño, llevando muchas



reliquias, que habia podido recoger en Tierra Santa, con ánimo de esponerlas al culto en la ermita que prometiera construir.

Las peregrinaciones de Santiago, tan comunes en aquellos tiempos, eran temibles en el tránsito de Montes de Oca por lo fragoso del terreno, y por los asesinos que en aquellas asperezas asaltaban á los caminantes. Resolvió, pues, nuestro héroe facilitarles un auxilio contra los malhechores, y escogió para hospedarles, y para su propia habitacion, el sitio que hoy designa el Monasterio de su nombre, conocido con el epíteto de Ortega, cuatro le-

guas distante de Búrgos al oriente de esta ciudad. Algunos asociados, que se le agregaron á practicar la vida eremítica, cooperaron á la fábrica del edificio; y como su patriarca Juan hubiese añadido los bienes cuantiosos de un hermano á su pingüe patrimonio, la obra se levantó con gusto, magnificencia y buen orden. Además de la capilla de San Nicolás en donde quedaron depositadas las reliquias, se labró una casa para peregrinos y el cuerpo principal de la Iglesia que hasta hoy conserva el Monasterio. Esta fundacion acredita el talento de San Juan de Ortega para los edificios de primer orden, haciéndole honor

por otra parte los grandiosos puentes de Nájera, el de Logroño sobre el Ebro, y el de La-Calzada sobre el Oja, trabajados bajo su direccion. Dispensáronle los Reyes distinguidos honores, y le nombraron mediador para ajustar las paces entre los Príncipes de Castilla, Aragon y Navarra. En su desierto le visitó el Emperador D. Alfonso, adjudicándole perpétuamente todo el sitio donde fundara su casa, llamado Realengo de Monte de Oca, y un molino con jardines á las márgenes del Arlanzon. El Rey D. Sancho, fiel imitador de su padre, luego que heredó la corona dió á San Juan la villa de Humada, con sus montes, linajes y prados, y confirmó la franquicia de portazgos y pastos para los ganados de Ortega, que el Emperador le habia concedido anteriormente. Estas propiedades redituaban lo necesario para dar un buen trato á los romeros, y sostener á muchos ermitaños, que se fueron reuniendo á San Juan en los años sucesivos. Para vivir arreglados á un sistema más fraternal y metódico adoptaron la regla de San Agustín, titulándose canónigos reglares luego que el Papa Inocencio II recibió la casa con todas sus fincas y adquisiciones bajo la proteccion de la Sede Apostólica. El testamento del Santo espresa que á virtud de la exencion en que la dejaba constituida, no pueda el obispo diocesano de Burgos nombrar ni poner otro abad que el elegido canónicamente por ella, dejando solo su confirmacion á la potestad de aquel prelado. Mas estos privilegios tan convenientes en su principio, vinieron á causar trescientos años despues la supresion de los monjes de Ortega, porque los abusos y el orgullo que contrajeron, validos de sus instituciones y rango, provocaron el apostólico celo de D. Pablo Santa María, obispo de Burgos, y reteniendo en su poder una confirmacion de Abad, que en tiempo necesario le pidieron, espuso al Papa los motivos que le asistian para creer debia abolirse aquella comunidad, precipitada ya en la insubordinacion mas completa. Llevó pues adelante su reforma. Unió el Monasterio de Ortega al de Gerónimos de Fresdelval, distante una legua al N. de Burgos en el año de 1442, á la sazón que era prior Fr. Alonso de Ubeda; y aunque la nueva congregacion se sujetó por de pronto á diversas condiciones, luego que los visitantes de Fresdelval conocieron ser suficiente la casa de Ortega para mantener una docena de monjes, las abolieron, y tomaron cédulas de su general para que admitiese en la Orden el Monasterio recién adquirido, y le eximiera de toda dependencia, hasta de la que reconocia al obispo cuando sus moradores eran canónigos. Todo fué confirmado por el Papa Eugenio IV el año de 1442, y volvió á renacer en aquel yermo la moral evangélica y disciplina de los verdaderos solitarios.

El sepulcro en donde habia sido enterrado el cuerpo de San Juan estaba en la capilla de San Nicolás, y deseando los monjes trasladarle á la iglesia mayor, para que en ella recibiese culto mas público, se opuso manifestamente á tal intento el sagrado cadáver, pues dice la historia antigua que al tocar las primeras piedras salió una prodigiosa multitud de abejas blancas que ahuyentaban con su aguijón á los obreros. Veinte y cuatro años mas tarde (en el de 1474) el Conde de Haro D. Pedro Fernandez de Velasco mandó labrar un suntuosísimo sepulcro de bue-

na piedra; y sin embargo de hallarse designado el dia en que habia de solemnizarse la traslacion, ocurrieron en contrario algunas eventualidades inopinadas y quedó sin efecto la segunda tentativa del mismo modo que la primera. Recogieron los materiales destinados para el ornato de la tumba, y con licencia del Conde se asentaron sobre la que encerraba los huesos de San Juan. La Reina Católica mandó edificar á su vez una capilla elegante por su misma sencillez en agradecimiento de la fecundidad maternal, que creyó haber conseguido por intercesion del Santo á quien visitó fervorosa.

Varios son los géneros de arquitectura que se advierten en la construccion del Monasterio y hospital de San Juan de Ortega. Este último es espacioso, y puede considerarse como un miserable aborto del siglo pasado, respecto de las otras dependencias en que brilla en su apogeo el estilo bizantino á par de algunos rasgos ojivales perfectamente estudiados. La ignografia del templo forma una especie de cruz truncada, y tiene tres ábsides rodeados exteriormente de canecillos, y cuyas bóvedas descansan sobre robustas columnas con capiteles adornados de madroños, vegetales ó figuras raquíticas. Durante el siglo XV añadió el obispo D. Pablo la nave inferior de la iglesia, é hizo esculpir con arabesca proligidad los respaldos del coro, que felizmente duran hasta nuestros dias. Cuatro altares platerescos y una reja muy parecida á la que cierra la capilla del Condestable de la catedral de Burgos redoblan la hermosura de aquel apreciable monumento, é indican palpablemente las épocas en que ha recibido sus principales mejoras.

Hemos encabezado este artículo con un dibujo que representa el sepulcro del fundador, pasmosísimo modelo del siglo XV, actualmente embadurnado con detestables colores. Su forma es cuadrilonga. Tres arcos por costado y uno de frente sostienen el dosel ó bovedilla en que la piedra está reducida á ligeros tabloncillos llenos de filigrana hasta su remate, que es una bella cresteria flanqueada por agujitas góticas. Delante de estas se ven ángeles reposando sobre el cornisamento general que muestran los escudos heráldicos de los Condes de Haro, y alrededor hay una barandilla de hierro fabricada á espensas de D. Diego de Vargas, secretario del Rey en el año de 1561.

Inmediato al panteon que acabamos de describir se halla un retablo, ó mas bien un escarpate churrigueresco *depurado*, en cuyas pequeñas cavidades se custodian muchas reliquias. Son notables entre ellas el cilicio de San Juan de Ortega, que es un cinto de hierro añadido con plata, por haberse llevado la Reina Católica una de sus estremidades; el testamento del mismo fundador; su tintero y su imagen pintada al gusto flamenco en una tabla; un niño Jesus y un Salvador á la columna, ambas preciosidades de mármol blanco; una cruz grande de venturina; una lengua entera de los Santos Inocentes; una cabeza de las once mil Vírgenes, y una reliquia sin nombre colocada en un templete de oro.

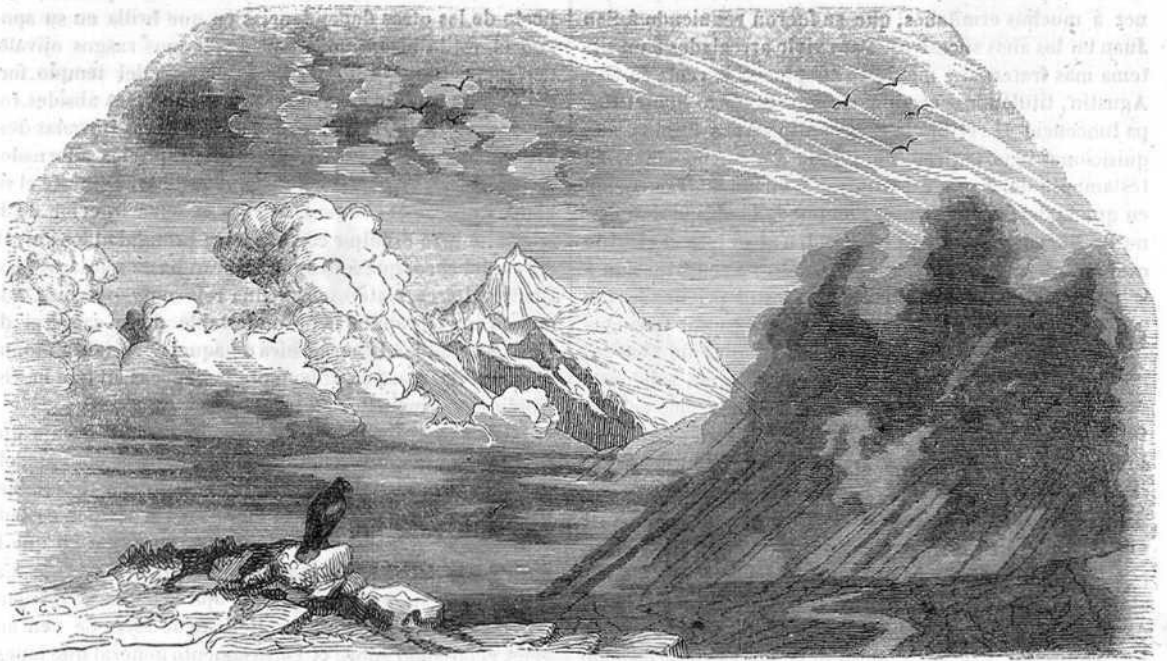
Como á las inmediaciones de la iglesia han ido formando viviendas algunos miseros labradores, el Monasterio de San Juan de Ortega ha pasado á ser una aldea

provista de la botica que establecieron los monjes en beneficio de su hospital. Uno de aquellos sacerdotes, anciano cariñoso para los forasteros y respetado por su pequeña grey, la suministra el alimento espiritual, usando como en clase de parroquia la capilla de San Nicolás. Nosotros, que no hace mucho tiempo merecimos una cordial acogida en aquel abandonado recinto: nosotros, que envueltos en una noche de nieve y de borrasca imploramos á sus puertas un abrigo salvador y fuimos admitidos á la llama vivificadora de una vasta chimenea, que, como el sol á las plantas de la tierra, reanimaba en nuestra mente melancólicas consideraciones, sensibilizando, por decirlo

así, los romancescos episodios de la edad media, con sus lances, sus estantiguas y sus sombras, no hemos vacilado en transmitir al público los apuntes que nos permitió hacer la premura de nuestro viaje en aquel asilo, persuadidos de que será inútil buscar un dechado mas lujoso de arquitectura entre los que corresponden al bajo imperio, un ejemplar mas íntegro y uniforme, ni una mansion mas adecuada para crear profundas imágenes en la fantasía, y elevar el pensamiento.

Búrgos, 1845.

RAFAEL MONJE.



— Cumulus. // Stratus. /// Cirro-Cumulus. //// Cirrus. ///// Nimbus.

METERELOGIA.

DE LAS FORMAS DE LAS NUBES.

Nada es mas natural que al verse el hombre en medio de una larga navegacion, en que los dias y las horas pasan sin que nada venga á romper la uniformidad del aspecto que presenta una mar siempre tranquila, siempre desierta; nada es mas natural, repetimos, que ocioso entonces el navegante y solo en el centro de un círculo inflexible cuya circunferencia jamás se descubre, vuelva á menudo sus miradas al cielo. Tendido entonces sobre el puente del buque trata de buscar en las nubes las apariencias de la tierra, á la cual no sin razon considera como su mejor

morada; y ora las largas fajas negras que en formas paralelas se estienden sobre el horizonte, aparecen á sus ojos como otras tantas líneas de las playas que forman las tierras bajas de Holanda ó de Alemania, ora en los grupos de nubes amontonadas unas sobre otras quiere descubrir las formas de las montañas, que en diversas regiones del globo ha encontrado; ó bien cuando el cielo se presenta cubierto de nubecillas blancas y redondas semejantes á una gran pradera llena de corderos; y las ligeras nubes transparentes que á manera de gasas flotan sobre el azul del

cielo le recuerdan aquellos hijos de la Virgen que en los bellos días del otoño habían ocupado tan profundamente su imaginación infantil. Privado del espectáculo de la tierra contempla el del cielo cuya magnificencia es á veces tan grande que le obliga á olvidarse de aquella.

En efecto, cuando uno llega á verse sobre las altas cumbres de los Alpes como la del *Faulhorn*, representado en nuestra lámina, y desde cuyo elevado pico se descubre un inmenso espacio sembrado de lagos, de ciudades, de verdosas colinas y de cimas nevadas, la vista se pierde y la imaginación se asombra, hasta que serenándose poco á poco y reconociendo el lugar de la escena, se alza naturalmente sobre el horizonte para seguir una á una las nubes que se mecen sobre su cabeza ó las que se apoyan en los últimos montes que la vista alcanza. En las montañas, como en medio del mar, siempre el espectáculo que presenta el cielo eleva el alma y habla á la imaginación. Ossian, inspirado, descubría en las nubes las sombras de los héroes muertos en los combates. José Vernet, ese ilustre pintor de escenas marítimas, tenía un álbum lleno de vistas del cielo, y apenas hay un alma tierna y contemplativa que deje de encontrar allí su mundo fantástico, exento de las tristes realidades con que se tropieza á cada paso en este mundo perecedero. Mas esta predilección, este entusiasmo con que los grandes poetas, los pintores y las almas sensibles admiran la perspectiva de las nubes, no ha sido perdido para el ingenio humano, cuya insaciable curiosidad se ha empeñado en conocer el origen de las nubes, penetrar su naturaleza, medir su altura y sujetar sus mudables formas á clasificaciones determinadas.

Una nube no es mas que una niebla elevada, y se compone como ella de pequeñas vejigas ó globulillos huecos, cuya capa es de agua, como la de las burbujas de agua de jabón. Así el viajero que sube á las montañas elevadas se queja de que la niebla le oculte el panorama de que esperaba gozar, mientras que el que se queda en la llanura siente que aquellas mismas montañas estén envueltas en una nube que no le deja ver la cima; y los dos tienen razón; porque frecuentemente la niebla que á la mañana se estiende por la llanura vá levantándose poco á poco, y á medida que el sol la calienta con sus rayos se sobrepone á la cumbre de los montes y queda suspendida en las altas regiones de la atmósfera. Cuando la temperatura de estas regiones se halla bajo cero, entonces los globulillos se congelan y se reúnen en copos de nieve. Tal es probablemente la naturaleza de estas nubes blancas y vaporosas que vamos á dar á conocer bajo el nombre de *cirrus*. Muchas veces las nubes de las tempestades están formadas de parte de granizo.

Howard fué el primero que distinguió cuatro clases principales de nubes, que combinadas entre sí dan origen á la infinita variedad que admiramos.

El *stratus* (véase la lámina) es una faja de nubes horizontal y por lo común de un color oscuro. En las hermosas tardes del estío suelen formarse *stratus* sobre los estanques, los lagos, los ríos y los prados húmedos, para desaparecer á la mañana del siguiente día.

Los *cumulus* (las balas de algodón de los marinos, in-

dicio de buen tiempo) se elevan sobre el horizonte bajo la figura de masas redondas amontonadas unas sobre otras y sus bordes claramente marcados contrastan por su blancura con el oscuro azul del cielo.

Los *cirrus* (las colas de gato de los marinos) son aquellas nubes vaporosas compuestas de filamentos blancos que parecen plumas ligeras, franjas de gasa trasparente, delicados encajes ó polvo blanquecino esparcido por el viento.

El *nimbus*, es la nube de lluvia ó de tempestad. Negra, espesa, sin contornos marcados, avanza rápidamente llevando en su seno las benéficas lluvias ó el destructor granizo, el rayo y la centella.

Cuando los *cumulus* espesos y oscuros se amontonan en el horizonte sobre una faja inmóvil de *stratus*, formando torreones y almenas, entonces toman el nombre de *cumulo-stratus*. A veces estas nubes se transforman en *nimbus* y se deshacen en agua.

Por la tarde se suele ver con bastante frecuencia en el horizonte una larga faja de nubes ligeras y vaporosas hacia sus extremos; estas son los *cirro-stratus*: en tales casos el cenit del cielo aparece ordinariamente sembrado de largos *cirrus*. Este estado de la atmósfera es un presagio de lluvia para el día siguiente.

En invierno el cielo está por lo común cubierto de nubes redondas de igual tamaño y semejantes á sueltos bellones: esto es lo que se llama vulgarmente cielo *empedrado*. Cuando brilla la luna en el firmamento, aparece circundada de una especie de aureola que refleja su luz en estas nubes y por los espacios que dejan entre sí se ven centellear tímidamente las estrellas en torno suyo.

Los *cirrus* son las nubes que suelen estar mas elevadas. Ninguno de los innumerables meteorólogos que sucesivamente han residido en la cima del *Faulhorn*, montaña del cantón de Berna, las han visto nunca mas bajas que la cumbre de Finister-Aarhon, cuya altura es de 5900 varas: la de los *cirrus* es probablemente de 6000 á 7000 varas. Su aparición indica ordinariamente un cambio de tiempo: en verano la lluvia viene en seguida, en invierno el deshielo. Por lo común los *cirrus* caminan del Sudoeste al Nordeste, aun cuando las veletas indiquen que la dirección del viento no es la misma en las regiones bajas. Los vientos Sudoeste que las empujan vienen cargados de vapores del mar y de los países calientes, precipitándose en forma de lluvia, al paso que llegan á una atmósfera mas fría. Así, en Suiza, á los *cirrus* se les dá vulgarmente el nombre de nubes del Sudoeste. Cuando este viento llega á ser el viento reinante y desciende á las regiones mas bajas de la atmósfera, los *cirrus* se condensan poco á poco, pasando al estado de *cirro-stratus* y se presentan bajo la forma de una masa semejante al fieltro, en un principio blanca y luego gris; y al mismo tiempo vá bajando la nube y concluye por convertirse en lluvia.

Otras veces los *cirro-cumulus* se mantienen en un estado de vaporosidad y transparencia. Al través de su cuerpo diáfano se pueden ver las manchas de la luna ó de las estrellas de cuarta clase. El sol ó la luna aparecen circundados de unas coronas, efecto del paso de los rayos luminosos por medio de las partículas heladas de que se componen. Estos fenómenos suelen ser precursores de una

elevacion de temperatura resultado de la influencia de los vientos cálidos y secos que reaniman la atmósfera.

Así como los *cirrus* deben su origen á los vientos del Sur, los *cumulus* son un efecto de las corrientes de aire ascendentes: nunca se hallan tan elevados como los *cirrus*, y especialmente en los hermosos días del estío se les puede observar en toda su magnificencia. Cuando el sol se eleva sobre un horizonte despejado se percibe á las ocho de la mañana un grupo de nubecillas aisladas que parece aumentarse como si las hinchasen: sus bordes son redondos y estan claramente marcados: así van aumentando de volúmen hasta la hora del mayor calor durante el día, disminuyendo en seguida á la tarde y volviendo á quedar el cielo completamente despejado: su altura no es la misma en estos tres diversos periodos del día; desde la mañana hasta el medio día suben, y después bajan de nuevo. Colocado el observador sobre una alta montaña vé á la madrugada las nubes bajo sus pies; hácia el medio día se en-

cuentra envuelto en ellas; mas tarde se elevan sobre su cabeza, y por último vuelven á descender á su primer nivel.

Si los *cumulus* en lugar de disiparse á la tarde, se hacen por el contrario cada vez mas numerosos y menos brillantes, pasan entonces al estado *cumulo-stratus*, y en este caso es muy probable que el día siguiente no pasará sin tempestad ó lluvia, especialmente si se observan *cirrus* hácia la parte del cenit.

La influencia del sol sobre las nubes dá lugar á modificaciones en la atmósfera bien conocidas por los labradores. Cuando por la mañana el cielo está nublado suele llover: si á cosa de las nueve de la mañana las nubes se deshacen, el sol luce, y el tiempo sigue bueno durante el resto del día. Otras veces en que el cielo está puro á la mañana, á consecuencia del aire húmedo se forman nubes por todas partes, y á medio día, cuando ya el cielo está enteramente cubierto, empieza á llover y no cesa en toda la tarde.

REVISTA DE LA SEMANA.

Desde principio de enero ha dejado de exijirse en esta corte el derecho de cuatropea, y desde principio de enero ha empezado á cobrar su precio de suscripción el *Universal*, periódico que hasta entonces habia estado al alcance de todas las fortunas. Váyase lo uno por lo otro, que lo mismo sucede en todo lo demás. Quejábase algunas gentes de que el último día del año hubiese habido que hacer treinta y tres entierros, y á renglón seguido tuvieron que confesar que las mugeres ya no se contentan con dar á luz un *candidato* solo, sino que alumbran con la mayor frescura tres de un solo parto, que es lo que se puede llamar parir en terna. Esta indicacion sobra para probar que si unos mueren otros nacen, y que la gran ley de todas las cosas de este mundo es la de sucesion.

Entretanto el Ateneo literario y científico de esta corte, sociedad que no quiere que la tengan por muerta, continúa dispensando la enseñanza con el mayor celo, y ha nombrado presidente para el año de 1846 al Sr. D. Antonio Alcalá Galiano, y bibliotecario á D. José de Grijalva.

El mismo afán de propia conservacion se advierte en establecimientos de otro género. El día 2 del actual se han abierto los estudios de la escuela especial de agricultura y demás que estan bajo la inspeccion de la Real academia de S. Fernando.

Por su parte el palacio y las personas de alta categoría no se han descuidado en celebrar la entrada de año con banquetes y brillantes reuniones; así como los agnadores de esta capital, á trueque de conservar intacto su peculio, han tratado con la mayor *seguedad* á los habitantes de la muy noble y coronada villa de Madrid: por no pagar un duro de patente abandonaron los astures su oficio, y quedaron las fuentes de la capital *pro derelicto* durante algunas horas, cosa nunca vista ni oída en los fastos aquatiles de la corte de España.

También los teatros han rivalizado en festejar la inauguracion del año nuevo con escogidas funciones,

sobresaliendo como es de suponer los teatros de ópera, porque la música es la gran necesidad de la época en que vivimos, verdad confirmada por la esperiencia y reconocida por la sociedad de beneficencia de esta corte, la cual acaba de disponer que á todos sus alumnos se les procure la enseñanza de la música.

Tales son las primeras señales de vida que dá la sociedad madrileña en el año de 1846, señales que prometen abundante cosecha para nuestras revistas sucesivas.

Se ha hablado mucho de nuevos periódicos de política, que todavia no han salido á luz. El único nuevo que ha llegado á nuestras manos es de literatura, y se apellida *MARTE, GUERRA Y TRIPLE ALIANZA*. Ya ven nuestros lectores que no anda escaso en materia de títulos, entre los cuales pueden escoger el que mejor les agrade. Si son paganos ó gentiles el primero, si no entienden de mitologías el segundo, y en caso de no querer la guerra ni á su antigua divinidad, siempre les queda el beneficio de la *triple alianza*, lo cual no es poco en unos tiempos en que falta la union hasta en los matrimonios á pesar del sacramento y otras razones no menos poderosas.

POESIA.

Soneto.

Sal de mi corazón, hondo secreto
del amor que mi pecho despedaza;
rompe una vez la bárbara mordaza
que me impuso tiránico el respeto.

El profundo desden osado reto
con que el ángel que adoro me amenaza,
siguiendo el rumbo que el deber me traza
á mas fiero martirio me sujeto.

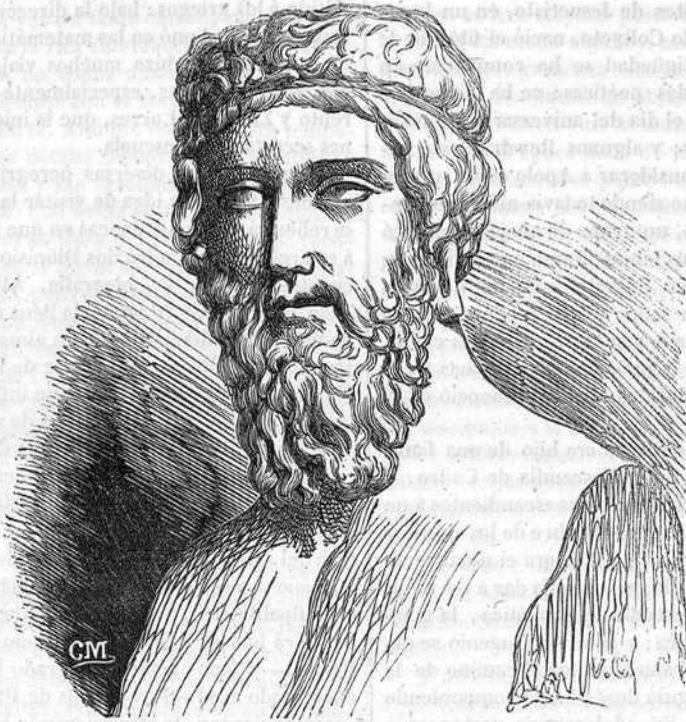
Hundi en silencio mi osadía loca;
callé por no estrellar amor tamaño
contra un impio corazón de roca;

Mas hoy que se conjuran en mi daño
negros celos también, sal de mi boca,
sal á ver si me mata un desengaño.

4843.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

FILOSOFOS DE LA ANTIGÜEDAD.



PLATON.



NUNCA ha sido tan necesario como en el día, volver la vista hacia los grandes hombres que en las antiguas sociedades cultas ocuparon los primeros lugares como filósofos, como sabios, como legisladores. El siglo actual, en medio de los adelantos materiales con que se envanece, corre desatentado mirando con un desden inmerecido, los estudios de aquella sublime filosofía moral, que hoy pudiera denominarse *social*, hablando al uso. Nosotros sin embargo creyendo que tales estudios constituyen una verdadera necesidad, como un antídoto de la tendencia material dominante que lo envenena todo, vamos á presentar una reseña tan con-

TOMO I.—NUEVA ÉPOCA—ENERO DE 1846.

cisa como concienzuda de la vida y de los escritos de los principales filósofos de la antigüedad; una y otros nos servirán de tipo para apreciar un estado de civilización todavía poco conocido y para modelar en lo posible las actuales tendencias de la época conforme á esos grandes fines morales que la Providencia parece haber señalado á las mas sublimes tareas del humano ingenio.

El ilustre Platon, á quien se le ha llamado el Homero de la filosofía, ese hombre inmortal ante cuyas obras temblaron llenos de emoción religiosa los sábios de Florencia, cuando á fines del siglo V les fué dado tocarlas por primera vez, es el que creemos que debe colocarse al frente de tan preciosa galería. Ni ¿cuál pudiera presidirlos á todos con mayor motivo? Para nosotros el nombre de Platon significa el pensamiento religioso con todos los

atavíos de riqueza y de vida que el entusiasmo, el corazon y la imaginacion pueden atribuirle.

Aunque la parte principal de la existencia de Platon se halla resumida en sus obras, hay en todo lo relativo á su persona un interés profundo, el que no puede dejar de inspirar la turquesa en que se han vaciado esas admirables concepciones, que aun despues de mas de dos mil años sirven de alimento á las grandes miras de elevados ingenios.

Hacia el año de 430, antes de Jesucristo, en un lugar inmediato á Atenas, llamado Collycto, nació el filósofo de que nos ocupamos. La antigüedad se ha complacido en cercar su cuna de leyendas poéticas: se ha dicho que Platon nació precisamente el día del aniversario del nacimiento de Apolo en Delfos; y algunos llevaban este supuesto hasta el punto de considerar á Apolo como su verdadero padre. Cuéntase que siendo todavía niño y hallándose durmiendo en la cuna, un grupo de abejas se acercó á depositar la miel sobre sus labios. También se dice que el día de su nacimiento soñó Sócrates que un hermoso cisne se había acogido á su seno, y que repentinamente desplegando sus alas las abrió y se elevó hacia los cielos, dejando oír un canto dulce y melodioso, y que mas tarde habiéndole presentado á Sócrates el niño reconoció en él el cisne de su sueño.

Todo induce á creer que Platon era hijo de una familia acomodada; su padre Ariston descendía de Codro, y su madre Perictyone contaba entre sus ascendientes á un hermano de Solon. Siguiendo la costumbre de los atenienses, Platon fué llamado Aristocles, que era el nombre de su abuelo: su educacion fué la que se solia dar á los niños griegos de primera clase: estudió la gramática, la gimnástica, la pintura y la música; y si bien su ingenio se dió á conocer desde muy temprano, fué por el camino de la poesía, en el cual se distinguió desde luego componiendo poemas líricos y tragedias. Su adolescencia pertenece á Homero: su estilo es una prueba clara de lo muy empapado que se hallaba en las inspiraciones de su maestro, de tal modo que hasta en las mismas condenas que mas tarde pronunció contra Homero, se descubre á pesar suyo el sentimiento de amor que le profesaba.

Platon tenía veinte años cuando de las manos de Homero pasó á las de Sócrates. Entonces cambiaron de direccion sus ideas, y al sentir dentro de sí una voz penetrante que le marcaba el camino de su verdadera vocacion, arrojó sus ensayos poéticos al fuego y consagró enteramente su vida á la filosofía. Con las lecciones de Sócrates aprendió á conocer la esencia del alma y su dignidad, empapándose en ese sentimiento enérgico de la bondad y de la belleza moral que respiran todas sus obras, y aprendiendo con la mayor perfeccion el arte del diálogo filosófico de que tan buenos modelos nos ha dejado. Hasta la muerte de Sócrates continuó siendo su discípulo. Durante el proceso, Platon se arrojó á la tribuna para defenderle; pero los jueces que estaban prevenidos en contra suya, se negaron á escucharle. Despues de la muerte del maestro, Platon se retiró á Atenas lleno de sentimiento, como todos los demas discípulos.

Una nueva época empezó entonces para nuestro filósofo:

no contento con los estudios hechos bajo la direccion de Sócrates, cuya enseñanza se había reducido á la moral, comenzó una serie de viajes con el objeto de recoger de los primeros maestros de la Grecia y del Oriente las vastas y profundas lecciones que formaban entonces el dominio de la filosofía. Despues de haberse detenido algun tiempo en Mégara, donde Euclides le enseñó la dialéctica, pasó á visitar el Egipto, la Cyrene y la Grecia. En Egipto aprendió las doctrinas del sacerdocio en todo lo que estaba permitido á los griegos: bajo la direccion de Teodoro de Cyrene se perfeccionó en las matemáticas; y en Italia, adonde segun parece hizo muchos viajes, frecuentó el trato con los Pitagóricos, especialmente con Architas de Tarento y Zimeo de Locres, que le iniciaron en las tradiciones secretas de la escuela.

Durante estas diversas peregrinaciones á la Grecia, avínole á Platon la idea de visitar la Sicilia. Todo cuanto se refiere á las varias épocas en que residió en Siracusa, y á sus relaciones con los dos Dionisios, es la parte mas circunstanciada de su biografía. Allí encontró al joven Dion, que á pesar de una vida llena de fausto y de comodidades, se hallaba dotado de un alma austera, y que debía ser mas adelante el restaurador de la libertad siracusana. No bien oyó hablar á Platon, se inflamó en amor á la virtud, y con la credulidad propia de sus pocos años, quiso ensayar los efectos de las palabras del filósofo en el ánimo del anciano Dionisio de tiránica memoria. La conferencia se entabló primero acerca de la justicia. Platon probó que solo el hombre justo es feliz, y que al contrario la condicion del malvado es la mas miserable del mundo. Irritado Dionisio con estas verdades tan amargas para su conciencia culpable, le preguntó bruscamente qué es lo que había ido á buscar á Sicilia.—Un hombre de bien, contestó Platon.—¿Cómo, repuso admirado Dionisio! y no lo has encontrado aun?—Los amigos de Platon llenos de tristes presentimientos, le aconsejaron la huida; pero ya era tarde: por una traicion preparada de acuerdo con Dionisio, fué vendido el honrado filósofo como el mas vil esclavo, teniendo que rescatarle á buen precio sus amigos. Despues de la muerte del anciano Dionisio, volvió en dos diversas ocasiones Platon á Sicilia; pero en ambas se vió al fin víctima de las tramas de los aduladores del nuevo tirano.

Tales son en resumen los principales sucesos de la vida de Platon. Ademas, lo mismo que Sócrates y lo mismo que todo buen Ateniense, tomó parte nuestro filósofo en diversas campañas, entre otras en la de Tanagra. Contemporáneo de la decadencia política de Atenas, adversario por otra parte de la democracia Ateniense y de toda especie de democracia en general, no tomó parte alguna en los negocios públicos: mas aun concentrada su influencia en el seno de la academia, no dejó de estenderla á un inmenso circulo de distancia; fué el amigo y consejero de Arquelaos, Rey de Macedonia. Fué consultado por la ciudad de Siracusa en la época de reconstitucion que siguió á la caída del despotismo: también se dice, haberdado leyes á la república de Magnesia en Creta. Mandó sus discípulos Formion y Menedemo, el uno á la república de Elea, y el otro á la de Pirra para establecer sus

constituciones respectivas; y si negó igual servicio á los Cyreneos, á los Tebanos y á los Arcadios, fué solo por la razon de que los primeros amaban demasiado las riquezas y los otros se cuidaban muy poco de la igualdad.

Tanto por la belleza superior de la forma, como por la edad de Platon, pertenece al siglo de Pericles de Fidiás y de Sofocles: tenía hermosa frente y en todo lo demás de su cuerpo se ostentaba la robustez y gallardía; los únicos defectos corporales que se le atribuyen son una gordura excesiva en el cuello y la voz un tanto delgada que contrastaba singularmente con la rica abundancia de su palabra: vivió en el celibatismo, no comía mas que una vez al día ó cuando mas dos y siempre con la mayor sobriedad: jamás se le vió encolerizarse. Aunque dotado de un temperamento melancólico se notaba siempre en su semblante cierta gracia maravillosa y esa serenidad imperturbable, esa dulzura espontánea que brilla en todos sus diálogos. Censuraba la austeridad de Dion y de Ginecrates, recomendándoles que hiciesen algun sacrificio á las gracias. Solía mostrarse festivo, pero con mesura.

La filosofía de Platon encierra toda la sabiduría de la antigua Grecia. Ningun escritor pagano ha hablado tan dignamente como él de Dios, de la inmortalidad y de la virtud; hasta tal punto que muchos padres de la Iglesia no han podido creer que el filósofo griego pudiera haber profesado una doctrina tan santa y profunda sin una asistencia de la Divinidad, suponiendo por consiguiente que Platon fué un verdadero profeta de Cristo entre los gentiles.

Sentimos que este artículo se va haciendo demasiado largo bajo la grata impresion que nos produce el recuerdo de los escritos de Platon; y dejando por tanto las muchas reflexiones que nos ocurren al comparar su doctrina con la que mas tarde ha debido el mundo cristiano á una revelacion santa y sublime, reasumiremos en pocas palabras sus principales principios. Hélos aquí: elevar la razon á Dios: reconocer á Dios en todas las cosas y todas las cosas en él, porque Dios es la bondad infinita, la ra-

zon eterna de todas las cosas: consagrar el amor á Dios, amar á Dios en todo lo que es bello y todo lo que es bello por él, porque Dios es la belleza eterna é infinita, de la cual no son mas que un tibio reflejo las demás bellezas finitas y pasajeras.

En cuanto al fondo de esta filosofía no hay duda que sobre muchos puntos se han hecho grandes adelantos después de Platon; pero si se considera el monumento en su conjunto y sobre todo en sus formas, ningun otro de cuantos se han elevado posteriormente puede compararse con él en modo alguno; no hay en los demás escritos filosóficos esa grandeza, esa armonía, esas bellas proporciones que distinguen las obras del filósofo griego.

Cuando Platon vino al mundo dominaba todavía entre los griegos la época llena de vigor y de juventud que indica la proximidad al punto supremo de la perfeccion en todos los ramos: así sus obras solo pueden compararse dignamente con las tragedias de Sofocles ó á las esculturas del Partenon; brilla en ellas esa amplitud espontánea, esa sencilla majestad, esa gracia vigorosa tan decantada por los artistas.

Murió Platon hallándose ya en una edad avanzada el año 347 antes de la era cristiana. Fué enterrado en la academia, en ese teatro modesto de sus glorias. La piedad de sus discípulos y la admiracion de sus visitantes ha dejado un bello testimonio en los epitafios que cubren su sepulcro. Así de ninguna manera creemos terminar mejor este artículo que trascribiendo dos de los últimos, tomados al acaso.

Dice uno: «Bajo esta tierra se oculta el cuerpo de Platon; su alma bienaventurada está en el cielo. Todo hombre honrado debe un tributo de respeto á sus virtudes.»

Y otro mas moderno dice: «Aguila, ¿no me dirás por qué vuelas sobre este sepulcro y á dónde vas, á qué regiones del empuje? Yo soy el alma de Platon que sube al cielo, en tanto que su cuerpo queda guardado en el seno de Atenas.»

ESTUDIOS HIJIEÑICOS.

ARTICULO I.

El estudio de la higiene es una necesidad, tanto para los individuos, como para los gobiernos.

Raras veces se tratan cuestiones de higiene en los cuerpos y asambleas mas ilustradas y en las obras periódicas de medicina; y esto procede de que la ciencia hijiénica está considerada como una especie de introduccion á las que tienen por objeto principal el conocimiento y la curacion de las enfermedades. Y sin embargo, la higiene merece un lugar de la mayor importancia. Pudiera llamarse la medicina vulgar, porque no hay nadie que deje de hacer algu-

na aplicacion de sus preceptos, ya para sí ó bien para su familia, en todas las circunstancias de la vida. Al decir que la higiene puede llamarse una especie de medicina vulgar, no queremos decir que sea una medicina fácil; muy lejos de eso. En la higiene se presentan cuestiones sumamente complicadas, pues abraza el estudio de todas las causas materiales y morales, que influyen de cerca ó desde lejos, débilmente ó con intension, sobre nuestra sensibilidad.

En una época no muy distante de la actual, en que las ciencias no habían hecho todavía grandes progresos y en que solo un cortísimo número de personas se dedicaba á su estudio, las dificultades eran mucho mayores; y no solo las ciencias químicas, físicas y fisiológicas se hallaban en este estado de atraso, sino que además del espeso velo que ocultaba á las inteligencias una serie de problemas de la mas inmediata utilidad, habia otro aun mas denso que se extendia sobre los libros destinados á la enseñanza de estas ciencias. No bastaban la mayor penetración y una paciencia á toda prueba para sacar algunos principios provechosos de aquellos tratados especiales, escritos en un estilo tan confuso. Felizmente las cosas han cambiado en gran manera: la revolucion llevada á cabo en la esfera del saber humano, se ha extendido tambien al estilo de las obras. En el dia se sabe espresar con claridad las ideas mas abstractas, se conoce el arte difícil de presentar ordenadamente las cuestiones mas complicadas y se ha llegado por último á conseguir que en los entendimientos menos predisuestos penetre fácilmente la enseñanza científica.

Esta y no otra es la razon por qué la higiene ha llegado á ser en cierto modo la ciencia de todo el mundo, y que no haya persona alguna de cierta instruccion que carezca de las nociones mas precisas sobre sus principales reglas y hasta sobre algunos de sus preceptos en particular. Pero como esta ciencia comprende innumerables objetos, á cual mas importantes para el comun de las personas, hay una verdadera necesidad de profundizar todo lo posible sus conocimientos, que ofrecen no pocas veces grandes atractivos y que siempre tienen una utilidad reconocida.

Cuando tanto interés se tiene en oponer una barrera á la invasion de las enfermedades, en conservar intactas y en que se desarrollen convenientemente las buenas condiciones fisiológicas de la organizacion, que este y no otro es el objeto de la higiene, ¿no nos será lícito preguntar á cual ciencia se dará un derecho mayor que á ella, para atraerse la atencion general, en una época en que la actividad intelectual necesita tanto de la salud del cuerpo, si ha de alcanzar los infinitos y variados objetos que en sus investigaciones se propone?

Pero la higiene tiene dos objetos: no solamente se ocupa del hombre como individuo, sino tambien de la sociedad como asociacion de hombres: la una se llama higiene privada, y la otra higiene pública. Esta última considera á una nacion ó á una ciudad como un ser único, á pesar de su multiplicidad, que tiene sus exigencias y sus necesidades, con arreglo á su naturaleza y al lugar en que se halla colocado. Las naciones no se parecen en efecto unas á otras. Los individuos que pertenecen á una se hacen notables por la rubia cabellera, el azul de los ojos y la blancura de la tez: y los que forman parte de otra se presentan por el contrario con sus cabellos negros como el azabache, y con los ojos y el color del cuerpo con tintas oscuras que guardan armonia con el negro matiz de los cabellos. Los primeros viven por lo comun bajo un cielo nublado y hacia las latitudes septentrionales; los segundos pueblan las regiones del mediodia, que en mas de la mitad del año estan inundadas de una luz y un calor vivificante.

Ahora bien: á estas diferencias tan notables, así en el

tipo de la organizacion como en las condiciones generales del clima, deben corresponder otras respectivas en las reglas y preceptos particulares de la higiene. Los medios de conservar la salud en el mediodia, no pueden ser iguales á los que se empleen para conseguir el mismo fin en las regiones del Norte.

Después del clima que comprende muchos grados de latitud, y por consiguiente una superficie topográfica mas ó menos estensa, vienen los climas mas circunscritos y á los cuales pudiéramos denominar secundarios. Así es que diferencia tan considerable no se advierte entre los paises cubiertos de arbolado y los paises abiertos á la circulacion aérea y á la irrupcion constante de los vientos! Las enfermedades que reinan en estas diversas localidades determinan en cierto modo la clase de leyes hijiénicas que á sus moradores conviene poner en práctica para conservarse sanos y robustos. Nada es mas notable, pasando de una circunscripcion topográfica á una circunscripcion menor, que las diferencias que existen entre los habitantes de las montañas y los que viven en medio de llanuras. Los primeros estan dotados de una fuerza extraordinaria, de un temperamento sanguíneo, de pecho anchuroso y musculatura desenvuelta, de una agilidad maravillosa y de una actividad, cuyo tipo mas exacto es el que caracteriza á los vascongados, intrépidos montañeses de las faldas del Pirineo. Los segundos constituyen por el contrario una especie enteramente opuesta al temperamento montañés, sobre todo si la llanura está regada por corrientes de agua mas ó menos considerables. Efectivamente, cuando el aire vital que tan libremente circula en los lugares elevados presentando una pureza tan poco comun en el que se recoge al nivel de las llanuras, cuando este aire, repetimos, falta á los pulmones, la consecuencia necesaria es el decaimiento del color, el menor desarrollo de las fuerzas, y por último, un temperamento general que se inclina mas bien á la degradacion linfática que á la complexion sanguínea propia de los fuertes y de los atletas.

Estas diferencias, ó mas bien estas oposiciones, indican evidentemente reglas especiales para que la organizacion humana se equilibre con las diversas causas que tienden á perturbar su armonía. Así los habitantes de las montañas, espuestos con especialidad á esas terribles afecciones inflamatorias que acaban con el hombre mas fuerte en algunos dias y aun á veces en algunas horas, deben evitar con el mayor cuidado todo cuanto pudiera producir en ellos escitaciones demasiado fuertes: hé aquí el punto de partida de su conducta hijiénica.

En cuanto á los habitantes de las llanuras ó de los lugares húmedos y pantanosos, la higiene exige que procuren conseguir precisamente lo que los otros deben evitar: en vez de disminuir sus fuerzas y de contenerlas para que no traspasen el límite normal, es útil y hasta necesario que por medio del ejercicio, de la gimnástica y de otros varios recursos que la ciencia dá á conocer, salgan de esa especie de letargo y de entorpecimiento que pesa sobre su existencia: de otro modo el equilibrio se altera y la enfermedad encuentra siempre camino franco para sus invasiones.

De estas observaciones se deduce que nada es tan variable como la aplicación de las leyes de la higiene. Si el objeto á que se halla consagrada esta ciencia no sufriese la menor alteración á pesar de la influencia de todas las causas tanto físicas como morales que tienden á modificarle, la aplicación de dichas leyes sería fácil y uniforme, y lo que es mas aun, jamás dejaría de conseguir su fin. ¡Pero cuán lejos está de suceder así! Todo varía segun

los lugares; primero el hombre y en seguida los objetos que le rodean: así es que la higiene para llenar bien sus fines, no puede menos de reunir consejos ilustrados y pronto remedios contra las influencias tan variadas y á veces tan molestas, que son el resultado de esta variedad de climas y de organizaciones, aun considerándolas bajo el punto de vista mas general y elevado.

RECUERDOS HISTORICOS.

UN DUELO EN TIEMPO DE LA LIGA.

I.

El viernes 4 de enero de 1613, un número considerable de cortesanos, de lo mas escogido entre la juventud, estaba reunido de resultas de una cita, en uno de aquellos recintos misteriosos, que todo el que aspiraba en aquella época al epíteto de elegante, se veía obligado á frecuentar. La moda y el buen tono hacían entonces obligatoria la *casita del Arrabal*, del mismo modo que en nuestros días hacen del *Hotel* y de la *Casa de campo* el complemento indispensable de la riqueza y de la aristocracia. El templo á que aludimos había sido construido por el Duque de Epemon, que había reunido en él cuanto la pintura y la escultura habían podido producir en Roma, que mas armonizara con los fantásticos ensueños de la ardiente imaginación de su poseedor. Aquel día el Príncipe había citado la alegre comparsa de amigos, á fin de celebrar en un opíparo banquete el regreso del Duque de Guisa, á quien la Reina Madre acababa de separar de su mando de la Provenza.

El Duque de Epemon, aunque partidario apasionado de los placeres, no olvidaba jamás su papel de Príncipe y de cortesano, y el festín con que obsequiaba al Duque de Guisa, sencillamente destinado, en apariencia, al placer de vaciar algunas copas de champaña y descorchar sendas botellas del esquisito jugo de sus viñedos de Borgoña; tenía un fin de mayor interés. Muchos años hacia que la corte miraba con recelo el poder, siempre creciente, de la casa de Lorena; y ya en tiempo de Enrique III se habían puesto en juego todos los resortes con objeto de dividir aquella familia ambiciosa, y separar de ella los numerosos partidarios que la sostenían.

El padre del Duque de Guisa, á quien se festejaba en aquel día, apellidado el Balafré (acuchillado), al que la Liga llamaba su César, y que murió como César, había sido víctima de las violentas convulsiones de aquella lucha entre súbdito y monarca; y en tiempo de Luis XIII se trataba de nuevo de enfrenar la ambición insaciable de sus descendientes.

María de Médicis, Reina astuta que todo lo podía (cuando Concini y el Parlamento querían), había dado al Duque de Epemon el encargo de captarse la voluntad del de Guisa, acercándolo lo posible á sus enemigos, al mis-

mo tiempo que lo separaba de los partidarios de la familia de Lorena, cuyo valor y consejos podían serle útiles en la ocasión. Se trataba sobre todo de restablecer en el buen concepto del Duque á un hombre, que por salvar á su tío, el arzobispo de Lyon, comprometido en el arresto del Cardenal de Blois, había descubierto en otro tiempo todos los planes de la Liga. Este hombre era el baron de Lux, cortesano decidido y servidor humilde. Siempre dispuesto á adular la voluntad régia, hubiera comprado con una cabeza ó con una puñalada, la aprobación majestuosa de la Regenta ó la sonrisa infantil de Luis XII, el cual, gracias á la política florentina de Concini, solo tenía entonces sobre el trono una corona sin poder y un cetro sin mando. Algunos aseguraban que el baron de Lux era uno de los *cuarenta y cinco*, á quienes Enrique III había dado la comisión de asesinar al Balafré.

Cuando el Duque de Guisa entró en la sala de recibimiento, seguido de su hermano el Caballero, salió á recibirle el Duque de Epemon, y tomándole las manos le dijo alegremente:

—¡Por mi vidal bello primo, que llegais muy á propósito. Mi cocinero Barré trataba de arrojarle al Sena por las ventanas de su cocina desesperado con vuestra tardanza, que compromete extraordinariamente la dorada cubierta de cierto javalí, muerto en nuestros bosques de Senlis, y que en este momento espía en el asador las cuatro leguas que ha hecho correr á nuestros valientes corceles de Limoges. Bien venido seais pues, vos y el gentil caballero, que por cierto ha crecido bastante desde su viaje á Provenza. Vamos; á la mesa, señores; y vivan Dios, el Rey y el javalí.

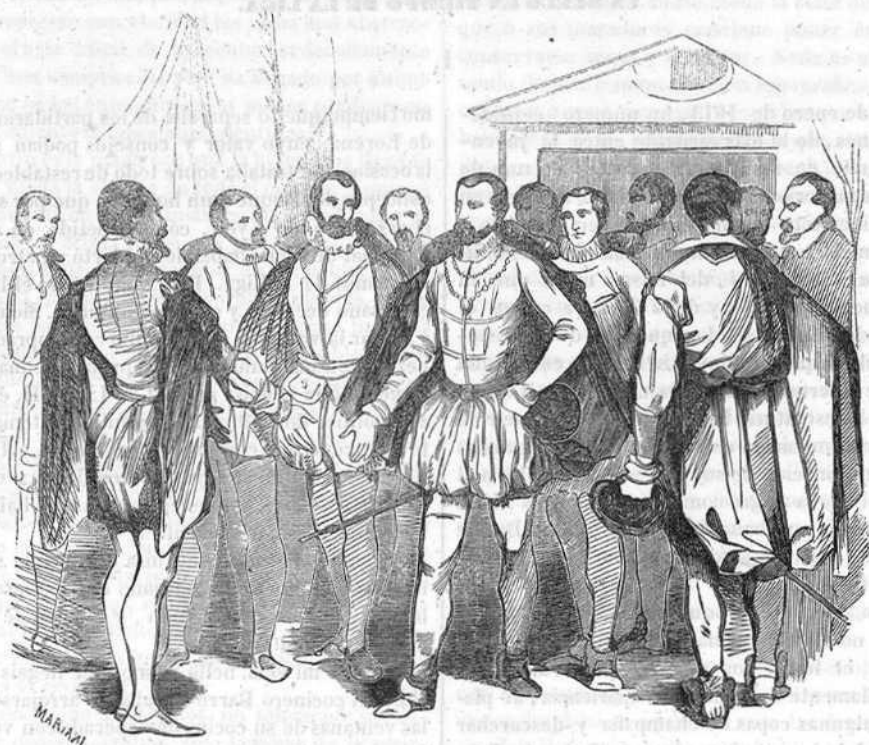
El festín siguió bajo este pié, y en verdad que con convidados como el señor de Roquelaure, el Marqués de Lesdiguières, el caballero de Grignan y La Châtre era difícil que el Duque de Epemon no llenara debidamente esta clase de jornadas. Barré se había escedido en el servicio, de modo que el banquete presentaba un lujo verdaderamente régio. Sin embargo, la orgía no llegaba con la prontitud que deseaba el noble dueño; convencido este que el vino pone al hombre de manifiesto, había fundado grandes esperanzas en el abandono del Duque, cu-

ya política, algo menos reservada á los postres, se proponía explorar. Queriendo dar el último golpe á la alegría de sus huéspedes, bastante exaltados ya con las repetidas libaciones y alegres dichos de Roquelaure, hizo seña á un paje, el cual colocó delante de cada señor una copa magníficamente cincelada y adornada de pedrería y relieves. La admiración fué general al ver este nuevo adorno, á lo que el Duque de Epernon contestó:

¡Por Santiago! á tal amo, tal palacio... Es necesario que aposentemos dignamente el vino que vamos á beber á la salud de nuestro bello primo de Guisa. Señores, añadió

enseñando una botella cubierta de esa capa mohosa de antigüedad, tan apreciada de los conocedores; es un regalo de S. M. el Rey de España; es vino legítimo de Castilla, traído cuando la paz de Sommerset, á S. M. Enrique IV (que Dios tenga en su gloria) por el buen Condestable Zamet. Ya saben VV. su fecha, con que así bebamos á la salud de nuestro primo y á su pingüe renta.

Todos se levantaron en tropel; las copas se chocaron con violencia, y los convidados, arrastrados por el ejemplo del dueño, se precipitaron unos contra otros. Varias de aquellas copas preciosas, que segun crónica de la épo-



ca, costaron mas de mil libras cada una, sufrieron serias averías con los choques repetidos de aquel desatinado brindis.

De repente, y al tiempo en que el Duque de Guisa acercaba su vaso al de un señor colocado al extremo de la mesa, una mano le detuvo por la manga de su justillo de terciopelo azul de Ultramar, y una voz le dijo:

—¡Alto ahí, hermano Duque!.. Ese hombre es el baron de Lux, en su copa hay sangre; y esa sangre es la de nuestro padre, asesinado por él.

—¿Quién habla de asesinatos? dijo el Duque de Epernon acercándose al grupo.

—Yo; exclamó el caballero de Guisa, yo, que le decia á mi hermano, y ahora lo repito en alta voz, que el ba-

ron de Lux, que está ahí delante, ha manchado su escudo con la sangre de nuestro padre, y yo tengo por cobarde y felon al que mata en las tinieblas, sin conceder á su rival su parte de campo y de sol.

Todos callaron....

—Cobarde y felon; ¿lo oís? repitió el caballero.

—Señor, tartamudcó el baron de Lux, monseñor vuestro padre, cuya gloriosa memoria honro, murió por la voluntad del Rey Enrique... Yo, débil y miserable en nada intervine.

Y, ya fuera efecto del vino, ó tal vez de miedo, bamboleó y le fué preciso apoyarse contra la mesa.

—No es posible encontrar mayor debilidad, dijo Roquelaure, soltando la carcajada y muy satisfecho de poder

ingerir alguna broma en aquella escena, que iba tomando un carácter demasiado dramático.

Mientras los convidados sobrecogidos con tan brusco ataque, consultaban con la vista el efecto que había producido en el dueño de la casa, el baron de Lux salió precipitadamente....

Diez minutos después dos coches se cruzaron en la esquina de la calle de Grenelle: el uno hizo alto y saltando fuera el caballero de Guisa, se dirigió al otro, mandó parar al cochero, y abriendo la portezuela:

—Baron de Lux, dijo, tengo que hablaros una palabra. Le cogió del brazo, le separó algunos pasos y echando mano á la espada exclamó:

—En guardia y fuera contestaciones.

Retrocediendo en seguida, para dar terreno á su adversario, que había desenvainado, se arrojó sobre él y á los pocos quites le atravesó el corazón, sosteniendo el cadáver en la punta de la espada, hasta que sus criados acudieron á recogerle.

—¡Un sacerdote!... ¡un médico!... gritó el cochero.

—Ni el uno ni el otro servirían de nada, contestó el caballero volviendo á subir á su carruaje; basta con el enterrador.

Esto sucedía á las cuatro de la tarde en una de las calles mas concurridas de la época.

II.

La Reina concluía de cenar, cuando el Marqués de Ancre, su favorito, introdujo al hijo del baron de Lux: entró en la sala con precipitación, y arrojándose á los pies de S. M., le pidió, anegado en llanto, justicia por la muerte de su padre. Maria de Médicis, que no necesitaba nuevas quejas para desear la ruina ó la humillación de los de Guisa, le prometió una ruidosa venganza, y por de pronto dió al desconsolado hijo los empleos, pensiones y estados de su padre; luego volviéndose hacia la Princesa de Conti y la viuda de Guisa que asistían á la cena, les dijo:

—Ved otra nueva hazaña de vuestra familia.

—Señora, contestó con orgullo la viuda: cuando mi hijo vió la luz del día, alcé las manos al cielo, rogando al Todopoderoso que le concediera la dicha de vengar la muerte de su padre, y si yo hubiese nacido hombre, hace veinte años que hubiera tenido esa satisfacción.

—Bien, dijo la Reina retirándose, juzgaremos.

—Lorena no teme, y Borbon no lo ignora, repuso la viuda alzando la cabeza.

En aquella familia todos eran de hierro, hombres y mugeres; ninguno cedía, y la Reina que lo sabía demasiado, empleó en esta ocasión la política contemporizadora y doble de su ministro italiano. Indudablemente acertó, porque á no haberse retirado de la sala del festín, su carácter de Regenta no la hubiera librado de alguna brusca contestación de parte de la orgullosa Duquesa, que decía que su corona ducal era de oro tan puro, como la que brillaba sobre las armas reales de Francia.

El partido de los de Guisa era entonces poderoso, tanto mas, cuanto que el Parlamento, que siempre se hallaba en pugna con el trono, se valía de cuantos medios podía para oponerse á la autoridad de Concini, que gobernaba

por conducto de la Reina madre: por esta razón, y no obstante el deseo marcado de la corte, se vió precisado al cabo de cuatro días á pronunciar un fallo, por el cual absolvía al caballero de Guisa de toda culpabilidad, en razón á que el Príncipe había honrado sobradamente á un simple caballero, cruzando su espada con él. Este era el texto literal de la sentencia, que la Fontaine copió sin duda posteriormente en una de sus mejores fábulas:

Vous leur faisez, seigneur,

En les croquant, beaucoup d'honneur!...

Este golpe fué tremendo para la Reina, pero su consejo le hizo ver que era necesario el disimulo, puesto que el momento de obrar á descubierto no había llegado aun.

Tres meses después, hallándose el caballero de Guisa en la cama, su ayuda de cámara entró al amanecer, y le despertó para entregarle una esquila que el dador que esperaba la contestación dijo ser muy urgente.

Alguna esquila de muger, dijo bostezando el caballero, veamos.

«Monseñor.

»Nadie se halla en el caso de apreciar mejor que vos
»mi justo dolor: os ruego por lo tanto que perdoneis mi
»resentimiento y deseo me deis una satisfacción por la
»muerte de mi padre, haciéndome el honor de cruzar
»vuestra espada con la mía. El aprecio en que tengo vuestra
»valor, me asegura de que no hareis valer vuestra calidad de Príncipe para rehusar lo que os impone el honor.
»El portador de este billete os conducirá al sitio en donde os esperó con un caballo y dos buenas espadas, de que os queda la elección: si no lo estimais oportuno así, iré adonde me mandeis.

«BARON DE LUX.»

—Por vida de... exclamó el jóven caballero, saltando de la cama, que no contaba hoy con tan buena suerte!... Id á despertar al caballero Griñan y que nos prepare los caballos.

Pasados algunos minutos Griñan, que dormía en una habitación inmediata á la de Guisa, entró diciendo:

—¡Reniego de los demonios! ¿qué mosca os ha picado, caballero, para hacernos levantar á las cuatro de la mañana cuando el rubio Febo está aun en le cama?... ¿Es cita amorosa ó de caza?...

—Los caballos de monseñor estan prontos, dijo un lacayo.

—¡Ah! gritó Griñan; viva Diana, vivan Diana y san Huberto; ¿con que vamos á correr el ciervo en los bosques de Meadon?.

—¿Teneis vuestra espada de combate? le preguntó el de Guisa.

—Basta, repuso el alegre caballero; ¿caza de honor tenemos? seré vuestro segundo: voy á buscar mi mejor hoja.

En breves instantes volvió, y enseñando su espada y sacudiendo alegremente su hoja de damasco, dijo:

—Bendita por el mismísimo Papa en persona.

Cuando el de Guisa y su padrino llegaron al pie de la escalera encontraron á un caballero montado que los esperaba. Era Riollot, padrino del baron de Lux, que debía conducirlos al sitio designado, y el cual observó, que

sería prudente que Monseñor se apresurara, porque de lo contrario el día se acercaba y el arrabal de san Antonio estaría muy concurrido y por lo tanto hallarían obstáculos en su marcha.

—¡Obstáculos! exclamó el de Guisa: os juro que mataré á todo el que me los oponga. ¿A donde vamos?

—Al lugar de Charone, Monseñor. (Charone era el bosque de Boloña de aquellos tiempos; allí se decidían todos los casos de honor.)

Los tres campeones partieron á galope.

—Hermoso tiempo para la acción, decía Griñan soplando los dedos: el frío era vivísimo y la nieve caía á grandes copos.

Cuando los tres, que iban á escape, llegaron al extremo de la calle de San Antonio, un borrico cargado de legumbres, que pacíficamente se dirigía al mercado, se les puso delante en medio de la calle: el caballero de Guisa tiró de la espada y sin acortar el paso atravesó de parte á parte al pobre animal, que cayó muerto en medio de las imprecaciones de su amo, que vió desaparecer á lo lejos al matador de su desventurado compañero. Griñan lloraba de risa y decía, que solo á Monseñor le era permitido batirse con toda clase de adversarios, sin temor de comprometerse.

A corta distancia de Charone encontraron al baron de Lux que les esperaba, montado en un caballo árabe. Se saludaron recíprocamente, se quitaron las capas y metiendo espuela á sus *bridones*, se cruzaron, dieron media vuelta y se lanzaron uno contra otro á galope y espada en mano. Al primer pase, el baron recibió una estocada en el bajo-ventre, pero volvió á la carga y dió una terrible al caballero, que atravesó el guante, resbaló por la

empuñadura y penetró en el brazo. ¡Pasarón y volvieron á pasar así *catorce veces*! y á cada pase hubo herida. El baron recibió siete estocadas mortales; el caballero de Guisa, tres en la silla de su caballo, una en el brazo, una en la mano, y otra que le rasgó la camisa y le hizo un arañazo en el pecho.

Segun las reglas del duelo de aquellos tiempos, Griñan y Riollot habían llegado á las manos, y el caballo del primero, habiéndose encabritado, de resultas de un pinchazo en la frente, Riollot hundió la espada en el vientre de su contrario que cayó sobre la nieve. Furioso de Guisa al ver la derrota de su padrino, se precipitó sobre el baron y le remató de una estocada en el pecho: envainando en seguida tranquilamente y volviéndose á Riollot, le dijo:

—¿Teneis alguno mas de esos de Lux?... En caso, ya sabéis donde vivo; lo único que os ruego es que no vayáis tan temprano en adelante, y sobre todo, si es posible, cuando no haya tanta nieve, porque cansa mucho los caballos.

¿Y la Reina?... La Reina se compadeció de los dos barones de Lux, pero alabó la *franqueza y generosidad* del caballero de Guisa, que mandó visitar para informarse del estado de su herida en el brazo... Este fué el dictamen de Concini.

El de Guisa se hizo muy de moda, porque las bellas de la corte decían que era asombroso para un caballero tan joven y tan gentil, el haber muerto en duelo, en un mismo mes y con una misma espada, al padre y al hijo. En cuanto á lo del asno, todos vituperaron la conducta del joven atolondrado, por haber muerto á un inocente, cuya vida pudo haber salvado con un ligero movimiento de la brida.

REVISTA DE LA SEMANA.

En la noche del 3 del actual se instaló en la cámara del Sermo. Sr. Infante D. Francisco de Paula Antonio la academia real de música y declamación. Nada diremos de este acto, que como todos los de su clase, se redujo al discurso de cajón, con pretensiones de informe: mas en cuanto al porvenir de esta academia, nos complacemos en fundar esperanzas, recordando que en manos del gobierno está una esposicion de sus individuos, en la cual se pide la cesion del teatro de Oriente, y que á este puede darle la humorada de condescender, tanto mas, cuanto que la academia se ofrece á costear los gastos que se originen hasta la conclusion de la obra, y á pagar despues un tanto anual por su alquiler.

Mr. Émile Prudent, el famoso pianista que tan extraordinaria aceptación ha tenido en las principales capitales de Europa, no hace en la de España todo el furor que muchos habian creído, y es preciso confesar que en este punto ha quedado mucho mas bajo que el romántico List, si bien en cuanto á su escuela sea tal vez preferible para los que no entendemos profundamente ciertos arrebatos musicales, que forman, por decirlo así, la metafísica de la armonía.

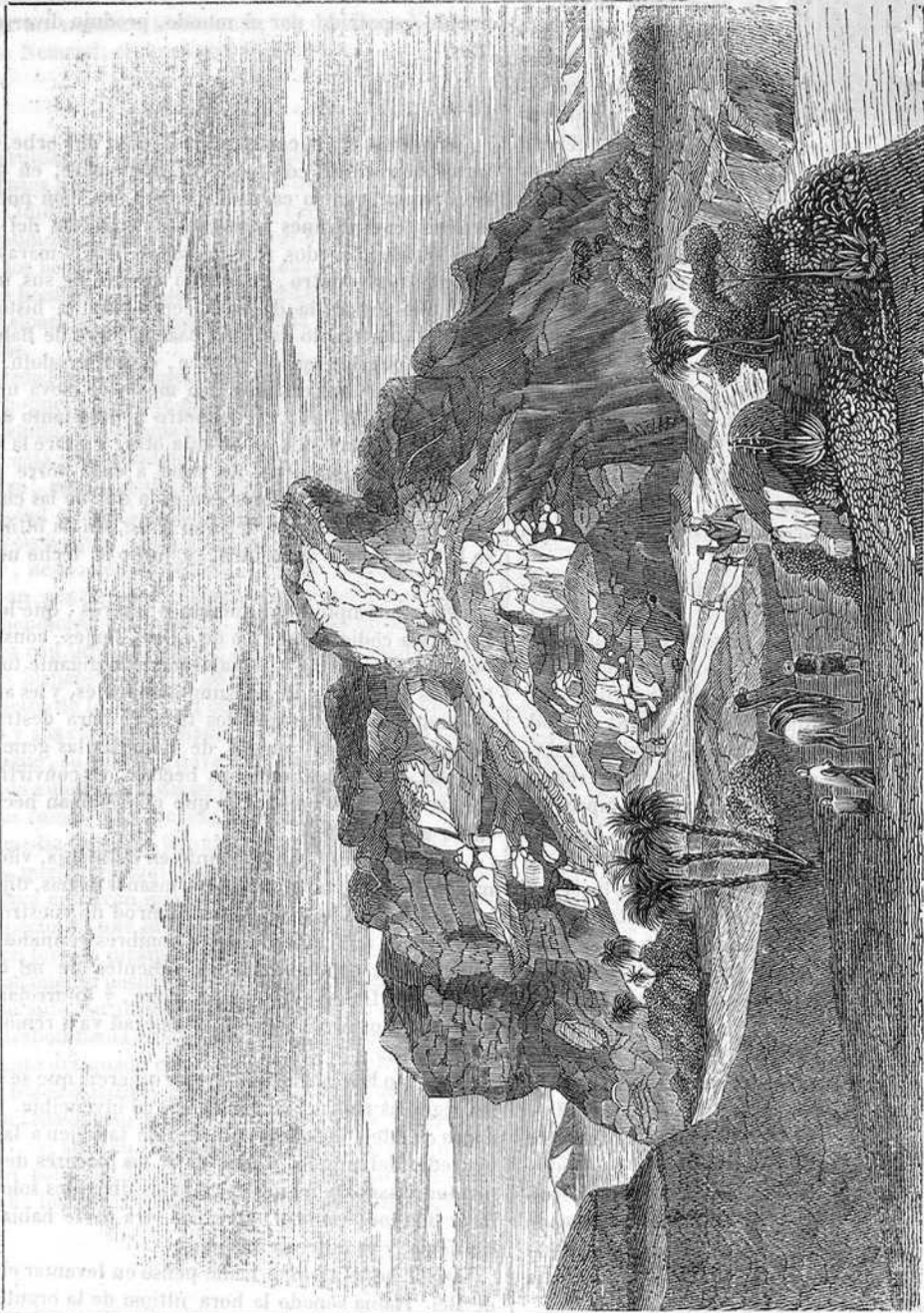
De todos modos, cuando Mr. Prudent se anuncia para la Cruz, las localidades no se ven vacías, y los periódicos no dejan de cacarear los primores de sus artísticas manos y la fecundidad de su imaginación.

Entretanto continúa ese espíritu de noble emulacion entre los escritores de obras dramáticas, que nosotros

apreciamos en gran manera, considerándole como una muestra de vida y una garantía para el porvenir de nuestro teatro nacional y de nuestra bella literatura. El señor Cañete está disponiendo para el beneficio de la señora Llorente un drama histórico titulado *Los Jesuitas*: hemos leído algunas escenas que nos han parecido de sobresaliente efecto, y si el resto corresponde á aquellos, tanto en el bien formado artificio, como en la versificación fluida y en la pintura de las costumbres propias de la época; le vaticinamos muy buena acogida. La escena está colocada en el reinado de Carlos III, y el suceso está enlazado con la caída de esa famosa compañía, que en todo ha sido grande, hasta en los recuerdos que nos ha dejado, recuerdos que tienen en el día una especie de voga, exagerada tal vez, pero no innecesaria. ¡Tan cierto es, que lo que es verdaderamente grande nunca muere!

Háblase mucho del establecimiento de una nueva sociedad en la cual solo tendrán entrada los jóvenes de mérito y de esperanzas. No será literaria, ni artística, tendrá algo de las dos cosas: en ella no se atenderá para nada á opiniones, ni á partidos políticos. Cuando nos sean conocidas sus bases y el nombre bajo que haya de instalarse, diremos mas acerca de ella. Por hoy nos contentaremos con decir que el pensamiento nos parece útil. Todo lo que sea acercarse y poner en consonancia recursos y fuerzas divergentes, es siempre un progreso; mucho mayor cuando son jóvenes los que se congregan.

ANTIGUEDADES.



RUINAS DE LA TORRE DE BABEL.

I.



RES siglos poco mas ó menos habian corrido desde la universal inundacion de la tierra, y un anciano venerable daba todavía consejos á los hombres. Todos eran hijos suyos, y todos contenian sus viciosas inclinaciones y refrenaban sus violentas pasiones, dóciles á la voz pater-

nal del predilecto de Jehová, del libertador del género humano en la tremenda catástrofe con que la divina Justicia habia querido escalear al hombre.

La frágil naturaleza humana, empero, con el corazón dañado, luchaba inútilmente contra las astutas pasiones, contra los temibles vicios que redoblaban sus ataques cada día con mas frecuencia. Poco á poco se perdió la memoria de los consejos del virtuoso anciano, y se perdió también el amor y el temor al Omnipotente.

Los insensatos hijos de Noé descendieron á la planicie de Sennaar; cubrieron la *llanura de las aguas*, donde despues se fundó Babilonia. Se habian multiplicado extraordinariamente: no habia ya campos que les bastasen, y de acuerdo con la voluntad del Altísimo, debian separarse en colonias, dividirse en pueblos, y llenar los ámbitos de la tierra.

«¿Y qué, dijeron con arrogancia impía, no ha de quedar memoria á la posteridad del día de nuestra separacion? ¿Habrá de perecer nuestro nombre en el sepulcro, como el de esos hombres que nada hacen para la gloria? Hagámonos inmortales; fabriquemos ladrillos cocidos al fuego, y uniéndolos con betun, levantemos una ciudad, y en medio una torre que se esconda en el cielo, una torre que veamos desde los confines del mundo, que resista á las llamas y á un segundo diluvio.... Los hombres de todos los siglos verán la última obra del género humano reunido.»

—«Hagamos una torre que llegue al cielo!» clamó Nemrod, jefe de los impíos. «Quiero ir á visitar en su escelso trono al Dios de Noé.»—Los titanes empezaron entonces la guerra con los dioses, segun las tradiciones de la mitología.... Los hombres y las mugeres, como aseguran los orientales, trabajaron afanosos unos cuarenta años, día tras día, en aquella obra colosal; no descansaban para ver luego cumplidos sus locos intentos.

Va tenia de altura 27,000 pasos, segun el Jalkut de los judíos. Segun otro de sus libros, tenia mil pasos por cada uno de los 70 ángeles que rodean el trono del Todopoderoso, mas segun S. Gerónimo solo tenia 5,000. Aun así era ya once veces mas alta que la mas alta pirámide de Egipto, once veces mas alta que el mayor monumento conocido; sin embargo, ¿cuánto no les faltaba todavía para escalar el cielo y ver á Dios en su trono!

«Hé aquí un pueblo, dijo el Señor, empeñado en la inútil obra de criminal soberbia; obstinado en llevar á

cabo un imposible, y olvidado enteramente de mis leyes...» «Que su lengua se confunda, y no entienda cada uno las palabras de su prójimo.» Dijo, y cada uno habló y no fué entendido.

A un momento de silencioso espanto sucedieron crueles horas de terrible algarazara, de desesperada confusion. Pocos habian conservado el idioma de sus padres; los mas tenian diverso lenguaje. Fué necesario suspender la torre maldecida, y diseminarse por la tierra, juntos los que hablaban del mismo modo. Desde entonces un solo pueblo, esparcido por el mundo, produjo diversos pueblos.

II.

Babilonia era la corte mas poderosa del orbe. Con 24 leguas de recinto, con muros de 200 codos, en que podian pasear cuatro carros á la par: con cien puertas de bronce, con jardines voluptuosos y un rio del paraíso para dividirla en dos ricas mitades, era la maravilla del Oriente; pero dentro, en medio de una de sus mitades, tenia una maravilla de mas precio para la historia del hombre—el templo de Bel ó Baal, la torre de Babel.

«Sus puertas son de bronce, dice Herodoto. Forma un cuadro de dos estadios. En medio se eleva una torre que tiene un estadio de diámetro y otro tanto de altura (600 pies). Sobre ella se levanta otra, y sobre la segunda una tercera hasta ocho. Se sube á cada torre por una serie de ramplas exteriores, en cada una de las cuales hay asientos para descanso del que sube. En la última torre se halla un lecho magnífico, y junto al lecho una mesa de oro.»

En ese templo habia inmensos tesoros, que los Reyes de Persia codiciaban. Uno de ellos, Jerjes, consiguió robarlos á viva fuerza, descalabrando la gigante torre. Los tiempos trabajaron de consuno con Jerjes, y les ayudaron los hombres, peores que los tiempos para destruir; los hombres, siempre amigos de humillar las generaciones pasadas, ya deslustrando sus hechos, ya convirtiendo en despreciables escombros lo que ellas habian hecho sumptuoso monumento.

Alejandro el Grande triunfó en Babilonia, vió las ruinas de Baal, y en alguna de sus insanas orgías, dijo: «Alejandro hoy puede mas que el Nemrod de vuestros abuelos: lo que no han logrado los hombres reunidos, lo han de conseguir por vida mia los valientes de mi ejército. Yo veré al Dios de Noé en su trono, y lo arrojaré de él como á tantos otros Reyes... Empezad ya á remover esos escombros.»

En vano habló. Los judíos no quieren que se toque á las sagradas ruinas; su resistencia es invencible. Los soldados de Alejandro han ensordecido también á la voz del vencedor del mundo. ¿Cómo dejar los placeres de Babilonia por pesados y humildes trabajos dirigidos solo á satisfacer una loca vanidad! Dios por otra parte habia oído al blasfemo, y lo entregó á la muerte.

Desde aquel tiempo nadie pensó en levantar el templo de Bel. Habia sonado la hora última de la orgullosa Babilonia. El rio del Paraíso fué obligado por el hombre á seguir otro camino, y á dejar en seco el anchuroso cuadro

abierto para él en medio de la ciudad. ¡Adios muros, jardines, palacios y torres! ¡Adios Babilonia! Ha desaparecido de la faz de la tierra, como las fantásticas creaciones de los ensueños al despertar.

La torre de Babel ha quedado solo en la historia, como tantas otras maravillas del tiempo que pasó, que unas veces sirven de risa á los incrédulos, otras de tormento á los sabios ocupados en recorrer los siglos que fueron. Quedó también entre las tribus del árabe errante, y en las aisladas poblaciones que bordean por aquella parte el Éufrates un nombre tradicional; el de *Bers-Nemrod*, burgo de Nemrod; el de ruinas de Babil.

III.

«Las ruinas de Babel existen», dijeron á una voz, hace doscientos años, muchos cristianos que volvían del Asia á Europa libres del cautiverio. «Las cercanías de Bagdad darán testimonio de nuestras palabras.»

Pero los hombres no dieron fé á sus palabras, porque entre los hombres no basta decir verdad; es preciso hacérsela palpar, y aun entonces queda un sinnúmero de incrédulos.

La verdad es fuego escondido entre leña verde; hasta que hay hoguera no se vé el fuego, y no hay hoguera hasta que el tiempo seca la leña en que el fuego ha de cebarse. El fuego está ya escondido, no debe tardar en encenderse la hoguera; entonces desvaneceránse las tinieblas, y la incredulidad quedará confundida.

¿No veis á aquel joven europeo, montado en un caballo árabe, negro como el ébano, y veloz como el relámpago, y en pos del cual cabalga otro joven con abultada cartera pendiente del hombro, y mas atrás media docena de árabes con turbantes color rojo de Andrinópolis, albornoces blancos y alfanjes de damasco en su diestra?

Es Pietro de la Valle, el célebre italiano que destinó sus años y sus riquezas á viajar por el Asia. El otro joven que le sigue, su pintor; lleva en la cartera los preciosos dibujos de cuanto hay digno del arte en Oriente. Vuelven de las ruinas de la torre; oidles.

«En medio de vasta llanura, á una media milla del Éufrates, que corre aquí hácia Occidente, se levanta sobre la tierra una gran masa de fábrica arruinada, que tiene el aspecto de una montaña. Forma un cuadrado terminado en torre ó pirámide, cuyo circuito medido lo mas aproximadamente posible es de 1134 pasos. Sus dimensiones, su sitio, su forma, todo se refiere exactamente á lo que Strabon llama sepulcro de Belus, y que debe ser el monumento designado con el nombre de Torre de Nemrod, de Babel ó Babil, como los habitantes de este país le llaman todavía. Su elevación sobre el suelo varia mucho; pero es, aun en las partes mas bajas, mayor que los mas altos palacios de Nápoles. Tiene una vista informe como la de todas las ruinas, con grandes desigualdades:

ora se ven ásperos repechos, suaves pendientes, que se pueden subir fácilmente, ora los profundos y sinuosos cauces abiertos por las aguas de las lluvias. No se encuentra la menor traza de escaleras ni de puertas, lo que confirma la opinión de que se subía por ramplas exteriores, que como partes débiles del edificio, debieron arruinarse las primeras....» «Son los materiales de su construcción de lo mas curioso del mundo; consisten en ladrillos grandes y gruesos, secos solamente al sol, y cimentados con cierta clase de tierra; algunos estan cocidos al fuego. Para mayor solidez, de distancia en distancia, estan mezcladas con la tierra capas de cañas picadas ó de paja. No me queda duda que esta es la antigua Babel, la torre de Nemrod, á quien Josefo y Eustichio llaman Rey de los hijos de Noé, en el tiempo en que se dispersaron por el mundo.»

Lo mismo ha visto, poco mas ó menos, el inglés Rich en 1813, y si todavía quereis mayores confirmaciones, acompañad á Sir Ker Porter; salid con él de Bagdad, y veinte leguas mas al mediodía hallareis las ruinas de la loca obra de los *titanes*.

El murmullo armonioso del *rio de la fertilidad* se oye á lo lejos. Los bosquecillos de plátanos halagan de trecho en trecho al viajero con su deliciosa frescura, pero tal vez el tigre oculto en la frondosa copa espía el momento de lanzarse sobre su presa. Los sauces de Babilonia, siempre llorando la desgraciada suerte de la corte de Semíramis, aparecen aquí y allí cargados de dolorosos recuerdos.

«¡Mirad!» gritan los guías, y una colina de erguida cumbre se presenta á los ojos ansiosos en medio de la llanura sin límites. Esa llanura es la planicie de Sennaar; esa colina es la torre de Babel, el monumento de la dispersion de la familia de Noé, cuando le plugo á Dios de una familia formar naciones.

Gritan los árabes; gritan y silban con todas sus fuerzas. Los leones del desierto, al oír esos gritos, descienden con majestuoso paso de en medio de las ruinas, en donde se calentaban al sol, como los perros del pastor al pié de la cabaña. Dijera Pitágoras al verlos, que eran almas de los impíos vasallos de Nemrod, destinadas á perpetua centinela de su torre.

Estamos al pié de ella. Su base oblonga tiene 1280 pies. Alzase al O en forma casi piramidal, y se distinguen todavía tres de los ocho tramos de que habla Herodoto. Estan unidos sus débiles materiales por cimiento tan fuerte, que es imposible desprender el menor fragmento, un solo ladrillo para copiar las inscripciones que todos tienen en su cara inferior.

Veinte y dos siglos han pasado desde Herodoto hasta Sir Ker Porter. Herodoto no ha sido desmentido. El templo de Belo, que él describe, es la torre de Babil de Pietro de la Valle; la torre de Babil las ruinas imponentes que al mediodía de Bagdad forman una montaña.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

CUENTOS MORALES.

SIN CASA NI HOGAR.

No hace mucho tiempo que se verificó en París una brillante y magnífica boda entre uno de los mas acaudalados banqueros, Mr. Andres J.... y la señorita de V..., hija única del Marqués de V..., antiguo embajador y Par de Francia. Semejante acontecimiento no es difícil que haya pasado desapercibido aun para los que en España gustan de leer periódicos franceses, y que de seguro no se habrán parado á descifrar las iniciales, por mas que el *faits divers* (1) hiciese notar la gran pompa y solemnidad con que dicho matrimonio se celebró en la capilla del palacio de Luxemburgo y en el suntuoso palacio de M. J.... Nosotros de buen grado dispensaríamos al lector español de tales reminiscencias, si no fuesen hasta cierto punto precisas para conocer un extraño y curioso episodio que amenizó ese enlace aristocrático.

Era la mañana del día señalado para la boda, y en tanto que los carruajes de Mr. Andres le esperaban en el patio, y que él mismo estaba aguardando á los testigos en un salon dorado desde el cielo raso hasta las alfombras, un ayuda de cámara entró á anunciar *los sastres de su excelencia*.

Entraron efectivamente en el salon diez sastres, cada uno con un grueso paquete de ropa debajo del brazo, y mirándose unos á otros sin dejar de reirse, como gente que se parece un poco á los arúspices romanos, fueron colocando con cuidado encima de los magníficos sillones, cincuenta trajes completos de deshollinadores, ó limpia-chimeneas saboyanos. Mr. Andres se puso á examinar uno por uno, dando muestras de entendido en el ramo, esta coleccion de chupas, chalecos y pantalones de sayal, y no habiéndoles encontrado ningun defecto de marca, distribuyó sobre unos ocho mil reales entre los diez sastres, que se retiraron con cierto aire que denotaba la estrañeza que semejante encargo les habia producido.

Trás de los sastres entraron los sombrereros con otras cincuenta gorras; en seguida los roperos con cincuenta camisas; despues los almadreños, con cincuenta pares de zuecos, y por fin los guitarreros con cincuenta gaitas. Toda esta gente se fué marchando á medida que recibian sus honorarios, saliendo á cual mas sorprendidos y preguntándose unos á otros si tales preparativos serian para algun chasco ó solamente por apuesta.

Entonces Mr. Andres mandó llamar á todos sus criados y les habló de esta manera:

—Vais á distribuirlos por todos los barrios de París con el objeto de convidar á comer conmigo á cuantos deshollinadores encontráreis, ofreciendo un luis á todos los que aceptáren el convite; y en teniendo cincuenta los reuniréis y regresareis con ellos. En mi sala de baño encontrareis todo lo necesario para limpiarlos de pies á cabeza, y concluida esta operacion les hareis tomar estos vestidos, cada uno segun su talla, sentándose en seguida á la mesa en esta habitacion, mientras que nosotros con los demas convidados comemos en la inmediata.

Aturdidos quedaron los criados con semejante disposicion, que se repetian mutuamente con el objeto de comprender que no estaban soñando.

Era una de esas mañanas mas terribles de invierno: el hielo habia sucedido á la nieve: el sol iluminaba débilmente los témpanos que colgaban de los tejados, como si no se atreviese á deshacerlos; hacia en fin un día propio para dar fuego á todas las chimeneas, verdaderamente un día de deshollinadores.

Corrieron, pues, los criados de Mr. Andres á ejecutar una órden, cuyo objeto no podian comprender; y no les costó mucho trabajo el darle cumplimiento, como pueden suponer muy bien nuestros lectores.

La noticia voló de chimenea en chimenea á manera de parte telegráfica, y en menos de dos horas nadie hubiera encontrado un saboyano para deshollar su chimenea, aunque mediase peligro de incendio. Hallándose por consiguiente embarazados los criados de Mr. Andres con la escesiva concurrencia para hacer la elección, entresacaron los mas negros, los mas súcios y los mas andrajosos; de modo que cuando entraron con ellos en el hermoso palacio de Mr. Andres, no parecia sino que los cíclopes de Vulcano habian tomado por asalto el alcázar de Júpiter. El contraste fué mas notable aun, porque á la entrada estas mugrientas y desastradas figuras, se reunieron con la brillante comitiva nupcial que se apeaba de los carruajes que venian del Luxemburgo. Por una parte lujosas libreas guarnecidas de plata y oro, vestidos de seda y terciopelo, encajes y dijes, los *dandys* mas elegantes y las mugeres mas bellas de París; y por otra aquellos rostros tiznados de humo y de hollin, los cabellos revueltos en forma de matas, y los harapos colgando sobre el cuerpo medio desnudo.

En tanto que los brillantes convidados volvian los ojos hácia sí mismos como para preguntarse qué significaba semejante espectáculo, Mr. J.... clavó los suyos de una manera tierna y melancólica, como si se estuviese

(1) Titulo bajo el cual colocan los periódicos franceses toda la seccion que entre nosotros se llama *Crónica ó Gaceta*.

preguntando á sí mismo: «¿Dónde está la felicidad, aquí ó allí?»

—Aquí está, respondieron sus labios, imprimiendo un beso en la blanca mano de su encantadora esposa. Despues de esta muestra de galanteria, Mr. Andres hizo entrar á la última en la principal estancia, como á una reina á quien se ofrecia aquel palacio; no sin haber hecho primero una seña á sus criados para que cumpliesen sus órdenes respecto á los deshollinadores.

Habria pasado una hora de esto, cuando un arroyuelo negro como la tinta atravesaba el patio y corria á confundirse con la cloaca de la calle. Ya supondrán nuestros entendidos lectores que aquel arroyo no podia ser otra cosa mas que la lejía en que se habian purificado los cincuenta deshollinadores saboyanos que precisamente en aquel mismo momento salian del baño, tanto mas blancos y rubios, mas frescos y rozagantes, cuanto que en realidad habian mudado la piel, viendo esta por la primera vez aquel dia la luz y el aire. Al ver semejante transformacion, cualquiera hubiera dicho que aquella turba de horribles demonios se habia convertido en un coro de querubines.

Entretanto habia sonado la hora del festin. Mil luces que salian de los caprichosos adornos de bronce y oro, iluminaban el palacio. Despues de haber recorrido los convidados los aposentos destinados á los recién desposados, y enriquecidos con todo cuanto puede inventar la fecunda imaginacion de un millonario, habian llegado á colocarse en torno de una magnífica mesa, guarnecida con el mas delicado gusto, y habianse olvidado completamente de la aparicion de los deshollinadores.

Entonces se abrieron de repente las dos hojas de una enorme puerta: entonces apareció al lado de la sala en que estaban, un gran salon iluminado como esta, y guarnecido tambien con un banquete espléndido en cuyas mesas se veian numerosos y alegres convidados; no parecia sino una gran decoracion teatral, ó uno de esos efectos de magia producidos por la varilla de un encantador.

Al ver semejante espectáculo todos los convidados exhalaban un grito de sorpresa, escepto Mr. Andres y su esposa que cambiaron una sonrisa de inteligencia. Pero pronto reconocieron á los horribles saboyanos de la mañana convertidos en guapos rapazuelos y todos vestidos de nuevo, con calzado nuevo y gorros nuevos, danzando y cantando al compás de sus nuevas gaitas, y dispuestos á comer con vajilla de plata y á beber en copas de cristal de roca.

Parecia esto una vision de la Saboya, tal como la describen los poetas y los pintores; no faltaba mas que las cabañas humeando y los montes coronados de nieve. Interrumpiendo entonces Mr. Andres el silencio de los convidados, á quienes un sentimiento de admiracion habia sellado los labios, y despues de ocultar con una de sus manos los ojos preñados de lágrimas, mientras que con la otra estrechaba las de su esposa, dijo:

—Amigos míos, espero que VV. me perdonen este capricho, contemplándome hoy el mas feliz de los hombres, he querido hacer partícipes de mi felicidad á los mas desgraciados.

Esta noble explicacion fué unánimemente aplaudida por todos; mas si bien no faltaba quien la supusiese incompleta y esperase con ansia que se descorriera completamente el velo del misterio, que con aquella solo se habia dejado ver por un pequeño lado, unos y otros, grandes y pequeños, desempeñaron sus funciones manducatorias á cual mejor. Los pequeños especialmente se desquitaban en una hora, de todos los dias de abstinencia que habian sufrido durante su corta vida. Las carnes mas esquisitas, las salsas mas apetitosas, los frutos mas raros y hasta los vinos mas inspiradores, encontraron en ellos dignos apologistas, que proclamaban la supremacia de lo bueno, de lo escogido, de los bien compuesto y aderezado. Estos arranques no eran sin embargo suficientes para hacer creer que se hubiese abusado en lo mas mínimo de la abundancia de manjares y bebidas que por do quiera se ostentaba, y la razon de los saboyanos estaba en su lugar, ni mas ni menos que si con un freno la tuviesen sujeta los varios ayudas de cámara que en torno suyo se paseaban con la vista fija y atenta á sus acciones, vigilando para que ninguno pudiera estraviarse. A las primeras emociones sucedió un silencio profundo, resultado tal vez no de sobra de meditacion, sino de falta de fuerzas para hablar, fuerzas que hacia otros órganos eran llamadas con premura en aquellos momentos, á desempeñar funciones de mayor monta y trascendencia. Este silencio fué solemnemente interrumpido por Mr. Andres, el cual dirigiéndose á los deshollinadores, les preguntó con visible emocion:

—¿Qué tal vá, hijos míos? ¿Podré lisonjearme de haber conseguido mi objeto? ¿Os contemplais felices?

Los rapaces contestaron, dando palmadas y gritos de alegría que no debian dejar duda alguna de su entera conformidad con la pregunta.

—Por cierto que nos hemos divertido para todos los dias de nuestra vida, contestó uno de los mayores, que estaba muy lejos de creer en la amargura de sus palabras.

—¿Cómo, para toda vuestra vida, exclamó el banquero! ¿Pues qué, no podeis llegar á obtener por vosotros mismos esa felicidad, y hacer al mismo tiempo la dicha de otros, si es que la dicha consiste en la riqueza? Yo os lo voy á probar, refiriendo una historia que no os dejará duda alguna de cómo los deshollinadores pueden convertirse en millonarios.

Al oir esta palabra eléctrica de *millonarios*, las cien orejas de los deshollinadores se enderezaron, como las de los caballos que se disponen á correr al combate.

—Sí, amigos míos, prosiguió Mr. Andres, de vosotros depende tener un gran palacio, salones dorados, ricos carruajes y comer diariamente como hoy. Oid la historia de un saboyano que he conocido mucho mas miserable que vosotros. Esta leccion merece tomarse como un regalo de boda.

«Erase un deshollinador mas pequeño que el menor de todos los que aquí os encontrais reunidos. Llamábanle *Sin casa ni hogar*, porque no tenia padre, ni madre, ni asilo en parte alguna. Las gentes de su lugar diéronle un rascador, unas rodilleras, una jaula y un gavilán; pusiéronle un pan debajo del brazo y un palo en la mano

mostrándole la Francia allá en el horizonte, le dijeron: «Marcha á la buena de Dios.» Sin casa ni hogar partió contento y satisfecho: perdió de vista el campanario de su aldea, recurrió á su pan, dióle también al pájaro, pero pronto dió fin á tan reducida provision. Entonces tuvo

que andar de aldea en aldea, cantando por un sueldo, bailando por dos, limpiando una chimenea por un poco de sopa, y durmiendo con el ganado, ó á campo descubierto. Mas de cien leguas habia andado de esta manera, cuando en un grande bosque se vió sorprendido por la



nieve: mientras sus piernas se lo permitieron, no se cansó de andar; pero al cabo no pudo llegar á ninguna aldea. La nieve se fué amontonando delante de él; el hambre se reunió al cansancio; hacia tres dias que no habia comido mas que alguna raiz silvestre: en una palabra, llegó á creerse abandonado de la Providencia; echó á tierra su jaula con el gavilán, se dejó caer al pié de un árbol, ocultó sus manos heladas dentro del pecho, y se

fué quedando desmayado de inaccion. Sin casa ni hogar debia considerarse perdido sin remedio. La nieve seguia cayendo y comenzaba á cercarle por todas partes, como para prepararle su sepultura, cuando un dolor vivísimo le hizo volver en sí por un momento. Era su gavilán que le mordía una oreja. Cree entonces que su pájaro trata de comerle, y fortalecido con esta idea que le infundia terror, vuelve en sí de repente; pero ¿cuál

sería su sorpresa al ver colgado del pico del animal un cuarto de liebre asada, echando humo todavía!... El gavilán con la fuerza del hambre había abierto su jaula y había ido á cojer esta presa al festín de unos carboneros. Entonces conoció *Sin casa ni hogar* que la Providencia estaba muy lejos de querer abandonarle; así pues, le dió gracias hincado de rodillas, y prometió aprovecharse de esta protección del cielo, y conseguirlo todo á fuerza de paciencia. Tan luego como llegó al pueblo mas cercano, se ocupó en trabajar, y el resultado fué la adquisición de una gaita: con esta gaita ganó para un vestido nuevo, y entró alegremente en Lyon, donde le depa-
 ró la fortuna un maestro que no le trató demasiado mal, y con él aprendió á leer, escribir y contar, mediante veinte francos, que pudo economizar de sus ganancias. Hallándose un día en su acostumbrada tarea de deshollinar, vió á un muchacho de diez y seis años que lloraba á lágrima viva, porque no podía hacer una cuenta que le había puesto su padre. El deshollinador dejó el rascador, le sacó la cuenta al pobre chico en menos de cinco minutos y volvió á su tarea: mas al bajar de la chimenea se encontró con el dueño de la casa, que mirándole de pies á cabeza le preguntó:—«¿Cuánto ganas cada mes? —De diez á treinta francos.—Pues bien, vas á ganar cien francos, si quieres quedarte á trabajar en mi casa. Al día siguiente *Sin casa ni hogar* tenía un hermoso vestido y una linda habitación, entrando á servir de dependiente al dueño de la casa, que era un excelente mecánico. Al llegar á los diez y ocho años ya tenía doble sueldo. No tardó mucho tiempo en perfeccionar una máquina que había inventado su principal, y este le cedió el privilegio, que le produjo cincuenta mil francos. Después de muerto el padre, se asoció con el hijo, y entre los dos ganaron cien mil escudos. Vaya, ¿á que envidiais ya al deshollinador?

Pues habeis de saber que á la sazón quebró un compañero suyo, y que esta quiebra le arruinó completamente, dejándole otra vez *Sin casa ni hogar*. Pero, ¿á que no sabeis qué hizo al verse en tan reducida situación? Volvió á recurrir al origen de su fortuna, y empezó á trabajar de operario mecánico, siendo tan buen operario, que al poco tiempo llegó á ser maestro, y en lugar de cien mil francos, ganó un millon. Con esta suma se vino á París y pasó de la mecánica á las especulaciones mercantiles. Había llegado á convencerse de que la abundancia excesiva de máquinas arruinaba á muchos trabajadores, y así juró no volver á hacer ninguna, acordándose de su primer estado. Dios ha recompensado tan benéfica idea. En la actualidad cuenta con un capital diez veces mayor, y figura como uno de los principales ban-

queros de París; pero no se olvida de su origen ni de sus desgracias; y la mejor prueba de ello es el haberos convidado á su boda para referiros su vida; porque habeis de saber, hijos míos, que *Sin casa ni hogar* se llama en el día Mr. Andres J..., y acaba de poner el colmo á su felicidad casándose con la hija del Marqués de V...

—Y esta fortuna la debe solo á sí mismo, exclamó noblemente la señorita de V..., alargando al mismo tiempo la mano á su marido.

Esta confidencia, que no era nueva para la esposa y para los amigos íntimos de Mr. Andres, fué hecha con tanta dignidad y buen gusto, que sus mas altivos convidados se envanecieron al estrechar entre sus brazos al antiguo deshollinador, confundiendo en una sola y común exclamación la voz de los pares de Francia y las de los saboyanos.

—Ahora es necesario que os enseñe, prosiguió el banquero, los instrumentos que me han servido para hacer mi fortuna; y estoy seguro de que os convencereis por vosotros mismos de que aquellos se hallan al alcance de cualquiera.

Todos los que allí estaban siguieron á Mr. Andres á su gabinete particular, donde estaba una grande arca de bronce, dividida en dos partes. Al abrirla dijo aquel:

—¡Allí estan mis millones, y aquí lo que los ha producido!

Se vió efectivamente en la parte superior treinta carpetas llenas de billetes de banco, y en la parte inferior un miserable vestido de deshollinador, un raspador, una gaita y unos zuecos; y ademas algunos utensilios y herramientas, compases, martillos, limas, etc., que Mr. Andres conservaba con el mayor esmero.

—Agregad á esto, amigos míos, añadió, otros dos instrumentos admirables: la PERSEVERANCIA y la ECONOMIA, y vereis cómo vais formando poco á poco una gran fortuna, cuya primera piedra debe ser esta, si ha de ir bien cimentada.

Concluida esta esplicacion, dió un luis á cada deshollinador, y una libreta de quinientos francos sobre la caja de ahorros. Bailaban de alegría los cincuenta saboyanos, y al retirarse exclamaban llenos de verdadero entusiasmo: «Viva Mr. Andres J...»

Desde entonces todos ellos han correspondido dignamente á tan generosa merced, trabajando unos en el comercio y otros en las artes y en la industria, á fin de hacerse con el tiempo millonarios. El mas aventajado de ellos acaba de ganar cinco mil francos con acciones del camino de hierro del norte de Francia. ¿Quién sabe si este llegará á ser tan buen discípulo como su maestro?

REVISTA DE LA SEMANA.

La única novedad dramática que ha habido desde nuestra última revista, ha sido en el teatro del Príncipe, donde fué representada en la noche del 16 la comedia del Sr. Breton de los Herreros, titulada *Errar la voca-*

ción, que no ha obtenido el éxito que era de esperar, atendiendo á las recomendables dotes que adornan á su autor para este género de literatura, en el que no tiene, no solo quien le aventaje, pero ni aun quien con él igualarse

pueda. La mayor parte de los periódicos que se han ocupado de esta pieza, la han visto únicamente por el lado desventajoso, ó para hablar con mas propiedad, han querido exigir de un juguete cómico grandes situaciones y un enredo de mucha complicacion y de contrastes. Porque el público no aplaudió desafortadamente la representacion, interpretando mal su conducta, dijeron que habia formado mal juicio de esta produccion: nosotros, que componiamos una minima parte de ese público, sabemos que los chistes de *Errar la vocacion* entretienen agradablemente, y que la verificacion armoniosa y la viveza de su diálogo recuerdan á cada paso al inimitable autor de la *Marcela*; y para el público que asiste en este siglo quejumbroso y desapacible á la representacion de un juguete cómico; algo es reir y oír versos sonoros y ver desarrollado un pensamiento moral.

La ejecucion de esta comedia ha sido buena: los actores del teatro del Príncipe han tratado al Sr. Breton con la consideracion que merece.

Esto es cuanto tenemos que decir por hoy en cuanto á teatros: la aproximacion del carnaval influye en que este género de diversiones no llame esclusivamente la atencion del público madrileño, y quien mas, quien me-

nos, todos hablan de Villa-Hermosa y piensan solazarse en sus salones, amen de lo que se pueda pescar en las reuniones particulares, en cuyo número se anuncia tambien un baile de trajes en el Real Palacio.

El paseo de Atocha, que tan viva curiosidad habia escitado en los últimos dias, es en la actualidad un objeto olvidado á causa del mal tiempo que tenemos; en cambio parece que son menos graves las *fiebres tifoideas* que en el sentir de algunos, habian venido á la corte desde las provincias.

Y á propósito de esta observacion, ahora está sucediendo precisamente lo contrario, con la fiebre de *frenología y magnetismo*, que despues de haber infestado la capital, causando no pocos estragos, se ha corrido á las provincias del mediodia, donde segun el decir de los periódicos, cunde extraordinariamente la epidemia. Este fenómeno no lo extrañamos nosotros, que tenemos la esperiencia de lo que ha sucedido y está sucediendo todavia en la corte con *propagadores de la doctrina*; y algunos casos prácticos pudieramos citar como el del *pobre marido* que representa la lámina, y que podemos asegurar á nuestros lectores, que es un caso, tal vez demasiado práctico.



—¡Qué diablos...! Encuentro aquí dos órganos muy desarrollados... dos protuberancias... ¡Umbre... V. debe ser casado.
—¡Qué talento tienen los frenólogos!! ¡Qué presto lo ha conocido V.
—La ciencia no puede fallar... V. es casado y ha de ser muy buen marido... para su mujer. Tiene muy des-

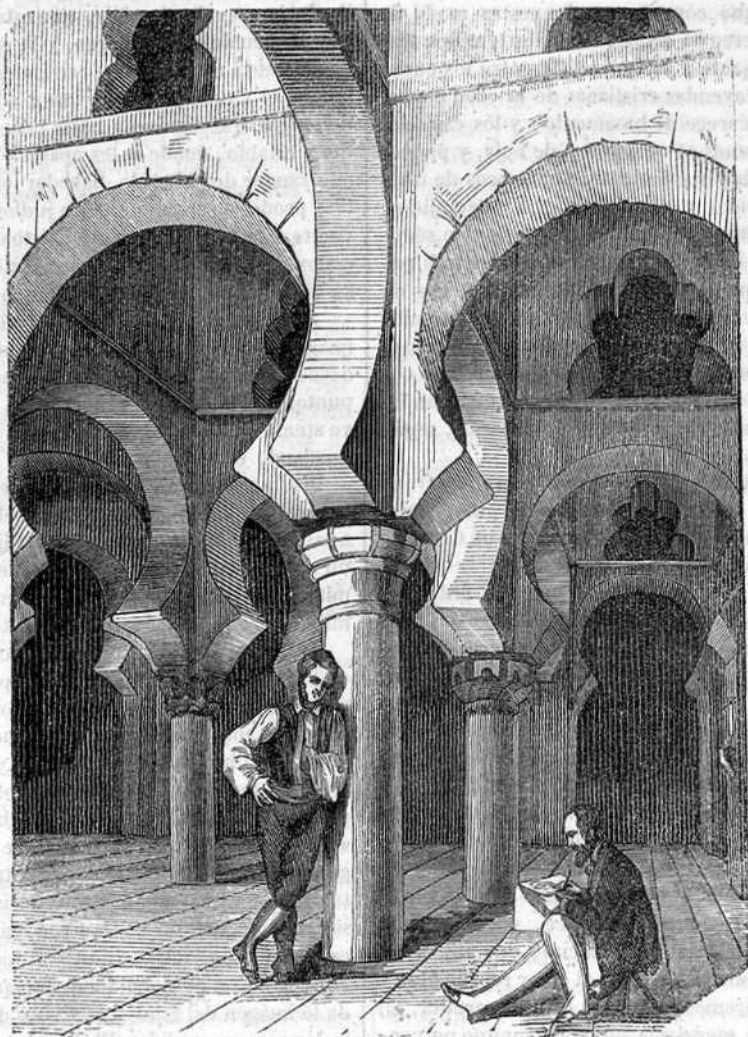
arrollados los órganos de la FILOGENITICA.

—¿Eh?
—Debe V. tener mucho amor á sus hijos.
—Oh! Oh!
—No falla. Apuesto que V. los quiere como si fuesen suyos.
—¡Uñ!

En la noche del martes 20 del corriente se cantó por vez primera la bellísima *partitura del Bravo*, por los principales artistas del teatro de la Cruz. La música es dulce y sentida; la ejecucion fué muy igual y con su con-

junto admirable. La escena estuvo perfectamente adornada. En la próxima *Revista* nos ocuparemos mas despacio de esta obra del célebre Mercadante.

ESPAÑA PINTORESCA.



ERMITA DEL CRISTO DE LA LUZ EN TOLEDO



El monumento de que vamos a hablar en este artículo, si bien es sobremanera interesante en cuanto á su origen y significación histórica; no lo es menos en verdad por lo que respecta á su parte material y artística. De todos los monumentos que nos quedan en esta imperial ciudad, como recuerdo de la dominación sarracena, que por tantos años pesó sobre sus moradores, esta pe-

queña ermita, situada en una de sus estremidades y casi arrinconada y oculta entre los antiguos muros y otros edificios que la rodean, es uno de los mas perfectos y acabados modelos, aunque en cortas dimensiones, de la arquitectura arábiga, mezquina en sus proporciones por un lado, esbelta y delicada por otro; pero siempre original en su especie y rica en sus detalles y ornato. En ella se nota cierto carácter de sencilla majestad, no en esfera tan superior como en la catedral de Córdoba, pero no por eso menos digno de notarse por el observador curioso é inteligente á la vez.

Aunque diminuto, pero suficiente á nuestro enten-

der, presenta un diseño de su fábrica interior el grabado que acompaña á este artículo. En él podrá no obstante notarse, por lo bajo de las columnas, lo macizo de los capiteles, la alunada curva de los arcos, y el feston de las lucernas, un no sé qué de material, y con exceso humano, que en el conjunto y suma de las partes y pormenores advertimos, y que constituyen á nuestro modo de ver las cosas, la diferencia capital entre los templos árabes y góticos, semejante á la que existe entre los cuentos orientales y las leyendas cristianas de la edad media. Todo el columnage carece de basamento, y los capiteles diferentes entre sí; unos se componen de hoja, y pequeños arcos; otros de hojas solamente; y no pocos de molduras y filetes enlazados y de mil maneras entretreídos. La mayor parte de las claraboyas, con su feston de semicírculos, constan de un arco grande y otros dos mas pequeños interiores, que aunque diversos mas ó menos en su forma, se hallan todos apoyados en una columnilla central, semejante, menos en sus dimensiones, á las anteriores. Toda la fábrica es de pequeño ladrillo bien cocido y casi petrificado, y por la parte exterior guardan los muros una decoracion semejante á la del interior, segun el gusto de la época.

En el principal testero de esta ermita y en el centro de un pequeño retablo, bastante posterior y del gusto plateresco, se encuentran dos imágenes, la una de un Crucifijo de talla de mucha antigüedad; y la otra de una Virgen igualmente de talla, que no está á la vista como la anterior, por hallarse vestida. La tradicional historia de estas imágenes es la del monumento, así como acontece con los principales santuarios de España, cuyo origen se remonta á tiempos que precedieron á la invasion de los moros. La falta de documentos es causa de que la tradicion supla en esos casos, lo que con mas exactitud pudieran demostrar aquellos; y aunque á la verdad, y por desgracia, ese medio de comprobacion de hechos en muchos casos ha fallado, una vez apuradas las viciosas, fuentes que le produjeron, con todo, no queriendo nosotros llevar al extremo la investigacion critica, desnudando así á la historia del ornato y poesía que la embellece, y á la religion de unas piadosas é inofensivas creencias, que alimentan la devocion sin conducir á los fieles al error reprehensible y supersticioso, referiremos la crónica de esta ermita, tal como se contiene en memorias antiguas, aunque no coetáneas, á los hechos que mencionan.

Segun esos escritos, el santuario del Cristo de la Luz existió ya en los tiempos de la dominacion goda muy venerado por los fieles desde el acontecimiento que vamos á relatar. Cuéntase que por los años de 555, reinando en España el glorioso Rey Atanagildo, dos judíos, de los muchos que por entonces habian fijado su residencia en esta ciudad, llamados Sacao y Abisail, pasando por esta ermita y viéndola sola y sin guardian que la cuidase, se determinaron á entrar y á ultrajar la imagen de N. S. J., que estaba en el altar mayor, la cual, se añade, que estaba construida con parte de la madera de cedro que los judíos trajeron de Jerusalem para la sinagoga que tenían en lo que hoy es capilla, llamada de Santa María la Blanca; y llevando á cabo su sacrilega determinacion, le die-

ron un bote en el costado con un dardo y al punto cayó la milagrosa imagen en el suelo derramando copiosos raudales de sangre. En vista de esto, llenos de pavor y espanto los judíos la llevaron arrastrando hasta la puerta de la ermita, y viendo uno de ellos que no cesaba de derramar sangre, la escondió debajo de su tabardo ó capote, la llevó á la casa donde vivia, que estaba en la plazuela que hoy llaman de Valdecaleros, y la soterró en un establo. Acudiendo á muy poco los cristianos al santuario y no hallando el Crucifijo, observaron no obstante un rastro de sangre, que siguieron hasta penetrar en la casa del judío y establo, donde se les apareció la imagen, vertiendo aun sangre de la herida. Sabedor el Rey de tan portentoso prodigio, mandó que los judíos fuesen apedreados y vuelto á su templo el Santo Cristo en medio de una procesion devota. La sangre fué recogida en ampollas, y por su virtud obró nuestro Señor muchos milagros.

Acostumbraban los cristianos á besar los pies de esta imagen, y para dañarles, y extinguir al mismo tiempo la devocion de los fieles, los judíos pusieron veneno en ese punto, y al llegar por primera vez, despues de este nuevo atentado, una muger á besarlos, retiró uno la imagen, quedando desclavado como hoy se vé.

En la pérdida de España, temiendo los cristianos que los árabes y judíos profanarian el santuario ultrajando nuevamente tan milagroso Crucifijo, le escondieron en un nicho ó hueco, que estaba á mano derecha de la ermita, y dejando una lámpara encendida con sola una pañilla de aceite, le cerraron completamente.

Fué Dios servido que en el año de 1085 saliese esta ciudad del pesado yugo sarraceno por el valor y constancia de su invicto conquistador Alfonso VI, Rey de Castilla y de Leon, y entrando en la ciudad triunfante por la puerta que hoy llaman de la Cruz y antes Aguilena, que está frontera á la ermita actual del Santo Cristo, acompañado de la nobleza y clero; el caballo de Rui Diaz, por sobrenombre el Cid Campeador, se arrojó con asombro general delante del local donde estuvo el primitivo santuario, destruido muchos años hacia por los árabes. Considerándolo todos como un prodigio, registraron escrupulosamente aquellos sitios, y al tocar en un viejo paredon, hallaron el nicho donde fué anteriormente escondida la imagen del Santísimo Cristo de la Cruz, junto con la lámpara encendida. El Rey y todo su séquito adoraron como era justo el simulacro, y no contento con eso D. Alonso, dispuso que el Arzobispo D. Bernardo celebrase el santo sacrificio de la Misa en aquel sitio, y que á la mayor brevedad se reedificase la ermita para esponer en ella á la veneracion pública el Santísimo Cristo, que desde entonces y hasta ahora se llama de la Luz, y dejando ademas en ella por recuerdo un pequeño escudo con una Cruz, que dicen llevaba consigo el Principe para esa conquista, y cuya memoria aun se conserva en ella.

Algunos escritores de las cosas de Toledo, poco conocedores á la verdad de la arquitectura de las diversas épocas y naciones, han querido suponer que el edificio que hoy existe y que constituye la ermita es el mismo, con algunas variaciones, que se erigió en los tiempos de

Atanagildo; pero con solo verle se conoce al instante que es del gusto árabe mas puro y esquisito; y aunque mandado construir por D. Bernardo, primer Arzobispo de Toledo, despues de su restauracion, como templo cristiano, esto nada se opone á que su forma se asemejase á las mezquitas; único modo de edificar que sabrian los arquitectos árabes, de los que esclusivamente tenía que valerse el Prelado en aquellos primeros momentos; y ¿quién sabe, si en lugar de reedificar la ermita le pareció mucho mejor y mas pronto al Arzobispo aprovecharse de alguna mezquita, que en ese mismo local tuviesen los moros, purificándola y dedicándola al culto de la milagrosa imagen, segun se practicaba por entonces con otros edificios de ese género hallados en las ciudades conquistadas?

Sobre esto no nos es dado el decidir cosa cierta; solo sí podremos añadir, contando ya con documentos, que á los pocos años de estos acontecimientos, el Arzobispo de Toledo D. Gonzalo Perez, en las kalendas de julio de 1186 entregó esta ermita, llamada de la Santa Cruz, á los caballeros hospitalarios de S. Juan de Jerusalem, habiendo estado hasta entonces sometida á la jurisdiccion de los Prelados, pero añadiendo á la cesion el pacto de que los caballeros no recibiesen feligreses de las demas parroquias, ni mucho menos diezmos, primicias y otros

derechos privativos de la jurisdiccion parroquial, junto con otras reservas especiales que en dicho privilegio se espresan; sobre lo cual prestaron su autorizacion el Rey Alfonso VIII y el prior del hospital para su mayor validez y estabilidad, cuyo convenio rige aun hasta el presente.

En este documento se dice claramente que la ermita estaba junto á la puerta de Valmardon, á la que otras escrituras llaman de Mayoriano, y ahora se denomina de la Cruz. Las casas que estaban por cima de este arco, que se quemaron no hace mucho, sirvieron á los moros de carnicería, y posteriormente el Rey D. Fernando el Católico hizo merced de ellas á D. Pedro Laso de Castilla, corregidor que fué de esta ciudad, segun otro privilegio que tenemos á la vista.

En la actualidad, el monumento de que nos ocupamos que aun subsiste como priorato de la orden de S. Juan, se halla confiado á la custodia de un sacristan, que cuida del edificio. Muy pocas veces está abierto, aunque sí alumbrado, y á no ser por la firmeza y solidez de su construccion, que es aun capaz de desafiar á los siglos, hubiera dejado de existir, así como otros muchos edificios de su época, de los que nos quedan solamente algunos restos que atestigüen su memoria.

NICOLAS MAGAN.

LITERATURA ESPAÑOLA.

DON NICASIO ALVAREZ CIENFUEGOS.

ARTICULO II.

Ya en el artículo anterior dejamos espresada la época en que escribió Cienfuegos y el género á que sus obras pertenecian. Las dramáticas, de que ahora nos vamos á ocupar, corresponden realmente á la escuela clásica por la estrecha observancia de las tres unidades de accion, de lugar y de tiempo, recomendadas por el arte; pues ninguna de aquellas escende del término prescrito de las veinte y cuatro horas, ni se distrae su asunto principal con episodios inútiles, ni se desvia su accion del recinto de una ciudad y de un palacio; pero si bien en esto pertenecen las producciones dramáticas de Cienfuegos al género que dejamos dicho, no así su estilo desigual y amanerado algunas veces se puede calificar propiamente de la misma manera. Nosotros, sin embargo, al notar y reconocer este lunar que rebaja algun tanto el mérito de nuestro poeta, no titubeamos en hacerlo de un modo menos severo de como hasta el dia se han espresado respecto de este y otros puntos de sus obras, los que hablando de ellas como escritores, han manifestado harto no ser sus aficionados. Los principales cargos que se han hecho por estos á Cienfuegos son de tal naturaleza que sin dejarse de reco-

nocer en el fondo cierta buena intencion, han manifestado bien á las claras ser rígidamente parciales y sistemáticos. Háse dicho de este poeta que su estilo por lo desigual y palabrero, carece de la sencillez griega y de la precision latina, que sus caracteres poco desenvueltos no son mas que unos ligeros é insignificantes bosquejos, un tipo sencillo, y que la falta de estima y aceptacion con que la posteridad ha recibido estas obras, es el resultado mas evidente de las escasas dotes de su autor; pero nosotros no vemos en los tres puntos que comprenden estos cargos mas que la condicion propia de toda obra por perfecta que sea, que siempre tiene algun pequeño lunar que la empaña; la imposibilidad de medir y calificar con justicia por los gustos y adelantos presentes las obras que en otras épocas atrasadas se escribieron, y lo poco segura y acertada que es la opinion del público al aceptar con mas ó con menos consecuencia y entusiasmo la representacion de las producciones dramáticas, lo cual depende muchas veces de circunstancias ajenas enteramente á su mérito literario y pertenecientes mas bien al influjo de la casualidad ó la preocupacion de la moda. Los celebrados

ingenios de nuestros poetas del teatro antiguo, cuya fama es tan universal como fundada, no fueron infalibles ni completamente perfectos, puesto que sus obras adolecen de repetidos lunares y de faltas muy remarcables, y no por eso los calificaremos de un modo desfavorable y severo, negándoles la gloria á que son tan justamente acreedores y desdenando lo bueno que produjeron. Las creaciones monstruosas y hasta inverosímiles del trágico Shaspeare, personificando sus fantasmas y sobrenaturales apariciones, los temores ó los remordimientos y dando á los caracteres de sus personajes aquella movilidad y exageración que eran propias de su estilo, quedarían á nuestro modo de ver muy mal paradas si tratáramos en el día de examinarlas y medirlas por las reglas del buen gusto y de los adelantos que posteriormente se hayan conseguido, y sería sin embargo sobrada injusticia negar por este motivo á tan célebre escritor la fama y el aprecio que por sus talentos y sus obras merece: y querer en fin, valuar la reputación de los ingenios por su ruidosa celebridad y por la consecuente apreciación del público caprichoso, sería condenar inmerecidamente con este los escritos de muchos hombres grandes, sin razón desdenados á influjo de las nuevas impresiones del momento, y negar á un tiempo que existen casualidades y combinaciones funestas que presiden las mas veces el destino de las letras.

Nosotros no convenimos con la opinión de los que han creído que un poeta lírico no puede ser buen poeta dramático, cuyo aserto por mas que hemos procurado desentrañarle no hemos conseguido comprenderle, ni penetrar enteramente su fundamento por las razones que se han espuesto. El autor que tenga imaginación viva, numen fecundo, espontaneidad en sus creaciones, fácil versificación y aquel tino y discreta mesura que distinguen al buen poeta dramático, ¿podrán estorbarle que lo sea las producciones líricas que anteriormente haya escrito acaso por via de ensayo? ¿El que las obras de este género que salieran de su pluma sean buenas, le puede impedir y estorbar que con el mismo talento y la misma facilidad que supo crear una ingeniosa ficción hablando por sí como poeta, finja y arregle una dramática en que se espresen por boca de otros creando caracteres? ¿No es uno y otro género una pura invención en la que el ingenio se remonta y agita presentando con mas ó menos belleza los resultados de su inspiración? Pues siendo esto así, ¿cómo se puede creer racionalmente que un buen poeta lírico tiene una fatal desventaja para ser poeta dramático? Nosotros, sin embargo, no desconocemos ni negamos la diferencia que entre sí tienen estos dos géneros; pero no los consideramos enteramente opuestos, y así solo diremos que el exclusivismo en ambos, mas que de su incompatibilidad, depende de la particular afición de los ingenios que se dedican á las letras, y que aunque haya existido y exista alguna escepción á favor de la opinión contraria, como sucede siempre en el mundo, el te-

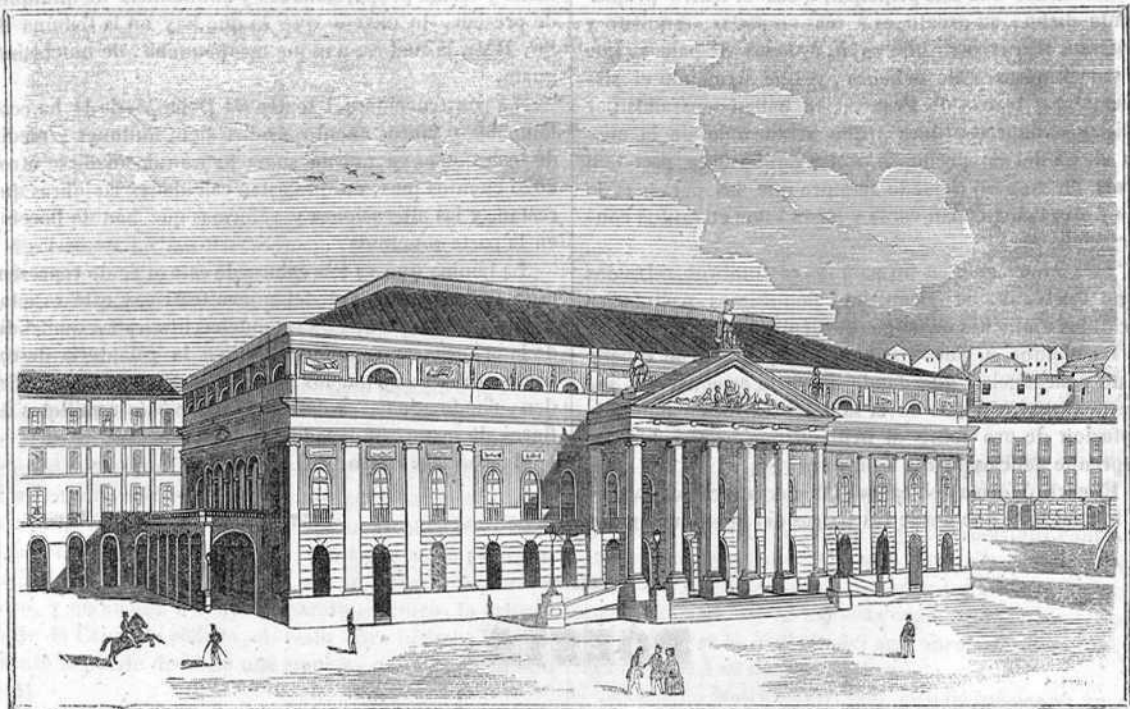
ner habilidad y primor para escribir como poeta lírico, no impide ni estorba que aquel mismo ingenio escriba tambien con buen éxito en el género dramático. En el caso contrario no podríamos decir otro tanto, y sin embargo, si recorremos las producciones de muchos célebres escritores de este género, hallaremos en Sófoeles trozos ricos y armoniosos que igualan á las mejores odas, sonetos bellísimos y caprichosos en Shaspeare y Metastasio, y un admirable tesoro de poesía lírica en Calderon, Lope de Vega, Matos Frago y otros.

Pos estas razones nosotros, ni miramos tan en relieve los defectos y lunares de las obras dramáticas de Cienfuegos, ni creemos que el haber escrito con bastante acierto sus poesías líricas le estorbase como circunstancia desfavorable para hacerlo del mismo modo en aquel difícil género. Nosotros no somos ciegos admiradores de este poeta, sino justos apreciadores de su reconocido mérito, y al analizar sus obras creemos que se debe tener presente mas que la desventaja que precisamente ha de resultar en ellas de la comparación con otras modernas, lo que valieran cuando salieron á luz para dar á la tragedia española con primor y aliño el tono, el estilo y el colorido de que tan notablemente carecía.

En efecto, las producciones de esta clase de Cienfuegos no pueden compararse á ninguna de las que se escribían en su tiempo. Cadahalso, Ayala y Jovellanos, con otros, quedaron muy atrás como autores trágicos, y no sin motivo la aparición de las tragedias de nuestro poeta fué recibida con el encomio y hasta la admiración de un público ilustrado. Los periódicos de aquella época hablaron de ellas en el mismo sentido: los hombres de peso y reputación en las letras, entre ellos nuestro D. José Manuel Quintana, le dieron tambien en notorios escritos el homenaje de su aprobación sincera y de su aprecio, y los teatros las han representado con muy lucido éxito hasta en épocas no muy lejanas en que nosotros hemos tenido ocasion de ser espectadores. Si su presentación en escena no ha estado mas en boga, atribúyase como prueba del mal influjo que la suerte suele ejercer en algunas producciones literarias, mas que á su falta de buenas dotes, á la variación del gusto y al decaimiento de las obras clásicas, que es la razón misma por la que otras composiciones del mismo género y de muy relevante mérito yacen tambien casi en el olvido y la oscuridad. Nuestra pluma no repetirá aquí los apasionados elogios de los amigos y adictos de Cienfuegos; pero si ademas de lo dicho añadirá á sus severos y terribles censores que no es ni verosímil que unas obras colocadas á la pequeña altura que ellos las han puesto, llamasen la atención de la república de las letras hasta el punto de suscitarse cuestiones acaloradas entre hombres entendidos, en las que algunos de ellos han dado la preferencia á nuestro poeta sobre el mismo Quintana.

J. GUILLÉN BUZARÁN.

MONUMENTOS ARTÍSTICOS.



Teatro de Doña Maria II, en Lisboa.

Lisboa, esa capital de tanta importancia bajo su aspecto artístico, y tan visitada por los extranjeros, especialmente por los ingleses que la miran, y con razón, como á una ciudad casi inglesa; Lisboa, que vá enriqueciéndose de día en día con nuevos establecimientos, y que ensancha al mismo tiempo el círculo de la población moderna, reemplazando las angostas, súcias, tortuosas y oscuras callejuelas, con hermosas aceras de casas simétricas que forman calles anchas, espaciales y perfectamente niveladas, ha visto inaugurado, si no del todo concluido en el año pasado, un nuevo teatro, que lleva por título el nombre de su jóven y hermosa soberana.

Habiase puesto la primera piedra de este edificio en el mes de julio de 1842, y habiase encomendado su construcción al jóven arquitecto italiano Fortunato Lody, el cual dió terminada la obra interior del teatro, en estado de poderse representar, antes del día 29 de octubre del año pasado: este día era el aniversario del natalicio de S. M. el Rey D. Fernando, y por tanto fué el designado para la apertura de dicho teatro, solemnizando aquel

aniversario con una representación dramática y no de ópera, como justo tributo á la literatura nacional.

La fábrica exterior del teatro, que para el comun de las gentes no ofrece gran suntuosidad y aparato, es de una elegancia sencilla y bastante rica en cuanto á los materiales que la componen: hay muchos y buenos jaspes que cubren las paredes de las cuatro fachadas, y son también dignas de mencionarse las seis hermosas columnas de piedra berroqueña que se elevan sobre el pórtico del frente que dá á la plaza de D. Pedro, el cual sirve exclusivamente de entrada para SS. MM.

La del público es por el costado que mira á poniente y á la plaza llamada de Camoëns, donde se vé otro pórtico de menores dimensiones, en el cual entran los coches al abrigo de la lluvia, pudiendo de este modo apearse las señoras, sin miedo á la humedad ni al lodo. Desde luego se ofrece á la vista un bello peristilo, de estructura graciosa y elegante. Subiendo en seguida algunos escalones se pasa por en medio de graciosas columnas á una meseta, si bien no muy amplia, ingeniosamente entendi-

da, la cual conduce á la entrada de la platea. De derecha é izquierda de esta meseta, arrancan escaleras, que desembocan en corredores espaciosos, de paredes primorosamente estucadas. Otro tanto se puede decir del salón de desahogo, del café, de los gabinetes, retretes y demas piezas accesorias, en las cuales reina la comodidad y hasta el lujo.

En cuanto á la sala principal, ó sea el teatro propiamente dicho, su ornato es á mas no poder, esquisito y elegante. Hay cuatro hileras ú órdenes de palcos, que llegan al número de ochenta, y que siguiendo el sistema de los teatros de Francia, se hallan separados por divisiones imperceptibles, que arrancando de la misma altura del antepecho, se prolongan hasta la pared en forma de S; pero dejando siempre que las personas de uno y otro lado puedan verse y hasta estar en mútua conversacion.

Esta innovacion en un país de costumbres retraidas como Portugal, ha encontrado poquísimos partidarios decididos y muchos enemigos encarnizados.

La tribuna ó palco real está dispuesto con mucho gusto y elegancia, guardando perfecta armonía en sus adornos con los demas de la sala del teatro, en donde la profusion de oro sobre el brillantísimo campo blanco, sorprende deliciosamente á primera vista.

El corte ó forma del teatro es de herradura poco abierta, lo cual hace que desde los palcos del centro de ambos

costados no se vea muy bien la escena; este es el defecto capital de la obra, defecto tanto mas de sentir, cuanto que no es posible remediarlo.

En el techo se ven varias figuras alegóricas pintadas con particular cuidado por el profesor Fonseca. Es tambien primorosa la balastrada ó adorno circular que cubre el boquete por donde baja la araña: esta tiene un tamaño y forma proporcionados y abundancia de quinqués de presion, lo mismo que la que hay en la tribuna de SS. MM., la cual es, aunque mas pequeña, de muchísimo gusto.

La construccion del teatro de Doña María II ha costado 300 y tantos cuentos (sobre siete millones y medio de reales), á cuya enorme suma habrán de añadirse otros 2025 cuentos mas, en que estan calculadas las obras que restan, y las alteraciones y reformas que han de hacerse en la parte concluida.

La lámina que va á la cabeza de este artículo representa la fachada principal del nuevo teatro, y está exactamente copiada de una de las muchas litografias que el dia de la primera representacion, tuvo la galantería de repartir el Sr. Lody por los palcos y lunetas de primer orden, dando ademas á las damas preciosos ramilletes de flores de mano, empapados en ricas esencias.

Lisboa 2 de enero.

VICENTE GUTIERREZ DE TERAN.

POESIA.

A LUZ.

LA AUSENCIA.

Recuerdos tristes de mi bien perdido:
[Ángel consolador! ¿dónde te has ido?

QUINTANA.

¡Rasga tu pabellon! sol esplendente!
apaga ¡oh luna! tu fulgor sombrío...
¿de qué me sirve tu lumbrera ardiente
y tu rayo tristísimo y umbrío,
si el torcedor de los pesares siente
mi pecho hastiado, en su dolor vacío?
¿de qué me sirven, si al perder la calma
perdió su vida y su ventura el alma?
Ya para mí no hay bálsamo en las flores,
ni música en las auras ni armonía,
ni hay en las aves cántigas de amores,
ni en la altiva palmera gallardía;
en las fuentes dulcísimos rumores
ni galas en la luz del nuevo día.
ni paz en el desierto ni bonanza,
ni en la vida ilusiones ni esperanza,

Con su risa fugaz, voluptuosa,
llegó la primavera perfumada,
y el estío con mano rigorosa
rasgó su vestidura nacarada:
vino Diciembre con su faz rugosa
y su pupila tétrica y helada
y holló, atrevido, en su delirio ciego
del estío la túnica de fuego.
Así mi corazón en su inocencia,
manantial abundante de ventura,
del amor á la mágica influencia
cedió su paz y su fragancia pura:
y hoy el invierno de tirana ausencia
en su seno derrama la amargura
y solloza ¡infeliz! con su tormento
en la cárcel feroz del sentimiento....

Vuelve á mi lado ¡cielo peregrino!
que tú eres para mí ¡Luz brilladora!
de las flores el bálsamo divino,
de las aves la música sonora;
el rumor del arroyo cristalino
el rocío fecundo de la aurora,
los placeres, la gloria mas querida
y la esperanza, la ilusión, la vida.
Vuelve por Dios y volverás la calma

al corazón que á su delicia aspira:
serán tus brazos de mi amor la palma,
que en ellos solo su virtud respira...
pero ¡ay! que en vano se fatiga el alma
y lacerada en el dolor suspira
con el recuerdo de su bien perdido...
¡ángel consolador! ¿dónde te has ido?

Madrid: Enero 1846.

EL HUERFANO.

REVISTA DE LA SEMANA.

En nuestra última *Revista* ofrecimos hablar con alguna detención del *Bravo*, ópera seria del maestro Mercadante, que en las primeras representaciones no produjo grande entusiasmo, tal vez sin duda por la indisposición del tenor Moriani y por la falta de ensayos: ahora la opinión se va rectificando, y este *spartito* gustará á la generalidad, como ha gustado á los inteligentes. La música de *Il Bravo* es bastante complicada, y por lo mismo no se puede comprender su artificio, ni gozar de sus melodías, con solo asistir á unas cuantas representaciones: esta magnífica ópera es de las que necesitan estudiarse, por decirlo así, á fuerza de oír. Las partes que en un principio habian estado un poco flojas, se van mejorando poco á poco, y en cuanto á trajes y aparato escénico, la empresa de la Cruz ha echado el resto para lucirse, que es cuanto se puede decir de una empresa que lucha con otra rival.

En el teatro del Circo se ha estrenado para el beneficio de la Sra. Gruitz, y se está repitiendo con bastante buen éxito *Ana la Prie*, composición de mucho menos mérito artístico que el *Bravo*, pero de música mas ligera, mas cantable, y por lo mismo mas popular: es lo que se llama comunmente una ópera de wals y rigodon; así es que en la nueva época del carnaval esperamos oír en Villa-Hermosa alguna tanda tan *bailable*, como son cantables las armonías de *Ana la Prie*. En medio de esta sencillez, hay en la ópera una parte de grandioso efecto, que pudiera figurar muy dignamente al lado de las mejores escenas del *Nabuco* ó de la *Lucia*: esta es el final del segundo acto, pieza concertante de bastante mérito, y en la cual Tamberlik obtendrá siempre muchos y bien merecidos brayos y aplausos. *Ana la Prie* tiene poca originalidad, y ha tomado no poco en sus giros y cantos, de otras óperas conocidas, especialmente de las de Bellini; lo cual es una razon mas para que agrade su música desde luego, como que penetra en los oídos con la recomendación de agradables recuerdos.

En la noche del 27 dió en la Cruz un concierto de piano el Sr. Bosch, que pasa como discípulo del célebre Litz y que no deja de tener mucho de esa escuela romántica que atruena á veces los oídos, y á veces apenas se percibe; tal es la suavidad de los sonidos, que se asemejan al susurro de las auras despues del bramido de la

tempestad. Pero el discípulo no es el maestro, y las empresas debian procurar que no se presentasen niños que prometan para en adelante, que hoy no pueden gustar al público que escucha á los grandes maestros. El padre que desde un palco oye á su hijo, podrá estar embelesado; pero el público suele juzgar á los artistas no como padre, sino como padrastra.

Nos es en extremo sensible el tener que hablar de la pérdida que acaba de sufrir el teatro español, con la muerte del distinguido cantante D. PEDRO UNANUE, acaecida el 3 del actual en Trieste, en cuyo teatro estaba contratado como primer tenor. Al pagar este tributo á su memoria, transcribiremos de un periódico las breves líneas que componen por hoy su modesta cuanto admirable biografía, mientras la historia del arte abre una de sus mejores páginas á su ilustre nombre.

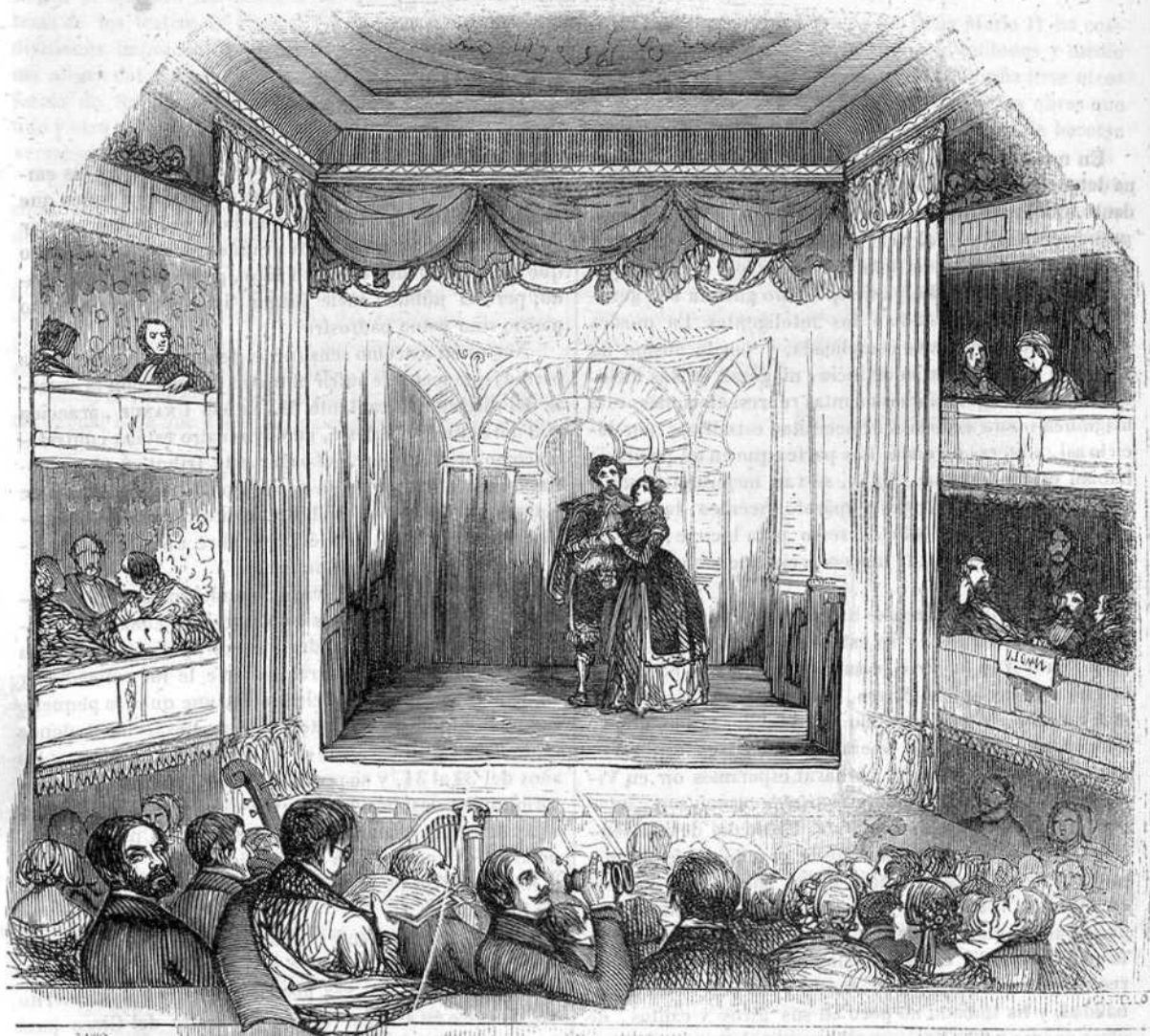
«Nació en Motrico (Vizcaya), estudió música en un colegio, y cuando apenas sus facultades principiaban á desarrollarse, pasó á Santander á hacer oposicion á la plaza de tenor de aquella catedral, la que le fué concedida y sirvió algunos años. Conociendo Unánue que era pequeño campo la capilla de una catedral para llegar hasta donde él deseaba en su carrera, se trasladó á esta corte por los años del 33 al 34, y se presentó al director del Conservatorio, quien despues de haberle examinado, le dió pocas esperanzas de grandes progresos; pero Unánue no se desalentó y se sometió á la dirección del Sr. Reat, el cual le hizo estudiar algun tiempo hasta que se escrituró para un teatro.»

«Cantó sucesivamente en los de Sevilla, Cádiz, Málaga, Almería, Granada, Zaragoza y Madrid, y puede decirse que el éxito fué cada vez mas brillante, y que su mérito fué siempre en aumento. Desde el teatro del Circo pasó hace unos dos años á la capital de Rusia, donde ha recogido los mayores aplausos, alternando con Rubini y otros cantantes de primer orden: fué luego á Bergamo, y allí mereció ya que los periódicos musicales de Italia le tributasen los mayores elogios: últimamente para el pasado otoño marchó á Trieste, donde puede decirse que se presentó ya á la altura de un eminente artista, y allí era donde estaba determinado que cogiera los últimos laureles para su corona.»

Esto es lo que ha llamado mas la atención esta semana.

na en el Madrid artístico y sentimental: en cuanto al Madrid de cal y canto, con que diariamente tropezamos por todas partes, tanto dentro como fuera de casa, ha sufrido una transformación de bulto, que no puede menos de consignarse en las páginas de un periódico pintoresco. Y decimos de *bulto*, porque precisamente debían abultar mucho las rejas de los cuartos bajos, cuando el Señor Alcalde-Corregidor ha mandado suprimirles la mitad.

Así es, que por donde quiera que uno recorra las calles de esta capital, no encuentra mas que rejas desquiciadas, rejas por el suelo, rejas en tortura sufriendo la amputación de sus espigos, y por fin, rejas empalmadas de nuevo y perfectamente al nivel de la pared de sus respectivas casas, que es como si dijéramos, dentro del círculo de las atribuciones domésticas. El Señor Marqués de Peñaflores había observado sin duda con escándalo



Embocadura del Teatro del Circo—Escena de la Opera *Ana la Prie* en el acto segundo, ejecutada por la Sra. Gruitz y el Sr. Tamberlik.

lo que las rejas de los cuartos bajos se iban poniendo en comunicacion demasiado íntima con los transeúntes, de lo cual podrian resultar algunos percances y encuentros; y así debió decir *para su villa*, «adentro ó fuera» dilema muy semejante al del célebre Gorosarri: *Si rejas para qué votos? ¿si votos para qué rejas?* y que nosotros pudiéramos traducir; *si las rejas salen tanto ¿de qué sirven en las aceras?*

En fin sea como quiera, la retirada de las rejas de los cuartos bajos de la villa y corte de Madrid, es indudable para todo fiel cristiano propietario de casas, que no quiera pagar la multa consabida, y es además una cosa de que no podrán dudar en ningún tiempo los herreros y demas operarios, que son en este caso los que ganan á costa de la revolucion *regi-eida*.

ESTUDIOS HISTORICOS.



DEL PRIMER MARQUÉS QUE HUBO EN CASTILLA.

No deja de ser extraño que hasta el postrer tercio del siglo XIV fuese desconocido en Castilla el título de Marqués. Era ya muy comun en otros reinos, antes de aquella época; y éranlo tambien por el mismo tiempo en la corte de Castilla el de Conde y el de Duque, que con los bienes y señorios anejos á ellos, servian raras veces como demostracion de favor, y casi siempre para recompensa del mérito de sus célebres ricos-hombres. Quizá los antiguos Reyes no querian introducir en sus estados la nueva denominacion por no despertar con una preeminencia mas los recelos y murmuraciones de la plebe; sobre todo no siendo necesaria, puesto que sin peligro alguno podian franquear á todas horas y en favor de quien

les pluguiese los tesoros de sus liberalidades; y quizá tambien de esta misma novedad, ya realizada, provino el grande aprecio en que por mucho tiempo estuvo tan alta dignidad, pues algunos creen, y las cédulas y provisiones reales lo confirman, que los Marqueses en su origen, y aun despues, fueron tenidos casi en tanto como los Duques, y desde luego en concepto superior al de los Condes.

Como quiera que sea, es menester avanzar hasta el reinado de D. Enrique *el de las Mercedes*, para tener el ejemplar de semejante concecion; porque aunque en España no era enteramente nuevo el título de Marqués, habiéndolo tomado anteriormente algunos Condes de Barcelona, y haciéndose mencion de él en las leyes de las Partidas, esto solo prueba la grandeza del mismo título y no la anterioridad de la gracia, que por primera vez

recayó en la persona de D. Alonso de Aragon, Conde de Denia y Rivagorza.

Era este caballero, hijo del Infante de Aragon D. Pedro, y nieto del Rey D. Jaime II, y pasó á Castilla para servir al Conde de Trastámara contra D. Pedro el Cruel, legítimo poseedor del trono. Zurita dice que entre ambos Condes habia una muy estrecha amistad y gran confederacion: que eran compañeros en armas; y que estaba entre ellos concertado que si el Conde D. Enrique por cualquiera via llegase á ser Rey de Castilla, daría al de Rivagorza por juró de heredad todas las tierras y estados que tuvo D. Juan, hijo del Infante D. Manuel, y le concedería algun oficio señalado en aquellos reinos.

No aguardó D. Enrique á ceñir sin contradiccion la corona de su hermano para dar cumplimiento á su promesa, pues en las cortes que celebró en Búrgos á principios de Febrero de 1367, confirmaron él y su esposa Doña Juana, segun testimonio del mismo Zurita, la mencionada donacion de los estados de D. Juan Manuel, otorgando al Conde de Rivagorza el título de Marqués de Villena, en el cual se comprendieron ademas del marquesado, Cifuentes, Salmeron, Valdeolivas, Alcócer, Palazuelos, Escalona y otros lugares, y se ratificó el matrimonio que asimismo estaba tratado de antemano entre el hijo mayor del Conde y la Infanta Doña Leonor, hija del Rey D. Enrique: larguezas que á la sazón nos parecen desmedidas, y que sin embargo apenas bastaban á saciar la codicia de aquellos tiempos.

Verdad es que D. Alonso de Aragon se hizo merecedor de todas ellas, porque prescindiendo de la mayor ó menor justicia en la causa que defendia, fué uno de los amigos mas leales de D. Enrique, abrazando su partido cuando todavia era dudoso el triunfo, y permaneciendo en él aun despues de verse maltratado por la fortuna. El tiempo que medió desde la creacion de dicho marquesado hasta el mes de Abril de 1367 se pasó por una y otra parte en aprestos y negociaciones, en reconocimientos y correrías, señales todas de las hostilidades que se preparaban.

Por fin el día 3 del mencionado abril vinieron los dos rivales á las manos con tanto mayor encarnizamiento cuanto mas estrechos eran los vínculos de su sangre: D. Pedro, armado de sus agravios, ansioso de vengar la afrenta de verse desposeido de la corona, y resuelto á dar una prueba mas del ardimiento que le distinguia; D. Enrique con la esperanza de un cetro por incentivo, y con el recuerdo de las atrocidades consumadas por su hermano, que no le prometia felicidad ni sosiego mientras no consiguiese derribarle para siempre del sòlio de Castilla. En favor del primero militaban el Príncipe de Gales, el Conde de Armuñaque, el señor de Labrit, y gran número de barones del ducado de Guiana, con la flor de la caballería de ingleses, bretones y gascones: en pro de D. Enrique casi toda la nobleza de Castilla y el famoso Beltran Claquin con las tropas y señores aventureros que habia reclutado en Francia; pero atendido el número y la escelencia de los soldados, casi todas las probabilidades de la victoria estaban por el Rey D. Pedro; por cuya razon fueron de dictámen algunos de los que acompañaban á

D. Enrique que aplazase para mejor ocasion la lid á que le incitaban otros. El, ó porque no se le culpase de falta de resolucion, ó por confiar demasiado en su buena suerte, que siempre suele ser mayor el yerro en los momentos de mas peligro, juntó su gente y marchó al encuentro de su contrario.

Tenia asentado su real cerca de Nájera, en una de las orillas del rio llamado Najerilla, del nombre de la misma poblacion, sitio muy favorable á su defensa, pero pasó el rio y ordenó su hueste en una llanura inmediata á Navarrete, adónde sabia que se encaminaban los de D. Pedro. Muchos desaprobaban este acuerdo por no ser la nueva posicion tan á propósito como la que abandonaban; mas como refiere la Crónica de D. Pedro: «D. Enrique... dijo que en todas guisas queria poner la batalla en plaza llana sin ventaja alguna.» Adelantóse D. Pedro desde Navarrete, y antes de llegar á vista del enemigo, mandó echar pié á tierra á sus ginetes: á poco tiempo unos y otros vinieron á las manos, los de D. Pedro gritando *Guiana, San Jorge*, y los de su hermano *Castilla, Santiago*. La lucha fué muy breve, y como hombres que peleaban no por la vida sino por la honra, al punto estrecharon las distancias. Cejó un tanto la vanguardia de Don Pedro, donde iba el Príncipe de Gales, y avanzó la de D. Enrique, creyendo que flaqueaban los contrarios; mas moviéndose al propio tiempo el ala derecha de los ingleses contra la izquierda de los enemigos, que mandaba D. Tello, hermano de D. Enrique, y que permanecia quieta, obligó á los de esta á volver caras y ponerse en precipitada fuga. Desde este momento lo que fué batalla se convirtió en derrota: en vano algunos gefes mas animosos que el resto de toda aquella muchedumbre, trataron de aquietar los ánimos y volver á la pelea; en vano arriesgó D. Enrique mas de una vez su vida por detener á los fugitivos, pues él mismo, viendo la priesa que se daban los vencedores, hubo tambien de ponerse en salvo; y la crónica, tan minuciosa en todas las circunstancias, nos dice que montaba un caballo grande, rucio castaño y armado de loriga; el cual estaba tan fatigado, que fué menester lo trocase por el suyo un escudero llamado Ruy Fernandez de Gaona, y á este debió sin duda su salvacion el confiado D. Enrique.

Quedaron prisioneros multitud de nobles, entre ellos los hermanos de D. Enrique, Pero Lopez de Ayala, el cronista, que conducia el pendon de la Banda, y nuestro Marqués de Villena D. Alonso de Aragon, que á pesar de haber lidiado heróicamente en aquella jornada, no pudo eximirse de la desgracia que alcanzó á todos sus compañeros. Tratóse de darle libertad, y quedaron dos hijos suyos en rehenes, D. Alonso, que era el uno, en poder del Príncipe de Gales, y en el del Conde de Fox el otro, llamado D. Pedro. Para que el Marqués se rescatare, dice el editor de las Crónicas en sus notas, le dió el Conde de Trastámara 50,000 florines, y le prestó 60,000 para obtener la libertad de su hijo D. Pedro, conviniéndose en que D. Alonso casase con Doña Leonor, hija de D. Enrique y Doña Leonor Alvarez, y D. Pedro con Doña Juana, hija del mismo D. Enrique y Doña Elvira Iniguez, dándolas su padre en dote los 60,000 florines que habia pres-

tado al Marqués, 30,000 por cada una. De estos enlaces no se verificó el primero, á causa, según alegó el Marqués, de la vida poco honesta de Doña Leonor; el segundo sí, y de él nació el famoso D. Enrique de Villena, á quien la ignorancia de aquellos tiempos reputó como encantador por sus profundos conocimientos en poesía y ciencias naturales; pero habiendo enviudado Doña Juana, pretendió se le restituyesen los 30,000 florines de su dote, y otro tanto solicitó Doña Leonor por no haberse efectuado su matrimonio: en virtud de cuyas demandas se siguió ejecución contra los bienes del marquesado.

A pesar de estos contratiempos, D. Alonso mantuvo con grande esplendor su título, pues fué también el primer Condestable de Castilla, dignidad que le dió el Rey D. Juan I el 6 de Julio de 1382. Ya á los últimos del reinado de este Monarca, los enemigos del Marqués comenzaron á moverle guerra, diciendo que no convenia que un estado como el de Villena, frontero de Aragón, estuviese en poder de un Príncipe de aquella real casa; é indignado D. Alonso de que se acogiesen favorablemente estas hablillas, mostró bastante retraimiento durante la minoría de D. Enrique III; en tal manera, que con este motivo, con el de las demandas de sus nuevas, y á pretexto de pagar deudas, dicho Monarca le despojó del marquesado, transfiriéndolo en D. Juan Pacheco el mayor, como asimismo de la condestablia, en que le dió por sucesor á D. Pedro Enriquez. Tan poco se necesitó para que cayeran sus servicios en olvido y menosprecio.

Esto es cuanto podemos decir, debiéndonos limitar á tan pequeño espacio, del primer Marqués de Castilla Don Alonso de Aragón. No consta el ceremonial de que se hizo uso en su investidura, caso de que se observase alguno, antes bien nos inclinamos á creer que siendo la ocasión tan poco favorable para esta especie de solemnidad, del todo se suprimiría.

Respecto á la dignidad en sí, poco tenemos que añadir. Mucho se ha discurrido sobre la etimología de la voz *Marqués*, queriendo deducirse en ella la importancia de sus funciones; pero estas, como todos sabemos, se reducian á la grandeza personal, y á la aptitud de los poseedores para los cargos mas elevados del estado ó de

la milicia: la ley XI, título I de la II Partida lo indica así con estas palabras: «*El Marqués* tanto quiere decir como señor de alguna gran tierra que está en comarca de reinos.»

En efecto, el estado de Villena se hallaba entonces en los confines de los reinos de Toledo, Aragón, Valencia y Murcia; y es de advertir que la misma condicion se tuvo presente en la erección de algunos de los marquesados sucesivos, como el de Santillana, existente en las marinas de Vizcaya; el de Cádiz, último término de España por aquella parte; el de Moya, límite de Toledo, Valencia y Aragón, y otros muchos que sería prolijo enumerar.

Esta merced no halló en mucho tiempo imitadores entre los soberanos de Castilla, como parece debiera haber acontecido tratándose de semejante novedad; de lo cual deducen algunos escritores la mucha estimación que se dió en su principio al título de Marqués. Fuese por esta, ó por distinta causa, la verdad es, que D. Enrique II no hizo otra concesion de esta especie: que ni D. Juan el I, ni D. Enrique III espidieron tampoco ningun otro, y que al de Villena sucedió el de Santillana, otorgado por D. Juan el II en favor de D. Íñigo Lopez de Mendoza, en 1445. Por estos tiempos se crearon muchos Condes y Duques, y hasta el reinado de los Reyes Católicos no comenzó á abrirse la mano en la concesion de marquesados, como puede averiguarlo quien desee mas pormenores sobre este asunto en el origen de las dignidades seglares de Castilla y Leon que escribió el Doctor Salazar de Mendoza, á quien somos deudores de los principales datos de este artículo.

Rara es la antigüedad que se perpetua en el mundo, y así acaeció con el título de Marqués de Villena, que en tiempo de D. Fernando y Doña Isabel se incorporó en la corona real, y no quedó de él mas recuerdo que el de la historia. En nuestros dias aun se conservan muchas de estas grandezas, pero tan oscurecidas, que no son siquiera sombra de las pasadas; y todavia han de amenguarse mas en virtud de las nuevas leyes; hasta que por último queden reducidas á un nombre vano en vida de nuestros nietos.

CAYETANO ROSELL.

LITERATURA ESPAÑOLA.

DON NIGASIO ALVAREZ CIENTFUEGOS.

ARTICULO III.

Cuatro son las tragedias que escribió Cienfuegos, la *Zoraida*, la *Condesa de Castilla*, *Idomeneo* y *Pitaco*: las dos primeras de mejores proporciones y mas correcta dición que las segundas, á cuya circunstancia se debe atribuir el haber gozado siempre ambas piezas de mas

aceptacion y nombradía para con los literatos y con el público. La combinacion fácil y verosímil de sus argumentos, el tono firme y elevado de su estilo y la oportunidad de la catástrofe, son entre otras bellezas y buenas situaciones de estas tragedias, las cualidades que mas en ellas

resaltan, sin que descendamos á señalar la desigualdad de su lenguaje en algunos lugares y la mayor ó menor perfeccion de sus caracteres, porque no las consideramos tan dignas de censura como algunos han creído, cuando en cambio se halla tan agradable compensacion en otros bellos y sobresalientes rasgos.

Si se quiere hallar en Cienfuegos dignidad y fácil versificación (propia del coturno trágico) oíase en la *Zoraida* á Aímanzor cuando dice:

Yo le ví, yo le ví, cuando acosado
por todas partes del cristiano esfuerzo
pugnaba por romper con fuerte lanza
cuádruples muros de acerado hierro.
Cubierto en polvo, de sudor bañado,
tinto en la sangre que sus rotos miembros
brotaban sin cesar, rompe, destroza
cuanto resiste á su mortal encuentro,
hasta arrancar de la española garra
sus encerrados moros, que sangrientos
por montes de cadáveres se salvan.
Granada se admiró en aquel momento
de cobrar sus perdidos defensores,
y alzó gozosa el abatido cuello.
Si su estandarte se perdió ¿qué importa?
sus hijos recobró, y es lo primero.
¡Boabdil! ¡Boabdil!... los invencibles,
los héroes de la patria allí cayeron:
en tanto que los pérfidos zegríes,
la ignominia al honor anteponiendo,
á sus hermanos con su torpe fuga
clavaron los puñales en el pecho.
Traición, traición, su indigna planta
guiaba del oprobio en el sendero
cuando ya la victoria nos guardaba
del triunfo honroso el immortal trofeo.

Si se quiere admirar en los versos de Cienfuegos la corrección latina, véase cuando esclama la Condesa de Castilla en la tragedia de este nombre:

¡Zaide! ¡Zaide!.... mis ojos sin quererlo
mi amor en estas lágrimas declaran....
Yo le amo, le idolatro.... ¿y á un vil moro
mi alvedrio daré, mi honor, mi fama?
¿Y en Castilla dirán que su Condesa
pudo....? No lo dirán: que salga, salga
del pecho mío tan indigno fuego:
que Zaide al punto de mi vista parta
para siempre jamás.... ¡desventurado!
¿A dónde vas? que á tu suplicio marchas,
y es mi amor tu cadalso.... ¿este retorno
á la firmeza de tu amor guardaba?
¿Qué mas pudo esperar un enemigo?
¡Si le amo al fin....! La paz y la alianza
haré sin dilacion que mi hijo firme,
y su vida del riesgo asegurada
yo me odiaré despues, y á las tinieblas
bajaré de la tumba con mi infamia.

Y mas adelante cuando la misma Condesa hablando con su hijo, pasa del reconcentrado pesar á la exaltacion del enojo, y dice:

Ese gozo, esa paz, esa ventura
que liberal me ofreces, la agradezco.
¡Ay! mi felicidad es mi desdicha:
déjame ser feliz con mis tormentos,
y si no.... ¡vive Dios! ¿y así me abato
á suplicar cuando mandarte puedo?
Recuerda, Sancho, que Castilla entera
obedece á la voz de mis preceptos;
y que si reinas porque yo lo quise,
dejarás de reinar si yo lo quiero.

Si se quiere hallar en los apasionados diálogos de nuestro poeta la sencillez del estilo griego, oíase en *Pitaco* á la enamorada Safo hablando con Faon.

Sí, mil veces y mil bendigo ahora
cuantos pesares padecer me has hecho.
Cien siglos de dolores viviria
por un día no mas, por un momento
de tu amor.... ¡Oh Faon! ¿qué ya á su lado
tu Safo sin cesar te estará viendo?
Nunca mis ojos se hartarán de verte,
ni mis oídos de escuchar tu acento,
ni de seguirte por do quier mi planta,
ni de amarte sin fin mi ardiente pecho.
Faon, solo Faon, no hay para Safo
otro nombre, otro bien, ni otro universo.

Serian interminables las citas que podríamos hacer de las producciones de Cienfuegos; pero basten las presentadas en estas líneas como muestra del estilo y decoroso tono de este poeta. La tragedia titulada el *Idomeneo*, si bien escrita con esmero y con muy privilegiados rasgos de ingenio, carece del halago de la asonancia, aunque por otra parte tiene su versificación toda la fuerza y la armonía del espíritu y de la medida. La mas inferior de estas obras, en nuestro concepto, es el *Pitaco*, donde desde luego se conoce que falta la detención y el alioño con que el autor escribió la *Zoraida* y la *Condesa de Castilla*.

No nos detendremos á hacer mencion de la comedia *Las hermanas generosas*, que escribió Cienfuegos, por ser esta pieza un mero juguete sin importancia literaria ni pretensiones.

Mucho mas podríamos añadir á lo dicho en favor de este poeta, señalando detenidamente las bellezas de sus obras; pero los estrechos límites de este artículo no lo permiten, y por otra parte cuanto nosotros pudiéramos esponer seria muy inferior al efecto que indudablemente producirá la lectura entera de las producciones que hemos citado. Lo que mayormente prueba el mérito de Cienfuegos es, que en medio de los crueles y severos ataques que se han dado á sus obras, no han podido menos de convenir la mayor parte de sus desafectos en que hay en ellas bellezas de primer orden en abundancia, y que lo noble de los pensamientos y lo bueno de los afectos, no son las únicas prendas de su ingenio, sino que las tiene tambien poéticas; siendo su misma estraña originalidad digna de ser alabada y admirada, por acompañar no pocas veces el brio y la novedad de la idea con iguales calidades de la frase.

J. GUILLEN BUZARAN.

ESTUDIOS SOCIALES.



DEBILITAS DEL INVIERNO.

Los pintores figuran el invierno viejo, flaco, pálido, con larga barba blanca, arropado en un grueso manto y sus manos descarnadas estendidas sobre un brasero encendido. ¿Qué nos dice este símbolo de los pintores? ¿Qué los epítetos sombrío, crudo, riguroso, insufrible, y otros que los poetas aplican á la estación de los hielos? Estas voces llaman á las puertas cerradas del corazón, para hacerle sentir de algun modo lo que las comodidades de la vida no nos permiten sentir. Aquella figura cargada de años y de necesidades, nos revela cuán infelices son, en el invierno mas que en ningún tiempo, los que no tienen hogar sobre que estender sus frios miembros descarnados por el hambre, los que carecen de vestido con que cubrir sus carnes delicadas, los sexagenarios sin fuerzas para resistir, los obreros sin trabajo que les proporcione pan y lumbre, las pobres familias de los campos que van á buscar de día entre la nieve las ramas secas que los vientos han desgajado, y á su sombría luz piden de noche al cielo que se compadezca del pobre.

El invierno, terrible estación para la indigencia, principia mucho antes del día que le señala el calendario, realmente principia en la festividad de S. Martín, del piadoso Caballero que partió su capa con el pobre, para indicarnos cuáles son los deberes que la caridad impone al rico cuando se acercan los adustos temporales. La riqueza es en todo tiempo una gran responsabilidad; pero esta responsabilidad crece á medida que crecen los sufrimientos de nuestros semejantes, sumidos en la miseria, acaso, acaso porque nosotros mismos los hemos arrojado en ella, labrando nuestras fortunas á costa de las suyas, amontonando nuestras riquezas con su trabajo. La riqueza está frecuentemente sorda á los quejidos dolientes del pobre, y ciega para ver el macilento semblante del hambriento, frecuentemente tiene las manos atadas para socorrer al hombre, y las tiene pródigas para gastar con uno ú otro, aun mucho mas de lo que bastaría al remedio del necesitado. Mil veces hemos visto al rico pasar rozando sus elegantes vestidos con los harapos del indi-

gente; en vano este imploraba su caridad; el rico *no tenía que darle*; entre tanto las mugeres del pueblo, los virtuosos jornaleros, los artesanos que volvían de su trabajo no dejaban nunca de alargarle la mano caritativa. El pueblo conoce mejor el precio de la caridad, porque toca más de cerca la miseria.

La riqueza está sin embargo llamada á ejercer una tutela, franca y de libre elección, pero real y activa sobre la pobreza, que es relativamente á ella un estado de horfandad y de minoría. ¡Ricos, comprended vuestra verdadera misión sobre la tierra! Estad ciertos que la caridad es una virtud tan dulce, que una vez gustados sus encantos ya no puede jamás olvidarse; probad á ejercer el más sencillo de sus actos, ahora que los rigores del invierno se ceban tan despiadadamente en los pobres, y vereis cual florecen en la primavera las semillas de caridad sembradas en corazones desvalidos, pero afectuosos, por almas de nobles y generosos sentimientos.

No basta dar un baile, un concierto, una representación, ni hacer una rifa, ni reunirse en un salón espléndido y depositar allí numerosas ofrendas para hacer partícipes de la alegría y bienestar del espléndido salón á la desgraciada familia que habita la helada boardilla. La caridad reservada que se limita á dar, es una caridad imperfecta. La verdadera caridad, que es la que solicitamos, es tierna, afectuosa, no oculta la mano bienhechora, obra con franca liberalidad, aunque examinando antes de obrar; vela sobre el porvenir, se remonta á las causas, atiende á todas las circunstancias y une al don los cuidados, los consuelos, los consejos y aun las correcciones paternales. Esta caridad activa y franca está al alcance de todos los que toman verdadero interés por la suerte de los desgraciados; tiene en sí misma muy halagüeñas recompensas, y sobre todas la de contribuir eficazmente á la perfección moral del que la practica.

Pero así como hay dos especies de caridad, hay dos especies de indigencia, una real y otra falsa. La falsa reclama socorros de que no tiene necesidad, rehusa voluntariamente el trabajo, y voluntariamente ejerce la mendicidad como una profesión. La indigencia real, entre otras causas que no es necesario esponer, reconoce como muy principales la falta de trabajo, la insuficiencia del trabajo, ó la imposibilidad física ó moral de él. Para conocer la verdadera indigencia, es necesario ir á buscarla, subir á la boardilla, descender al húmedo sótano. ¿No vais frecuentemente á las visitas de recreo y de etiqueta? Haced al pobre siquiera una vez al mes; subid, subid á ese desvan escondido.... ¡Qué espectáculo! Se ruborizan al veros; quisieran ocultaros su miseria patente, huir de vuestra vista escudriñadora. Ese artesano lisiado no puede trabajar; su joven esposa está enferma en la cama del pobre; sus hijos, en la edad del desarrollo, carecen de pan. No hay muebles, no hay ropas, no hay alimento ni medicinas; solo hay esperanza en Dios y en la caridad de los generosos corazones, pero de esta no quiere abusarse, no pueden tal vez implorarla ó temen un bochorno que lastime más que la misma miseria.... Esa desgraciada familia vive en vuestra misma casa, y no obstante ignorais lo que pasa en ella. ¿A quién culpáis de vues-

tra ignorancia sino á vos mismo qué evitais el roce con el pobre, y no despertais en él la confianza precisa para que os revele sus cuitas?

Ver la miseria todavía no es bastante, y mucho menos verla en una sola ocasión; es preciso observar muchos días, preguntar con prudencia, informarse con cautela, indagar con avidez, descubrir la llaga con cuidado, y curarla con prudencia y con cariño. No empero se ha de usar para esto de una curiosidad inquisitorial sino de una bienhechora solicitud; no de un interrogatorio humillante, sino de la expansión de una confianza afectuosa. No olvidar que el corazón del hombre es siempre orgulloso, y que además muchas cosas vale más ignorarlas. Y si á consecuencia de vuestras prudentes indagaciones descubris vicios en vez de necesidad: si encontrais el desorden, la desorganización doméstica, debeis por eso retiraros y volver vuestros ojos misericordiosos á otra parte? ¡Oh! no; allí se necesita de una caridad más que en otro sitio alguno: allí hay con la enfermedad miseria, otra enfermedad todavía más trascendental, que necesita más heroicos remedios. ¿Las miserias del alma no son también miserias? Deteneos, acaso estais destinado por la Providencia para volver una familia á la sociedad y á la virtud. Después que os hayais captado la confianza con los beneficios físicos, teneis derecho á mover el alma con los morales, y sin duda sin necesidad de preguntar, se os confesarán los delitos, las imprudencias, los trabajos de la vida. Estas revelaciones os serán quizá amargas, porque os revelaran infernales misterios del mundo, enfermedades generales epidémicas que corroen la sociedad; entonces vuestra conciencia, según vuestro poder, obrareis en busca de un remedio general, ó callareis, advertidos de que ni sois juez, ni delator, sino simplemente ángel de paz y de consuelo, que solo os atañe remediar las necesidades de aquella familia desgraciada, satisfacer su hambre; arropar sus miembros; volver la calma á sus corazones; dar nuevo vigor á aquellas anonadadas organizaciones para que vuelvan á útiles trabajos, luchen victoriosas contra la desgracia, y soporten con firmeza las penalidades de la vida. Vuestras palabras entonces valdrán más y vuestros dones: estos serán solo el pan de aquel día, aquellas el pan y la felicidad de los días sucesivos.

Desde ahora no queráis ya ricos, obrar con caridad imperfecta. Cuando dais y permanecéis incógnitos, ó tenéis vergüenza de dar al pobre menos de lo que le debeis ó sentís repugnancia á la presencia de un semejante vuestro, que no deja de ser hombre porque se halle en un estado de que estais más cerca de lo que pensais, por grandes que sean vuestras riquezas. La moneda que se echa en un zepo, aunque sea de oro, es un don fugitivo, un don de orgullo más que de caridad, moneda que será admitida con fría indiferencia, que no hace sonar con plácido retínido el vaso en que se echa. En esa limosna sin eco falta el don de consuelo, que es el mayor de los dones; falta el reconocimiento, poderoso lazo de los corazones, y la dulce satisfacción de haber remediado una miseria que se ha llegado á ver tal cual ella es, faltan en fin todas las circunstancias que hacen á la cari-

dad fuego sagrado que purifica las almas para que se eleven al cielo, y que fortifica los corazones para que resistan al mundo. No temais alargar al infeliz vuestra mano para que la bañe en lágrimas de agradecimiento; no temais dispensarle vuestros generosos beneficios en persona: viéndoos, verá la Providencia bajo una forma sen-

sible, recobrará las afecciones perdidas, los lazos sociales hechos trizas, será mejor para sí y para los demás. Si todavía no estuviérais persuadidos de que esta es la verdadera caridad, leed el *Visitador del pobre del barón de Gerando*.

REVISTA DE LA SEMANA.

La venida de Mr. Edouard Lafitte á esta capital con objeto, segun han dicho algunos periódicos, de establecer en Madrid un teatro francés de *vaudeville*, ha dado motivo á críticas y contestaciones recíprocas, como de ordinario sucede, dándose unos el parabien en alto grado, y censurando otros el modo, el objeto, el lugar y el tiempo, y todo cuanto puede censurarse en un pensamiento nuevo que se rechaza sin exámen. Nosotros respetamos los motivos de unos y otros, que podrán nacer tal vez únicamente del deseo del bien; pero creemos, que si no es malo el que en nuestra capital, haya como en otras de Europa un teatro francés, ya que el idioma de esta nacion tiene como el nuestro en otros tiempos, el privilegio de ser universal, mejor nos parecería, incomparablemente mejor, el que se tratase de dar al teatro nacional toda la importancia que debe tener, y que tiene sin duda en esas mismas naciones, cuyo ejemplo se quiere seguir, empezando por la Francia. Lo demás sería un absurdo, tanto mas perjudicial, cuanto que nuestra sociedad no necesita de tantos estímulos para amanerar sus ideas y sus costumbres, segun el gusto francés.

En cambio de esto, nosotros tenemos un motivo justo para darnos el mas completo parabien y para felicitar á la Academia Real de música y declamacion por el loable pensamiento que se propone llevar á cabo en el próximo año cómico. Parece que esta sociedad, de la cual es protectora S. M. la Reina, ha tomado el teatro de la Cruz para instalar en él las compañías lírica y dramática, *ambas españolas*, con que va á dar principio á sus nobles miras en favor del teatro nacional; habiendo sido contratado desde luego con este objeto, el Sr. Lombía con su compañía del Instituto que tantos triunfos va consiguiendo en la escena.

Efectivamente, este pequeño teatro suele dar en sus bien dirigidas funciones una prueba inequívoca de lo que pueden hacer las compañías de verso, cuando á su frente se halla una persona entendida, como lo es sin disputa el Sr. Lombía. Una prueba de su inteligencia es el modo con que dicho actor ha puesto en escena en el Instituto, el drama de Bouchardy, titulado *La hermana del Carretero*: sin embargo, las inverosimilitudes de este drama, y los envenenamientos, y atrocidades de que está lleno, conmueven profundamente á un público que recuerda todavía con estremecimiento aquellos dias en que nuestros coliseos resonaban con el eco terrible de los sangrientos y espantables engendros de la exagerada es-

cuela romántica. Por fortuna aquella época pasó; y ya que nuestra regeneracion dramática comienza bajo buenos auspicios, no quisiéramos verla interrumpida con esas traducciones, restos de una escuela exagerada. En cuanto á lo demás, la ejecucion de *La hermana del Carretero* fué muy buena, y agradaron por lo general los actores que desempeñaban buenos caracteres, así como han estado espuestos á una silba horrorosa los que hacian el papel de personajes depravados, tal vez por hacerlos demasiado bien.

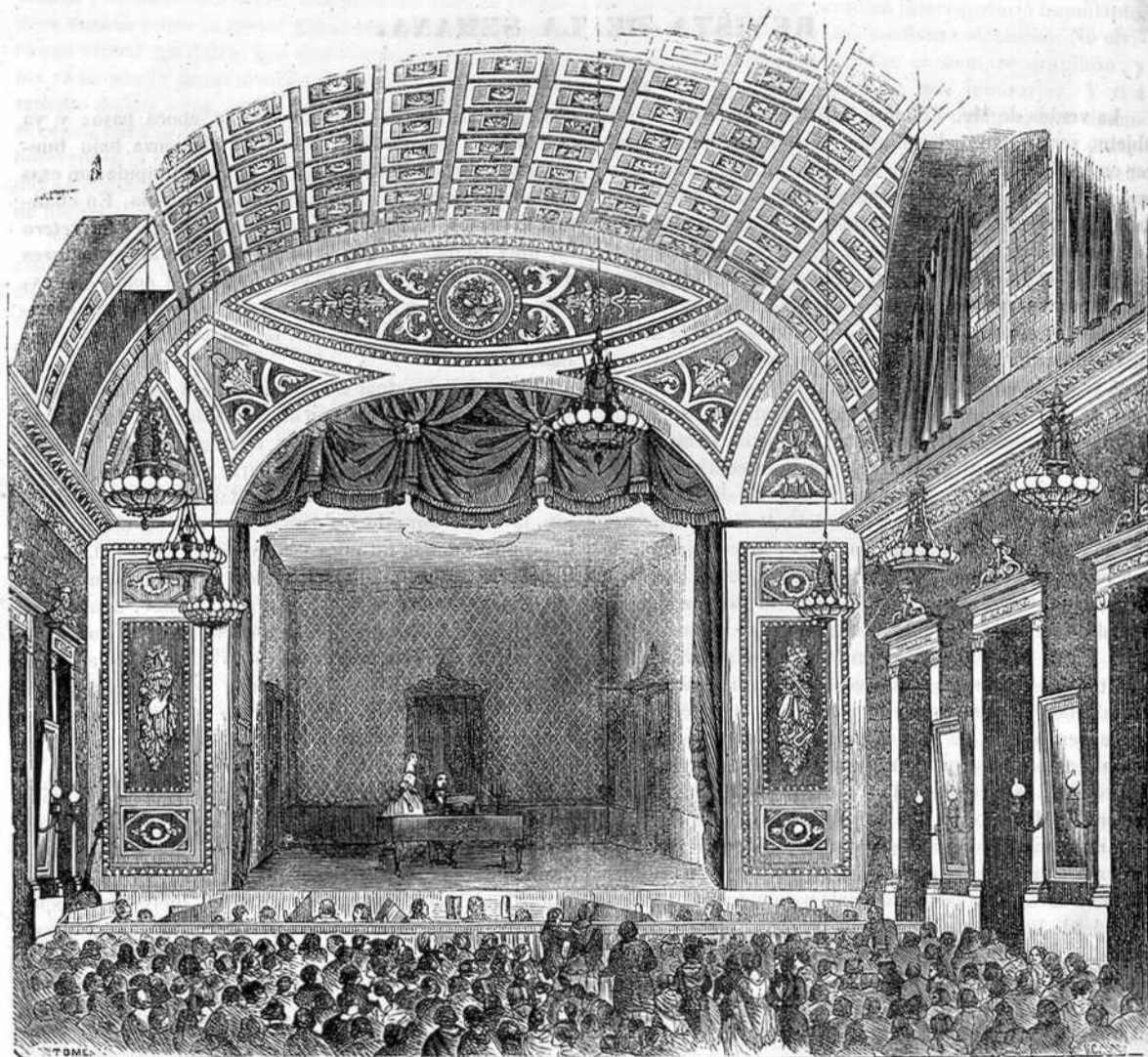
El dia 2 del actual se verificó en el Liceo con el mayor aparato un concierto en obsequio de SS. MM. y AA. La concurrencia fué escogida y numerosa, concurriendo como era de esperar, la mayor parte de las notabilidades de todo género que encierra la capital. El lujo de los trajes, la hermosura de las damas que con su elegancia y buen gusto daban un nuevo realce á la reunion tan brillante, la profusion del alumbrado, y especialmente la augusta presencia de la jóven Reina Isabel, han hecho notable bajo todos conceptos esta reunion, de que conservarán agradables recuerdos todos cuantos hayan tenido la fortuna de pisar en la noche del martes los bien adornados salones del Liceo. Entre los aficionados que tomaron parte en las diferentes piezas del concierto, figuraban algunos artistas distinguidos, sobresaliendo en primer término el Sr. Tamberlik. Unos y otros obtuvieron las mayores muestras de aprobacion, y se hubieran visto interrumpidos por algunas salvas de aplausos, si el respeto debido á las augustas personas lo hubiese permitido. Entre las piezas que se cantaron, merecieron especial preferencia por su entendida y feliz ejecucion el cuarteto coreado de la *Semíramis*, cantado por la señora Doña María Albini y los señores Pastor, Reguer y Becerra; y gustó mucho también la cavatina intercalada en la ópera del *Otello*, que con extraordinaria seguridad y agradable entonacion cantó la señora Doña Sabina Lozano, cuyas escelentes facultades reconocen todos los inteligentes, y que por su situacion poco afortunada se hace con mayor razon acreedora al aprecio de los demás.

En el teatro del Circo se cantó el sábado el *Belisario*, en el cual hizo su primera salida el tenor absoluto Conti. Esta fué una representacion de verdaderas ruinas filarmónicas, que no encantan los oídos con bellas armonías como lograban hacerlo en mejores tiempos, y que en el día solo pueden servir para un estudio anatómico para los que quieran examinar el estado á que quedan reducidos

los cantantes, despues que han perdido la voz. Lo mismo el Sr. Conti, que la Ober-Rossi y todos los que han tomado parte en esta funcion, á escepcion del Sr. Salvatore, no tienen fuerzas ya para llamar la atencion de un público tan habituado á oir buenos cantantes, como el que concurre al teatro del Circo.

Hé aquí lo mas notable que durante la semana ha ocurrido en Madrid. Fuera, es decir, en provincias, el

movimiento marcha en diferentes direcciones; en algunas la industria es lo que mas absorbe la atencion; en las del mediodia continúa el famoso Cubi siendo el objeto de curiosidad para la gente sencilla que le cree el nigromante de la época, y en otras, como la de Valencia, las bellas artes son las que merecen especial distincion, sobre todo con motivo de la esposicion pública que se ha celebrado últimamente en el Liceo de aquella capital, y de la cual



(Emboadura del teatro del Liceo de Madrid.—Cavatina del *Otello*, cantada por la señora Lozano delante de EE. MM. y AA.)

hacen merecidos elogios los periódicos valencianos que tenemos á la vista. Entre las hermosas pinturas y retratos con que varios aficionados han embellecido aquella esposicion, han sido miradas con distincion segun aquellos periódicos, las numerosas producciones de D. Vicente Castelló (padre), á quien no pueden menos de pagar un tributo de admiracion por la perfecta imitacion de la naturaleza en sus deliciosos estudios de frutas pintadas con esa

asombrosa facilidad de ejecucion y conocimiento del colorido, dotes que resaltan en todas sus obras, y que solo es dado poseer á los que han nacido artistas.

Al dar cuenta á nuestros lectores de esta esposicion, no podemos dejar de escitar eficazmente el celo de las sociedades artísticas y literarias de la corte, para que imiten, escediéndola, la plausible conducta que siguen con peores elementos los liceos de las provincias.

GLORIAS MILITARES ESPAÑOLAS.



D. LUIS DE REQUESENS.



1. célebre Comendador de Castilla Don

Luis de Requesens es sin duda alguna, uno de los mas notables de su época. La historia del siglo XVI, de aquel siglo en que

la España sobreponiéndose á todas las naciones del mundo conocido, las dictó leyes á su capricho, trasmite á la posteridad los heroicos hechos y conocimientos distinguidos del valeroso Requesens. Na-

TOMO I.—NUEVA ÉPOCA.—FEBRERO DE 1846.

ció D. Luis en la ciudad de Valladolid, de una antigua é ilustre familia destinada desde mucho tiempo á dar á la nacion española famosos capitanes tanto en mar como en tierra. Fueron sus padres D. Juan de Zúñiga y Avellaneda, Comendador mayor de Castilla en la Orden de Santiago y Doña Estefanía de Requesens, heredera única de esta nobilísima casa en Cataluña, cuyo apellido y armas tomaron los hijos de este matrimonio. A los pocos años entró en la carrera de la política y la milicia, á que el esplendor de su linaje y la eminencia de su ánimo le lla-

maban. Ninguna empresa notable acaeció en su tiempo en que su espada no fuese la primera en escarmentar á los enemigos de su patria y sus sanos consejos no desbararían el plan mejor combinado por la intriga de los mismos: así es que sin pretenderla, ganó la confianza de su Rey Felipe II, que le condecoró con la dignidad de Comendador mayor de Castilla que antes había obtenido su padre, y le nombró Embajador de nuestro corte en Roma y después general de las galeras de España.

Alborotados los moriscos de Granada por las sugestiones de algunos malvados, sacudieron el yugo del dominio cristiano y se hicieron fuertes en las escabrosas sierras que rodean aquella ciudad, con lo que se ofreció á Requesens un vasto campo para desplegar su pericia y demostrar su denodado esfuerzo. Nombróle el Rey para asegurar las costas de las invasiones de los piratas y para dirigir y aconsejar al joven D. Juan de Austria en aquella guerra tan espinosa como difícil, en que al fin los infieles sucumbieron á los repetidos choques de las armas cristianas.

Por aquel tiempo conquistó el Gran Turco Celim II la isla de Chipre y amenazaba valerosamente á la Europa cristiana, cuyos Príncipes consternados acudieron al peligro común juntando sus fuerzas para rechazar las del enemigo, y D. Juan de Austria fué elegido generalísimo de la armada confederada; pero con la precisa condición impuesta por el Rey su hermano, de seguir los consejos de Requesens en todas las operaciones. Nadie ignora el resultado de aquella guerra, ni la memorable batalla ganada á los bárbaros en el golfo de Lepanto, en cuyo feliz éxito tuvieron tanta parte el valor y la capacidad de nuestro héroe.

Pero aunque esta fuese muy grande para la guerra, era mucho mas á propósito para el gobierno y las negociaciones políticas donde lucía su inteligencia en el manejo de los negocios, y con la natural flexibilidad y dulzura de su carácter atraía á los mas obstinados en seguir otro rumbo del que les marcaba. El Rey que conocía sus talentos le mandó que dejando el gobierno de Milan, que había puesto á su cuidado, pasase á Flandes á suceder al Duque de Alba en la pacificación de aquellos países; pero llegaba tarde Requesens para remediar un mal incurable, y toda su habilidad y tino no fueron bastantes á cortar de raíz el germen de descontento general que había sembrado el Duque de Alba con su rigor escésivo y su inflexible carácter, que fué bastante á enagenar los ánimos de todos los flamencos. Las armas holandesas muy inferiores por tierra á las españolas, eran infinitamente superiores en aquellos mares, donde no teníamos una escuadra capaz de hacer frente á la suya, y esto unido á que nuestros soldados viéndose faltos de pagas y acosados de la miseria, se amotinaban á cada paso olvidándose de sus victorias y del peligro que corrían hacien-

do ver patentemente al enemigo su desaliento é indisciplina.

Con tan contrarios elementos tomó Requesens el mando del ejército. Presentóse al frente de él, habló á sus soldados uno por uno, les recordó que eran españoles, les habló de sus triunfos y victorias, añadiéndoles por fin que él venía á partir con ellos sus penalidades y fatigas, las que bien pronto se convertirían en abundancia con el rico botín que se prometía alcanzar en la primera batalla.

Los primeros actos de su gobierno convencieron á muchos holandeses del acierto del nuevo gobernador, y algunos rebeldes, deponiendo las armas se le presentaron humildemente implorando el perdón de sus estravíos; pero los mas tenaces capitaneados por algunos de esos hombres que solo medran á la sombra de los trastornos, iban haciendo prosélitos y minando el edificio que Requesens empezaba á reconstruir con su prudencia. La fortuna también empezaba á mostrarse esquiva con el famoso caudillo.

Mandó que una escuadra volase en socorro de Middemburg; pero los holandeses la rodearon impensadamente y la derrotaron sin que pudiese salvarse un solo soldado, tomando en seguida á Middemburg y algunas otras plazas. Creció de todo punto con este revés el desaliento de los pocos españoles que quedaban al mando de Requesens, y con repetidas instancias pretendían demostrarle la necesidad de ceder el campo al enemigo, que ensoberbecido con sus triunfos amenazaba por todas partes haciendo alarde de numerosísimas fuerzas equipadas completamente y en un estado de disciplina tan sorprendente como temible. Nada bastó empero, á abatir el ánimo de nuestro héroe, antes bien desechando tímidos consejos, mostró tanta constancia y tanta fecundidad de recursos, y dirigió con tanto acierto las pocas fuerzas que le restaban, que con asombro del enemigo, se presentaba á su frente en todas partes, arrollándole en casi todos los encuentros y apoderándose de diversos fuertes, alcanzando por fin una completa victoria en Monck. Los holandeses iban cediendo ya casi todo el continente, ya Requesens pensaba en volver á ocupar las islas, y para esto estaba ideado el memorable esguazo de Zirchsee, cuyo plan fué imaginado con tanta osadía y cuya ejecución fué tan memorable. Los españoles vadeando la mar á pié por entre el fuego del enemigo se arrojaron denodados á las trincheras y las ganaron. Luego pusieron sitio á la plaza de Zirchsee y la rindieron; pero cuando el valeroso caudillo empezaba á respirar el grato ambiente de los triunfos, sorprendióle la muerte que le abrevió el sentimiento de ver á sus tropas alborotadas por la falta de recursos, y murió en Bruselas el año de 1576. Su memoria vivirá siempre entre los españoles amantes de las glorias de su patria.

ESTUDIOS HIGIÉNICOS.

ARTÍCULO II.

Mejora de las construcciones de las ciudades bajo el aspecto higiénico.—La aplicación de las leyes de la higiene pública hace desaparecer la frecuencia de las epidemias y prolonga la duración media de la vida humana.

Después de la higiene de los climas reducidos á la proporción de un sistema de montañas ó de una extensión mas ó menos considerable de llanuras, que hemos examinado en nuestro anterior artículo, se presenta una circunscripción mas reducida todavía y que merece llamar ciertamente la atención mas escrupulosa; queremos hablar de las grandes poblaciones en que vivimos. Al visitar una capital de importancia, al recorrer las calles de París, por ejemplo, se advierte desde luego que las calles antiguas están construidas sin unidad ni plan alguno. No hace muchos siglos que la reunión de las casas se efectuaba en cierto modo por sí misma, sin intervenir para nada ese sentimiento de orden y esa acción permanente de la autoridad, que en nuestra época hace compatibles las condiciones del ornato exterior con las exigencias de la higiene. No puede uno contener su admiración sobre todo al contemplar el carácter que distingue los cuarteles del centro, como los alrededores de Nuestra Señora de París y los macizos de las casas que forman las calles húmedas y transversales de los cuarteles de S. Martín y S. Dionisio. Si se comparan con los cuarteles hechos en esta época, esas antiguas aberraciones cuyos monumentos van desapareciendo todos los días, se podrá juzgar con exactitud de los progresos que ha hecho la higiene como ciencia y sobre todo como aplicación. Las calles, esas grandes arterias de la circulación del aire, ya no son estrechas ni de una anchura desigual: los canales de los tejados no arrojan el agua en grandes porciones, contribuyendo al deterioro del empedrado: todo al contrario, se halla organizado para que las aguas lleguen lo mas pronto posible á los albañales subterráneos, y para evitar por lo mismo todos los inconvenientes de la humedad del aire y las exhalaciones que resultan de la acción de las lluvias sobre la tierra y sobre el polvo. Y por último, acaban de llenarse las condiciones mas esenciales de la salubridad pública en esas largas líneas de casas que se cortan en ángulos rectos terminando en plazas espaciosas, además del sistema de fuentes cuyas cristalinas aguas sirven á la vez para refrescar el aire y conservar la limpieza de las poblaciones.

Pero sobre todos los argumentos que pueden presentarse en favor de los progresos de la higiene en las ciudades, ninguno mas concluyente que las tablas estadísticas

de la mortalidad. No hace dos siglos que el término medio de la vida ordinaria de los habitantes de París era poco mas de veinte años: en el día pasa de treinta. Si durante los siglos precedentes se hubieran hecho cálculos de esta misma clase y nos hubieran sido transmitidos al través de las edades sin alteración alguna, seguro es que el término medio de la vida humana hubiera presentado un número muy inferior: tales son, pues, los resultados de esta higiene cuyas aplicaciones vemos realizarse todos los días no solamente en París y en otras grandes capitales cuyos recursos pecuniarios son considerables, sino hasta en las localidades mas reducidas. Con estas reformas, producto esclusivo de la ciencia, hemos ganado mas largos días y una salud mas completa para emplearlos con fruto en beneficio nuestro y utilidad de nuestros semejantes.

Los restos del antiguo París, capital que hemos citado como uno de los ejemplos mas notables de las grandes poblaciones modernas, no puede dar una idea completa de la insalubridad que resultaba del desordenado conjunto de sus construcciones y de la inevitable consecuencia de semejante estado de cosas, es decir, la frecuencia de la mortalidad. Hace algunos siglos las únicas calles de París que estaban empedradas eran las dos principales que constituyen las grandes líneas del movimiento de la población, es decir, la de S. Honorato y la de S. Dionisio con su prolongación hasta el cuartel de Santiago: las demas, semejantes á esos senderos que el caminante forma al atravesar á la aventura por medio de los campos, estaban cubiertas de polvo durante la estación de los grandes calores y surcadas de profundos charcos de lodo en las dos terceras partes del año. El vicioso sistema de desagüe era otro elemento mas del desorden que reinaba en estas antiguas calles, pudiendo asegurarse que en aquella época la población de París en ciertos cuarteles, especialmente en los mas inmediatos al rio, no parecia mas que un gran pantano: tan cierto es esto, que queriendo probar un médico que vivía en la calle de San Honorato, que el aire de París era siempre húmedo, aun en los meses de mas calor, colocaba diariamente en su ventana un trozo de hierro ó de cobre que recogía al día siguiente en un estado mas ó menos completo de oxidación. Lo que aumentaba tambien los efectos de insalu-

bridad en la atmósfera de esta capital eran los miasmas que de tantos puntos se desprendían. No existían albañales; los caños de desagüe estaban viciosamente contruidos, y los despojos de materias animales que se arrojaban en medio de la calle se descomponían bajo la influencia de la humedad y del calor, inficionando el aire y estendiéndose hasta los últimos cuarteles de la población. Otra causa había, además de esta, que contribuía a aumentar las condiciones de insalubridad y era el entierro de los cadáveres en las iglesias y cementerios establecidos dentro de las murallas, como sucedía en París con el de los Inocentes que ocupa el cuartel del Mercado. Los escritores contemporáneos han examinado las exhalaciones moféticas que salían de estos grandes focos de descomposición: la alteración que han experimentado estos lugares á impulso de las reformas higiénicas es tan incontestable, que las enfermedades de peor carácter han disminuido en los cuarteles inmediatos, resultando un au-

mento considerable en el número que representa el término medio de la vida en esta población.

También se pueden conocer los efectos que del antiguo sistema de inhumación resultaban con respecto á la higiene de esta ciudad, si se examinan atentamente los trabajos que aun no están concluidos en la iglesia de San German. Los cadáveres estaban hacinados en un espacio de pocas varas bajo las losas que los cubrían, según es fácil convencerse de ello observando las zanjas que no hace mucho tiempo se han abierto.

Fácil es calcular en vista de esto, la gravedad de los males que no podían menos de nacer de semejantes costumbres, las cuales repitiéndose escrupulosamente en todas las iglesias, pueden contarse como una de las grandes causas de la aparición de esas terribles epidemias que á veces en el transcurso de un siglo sembraban el terror y la muerte entre los habitantes.

ARTES MECANICAS.

De los nudos.

Los nudos que continuamente se emplean, ya para enlazar las cuerdas unas con otras, ya para reunir diferentes objetos y asegurar su reunión, son mas ó menos complicados y están sujetos á varias condiciones que dependen del objeto que uno se propone y de la especie de cuerdas que emplea.

Las figuras detalladas de los nudos mas usados que representa nuestra lámina, bastarán con una ligera explicación para hacerlos inteligibles á nuestros lectores.

1.º—Nudos sencillos.

Figura 1.ª—Presilla.—Casi todos los nudos se empiezan por una presilla.

Figura 2.ª—Nudo sencillo empezado.

Figura 3.ª—Nudo sencillo concluido.

Figura 4.ª—Nudo doble empezado.

Figura 5.ª—El mismo concluido.

Este nudo se puede hacer triple, cuádruplo ó sestuplo, pasando la cuerda por la presilla, tres, cuatro ó seis veces, según la longitud que quiera darse al nudo.

Figura 6.ª—Nudo de lazo comenzado. Para concluirlo no hay mas que apretar, tirando á un mismo tiempo por los dos cabos.

Figura 7.ª—Nudo de galera. La cuerda no pasa por la presilla, sino que queda sostenida por un trozo de madera. Puede hacerse este nudo sin que los extremos de la cuerda estén sueltos, y puede considerarse como uno de los nudos de contracción de que hablaremos después.

2.º—Nudos para añadir.

Figura 8.ª—Nudo de tejedor flojo.

Figura 9.ª—El mismo apretado.

Para apretar bien este nudo, conocido bajo el nombre de nudo de red, es preciso tener en una misma mano los extremos *a* y *b* y tirar el cabo *c*, sin cuya precaución podría deshacerse.

Figura 10.—Nudo inglés ó de pescador empezado.

Figura 11.—El mismo concluido.

Este nudo es estremadamente sólido.

Figura 12.—Nudo recto. Llámase también nudo marino ó nudo chato. Es muy fácil de hacer con cuerdas delgadas; pero cuando estas son gruesas, su seguridad depende de que estén bien unidos los cabos á las cuerdas de que forman parte. Se deshace fácilmente tirando á un mismo tiempo de los cabos *a* y *b* que le hacen tomar la forma indicada en la figura 13, según la cual la cuerda tendida puede pasar fácilmente por las dos presillas *c* y *d*.

Figura 14.—Union por medio de un nudo sencillo.

En el extremo de una de las cuerdas se hace un nudo sencillo (figura 2.ª) sin apretar, por el cual se hace pasar el cabo de la otra cuerda en sentido inverso al primero. Hecho este enlace, se tira de ambas cuerdas para apretar el nudo. Es muy seguro, muy fácil de hacer, y tiene la ventaja de conservar las dos cuerdas sobre un mismo eje durante la tensión, lo que disminuye el peligro de romperse.

Figura 15.—Se puede hacer la misma añadidura empleando el nudo de forma de lazo (figura 6.ª)

3.º—Ataduras.

Figura 16.—Nudo sencillo empezado.

Figura 17.— El mismo concluido.

Este nudo es igual al de la figura 12; y únicamente aquí está hecho con la misma cuerda que rodea el objeto

que se quiere atar. Para que se conserve bien apretado es menester hacer una especie de presión sobre el nudo sencillo (figura 16).

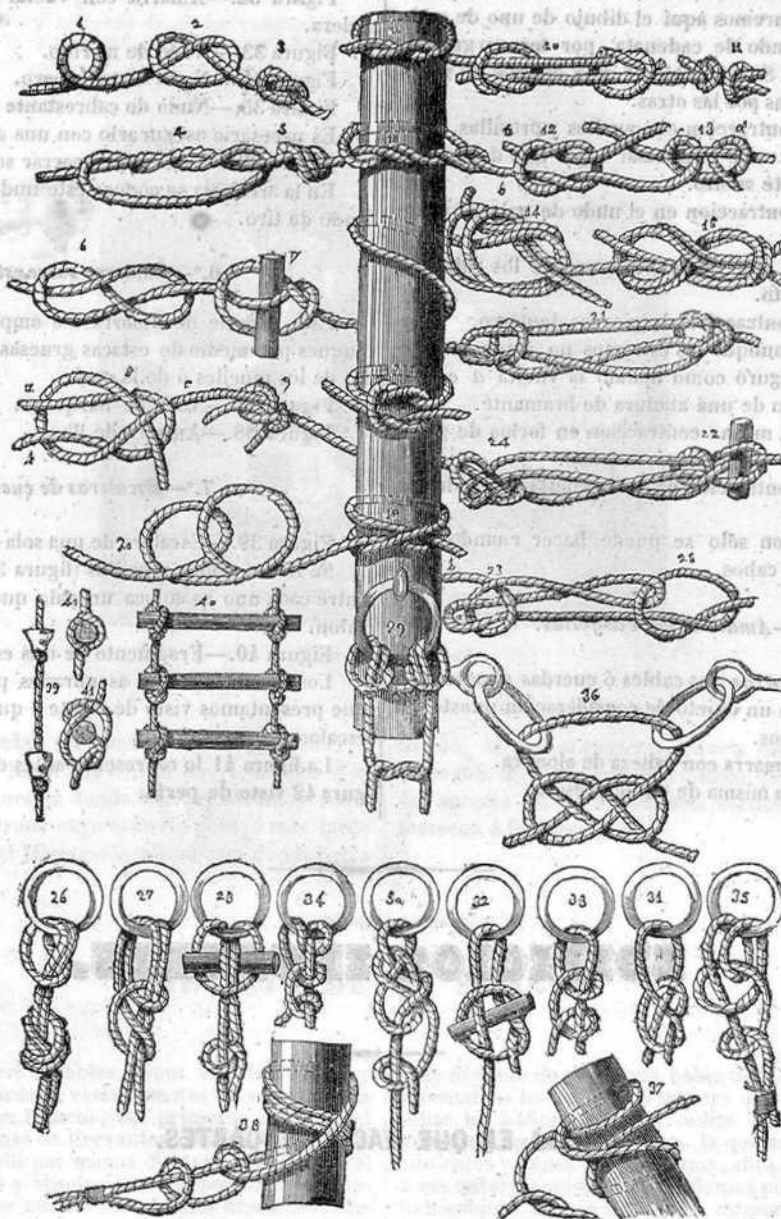


Figura 18.—Nudo corredizo sobre doble llave.

Se llama *llave* a una vuelta torcida sobre sí misma. La llave es doble ó triple cuando está torcida dos ó tres veces. La torcedura retiene fuertemente la punta de la

cuerda, en proporción á la presión que el nudo corredizo hace en las vueltas de la llave.

Figura 19.—Atadura llamada nudo de cohetero.

Este nudo no puede alojarse, y toma su nombre de

la frecuencia con que le emplean los coheteros. La figura 20 lo representa principiado.

4.º—Nudos de contraccion.

Los nudos de contraccion se usan con el objeto de reducir la longitud de una cuerda, cuando no se la quiere cortar. No presentaremos aquí el dibujo de uno de estos nudos, llamado nudo de cadeneta, por ser en general bastante conocido. Se compone de una especie de vueltas, pasadas las unas por las otras.

Figura 21.—Contraccion con vueltas y presillas.

Para hacer este nudo es necesar o que uno de los cabos de la cuerda esté suelto.

Figura 22.—Contraccion en el nudo de galera (véase la figura 7.)

Puede hacerse, aun cuando ninguno de los cabos de la cuerda esté suelto.

Figura 23.—Contraccion de piernas de perro.

Puede hacerse aunque los extremos no esten sueltos; pero no es tan seguro como fijando la vuelta *a* con la cuerda *b* por medio de una atadura de bramante.

Figura 24.—La misma contraccion en forma de gale-
ra, con lo cual se evita el poner ataduras.

Figura 25.—Contraccion de doble vuelta, pasando por entre los nudos.

Esta contraccion solo se puede hacer cuando está suelto uno de los cabos.

5.º—Amarras sobre argollas.

Se llaman *amarras* los cables ó cuerdas gruesas con las cuales se sujeta un objeto de consideracion puesto en uno de sus extremos.

Figura 26.—Amarra con cabeza de alondra.

Figura 27.—La misma de doble presilla.

Figura 28.—La misma con vuelta de galera.

Por este medio se puede desamarrar al momento, quitando el trozo de madera que sostiene el nudo.

Figura 29.—Cabeza de alondra triple.

Figura 30.—Amarra con nudos cruzados.

Figura 31.—Amarra de nudo corredizo.

Figura 32.—Amarra con vuelta sencilla y nudo de galera.

Figura 33.—Nudo de marino.

Figura 34.—Nudo de reverbero.

Figura 35.—Nudo de cabrestante con llave.

Es necesario asegurarlo con una atadura.

Figura 36.—Nudo para amarrar sobre dos argollas.

En la artilleria se conoce este nudo bajo el nombre de nudo de tiro.

6.º—Amarras sobre estacas.

Esta especie de amarras se emplea para sujetar los buques por medio de estacas gruesas enclavadas á la orilla de los muelles ó de la costa.

Figura 37.—Nudo de barquero.

Figura 38.—Amarra de llave.

7.º—Escaleras de cuerda.

Figura 39.—Escalera de una sola vara.

Se hacen nudos sencillos (figura 3.ª) en la cuerda, y entre cada uno se coloca un palo que hace veces de escalon.

Figura 40.—Fragmento de una escalera de dos ramas.

Los escalones estan asegurados por medio del nudo que presentamos visto de frente y que se llama nudo de escalon.

La figura 41 lo representa antes de apretarse, y la figura 42 visto de perfil.

EDIFICIOS ILUSTRES.

CASA EN QUE NACIO DESCARTES.

Sobre la fecunda márgen del Creuse, que corre por entre la Turena y el Poitou á precipitarse en el Loire, en el sitio mas pintoresco del florido valle que riegan sus aguas cristalinas, se alza como reina del verjel una pequeña villa, el Haya de la Turena, cubierta por un cielo siempre apacible, oreada por céfiros perfumados, rica en deliciosos frutos, y abundante en todos los regalos de la

vida. Tour está distante de ella diez leguas hácia el N. y otras diez hácia el S. está Poitiers, la ciudad de las rosas, la ciudad en que la Reina Blanca, viuda de Luis VIII, y Regenta de Francia, decretó el tributo de la galanteria, que consistia en azafates de rosas presentadas á la Reina por el mas jóven de los Pares el 1.º de Mayo de cada año, repitiendo en su presentacion las propias palabras de

S. M. al establecer el tributo. — «Lafértil tierra de Francia, tendrá siempre flores para coronar la belleza.»

En esa tierra de las rosas nació Descartes. El Haya de la Turena es la patria del mas ilustre filósofo de la Francia, cuyo espíritu parece que preveía el curso de

los conocimientos humanos, cuando su boca, su pluma repetía: — «Las preocupaciones son la única causa de los errores.» Renato Descartes vió la luz primera el 30 de Marzo de 1596, y fué bautizado en San Jorge del Haya el 3 de Abril. Pocos dias despues de su nacimiento tuvo



(Casa de Descartes.)

la desgracia de quedar sin madre. Pasó los primeros años de su infancia, hasta que con su padre marchó á la Bretaña, ya en Poitiers en donde hizo los estudios rudimentarios, ya en Perrone cuyo señorio poseyó mas tarde por herencia, ya en el Haya en la misma casa donde habia

nacido, la cual se conserva todavia con cuidadoso esmero segun la representa el grabado, como un testimonio del aprecio que los hombres verdaderamente grandes merecen á la humanidad.

REVISTA DE LA SEMANA.

Algunos entierros notables, unos cuantos bailes y *raouts* de segundo orden, varios conatos de suicidio, una reunion de familia en Palacio, los primeros albores del carnaval en los salones de Cervantes, algunos bofetones repartidos aquí y allí por manos diestras y avezadas al ejercicio, denuncias y absoluciones de periódicos, y nada ó punto menos en cuanto á novedades dramáticas; tales son en resumen los sucesos capitales de la última semana.

En cuanto á los primeros nada tenemos que replicar, siendo muy de presumir que los enterrados hayan dado suficiente motivo á semejante tratamiento, que no es el que mas deseamos á nuestros suscritores; por mas que despues de muertos todo les sea igual.

Sobre los bailes y los *raouts* que es precisamente el extremo contrario de los enterramientos (segun decia en sus leyes el Rey Sábio D. Alfonso, el cual debia hallarse

muy distante de creer que habia de llegar tiempo en que las comidas se llamasen á manera de *raptos* ó violencias) sobre los bailes, pues, y sobre bailes que no son de máscaras, la historia vulgar, la que se ocupa de acontecimientos comunes y ordinarios, dirá lo que mas agrade á sus autores: nosotros les cedemos por fuerza esa tarea, hallándonos en circunstancias extraordinarias, es decir, bajo el estado escepcional de la careta.

De los que tratan de matarse, pudiendo vivir, ¿qué diremos?—Determinacion es esta que nunca hemos podido disculpar, porque al menos, por nuestra parte, siempre hemos pensado que el hombre tiene mas razones para vivir que para morir. Empecemos por lo de *á muertos y á idos no hay amigos*, y veremos que el hombre que es el animal mas codicioso de amistad que hay en el mundo, supuesto que la busca hasta entre sus mismos enemigos, no debiera en ningun caso proceder tan de ligero. Esto

en cuanto á la parte seria; en cuanto á la parte cómica, nos parece hasta ridículo que el hombre se ande inquietando por poner fin á sus días, cuando tantos medios se le proporcionan para dejar de existir: ¿no se halla por ventura, espuesto á morir de hambre? ¿no llega su seguridad individual hasta el punto de que le roben á cualquier hora del día y de la noche, y que le maten por añadidura? ¿No estan las pulmonías y los costados esperando á la vuelta de cada esquina? ¿No puede resbalar en medio de la calle y romperse la cabeza, aunque sea jefe de una minoría parlamentaria? ¿No está espuesto á rodar todas las escaleras de la casa, aunque no sean tan cómodas (que probablemente no lo serán) como la de da-

mas de Palacio, por donde bajó últimamente por escotillon el antiguo y bien defendido general Castaños?

Pero vengamos á Palacio, ya que tan cerca estamos por medio de esta caída, sin haber dado nosotros ni un tropezon siquiera. Allí hubo tambien comida el lunes, á la cual asistieron todos los ministros: ¡dichosos los que comen en Palacio en este siglo de cesantes y de habitaciones-diligencias! Trás de la comida empezó el concierto, como era natural, siguiendo la verdadera interpretacion del proverbio. S. M. la Reina Doña Isabel II cantó con su augusto tío el Sermo. Sr. Infante D. Francisco, y tocó tambien algunas piezas al piano. La Serma. Sra. Infanta, S. M. la Reina madre y las augustas hijas del Infante Don



(Salvari en el Belshazzor.)

Francisco, cantaron y tocaron tambien diferentes piezas, acompañándolas los profesores Albeniz, Valdemosa, Guelvenzu y Lidon.

Los primeros bailes de carnaval han estado bastante concurridos: en alguno de Cervantes hubo sus correspondientes descargas de bofetones; mas esta fruta es propia de la estacion y se halla en todas partes. ¡Ni las mismas autoridades dejan de saborearla!

A los periódicos que han salido absueltos les damos el parabien; para los demas que no han sido condenados, tenemos una palabra especial en el Padre-nuestro periodístico, que dice: y no nos dejes caer en la tentacion. No sabemos sin embargo, quién es el dios de la prensa, que pueda impedir semejantes caidas: lo que sabemos es que hay muchos diablos tentadores en el mundo periodístico.

Nada, ó poco menos que nada, hemos dicho que ha habido de cosas de teatro, si bien no faltan sainetes y tragedias por todas partes. *D. Juan de Prado* ó el *Jesuita*, del Sr. Cañete, es la única novedad, y lo que mas sentimos decir, la única novedad de este distinguido escritor

que no ha gustado. Lo sentimos, no porque haya toda la razon que se supone para condenar á *D. Juan de Prado* sin formacion de causa imparcial y detenida; sino por cuanto la obra del Sr. Cañete habia sido hecha en pocos dias y solo para acceder á los deseos de los que querian fuese él el autor de la comedia destinada al beneficio de la Sra. Llorente. El autor del *Jesuita* sabe hacer comedias y dramas; pero no tiene el singular privilegio de hacer una obra de conciencia en cuatro dias, ni por ello vamos ahora á dirigirle un cargo. Lo que sí exigiremos al Sr. Cañete es que no vuelva á darnos por mero compromiso obras dramáticas elaboradas de prisa; ni á consentir en que se las representen tan mal; porque un autor que ha ganado justamente algunos laureles, tiene un compromiso superior á todos los demas, el de no permitir que se marchiten sobre sus mismas sienes.

En el Circo se ha repetido el *Belshazzor*: en esta representacion, como en las anteriores de la misma ópera, únicamente Salvari es el que brilla.

ESPAÑA PINTORESCA.



LA PEÑA DE UDALÁ.



Uno de los mas notables objetos que la provincia de Guipúzcoa ofrece á la curiosidad de los viajeros, es sin duda alguna la famosa y pintoresca Peña de Udalá.

Su inmensa é imponente mole, su figura piramidal y los caseríos, heredades y arboledas que guarnecen su falda, contrastando notablemente con la desnuda cresta, forman una de aquellas hermosas perspectivas tan comunes en el pais vascongado, y que no es posible ver sin ballarse poseidos del entusiasmo y contento, que en el ánimo del observador escitan las obras siempre portentosas de la naturaleza.

El ilustre historiador Esteban de Garibay, acostumbrado á verla desde su niñez á tener constantemente á la vista la citada Peña, describela en su compendio historial, y hace de ella varias veces señalada mencion. «Esta notable y grande Peña», dice el referido historiador, que del nombre de una pequeña poblacion llamada Udalá... se llama Udalacha, que quiere decir Peña de Udalá, es una de las cosas mas altas que hay en todos los reinos de España, y hermosa y fructífera especialmente de metales, y tiene conjunta otra muy alta Peña llamada Ambota, que las dos parecen hermanas, que nacieron para hermosear la una á la otra y si bien la primera toma nombre de una ante-iglesia situada en su vertiente meridional, la parte bajo todos conceptos mas notable es a que mira al Este. Hay en ella hasta la mitad de su al-

brado desde su niñez á tener constantemente á la vista la citada Peña, describela en su compendio historial, y hace de ella varias veces señalada mencion. «Esta notable y grande Peña», dice el referido historiador, que del nombre de una pequeña poblacion llamada Udalá... se llama Udalacha, que quiere decir Peña de Udalá, es una de las cosas mas altas que hay en todos los reinos de España, y hermosa y fructífera especialmente de metales, y tiene conjunta otra muy alta Peña llamada Ambota, que las dos parecen hermanas, que nacieron para hermosear la una á la otra y si bien la primera toma nombre de una ante-iglesia situada en su vertiente meridional, la parte bajo todos conceptos mas notable es a que mira al Este. Hay en ella hasta la mitad de su al-

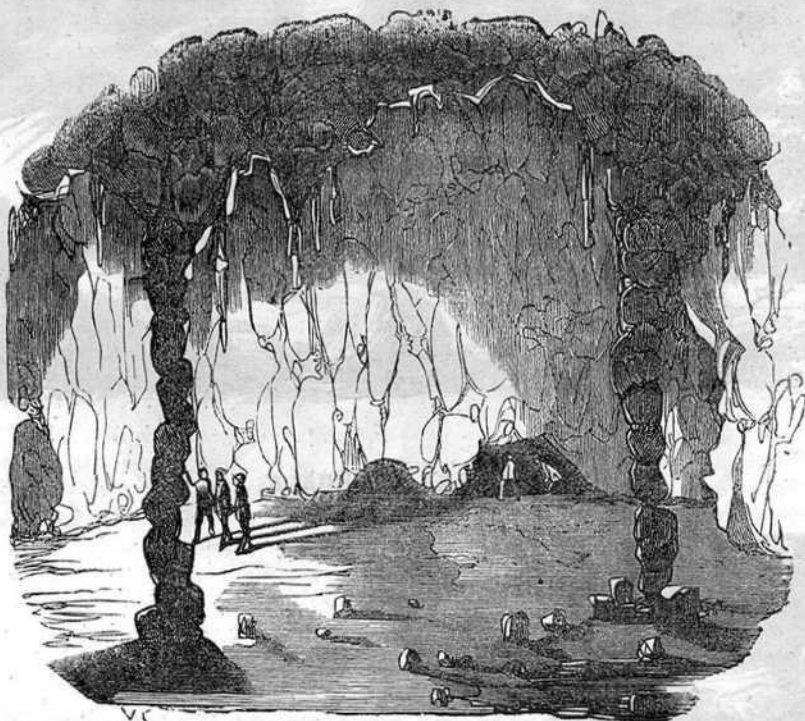
tura caseríos, árboles corpulentos, un gran número de yerbas medicinales, muy buenos pastos y una lozana y perpétua vejetación: siendo la mas rara entre tantas producciones la mina de hierro barnizado ó helado, que produce acero natural de superior calidad.

Esta mina ha sido considerada siempre como única de su clase en España; y fué beneficiada en los siglos XV y XVI, surtiéndose de ella las famosas fábricas de armas de Mondragon, Toledo y Zaragoza. Con el acero de la misma se hicieron las espadas mas estimadas por su buen temple en los mencionados siglos, quedando memoria entre otras de las del *perrillo*, que con el epíteto de cortadoras cita el inmortal Cervantes en la aventura de los leones, y de las que la Infanta Doña Catalina, hija de

los Reyes Católicos, regaló á su esposo Enrique VIII Rey de Inglaterra, de las cuales existian algunas en el último siglo esparcidas por Escocia, en donde eran de los habitantes muy apreciadas, conociéndolas con el nombre de André Ferrara, segun atestigua el naturalista Bowles en la introduccion á la geografia física de España.

Al presente los labradores que en esta parte de la montaña habitan, cuando trabajan en sus heredades suelen hallar una greda roja, en la que está el mineral, y la trasportan á las ferrerías inmediatas. Encuéntrase igualmente en los mineros de Udala plomo, algunos otros metales y bol-arménico en abundancia.

En el medio de aquella gran Peña y á corta distancia del caserío de Calarraga se halla una estensa caverna



caliza, descubierta á principio del siglo pasado por Don Manuel José Caytan de Ayala, Marqués de Aravaca. Un arco natural, cuya altura no pasará de cuatro pies, dá ingreso á una pequeña gruta, que viene á ser el vestíbulo de aquel palacio subterráneo, y en su desnivelado suelo aparece la oscura y estrecha entrada de él. Pásase desde esta al interior por una larga y peligrosa garganta, que inspira algun terror y no poca admiracion á los que por la vez primera en tales parajes penetran.

Ninguna sorpresa por inesperada y agradable que sea iguala á la que se experimenta, cuando al terminarse la

garganta, se descubre aquel vasto recinto caprichosa y ricamente decorado. Lo primero que se vé son dos salones en opuesta direccion; ambos estensos, magníficos ambos, y cuyas grandiosas bóvedas se elevan y estenden maravillosamente.

Al recorrer aquella espaciosa caverna, en la que desde su entrada hasta la punta á que se puede llegar hay mas de 300 pasos, al reconocer la multitud de estaláctitas y las vistosas estalágmicas que la adornan, formadas unas y otras por la continua infiltracion de las aguas, se vé cuan acertadamente dijo el insigne Cuvier que «las

grutas y cavernas ricamente decoradas con estaláctitas de todas formas, y que se suceden unas á otras siguiendo la direccion de los montes.... constituyen sin duda alguna uno de los fenómenos mas notables que el reino fósil puede presentar al geólogo.»

Las grandes dimensiones de la caverna, sus elevadas bóvedas que al estilo gótico imitan, y los precipicios que guardan sus dos costados, dan á la escena un aspecto sério, realzado por el resplandor de los hachones, indispensables en aquel lóbrego local, y de los que es preciso ir bien provistos, tanto por la seguridad personal, que mientras aquellos se conserven no hay temor de que peligren, como porque á medida que su número sea mayor será tambien mas variado é interesante aquel bellísimo espectáculo.

Dignos son de atencion el cristal de roca ó montano y el esquisito bol-arménico que se encuentran abundantemente; y es sensible que por solo satisfacer el capricho de algunos curiosos hayan sido arrancadas é inútilmente destruidas muchas de las mas hermosas concreciones, quedando así aquel sitio de una gran parte de sus mejores adornos despojado.

Entre los nombres que ya en una parte, ya en otra han puesto las personas que han penetrado en la gruta que describimos, se leen el de S. M. la Reina Doña Isabel II, el de su augusta Hermana y el de D. Sebastian Gabriel de Borbon.

Antes de pasar á otra cosa, creemos necesario decir que el origen de aquella cueva no es otro que un gran hundimiento, producido, en época remota, por la accion del fuego subterráneo, perteneciendo así á la tercera clase, de las tres en que el esclarecido Conde de Buffon distinguió las cavernas segun la causa que las produjo. ¿Qué cúmulo de reflexiones no se agolpa á la imaginacion al considerar cuántos y cuán grandes sucesos acaecieron, cuántas generaciones pasaron y cuántos siglos trascurrieron mientras se cubrian los techos y se entapizaban los muros de aquellas portentosas grutas?

Es llamada la de Udala «Cueva de S. Valerio» por la mucha veneracion que á este Santo profesan las gentes de aquellos contornos, pues segun las tradiciones del pais, en la Peña de Udala pasó sus últimos dias el célebre San Valerio, prelado de Zaragoza, lo que niegan los críticos por constar de irrecusables documentos, que dicho San-

to falleció cerca del castillo de Estada, y que su cadáver fué conducido al convento de Roda. Pablo de S. Nicolás, en sus Antigüedades Eclesiásticas, dice que S. Valerio II padeció el destierro en el término de Zaráa á Aquequí cerca de Mondragon. Empero Ambrosio de Morales, cuyo discreto parecer siguen los ilustrados redactores del Diccionario Geográfico-Histórico de la Academia, opina que el S. Valerio de Udala fué un Santo abad del tiempo de los Godos, cuya penitente y estudiosa vida se lee en el libro 12 de la Crónica general de España.

Vanas han sido cuantas diligencias se han practicado para hallar el cuerpo del mencionado Santo, y aun en el año de 1500, en el que D. Juan de Ortega, Obispo de Calahorra, reconoció los lugares que el Santo habitó en la falda de la referida Peña, deseoso de encontrar los venerables restos de aquel, ó cuando menos alguna antigalla que tan confusa materia aclarase; despues de cavar en el sitio marcado por la tradicion, nada se halló fuera de una hoz y una piedra bastante notable, así por denotar antigüedad, como por estar en ella escrito con caracteres latinos el nombre del ya citado Santo.

Desde la cima de Udala (1) envuelta en densas nieblas gran parte del año, se divisan con atmósfera despejada la llanada de Alava y muchos montes de España y Francia, terminando este espléndido cosmorama en el borrascoso golfo Cantábrico, cuyas espumosas olas se estrellan al pie de los encumbrados montes que le sirven de barrera.

Hubo en otro tiempo en la espesada cima una basilica dedicada á la Ascension, «por la mucha ascension y altura de la Peña, dice Garibay, donde ha habido ermitaños personas de letras.» A pesar de la mucha solidez del sagrado edificio no pudo resistir al continuo embate de los vientos y de las tempestades, y ha quedado reducido á un monton de escombros.

Hemos hablado, aunque ligeramente, de las curiosidades que encierra la descrita Peña, y concluimos aconsejando á los viajeros que en el estío lleguen á Elorrio, Mondragon, Santa Agueda y Arechavaleta, que pues se hallan en pueblos tan próximos á ella, no dejen de hacer á la misma una viajata, en la que al través de pequeñas incomodidades, se pasan ratos que se recuerdan con placer.

E.

(1) La altura barométrica que el Sr. Miñano dá á esta cima nos parece muy inexacta, por lo que no la insertamos.



ESTUDIOS HISTÓRICOS.

Apuntes para la historia de la ciudad de Salamanca.

Habiendo dispuesto el Rey de Castilla D. Alonso VI que se repoblase y ampliase la ciudad de Salamanca, dió el encargo al Conde D. Ramon de Borgoña, cediéndole todas sus facultades, y esté en su virtud hizo publicar en los reinos y provincias vecinas que concedia ciertas franquicias, exenciones y libertades para todos los que fuesen á establecerse en dicha ciudad, ofreciendo en ella y su tierra á los caballeros y nobles que concurriesen honrosos repartimientos. A la fama de dichas concesiones en la referida poblacion, acudieron muchos caballeros, hijos-dalgo y crecido número de gentes, así españoles como extranjeros, con sus familias y ganados, los cuales reuniéndose por países con sus gefes al frente, se dividieron y poblaron segun el orden siguiente:

1.^a Compuesta de franceses, que la mayor parte eran borgoñeses, de la nacion del Conde D. Ramon (gefe principal de todos como se lleva dicho) siendo su caudillo D. Guiral Bernalt, pariente de aquel y progenitor en Salamanca de la ilustre familia de los Bernaltes, antiguos alcaides del castillo del Carpio.

2.^a Compuesta de toreses ó toresanos y campesinos, que habitaban los campos de Toro, Leon y Benavente; y de los que venia por cabeza D. Martin Fernandez, Conde de Toro, hijo natural del Rey D. Fernando el Magno.

3.^a Compuesta de castellanos, que eran naturales de tierra de Burgos, de la Rioja y otros pueblos de Castilla la Vieja, de los cuales venia por gefe el Conde D. Vela de Aragon, señor del valle de Ayala (que fué quien sucedió al Conde D. Ramon en el mando general y encargo de la repoblacion como adelante se dirá): de este Conde Don Vela descende como tronco que fué en Salamanca el muy ilustre linaje de los Rodriguez de las Varillas.

4.^a Compuesta de serranos ó montañeses, que eran naturales de las montañas de Leon, Asturias y Vizcaya, y cuyo caudillo era el Conde D. Fruela de Leon, el cual casó con Doña Elvira, deuda del Conde D. Ramon, y fueron progenitores de los Flores de Salamanca.

5.^a Compuesta de gallegos, de quienes venia por capitán D. Pedro Arias de Aldana, progenitor y tronco en dicha ciudad de Salamanca, de la antigua familia de los Maldonados.

6.^a Compuesta de bragancianos ó bregancianos, que habitaban el territorio de la ciudad de Braganza ó de la de Braga, ó de la provincia de Tras os Montes en el vecino reino de Portugal, cuyo gobierno ó cargo habia tenido el referido Conde D. Ramon; y de los cuales venia por gefe D. Pedro de Anaya, origen en Salamanca de

antiguo linaje de dicho apellido, y de quien tomaron el nombre los lugares de Pero Anaya, Anaya de Huebra, Anaya de Alba, etc., que entre otros le tocaron en repartimiento.

7.^a Compuesta de portugueses ó portogaleses, que eran naturales de la comarca de la ciudad de Porto y provincia de Entre-Duero y Miño en el reino de Portugal, cuyo gobierno tambien habia tenido el indicado Conde D. Ramon, y traian por cabeza á D. Godino de Coimbra, progenitor de la noble familia de los Godinez, antiguos señores de Tamames, habiendo tomado de su hija Doña Elvira Godino, nombre la villa de Elvite-godino; que aun hoy se conserva algo corrompido en el de Vitigudino.

Con las gentes antedichas y con los antiguos *muzárabes* que desde la pérdida de España, año de 714, habitaban los arrabales de la referida ciudad de Salamanca, mezclados con los moros, ya de paz, ya de guerra, en la primavera del año de 1100, dió principio el Conde Don Ramon, con su muger la Infanta Doña Urraca, á la poblacion y amplificacion de Salamanca, haciendo lo primero el repartimiento del terreno, así de la ciudad antigua como del inmediato á su recinto, en que se habia de ampliar ó ensanchar la poblacion, ejecutándolo por barrios y naciones, en la forma siguiente:

A los franceses y á su caudillo D. Guiral Bernalt, cupo la mitad de la ciudad antigua que estaba al oriente (tirada una línea desde la puerta del Sol hasta la puerta del Rio), en cuyo distrito se comprendia la primitiva iglesia de Santa María la Sede, y el territorio de las parroquias de S. Cebrian, S. Bartolomé el Viejo, S. Sebastian y S. Isidro, y estendiéndose por la Puerta del Sol hácia la iglesia de S. Martin, construyeron la calle de la Rua Mayor, llamada por ellos *Rua de los Francos*.

A los serranos ó montañeses, y á su gefe el Conde D. Fruela tocó la otra mitad de la ciudad antigua que estaba al occidente, desde la misma línea de la Puerta del Sol á la del Rio, en que se comprendia el alcázar ó fortaleza, la plaza vieja y el terreno de las parroquias de S. Pelayo, S. Bartolomé de los Apóstoles, S. Pedro, San Salvador, S. Millan y S. Juan del alcázar, con la judería; y de ellos tomó nombre la calle que hasta hoy se llama de *Serranos*.

A los toreses toresanos ó campesinos, y á su comandante D. Martin Fernandez, Conde de Toro, tocó en la nueva poblacion el terreno que hoy ocupan las plazas mayor y del comercio, y las parroquias de S. Martin, San Julian, Santa Eulalia, Santispiritus y S. Cristobal.

A los castellanos, y á su caudillo el Conde D. Vela

Aragon, cupo tambien en suerte en la nueva poblacion el territorio en que hoy se espندن las feligresias de Santo Tomé, S. Boal, Santa Maria de los Caballeros, S. Juan de Barvalos, la Magdalena, S. Marcos y S. Mateo.

A los gallegos y á su gefe D. Pedro Arias de Aldana, tocó igualmente en la nueva poblacion el terreno en que se fundaron las parroquias de S. Benito, S. Simon, San Blas, Santo Domingo de Silos y S. Vicente.

A los bragancianos ó bregancianos y á su gefe D. Pedro de Anaya, cupo tambien en suerte en la nueva poblacion el distrito de las parroquias de S. Adrian, S. Zoles, S. Justo y S. Roman.

A los portugueses ó portugueses, y á su caudillo Don Godino de Coimbra, cupo asimismo en la nueva poblacion el terreno en que se fundaron las parroquias de S. Estevan, Santo Tomás Cantuariense y S. Pablo.

Y á los mozárabes ó muzárabes, ó antiguos cristianos que residian estramuros de la antigua ciudad de Salamanca, distribuyó y dejó el territorio que habitaban en los arbales de la Vega, y ribera del Tormes en que se comprendian las parroquias y colaciones de S. Juan el Blanco, S. Andrés, S. Gervasio, S. Miguel, S. Nicolás, S. Gil, Santiago, Santa Cruz y S. Lorenzo, con el arrabal del puente y parroquias de S. Estevan del Rio, y la Trinidad.

Repartido por el Conde D. Ramon el territorio de la antigua y nueva ciudad entre las gentes referidas, y habiendo hecho venir de Vizcaya y otras provincias mas de ochocientos carros cargados de hierro, acero y otros útiles y provisiones para las fabricas con muchos alarifes y oficiales de cantería, siendo los principales maestros de estos Casandro (italiano), Florní de Pontuenga (francés), y Alvar Garcia (navarro); que habian hecho los muros iglesia y edificios de la ciudad de Avila, y con mas de quinientos moros esclavos que envió el Rey D. Alfonso, echados de la ciudad antigua á los arrabales, los moros de Paz que aun habitaban en ella, se dió principio con mucha actividad á la construccion de casas, formacion de calles y plazas, reparo de templos y edificios antiguos y fundacion de otros nuevos; de suerte, que en pocos años se aumentó considerablemente la poblacion con mucho contento y satisfaccion del Conde, como mas adelante se irá manifestando.

Despues procedió el Conde D. Ramon con aprobacion del Rey D. Alfonso al repartimiento de tierras, lugares y términos entre los pobladores, distinguiéndolos segun su calidad, en mayores heredamientos, que aun hoy conser-

van sus descendientes, dejando tambien muchos valdío para el comun aprovechamiento de los vecinos de la ciudad y su tierra.

A los franceses cupo la mayor parte de la Armuña, y de ellos tomaron apellido los lugares de Pedrosillo de Francos, y S. Cristoval de Francos: tambien fueron los castellanos heredades en este cuarto, como lo demuestra los lugares de castellanos de moriscos y castellanos de Villiguera. De los gallegos hay memoria en los lugares de gallegos de Huebra, y gallegos de Crespes ó Crespis: de los toresanos en un territorio de este título en el término de S. Cristoval de la Cuesta, y de los bragancianos y muzárabes en los pueblos de sus nombres.

En el año de 1107 murió el Conde D. Ramon entrando á sucederle en el mando y encargo de la ampliacion y reedificacion de la ciudad por órden del mismo Rey D. Alfonso VI en el año de 1110, el Conde D. Vela de Aragon que fué el segundo de los seis juces de los Condes de Carrion, yernos del Cid, y era el quinto hijo de D. Sancho Ramirez, Rey de Aragon y de Doña Felicia Rovoy Princesa de la casa Real de Francia y nieto de Don Ramiro Rey tambien de Aragon, que murió en 1063, y de Doña Ermesenda su muger: y habiendo dado fin á la reedificacion quedó con el renombre de Poblador, y en memoria suya se saca el pendon de sus armas todos los años, llevándole el ayuntamiento de Salamanca formado á caballo en la vispera y dia de nuestro patron Santiago, siendo obligacion del caballero regidor alferéz mayor en aquel año de conducirlo á la parroquia de Santiago y tenerlo durante se celebra su festividad; acto que se ha verificado por espacio de mas de seis siglos. Este Conde fué muy valeroso Principe y el Rey D. Alfonso le heredó en el valle de Ayala, y casó con Doña Juliana Dávalos, hija del Conde de Alava y señora del lugar de Avalos; tuvieron por hijo mayor al Conde D. Vela II, de quien descendiende el ilustre linaje y apellido de Ayala, y del segundo llamado D. Rui Gomez, que tuvo en tenencia á Salamanca; tambien con título de Conde descendiende la noble casa y apellido de los Rodriguez, que tienen por armas las mismas que la ciudad, que son las del Conde; y estas la de la casa real de Aragon: cuatro barras rojas en campo de oro, orladas con ocho cruces de Jerusalem de plata en campo azul, por haberse hallado el Conde en la conquista de Jerusalem.

BENITO MAESTRE.



PALEOGRAFIA.

De los renglones.

La moda también tiene sus ventajas, entre otras, la de servir con el tiempo para caracterizar la edad de lo pasado; llegan sus ridiculeces á ser signos preciosos para la historia de lo que fué, desde que pasan al dominio de los arqueólogos. Los renglones de la escritura, por ejemplo, en cuanto han estado sujetos á los caprichos de la volaria reina del gusto, presentan á la simple vista indicios casi ciertos de la época en que han sido formados aun sin atender á las formas caligráficas.

La distancia de renglon á renglon fué de una media pulgada, desde el tiempo de los romanos hasta casi la mitad del siglo VII. Despues se redujo á un cuarto de pulgada en la escritura particular, y se estendió todavía mas en los diplomas reales. En los de Carlomagno es generalmente de tres cuartos de pulgada. En los de Cár-

los el Calvo de dos pulgadas. Desde este tiempo disminuyó insensiblemente durante tres siglos hasta un cuarto de pulgada.

Las líneas de pautillas tiradas para conservar la rectitud y buenas distancias de los renglones, ó para fijar los márgenes, pertenecen á los primeros tiempos, si son rojas. Si son de lapiz, indican los siglos XII, XIII y XIV. Trazadas solo con punzon pertenecen á los siglos anteriores al XII, y raras veces se entienden al XIII. Líneas en blanco de un extremo al otro de la hoja, son por lo menos del siglo VII, y se estienden hasta el X, si se limitan á la columna ó páginas y á mas del X, si las dos primeras y las dos últimas de cada página cojen también la margen del escrito. Puntos procedentes de la punta de compás, ocultos en el testo, designan el siglo VII.

HOJAS DE UN ALBUM.

1.º—Vivir es luchar.

Si el húmedo viento del mediodía, vuela sobre tu cabeza, te estremeces, viejo soldado; tu cuerpo magullado por el peso de las armas, azotado un día y otro día por los rígidos temporales, gastado por las fatigas, la vigilia y las privaciones, siente á todas horas horribles dolores.

Si una mano imprudente se apoya sobre tu brazo, que en otro tiempo era como de encina, el hueso quebrado por enemigo golpe cruje todavía. Se abren muchas veces de nuevo las heridas de tu pecho valeroso; muchas las facciones de tu rostro bronceado se contraen con la violencia del dolor.

¿No era mejor haber caído exánime sobre cien contrarios vencidos por ti, que haber quedado en el mundo para sufrir?

Mírame, soldado; yo no pisé en mi juventud el campo de los combates, ni salpicado con sangre de valientes, he tenido que permanecer á pié firme delante de la muerte... y no obstante mírame acribillado de heridas profundas, abiertas por mis enemigos, y tal vez por mis amigos, en las luchas de la vida.

También yo me estremezco de dolor cuando sopla el viento de las tormentas, también mis huesos crujen en la peligrosa posición que he ganado á viva fuerza, y mis heridas se renuevan muchas veces, á una sola palabra, á una mirada, á un pensamiento.

¿Crees quizá menores que los tuyos mis tormentos, mayor que el mío tu valor, desiguales nuestros combates?

Para tus dolores hay medicina, soldado: el recuerdo de tus gloriosas acciones es el bálsamo de tus penosos sufrimientos; el recuerdo de las mias es el hierro de inesperto cirujano que exaspera el mal. Para mí no hay bálsamo, soldado; para mí no hay gloriosos recuerdos.

2.º—A culpa pena.

Deten, deten, Oteló, el puñal asesino. Rasga la venda con que furiosos celos han velado tus ojos y verás á tu esposa tan digna hoy de ti como el día en que te entregó su corazón. Desdemona se ha unido al que amaba y no amará nunca á otro.

Esposa fiel del mas celoso marido; ¡guay! que tu Oteló ya no es el rendido amante, ya no el tierno esposo que te ha jurado cariño sin fin, que debía sacrificarse por tu felicidad. No sois ya dos blasones que forman un solo escudo, dos rosas que no tienen mas que un tallo.

El gavilan carnicero ha engañado á la blanca paloma con falsos arrullos. Huye infelice ¡Ay! Las garras del cruel han abierto su pecho, el cándido plumage está manchado con sangre. El corazón que rebosaba en entrañable amor dió el último latido.

¿Por qué tan aciago fin? ¿Son esas las coronas de rosas que el esposo ha de poner sobre la cabellera de la esposa

en cada nuevo día? No alcanzan otro premio los deberes conyugales fielmente cumplidos por la mujer llena de amor y de virtud.

¡Ay Desdemonal tus virtudes de esposa no repararon la falta de haber amado á escondidas, de haberte casado en

secreto, de haber salido de la casa paterna, sin un adiós, sin una lágrima, sin la bendición del padre, sin el ósculo de la madre. Toda falta exige una expiación; por eso Desdemonal ha muerto víctima de los celos de Otelo.

POESIA.

LOS DOS ESTUDIANTES.

(APÓLOGO.)

Eranse dos escolásticos,
paisanos y condiscípulos,
el uno de genio plácido
el otro de genio díscolo,
que después de mucho farrago
de argumentos silogísticos,
colgando los negros hábitos
salieron del mundo pícaro.
Llamábase el uno *Cándido*
y el otro amigo *Lucífero*,
este de carácter áspero,
aquel de carácter tímido.
Entrambos de la república
aspiraron á los títulos,
y aunque por diverso método
iban con amante vínculo
buscando el dichoso término
de sus afanes solícitos;
siempre laconico *Cándido*,
Lucífero siempre explícito;
el primero haciendo súplicas
y el otro su panegirico.
Allá de la corte espléndida
y de sus placeres frívolos
pasaron á los alcázares
y á los estrados políticos,
y á los grandes presentáronse
y á los funcionarios inclitos,
el uno charlando pródigo
y el otro callando rígido.

Cobró el atrevido crédito
de locuaz y de científico,
siempre altercando colérico
en los cortesanos círculos,
y el temeroso de escrúpulos
lleno su carácter sincero,
vino á pasar por estúpido
y hasta por hombre ridículo.
Cuando el uno en los periódicos
mas enjaretaba artículos
acobardando los ánimos
de los magnates *carísimos*,
el otro sin dar escándalo
ni ser audaz ni satírico
aspiraba en otros términos
á buscar puesto legítimo:
y así fué que estos dos jóvenes
con tan diversos estímulos
vinieron en aquel piélago
tumultuoso y undiseno
á ser ministro el intrépido
y á naufragar el pacífico.
ascendiendo el uno próspero
y acabando el otro misero.

Lector, si á la corte fuérades,
ten presente mis versículos,
y verás que allí en gran número
hay *Cándidos* y *Lucíferos*.

J. GUILLEN BUZARAN.

REVISTA DE LA SEMANA.

A pesar de hallarnos en una época de bailes y festejos, han ocurrido últimamente sucesos de gravedad que traían á las gentes inquietas y desasosegadas. Durante la última semana, el teatro de política obtuvo mejores entradas que ninguno de los demás teatros de la corte y que los salones de máscaras. Nadie se acordaba de *Ana la Prie*, ni del *Bravo*, ni se buscaban con empeño billetes para Villahermosa, Cervantes ó el Instituto: las primeras palabras que á todas horas se decían, eran: ¿Qué hay de ministerio? Y lo que mas se deseaba el domingo era un billete de tribuna reservada para asistir á las sesiones del día siguiente en el Congreso ó en el Senado, ó en ambos cuerpos á la vez.

Después de la dimisión del general Narvaez, duque de Valencia, y de la destitución de sus compañeros de

gabinete, S. M. encomendó á diferentes personas la formación de un nuevo ministerio; mas solo al Marqués de Miraflores fué dado llevar á cabo aunque con alguna dificultad, tan delicado encargo. Los días que habían transcurrido en esta reorganización de ministerio, que políticamente hablando se llama *crisis*, debían de ser por una razón sencilla, días de ansiedad para un pueblo que se ocupa tanto de estos asuntos, como es el pueblo madrileño. El día en que se dijo terminada la crisis, todo el mundo volvió á su centro, y la ansiedad cesó. Un movimiento de curiosidad, hijo del afán con que se buscan los grandes espectáculos, sucedió á la primera, y este movimiento era el que llevaba el lunes á mas gente de la que podía entrar en los santuarios legislativos á las tribunas y galerías de Oriente y de Doña María de Aragon.

La sesión en uno y otro cuerpo, fué de consiguiente muy concurrida, y las elegantes madrileñas formaban una parte escogida de la concurrencia: especialmente en el Congreso ya no cabían las señoras en su espaciosa tribuna, teniendo que desbordarse por la de los taquígrafos, que en tales momentos no podían ser tan galantes

como hubieran querido por tener que recoger las palabras de los nuevos consejeros de la corona, que algunas horas después habían de ser leídas con avidez en todos los círculos de la capital, y devoradas más tarde en todas las provincias del reino.

Sin embargo de esto, no faltan damas conocedoras



(Retrato del General Narvaez.)

del rigorismo parlamentario, y esas podrán explicar á las que lo ignoren, por qué en ciertas ocasiones los ministros, senadores, diputados, taquígrafos y periodistas no parecen tan amables y corteses como en realidad lo son.

Nada diremos de estos acontecimientos por no caer bajo nuestra jurisdicción: harto se habrán ocupado otros de dilucidarlos. Vengamos al terreno del baile, de la música y del teatro, cuyas prácticas se acomodan mejor á nuestro gusto.

El sábado se verificó en palacio un concierto magnífico, suntuoso; tal vez el más suntuoso y magnífico de cuantos han tenido lugar en la régia morada desde la muerte del último monarca. Empezó á las nueve y media, y duró hasta las dos de la mañana; entre la primera y la segunda parte se sirvieron abundantes bebidas y esquisitos sorbetes, y durante la segunda y tercera parte, la cena, que como todas las de este género, fué verdaderamente régia, tanto por la abundancia de los manjares, como por su variedad y esmerado condimento. El número de convidados llegaba á 800, que se estendían cómodamente por el inmenso salón de columnas, donde tuvo lugar el concierto. El *bufet* estaba colocado en una de las galerías inmediatas, que transformada en tienda de campaña, y adornada con multitud de flores, formaba el más bello aspecto á la vista.

Todos los artistas y aficionados que tomaron parte en el concierto, estuvieron felicísimos, y entre ellos Moriani, que aquella noche estaba perfectamente de voz. Entre las piezas instrumentales que se tocaron, se distinguió particularmente el clarinetista *Blancon* por su escuela en el modo de tocar este instrumento. De las aficionadas llamaron mucho la atención la señora Lozano en el cuarteto la *Caritá*, y la señorita de Muñoz en un dúo de piano de Herz que tocó con su maestro el señor Guelvenzu. La real familia manifestó su particular agrado al señor de Valdemosa, maestro de canto de S. M. y director del concierto.

En el teatro del Circo se cantó la ópera de Donizetti, *Maria de Padilla*, que no solo no gustó, sino que hizo lo que propiamente se llama *fiasco*. Algo debió haber influido en tan triste resultado la ejecución, que no ha sido de lo más feliz.

Los bailes de máscaras continúan bastante concurridos y brillantes; especialmente los de Villahermosa, en donde se ha lucido este año el señor Iradier con sus magníficas tandas de wals y rigodones.

En lo demás no ocurre novedad: alguno que otro perro que se descuida y anda sin bozal, suele caer en manos de la autoridad, la cual según dicen no tiene muy buen tacto para tratar á esta clase de animales.

ORDENES MILITARES ESPAÑOLAS.



Distintivo militar de las mugeres de Tortosa.



Algunos historiadores han creído que la pequeña sobrevesta militar, que las mugeres de Tortosa han llevado desde el siglo XII hasta principios del siglo XV, era divisa de un orden militar propia y peculiar del bello sexo. Como en el escapulario ó sobrevesta referida traían de carmesí ó grana una hacha de armas, los escritores tanto nacionales como extranjeros, le han dado el nombre de orden militar del Hacha. A pesar del

testimonio de estos seguiremos la respetable opinion del erudito y laborioso P. Fr. Jaime de Villanueva, que en el tomo V de su viaje literario á las iglesias de España se ocupa detenidamente de este asunto. Dice que no la tiene por tal orden, porque ni se dió carta de fundacion, ni estatutos, ni cosa semejante, sino que era solo como una divisa para conservar la memoria de un hecho, que no deja de ser glorioso para el sexo y para la ciudad de Tortosa.

Este suceso, digno de eterna memoria, lo refiere así: «Conquistada que fué de los moros esta ciudad por el Conde D. Ramon Berenguer IV, y ausentándose este Príncipe á las conquistas de Lérida y Praga, volvieron á

sitiarla los moros y la pusieron en tal apuro, que resolvieron sus vecinos entregarla, haciendo lo que los de Numancia y Sagunto, que era quemar sus alhajas, matar las mugeres é hijos y morir ellos peleando. Sabedoras de esto las mugeres, persuadieron á sus maridos á que saliesen á dar contra los moros, que ellas entre tanto defenderían los muros con todo género de armas y aturdirían al enemigo con su estrépito. Salió felizmente el proyecto y ahuyentaron al enemigo que de otra manera era imposible arredrar.»

Martorell, en su historia de Tortosa, dice: «Que sabedor el Conde del valor y ardid de estas matronas, quiso honrarlas con algunos privilegios y distinciones, entre las cuales ordenó para conservacion y memoria de tan grandiosa hazaña que todas las mugeres trajesen sobre su ropa una hacha de armas de carmesí ó de grana y aquella se pusiesen sobre una vestidura hecha como un escapulario de fraile lego de la Cartuja; á la cual ropa dieron el nombre de pasatiempo que parecia representar una sobrevesta militar.»

Todos los historiadores de las órdenes militares han tomado del mencionado escritor las pocas noticias que dan de la que ellos llaman orden militar del Hacha. El P. Villanueva, añade, que la mayor parte de lo que refiere Martorell en su libro, lo tomó de los Diálogos inéditos que compuso en catalan á mitad del siglo XVI D. Cristóbal Despuig, cuyo original se conservaba en el archivo que tenia en Falset D. Francisco Moncada, Conde de Aytón, á quien dedicó su obra. En este manuscrito se aducen algunos testimonios mas de que no hace mencion Martorell. Asegura en sus Diálogos Despuig, que el maestro Baltasar Soria que murió en Tortosa en 1537, de edad de mas de cien años, le aseguró que cuando vino joven á esta ciudad habia visto alguno de estos escapularios del Hacha en casa del arcediano mayor Estéban Garret, aun-

que ya entonces no se usaban, y que le contó Francisca Despuig que en sus primeros años todavía estaban en uso. De esto conjetura con sobrado fundamento el ilustrado autor del viaje literario, que duró esta costumbre hasta principios del siglo XV.

Estas noticias, unidas á otros datos, prueban la verdad de la existencia de esta divisa otorgada á las mugeres de Tortosa en premio de su valor. Hecho puesto en duda por algunos historiadores, por no ver, sin duda, documento alguno auténtico de esta concesion ó privilegio.

En el antiguo cementerio de Tortosa, que ya servia en el siglo XII, se vé estaba en uso esta insignia, pues se esculpia en los sepulcros. El hacha de armas que se vé en muchos de ellos no representa las armas de una familia, sino una divisa perteneciente al orden público, que no puede aludir á otra cosa que á lo que decimos del hacha.

Otro hecho que cita el mismo escritor en apoyo de su dicho, es la antigua piedra que se conserva en el claustro de la catedral de Tortosa en el ángulo inmediato á la capilla de Santa Candia y en el sitio en que se celebraban en el siglo XIII las juntas del consejo general de la ciudad. Esta piedra contiene tres escudos, el primero que representa un castillo, que son las antiguas armas de la ciudad; el segundo la imagen de nuestra Señora, que eran entonces las armas que insculpian en sus sellos el cabildo de la catedral y que hasta muchísimos años despues no adoptó Tortosa como suyas; y el tercero una hacha de armas, lo que prueba que era una divisa perteneciente al orden público.

Tomamos estas noticias de la excelente obra del Padre Villanueva, adonde remitimos á nuestros lectores que quieran mas datos acerca de la divisa del Hacha, recuerdo heroico del denodado esfuerzo de las mugeres de Tortosa.

ESTUDIOS HIJINIENICOS.

ARTICULO III.

superioridad de los modernos comparados con los antiguos respecto á la higiene pública: habitaciones de los Griegos y de los Romanos: casas de Pompeya.

Hemos empezado ya á echar una rápida ojeada sobre los numerosos objetos que abraza la higiene, y sin embargo no hemos llegado todavía á tratar del que constituye el objeto principal de esta ciencia: en esta reseña caminamos del simple al compuesto, atendiendo á que la inteligencia poco ejercitada de la mayor parte de las personas, suele comprender mejor el conjunto que los pormenores. Cuando hubiéremos presentado todo lo que resulta de la higiene pública, se podrán conocer mas bien cuáles son las condiciones de la higiene privada.

Desde luego nos hemos ocupado de la higiene de las ciudades, y en este punto quedamos al concluir nuestro anterior artículo, pero teniendo mas bien por objeto en esta especie de introduccion el determinar los hechos que no estudiarlos en sus aplicaciones tan diversas como importantes, bien puede decirse que apenas hemos tocado la cuestion.

Una gran consecuencia resulta sin embargo de lo que hemos dicho, y es que las ventajas en este particular pertenecen esclusivamente á nuestra época, y que los errores

é inconvenientes predominaban en el antiguo sistema. Lejos de nuestro ánimo el acusar á nuestros predecesores de absoluta ignorancia en materia de higiene pública: no hay duda que conocían algunos de sus principios y que tampoco ignoraban el arte de aplicarlos; pero no tenían para esto ni reglas, ni medidas. Careciendo de los conocimientos que hoy poseemos acerca de la física y de la química, solo se guiaban por el instinto ó por su experiencia. No es pues de extrañar que tantas y tan graves faltas cometiesen en la distribución de sus cuarteles y en la economía de sus habitaciones, porque tenían que obedecer á la imperiosa ley de las circunstancias.

La historia sin embargo nos ha transmitido fielmente muchos ejemplos que prueban que nuestros antepasados sabían suplir en cierto modo la insuficiencia de la instrucción con la seguridad del instinto y la exactitud de raciocinio. En tiempos en que la medicina griega aparecía radiante, una ciudad del Oriente era víctima de una epidemia que diezaba á sus habitantes. Esta enfermedad se reproducía con la mayor regularidad todos los años y producía periódicamente los mismos desastres. Habíase llamado á una infinidad de médicos, que no habían podido detener el curso de tan terrible azote. Uno de los profesores mas venerados en la ciencia de curar, fué llamado tambien. La enfermedad presentaba la particularidad de circunscribirse al recinto de los muros de la población: las ciudades inmediatas no habían recibido el menor ataque á pesar de esta vecindad tan peligrosa. Esta circunstancia característica, que hubiera debido llamar desde un principio la atención de los facultativos, imprimió esta vez á la sagacidad del nuevo médico una dirección que debía llevarle tarde ó temprano al descubrimiento de la verdad. Supuso con razón que una causa desconocida ejercía su funesto influjo sobre los habitantes, pero que esta causa debía ser de origen reciente, puesto que la aparición de la enfermedad solo se notaba hacía muy pocos años. Lleno de confianza en su propia opinión, se dedicó con el mayor cuidado á la investigación de una causa que podía y hasta debía consistir en un hecho perteneciente al orden material, y al efecto visitó escrupulosamente toda la ciudad, informándose de las diversas modificaciones que su plan había experimentado. Mas viendo que de este trabajo no sacaba el fruto que se había propuesto, abandonó semejante medio de exploración, empezando á emplear otro distinto: después de haber estudiado la ciudad, pasó á estudiar el campo.

Los muros de la ciudad se elevaban bastante en medio de un valle circular, dominado ó mas bien guarecido en toda su circunferencia por una barrera de montañas. En cierto punto de este recinto se abría una garganta que daba comunicación al valle con la llanura opuesta. Examinó el médico este desfiladero que estaba cortado diagonalmente por una elevada pared de construcción reciente, y después de tomar algunas noticias, llegó á convencerse de que á esta pared tan insignificante en la apariencia, debía atribuirse el desarrollo de la epidemia. Por de contado era incontestable que esta pared se había construido algun tiempo antes de la aparición de la enfermedad, siendo tambien notorio entre todos los habitantes,

tanto de la ciudad como del campo, que aquella garganta servía para dar paso á un viento bastante fuerte que agitaba la atmósfera con la mayor regularidad durante algunas semanas; pero que desde la construcción de la pared, el viento había cesado enteramente.

El médico, en vista de tales circunstancias no pudo dejar de suponer y con razón, que el mencionado viento era el que renovaba periódicamente el aire de la ciudad y de sus cercanías, y que á falta de su influencia la insalubridad tenía que sustituir forzosamente á las buenas condiciones higiénicas.

En consecuencia de esta suposición, se destruyó el obstáculo que se oponía al paso de este viento saludable, y los resultados no tardaron en demostrar que el médico no se había equivocado acerca de la naturaleza de la enfermedad: esta fué decayendo poco á poco, terminó al fin y no volvió á aparecer jamás.

Este ejemplo, tomado á la ventura entre otros muchos que pudiéramos citar, demuestra que los antiguos no carecían de sagacidad y de un gran talento de apreciación en materias de higiene pública. Pero la ciencia faltaba; aunque había reglas, eran inciertas; en cuanto á las leyes, se puede decir que absolutamente no existían.

Esta opinión es por otra parte la que profesan todos los hombres especiales, tratando de las ciudades y de la falta de plan que caracterizaba su organización económica, es tambien muy fácil de probarse entrando á examinar sus habitaciones particulares.

Muy confusa é incierta era por lo general la idea que se tenía de las habitaciones antiguas, hasta una época de descubrimientos bastante modernos. Verdad es que algunos escritores de la época griega y romana nos han dejado curiosos pormenores acerca de la parte interior, que nos sirven de base para conocer la distribución general de los edificios de aquellos tiempos. Pero á pesar de estos detalles en los cuales se detienen aquellos escritores con mas ó menos complacencia, hay mucha distancia todavía para llegar hasta el objeto mismo.

Grande sería nuestra incertidumbre acerca de la economía de las habitaciones de los antiguos á no haberse conservado intacta hasta nuestra época una de sus ciudades, sepultada bajo las cenizas del Vesubio durante la irrupción de que Plinio el joven fué á la vez historiador y víctima. Por esta singular desgracia la gran Pompeya pudo librarse de la destrucción que infaliblemente la hubiera hecho desaparecer y nos ha conservado una preciosa muestra del mundo de que formaba parte.

Con respecto á las habitaciones privadas de la Grecia nada ha quedado que pueda consultarse. Solo algunos restos de edificios públicos han sobrevivido á la destrucción de aquellas poblaciones. Mas como las costumbres de Roma se habían modelado, por decirlo así á imitación de las del Oriente, no debían existir grandes diferencias en la distribución de las casas de entrambos países; Pompeya por consiguiente puede servirnos de modelo para apreciar debidamente las costumbres que tan estrecha relación tienen con la vida doméstica del hombre y de la familia.

Las casas de Pompeya presentan desde luego un es-

trecho corredor que sale á un patio; este patio tiene en su centro una especie de estanque mas ó menos grande, y está rodeado de una galería cubierta bajo la cual se abren las puertas de las habitaciones. Cuando la casa era elegante y pertenecía á un hombre rico, solía tener un segundo, y á veces un tercer patio, colocados unos á continuación de otros. El mas inmediato á la entrada estaba habitado por los esclavos y los criados; el siguiente por el dueño de la casa, y el último por las mujeres, que vivían en la parte mas lejana y menos accesible.

A primera vista esta distribución no presenta nada que sea contrario á las reglas de la higiene; el cielo se halla descubierto en la parte superior de cada patio; el depósito de agua que ocupa su centro sirve para refrescar la atmósfera. Por el espacio que ocupa la casa, puesto que se extiende en su superficie, en vez de elevarse en altura, no es de temer el hacinamiento y hay aire libre y lugar para todo el mundo, ventajas tan difíciles de reunir en las casas de nuestra época.

¿Y diremos por esto que los antiguos han comprendido mejor que nosotros esta parte tan importante de la ciencia que nos ocupa? No por cierto, y en gran manera nos equivocáramos si adoptásemos semejante opinión. No hay duda que los edificios se extendían sobre una superficie considerable sin presentar en varios pisos este hacinamiento tan exagerado de que adolecen en nuestra época los grandes centros de población. Pero sin embargo, al lado de estas ventajas las construcciones antiguas tienen también su lado defectuoso, y eso es lo que vamos á examinar aquí.

Un patio cerrado por todos sus costados, aun cuando por la parte superior se halla abierto no favorece la circulación del aire libre; y al contrario esta misma disposición es uno de los obstáculos que pueden presentarse. El movimiento es la condición esencial de la purificación y de la pureza del fluido atmosférico: sin él este fluido tan importante para la salud del hombre va adquiriendo rápidamente malas propiedades y concluye por elaborar

en ciertos casos los gérmenes de las mas peligrosas enfermedades. ¿Y no es esto lo que debía suceder en las casas que habitaban los griegos y los romanos? Figúrenos en efecto un patio cuyas habitaciones ó salas construidas en los costados no recibían luz mas que por la puerta de la entrada. Este especie de claustro no tenía ventana alguna para comunicarse por la parte exterior, de suerte que el aire de las habitaciones estaba condenado á sufrir una inmovilidad mayor todavía que la de los mismos patios. Si hemos de juzgar en vista de la distribución de las casas de Pompeya, los antiguos gustaban de las habitaciones pequeñas: las salas triclinarias ó sean las habitaciones que les servían de comedor eran de dimensiones muy limitadas aun en las casas mas suntuosas.

Esta costumbre, agregaba una condición mas á la detención é insalubridad del aire. El estanque del centro llamado el *impluvium*, refrescaba la atmósfera en los calurosos días del estío. Pero esta ventaja era solo para la gente rica, porque los pobres carecían de ella. Los primeros podrían traer por un sistema de canalización subterránea aguas vivas al *impluvium* de sus casas, conservándolas siempre libres de las emanaciones insalubres de las aguas detenidas; pero los segundos, que no disfrutaban de los privilegios que dá la fortuna, solo tenían el beneficio de las aguas llovedizas para surtir el estanque de sus casas, lo cual en vez de refrescar el aire servía para que se desarrollasen con mas fuerza sus propiedades deletéreas.

¿Y qué hacían de las materias insalubres que provienen de los servicios de la economía doméstica y de las necesidades de la existencia? Los antiguos, y con especialidad los romanos, estaban muy familiarizados con el arte de las obras subterráneas. Canales de sólida construcción salían desde el cimiento de las casas hasta otros canales mas considerables que iban á desembocar en el mar si este bañaba las murallas de la población, ó en el rio mas inmediato. La *cloaca máxima*, el grande albañal de Roma, de que se encuentran todavía algunos vestigios, puede ser considerado como un modelo en este género.

LEYENDA.

ORIGEN DE LOS TALISMANES EN LA CHINA.

En un libro chino intitulado *Chang-yuen-king*, y que está tenido como sagrado en aquel país, se lee lo siguiente:

«En otro tiempo el Emperador Hiao-wenti (que reinó desde el año 163 hasta el 156 antes de J. C.) preguntó en estos términos al cronista de su palacio:

—Hace siglos que existe una casa que se llama la *habitación de los tres hombres simples*. ¿Qué es lo que se entiende por esto?

—Atended, contestó, á los signos por los cuales podreis reconocer la habitación de los tres hombres simples: una

que es alta por delante y baja por detrás es la casa del primer hombre simple; la otra á cuya parte septentrional corre un riachuelo, es la casa del segundo hombre simple; la que es alta por la parte del sud-este y nivelada por la del noroeste, es la casa del tercer hombre simple.

Cierto día salió de incógnito el Emperador, y habiendo llegado á los límites del distrito de Hon-Kong, vió una casa y entró en ella bruscamente. Esta casa era rica y espaciosa, y cobijábanse bajo su techo unos cincuenta habitantes. El Emperador salió de ella lleno de admiración.

Al día siguiente mandó llamar á dos agoreros versados en la ciencia del In y del Yang, es decir, de los dos principios que presiden todas las operaciones de la naturaleza. Disfrazóse con un traje ordinario y volvió al mismo lugar, á fin de indagar la causa que habia producido su admiración.

A su llegada, el dueño de la casa salió á recibirle y le dió las mayores muestras de respeto. Habiéndole preguntado el Emperador su nombre de familia, le contestó: Mi nombre de familia es Lieou, y mi apellido Tsin-Ping.

—¿Cuántos años hace que habitais esta casa?

—Cerca de treinta años.

—Pero esta es justamente la habitacion de los tres hombres simples. Este pais es peligroso é inhabitable. ¿Cómo haceis para vivir aquí en paz y libre de enfermedades? ¿Gustais de desvanecer mis dudas?

—En un principio, repuso Lieou, cuando yo vivia en este lugar, las personas de mi casa perecian de una muer-

te prematura, mis riquezas se disminuian, mis animales domésticos eran victimas de crueles enfermedades, mi pobreza y mis calamidades se aumentaban diariamente. Una noche vinieron dos estudiantes pidiéndome una cama para dormir: yo les manifesté el triste estado en que me encontraba, por cuya razon apenas pude darles mas que un pequeño plato de arroz. Los dos jóvenes me manifestaron su agradecimiento, y hablándome en el tono que inspira la franqueza, me dijeron:—¿Cómo podeis habitar en esta casa, siendo este un lugar tan peligroso?—Mis recursos son harto limitados, les contesté, para que pueda trasladarme á otra parte.

—Nosotros tenemos, replicaron, un medio de remediar vuestros males, sin que tengais necesidad de mudar de habitacion.

Al oír esto no pude menos de saludarles muchas veces, suplicándoles que me lo enseñasen al instante.

Entonces me presentaron setenta y dos talismanes,



—diciéndome: «Dentro de diez años os encontrareis en la opulencia y colmado de honores; dentro de veinte años contareis un sinnúmero de hijos y nietos; dentro de treinta años, un Emperador, vestido lo mismo que otro cualquier hombre del pueblo, entrará en vuestra casa.»

—Las dos primeras predicciones estan ya cumplidas; pero el Emperador, vestido como un hombre del pueblo, no ha honrado todavía mi casa con su visita.

—¿Y en dónde estan esos dos jóvenes? le preguntó el Emperador sonriéndose.

—Después de haberme dado sus talismanes, respondió Lieou, se marcharon despidiéndose de mí. Pero apenas habrian andado cincuenta pasos, cuando desaparecieron de repente dejando tan solo una ráfaga de luz blanquecina que se elevó hasta el cielo.

—¿Teneis á bien, dijo el Emperador, enseñarme esos talismanes?

Lieou los sacó alegremente de una caja y se los enseñó.

El Emperador, cuya visita secreta habia sido profeti-

zada por los dos jóvenes, mandó entonces á los agoreros que le acompañaban copiar con la mayor exactitud estos modelos.

De vuelta á su palacio se ocupó en vulgarizarlos por todo su imperio.

Desde la dinastía de Han (163 años antes de J. C.) todo el que copia estos talismanes y los cuelga en su casa, se preserva de toda especie de males y consigue todo género de prosperidades.»

La leyenda china, cuya traduccion acabamos de presentar, se encuentra á la cabeza de una estensa hoja impresa con tinta encarnada, que guarda con particular esmero un antiguo diplomático español, á quien debemos la bondad de habérmola franqueado con el objeto de sacar una copia fiel de los cinco personajes mitológicos que en ella figuran. La parte inferior de la misma hoja presenta los setenta y dos talismanes distribuidos en doce columnas, y de los cuales hemos reproducido algunos de los mas curiosos.

Cada talisman tiene una inscripci6n en chino indicando la propiedad particular que se le atribuye; y como las inscripciones de estos amuletos comprenden casi todos los males y todos los bienes que un hombre puede temer 6 desear, los que tienen f6 en su virtud no tienen m6s que comprar estas hojas y colgarlas en su casa. A veces se copian aquellos talismanes de que cree tener necesidad; y ya se les pega 6 la puerta de una casa para alejar ciertos g6nios mal6ficos, ya se les lleva consigo para preservarse de ciertas enfermedades, libr6ndose de un peligro, de los ataques de los ladrones 6 de los riesgos propios del comercio.

Los signos y cifras estrañas de que se componen estos setenta y dos talismanes, no hacen ningun sentido en chino, aun cuando en ellos se perciba algunos caracteres correctos, como las palabras *campo, tierra, sol, luna*, y solo tienen un valor de convencion entre los charlatanes y los agoreros del Imperio celeste.

La parte superior de cada talisman, formada por l6neas rectas y por c6rculos, representa las estrellas de las constelaciones, 6 las cuales se atribuye una influencia particular que debe asegurar su eficacia.

1. (De izquierda 6 derecha.) El g6nio de la segunda estrella de la Grande Osa.—2. El g6nio del buen tiempo.—3. Fo-Ki.—4. El g6nio de la lluvia.—5. El g6nio de la s6ptima estrella de la Grande Osa.

1. Talisman para librarse de ladrones y calumniadores.—2. Talisman para preservarse de los castigos corporales y de la prisi6n.—3. Talisman para librarse de la discordia dom6stica y de los estragos de los animales que devoran los gusanos de seda.—4. Para conseguir una plaza de magistrado 6 otro destino de mayor consideraci6n.—5. Para ser afortunado en los negocios mercantiles 6 en los proyectos que se haya concebido.

HISTORIA NATURAL.

UN REBAÑO DE ORANGUTANES (1).

Un colono del Cabo de Buena Esperanza vivia pac6ficamente en una hacienda del t6rmino de Vauder Greck, con su muger, j6ven y hermosa escocesa, y un niño de once meses. Una noche invadi6 su huerto una tribu de orangutanes, penetrando hasta las inmediaciones de la casa: auxiliado de sus criados atac6 6 los monos y los ahuyent6, mat6ndoles uno de sus hijuelos. Al dia siguiente uno de los orangutanes, que se habia quedado oculto en el huerto, se aprovech6 de la ocasi6n de quedar solo el niño del colono Mitchell, y apoder6ndose de 6l lo tom6 en brazos y march6 precipitadamente: acudieron al socorro del infante, 6 iban ya d6ndole alcance al robador; pero este se tir6 6 un r6o, lo pas6 6 nado, y se meti6 por un bosque, llevando siempre al niño en los brazos. Tres meses despues de esta ocurrencia desapareci6 la muger de Mr. Mitchell, sin saberse de su paradero, como habia sucedido con el hijo. Se crey6 que habian robado esta seńora para uno de los gefes del pa6s que pocos meses antes habia pretendido comprarla: y en su consecuencia dispuso la autoridad que pasase Mr. Quensie con tres compańas del regimiento n6m. 72, 6 tomar venganza de este insulto; pero se detuvo la partida de las tropas de resultas de haber avisado un cafre haber visto una banda de orangutanes con una muger, 6 la que habian pasado del otro lado del Queis: ańadi6 este hombre que como la pobre seńora no hacia resistencia ni daba gritos, debia suponerse que estaba muerta.

Dos ańos se pasaron sin que Mr. Mitchell pudiese adquirir noticias algunas de su esposa ni de su hijo; mas 6 principios de 1825 se divulg6 en la colonia el rumor de que habiendo ido dos mugeres 6 cojer fruta h6cia las montańas de Nourowelt, situadas en lo interior de aquellas tierras, vieron un orangutan que llevaba en su compańa un niño blanco. Con esta noticia fu6 despachado un destacamento de tropa, d6ndole 6rden de dirigirse h6cia el paraje indicado por las mugeres, y llevando en su compańa 6 Mr. Mitchell. Despues de una semana de marcha lleg6 el destacamento 6 su destino; y los hombres que lo componian supieron de los naturales que se habia establecido en su territorio una colonia de orangutanes, y que segun las apariencias no tardarian en poseer todo el pa6s, porque el grande esp6ritu les habia enviado, de los pa6ses situados de la otra parte del sol, una reina que les enseńaba 6 hacer las mismas cosas que los hombres. El destacamento se reforz6 con una numerosa escolta de estos naturales, y pas6 al paraje donde estaban los monos, consiguiendo cercar todo el rebańo. Los individuos de este acudieron 6 la voz de su gefe 6 tomar las armas: los varones, que eran los mas robustos, se reunieron en c6rculo muy estrecho, como si fuese la formaci6n de un cuadro, y en el centro colocaron las hembras, los hijuelos y su reina: todos ellos tenian un aspecto triste y macilento. Mr. Mitchell, que iba comandando las fuerzas militares y los paisanos, mand6 se detuviesen, y subiendo 6 lo alto de un peń6n que dominaba el campamento, descubri6 que efectivamente estaba su muger entre los orangutanes; la llam6 por su nombre

(1) Especie de monos, los mas semejantes al hombre en la figura y ademanes.

y ella le respondió. Entonces arrojaron los orangutanes al suelo sus palos y se apartaron para que pudiese acercarse Mr. Mitchell a su mujer: esta se adelantó llevando de una mano al niño Guillermo, y de la otra una niña como de edad de dos años: ambos niños estaban muy sanos y contentos; pero al acercarse Mr. Mitchell, huyeron á refugiarse entre los orangutanes. Madama Mitchell dijo á su marido que antes de separarse de sus amigos los orangutanes, quería darles gracias por las atenciones que la habían dispensado: en su consecuencia, después de repartir entre ellos las provisiones de frutas, yerbas y raíces que constituían su almacén de víveres, les hizo comprender por medio de una especie de discurso compuesto de mil especies de gestos y contorsiones, que con mucho sentimiento se veía obligada á separarse de ellos. Entonces comenzaron á dar grandes lamentos aquellos animales, casi todos se fueron acercando á madama Mitchell, y tomándole las manos casi como á los niños, las ponían sobre su cabeza. En fin, partió la señora felizmente con sus hijos á su casa de campo de Vau der Greck. Por espacio de tres días siguió la marcha del destacamento una tropa de orangutanes de los mas fuertes y robustos, viniendo diariamente algunos de ellos á buscar á madama Mitchell para cerciorarse de que no la hacían daño.

Luego que la señora se restituyó á su casa, dió cuenta circunstanciada de su cautiverio, resultando en sustancia lo siguiente: estos animales se hallan al parecer divididos por rebaños, gobernados por un jefe superior y por otros inferiores. Los que fueron á robar las frutas del huerto de Mr. Mitchell, habían traído consigo el único heredero del trono, pues acostumbraban llevar en su compañía y por delante los miembros de su familia real, por temor de que sean sorprendidos si los dejan á la espalda. Este vástago real de los orangutanes fué el

que mató Mr. Mitchell en el huerto, ignorando la reina que había sido muerto su hijo, y creyéndolo solamente extraviado, rogó á su esposo fuese á buscarlo, pero siendo infructuosas las indagaciones, tomó el partido de robar al niño de Mitchell y reemplazar con él su querido hijo. Lo condujo en los brazos con mucho cuidado, y se lo entregó á la reina para que lo cuidase, y en efecto lo estuvo, dando de mamar tres meses. Pasado este tiempo determinaron los orangutanes traerle la madre para que cuidase del niño, y esta resolución la ejecutaron con mucha destreza: una partida de los mas fuertes penetró en la casa, y afianzando á la señora Mitchell la ataron, le pusieron en la boca una especie de pelota para impedir que gritase, y se la llevaron en brazos.

Si ha de creerse á Mr. Mitchell, es imposible á no ser testigo de ello, formar una idea de la destreza, vigor, agilidad y movimientos de estos animales. Los que la robaron tuvieron con ella los mayores miramientos, tocando estos en delicadeza: le dieron de comer y beber frutas y agua abundantemente durante su viaje. Estuvo muy alligida durante la travesía, hasta llegar al campo de los orangutanes y hallarse al lado de su hijo, que saltaba y hacia cabriolas como los hijuelos de aquellos. Fué considerada como una reina y obedecida en todo, menos en cuanto á salir del rebaño. Nada le negaban de cuanto pedía, excepto su libertad. A los seis meses parió una niña que fué la que se halló en su compañía. Madama Mitchell no se cansa de elogiar la docilidad y buen natural de estos animales, la ternura que muestran á sus hembras y á sus hijuelos, y su cuidado en procurarles subsistencias. Está intimamente persuadida de que suspiran y rien como los hombres: se se alimentan de frutas, raíces y vegetales, pero no comen carne de ningún animal. Si tuviesen el don de la palabra, dice madama Mitchell, parecerían verdaderas criaturas humanas.

REVISTA DE LA SEMANA.

Tanto son los objetos que han llamado la atención desde nuestra última revista, que no sabemos por cuál empezar. Así para evitar todo compromiso y salir del paso, seguiremos el orden de fechas, que es el mas libre y desembarazado.

El día 18 del actual se celebró en las habitaciones de S. M. el baile de trajes que anticipadamente se había anunciado. Estuvo brillantísimo, y en él se observó rigurosamente la etiqueta propia del siglo pasado. Entre los magníficos y ricos trajes que se presentaron, se hicieron notables los de la condesa de Toreno, marquesa de Santa Cruz y señoritas de Camarasa. Entre los hombres se distinguían el duque de Castroterreño, vestido de abate francés; el duque de Rianzares, de guardia de corps de Carlos III; el duque de Medinaceli, de coronel del regimiento que creó y mandó su abuelo. El Serenísimo Sr. Infante vestía de antiguo guardia de corps, y Don J. de Carrizosa, gentil hombre de S. A., iba perfectamente vestido de oficial superior del tiempo de Luis XVI.

El 21 se verificó en la iglesia de Monserrat la ceremo-

nia de recibirse caballero, en la orden de Montesa, el diputado. Sr. Marcó, profesando en la misma los señores Aguilera y marqués de Cruilles. Todos los caballeros vestían el hábito de los del Temple, campeando en sus pechos la cruz roja, emblema de gloriosas acciones y esclarecidas victorias que han dado esplendor y renombre á tan ilustre cuerpo.

En los salones de la embajada inglesa se celebró el mismo día un brillante y lucido baile, digno ciertamente de los grandes preparativos que le precedieron y de la escogida y elegante sociedad que asistió á él. Todo estaba puesto con el mayor gusto, y la amabilidad de Monsieur Bulwer, daba mayor realce á los adornos y al buen servicio de los salones destinados á esta reunión diplomática.

Al día siguiente 22 tuvo lugar en el real Palacio otro baile de trajes, al cual concurrieron casi las mismas personas que al anterior. S. M. la Reina Madre vestía traje de etiqueta; S. M. la Reina Doña Isabel II, de jardinera, y lo mismo S. A. la Infanta. Entre los nuevos trajes llamaba la atención el del duque de S. Carlos, vestido de

Cárlos I de Inglaterra; el hijo del marqués de Malpica llevaba un bonito y completo traje de tiempo de Fernando VI.



(Máscaras.)

En estos días se prohibió la representación de dos dramas, uno del Sr. Bermejo, por ambas autoridades civiles y eclesiásticas, y otro de D. Tomás Rodríguez Rubí, por la civil solamente. Esta última producción se titula *La Corte de Cárlos II*, y estaba destinada para el beneficio de la entendida actriz Doña Matilde Díez.

Sentimos mucho que la cuchilla de la censura haya cortado esta preciosa flor, que al abrir sus hojas á la faz del día, hubiera encantado á los admiradores del Sr. Rubí, con la suavidad de sus perfumes y con el bello colorido que resalta en todo su conjunto.

En el teatro del Instituto se representaron con grande aceptación dos comedias nuevas. *El Derecho de Primogenitura*, traducida por los Sres. D. Juan y D. Andres de Cápua; y *Mentir con noble intencion*, acomodada á nuestro teatro por los Sres. D. Anjel Maria del Campo y D. Miguel Gillote.

En esta temporada de carnaval han estado sumamente concurridos de gente los salones de Villahermosa, Cervantes, Instituto, Genio y demas locales de bailes públicos de máscaras; si bien lo mas lucido de la sociedad madrileña se ha refugiado á las reuniones particulares. En las calles públicas no se han visto mas que *fantasmas y espectros*, figuras vestidas sin gusto, ni decencia siquiera. Se conoce que las clases trabajadoras, que serían probablemente las que hayan buscado este género, como de entrada mas barata, no deben hallarse muy sobradas de recursos pecuniarios.

En los bailes públicos ha habido bastante aparato, excelente música, y la mayor armonía y fraternidad. Pero la concurrencia era en todos ellos mas numerosa que escogida. En las reuniones particulares ha sido al con-

trario. La condesa de Montijo y la condesa de Revillajigedo, dieron tambien bailes de trajes, á imitación de S. M., y ambos estuvieron brillantes y muy concurridos.

En el teatro del Circo se representó el *Otello*, que no agradó al público: tal vez haya producido este mal éxito el poco tiempo que llevaban de ensayos, ó la dificultad que ofrecen siempre las *partituras* de Rosini, obras de la mayor conciencia.

Tampoco ha tenido buen éxito la ópera del Sr. Genovés. *Luisa la Valiere*, cantada en la Cruz durante algunas noches. A pesar de los esfuerzos de la Sra. Rafaeli y del tenor Miraglia para hacer lucir la música de esta composición, no ha alcanzado *Luisa la Valiere* el triunfo que era de esperar, atendidas las buenas dotes de su autor. Tal vez no es esta música del género que suele agradar en nuestros teatros, y el Sr. Genovés habrá pecado solo en la elección.

La afición á la literatura se va extendiendo progresivamente en nuestro país, y no hay materia vedada hoy al ingenio español, ni terreno que no invada, por escabroso y difícil que sea. Entre las obras originales que están anunciadas para ver pronto la luz pública en esta corte, merece especial mención la *Historia Pintoresca del Reinado de Doña Isabel II y de la guerra civil*, encomendada á personas entendidas, entre las cuales figuran algunos literatos de los mas notables; y *La favorita de Felipe V de España*, novela cuyo interés debe ser grande, supuesto que en esa época célebre figuraban al lado de aquel poderoso Monarca, el Cardenal Alberoni, la Princesa de los Ursinos, el Marqués de Santa Cruz y otros muchos personajes de no escasa importancia.



(Máscaras.)

Recomendamos eficazmente á nuestros lectores la adquisición de estas dos obras, cuyo mérito no debe ceder en nada al asunto sobre que versan, ni á la consideración de que gozan como hombres de letras, las personas encargadas de su redacción.

GLORIAS MILITARES ESPAÑOLAS.



Mugica d.

V. Castelle g.

DON HUGO DE MONCADA.



os eternos detractores de la España, los enemigos irreconciliables de nuestras glorias y grandezas, tienen muchas veces que humillar la cerviz, y mal que les pese reconocer el mérito y el valor de no pocos varones ilus-

tres que en todos los tiempos han florecido en esta nación tan grande hace algunos siglos, como olvidada en el presente.

El teatro de las continuas agitaciones de Italia á principios del siglo XVI ofrece á cada paso mil recuer-

dos de los hechos de valor mas distinguidos. El célebre valenciano D. Hugo de Moncada, hijo de D. Pedro de Moncada, señor de Aytona, merece bajo todos conceptos que le dediquemos hoy algunas líneas en nuestro SEMANARIO.

Quando Carlos VIII Rey de Francia, al frente de un poderoso ejército invadió los estados de Nápoles, se alistó Moncada en sus banderas, juntamente con otros españoles que anhelaban señalarse en la carrera de las armas, entonces la mas distinguida y acaso la única que abria las puertas de la gloria á la juventud, porque como dice un célebre cronista: «era preciso estar continuamente en acecho, ensillado el caballo y las armas á

«punto para no ser sorprendidos por el enemigo.» Moncada era muy joven cuando se alistó de aventurero bajo las banderas francesas y desgraciadamente en aquella expedición favorecida siempre de la fortuna no pudieron distinguirse los españoles que ansiaban encontrar una obstinada resistencia en sus contrarios. Carlos VIII pasó los Alpes, atravesó la Italia con la prontitud del rayo, tomó á Nápoles y terminó su empresa sin haber vencido las mayores dificultades; sin embargo el joven Moncada se dió á conocer en pocos días de tal modo que fué llamado á Roma por el embajador de España y presentado por él al Papa Alejandro VI que le acogió con la mayor consideración. Reconocido á tantos favores y llevado de la vehemencia de su espíritu, acompañó en varias expediciones á aquel César Borja, comunmente llamado el Duque Valentin, que Cardenal primero, después caudillo, y siempre turbulento y ambicioso llenó la Iglesia de escándalos y la Italia de sangre. En la escuela de este hombre notable, si D. Hugo no pudo aprender á idear aquellos proyectos tan atrevidos como vastos, se adiestró por lo menos en la osadía, se acostumbró á la continua agitación, á no desmayar jamás por los reveses de la suerte y á no inquietarse nunca ni vencedor ni vencido.

Era D. Hugo de una estatura regular: en su semblante lleno de dignidad no reflejaba la agitación de su espíritu; sus ojos eran vivos y penetrantes.

Atraído por la fama del Gran Capitan y ardiendo en deseos de servir á su patria, volvió á Nápoles y entró á servir en los tercios españoles. La batalla de Garillano le ofreció ocasiones en que desplegar enteramente todos sus conocimientos militares y aquella intrepidez que asombró al mismo Gonzalo de Córdoba. Desde entonces su vida fué un continuo enlace de elevación, de fortunas y de desgracias. Nombrado gobernador de la Calabria y sin necesidad de echar mano de sus inagotables recursos, bastó solo su presencia para sujetar á los mal contentos y asegurar á Castelvetro de las intenciones hostiles de los franceses. Bien pronto circuló su fama de boca en boca y el Rey Católico queriendo premiar tanto mérito le nombró Virey de Sicilia y al año siguiente Capitan general de aquel reino é islas adyacentes. Allí superando mil dificultades y los alborotos de los sediciosos, holló las calumnias de sus émulos y supo sostenerse hasta el año de 1518 en que proyectó su expedición á Argel, habiendo sido antes nombrado general de las fuerzas marítimas.

Peró la fortuna le abandonó entonces: el Rey de Tremecen faltó pérfidamente á sus promesas. Una tormenta espantosa echó á pique la mayor parte de sus bajeles y tantos elementos reunidos hicieron que aquella empresa en la que esperaba alcanzar el olivo de la victoria, se malograra completamente. Rebosaban de alegría sus poderosos émulos; pero Moncada haciéndose superior á todo, mostróse sereno en la adversidad, y al año siguiente se hizo á la vela con ocho galeras, deseoso de escarmentar á sus enemigos. A vista de Cerdeña

trabó un sangriento y desigual combate con trece galeras turquesas, y á pesar de la superioridad de sus contrarios quedó dueño de los mares habiendo recibido una profunda herida en el rostro. Navegó seguidamente hacia los Gelves, desembarcó sus tropas y á pesar del desastre que sufrieron los de Diego de Vera, á pesar de otra herida que recibió en la pelea, venció á los bárbaros, é hizo tributario al Xequé de la isla.

Roma que le había visto en su juventud entregado á los placeres, y siguiendo las banderas del Duque Valentin, le vió después embajador de Carlos V, y vencedor de sus papas en la carrera intrincada de las negociaciones políticas. Clemente VII tan famoso por su sagacidad, era un novel diplomático al lado de Moncada, que mirándole contrario á los intereses de su soberano, supo oponer el disimulo al disimulo, el engaño á los engaños y socavar debajo de las plantas del presuntuoso diplomático que al fin se vió precisado á abandonar á sus amigos y á entregarse á sus contrarios. Estos eran los Colonnas, facción poderosa que sostenida por el embajador español y aprovechándose de la inacción y simplicidad de Clemente, entró á mano armada en Roma, y arrollando la miserable guardia que ceñía las casas pontificias, las entregó todas al pillaje. El Papa advirtiendo tarde su engaño, y encerrado en el castillo de Sant Angelo, no tuvo otro arbitrio que abandonarse á la discreción de Moncada, que entonces le dictó las condiciones del ajuste con una inflexibilidad y una altivez, que espantaron y ofendieron á los romanos.

Su muerte sucedió en 1528, siendo Virey de Nápoles, provincia que entonces necesitaba de una cabeza tan bien organizada como la de Moncada, tan pronta y decidida para acudir á las terribles urgencias que por todas partes la acosaban. Las tropas del Emperador encerradas en la capital apenas podían sostenerse en ella, y el ejército de Lautrech que había perdido la esperanza de forzarlas, tomó el partido del bloqueo, tanto mas seguro, cuanto mas sostenido era por la escuadra genovesa, que señoreándose del mar llevaba la abundancia al campo y el hambre á la plaza. En tal apuro tomando el Virey el consejo que le dictaba su ardimiento, se arrojó á las aguas, y buscó las galeras de Filipin Doria muy superiores á las suyas en fuerzas y en pericia. En medio del mas encarnizado combate en que ya los contrarios iban desanimando, una bala derribó al general español y con su muerte alcanzaron los contrarios una victoria que acaso no hubieran conseguido de otro modo. Tenia Moncada 50 años cuando murió. Su pérdida fué muy sentida de los españoles, á quienes sus grandes virtudes guerreras ilustraban, sirviendo á todos de noble estímulo su ejemplo. Los italianos que no le perdonaron jamás su actividad, se regocijaron con un triunfo que les libertaba de aquel hombre indomable y justiciero.

D.

ESTUDIOS HIJIÉNICOS.

ARTICULO IV.

De las construcciones modernas.—Condiciones esenciales de la salubridad en las habitaciones de nuestra época.

Al hacer el paralelo entre las costumbres de nuestros antepasados y las nuestras respecto á los detalles de la construcción de las casas, se conoce desde luego la ventaja que les llevamos por haber tenido en cuenta los preceptos de la higiene pública.

Ínútíl es hablar de la alineación de las calles, de la distribución de las casas por manzanas con la mejor organización para abrir un fácil acceso al aire y favorecer la circulación, no hablaremos tampoco de esos ánditos que existían en las antiguas ciudades romanas y que estaban muy lejos de ofrecer las mismas ventajas de nuestras aceras á los que tienen que recorrerlas á pié. Únicamente nos ocuparemos de los edificios construidos para vivienda de las familias.

De deplorar es ciertamente que el aumento progresivo de las casas en las ciudades populosas vaya haciendo desaparecer poco á poco los jardines, verdaderos *hoasis* de verdura tan agradables á la vista como útiles á la salud. No debemos olvidarnos sin embargo de que cada época y cada localidad tiene sus exigencias particulares: y que lo principal es hacerlas compatibles con las condiciones de salubridad.

En este sentido hay muy poco que decir acerca de los inconvenientes sanitarios de las casas modernas, pues se eclipsan en cierto modo al lado de las ventajas que reúnen.

En primer lugar muy pocas habitaciones dejan de tener un patio mas ó menos espacioso, el cual las coloca entre dos espacios libres en que el aire puede circular fácilmente, gracias al sistema de construcción adoptado en los tiempos modernos. Las ventanas y balcones que sirven de medios de comunicación entre la calle y el patio por medio de las habitaciones, son efectivamente los medios mas activos y mas ventajosos para que la ventilación se verifique de una manera satisfactoria. Con el auxilio de aquellas la atmósfera se renueva todos los instantes del día; y debe notarse que cuando se las abre por la mañana los miasmas de la noche tan bien caracterizados por la espresión generalmente usada de *olor de encerrado*, desaparecen á los pocos minutos.

A este medio de acción debe agregarse el uso de las chimeneas desconocidas de los antiguos y con especialidad de las chimeneas llamadas á la prusiana. El hogar

reemplaza perfectamente la acción hijiénica de las ventanas cuando los rigores del invierno nos obligan á fortificarnos en nuestras habitaciones. Nada hay mas fácil de comprender que la exactitud en esta comparación. Al calentar el fuego las masas de aire mas próximas las hace contraer una gran ligereza y las lleva, ya hácia el cañón de la chimenea, ya hácia el techo de la habitación: este movimiento conservado constantemente por la acción del calor produce una especie de corriente circular entre las partes inferiores y las superiores. De este modo la ventilación por medio del fuego produce los mismos resultados que la ventilación ordinaria; la diferencia solo consiste en las causas.

En la construcción hijiénica de nuestras casas hay además otro punto en que las leyes de la ciencia de la salud se hallan perfectamente observadas. Bajo este punto de vista tenemos una superioridad extraordinaria no solamente sobre los antiguos sino tambien sobre nuestros antepasados de algunos siglos á esta parte. Los lugares de corrupción y las aguas que han servido para los usos domésticos no infestan ya la atmósfera con emanaciones perjudiciales. Los primeros se hallan organizados de manera que pueden establecerse sin inconveniente notable en los puntos mas próximos á las habitaciones. Verdad es que aun les falta mucho para ser una obra bien acabada: pero todo dá margen á creer que á beneficio de los procedimientos de la industria y especialmente á la intervención de la química no se tardará mucho en llegar á resultados completamente satisfactorios.

Respecto á esas aguas tan perjudiciales para la salubridad de las habitaciones, ¿cómo es posible que puedan existir en una casa donde haya mediana limpieza, sino se las dirigiese convenientemente y si las cosas no estuviesen dispuestas de manera que fuesen llevadas con celeridad al canal ó á los grandes sumideros? Estos tubos conductores suben hasta los pisos mas elevados y reciben al mismo tiempo las aguas madres y las aguas llovedizas. Los chubascos lavan y purifican los canales que en otro caso guardarían inmundicias y producirían en la atmósfera emanaciones perjudiciales.

Así lo repetimos; en una casa medianamente aseada se pueden recorrer todos los pisos tanto en las grandes

habitaciones del rico como en las estrechas celdillas del pobre sin que ningún olor fétido venga á afectar el olfato. Por todas partes el aire circula y se renueva, y el fluido que es puro precisamente porque no se mantiene estacionario constituye tal vez, y no se olvide esta circunstancia, la condicion mas esencial de ese armonioso equilibrio que se llama salud.

¿Será preciso tambien que hablemos de esa vivísima luz que nos inunda por las numerosas ventanas abiertas en las paredes de nuestras casas? que diferencia no hay entre este sistema de construccion y el de los antiguos que se encerraba en sus habitaciones, sin que la luz ni el sol pudiesen penetrar en ellas mas que la que entraba por la puerta que les servia de entrada. Esta luz es tan útil á la vida, tan necesaria al desarrollo de las fuerzas, que el hombre se debilita y pierde el color cuando llega á verse privado de su benéfico influjo. Con-

denadle á la oscuridad, encerrarle en el fondo de una prision ó hacelle bajar á las galerías de una mina y pronto le vereis convertido, por mas sanguíneo que fuese, en linfático y escrofuloso.

Si en nuestros tiempos los límites de la vida han obtenido un ensanche prodigioso, como lo prueba con sus irrecusables testimonios la ciencia de la estadística, nuestro siglo es deudor especialmente de semejante beneficio á la higiene de los lugares que nos sirven de morada.

¡Hasta tal punto llega la fragilidad de nuestra existencia! el menosprecio de los pormenores, el desden con que se miran ciertas leyes que á primera vista no parece que puedan reportar utilidad alguna, la viciosa combinacion en fin de la luz, del calor, del aire y de la economía interior de las casas, son motivos mas que suficientes para abreviar el término de nuestros días.

EL TROVADOR Y LA INFANTA.

NOVELA.

CAPITULO PRIMERO.

Así hablaba la Infanta Doña Catalina y su inseparable dueña Mari-Barba, mientras aquella se trocaba los vestidos de corte por otros mas sencillos.

—Pocos, María, se han mostrado en el torneo tan valientes como él, ninguno tan gallardo. ¡Y muchos le despreciaban! ¿Qué vale la pluma, decian, cuando no se sabe empuñar la lanza? ¿De qué sirve al hombre su fantasía sino tiene denuedo ni valentía en el corazón? Manrique poeta, aun no ha blandido una espada, Manrique entendido, aun no ha conquistado en la lid una corona para su frente; os engañabais. Manrique se llevaba la palma entre la flor de los caballeros, en talento y hermosura, Manrique acaba de vencerlos tambien en un torneo.

—El es dichoso, señora.... aunque tal vez á costa de la ventura agena: puede, hace bien de serlo; bien hace en no mirar los estragos que causa. ¿Qué le importa esto viendo su nombre ensalzado, admirados sus versos y correspondido su amor por vos, señora, por vos, Infanta de Castilla?... La gloria le rodea con todos sus encantos para hacerlo mas hermoso....

Pronunció Mari-Barba con un tono tan amargo estas palabras, que Doña Catalina algo sorprendida no pudo menos de decirle como chanceándose:

—Parece que estás enamorada....

—Eso no, contestó María, tratando de ocultar su dolor, amadlo vos que sois digna de ello, vos la dama mas bella de lo corte, vos hermana del Rey D. Juan el segundo. Yo jamás me atreveré mas que á admirarlo, si con mi admiracion no le ofendo, ni os doy celos.

—Vamos, María, tregua á las chanzas, respondió la Infanta con algun enfado. Deja esta noche abierta la puerta del jardín. Si no le envanecen los aplausos, si me prefiere á la gloria, Manrique debe venir á ofrecerme la corona que hoy ha conquistado.

—Y vendrá, no lo dudeis, á poner á vuestros pies lo que mas aprecia, el laurel obtenido, su corazón, en amorosos versos.

Dichas estas palabras, Mari-Barba acabó de vestir á Doña Catalina, la cual despidiéndose de aquella fuese á juntar con su real familia.

Por lo que vá dicho fácilmente colegirá cualquiera la posicion respectiva de cada una de las personas nombradas. La Infanta Doña Catalina ama al trovador Manrique; su confidenta Mari-Barba ámallo tambien, pero sin esperanza, porque su rival tiene mucho mas brillo. Pero la desconsolada doncella no puede avenirse con el papel que hasta entonces ha desempeñado, papel odioso y desgarrador, pues consistia nada menos que en allanar la senda escabrosa que llevaban, para que por ella caminasen sin tropiezo su rival y su amante. Mari-Barba, escudriñados sus adentros, y hallando trocada la amistad que desde niña habia profesado al trovador, en una pasión profunda, determinó mudar de conducta, aunque sin decidirse á trazar la que habia de seguir en adelante. Prudentemente hacía depender de las circunstancias. Estando embebida en estas ideas, vió entrar al Infante D. Enrique.

D. Enrique hondamente apasionado de Doña Catalina y siempre despreciado por ella, hacia algun tiempo

que buscaba la cooperacion de su dueña con un trato amistoso, sabiendo el ascendiente que tenia en su ánimo. No hallándola arisca ¿y cómo habia de estarlo cuando ella, aunque sin asentir del todo, hacia tambien algun tiempo que trataba de hacer de él un instrumento del plan que revolvió en su mente para ver correspondido su amor? determinó mostrarse sin rebozo; y lo hizo así despues de algunos rodeos.

—Yo, Infante de Aragon, puedo hacer mucho por ti, y tal vez podré hacer mas en adelante.... Sin embargo, á ti, muger sin favor oscurecida, vengo á implorar tu proteccion, en lo que puedes mas que yo, á pesar de mi grandeza. Por tus estrechas relaciones con mi prima sabes perfectamente el estado de las nuestras; mi passion, mis pretensiones, su desvio, sus desprecios, conoces nuestro corazon; si en algo pues me estimas, si algo puede hacer por ti mi poderío, abre tus labios, pero abrellos en favor mio, delante de tu señora. Intercede por mí, Mari-Barba, que si por tu mediacion merezco una mirada suya, te deberé mas que la vida.

Estas palabras hicieron temblar á Mari-Barba. Colocáronla de pronto en un punto extremo, desde el cual partian solo dos caminos, ambos igualmente terribles para ella. Accediendo á la instancias del Infante, que era el uno, le era menos difícil verse correspondida por el compañero de su infancia, pero faltaba villanamente á la fidelidad que debia á su señora. Desechando sus proposiciones, que era el otro, cumplia con su deber y satisfacía sus afecciones amistosas, pero destrozaba su corazon arrancando de él la poca esperanza que la sostenia. Decidióse al fin á seguir el primero, pero no sin mirar, con lágrimas en los ojos, el segundo que por primera vez abandonaba.

—Bien, contestó al Infante sollozando, intercederé por vos....

—Gracias, Mari-Barba; mas ¿por qué sollozas?

—Intercediendo por vos seré infiel: y lo seré no por vos, sabedlo, sino por mí, porque nuestra suerte está muy unida, D. Enrique, y triunfando vos tal vez triunfe yo tambien.

Don Enrique no contento ya con el resultado favorable de su pretension, y sin curarse de las palabras y lloros de su nueva protectora, quiso avanzar un poco mas y añadió:

—¿Si pudiera hablarla esta noche!...

—Eso no puede ser.

—¿No? pues hasta mañana.

—Oid, añadió Mari-Barba, cuando vió salir al Infante.

—¿Qué me queréis?

—Nada, nada.

—Pues adios, y volvió á echar á andar.

—Oid, repitió Mari-Barba, estad á las once en la galería que cae al jardín.

—¿La veré allí?

—Si, señor, y estadle hablando hasta que os avise tosiendo.

—¡Oh! exclamó el Infante loco de alegría, ¡cuanto os debo!...

D. Enrique se fué desde allí á ocuparse en negocios

harto mas graves. Sabido es cuan turbulenta fué la minoría de D. Juan II, como son casi todas las minorías, despues de ido su tío, y gobernador de Castilla, á ocupar el trono de Aragon. Se hicieron los mas osados lugar en palacio, y uno, el mas capaz de todos, D. Alvaro de Luna, se lo adquirió no pequeño en la privanza del Rey y en la gobernacion del Estado. Muchos nobles y principales del Reino, celosos de su elevacion, trataron estando la corte en Tordesillas, de derribarlo á toda costa, para cuyo logro se acercaron al Infante D. Enrique, como la persona mas autorizada y quizá mas á propósito para dar impulso y dirigir á buen término la sedicion. Y ved su posicion al despedirse de Mari-Barba.

Esta procuró recibir á su señora risueña; y la recibió. Pues la muger estremada en todo, lo es mucho mas en el fingimiento. Doña Catalina, segun costumbre, pasó la noche hablando con su confidenta de su querido trovador, recitando sus apasionados versos, y deleitándose en pronunciar mil veces su nombre; deleitándose mientras Mari-Barba lloraba en su corazon.

Sonaron por fin las once tan impacientemente deseadas, y poco despues las cuerdas de un laud, admirablemente tañido. Era que Manrique llamaba á su amada. Asomóse esta á un balcon que daba al parque, y oyó la siguiente estrofa.



Tu blando lecho, amor mio,
Déjalo si quieres ver

En mi corazón tu imagen,
Y a tus plantas mi laurel.

Salió en seguida la Infanta de su aposento para ir al parque, pero su primo D. Enrique la aguardaba en la galería. Repugnábale siempre su presencia, pero esta vez mas que nunca, porque mas que nunca ansiaba hablar con su trovador, y porque daría lugar a que atribuyese su tardanza a tibieza, y cuando mas ardiente se sentía su amor.

—¡Siempre en acecho! dijo ágríamente la Infanta, siempre tras de mí!

—Siempre, sí, porque tu recuerdo jamás me abandona.

—Todo es en valde; ya te he dicho que nunca uniré mi suerte á la tuya.

—¡Oh! sí, sí, que será una misma, ¿Tú no quieres que sea en nuestro bien? pues mira, con tal que sea una misma, sea en nuestro mal. Yo seré desdichado, aborrecido: tú serás infeliz, adorada, pues mi amor será perpétuo como perpétuos son tus desdenes. Porque si tu crueldad, con no mirarme jamás compasiva, me mata, mi crueldad con no apartar jamás de ti mis ojos, te matará también. Ya ves, Catalina, que nuestro destino aunque en dirección opuesta, es uno mismo.

Manrique, viendo el ningún efecto de sus canciones, se acercó un poco mas á las paredes del edificio por si no habia sido oído para que los ecos de su laud llegasen á su amada, la cual percibió la siguiente segunda estrofa.

Si acaso escuchas, tirana,
Mi desolada canción,
Dirás con frío desprecio:
» ¡Qué importuno trovador!

No pudiendo la Infanta sufrir la justa cuanto merecida sospecha del que mas que á sí propia amaba, y siéndole imposible desvanecérsela si su primo no se retiraba, le dijo, porque lo verificase, con cuanta dulzura pudo:

—Primo, para hacerse amar es preciso obedecer, que

la desobediencia exaspera y exasperando no se enamora por cierto....

—¡Que obedezca me dices!... ¿Qué no he hecho yo por vencer tu repugnancia? Yo me he arrastrado servilmente á tus pies y tú me has dejado en el suelo con indiferencia. Yo te he hablado con arrogancia y tú me has respondido con altivez. Yo me he mostrado esquivo y tú me has mirado con mofa....

—Bien, bien, se apresuró á decir la Infanta, oyendo las sentidas quejas del trovador, obedece y espera.

—¿Me das palabra?

—Tanto no.... Ahora déjame; retírate por Dios.

—Está bien, me retiraré, pero antes escucha dos palabras, tan dispuesto estoy para lo malo como para lo bueno; correspondido mi amor puedo ser un cordero, mas despreciado por ti, ¡quien sabe! tiembla tú y tiembla el Reino.

A este tiempo salió Mari-Barba tosiendo á decir á su ama:

—¡Señora!... aun aquí, ved que ya duerme todo Palacio....

—Sí, replicó D. Enrique, menos ese incansable trovador, de cuyas canciones se conoce que hace tanto caso su dama como de mis palabras, la que yo para adorar he escogido.

Despidióse el Infante, y Doña Catalina mientras aguardaba que traspusiera la galería, para bajar al huerto oyó cantar nuevamente.

Para llorar no hace falta
De mi laud el triste son,
Rompase, pues está rota
La cadena de mi amor.

Al echar á andar la Infanta oyó confundirse un suspiro con un ruido estrepitoso: Manrique en efecto acababa de romper su laud.

MIGUEL LÓPEZ MARTÍNEZ.

POESIA.

INSPIRACION RELIGIOSA.

« Deus noster refugium, o
virtus.
DAVID: Salmo 43. »

¿Cuál mano poderosa
Dirigió mi bajel, que combatido
Por la mar procelosa
Cercano se encontró de ser hundido...!

¿Cuál soberana lumbré

Penetrando en las nieblas de mi mente
La inmensa pesadumbre
Pudo rendir que me agobió la frente...!

¿Quién tornó los colores
A la cándida flor de mi esperanza,

Que mustia y sin primores
Dejara el huracan en su pujanza...!

¿Quién derramó rocío
De piadoso dulcísimo consuelo
Aquí en el pecho mío
Que rebotaba de amargor y duelo...!

¿Quién me dió en los pesares
De mi dolor, resignacion cristiana...!
¿Quién sujetó los mares
Que la tormenta desbordó inhumana...!

—¡Gran Dios, gran Dios del mundo!
¡Oh! vos que la mirada derramasteis
Sobre el suelo profundo,
Y un misero del polvo levantasteis;

¡Oh! vos en cuya mente
Resplandece esa vívida lumbrera,
El áureo sol fulgente,
Que débil vuestra lumbrera reverbera.

¡Oh! vos á cuyo aliento
Comenzó su existencia lo creado,
Y al oír vuestro acento
Se humilla con temor anonadado.

¡Oh! vos, Señor, Dios mío,
Que gozais en el mundo y en los cielos
Tan grande poderío,
Calmásteis mis afanes y mis duelos.

Porque en vos resplandece
Mas pura que los iris matinales
Esa bondad que crece
Con el misero afán de los mortales.

Y si combate á el alma
De las rudas pasiones la discordia,
Presto su furia calma
Si os demanda el mortal misericordia.

Yo que luché impotente
Del dolor en el piélago enrespado,
Perdiendo lentamente
Las fuerzas de mi espíritu llagado:

Yo que allá en lontananza
Brillar esplendorosa no veía
La luz de la esperanza,
Y solo niebla y confusion sentía:

Cuando tal vez cercano
Estaba á sucumbir con los furores
De aquel piélago insano,
Sin alivio á mi mal y á mis dolores.

Con voz trémula y débil
Apoyo os demandé: mi amargo duelo,
Y mi súplica débil
Resonaron, gran Dios, en ese cielo.

Y un rayo de la lumbrera
Que vuestro rostro de bondad circunda,
Desde la excelsa cumbre
Iluminó la oscuridad profunda.

Y dando el pecho mío
Las agotadas fuerzas, y á mi alma
Heróico y nuevo brio
A una playa llegué de dulce calma.

Gracias, Dios poderoso,
Que sosegasteis en mi herido pecho
El huracan sañoso
En rudos choques por mi mal deshecho.

La luz de fé sincera
Que en vos en mis venturas y dolores
Mi corazón tuviera,
¡Ah! siempre vivirá rica en fulgores.

Y cuando en sus enojos
La inevitable muerte llegue fría
A oscurecer mis ojos
Para velarme en la region sombría,

Mi postrimer aliento
Será de gratitud y ruego ardiente:
¡Ah, si suba en el viento
A espirar en la gloria refulgente...!

ANTONIO ARNAO.

Murcia, Setiembre de 1845.

REVISTA DE LA SEMANA.

Terminó el carnaval y terminaron con él las bromas y los disfraces; pero es el caso, que la gente de mal vivir (muy semejante á la que vive mal) se vá permitiendo unas veras tan pesadas, y tan sin disfraz, que casi estamos por dar la preferencia al tiempo de máscaras, sobre el de penitencias y ayunos. Se matan las dichosas

gentes como sino hubiera Dios ni ley, y hasta los barberos (abusando de su sagrado ministerio) meten la hoz en mies ajena, es decir, degüellan y despachan cómo y cuándo mejor se les presenta el caso. ¿Pero qué mas! si hasta los mismos perros, que tan sumisos obedecían sin réplica los bandos del señor Justiniani,

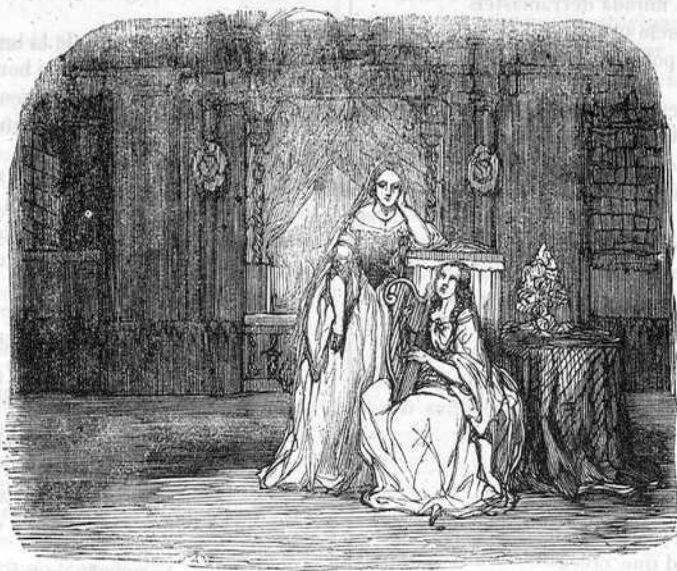
hasta esos mismos animales han dado en la rara afición de rabiarse y de morder la gente á troche y moche; cosa harto vituperable en verdad, pues si bien en cuanto á rabiarse, nadie les puede privar de ese derecho que como á españoles les compete, en cuanto á morder á los demás, ya es otra cosa; y harto tiene cada uno que sentir, con que solo le muerda la conciencia.

En fin, tal ha sido el furor que en estos días ha acometido á todo vicho viviente, que hasta una miserable *chinche* se convirtió en periódico y comenzó á picar sin regla ni medida, en tales términos que para poner

coto á sus desafueros ha sido necesario que cierto escritor á quien se designaba, tratase de arreglar el asunto midiendo á los redactores las espaldas.

El baile de piñata se celebró al fin, como en los demás años; pero la concurrencia fué bastante escasa.

Ninguna novedad dramática notable ha ocurrido durante la semana. La ópera del *Otello* se dió en el teatro del Circo, y en ella hizo su primera salida la señorita *Teresina Michelli*. La ópera es demasiado difícil, para las fuerzas de una compañía tan gastada como la del Circo. Las dotes musicales de la *Michelli*, si bien no son ente-



(Teatro del Circo.—Escena del tercer acto de *Otello*, ópera del maestro Rossini.)

ramente malas, influyen poco para el buen éxito de tan delicado *spartitto*. Su voz es un tanto opaca; aunque en el rondó de arpa ha dado muestras de bastante escuela.

En el teatro de la Cruz se representó la nueva ópera, el *Diablo Predicador*, música de D. Basilio Basili, y letra del señor D. Ventura de la Vega. Esta composición ha gustado mucho, luciendo en ella sus facultades, como caricato el señor Salas, para quien fué compuesta espresamente la ópera. La novedad introducida, si no por primera vez, á lo menos, mas completamente que otras ocasiones, de la letra en español, ha merecido el elogio de todos los inteligentes; y segun la maestría con que ha desempeñado este trabajo el señor Vega, no es aventurado asegurar que la lengua española se presta al canto tanto como la italiana.

En el Circo se ha puesto en escena un baile nuevo titulado *Farfarella ó la hija del infierno*: en él se lucen la Guy-Stephan y la Ferdinand. Esta composición es obra de Mr. Petipá. El primer día no ha sido muy aplaudida, pero en el segundo, el público no dejaba pasar escena de algun efecto, que no quisiera que se repitiese.

En el teatro del Principe se ha representado *Jorje el Armador*, drama terrorífico y lacrimoso, en el que se ha querido parodiar el célebre proceso de Madama Lafarge, acusada y sentenciada por haber envenenado á su marido. Esto si no es divertido, cuando menos es muy moral, y los españoles que estamos menos familiarizados que los extranjeros con semejantes crímenes, podemos irnos acostumbrando á ellos poco á poco con los procesos y los dramas que de Francia nos vienen.

Un jóven poeta bastante conocido por haber redactado algun tiempo la *Iberia Musical*, el señor Valiente, ha compuesto un poema en octavas reales titulado *La Cruz del Salvador*, religioso como su título lo indica, y lleno de unción y fervor como de las estrofas que hemos visto debemos inferir. Creemos que muy pronto verá la luz pública. Grandes son las esperanzas que en él funda su jóven autor, y sentimos mucho que la falta de espacio no nos permita insertar algunas octavas para que nuestros lectores pudiesen participar y juzgar de aquellas esperanzas.

BIOGRAFÍAS ESPAÑOLAS.



DON ALONSO DE CARTAJENA.



nombre respetable, que acaba de transcribir nuestra pluma, dá á conocer uno de los varones mas virtuosos y sábios del episcopado español. En el número 31 del *Semanario*, correspondiente al año de 1844, espusimos la vida y los relevantes méritos

que contrajo el Obispo D. Paulo de Santa María ó Cartajena desde que, emancipado de su secta israelítica abrazó el cristianismo, é hicimos tambien mencion de los cinco hijos que hubo en su legitima esposa Doña Juana, todos bantizados y célebres en el discurso de su vida por las esclarecidas prendas de que el cielo les dotara. Mas si cada cual por su parte contribuyó á labrar el engrandecimiento de su estirpe, ninguno lo pretendió con mejor éxito que D. Alonso, el segundo de los hijos de Don

Pablo, y su inmediato sucesor en la dignidad pastoral. Hernando del Pulgar le dedicó un brillante panegirico en su libro de *los claros varones*, representándole como un modelo de virtud, de sensatez y de ciencia. Instruido en la filosofía, derecho civil y cánones, parece fué nombrado deán de Segovia y luego promovido con el mismo título á la catedral de Santiago. Ya entonces comenzó á manifestar un juicio profundo para rebatir los sofismas de la impiedad, y un tacto tan delicado en materia de discusiones políticas, que, llamando la atencion del Rey, las apreció en su justo valor, concediendo su autorizacion á D. Alonso, para que fuese á proponer alianza entre los Infantes D. Juan y D. Enrique, y le adjudicó en seguida las competentes credenciales, á fin de que bajo el carácter de embajador solicitase amistad con el Monarca de Portugal, y asistiese á la publicacion de la paz en ambos reinos.

La fortuna se habia declarado en favor de D. Alonso, y no hacia mas que prepararle con aquellas distinciones á

nuevos é inopinados ascensos. Supo el Rey de Castilla que habia muerto en Basilea D. Alonso Carrillo, Obispo de Sigüenza; y siendo indispensable enviar sugetos idóneos que acreditasen la religiosidad de D. Juan II y de todo el clero español ante el concilio ecuménico que en la referida ciudad se celebraba desde el año de 1431, obtuvieron la eleccion D. Alvaro de Isorna, Obispo de Cuenca, D. Juan de Silva, Señor de Cifuentes, D. Alonso de Cartajena y D. Gonzalo, su hermano, Obispo de Plasencia y diputado por el reino de Leon. Todos estos personajes se hallaban revestidos de una dignidad superior á la de D. Alonso, que únicamente poseía el deanato de Santiago; pero las circunstancias concurrieron de tal modo, que antes de llegar al concilio renunció la mitra de Burgos el Obispo D. Pablo, y el Rey agració con ella á Don Alonso, el cual fué confirmado en Basilea por el pontífice Eugenio IV.

No tardó en hacerse admirar de los letrados y oradores, que escucharon sus discursos. Eneas Silvio, conocido entre los Papas con el nombre de Pio II le denomina *alegría de las Españas y honor de los prelados*. El acierto con que probó la superioridad del Papa y del concilio dió margen á que le apellidasen *delicias de la religion, único espejo de sabiduría*. Publicó antes de regresar á su patria el *tratado de las sesiones*, en que difunde la preferencia de la silla Real de Castilla á la de Inglaterra, luchando abiertamente contra los embajadores de esta corona, que pretendian hacer valer el sistema contrario.

Mientras en Basilea se rebatían los errores del herejarca Juan Hus, y se ventilaban las cuestiones mas importantes al orden y disciplina de la Iglesia, el Obispo D. Alonso tuvo que separarse de aquel congreso venerable, para marchar como nuncio de reconciliación á la corte del Emperador Alberto, cuyas hostilidades turbaban los estados de Polonia, introduciendo en ellos el cisma, y menoscavando los intereses del culto cristiano. El pacto pretendido fué la consecuencia que se siguió inmediatamente despues que D. Alonso logró audiencia en la cámara real. Los sobresaltos y amargura del Pontífice, al ver zozobrosa su nave en el Océano de la discordia pública, se convirtieron en regocijo, cuando el digno mensajero, que habia tomado su soberana representacion, volvió á colocar el ramo de oliva sobre el altar del Espíritu Santo, en cuyo nombre se congregaban todos los dias, fulminando bajo sus alas invisibles el anatema contra los enemigos de la fé, y los detractores de sus dogmas. Corroborados estos por la infalible autoridad del concilio, los padres que le componian negaron la obediencia al Papa, y los españoles su cooperacion á los discolos. Eugenio IV quedó sin embargo, prendado de la elocuencia del Obispo D. Alonso, manifestándole así en un consistorio público, donde, noticioso de que aquel prelado se disponia para ir á ofrecerle acatamiento, dijo en presencia de todos los cardenales: *Por cierto que si el obispo de Burgos en nuestra corte viene, con gran vergüenza nos asentaremos en la silla de S. Pedro*.

Ni elogios tan sublimes, ni la fama que por toda la Europa encarecía el privilegiado talento del señor Carta-

jena, vencieron la afabilidad de su carácter, en la que, según espresion de Pulgar, *todos se honestaban*. Admirablemente verle entregado sin descanso á la práctica de su sagrado ministerio, para preservarse de las sujeciones del orgullo, que por lo comun enjendran las deferencias sociales, y considerar al mismo tiempo su poderosa influencia entre aquella turba de cortesanos, que ávida de poderío, germinaba alrededor del trono, donde al lado del Monarca se veía figurar á D. Alvaro de Luna, su prudente cuanto desgraciado favorito. Con efecto, al regresar de Basilea en el año de 1440, D. Juan el II, para quien no existían títulos mas eficaces que el ingenio y la instruccion, ordenó al obispo D. Alonso saliese al recibimiento de Doña Blanca, princesa de Navarra, que estaba desposada con el Principe de Asturias D. Enrique, y debia entregarse en Logroño á la honorífica salvaguardia de Castilla. Todos los magnates dieron pruebas de hidalguía en aquella lucida jornada, siendo memorable el estremado gasto que hizo el Conde de Haro, para obsequiar á la Princesa durante los tres dias que descansó en su palacio de Briviesca. Los límites de nuestra narracion deben ser tan precisos, que si nos estendiésemos á describir las funciones, los regocijos populares, las dádivas y presentes, que entonces se cruzaron entre los caballeros de Castilla, traspasaríamos los términos que el *Semanario* nos prescribe, y hasta llegaríamos á orillar casi del todo el objeto testual de nuestro artículo. Para no incurrir, pues, en digresiones intempestivas y superfluas, no perderemos de vista al sábio prelado, que supo ser galante cuando la Princesa llegó á Burgos, y poco despues docilísimo y obediente á las órdenes de D. Juan II, que le despachó en embajada cerca del soberano de Navarra, aperebiéndose del feliz resultado que habia conseguido en sus árduas y numerosas pretensiones. Esta fué la última vez que apareció D. Alonso como enviado real, ó mejor dicho, como precursor del sosiego público.

Queriendo dar impulso á las artes, y cultivar la literatura, hermanándola con sus obligaciones pastorales, *confesaba, predicaba, usaba en su diócesis de aquellas cosas que Perlado es obligado de hacer y era limosnero*. Cedió sumas cuantiosas para edificar el convento de dominicos de Burgos, que su padre D. Pablo habia comenzado; fundó el de *San Ildefonso* en la misma ciudad; adelantó la construccion del de PP. Mercenarios; erigió á sus espensas la capilla de la *Visitacion* en la iglesia metropolitana, donde labró para sí propio un magnífico lucillo de alabastro, é hizo concluir los famosos *chapiteles* que le darán eterno renombre en el trascurso de los siglos.

Enemigos de que perezcan abandonadas las particularidades, que nuestros ascendientes confiaron á las piedras de los templos y monumentos sepulcrales, ya que la indolencia humana se ha dejado perder los innumerables ejemplares de esa especie que á cada paso echa de menos el ojo escudriñador del anticuario, insertaremos aquí el óbito de D. Alonso de Cartajena, con la exactitud que nos ha permitido observar su mal estado, peor combinacion paleográfica, y la abundancia de abreviaturas que se encuentran en él. Dice así:

Hic quiescit corpus reverendi patris domini Alfonsi; de Cartagena, episcopi burgensis; qui inter alia opera pia Capellam ham fieri jussit, in qua septem capellanos et duos acólitos perpetuó instituit. Fuit amator pacis, et pacem inter Joannem Castellæ et Joannem Portugalliæ reges atque inter imperatorem Albertum et regem Poloniæ firmavit. Plures libros ad utilitatem publicam condidit: Defensorium fidei; Orationale; Memoriale virtutum; Doctrinale militum; Genealogia regum Hispaniæ. Duodenarium, et de præeminentia sessionis inter Castellæ et Angliæ reges tractatum edidit, et in concilio Basiliensi pro regno Castellæ sententiam obtinuit, et in fine dierum suorum Sanctum Jacobum anno Jubilei visitavit, et in diocesim suam rediens, spiritum Altissimo reddidit in opido de Villasendino XXII Julii, anno Domini MCCCCLVI, etatis vero suæ anno LXXI.

Cumplida la romería que espresa la inscripción anterior, le asaltaron los síntomas de una enfermedad, que conforme el epitafio indica, destruyó rápidamente su vida, hallándose en Villasandino á cinco leguas de Burgos en el año vigésimo de su episcopado. Su muerte fué llorada por todos, desde el Rey, que necesitaba sus consejos, hasta el desvalido pordiosero que recibía de su caritativo corazón el socorro vital y los consuelos y exhortaciones de la ternura evangélica.

Bien vulgares son las octavillas, que el poeta y caballero Fernán Pérez de Guzmán, compuso en la muerte de D. Alonso: empero si las desconociere alguno de nuestros lectores, vea iniciados en las cuatro siguientes los melancólicos y escogidos pensamientos, que juegan en el resto de las demas:

«Aquel Séneca espiró
á quien yo era lucilo:
la facundia y alto estilo
de España con él murió:
así que non solo yo,
mas España en triste son
debe plañir su Platon
que en ella resplandeció.»

«La moral sabiduría,
las leyes y los decretos,
los naturales secretos
de la alta filosofía;
la sacra teología,
la dulce arte oratoria,

toda verísima historia,
toda sutil poesía.»

«Hoy perdieron un notable
et valiente caballero,
un relator claro et vero
un ministro comendable.
¿Quién dará loor loable
al que á todos loaba?
Quien de todos bien hablaba
¿quién será quien del mal fable?»

«La Iglesia nuestra madre
hoy perdió un noble pastor,
las religiones un padre,
la fé un gran defensor;
pierdan y hayan dolor
los que son estudiosos,
y del saber deseosos
un gran interpretador.» etc.

El poeta que acaba de hablar no mojaba por cierto su pluma en la tinta de la adulación. La multitud de obras literarias que en nuestros tiempos circulan con el nombre de D. Alonso de Cartagena lo atestiguan, y lo confirmarían todavía mas los muchos opúsculos, la copiosa variedad de poesías místicas y amorosas, y el número avanzado de episodios que escribió, pero que han sido consumidos por el incendio de las revoluciones en los archivos de nuestra patria. Existen, no obstante los libros suficientes para colocar á su autor en el rango mas elevado de nuestros escritores antiguos. Se titulan: —*Memorial de virtudes.*—*Defensorium fidei.*—*Doctrinal de los caballeros.*—*Duodenario sobre doce cuestiones.*—*Declinaciones sobre la traslación de las Eticas.*—*Oracional.*—*Apología sobre el salmo Judica me Deus.*—*Escrituras diversas.*—*Una version latina de los doce libros de Séneca.*—*Conflatorium.*—*El tratado de las sesiones.*—Un libro destinado á probar que pertenece al Rey de Castilla y no al de Portugal las conquistas de Canarias, y todas las ciudades, villas y lugares de la provincia de Tanjer, Fez y Marruecos.—*Genealogia de todos los reyes de España*, que fué el postrer destello de su génio, habiendo disfrutado los honores temporales con una conciencia tranquila, y merecido el sepulcro venturoso del filósofo irreprochable y del sacerdote sin culpa.

RAFAEL MONJE.

IMPRESIONES DE UN BAILE DE TRAJES. (1)

(Los de Palacio en Febrero de 46.)

Estraño ha de parecer á muchos el intento de trasladar al papel las impresiones de un baile. Esa momentánea combinacion de parejas, cuyo pretexto es la habilidad

(1) Creemos complacer á nuestros lectores insertando este precioso artículo de costumbres, debido á la pluma correcta y elegante de un escritor cuya modestia no ha permitido revelar su nombre. Ha visto la luz pública por vez primera en el *Heraldo*, de cuyo periódico le trasladamos íntegro á nuestras columnas.

de los pies y cuyo fin dista mucho de ese pretexto, es al parecer la cosa que menos se acomoda ni á un cuadro, ni á un artículo. Nosotros, sin embargo, no seguimos esa opinion. Mirándole como una escena agradable de la vida, avaros de recuerdos que cuidadosamente atesoramos para la vejez como lenitivo de los achaques y último alimento del alma, cuando ya nos falta el porvenir y la esperanza pierde su habilidad para engañarnos, cree-

mos y practicamos la doctrina de que no hay historia que enseñe tanto como la propia historia, ni gusto mayor que el de consignar en apuntes íntimos las penas, los placeres, las meditaciones, los sucesos prósperos, adversos, indiferentes, las fases todas de nuestra existencia, y de esta especie de legado que nuestra juventud hace á nuestra vejez venir á formar el retrato cabal, el fiel confidente, que cuando se sienta la soledad de los últimos años podrá refrescar la memoria de mejores días. Esta prevision es la mas difícil de las previsiones, porque debe tenerse principalmente en la juventud, y á esta época somos desperdiciadores de la vida, por lo mismo que entonces empieza el drama, cuyo interés está en su propia incertidumbre y en su misterio. Quien piensa así, ¿dejaría de hacer de un baile régio una curiosa página de sus emociones y de sus placeres? Era imposible. Pero, ¿y esto y nada mas que esto, será un baile de trajes en el Palacio de Madrid el año 46? ¿Nos contentaremos con una fecha y una lista de nombres y de trajes? Algo mas es: algo mas pide.

Si ha dicho con razon un autor célebre, que por una sola hoja de un *diario* de avisos de nuestros días se podría, de aquí á muchos siglos, venir en conocimiento del estado de nuestra sociedad, *deducir* nuestra actual manera de existir, ¿la reunion de los trajes de un siglo no ha de llamarnos la atencion ni escitar nuestro ánimo, mas que por la estrañeza de las formas y la variedad de los colores? Motivo hay en él para serias reflexiones, y para goces mas ciertos, aunque menos clamorosos que los de los sentidos. La oportunidad de este recreo, que es á la vez una aparicion del siglo de nuestros abuelos, no se acertará á poner en duda.—El actual estaba no há mucho en su infancia, y no se diferenciaba del anterior mas que en el nombre, porque sabido es que las sociedades no cortan ni modifican su existencia el 31 de Diciembre del año en que segun nuestro calendario se completa el siglo. Ya este tiene 46 años; ya cuenta con carácter propio; ha roto con sus padres en ideas, instituciones, costumbres y trajes; ya está mas rico de esperiencia, y mas envanecido de esperanzas que otros siglos á su misma edad; ya es un hombre que vá á empezar á envejecer, y el contraste con el anterior es ya tal vez, sobre todo en punto á trajes, lo que ha de ser hasta su fin. En su última mitad, este siglo, como otros, no llevará acaso mas que los gérmenes de lo que caracterizará al siguiente. Envidiosos de los cuentos orientales que hemos oido en la niñez sobre nuestra fabulosa riqueza y poderío, queremos asomarnos á los tiempos antiguos y hacer un paréntesis de horas en los calamitosos presentes. Pensando todos los días en lo que vendrá, hay complacencia en dedicarse á gustar, hasta donde ser pueda, los placeres de nuestros abuelos. Entre el hastío de lo actual y el ansia siempre creciente por lo venidero, bueno es de cuando en cuando salirse á respirar el tranquilo ambiente de lo pasado.

A esto convida un baile de trajes; y el secreto encanto de esas meditaciones es para nosotros su mayor atractivo. A la ilusion contribuye el designarse la época á que

han de pertenecer los disfraces, lo cual dá unidad á la reunion y propiedad al conjunto. Los bailes de trajes son digna diversion de un Rey. Sea el que quiera el esplendor que aguarde á las monarquías modernas, tales grandezas tienen los Reyes en lo pasado, que por precision han de mirar hácia él con mas complacencia que hácia o futuro.

Grata memoria han dejado en todos los que tuvimos la honra de concurrir á ellos los dos bailes dados por S. M. la Reina en su Real Palacio las noches del 18 y 22 de este febrero.

Hubo en el primero la oportuna particularidad de que S. M. la Reina Doña Isabel y S. A. le abriesen con el *minué*, antiguo baile caído en desuso, y sin embargo, el que rigurosamente pedian los trajes de la reunion. Las augustas Señoras le bailaron con los Duques de la Roca y de San Carlos, y con la gracia y aplomo que no podía esperarse de quien al aprenderle ha aprendido solo un baile *histórico* y de mera *erudicion* en el arte, si así puede decirse. El *minué* gustó sobremanera: hay que confesar que es baile de Reyes. Ni el gracioso torbellino del *wals*, ni el cansado correr de una *inglesa*, ni el *rigodon* de eterna boga, son hoy otra cosa que pretexto de apasionada conversacion fuera del alcance de la vigilancia materna. El baile no es ya mas que un cadencioso paseo. En los antiguos, por el contrario, se echaba de ver la conciencia aun en el baile; y sus respetuosos ademanes y reverencias podrian servirnos hoy para tratar los asuntos mas serios.

Y ¿quién enumera los muchos y escelentes trajes que allí se presentaron?—¿Y quién deja de enumerarlos cuando eran tan propios como elegantes? Lo intentaremos, puesto que en su misma dificultad tienen tan buena disculpa nuestras inexactitudes.

S. M. la Reina Doña Isabel y su augusta hermana la infanta Doña Luisa Fernanda vestian ricos trajes de la época de Fernando VI: y dicho queda con solo nombrar las que estaban bellas y radiantes, como lo estan las Princesas en ese medio día de la juventud que llaman quince años.

S. M. la Reina madre se presentó con un magnífico traje de la corte de Francia en tiempo de Luis XVI, llamado entonces á la circasiana; y sus gracias se realizaban con la sonrisa de contento de quien mira repetidos en sus augustas hijas sus atractivos.

S. A. el señor Infante D. Francisco iba ostentosamente vestido de Guardia de Corps de Luis XIV. Las señoras Infantas sus hijas llevaban lindos trajes de la época de Fernando VI.

El Duque de Riánsares vestía el uniforme de Guardia de Corps de Carlos III; el Conde de Santa Coloma el de señor de la corte de Luis XV; el Duque de Híjar uno de la corte de Carlos IV; y el Duque de Castro-Terreño el antiguo traje de abate con que le recibió por primera vez en este mismo Palacio el señor Rey Carlos III.

El señor Conde de Altamira se presentó con un rico y riguroso traje de Comendador mayor de la orden de Alcántara, en tiempo de Felipe IV; el Duque de la Roca con otro del de Lorena en 1730, del mas esquisito

gusto; el Duque de San Carlos llevaba un elegante traje de corte húngaro; el de Abrantes otro ostentoso de la época de Fernando VI; el de Alba uno de príncipe ruso; el Marqués de Santiago otro excelente de Guardias españolas, en tiempo de Carlos III. Vestía el de Revillagigedo un traje de la corte de Luis XV, con riquísima pedrería; el Marqués de Pobar uno muy airoso de la corte de Felipe V; y el príncipe de Anglona otro de la corte de Luis XV. El Duque de Frias y el Marqués viudo de Aranda tuvieron la patriótica idea de vestirse el primero de soldado de los tercios castellanos de Italia, y el segundo de guardia española en las guerras de esta misma nación.

El señor de Rubianes y el señor de Alcázar D. Serafio quisieron mostrarnos los antiguos uniformes de sus actuales cuerpos, y se presentaron con mucha oportunidad el primero de alabardero del señor D. Fernando VI, y el segundo de artillero español en 1700.

El Duque de Medinaceli, el de Ahumada, el de San Lorenzo y el Marqués de Malpica aprovecharon la ocasión para honrar la memoria de sus familias, vistiendo el primero el uniforme del regimiento de Jaen; el segundo el de Saboya; el tercero el de Jerez; el cuarto el de las órdenes: regimientos todos levantados ó mandados por sus ascendientes.

La descripción completa de los trajes de las damas sería curiosa, pero habría de ser prolija, y tendrían que ir los de muchas irresistiblemente seguidos de elogios que ofenderían á otras muy dignas de ellos. Al pensamiento de la Reina todas habían correspondido, contribuyendo á él con su buen gusto y sus gracias. Baste pues la indicación sucinta que ensayaremos.

Las Duquesas de Abrantes y de Ahumada llevaban excelentes trajes del tiempo de Fernando VI: las Marquesas viudas de Santa Cruz y de Valverde vestían otros riquísimos de la corte de María Luisa. De este tiempo era uno muy elegante de la Condesa de Oñate, y del de Carlos III uno muy propio de la joven Condesa de Requena. La señorita de Santa Cruz lucía sus gracias con un lindo vestido tomado de una pieza francesa bien conocida: la bella señorita de Muñoz brillaba con uno elegantísimo del tiempo de Carlos III; y al mismo se refería otro con que la linda señorita de Ezpeleta llamaba la atención con sobrado motivo. La Condesa de Toreno, que resplandecía por su abundante pedrería, y las jóvenes señoritas Camarasa, que escusan con su nombre su elogio, iban vestidas de señoras del tiempo de Carlos III. La señorita de Sorroñegui se distinguía con un airoso traje de Cracoviana.

La bella Marquesa de Santa Cruz había tenido la feliz idea de tomar el suyo del retrato de cierta dama que se halla en nuestra academia de pinturas, y hacerla así revivir con envidia del original.

Las señoras Marquesa de Alcañices y Duquesa de Alba se presentaron con un traje muy notable allí por el contraste: el de Dama española en semana Santa.—La visita de monumentos, *rendez-vous* de todas las clases en las iglesias y en las calles en los serenos días de primavera, era antiguamente la ocasión de que las damas del

tonillo y los cien colores vistiesen trajes de luto, que eran como las galas del dolor que en ellas piadosamente debía suponerse.—Ese traje llevaban las de Alcañices y Alba: y hay que confesar que con él, al entrar en el templo, robarían al cielo la mitad de los pensamientos de los hombres.

Sorpresa agradable causó á todos ver circular por la sala del baile numerosos criados con bandejas de pocillos de chocolate y tacillas de dulce, que fueron servidos á los circunstantes con arreglo al mas severo ritual de la mas ceremoniosa tertulia de regente de Chancillería. La rehabilitación del olvidado chocolate y del azucarillo en altas regiones no debía hacer temer por el ambigü de nuestros tiempos. En el salon inmediato nos esperaba el siglo XIX con sus transparentes gelatinas, sus ponderadas trufas y sus platos monumentales, que solo por estar sobre mantel se conoce que corresponden al arte de *Careme*.

No fué esta sola. Otras muchas circunstancias contribuían á dar armonía al conjunto y á completar la ilusión. Los salones régios, puestos y adornados en la época del señor Rey D. Carlos III, están desde entonces vestidos en armonía con los trajes de la reunión. Sus telas, sus techos y alfombras y el aire de antigüedad de su conjunto, no se llevan bien con el triste frac ni con la atrevida bota, y aman por el contrario y piden á voz en grito en los que le visiten, la casaca bordada y las hebillas.

Y como si esto fuera poco para la ilusión en que nos recreábamos, no parecía sino que la conversacion misma estaba dominada por un convenio anterior y tácito. Nada oímos que nos recordara el año 46. Imposible lo creerán todos; pero el hecho es que pasamos cuatro horas, sin que en tan gran reunión llegásemos á oír ni una sola vez, esas palabras que hoy son la pesadilla de la época: *empresas—ferro-carriles—proyectos de ley....* de este pobre país, donde las leyes no pasan de proyectos. Lo contrario es lo que observamos; que muchas personas de edad, como sujetas allí al influjo de la peluca empolvada y del *minué*, resucitaban antiguas memorias, en corros de contemporáneos, en que al curioso que se acercaba no era difícil entreoir las palabras características de otros reinados: *el Consejo y Cámara:—un vireinato:—Gibraltar:—la guerra con el inglés:—las flotas de América:—la conducta de dinero:—la tesorería apuntalada.*

Es mas: y en esto la casualidad había trabajado, como tantas otras veces, para la ilusión. El ministro que aquella noche tenía á su lado Isabel II, era..... ¡Florida-Blanca!

El segundo baile de trajes dado en el Real Palacio, no ha sido una mera repetición del primero. La circunstancia de no ser obligatorio el presentarse con traje antiguo, hizo de este baile una especie de votación en que cada cual se inclinó al siglo mas de su gusto. Allí nos hallamos en el duelo impensado y fortuito de la casaca bordada con el frac negro, especie de luto que se puso el siglo como presintiendo ya sus desastres; y forzoso es convenir en que el frac quedó vencido.

S. M. la Reina Doña Isabel II vestía un gracioso traje de aldeana del Canton de Berna; S. A. su augusta hermana, otro lindísimo de jardinera francesa, y S. A. Doña

Luisa Teresa, hija mayor del Sermo. Señor Infante Don Francisco, otro muy airoso de judía.

El señor Duque de S. Carlos con un excelente traje de Carlos I de Inglaterra; el joven Marqués de Mirabel, con otro lindísimo de señor de la corte de Felipe III; el Marqués de Montaos con uno excelente también de caballero de la Orden de Santiago, en el mismo reinado, y D. Pedro Carvajal con otro de esta propia época, llamaban justa y merecidamente la atención de todos.

La joven Marquesa de Santa Cruz se presentó con un gracioso vestido de mallorquina; la señorita de Santa Cruz con otro excelente de griega; la señorita de Muñoz con otro precioso de siciliana; y la linda señorita de Alameda con uno muy airoso de dama antigua. Estas señoritas habían querido poner sus gracias á una prueba distinta de la del baile anterior; y nos dejaron en la duda de cual había sido su mayor triunfo.

La conciencia no nos permite seguir, sin hacer antes una advertencia importante. Hemos dicho que eran bonitos los trajes de un gran número de lindas jóvenes. La verdad es que no lo sabemos bien. Esto no se averigua sino en las que no lo son. Con las lindas sucede el trabajo de no poder nunca *deslindar* bien, que parte del agrado viene de su persona, y cual otra de su adorno y vestido. Algun inconveniente había de tener la belleza.

¡Qué campo de observaciones ofrecía aquella reunión á la persona menos meditabunda!

Veíanse la primera noche circular por la sala y por entre los vetustos trajes, unos cuantos caballeros con uniformes del día, ó bien con el consabido frac: eran los señores ministros de la Corona. Un ministerio constitucional mirado desde el siglo pasado, se prestaba á curiosas reflexiones. La humildad de nuestro actual traje, eran los ministros los que allí la representaban: el contraste desfavorable al año 46, ellos le establecían. Anacronismo oficial, el único permitido allí, y sin poder en su vida de perpétua lucha, *esconder el cuerpo*, siquiera por horas, no achacarán esos señores estas líneas á espíritu de *oposición*. Si lo fuera, hay que confesar que no la habría mas superficial ni menos temible.

Echábase de ver desde luego en estos bailes, que somos los hombres los que en punto á trajes nos hemos separado mas del gusto antiguo. Puestas ellas á diversificar y dar carácter de otra época á los suyos, á pesar de sus laudables esfuerzos, han tenido menos ensanche que nosotros. Fieles á la seda, á esa babilla de un gusano, del que muchos hombres se podrían quejar mas que del tigre, cuya ferocidad saben solo por Buffon; sus vestidos no se diferencian tanto de los antiguos como los nuestros, en que casi de todo punto ha quedado proscrita la seda, quién sabe si en venganza de aquellos agravios. A ese corto contraste entre el vestido antiguo y moderno de las damas, contribuía el que, aun á los primeros, había trascendido la moderación de los del día. Ninguna se aventuró á encerrarse en un formal tontillo, ni á encofetarse un tocado de los que pedían ir arrodilladas en el coche. Con todo lo que se dice de la inconstancia femenina, en una noche y á un mandado de Real orden, no habían acertado á hacer tal mudanza en sus gustos. Ha-

bían sin embargo adquirido nuevas armas contra el sexo que ellas no podrían llamar *fuerte* sin sonreírse. Los polvos, y lo que mas extraño parecerá, las pelucas, de que se nos hace ridículo hasta el nombre, eran aquella noche medios eficaces de poderosa fascinación. Acostumbrados á burlarnos de los trajes antiguos vistos en lienzos rechupados de antepasados de Laras y Manriques, no comprendíamos de que podían enamorarse nuestros abuelos. En estos bailes conocimos que aquellos trajes, animados por la frescura de los pocos años y el fuego de los ojos meridionales, eran tan temibles ó mas que los modernos. Ibamos á reírnos y los admiramos. ¡Cuanto de esto sucedería si pudiésemos trasladarnos en realidad á las épocas históricas!

Tenia de particular este baile que no serían tal vez los jóvenes los que en él hallasen mas íntimo recreo. — Para muchos que habían conocido á Carlos III, el disfrazarse aquella noche era volver por horas al traje de su juventud. Para ellos el ridículo no era el que tomaban, sino el que acababan de dejar. — Para muchas, su papel de madres no las reducía allí á la enojosa vigilancia de las niñas. También había para ellas secretos encantos. — Como aquel que atravesaba la sala solía vestir su *aseñora* padre: — como un desconocido que estaba silencioso é indiferente á su lado, vestía el que primero la requirió de amores: — de su boda, y de sus vistas, era el rico traje con que asistía, que la moda había tenido como prohibido por muchos años, y que la moda y el régio baile la permitían volver á lucir siquiera otra vez.

En los trajes, mas aun que en otras cosas, se revelan segun se podía observar allí, las condiciones y el carácter de una sociedad. El vestido se enriqueció y sobrecargó de adornos cuando el gobierno era monárquico y aristocrático, es decir, personal, y el orden de las gerarquías hacia que alcanzase á los individuos el culto y veneración que se daba á las cosas. Hoy la soberanía está en una entidad colectiva, y el paño y la muselina son el brocado y el tisú de este nuevo Rey. Desde 789 el traje enderezó su rumbo hacia la sencillez de nuestros días. Se había complicado y enriquecido mientras la sociedad había permanecido estacionaria: pero al emprender la marcha forzada que llamaron revolución, preciso fué aligerar los equipajes y disfrazarse de pueblo.

Mas en nada ha agotado la moda su ingenio como en el tocado de las damas; y esta observación, que ha perdido hoy parte de su fuerza desde que modestamente se cubren la cabeza con el sencillísimo sombrero, recibiría su demostración sin necesidad de acudir al reinado de Marco Aurelio, cuya muger, segun cuentan autores graves, se presentó en pocos años, con 300 tocados diferentes. En nuestro pobre sentir nada tiene de extraño que esto sea lo que mas varíe, puesto que los cabellos tanto ayudan á la expresión de la fisonomía. Verdad es que ceden para esto en importancia á los ojos, imprudentes delatores del alma, último atrincheramiento de la juventud, temibles aun espirando su fuego, como son temibles y magníficos los postreros resplandores de un volcán que muere. Verdad es que ceden en importancia á la boca que con sus mil gradaciones de la sonrisa acierta á decir

cosas para las que en un idioma es torpe instrumento. Pero preciso es convenir, en que de la mirada y la sonrisa que ilumina el semblante, el cabello es el aliado que mejor conspira á sus fines.

El pudor, la tranquilidad, la ira, han hallado en él formas de espresion que no parecen convencionales ni caprichosas. A esa importancia de la cabellera, á su conexión inmediata con las facciones que revelan nuestro ser íntimo, correspondia como ha sucedido el que la moda, que en eso no se engaña, ensayase en ella su fecundidad de Proteo. Apurada se veía sin duda para variar el día que discurrió el empolvamiento. Las cabezas nevadas que contrastan con la frescura de la tez ó con el fuego de los ojos que sale de entre la nieve como la lava del Hecla, son graciosas, pero llevan consigo tal molestia, que todos conveníamos en que los polvos eran una reprehensible exageracion de la variedad. Cuando mas que ahora, se practicaban la abnegacion y el sufrimiento para conseguir el cielo, la moda para lograr el bien parecer, pudo imponer tambien sus cilicios: hoy las modas tienen que ser cómodas como las doctrinas. No se comprende cómo con aquellas pelucas que habia que *nevar* diariamente, se entraba á las nueve en el Consejo: siendo así que con el pelo cortado á *cepillo* no pueden lograr hoy los presidentes que las sesiones del Parlamento empiecen antes de las dos.—Pero la parte del adorno de nuestras abuelas que mas agrado nos causó, fueron los *lunares*. Moda antigua de bellezas que no los tenían á no ponérselos, eran como los *puntos* y *acantos* de una fisonomía que, en su debido lugar, no solo *dan* sentido, sino que, lo que es mas temible, le *quitan*. Gracia tal tenían los de algunas, que no sabia uno qué admirar mas, si sus *perfecciones* ó sus *lunares*.

Al pomposo vestido de nuestros abuelos correspondian régios salones, y en ellos hacian estas noches los trajes antiguos todo su efecto. Cuando vemos en las casas seculares, que llamamos *destartaladas*, salas altísimas de techo, anchos y boleados balcones, y puertas de dos hojas, ni nos acordamos del tontillo y el espadín, ni de la importancia y poesía que daba al balcon la severidad de la disciplina doméstica, ni de que la multitud de piezas de á seis pies que ha discurrido la vanidad para que todas las clases entren en la régia costumbre del *cuarto aparte* para cada miembro de una familia, estaba reñida con la sana tradicion de que los hijos estuviesen á todas horas á la vista de los padres para estrechar con el trato íntimo el mas santo de los cariños.

Pero es de notar que á pesar de todo lo que decimos de la volubilidad de la moda, no ha habido en ella transiciones tan violentas como en otras materias. Las aberraciones han llegado muy allá; porque ocasion hubo en Francia poco antes del año 89, en que las mugeres renunciando hasta cierto punto á su peculiar traje, adoptaron en gran parte las modas de los hombres como para volver la vista á los de nuestro sexo que sin temor al ridículo invaden las modas femeninas. En su perpétua revolucion nunca las de las mugeres han pasado tan cerca de la órbita de las nuestras, como en aquel tiempo, pero no solo no se atrajeron y confundieron, segun

parecia de temer, sino que se alejaron bien pronto como estan hoy. De todos modos es cierto que á los extremos ha pasado la moda paulatinamente: lo cual prueba que ha habido siempre gran fuerza en este imperio y que á su tiranía no perjudica ni la inconstancia ni la variedad de las formas.

No es tan grande como se cree esta inconstancia de la moda. Por el contrario, los hombres pueden quejarse de que está perezosa, de que no se mueve, de que no repara en lo feos que los ha puesto. La moda se ha detenido. Tambien se detuvo en tiempo de nuestros abuelos, pero se detuvo en las casacas bordadas, en las botonaduras de acero, en el encaje y en la seda. Para nosotros ha tenido el capricho de hacer estacion en el innoble sombrero redondo de ala corta, repugnando á la vez por la higiene y el buen gusto, y en el anchuroso gaban, que sin cargar su conciencia hubieran podido vestirse los austeros solitarios de la Palestina. El sombrerito y el frac parecen haberse *consolidado* en su tranquila boga, con conocida mengua del adorno masculino que no puede sacar partido para sí de la variedad de telas que vá poniendo en juego la industria; pero á pocos bailes como los de Palacio, en que nos enamoremos de los trajes antiguos, ya irán perdiendo terreno aquellos de la opinion, y manifestándose poco á poco los conatos á la reforma.—La del sombrero redondo es la que mas urge. Hay que lanzarle ante todo en el camino de la incesante variedad de formas, lo cual contribuirá á desacreditarle como ha desacreditado otras cosas. Y no se oponga á esto la objecion del miedo, de que no sabe *«á dónde iríamos á parar.»* Si se sabe: párese donde quiera, en nada pararemos tan feo como el actual sombrero redondo.—Del frac debemos deshacernos por la disimulada transicion de la reciente casaca francesa.—Los chalecos estan en buena via de retroceso.—El cómodo pantalon y la económica bota, hijos queridos de la revolucion que nos ha puesto su sello, serán siempre el mayor escollo de la reforma, pero tambien hay medios indirectos y suaves de transformarlos. Algunas pequeñas prendas de nuestros dias tendrán que conservarse.—No se dirá, pues, que en esta lijera indicacion no hemos tenido todos los caracteres de verdaderos *reformadores*: hasta el de habernos parado á la mitad de la carrera.

Tan cierto es que los actuales vestidos varian poco, que estamos seguros de que los bailes de trajes del siglo que viene no tendrán por argumento los del presente. Si lo fuesen se llenará una sala de fraques negros y de gabanes azules, que recordarán cuando mas una *junta preparatoria* ó una *reunion de compañía para elegir capitan*. Y es de advertir, por carácter diferencial de tal baile, que en él no podrán presentarse como en los de Palacio Duques y Marqueses con uniformes de regimientos levantados por sus ascendientes; porque este indicio de que aun tenían representacion y poder individual, que tan patrióticamente emplearon por lo comun, no cabe ya, cuando mengua la influencia, el pueblo se ha encargado en las últimas guerras de dar los soldados á los caudillos.

Campo agradabilísimo de tan variada meditacion, los bailes de Palacio han dejado en nosotros hondos recuerdos.—Y sin embargo, si alguien me hubiera preguntado allí si me divertia, me hubiese visto perplejo para contestarle: porque de las diversiones, como de muchas heridas de las batallas, solemos no apercibirnos hasta que se enfrían.—Impresiones tan gratas hemos querido

consignarlas en apuntes intimos para recrearnos con el tiempo en su memoria. Por severos que hayamos parecido con las modas contemporáneas, protestamos en su desagravio que si algun dia oyésemos á los que hoy nacen burlarse de ellas, les advertiríamos cariñosamente que en punto á trajes todo ha dado que reir en el mundo, como no sea la descénida túnica de las Gracias.

REVISTA DE LA SEMANA.

Desde que hemos entrado en la cuaresma, parece que la muerte recoje mas copiosos frutos de sus incesantes trabajos. Generales llenos de cruces, fajas y condecoraciones, hombres ilustres por sus conocimientos científicos é industriales, y hasta jóvenes de pocos años agitados en la edad florida, llenan diariamente con sus nombres las columnas de los periódicos, y pasan á aumentar el número de los que han sido.

Pero lo que mas nos contrista de tales sucesos es que no todas esas victimas son conquistadas por la muerte á viva fuerza, sino que muchas de ellas corren entusiasmadas y se echan en sus brazos con toda la imprevisión de los pocos años, y sin mas preparativos que una caja de fósforos, disueltos oportunamente y no por el sistema omeopático. Tan diabólica es la invencion, que no nos atrevemos á discurrir cual habrá sido el motivo de hacer uso de semejante procedimiento para suicidarse, ni de qué cabeza habrá salido primero la extravagante idea de servirse para apagar la llama de la vida del mismo medio que se emplea para encender la luz artificial.

Lo cierto es que la manía vá cundiendo y que hasta las criadas se suicidan de este modo, sin duda por ser el mas barato y cómodo, sino para morir pronto y sufrir poco, al menos para tomar asiento en el omnibus que conduce al cementerio, á cualquier hora y desde cualquier parte.

Entre las personas que han fallecido en esta semana no de *motu proprio* sino cumpliendo los decretos de la Providencia, se cuenta el distinguido matemático D. José

Mariano Vallejo. Los importantísimos trabajos que ha llevado á cabo durante su vida este ilustre profesor tienen ya hace mucho tiempo señalado á su nombre el alto puesto que le corresponde en los anales de las ciencias exactas. La memoria de sus virtudes y su celo por el público bien, servirán siempre de recuerdo y de estímulo á la gratitud que merecen en todas épocas los hombres honrados.

La Academia Real dá grandes señales de vida: ha nombrado una porción de personas de mérito para desempeñar sus mas importantes cargos, y los del profesorado correspondientes á la clase que va á establecer. Sigue trabajando con la mayor actividad en la organizacion de las compañías de ópera y verso. Entre los nombramientos de profesores, merece mencionarse el del señor Rodríguez Rubí para la clase de literatura dramática española.

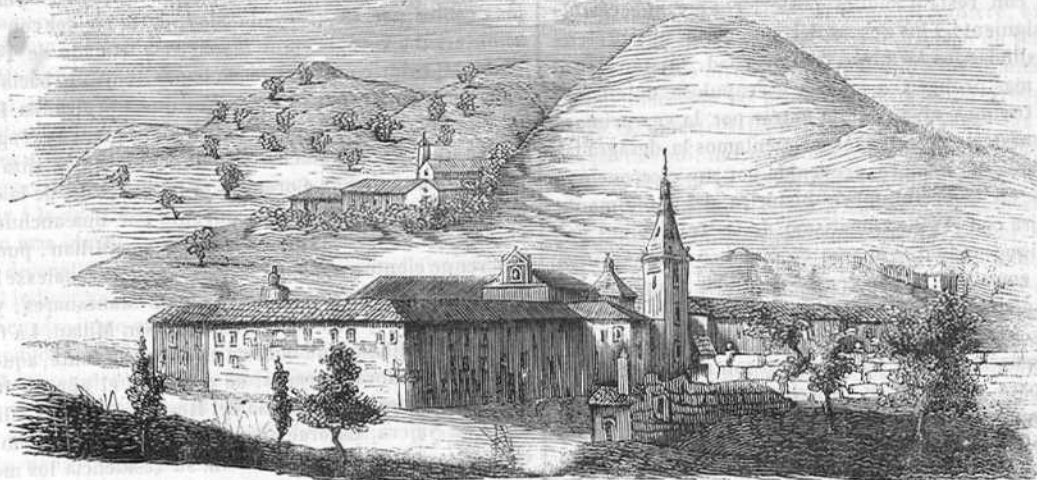
En estos dias se ven llegar á la corte muchos actores de provincia, y no se habla mas que de ajustes y contratas, como que la temporada de Pascua no está lejos.

La famosa bailarina española Lola Montes, tan conocida por sus triunfos y aventuras amorosas en el teatro de varias capitales de Europa, se halla actualmente en París, y segun algunos quieren suponer, tal vez no dejará de dar una vuelta este año á nuestros teatros.

Nosotros celebraremos que estos deseos y suposiciones se realicen seguros de que al público no le desagradará mostrarse altamente español en cuanto á Sílides, como en todo lo demas, cuyo mérito, sino escocer, pueda igualarse con el de los artículos importados del extranjero.



ESPAÑA PINTORESCA.



EL MONASTERIO DE SAN MILLAN DE LA COGOLLA



DISCUTEN los historiadores Salazar y Berganza sobre si San Pedro de Cardena fué el primer Monasterio que adoptó en España la regla de San Benito, ó cabe á San Millán de la Cogolla el

honor de tan remota antigüedad. Contrapesados los datos que cada cual ha exhibido en su apoyo, para dar á la opinion meramente probable un carácter de verdad que persuada al critico, retrayéndole de esas verosimilitudes, que tanto estiman ellos mismos, cuando les faltan otros testimonios en que basar sus asertos, tenemos por acertado considerar esa cuestion como estraña á nuestro objeto, y aprovecharemos la autoridad de ambos competidores en cuanto diga referencia al Monasterio, que segun su actual estado nos proponemos describir.

El Santo, cuya advocacion lleva, es el patriarca de los ascetas venerados en la iglesia española. Nació en la villa de Berceo el año de 473, y manifestando desde su primera edad una vehemente inclinacion hácia la vida eremítica, resolvió buscar un solitario llamado Felix,

que habitaba hacia muchos años el desierto para que le instruyese en la ciencia de los escogidos. Deseoso de imitar su acrisolada virtud, se sepultó con annuencia de su director en una cueva, oculta entre las breñas mas impenetrables de los montes *distercios*. Cuarenta años pasaron sin que el austero anacoreta dejase aquél retiro espantoso; mas, divulgada á pesar suyo la singular abstraccion en que vivia, Didimo, Obispo de Tarazona, le ordenó de presbitero, nombrándole párroco de Berceo, con cuyo motivo desamparó su montaña, hasta que fatigado de vivir entre hombres discolos y sordos á sus amonestaciones religiosas, huyó segunda vez á una caverna, que tendremos ocasion de examinar en la iglesia del Monasterio de *Suso*.

Este humilde edificio, bosquejado en el segundo término de la viñeta precedente, fué el que preparó San Millán á sus discipulos en los últimos años del siglo VII de cuya especie toman fundamento algunos escritores para conjeturar que la fábrica de *Suso* correponde, tal como actualmente permanece, al tiempo en que su primer abad y fundador residió allí. Fuera nuestra opinion

muy temeraria, si nos empeñásemos en demostrar que ningun vestigio subsiste en el punto de que hablamos anterior al siglo X, bien que reconozcamos la posibilidad de verificarse, aun tomando en cuenta las asoladoras invasiones de nuestra patria desde el año 574 hasta hoy: tenemos dificultad asimismo en admitir, que la casa ó convento primitivo haya perdido hasta la raíz de sus paredes con los embates repetidos de las sublevaciones políticas: mas aseguramos bajo la garantía de nuestras nociones arqueológicas, que si algun fragmento hay en Suso de la época que vulgarmente se le asigna, estará desfigurado con restauraciones posteriores, é inaccesible por consiguiente á los deseos del anticuario, que pretendiese deslindar los términos de la verdad, sujetándose al examen mas prolijo y á la mas escrupulosa detencion. Cuando tuvimos el gusto de entrar por la vez primera en el Monasterio de Suso, experimentamos la desagradable sorpresa del hombre prevenido por un *cicerone* mal impuesto en la certidumbre histórica del monumento que admira con el ciego fanatismo de las tradiciones populares, ignorando que el arte es el único juez á quien debemos consultar en ese género de dudas, sometiéndolas á su infalible decision. Estas razones no aumentan ni disminuyen el interés con que merece visitarse el antiguo Monasterio de San Millan; pero son no obstante necesarias para entrar en su descripcion libres de antecedentes opuestos á la exactitud, que nos preciamos de observar en nuestros opúsculos y narraciones monumentales. Nos abstendremos, por lo tanto, de resolver la época en que fueron contruidos el pórtico de Suso y los ocho sepulcros que existen en él revocados de llanilla, donde segun pública voz yacen los Infantes de Lara y Mudarra su ayo. Si consultamos á un célebre escritor sobre el origen que pueda tener esta noticia, encontraremos que, pretendiendo San Pedro de Arlanza, Salas y este Monasterio poseer los restos de dichos Infantes, acordaron descubrir los sarcófagos de la parroquia de Salas, y en ellos solo vieron siete cabezas. El abad de San Millan D. Fr. Plácido de Alegria mandó tambien abrir los sepulcros existentes en Suso, á presencia de su comunidad, del alcalde de la villa inmediata, escribano y testigos, apareciendo en cada uno de los túmulos un cuerpo decapitado, menos el último que se hallaba completo, y no dudaron fuese el del ayo de los Infantes. Mezclados entre sus huesos dicen estarlo ahora los de Doña Todda, muger de D. Sancho Abarca, y los de Doña Elvira y Doña Gimena, esposa de D. Garcia el *Tembloso*, Reinas de Navarra. Un epitafio escrito en la pared dice así:

*Regno appellata Navarrah sunt tumullata,
Tota, fide plena, necnon Elvira et Ximena:
tres hic reginae sit requies sine fine.*

La puerta mas cercana á este sepulcro conduce á una iglesia de cortas dimensiones, murada por un peñasco en el cual hay tres capillas: la de en medio contiene el lucillo del fundador, representado sobre la tapa en forma de un sacerdote venerable, y alrededor varios niños esculpidos con acierto é inteligencia. En otra capilla se ven dos sepulcros desconocidos, y una gruta bastante capaz á donde San Millan se retiraba en las cuaresmas á estrechar

los rigores de su vida penitente. Muchos milagros obrados por su mediacion alternan con otras pinturas referentes á nuestra Señora en lienzos del altar mayor, si bien no llaman tanto la atención como una gran cueva ó sobrado de los departamentos, que acabamos de mencionar; pues asegura la tradicion comun que el santo anacoreta luchó dentro de ella con el rebelde Satanás á brazo partido, precipitándole despues por un pozo, cuya embocadura nos indicó nuestro guia con supersticioso terror.

Ademas de las dependencias que llevamos anotadas se cuentan en Suso algunas celdillas, que ocupaban los monjes exentos por su avanzada edad, de la rigidez con que se observaba la regla en el Monasterio titulado de *Yuso*. Dista del primero un cuarto de legua, bajando hácia un valle fertilísimo, entre los muchos que amerizan la Rioja. Su situacion es á la orilla del rio Cárdena, cuyas aguas riegan una dilatada huerta rica de frutas y hortaliza, al pié del monte de San Lorenzo, 14 leguas S. E. de la ciudad de Burgos. Entrase al convento por una anchurosa plaza, contigua á la primera calle de San Millan, pueblo que reúne ciento cincuenta vecinos, entre los cuales se han distinguido el literato D. Salvador de Manzanares, y el Obispo de Tuy y de Leon D. Juan de San Millan. La fundacion del edificio que domina majestuosamente aquella vega encantadora y precoz, se concluyó el año de 1067 bajo la religiosa munificencia del Rey D. Garcia, apellidado el de Nájera. Catorce años despues que se echaron los cimientos á la obra trasladaron su residencia los monjes, que no cabian ya en las localidades de Suso, y únicamente persistieron allí los que se creyeron necesarios para la custodia de tan ilustre monumento. Viendo la extraordinaria devocion que San Millan por todas partes inspiraba, y el admirable concurso asociado á su instituto, dieron á todas las dependencias y señaladamente al templo las proporciones mas vastas, que permitió el territorio concedido á este fin por la régia liberalidad. No sabemos el motivo que debió intervenir á últimos del siglo XVI para edificar de nuevo la iglesia, con su cúpula ovalada y retablos modernamente trabajados segun el gusto churrigueresco, que ofrecen un aspecto poco bello y grandioso, aun cuando sea preciso declarar que no por eso son menos estimables: ni consentiremos nunca en sostener como muchos artistas *sistemáticos*, que entre las obras inventadas en el siglo XVIII por los discípulos de Churriguera, no se encuentre el menor rasgo digno del aprecio que se dispensa á los conceptos encargados al cincel en época de mas prosperidad y sano estudio. Díganos si no el inteligente que quiera ser imparcial y franco, si el florón del trascoro bajo, y los cancelos que decoran las puertas principales de la iglesia de San Millan merecen criticarse porque llevan la nota de *churriguerescos*, ó porque efectivamente no juegue en ellos ese gusto, esa combinacion agradable de adornos, que harán eterno honor á los creadores de un estilo independiente, cual lo hubieron sido todos cuantos le precedieron, adquiriéndose el aplauso universal durante los años mas favorables á las artes. Y no es que desconozcamos el tipo de la verdadera riqueza, no: seremos, por el contrario, los primeros en decir que las treinta y cuatro pinturas colocadas alrededor de

la sacristía, trece cuadros excelentes del famoso Rici, y considerable número de efectos mas preciosos por su valor material que por su mérito artístico, forman el tesoro que allí nutre la avidez pesquisadora del observador y mueve su curiosidad satisfaciéndola. Uno de los púlpitos, sustentado por cariatídes del orden pérsico, y en lugares respectivos los evangelistas é infinita variedad de grutescos, es, á nuestro juicio, modelo intachable de nogal labrado á principios del siglo XVII; y citaremos asimismo con elogio la valla y reja del coro, sin olvidar el tabernáculo con sus abundantes reliquias, preciosos frescos y entablamentos de negro y pulimentado jaspe, construido debajo de la torre mayor, en el encasamiento del ábside.

Magnífica es la estancia destinada para refectorio, y digno ornato suyo la cátedra, en que durante la comida practicaban los monjes la lectura espiritual. Su escabel figura un águila, decorando la circunferencia del necto ó antepecho tres santos benedictinos en bajo-relieve. Para subir á la galeria que constituye el segundo cuerpo del patio mas inmediato al refectorio, se toma la escalera mejor, de cuatro que tiene el Monasterio, siendo importante el indicar ya su extraordinaria amplitud, ya tambien los dos cuadros que cuelgan de sus paredes y representan el Crucifijo, y un retrato ecuestre de Felipe V.

Los sepulcros mas notables en el claustro del patio referido llevan blasones de D. Lope Diaz de Haro, Don Saenz Garcia de Abalos, Señor de Vizcaya, Frias y Bureba, de los Moncadas catalanes, de los Fortuñones, Condes de Haro y otros personajes esclarecidos en virtud y gerarquía.

Mucho nos habian ponderado los riojanos el mérito de 28 medios-puntos de lienzo, que descifran otros tantos sucesos de la vida del fundador, y se hallan en una soberbia galeria, que dá paso á la biblioteca y á la cámara ó habitacion del abad; empero, por lo que á nos-

otros hace, solamente descubrimos en aquellos cuadros lo que es capaz de ejecutar una mano inesperta, dirigida por un espíritu emprendedor y osado. Echase, no obstante, de ver en el carácter y entonacion de algunas figuras ciertos partidos de correccion, que engañan con facilidad á los que miran ligeramente las cosas, calificándolas de buenas ó malas sin conocerlas ni estudiarlas.

Ocupados de tantos otros objetos como se habian ofrecido á nuestra consideracion salimos de aquella galeria, de aquellas celdas solitarias, de aquella malograda biblioteca, cuyos volúmenes hacinados, polvorosos y rotos hubieron infundido el saber al inmortal Aguirre, ornamento de su orden, al célebre Salazar, Obispo de Barcelona, y á numerosos otros monjes que entre los atenienses hubieran merecido las primeras coronas del Areópago. El ruido de nuestros pasos, restallando sobre las baldosas del pavimento, murmuraba en los últimos confines de la nave, y volvía su eco á nuestro oído, como mensajero que anunciaba la soledad y el mas completo vacío. En tan filosóficos momentos, deseábamos poseer el harpa del *cisne religioso*, para transmitir á sus cuerdas los graves pensamientos que conmovían nuestro afectado corazón. Por lo mismo que en el Monasterio de San Millán han cesado tal vez para siempre los cánticos de la reconciliación y la alianza, estinguéndose al par el movimiento ordinario de los ejercicios domésticos, nuestra última mirada hacía aquella triste mansion fué el adiós del sepulcro, el vehículo seductor del entusiasmo y la poesía. ¡Dichoso el que se entrega á sus ensueños, y aprende á utilizar su emocion, cuando contempla abandonado aquel recinto, en donde otros tiempos participara de los regocijos misteriosos, que imprimian en el espíritu el valor, la docilidad y la esperanza!

RAFAEL MONJE.

Burgos.—1846.

COSTUMBRES INGLESA.

UN PUJILATO.

Muy pocas veces empleo el día en aquello que proyecté la víspera. Por una parte el capítulo de las contingencias, tan fértil como es, suele casi siempre contradecir mis disposiciones; por otra la versatilidad de mis propios deseos hace que abandone un plan formado y determinado de antemano, para emprender otro cualquiera promovido por alguna imprevista é inopinada circunstancia: en fin, si por casualidad llego á emplear el tiempo en la forma que habia resuelto, pocas son las veces en que no salgan equivocados los resultados de mis combinaciones. Voy á la ópera creyendo divertirme, y lo que hago es bostezar; creo hallar algun interés en una sesion de congreso, y me duermo en ella; voy á una tertulia porque imagino que he de encontrar algo que me agrade, y me llevo chas-

co; intento hacer una visita á una casada joven, y tropiezo con un viejo que es su marido.

Pero es preciso tambien confesar que si la casualidad trastorna algunas veces nuestros proyectos, en otras ocasiones logramos por ella mucho mas de lo que por nosotros hubiéramos conseguido. Y el hombre que de buena fé quiera dar una ojeada atrás sobre los eventos de su vida pasada, no dejará de convencerse de que es acreedor á la casualidad de la mayor parte de los aciertos, que el amor propio quisiera atribuir á la sabiduría de sus planes.

A esta deidad, pues, es á quien debo el haber visto un espectáculo que solo puede interesar á aquellos que prefieren los hechos sangrientos y patibularios, á las tiernas sensaciones del amor y la amistad. Pero en este mun-

do se halla el hombre en la precisión de parar la vista en unos objetos, de los cuales la apartaría con horror, como el anatomista que estudia en los cadáveres los medios de aliviar la humanidad doliente.

A mediados del año de 1835 de la guerra civil de España, la legión Inglesa se hallaba sobre la línea de S. Sebastian. En una hermosa mañana, de las que en aquel delicioso país abundan, salía yo de mi habitación con la filantrópica idea de visitar á una hermosa y desgraciada jóven, á quien una larga y penosa enfermedad la había privado del sér mas apreciable que tenía.... Emilia hacia dos dias que era huérfana. Marchaba yo meditando las palabras de consuelo y resignación que había de prestar á la desgraciada, cuyo padre había dejado de existir, cuando vi á lo lejos un grande grupo de soldados ingleses y un número considerable de personas que atravesando precipitadamente, se dirigían corriendo al mismo lugar. Me acordé que era yo, así como ellos, uno de los descendientes de nuestra madre Eva; olvidé la visita y el consuelo proyectado, y apoderándose de mí la curiosidad, me llevó tras sí hacia el mismo sitio.

Este corrillo se componía de soldados de la legión y de algunos, aunque pocos, artesanos del país. Todos formaban un vasto círculo, y en su centro un hombre de una estatura atlética acababa de quitarse el corbata y a casaca; la camisa sufrió igual suerte, y yo estaba aguardando por momentos si desaparecería la parte inferior de su vestido; pero aquí pasó el acto de la espoliación. A poco rato otro campeón que se había desnudado fuera del círculo penetró en igual traje dentro de aquel recinto. Cada uno de ellos iba acompañado de dos hombres que se colocaron al frente en cada uno de los extremos del círculo. El que llegó el último era menos alto que el primero; pero los fuertes músculos y nervios que se traslucían en sus brazos, daban á conocer que si la naturaleza le había negado la estatura, esta se hallaba suficientemente compensada por el extraordinario vigor con que le había dotado.

Pudé conseguir colocarme en la primera fila de los aficionados, al lado de un soldado inglés, hombre de edad que parecía muy atento á lo que pasaba; le toqué con la mano en el brazo, y le pedí la explicación de este espectáculo; tuve la dicha de que el hombre hablase aunque mal el castellano, y haciéndome sitio á su lado me dijo:

—Vereis reñir á *box* (en español puñadas); pero temo que la diversion no sea completa, porque los campeones no son de los que tienen mas fama: son dos tambores que tuvieron ayer una contienda, y se han dado hoy aquí cita para desafiarse.... Pero, atención, que van á empezar.

—Apuesto diez guineas contra siete á favor de Tom, gritó un jóven cabo que se hallaba á pocos pasos de nosotros.

—Van las siete á favor de Dich, dijo el inglés que estaba á mi lado.

En el mismo instante los dos antagonistas arremetieron uno contra otro con los puños cerrados, y estuvieron cosa de cinco minutos asestándose varios golpes que uno y otro desviaron con mucha destreza.

—Son hijos de la naturaleza, me dijo el inglés que se hallaba á mi lado, no hay ciencia, ni arte en su modo de reñir.

—¿Pues qué, acaso se ha reducido á principios el arte de reñir á puñadas?

—Sin duda. Hay profesores para esta ciencia, como los hay para la esgrima, y es muy fácil conocer que estos hombres, ó no la han estudiado, ó han tenido maestros de muy poca habilidad.

En aquel momento Dich alargó á Tom un puñetazo tan recio por debajo de la última costilla, que este quedó derribado.

Mientras que los padrinos de Tom ayudaban á levantarlo, yo dije á mi vecino, «ya teneis ganada la apuesta,» creyendo terminada la pelea con la caída de uno de los combatientes.

—¡Ganada! exclamó él, ¡oh! aún no estamos en eso. Tom no soltara tan presto la victoria; el combate no tendrá fin hasta tanto que uno de los dos campeones se dé por vencido.

—¿Y cómo es que Dich no ha aprovechado la ocasión de ver caído á su contrario, para obligarle á rendirse?

—Porque este modo de pelear tiene sus leyes como otro cualquiera, y no es lícito dar el mas pequeño golpe al enemigo mientras esté en el suelo.

Pero ya Tom estaba de pié, y renovaba sus ataques. Una puñada que cayó á plomo sobre la quijada de Dich, no solo le derribó á su turno, sino que le hizo arrojar sangre por la boca, y juntamente algunos dientes.

Después de una corta interrupción, la pelea volvió á trabarse: Dich fingiendo amenazar de nuevo las costillas de su contrario, le asestó con mucha destreza un golpe tan fuerte sobre el ojo derecho, que este se hinchó al momento en términos de no poderse abrir.

—¡No vá mall! ¡No vá mall! exclamó mi vecino.

Pero casi al mismo tiempo Tom descargó tan sondo puñetazo sobre la nariz de Dich, que este cayó bañado en la sangre que á borbotones salía de ella.

Sus padrinos acudieron á restaurarla con unas esponjas, y no tardaron mucho en ponerlo en pié.

Entonces reparé que los esfuerzos de Dich se dirigían á poner el ojo izquierdo de su contrario, en el mismo estado en que se hallaba ya el derecho. Parecía insensible á los golpes que recibía: no hacia caso de la sangre que le salía por la boca y las narices, hasta que consiguió por fin cerrárselo como deseaba, cabalmente en el instante mismo en que Tom alcanzándole con el puño en la misma boca del estómago, le dejaba tendido por tercera vez en el suelo.

Esta vez creí fijamente concluido el atroz combate. No pudiendo Tom abrir los ojos, no le juzgaba capaz de defenderse y mucho menos de embestir á su contrario; y Dich postrado en la arena, no me parecía estar en estado de volver á emprender la pelea: pero aun me equivocaba.

Los padrinos de este último se le acercaron, le esponjaron de nuevo, le hicieron tragar el zumo de un limón, con el cual le rociaron tan bien la nariz, procuran-

do al mismo tiempo persuadirle de que á poco que se animase, no podia dejar de ser suya la victoria, supuesto que habia logrado cerrar los dos ojos de su contrario; consiguieron por fin ponerlo en pié é infundirle nuevo ardor.

Mientras esto pasaba con Dich, no estaban ociosos los padrinos de Tom. Una lancetada debajo de cada ojo hizo correr la sangre que los obstruía, disminuyendo la hinchazon y dándole la facultad de entreabrirlos.

Envistiéronse de nuevo con bárbara y renaciente furia; algunas puñadas dadas y recibidas por una y otra parte, hicieron correr la sangre en tal abundancia, que ambos campeones estaban bañados en ella.

Y habia allí hombres que ansiosos se complacian en tan horrendo espectáculo, fijando en él unos ojos que solo se abrian para mirar escenas de ferocidad y barbarie.

¡Válgame Dios! decia yo en mi interior. ¿Es posible que estos que estoy viendo sean europeos? O bien, y es mas probable, ¿serán pertenecientes á una de aquellas hordas de salvajes, que acostumbran bailar alrededor del poste en donde está atado el infeliz cautivo, cuyos miembros palpitantes y medio consumidos por el fuego que les cerca, sirven de pasto á su infame voracidad?

Pero mientras yo me ocupaba en estas reflexiones, Tom derribado por una nueva y última puñada recibida en el pecho, arrojaba por la boca arroyos de sangre; habiendo sido inútiles cuantos esfuerzos se hicieron por espacio de algunos minutos para ponerlo en pié. El infeliz

mas pertenecía á la eternidad que al mundo perecedero el campo de batalla quedó á favor de su contrario, que sus amigos llevaron victorioso y triunfante, aunque con algunos dientes de menos y un ojo y la nariz descalabrados.

¡Y visto esto, hay quien acuse de barbarie á los romanos porque se complacian en ver combates de gladiadores! Pero esta nacion belicosa no los consideraba sino como imágen de la guerra, y todo ciudadano era soldado. El amor de la patria estimulaba á los mismos combatientes.

Cuando uno de ellos, despues de haberse valerosamente defendido, estaba para recibir el golpe mortal, los espectadores, bajando el dedo pulgar, ó agitando un velo blanco y con fuertes alaridos, manifestaban el deseo de que le perdonasen la vida. Pero ¿qué interés puede excitar una vil y asquerosa riña á puñetazos, durante la cual no parecen ocupados los concurrentes en otra cosa sino en los medios de ir sosteniendo el ardor de dos infelices, hasta que uno de ellos queda tendido sin movimiento en la palestra? ¡He aquí con todo, una de las diversiones favoritas del pueblo pensador!

No pudieron mis ojos sufrir por mas tiempo tanta inhumanidad y tanta barbarie; abandoné el paraje donde Tom quedaba en medio de sus compañeros, dando tal vez el último suspiro, y me dirigí adonde fué mi primera intencion pasar la mayor parte del día....

AURELIANO MADRAZO.

EL TROVADOR Y LA INFANTA.

NOVELA.

CAPITULO II.

La Infanta pasó el resto de la noche pensando en el importuno encuentro que le habia impedido bajar al huerto, y hecho, con su forzada ausencia, concebir á Manrique dudas acerca de su amor. Levantóse con ánimo resuelto de sacarlo de la aflictiva situacion en que lo suponía y de satisfacer sus propios deseos, llamándolo y explicándole sencillamente lo ocurrido. Pero de pronto y sin razon alguna (el amor es muy caprichoso), cambió de resolucion y se decidió á esperar á Manrique. ¿Se resolvió á esto acaso por verlo, cuando volviese, como esperaba enojado, y gozar del misterioso placer de una reconciliacion?

Manrique por su parte aguardó, aunque en vano, un llamamiento de la Infanta para sincerarse, si podia hacerlo, de la falta cometida. Al fin, cansado de esperar, y no pudiendo permanecer mas tiempo en situacion tan angustiosa, dirigióse celoso y despechado á ver á su amiga para que aclarase las sombras de sus crueles dudas.

—Maria, le dijo afectando tranquilidad de espíritu, ¿dónde estuvisteis anoche?

—¿Yo? oyendo tocar un laud.

—¿Y Catalina, qué hizo?

—La Infanta no sé que haria; creo que estuvo ocupada.

Manrique acostumbrado desde la edad mas tierna al cariño y amistad de Mari-Barba, no habia advertido su cambio de carácter de amiga en amante, y por consiguiente no comprendió la malicia de sus palabras; así es que le preguntó de nuevo sencillamente.

—Su ocupacion fué muy grave, ¿no es verdad?

—Sí, debió ser de mucho interés.... y gusto cuando no bajó al huerto.... ¡cuánto hubieras tú dado por oirla!

—¿Con quien habló? le preguntó interrumpiéndole.

—¿Con quien podia ser para hacerte esperar dos horas?

—¿Dí!

—No te enfades en diciéndotelo. ¿Quién te ha dicho á ti que otra causa no ha podido motivar su larga conferencia?

—¡Infel! exclamó Manrique con profunda desolacion. ¡Con él dos horas!

—¿Quién te ha dicho que por eso es infel? Tal vez ha

sido para apagarle el último rayo de esperanza.... Verdad es que es un Infante.... un igual suyo. que puede amarlo sin rubor.

—¡Ay! exclamó con amargura el poeta, dices bien: el amarme á mí es afrentoso!...

—Y honroso para algunas, Manrique.

Pero este dejó á Mari-Barba sin escucharla y sin mirarla siquiera.

—¡Se vá, dijo aquella, como si yo no estuviera aquí!... No importa; seremos infelices los tres.

Cuando el poeta se vió solo, contempló su situación, y con amargo placer el abismo en que le había derribado un desengaño, en su concepto, ó mas bien su loco atrevimiento. Orgulloso con su frente, se había creído tan grande como sus pensamientos, y sus pensamientos llegaban hasta el cielo. Sí, en sus arrebatos de inspiración, cuando su fantasía rompiendo las densas nieblas del mundo y dejando atrás las nubes del espacio, se fijaba en lo infinito de las concepciones y de allí arrancaba, cual si fuera un Dios, otros seres, otros mundos, miraba con desden á los Reyes, pues si los Reyes mandan, él creaba. Así, engañado por sus sueños, se atrevió á mirar á la Infanta; pero entonces, viendo claramente que su imaginación, que sus creaciones, que su ambición, que todo él era un sueño, una nonada para el poder y la riqueza, maldecía su origen oscuro, y envidiaba al Infante como Infante.

Pero si tenía la razón bastante clara para ver su osada imprudencia, no bastante fuerza para arrancar de su pecho el amor que la Infanta le había inspirado. Así es que bien pronto recayeron sus pensamientos en la expresión del tipo de hermosura que su fantasía creara en el ángel hechicero que le había inspirado sus mejores versos, en la mujer que lo había sacado con su amor del polvo del olvido, y puestole en la senda de la gloria. Estraviada su mente con estas cavilaciones, se olvidó de la causa que las producía, para pensar solo en Catalina amante. Entonces se dirigió á su cámara.

Al entrar en ella, la vista de la Infanta lo sacó de su arrobamiento y le recordó su injuria. Su semblante mudó de expresión repentinamente. Catalina conservó el suyo enojado porque había tardado Manrique en llegar á reconciliarse mas de lo que ella esperaba, y Mari-Barba, que ya acompañaba á su señora, previó el término de aquella entrevista con profundo dolor. Los dos amantes guardaron silencio; Manrique esperando que Catalina le diese de palahra un último desengaño, si su corazón estaba ya tibio, ó una satisfacción, con los ojos siquiera, en desagravio de su ofensa, si aun conservaba un resto de amor. Catalina, quejosa á su vez de la ligereza con que había Manrique desconfiado de su fe, esperando que este se rindiera á desenojarla. ¡Orgullo de mujer! De este modo los dos se consumían y atormentaban, animados de unos mismos deseos. Al cabo rompió Manrique el silencio, mas de un modo no esperado ni por la Infanta, ni por su confidenta.

—Hoy estás muy hermosa, Mari-Barba, dijo.

—¿De veras? trovador, replicó ella rebentando de alegría.

—Aunque siempre me lo has parecido, nunca tanto como ahora. ¡Si vieras que encantadora estás con esa boca entreabierta como un capullo, con esas mejillas un poco marchitas como mi esperanza, con esos ojos anegados en lágrimas como mi corazón!...

—Tú también, añadió Mari-Barba, estás hoy mas galán que de ordinario: sin duda esto es debido á tu expresión melancólica. ¿Estás triste?

—Sí, respondió fijando en ella los ojos con ternura, cuya mirada no pasó desapercibida á la Infanta. Sí, porque hoy es aniversario del día mas notable de mi tierna juventud.

—También debe serlo para mí, Manrique, pues tu historia en esa edad, es también la historia mía. —Y al decir esto resbaló una lágrima por sus mejillas.

—Sí, es verdad. Hoy hace ocho años, tenía yo quince, salimos de nuestra pacífica aldea una porción de jóvenes, á pasar un día de campo. A la caída de la tarde nos separamos los dos de los demás compañeros, que corrían en parejas por el monte, y trepamos, enlazadas nuestras manos, la falda de un cerro. Al llegar á su cúspide.... ¿te acuerdas, Mari-Barba?

—¡Ojalá! contestó ella enjugándose el llanto, ¡ojalá no hubiera lucido para mí ese día!

—¡Tú también!... Allí nos recostamos para tomar aliento bajo el verde dosel de los árboles, sobre un tapiz amarillo de florecillas silvestres. Agobiado por el cansancio, recliné mi cabeza en tus faldas, y cubrie-



ron mi rostro tus manos. Quedé durmiendo un sueño misterioso. Al despertar y verme en los brazos de una mujer casi tocando á las nubes, al contemplar de repente la campiña con sus mieses, las llanuras con sus caseríos, las montañas con sus árboles y sus sombras el cielo con su sol próximo á ocultarse, me sentí engrandecido, tuve un vivo deseo de hablar, y hablé inspirado. Allí dije mis primeros versos. ¡Hora maldita en que entreví al otro lado de los horizontes que me rodeaban una senda de imán y laureles! ¡Hora maldita en que concebí la idea de poner el pie en ella, porque dejando mi tranquila aldea, necesitaba para recorrer algun espacio entrar en una sociedad que al fin me ha tribu-

tado aplausos á costa de lágrimas, que me ha ensalzado hasta las nubes para dejarme sin saberlo, espuesto á sus tormentas, que por una ilusion dá con cien desengaños cien siglos de amargura....

No pudiendo Catalina resistir por mas tiempo la sentida reconvencion que espresaba el acento y las miradas del trovador, exclamó espontáneamente.

—¡Manrique!

—¡Catalina! dijo el poeta del mismo modo. Y los dos se miraron entonces con una espresion indefinible; elo-cuente para los amantes, misteriosa para el corazon.

Mari-Barba vió en esa mirada desvanecidas sus esperanzas.

—¡Manrique!

—¡Catalina! repitieron despues de un breve silencio.

—¿Por qué has sido tan cruel? Debieras haber considerado que yo te oia.

—¡Cruel, me dices, porque he sido justo conmigo mismo!...

—Me han hecho mucho mal tus palabras....

—He dicho la verdad. Escucha. Necio de mí, al verte y mirarme tú por la primera vez, me dije: «puedo amarla, pues si ella ocupa un puesto distinguido en la sociedad, yo lo ocupo en la gerarquía del saber; no debe abochornarse con mi amor, pues si ella tiene poder, yo tengo ciencia.» Y te hablé ¡insensato! y me escuchaste por capricho tal vez, por juego, para dejarme despues, y con razon, abandonado á mi locura. Con razon, si, porque si el mundo supiera que yo habia puesto en ti mis ojos, seria para él un objeto de irrisión ó de escarnio.

—¡Ingrato! ¿no estás contento? ¿qué deseas de mí?

—Nada; estoy satisfecho.... con tu proteccion. De tu amor solo es digno un hombre igual á ti en nombre, en poderío, en grandeza, como un Infante, como un D. Enrique.

—Basta, replicó la Infanta con gravedad, jamás os permitiré un insulto. Te he dicho que te amaba, y mis labios aun no han mentido. Te he prometido despreciar á D. Enrique, y D. Enrique recibe desprecios por palabra; te he jurado no mirar á ningun hombre, y mis ju-

ramentos son sagrados. Tú si que eres otro, envanecido por las alabanzas....

—¡Otro yo! exclamó el trovador interrumpiendo á su amada. ¿Puedes tú comprender nunca lo que es mi amor, lo que yo sería sin el tuyo? Señalaría mi paso en el mundo con un rastro de lágrimas, y llenaría de gemidos las montañas.

Un ruido intermitente cortó la arrebatada conversacion de Manrique. Y era que Mari-Barba dió rienda suelta á los sollozos que las palabras de los amantes habian aglomerado en su garganta, y puéstola á punto de reventar. Salió en seguida precipitadamente de la estancia y Catalina indiferente á lo ocurrido añadió:

—¡Si supieras qué noche he pasado, amor mio! Rompiste el laud creyéndome esquivada cuando mas deseaba verte y hablarte. ¡Tenia tantas cosas que decirte! ¿Por qué te miraban todas las damas en el torneo? ¿por qué eres hermoso para ellas? No saldrás, no, otra vez al circo. Cuando vencías y te victoreaban tantos, y oías á todos pronunciar tu nombre con entusiasmo, pensarias, ¿no es verdad? di, en el triunfo que obtenias, y para eso tenias que olvidarme. ¿Para qué quieres tú la fama y los laureles? Sin duda no te basta para ser feliz mi corazon... ¿Y la corona dónde está?

Manrique calló y volvió un poco la cabeza.

—¿Por qué no me miras? añadió la Infanta. ¿Qué tienes, cantor mio?

—Nada, contestó Manrique con su tono infantil.

—Vamos, dijo Doña Catalina en el mismo tono, no te enojos....

—¿Por qué no me mirabas ayer en el torneo?

—¿Por qué te miraban todos?... Vaya, vuélvete.

Y al decir esto le echó un brazo por encima del hombro para obligarle á volver la cabeza. Inclínola el dichoso poeta hasta tocar con su frente el cuello de su amada, cuyos hermosos bucles velaron enteramente su rostro; y en aquella actitud bendijo la hora en que pronunció los primeros versos y en que puso el pié en la senda que á tales delicias conduce. Un poco despues se separaron despidiéndose en silencio.

REVISTA DE LA SEMANA.

Una de las cosas mas notables que deben ocupar nuestra atencion en esta revista es la *Coleccion de Poesías* que acaba de dar á luz en esta corte D. JULIAN ROMEA.

Componen este libro varias poesías ligeras, escritas con la mayor naturalidad, y algunas traducciones del italiano elaboradas con mucho esmero y conservando, en cuanto es posible, la verdad de sus originales.

Las primeras nos han gustado principalmente por esa sencillez con que estan escritas, corriendo sus versos de una manera espontánea y agradable al oído, así como corren por enmedio de los amenos y frondosos valles las cristalinas aguas del arroyuelo. Encontramos en estas poesías una inspiracion verdadera, hija de la imaginacion poética del autor. Sus rasgos no son nuevos ni arrebatan por la fuerza del colorido; pero en cambio tiene el mérito de la naturalidad y son una espresion genuina de las alternativas de un corazon que sabe sentir.

En cuanto á las traducciones, el señor ROMEA no merece tan cumplidos elogios; ha sabido presentar, no hay duda, excelentes trozos del género heroico, en una versificación pura y correcta. Lo que le falta al Señor ROMEA, traduciendo composiciones heroicas, es lo mismo que no tiene cuando escribe originalmente en este género de poesia, á saber: fuego y animacion. La lira de este poeta produce con mas facilidad las emociones suaves y melancólicas, que los arrebatos sublimes, hijos del entusiasmo.

El libro del señor ROMEA es ademas magnífico en cuanto á la parte material: edicion lujosa, hermosos caracteres, papel finísimo, y un retrato del autor litografiado con el mayor esmero añaden á esta coleccion nuevo mérito sobre el que le dan sus poesías.

Para esta semana se habia anunciado el beneficio del señor MORIANI; pero no pudo verificarse por una pequeña indisposicion suya. De todos modos, debemos decir en

su elogio, que ha tenido la generosidad de ceder los productos de este beneficio á los establecimientos de beneficencia de Madrid. Este rasgo honra sobremedida al eminente tenor del teatro de la Cruz.

En el del Circo se cantó el domingo á beneficio del señor Tamberlik, la ópera nueva titulada *Irza*; compues-

ta por el maestro español D. Francisco Gomez Laharran. Solo podemos decir que fué recibida con indiferencia, siendo por cierto desgracia que poco mas ó menos ha cabido á todas las óperas nacionales que se han estrenado en la presente temporada.

Para la próxima se esperan en este teatro los principa-

MODAS (1).



(Trajes de sociedad.)

les cantantes que trabajan en el teatro italiano de París, y que segun parece se hallan ya ajustados por la empresa del Circo.

Entre las compañías de ópera y declamacion que se han organizado últimamente en esta corte con destino á las provincias, merece especial mencion la compañía lírica que ha organizado para sus teatros D. Pedro Enri, empresario de los de Sevilla y Valencia, en la que figurarán como prima donna absoluta Doña Cristina Villó, y como comprimaria Doña Agustina Chelva.

En una de nuestras revistas anteriores tuvimos el disgusto de anunciar á nuestros suscritores la muerte del ilustre tenor UNANUE que tan gloriosamente habia comenzado su carrera. El teatro español, que vá dando de día en día muestras de progreso y restauracion, tiene ya en Italia otro tenor español que no dejará de llenar dig-

namente con el tiempo, el vacío que ha dejado en aquella escena el famoso actor de Trieste.

Queremos hablar del señor Rodas, tenor español, cuya primera salida en el teatro de la Scala de Milan se verificó el 27 del pasado, produciendo por su hermosa voz y buen canto tales efectos, que el público le llamó varias veces á la escena para colmarle de aplausos.

Tales son las novedades del teatro.

Como el tiempo sigue hermoso y despejado, los paseos estan muy concurridos, especialmente el de frente al jardín Botánico, que es el mas en boga para la alta clase de la sociedad madrileña.

Los alumnos de la cátedra de escribanos tuvieron el lunes una contienda, cuya causa principal consistia en algunos maravedises de mas que se les señalaba por razon de matrícula. Pero en su abono debemos añadir que no ha corrido sangre y que no se quejaban sin razon, segun ellos mismos lo han manifestado al público en testimonio de verdad.

(1) En el número próximo daremos la explicacion que no ha cabido en este ajuste.

ESTUDIOS HISTORICOS.



DEL TITULO DE CONDESTABLE DE CASTILLA.



ROSIGUIENDO el objeto que nos propusimos en nuestro anterior artículo al hablar del primer Marqués que hubo en Castilla, diremos en el presente algo, si no todo lo que dá de sí el particular, sobre la dignidad de Condestable, tan famosa en otros tiempos, ya por la grandeza que la acompa-

ñaba, ya por las personas que se distinguieron con este título.

No necesitamos detenernos en la verdadera etimología de esta voz, de origen francés indudablemente, aunque entre los godos tenía su equivalencia, y según opinión muy admitida, derivada de la dicción latina *comes stabilis*, que

significa tanto como compañero ó Conde perpétuo, aludiendo á la continua asistencia que requería este título al lado de los Reyes. Otros la interpretan de distinto modo, diciendo *comes stabuli*, caballerizo mayor, esplicacion tambien muy ingeniosa, aunque no tan exacta como la precedente; y aun hay quien cita otra mas peregrina, sacada de la lengua celta, uniendo *Konines*, Rey, y *Staphel* guarda, para deducir una palabra que seguramente dejará contento al etimologista mas escrupuloso. No es pues necesario, repetimos, detenerse en tan frívolas conjeturas, pues con averiguar desde su origen el objeto, atribuciones y vicisitudes de dicho empleo, realizaremos nuestro propósito, y quedará satisfecha la curiosidad de nuestros lectores.

Sabido es con cuanto empeño emprendió D. Juan I la guerra de Portugal, creído de que las armas le darian la posesion de aquella corona, ya que no bastaban la

legitimidad de sus vínculos ni el fallo inapelable de su fortuna. Para dar mayor importancia á la conquista, y reanimar con alguna novedad el espíritu de sus soldados, creó, como ya indicamos en el precedente artículo, el oficio de Condestable, concediendo al mismo Marqués de Villena D. Alonso de Aragon, fuese en premio de sus servicios, fuese en compensacion de los quebrantos que habian padecido sus intereses. El cargo, como el nombre con que se le designaba, era una novedad traída de Francia, manía muy antigua entre nosotros: dicese que estuvo en uso en tiempo de los Reyes francos, si bien entonces, como en Aragon, se llamaban *mayordomos*: una cosa análoga fueron tambien los *senescales* de Cataluña; pero es indudable que así como tuvieron principio en Francia los *Condestables* durante el reinado de San Luis, así se propagó el nuevo fruto á Castilla en el año de 1382, sin que en manera alguna se desvirtuase.

Por lo demas, no era tampoco una novedad propiamente dicha entre nosotros. Equivalia á lo que llamamos ahora capitán general de los ejércitos, y á lo que en otro tiempo se denominó alférez mayor del Rey; dignidad muy preeminente, puesto que no solo se concedía á personas de la primera nobleza, y aun á los individuos de la familia Real, sino que entre otras de sus prerogativas contaba las de tener la bandera del Rey, cien caballeros para su custodia, mesa en el Real Palacio y la copa en que bebiese el Monarca por la pascua, con los vestidos y lecho que aquel día usase, y uno de los caballos de su caballeriza. Los demas fueros y atribuciones del alférez real se espresan en la ley 11, título 18 de la Partida IV, y en la XVI, título 9.º de la II, por las que se viene en conocimiento de que era la suprema autoridad en los negocios tanto contenciosos como de disciplina en los ejércitos. Salazar de Mendoza observa, y es advertencia muy notable, que no debe confundirse el alférez mayor del Rey con el llamado del pendon real, empleo en un todo idéntico al que posteriormente se dijo alférez mayor de Castilla; porque llevaba la bandera del ejército; respecto al primero, y en prueba de que solo se concedía á personas de la primera nobleza y categoría, baste decir que lo fueron en sus tiempos el Cid Ruiz Diaz, el Conde D. Ponce de Minerva, el Infante D. Manuel, hermano de D. Alonso el Sábio y otros personajes de la misma suposicion.

Queda ya indicado que en el año en que se fundó en Castilla la condestablia fué el 1382, y el día el 6 de julio, hallándose el Rey, según la crónica en Zamora, y según otros en Rodrigo, discordanía á que pudo dar origen la fecha del título, que está firmado en la última ciudad, como despues veremos. La ceremonia con que se dió la investidura fué acomodada al uso de aquellos tiempos. El Rey, teniendo arrodillado á sus pies al Conde de Rivagorza, le puso un anillo de oro en uno de sus dedos de la mano derecha; entrególe despues un estoque desnudo y un estandarte, y le recibió pleito homenaje y juramento de que en el desempeño de su nuevo cargo atenderia á la exaltacion de la fe cristiana, al servicio de su Rey y al bien y acrecentamiento de la patria. Por esta razon sin duda se citan entre los fueros del Condes-

table el poder llevar guion en tiempo de guerra, aun estando presente el Rey, mazas y reyes de armas, y el estoque envainado y con la punta hácia abajo; así como el Rey lo llevaba desnudo y punta arriba.

Omitimos en obsequio de la brevedad el sumario de las prerogativas que las mencionadas leyes de Partida conceden tanto al alférez como al maestro de la caballería, voces que allí se dan como sinónimas, y empleo cuya dignidad emancipaba de la tutela paterna á sus poseedores. Del Condestable en particular parece que tenia jurisdiccion civil y criminal, con mero y mixto imperio, sobre todas las personas del ejército; que era el jefe supremo de este; quien proveia todos los empleos de ministros y oficiales de guerra, con los de ejecutores de la justicia; el defensor de los caballeros que militaban bajo sus órdenes; el que debia cuidar de la defensa de las plazas, del alojamiento y marchas de los ejércitos; el presidente de los duelos permitidos, aun cuando estoviese presente el Rey; el depositario de las llaves de la ciudad ó poblacion donde estoviese el mismo Rey, y finalmente, quien tasaba y ponía precio á los víveres que se llevaban á vender al ejército. Podia usar de coronel en sus armas, su esposa del título de Condesa de Castilla, y era tan exacta la idea de su primacia despues del soberano, que en los bandos públicos se decia siempre: *Manda el Rey y su Condestable, etc.*

Nada de esto menciona el Rey D. Juan en el título que despachó á favor de D. Alonso de Aragon, pero si cita un cuaderno que le entregaba por separado en el cual debian constar todas estas preeminencias y obligaciones; y siendo aquel un documento tan curioso, no podemos menos de trasladar aquí un extracto de lo mas importante que contiene.

« En el nombre de Dios sea, amen. — Nos D. Juan por la gracia de Dios etc.... Como nos hayamos sabido que en todos los demas regnos del mundo de cristianos, é mayormente en los regnos grandes é señalados haya Condestable, el cual oficio de Condestable es propiamente ordenado para los fechos de las guerras é de las armas é para regimiento é buen ordenamiento de las gentes de armas: Nos, veyendo las grandes guerras en que nos agora somos con el Rey de Portugal é con los ingleses nuestros enemigos, é agora ayamos ayuntado nuestro poder para entrar en el regno de Portugal para ir pelear con los sobredichos Rey de Portugal é ingleses nuestros enemigos, fiamos en la merced de Dios é en la su justicia que por el buen derecho que nos avemos que Dios nos dará en este fecho venganza de los dichos nuestros enemigos. E confiando en la nobleza é sabieza é lealtad de vos D. Alonso, fijo del Infante D. Pedro, Marqués de Villena, nuestro pariente é nuestro vasallo, é que semos cierto que á este oficio de Condestable, é á mucho mayor que este es, sodes perteneciente é sabredes dar muy buen recabdo, é guardar todas aquellas cosas que fuesen servicio de Dios é nuestro, é pro é honra de nuestros regnos, é así lo avedes siempre mostrado en los grandes é buenos servicios que siempre avedes fecho al Rey D. Enrique que nuestro padre, á quien Dios dé santo paraíso....

» facemos nuestro Condestable á vos el dicho D. Alonso, Marqués de Villena; que seades de aquí adelante nuestro Condestable, é non otro alguno.... Otrosí es nuestra merced que ayades de cada año por quitacion del dicho oficio cuarenta mil maravedís, é otrosí los otros derechos que vos pertenescen por razon del dicho oficio.... E porque esto es así, mandamos vos dar en esta razon esta nuestra carta sellada etc., en el nuestro real delante de Ciudad-Rodrigo, seis dias de julio, era de 1420 años.» Algunos autores afirman que el salario de Condestable equivalía cada día al que devenía el ejército todo; mas esta especie debió sin duda tomarse de Francia, pues en el Glosario de Ducange al tratar del título y atribuciones del Condestable, hallamos esta frase: *Item le Connestable á de tous ceus qui son retenus á gages le voy, une journée pour son droit.*

Fué pues, D. Alonso de Aragón, el primer Condestable de Castilla, puesto tan encumbrado, que descender de él en vida no podía considerarse mas que como una señal de un gravísimo infortunio. Por tal debió tener el mismo D. Alonso la causa que le obligó á alejarse de Castilla poco antes de la muerte de D. Juan I: quejas que nunca faltan en tan grandes señores, y olvidos de que no está libre el mejor Monarca, ocasionaron este rompimiento. Durante la guerra de Portugal habia otorgado el Rey un testamento en que previendo su temprana muerte, nombraba con otros varios tutor de su hijo D. Enrique al Condestable. Este no quiso volver á Castilla sin que antes le repusiesen en sus destinos, y aunque así se lo prometieron, continuó en Aragón, de donde regresó al cabo por poco tiempo y únicamente para hacer mas ingrato su desaire, pues el cargo de Condestable se revocó definitivamente en la persona del Conde de Trastámara D. Pedro Enriquez, hijo del Maestre D. Fadrique, que lo solicitaba con ansia y que lo conservó hasta su muerte acaecida el 2 de mayo del año 1400.

El tercero que tuvo título y oficio de Condestable fué el Conde de Rivadeo, D. Rui Lopez Dávalos, quien á consecuencia de las disensiones promovidas en la corte de

D. Juan II en tiempo de su minoría, comenzó á malquistarse con los palaciegos; y el Rey que deseaba reunir todas las grandezas y dignidades en las manos de su favorito D. Alvaro de Luna, privó á aquel de cuantos títulos, rentas y vasallos poseía el año 1422; por cuya causa se retiró á Valencia, donde murió en la misma desgracia el 6 de enero de 1428. Mas rigurosa aun se mostró la fortuna con D. Alvaro, que acabó tan trágicamente como todos saben: el que habia manejado á su arbitrio las riendas del gobierno, y échase dueño esclusivo de la voluntad del Rey, no pudo pasar el postrer golpe de sus enemigos, y murió en un cadalso público, como el mas vil traidor ó facineroso.

Reayó despues la condestablia en D. Miguel Lucas de Iranzu de cuya vulgar estraccion habla Mariana, lamentándose del desorden que reinaba en la corte de Enrique IV. Su fin fué no menos inesperado y funesto que el de sus antecesores, pues feneció en Jaén el año 1473 cuando los alborotos de Andalucía, segun unos, á manos del pueblo amotinado y estando oyendo misa en la catedral, por querer impedir que se atropellasen y robasen las casas de los judíos, y segun otros de resultas de un golpe que le dió un hombre en la cabeza, tratando de apaciguar una pendencia en la plaza de Santa Maria.

El sexto Condestable de Castilla fué D. Pedro Fernandez de Velasco, Conde de Haro, y por su muerte le sucedió en esta dignidad y en todos los demas títulos Don Bernardino Fernandez de Velasco, primer Duque de Frias, en cuya casa permaneció y permanece hoy la condestablia por herencia, yendo de padres á hijos en la sucesion de sus estados. Al presente es dignidad solo de título, pues no lleva consigo cargo ni funcion alguna; pero se honra con ella como uno de los mayores timbres de su casa el actual Duque de Frias, caballero no menos ilustre por el esplendor de su cuna, que por la elevacion de su talento y el gran mérito de sus escritos.

CAYETANO ROSELL.

MODAS.

Muchos de nuestros suscritores, y principalmente muchas de nuestras bellas y amables suscriptoras, han extrañado que no aparezcan en este periódico de vez en cuando artículos de modas, que les pongan al corriente de lo que pasa en el mundo elegante, y les haga innecesarios los periódicos extranjeros que de modas se ocupan, y cuyo precio de suscripcion es escesivamente caro. Acudiendo á tan justas reclamaciones hemos resuelto interrumpir de cuando en cuando la severidad de nuestras columnas para dar cabida á estas noticias, copiando los figu-

rines mas elegantes de París con una esplicacion sencilla, concisa, pero clara y exacta.

Conociendo sin embargo que las necesidades de las elegantes de Madrid y de las provincias no son tan exigentes como las de París, ciudad por excelencia de la volubilidad y de las mudanzas, nuestros artículos de modas no serán tan frecuentes y repetidos, y solo aparecerán cuando haya un verdadero cambio en la moda con el tipo marcado de la variacion.

Esto supuesto entremos en materia.

¿Qué se lleva? ¿qué se piensa llevar en punto á modas de primavera? A la verdad que el magnífico tiempo que ha hecho, ese sol tan ardiente como inoportuno, nos ha dejado un poco desconcertados y desprovistos. Háblase mucho de sombreros de paja, de trajes de *varege* en una época en que de ordinario no se solía pensar mas que en trajes para los bailes de sociedad. De manera que reina la mayor actividad en los grandes emporios de la moda y el justo temor á la vez, de que un cambio repentino de la temperatura, anule por algun tiempo tan precoces invenciones.

Se han hecho sin embargo muchos adornos de cabeza de crespon guarnecidos de tul-ilusion ó de encaje, porque esta especie de gorros se lleva tan oportunamente ahora, como mas tarde volverán á llevarse. Con semejante clase de adornos se puede esperar tranquilamente á que acaben de establecerse los sombreros de paja. Tambien se preparan trajes de calle de tafetan tornasolado; los mas elegantes tienen un bordado de seda del mismo color de la tela, y en este caso no llevan otra guarnicion. Tambien se llevan de seda de color azul, violeta y verde, cubiertas de un fondo de encaje negro.

Los botones se conservarán en nuestras modas, variando únicamente segun la clase ó mejor segun el color de la tela.—En colores oscuros, botones de pasamanería ó de acero; en los colores mas claros se llevan toda clase de botones de capricho, de perlas ó de piedras. El adorno mas nuevo de los trajes de seda se hace con galones de lo mismo que se llevan de igual manera que las tiras de terciopelo. Hemos visto tambien trajes de raso con cinco volantes; el de abajo muy ancho, y los demas disminuyendo progresivamente.

Estos últimos dias ha habido necesidad de llevar som-

brillas; estasson muy pequeñas, porque únicamente en el rigor de la estacion y en medio de los calores del verano pueden llevarse las grandes.

A pesar de todo nuestro deseo de hablar de las modas de primavera, tenemos que detenernos todavia en los trajes de sociedad. Suspendidos los bailes por la cuaresma, ocupan su lugar los conciertos; pero no hay diferencia en los trajes que se llevan para unos y otros. Los adornos son siempre guirnalda de flores, ramilletes y racimos. Los peinados á la Niobe y á la Pompadour estan á la moda este invierno, y se llevan con flores de lis acuáticas. Otro de los adornos de que mas frecuentemente se hace uso con los *bandós*, se compone de colocarias variadas y de los matices mas vivos mezclados con flores silvestres.

En los sombreros se llevan grandes y anchas hojas verdes é inclinadas con ramos finisimos de jazmin y de acacia.

El figurin que apareció en nuestro número anteriores el tipo mas elegante de los trajes de sociedad; y por lo mismo, daremos de él una ligera explicacion para su completa inteligencia.

Vestido de seda de Bruselas adornado de cinco volantes que disminuyen en anchura de abajo arriba. La *Berta* se compone de dos listas de encaje, flores naturales y bracelete de anillos con brillantes.

Traje de tul con dos faldas; la segunda abierta por delante en cuatro partes y adornadas las aberturas con follados de tul-semejantes en un todo á las tres listas que guarnecen la falda de debajo. *Berta* guarnecida con dos órdenes de follados. Peinado y ramillete de flores en racimos.

AMALIA DE C...

EL TROVADOR Y LA INFANTA.

NOVELA.

CAPITULO III.

Desesperanzado D. Enrique enteramente, despues de haber recibido otra negativa de alcanzar bien á bien la mano de su prima, dió otro giro á sus pretensiones. Del rendimiento y las súplicas, pasó á usar el terror y la violencia. «Tal vez, dijo entre sí, el asombro y admiracion que causen mis atrevidos y bien combinados planes, y el ruido que hagan mis hazañas en Castilla, conmuevan un poco su alma y saquen de las cenizas de su pecho una chispa de amor.» Y al discurrir así D. Enrique, discurría con algun fundamento, pues la osadia admira por lo general á las mugeres, y su admiracion se resuelve en interés, y el interés en la pasion mas dulce y mas propia de su carácter. Aceptando, pues, el Infante el compromiso

con que le brindaban algunos nobles de condicion revoltosa, ó envidiosos de la elevacion y privanza de D. Alvaro, se puso á la cabeza de la sedicion que de allí á poco debia estallar.

No podemos decidir si el desvío de la Infanta Doña Catalina, fué la causa verdadera ó un pretexto no mas, de que se valió D. Enrique para dar algunos visos de disculpa á la sedicion; pero creemos que mas tarde ó mas temprano hubiera, sin ese motivo, dado que hacer al reino con su genio turbulento, y que los desprecios de su prima no hicieron mas que abreviar el instante de declararse en rebelion. Favorecian en gran manera las circunstancias sus designios, pues á merced las riendas del gobier-

no, del que era bastante osado para tomarlas con perjuicio del bien comun, podia santificarlos, como lo hizo, con las palabras, por todos usadas, de conveniencia pública. Unido pues, al Condestable de Castilla, Rui Lopez de Avalos, agente principal de la conspiracion, ganando á algunos criados de palacio, y prendiendo á los fieles, como D. Juan Hurtado de Mendoza, despues Conde de Haro, entró el 14 de Julio de 1400, con gente armada hasta la cámara del Rey, á romper, segun él, las cadenas que le oprimian, y realmente á trocarlas por otras mas pesadas.

Consternóse Doña Catalina al oir tan á deshora tal estrépito y confusion de armas y de gente, y tembló por sí cuando llegó á sus oidos el nombre de su primo como autor del atentado, acordándose de la amenaza con que noches antes habia tratado de rendirla. Manrique apareció á sus ojos, cuando estaba á punto de desfallecer, á calmar un tanto su angustiosa zozobra.

—¿Qué es eso? Manrique mio, le preguntó saliéndole al encuentro y estrechándole con efusion las manos.

—Tu primo acaba de entrar violentamente en palacio, y ya lo ocupa todo con su gente de armas.

—¿Qué quiere?

—¡Qué ha de querer! prenda mia: primero tu mano, y despues ponerse junto al trono.

—¡Insensato! exclamó la Infanta estrechando de nuevo al poeta. ¿De qué le serviría mi mano, aunque la obtuviera, siendo tuyo mi corazon.

—¡Pues qué! acaso.... dijo el trovador vivamente y con suma estrañeza.

—No te sobresaltes, amor mio, replicó la Infanta, por él jamás será suya.

La oportunidad del caso, los extremos de Catalina, y lo crítico de la situacion, pusieron estas palabras atrevidas en los labios del trovador.

—¿A quién las destinás?

El infeliz creyó entonces que para responder conforme á sus deseos no se necesitaba mas que amar.

Un rayo milagroso de luz esclareció de pronto la razon de la Infanta, envuelta en las sombras de la pasion mas intensa, y le hizo ver su terrible situacion, la tremenda alternativa en que se hallaba, de renunciar á consideraciones muy respetables, de manchar el decoro real y con el decoro real el decoro de la nacion, decoro que valia para ella algo mas que la vida, ó de rasgar sus entrañas y reducir con una palabra sola á la desesperacion á un hombre que amaba tambien mas que á su vida.

—¡Catalina! añadió el trovador viendo que no contestaba, con un acento que llegaba al alma.

Y la Infanta llamando á su socorro todas sus fuerzas, toda su dignidad, toda su sangre real, pudo decir casi desfallecida.

—¡No sé!!

El bullicio crecia por momentos, y con el bullicio la desesperacion del poeta, y el desconsuelo y debilidad de la Infanta. Y no hacia temblar ciertamente á la infeliz en trance tan cruel, la lucha que iba á entablar con su primo, no tenia fuerzas para oponerse á la violencia; lo

que le hacia temblar era la seduccion irresistible de las palabras del trovador. Atendiendo á su fogoso carácter, Catalina esperó con miedo la explosion de su ira, viendo desvanecidas sus esperanzas, pero su temor quedó desvanecido, pues Manrique no hizo mas que soltar con aparente frialdad su mano, y volverle, sin darle la menor queja la espalda. Silencio espresivo que la hizo titubear mas que cuantas reconvenciones pudiera haberle dirigido, porque le quitaba la defensa de la escusa.

—¡Manrique! exclamó la hermana del Rey viéndolo dirigirse á la puerta.

—¡Trovador mio! añadió yéndose hacia él, no habiendo obtenido respuesta, pues persistia en guardar silencio.

—¡Manrique! repitió con gravedad.

—¿Qué quereis? respondió el cantor con enfado.

—Por Dios, ¡ten compasion de mí!

—¿Yo compasion de vos?... ¿Estais loca? señora Infanta.

—¡Hiéreme con tu espada si crees que te he engañado, pero no te vayas así.

—¿Os chanceais? señora.

—Por piedad, Manrique, hálame, quejate de mí; dime perjura, ingrata.... lo que quieras, pero hálame. Así me das miedo.

—¡Qué os hable! dijo Manrique con fingida indiferencia, para escarnecerme ¿no es verdad? ¿Qué me queje de



vos! ¿con qué derecho? señora Infanta. Vaya, aquí haré estarbo, dejadme partir.

Catalina, no teniendo bastantes fuerzas para ver marchar á la prenda querida de su corazón, luchaba por hacerle permanecer á su lado, pero sin decir una palabra que comprometiera su dignidad.

—¿Qué no los sabes! fementida! ¡Me amas y dudas! dijo Manrique, ¡qué has de amar! El amor verdadero habla mas alto que esas consideraciones que te contienen. Si tú me amaras, me hubieras dicho con decision, con fe, con entusiasmo, «tuya soy» y yo para que fueras mia del todo, te hubiera llevado en mis brazos á un rincon de la tierra donde no llegaran los vapores moféticos de la sociedad á corromper nuestro amor; donde pudiéramos formar con flores olorosas dos lechos, el uno para nuestros goces, el otro para nuestra muerte.

—¡Manrique!... Manrique! ¡calla por Dios!

—Las voces se oyen mas cerca. D. Enrique estará aquí muy pronto. ¿qué decís?...

—No puede ser....

Y agotando sus fuerzas esas palabras, aflojó la mano que detenía á Manrique. Este partió y aquella cayó casi desfallecida. A poco rato entró Mari-Barba.

—Señora, señora le dijo azorada, D. Enrique ha entrado hostilmente en el alcázar y penetrado hasta el dormitorio del Rey; se ha apoderado de su augusta persona y ha despedido de su lado sus mas felices servidores. Sabedor el pueblo del bárbaro atentado del Infante se ha levantado contra él lleno de saña y ¿no oís? viene hacia aquí en tumulto y gritando ¡viva el Rey!

—¿Qué haré, que haré, Mari-Barba? dijo Doña Catalina arrojándose á los brazos de su confidente.

—Esperar el resultado de la sedición.

—¿Calma la gritería del pueblo? Anda á ver cual es la causa, y vuelve al punto á informarme.

De allí á un instante tornó Mari-Barba y dijo:

—D. Alvaro ha conseguido apaciguar al pueblo con su influjo y D. Enrique se dirige aquí triunfante.

—¿Qué haré? Dios mio.

Mari-Barba, no teniendo valor para entregar á sangre fría á su dolorida señora al audaz Infante como lo hubiera hecho en un momento de arrebato, tomó una determinacion media, que salvaba á aquella y favorecía tambien sus miras.

—Venid conmigo, dijo, y Doña Catalina se dejó llevar sin resistencia.

A poco rato recorria el Infante desalentado las habitaciones del alcázar preguntando por su prima; mas nadie daba razon de ella. Pronto se esparció por Tordesillas la nueva de la desaparicion de la Infanta, sobre la cual se hicieron mil comentarios y suposiciones gratuitas distantes á cual mas de la verdad; salvo la de D. Enrique que se acercaba bastante al acierto. Cuando la duda agitaba con mas fuerza los ánimos de todos, una palabra vino á disiparla, palabra que arrancó mil semejantes del gentío.

—La Infanta acababa de entrar con Mari-Barba en el convento de Santa Clara.

—¡Mi triunfo ha sido solo á medias! exclamó D. Enrique dando rabioso una patada en el suelo.

MIGUEL LOPEZ MARTINEZ.

BIOGRAFÍAS ESPAÑOLAS.

DON MANUEL JOSE DOYAGÜE,

MAESTRO DE CAPILLA DE LA CATEDRAL DE SALAMANCA.

Tan apresurada vá la vida en estos tiempos, que ya no nos permite aguardar con paciente sosiego la madurez de las cosas. El vapor es la personificación de la época; por él se camina y se vive. Escalamos el poder un dia, tocamos la opulencia en el breve giro de una jugada de bolsa, intentamos encumbrarnos á la gloria literaria con un artículo de periódico, y aspiramos á legar nuestro nombre á la posteridad en dos ó tres columnas de una biografía. La historia es muy lenta y concienzuda para fijar nuestros móviles deseos: por eso la biografía es el término de los anhelos de tantas nulidades y medianías.

Estraño parecerá por cierto que nos hayan ocurrido semejantes reflexiones al empezar este pequeño artículo: pero la censura que envuelven no es por fortuna aplicable al hombre, cuya vida vamos á rasguear. Escasa ó

mas bien privada de incidentes y peripecias dramáticas, es la de un eminente artista, fallecido en edad avanzada sin haber soñado en esa vida ruidosa que desdeña el sublime temple de su alma, es la del antiguo Maestro de capilla de la catedral de Salamanca, á quien hace muchos años llamaba la Gaceta *el Nestor de la armonia sagrada*.

Nació D. Manuel José Doyagüe en Salamanca, el dia 17 de febrero de 1755. Hijo de un honrado artifice platero, dió á conocer en breve que no habia Dios formado su génio para consumirse en la humilde condicion de su padre. No permitia á estos su escasa fortuna dedicarle á los estudios, mas una feliz inspiracion le movió á colocarle en el colegio de niños de coro, eligiendo así sin saberlo el único camino por donde podia avanzar y desplegarse el elevado génio de su hijo. Muestras apenas

creíbles dió en su capacidad, y así fué que á los 26 años cuando su maestro D. Juan Martin, cesó de dirigir la Capilla quedó encargado de ella interinamente; y casi al mismo tiempo se le confió en la Universidad la cátedra de Música, que por entonces solo conservaban Salamanca, Oxford y Bolonia. Poco despues en 1789, prévia una rigurosa oposicion le nombró el Ilmo. Cabildo *Maestro de Capilla* en propiedad; eleccion que fué festejada por la juventud estudiosa con odas que aun se conservan, y que si no merecen mucho por su mérito literario, demuestran al menos el general aprecio que al jóven maestro se dispensaba. Aquí puede decirse que concluyeron las escenas de la vida de Doyagüe. Sencillo en sus maneras, virtuoso como particular y como sacerdote, abstraído de toda sociedad, y de génio por tanto algo duro, pasó su larga vida poco conocida, y sin ambicionar los aplausos de la fama. Solamente salió de su retiro para dirigir en la Capilla Real un magnífico *Te Deum* cantado con motivo del feliz alumbramiento de la Reina Doña Isabel de Braganza. Tambien se cantó en la misma Capilla en 1830 su gran misa á ocho con toda orquesta: oyéronla, lo mismo que el *Te Deum* ilustres profesores, y llenos de entusiasmo confesaron que difícilmente podría subir mas arriba el talento humano. En 1831 fué condecorado con el título de Maestro honorario del Conservatorio de Música.

La vida y la historia del artista estan en sus obras, y Doyagüe ha dejado muchas y muy brillantes páginas. Profundo y filosófico en sus composiciones precedió é inauguró en ellas esa revolucion, ó nuevo espíritu que distingue á la música moderna. Su alma religiosa y sublime, empapada en las grandezas de Dios, y entusiasmada con la majestad de los cantos bíblicos, halló el verdadero

carácter de la armonía sagrada. Arrebatan las olas de sus conciertos, elevan el alma al Criador, purificada como los aromas que se queman al pie de los altares; ni una sola idea, ni una sola reminiscencia profana se encuentra en las partituras de Doyagüe. Su obra maestra es un *magnificat* á ocho con instrumentales, órgano obligado; nada hay en él que no sea admirable. El corazón se conmueve y penetra, sin necesidad de las palabras, el misterio de aquella armonía; y cuando se llega al versículo *«deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles»* aquella música vigorosa patentiza el poder y justicia de Dios que reduce á polvo la soberbia de los poderosos, y ensalza la humildad de los pequeños. Otros dos *magnificats*, lamentaciones, cuatro misereres, uno de ellos enviado en 1828 ó 29 á Rossini cediendo á sus instancias, tres misas, varios salmos, un oficio de difuntos, en el que es de admirar la primera leccion, forman parte del largo repertorio de sus obras.

La generacion actual corre mas á los teatros que á los templos; por eso no se edificarán ya suntuosas basílicas, ni compondrán misas como las de Doyagüe. ¿Será esta la causa de que haya muerto oscurecido, de que el olvido empiece á tender su velo sobre tan ilustre nombre?... En el cementerio de Salamanca pueden ver los curiosos una losa de mármol que «el Ayuntamiento constitucional de 1843 dedicó al mérito eminente y modesto» bajo de aquella losa descansa el cuerpo de D. Manuel José Doyagüe, y á su lado encierra una cajita el original del famoso *magnificat*. Tambien en un rincón poco frecuentado de la ciudad se lee en otra piedra *calle de Doyagüe*. Esos fueron los tardios obsequios tributados al profesor que vivió humilde y apenas conocido.

A. GIL SANZ.

REVISTA DE LA SEMANA.

Recomendamos eficazmente á nuestros lectores, la preciosa coleccion económica de novelas escogidas de los mas célebres autores contemporáneos, que con el título de la **Semana Pintoresca** comenzará á salir desde el primer domingo de Abril, para continuar despues con la mayor puntualidad en el mismo dia. Comprende cada entrega **seis** pliegos de impresion con grabados y viñetas, y láminas aparte, siendo su precio el de 2 reales en Madrid y 3 en las provincias.

Rompen la marcha en la coleccion la lindísima y graciosa novela de Alejandro Dumas, titulada **La Dama de Monsoreau**, y el **Paquillo Aliaga**, del célebre Scribe, autor del *Arte de conspirar* y del *Vaso de agua*: escusamos añadir otra palabra en su elogio. El asunto es español y comprende uno de los puntos mas importantes de nuestra historia.

La **Semana Pintoresca** está dedicada á los suscritores del *Semanario Pintoresco* y del *Siglo*, y por lo mismo no hemos podido prescindir de recomendarla,

seguros de que nuestros suscritores corresponderán á la galantería del Editor.

Segun habíamos anunciado en nuestra anterior revista, el sábado se verificó en el teatro de la Cruz el beneficio del famoso tenor Moriani. Habia escogido para esta representación la ópera de Ricci, titulada *Luigi Rolli*, conocida ya en el mismo teatro, aunque no tan ventajosamente como lo ha sido esta vez, sin duda por el esmero con que han desempeñado sus papeles la señora Rosetti y el señor Salas.

De suponer era que en esta representación nadie habia de llamar la atención del público en el mismo grado que Moriani; pero á pesar de esta prevision, el triunfo que ha obtenido aquel cantante escede á cuanto podia esperarse. Al concluir el primer acto soltaron palomas desde algunos palcos, y al principiarse el tercero cayeron sobre el escenario y sobre las lunetas un sin número de composiciones poéticas, impresas en papel de colores. Despues del dúo de tenor y bajo, cuando rompe la está-

tua le arrojaron coronas y ramos de flores. Al concluirse la ópera el entusiasmo de los espectadores llegó á su colmo: se hizo salir tres veces al eminente artista para aplaudirle y se le obligó á colocar sobre su frente las coronas que su modestia rehusaba.

En el mismo teatro se representó el miércoles la nueva ópera *Sardanápalo*, compuesta espresamente para el beneficio del señor Ferri por el Conde Julio Lita. A pesar del buen éxito que esta *partitura* obtuvo en Milan cuan-

do se estrenó, en el teatro de la Cruz ha gustado muy poco, ó por mejor decir no ha gustado nada. A tal punto subió el fastidio, que los espectadores se burlaban del autor de la ópera, llamándole el *Tío Lita*.

En el teatro del Príncipe ha tenido lugar tambien el beneficio del señor Romea menor (esta semana ha sido semana de beneficios), y en él se estrenó la *Madre de Pelayo*, drama en tres actos, escrito por el señor Hartzenbuch. El público ha hecho justicia segun acostumbra



(Retrato de Moriani.)

á hacerla siempre que se representan los dramas de este aventajado escritor; y el triunfo del autor ha correspondido al mérito de la obra.

La *Madre de Pelayo* reúne con efecto, el interés dramático hábilmente sostenido á la hermosa rima del señor Hartzenbuch. Nosotros consideramos á esta produccion como una digna hermana de los *Amantes de Teruel*. El público ha debido ser de la misma opinion, cuando se empenó en que saliese el autor á la escena para renovar las relaciones de vítores y aplausos que hace tiempo tiene contraidas con el señor Hartzenbuch.

Los teatros se hallan en via de progreso. La Academia Real de música y declamacion, continúa sus trabajos con mucho celo y entusiasmo; y en el *Museo Matritense*

se trata de establecer otro teatro de segundo órden; de modo que para el próximo año cómico tendremos en Madrid siete coliseos: Príncipe, Academia Real, Circo, Variedades, Buena-Vista, Génio y Museo. Entre las partes que vá á tener en esa temporada la compañía de ópera del Circo, se cuentan los famosos cantantes Ronconi, Salvi y la Persiani, contratados ya, y que segun las últimas noticias de París se disponian á salir muy pronto para esta capital.

En medio de tan lisonjeras noticias, tenemos el disgusto de participar á nuestros lectores la muerte del célebre maestro Verdi, autor del *Hernani* y de las óperas que estan mas en voga en los principales teatros de Europa.

VIAJES.



(Vista exterior de la Iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalem.)

SANTO SEPULCRO.



El deseo de ver con sus propios ojos la mas célebre comarca de cuantas existen en el mundo, conduce á Jerusalem peregrinos de todas las naciones, y á pesar del abatimiento

Judios, griegos, armenios, abisinios, cophtos ó egipcios, italianos, españoles, portugueses, rusos, franceses é ingleses.

Los peregrinos despues de desembarcar en la ciudad de Jaffa, en cuyo promontorio, segun dice la tradicion construyó Noé el arca que en su persona y en la de su familia habia de conservar la especie humana, y desde donde Hiram, Rey de Tiro, envió á Salomon los cedros que sirvieron para construir el templo; desde donde salió el Profeta Jonás para emprender su viaje marítimo, en el

en que hoy se encuentra, hállase poblada esta ciudad de

que fué sepultado en el vientre de la ballena; donde Jesucristo dió testimonio de su divina mision resucitando á Tabitha; los peregrinos repetimos, al ver la situación pintoresca y la deleitosa campiña de la ciudad, esperan encontrar verdaderamente en la Tierra Santa la tierra de promision.

En los jardines que rodean á Jaffa se ven en todas partes granados, cuyas ramas no pueden resistir el peso de las granadas, de un rojo brillante y de extraordinaria magnitud. El naranjo, el limonero, el plátano á pesar sus desmedidas hojas, y todos los frutos de la tierra se ven allí reunidos; pero en aquellos paises la naturaleza abandonada á sí misma sin el auxilio del arte, hace medrar los árboles hasta el punto de sofocarse mutuamente.

De Jaffa se sigue á Ramla, atravesando la famosa llanura de Saran, de que tanto se habla en la Sagradas Escrituras. Entiéndese esta llanura á lo largo del mar, desde el Mediodia hasta el monte Carmelo al Norte, y se descubre á lo lejos muchas poblaciones. Al acercarse á Ramla los campos parecen mejor cultivados, y encanta al viajero esta ciudad rodeada de jardines y verjeles. De aqui se llega á un pueblo llamado Amoas, donde se paga generalmente un derecho de pasaje llamado *Caffar*, instituido en tiempo de los Reyes de Jerusalem para la reparacion de los caminos de la Tierra Santa que están abandonados al cuidado de la naturaleza; aunque, como entonces, se cobra el derecho con exactitud. A la distancia de algunas millas de Amoas se ven á mano derecha un monton de ruinas rodeadas de cabañas que los árabes llaman Latronn, que dicen ser la patria del buen Ladron, que espiró á la derecha de Cristo despues de haberse arrepentido de sus faltas. En seguida se entra en unas montañas de figura cónica, muy semejantes entre sí, y enlazadas unas con otras por su base. Desde el punto mas elevado de esta cadena, se ven por la parte del Poniente las llanuras de Ramla, las colinas de Joppe, y el horizonte del mar hasta Gaza; en seguida se baja á un valle en que se encuentra el pueblo de Anathot ó de San Jeremías, con un pozo que es un beneficio inmenso en una comarca en que falta tan frecuentemente el agua. Al pie de este pueblo en un castillo antiguo vive el célebre Abou-Ghos, Gefe de las tribus árabes de aquellas montañas, el cual tiene abierto ó cerrado el camino de Jerusalem, de modo que no puede penetrarse en él sin su permiso, que es preciso comprar con dinero. Manda al pie de cuarenta mil árabes que habitan las montañas de la Judea, desde Ramla á Jerusalem, desde Hebron hasta las montañas de Jericó. «Del valle de Jeremías, dice Chateaubriand, bajamos al de Tereomto, el cual es mas profundo y estrecho que el primero, y está cubierto de viñedo y de plantas de cuézú, y llegamos al torrente en que el niño David tomó las cinco piedras con que hirió al gigante Goliath. Despues de haberlo pasado por un puente de piedra, se descubre el pueblo de Keriet-Losta al pie de un torrente seco, parecido á un camino lleno de polvo. A lo lejos se descubre El-Bire en la cumbre de una montaña elevada en el camino de Naplusa, Nabolos ó Nabolosa, la Sichem del Reino de Israel, y la Neopolis de los Herodes. Seguimos inter-

nándonos en el desierto, en que algunas higueras silvestres presentan al viento del Mediodia sus hojas ennegrecidas. Allí la tierra se despojó del verdor que habia hasta entonces conservado, los lados de las montañas se ensancharon y tomaron al mismo tiempo un aspecto mas grandioso y mas estéril. Pronto se acabó la vegetacion, y hasta desapareció el musgo. El anfiteatro de las montañas se tiñó de un color rojo encendido: pisamos por el espacio de una hora aquellas tristes regiones para subir á un alto collado que teniamos en frente. Llegados á él, caminamos durante otra hora por una árida llanura sembrada de cantos rodados. De improviso al extremo de este llano divisé una línea de murallas góticas flanqueadas de torres cuadradas, detrás de las cuales se elevaban algunos picos de edificios; era Jerusalem.»

Los viajeros católicos se alojan siempre en el convento de su religion. Podrian alquilar habitaciones en la ciudad, pero su libertad y sus vidas estarian á merced de las autoridades turcas, cuyo despotismo y rapacidad no tiene límites. El Monasterio de los latinos alimenta á sus espensas á los peregrinos, si son pobres, y si son ricos pagan el gasto de la mesa, pues todos los demas, es decir, la limpia de su ropa, fuego y hoz se dan gratuitamente. Los religiosos que viven en el Monasterio del Salvador son todos Franciscanos españoles é italianos, y aunque no hay en la ciudad un solo fraile francés, el patronazgo de la Tierra Santa pertenece á la Francia. En compensacion ha desaparecido de Jerusalem el idioma de Bomcet, que solo hablan los peregrinos que muy de tarde en tarde visitan la Santa Ciudad.

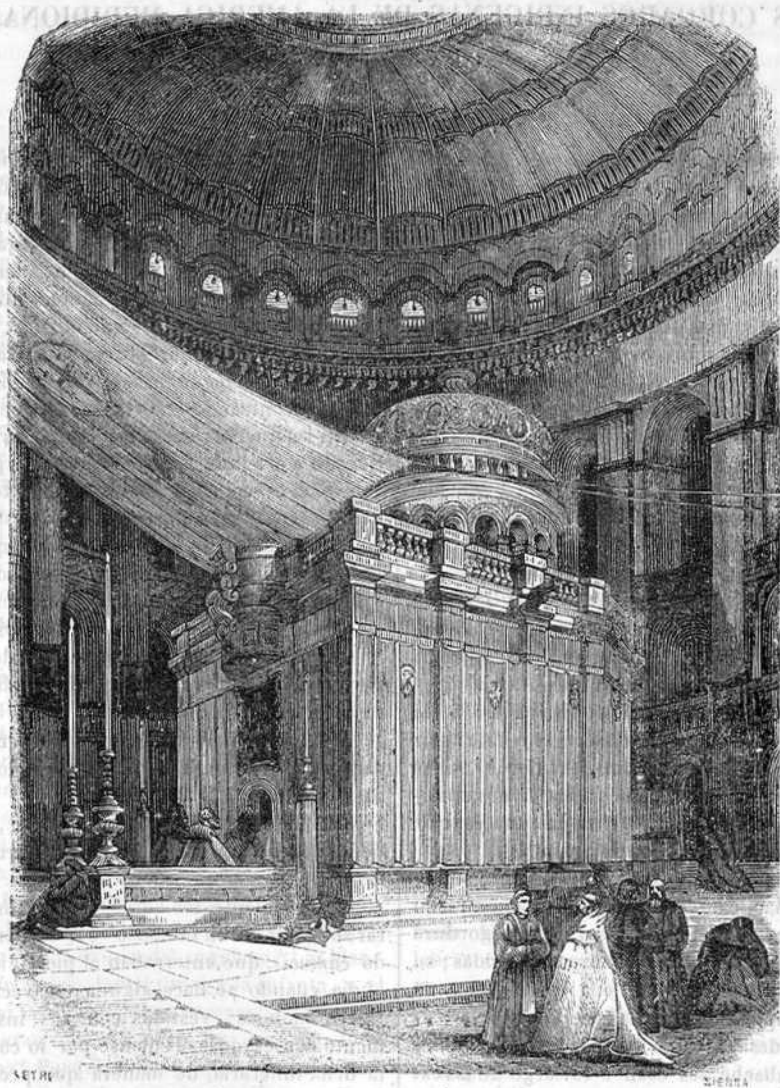
Ninguno de los edificios de Jerusalem es tan importante como la iglesia del Santo Sepulcro de una antigüedad remota comenzada á edificar en el imperio de Adriano ó en el de Constantino, y asolada sucesivamente por Cosroes, Rey de los Persas, y por el Califa Hakem. En esta Iglesia hay trece frailes perennemente encargados de la custodia del Santuario. Viven en unas celdas reducidas, muy húmedas, en las cuales permanecen hasta que los reemplazan otros hermanos.

Cada congregacion cristiana tiene su local en el interior del Santo Sepulcro: vénse en él copthos, armenios, georgianos, nestorianos, maronitas, abisinios, etc.

Este edificio construido por Santa Elena, comprende el Sepulcro de Jesucristo, el Monte Calvario, y otros muchos lugares Santos. Adelantando en el recinto se entra en la capilla llamada del Angel, en la cual un mensajero celestial anunció á las tres Marías que Jesus habia resucitado. Es un pequeño aposento en medio del cual se eleva un pilar de pórfido. De aqui se pasa á otro donde está el Santo Sepulcro iluminado por una porcion de lámparas que no se dejan apagar jamás. Cubre la cabidad del Santo Sepulcro una losa de mármol blanco. Al entrar en la Iglesia los peregrinos visitan las capillas dedicadas unas á la Virgen y á la Magdalena, y otras que representan algunos hechos memorables de la vida de Cristo. Una escalera estrecha y de veinte escalones conduce al Calvario, montaña en que espiró el Hijo de Dios. Toda ella admira por su magnificencia, pues está cubier-

ta de planchas de plata, de piedras preciosas, de mármol y de pórfido. Debajo de esta capilla se veían poco há los sepulcros de Godofredo de Buillon y de su hermano Baldobino; pero en el año 1807 hubo en la Iglesia un incendio, de cuyas resultas cayó la cúpula con la parte superior de la nave. Igualmente se quemaron todos los altares que estaban en el Calvario, desapareciendo al mismo tiempo los sepulcros de Gofredo y de Baldobino, y

según se erree los griegos cometieron esta profanacion en odio de los latinos, para quienes eran estas tumbas objeto de glorioso recuerdo. Del primer Monarca de Jerusalem, del héroe del Tasano, no quedó mas que la espada y las espuelas, que todos los viajeros contemplan con respeto: pero si los griegos dispersaron las cenizas de los dos héroes Fraceses, se asegura que los armenios pegaron fuego á la Iglesia del Santo Sepulcro con el objeto de



(Vista interior de la Iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalem.)

alcanzar permiso para reconstruir su capilla, que estaba á punto de desmoronarse. Cansados de agenciar infuctuosamente, la incendiaron creyendo que los estragos del fuego no se estenderían mas allá del Santuario, cuya destrucción deseaban. Como quiera que sea, seis meses después del incendio los griegos reedificaron el Santo Sepulcro, pero en lugar de las columnas de corinto que

sostenían la cúpula, el arquitecto puso unas pilstras que le quitan su elegancia primitiva. En compensación de estos dispendios, los griegos se han apoderado de los principales Santuarios, á pesar de las reclamaciones de los religiosos latinos, que eran los únicos que muchos siglos había tenían el privilegio de celebrar misa en el Santo Sepulcro y en el Calvario, no quedando ya á los latinos

mas que la capilla de la Virgen y la de la Magdalena. En 1829 los armenios alcanzaron los mismos privilegios que los griegos.

Las láminas que tanto de la vista exterior como de la interior de la Iglesia del Santo Sepulcro acompañan á estas ligeras noticias, formarán parte de una preciosa obra

pintoresca que con el título de la *Vida de Jesucristo* comenzarán muy pronto á publicar los señores Letre, dibujante, y Sierra grabador de las viñetas y editores de la obra, que traducida por el Presbítero Señor Roselló, tan conocido por su ilustracion, sin duda alguna obtendrá un éxito tan brillante como merecido.

LOS COROADOS INDIGENAS DE LA AMERICA MERIDIONAL.

La gran raza de los salvajes *Tapuyas* está considerada por los historiadores como la mas antigua del Brasil. Antes de ser vencida y arrinconada por los *Tupis* hacia el interior del país, ocupaba todo el litoral desde el rio de las Amazonas hasta el rio de la Plata. Los caracteres que la distinguen de las demás razas indianas parecen haberse conservado con mas particularidad en la tribu de los *Coroados*. Este nombre cuya verdadera significacion segun se deja inferir, es la de *coronados*, procede de la costumbre que antiguamente observaban estos indigenas llevando cortado el cabello en forma de círculo en la parte superior de la cabeza, formando una especie de tonsura ó reservando por el contrario un solo mechon de pelo, como hacen aun en la actualidad los salvajes Botocados, cuya mayor parte se encuentra en el Brasil.

A corta distancia de *Campos*, á orillas del *Paraíba* se encuentra un lugar enteramente poblado por *Coroados* convertidos al cristianismo. Otros individuos de la misma tribu habitan en los bosques inmediatos al *Rio-Bonito*: algunos fijos en la estremidad meridional de la provincia de San Pablo, tienen habitaciones construidas de madera ó de barro. Trabajan como jornaleros en las tierras de los propietarios brasileños: los menos civilizados se mantienen de la caza y viven en una especie de chozas cubiertas con hoja de palmeras.

A los rasgos propios de la raza americana, reúnen una fealdad particular, característica de su nacion: son de pequeña estatura; su cabeza chata y de una gordura enorme, se hunde en medio de anchurosas espaldas; su tez de color de hollin mate está llena de manchas de achiote: la mas completa desnudez hace descubrir mas horriblemente su desagradable suciedad: los cabellos negros como el azabache les caen á lo largo de las espaldas y una especie de embarazo estúpido, visible en su fisonomía y en los movimientos, descubre la idea que ellos mismos tienen de su inferioridad.

Cuando bailan se colocan en dos hileras, los hombres

delante y las mugeres detras; los primeros tienen su arco y sus flechas en una posicion vertical, y las mugeres que estan de lactancia conservan á sus hijos en los brazos. Así colocados, se ponen á cantar con un acento lúgubre y monótono, y al mismo tiempo dan principio á su danza. Avanzan en seguida unos trás de otros, marchando grave y mesuradamente, ora sobre un pie, ora sobre el otro; de este modo andan en línea recta como una docena de pasos, volviendo en seguida la hilera y encontrándose adelante los que estaban atrás.

En las guerras entre los indigenas que en el dia han llegado á ser muy raras, los *Coroados* presentan á los europeos el espectáculo de las escenas terribles, que han debido ensangrentar tantas veces esta parte del suelo americano antes de terminarse la conquista.

El gefe dá la señal del ataque al son de la trompeta, y sigue tocando este instrumento guerrero hasta el momento en que quiere que cesen las hostilidades.

Durante el combate el gefe se coloca en un punto elevado que domina el campo de batalla, y si es preciso, se encarama sobre un árbol.

Su muger suele estar ordinariamente á su lado, lleva sus armas, y desempeña, por decirlo así, las funciones de escudero.

Cuando la trompeta cesa de tocar, todos los combatientes se agrupan en torno de su general, conduciendo los muertos y heridos.

Antiguamente los *coroados* acostumbraban á enterrar sus gefes en un inmenso vaso de tierra cocida, llamado *camucis*, que enterraban al pie de un árbol. Aun en el dia cuando se hace alguna escavacion suele encontrarse momias, vestidas con sus insignias y perfectamente conservadas. Hallanse por lo comun colocadas en la urna funeraria, de manera que presentan la actitud de un hombre sentado sobre sus talones, que es la posicion habitual de los salvajes cuando descansan. ¿Si querrán significar con esto que la muerte es un descanso eterno?



EL TROVADOR Y LA INFANTA.

NOVELA.

CAPITULO IV.

El Infante D. Enrique echó del Alcazar la turba de aduladores que rodeaban al Rey, para entrar en él otra turba de aduladores á su persona. Escepiuó de aquella regla á D. Alvaro de Luna, al cual permitió quedarse cerca del Monarca, bien por sus prendas nada comunes que le hacian respetable á los ojos de sus mismos enemigos, bien porque así cuadraba á sus miras amorosas, pues creia que en cambio de esta distincion que le dispensaba, se atraeria su grande influencia para con la Infanta. Los efectos civiles y políticos del trastorno fueron dejar sin libertad al Rey, al pueblo sin paz ni sosiego, y poner á unos cuantos hombres en los destinos vacantes por la espulsion de los fieles vasallos del Rey.

La fugitiva Infanta fué recibida con los brazos abiertos por las monjas que veian en ella una oveja lastimada por las halagos del mundo, que venia buscando el camino florido y sosegado del reposo y de la salvacion. Y allí al canzó algun reposo. Y ¿quién no lo alcanzará en aquel santo refugio que se mantenía sobre las pasiones y vicios que hervian en la sociedad, como la espuma sobre la superficie de unas aguas cenagosas y agitadas? ¿Quién no habia de hallar reposo y alegría en aquella mansion habitada por ángeles y vírgenes, en que no se oyen mas que místicas armonías y cánticos de alabanzas á Dios, en que no se respira mas que un aire embalsamado por el incienso que se ofrece á Dios, en que no se ve mas que una Iglesia, un altar y un Crucifijo? ¿Quién no habia de hallar consuelo en los brazos de aquellas castas criaturas que se acercan á Dios por la contemplacion, se comunican con él por medio de las oraciones, y no estan separadas del cielo mas que por la losa del sepulcro? Las blancas tocas enjugaron, pues, las lágrimas á la Infanta, y el agua bendita alivió las llagas de su corazon. Las de Mari-Barba cada dia eran mas hondas. ¿Por qué esta diferencia entre ambas? Porque Doña Catalina quiso firmemente curárselas procurando arrancar de su memoria el recuerdo del mundo, y Mari-Barba no deseó olvidarlo.

En el convento se estrecharon las relaciones que entre las dos existian; pues la Infanta iba poco á poco sofocando los celos que habian empezado á nacer en su corazon, y en Mari-Barba se disminuía el espíritu de rivalidad conforme veia aumentarse el apego de su señora á las paredes del claustro. Una y otra procuraron sin embargo renovar con inútiles conversaciones el recuerdo de aventuras pasadas. Pero queriendo un dia sondearse mutuamente, rompieron el silencio de este modo.

—¿Cuán otra estais! Señora, vuestros ojos recobran su antiguo brillo, y se rejuvenecen vuestras mejillas bajo las bóvedas frias del convento.

—¿Qué extraño es cuando se van calmando las agitaciones de mi alma? No parece sino que los sentimientos que la turbaban quedaron en la puerta de este santo asilo, cuando puse el pie en el claustro.

—¿Con que no pensais segun eso, trocar el sayal por las galas?

—No, Mari-Barba, el mundo es para mí apreciable por una cosa sola, y no quiero vivir en él por no padecer el continuo tormento de ver el abismo que entre esa cosa y yo existe. Además, la vida monástica que tanto me espantaba cuando la miraba desde lejos, con su soledad sombría, con su reclusion perpétua, con su eterna monotonía, ahora me agrada que la contemplo de cerca, que cruzo por ella. ¡Ay! allí fuera, aunque el cuerpo no está encerrado entre cuatro paredes, aunque tiene á su disposicion los valles y las montañas, lo está la voluntad por una sociedad exigente y caprichosa; y el espíritu agoviado por una atmósfera cargada de vicios: aquí aunque una angosta celda es el límite marcado á nuestro cuerpo, el espíritu es libre, vive en el espacio, y descansa en el cielo. ¿Qué necesidad, pues tengo yo del mundo? ¿No poseo aquí para vivir dichosa, un huerto para pasearme, cojer flores, y mirar desde él las nubes, la luna y las estrellas, para hablar una amiga, y un oratorio para ocupar mis ratos de ocio?

Preciso es decir no era verdad todo lo que decia la Infanta. Mas que el estado de su alma retrataban sus palabras el que consideraba que debia tener, el estado en que se hallaban las demas religiosas que le rodeaban. De todos modos la determinacion de Catalina descargó de un peso enorme á Mari-Barba, pues en adelante podia consagrarse toda entera al amor, sin hacer traicion á la amistad. Pero queriendo sondear un poco mas la doncella el corazon de su señora le preguntó.

—¿Y Manrique?

Esta sola palabra despertó los celos al parecer amortiguados, de Doña Catalina, y aunque á pesar suyo cierto sentimiento de rivalidad, pues si bien deseaba olvidar no podia avenirse con la idea de ser olvidada. La Infanta guardó silencio, silencio que le fué traidor como traidora le fué aquella pregunta á Mari-Barba. Esta decia con la pregunta: «amo al trovador,» y Doña Catalina decia callando: «yo lo he conocido.»

¿Y qué era el trovador?

Si hubiera vivido en nuestra época sin duda habría sofocado con la muerte su rabia al separarse de Doña Catalina. El se decidió á morir, sí, pero de un modo mas provechoso, como entonces lo hacian los desesperados; en el campo de batalla. Cuando supo el refugio de su amada se aplacó un poco, y aun se dió por satisfecho, porque si así le quitaba toda esperanza de verla en sus brazos, tambien todo temor de verla en los de D. Enrique. Y razon es decir en este lugar en honor suyo, que nunca se decidió á ir á turbar su reposo al sagrado recinto. Pero una circunstancia imprevista vino á trastornar sus buenos proyectos. Supo que el Infante, menos delicado que él iba á mandar al convento un mensaje para rogar á su prima que saliera; entonces determinó precederle, é ir á avisar á su adorada y explorar su voluntad. Para hablar con ella tenia necesidad de verse con Mari-Barba. Negóse esta al principio á tomar parte en una empresa de tal naturaleza, alegando por causa el riesgo que el honor de ambas corria si llegaba á ser descubierto y la mudanza de Doña Catalina, que exageró no poco. La sagaz doncella hablando de este sentido consiguió su propósito, que no era otro que avivar á D. Manrique los deseos de ver á la Infanta para acceder entonces á su peticion.

¿Qué razon tenia Mari-Barba para obrar de este modo?

La de presumir que el trovador iba á proponerle dejara las tocas y el claustro y saber casi á lo cierto que iba á recibir un desaire; y cada desaire de la Infanta al trovador era una concesion hecha en beneficio suyo, pues considerándolo en medio de ambas, creia que reprochándolo su rival vendria de rechazo, como si fuera una pelota, á votar en ella. Lo citó, pues al cabo, para las once de la noche al postigo del huerto; el que convino dejar entornado; y al despedirse le dijo:

He tratado de impedir esta entrevista por evitarte un desengaño. Tú has mirado la cresta de la montaña sin ver el muro que te separaba de ella. Créeme, Manrique, la hermana del Rey no es Maria, la que cogió contigo flores, la que subió contigo las colinas, la que tuvo en sus faldas tu cabeza en la cúspide de una roca á la puerta del sol.

Cuando el profano holló con su planta el sagrado pavimento, daban las once. Sobrecogióse de pavor al cruzar en hora tan siniestra aquellas largas y desiertas galerías, donde no se veia mas que su gigantesca sombra proyectada en toda la estension del pavimento por la escasa luz de un farol clavado en el extremo que se dejaba detrás, ni se oia mas que el acompasado ruido de sus pasos perdido en las bóvedas. Poco antes de llegar á la celda de la Infanta, que lo conoció por las señas que le habia dado Mari-Barba, se colocó para esperar á aquella en el hueco de una ventana. Su actitud estaba como una estatua en un nicho, su osadía, el silencio, la soledad, el reposo, las comparaciones que en virtud de todo esto naturalmente pasó á hacer entre el torbellino del mundo y aquel escondido y pacifico lugar, exaltaron de tal modo su viva y poética imaginacion que en su arrobamiento creyó rea-

lidades sus fantasmas é ilusiones. Tuvo miedo y se plegó cuanto pudo. Mas de pronto el silencio del viento que acababa de levantarse, quebrado en los postigos rotos de la ventana en que se apoyaba, estremeció de pavor su alma y le empujó hácia adelante. Echó á correr por los claustros lleno de supersticion sin detenerse á pensar qué causa podia haber producido el ruido, ni que los fantasmas que le acosaban eran su sombra multiplicada por su fantasía. Despues de algunas revueltas al pasar por un claustro un poco mas estrecho que los demas, un coro de voces vino á sacar á Manrique de su enagenamiento para hacerle caer en otro mas dulce, mas plácido, mas celestial. Las angélicas armonías que se destacaban como encantadamente del silencio y la oscuridad retumbaban en lo mas hondo de su pecho, y bañaban su alma en en una corriente de ilusiones deliciosas. Acercóse á la parte de que salian las tiernas melodias, empujó una puerta y cayó de redodillas á la vista de la escena mas santa y devota. Descubriase á lo lejos al ténue resplandor de las lámparas, la nave de la Iglesia encerrando las sombras de las estatuas y de los altares cual si fuera la tumba de la religion, y en el coro veíanse posttradas las vírgenes del Señor, rezando maitines y acompañándose con psalterios. ¡Puras doncellas, orad por nosotros en el límite del mundo por habernos arrojado con nuestras iniquidades de su seno! En él nunca hubiérais llado mas que una espina, una llaga y una lágrima.

Desde allí vió Manrique á Doña Catalina, inclinada hasta el suelo su cabeza, poco antes rodeada de majestad, y humilde le pareció mas hermosa.



Concluidos los maitines volvió Manrique al hueco de la ventana, y al pasar por delante la Infanta se presentó á ella repentinamente; Doña Catalina no pudo contrariar el impulso de su corazón, y se arrojó en los brazos

de su amante, cuya presencia esparció la ceniza que había caído en el ascua de su amor, y en ellos permaneció reclinada hasta que pasados los primeros transportes de la súbita alegría, se apartó sobresaltada de su imprudente arrebatado.

—¿A donde vas? Manrique, le dijo después de haberlo mirado un breve rato fijamente.

—Vengo á salvarte, alma mía, le contestó el poeta con la mayor ternura.

—¿A salvarme?... pues que peligro me amaga?

—D. Enrique va á enviar un emisario á por ti.

—Esen valde. Tan fácil será sacarme de aquí, como al viajero de la nave en que vá cómodamente para que se arroje al mar y haga su travesía surcando á nado las olas.

—Catalina, saliendo de aquí conmigo, te serviría de nave la tabla de mi pecho, mi corazón sería el remo, y el norte nuestro amor. Dí, Catalina, no vale más que nos sepulremos juntos en una gruta vestida de yedra y de flores, sombreada por las copas susurrantes de los pinos, refrescada por los arroyos y las nieblas, que tú sola en un sepulcro de mármol que repele el eco de tus suspiros otra vez á tu corazón.

—¡Manrique, por Dios! dijo Catalina estrechándole las manos.

—Catalina, por última vez ¿sigues al trovador?

—No.... Por Dios....

Una mujer jamás consiente de palabra. La Infanta no se hubiera resistido, si entonces hubiese tirado de ella Manrique. Bien lo conoció él, pero quería por capricho de su amada el sacrificio de un sí explícito. Como no lo obtuvo, soltó con tibieza su mano.

¡Arcanos del corazón! y dijo:

—Tarde lo veo.... Una Infanta no es María, la que cogió conmigo flores, la que subió conmigo las colinas!

Manrique desaprovechó el cuarto de hora de Catalina, y esta tomando por desaire la conducta fría del fogoso poeta, se llenó de majestuosa indignación; la cual subió de pronto viéndose rebajada en una comparación con su doncella. Acordándose entonces que era Infanta se retiró á su celda sin mirar al hombre que sacó del polvo y honró con su amor.

En vista de tal conducta no quedó la menor duda á Manrique de que había sido un juguete de la Infanta, ó por lo menos su amor un capricho ó pasatiempo; cuya certeza confirmaban los avisos y consejos de Mari-Barba. Mas queriendo vengar su amor tan cruelmente ofendido manifestando que su orgullo rayaba tan alto como la majestad de la infiel Catalina, se decidió á mostrarse ante ella, indiferente á sus desprecios, y aun insultante, obsequiando á la compañera de su infancia.

Al despedirse aquella misma noche, la acarició mas que de ordinario, aunque violentándose en sumo grado. En su sonrisa forzada vió, sin embargo Mari-Barba la señal primera de su triunfo.

—¿Lo ves?... le dijo maliciosamente Manrique, hace mucho tiempo que preví este desenlace. ¿No te deslumbra su nombre? Esas gentes rara vez aman.

—También se engañan con frecuencia, María; respondió el trovador con amargura, ven respeto donde no hay mas que ceremonia; y amor donde no hay mas que respeto.

—¿Y quién de vosotros ha sido el engañado?

—¿Quién? los dos quizá.

Estas últimas palabras las oyó Doña Catalina, que venía buscando á Mari-Barba.

MIGUEL LOPEZ MARTINEZ.

REVISTA DE LA SEMANA.

Habiendo terminado la temporada de teatros con la última semana, poco habrá de ocuparnos hoy esta sección de nuestra revista.

Diremos sin embargo, dos palabras sobre el beneficio de la señora Rosseti, última función de la Cruz verificada el sábado de la semana precedente.

La concurrencia que asistió á este concierto era tan numerosa que ni una sola localidad se hallaba desocupada. Por un accidente inesperado no pudieron cantarse todas las piezas anunciadas en el programa; habiéndose indispuerto las señoras Tossi y Rafaelli, la función quedó en parte deslucida y el público defraudado en una de sus mejores esperanzas, la de oír por última vez á estas distinguidas cantantes.

En las piezas que se cantaron, lucieron los demás actores las dotes que les distinguen, y aunque algunas de aquellas eran demasiado conocidas del público, no por eso agradaron menos. La cavatina de la *Linda* valió á la señora Rosseti un corona de flores, y el duo que cantó

después con Moriani fué ejecutado admirablemente, teniendo que repetir el alegre á petición del público.

Los señores Salas y Carrion desempeñaron con mucha gracia la tan conocida escena de la *Pendencia*. La señora Chimeno y los señores Moriani y Ferri se hicieron dignos de los aplausos que tantas veces han obtenido en el teatro de la Cruz.

Terminados por este año cómico los espectáculos de este género, solo se piensa en las próximas festividades de Semana Santa, y unos se marchan á Toledo, otros á Sevilla y no falta quien haya emprendido el viaje á Roma para celebrar esos solemnes días que recuerdan lo mas bello que hay para la miserable humanidad, el rescate de su eterno destino.

El miércoles se celebró en esta corte el entierro de un alumno de la escuela especial de Arquitectura, costeado por sus compañeros. Este rasgo merece ciertamente nuestros mas sinceros elogios, pues él solo demuestra los progresos de ese espíritu de fraternidad, y de mútuo

apoyo con que deben mirarse los individuos de todas las clases en sí, espíritu muy conforme además á las tradiciones de nuestro país.

Al paso que mencionamos este hecho con satisfacción, también tenemos que anunciar con no menos gusto la condecoración con que S. M. se ha dignado premiar el mérito del célebre artista Napoleon Moriani, haciéndole Caballero de la Real y distinguida Orden de Isabel la Católica. Esta gracia tiene doble recomendación, al recaer en un extranjero que tuvo la generosidad de ceder á nuestros establecimientos de caridad los productos de su beneficio.

A continuación ponemos la lista de los individuos que forman la compañía lírica y orquestas de la ACADEMIA REAL DE MÚSICA en el próximo año cómico de 1846 á 1847.

Primeras damas absolutas. Doña Emilia Tossi, Doña Corina de Franco.

Primeras damas. Doña Josefa Chimeno, Doña Carlota Villó, Doña Catalina Mas Porcell.

Otra primera. Doña Adelaida Latorre.

Segundas damas. Doña Jacoba Gamarra, Doña Emilia Moscoso, Doña Máxima Gariton.

Primer tenor absoluto. D. Jeremías Bettini.

Primer tenor. D. Manuel Carrion.

Otro primero. D. Antonio Aparicio.

Primer bajo cómico absoluto. D. Francisco Salas.

Primer bajo cantante absoluto. D. José Mirall.

Primeros baritonos. D. Francisco Calvet, D. Vicente Barba.

Primer bajo profundo absoluto. D. Francisco Oller.

Primer bajo. D. Joaquín Becerra.

Segundos tenores. D. Santiago Figueras, D. José de la Cámara.

Segundo bajo cómico. D. José Alverá.

Segundos bajos. D. Manuel Berdalonga, D. Joaquín Gutierrez.

Maestro director y compositor. D. Joaquín Espin y Guillen.

Maestros de coros. D. Antonio Oller, D. Joaquín Gatzambide.

Director de escena. D. Francisco Salas.

Apuntadores. D. José García, D. Gerónimo de la Cámara.

Traspuntos. D. Antonio Bagá, D. Juan Pedro Lopez.

Cuerpo de coros.

Primeros tenores. D. Epifanio Martínez, D. Miguel Campos, D. José Florez, D. Martín Ruiz, D. Francisco Alonso, D. José Alvarado, D. Tomás Sánchez Rubio, D. Diego Herrera, D. Antonio Rivero, D. Carlos Marron y D. Manuel Soto.

Segundos tenores. D. Carlos Vechi, D. Rafael Huguet, D. José Gonzalez, D. Simeon Aguirre, D. Sebastian Gallegos, D. Luciano Galan, D. José Roveli, Don Francisco Fuentes, D. José María Arraez, D. Ventura Marin, D. Mariano Martínez.

Bajos. D. José García, D. Ceferino Aza, D. Ramon Dominguez, D. Francisco Paredes, D. Jnan Manuel Cáceres, D. Pedro Briones, D. Tomás Martín, D. Anacleto Diaz, D. Miguel Martínez, D. Federico Villó, D. José Hernandez, D. Pascual Tejeiro, D. Eduardo Unáñue.

Tiples. Doña Margarita Antunez, doña Benita Rodriguez, doña María Dominguez, doña Amalia Fernandez, doña Felisa Saravia, doña Francisca Echauri, doña Juana Serrallonga, doña Flora Calero, doña Gertrudis Bailon, doña Beatriz Sieyes.

Contraltos. Doña Jesea Antunez, doña Gavina Andujar, doña Vicenta Dominguez, doña Teresa Caballeria, doña Dionisia Feijas, doña Matilde Fernandez, doña Teresa Fernandez, doña Casilda Espinosa, doña Josefa Alonso, doña Juana Aragon, doña Rafaela Molina.

CARICATURAS.

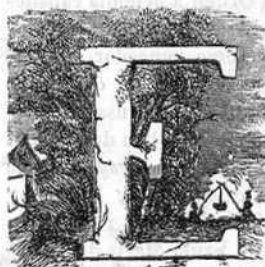


(Un tiro errado; pero no perdido.)

ÓRDENES MILITARES ESPAÑOLAS.



ORDEN MILITAR DEL GRIFO, DE LA JARRA Y ESTOLA DE ARAGON.



ESTA Orden fué creada en la villa de Medina del Campo el año de 1403 por el Infante D. Fernando, llamado el de Antequera, después Rey de Aragon. Gil Gonzalez Dávila y otros escritores son de opinion de que el Infante no creó una nueva Orden de Caballería, sino que renovó en Castilla la Orden fundada en Nájera por el Rey de Navarra D. García. Nos induce á creer lo contrario un códice del siglo XV que existía en el colegio de Santa Catalina mártir de Barcelona, que entre unos tratados de cetrería, contenía una traducción lemosina de la escritura de fundacion y estatutos de esta insigne Orden. Este importante documento nos dice que su fundador fué el Infante D. Fernando de Castilla, Señor de Lara, Duque de Peñafiel, Conde de Alburquerque y de Mayorga, Señor de Castro y de Haro, hijo de D. Juan Rey de Castilla y de Portugal, títulos con que era conocido D. Fernando el de Antequera, que fué hijo de D. Juan I de Castilla, que se llamaba siempre Rey de

Portugal, aun después de la desgraciada batalla de Aljubarrota. Fué por consiguiente el hermano de Enrique III y el que á la muerte de este, fué tutor del Rey Don Juan II, y declarado Rey de Aragon por la famosa sentencia de Caspe de 23 de Junio de 1412.

El objeto que tuvo para instituir esta Orden fué, segun en el referido códice se espresa, primero: el manifestar su amor y devocion á la Virgen María Madre de Dios; y segundo, el que los hechos militares fuesen ensalzados entre los hombres, y el que fuese alabado durante su vida el que los ejercitase, y después de su muerte se conservase su buena memoria entre los vivos.

La traducción lemosina de los estatutos no pone fecha alguna, concluyendo solo con la firma del que los autorizó. *E yo Pere Ferrandi secretari del dit senyor mae infant aquestes coses de mea propia ma è escrites.* Hace mencion solo de la festividad de la Asuncion de la Virgen, en que el Infante recibió el collar y divisas de la Orden y le puso á su muger é hijos y porcion de señoras y caballeros. Debió pues, crearse la Orden, aunque no lo espresa, en el año de 1403, opinion que ademas de dedu-

cirse de la escritura de fundacion, está conforme con el testimonio de respetables escritores.

El Infante (dice) se puso por sí mismo la divisa de la Orden con gran pompa y solemnidad en la Iglesia de Santa María de la Antigua en su villa de Medina del Campo, obispado de Salamanca, en la fiesta de la Asuncion de nuestra Señora, feria cuarta, XV de Agosto del año MCCCIII. Que despues de prestar juramento puso las divisas de la Orden á la noble Infanta su muger, á sus hijos D. Alonso y D. Juan, y á muchos caballeros y doncellas. El que escribió este códice suprimió por descuido en la fecha de este memorable acontecimiento, una centena, resultando el año de 1303, época en que reinaba Don Fernando IV, y no podía de modo alguno convenir al Infante fundador que habiendo nacido en 30 de Noviembre de 1380 tenia 24 años de edad, que dice tener en los estatutos. No pueden acomodarse tampoco á otro alguno los títulos que se ha visto dá á D. Fernando; ademas en la feria cuarta que refiere se celebró en 1403 la fiesta de la Asuncion. La fecha, es pues, Miércoles 15 de Agosto de 1403.

Despues de haber puesto las divisas de la Orden á los caballeros y señoras, á quienes dispensó tan singular honra, se dijeron por el sacerdote que oficiaba dos oraciones, en que se pedia á Dios concediese al Infante y á los que habian recibido las insignias de la Orden, esfuerzo contra los infieles, como á David cuando venció á Goliath, para que fuesen defensa y amparo de las Iglesias, de las viudas, huérfanos y de los cristianos en contra de la infidelidad de los paganos.

Gonzalez Dávila copia en su historia de Enrique III una inscripcion, que en memoria de la fiesta referida, existia en su tiempo en la capilla de nuestra Señora de la Antigua. Juan Lopez Osorio que escribió la historia de Medina del Campo, á lo que creo, á principios del siglo XVII, no dá noticia de semejante inscripcion; dice solo, que en la misma Iglesia habia pintadas unas jarras con azucenas que parecian significar los emblemas de la Orden. En la actualidad no existen ya, habiendo desaparecido en una recomposicion que de esta capilla se hizo en el siglo pasado.

No consta de los estatutos que el Infante D. Fernando recibiese autorizacion del Rey D. Enrique III, su hermano, para fundar esta Orden; pero es de creer la obtuviese y se suprimiese en esta traduccion lemosina hecha para uso de los caballeros de Aragon.

El traje de los caballeros y damas, era en los dias solemnes, una especie de vestidura monjil de seda blanca y la divisa un collar de jarras con azucenas de la que pendia un grifo con dos alas blancas. Las jarras con azucenas, para denotar la pureza de la Virgen en el Misterio de la Anunciacion; y el grifo, porque así como este, dicen los estatutos, es el mas fuerte de todos los animales, así todos los varones distinguidos se mostrasen mas fuertes y firmes en el amor de Dios y de la Virgen, y en todos los hechos de caballería.

Los estatutos permiten á los individuos de la Orden el que lleven una estola ó faja blanca de tres dedos de ancho, sin bordado el centro, como no sea de perlas ó

pedras preciosas de color blanco, los filetes de la banda podian ser de distinto color. Las damas de la Orden, así casadas como doncellas, podian usar estola ó banda de cualquier color. Se llevaba de izquierda á derecha, á diferencia de la banda de Castilla, que se llevaba de derecha á izquierda.

El retrato que vá al frente de este artículo es de D. Enrique, Infante de Aragon, Maestre que fué de Santiago, Conde de Alburquerque, Señor de Ledesma é hijo del Infante fundador, el que tanta parte tomó en las contiendas civiles de Castilla en tiempos del Rey Don Juan el II, y murió en Calatayud en 1443, de resultas de las heridas que recibió en la batalla de Olmedo. Está tomado de las obras de Chifflet que lo copió del itinerario del alemán Jorge Echingen, que viajó por Europa en el siglo XV, y trae en su obra los retratos de los Reyes y Príncipes de los paises que visitó. Lleva la banda de izquierda á derecha en la forma dicha. La puesta al Rey D. Fernando V de Aragon en los sellos de algunos de privilegios concuerda exactamente con la puesta al Infante D. Enrique. El collar que lleva al cuello es tambien enteramente igual al designado por los estatutos. Todo esto prueba lo inexacta que es la noticia que dan algunos historiadores, de que pendia del collar de esta Orden, la imagen de nuestra Señora de la Antigua de Medina del Campo.

Electo en Caspe Rey de Aragon el Infante D. Fernando, llevó consigo esta institucion de caballería á aquel reino, adonde llegó á un alto grado de esplendor. Diego Hernando de Mendoza dice en su nobiliario, que el Rey D. Fernando dió su divisa de la Terraza al Rey de Castilla D. Juan el II su sobrino, al Rey de Navarra y á otros Príncipes y grandes señores y caballeros de alta guisa en estos reinos.

En la entrada triunfal que en 1413 hizo en la ciudad de Balaguer, adonde tuvo sitiado al Conde de Urgel, su competidor, dió la divisa de la Orden á ochenta caballeros. Zurita refiere así este notable suceso. «Entró el Rey en Balaguer con gran triunfo como vencedor, un domingo á 5 de Noviembre: iban delante de él los que habian de ser armados caballeros, que pensaron recibir aquella honra el dia del combate, é iban delante dos pendones; el uno de las armas Reales de Aragon con la divisa del Rey de su Orden de caballería de la Jarra y lirios, y un grifo, que él habia instituido y recibió con gran solemnidad en la Iglesia de Santa María de la Antigua de su villa de Medina del Campo, el dia de la fiesta de la Asuncion de nuestra Señora del año 1403, y el otro de las armas Reales de Sicilia; y en llegando á la puerta de la ciudad, tomó una espada desnuda de la vaina y dió encima de los almetes á los que habian de ser caballeros, y celebrada la misa con gran solemnidad dió su divisa del collar de las jarras y grifo á ochenta caballeros y escuderos, así de Castilla como de estos reinos.»

En 1414 se celebró en Morella con extraordinaria magnificencia por el Papa Benedicto XIII y el Rey Don Fernando, el capítulo de la Orden y su gran fiesta de la Asuncion de nuestra Señora.

Otras muchas memorias quedan de este Rey que

manifiestan la alta celebridad que alcanzó esta Orden en el reino de Aragon en tiempos de su fundador.

Su hijo y sucesor D. Alonso V, conservó en toda su grandeza la Orden del Grifo, en todas sus empresas la llevó siempre por divisa. Condecoró con ella al Emperador y otros príncipes de Alemania, Bohemia, Hungría, á Filipo, Duque Soberano de Borgoña, fundador de la Orden de Toison de oro y á muchos grandes señores y distinguidos caballeros de aquel tiempo.

En la concordancia que celebró en 1453 con Don Juan II de Castilla, para darse ambos Reyes una señal de amor y perpétua paz, segun cuentan algunos historiadores, se convinieron, en que el Rey y la Reina de Castilla, los Infantes D. Alonso y Doña Isabel sus hijos con doce caballeros que escogiese el Rey de Castilla llevasen la divisa del collar de las jarras de lirios y grifo del Rey de Aragon con la estola los dias de nuestra Señora y los sábados, y que el Rey de Aragon con otros doce caballeros llevasen el collar de la Escama, divisa del Rey D. Juan el II de Castilla.

Así se explica, lo que dice Gonzalez Dávila, de que el muy noble caballero Alonso Alvarez de Toledo recibió el collar y divisas de esta Orden de manos del Rey de Castilla D. Juan el II, que fué sin duda uno de los doce caballeros que escogió para tan distinguido honor.

A la venida á España de los Príncipes de la casa de Austria que trajeron consigo la insigne Orden del Toison, quedaron oscurecidas en Castilla la antigua Orden de la Banda y la divisa de la Escama, y en Aragon la Orden de la Jarra y del Grifo.

En atencion al interés que pueden ofrecer á los lectores los estatutos de esta Orden militar, ponemos á continuacion el extracto de sus ocho capítulos.

1.º Que los individuos de la Orden celebren la vigilia y festividad de la Asuncion de nuestra Señora; que asistan á sus vísperas solemnes, y al siguiente día á la misa cantada en la Iglesia de la Virgen con sus trajes y divisas. En el caso de no poder asistir á las vísperas, que recen diez padre-nuestros, y veinte sino lo hiciesen á la misa.

2.º Que todos los que lleven la divisa de la Orden, sienten en su mesa el día de la referida fiesta á cinco

pobres, haciéndolo por amor de Dios y devocion á la Virgen.

3.º Que en la víspera y fiesta de la Asuncion vistan de blanco y lleven las divisas de la Orden los individuos de ambos sexos. Los adornos y bordados de los caballeros debian ser blancos, los de las damas podian ser de cualquier otro color.

4.º Que los caballeros y damas, así casadas como doncellas presten juramento de llevar la divisa de la Orden durante su vida.

5.º Que los caballeros de la Orden lleven las divisas los sábados, y si por algun impedimento legitimo no pudiesen llevar el traje completo, que lleven parte de él. Deja á su eleccion el que vistan todo de blanco ó lleven una estola ó faja blanca de tres dedos de ancho sin bordado en el centro, como no sea perlas ó piedras preciosas blancas: los filetes de la banda podian ser de cualquier otro color. Les impone la obligacion de llevar las divisas en los dias de la Virgen y en los sábados.

6.º Si algun individuo de la Orden llevare luto, vista de blanco la víspera y festividad de la Asuncion. Que en los primeros veinte dias de luto no esté obligado á ponerse la divisa en todo ó en parte, aun cuando durante ellos se celebre la fiesta referida.

7.º Que si algun caballero ó escudero que tuviere la divisa quedare vencedor en alguna batalla en que se hallasen mas de doscientos hombres de armas, que durase al menos de uno á otro sol y los contrarios fuesen al menos iguales en número, tuviere duelo con alguno, á la presencia de algun señor que mantuviese el campo seguro, pudiese dorar una de las alas del grifo de su collar. Lo mismo quiere se entienda con el que venciera en un combate naval.

8.º Que el caballero que llevare dorada un ala del grifo, si volviere á acometer otro acto de caballería y consiguiese otra victoria, llevase doradas las dos alas del grifo, quedando en el deber de dar cuenta por medio de un heraldo, de estas victorias al Infante donde quiera que estuviese, para que las publicase é hiciese saber á todos los individuos de la Orden.

TOMÁS MUÑOZ Y ROMERO.

EL TROVADOR Y LA INFANTA.

NOVELA.

CAPITULO V.

No considerándose D. Enrique bastante seguro en Tordesillas, traspasó la corte á Olmedo, desde donde probó al mundo con su potestad omnimoda y suprema, que la tiranía mas atroz é inaguantable es la de un poder usurpador ó advenedizo. El corto tiempo que

allí estuvo, fué absoluto su dominio. El despachaba los negocios del interior, él oia los legados de la corte de Roma, llegando á tal punto su despotismo, que prohibió al Rey el trato con sus antiguos fieles servidores, so pretexto de evitar conspiraciones. Pero cuan-

tos mas medios de opresion empleaba para asegurar su poderio, mas eran las causas que le infundian temores de perderlo. Con sus cábalas é intrigas pudo sin embargo conservarlo aun por mas tiempo. Con sagacidad estrema contuvo las iras de su hermano D. Juan, fiel partidario del Rey, que venia armado contra él; y con criminal insulto acalló los gritos de indignacion del pueblo, convocando á Cortes en Avila, y haciendo declarar al débil Monarca ante ellas, que gozaba de la libertad mas amplia, y que daba por válido y bien hecho, lo hecho por su libertador primo y cuñado D. Enrique.

Mas á pesar de la actividad admirable que desplegó en el despacho de todos los negocios, y en contener las turbulencias de sus contrarios, no consiguió olvidar á su encantadora cuanto esquivo prima un solo momento. Como segun habia dicho, sin su mano su triunfo era incompleto, se decidió á obtenerla á toda costa, y entonces mandó al obispo de Palencia á pedirselas, y á obligarla á salir del convento; pero la Infanta por amor al poeta se negó á lo uno y á lo otro. Exasperado D. Enrique hasta el último grado, y cansado de representar un papel humillante, rogando con humildad, envió al dia siguiente á Garci-Fernandez á sacar del convento á la Infanta sin respeto ni miramiento alguno. Y aquel hombre perverso, digno instrumento del feroz Enrique, cumplió bien su mision.

—O haceis salir á Doña Catalina, dijo el bárbaro á la Abadesa, ó reduzco á escombros el convento.

Consternadas las monjas con esta atroz amenaza corrieron presurosas á poner en conocimiento de la augusta y ejemplar reclusa el dilema cruel.

—Pues bien, hermanas mias, contestó resignada, quedaré entre las ruinas.

Pero sus hermanas que no tenian motivo alguno para despreciar la vida á la vista de tan eminente peligro, atronaron la casa con sus llores.

—Sosegaos, hermanas, les dijo, que amenazan solo por intimidar. ¿Cómo habian de tener osadía para poner sacrilegamente sus manos, no digo en el santuario, sino en sus paredes?

Los hechos vinieron á probarle en el momento mismo que de todo era capaz Garci-Fernandez. Viendo este que retardaban algun tiempo la respuesta, empezó á golpear reciamente la porteria.

—Por Dios, señora, exclamaron las monjas atemorizadas con el ruido de los repetidos golpes. ¡Salvadnos por Dios! Salvad el templo de una profanacion, salvad de la destruccion este santo asilo.

—Saldré, saldré. ¡Ni aun aquí me dejan! ¿De qué, pues, me sirve haber nacido Infanta de Castilla? Me son traidores los amigos, me persigue quien me ama de un modo bárbaro y tiránico, sepárame un abismo de la persona que adoro, no puedo vivir donde todos hallan consuelo, llevo el trastorno y desasosiego á quien me ha recibido en sus brazos... y todos me abandonan. ¡Dios mio!

Aquel mismo dia dejaron el claustro.

Mari-Barba no pudo contener las lágrimas; pues aunque triunfaba, triunfaba sobre los pedazos del corazon de su amiga.

Creyéndose, engañada por las apariencias, amada por Manrique, fué en persona, entrada la noche, á darle la nueva lisonjera de su salida del convento. El trovador, que esprimia en unos versos toda la miel de su locura y de sus desengaños, quedó vivamente sorprendido de ver á su amiga.

—¡Mari-Barba! le dijo: ¿cómo tú aquí? ¿y la Infanta?

—En palacio. Hoy ha dejado las tocas.

—¡Fuera del convento! ¡Fuera del convento! exclamó con amargura. ¿Qué causa le ha impulsado á dar semejante paso?

Enojada ya Mari-Barba de oir hablar á Manrique de la Infanta sin ocuparse de su persona, le contestó con marcadas muestras de enfado.

—Yo no sé; pero creo que ha intervenido en este negocio un mensajero de su primo.

—¡Pérfida! dijo apretando los puños, ¡pérfida! y tantas protestas de que jamás seria suya!... verla yo en sus brazos.... no, no hará eso.

—¡Cálmate, Manrique, dijo Mari-Barba, haciendo el último esfuerzo que decorosamente le era lícito, aunque perdidas ya casi todas las esperanzas de ser amada, y si una pasion pura é intensa, si lágrimas de ternura, si algun sacrificio hay en la vida que puedan curar las heridas que una locura ha abierto en tu corazon, no faltará quien te ame, quien se sacrifique por tí.

—Pero no será su amor, no será el sacrificio de su vanidad!

Mari-Barba calló y clavó en Manrique sus ojos con expresion siniestra. En tanto que una muger oculta su pasion puede sobrellevar que aquel á quien adora tenga en otra puesta su amor, pero una vez declarada, ¿quién contiene sus celos en la senda de la venganza?

Dos golpecitos dados en la puerta interrumpieron el silencio que reinaba en la habitacion.

—¿Quién será? dijo el poeta maravillado; pues no acostumbraba á tener visitas á semejantes horas.

—¿Dónde salvaré mi reputacion? exclamó Mari-Barba.

—Escondeos en esa alcoba, respondióle Manrique, y salió á abrir la puerta.

Era la Infanta Doña Catalina.

Esta, pasada la primera impresion de las palabras mal interpretadas de Manrique, y exalada su pena en quejas y hondos suspiros; empezó á ver las cosas por un lado distinto de aquel que en su principio presentaba á sus ojos. Ya para ella el trovador, exigiendo un sacrificio inmenso, era el amante mas apasionado del mundo, estando apasionado debia ser celoso, teniendo celos debia ver sombras donde no habia mas que figurines, realidades donde no habia mas que sombras; ¿no sucedia á ella esto mismo? y apasionado y celoso ¿qué extraño es que herido su amor y su orgullo con el desprecio insultante del silencio, afectara desdeñ siquiera por vengar su ofensa? En su concepto, pues, habia ofendido á Manrique, y en desagravio debia darle una satisfaccion. Satisfaccion era, y no pequeña: irlo á buscar á su cuarto, ella hermana de D. Juan II. El trovador dando por bien empleadas sus injurias, que tales satisfacciones le reser-

vaban, dejó que su amada rompiera el silencio, la cual lo hizo así.

—En otro tiempo, Manrique, que por desdicha nuestra pasó muy pronto, sin pretensiones, sin celos, dándome tú el corazón en armoniosos versos, oyéndolos yo confiada y contenta, éramos los dos felices. Entonces no mirabas en mí mas que una fuente de inspiración, la realidad de tus ilusiones; entonces no miraba yo en ti mas que un genio, y me amabas como un trasunto de su idealidad, y te amaba como á un destello del cielo. Entonces tus miradas eran miradas de fuego y de ternura, tus palabras, palabras de entusiasmo, y yo te creía entonces, bastábame decirte, ¡Trovador mio! para persuadirte que estaban para mí por demás los demas hombres, que sin ti el esplendor y la grandeza me eran inútiles. Ahora.... ¡qué diferencia! Los dos vertemos lágrimas lejos el uno del otro, tú dudando de mi fé, yo dudando de la tuya. Manrique ábreme tu corazón como yo te acabo de abrir el mío, y volvamos á esos dias que por desdicha nuestra volaron tan presto.

Una lágrima de satisfacción brilló en los ojos amortiguados ya, del cantor, otra de desahogo corrió por las mejillas de la Infanta. Manrique por saborear los deleites puros é inefables que aquella sincera reconciliación le ofrecía, retardó un poco la respuesta. Su amada que deseaba vivamente oírlo repitió:

—¡Manrique!...

—¡Ángel mio! dijo él al cabo.

Pero los separaba el destino.

Sonaron unos golpes en la puerta; callaron y se repitieron.

—¡Ira de Dios! ¿quién diablo será? prosiguió Manrique diciendo, y señalando una puerta á Doña Catalina; entrad ahí, añadió.

El que llamaba era el Infante que espionando los pasos de su prima la vió salir de su cuarto y entrar en el del poeta.

D. Enrique tendió sus ojos desencajados y sangrientos á su alrededor antes de dejar salir de sus labios una palabra que manifestase las sospechas que habían brotado instantáneamente de su corazón, cuya sola idea, que procuraba borrar de su mente, le estremecía de indignación y vergüenza. El trovador lo miraba con altivez.

—¿Dónde está? dijo al fin el Infante.

—¿Quién? señor.

—Vos lo sabeis.

—No os entiendo.

—Abrid las puertas.

—Perdonad, señor....

—Pronto, villano.

—No las abriré, vive Dios!

D. Enrique poco acostumbrado á réplicas de ninguna clase, exaltado con las palabras atrevidas y altaneras del poeta, se arrojó á él con la espada desnuda gritando:

—¡A mí, villano! besa mis pies, miserable, pasaré sobre tu frente....

—Deteneos, señor, dijo Mari-Barba saliendo de la alcoba. No castigues esta vez á Manrique, lo que en otra



ocasión hubiérais con justicia alabado. Esponiendo su vida á vuestra indignación trataba solo, oponiéndoseos, de salvar el honor de una dama. Yo soy la que habeis visto entrar aquí.

A estas razones los dos permanecieron inmóviles aunque agitado el espíritu por bien distintos sentimientos.

—Manrique, le dijo al cabo el Infante alargándole la mano, gracias á tu caballerosidad y al favor de esta dama te perdono la insolencia de tus palabras; pero sabe para otra vez, que el Infante D. Enrique tiene espada para castigar la altanería, y cortar los vuelos á la audacia. Adios.

A poco rato salió la Infanta, sin mirar siquiera á los que consideraba amantes, persuadida por lo ocurrido de que Mari-Barba había hecho traición á su amistad, y de que Manrique era un ingrato y un vil seductor.

—¡Catalina, Catalina! le gritó el poeta con voz conmovida.

—Ya no.... ya no.... contestó sin pararse.

—Oídme y matadme luego.

Mari-Barba al verlo despreciado y postrado en tierra, soltó una carcajada demente.

—Aparta, muger infernal, le dijo Manrique, viendo en ella la causa de todas sus desgracias. ¡Aparta!

—Manrique, respondió ella todavía riéndose, lloraremos los tres!...

MIGUEL LOPEZ MARTINEZ.

POESIA.

EL ESQUIVAR LA OCASION ES PREVENIR EL PELIGRO.

LEYENDA HISTÓRICA.—CASTILLA.—1358.

I.

LA MANCEBA DEL REY.

En ancha capa embozado,
Hasta la sien el sombrero,
Desnudo el brillante acero
En ademan recatado;
Se vé en oscura calleja
De Sevilla la moruna
Al resplandor de la luna
Un hidalgo en un reja.
Nada tras ella se vé
Que está el aposento oscuro
Y no es tan poco seguro
El poner muy cerca el pie.
Mas si á alguno el miedo deja
Deslizarse junto al muro
Escucha el acento puro
De una muger, tras la reja;
Y sin duda á departir
Amorosos se citaron,
Pues de la dueña aguardaron
El descuidado dormir.

—Un nombre me demandais,
Dijo el hombre á la muger,
Si pretendeislo tener
Por mi medio, os engaños.
De mi destino inclemente
Lo infausto no concebís,
O que obrareis, presumís.
Callando, mas cuerdamente?
Por Dios, que teneis razon;
Mañana Reina os hiciera,
De Castilla, si pudiera.
Y al par de mi corazon.
Solo el último os ha dado
Lo menguado de mi estrella,
Y pues no puedo vencella,
Pedir mas es escusado.—
Calló el doncel suspirando
En su amoroso despecho
Y así pasaron gran trecho
Entrambos á dos callando.
—Si tanto puede la estrella
Contra vos, dijo á su vez
Con mal cubierta altivez
Trás de la reja la bella,
No será pediros mucho
Que un momento me escuchéis.—
—Hablar, repuso él, podeis,
Que de buen grado os escucho—

—Hubo en Castilla un Rey, tiempo lejano,
Entendido, valiente, justiciero;
Azote del rebelde castellano,
Y poderoso amigo del pechero.
Era rubia su blonda cabellera
Y sus ojos de angélica ternura,
Que por su mal, de pérfida estrangera
Miraron un momento la hermosura.—

Mordió él embozado el labio
Hasta dejarlo sangriento,
Y ella siguió con su cuento
Que tal vez era un agravio.

—Un hermano bastardo, el de Toled
Sin respetar la esposa del hermano
Lanzó á su frente, á su poder sin miedo,
Negro borron en su delirio insano.

—¡Mentís! muger valadí!
¡Silencio!... ¡poder de Dios!
¡Quién os ha contado á vos
Lo que se ha ocultado á mí?
—¡Quién? ¡los celos! yo guardé
El sueño de vuestra esposa,
Y suspicaz, recelosa
Junto á su lecho velé;
Alguna vez en el sueño,
De su mente roto el dique,
El nombre de D. Fadrique
Salió á su labio risueño.
Y su rival la miraba
Con sarcástica alegría,
Y ella ¡Fadrique! decía;
Ella á Fadrique llamaba!
Y á D. Pedro de Castilla,
Aquella muger mirando
Le contemplaba temblando
Rojo de rabia á su orilla.
Ronco, trémulo, imponente,
Pálido el fiero semblante,
Al fin gritó en voz pujante
Mirándola frente á frente:
—Daréisme pruebas mañana;
De no ¡cabeza teneis!
Y meditat las habeis
Con el diablo en forma humana.
—¡Pruebas quereis? podeis ir
Vuestro alcázar á rondar,
Y allí las habreis de hallar
Sin tenerlas que pedir.—
Y de rabia y celos loca,
Dejó, cerrando la reja,
A D. Pedro en la calleja
Con la palabra en la boca.

II.

EL MAESTRE DE SANTIAGO.

La noche está silenciosa,
Alta la luna en el cielo
Mal brillando, trás el velo
De la bruma matinal;
El alba por el oriente
Su paso medroso avanza,
Y apenas su luz alcanza
El muerto mundo á alumbrar.
Es un ancho gabinete
Alhajado á la morisca,
De castellana odalisca
Destinado á la mansion.
Una lámpara de plata
Sobre la mesa refleja
Y una esclava ver se deja
Sobre dorado almohadon.
Alta ventana arabesca
Deja ver el ancho cielo
Libre paso dando al vuelo

De la brisa matinal;
Y se agitan las cortinas
En movimiento onduloso
Al impulso vagoroso
De su beso virginal.
Sin duda la esclava espera
El plazo de alguna cita,
Pues, impaciente, no quita
De la ventana el mirar;
Y hay arrollada una escala
De seda sobre la mesa
Y parece que la pesa
De las horas el rodar.
Al fin sonó en la calleja
De pasos leve ruidito,
Y luego débil silbido
En la estancia penetró;
Y al arrojar á la calle
La mirada adormecida,
Informe, vaga, perdida
Fantasma en la sombra vió.
—¿Sois vos?—preguntó en voz débil
En la ventana la esclava,
Y el que en la calle aguardaba
Dijo en voz débil—Soy yo—
Y á aquella señal, la escala
Cayó, hasta el suelo rodando,
Y por la escala trepando
Un hombre en la estancia entró.
—Buen maestre de Santiago
Le dijo entonces la mora,
Os aguarda mi señora.
—Pues bien, recibe tu pago—
Contestó voz convulsiva
En acento tan sombrío,
Que bañó de sudor frío
Los miembros de la cautiva;
Que vió á la luz amarilla
De la lámpara espirante
El iracundo semblante
De D. Pedro de Castilla;
Que arrastrándola á una puerta
Con fuerza desesperada,
Tendió de una puñalada
A la triste esclava, muerta.
Y luego á andar empezó
A largos pasos la estancia
Maldiciendo de la Francia
Que tal consorte le dió.
Y allí esperaba impaciente
La venida del hermano
Con el puñal en la mano,
Con el frenesí en la mente.
Otra vez sonó á lo lejos,
De pasos leve ruidito,
Y otra vez débil silbido
En la estancia penetró;
Y al arrojar á la calle
La mirada enfurecida
Informe, vaga, perdida
Fantasma en la sombra vió.
—¿Sois vos?—preguntó D. Pedro
Que colérico temblaba,
Y el que en la calle aguardaba
Dijo en voz débil—Soy yo—
Y á aquella señal la escala
Cayó hasta el suelo rodando
Y por la escala trepando
Otro hombre en la estancia entró.
—¿En dónde estan mis amores?—
Preguntó con voz galante,
Y vió el funesto semblante
De D. Pedro cellar,
Y sintió su fuerte mano

Asida de su ropaje
Y le escuchó en su coraje
Con voz de trueno gritar:

—Bien, por Dios, D. Fadrique de Toledo,
El decoro velais de vuestro hermano,
Y á su poder sin miedo,
¡Necio! lanzais con atrevida mano
Negro borron á su soberbia frente.
¡Oh! que pensasteis, mal, si con el nombre
De hermano os escudasteis
Y de mi justa cólera esperasteis
Sin temor el torrente; en vos un hombre
Que á mi trono escupió solo contemplo
Y ¡por Dios! servireis de triste ejemplo
A mi pueblo traidor. ¡Ah mis leales!
¡Los que mi trono, fuerte, defendisteis
De la traición cobarde á los puñales
Y á Trastámara en Nájera vencisteis!
¡Valientes! ¡juntos á mí!—Cual un torrente
Que de la alta montaña se derrama
Y en la fértil llanura desparrama
Su revuelta corriente;
Así del Rey al grito sanguinario
Veloces sus maceros
Inundaron el ancho gabinete,
Ferozes y altaneros
Armados de la espuela hasta el almete.
—Ahí teneis un traidor—el Rey les dijo—
¡Matadle sin piedad!—y sus miradas,
Brillaron con feroce regocijo.
Y allí estaba el Maestre de Santiago
Inmóvil y sereno
Cual de tormenta en medio del estrago
Segura roca, al retumbar del trueno.
—¡Don Pedro de Castilla, el justiciero!
En sarcástica voz, dijo el bastardo,
Conozco bien tu corazón de acero
Y de él ni amor ni compasión aguardo.
¡Tigre sediento de la sangre mía!
El hijo de Leonor, tu frente escupe
Manchada de traidora cobardía
¡Blanca infelice! como tú hechicera
Mi madre era también ¡oh madre mía!—
Y trémulo D. Pedro le escuchaba
La vista fija, el corazón de fiera.
—¡Rematadle, gritó de rabia roja
Volviéndose feroz á sus maceros.
Y allí cayó al embate de su enojo
La flor de los cristianos caballeros.

III.

CONCLUSION.

Al fin de un oscuro tramo
Del alcázar de Sevilla,
De la Reina de Castilla
En la que cámara fué,
Orilla una chimenea
Do arde madera olorosa
Está sentada una hermosa
Y un joven rubio á su pie.
—Os pido, la dijo, albricias,
Ha muerto la de Borbon.
—Bien dijo, ella, galardon
Merecen tales noticias.
—Murió la alevé pareja;
Mas, hechicera Padilla,
De ser mi esposa en Castilla
La loca esperanza deja.
Que aunque tu fé no denigro
Y te adora el corazón,
El esquivar la ocasión
Es prevenir el peligro.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

REVISTA DE LA SEMANA.

No estando en las atribuciones de nuestro periódico invadir el terreno de la política, de pocos sucesos podemos hacer mención en la *Revista* de esta semana, tan fecunda en acontecimientos públicos.

Semana de ayunos, de abstinencia, y de recogimiento religioso, se han visto enteramente mudas las diversiones mundanales; y los cánticos solo han entonado las inspiraciones religiosas. El martes á las ocho de la noche los discípulos del conservatorio de música, cantaron en la iglesia de la Encarnacion el solemne *miserere* del señor Saldoni con acompañamiento de arpa, dos cla-

rinetes, dos trompas, dos arpas, dos fagotes, bucsen y ofigle. El templo estuvo muy concurrido, y los hermosos cantos de este profesor fueron ejecutados con mucha inteligencia por sus aventajados discípulos.

El acontecimiento mas notable de esta semana ha sido la salida de S. M. á visitar los Santos Sagrarios el día de Jueves Santo. Despues de la interesante ceremonia de haber lavado los pies á doce pobres, puesta de rodillas y estampando en ellos sus augustos lábios, despues de haberlos servido á la mesa, en cuya larga ceremonia se le cayeron á S. M. dos platos, salió del Real Pa-



lacio á las cuatro de la tarde en la forma que la lámina lo indica. Precedíanla los criados inferiores de la Real casa, siguiendo luego los mayordomos de semana y gentileshombres, todos de grande uniforme: venian luego S. M. entre los gefes de Palacio y detrás S. M. la Reina Madre, la Srma. señora Infanta, y las Infantas hijas de D. Francisco de Paula. Las damas iban detrás todas con sus mantos riquísimos y vestidas con el mayor lujo y elegancia. La guardia de Alabarderos estrenó en este día un mag-

nífico uniforme que recuerda el que se llevaba en tiempo de Federico II. Llevábanse tambien como de costumbre magníficas literas, donde SS. MM. y las damas se hubieran recogido si el tiempo hubiese cambiado repentinamente; por fortuna la tarde estaba serena y tranquila y la Reina anduvo siempre á pie con paso firme y majestuoso, demostrando en su semblante la mas completa salud y el completo desarrollo de su naturaleza.

BIOGRAFÍAS ESPAÑOLAS.



PEDRO UNANUE.



Semanario, algunos apuntes biográficos que muy ligeramente nos han dado aquellas personas que mas de cerca le trataron y conocieron desde sus primeros años.

Nació Pedro Unanue en la villa de Ondarrua, provincia de Vizcaya, en el año 1815. Hijo de una familia honrada, pero pobre, que se mantenía principalmente con el producto de la pesca. El jóven *Perico* tenía un tristísimo porvenir ante sí, sobre todo, si fijaba su vista en los numerosos hermanos que le rodeaban (llegaron

o muy conocido y querido que era Unanue en España; el sentimiento general que manifestó todo Madrid al saber tan temprana é inesperada muerte; la amistad particular que profesábamos al jóven tenor español, nos mueven á anotar en este

á ser *veintidos*) y para cuya manutención apenas basta el asiduo trabajo de toda la familia.

Su argentina voz infantil, y las grandes disposiciones que parecia demostrar para la música, le valieron, desde muy niño, el cariño del organista Echevarría, primer maestro que tuvo en el arte, en el que tanto ha brillado mas tarde. A los once años cantaba los oficios divinos en la iglesia de Ondarrua, y mas tarde, habiendo pasado su maestro de organista á Lequeitio, siguió también Unanue, á fin de continuar y perfeccionar sus estudios músicos. Su voz se iba desarrollando con la edad, y cada dia mostraba mas afición y disposición para el canto, mientras que para el estudio del órgano y piano, manifestó siempre poca inclinación. Cumplió entretanto los diez y seis años de edad, y viendo lo poco que podia prometerse de su estancia en su pais natal trató de pasar á la Habana, donde tenia un hermano, con objeto de hacer mejor suerte. Con este fin, marchó á Santander, como el punto mas á propósito y cer-

cano para embarcarse. Mientras se le proporcionaba transporte, tuvo ocasion de cantar en la catedral, y fué tanto lo que gustó á los canónigos, que estos resolvieron atraérselo para su capilla, ofreciéndole una asignacion de ocho reales diarios. Unanue, que con nada contaba, y para quien el resultado del proyectado viaje á América, era problemático, admitió gustoso las ofertas de los canónigos, mientras se le proporcionaba otra cosa mejor. Permaneció en Santander cosa de dos años, hasta que, aconsejado por varias personas, resolvió trasladarse á la corte, con la esperanza de encontrar mejor que en una capital de provincia una colocacion ventajosa, bien fuese en alguna iglesia, ó en el teatro de la ópera.

A su llegada á Madrid, la primera persona á quien visitó Unanue, fué á su paisano y antiguo amigo D. Lorenzo Zamora, jóven pianista, distinguido ya entonces, y que con el tiempo ha llegado á ser uno de los primeros pianistas españoles de la época y profesor buscado de todas las familias, para la enseñanza del piano. No solo halló Unanue en Zamora un verdadero amigo que le ayudara generosamente en su triste posicion pecuniaria, sino que por él tambien fué presentado en el Conservatorio de Maria Cristina, á fin de que examinado pudiese ser admitido en clase de alumno, y recibir por este medio una educacion música, que le formase principalmente el *buen gusto* de que tanto carecia. Los examinadores eran los señores Piermarini, director del Conservatorio, y el maestro Celli, ante quienes soltó Unanue el torrente de voz que la naturaleza le habia dado, atrojando con sus fuertes acentos la estancia en que se hallaban. Ademas de Piermarini y Celli, presenciaba *indebidamente* el exámen la esposa del primero, y esta señora, cuyo sistema nervioso puso sin duda en conmocion la robusta voz de Unanue, hizo diversas exclamaciones, y tapándose los oidos rogó *por pietá* que cesasen los cánticos del jóven vizcaino. Suspendióse en efecto la sesion de exámen, y los señores profesores manifestaron luego á D. Lorenzo Zamora, que su protegido no tenia disposicion ninguna para dedicarse al canto.

Rechazado del Conservatorio, fué presentado Unanue, protegido siempre por Zamora, á D. Ramon Carnicer, á fin de que este señor, que entonces era maestro director y compositor de la ópera del teatro de la Cruz, le diese colocacion entre los coristas del teatro, como único medio de que pudiese atender á su subsistencia. D. Ramon Carnicer se prestó gustoso á admitir al jóven vizcaino, siempre que este sirviese para corista; presentóle con este fin una leccion de solfeo, y quedó tan satisfecho de lo bien que solfeó repentinamente, que desde aquel momento ingresó en el cuerpo de coros, con una asignacion de 12 rs. diarios. Como en el Conservatorio de música se habian negado á admitirle entre los discípulos, y careciendo al mismo tiempo de los medios necesarios para poder tomar un maestro de canto, se vió precisado á ponerse bajo las órdenes del señor de Reart, persona bien conocida en Madrid por la enseñanza que gratuitamente ha dado, y continúa dando en el día á diversos jóvenes de ambos sexos. Permaneció Unanue como corista cerca de un año, y lle-

gada la época en que se formó una compañía de ópera, compuesta de españoles, se presentó á cantar el papel de *Pollion* en la *Norma*, en compañía de la señora Lema: desde entonces le quedó el sobrenombre de *Pollion* con el que sus mas íntimos amigos le saludaban. La aparicion de Unanue, en las tablas, como primer tenor, fué recibida con entusiastas aplausos, que mas que al saber del cantante, eran motivados por lo mucho que prometia ser algun dia, con una voz tan magnífica como la que poseia. Concluida la temporada en Madrid, marchó al teatro de Zaragoza de primer tenor, y permaneció ausente de la corte hasta el año 1840 en que volvió, y efectuó su matrimonio con una jóven bella y bien acomodada. Cantó nuevamente en el teatro de la Cruz y en aquella época pudo tambien oír y admirar á Rubini, cuando este artista cantó en el Liceo. No desperdició la proporcion de poder estudiar tan buen modelo, y cuando mas tarde pasó á los teatros de Andalucía fué el cantante mas mimado del público, sobre todo del de Granada. Antes de marchar á Andalucía, visitó su pais natal, llevando algun socorro á su familia, á la que continuó asistiendo á proporcion que su fortuna mejoraba. De los teatros de Andalucía, vino al teatro del Circo, donde continuó cantando todo el repertorio moderno, cada vez con mas éxito, si bien siempre se notaba en él alguna falta de estudio y saber. Mientras cantaba en Granada, tuvo ocasion de conocer á la Paulina García, y cantar con ella en el teatro: estas relaciones le valieron mas tarde su ajuste para el teatro imperial de San Petersburgo durante el invierno del 44 al 45, en compañía de la misma Paulina García, Rubini y Tamburini. Hizo su *debut* en San Petersburgo, con el *Elixir*, y tanto en esta ópera como en el *Belisario* y otras que cantó, agradó sobremanera, y recogió siempre abundante cosecha de aplausos; pero no probando bien á su salud el clima de Rusia, concluido su ajuste, se retiró á Italia, en donde lejos de la escena, estuvo descansando algun tiempo, y estudiando con uno de los buenos maestros de Milan. Pasados algunos meses, fué ajustado ventajosamente para el teatro de Bérgamo, y allí como en San Petersburgo gustó muchísimo tanto por su privilegiada voz, como por su buena manera de canto. Su estancia al lado de Rubini le habia servido para perfeccionarse y corregirse, en parte, de los defectos que tenia; así es que, desde su aparicion en los teatros de Italia, se le consideró como uno de los mejores tenores de *bravura*. Concluido su ajuste en Bérgamo, lo fué nuevamente para Trieste donde tambien logró grande éxito. Se proponia venir á descansar al seno de su familia, mientras llegaba la época de tener que dirigirse al teatro italiano de París, para donde habia sido ajustado (temporada del 46 al 47) cuando fué atacado de la enfermedad que le condujo al sepulcro el día 3 de enero de 1846, en lo mejor de su edad, y en el momento en que se le presentaba el porvenir mas brillante.

Su escesa delicadeza, y la noble ambicion de artista le habian hecho abandonar la excelente posicion que le proporcionó su matrimonio, y resistiéndose á los sollozos y ruegos de su esposa, insistió en labrarse él mismo

su fortuna, con su talento y trabajo. Esta idea lo llevó al extranjero, en donde solo, y sin ningún allegado ni antiguo amigo que le asistiera en sus últimos momentos, halló una temprana muerte, causada quizá por las muchas fatigas y esfuerzos que hizo, siempre, por brillar en la escena.

Como cantante, Unanue se resintió hasta el último momento de la mala dirección que dió, ó le hicieron dar, desde un principio á su voz. Dotado de un órgano vocal de los mas privilegiados, si cuando de corista del teatro de la Cruz, hubiera aceptado las proposiciones que le hizo Grimaldi para que marchase á Italia y permaneciese en aquel país, estudiando durante tres ó cuatro años, Unanue hubiera sido uno de los mejores tenores modernos, y es mas que probable que sus amigos no tendrían que llorar su pérdida hoy día. A pesar de haberle faltado la buena enseñanza, que solo forma los verdaderos cantantes, llegó á ser Unanue un tenor de nota, y perdiendo cada día alguno de sus antiguos y malos resabios, daba actualmente grandes esperanzas de ser un excelente tenor, en quien tenían fijadas sus miradas todos los empresarios.

Las óperas en que mas sobresalió fueron: el *Elisir*, *Belisario*, *Templario*, *Gema di Vergi*, etc. etc. Los que le oyeron cantar últimamente en Italia, ponderan lo muy á propósito que se mostraba para cantar el repertorio de Verdi.

Como particular, su sencillez en el trato social y excelente carácter, su franqueza y honradez vizcaína, le merecieron siempre la amistad de cuantos le conocieron y trataron. Contaba numerosísimos amigos, y todos lloran incesantemente su muerte. Fué también Unanue excelente ciudadano, y en el ataque de Cabañero á Zaragoza, dió grandes pruebas de su bizarría, y demostró los sentimientos generosos y liberales que encerraba su noble pecho.

E. V. DE M.

VARIEDADES.

Casas de los Persas.

No hay aspecto mas triste que el de una ciudad persa. La mayor parte de las casas son de ladrillo cocido al sol, y cubierto de barro y de paja. Mr. Morier hablando de Ispahan, dice: para formar una idea de esta ciudad es necesario huir de toda comparación con las ciudades de Europa. Allí no hay calles anchas, ni ningún primor de arquitectura, sino tal cual monumento público ó particular, privado de todo adorno. En Ispahan y lo mismo sucede en todos los países despóticos, lo interior de las casas es mucho mejor de lo que parece por fuera. Y en efecto, la parte exterior no es mas que un muro desnudo y triste. La sucesión continua de estas paredes oscuras, sin ventanas ni balcones, da un aspecto misterioso á los pueblos mucho mas cuando se divisa una pobre muger, brujuleando á los que pasan por un estrecho agujero, como el de un calabozo.

La entrada principal que dá á la calle, es estrecha y mezquina. Las puertas de las casas de los pobres, suelen no tener mas que tres pies de alto. El objeto de esta precaución es evitar que entre alguno á caballo, especialmente los criados de los magnates, que no tendrían escrúpulo en hacerlo cuando hay revueltas políticas y partidos.

Las puertas de las habitaciones del rico, son mas elevadas, y esta elevación es proporcionada á la vanidad del dueño. Un pórtico alto y adornado, es una de las insignias de la vanidad real. Tales son el *Alah Capi*, en Ispahan, y el *Bab Homayan*, ó Sublime puerta en Constantinopla. La ostentación de una puerta mas ó menos grande, atrae tanto la curiosidad, que los que no quieren parecer ricos, para no dar en manos de un gobernador tirano y codicioso, procuran evitar esta peligrosa indicación. Los mercaderes de Ispahan que suelen ser muy acaudalados, tienen en sus casas las puertas pequeñas y lo interior adornado con el mayor lujo.

En Ispahan las casas no tienen mas que un piso, pero se componen de tantas piezas, que aun las mas pequeñas ocupan una considerable extensión. El espacio perpendicular de las casas de Europa, es horizontal en Persia.

El mismo viajero hace una curiosa descripción del estrépito de una ciudad de Persia. Al rayar el día, empiezan los ahullidos de los muezzins, cada cual en distinto tono; sigue un concierto de cuernos para avisar á las mugeres, las cuales se bañan antes que los hombres, que los baños estan calientes y dispuestos á recibirlas. A estos sonoros llamamientos responden en coro todos los perros de la ciudad. Al mismo tiempo los asnos saludan á la aurora, casi todos á un tiempo, pues ya se sabe que estos animales no se estan callados cuando uno de ellos empieza. Los gallos entran entonces en la orquesta, y sus penetrantes chillidos, juntamente con los gritos de los hombres que se despiertan unos á otros, y con los clamores de los muchachos, forman una sinfonía nada agradable á los oídos de un europeo. En el verauo, como todas las operaciones domésticas se hacen fuera de techado, es todavia mayor el alboroto. En esta estación, los persas duermen en las azoteas, sin mas manta que la bóveda del cielo. Como las casas de los pobres son bajas se puede decir duermen en público. Algunas veces, yendo á caballo gozamos de este espectáculo. Las mugeres se levantan antes que los hombres, los cuales suelen dormir al raso, y esto indica suficientemente lo que es el clima de Persia: en efecto, se goza de mayor descanso al aire libre que en los aposentos.

A las puertas de las casas de las gentes acomodadas, hay un corredor largo que va á un patio espacioso, en cuyo centro se vé una fuente y á los lados, conductos de agua y calles de árboles. Cada casa tiene un *Divan Caneh* ó sala para recibir las visitas; cuando este aposento es grande, suele haber en él dos chimeneas, adornadas con pinturas y cristales. A cada lado hay gabinete, de que no se hace ningún uso.

Es difícil tener una idea exacta de la extensión de las casas en Persia. Las mugeres tienen cuartos separados

que se llaman Harem-Caneh, ó Zenaneh, y los criados que son en gran número, otros para sus ocupaciones respectivas.

Los muebles de la casa son pocos y sencillos. Ni se ven allí camas adornadas, ni mesas, ni sillas de costosas maderas, ni candeleros, ni arañas, ni ninguno de los requisitos necesarios de las casas de Europa. El lujo no toma nunca en Persia esta direccion. Los muebles se reducen á un tapete de felpa gruesa que cubre todo el suelo, y sobre el cual se extiende una magífica alfombra, de las que se fabrican en el país. Los que no tienen mucho dinero, se contentan con el tapete de felpa.

En lugar de sillas, usan unos almohadones cuadrados, de menos de una vara de ancho que se colocan alrededor del aposento, y se cubren con algun tejido de seda ó de paño ó de brocado. Hay ademas otros cojines apoyados contra la pared, que sirven para reclinarse. Cuando es hora de dormir, se extiende sobre la alfombra un colchon, con una manta y dos almohadas. Tal es la cama de los persas, los cuales no se desnudan para dormir. El colchon está forrado de terciopelo, y la manta ó colcha es de seda ó de brocado. Estos utensilios suelen durar un siglo; los tejidos se conservan largo tiempo, gracias á la sequedad del clima.

Los persas no entran nunca en los aposentos con botas ni chinelas, y cuando un extranjero infringe esta regla, se mira como una prueba de grosera educacion, ó mas bien como un insulto premeditado. La alfombra es una cosa sagrada, porque sirve no solo de adorno, sino de requisito indispensable para las ceremonias que la religion prescribe. Aunque las piezas tienen puertas de dos hojas pintadas ó cubiertas de molduras, lo comun es tenerlas abiertas, y ocultar la entrada con una cortina. Este uso se funda, no solo en la ventilacion que requiere un país tan caloroso, sino tambien en la moda y en la vanidad, pues las cortinas suelen ser de sedas bordadas, ó brocado de oro ó plata. Cuando entra una visita, un criado abre la cortina, y la deja caer cuando ha entrado. Vemos en muchos autores que este uso es muy antiguo. Plutarco dice, que Alejandro arrebató una lanza de manos de un soldado de su guardia, en el acto que Clito entraba por la puerta de la cortina, y no habiéndolo visto el Rey lo atravesó con la lanza.

Mr. Morier refiere que en una entrevista que tuvieron el Príncipe real de Persia y el gobernador ruso de Georgia; el último, que no estaba acostumbrado á los usos orientales, se vistió de uniforme completo con pan-

talón y botas. El embajador inglés le habia dicho amigablemente, que puesto que los persas miran la alfombra, no solo como piso, sino como la mesa en que comen, hacia bien en dejar las botas, y ponerse el chaecocer ó medias encarnadas, de que se hace uso, generalmente en semejantes ocasiones.

El ruso, alegando que no podia usar de otro traje, que del mismo con que se presentaba delante de su Soberano, persistió en conservar su uniforme completo, y entró con botas en el aposento del Príncipe. Este se irritó tanto de semejante accion, que inmediatamente que se acabó la visita mandó dar la bastonada á su maestro de ceremonias, hasta dejarlo casi por muerto.

Los persas no usan velas de sebo, sino como ya hemos dicho las lámparas llenas de lo mismo ó de aceite, con una torcida en medio. Suelen tambien servirse de bujías de cera, mezclada con aceite de cinamomo, ó de clavo ó otro ingrediente aromático.

El modo de calentar las casas es barato, pero incómodo. Como la leña escasea en aquel país, solo hay chimeneas á la europea, en las habitaciones de los poderosos. En su lugar, se sirven de una especie de cántaro llamado Courei, metido en tierra con la boca al nivel del suelo. Este cántaro se llena de leña, estiercol ú otro combustible, y cuando está hecho carbon se cierra la vasija con un pedazo de madera cuadrado y en forma de mesa. Despues se coloca encima una gruesa manta acolchada, en torno de la cual se sientan los asistentes cubriendo con ella las rodillas, á fin de que el calor penetre en la ropa. Cuando el frio es rigoroso, en lugar de las rodillas, se cubren todo el cuerpo hasta la barba, formando un grupo por demas grotesco. Este uso es sumamente desagradable y peligroso por la posicion violenta, en que es necesario permanecer para calentarse, los efluvios mefíticos del carbon y los grandes dolores de cabeza que produce. Hay algunos que duermen debajo de la manta, tapándose con ella la cabeza; mas tambien han solido hallarse muertos por la mañana. Este calentador sirve tambien de cocina, pues en él se hacen tambien algunos platos que no requieren mucha preparacion. No solo se calientan al Courei los toscos habitantes de las montañas, sino tambien muchas gentes ricas de las grandes ciudades. Las mugeres se sientan debajo de la manta, que ordinariamente suelen cubrir de un rico sobre-paño, y pasan las horas enteras procurando sacudir la soporífera influencia, con sendas tazas de café, ó con el humo delicioso del Calui.

EL TROVADOR Y LA INFANTA.

NOVELA.

CAPITULO VI.

La Infanta Doña Catalina no separó de su servicio á Mari-Barba por quitar todo motivo de sospechas á la corte, que sabiendo la íntima amistad que las habia unido,

no hablaria ni inquiriria poco para indagar la causa que la habia inclinado á tal rompimiento. Pero aunque juntas, se cortaron entre ellas todo género de relaciones.

Manrique no pudo conseguir una entrevista con su amada á pesar de su constante empeño, pues siempre se le estrelló este contra la dureza de los carceleros, que no otro nombre merecen los que lo llevaban de servidores, que así como á su hermano la custodiaban. Y la Infanta, cada día mas apasionada, ignorando hasta qué punto era inaccesible el muro que la separaba de los demás, culpaba al trovador de demasiado orgulloso, y á veces de inconsecuente; pero no ya de mal caballero, pues nunca pudo hacerse creer, no obstante las apariencias, que su pecho fuese capaz de abrigar la villanía, así como nunca pudo sofocar el recelo de que el génio fatal de celos extraños, era el que cortaba siempre el hilo de sus amores.

Y de que ese génio fatal era Mari-Barba ya no le quedaba duda. Pero ¿cómo, se preguntaba, esa muger desleal y maligna, tiene bastante poder ó astucia para enredarnos en la madeja de sus intrigas y lograr en parte sus fines indisponiéndonos, amando yo á Manrique, y siendo por él correspondida? Esto, sin embargo, no era mas que una cabilación que para resolverse en certidumbre necesitaba pruebas. Mas ¿cómo hallarlas sin ver al poeta? Tormentos y dudas por todas partes.

Cansada últimamente de sufrir contrapuestos desvarios, de luchar con ellos, y de esperar al trovador en vano, decidióse á tomar el único partido que le quedaba. Hablar con Mari-Barba á ver si su conversacion esclarecía algun tanto la oscuridad que la rodeaba. Llamóla, y su antigua confidenta se presentó á ella dolorida y avergonzada.—¡Cuán otras estaban! De su primera hermosura quedaba no mas una sombra, de su alegría ni un asomo, de su amistad el arrepentimiento. Lágrimas solamente y luto y amargura.

—Mari-Barba, le dijo sin ira y con gravedad, yo te he dado á mi lado un asilo para guarecerte del abandono y de la miseria, y tú te has ingerido en mi pecho como una vívora para escudriñar los secretos y afectos de mi corazón, y hacer en agradecimiento á mis favores, riza en los mas hondos y sagrados. Si tu alma no era bastante grande para hacerte generosa, no debió á lo menos ser tan vil que te hiciera ingrata.

Así pensaba Mari-Barba tambien de sí misma, y porque conocía su mal proceder lloraba; pero era una de esas mugeres que puesto el pié en una senda jamás retroceden aun á vista del abismo en que se hunden. Así es que respondió.

—Lo he sido sin saberlo, señora. Ignorando el amor de Manrique, pues no podía creer que vos, Infanta de Castilla fuérais un juguete, no mas de su capricho, he correspondido alguna vez á sus caricias juzgándolas de amistad; con lo cual no pensaba seros traidora. Despues me dijo que la plácida amistad de la infancia se habia convertido en él en un amor ardiente, que era yo bella, como los cielos, graciosa como las campiñas....

—Mientes, le replicó vivamente la Infanta.

—Señora....

—Selle sus labios malignos el silencio, ó si no los sellarán mis pies.—Y levantándose para dejarla, añadió con aire de desprecio. Antes que te juzgaba sincera y buena tuve celos de ti; ahora que entreveo la ruindad de tu alma

á través de tus palabras engañosas, conozco que he sido víctima de tu perfidia; una muger no puede engañar frente á frente á otra que ama. Tú amas á Manrique; Manrique me adora y te aborrece....

—¡Que os adora y me aborrece! ¿vos comprendéis su carácter? ¿vos penetráis sus miras? ¿vos habeis sondeado el fondo de su alma? Yo sí, que le he inspirado sus primeros versos, que he sentido los primeros latidos de su corazón....

—¡Calla, infernal muger! bien sabes tú que no te ama, que me adora.... sí, despecho no mas respiran tus palabras. ¿Por qué hablas así? ¿quieres vengarte.

—¿Os convencerá una prueba?

—No puede haberla.

—¿La quereis?

—¿Y quién puede presentarla?

—¿La quereis?

La Infanta quedó silenciosa é inmóvil á estas palabras. ¿Por qué no podía ser verdad lo que Mari-Barba decia, asegurándolo tanto? Y entre las dudas y la certeza, escogió la duda que le dejaba aun lugar á la esperanza. Sin embargo, respondió.—Sí, por no parecer cobarde á su doncella.

—Pues bien, citadlo para Talavera de aquí á ocho días.

—Josefa le dará el recado.

Desde aquel punto cada una se fué por su lado, Doña Catalina á verse con Josefa, dueña que iba mereciendo su confianza, y Mari-Barba con D. Enrique á llevar á cabo su comenzada intriga.

—Señor, le dijo, no há mucho que os hice un favor: al exigírmelo vos, me prometisteis recompensarme.

—Es cierto, Mari-Barba, respondió el Infante; al parecer dispuesto á cumplir su palabra.

—Entonces os dije, no sé si lo habeis olvidado, que aunque os asombrase, vuestra suerte y la mia iba por un mismo camino....

—¡Y bien!... replicó el Infante impaciente.

—No ignorais, prosiguió Mari-Barba, la influencia que ejerzo en el ánimo de vuestra prima.

—¿Pero qué quereis?

—¿Quereis vos ver cumplidos vuestros deseos? ¿oir de sus labios una palabra de amor? ¿Quereis obtener su mano?

—¡Cómo! repítelo.... habla.... ¿qué debo hacer? ¡el anhelo de mi vida! ¡su amor! ¡Oh! el colmo de mi ventura!... ¡Si fuera verdad!

—Oid, señor, vos nacido entre gentes que no presentan la cara mas que por un lado, engañoso siempre, y crecido en la rudeza de los combates no sabeis mas que pelear. Amais sin estudiar nuestro corazón; por eso no sabeis emplear otros medios para haceros corresponder que el de las súplicas: el mas ineficaz sin duda. Nosotras sabemos mas de eso, como que el amor es nuestra ocupacion eterna, nuestra historia.

—Pues bien, aconsejame. ¿Qué debo hacer? ¡Su mano!

—Si la Infanta os propone ir á Talavera, llevadla, dejadla allí en la mayor libertad, poned centinelas en los caminos que impidan á todo el mundo la entrada, y haced que os acompañe un sacerdote.

—¿Qué misterios son esos? preguntó D. Enrique sorprendido de la intriga de Mari-Barba. ¿En que os fundais para asegurar que obrando así oiré de sus labios una palabra de amor? ¿Qué tiene de comun nuestra suerte?

—Nada de eso, señor, necesitais saber para ser correspondido; y quizá sea un obstáculo saberlo.

—Pues entonces no me lo digas, haré ciegamente cuanto me has indicado.

¿Qué razon tenia Mari-Barba para obrar de este modo? ¿Cuál era el objeto de sus intrigas?

Su proceder era consecuente. Juzgaba, atendiendo al carácter de los dos, que haciéndole creer á cada uno que habia sido engañado por el otro, la Infanta por vengar su insulto accederia á los repetidos ruegos de su primo. Así lo dió ella misma á entender un dia diciendo: «por él solo jamás seré suya» y Manrique por vengar su ofendido orgullo se echaria en sus brazos, de lo cual, en parte ya le habia dado pruebas en el convento.

En el plazo convenido todo se ejecutó del modo que se habia resuelto.

Doña Catalina esperó en vano al trovador toda la mañana en el alcázar. Cada instante que pasaba apagaba una chispa del fuego de la esperanza que hasta entonces la habia sostenido. Mari-Barba le habia asegurado para su desengaño que Manrique no acudiria al lugar de la cita. La Infanta veia con dolor cumplirse la amenaza; su rival era por consecuencia preferida. En el estremo de su desconsuelo llamó á Josefa á preguntarle por la vigésima vez las circunstancias de su recado, á clavarle por la vigésima vez un cuchillo en el corazon.

—Josefa, le dijo, ¿tú lo viste?

—Sí, señora, yo misma.

—¿Oyó con ansia tus palabras?

—Ni aun pareció escucharlas.

—Pero al fin te dijo...

—Iré... no importa... iré... Como hablando consigo mismo. Despues, dirigiéndose á mí.—Decid á la hermana del Rey que iré.

—¿No te preguntó nada?

—Nada.

—¿Y al despedirte?...

—Apenas me saludó.

—Está bien, retírate.—Despues como si acabara de tomar una resolucion.—Oye, le dijo. ¿Ha venido mi primo?

—Aun no, señora.

Subió en seguida la Infanta con serenidad aparente, á la torre del homenaje á ver si venia D. Enrique, segun se decia á sí misma, en realidad á ver si llegaba su adorado poeta. De allí á un momento descubrió á su primo á la cabeza de una lucida tropa de caballeros. Despues á nadie mas.

—¡Mal caballero! ¡engañarme! exclamó furiosa; y midió en seguida con la vista, la altura en que estaba del suelo. En el momento de ir á descolgarse vió dos personas en la cumbre de un cerro. Eran Manrique y Mari-Barba.

—¡Se rie! se mofa de mi amor en mi presencia!—Exclamó la Infanta, y bajó de la torre á recibir á su primo. Estando en mitad de la escalera le asaltó otra vez la idea de despenarse.

—Pero no, repitió. Si nosotros vemos cariño donde no hay mas que respeto, haya solo lástima donde ellos ven amor.

—D. Enrique, segun las instrucciones de Mari-Barba, mandó al llegar al alcázar tocar las músicas que tenia preparadas. Al encontrarlo Doña Catalina, forzando sus labios á sonreirse le dijo:

—¿Qué complaciente habeis sido! D. Enrique, me ha vastado una insinuacion para dejarme venir.

—¿Y llamais prima, á eso complacencia?

—Para mí, respondió la Infanta, que tantos motivos os he dado de queja.

—Alma mia, respondió el Infante enagenado de gozo; esa sonrisa me hace olvidarlos todos... ¡Si fuera posible!... ¡Si yo lograra de tu boca una palabra que no fuera de desprecio!... Toma mi corazon por un instante de amor.

—Tu corazon no, D. Enrique, guárdalo para amar; ¡bien merece el mio tu constancia!...

—¡Oh! dílo mil veces, di mil veces que me amas, que serás mia; no dejes de pronunciar esa palabra por mí tan deseada....

—Te amo, dijo la Infanta exalando un profundo suspiro. Era el primero de su infortunio.



Media hora despues los desposaba el obispo de Palencia en presencia de toda la corte, la cual comenzó de mil modos la repentina mudanza de Doña Catalina.

Mari-Barba triunfó, verificado este enlace, á medias, veamos si triunfaba del todo atrayéndose el amor de Manrique.

Fué este detenido, á pesar de sus muchas y vivas instancias, por los centinelas que al efecto habia colocado el Infante en el camino de Olmedo á Talavera, y ya

se volvía despues de mil súplicas y maldiciones cuando se encontró con Mari-Barba que se dirigía al castillo creyendo que ella tendría franco el paso, se le acercó y le dijo.

—¿A donde vas? Mari-Barba.

—A Talavera, contestó sin pararse, ¿vienes tú de allí?

—Iba; respondió siguiendo a Mari-Barba, pero me han detenido unos soldados.

—Pues que estás tú también convidado? dijo Mari-Barba maliciosamente.

—¿A qué?

—¿No lo sabes? Manrique.

—No sé nada. ¿Qué hay?

—No quiero que sepas por mí esa noticia.

—Por piedad ¿qué hay?

—Una boda.

—¡Mentira!

—Hoy se casa la Infanta Doña Catalina con el Infante D. Enrique.

—¡Mentira!... ¡Ella perjura, infiel á su trovador! Es imposible....

—Manrique, desde aquel cerrito se oirán los conciertos nupciales, subamos á su cumbre.

Entonces fué cuando los vió la Infanta. A poco rato en efecto llegaron á sus oídos los ecos de las músicas y algazara de Talavera, donde se esparció al momento la noticia del fatal enlace.

—¡Todo lo he perdido! exclamó Manrique, quedando inmóvil y con los brazos abiertos.

—¡Te queda mi corazón! respondió Mari-Barba cayendo ante él de rodillas.

El trovador parecía alguna distancia una cruz clavada en la cumbre de la montaña, y Mari-Barba la imagen de la oración puesta á su pié.

—¡Todo, todo lo he perdido! repitió el poeta sin hacer caso de su antigua amiga. El mundo hecho para mí un lugar de tinieblas, yo hecho un cadáver para el mundo, mi corazón una copa de hiel para mi vida, vagaré en adelante como un fantasma por un cementerio, dejándome en cada instante un recuerdo, en cada recuerdo una ilusión, en cada ilusión un pedazo de mis entrañas.

Mari-Barba viéndose despreciada hasta tal extremo, dió á sus facciones una expresión feroz de locura.

—Oye, Manrique, dijo con voz interrumpida, no he conseguido hacer conformes nuestros sentimientos, pero si análoga nuestra suerte.... ¿Para qué miras ya al castillo?... Tú llorarás como yo lloro, la Infanta llorará como los dos, porque la Infanta—oyeme que esto es muy grave—no ha dejado un momento de ser fiel. Al pié de los altares con D. Enrique te adoraría mas que nunca.

—¿Qué dices?

—¿Me oyes ya? Escucha. Yo te amo, sí, te amo mucho; me he declarado á ti de rodillas. Tú á mí no me amas, ya lo sé. Infeliz yo, no te hubiera podido ver feliz en los brazos de esa.... por eso he tratado de que llores conmigo. Te he acariciado en presencia de la Infanta para infundirle celos, he procurado que la veas con su primo para dárteles á ti....

—¡Maldita seas! lo comprendo todo....

Escucha, á mis ruegos te citó la Infanta para hoy en Talavera, á mis ruegos ha puesto el Infante esos soldados para que te detengan, y tu amante que te habrá esperado ansiosa, creyéndote ingrato y mal caballero, ha consentido en un desposorio que siempre ha repugnado. ¿Me has comprendido bien?

—¿Has acabado ya? dijo el trovador clavando en ella sus ojos centellantes.

—No. ¿Quién es el mas infeliz de los cuatro?

—Tu la mas dichosa, porque vas á morir.

—Si, sí, exclamó Mari-Barba arrojándose otra vez á los pies del poeta, dichosa si recibo de ti la muerte!...

Manrique que habia levantado el puñal para hierirla, lo tiró lejos de sí al oír el acento tierno y resignado, y huyó de allí despertando con sus gemidos los ecos de las montañas.

El Rey D. Juan el II rompió sus prisiones, harto descuidadas desde el día que D. Enrique obtuvo la mano de su prima, y se fué á juntar con sus parciales al castillo de Montalvan.

Mari-Barba perdió la razón con la esperanza.

Y la Infanta y Manrique, ¿se vieron alguna vez en adelante? No lo sabemos.

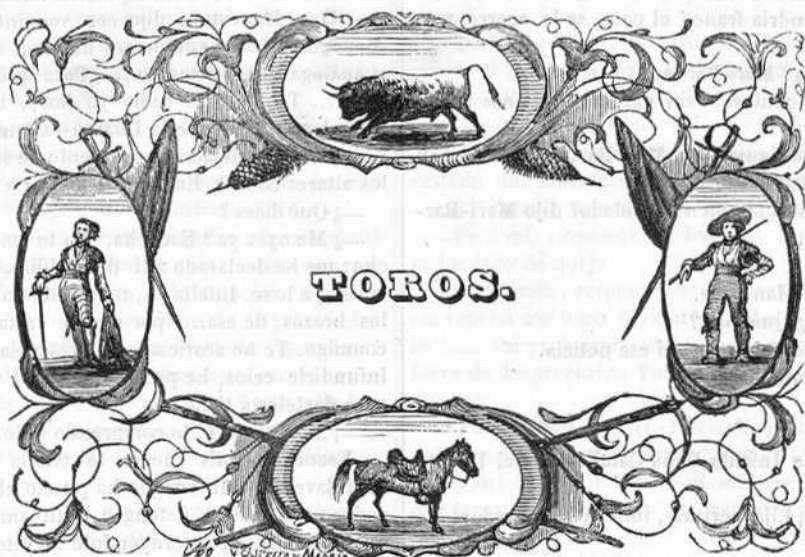
MIGUEL LOPEZ MARTINEZ.

REVISTA DE LA SEMANA.

Terminadas las solemnidades de Semana Santa, en que el recogimiento y la gravedad dan cierto aire de tristeza al aspecto exterior de nuestra corte, han principiado nuevamente renovando el bullicio y algazara de este hervidero de pasiones y goces que se llama *gran mundo* y que solo puede encontrarse en las poblaciones de alguna consideración, las representaciones dramáticas, los espectáculos de baile y ópera, y demas fiestas populares, cuyo círculo vá ensan-

chándose cada vez más en este Madrid, muy diverso á la verdad del que conocían nuestros padres, y que segun la feliz expresión de Jovellanos solo se contentaba con *pan y toros*. Hoy además de pan, quiere dramas y óperas, y bailes y conciertos y monos, y que sé yo cuantas cosas, sin olvidarse por eso de los toros.

Pero este asunto de toros, bien merece un capítulo aparte.



El día 13 del actual se dió la primera corrida, que fué concurrida como podía serlo en la dichosa época en que los toros eran la diversion privilegiada de todo el pueblo de Madrid, desde la última manola de los barrios mas apartados, hasta el mas encopetado consejero de Castilla. El famoso Chiclanero y su cuadrilla, que tan buenas lidias ha hecho en la plaza de la capital, lucieron en ese día sus habilidades con los no menos célebres vichos de Veraguas, Osuna y Colmenar Viejo, á pesar de la incómoda lluvia que vino á sentar el polvo de la plaza.

Este afán tauromáquico se multiplica de mil maneras, y las funciones de novillos rivalizan con las de toros, si no en cuanto á los lances del arte, en la curiosidad que las gentes muestran por asistir á esas corridas de segundo orden. Hasta la clase militar, cuyo carácter debe ser un modelo de gravedad y decoro, no se desdén de vestir el traje de capeador y banderillero, ejercitándose en combatir á brazo partido con animales que entienden poco de escaramuzas, asedios, ni guerrillas. Esta mania torera que no hace muchos años mereció en las provincias la justa crítica de un escritor bastante conocido, acaba de ser imitada en esta corte por los alumnos del colegio general militar, los cuales dieron el martes, prévia la anuencia del director del establecimiento, una funcion de novillos. A ella concurrió bastante gente, y no hubo que lamentar ninguna desgracia, que es cuanto puede apetecerse en casos semejantes.

Siete teatros se han abierto el primer día de Pascua en esta corte, y en todos siete ha habido una concurrencia numerosa, como si hubiese pasado un año sin ver actores ni oír cantantes.

La Academia Real dió principio á sus representaciones en el teatro de la Cruz con muy buen éxito, siguiendo

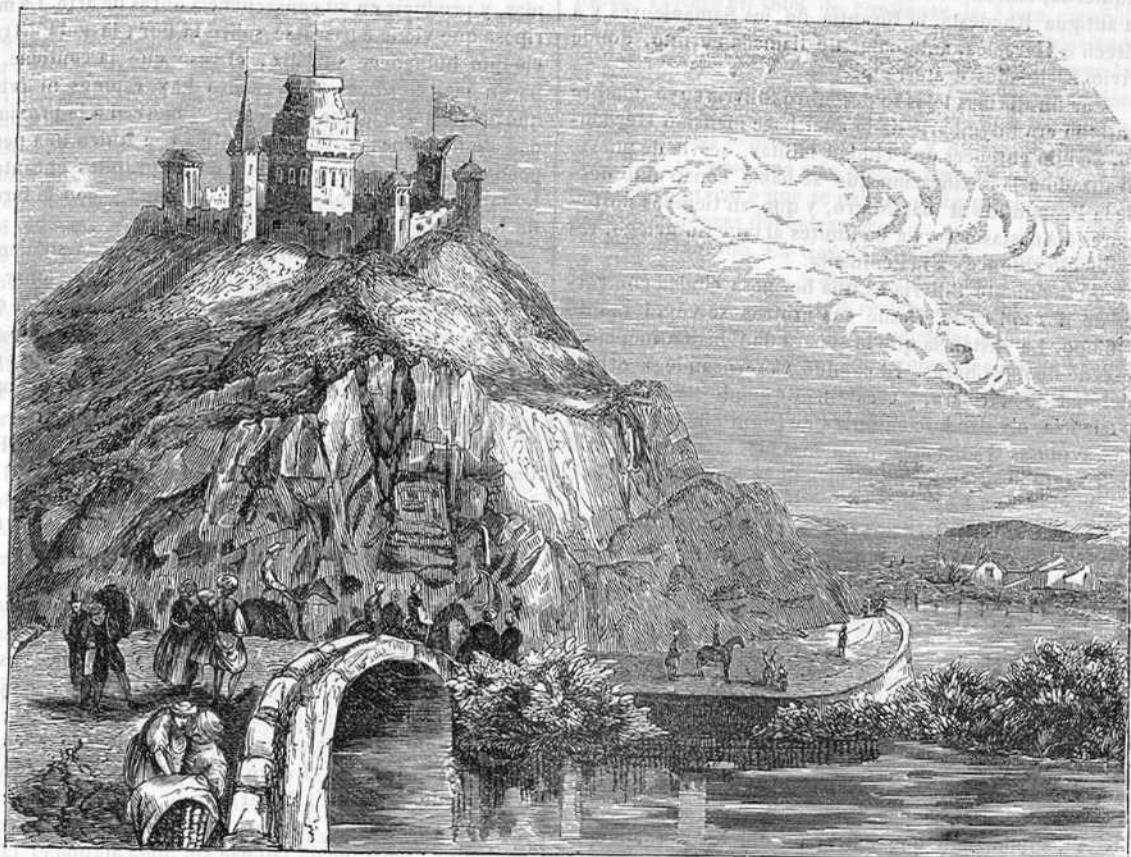
do el sistema de ofrecer al público funciones variadas y divertidas compuestas por lo general de piecitas ligeras.

En el teatro del Principe se puso en escena el *Grumete*, comedia en dos actos, acomodada á la escena española por D. Ramon de Navarrete. La pieza en sí ofrece poco interés, y solo se ha hecho notable por el papel, de *Grumete* que en ella tiene el señor Romea, el cual lo ha desempeñado tan hábilmente, que ha merecido ser llamado diferentes veces á las tablas. Principalmente en las últimas escenas estuvo felicísimo, espresando con la mayor propiedad los afectos de generosidad, abnegacion y energia que en una situacion buscada *ad hoc* debía sentir el *Grumete*. Este mérito en la ejecucion, que llega á dar valor á escenas que tal como salieron de la pluma del escritor valen poco, era sin duda acreedor á las demostraciones y aplausos con que el público colmó los dignos esfuerzos del señor Romea.

El martes se verificó en el salon de la Union, el gran concierto vocal é instrumental á beneficio de la célebre *Mme. Gordon*, que no habia tenido lugar antes á causa de las funciones de Semana Santa. Tanto esta artista extranjera, como los demas que tomaron parte en el concierto, procuraron desempeñar bien sus papeles; pero la concurrencia no salió de la funcion tan satisfecha como se habia prometido.

En los demas teatros no ha habido grandes novedades continuando las representaciones de óperas y bailes de que ya tienen noticia nuestros lectores. En el del Circo se esperan algunos cantantes, que llamarán estraordinariamente la atencion, y cuyo mérito nos proponemos analizar cuando llegue el caso.

VIAJES.



CASTILLO DE SILIVRIA A ORILLAS DEL MAR DE MÁRMARA.



DESDE Esmirna hasta Constantinopla todo el camino está sembrado de grandes recuerdos. Antes de salir del Archipiélago se costea á Lesbos, la patria de Safo y á la fértil Tenedos que sirvió de asilo á los héroes de Homero. A la derecha se descubren las llanuras de Troya, en donde los pastores árabes enseñan á los viajeros los sepulcros de Patroclo y de Hector. La entrada de los estrechos de los Dardanelos, escasamente defendida por castillejos de murallas cubiertas de cal, asentados sobre una cordillera de colinas de poca elevacion, recuerda la muerte de la hermosa Elena, robada por las olas en el bellocino de oro que le habia enviado Júpiter. Muy pronto la

atencion se divide entre Sestos, donde se elevaba la torre de Hero y Abydos fundada por Gigeo, y mas célebre aun por al trágico fin de Leandro que por el puente de barcas que en ella puso Jerjes para atravesar el Helesponto: mas lejos á la izquierda se percibe á Gallipolis la antigua Callipolis. Al salir del canal, en la Propóntide ó sea mar de Mármara, despues de haber doblado el cabo Karaboa sobre la costa de Asia, se pasa por delante de la desembocadura del Granico, cuyas aguas se vieron un dia enrojecidas con las victorias de Alejandro.

Allí aparece tambien la isla de Cycico, que recuerda un episodio interesante de la famosa expedicion de los argonautas. Está cubierta en parte por el Archipiélago de las islas de Mármara, de las cuales la principal llamada sucesivamente Proconesa y Elafonesa, debe su último nombre, que ha llegado á ser con el tiempo el de la

misma mar, á los hermosísimos mármoles blancos (*mar-mor*) que los antiguos sacaban de sus montañas.

Siguiendo la orilla por el lado derecho, se dá vista al golfo de Nicea y á las islas de los Príncipes; por el lado izquierdo, enfrente al Proconeso se descubre á Rodosto, la antigua Rhedesta, la Bisantia de los Samanienses y á Ereclí ó Heracléa, antiguamente llamada Perinto, donde vivió Alcibiades desterrado.

Por fin allá mas lejos se descubre Silivria cuyo nombre antiguo era Silymbaria de la cual hace mencion Herodoto. Siendo entonces una ciudad militar, servia de puesto avanzado á la fortificacion que se habia construido desde la Propóntide al mar Negro, y que en tiempos posteriores á Anastasio servia de limites al imperio griego, reducido entonces á la Península.

Actualmente Silivria es una hermosa ciudad con cerca de dos mil casas. Desde sus azoteas se vé el monte Olimpo. La distancia que la separa de Constantinopla no escude de doce horas. El camino vá serpeneando á orillas del mar de Mármara, y el caminante que lo sigue con impaciencia, olvidándose entonces de la antigüedad y de sus maravillosas tradiciones, no piensa mas que buscar en el horizonte los esbeltos minaretes de la oriental Stambul.

BELLAS ARTES.

PENSAMIENTOS DE GOETHE.

Se habla de la naturaleza y de su imitacion, y se añade despues que debe existir una naturaleza hermosa: es preciso pues, sin duda alguna escojer lo mas hermoso que exista; pero ¿qué signo nos lo podrá dar á conocer? ¿qué regla debe presidir á esta eleccion? ¿dónde está esa regla? no existe por cierto en la naturaleza.

Y, suponiendo que exista un objeto, por ejemplo, el árbol mas hermoso de un bosque reconocido como el tipo mas perfecto de su especie; para metamorfosear este árbol en su imágen, doy vueltas á su rededor, trato de escojer el lado por donde parece mas hermoso, me coloco á la distancia conveniente para verle completamente en su conjunto, espero un día favorable; y despues de todo esto, ¿creeis que mucho de lo que pertenece al árbol real puede trasladarse al papel?

Al vulgo le es lícito creerlo; pero el artista que debe poseer el secreto de su arte, no deberia incurrir en semejante error.

Precisamente lo que mas agrada á la multitud como natural en una obra del arte, no es la naturaleza exterior, sino el hombre, la naturaleza interior.

El mundo no nos interesa sino por su relacion con el hombre. No nos complace en el arte si no lo que es la expresion de esta relacion.

Haber tratado, sin éxito, de satisfacer las mas altas exigencias del arte, es mas apreciable que haber llenado perfectamente las condiciones inferiores.

Estamos muy convencidos de la necesidad de los estudios de la naturaleza para el escultor y el pintor; solamente confesamos que nos hemos sorprendido frecuen-

temente al ver el abuso que se hace de tan laudable ejercicio.

Existen en la naturaleza objetos que, considerados aisladamente, presentan el carácter de la hermosura; sin embargo el talento consiste en descubrir las armonías, y producir en su consecuencia obras de arte. La mariposa que viene á pasearse sobre la flor, la gota de rocío que humedece su cáliz, el vaso que la contiene, la hacen mas hermosa todavia. No hay espinos ni árbol que no pueda hacerse interesante, merced á la proximidad de una roca ó de una fuente, y á quien una perspectiva hábilmente combinada no dé grandes encantos. Lo mismo sucede con la figura humana y con la forma de los animales de todas clases.

El jóven artista encontrará mas ventajas siguiendo esta marcha; aprenderá desde luego á reflexionar, á combinar, á conocer las relaciones entre los objetos que se armonizan reunidos. Si compone con talento siguiendo este camino, no le faltará la invencion, es decir el arte de sacar de una simple particularidad una multitud de ideas.

Si yo pregunto á jóvenes pintores alemanes, aun aquellos que han vivido largo tiempo en Italia, porque se nota tanta dureza y sequedad en los tonos que dan á sus paisajes, porque sobre todo parecen huir de toda armonía, responden con mucho aplomo: así vemos á la naturaleza.

El hombre dotado originariamente por la ciencia de las mas felices disposiciones, necesita ser formado por la educacion. Sus facultades no pueden desarrollarse si no por los cuidados que le prodigan sus padres, por el ejemplo ó por una esperiencia laboriosamente adquirida; del mismo modo el artista no ha nacido formado del todo, sino únicamente con el germen del talento. La naturaleza puede muy bien haberle dado el mejor golpe de vista para escojer las formas, las proporciones, los movimientos; pero puede faltarle sin duda alguna el talento natural para la alta composicion, reunion y distribucion de la luz y sombras, y eleccion de los colores.

Sino se siente dispuesto á aprender de los grandes maestros de los siglos pasados ó de los contemporáneos lo que le falta para ser un verdadero artista, halagado por la falsa idea de su originalidad, permanecerá inferior á sí mismo, porque no solo nos pertenece y se confunde con nosotros lo que es innato, sino tambien lo que hemos podido adquirir.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.

DON MARIANO LA-GASCA.

El vivo deseo que nos anima de contribuir á realzar el lustre de nuestra patria, y el deber de rendir un tributo de admiracion á uno de los sábios que honran el presente siglo, muévenos á insertar en las columnas del *Sema-*

nario la biografía del justamente célebre D. Mariano La-Gasca y Segura; cuyo respetable nombre sería en verdad harto chocante que en aquellas no apareciese, cuando figura, con no poca gloria de la nación que le dió el ser en las de varias de las mas interesantes publicaciones europeas.

En la villa de Encinacova, pequeña población de la provincia de Teruel, nació en 1776 D. Mariano La-Gasca. Fueron sus padres D. Ramon y Doña Manuela Segura, propietarios y de buenas familias ambos. Queriendo estos, segun parece, que su hijo siguiese la carrera eclesiástica, le enviaron á la ciudad de Tarragona, en donde y bajo la proteccion del ilustrado canónigo de aquella iglesia Metropolitana D. Antonio Verdejo estudió latinidad, filosofía y un curso de teología. La decidida afición que manifestó La-Gasca á la botánica, fomentada por las conversaciones que tuvo con algunas personas ilustradas, y muy particularmente con D. Antonio de Martí, quien le abrió el camino que habia de seguir con tanta constancia, fué acaso la principal causa de abandonar la carrera eclesiástica, á la que no tenia inclinacion, y consagrarse enteramente á la ciencia de los vegetales; ciencia vastísima que hizo las delicias de su vida entera.

Pasó en 1795 á Zaragoza, en cuya Universidad cursó el primer año de medicina, siguiendo los restantes que dicha facultad requiere, en la Universidad de Valencia y en el colegio de San Carlos de Madrid. Los estrechos límites de un artículo no permiten ciertamente que hablemos de la primera época de la vida de la La-Gasca con la estension que debiéramos, concretándonos á decir, que mientras sus condiscipulos se entregaban al ocio y á las diversiones en las temporadas de vacacion, nuestro jóven botánico aprovechaba aquel tiempo, tan precioso para él, y salia al campo á cojer plantas, para poderlas examinar en diferentes fases de vegetacion. Despues de haber recorrido gran parte del reino de Valencia, llegando á sitios que nadie habia reconocido, se dirigió por Andalucía y la Mancha á Madrid, adonde llegó con un rico herbario de cuatro mil especies, recogidas todas por su mano: pues cada viaje que hacia La-Gasca era una continua herborizacion.

En el primer año del siglo que vá transcurriendo comenzó á brillar aquella luminosa antorcha, que tanta luz habia de comunicar á los amantes de las ciencias naturales. No bien hubo llegado á Madrid, dióse á conocer La-Gasca en la cátedra del famoso jardin Botánico, que para utilidad y recreo de los habitantes de la capital fundára el gran Carlos III. Allí, en aquel emporio de la ciencia, con asombro de todos los concurrentes y aun del mismo profesor Gomez-Ortega, manifestó La-Gasca los conocimientos que sus no interrumpidas tareas le habian suministrado. Hízose entonces amigo de Rojas Clemente, en cuya compañía herborizó varias veces en las cercanías de Madrid, y á quien comunicó su afición á las plantas gramíneas y exotógamas, sobre las cuales nada se habia explicado en la clase.

Dispensaron su proteccion á La-Gasca varios sujetos de nota por su saber ó posicion, entre las cuales merecen ser nombrados el catedrático de clínica D. José Se-

vero Lopez, y el gran botánico D. Antonio José Cavanilles, quien obtuvo del Gobierno para su amigo y protegido una plaza en el mencionado jardin con título de alumno y la dotacion de 300 ducados, sueldo que en 1802 se duplicó en atencion á los progresos que el agraciado hacia. Tratóse en 1803 de continuar la Flora española empezada por Bernades, y al efecto fué comisionado La-Gasca, á propuesta de Cavanilles, para recorrer las provincias seteptrionales de nuestra Península, señalándose muy particularmente en este viaje, por haber descubierto en las montañas de Leon y Asturias el liquen islándico: servicio que solo podrán apreciar los que sepan el escesivo precio á que se pagaba dicha planta, importada hasta entones del extranjero.

Fué nombrado La-Gasca en 1806 vice-profesor del Real jardin Botánico, y ascendido á profesor de botánica médica con nueve mil reales de sueldo en 1807. El profundo estudio que de los vegetales habia hecho en el gran libro de la naturaleza, reconociendo la mayor parte de nuestra Península, dió á La-Gasca un tacto fino y un singular conocimiento, que no pueden suministrar los jardines ni los herbarios, cuya inmensa utilidad estamos muy lejos de negar. Empezó nuestro jóven botánico á difundir por medio de la imprenta la afición al estudio de la botánica, insertando en los *Anales de ciencias naturales* y en las *variedades de ciencias, literatura y artes*, varias memorias interesantísimas ya sobre las especies nuevas cultivadas en el citado jardin, ya sobre algunas plantas recogidas en Sierra-Nevada, ya sobre los vegetales hallados por Broussonet en su viaje al norte del Africa; ya finalmente, sobre otras muchas plantas, que nos es imposible enumerar, contentándonos, en obsequio de la brevedad, con citar entre su muchos trabajos la introduccion á la criptogamia española, en cuya redaccion tuvieron parte Clemente y el señor D. Donato García. El nombre de La-Gasca fué desde entonces conocido en todo el mundo civilizado.

Llegado el año de 1808, y comenzada la gloriosa lucha de la independencia, trató el intruso Monarca de unir á su partido los sujetos de conocido mérito, y la recomendacion de Humboldt le acarreó á La-Gasca el disgusto de verse nombrado por el gobierno de José director del jardin botánico, y dotado con un sueldo de 12,000 pesetas. Con indignacion oyó semejante nombramiento, y como un hombre de su temple no podia anteponer al honor y al deber los viles intereses, se ocultó al pronto, y logró á poco fugarse, presentándose á las autoridades legítimas. Agraciado por estas con una plaza de médico de número del tercer ejército que se hallaba en el Mediodia de la Península, hizo eminentes servicios, cuando la fiebre amarilla esparcia el espanto y la consternacion por aquellas hermosas provincias, y publicó varios opúsculos sobre la horrible enfermedad que las desolaba. Aprovechando los cortos ratos que sus ocupaciones dejaban á La-Gasca libre, los empleaba en el exámen de los vegetales, sin perder nunca de vista sus dos grandes proyectos, la *Flora* y la *Ceres españolas*.

Terminada felizmente la guerra de seis años, aquella guerra en que nuestros padres mostraron ser dignos

descendientes de los vencedores de Lepanto y de Otumba; se hallaron todos los establecimientos públicos en el mayor abandono. Cupo semejante suerte, como era de presumir, al Real jardín Botánico de Madrid, cuya direccion fué conferida á La-Gasca interinamente por la Regencia, y en propiedad por el Rey con la dotacion de 24,000 rs. Desempeñaba La-Gasca los empleos de catedrático y director con admirable exactitud, y al mismo tiempo seguía trabajando en la *Flora* y la *Ceres españolas*, sin que tantas y tan importantes tareas le impidiesen seguir en relaciones científicas con muchos correspondientes. Y á pesar de estar entregado á tan

improbos afanes, cuantos asistieron á su cátedra ó le vieron en el jardín, que solo él podía restituir á su antiguo estado, confiesan que por su esmero, su laboriosidad y su constancia parecia que á una sola cosa estaba dedicado.

No es propio de este lugar el presentar una relacion de los apreciables trabajos que La-Gasca hizo al público, y á los cuales debió la particular distincion con que le miraron los sabios de todos los paises. Colocado en la cumbre de la ciencia, y rodeado de inmarcesible aureola se hallaba La-Gasca, cuando honrado con la confianza de sus paisanos, tuvo que tomar parte en las



(Retrato de D. Mariano La-Gasca.)

cuestiones políticas, como representante de aquellos en las legislaturas de 1822 y 23, dando entonces como en todos los periodos de su vida pruebas inequívocas de probidad y desinterés. Pasó con el gobierno á Sevilla, en donde, al marchar á Cádiz, dejó su equipaje, del que hacian parte preciosos manuscritos, los mas de la *Flora española*, fruto de 30 años de observaciones y desvelos y próxima á la sazón á darse á la prensa, hallándose tambien allí su herbario y su biblioteca. Todo pereció en 13 de junio de 1823, en cuyo día fué arrojado á las llamas ó al rio, cuanto pertenecía á los diputados.

Emigrado en Londres, emprendió La-Gasca de nuevo su estudio favorito, afligido siempre con el recuerdo tristísimo de la pérdida de sus manuscritos,

pérdida irreparable que su grande alma solamente podía soportar con resignacion admirable. Las muestras de singular aprecio que le dispensaron Lambert, Anderson, Brocon, Smith, Lindley, Bertan, Hooker, Ooon, Webb y otros muchos, hicieron mas llevadera á La-Gasca la penosa emigracion. Todo el tiempo que esta duró, se ocupó en el exámen de las plantas, habiendo tenido á su disposicion los mejores herbarios y jardines, mereciendo especial mencion entre los primeros el del inmortal Linneo, y entre los segundos el inmenso de Chelsa. No admitió La-Gasca una cátedra de botánica en los Estados-Unidos, ni quiso tomar parte en la redaccion del *Botanical register*, por no tener suficiente conocimiento del idioma inglés. Reconoció los

alrededores de Londres, y dió á luz un tomo con el título de *Hortus sicus Londinensis*, á cuya publicacion siguió la de otros utilísimos trabajos.

Vióse precisado La-Gasca á trasladarse á la isla de Jersey, en la que logró restablecer su quebrantada salud, y allí como en todas partes, se consagró á su estudio predilecto, debiendo aquellos isleños á sus prudentes consejos el que los granos de la citada isla sean importados en Inglaterra.

Los cambios políticos ocurridos en España á la muerte del último Rey, abrieron á La-Gasca las puertas de su patria, de la que habia estado ausente por espacio de once años. Llegó á Barcelona á fines de 1834 marchando en seguida á la corte, en dode en vez de consuelos y satisfacciones, solo halló disgustos y persecuciones, que sin una justa indignación no es posible recordar. A pesar de tamañas injusticias y del fatal estado de su salud todavia fué útil á su patria, debiéndose á sus instancias la creacion de la junta de profesores encargada del Museo de Ciencias naturales. El gobierno dió á La-Gasca la presidencia de dicha junta y le condecoró con la cruz de comendador de la orden de Isabel la Católica.

Tomando incremento la enfermedad de La-Gasca pasó á Barcelona, en cuya ciudad era muy apreciado. Hospedóle en su palacio el respetable prelado de aquella diócesis, consiguiendo á fuerza de cuidados prolongar algunos meses tan preciosa existencia. Permítasenos copiar las siguientes palabras del señor D. Agutin Yañez y Cirona, las cuales dan una idea exacta del carácter de La-Gasca. «Pocos dias antes de su fallecimiento, cuando ya no podia casi tenerse en pié, dice el es-

»presado señor Yañez, le vi como se esforzaba.... pa-
»ra cojer del suelo del mirador los paquetes de sus plan-
»tas; pero yo me anticipé; puse muchos paquetes so-
»bre una mesa, en frente de la que él se sentó, y vi ani-
»marse su rostro cadavérico, al revolver los pliegos del
»papel; mostrarme algunas de sus queridas gramíneas;
»y explicarme las diferencias entre las salvias que tenia
»recogidas.»

Después de una penosa enfermedad, murió La-Gasca el día 26 de junio de 1839, á los 62 años de edad. Lloró su pérdida la Europa culta y su nombre queda estampado en los anales de la ciencia, siendo algunas especies de plantas conocidas con el del inmortal botánico, cuya biografía acabamos de bosquejar.

Muchas corporaciones literarias honraron á La-Gasca admitiéndole en su seno, dando así un público testimonio del alto y justo aprecio que de él hacian; y la Academia de Ciencias Naturales y Artes de Barcelona ha colocado su busto en la hermosa sala de sus sesiones.

Muy lejos estamos de creer, que estos pocos renglones correspondan á la importancia del asunto en ellos tratado: por la intencion, no por el escaso mérito de aquellos, queremos que se nos juzgue.

NOTA. El retrato del señor D. Mariano La-Gasca que hemos puesto al frente de su biografía, está copiado de uno bastante exacto que posee su apreciable familia, la cual ha tenido la bondad de permitirnos sacar de él una copia, en atencion á que el único que existe, fué grabado en 1842, en Barcelona, con arreglo á la mascarilla que se sacó del cadáver, y por consiguiente representa un rostro demacrado y sin semejanza alguna.

COSTUMBRES.



La Puerta del Sol de Madrid.

Con motivo de la orden dada estos dias para el despejo de la Puerta del Sol, refiere el *Heraldo* las diferentes clases de personas á quienes perjudica esta disposi-

cion, esponiendo al mismo tiempo el orden y las horas en que cada una de ellas ocupa los diferentes puntos de la Puerta del Sol, ejerciendo su respectivo oficio.

Los primeros que por la mañana temprano se reúnen en la Puerta del Sol son los pintores de brocha gorda. Estos ocupan generalmente, como su punto céntrico, la esquina de la calle de Alcalá, y pasan allí desde las siete a las ocho de la mañana, hora en que se marchan a su trabajo después de haber hablado con sus maestros o directores que les proporcionan obras y les hacen sus nuevos ajustes.

Desde las ocho hasta las diez, la Puerta del Sol queda despejada sin que en sus diferentes puntos se note más que el continuo motivo de las muchas gentes que cruzan en todas direcciones.

A las diez principian a presentarse los chalanés, los cuales, reuniéndose en pequeños grupos en las desembocaduras de las calles de Alcalá, la Montera y Carrera de San Gerónimo, hablan de su tráfico, se hacen sus respectivos encargos, refieren los negocios que terminaron el día antes, y los tratos que tienen pendientes, y por último al llegar las once se dispersan en pequeñas fracciones y marchando a las tabernas de su mayor devoción en los barrios escéntricos, se separan luego enteramente para irse a cuidar de sus caballos y limpiar sus estropeadas mulas, que después han de hacer pasar por buenas entre los caleseros y conductores de carros.

A las once, la acera que se extiende desde la puerta del café de Lorencini hasta la esquina de la calle de Carretas se ocupa enteramente por los jugadores, entre los cuales se agitan, llevan y traen los corredores del oficio y los que sirven de ganchos; y esperan órdenes de los gefes superiores aquellos que en su macilento semblante manifiestan no hacer otro papel que el de apuntar a la oreja o servir de gurupí. A las doce estos amigos de la policía se marchan, según su expresión, cada cual a su oficina.

Los músicos de iglesia que a las doce han terminado ya sus funciones, aparecen a esta hora en la acera frente a Correos. Allí los *festeros* dan sus órdenes para el día siguiente, y se averigua si ha muerto algún pájaro gordo, o si hay alguno a punto de caer, para intrigar con sus albaceas y ver quien se lleva la dirección de su funeral. La alta y baja de las novenarias y jubileos se hace también allí cerrar antes que dé la una.

Desde esta hora hasta las dos solo los cesantes y noticieros hacen el gasto, reuniéndose en corrillos en diferentes puntos.

Entre dos y dos y media, cuando se cierran las operaciones de la Bolsa, los bolsistas principian a aparecer en la esquina de la calle del Carmen, y estendiéndose por la acera de la calle de la Montera, que conduce a San Luis, hablan de política, repasan la crónica de la capital, y galantean a cuantas señoras se ven precisadas, o van acaso con intención a ser revistadas por un ercido número de desocupados que se entretienen en aquel lugar hasta las tres y media de la tarde.

Allá sobre las cinco, los chalanés vuelven a reunirse en el sitio que acostumbran, y los jugadores van también al anochecer a recibir nuevas órdenes para marchar en seguida a sus oficinas.

Entra la noche, las aceras de la Puerta del Sol perte-

necen más que a nadie a los fosforeros y a las mugeres públicas, que aunque siempre van de paso, necesitan el terreno despejado para atravesarlo libremente y con frecuencia, sin verse obligadas a reprimir su natural desventura y su aire poco comedido.

El café de Lorencini es de noche el punto de retirada para gran número de los que han pasado el día dando vueltas en la Puerta del Sol, donde además de las clases que hemos citado, hay constantemente en movimiento cierto número de vendedores de relojes, sortijas y otras alhajas, y una guardia perene de los de la hermandad del *dos*, que según les toca el turno pasan el día vigilando y adquiriendo noticias, y de noche se retiran a sus conciliábulos o a sus humanitarios ejercicios.

A estas curiosas noticias añadimos nosotros la vista de la Puerta del Sol copiada de la decoración que hizo el señor D. José María Abrial para el drama titulado los *Misterios de Madrid*, y de cuya exactitud podrán juzgar nuestros lectores. El señor Abrial es uno de los artistas más inteligentes en la perspectiva, y sus decoraciones han sido aplaudidas siempre por el público de esta corte.

POESIAS.

MI PORVENIR.

Salvada de mi infancia la barrera
Próximo apenas a la edad del hombre,
Buscando en valde mi ilusión primera
El mundo cruzo con oscuro nombre.

Sin madre, sin amigos, sin un guía
Que aliento preste con su voz al alma,
Sin más ensueño que la angustia mía,
Sin más recuerdos que mi antigua calma.

Imagen de esa flor, seca, amarilla,
Único adorno de olvidada tumba,
Del sol quemada cuando ardiente brilla
Que el aire rasga cuando airado zumba.

Y nadie de esa flor tiene memoria,
Fétido aroma su botón exhala
Sin otro porvenir sin otra gloria
Que ser de un muerto la asquerosa gala.

¡Quién, pobre flor, te abandonó perdida
Y a mísera existencia te condena!
¡Quién en el mundo me lanzó a la vida
Si nadie a mi existencia se encadena!

«Brotó,» gritó el destino, y tú naciendo
Por patria hubiste un esqueleto inmundo;
«Vive» me dijo «y te dare viviendo
Por patria el cielo, por morada el mundo.»

Y entrambos a la par obedecemos,
Y a entrambos nos bañó la luz del día,
Mas cuando entrambos porvenir pedimos
Distinta tu misión fué de la mía.

«Sea, te dijo, tu misión el duelo,
El muerto de la tumba tu esperanza,
Y tú a quien patria concedí en el cielo
Busca tu porvenir y en él te lanza.

Y el alma mía en ansiedad inmensa
Prestóle al corazón orgullo y brio
Y dijo al contemplar la tierra estensa
«Poco es el mundo para alcázar mio.»

No, no me arredra abandonado y triste
Cruzar la vida peregrino errante,
Dentro del alma la ambición existe,
Tengo en el pecho corazón bastante.

«Busca tu porvenir, dijo el destino,
Tú cuya patria señalé en el cielo;»
Pues bien, le buscaré si hay un camino,
Fuerzas me bastan y me sobra anhelo.

No importa que el pesar mi frente selle,
Ni auxilio quiero ni piedad invoco,
Venga el genio del mal y en mí se estrelle
Yo le desprecio y su furor provoco.

Nave perdida y con la quilla rota
Quebrado el mástil y su gefe muerto,
El mar yo domaré que se alborota
Y al fin triunfante atracaré en el puerto.

¡Oh! si con gloria en la contienda salgo!
Entonces en mi triunfo aduladores,
Los que hoy me esquivan porque nada valgo
Vendrán á darme parabien y honores.

Y entonces ¡ay! en mi altivez herido
Sabré decirles «muchedumbre necia,
Quien dió vuestros desdenes al olvido
Hoy vuestro parabien burla y desprecia.»

Venga el combate de victoria ansioso,
Dentro del pecho el corazón palpita:
A mí, genio del mal, ven rencoroso
Y pon en juego tu misión precita.

Oscuro porvenir, rasga tu manto:
Espacio contemplar quiero mi sino,
Ni adverso al alma llenará de espanto
Ni amigo ha de pararme en mi camino.

Estrecha senda de subir penoso
Que muerte augura su fatal pendiente
Por ella he de trepar y victorioso
Marcar mis huellas en su altiva frente.

Ven, triste flor, de tu destino impío
Quebranta el yugo que opresor te alije,
Busca tu porvenir cual busco el mío
Y en vez de esclava en su señor te elije.

Mas ¡ay! si acaso en mi delirio loco
La muerte me sorprende en la carrera,
Si cuando apenas á mi dicha toco
La tumba absorbe mi ilusión primera,

Entonces, pobre flor, tú que mi amiga
La sola fuiste á quien amé en el mundo,
Sé de mi tumba la señal que diga
Aquí reposa su esqueleto inmundo.

Y si alguno cual yo tras su destino
En esta senda por mis pasos entra,
¡Ay! dile que prosiga en su camino....
Trás de mi tumba el porvenir se encuentra.

ANDRÉS AVELINO BENITEZ.



HORAS DE AMARGURA.

¿Quién puebla de tristes bandas
Los remotos horizontes
Que entre las densas neblinas
Su purpúrea luz esconden?....
¿Quién derrama esos sonidos
Que el éter trémulos rompen,
Y con su lenta armonía,
Y con su rumor acorde,
En precipitado giro
Ahuyentan mis ilusiones?....
¿Qué llama entre los nublados
En vez de gratos fulgores
Brotó la luz de la pena,
Y con su color informe,
Velando siniestramente
El lugar plácido, en donde
Alumbró la esperanza
Solo prediciendo goces,
En el corazón espácese
La hiel de los sinsabores?....
—¡Triste corazón!... la pena
Clavó en ti los agujones,
Y por eso ves el cielo
Antes todo resplandores,
Ahora lleno con la niebla
Que hace tus pesares broten!...
—¡Triste corazón!... los ecos
Que lánguidamente oyes
Poblar de música amarga
El aire con sus rumores
Son los acentos que dicen
A el alma herida, hasta donde
La dicha llega, y las cuitas
Que detrás de ella se esconden.

Es que hay horas de amargura
En que se sienten las voces
De los áridos pesares
Que la paz del pecho rompen;
Y agitan á el alma nuestra,
Y turbulenta la ponen
Como el mas interminable
Que encrespan los aquilones.
¡Ay! esas horas infaustas
En que con tantos rigores
Combaten al pecho herido
Angustiosas sensaciones
Nos hacen que reluchemos
En el mar de los dolores,
Como en el piélago inmenso
Si sus ámbitos recorre
Zozobra la débil barca
Entre las ondas salobres.

Horas que abruma la mente,
Y en el cielo de sus goces

Llenándonos de congoja
 Estienden negros crespones;
 Y robando de la vista
 Sus bellísimos colores
 De aflicción y de agonía
 Ruda pesadumbre imponen.
 Oculta á la dicha un velo,
 Y otro la pena descorre;
 Presentando tristemente
 Con sus contornos deformes
 Desvanecidos ensueños
 Que perdieron sus primores,
 Amargas lágrimas, ayes,
 Suspiros y defecciones:
 Y parece que el celaje
 De la esperanza se rompe,
 Cuando mueren para el alma
 Sus mas bellas ilusiones.
 —Sueños, que al pecho halagasteis
 En sus primeros albores,
 Con vuestras alas purpúreas
 Haced que á mi mente tornen
 Aquellas magas livianas,
 Aquellas dulces visiones,
 Que lánguidas prometían
 En otros tiempos mejores
 Paz en sus leves acentos,
 Y con sus giros veloces
 Las esencias que derrama
 La reina de los amores.
 Y sueños, si haceis que vuelva
 La calma pasada entonces
 Os rendiré el alma mía
 Que rebosará ilusiones
 Como rinden á las auras
 Su aroma mejor las flores.

ANTONIO ARNAO.

REVISTA DE LA SEMANA.

Escasa en novedades de todo género ha sido la presente semana, si exceptuamos la salida de los nuevos cantantes en el teatro del Circo.

Pero si bien se considera, en el estado de decadencia á que habia venido este teatro, en la parte lírica, el suceso de que nos ocupamos es un suceso que vale por otros muchos, pues significa tanto como haber vuelto á la vida la compañía de ópera del Circo con las nuevas adquisiciones que han hecho sus empresarios.

A ellos tributaremos antes de nada nuestra mas viva gratitud: no hemos sido nosotros de los últimos en censurar los elementos de que se componia en la temporada precedente la seccion lírica de dicho teatro; mas ahora que la empresa, cediendo ó no á la necesidad y á los clamores de la opinion, nos dá una compañía tan completa y brillante, falta de consideracion y de agradecimiento seria el no reconocer lisa y llanamente la verdad.

Tales son nuestras convicciones, y en su virtud aplau-

dimos con toda sinceridad la recomposicion de la compañía de ópera del Circo.

Digamos algo sobre los nuevos cantantes.

El crédito y nombradía de que gozaban algunos entre nosotros aun sin haberlos oido, únicamente conocidos por el relato de sus triunfos que leíamos en los diarios extranjeros, pues tal es el privilegio de los hombres de génio, que aun sin vérselos, se les tributa un culto de admiracion universal; y sobre esta justa fama, el prestigio que otros habian ganado ya en nuestra escena, escitaban de una manera prodigiosa el deseo de asistir á la primera representacion del Circo.

Llegó por fin la noche del 21 y se presentó la *Lucia*, ópera tan aplaudida siempre en nuestros teatros, y que goza de una voga bien adquirida tanto por el mérito indisputable de la composicion, como por los agradables recuerdos que escita, siendo una de las en que mas laureles han recogido los cantantes mas celebrados en nuestra capital. Inmensa era la concurrencia que poblaba todas las localidades del Circo, y grande fué el entusiasmo con que se aplaudió á los nuevos cantantes. Difícil nos sería enumerar todos los pasos que merecieron los bravos y aplausos del público; porque toda la representacion fué un continuo triunfo.

Reducidos nosotros á los estrechos limites de nuestra *Revista*, únicamente diremos que la señora Persiani escende á cuanto se ha oido en nuestros teatros; el timbre siempre agradable, siempre elevado de su voz, la maestría con que canta, la verdad con que espresa todos los sentimientos del corazón, y esa familiaridad que tiene con el aparato escénico y que solo se alcanza á fuerza de vivir bajo tan bellas latitudes, corresponden si acaso no superan, á la idea que antes de oirla, nos habíamos formado.

Salvi no raya tan alto, á pesar de sus privilegiadas dotes: tiene buena voz y canta con bastante escuela; pero despues de haber oido á Moriani, no tenemos tantos motivos para celebrar á tenores de sus facultades.

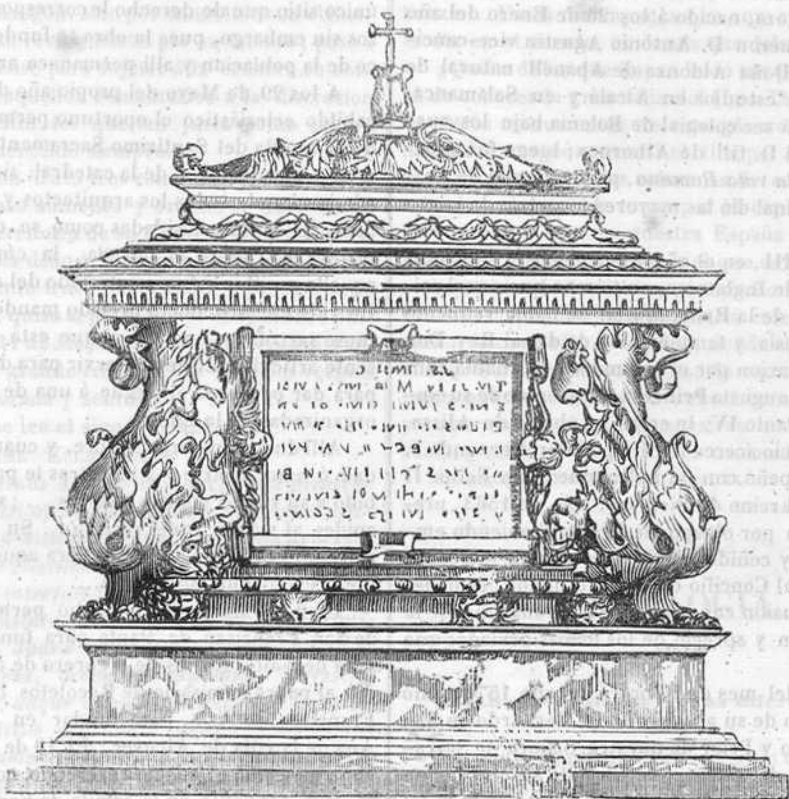
De Ronconi, hemos formado hace mucho tiempo una opinion que no ha querido desmentir en la representacion de la *Lucia*.

Los repetidos y estrepitosos aplausos que merecieron unos y otros en la noche del miércoles, es un buen anuncio para lo sucesivo; probablemente las coronas que tienen que recoger estos nuevos artistas, serán uno de los mas bellos adornos de nuestras revistas sucesivas.

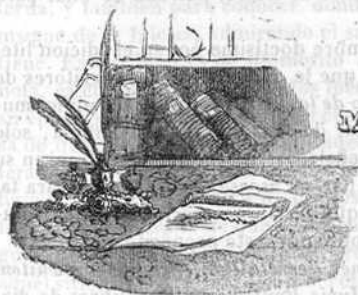
Antes de terminar, debemos añadir que el teatro ha sufrido en su parte material algunas reformas, siendo la mas notable, la de las actuales butacas que han reemplazado á las antiguas lunetas.

Una pequeña novedad dramática ha habido esta semana en el teatro del Príncipe; la representacion de un juguete cómico traducido del francés, con el título de *Un cambio de mano*. Su mérito es tan escaso, y los papeles se hallan tan sobrecargados, que no merece un análisis detenido. La ejecucion fué buena en lo general; varias alusiones políticas que tiene esta pieza, produjeron algun movimiento en el público, que las aplaudió con entusiasmo.

BIOGRAFIAS ESPAÑOLAS.



D. ANTONIO AGUSTIN.



MIENTRAS la Inglaterra, Francia y Alemania, envían por todas direcciones del globo los sábios y estudiosos para descifrar los monumentos de la antigüedad,

desentrañando en el Egipto, Indostan y Grecia, los geroglíficos y caracteres desconocidos despues de haber sacado del olvido desde el *Triglito del Druida* hasta la mas estupenda *Catedral Gótica*; ¿no será justo que nosotros al fin les imitemos siguiéndoles paso á paso, si es que queremos algun dia alzarnos á su altura?... La revolucion nos hizo el beneficio entre tantos males, de desarrollar

el afán de la lectura á nuestros contemporáneos, y por tanto dió impulso á la imprenta; así, pues, aprovechamos dando principio por describir y considerar los grandes objetos que se encierran en nuestras catedrales, y luego nos sorprenderá al ver tantas preciosidades como viviendo entre ellas, las teníamos hasta ignoradas ó menospreciadas. Es verdad, que allá al grito del *Rey y de la Fé* se esterminaban con mano sacrilega los templos; y acá se efectuaba otro tanto con el de *libertad y patriotismo* por no haber sabido dirigir el impulso de destruccion contra el vicio de las instituciones, respetando las obras inanimadas de mucho precio, que fuese cual fuese el vencedor, hubieran sido un tesoro inagotable de honra y de riqueza. Pero hoy el hombre estudioso solo debe ocuparse de conservar lo que resta, y describir lo perdido, con

dolor quizás, pero sin rencores. Vamos, pues, á describir cuanto encierra de notable la catedral de Tarragona.

Por muerte del famoso Cardenal Cervantes, fué provista la Santa Metropolitana Iglesia Tarraconense, en la persona del Ilmo. Señor D. Antonio Agustín, natural de la ciudad de Zaragoza, nacido á los 26 de Enero del año 1517, sus padres fueron D. Antonio Agustín vice-canciller de Aragón, y Doña Aldonza de Abanell natural de Cataluña. Hizo sus estudios en Alcalá y en Salamanca, desde donde pasó á ser colegial de Bolonia bajo los auspicios del Cardenal D. Gil de Albornoz; luego fué nombrado *auditor de la rota Romana*, por la corona de Aragón; en cuyo tribunal dió las mayores muestras de talento y actividad.

El Papa Julio III, en el año 1555, le envió á la nunciatura apóstolica de Inglaterra, en tiempo que aquel reino por la sucesion de la Reina María, se habia reducido al gremio de la Iglesia, y tambien á fin de dar al Rey Don Felipe II, la felicitacion por el casamiento que habia contraído con aquella augusta Princesa. Regresado de su embajada en Roma, Paulo IV, le erigió en obispo de Alissa, y lo envió de Nuncio acerca del Emperador Fernando I, cuyo cargo desempeñó con tal pulso, que al fin Felipe II le mandó visitar el reino de Sicilia el año de 1563, presentándole al Papa por obispo de Lérida; habiendo empuñado el báculo y ceñido la mitra de aquella diócesis, después de asistir al Concilio de Trento, donde permaneció hasta su conclusion con lucimiento, grangeándose la mas alta reputacion y aprecio de los demas prelados que á él asistieron.

A los 26 dias del mes de Febrero del año 1576 tomó posesion por medio de su apoderado D. Bernardo de San Clímen, presbítero y Prior de nuestra Señora de Serrabona del obispado de Ellena, verificando su entrada en esta ciudad el 10 del mes de Marzo de dicho año con tal pompa y ostentacion, que las crónicas locales se hacen lenguas de la grandeza y magnificencia con que fué recibido.

Puesto en posesion del arzobispado, es de notar, que observando él que en el campo de Tarragona se guarecian muchos bandoleros y facinerosos que desolaban esta fértil comarca, se dedicó á estirparlos, poniendo todo esmero y conato en perseguirlos muy particularmente en Reus, que era donde se ocultaban los foragidos; á cuyo efecto, se puso de acuerdo con el ilustre cabildo Tarraconense, consultando con el virrey y Real Audiencia de Cataluña, y tambien con el Supremo Consejo de Aragón, habiendo en poco tiempo visto coronada su empresa con el mas feliz resultado, quedando completamente aniquilados.

Hombre incansable y de una piedad suma, tampoco descuidó aquellas obras que tanto en aquel concepto le esclarecieran, ayudando entre otras al cabildo eclesiástico y á los Cónsules que regian en aquel entonces la ciudad, en la importante fábrica del hospital de San Pablo y Santa Tecla, cuyo es el autor. Debiendo observar cuan adelantado estaba el prelado en las entonces descuidadas reglas de higiene pública, cuando juntados los comisarios del cabildo y cónsules de la ciudad para resolver

el dia 28 de Febrero de 1580 para que se fundara en el sitio donde hoy permanece en lo mas público y céntrico de la poblacion, un edificio que bajo todas luces está fuera del debido lugar que le corresponde, él se opuso en vano á que se llevara á efecto, designando estramuros como el único sitio que de derecho le correspondia. Vanos esfuerzos sin embargo, pues la obra se fundó en lo mas céntrico de la poblacion y allí permanece aun.

A los 29 de Mayo del propio año de 1580, impetró del cabildo eclesiástico el oportuno permiso para la fábrica de la capilla del Santísimo Sacramento en el lugar donde estaba el refectorio de la catedral, siendo todavia hoy la admiracion de todos los arquitectos y artistas, ver entre otras de sus preciosidades como se conserva erguida y majestuosa sobre la bóveda, la cúpula y linterna de aquella capilla: esfuerzo atrevido del arte arquitectónico. En vida nuestro docto prelado mandó construir un suntuoso sarcófago, que es el que está en cabeza del presente artículo. El debia servir para depositar su cuerpo, para dar perpétuo albergue á una de las cabezas mejor organizadas de la Iglesia.

Allí duermen para siempre, y cuantos llegan por piedad ó amor al arte y á las letras le pagan el tributo debido á su virtud y á sus talentos.... ¡viajero!... No descuides al visitar aquel recinto.... Su sombra y aquellos mármoles te dirán aun quien era aquel ilustre y venerable prelado que allí reposa....

El 2 de Mayo de 1582, dió permiso á los mínimos de San Francisco de Paula para fundar convento en la villa de Valls. En 28 de Febrero de aquel año, le concedió al padre comisario de Recoletos de la orden de San Francisco de Asís, para fundar en la ermita de Santa Ana de la villa de Alcover. El 19 de Octubre del propio año, concedió al mismo reverendo comisario que fundase otro convento en la ermita de San Juan de la villa de Rusdons: cuando ya en 23 de Junio de 1576 habia concedido al padre provincial de la Santísima Trinidad el fundar convento en esta ciudad en la Iglesia y casa de nuestra Señora del Milagro, la cual habia cedido el ilustre tesorero D. Melchor de Buire, patrono de ella, para este efecto.

Fué tambien hombre doctísimo por su erudicion literaria, motivo por el que le apellidaron los escritores de su tiempo el *Oráculo de las letras españolas*. Publicó muchas obras, y para dar de ellas una sucinta noticia, solo enumeraré las mas señaladas sin ánimo de entrar en su juicio y análisis: así por ser escasas mis fuerzas para tal empresa, como porque serian necesarios algunos volúmenes para poder conseguir este propósito.

Antiquæ collationes decretalium.—*Canones penitentiales.*—*Epithome Juris Pontificis.*—Dos libros de diálogos sobre la enmendacion de Graciano.—*Constituciones provinciales, et sinodales Tarraconenses enmendationum, et opinionum juris civilis lib. IV de expensationibus ad modestium lib. I ad Gelium Julellum de militiis delegibus et senatus consultis de propriis nominibus pandectarum, novellarum Juliani ephitome cum notis.*—*In pandectas florentinas index verborum omnium.*—Anticuário consumado de sustiemplos, nos dejó dignos de ser admira-

dos los *Diálogos de las medallas antiguas*—Una epístola de Gerónimo Blancas, canonista aragonés, de los obispos y concilios de Zaragoza.—Un libro de algunas familias romanas y otros de notas, y enmendaciones de Marco Barron. El citado Gerónimo Blancas, historiador grave de la corona de Aragón, solo por consultar con el ilustrísimo prelado, que reverenciaba por su talento, pasó á la ciudad Tarraconense para sujetar á la censura su corrección y sometió aquellos comentarios á la discreción de D. Antonio Agustín, los que tan justa como segura reputación le han merecido siempre.

Celebró con gran fruto tres concilios provinciales y dos sinodales: dispuso aumento y ordenó el libro de las constituciones del territorio de su cargo, con mejor método, que las que había dado á la prensa el cardenal Doria. ¡Pero!... Cuando tanto fruto había dado, y preparaba de nuevo para España, quiso la parca cortar el estambre precioso de sus días el 31 de Mayo de 1586, en la ciudad Tarraconense, que con grande trastorno de todos los vecinos y moradores fué llorada y sentida.

En su panteón se lee el siguiente epitafio:

SANCTISSIMÆ EUCHARISTIE SACRUM.

Antonius Augustinus Antonii Procancellarii filius cesar Augustanus palatii apostolici Auditor Episcopus altifanus Pauli IV ad Philippum et Ferdinandum Reges legatus Siciliae censor Illerdensis episcopus maximo planu Tridentino concilio interfuit inde ad Tarraconensem Archiepiscopatum translatus juris utriusque et humanitatis vindex clarissimus, Judex incorruptissimus elemosinarum largitor excellens, oraculum sapientiae Terrestre, ædites aureis libris, adque ædendis relictis hoc sacellum sanctissimæ Eucharistiæ ponendum curavit: Christum et Sanctam Ecclesiam tutelarem ex asse heredes faciens: Obiit pridie calendas Junii anno 1586 ætatis suæ 69.

Juzgando que no será por demas, mencione aquí una circunstancia notable respecto al sarcófago que está en cabeza del artículo, voy á presentarla, pues como quiera que apenas hay viajero que no visite la capilla del Santísimo Sacramento, para admirar su bella como atrevida linterna, y tambien para conocer donde descansa el varón insigne de la Iglesia, admirando el sarcófago que le contiene. Este si bien es de un mérito artístico de primera nota, es en su género uno de los bien ordenados tipos de su época que por cierto no luce cual debiera. Es la causa de que estando en uno de los huecos de las capillas laterales, aparece mezquina aquella alhaja del arte. El dibujo y la conclusion igual de los dos testeros del sarcófago, no dejan duda de que es probable lo que se me asegura, de que no fué la mente del prelado el que ocupase aquel sitio, sino que puesta en el centro de la capilla bajo la linterna de la cúpula, se colocase y rodease de una verja para que se gozara de la vista de los cuatro frentes. Este deseo fué contrariado por ser mas fuerte que la voluntad del hombre, los sucesos de los tiempos sujetos á la disposición suprema. Esculpida esta urna cineraria en Roma por mano experta segun lo dice su ejecución, hubo que traerse por mar, y un mes antes de que feneciera el prelado, naufragó el barco que la conducía. Pérdida dolorosa en todos conceptos, pues que no hubo lugar á subs-

narla, para que hubiese decorado la capilla con mas lucimiento, completándose la obra y satisfaciendo los deseos y apreciable voluntad del prelado.

¡Oh!... Va que le fué negada esta esperanza, séanos lícito esparcir sobre su tumba la halagüeña flor de la alabanza... Unica recompensa que aun cuando siempre es tardía en el mundo, es deuda que debe ser pagada.

¿Quién de los que hayan leído sus producciones, dejará de conocer la gran valía del Ilmo. D. Antonio Agustín?

Otros monumentos de este género encierra la catedral de Tarragona, que si el tiempo corresponde á mis deseos, ofreceré en las columnas de este periódico, que así por su larga vida como por el copioso caudal de los monumentos que de nuestra España lleva descritos y grabados, podemos asegurar el que es indispensable á los artistas, á los historiadores, á todo hombre estudioso, así como para rendir á nuestra patria este homenaje. El *Semanario* es el *album español*, donde el extranjero deberá al regresar á su casa consignarlo como tal en su biblioteca; pues que á menudo deberá consultar sus páginas, para ser exacto al pintar nuestras costumbres, nuestro suelo, y referirse á la historia nacional.

Tarragona, 17 de Febrero de 1846.

IVO DE LA CORTINA.

GEOLOGIA.

Estado de la tierra en sus diferentes edades.

Proponiéndome insertar una serie de artículos de historia natural, que á par que amenicen las columnas del *Semanario* llenen los ardientes deseos que de instruir á la juventud estudiosa, animan al entendido director de dicho periódico, voy á dar principio por la *Geología*, esa ciencia tan bella como poética y grandiosa, que teniendo por objeto el conocimiento de la tierra, es acaso la parte mas interesante de la historia natural. Para ello nada me servirá tan bien como el análisis que hace Mr. Levasseur en su *tratado sobre la Geografía moderna*, de las diferentes alteraciones sufridas por el mundo desde su creación, y á las lecciones de este estudioso geógrafo me atenderé para dar á mis lectores una ligera tintura de tan importante ramo de los conocimientos humanos, que á tan alto grado han llegado á remontarse.

La geología, pues, tiene por objeto el conocimiento interior del globo, su estructura, su formación y los diferentes cambios que ha experimentado. Esta ciencia, que hace muy poco no se cimentaba sobre una base sólida ni principio alguno cierto, y si todo en hipótesis mas que todo ingeniosas, se vá haciendo cada día mas positiva.

Hoy parece incontestable que el centro de la tierra está ocupado por el fuego. Las recientes investigaciones del célebre físico Mr. Anspere nos demuestran con evidencia que ese mismo centro, no podría ser fluido.

Segun nuestros conocimientos actuales, no es muy fácil el admitir el estado de candencia sin la fluidez del cuerpo sometido á la accion del fuego; sin embargo, siendo incontestable la progresion del calor, preciso es admitir, para dar cuenta de los resultados de Mr. Anspere, que el centro del globo está compuesto de materias desconocidas para nosotros, y que no podrian ser fusibles en un calor mas grande.

Los geólogos dividen la larga série de siglos que han transcurrido desde la formacion de la tierra, en cuatro épocas subdivididas en muchos periodos que son:

Primera época. Esta es la de la tierra primitiva que entonces era fluida é incandescente. Todos los minerales como el azufre, el betun, el zinc y demas, estaban en el estado de vapores y componian la atmósfera abrasada de que el globo se hallaba rodeado. Por consiguiente debia ocupar una estension considerable y ejercerse sobre la tierra una enorme presion.

Perdiendo el globo una parte de su calórico en su movimiento de traslacion en el espacio, las materias minerales fluidas adquirieron una solidez de que carecian, y formaron una pequeña corteza, cuyo espesor fué aumentando cada vez mas; y que hoy se cree sea de diez á quince leguas. El calor central comprimido, abriéndose camino á través de ella y llegando hasta la superficie del globo, produce espantosas erupciones volcánicas. Desde esta época, durante la cual no ha habido ser alguno organizado, es de cuando datan los terrenos primordiales, cuyas bases son los granitos y otros. En ellos es donde se encuentran la tierra de porcelana, los mármoles, las piedras preciosas, el cristal de roca, las minas de estaño y oro y los filones de cobre.

Segunda época. Lo es de los terrenos secundarios, durante la cual los vegetales cubrieron la tierra, y la mar fué poblada de animales. El agua retenida hasta entonces por los vapores en la atmósfera por el calor del globo, llegó á hacerse líquido y formó lagos y mares, que se poblaron de animales asiáticos. La corteza sólida de la tierra, ha sufrido incesantemente destrozos, ondulaciones del sol y estremecimientos; pero ninguno produjo las altas montañas que pertenecen á esa época. Presentando el globo relativamente á su estension una superficie casi unida, los mares debian ser poco profundos, y los lagos en su mayor número debieron por precision ser mas estensos. Las plantas tomaron un desarrollo extraordinario causado por el calor. No habiendo sido aun creado ningun insecto ni animal terrestre, los lagos y los rios se hallaban despoblados; y el reino vegetal multiplicándose hasta el infinito se extendió á los pantanos, donde se acumuló extraordinariamente. De aquí esos inmensos depósitos de *ulla* ó *carbon de tierra*. El interior de la masa, á causa de una accion continua, cargó las aguas minerales de materias estrañas que formaron depósitos en la superficie. A medida que el globo iba envejeciendo, los temblores de tierra y las ondulaciones llegaron á ser mas frecuentes. Los volcanes adquirieron mayor actividad: la cantidad de materias vomitadas por ellos salieron del seno de la tierra con mayor violencia y formaba las montañas: la atmósfera, cuya

elevacion disminuía á medida que la corteza del globo se aumentaba, se fué haciendo menos pesada y oscura. En los terrenos de dicha época es donde se encuentran la pizarra, las tierras cálizas, las minas de ulla, el asperon, el lapiz, el alambre, el vitriolo, los jaspes, los numerosos filones de cobre, el plomo, el zinc, el hierro etc., los mármoles mistos, el alabastro, las piedras de molino y las de afilar.

Tercera época. Los terrenos terciarios forman esa época tan notable por la apariencia de los animales que poblaron la tierra y las aguas del globo. La creacion de los cuadrúpedos y demas animales, las aves, los insectos y los peces, es lo que mejor la caracteriza. Nuevas especies de animales, reemplazaban á las antiguas, que parecian por las diferentes modificaciones que el globo sufría, y sus restos quedaron enterrados entre las capas primitivas cubiertas en seguida por otras nuevas. En ellas es donde se hallan los fósiles marinos, tales como la ostra, las conchas, etc. Las segundas capas encierran los de las aves de los peces, los mariscos y mamíferos, cuya especie ha desaparecido enteramente, y aun las que la son análogas viven hoy en las selvas de la Zona tórrida. El ambar de las turquesas, una diversidad de ágatas, las maderas petrificadas, tales como la de la palmera, los ópalos, el alabastro gipsoso, la estronciana, especie de tierra alcalena, y la piedra Jesus, etc. se hallan en las capas de la época á que nos referimos.

Cuarta época. Esta es la diluviana, post-diluviana, y marcada con la presencia del hombre en la tierra, creada en medio de todos los animales que continúan poblando el mundo. Esta época, en la cual vivimos, tuvo principio por una de las mas grandes catástrofes que ha sufrido el globo. El gran diluvio la pertenece. Hasta estos últimos tiempos no se podia concebir la posibilidad de tal acontecimiento, sin recurrir á los milagros; pero hoy que la geología ocupa un lugar distinguido entre las demas ciencias exactas, nadie conserva la mas leve duda sobre este asunto. Las pruebas de ello no son en verdad la presencia de esa numerosa cantidad de conchas que se advierten en la cima de las mas elevadas montañas ó en los caminos; pero si presentan muy al vivo el carácter distintivo de aquel trastorno general, los depósitos de guijarros que rodados de su posicion primitiva, se hallan en todas las partes del mundo, lejos de los paises actualmente cubiertos por el agua y de las montañas, y que no pueden haber sido redondeadas mas que por el roce que sintieron al ser trasportadas por el impulso de las aguas que las arrastraban. Ademas, los enormes peñascos, llamados erráticos ó irregulares, que se hallan por todas las partes del globo, tanto en las mas bajas llanuras, como en las crestas de las montañas, demuestran de un modo irrecusable la espantosa catástrofe que la tierra hubo de sufrir; siendo una misma la direccion de estos guijarros y peñascos (de los que algunos pesan hasta 600,000 libras, y tienen 1,000 pies cúbicos) que la de los valles, anuncia que una irrupcion general de las aguas, ha debido ser la causa de estos efectos. Un número bastante considerable de razas de los mas grandes animales que entonces poblaron el mundo, desapareció en aquella

horrible inundacion. Sus restos fósiles, así como los de los peces y las plantas de aquella época, comparados con algunas especies análogas que se hallan en los climas mas calurosos revelan bien á las claras que su organizacion era mucho mas perfecta. Estos animales debieron existir en las zonas cálidas del globo, y esto no obstante, se las vé hoy con mas abundancia en los países de una temperatura frígida y tambien la templada aunque en número mas reducido; lo que dá lugar á creer que los polos de la tierra han cambiado de lugar, y que la direccion del eje del globo debía ser del N. E. al S. O. E. una tradicion egipcia dice en efecto que los polos no siempre han ocupado el mismo lugar.

Este diluvio universal anterior al de Moisés, es un hecho probado, y cuya causa nos es desconocida; así como la época en que ocurrió; sin embargo, como no se han encontrado fósiles humanos en los terrenos anteriores á dicha época, se ha llegado á creer que aun no habia sido creado el hombre. Muchos otros diluvios locales han tenido lugar despues de este gran cataclismo, y la historia de todos los pueblos hace mencion de ellos. Estos desastres han sido causados por las erupciones volcánicas, y las sacudidas parciales de la tierra que mudando los terrenos de su lugar primitivo, disecaban los lagos y los rios, y causaban por el brusco rechazo de las aguas circunvecinas verdaderos diluvios.

Una cuestion que debe interesarnos á todos es la de saber que edad tiene nuestro mezquino planeta. Sin detenernos á citar las diversas opiniones que se han omitido sobre este punto culminante, solo diremos que la mas generalmente admitida dá al mundo muy cerca de sesenta y seis siglos, menos los cinco dias que precedieron á la creacion del hombre, los cuales fueron consagrados á la formacion del globo, de las plantas y de los animales que lo pueblan.

Ciertamente dice Mr. Levasseur, el hombre no cuenta mas de seis ó siete mil años de antigüedad, y todas las investigaciones históricas modernas, estan enteramente acordes, respecto á este punto. Pero tambien puede darse á la tierra una edad mucho mas avanzada. En virtud del tiempo que ha sido preciso para formar las últimas capas, bien poco profundas por cierto, que datan desde la creacion del hombre, cóncese muy á las claras que cinco dias no son el tiempo empleado en la formacion de las otras inferiores, llenas de restos de animales y plantas que atestiguan los diferentes períodos de formacion de la corteza del globo. Yo creo sinceramente en la potencia del Criador, que con una sola palabra puede devolver el universo entero á la nada de que proviene, y que en un solo dia habria podido, lo mismo que en cinco, operar tantos prodigios; pero ¿por qué se ha de echar mano á los milagros y querer siempre tocarlo maravilloso, cuando el testo mismo de la Biblia nos permite toda la latitud posible respecto á este asunto? Algunos geólogos hay que designan una existencia de 300,000 años al globo; y aun cuando yo no pretendo asegurar de que esta es la edad de nuestro planeta, tampoco me atengo con muchos otros sábios y teólogos, tanto católicos, como protestantes y judíos, á uno de los diversos valores ó sentidos de la palabra hebrea, como para dar á la tierra

una duracion mayor que la que está vulgarmente recibida.

Y en efecto, esta palabra como no solo significa dia, sino tambien una duracion de tiempo cualquiera; y nadie puede pretender el que Moisés haya querido hablar de dias tales como nosotros los entendemos: es decir, de veinte y cuatro horas de duracion. Así pues, nada tan justo ni religioso como el mirar los dias invertidos en la creacion, como unas manifestaciones del supremo poder, cuya duracion no es imposible designar. Este modo de considerar la creacion de las obras del Eterno, me parece mas noble, mas grande, mas racional y mas propio á aumentar en nosotros la veneracion que la sola idea del Creador debe obrar en nuestros corazones, mas bien que la que encerraria el círculo de la creacion en un tan pequeño espacio de tiempo.

La concordancia que existe entre las palabras de Génesis y los hechos geológicos los mas positivos es de todo punto admirable. Los dos primeros dias, segun este libro sagrado, estan consagrados á poner en orden el caos, y á disponer las materias, porque aun no habia ningun sér organizado; lo cual concuerda con la primera época geológica anterior á la existencia de dichos seres, y en la cual existen los terrenos primitivos. La segunda época ya es aquella durante la cual la tierra se cubrió de vegetales y la de los terrenos intermediarios y secundarios, y esto en nada discrepa del Génesis, que dice que el tercer dia las aguas se separaron de la tierra, reuniéndose en un solo lugar, y que esta produjo plantas y árboles. La tercera época ó de los terrenos terciarios, en la cual los cuadrúpedos y demas animales aparecieron en el globo, corresponde con el quinto dia en que Dios creó los peces, las aves y los animales terrestres. La creacion del cuarto dia fué el sol y la luna. Voltaire, ese gran génio, no ha dejado de atacar con la seguridad del filósofo y la ligereza de hombre este pasaje de la Biblia, y de preguntar como la luz creada el primer dia, pudo serlo antes que el sol.

Hoy ya puede responderse que la opinion de los antiguos, que creian á la luz de una existencia anterior á los astros que nos la transmiten, es un hecho reconocido. Las esperiencias llevadas á cabo por Arago y Fresnel, demuestran de un modo incontestable que la luz no nos viene del sol ni de las estrellas, pero que existe en el espacio como la electricidad en los cuerpos. Últimamente, la cuarta época, esa cuyo principio fué señalada por el diluvio universal, vió nacer al hombre, á esa criatura, cuya organizacion es la mas complicada y del que no se halla vestigio alguno en los terrenos que precedieron á esta grande catástrofe.

Al trascribir aquí el artículo geológico que antecede, creo haber dado á mis benévolos lectores una idea de lo útil que para todos es el poseer al menos algunas nociones sobre esta ciencia importantísima, que no solo nos dá grandes conocimientos sobre las innumerables maravillas de la naturaleza, sino que nos hace admirar ese misterio prodigioso de la creacion, obra la mas grande de la providencia divina.

JOSE ANTONIO DE ESCALANTE.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

Orden de la Banda, fundada por Alfonso XI.

Poco ó nada se ha escrito de la valerosa y singular Orden de la Banda que instituyó el Rey Alonso II de León y V de Castilla en la ciudad de Vitoria, hácia los años de 1330 ó 1332. Es tanto mas notable esta omisión, é indispensible este olvido, cuanto que los hechos de sus caballeros, enlazados estrechamente con la historia de las guerras contra los árabes de aquel tiempo, revelan el espíritu altamente guerrero y caballeresco que la presidía, y manifiestan la rígida filosofía de sus célebres Estatutos (1). Siendo su objeto como el de todas, el pelear contra infieles, que era la necesidad apremiante de la época, reunía además el de servir de corte á los Monarcas, y consagrarse al alivio de la humanidad, ejerciendo también la galantería. Hubo un tiempo en que fué sumamente apetejada su ilustre condecoración; pero sin duda alguna la rigidez de sus Estatutos, y la carencia de un hombre enteramente guerrero, cual lo fué Alfonso II puesto á su frente, influyó en su abolición en los reinados posteriores. Consistía la insignia de los Cruzados en una Banda ó correa encarnada de tres dedos de anchura, la que se dejaba caer á manera de estola sobre el pecho, anudándola por debajo del brazo derecho. También consistió en una cinta á manera de gules, de tres dedos de ancho, asemejándose á una charpa, razón por la cual se le dá á veces á la orden este último nombre, no siendo siempre el centro encarnado, pues en algun tiempo era prieta la Banda. El objeto de su fundación, fué el que hemos indicado anteriormente, ó como dicen sus mismos Estatutos hermanar la *caballería* con la *lealtad*. El Rey era el único dispensador de esta distinción, que no podía darse sino á los Infantes de Castilla, caballeros, é hijos-dalgos que hubieran seguido la corte por 10 años, ó hecho servicios contra infieles. Se extendía igualmente su prohibición á los primogénitos de casas tituladas ó que tuvieran bienes, no pudiendo entrar mas que los segundogénitos, y los que carecían de patrimonio, con el fin de estimularlos á la gloria. La recepción en ella se verificaba con un aparato fastuoso, marchando acompañado el candidato de otros seis compañeros á la presencia del Rey, que le hacia jurar de rodillas los Estatutos de la Orden, y las reglas de caballería, haciendo pleito homenaje de observarla constantemente; después se le obligaba á velar las armas, y calzado de espuelas por un caballero y ataviado con un manto encarnado, era armado por el Soberano, dándole un ligero golpe con el sable para manifestarle la fortaleza que debiera manifestar en el desempeño de sus funciones.

Pero en lo que se mostraba superior esta Orden á todas las que existían por aquel tiempo en Europa, era en los preceptos galantes y corteses que debían observar los caballeros, que denotan un buen grado de civilización y cortesía, que en vano se pretendería ahora encontrar. «Si algun caballero, dicen los Estatutos, se encontrara con alguna señora valiente ó generosa, se apeó y la acompañe hasta su morada, so pena de no percibir un mes de sueldo y ser *desamado* de las damas. Igualmente preceptuaban que «si alguna muger noble ó doncella en caballo, rogase que hiciese alguna cosa á algun caballero, y pudiese la hacer y no la hiciese, que al tal le llamaren en palacio las damas, el *caballero mal mandado* y *no bien comedido*» en pena de su conducta descortés. Estaban á mas de esto obligados, estando en la corte, á servir á alguna dama «no para deshonorarla, sino para festejarla y casarse con ella, debiendo acompañarla cuando saliera á pié, ó á caballo, como quisiera llevando quitada la caperuza, y haciendo la mesura con la rodilla.» Muchos preceptos análogos pudiéramos referir en este punto, que manifestarian fallos idénticos en un todo á los que daban los célebres tribunales de amor de Provenza.

Estaban obligados á hablar en pró de sus naturales, y en defensa de los intereses de la nación, no debiendo consentir nunca murmuración alguna de su Rey, que podía de lo contrario arrojarlos de la corte con infamia, despojándolos de la dignidad. Se les aconsejaba la mayor prudencia y veracidad en lo que dijeren, conservando la palabra siempre, estando conminados de lo contrario con la pena de ir *desacompañados*, sin osar llegarse á ningun compañero. No debían ser aduladores, chocareros, ni jactanciosos, no podían cabalgar en mula y solo á caballo ni dejar de llevar la Banda, ni jugar á los dados, y finalmente no debían quejarse de herida ni contusión alguna, soportando los dolores con valentía, no siendo visitados de lo contrario por sus compañeros.

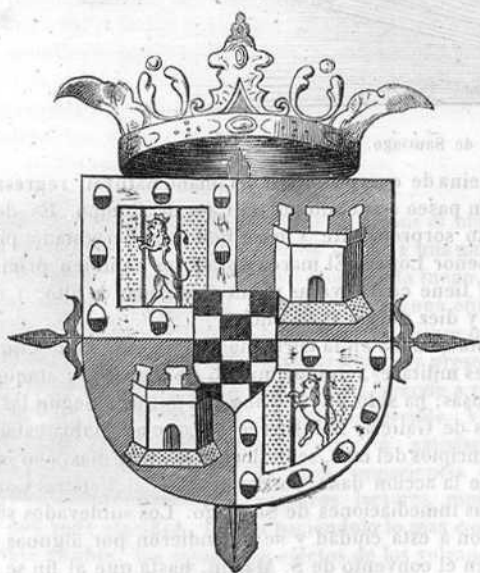
Son muy inculcados también en los Estatutos los modales y compostura, propios de su clase; por lo que no podían comer en pié y sin manteles, ni beber vino ó agua por jarro y cántaro, indicándoles que no anduvieran ni hablaran atropelladamente, debiendo de pecar de parcos en este último punto. Por el contrario se les recomendaba vivamente que se acompañaran con sábios, de quienes aprendieran á vivir prudentemente, y de guerreros que los pudieran instruir en el manejo de las armas, apercibiéndolos de lo contrario con fuertes represiones y arrestos.

Con el fin de que contrajeran hábitos de pelear, y que se poseyeran mas de sus hechos que de sus nombres, iban á palacio los primeros domingos de cada mes donde á presencia del Rey y de la corte justaban de dos en dos, atacándose y separándose mutuamente al son de las trompetas y añafles que el Soberano mandaba tocar como señales de principio ó terminación del combate. En el capítulo 22 del ordenamiento de los torneos, se redactan las bases de su celebración, y la preparación que debían tener las armas con la idea de no causar lesión alguna. «El otro sí, que tomen jura á todos los caballeros que

(1) El obispo de Mondoñedo, D. Antonio Guevara, en una de sus cartas, hace un minucioso detalle de ellos. También existe en la sala de manuscritos de esta Biblioteca Nacional una copia exacta, de los que tenía un libro perteneciente al Arzobispo de Toledo Loaisa, y otra existe en la de París.

non den con las espadas de punta, en ninguna guisa nin del revés al rostro, et otro si alguno cayere la capelli ó el yelmo que non le den fasta que se la pongan.» Su vida por lo tanto era una verdadera escuela de esgrima; obligados á tener que formar torneo dos veces al año, justar cuatro, y correr cañas seis, tenían ademas que sustentar plaza, tela y cuarteles siempre que el Monarca llegase á alguna poblacion, ó fueran invitados para ello. Habia, sin embargo de la escesiva rigidez de su regla, un raro modo de conseguir cualquiera guerrero ingreso en la orden sumamente loable. El que trajere puesta la banda sin habérsela dado el Rey, podia conseguir su posesion, siempre que siendo desafiado por los caballeros de la Orden, saliese triunfante en la lid, recibéndola en el acto de las manos del Monarca sin necesidad de mas prueba. Lo mismo acontecia, al que hubiera obtenido un premio en una justa.

Armó primeramente D. Alonso cien caballeros, en cuyo número se contaban los infantes D. Pedro, D. Juan, D. Enrique y D. Tello; cuyo acto se celebró suntuosamente en el monasterio de las Huelgas de Burgos por la mañana, habiendo velado en la noche sus armas los cruzados. D. Juan I en su coronacion tambien armó otros ciento, pero posteriormente apenas se observa tal cual vez esta ceremonia. Cuatro años despues de establecida tuvo que ser reformada por el mismo D. Alonso en Palencia, y aun así no pudo alcanzar nunca los honores de una exacta observancia. El fundador dió por armas á la Orden el escudo que vá al frente, en el que se simbo-

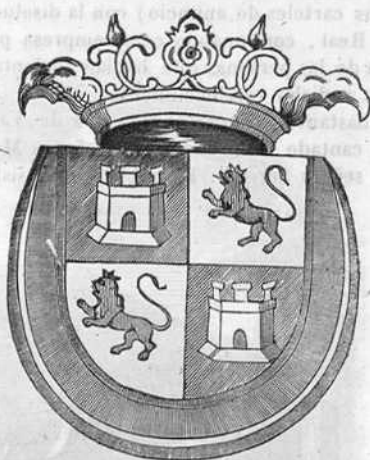


(Escudo de la Banda.)

liza por medio de una cruz, la fidelidad que debieran tener los caballeros y por medio de las calderas, castillos y demas emblemas lo prontos y propicios que siempre debian estar para el combate. El mismo en el escudo grabó la banda que le rodea, como señal de aprecio á

la Orden, y dió por armas á sus caballeros los mismos emblemas con poca variacion.

Finalmente, era tanta la cordialidad que reinaba en la Orden, que se miraban todos como hermanos; si al-



(Escudo de la Banda.)

guno se casaba todos le debian acompañar; si estaba enfermo sucedia lo mismo, y si lo estaba de peligro alternaban en ayudarle á bien morir, vistiéndose la Orden de luto un mes y no pudiendo justar en tres, conducidos los cuales iban á entregar la banda del difunto al Rey, suplicándole se dignara darla á algun hijo que hubiera dejado, y amparase á la viuda. Los Principes galantes, morales y de subordinacion, que servian de base á estos caballeros, la fama universal que de su valor habia, y en suma, sus bellos Estatutos que aunque contengan alguna disposicion ridicula, son dignos sin embargo de una escrupulosa meditacion, indican palpablemente el aprecio y boga que debian tener en aquellos tiempos en Europa. Nosotros sentimos que no haya mas datos para jugar de esta célebre Orden, con mas certidumbre, contentándonos por hoy con manifestar los pocos que de ella hemos podido adquirir.

C. GARCIA DE GREGORIO.

REVISTA DE LA SEMANA.

A la Academia Real de música, le ha sucedido lo que á todos los proyectos colosales que con escasos elementos quieren realizarse en breve tiempo. Parece indudable que esta sociedad se halla en estado de crisis, es decir, en ese estado medio entre el ser y el no ser, entre la vida y la muerte. Algunos cuerpos hay que aun despues de pasar por este estado, suelen revivir; pero la Academia, segun la opinion de los facultativos, se halla en la agonía, ó por mejor decir, ha muerto ya.

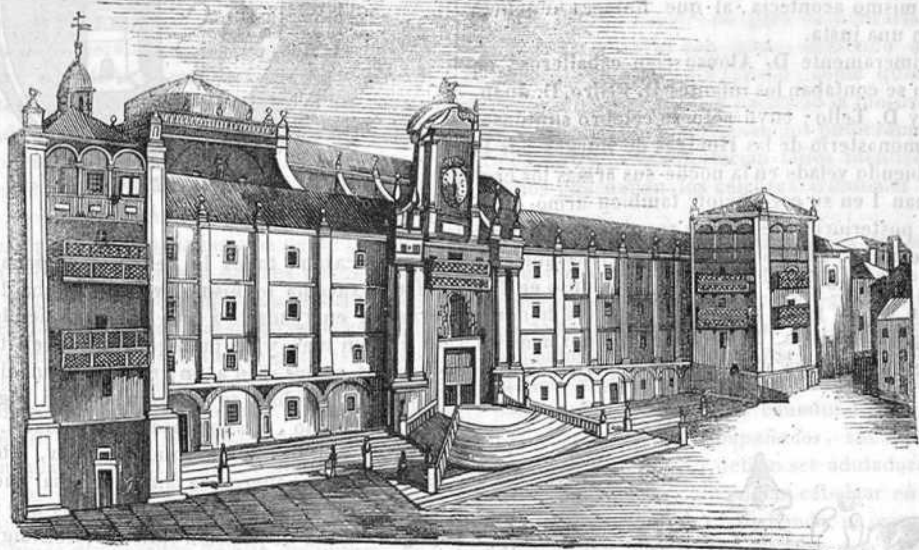
Nuestros lectores saben que aquel establecimiento habia tomado á su cargo los teatros de la Cruz y del Instituto, y en vista de lo que ahora le anunciamos, se alar-

marán tal vez creyendo que con la muerte de la Academia vá á perder la corte esos dos lugares de recreo. Para su tranquilidad debemos decirles que, segun se asegura, tanto el teatro de la Cruz como el del Instituto no padecerán en lo mas mínimo (si se exceptúa la primera línea de los carteles de anuncio) con la disolución de la Academia Real, continuando como empresa particular, por cuenta de las personas que habian adelantado algunos fondos á dicho establecimiento.

Sigue bastante concurrido el teatro de Variedades, donde han cantado últimamente los señores Montañés y Sanz y la señora Soriano. El público que asiste á este

teatro dispuso muy buena acogida á estos cantantes. No le cupo igual suerte á la representación de *Nuestra Señora de los Abismos*, drama traducido del francés que se dió en el mismo teatro la noche del domingo: esta producción ha gustado muy poco.

El mismo dia salió el viático para los enfermos de las parroquias de Santa María, S. Luis, S. Sebastian y S. Justo, con el mismo lujo y aparato que en los años anteriores; pero sobresaliendo entre todos el de la parroquia de S. Luis, por la brillantez del cuerpo de coraceros que acompañaba á S. D. M., coche de Palacio, alabarderos, etc. De todos los balcones de la carrera le



(Convento de San Martín de Santiago.)

arrojaron ininidad de estampas y aleruyas. En la calle de Alcalá volaron de las habitaciones de D. Joaquin Marra y Soto varias palomas con lazos de colores é ininidad de jilgueros: mas esto dió motivo á una algarazara no muy propia en semejante ceremonia, dándose cachetes y mojicones los chicos, que á porfia se afanaban por hacerse dueños de los pájaros y palomas.

El lunes tuvo lugar en el gran Palacio el besamanos general con motivo del cumpleaños de la augusta madre de nuestra Reina. La concurrencia fué numerosísima, habiendo pasado de 1,200 las personas que asistieron á aquel acto. Durante él, las músicas y bandas de los cuerpos de la guarnicion tocaron varias piezas en las dos plazas de Palacio, haciéndolo igualmente la música de alabarderos en la pieza inmediata al trono.

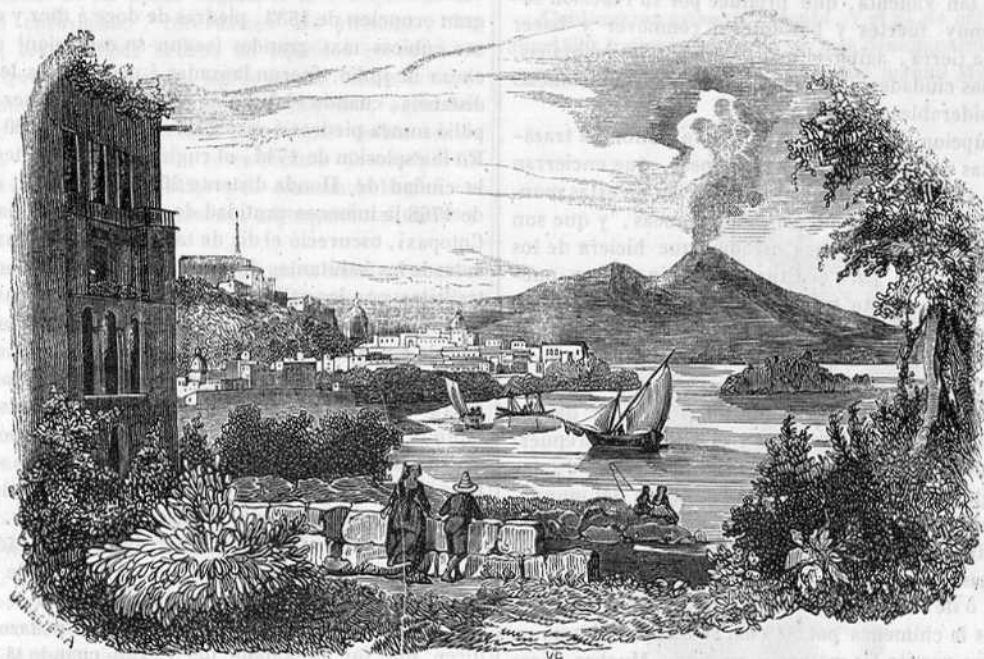
Después del besamanos dió S. M. un convite, al que asistieron los ministros y otras personas de categoría. Por la tarde hubo baile, al que fueron convidadas muchas señoras y caballeros de la grandeza.

En este mismo dia regaló S. M. un magnífico cuadro á su augusta madre. Esta obra maestra del pintor de cámara D. Bernardo Lopez, representa á nuestra adora-

da Reina de cuerpo entero y tamaño natural, regresando de un paseo á caballo por la Casa de Campo. Es de un efecto sorprendente y hace honor al acreditado pincel del señor Lopez. El marco dorado es tambien primoroso, y tiene cuatro varas y cinco pulgadas de alto, y ocho pies y diez pulgadas de ancho.

Esta semana en la corte no se ha pensado mas que en partes militares, en movimiento de tropas, en ataques y defensas; ha sido una semana casi militar. Segun las noticias de Galicia, la insurreccion que allí habia estallado á principios del mes, se deshizo en breves dias, con motivo de la accion dada por las tropas del general Concha en las inmediaciones de Santiago. Los sublevados se retiraron á esta ciudad y se defendieron por algunas horas en el convento de S. Martín, hasta que al fin se rindieron á discrecion. Para que nuestros lectores tengan á la vista aquel edificio, cuya magnificencia es igual á su sólida fábrica, acompañamos un dibujo que representa la fachada principal del convento.

HISTORIA NATURAL.



(Vista del Vesubio, tomada desde Nápoles.)

LOS VOLCANES.



En general damos el nombre de volcan á una montaña que vomita fuego, y es sin duda alguna entre todos los fenómenos que la naturaleza nos presenta, el mas grande á par que el mas terrible. Vamos pues á satisfacer la justa hacienda de nuestros lectores explicando con toda claridad, si bien haciéndolo lo mas concisamente posible, los espantosos efectos de los volcanes y la causa misteriosa que los produce. El globo terráqueo está como envuelto en una vasta faja ó ceñidor de montañas igneas, ya reunidas en grupos como las de las islas de Lipari, la Islandia, las Azores, las de Canarias, Sandwich, los Amigos y de la Sociedad, ó bien formando una estensa línea casi continua de centenares de leguas como en las dos Américas, que empiezan en la costa del N. O. hasta la punta meridional de Chile, y desde el monte del

S. Elías al de S. Clemente. El número de estos inmensos hornos siempre encendidos, es verdaderamente prodigioso, pues llega segun las mas recientes observaciones á 518 el de los volcanes activos y azufrados. La Europa cuenta 14, Africa 31, Asia 100, la Oceania 171 y la América 202. Creemos no poder explicar mejor lo que es un volcan, que transcribiendo aquí las líneas siguientes del célebre Buffon.

«Las montañas ardientes que llamamos volcanes, dice el ilustre naturalista, encierran en su seno el azufre, betun y otras materias que sirven de alimento al fuego subterráneo, y cuyo efecto es mas violento que el de la pólvora, y el rayo que espanta á los hombre y asusta á la tierra. Un volcan es un cañon de un volúmen grandiosísimo, cuya boca es á veces de media legua, y por la cual arroja torrentes de humo y llamas; ríos de betun, azufre y metal fundido; nubes de ceniza y piedras que lanza con violencia á muchas leguas de distancia, y masas de rocas enormes que todas las fuerzas humanas reunidas no podrian poner en movimiento. El incendio es tan terrible, y la cantidad de materias ardientes, fundidas, calcinadas y petrificadas que la montaña arroja tan

abundante, que entierran las ciudades y los valles, dejan sepultadas las campiñas á ciento ó doscientos pies en derredor, y forman algunas veces colinas y montañas que no son sino montones de estas materias acumuladas. La acción de este fuego es tan grande, y la fuerza de la explosión tan violenta, que produce por su reacción sacudidas muy fuertes y bastantes á conmover y haer temblar la tierra, agitar el mar, derribar las montañas, destruir las ciudades y edificios mas sólidos á distancias muy considerables.»

La erupción de un volcan es lo que Buffon ha trazado en estas cortas pero elocuentes líneas, que encierran cuanto se sabia hasta entonces de la acción de estas montañas de fuego y de sus fuerzas subterráneas, y que son el resultado de los prolijos estudios que hiciera de los volcanes de Italia; pero el Etna y Vesubio ya hoy pueden pasar únicamente por dos modestas colinas, comparados con los tan terribles de Méjico y de Colombia; el Pichincha que se eleva á 4.500 metros, el Popacatipell, casi tan alto como el Vesubio, Etna y Stomboli reunidos, el Cotopaxi mayor aunque todos estos, y que se alzaria sobre el pico de Tenerife y el Vesubio sobrepuestos. La forma estérna de los volcanes en el estado actual del globo terráqueo, en todas las partes del mundo, es casi siempre una montaña cónica, aislada como el Vesubio, Etna, Cotopaxi y el pico de Teyde. Frecuentemente estas montañas se hallan socavadas en forma de estanque ó de cortadura, y á esto es á lo que se llama crater: es la chimenea por la cual se escapa el humo, y la boca que vomita las materias fundidas. Muchas veces la lava es sobrado dura y compacta para lanzarse hasta la altura del cráter; entonces los flancos de la montaña se rompen con violencia para abrir paso á un torrente de fuego.

Algunos cráteres estan abiertos y dejan percibir el interior de la cima; otros estan rodeados de una especie de muro circular que impide el aproximarse, y que Delnac llama *la corona volcánica*. En los volcanes apagados, la boca del cráter se cierra y cubre de vegetación ó se transforma en un estanque lleno de agua. Despues de la terrible erupción del año 79 que enterró en sus cenizas las ciudades de Stabia, Herculano y Pompeyo, el Vesubio quedó inflamado durante un millar de años, y ya despues fué apagándose poco á poco. En 1611 se creyó que el volcan habia desaparecido para siempre; multitud de habitantes cubrian ya los flancos de la montaña hasta la cima, y un soto de pequeños árboles invadiera el exterior del cráter, cuando hé aquí que la violenta erupción de 1631 vino á destruir en un dia lo que hicieran doscientos años de reposo y tranquilidad.

A escepcion de los volcanes del Asia central situados á mas de 500 leguas en el interior del continente, la mayor parte de las montañas igneas estan situadas en islas ó tierras vecinas al mar. De los que forman parte de la gran cadena americana de los Andes, los mas distantes de la costa estan á 30 leguas. Arriba hablamos ya de la prodigiosa altura de estos gigantes de la tierra, por lo que concluiremos este artículo dando á nuestros lec-

tores una ligera idea del poder enorme de los volcanes en general, citando algunos acaecimientos que figuran en la historia de América. El Cotopaxi es á la vez el mas grande y terrible de todos los que se cuentan en los Andes; es donde las explosiones son mas frecuentes y devastadoras. La Codanime ha demostrado que durante la gran erupción de 1533, piedras de doce á diez y seis toesas cúbicas mas grandes (segun su espresion) que una choza de judío, fueron lanzadas á mas de tres leguas de distancia; cuando el Vesubio, segun Mr. Araez, no espidió nunca piedras á mas altura que la de 1,200 metros. En la explosión de 1744, el rugido del volcan llegó hasta la ciudad de Honda distante 200 leguas. El 4 de abril de 1768 la inmensa cantidad de cenizas vomitadas por el Cotopaxi, oscureció el dia de tal modo, que á las tres de la tarde los habitantes de Nambata y Tacunga, no podian transitar por las calles sin la ayuda de linternas. En la de 1803 el ruido espantoso del volcan, parecia en la ciudad de Guaquin, que dista 52 leguas, una descarga de artillería. Un fenómeno inesperado vino á aumentar el horror y desastres de aquella erupción. En un solo instante la actividad del fuego subterráneo derritió de improviso las nieves acumuladas, hacia veinte años sobre las flancos de la montaña: 600 casas fueron arrasadas, y el torrente se llevó mas de 800 personas.

Los indios refieren fabulosas leyendas ligadas á la historia de esta maravilla de su pais. En uno de los costados de la montaña se admira una gran masa de pórfido, que ellos llaman *la cabeza de Inca*. Este pedazo de roca dicen que fué desgajado del volcan cuando la primera erupción, y presagió la caída del conquistador de Quito el Inca Inpac Inpangui. Otros dicen que la explosión tuvo lugar al momento mismo que los españoles sometieron al Inca Atauhalpa.

En toda la cadena de los Andes no hay un monte mas bello que el Cotopaxi, y cuando se divisa desde lejos con toda su magnificencia, con su perfecta regularidad y envuelto en su manto de nieve destacándose sobre el hermoso azul del cielo en los Trópicos, y brillar con deslumbrante resplandor á los rayos del sol poniente, no es posible prescindir de admirarlo olvidando sus horribles estragos.

A la cabeza de este artículo presentamos la vista del Vesubio, no porque sea esta el mayor y el mas terrible de los volcanes, sino por la particularidad que presenta de estar situado en medio de la campiña mas feraz y deliciosa de la tierra: en medio de verjeles, de jardines y de sitios de recreo, que con sus espantosas erupciones convierte á veces en yermos, cubiertos solo de sus ardientes cenizas.

JUAN ANTONIO DE ESCALANTE.



BIOGRAFIA ESPAÑOLA.

JUAN SEBASTIAN DE ELCANO.

Animados de un noble orgullo á la vez que de un generoso entusiasmo, recordamos las virtudes, las proezas, los heroicos hechos de aquellos esclarecidos varones que en los pasados siglos dieron lustre al nombre español, y crearon su colosal imperio, aquel imperio que fundado dichosamente y con visible auxilio de la Providencia en el corto recinto de una prodigiosa cueva, á fuerza de valor y de constancia llegó á estenderse por ambos continentes, sojuzgando al nuevo y dando la ley al antiguo.

Ninguna época fué mas gloriosa para nuestras armas, ninguna mas brillante para nuestra literatura y nobles artes que el siglo XVI. En este sobresalieron tambien los ilustres viajeros que arrojando peligros sin cuento, osaron cruzar vastos, remotos y desconocidos mares, mereciendo entre aquellos particular mencion el célebre argonauta Juan Sebastian de Elcano.

Fué natural de Guetaria, villa situada en el litoral de la provincia de Guipúzcoa. Llamábanse sus padres Domingo Sebastian de Elcano y Doña Catalina del Puerto. Ofrecia la navegacion en el último tercio del siglo XV un lisonjero porvenir á los jóvenes, por lo que desde sus primeros años se consagró á ella. Juan Sebastian, guiado por los estímulos de su esforzado ánimo y por el ejemplo de sus paisanos.

Habian llegado los guipuzcoanos y vizcainos á poseer escuadras tan poderosas, que en el siglo XIV sostuvieron por sí solos una larga guerra contra los ingleses, guerra que á pesar de haberse empleado en ella todos los recursos de la Inglaterra, hubo de terminarse por medio de un convenio. Este poder continuó en el mayor auge durante los siglos XV y XVI.

Prestó á su patria Elcano los primeros servicios, mandando una nave de doscientas toneladas en los mares de levante y en las costas septentrionales del Africa. Hallábase en Sevilla cuando Magallanes se disponia para ir á buscar un paso á los Molucas por opuesto rumbo al que seguian los portugueses y sin doblar por consiguiente el cabo de Buena-Esperanza. No se podia ofrecer empresa mas adecuada al carácter y á las inclinaciones de Elcano. Grandes peligros esperaban á los que la acometiesen; la gloria empero habia de ser inmarcesible. Fué nombrado aquel maestre de la nave *Concepcion*, una de las cinco que á tan memorable expedicion se destinaron. Dióse á la vela esta escuadrilla en San Lucar de Barrameda el 20 de setiembre de 1519 y en la travesía del Atlántico estallaron serias disensiones entre los gefes, deramándose alguna sangre.

Perdióse la nave *San Antonio*, y las cuatro restantes se hallaron en las últimas costas de la América meridional á los nueve meses de su salida de España. Llegáronse á las naves varios indios, de los cuales seis entraron en ellas y comieron en compañía de los españoles, tratando á estos (que eran los primeros europeos que á sus

playas llegaron) como si por mucho tiempo hubiesen estado con ellos relacionados. Empezaron los españoles á llamarlos *Putagones*, porque tenian los pies bastante grandes, aunque no desproporcionados á su estatura; que si bien no era gigantesca, escedia con todo á la del mas alto de los que iban en las naves.

Continuaron estas su derrota, y el 21 de octubre del año 1520 hallaron un cabo al que denominaron de Las once mil vírgenes, y una bahia que mandó Magallanes



Juan Sebastian de Elcano

reconocer para ver si habian hallado algun estrecho. Eralo en efecto, y le dieron el nombre de Todos los Santos, con el cual no es al presente conocido, y si con el de Magallanes. Pasáronsele algunos dias en atravesarle, y mediaron entre el general y el capitán de la nave *Victoria* varias contestaciones que pudieron desgra-

ciar la empresa, las cuales insertó el historiador portugués Barros.

Entraron las naves en el mayor de los mares el día 27 de noviembre del citado año y le llamaron Pacífico, por el buen temporal que tuvieron en su travesía. Llegaron en marzo de 1521 á las islas de los Ladrones, á las que así denominaron segun el diario del viaje, porque aquellos isleños robaron un esquispe y otros varios efectos. En la isla de Mactan, una de las que forman el Archipiélago de San Lázaro (Filipinas) murió en un combate Magallanes, y en la de Zebu fueron asesinados traidoramente en un banquete por un reyezuelo 35 españoles.

Apartáronse las naves de aquellas riberas, y por falta gente que las tripulase fué quemada una. Quedaron solas dos, de las cuales la una se carenó en la isla de Tidore tomando la vuelta de Panamá, y la otra llamada *Santa Maria de la Victoria*, se dirigió á España, mandada por Elcano, que acababa de ser nombrado capitán de ella. Acompañábanle sesenta hombres, entre los que habia trece isleños de Tidore. Cruzaron el mar de las Indias por los 35.º de la latitud S., doblaron el cabo de Buena Esperanza, y el 6 de setiembre de 1552 entraron en San Lucar de Barrameda, habiendo rodeado el globo, y pasado por delante de todos los cabos mas notables del mundo, cosa hasta entonces no vista. Causó mucha alegría al emperador Carlos V este suceso, y con fecha 13 del citado mes de setiembre, escribió una carta á Elcano desde Valladolid, en la que entre otras cosas se lee... «Ví vuestra carta que me escribistes de San Lucar» en que me haceis saber vuestra llegada en salvamento » con la nao nombrada la *Victoria*... de que he holgado mucho, por vos haber traído nuestro Señor en salvamento » y le doy por ello infinitas gracias; y porque yo me » quiero informar de vos, muy particularmente del viaje » que habeis hecho y de lo en él sucedido, vos mando » que..... vengais..... donde yo estuviere.....»

En cumplimiento á lo que se le ordenaba pasó Elcano á la corte acompañado de dos de los 18 españoles que con él llegaron. Recibiólos el César con particulares muestras de aprecio y concedió á Juan Sebastian 500 ducados de juro, y que en su escudo de armas usase por cimera el globo con este lema: *«primus circumdidisti me»* poniendo á los lados dos reyes con ramos en las manos, aludiendo á los de las islas Molucas, de las que habia sido el primero que trajo el clavo y la nuez moscada, segun dice el privilegio.

Las personas que juzgan de los hombres y de los hechos sin hacer un esfuerzo de imaginación para considerar los tiempos en que los primeros vivieron y los segundos sucedieron, encuentran poco mérito en el viaje de Elcano, como si se hubiese hecho en nuestro siglo. No juzgan así los hombres sensatos que consideran los escasos recursos con que se llevó á cabo, y los cortos auxilios que la ciencia suministraba en el siglo XVI. Sin conocer aun esto decia el italiano Ramusio «el viaje hecho por los españoles en el espacio de tres años alrededor del mundo, es una de las cosas mas grandes y maravillosas que se han ejecutado en nuestro tiempo y aun de las empresas que sabemos de los antiguos.»

Léanse los escritos de Herrera, Oviedo, Gomara, Tamara, Pijafetta y otros historiadores, léanse las estensas y curiosas relaciones que se hallan en la magnífica obra que con el título de *Viajes y descubrimientos de los españoles*, coordinó el señor Navarrete y entonces se apreciará cual corresponde el denuedo de los primeros viajeros que surcaron el grande Océano.

No dejó de escitar la envidia de algunos viles cortesanos el honroso recibimiento que hizo á Elcano el Emperador, y en venganza le hicieron sufrir un interrogatorio que no es posible leer con serenidad, pues las preguntas que el magistrado dirigió al héroe, son de aquellas que nial mas ínfimo sirviente se pueden hacer. Ni se contentó con esto la villanía cortesana, que tambien atentó contra su vida, para seguridad de la cual le concedió el César que llevase en su compañía dos hombres armados.

En junio de 1525 salió de la Coruña una escuadra con dirección á las Molucas, de la que fué nombrado piloto mayor y guia Juan Sebastian, que habia decidido con sus conocimientos y razones la cuestion de pertenencia de las Molucas á favor del César, y contra los portugueses que pretendian tener á ellas derecho.

Muchos trabajos pasó en esta segunda expedición, así en el Atlántico como en el grande Oceano y cuando las tempestades habian desunido las naves, cuando las tempestades hacian horribles estragos, falleció el capitán general D. Frey García Jofre de Loaisa, sucediéndole Elcano, que murió el 4 de agosto de 1826, á los cinco días de haber sido reconocido como capitán general, hallándose las naves á 8.º, 40 de latitud N. Sintieron infinito su muerte los españoles, que sin aquel caudillo quedaban en la mas triste y peligrosa situación, y «le dieron, » dice Hérero, la misma sepultura que á su predecesor » que fué echarle en la mar.»

Honró la memoria de Elcano D. Pedro de Echave y Azu erigiendo un cenotafio en la suntuosa iglesia parroquial de Guetaria, y D. Manuel de Agote levantó un monumento en la plaza de la misma villa. Consistia en un elegante pedestal de mármoles con tres gradas y una inscripción en latin repetida á los lados en vascuence y castellano. Sobre el referido pedestal, se veia una estatua de Elcano ejecutada por D. Alfonso Vergaz, y de la que se copia el dibujo que acompaña á este artículo. En la última guerra ha perecido esté bello monumento, y solo se conserva la estatua aunque mutilada.

NOVELA.

EL TESORO.

En una habitación, cuyo mueblaje mas que modesto, demostraba los esfuerzos de una indigencia que no se ha abandonado á sí misma, se veian sentados una jóven y un anciano venerable. El orden, el gusto y la limpieza, daban á aquel pobre recinto una especie de elegancia; cada objeto estaba colocado en su sitio; los ladrillos del pavimento estaban lavados con esmero; en la tapicería

verde aunque descolorida, no se veía ninguna mancha y la ventana estaba guarnecida de cortinas de muselina gorda, cuyos numerosos pliegues formaban una especie de bordado. Algunos tiestos de flores comunes, adornaban esa ventana que se hallaba entreabierta y perfumaban la estancia con sus dulces olores.

El sol iba á ponerse: un resplandor purpúreo luminaba la humilde habitación, hiriendo el rostro encantador de la joven y abillantando la blanca cabellera del anciano.

Hallábase recostado en una poltrona de junco que una industriosa solicitud había guarnecido de almohadas llenas de estopa y remendadas de percal usado. Un braserillo antiguo, transformado en taburete, sostenía sus piernas mutiladas, y el único brazo que le quedaba, lo tenía apoyado en un velador pequeño, encima del cual se distinguían una pipa de espuma de mar y una petaca de avalorio.

El semblante rugoso y atrevido del viejo soldado, revelaba al propio tiempo la severidad y la franqueza. Un bigote gris velaba la media sonrisa que entreabría sus labios, mientras que su vista permanecía fija en la joven.

Esta última podía tener veinte años: era una morena de aspecto cariñoso, pero muy viva y sus emociones se revelaban por expresiones súbitas y rápidas. Su semblante puro parecía á aquellas aguas cristalinas que dejan ver hasta en el fondo todo lo que encierran.

Tenia en la mano un periódico que leía al viejo inválido. De repente se interrumpió y se puso á escuchar.

—¿Qué hay? preguntó el viejo.

—¡Nada! replicó la joven, cuyo semblante manifestó de repente un tanto de disgusto.

—¿Has creído oír á Carlos? repuso el soldado.

—Es verdad, dijo la lectora poniéndose algún tanto colorada; debe haber acabado su tarea y ya es hora de que vuelva....

—Si vuelve, concluyó Vicente con enfado.

Susana abrió los labios para justificar á su primo: pero su juicio protestó sin duda contra semejante intención, porque se detuvo embarazada, poniéndose después á meditar.

El inválido pasó por su bigote la mano que le quedaba y se puso á retorcerle con impaciencia; este era un gesto habitual de disgusto.

—Mal camino lleva nuestro hombre, exclamó al fin; se muestra aquí disgustado, y deja el trabajo por concurrir á las tabernas; esto acabará mal para él y para nosotros.

—No digais eso, tío mío, le hariais muy desgraciado, replicó la joven conmovida. Yo espero que esto pasará pronto. Hace algún tiempo tiene mi primo ciertas ideas... No tiene afición al trabajo...

—¿Y por qué es eso?

—Porque dice que nada puede esperar de él. Cree que son inútiles los esfuerzos del artesano para crearse un porvenir, y asegura que lo mejor es pasar tan bien como se pueda el día de hoy sin esperanza ni prevision.

—¡Ah! ¿Es ese su sistema? repuso el viejo cuya frente se había arrugado. Pues no tiene el honor de haberle

inventado. También teníamos en el regimiento algunos de esos filósofos que se eximían de partir bajo el pretexto de que el camino era muy largo y que se arrastraban en los depósitos, mientras que sus compañías entraban en Madrid, Berlin y Viena. Hé aquí tu primo, no tiene presente que andando, andando se llega al cabo á Roma.

—¡Ah! ¡si así se lo hiciérais comprender! dijo Susana con inquietud. Yo he tratado de convertirle haciéndole ver lo que un buen encuadernador como él podía economizar; pero cuando llegaba á la suma, alzaba las espaldas diciendo que las mugeres no entienden de cálculo.

—Y entonces tú te desesperabas, pobre hija mía, continuó Vicente con una tierna sonrisa; ahora conozco la causa por la cual tienes tan frecuentemente inflamados los ojos.

—Tío mío, os aseguro...

—Lo cual es causa de que te olvides de regar tus flores y de que ya no cantes.

—Tío mío...

Susana confusa, tenía bajos los ojos y arrollaba la punta del periódico. El inválido puso su mano sobre su desnuda cabeza.

—¿Vamos, pues no vá á creer que la riño? replicó con un tono brusco de amistad; no es muy natural que tú te intereses por Carlos, que es tu primo, y que con el tiempo será...

La joven hizo un movimiento.

—¡Y bien, no hablemos ya de ello! Dijo el inválido interrumpiéndose; siempre me olvido de que con vosotros es preciso ignorar lo que se sabe. No hablemos mas, te digo, y volvamos á ese joven á quien profesas amistad... ¿No es esta la voz admitida... y que también te la profesa?

Susana meneó la cabeza.

—Es decir que me la profesaba en otro tiempo, dijo; porque de algún tiempo á esta parte.... Si supiérais qué tío se presenta, qué aire tan enojado tiene.

—Sí, replicó Vicente pensativo; cuando uno ha probado esas diversiones ruidosas, los placeres domésticos parecen insípidos; lo mismo que un vaso de vino común al lado de uno generoso; esto se concibe fácilmente; á muchos les ha sucedido lo mismo.

—Pero se han curado, observó Susana; así que Carlos se curará igualmente. Tal vez con solo que V. le hable....

El anciano hizo un gesto de incredulidad.

—Las enfermedades no se curan con palabras; no se improvisa un hombre juicioso ni un buen soldado: hace falta ejercicio, experiencia; trabajo y el bautismo del cañón. Ahí tienes; tu primo carece de voluntad porque no vé un objeto, un fin; sería preciso mostrarle uno que le animase y este no es un asunto insignificante. Ya pensaré en ello.

—¡Ahora, si que es él! interrumpió la joven que había reconocido en la escalera el paso precipitado de su primo.

—Entonces, silencio, dijo el inválido; no demos á co-

nocer que hemos pensado en él y vuelve á empezar tu lectura.

Susana obedeció, pero la alteracion de su voz hubiera revelado fácilmente su emocion á un observador desocupado. Mientras que sus ojos seguian las líneas impresas y su boca pronunciaba maquinalmente las palabras, su oído y su pensamiento se encontraban fijos en su primo, que acababa de abrir la puerta y habia dejado su gorra en el velador colocado en medio de la habitacion.

Autorizado al silencio por la no interrupcion de la lectura, el jóven obrero ni saludó á su tío ni á su prima, y acercándose á la ventana se apoyó en ella cruzando los brazos.



Susana continuó sin comprender lo que leía.

Se hallaba en ese mosaico de noticias separadas y frecuentemente contradictorias, colocadas bajo el epígrafe comun de *Variedades*. Carlos que al principio habia parecido distraído, concluyó por prestar atencion como á pesar suyo. La jóven despues de diversos anuncios de robos, incendios y accidentes, llegó al artículo siguiente:

«Un pobre buhonero de Besangon, llamado Pedro Lefebre, queriendo hacer fortuna á toda costa, concibió el pensamiento de partir para las Indias, que habia oído citar como el pais del oro y de los diamantes. Vendió pues, lo poco que poseia, pasó á Burdeos, y se embarcó en calidad de ayudante de cocina en un navío americano. Diez y ocho años han transcurrido sin que se haya oído hablar de Pedro Lefebre, cuando sus parientes acaban de recibir una carta que les anuncia su próximo regreso: por ella saben que el antiguo buhonero despues de grandes fatigas y de inusitados golpes de fortuna, vuelve á Francia tuerto y manco, aunque

»propietario de una fortuna que se gradua en dos millones.»

Carlos que habia escuchado el artículo con una atencion que se iba redoblando á proporcion que se terminaba, no pudo contener una exclamacion...

—¡Dos millones! repitió maravillado.

—Eso podria servirle para comprar un ojo de cristal y un brazo mecánico, hizo observar irónicamente el viejo soldado.

—¡Qué fortuna! replicó el obrero, que no habia oído la reflexion de su tío.

—¡Diez y ocho años de fatigas inesplicables! repitió Susana apoyándose en las espresiones del periódico.

—¿Qué importa, cuando al fin se logra una fortuna? dijo Carlos con viveza; lo difícil no es el emprender una obra, ni soportar el mal tiempo con tal que se camine á un fin, sino el marchar para no llegar á un sitio.

—Luego, replicó la jóven, cuyos ojos se habian dirigido tímidamente á su primo, envidiais la fortuna del buhonero; dariais todos los años de vuestra juventud, uno de vuestros ojos, una de vuestras manos...

—Por dos millones, interrumpió Carlos; ¡ciertamente! no teneis mas que encontrarme un comprador á ese precio, y os aseguro un dote para alfileres.

La jóven volvió la cabeza sin responder; su corazón se habia oprimido, y una lágrima hinchó sus párpados. Vicente calló tambien; pero habia vuelto á retorcer su bigote con aire melancólico.

Hubo un largo silencio: cada uno de los actores de esta escena, quedó entregado á sus pensamientos.

El ruido del reló que dió las ocho, sacó á Susana de su preocupacion, pues se levantó con viveza, fué á preparar la mesa para la cena.

Corta y triste fué esta. Carlos que habia pasado en la taberna con sus amigos el último tercio del día, no quiso tomar nada, y Susana habia perdido el apetito. Unicamente Vicente hizo honor á la frugal cena, porque las fatigas de la guerra le habian acostumbrado á guardar los privilegios del estómago á pesar de todas las emociones. Pero se cansó bien pronto, y volvió á su poltrona al lado de la ventana.

Despues de haber quitado la mesa y restituido las cosas á su sitio, Susana que tenia necesidad de estar sola, tomó una luz, abrazó al inválido, y se retiró á un gabinete que ocupaba arriba. Vicente y el obrero se quedaron solos, el uno frente del otro.

Este iba á despedirse igualmente de su tío, cuando el viejo soldado le hizo seña de que echase el cerrojo á la puerta y se acercase.

—Tengo que hablarte, le dijo con seriedad.

Carlos que preveia alguna riña, permaneció en pie delante del viejo; pero este último le volvió á hacer seña para que se sentase.

—¿Has pensando bien en tus palabras de hace poco, dijo mirando fijamente á su sobrino? ¿serás verdaderamente capaz de un gran esfuerzo para hacer fortuna?

—¡Yo! ¿podeis dudarle, tío mío? respondió Carlos, sorprendido de la pregunta.

—Es decir, que tendrás paciencia, trabajarás sin interrupción, cambiarás tus costumbres.

—Si es o pudiese serme útil de cualquier modo... ¿Pero á qué viene semejante pregunta?

—Vas á saberlo, dijo el inválido abriendo el cajón de una pequeña cómoda, donde guardaba los periódicos antiguos que le prestaba uno de sus vecinos.

Después de revolverlos algunos minutos, tomó uno, le abrió, y enseñó á Carlos un artículo marcado con la uña.

El joven obrero leyó á media voz.

«Se han hecho algunas reclamaciones cerca del gobierno español con motivo de un depósito enterrado á orillas del Duero después de la batalla de Salamanca. Parece que durante aquella famosa retirada, una compañía perteneciente á la primera división, y que había estado encargada de la custodia de diferentes cajones, fué separada de lo restante del ejército, y rodeada por tan respetable número de enemigos, que era imposible todo género de resistencia. El oficial que la mandaba, viendo que no había medio de romper á través de los enemigos, se aprovechó de la noche para hacer enterrar los cajones por algunos soldados de confianza; después, seguro de que nadie podría descubrirlos, ordenó á su pequeña fuerza se dispersase, á fin de que cada uno viese de escapar solo á través de las líneas enemigas. Algunos tuvieron la suerte de poder reunirse á la división; pero el oficial y los soldados que conocían el sitio donde habían sido enterrados los cajones, perecieron en la fuga.

«Se asegura que estos cajones contenían los fondos de la división, es decir, una suma de cerca de tres millones.»

VARIEDADES.

La campana de la Aldea.

En esa hora en que el horizonte comienza á encapotarse, y en que todos los ruidos se acallan, un noble anciano de majestuoso semblante seguía lentamente, y á lo largo de las mieses que ya empezaban á tornarse amarillentas, la solitaria senda.

La abeja había ya vuelto á su colmena, y las aves á su morada nocturna; las hojas de los árboles inmóviles y caldeadas por los rayos de un sol abrasador, dormían sobre su tronco, y un silencio triste á par que dulce, se enseñoreaba de la tierra adormecida.

Una sola voz, el lejano sonido de la campana de una pequeña aldea, ondulaba en el monótono espacio.

Y esta voz solo decía: «No olvidéis á los difuntos.»

Y como fascinado por sus recuerdos, parecía al buen anciano que la voz de los muertos, débil y vaga, se mezclaba á esta voz aérea y penetrante.

¿Voleis á visitar los lugares en que termina vuestro rápido viaje, y á buscar los recuerdos dolorosos y las dulces alegrías que tan pronto han pasado?

Muy semejante al humo que vomitan nuestros tejados de paja, y se disipa en el momento, así os habeis desvanecido.

Vuestras tumbas se destacan allí, bajo el tejo centenario del cementerio. Cuando los húmedos soplos del poniente murmuran entre los árboles, diríase que los espíritus difunden sus gemidos por el espacio: «¿Espíritu de la muerte, eres tú quien tiembles sobre tu místico lecho?»

Ahora os hallais en paz, basta ya de lágrimas injustas; ahora lucen para vosotros astros mas bellos, un sol mas radiante inunda con su hermoso esplendor campos y mares etéreos y horizontes infinitos.

¡Ah! habladme de los misterios de ese mundo que se representan mis deseos, y en cuyo seno mi alma fatigada con las sombras de la tierra, aspira á sumirse. Habladme, sí, de su autor omnipotente, y que lo ha llenado de sí mismo; de ese artífice, único que puede llenar el inmenso vacío que ha formado en mí y que tanto me devora.

Hermanos, después de una espera consolada por la fé, vuestra hora ha llegado. También la mía vendrá, y otros á su vez cuando después de concluido el trabajo diario, vuelvan á su pobre cabaña, prestarán atento oído á la voz que repite sin cesar.

¡No olvidéis á los difuntos!

REVISTA DE LA SEMANA.

La gran solemnidad cívica y religiosa que todos los años se celebra en Madrid el Dos de Mayo, estuvo en el actual tal vez mas concurrida que en ninguno de los anteriores. Desde la tarde de la víspera se empezó á anunciar con las salvas de artillería y el lúgubre clamor de las campanas la proximidad de ese célebre aniversario. El día Dos, al toque de diana rompió el fuego la artillería colocada en las afueras de la puerta de Alcalá, y desde las cinco comenzaron á celebrarse misas en el monumento del Prado, en conmemoración de las ilustres víctimas, cuyos restos descansan en aquel lugar.

A las diez de la mañana salió de las casas consistoriales la comitiva de costumbre, dirigiéndose á San Isidro, en cuya iglesia se celebró una misa de pontifical, pronunciando un elocuente discurso el distinguido orador D. Pedro Arenas. Terminado el acto, marchó la comitiva hacia el Prado en el orden siguiente: abría la marcha un piquete de caballería; seguían los pobres de la casa de socorro y asilo de San Bernardino, los Desamparados y niños del colegio de San Ildefonso, los inválidos del ejército, los parientes de las víctimas del Dos de Mayo, los gefes y oficiales del ejército y armada, el ayuntamiento con sus maceros, cerrando la marcha una columna de honor, compuesta de seis compañías de granaderos, precedidos de una música militar.

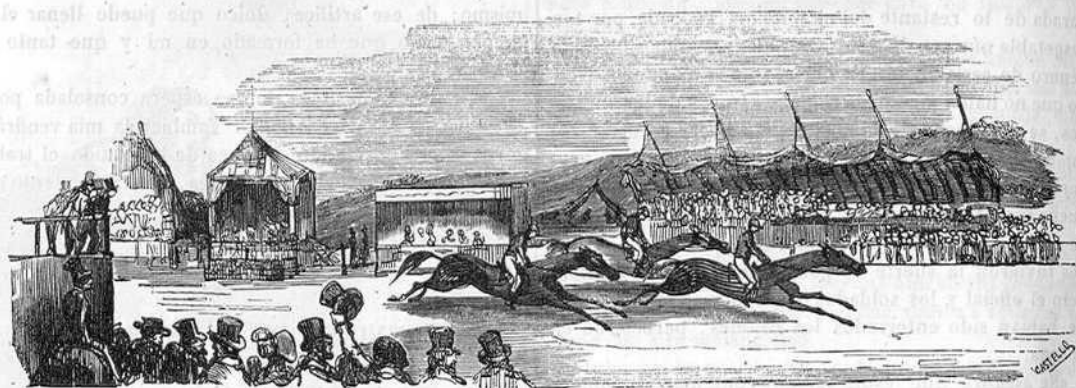
Después de cantar un responso solemne, se hicieron las salvas de ordenanza, y todas las tropas de la guarnición desfilaron delante del monumento. La concurrencia fué inmensa, el tiempo estaba hermosísimo, y en

medio del lujo que por todas partes se notaba, sobresalía el color negro de los trajes, como un tributo popular á la memoria de los que murieron defendiendo los derechos de todos.

En el teatro del Principe, se representó una comedia traducida del francés por los señores Gil y Navarrete, con el título de *Un pariente millonario*. No ha sido muy notable el éxito de esta representación, aunque la comedia es bastante buena, y la señora Llorente desempeñó perfectamente su papel. El argumento de la pieza está fundado en esa especie de mal carácter que producen las riquezas en el que las posee, notándose el descontento y fastidio con que mira todas las cosas de su país y de su familia el *millonario* recién venido de Amé-

rica: casado este en el segundo acto con una vieja que ha sabido engañarle, vá perdiendo la primitiva aspereza, y cede siempre ante la voluntad de su muger: por último y habiéndose menoscabado la fortuna de los dos esposos se vé el *millonario* en la necesidad de acudir á los demas parientes que en un principio habia mirado con tanto desden. Como se vé, el fin de la comedia es muy moral. El señor Guzman hizo grandes esfuerzos; pero como el papel era demasiado sentimental y eso no está en su cuerda, ha sido poco aplaudido. Por el contrario la señora Llorente estuvo inimitable.

En la noche del jueves se representó en el teatro del Circo la *Sonámbula*. La Persiani en el papel de Amina se elevó á la mayor altura. Su ejecución fué admirable,



(Carrera de caballos en la Real Casa de Campo)

y los caprichos con que enriquece su parte, son del mejor gusto, y ejecutados siempre con tanta facilidad como perfeccion. Mereció muchos aplausos en la cavatina de salida, y llegó á arrebatarse en la *stretta* de la ária final. En estos pasos como en toda la ópera, su sentimiento y la verdad con que canta, escede á toda ponderacion.

Salvi ha merecido tambien aplausos en el dno final del primer acto; mas en el resto de la ópera no ha llamado la atencion demasiado.

Los coros han estado algo flojos; pero la orquesta no ha dejado nada que desear.

En los dias 5 y 6 del actual, se verificaron carreras de caballos en el terreno que S. M. se ha dignado conceder en su real Casa de Campo. La concurrencia fué bastante numerosa, advirtiéndose mucho lujo, tanto en los vestidos, como en los carruajes: se veian muchos con cuatro caballos, y varios á la *Daumon*; entre ellos los de los señores conde de Salvatierra, Ceriola, Arcos y Figueroa. El duque de Medinaceli llevaba un coche con delantero y seis caballos españoles negros, como los usa siempre esta casa.

Se notó la particularidad, de que al paso que muchos grandes y títulos, nuestros banqueros y capitalistas ostentaban magníficas carretelas francesas con caballos ingleses, algunas personas naturales de Inglaterra, como

Mr. Tom Owen, se presentaron en coches de colleras con caballos españoles.

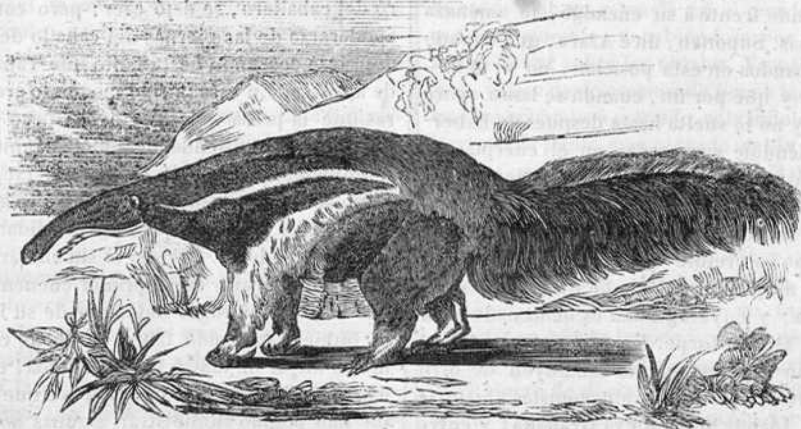
Los premios consistian en una magnífica petaca de oro para el primero del primer dia; 6,000 rs. para el segundo; 2,000 para el tercero: y en el segundo dia 12,000 reales para el primer premio; 8,000 para el segundo; y 3,000 para el tercero.

En el dia 5 ganó el primer premio el *Brillante*, del señor Salamanca; el segundo la *Diana* del señor Duque de Rianzares; y el tercero el *Cordovés*, del señor Salamanca.

El dia 6 ganó el primer premio el *Fergus* de D. Ignacio Figueroa; el segundo el *Noble*, del Duque de San Carlos; y el tercero el *Cordovés*, del señor Salamanca.

En los dos dias asistió S. M. y la real familia al palco que la estaba destinado. El hipódromo es magnífico, y á propósito para este género de diversiones, que segun parece, vá á aclimatarse entre nosotros, llegando tal vez con el tiempo á rivalizar con las corridas de toros, que hasta ahora han dominado sin contradiccion y de un modo esclusivo.

HISTORIA NATURAL.



EL TAMANDOA.



principios del año 1824 me encontraba en la ciudad de San Martín de los Llanos, capital de la provincia del mismo nombre, preparándome para bajar por el Meta, uno de los ríos que desaguan en el Orinoco. El 3 de febrero por la tarde, saliendo á pasear con el cura del pueblo, descubrimos á lo lejos en la llanura un pastor, que, habiendo montado á caballo con el objeto de conducir sus vacas al corral, galopaba en la dirección en que nos hallábamos llevando delante de sí un Tamandoa que poco antes había hallado escarbando un hormiguero. Cuando divisamos el animal se hallaba ya cansado, galopaba con bastante dificultad, y con la torpeza que pudiera hacerlo una vaca. Corrí entonces en su persecución, y habiéndolo alcanzado lo así por la cola con el objeto de detenerlo. No hubiera yo á la verdad soltado mi presa; pero bien pronto me ví en el caso de suspender mis esfuerzos al oír al pastor que con voz espantada me gritaba, que yo mismo me conducía á una muerte segura. A pesar de que en aquel momento no advirtiese la presencia del peligro, las penosas aventuras que en diferentes ocasiones había salvado con dificultad por no haberme dejado conducir por los consejos de los prácticos del país, me enseñaron á ceder esta vez á la primera indicación, y

en el momento mismo conocí que mi obstinación pudiera haberme salido bien cara. Con efecto, apenas había soltado la presa, cuando parándose de pronto el animal, se levantó sobre las patas de detrás como pudiera hacerlo un oso, y volviéndose hacia mí con un movimiento rápido y semejante al de un segador, trazó en el aire con su brazo estendido un círculo, en el que faltó muy poco para comprenderme: ví pasar á dos pulgadas de mi cintura una cortante que entonces me pareció de medio pie de largo, y me persuadí que un paso mas habría sido suficiente para que su arma terrible hubiera desgarrado mi vientre de uno á otro lado. Un sacudimiento de ira que acompañó á esta demostración, ya por sí demasiado significativa, me hizo comprender que sería una temeridad comprometer lucha con un enemigo, cuyas manos se hallaban mucho mejor armadas que las mías, y resolví continuar la caza como simple espectador. El pastor que guiaba su caballo con la mayor destreza, consiguió conducir el Tamandoa hasta el centro del pueblo, en cuyo punto, no hallándose ya el animal con fuerzas para correr, se vió obligado á refugiarse en el pórtico de la iglesia. En el momento trajeron de las casas inmediatas diferentes lazos, por medio de los cuales, apoderándose de él, lo condujeron sujeto por la cabeza y manos á la plaza del pueblo. Al cabo de algunos instantes pareció renunciar á toda resistencia, y yo utilicé este momento para sacar su diseño: mientras que me hallaba á alguna distancia se mantenía completamente inmóvil; pero si por el

contrario me veía obligado á aproximarme para hacer alguna nueva observacion, al momento se ponía en posición de defensa, no ya como la vez primera levantándose sobre sus pies, y amenazándose con las manos, sino tendiéndose sobre el espinazo y abriendo sus patas para asirme. Esta aptitud de defensa, la mejor tal vez que puede tomar animal, cercado como estaba por todas partes, no es la que pone en juego cuando solo se vé atacado por un lado, en cuyo caso, en lugar de tenderse, se contenta con sentarse, y dando frente á su enemigo, le amenaza con sus terribles uñas. Suponen, dice Azara, que cuando el Jaguar vé al Tamandua en esta posición, no se determina á acometerle, y que por fin, cuando se lanza sobre él, este lo asegura y no lo suelta hasta despues de haberlo muerto, escondiéndole sus zarpas en el cuerpo; de modo, que sucede á veces, que ambos contendientes dejan el combate con la existencia. Es cierto, dice este autor, que esta es la manera de defenderse que el Tamandua conoce; pero no es creíble que esta baste contra el Jaguar, que puede muy bien matarlo de un zarpazo ó de una sola dentellada; y cuya agilidad es demasiada para dejarse asir por un ser tan torpe. La primera vez que oí hablar de luchas tan estrañas que no concluyen de otro modo que con la muerte de los dos antagonistas (historia bien comun en los Llanos de la nueva Granada, y entre los Pampas del Paraguay) no me fué posible concederles mas crédito que á Azara. Ahora no las tengo ya por imposibles; solo creo que deben tener lugar muy raras veces, y verificarse de distinto modo que nos las cuentan. El Jaguar no dá apenas tiempo para ponerse en defensa al animal que quiere acometer; en dos ó tres saltos lo alcanza, se lanza sobre él de improviso, y con bastante frecuencia un solo golpe le es bastante para derribarlo. Sucede sin embargo algunas veces, que este primer golpe es dado en falso, y entonces el agresor se halla un momento como prostrado á los pies de su enemigo, y por decirlo así, á su discrecion: este momento es á la verdad muy corto; pero empleado oportunamente puede variar enteramente el aspecto del combate. Se ha visto por ejemplo, dar una mula una cox con la pata delantera en la cabeza del Jaguar y deshacerle el cráneo: un Tamandua en semejante caso, buscará el medio de echarles los brazos en derredor del cuerpo, y si consigue asirle, el apretón será terrible. En circunstancias ordinarias, el Tamandua, segun parece, se deja matar sin oponer resistencia eficaz. He muerto muchos, dice Azara, dándoles golpes con un palo grueso sobre la cabeza sin tomar mas precauciones, que si los hubiera dado sobre un objeto inanimado. Yo me inclino á creer que estas gloriosas hazañas serán con efecto de ningun riesgo para los que conocen las costumbres del animal; pero no puedo persuadirme de que lo sean asimismo para un cazador inesperado. Tal cual yo lo era en 1824, y cual lo fué en 1837 el capitán Juan Tafur, uno de los oficiales de la expedición de Quesada.

Esta expedición, que dió por resultado el descubrimiento y conquista del Llano de Bogotá, se vió cercada en mil ocasiones de toda clase de peligros, y el hambre anunciaba su completo exterminio á este puñado de valientes, mientras que las flechas envenenadas de los sal-

vajes cercenaban considerablemente sus filas. En una de estas circunstancias de terrible escasez, fué cuando Tajur encontró un Tamandua; verlo en el llano, volar en su persecucion, alcanzarlo y dirigirle un lanzazo, todo fué obra de un momento. Pero habiéndose roto en el choque el asta de su lanza, en lugar de huir el animal herido, se lanzó con tal violencia sobre las ancas del caballo, que clavó en ellas sus afiladas uñas. Herido este nuevamente por un segundo lanzazo de un infante que fuera en socorro del caballero, se dejó caer; pero con la doble idea de apoderarse de las piernas del caballo de que no pudo este desasirse coceando hasta tanto que Tajur tomó el partido de apearse. En este mismo momento creyeron los cazadores que la presa se les escapaba; pero un tercer lanzazo puso fin á la contienda, dejándole exánime hasta cuyo último momento no dejó de defenderse. Ya hemos visto como se prolongó una lucha tan desigual sostenida por uno de esos animales que la generalidad suponen incapaces de defenderse. Preciso es sin embargo conceder, que si el capitán Tajur en su primer encuentro se hubiera valido del asta en lugar del acero de su lanza, la lucha no se hubiera sostenido tanto, probado como está, que el medio mejor de matar un Tamandua, es descargarle palos sobre la cabeza. Los viajeros, que sobre este punto me han podido suministrar algunas noticias, convienen perfectamente con Azara; pero estan bien lejos de asentir con él creyendo que pueda uno aproximarse al animal sin tomar antes precauciones. Por mi parte, despues de haber visto tan de cerca sus temibles armas, he juzgado conveniente conservarme siempre á una distancia respetuosa. Se deja á pesar de esto comprender, que las uñas del Tamandua deben sin duda considerarse menos como armas ofensivas, que como útiles indispensables destinados á hacer las escavaciones que le proporcionan su alimento. Son estas lo que el hacha en manos del leñador, hacha que el hombre mismo en una necesidad, convertiria en instrumento de defensa, á menos que no le ocurriera la fatal idea de arrojarla para huir mas velozmente viendo acercarse á su enemigo. Pues bien, bajo este punto de vista, tiene el Tamandua sobre el hombre la ventaja, de que en el momento critico en que la resistencia se le presenta como único medio de conservacion, se encuentra con sus manos perfectamente armadas. Aun delante de un enemigo poco temible, el Tamandua se halla siempre dispuesto á cederle el puesto; pero una vez perseguido, se vé al momento en la necesidad de aceptar el combate, toda vez que su carrera es bastante tardía y pesada. La hembra en particular, tiene desde luego que presentar frente á su adversario, pues que rara vez se la encuentra, que no vaya llena, ó acompañada de su hijuelo, de quien ningun peligro por terrible que sea, es bastante á separarla. Esta en sus expediciones lo conduce sobre sus espaldas, mientras es pequeñito, ó un poco mayor, lo hace ir á su lado, pero sin perderlo nunca de vista y dispuesta siempre á averiguar por él su vida. La hembra del Tamandua, dice un viajero, no da cada vez mas que un hijuelo que nace débil é incapaz de servirse de sus miembros. Apenas adquiere un poco de fuerza, lo coloca la madre sobre sus costillas, y lo conduce consigo

por todas partes. Si entonces se ve atacada, se defiende con la mayor osadía, toma su carga, la abriga en su delantera abrazándola con la mano izquierda, y esgrime la derecha con tanto vigor como destreza. Si el que la ataca, amenaza su lado izquierdo, veloz como el viento cambia de lado á su defendido sin que este movimiento sea apenas advertido. Mientras que el combate no es muy encarnizado, el hijuelo se mantiene enteramente asido á su madre; pero en el momento en que crece el peligro vuelve este su frente, y esgrimiendo sus pequeños brazos, manda también golpes al enemigo común que los acosa.

Hallándose en el fuerte de San Joaquín, dice Schomburgk, me regalaron un Tamandua que suponían tendría un mes poco más ó menos, cuya captura se verificó de este modo. Paseándose un día á caballo por un vasto prado el hermano del gobernador de la provincia, D. Pedro Ayres, divisó al pequeño animal acompañado de su madre, y en el momento se puso en su persecución. Como su principal objeto era cojerlo vivo, su caza se hubo de prolongar, de modo, que durante una hora se vió precisado á llevar su caballo siempre á galope. Cansada por fin la madre por tan larga carrera, se paró de repente poniéndose en defensa, en cuyo caso tendiendo un lazo se consiguió apresarla en el momento. Juzgando pues D. Pedro lo difícil que sería conducirla al fuerte, hallándose solo con un criado, creyó mejor partido amarrarla á un árbol y llevarse el hijuelo que hasta entonces no había perdido su posición.

Este al principio parecía poco dispuesto á domesticarse buscando siempre el rincón mas oscuro del cuarto en que lo tenía para ocultarse. Al aproximarse á él, se ponía al instante en aptitud de defensa, como pudiera haberlo hecho uno mayor probando herir con su mano derecha, y dejando oír un gruñido semejante al de un cachorrillo que se le separa de su madre. Al cabo de algunos días pareció conformarse con su condición, y bien pronto se le descubrió bastante inclinación á la india encargada de su cuidado. Esta le daba leche y cazabe; parecía abrigar poco calor natural, y al tocarle siempre se le encontraba la piel extraordinariamente fría. Entonces le hacía envolver en una cubierta, y observé se mantenía muy quieto. Pero lo que prefería á todo era, que el ama que le cuidaba lo tomara en su falda y lo calentara en su regazo. Si esta lo colocaba entonces en el suelo, dejaba oír un gemido dulce y suplicante; pero si su súplica era desatendida, su gemido se convertía en un ruido áspero muy fuerte y muy desagradable al oído. Siguiendo al ama por el interior de la casa, parecía dejarse mas bien guiar por el olfato que por la vista, y siempre se le veía marchar con las narices junto al suelo como un perro que sigue la pista á una perdiz. Sucedió algunas veces que perdía la huella; se paraba entonces, y levantándose sobre sus patas traseras con la cabeza hacia arriba y muy abiertos los caños de las narices, se volvía olfateando á derecha é izquierda hasta que la volvía á encontrar.

El sentido de la vista le tenía extraordinariamente torpe como teníamos ocasión de probarlo continuamente, viéndole tropezar con todos los objetos que á su paso

encontraba y de que no se apercibía hasta el momento en que los tocaba. En cambio tenía el sentido del olfato en extremo delicado, conocía á gran distancia al ama ó á cualquiera otra persona á quien hubiese cobrado algún cariño, y en el momento dejaba oír en señal de llamada el mismo gemido dulce de que ya hemos hecho mención. Me había tomado tal inclinación, que en el momento en que me sentaba á escribir y apenas se apercibía de mi estancia en el cuarto, cuando se aproximaba muy quedito, y subiéndose por mis piernas se venía á colocar sobre los muslos. Trepaba con mucha facilidad, y para darle ocasión de poner en juego su habilidad, nos divertíamos á menudo colgándole delante una manta hasta cuyo punto mas elevado subía con el auxilio de sus uñas. Cuando la india que lo cuidaba quería ausentarse ó tenía que hacer alguna cosa que no le permitía ocuparse de él, tomaba uno de sus vestidos ó la cubierta de su cama, lo envolvía en ella y se mantenía quieto; pero no producía el mismo efecto otra cubierta ó los vestidos de otra muger que no fuera de casa. Daba á conocer su afecto lamiendo á las personas que quería y entonces se le veía cariñoso y alegre; por lo demas era muy amigo de dormir. Llegó por fin á cobrarnos mucho afecto y como había principiado á comer solo, cuando mas esperanza teníamos de conservarlo, nos faltó leche, y ya sea por el cambio de régimen, ó otra cualquiera causa, principió á desmejorar. Diferentes veces lo encontré frío como hielo y del todo yerto, y otras tantas conseguí restituirlo á la vida; pero un día que salí tuve el disgusto de encontrarlo muerto á mi regreso. Lo que hizo que su pérdida me fuese menos sensible, fué el que en este tiempo me pude hacer con otro de su misma raza, pero de mas tiempo. Durante su caza, el animal se defendió con el mayor arrojo ya procurando al verse cercado por todas partes, trepar por la muralla, cuyas piedras salientes parecían concederle un asidero para la fuga, ya presentando el combate á los indios que tímidos lo rehusaban. Por fin se le tendieron lazos, y merced á ellos conseguimos á poco rato verlo amarrado en el patio de la casa. En los continuos esfuerzos para desasirse de sus ligaduras consiguió desollarse la piel del lomo, de manera que convencidos de que estos llegarían acaso á producirle la muerte, nos vimos en la precisión de construirle una choza cercándola con una empalizada.

No quiso comer hasta el tercer día, le dimos hormigas y farinha (harina de yuca) lo que comió con gusto. Habiendo bien pronto consumido los hormigueros que había en las inmediaciones del fuerte, á causa del gran consumo que de ellos diariamente hacía, tomamos el partido, mas bien por hacer un ensayo, que confiados en el buen éxito de la empresa, de darle carne de vaca partida en pequeños pedazos. Con grande admiración nuestra vimos que la comía con ansiedad, y desde este momento apenas se alimentaba con otra cosa que carne ó pescado, á favor de lo cual, y el buen trato, conseguimos en breve domesticarlo de tal modo, que venía á tomar la comida de nuestra manos. Durante el día dormía mucho; se acostaba haciendo la rosca como un perro con la cola estendida, de forma que fuera suficiente á cubrir-

le la cabeza y una parte del cuerpo. Cuando se despertaba su primer movimiento, generalmente, era dirigirse á la empalizada pasando por entre las barras su largo hocico y aspirando el aire, de modo que parecia dejar ver lo que pasaba fuera. Se levantaba frecuentemente y con mucha facilidad sobre sus pies, manteniéndose en esta posicion por espacio de algunos minutos. Otras veces se le veía apoyado sobre sus talones, con el cuerpo derecho y los brazos cruzados. Despues de haber comido se arrodillaba del mismo modo que lo hacen los potros y carneros, al tiempo de mamar. Tomaba muy á menudo en sus manos algun objeto, y en este caso sus uñas le prestaban grande ayuda: cuando estaba echado y queria levantarse, principiaba casi siempre por arrodillarse. Cuando se le ponía delante la carne picada, ensanchaba las narices, movía el labio superior y dejaba conocer la preferencia que daba á los bocados mas delicados. Subía con la mayor agilidad á lo alto del vallado, que formaban las paredes de su choza, no empleando jamás los dos brazos á la vez, sino sirviéndose alternativamente de ellos. Cuando se habia asegurado con una mano, elevaba todo el cuerpo por la fuerza de este solo brazo, colocaba despues el pié, y repetía la misma operacion con el costado izquierdo. Por este solo ejemplo podrá juzgarse de la fuerza de que disponen sus miembros.

El principal músculo del brazo de uno de estos animales que tuve ocasion de diseccionar, tenía de ancho dos pulgadas y tres octavas partes de pulgada de grueso. Despues de las diferentes observaciones á que me he dedicado sobre los Tamandós que he tenido en mi poder, estoy cierto que éstos pueden con facilidad trepar á los árboles, y no dudo lo hagan alguna vez hallándose en plena libertad. El Tamandó segrega de sus narices y boca un líquido transparente y cristalino como el agua que por ellos se destila constantemente, siendo esto tanto mas notable cuanto que este animal bebe muy poco. La Llama que tambien hace poco uso del agua, segrega asimismo gran abundancia de saliva. Me acuerdo que antes de construir la choza á este último Tamandó, cuando este se acostaba al sol, sudaba tan abundantemente, que su piel no hubiera aparecido mas empapada al salir del río. Es de advertir que de cuatro Tamandós que he tenido en mi poder, mas el pequeño que me dieron en el fuerte de San Joaquín, eran todas hembras; debemos pues concluir, que los machos de esta especie son menores en número, ¿ó será preciso creer que se ocultan en los sitios mas retirados? Ambas opiniones pueden muy bien sostenerse; y en apoyo de la última deberé advertir que todos cuantos he tenido han sido cazados en la llanura en medio del día. En muchas especies, los machos viven separados de las hembras, excepto en la época de sus festejos, y solo de noche es cuando salen á proporcionarse su alimento. Partiendo, pues, de que el número de machos sea inferior al de las hembras, podremos asegurar para algun día la total estincion de esta especie.

ANTIGUEDADES ESPAÑOLAS.



Cornelina.



Jaspe.



Agata.



Opalo.



Esmeralda.



Onyx.



Jacinto.

Descubrimientos de Clunia.

A cinco leguas al N. O. de Aranda de Duero, y á una corta de Huerta de Rey, se hallan sobre una cordillera de cerros bastante elevados y unidos entre sí, formando una planicie casi circular y estensa, desde la que se descubre un horizonte pintoresco é inmenso, las respetables minas de la *Romana clunia*, tan olvidada por desgracia, cuanto rica en monumentos de mil y mil clases; la mayor parte mutilados por la incuria y por el tiempo, que revelan la grandeza y esquisito gusto de sus autores, y el rango y categoria del pueblo donde sirvieron, y en el cual residieron las autoridades superiores de uno de los siete conventos jurídicos de la España Celtivérica.

Las emociones que siente el viajero al hollar con sus plantas aquellos sitios, en donde hoy no se vé mas que tal cual arador surcando la tierra con trabajo, por la multitud de trozos de columnas, basas, frisos, capiteles y restos de mármoles y jaspes que encuentra son indecibles, y nosotros que hace poco les recorrimos, hubiéramos querido para honrar como se merece la buena memoria del Pueblo Rey, y para honor y decoro de nuestra patria, que el estado de esta permitiese al gobierno de S. M. fijar su consideracion en tantas preciosidades para ponerlas en seguro depósito, invirtiendo las sumas que se necesitan, principalmente en cortas escavaciones, con

el objeto, entre otros, de que la rapacidad y mezquino interés, no las haga desaparecer é ir á aumentar los museos de otras naciones, como por desgracia, ya está sucediendo en la actualidad.

Estos temores han guiado nuestra pluma, y también el deseo de dar á conocer á los lectores del siglo, como intentaremos hacerlo en varios artículos, aunque con timidez por nuestra insuficiencia y escaso talento, y porque no pasamos de ser unos menos aficionados á la arqueología y numismática, la historia de la Gran Clunia, monumentos públicos que en ella existían, tales como sus sólidas y ya derruidas murallas, y el bien conservado teatro ó circo abierto á pico en piedra viva con innumerables gradas para los espectadores, y vomitorios de las mismas, mosaicos, lápidas sepulcrales, utensilios de barro y bronce, monedas, camafecos, etc.

Concretándonos por hoy á los de las dos clases últimas, diremos, que son tales y tantos los que se descubren y recojen de la superficie, en particular cuando los torrentes de agua se precipitan por los declives, ó se remueve la tierra para las labores agrícolas, que no hay vecino del lugarcito próximo de Peñalva de Castro que deje de volver á su casa sin alguno, el cual lleva siempre consigo envuelto en un trapo ó retazo de sucio papel, á fin de ofrecerle al primero que encuentra en el camino, ó en los mercados de Huerta y Aranda, en cambio de diez ó doce cuartos cada moneda de grande ó pequeño bronce, común ó rarísima, pues para él es lo mismo, porque no sabe lo que vende, y sí solo que es un chanflón de los moros, como oyó según refiere con seriedad, á su abuela ó á los ancianos del pueblo, y de treinta á cuarenta reales cada camafeo, ó mejor dicho, cada piedra fina caprichosa y admirablemente grabada en hondo, ora sea diamante, rubí, esmeralda ú ópalo, porque repetimos que ignora su mérito y su corta capacidad todo lo confunde é iguala.

Hasta hace ocho ó diez años estos objetos no eran buscados y apetecidos, y así es que se compraban casi de valde; pero desde entonces, como el gusto á las antigüedades ha cundido tanto, merced á la laboriosidad incansable y luminosos conocimientos propagados, en particular, por el inédito señor D. Basilio Sebastian Castellanos en sus obras y esplicaciones verbales, las circunstancias han variado y los sujetos que concurren á Clunia, Peñalva y Coruña del Conde y otras personas instruidas, adquieren cuanto pueden haber á las manos sin reparar en el precio.

Nosotros tenemos en nuestro poder muy cerca de cuatrocientas monedas de cobre y bronce, y treinta ó mas á de plata halladas en las minas de Clunia, de ellas bastantes celtivéricas, consulares, imperiales, y de las Colonias y municipios de dicho Clunia, Cascantum, César Augusto, Calagunis Julia, Ensénita, Bilbilis, Ergávica Osea, Graccunis, Munca etc.; de las que no ofrecemos con sentimiento, algunos grabados, por la imposibilidad en que nos vemos de reproducirlas con fidelidad; pero en cambio lo hacemos de los siete que encabezan este artículo, sacados de otras tantas piedras que nos han parecido mejores de las que poseemos y suficientes por sí so-

las para convencerse de la paciencia, y caprichosa idea de los que las grabaron.

La naturaleza y carácter distintivo de las referidas piedras, son los que se espresan debajo de cada una.

REMIGIO SALOMON.

NOVELA.

EL TESORO.

CAPITULO II.

Cárlos se detuvo y miró al inválido; sus ojos echaban fuego.

—¿Habéis formado parte de esa compañía? exclamó.

—En efecto, replicó Vicente.

—¿Conoceis la existencia de ese depósito?

—Era uno de los que por el capitán fueron encargados de hacerle, y el único de ellos que escapó de las balas enemigas.

—¿Entonces podéis dar noticias y ayudar á encontrarle? replicó Cárlos con viveza.

—Tanto mas fácilmente, cuanto que el capitán nos hizo tomar por punto de partida la alineación de dos colinas en una roca.

—¿Luego reconoceríais el sitio?

—Lo señalaría con tanta seguridad como el que ocupa mi cama en este cuarto.

Cárlos se levantó de repente.

—¿Pero entonces vuestra fortuna está hecha, exclamó con exaltación! ¿por qué no haber hablado? el gobierno francés hubiera admitido todas vuestras proposiciones.

—Tal vez, dijo Vicente; pero en todo caso hubieran sido inútiles.

—¿Cómo?

—La España ha negado la autorización solicitada; sigue leyendo. Alargó en seguida al joven un segundo diario que enunciaba en efecto que la solicitud relativa á investigación del tesoro enterrado por los franceses en 1812 en las orillas del Duero, había sido rechazada por el gobierno de Madrid.

—¿Pero no se puede prescindir de ese permiso? objetó Cárlos, ¿hay necesidad de intentar oficialmente una pesquisa que puede muy bien verificarse sin ruido, ni estrépito alguno? una vez situados en aquellos lugares y comprado el terreno, ¿quién nos impedirá el desenterrarle? ¿quién sospechará el descubrimiento?

—Yo he pensado esto mismo muchas veces durante treinta años, replicó el soldado; pero, ¿cómo adquirir la suma necesaria para el viaje y la escavación?

—¿No podríamos dirigirnos á otros mas ricos que nosotros é iniciarles en el secreto?

—¿Mas será este el medio suficiente de hacérselo creer ó de impedir un abuso de confianza si llegan á prestar asenso á lo que les manifestamos? y si la casualidad frustra el resultado, si sucede como en la fábula que tú leías

el otro día á tu prima, que en el momento de dividir el leon guarda para él la presa entera, es necesario pues ademas de la fatiga del viaje y las incertidumbres del éxito, desafiarse los tormentos de un proceso? ¿Pero qué digo? ¿para lo que me resta de vida he de acarrear tantas inquietudes? ¡vayan al diablo los millones que es necesario buscar! Yo tengo doscientos francos de retiro, gracias al *cabito*, esto con mi cruz, basta para la racion diaria y el tabaco; de lo demas me burlo yo como de un peloton de cosacos.

—¿Dejareis escapar esta ocasion de las manos? repuso Carlos con indignacion febril; ¿rehusareis la riqueza?

—Por lo que á mí hace, desde luego, contestó el viejo, pero respecto á ti ya es otra cosa. He observado siempre que eres ambicioso, que nada omitirias para alternar con hombres millonarios; pues bien, reúne la suma necesaria para nuestro viaje y partó contigo.

—¿Puede ser?... ¡Vos!

—Gana dos mil francos; á ese precio te doy un tesoro: ¿te parece bien?

—¡Muy bien, querido tío! exclamó Carlos con exaltacion.

Despues reponiéndose, añadió desanimado.

—¿Pero cómo reunir tanto dinero? Jamás podré lograrlo.

—Trabaja con valor, dame tu paga cada semana y te prometo que llegarás á obtenerlo.

—¡Tened presente, querido tío, que las economías de un artesano son tan poca cosa!

—Eso queda de mi cuenta.

—¡Cuántos años serán necesarios!

—Tú ofrecias hace poco diez y ocho con el apéndice de un ojo y un brazo.

—¡Ah! si estuviese seguro....

—¿De adquirir un tesoro? yo te lo juro sobre las cenizas del *cabito*.

Este era el gran juramento del soldado; Carlos debió mirar el asunto como muy serio. Vicente le animó de nuevo, repitiéndole que tenia un porvenir en sus manos, y el joven se acostó resuelto á todos los esfuerzos. Pero la confidencia de su tío habia despertado en él magníficas esperanzas para que pudiese dormir; pasó la noche en una especie de fiebre, calculando los medios de ganar pronto la suma que necesitaba, arreglando el empleo de su futura riqueza contemplando como realidades todas las quimeras que se habia complacido en formar.

Cuando Susana bajó al día siguiente habia ya marchado á su trabajo.

Vicente que vió la admiracion de la joven, meneó la cabeza sonriéndose, pero sin decir nada, habia recomendado el secreto al joven artesano y queria guardárselo él mismo. Era preciso ver qué constancia tendria Carlos en sus nuevos propósitos.

Los primeros meses fueron los mas penosos. El joven encuadernador habia contraído hábitos que en vano se esforzaba en romper; la continuidad del trabajo le era insoportable; era preciso renunciar á esa movilidad caprichosa que hasta entonces habia presidido á sus acciones, dominar el cansancio y el disgusto, resistir á las

instancias de sus antiguos compañeros de juego. Desde luego puede conocerse que la empresa era difícil. El valor de Carlos se debilitó mil veces, mil estuvo á punto de reincidir en sus antiguos desórdenes; pero la importancia del objeto á que dirigia sus esfuerzos le reanimaba: al llevar su paga al inválido y ver aumentarse su caudal de semana en semana, experimentaba un aumento de esperanza que le daba nuevo valor; era un paso bien pequeño hácia su objeto; pero era un paso! Cada día sus esfuerzos eran menos costosos. El hombre parece un navío cuyas velas son las pasiones; desplegadas á los vientos del mundo y el hombre se precipitará, al través de todas las corrientes, á pesar de todos los escollos; pero dominadas por el buen sentido, y la navegacion será menos peligrosa; echad en fin á la plaza situada el áncora del hábito y nada tendreis que temer.

Así sucedió al joven obrero: á medida que se iba regularizando su vida, sus inclinaciones tomaban nueva direccion; la asiduidad al trabajo durante el día, le hacia mas grato el descanso de la noche; el abandono de sus borrascosas compañías, daba nuevos encantos á la de su tío y prima. Esta última habia recobrado su alegría: Ocupada únicamente de Vicente y de Carlos, lograba transformar cada reunion en una fiesta, en la cual su corazón hacia todos los gastos. Cada día una nueva sorpresa venia á estrechar el afecto con los lazos de la ternura y de alegría. Carlos estaba admirado al descubrir en su prima cualidades y gracias que jamás habia notado en ella. Insensiblemente se le iba haciendo mas necesaria. Sin que él tomase parte en ello, se iba mudando el objeto de su vida; ya no era su único móvil la esperanza del tesoro que Vicente le habia prometido; á cada accion pensaba en Susana; queria merecer su aprobacion y serla mas caro. El alma humana, es una especie de daguerreotipo moral; rodeada de imágenes de orden, de respeto, de valor; é iluminada con el sol de la ternura, y cada imagen se grabará por sí misma y permanecerá impresa para siempre. La vida que llevaba Carlos estinguia poco á poco sus ardientes ambiciones; veia la felicidad mas simple, mas próxima; su paraíso no era ya una fábula de las Mil y una noches, sino un pequeño espacio poblado de afecciones que podia estrechar entre sus brazos.

Todo esto habia acontecido sin que él lo explicase ni lo tomase en cuenta. El joven obrero se dejaba llevar por su naturaleza sin detenerse á estudiar el curso de los acontecimientos que le llevaban á atrás ó adelante. Su transformacion visible para los que vivian en su compañía, era para él un secreto; él no sabia si habia variado ó no, únicamente se veia mas tranquilo, mas dichoso; la sola novedad que notó en sus sentimientos era su amor á Susana; desde entonces la asociaba á todos sus proyectos; no podia ver la vida sin ella.

Este elemento de felicidad, introducido en su porvenir, habia modificado los demas. Los millones, lejos de ser su objeto principal, no eran sino medios de hacer mas feliz su union con Susana; los consideraba como una adiccion importante pero accesoria á sus esperanzas; así que, quiso saber con certeza si su amor era correspondido.

Paseábase un día por la habitación, mientras Vicente y su prima hablaban inmedatós á la lumbre. La conversacion versaba sobre el primer maestro de Cárlos que despues de treinta años de una vida honrada y laboriosa, acababa de poner en venta su tienda de encuadernador con el objeto de retirarse á su provincia con su muger.

—Hé aquí dos esposos que han sabido hacer su paraíso sobre la tierra, decía el viejo soldado, siempre conformes, siempre de buen humor, siempre trabajando.

—Sí, respondió Susana; los mas ricos pueden envidiar su suerte.



Cárlos que llegaba en su paseo frente de la jóven, se paró bruscamente.

—¿Quereis pues, que vuestro marido os ame, Susana? preguntó mirándola.

—Muy ciertamente.... si puedo.... respondió la jóven sonriendo y poniéndose colorada.

—Lo podeis, replicó Cárlos vivamente, y para ello solo teneis que pronunciar una palabra.

—¿Qué palabra, primo? dijo Susana mas turbada.

—Que me aceptareis por marido, replicó el jóven obrero.

Y como vió el movimiento de sorpresa y confusion de su prima:

—¡Oh! no os turbeis por eso, Susana, añadió con respetuosa ternura; hace ya largo tiempo que queria haceros semejante pregunta.... Esperaba por un motivo que mi tio conoce; pero ya veis se me ha escapado á mi pesar... Ahora pues, sed franca como lo soy yo; no ocultéis nada de lo que sintais: ahí está el tio escuchándonos y nos reprenderá si decimos mal.

El jóven se habia acercado á su prima, cuya mano estrechaba entre las suyas: su voz estaba trémula, sus ojos humedecidos. Susana palpitante de alegría, permanecía con la frente baja, y el antiguo soldado miraba á los dos con una sonrisa tierna al par que burlesca.

Tomó á la jóven é impeliéndola dulcemente hácia Cárlos:

—Vamos, sobrina, habla, dijo alegremente.

—¡Susana, una palabra, una sola palabra, por favor! replicó el obrero que continuaba estrechando la mano de su prima: ¿quereis ser mi esposa?

Ella ocultó su rostro en la espalda del jóven con un sí inarticulado.

—Vamos, pues, exclamó Vicente, golpeando sus rodillas; esto es bien fácil de arreglar.... Vuestras manos, vengan vuestras manos y abrazadme. Os dejo esta noche para las confidencias; mañana hablaremos de negocios.

En efecto, al día siguiente, llamó aparte á su sobrino y le anunció que ya estaba completa la suma necesaria para su viaje y que en su consecuencia podian partir para España, cuando lo tuviesen por conveniente.

Esta noticia que hubiera debido alegrar á Cárlos, le causó por el contrario una sorpresa dolorosa. Era preciso pues, abandonar á Susana en el mismo instante en que empezaba á cambiar las confidencias del amor, correr todos los percances de un viaje largo, difícil é incierto, cuando hubiera sido tan dulce permanecer allí! El jóven maldijo casi hasta los millones que era preciso ir á buscar tan lejos. Desde que el objeto de su vida habia variado; sus deseos de riqueza se habian amortiguado. ¡Para qué necesitaba tanto oro, si la felicidad que buscaba la habia encontrado ya!

Sin embargo, manifestó á su tio que estaba dispuesto á seguirle.... El viejo soldado se encargó de los preparativos; al efecto salió diferentes dias seguidos, acompañado de Susana y por último anunció á Cárlos que todo estaba dispuesto y que solo faltaba tomar sus asientos. Estando ausente la jóven, rogó á su sobrino le acompañase para ello y como las fatigas de los dias anteriores habian hecho algun efecto en sus heridas, tomaron un fiacre.

Vicente habia tenido cuidado de proporcionarse en una de sus salidas todos los periódicos que hablaban del famoso depósito hecho á orillas del Duero: cuando se vió solo con Cárlos, se los entregó rogándole los reconociese á ver si contenian algun detalle que pudiese serles útil.

El jóven vió los pormenores que ya conocia; despues el anuncio de la negativa del gobierno español, por último, los detalles de algunas pesquisas hechas infructuosamente por unos comerciantes de Barcelona. Creia haber visto todo lo que habia en el particular, cuando sus ojos se fijaron en una carta firmada por un tal Pedro Dufour.

—Pedro Dufour, repitió Vicente; este era el nombre del furrier de la compañía.

—En efecto, tal es su título, respondió Cárlos.

—¡Dios me asista! creia ya en el otro mundo á ese valiente. Veamos lo que nos dice él, que era el confidente del capitán....

En vez de responder Cárlos dió un grito. Acababa de recorrer la carta y cambió de semblante.

—¿Y bien, qué hay? preguntó tranquilamente Vicente.

—Lo que hay, repitió el obrero, es que si este Dufour dice la verdad, el viaje es inútil.

—¿Por qué?

—¡Porque los cajones no estaban llenos de plata, sino de pólvora!

Vicente miró á su sobrino y echó á reír fuertemente.

—¡Ah! era pólvora, exclamó! por eso cuando los enterraron se sacó de ellos cartuchos.

—¡Vos lo sabiais! interrumpió Carlos.

—Porque lo ví, respondió el viejo.

—Entonces.... me habeis engañado, exclamó el artesano, vos no podiais creer en la existencia de los millones enterrados y vuestra promesa era burla.

—Era una verdad, replicó seriamente el soldado; yo te he prometido un tesoro y le tendrás; únicamente no tendremos que ir á buscarle á España.

—¿Qué decís?

—Vas á saberlo.

El carruaje acababa de pararse delante de una tienda; los dos viajeros bajaron y entraron en ella. Carlos reconoció el obrador de encuadernador de su antiguo maestro, pero restaurado y provisto de todos los instrumentos necesarios. Iba á exigir la esplicacion de lo que veía, cuando sus ojos se fijaron en el nombre del propietario grabado en letras de oro encima del mostrador; era su nombre! En el mismo instante la puerta de la trastienda se abre; vé un hogar que brillaba magníficamente una mesa puesta y á Susana que sonriendo le invitaba á entrar.

—Vicente se inclinó entonces hacia él y tomándole la mano, le dijo:

—Ahí tienes el tesoro que te habia prometido; un buen establecimiento que te dará para vivir cómodamente y una muger que te hará feliz. Todo lo que ves aquí lo has ganado y te pertenece. No te aflijas si te engañé; tú no querias ver la felicidad, yo he hecho como las nodrizas que untan de miel el vaso que el niño rechaza; ahora que sabes donde está la felicidad y que la has gustado, no la rehusarás.

POESIA.

Cuento.

TRADUCCION DEL ALEMAN.

ALMANZOR.

(De Kotzebue)

Cuando el rico Almanzor de las flores y su haren, y despues que dulces vinos se fastidió de beber, tuvo el singular capricho de visitar una vez los sepulcros de sus padres, que ricos fueron tambien;

Cuando los hediondos huesos voluptuosos llegó á ver asaltóle un pensamiento, que llenó su alma de hiel al contemplar que las pompas, las grandezas y oropel, en polvo todo se torna, y él será polvo tambien....

De aquel éxtasis sacóle

descubrir muy cerca de él una berrada inscripcion, que al cabo llegó á entender, y decia... *En esta huesa oculto se encuentra un bien. un Tesoro, que ni Creso pudo jamás poseer....*

Almanzor con mano ansiosa ciego por el interés, el sepulcro abre, y encuentra un desengaño cruel... solo un puñado de polvo en una caja, y despues grabadas estas palabras que claro pudo leer....

Ciego mortal que con avara mano osaste profanar este sepulcro: aquí reina una paz no interrumpida tesoro, que, ni Creso, halló en el mundo!!...

Marzo de 1846.

N. R. DE LOSADA.

REVISTA DE LA SEMANA.

En la noche del viernes se verificó en el salon de las Postas-Peninsulares el concierto de la señorita Valery Gomez. La concurrencia fué muy numerosa y escogida, y colmó de aplausos á la cantatriz y á los demas que tomaron parte en el concierto.

Se cantaron entre otras cosas, el duo de tiple y bajo del *Barbero de Sevilla* por la señorita Valery y el señor Salas, la romanza de tenor del *Bravo*, por el señor Tamberlik, y la de bajo del *Columella* por el señor Salas. Tiene la señorita Valery una voz estensa y agradable, su manera de cantar es bastante buena, y en la ejecucion demuestra suma facilidad y buen gusto. En el duo del *Barbero* agradó sobremanera á la concurrencia, siendo tambien bastante aplaudida en una aria de la *Linda*. Si esta cantatriz continúa estudiando con aplicacion y constancia, es de esperar que llegue á colocarse á buena altura.

El lunes tuvo lugar en casa de D. Mariano Carsí una reunion musical, en la cual cantó por primera vez la señorita Corina di Franco. Agradó bastante en el aria de *Marino Faliero* y en el duo del *Elisir* que ejecutó con el maestro Iradier.

De teatros, no hemos tenido novedades en esta semana: únicamente en el teatro del Principe se representó *Genoveva ó los celos paternales*, juguete cómico en un acto traducido del francés por el señor Navarrete. El objeto moral de esta comedia se reduce á censurar la obcecacion de algunos padres en favor de sus hijos y el cariño mal entendido que les profesan. El de Genoveva es un rico comerciante que tiene celos de cuantos aspiran á conquistar su corazon; pero ella consigue engañar de tal manera á su padre, lisongeando sus preocupaciones que al fin viene á casarse con la persona á quien ama.

Hemos encontrado bastante originalidad en los caracteres de esta piececita, y un argumento bastante bien presentado. De la misma opinion ha debido ser el público; pues la aplaudió completamente; en la ejecucion tambien estuvieron felices los actores, con especialidad la Matilde Diez y el señor Latorre.

En esta semana ha habido bastantes suicidios en esta capital, y algunos entierros notables, contándose entre estos el de D. Miguel Antonio Zumalacárregui, y el de D. Francisco Javier Veambomben ingeniero de inspectores.

ANTIGUEDADES.



FUENTE LLAMADA META SUDANS EN ROMA.



A fuente que se vé en primer término en esta viñeta, fué conocida por los antiguos con el nombre de Meta Sudans (Piedra Sudosa); en una altura inmediata á ella se ven los restos del templo de Venus y Roma, y en el fondo el arco de Tito y el Capitolio moderno. Esta fuente en otro tiempo llena de surtidores y arruinada hoy, existía ya en los tiempos de Neron. Segun Casiodoro fué reedificada en el reinado de Domiciano. La tradicion refiere que los gladiadores, al salir del coliseo que dista pocos pasos de ella, venían á lavarse sus manos ensangrentadas en el gran pilon de sus aguas. Del centro se elevaba un pilar en forma de cono que servía para marcar las carreras

de caballos en los hipódromos: del punto mas elevado de este cono, surtia el agua que iba á depositar sus espumas en la gran concha que le circunda. Suponen algunos eruditos, que esta piedra colocada en el medio de la fuente, designaba el punto céntrico de cuatro de las regiones en que estaba dividida la antigua Roma, y eran la 2.^a, 3.^a, 4.^a y 10.^a El templo de Venus y Roma, cuyas ruinas impiden al lector ver la iglesia de Santa Francesca Romana, fué edificada bajo el plan que dió el Emperador Adriano.

Venus y Roma, considerada como Diosa, estaban unidas por un parentesco divino que traía su origen de Eneas. Sobre un área de 162 metros de longitud y 97 de latitud, se eleva un pórtico doble de columnas de granito, del cual se conservan todavia por el suelo algunos restos. El pórtico servia únicamente para circunvalar el templo, que tenía 108 metros de longitud y 52 de lati-

tud. En las dos fachadas se contaban diez columnas de mármol de Paros, y veinte en los costados, todas acanaladas y de orden corintio. En el área, entre el pórtico y el peristilo del templo, propiamente dicho, había dos grandes columnas de mármol, aisladas, sosteniendo estatuas. La cella estaba dividida en dos partes y cubierta de mármol de Paros. El suelo estaba embaldosado de este mismo mármol. El techo estaba cubierto de bronce, que el Papa Honorio I, hizo quitar para cubrir con él la Basílica del Vaticano. Siete gradas conducían al vestíbulo del templo, y otras cinco del vestíbulo á la cella. El interior de la doble cella estaba adornada de columnas de pórfido, de las que se han encontrado algunos fragmentos; la bóveda hermosea por arcos de estuco, era dorada, así como las paredes interiores de la cella, y el piso eran de amarillo antiguo y serpentino. Los únicos fragmentos importantes de las ruinas de este templo, que todavía existen consisten en algunos cimientos de las partes del muro de la cella, y el nicho donde estaban colocadas las estatuas de las dos Diosas. El arco de Tito fué edificado despues de la muerte de este príncipe, bajo el reinado de Domiciano en memoria de la conquista de Jerusalem. Está compuesto de un solo arco de trece metros de alto. Es de mármol pentélico. Cuatro de las ocho medias columnas acanaladas de orden compuesto, que adornaban las dos fachadas, han venido á tierra; no quedan mas que dos á cada lado: las que estan enfrente del foro tampoco se conservan enteras. Dos admirables bajos-relieves colocados debajo del arco, y desgraciadamente mutilados, representan el triunfo de Tito. En el uno se vé al Emperador en su carro, conducido por una muger que representa á Roma. Tiene en la mano el baston de mando, y está coronado por la victoria, hay en su derredor multitud de soldados, ciudadanos, senadores coronados, y lictores llevando ramos de laurel. En el otro bajo-relieve se ven soldados hebreos prisioneros, la plancha de oro, el candelero de los siete brazos, las tablas de la ley, los vasos y objetos sagrados, despojos del templo de Jerusalem. El friso de la cornisa representa el resto de la pompa triunfal: se advierte en él el Jordán personificado y conducido por dos hombres, á sacrificadores que llevan bueyes y á los soldados de la legion Minerviana, sobre cuyos escudos de forma redonda, está figurada la cabeza de Gorgona. Decoran la vuelta del arco cuatro hermosas victorias. Un precioso broche en forma de carterá, forma la clave de estos arcos y en medio de estos adornos se vé á Tito remontándose al cielo sobre un águila. Este arco se restauró en el pontificado de Pio VII.

BIOGRAFIAS ESPAÑOLAS.

GUILLERMO MESQUIDA.

En todos los ramos del saber humano ha dado Mallorca al mundo ingenios los mas felices. No hay ciencia, no hay facultad, no hay arte, que no hayan sido cultivados con esmero por mallorquines inteligentes. Pero

así como de aquel célebre poeta no conoce la posteridad mas que la voz de Mesquida, no conoce la España mas que las hermosas imitaciones de Maracta. Su nombre es casi del todo, desapercibido: sus obras buscadas con mucho aprecio, y su retrato ha merecido el honor de ser colocado, entre los pintores célebres, en la Galería del Gran Duque de Florencia. Maracta fué maestro del apeles mallorquin, Maracta, el que agotó en el todo su saber. ¡Cuántas veces vemos trabajos del pincel del isleño, que se compran por alto precio como á originales del célebre italiano! Tal es la poca diferencia que hay de los unos á los otros, que los profesores mas instruidos muchas veces los confunden. Descendamos ahora á los pormenores de la vida de nuestro paisano, de aquella vida que sacrificó para embellecimiento del arte de la pintura y para la gloria y prez de su pais.

Palma fué la patria natal de Mesquida, en donde nació el día 3 de abril de 1675, y sus padres, los señores D. Francisco Mesquida y Doña Margarita Munar, que pertenecían á una familia muy distinguida, pensaron dar á su hijo la carrera eclesiástica. Pero Mesquida que desde niño habia demostrado una afición natural á la pintura, y que estaba ya bien penetrado de las primeras nociones del arte, quiso hacer un viaje á Roma, donde á mas de Carlos Maracta, tuvo por maestro á Benedicto Lutti, ambos profesores de los mas célebres y distinguidos de Italia. De Roma pasó á Venecia, y allí ya fué admirada la facilidad y seguridad que tenia en el modo de pintar. En Bolonia se entregó con entusiasmo al estudio de Anibal Carrachi, y entonces ya se vieron brillar en las pinturas de Mesquida unos toques limpios, largos, y las mas veces espirituosos. Aquella fué la época en que llevó al colmo los progresos de su profesion, y de estos progresos justo era que su patria participase. Venido á ella puso aquí los fundamentos á la *escuela mallorquina*: pintó mucho y bien, y sus cuadros que estan repartidos entre las iglesias y casas particulares son una prueba de su mérito en el arte. En ellos se vé un estilo enteramente original, pues apenas se trasluce lo que habia tomado del veneciano, y si su pincel en el empaste y maneras se confunde con el de Maracta, hay una notable distincion en los contornos, y una brillantez de colorido que no tienen los cuadros de su maestro.

Vuelto á Venecia, se casó allí con Doña Isabel Manzoni, dama principalísima, y estendida su fama con el nombramiento de pintor de cámara del elector Maximiliano, pasó á Baviera, de allí á Colonia donde sirvió catorce años la plaza de pintor de gabinete de Clemente Augusto, cuyo Príncipe para darle una muestra de aprecio, sacó de pila á la primera hija que dió á luz su muger, poniéndole el nombre de Teresa.

La Alemania, que conocia el valor de sus cuadros, trató ya en aquella época de hacerse con algunos que son mirados con aprecio en las principales galerías del Imperio. No hay viajero á quien no se enseñe con orgullo el de la adoración de los Magos que pintó en Colonia. Y los que dejó en Roma, fueron conocidos por los italianos con elogios que no se tributaron mayores á sus paisanos Urbino y Buonarroti. Estos elogios, que en

manera alguna pudieron ser fruto de la lisonja, los repitieron Bellovi en su *vida de Carlos Maracta*, el autor del *abecedario pictórico*, y el español Cean Bermudez en su *Diccionario de los mas ilustres profesores de las bellas artes*. Este célebre escritor se espresa en estos términos: «*El mérito de las obras de Mesquida, es superior al de los demas pintores de su tiempo en España.*» Si á estos elogios añadimos los que en testimonio de re-

conocimiento le tributa su discípula Rosalva Carriera, célebre pintora veneciana, que remontó el arte al grado de perfeccion que se podia apeteecer para que se copiasen sus cuadros por los burilistas de mas nota; formaremos la corona mas honrosa que puedan ceñir las sienes de un hombre ilustre. Las cartas de la amable Rosalva, impresas entre las de otros artífices famosos, afirman claramente *que todo cuanto sabia lo debia á su maestro*



Guillermo Mesquida

Mesquida. ¡Qué gloria para Mallorca y para la España entera el contar entre sus hijos al preceptor de una mujer que ha hecho su nombre inmortal en el mundo artístico!

Colmado nuestro paisano de honores y distinciones con que premiaron los Monarcas de la Europa su saber y sus talentos, se retiró á su patria en el año de 1739, donde siguió adornando las casas de sus amigos con excelentes cuadros. Entonces, aprovechando un momento de inspiracion, tomó los pinceles y produjo la perla de sus pinturas. Santa Cecilia de la *Seu*.

Ellas son buscadas de cada día con mas estimacion. Sus dibujos, que tambien se conservan en poder de varios curiosos, no son menos apreciables que los rasgos de su pincel. Los hay hechos con pluma y tinta de

china, otros con el lápiz colorado que gastaba muy bien y con el arte de un profesor consumado.

Murió el *Rafael mallorquin* en la ciudad de Palma el día 27 de noviembre de 1747; fué sepultado su cadáver en la iglesia de Observantes, en el sepulcro de su familia, y el erudito D. Buenaventura Serra y Ferragut cronista general del reino, uno de sus discípulos mas aventajados, dictó á su buena memoria el siguiente epitafio:

* GUILLERMO MESQUIDA ET MUNAR
PINGENDI ARTE CLARISSIMO,
TUM ET SCULPENDI;
À QUO PICTUM, VITA PREDITUM DICERES
SED PRUDENTER TACENS

NEQUEM CHARITE DOCUERE CHARISMATUM
AD SUPEROS MERITIS INTER DIVOS EVENTUM
QUEM IN ORBE DIVINUM, CREDEBANT PUTARENT.

HA QUÉQUE NATURA CONDIDIT

PENICILLO LUSTRAVIT,

UT QUAMVIS LUCEM CAVENS TABULA

EX TENEBRIS LUCEM PETENS SAPIENTER

PLUSQUAM OCULI MENS VIDERET,

SIMILITUDINEM QUANDAM BEATIFICE VISIONIS

PROBENS PICTORIS IDEA

HIC TEGITUR, RECOLITUR, MIRATUR,

ADMIRATUR IN TABULIS,

QUE VIRUM PREDICANT

TAM FACTIS QUAM FICTIS VIRTUOSUM

IN QUIS QUIDEM LICET VERUM ALIQUANTUM

PLUS VIRTUTIS, QUAM HONESTALIS INESSE;

AD HOC UNUM CERTUM

QUOD IN HONESTA QUOQUE ABIS QUI CELEBRES,

ALIQUANDO ELIAM VIRTUOSIS TRIBUUNTUR.

ILLI ERGO E CIVIS SUBLATO

V. KALEND. DECEMBR. ANNI MDCCXLVII.

IN GRATITUDINIS SIGNUM

PRO DATA DOCTRINA

COLLATA AMITTITIA

MONUMENTUM HOC MONUMENTO SUPERADDEBAT

D. BONAVENTURA SERRA ET FERRAGUT PHILOSOFIE

AC J. V. D.

IV. NON DECEMBR. ANNI MDCCXLVII.

Palma 1.º mayo de 1844.

JOAQUIN MARIA BOYER,

entre los árcades de Roma

CLEANDRO LYRÉO.

CUENTO.

La Iglesia subterránea de S. Agustín en Tolosa.

Existia en otros tiempos en todas las capillas subterráneas, y en los rincones mas sombríos de las criptas ó bóvedas consagradas á las santas imágenes, una puerta conocida solo y muy de tarde en tarde de algunos iniciados; puerta misteriosa mas allá de la cual todo es extraño, grandioso é inconcebible. El traspasar los límites de aquella barrera colocada por la mano del hombre, es trocar la hermosa luz del día por las lóbregas tinieblas de una noche eterna; es huir la alegre morada de los vivos para correr á la de las sombras y el espanto. Sin embargo, una antigua tradicion asegura que un mortal estudioso tuvo el suficiente valor para visitarla, y hé aquí lo que aquel ser intrépido dice y la descripcion que de tan espantosa morada nos hace, y los terribles acontecimientos que en ella tuvieron lugar.

En los tiempos en que las guerras de los albigenses sembraban la devastacion por las bellas campiñas de la

Francia, y en la época misma en que Raimundo y Simon de Monfort presentaban el horrendo cuadro de una lucha terrible y asoladora, la antigua abadía de S. Saturnino, protegida por una veneracion sobrado religiosa, parecia ser la morada predilecta de la paz mas venturosa: una calma envidiable reinaba bajo sus bóvedas inundadas á cada instante con los cánticos de la iglesia, y sus moradores se entregaban sin el mas leve temor á todas las gratas satisfacciones de una piadosa solicitud. Lo mismo en los monasterios que aparecian aislados en medio de los campos, como en aquellos que en las grandes ciudades hacian una magnífica ostentacion de sus cúpulas elevadas y esbeltos campanarios, cada cenovita llevaba consigo un nuevo conocimiento, una industria que servia á la prosperidad del monasterio. Los unos practicaban la cirugía, y preparaban las materias farmacéuticas; los otros se entregaban á la transcripcion de los manuscritos eclesiásticos, proveiendo así á las iglesias de misales y libros de coro en los que notas colosales servian, por medio de una rima fácil y sencilla á las pompas de la liturgia. Muchos de entre ellos cultivaban con el mayor aprovechamiento las ciencias exactas; pero entre todos, el que mas se distinguia, era un monje de S. Saturnino que se habia hecho notar por su estremada superioridad en las matemáticas: el padre Job, que así se llamaba, poseia á Vitrubio, del que se habia hecho una traduccion, y los azares de época tan peligrosa no le habian arredrado para emprender cuatro viajes á Italia. Tan vastos conocimientos hicieron que sus compañeros le nombrasen arquitecto del convento, y la eleccion fué de todo punto acertada, pues que sus desvelos y mucha ciencia, solo servian á la utilidad del monasterio. Conocia todo el edificio hasta en sus menores detalles, y ya habia recorrido hasta la parte mas secreta y misteriosa; segun todos decian, hubiera podido narrar aun el mas pequeño acontecimiento de que por espacio de tantos siglos pudiera haber sido teatro, y describir año por año hasta la mas mínima circunstancia, pues que poseia admirablemente la tradicion, y mas especialmente esa que no habiendo sido consignada en viejos pergaminos, permanece envuelta bajo el manto impenetrable del tiempo. Una tarde que el padre Job ayudado de un albañil, extraño al monasterio, sondeaba la pared de una de las capillas que en las criptas recibian las divinas efigies, parecióle que en algunas partes sonaba como hueca: apoderóse del pico que tenia en la mano el trabajador é hiriendo con él en el muro, vió que la piedra lanzaba un gemido sordo que un eco desconocido repetia á lo lejos. Cerciorado ya entonces de que aquello no era una ilusion, cesó de insistir mas, y se retiró teniendo cuidado de no provocar por medio de alguna palabra indiscreta, la curiosidad del hombre que le acompañaba.

Luego que la noche hubo llegado, dejó el buen monje sonar para sus compañeros la hora del reposo, y mientras que el monasterio permanecia sumido en el sueño mas profundo, y en tanto que la noche y la soledad se enseñoreaban de las estensas bóvedas y del claustro, él se encontraba en las criptas provisto de todo cuanto le era necesario para llevar adelante su esploradora empre-

sa. Examinó con la mayor atención toda la pared, y después de largas investigaciones, creyó hallar en ellas marcadas las trazas de una antigua poterna tapiada muchos años antes con un cuerpo menos duro que la piedra; una abertura se diseñaba por sí misma formando un cuadrado bastante imperfecto. Arañó ligeramente con la punta de un compás, y la materia se desprendía blanca y pulverizada como el yeso; golpeó con alguna fuerza, y bien pronto halló un metal duro y sonoro, y á medida que redoblaba sus esfuerzos aparecía mas distintamente una reja grande y fuerte; era una puerta de hierro incrustada en los cimientos, y á la cual ninguna de sus piezas le faltaba: los goznes, la cerradura, todo estaba en muy buen estado, y hasta había una llave enorme colgada de una de las barras.

Luego que la mampostería que ocultaba aquella puerta hubo desaparecido, un vapor glacial, un viento impetuoso y casi violento pareció subir por la abertura. En seguida el monje dió algunas sacudidas para hacer girar la cancela sobre sus goznes, y provisto de una antorcha embreada avanzó en el interior, encontrándose bien pronto sobre las gradas de una escalera estrecha y tenebrosa.

A medida que descendía el aspecto de aquellos sitios, era cada vez mas extraño; el estilo de las construcciones se tornaba mas extraordinario, la bajada era por momentos mas rápida, y parecía querer conducir hasta las entrañas de la tierra al temerario que osaba penetrar en aquella predilecta morada de la noche. Al poco rato halló otra nueva puerta que daba paso á una inmensa galería por la cual avanzó lleno de curiosidad: la arquitectura parecía anunciar una época desconocida, y una larga serie de sepulcros se destacaban á uno y otro lado. Las piedras presentaban un aspecto extravagante, y los mármoles tumulares cargados de letras ilegibles probaban hasta la evidencia que aquellas habían sido sepulturas reales en época bastante remota. El padre Job creyó ver un instante cernerse ante su vista á las régias sombras que tantos años antes encerraran en aquel sitio sus sagradas cenizas para ocultarlas á la profanación de los bárbaros. Después de contemplar por algun tiempo aquellas veneradas antigüedades, continuó su exploración bajando de nuevo una larga escalera bastante bien conservada.

De repente un viento impetuoso que fatigaba sus pulmones, silba en sus oídos, y teme por su antorcha cuya llama oscila y chisporrotea haciéndole temer que llegue á extinguirse para dejarlo perdido entre las sombras de aquella eterna noche. Cuando por fin, su grata y hermosa luz, alimentada por el aire mismo, hubo aparecido nuevamente, cuando sus vivos rasplandores tornaron á alumbrar aquellos lugares, la escena cambió súbitamente de carácter, y el vacío apareció terrible y grandioso; infinidad de columnas se destacaban á lo lejos como otros tantos gigantes que descansan sus pies en las sombras, y ocultan las cabezas para coronarlas de tinieblas. A su frente tenía la entrada de una nueva galería aun mas estensa y pavorosa que las otras; sin embargo, deseoso de conocer todos aquellos secretos, avanza con su antor-

cha en la mano hácia el abismo, que al reflejar un largo rastro de fuego hubiera fascinado á cualquiera tomándolo por los inmensos tesoros que un pueblo vencido había arrojado en la mañana de su derrota.

Eran las negras aguas de un lago que en aquel vasto palacio de la noche, reflejaban en su superficie los rogi-zos colores de la llama. Aquel recinto sombrío y pavoroso, construido con tan vastas proporciones, era la iglesia subterránea, la iglesia del lago. Era un templo bizantino con las formas y estructura que todos le conocemos; las bóvedas iguales, franjas semejantes en un todo, las monstruosas columnas que soportan el peso de un campanario colosal, todo se encontraba allí, todo excepto el pavimento de la nave que resonara en algun tiempo con los pasos de los fieles, ahora aquel pavimento había sido reemplazado por el inmenso vacío, ó mas bien dicho, por aguas negras, y á veces embravecidas por los soplos de un viento impetuoso. Un silencio solemne reinaba por todos los ámbitos de aquella morada tenebrosa interceptada apenas por la gota de agua que rezumaba de la bóveda. Este sonido monótono y acompañado se alzaba lúgubre y melancólico como el de las horas que marcan la eternidad. Una ola ligera corría á perderse en cavidades lejanas é incalculables profundidades que la acogían con un murmullo semejante al quejido de las almas que gimen en los rigores del purgatorio. Aquellas armonías encerraban una estremada melancolía, y un aspecto terrible se destacaba de aquel cuadro sin límites y digno de admiración.

Por medio de una estensa galería que rodeaba toda la pared, podía muy bien recorrerse todo el interior del edificio, y una balaustrada groseramente esculpida protegía al errante peregrino en caso de una caída. Ni el mas ligero ornamento cubría aquel recinto; por todas partes reinaba el estilo bizantino en toda su severidad, la arquitectura cimbrada con sus curvas severas; en cuanto á los relieves, los contornos y ogivas por ninguna parte se veía la mas leve muestra de que hubiesen existido. Solo en el centro que forman los costados de la nave principal, se destacaban dos estatuas gigantescas, mirándose la una á la otra y entronizadas sobre su inmenso pedestal como los reyes de aquellas tinieblas; el uno era Carlomagno, y el otro San Raimundo. ¿En qué época y por qué mano habían sido allí colocadas? ningún indicio podía revelarlo. El padre Job que todo lo había querido ver adelantándose por un lado de la galería con su antorcha en la mano, había constantemente avanzado por todo lo largo de la pared, y vuelto por la estrechidad opuesta al mismo sitio de donde partiera.

Muchas veces había emprendido ya, y á causa de su decidida pasión por lo maravilloso, esta singular peregrinación, pero siempre teniendo el cuidado de penetrar con precaución en aquellos ignorados subterráneos, y nadie sabe la causa por qué jamás se internaba en este vasto recinto sin haberse asegurado antes de que ningún ser viviente le había visto entrar ni salir. Sin embargo, el misterio de que se rodeaba hubiera podido despertar muy bien la atención y curiosidad de los demás. Así sucedió en efecto, y una noche que alumbrado por la tenue

luz de su espirante antorcha, subía jadeando de cansancio á las bóvedas exteriores, no fué poca su sorpresa al distinguir cerca de sí á un apuesto jóven que le contemplaba con la mayor avidez, y hasta parecía aguardarle.

—¡Cómo! sois vos mi buen tío Job, quien así os espo-neis en tan peligrosos subterráneos.

—¿Y qué, Reinaldo, eres tú el que á estas horas te hallas dentro del convento, procurando espiar mis secretos?

—¡Vuestros secretos!... Os equivocais, pues es otro el interés que me ha traído; creía poder profundizar un gran misterio; hallarme frente á frente con un espíritu errante, luchar con un alma en pena, y qué sé yo cuantas cosas más. Pero desde el instante en que os he visto me río de todos los milagros y apariciones.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Hace tres días que llevándome á su celda el hermano Arsenio, que como sabéis es el portero del convento, me dijo:

—Maese Reinaldo, vos que usais la daga, y que antes de un año entrareis á servir en las milicias del Conde de Monfort; deberíais sacarme del cuidado en que me hallo. Sabed que he visto esta noche pasada atravesar una luz por la iglesia y si no me engaño desaparecer entre las bóvedas. Sin embargo, tengo el mayor cuidado en cerrar todas las verjas y puertas del templo y las llaves que creo poseer yo solo, jamás faltan de mi cintura. Ahora bien, decidme, ¿debo ó no estar admirado?

—Prestadme vuestras llaves por una sola noche, le respondí, y más tarde podré daros los mas minuciosos detalles sobre tan extraño misterio. Consintió en ello y hé aquí explicado el por qué me hallo en este sitio, y como corriendo tras una sombra evocada del otro mundo me encuentro con mi buen tío Job.

El monje, á quien nada agradára este encuentro, pareció no recibir con mucho placer tales y tan ingenuas satisfacciones. Ya de antemano no le era muy satisfactoria la conducta de su sobrino, pues conocía todas las malas inclinaciones del hijo de su hermana, y que siempre habia algun vicio que le dominase: Reinaldo, se decía á sí mismo, necesita dinero y ha querido conocer mi secreto para venderlo á precio de oro; sin embargo su sangre es la mia y no le creo capaz de cometer una falta tan grave.

—Ven, añadió en alta voz, y arrastrando en pos de sí á su sobrino; dime, Reinaldo, te crees con las fuerzas suficientes para llevar á cabo una empresa importante, de cumplir una misión sagrada por demás.

—Tío, le contestó, antes de responderos permitidme os demande una gracia. Yo miraría como un favor inestimable el poder visitar los subterráneos que existen, segun todos dicen, bajo la iglesia del monasterio; tambien habla el vulgo de un lago, que se asegura, han sido muy pocos los mortales que hayan llegado á visitar.

Dicho esto, el monje seguido de su sobrino se perdió de nuevo en la tortuosa escalera y llegado á la galería donde estan los sepulcros de los primeros reyes de la Galia, levantó con algun trabajo una de las piedras tumu-

lares, escarbó en la tumba y sacó á los muy pocos instantes una bolsa de cuero bastante pesada.

—Toma, dijo á su sobrino alargándole el dinero, ahí tienes todos los ahorros hechos en mi larga vida; el tiempo es ya llegado de que haga de ellos un uso piadoso pues que Dios vé con enojo que el monje acumule las riquezas de la tierra; tú no ignoras que Rolando, mi hermano querido, se halla prisionero. Vél, corre al campo de Monfort, paga su rescate y tráeme á aquel que compartió conmigo las dulces alegrías de mi infancia. Yo entre tanto rogaré aquí al pié de los altares por el mejor éxito de tu empresa.

Partió Reinaldo y pasaron muchos días sin que pareciese por el monasterio. Impaciente ya el monje de aguardar infructuosamente, preguntó á Arsenio si habia visto á su sobrino.

—Bien sabéis, le contestó este, que con mucha frecuencia olvida á su tío para correr tras los placeres, y que la paz del monasterio y piadosas exortaciones que en él recibe, le son menos gratas que los juegos de hazar y el canto de los trovadores; sin embargo, me han asegurado haberle visto en Tolosa.

El monje permaneció algun tiempo pensativo, pero saliendo repentinamente de su silencio añadió:

—Se hace preciso el enviarle un recado para que sepa que le aguardo con la mayor impaciencia; mañana á esta misma hora me hallaré rezando en la capilla de San Jorge.

Al siguiente día, mientras que el padre Job proster-nado al pié del altar hacia sus oraciones de la mañana, un jóven delgado y de erguido cuerpo, vestido con una ropilla negra y embozado en un capotillo á la usanza de aquel tiempo, se hallaba apoyado contra un confesonario á poca distancia del religioso. Al considerarle con alguna detencion, cualquiera lo hubiera creído un pretendiente lleno de respeto y pronto á presentarse ante un poderoso, ó mas bien, un culpable que se dispone á comparecer delante de un inflexible juez. Así es que nada vino á turbar la profunda meditacion del religioso, cuando este concluido su acto piadoso se levantó, el adolescente jóven pareció hallarse en una posición mucho mas embarazosa, de la cual daba claras muestras el cuidado con que huía la mirada inquisitorial que le perseguía: su frente, antes altiva, se encorvaba ante la frente monacal, en cuyas arrugas leía una reprensión amarga. Nada habia de mas bello que la cabeza del religioso, mientras su alma se hallaba tranquila, pero tampoco nada mas terrible, ni fascinador que aquella fisonomía, luego que alguna pasión sorda y poderosa llegaba á agitarla. Al ver su esbelto talle, aquel cuerpo erguido y musculosos brazos, el hábito que le cubría borraba toda idea de pensar en el atleta, antes por el contrario se hubiera creído estar viendo á uno de esos santos de piedra que el arquitecto por un capricho de su imaginación hace figurar como sosten de una bóveda.

De repente, saliendo el padre Job de aquel silencio embarazoso, le dijo á su sobrino:

—Hace ya tiempo que deseabas visitar los subterráneos de la abadía, ¿no es verdad?

Reinaldo, deseando evitar una cuestión que le tenía en la mayor perplejidad, hizo una seña afirmativa con la cabeza.

—Pues enciende esa antorcha en la lámpara y anda delante.

El joven obedeció con el mayor silencio. Entonces el religioso abrió la puerta de las bóvedas, se dirigió hacia la cancela de hierro que daba entrada á los subterráneos, hizola girar sobre sus goznes, y después que hubieron pasado, tuvo cuidado de cerrarla con la precaución que le era habitual, sin olvidar el guardarse la llave en el bolsillo. Después ya ambos se internaron en aquellas húmedas y tenebrosas soledades. Reinaldo marchaba algunos pasos delante; el espectáculo que se desarrollaba ante su vista, le preocupaba demasiado para que no hubiese olvidado que caminaba delante de un pariente, próximo á dirigirle una pregunta terrible. Contemplaba aquellas bellezas escondidas en el centro de la tierra con el mas mudo estupor: algun rato hacia ya que seguía la larga galería que terminaba en el largo subterráneo, cuando de repente un abismo insondable se abrió á sus pies; las piedras que cerraban el paso, así como la balastrada que preservaba la caída en el precipicio, parecieron haberse hundido en las negras ondas. Asustado Reinaldo no quiso avanzar mas, y se volvió hacia el religioso que le impedía el paso. Si el hondo abismo brillando á sus pies, heridas sus aguas por el rojo resplandor de la antorcha, habia introducido el espanto en su alma, mucho peor fué cuando una mirada se encontró y fué rechazada por la del monje, ardiente y terrible y peor aun cuando hirió sus oídos una voz estridente y cavernosa que le decia: ¿Qué has hecho de mi oro y de mi hermano?

El infeliz joven nada respondió; se hallaba aterrado, y solo hubiese querido que aquella pregunta le hubiera sido hecha en otro lugar y á la clara luz del día: delante de testigos le habria sido menos terrible; pero ahora colocado entre el monje y un abismo espantoso, sin tener otros espectadores de la sangrienta escena que se preparaba, sino á las dos estatuas, aquellos dos colosos de piedra, creyóse perdido, sus rodillas flaquearon y cayó á los pies de su juez.

—¿Qué has hecho de mi hermano y de mi oro? repitió el padre Job. Viendo entonces que el asustado joven no respondía á su pregunta, arranca con una mano el cordón de su hábito y con la otra levanta al adolescente joven y lo tiende encima de la balastrada; en dos minutos se encuentra Reinaldo atado sobre el antepecho con una fuerza tal, que sus pulmones apenas podían pararle en el pecho. Su única queja eran los mas prolongados suspiros, pero cuando sintió que el fuego devoraba sus piernas, cuando vió que sus carnes ardían al continuado chisporroteo de la antorcha, apresuróse á confesar en presencia de aquel inquisidor implacable, que no habia ido al campo de los Cruzados á consecuencia de haber perdido todo el dinero en una casa de juego.

—¡Ah! ¿con qué has jugado el rescate de mi hermano? exclamó el monje aun mas furioso que antes, y armándose de una gruesa barra de hierro comenzó á demoler el

pedazo de pretil que sostenia á su víctima. Cada golpe apresuraba, por decirlo así, la muerte del infeliz; el abismo se hallaba allí bajo sus pies aguardando un gran peñasco, y el cuerpo palpitante aunque se hallaba á él unido: solo faltaba un golpe que dar para concluir el desenlace de aquel drama atroz, cuando el desdichado joven gritó con voz acongojada y lastimera:

—Ministro del Dios misericordioso, dadme al menos el perdón de la iglesia.

A tan religioso llamamiento, el monje enfurecido tornó á ser el sacerdote piadoso y ya se inclinaba para bendecirle, cuando se siente agarrar por unas manos crispadas que penetraban en su carne, desgarrándole el hábito como si fueran uñas de hierro: la cólera vuelve á apoderarse de él, una implacable venganza le impele poderosamente; dá el último golpe, y víctima y balastrada, sesumerjen en el lago.

Cuando á la luz de la antorcha que habia permanecido inyectada en una piedra, hubo contemplado los últimos remolinos que el abismo habia formado al tragarse su víctima, tendió su penetrante mirada sobre sí mismo. Pero ¡ah! que el cielo tomaba á su cargo castigar al criminal sacerdote: lleno del mayor espanto advirtió que su hábito se hallaba destrozado, y que en la terrible lucha que poco antes sostuviera, la llave habia quedado en las manos de su adversario. Conoció en el instante la mano que tan prontamente le heria y lleno de angustia vió que las puertas de aquel infierno se hallaban ya cerradas para él y que solo le restaba el martirio de aguardar entre el hambre y la mas horrorosa desesperación las largas horas de una terrible agonía, tras la cual solo habia una cosa; la eternidad.

Cuando muchos años después la casualidad hizo que fuese descubierta la iglesia subterránea, los exploradores de aquellas vastas profundidades, hallaron en la galería de los sepulcros un esqueleto bastante bien conservado. Era el padre Job que se habia arrastrado hasta aquel lugar para aguardar allí su última hora. A su lado un lienzo escrito con sangre revelaba la terrible historia que acabamos de contar.

JUAN ANTONIO ESCALANTE.

REVISTA DE LA SEMANA.

El acontecimiento literario, seguramente mas notable en esta semana, es la terminación de la nueva edición ilustrada de las obras en prosa de Quevedo, que hace algunos años emprendió el señor Castelló. Es esta la primera obra de algun crédito y estension que se ha publicado en España venciendo los obstáculos y dificultades consiguientes al que emprende un camino no trillado: pero su celoso editor con una constancia incansable, ha sabido salvar todo género de dificultades, y cuando termine el tomo quinto, que comprende las poesías del mismo inmortal autor, habrá puesto la última piedra del monumento elevado al mas festivo é ingenioso de nuestros autores clásicos.

Tal como está la edición ilustrada del Quevedo, es la mas lujosa y completa de cuantas se han hecho, y comprende escritos inéditos, hasta ahora desconocidos y que por ningun editor podrán publicarse por ser de propiedad exclusiva del señor Castelló.

Como una muestra de sus grabados, presentamos á nuestros lectores la portada del libro que representa á Quevedo en su estudio, inspirado por la Musa Satírica y juguetona que tan picantes y atrevidos conceptos solía ponerle en los labios.

En la noche del jueves se cantaron los *Puritanos* en

el teatro del Circo, como no los hemos oído nunca en Madrid. La Persiani, Ronconi, Salvi y Marini estuvieron felicísimos, y el público los aplaudió estrepitosamente.

La Persiani luce en esta ópera como en todas esa maestría y buen gusto que la distinguen, y en la *Polaca* ha estado tan feliz, que bien creemos que no tenga rival



en el día en ninguno de los teatros de Europa. Esta pieza, y el duo de bajos del segundo acto cantado por los señores Ronconi y Marini, se repitieron en medio de las mayores muestras de entusiasmo. Marini tiene una voz clara y hermosa, y aunque no esté dotado de grande maestría, ha gustado mucho en su salida, y es de presumir que recoja copiosos laureles en otras óperas donde pueda lucir mejor sus escelentes facultades vocales y su buena escuela.

En el teatro del Principe se puso en escena la nueva comedia de costumbres, traducida del francés por el señor Navarrete, con el título de *Un marido como hay mu-*

chos. La diferencia que hay todavía entre nuestras costumbres y las de la nación vecina, hace que miremos con alguna repugnancia esos enredos de pura intriga y desmoralización que en Francia son un espejo de la sociedad, y que entre nosotros no tienen aun por fortuna tan triste significado. Uno de tales enredos es la comedia traducida por el Sr. Navarrete, en la cual abundan los maridos libertinos, las mugeres adúlteras y demas comitiva indispensable. De la traducción nada tenemos que decir, habiendonos parecido en lo general mas esmerada que las que comunmente suelen aparecer. La ejecución fué brillante.

BIOGRAFIAS ESPAÑOLAS.



EL CONDE FERNAN GONZALEZ.



En aquí un héroe cristiano inmortalizado por los hombres. En vano es que se atravesase el inmenso

periodo de nueve siglos entre su siglo y nuestra edad: su memoria engrandece á la patria, y esta tendrá buen cuidado de que no perezca jamás en el corazón de sus amantes hijos. Fidelísimos

los burgaleses á tan sagrado deber, pronuncian con respeto el nombre de su antiguo soberano, y miran como un padron de gloria el arco que sus antepasados le erigieran, en muestra de su profunda gratitud.

Hasta la gente menos instruida en la existencia y hechos de los campeones, que esmaltan las páginas de nuestra historia, sabe que Fernán González ganó muchas batallas: que sacudió el yugo de dependencia y vasallaje que pesaba sobre su pueblo, y que introdujo el terror y la desolacion en el imperio de los mahometanos. No se encuentra á pesar de esto, averiguado todavía quién fué el padre de nuestro Conde, quién el antecesor de su dignidad, ni el año en que nació, ni cuando empezó la época de su soberanía. Consta únicamente que despues de Don

peto el nombre de su antiguo soberano, y miran como un padron de gloria el arco que sus antepasados le erigieran, en muestra de su profunda gratitud.

Rodrigo el poblador de Amaya, en tiempo de Ordoño I, alcanzó el condado de Castilla su hijo Diego Rodríguez, á quien se atribuye la poblacion de Burgos, y conocemos con el nombre de *Porcellos*, ó porque lo creyesen, dice un célebre cronologista, descendiente de la antigua familia romana de este nombre, ó porque sería natural de *Porcellis*, pueblo de Castilla. El inmediato sucesor de este Conde se llamó Gonzalo Fernandez, por mas que muchos historiadores establezcan aquí una série de seis condes en el transcurso de cuarenta y nueve años, y reconozcan por padre de Fernan Gonzalez un Gonzalo Nuñez, de quien no hay la menor noticia en las escrituras, que se remontan mas allá del siglo XIII. El título de D. Gonzalo Fernandez recayó en 920 sobre un hermano suyo llamado Nuño, el cual le disfrutó hasta el año de 923 en que Fernan Gonzalez, hijo del espresado Gonzalo y de su esposa Doña Munia entró en posesion legal, hallándose casado con Doña Sancha, infanta de Navarra y en compañía de su hermano D. Ramiro. Aunque hasta el año de 932 no existe documento alguno en que vaya titulado el nombre de Fernan Gonzalez, es creible le adjudicase aquel honor D. Ordoño II en recompensa de no haber tenido parte en la infidelidad de los otros Condes que el mismo Soberano hizo prender y decapitar en Leon.

La primera batalla, que el autor de la historia de Arlanza refiere haber ganado nuestro héroe, es la de *San Quirce*. Invadieron los moros el territorio de Burgos, y apoderándose de la ciudad de Lara, se manifestaron dispuestos á conquistar la capital con su importante fortaleza. Apenas lo sabe Fernan Gonzalez, se apresta voluntariamente al combate. Logra reunir poco mas de quinientos infantes y cien caballos, y habiendo salido en persecucion de los infieles los alcanzaron y batieron con inaudito denuedo, sucumbiendo bajo la espada del castellano, Helich, el gefe árabe: los pocos á quienes no tocó la misma suerte huyeron dispersos.

Enardecida la sangre del héroe con el fuego de su patriotismo, alza al regresar á su pueblo una bandera mas numerosa y formal compuesta de intrépidos burgaleses, y marcha sin hacer tregua contra los conquistadores de Lara. Los cristianos se olvidan del peligro á que esponen su vida: no escuchan mas voz que la de su gefe, ni codician otro interés que la derrota de los usurpadores. Confiados estos en la seguridad que parecia prometerles sus trincheras, se sorprenden al ver que les amagatan de cerca el acero del terrible adalid, humeante aun con la sangre de sus correligionarios. Entabla proposiciones ventajosas el sitiador, y los sitiados las rehusan con insolente menosprecio. Proclámase entonces la lid; se chocan ambos ejércitos; el estandarte de la cruz ondea junto al de la media-luna; los sarracenos gritan: Fernan Gonzalez anima á los suyos, y declarándose la victoria en favor de estos, el campo musulman queda sembrado de cadáveres, y la ciudad y su castillo bajo la dominacion del Conde.

Era aquella época mas oportuna para multiplicar los triunfos, que para descansar en los adquiridos. De poco servia que Lara fuese cristiana, mientras subsistiese el gran presidio, que los moros tenian sobre la roca inac-

cesible de Carazo. Fernan Gonzalez se propone tomarle, y hace ver á sus caballeros la utilidad que de aquella empresa resultaria al partido católico. El consejo escucha la revelacion de tan laudable designio, y todos cuantos combatientes le formaban, juraron imitar el arrojo del Conde, y morir con la espada en la mano antes que separarse de sus filas. Organizadas á la posible brevedad, se emboscaron cerca de un pueblo llamado Barbadillo al pié de la sierra de Burgos, y habiendo destacado algunos espías que investigasen el género de defensa adoptado por los bárbaros sobre aquel cerro, volvieron trayendo presa una mora que habia bajado á llevar agua de una fuente; consultó con ella Fernan Gonzalez sobre las medidas que convendría tomar para hacerse dueño del presidio, asegurándola de una grande recompensa si cooperaba al buen éxito de su plan. Sobornada la muger con la facilidad propia de su sexo, manifestó que, celebrándose en aquel día unas bodas muy festivas, los guardias fatigados no podrian evitar el sueño, luego que llegase la noche: que usando de la conveniente precaucion, ella mostraria una luz desde el adarve en señal de que los cristianos podrian subir á la cumbre, y entrar sin el menor riesgo en el fuerte. Admitido este ingenioso ardido, los castellanos se entregaron al asalto, pasando á cuchillo toda la guarnicion sin exceptuar á su comandante Aceifa.

Mucho daño causó á los sarracenos la pérdida de Carazo, por servirles de temeroso dique á los cristianos que intentaban pasar á la Estremadura de Duero. Irritado el Monarca de Córdoba contra el victorioso conquistador, reunió un ejército de 69,992 soldados, y se trasladó á las inmediaciones de Lara, donde nuestras tropas rompieron el combate, y ganaron en breves horas la famosa batalla de *Casajare*, que tanto han celebrado hasta hoy los fastos de nuestra nacion.

Sin desnudarse el arnés partió el Conde hácia Osma, y habiéndola puesto cerco se le rindió á los tres días, y eligió por obispo á un monje nombrado Silo, que hacia vida penitente en las montañas del Arlanza. El castillo de Gormaz y la antiquísima Roa, ensancharon sucesivamente los dominios de Castilla. Algunas historias cuentan que durante el asedio de aquella ciudad romana, nuestro ejército perdía mucha gente; y que para evitarlo acordaron fabricar unos parapetos de tierra, y gruesas vigas en el sitio donde despues se ha fundado el pueblo de Roda. Los moros insistian pertinaces en defender á toda costa su plaza, y con el fin de inculcárselo á los cristianos, les arrojaron en una máquina de guerra un niño muerto con un papel en el pecho que decia: *Si á nuestros propios hijos, que naturalmente amamos, arrojamos contra vosotros sobrándonos las armas, ¿de nosotros qué esperamos ganar?* La respuesta de esta baladronada fué una lanza despedida en la forma que lo habia sido el muchacho con el siguiente letrero: *Los cristianos no tiran á sus hijos, pues los guardan para matar moros con esas armas.* Vista la resolucion de nuestro ejército, salieron los de la ciudad fuera de sus murallas: el Conde dió sobre ellos como un rayo devastador, y poniendo en fuga sus apinados escuadrones, les persiguió hasta las puertas de

Roa, cuyos habitantes perecieron ya arrojándose de los baluartes, ya abrasados en hogueras, que ellos mismos encendían, para librarse de la esclavitud con sus mugeres é hijos.

Un número copioso de monasterios se enriquecieron con las presas tomadas á los mahometanos por el Conde: otras iglesias le debieron su reedificación, y no pocos santuarios fueron el objeto de sus cuidados durante algun tiempo, construyéndoles y dotándoles con magnificencia y liberalidad. Prosiguió, sin embargo, en busca de enemigos por el valle de Esqueva hasta cerca de Valladolid, y al pasar al otro lado del Duero, ganó á Sandoval y restauró la ciudad de Sepúlveda, vertiendo mucha sangre de moros, que atentaron repetidas veces contra su proyecto y pretendieron burlarle á fuerza de estratagemas. Mientras tanto Abderramen, Rey de Córdoba, despachó un grueso ejército al castillo de Gormaz, y como era escasa la guarnición, que en él habían dejado los castellanos, transigieron estos al punto que el enemigo comenzó sus hostilidades. Orgullosos los árabes con esta primera victoria moviéronse para Sepúlveda con el objeto de dar alcance á Fernan Gonzalez; mas el Conde tomólos diestramente la vuelta, y sorprendiendo á los de Gormaz en la posesion de su fuerte, se le volvió á ganar, casi al mismo tiempo que los enemigos entraron en Sepúlveda, desamparada de habitantes y defensores. Los anales de Cardena comprueban terminantemente estos sucesos: *Era D.CCCC.LX.III perdieron los moros á Gormaz en el mes de agosto, é ese mesmo año quebrantó Almanzor á Sepúlveda.*

Levantando Abderramen un nuvo ejército, para vengar á todo trance la causa de su falso profeta, nuestro Conde se vió en la precision de decretar una leva general en los estados de Castilla, Alava y Rioja, que se hallaban sujetas á su dominio, y empeñándose la lucha en *Hacinas* salió victorioso como siempre, aunque con el sentimiento de haber perdido sus principales caballeros Orbita Fernandez, Gustios Gonzalez y D. Lope, señor de Vizcaya. Segun el testimonio del africano Abenhax, tuvo efecto esta accion en la Ejira 327, que equivale al año de 938.

Pero aunque el héroe de Castilla parecia haber recibido el don del cálculo mas certero como adversario militar, se le reservaba un contratiempo hartó sensible, é inesperado del alto prestigio que por donde quiera gozaba. Inutilizado D. Sancho de Leon para el manejo de las armas á causa de una fuerte hidropesía, sus vasallos le obligaron á salir de la corte y se apoderó del trono Don Ordoño, por sobrenombre *el Malo*, ofreciéndole su apoyo Fernan Gonzalez; cuyo servicio estimó aquel casándose con su hermana Doña Urraca, que vivía en el palacio del Conde desde que Ordoño III la repudió, por vengarse de su suegro. La enfermedad de D. Sancho encontró alivio con una medicina que le administraron los facultativos árabes, y pidiendo gente á Abderramen para castigar la osadía de D. Ordoño, tomó el camino de Leon, mientras que su tio el Rey de Navarra invadía los estados de Castilla, con intencion de impedir que el Conde Fernan Gonzalez protegiese al intruso. Se encontraron pues los irruptores

y los castellanos en Cirueña, pueblo de Rioja, y aunque la batalla fué muy sangrienta, la victoria, se decidió al fin por los navarros, y el Conde con un hijo suyo fueron llevados á Pamplona en calidad de prisioneros. La Condesa su hermana intercedió seguidamente por ellos; y movido D. García les puso en libertad, dando así una prueba bien clara del estremado afecto que profesaba á su esposa.

Cuatro años despues de este notable acontecimiento, Fernan Gonzalez, reconocido primer Conde soberano de Castilla por D. Sancho de Leon á instancias del de Navarra, partió para Sepúlveda, que estaba sitiada por los moros, y atacándolos con furiosa intrepidez los destrozó completamente, matándoles quince mil hombres, y quedando por consiguiente en su poder las considerables riquezas de que se componía su bagage.

Hariamos interminable esta historia, si nos estendiésemos á describir en ella todos los triunfos que atribuyen á nuestro Conde, las de los siglos pasados en beneficio de la religion cristiana: pero hemos querido antes concretarnos á dar razon de los hechos mas justificados y creibles, que abusar de la atencion pública, refiriendo las circunstancias maravillosas que los antiguos trovadores inventaron, y muchos cronistas han incurrido en la imprudencia de admitir como verdades dignas de fé. A tanto ha llegado su preocupacion en este punto, que con dificultad encontrará un crítico severo el libertador de Castilla exento de esas ridículas ficciones con que pensando realizarle, han idealizado bajamente su existencia, convirtiéndole en uno de esos seres, que solo han podido tomar bulto en la imaginacion acalorada del Ariosto. Fernan Gonzalez no necesita de la epopeya religiosa para figurar entre los guerreros de nuestra patria, como mereció por solas sus dotes naturales, ora empuñando la espada, ora poniendo en juego los resortes de su consumada política en beneficio de las mas árduas empresas. D. Gonzalo de Arredondo ha encomiado altamente su espíritu legislador trasladando como fundamento inequívoco los siguientes estatutos, que supone ordenados hácia el tiempo en que se declaró la independencia de Castilla. Mándase en ellos: 1.º Que se guarden los preceptos de la ley de Dios, los cánones y la inmunidad de la Iglesia, respetando á sus ministros y los bienes que le pertenezcan, por mas que á su enagenacion ó venta estrechen las necesidades del Estado.—2.º Que nadie haga demanda ó pleito ante tribunal alguno fuera de Castilla, bajo la pena de perder justicia y ser desnaturalizado, y su hacienda repartida entre los pobres, si sobre ella versase el litigio.—3.º Que en el término de dos meses salgan de los dominios de Castilla todos los moros y judíos, que no quisiesen abrazar la religion católica.—4.º Que los señores, los infanzones y los caballeros tengan consideracion con sus súbditos, y estos acaten á sus dueños.—5.º Que al homicida ó reo de grave delito se le aplique castigo correspondiente á su culpa.—6.º Que la miseria no pueda ser jamás pretexto del robo, pues para aliviarla estarian siempre dispuestas las arcas y tesoros del Conde; y por fin en el 7.º exhortaba á sus vasallos al recíproco amor en Jesucristo, como vehículo directo de la paz, y medio positivo de hacerse invencibles contra los enemigos de la fé.

Si el Cid manifestó una singular predilección al monasterio de Cardena, el de San Pedro de Arlanza hubo experimentado antes los efectos de la que inspiró á Fernan Gonzalez su remontada piedad. Once dias antes de morir llamó al abad para confesarse, y consecutivamente otorgó su testamento nombrando heredero á su hijo Garcia Fernandez, habido en Doña Sancha juntamente con otros siete, que fueron Gonzalo, Sancho, Nuño, Balduino, Urraca, Nuña y Fronilde. De Doña Urraca con quien celebró el Conde segundas nupcias, tuvo únicamente á Pedro Fernandez, padre de Fernan y Gonzalo Perez, que en el panteon Real de San Pedro de Cardena tienen epitafios. Todas las historias señalan con variedad el año en que ocurrió la muerte de Fernan Gonzalez: nosotros la fijaremos con los anales compostelanos y el erudito Masdeu en el mes de junio del año 970. Los monjes de Arlanza acudieron sin demora al palacio del Conde, que estaba edificado en una calle de Burgos, donde actualmente se vé un arco triunfal: transportaron el venerable cadáver á su monasterio, y le depositaron en un lucillo, que ha subsistido hasta la última revolucion cerca del presbiterio, con estos versos latinos en una de sus faces.

UNICUS, FORTISSIMUS, MAGNANIMUSQUE COMES,

BELLIGER INVICTUS, DUCTUS AD ASTRA FUIT.

LIVIAM, HISPANIAM DOMUIT, ANGELICIS CHORIS ADDUCTUS:

VIRTUTE, VI, ET ARMIS VINDICAVIT SIBI CASTELLAM;

AUSTRORUM GALLIÆ, ANGLIÆ, GOTHORUM SANGUINE VENIT;

GENUS UNDE REDUNDAT HESPERIÆ REGNUM.

La capital de Castilla, cuna de Fernan Gonzalez, le ha honrado erigiéndole dos estatuas: una al lado de las de otros no menos esclarecidos burgaleses en el *arco de Santa Maria* (1), y otra semi-colosal de bellísima escultura sobre una elegante pilastra, aislada en medio del concurrido paseo del *Espolon*, guardando simetría con otras tres, que representan á D. Fernando I, D. Alonso XI, y D. Enrique el Doliente, hijos coronados de la misma ciudad.

Nos proponemos dedicar un artículo á la descripción del ruinoso monasterio de Arlanza, y entonces referiremos como su nuevo propietario ha exhumado los huesos del ilustre caudillo, para trasladarlos á la iglesia colegiata de Covarrubias, y elogiaremos en cuanto se merece un acto verificado con el decoro mas afrentoso para el bárbaro indiferentismo, que pulveriza los restos venerados de nuestros campeones bajo las informes argamasas á que estan reduciendo sus sepulcros la sacrilega especulación, el sórdido interés y la ambición eternamente enemistada con los trofeos de nuestras glorias militares, y con los monumentos del cristianismo en nuestro suelo.

RAFAEL MONJE.

HISTORIA NATURAL.

Del Hombre.

El hombre ocupa el primer grado en la escala animal. Colocado á esta altura domina á todos los seres que le rodean, y su grande inteligencia le presta continuamente elementos para vencer cuantos obstáculos se le presentan, ya remontándose á buscar el origen de los arcanos recónditos de la naturaleza, ó bien probando que á sus débiles fuerzas hábilmente empleadas, nada en la tierra se opone.

Parece que un ser tan privilegiado, este ser que debe á la naturaleza tan grandes facultades intelectuales, debia estar separado del resto de los animales, ya que lo está por su inteligencia, tambien por su estructura física.

Y sin embargo advertimos que las diferencias físicas que le separan de un crecido número de mamíferos son bastante reducidas. Las funciones de la vida como la nutrición y otras se ejecutan del mismo modo, pudiendo añadir que la estructura de los órganos de los sentidos, difiere muy poco de la que observamos en algunos de los individuos que componen la familia de los monos.

Los caracteres físicos que al hombre distinguen del resto de los animales, son las siguientes:

1.º El gran desarrollo de su masa cerebral que produce la mayor elevación de su frente.

2.º La configuración de sus manos cuyos dedos libres á causa de su estension y buena colocación de las uñas, constituyen el sentido del tacto.

3.º La bipedestación ó facultad de andar en dos pies.

4.º La de producir sonidos articulados á causa del aparato de la voz.

Después de haber examinado, aunque superficialmente, los principales caracteres físicos que le distinguen al hombre de algunos animales, pasaremos á observar las diferentes variedades que se advierten en la especie.

En el género humano no existe mas que una especie y sin embargo estamos viendo de continuo que los hombres distan mucho de asemejarse los unos á los otros.

Estas variedades que los separan transmitidas de generación en generación por esa facultad, concedida á la especie, de reproducir seres semejantes á los autores de ellos, han dado á conocer á los naturalistas que son tres las razas en que se puede dividir la especie humana, con los nombres de caucásica, mogola y etiópica.

Algunos la han dividido en cuatro, y aun ha habido quien haya querido hacerla ascender hasta siete, pero nunca han hallado una línea exacta de demarcación encontrando con frecuencia negros que solo se diferenciaban de la raza caucásica en el color, mientras que algun individuo de esta presentaba facciones de la mogola. Las diferencias que á las variedades separan de las razas, consisten en que estas últimas exigen mas modificaciones y mas profundas que aquellas que se contraen á la

(1) Véase el Semanario Pintoresco, en su número de 26 de febrero de 1843.

superficie continuamente sujeta á la grande influencia que sobre ella ejerce el clima oscureciendo el color de la piel y los cabellos, ó haciendo pasar á estos de un estado de laxitud á ser completamente ensortijados.

Los principales caracteres que distinguen á la raza caucásica, son: la regularidad del óvalo que forma su cabeza, el desarrollo de su frente, los ojos colocados en direccion horizontal, la boca salida de sus pómulos y mandíbulas, los cabellos lisos y el color de su piel mas ó menos blancos. Estos caracteres fundamentales se advierten mas que en ningun otro pueblo en el norte de Europa. La Suecia, la Finlandia y la Polonia se nos presentan como modelo de esta raza, á la par que se observa en proporcion que nos aproximamos mas al medio dia, mayor es la alteracion que sufren. Los rusos, ingleses y alemanes ya se alejan del tipo primordial presentándonos sus cabellos de un rubio mas oscuro y su piel de un blanco menos puro. Los franceses aparecen como colocados en un punto intermedio entre los pueblos del norte y los del medio dia, sus cabellos son por lo comun castaños y su piel está matizada con colores mas oscuros. Los italianos, los griegos, los españoles, los turcos europeos y los portugueses, tienen la piel mas oscura y los cabellos mas negros. Ultimamente los árabes, cuya tez es mas oscura, sus cabellos negros mas fuertes, pudieran servir de escalon de descenso á la raza negra, de la que sin embargo se pueden distinguir perfectamente por el color mas negro de esta última, por la diferencia del ángulo facial, por sus cabellos cortos rizados y lanudos, por lo abultado de sus pómulos, la gruesura de sus labios y un sudor crasiento que su piel exala continuamente. La raza que acabamos de bosquejar se cree generalmente que tuvo su primer origen en las montañas del Cáucaso de donde tomó su nombre.

La raza mogola tiene la cara achatada, la frente baja, oblicua y casi cuadrada, los pómulos prominentes, los ojos estrechos y oblicuos cuyos lacrimales siguen la direccion de la frente en disposicion que el punto mas bajo de ellos es el ángulo que termina en la nariz, la barba un poco saliente y muy escaso el pelo que la cubre, los cabellos rectos y negros y la piel de un color aceitunado. Esta raza se estiende por los desiertos del Asia, la Corea, la península de los Ganges, la India, el Japon, el Tunquin, la Cochinchina y la China, siendo la mas notable esta última por el alto grado de civilizacion que sus numerosos habitantes alcanzaron antes que ninguna otra nacion del mundo.

La última raza es la variedad etiópica ó negra. Esta se halla caracterizada por su cráneo comprimido hácia atrás, nariz aplastada, labios gruesos y salientes, cabellos crespos y piel mas ó menos negra. Esta variedad se halla situada al medio dia del Atlas, y se compone de razas diversas entre sí como la mozambique, la boquimana y la otentota. Los pocos progresos que los negros han alcanzado en las ciencias, la aptitud que se ha declarado desu parte para las artes que necesitan mas agilidad y destreza que entendimiento, la figura de su cabeza que sirve de término medio entre la del europeo y el Orang-utang, y por fin la altura y poco desarrollo de las pantorrillas, han si-

do los argumentos, mas especiosos que sólidos que se han presentado con el fin de rebajar la condicion y sacar producto de esta porcion desgraciada de la especie humana. Sin estar pues de acuerdo con esta opinion, no podremos menos de convenir que las notables diferencias que á esta raza separan de la caucásica, respecto de la organizacion fisica, fija una enorme desigualdad en el desarrollo de las facultades intelectuales, de donde deberemos concluir que mas que ninguna favorecida, la caucásica vé abrirse á su presencia el camino de las ciencias y artes, con la completa seguridad de alcanzar al término de sus afanes, el éxito á que aspira.

EDUCACION.

La gimnástica.

¿Queréis tener almas fuertes en cuerpos sanos? Recurrid á los saludables ejercicios de la gimnástica.

DR. PARISSET.

Estudiando al hombre en sus primeros años, se reconoce al punto la necesidad de la gimnástica, la apremiante necesidad de un arte que tanto ha contribuido al bienestar individual y social de los pueblos mas sábios y poderosos. Observad un niño en sus primeros dias: ¡cómo calman su llanto las acompasadas oscilaciones de la cuna! ¡Cuán dulcemente duerme mecido en el regazo materno! ¡Con qué alegre algazara brinca sobre las rodillas del padre! ¡Qué placentero rie cuando pasea al aire libre en brazos de la niñera!... Algunos meses despues, ligeramente vestido en verano, holgadamente vestido en invierno, se revuelca libremente sobre la estera ó la alfombra, juega de todos modos, multiplica, varía y combina los movimientos de todos sus miembros, gatea á su antojo de un extremo á otro, ó ya arrimado á las sillas y á las paredes, recorre una y muchas veces la habitacion, que es su primer gimnasio. Mas adelante se encarama á las mesas para ser tan alto como su papá, cabalga en el baston, corre por el jardin, tira piedras al estanque, trepa á los árboles en busca de nidos, salta y vuelve á saltar el arroyuelo, y en una palabra, en todas partes y á todos los momentos manifiesta al que observa y reflexiona, que el niño es de suyo inquieto; que esta inquietud pende de una irresistible necesidad orgánica de movimiento variado; y que el movimiento de ella nacido tiene un sagrado fin, la perfeccion del hombre, resultado constante de la recíproca armonía entre el vigor del cuerpo desarrollado por el ejercicio de todos sus miembros, y la actividad del espíritu regulada por una educacion bien entendida.

La gimnástica, que satisface esa necesidad imperiosa de movimiento, dirigiéndole sabiamente hácia su fin por el camino mas llano y mas corto; está, pues, fundada en

la naturaleza del hombre, y tiene por objeto su perfeccion. Sin embargo, su introduccion en la educacion pública ha sido y es todavía criticada por muchos: unos, ne-

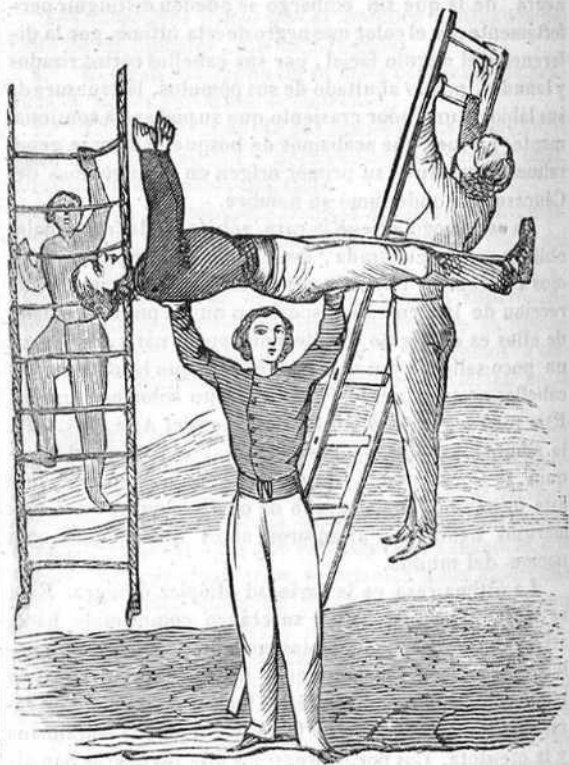


cadenados por la preocupacion, rechazan sin examen todas las mejoras, solo porque son innovaciones; otros obstinados ó ignorantes no han querido ver, ó no han visto en efecto en los ejercicios gimnásticos mas que pasatiempos ridiculos, brincos pueriles, actitudes arriesgadas, juegos en fin de fuerza ó de agilidad, que escitan la admiracion de los espectadores, sin utilidad alguna positiva de los atletas ó volatines.

Si estas opiniones se apoyasen en razonamientos mas ó menos lógicos, en consideraciones mas ó menos convincentes ó en hechos mas ó menos funestos, trataríamos de refutarlas con otros razonamientos, con otras consideraciones, con otros hechos; pero nunca han pasado todas las objeciones de hablillas sin eco, de murmuraciones de salon sobrado fútiles, de vanas declamaciones sugeridas por la ignorancia. Ninguna oposicion fundada se ha publicado hasta ahora, al paso que se han dado á luz muchas obras que reclaman los gimnasios ó por lo menos los recomiendan. Solo el que desconozca los mas claros principios de la ciencia de la vida, y el que desatendiendo los hechos históricos mas auténticos, podrá creer vanos pasatiempos los ejercicios gimnásticos, negarles su notoria utilidad, y oponerse con necias declamaciones al hermoso arte que trata de volver al hombre, agostado por la molicie y consumido por el desarreglado predominio del pensamiento, en

cuanto sea posible la belleza, la robustez y la agilidad primitivas.

La gimnástica, aplicada á la educacion, no es una cosa nueva. Todos saben que se cultivaba con esmero en las sábias naciones de la antigüedad, que era parte esencial de la educacion en las pasadas repúblicas. En Grecia y en Roma los jóvenes frecuentaban el gimnasio, el circo y el campo de Marte; todos los ciudadanos tomaban parte en ejercicios que les proporcionaban destreza para obrar, resistencia para padecer. Costumbres tan recomendables, tan útiles bajo todos conceptos, han ido poco á poco cayendo en desuso, hasta el punto de abandonarse del todo, ó de dejar únicamente tal cual residuo perdido entre las diversiones populares de nuestras provincias, tal cual recuerdo que se olvida de lo que daba nervio al brazo español para manejar *tizonas*. Bien pronto se hizo sentir vivamente la necesidad de oponerse á la rápida degeneracion del hombre y entonces la gimnástica, que tantos frutos habia producido en las antiguas civilizaciones fué de nuevo llamada á vigorizar la especie humana. Las naciones del Norte la admiten en sus escuelas. Dinamarca la declara solemnemente parte esencial de la educacion de la juventud. Varios estados de Alemania establecen gimnasios en los colegios para que á la par se



desarrollen el entendimiento con el cultivo de las letras y el cuerpo con el graduado ejercicio de los músculos. En Suiza se imita á la Alemania, y al mismo tiempo á Es-

pañá, representada por los Amorosos y los Villalobos, lleva á la Francia excelentes métodos y bienhechores resultados de la gimnástica, resultados y métodos de que el señor Conde de Villalobos dá cada día en Madrid testimonios mas amplios y valederos.

Los principios en que se fundan los métodos gimnásticos adoptados, exigen para su ventajosa aplicacion el conocimiento preliminar del carácter de los alumnos, que se aprecien bien las facultades físicas y morales que ya posee para que puedan desde luego dirigirse los primeros ejercicios á aumentar las que existen y á corregir lo viciosos. Los ejercicios primeros y los sucesivos han de tender en suma á dar al hombre todo su poderío, á sacar todo el partido que promete su superior organizacion, siempre de modo que se desarrollen á la vez la actividad física y la moral, que se sostenga el equilibrio entre las fuerzas brutas y las fuerzas espirituales.

No hay edad ni constitucion escluidas de un gimnasio basado en tales principios. La gimnástica así entendida es para los niños una necesidad y un bien; para los adultos un bien y un deber. A las constituciones fuertes se les conservan sus fuerzas y se les enseña á dirigir las útilmente, á las constituciones débiles se las fortifica y se las exime de las cargas que pesan sobre el flaco. En todos se destierra la molicie y la ociosidad, se escitan acciones difíciles y por lo mismo brillantes, se inspiran sentimientos de valor contra los peligros, se dá mas orden y mayor seguridad á los movimientos, mas exactitud al oído, mas perspicacia á la vista, mas finura al tacto, mas serenidad al alma, mas ánimo al corazón, mas rectitud al juicio. Y si todavía esta ligera reseña no bastase á dar á la gimnástica la importancia que tiene en la educacion, recuérdese la clase de esfuerzos que cada profesion exige, y la diversidad de daños á que cada una espone, y se verá como la gimnástica dá mayor aptitud para todas; piénsese en los peligros que diariamente nos amenazan, y en los accidentes de la vida de que tan fácilmente puede librarnos una mirada exacta, la fuerza ó la agilidad del cuerpo, ó el frío cálculo de un espíritu sereno; atiéndase á las deformidades remediadas, á las direcciones viciosas corregidas, á las debilidades del cuerpo ó del alma convertidas en robustez y fortaleza; véase en fin al mismo sexo que se califica á la vez de hermoso y de débil, con la belleza que le es propia en todo su esplendor, y sin la debilidad que se le echa en cara.

Quisiéramos por tanto que los padres al reflexionar sobre el porvenir de sus hijos, contasen con el valor de la gimnástica para su mas amplio desenvolvimiento físico é intelectual, que la mirasen desde luego como excelente medio de perfeccion del hombre, y depuestas las preocupaciones necias, llevasen al punto á los gimnasios la tierna prole, en que ellos y la nacion cifran sus mas halagüeñas esperanzas. En cuanto á las personas de poder y de ciencia, no dudamos estarán acordes con nosotros en confesar que seria hacer un servicio importante á la humanidad dar á la gimnástica el mayor empuje posible, tratando de evitar por su medio el sistema de educacion sedentaria tan pernicioso á los niños, tan cansada para los adultos, y de conseguir al propio tiempo un desarrollo fi-

sico y moral que haga al hombre lo que es capaz de ser, en beneficio propio y en provecho comun.

ESTUDIOS MORALES.

MÁXIMAS ÁRABES.

En un códice árabe de la biblioteca del Escorial muy antiguo que contiene una historia caballeresca de uno de los héroes de los antiguos Reyes Homiars de Arabia, se encuentra al fin una coleccion de consejos que un sábio llamado Giafar daba á un hijo suyo, son algunos tan interesantes, revelan tanta moral y tanta originalidad, que no dejarán de ser leídos con gusto.

O hijo mio, ten en la memoria lo que te voy á decir y grábalo en tu corazón, atiende á mis consejos y deposítalos en tu alma. Lo que por acaso oigas, no lo cuentes al instante, ni divulgues inoportunamente lo que veas: guarda el secreto, no quebrantes, hijo mio, lo que te hayan confiado, no seas sello quebradizo. Cuando veas, hijo mio, alguna muger hermosa no la codicies en tu corazón; porque si enamorado la dices todas tus riquezas, con cuanto tengas no tendrá bastante, ni estará contenta y el Señor se ofenderá de ti por tu deslíz. No seas, hijo mio, tempranizo y adelantado como el almendro, árbol que siendo el primero que florece, es el último que dá sus frutos sazonados. Inclina tus ojos, hijo mio, y baja con modestia tu voz, ya digas versos ó refieras historias; porque si los versos se hicieran á fuerza de voz, ¿quién los haria como el asno? Y si en la fuerza consistiese el narrar bien, ¿quién mejor que el Leon ó el Elefante? Hijo mio, mas vale arrancar piedras con el hombre honrado y prudente, que comer y beber con el necio; porque con el bueno tu alma no se enfatuará. Acompaña, hijo mio, con sabios y aprenderás de ellos y no acompañes á necios que te acostumbrarán á ser mentecato. Hijo mio, si el rico comiese culebra, dirá la gente, que la toma por medicina, y si la come el pobre dirán que no la come, sino por hambre. O hijo mio, no comas con quien no te mantenga y te afrente. Si tu enemigo llega á enriquecerse no te entristezcas, hijo mio, y si le acaece desventura no te alegres de ella. Hijo mio, no cases con muger altanera y habladora, aunque te encante y maraville su hermosura, con muger molesta lo mejor es el repudio. Si tu enemigo te dice mal, mueve pleito, respóndele con juicio, que el malo puede perderse; pero el bueno te pondrá en tu lugar. No escases el castigo á tu hijo, que el castigo es para los niños como el estiércol para los sembrados y como el dogal para las bestias. Hijo mio, doma á tu hijo en la niñez antes que se haga grande y te avergüence. Hijo mio, no tomes toro por fuerza, ni asno montes, ni tomes mozo ladrón, ni sierva ladrona; porque estos te perderán á ti y tu hacienda. No avenes tu lengua á la mentira, que la costumbre de mentir es como la comida de gorriones cebados. Hijo mio, aunque te nazca hija no te apesadumbres por ella, yo he visto gente venturosa, luego que les nació una hija. No viajes, ni camines sin tus armas, que no sabes adonde te puedo asaltar tu enemigo. Ni te sientes donde

te digan retírate, sino en donde te digan acércate. Hijo mio, no hagas que haya desavenencia ni enemistad entre tus criados, que no sabes quien será el mejor para ti. No seas vagamundo y errante, que la res descarriada es la primera que come el lobo. Hijo mio, sé justo en los juicios y generoso en las alabanzas. Endulza tu lengua y suaviza tus palabras, que aun la cola del can halaga por ellas al que antes le tira piedras. Hijo mio, no siembres ni esparzas juicios anticipados debajo de tus pies, que lloverán después sobre tu cuello. Hijo mio, el prudente se persuade con palabras, pero al necio no valen razones, ni aprovechan castigos. Envía al bueno y no le mandes; pero sino hallas sino al necio, debes ir por ti mismo y nunca le mandes á tus negocios, que te saldrán mas en daño que en provecho. Ejercita, hijo mio, á tu hijo en su comida y bebida antes que le entregues tus haberes. Cuando entres en el harem sal pronto de allí y no aguardes en él las unturas aromáticas, no le hagas lugar de delicias, de amargos celos y de muerte. El rico aunque se llame *Halime* será honrado, y el pobre aunque se llame *Ageza* no será estimado. Hijo mio, yo he gustado de todos los sabores, de lo dulce y de lo amargo y no he hallado cosa mas amarga que la pobreza. También he pesado sal y plomo y no he hallado peso mas grave que el de la ley que dice: no comerás, no beberás; ni cosa mas incómoda, que estar uno en su cama con su familia y otro con él en la casa. Acostumbra á tus hijos al hambre, á la sed y desnudez, antes que les entregues tu hacienda. Sabe, hijo mio, que la ceguera de los ojos es menos mal, que la del entendimiento; esta es mas terrible, porque el ciego de la vista pronto aprende el camino y el ciego de entendimiento presume andar por la senda del bien y de la seguridad y toma el camino de la perdición y desventura. Hijo mio, mejor es la muerte, que la pobreza y mas vale un cuerno de oveja en la mano que la oveja en poder de otro; la oveja cercana es mejor que la vaca lejana, y un pájaro en la mano es mejor que el ánsar en cercado ajeno. Hijo mio, lo poco reunido vale mas que las riquezas desparramadas. No des tus razones hasta que consultes con tu ánimo; porque el desliz de la lengua es mas grave que el de los pies. Hijo mio, no multipliques tus casamientos, que son principio del mal y mal de que procede la muerte. O hijo mio, no entres en los huertos del Cadi, ni tengas amores furtivos con su hija. No te alegres de la muerte de tu enemigo, que bien sabes que todo viviente ha de morir. No seas avaro, abre tus puertas á los peregrinos y la almenara de tu casa no sea la de Abihobayba, que no la vió abierta ningun pasajero. Honra, hijo mio, al que te honre y despídele dándole la paz y deseándole buena andanza, esto está de tu parte, el premio están la de Dios que se le dará. O hijo mio, aunque corriera el agua sin corriente, ó volara el ave sin alas, ó fuese la Colinka como la miel, con todo eso el necio no dejará su fatuidad. Cuando veas, hijo mio, al que Dios honra, honrale tú también. Si quieres ser prudente y estimado guarda tus manos de la rapiña y tu lengua de las indiscretas y mal meditadas palabras. No negocies casamiento á muger alguna, pues si le acaece mal te llenará

de maldiciones, y si bien te olvidará. Hijo mio, viste con aseo que las palabras del bien vestido son oídas y su persona es honrada, las razones del mal vestido no se atienden y su persona nunca alza cabeza. No te maravilles de que el hombre rico empobrezca, ni de que el pobre se enriquezca. Pasa, hijo mio, con el sábio aunque te dé con el báculo, y no trates con el fatuo aunque te perfume y unte con bálsamos preciosos. Acabóse á loor de Dios y con su divino auxilio.

REVISTA DE LA SEMANA.

Fortuna para los españoles, que aun no somos extranjeros del todo, á pesar de los muchos esfuerzos que se hacen al efecto. Y decimos esto, porque al paso que vemos introducirse en nuestro país todo cuanto nace y se produce fuera de él, las corridas de caballos y el teatro de *vaudeville* inclusive, no deja de aparecer de cuando en cuando alguna comedia original española y alguna invención también española y también original, como la de la máquina para afeitar, de que han hablado últimamente los periódicos.

Así no es extraño que el autor de los carteles del teatro de Buena-Vista, haya ofrecido dar á sus abonados el *Barbero de Sevilla*, en idioma nacional, por mas que algunos mal intencionados se hayan reído de su candidez. Pero volvamos á las comedias originales.

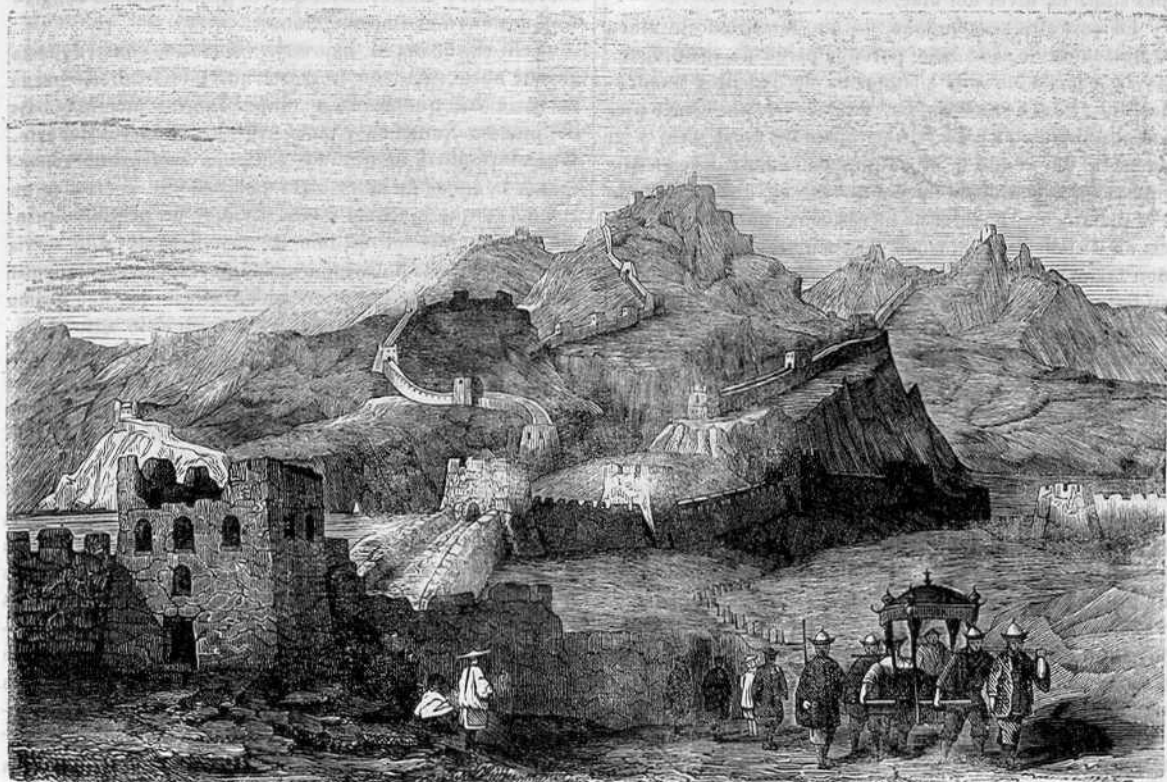
Una de estas, titulada la *Espada de un caballero* se representó en el teatro del Principe con éxito nada mas que mediano. La culpa no es toda del autor, el señor Roca de Togores, cuyas pretensiones no podían haber sido mas que entretener un par de horas con un juguete, que si así puede calificarse atendido el argumento, tiene sin embargo una verificación magnífica y sonora, y cierto sabor á las comedias antiguas de capa y espada, que tan bien conoce el autor de *Doña María de Molina*. La ejecución no fué enteramente mala, y hubo bastante animación en el público, que no dejó de aplaudir la composición del señor Roca de Togores.

Y volviendo al teatro de Buena-Vista, debemos añadir que si bien la compañía que en él trabaja no es ni puede ser mas que de última clase; segun la elección que ha hecho de las funciones, parece haberse propuesto rivalizar con las grandes notabilidades artísticas que arrebatan el entusiasmo del público en el teatro del Circo, pues anunció el *Barbero* precisamente para el mismo día que debía cantarse en el Circo, y no le faltó por cierto numerosa concurrencia.

En la noche del miércoles se cantó en este teatro el *Barbero de Sevilla*, siendo aplaudidas con mayor entusiasmo todas las piezas de que se compone. La Persiani y Ronconi hicieron prodigios, y Salvi, Salas y Marini, desempeñaron sus partes respectivas con suma habilidad é inteligencia. Nunca se ha visto en nuestros teatros una ópera mejor ejecutada. Hoy jueves, día en que escribimos estas líneas, se representa en el Principe la comedia del señor Rubí, titulada *Alberoni*, de la cual nos ocuparemos en la próxima revista.

¿Qué mas diremos á nuestros lectores? Que por efecto de una epidemia tifoidea, el colegio militar casi se ha disuelto, habiendo salido de él con un mes de licencia la mayor parte de los alumnos. Que se anuncian nuevas remesas de coches, contruidos en el extranjero, lo cual no debe lisonjear demasiado á nuestros constructores. Que se trata de levantar un monumento á la memoria del ilustre pintor Velazquez, cuyo proyecto es algo mas lisonjero para los amantes de las bellas artes; y por fin que para la próxima temporada formarán parte de la compañía lírica del Circo, los célebres cantantes, la Grisi y Mario: con esto habremos oído lo mejor de Europa.

VIAJES.



MURALLAS DE LA CHINA.



LA gran muralla de la China, tanto por la magnitud que abraza en su estension, como por el escaseo de su coste, y tiempo que se invirtió en su construccion, ha sido desde su origen la admiracion de los pocos viajeros que la han podido examinar durante sus cortas incursiones en el celeste imperio. Construida desde hace mas de dos mil años, bajo el reinado del emperador Tehi-chi-hoang-ti, soberano perteneciente á la cuarta dinastía llamada de Tsin, esta inmensa faja de mortero y ladrillo, partiendo del golfo de Petché tres grados y medio al Este de Pekin, y llegando

hasta Suigrig, punto situado en la Tartaria Occidental, á quince grados á Oeste de Pekin; recorre un espacio de mas de quinientas leguas. Segun los repetidos cálculos que se han hecho, los materiales empleados en su construccion, bastarian para circunvalar el globo, en su mayor anchura, y formar ademas, una muralla de muchos pies de elevacion.

Edificada con el objeto de impedir las frecuentes invasiones en el imperio chino, por parte de los tártaros Mandcheis; los soberanos de la dinastía de Ming, añadieron á esta inmensa barrera artificial, otro muro interior cerca de Pekin, al Oeste, á fin de cercar, como se puede ver en el mapa una parte de la provincia, partiendo de la estremidad oriental de la gran muralla.

Segun la relacion de las personas que formaban parte de la embajada de Lord Macartnay, que pudieron ver la muralla de cerca por la parte mejor conservada; de le-

jos se asemeja á una prominente veta de cuarzo que sobresaie y se destaca de entre las montañas de granito.

La elevacion de la muralla, si bien parece inmensa á primera vista, no lo es tanto cuando se considera que está edificada en varios sitios, sobre la cúspide de las montañas. El pico mas gigantesco de estas, sobre cuya altura aparece todavia la muralla, se eleva á cinco mil pies sobre el nivel del mar.

La muralla se compone de un terraplen de tierra, sostenido de cada lado por una pared de mampostería, y remata en una plataforma de ladrillos cuadrados. Su altura verdadera, es, de poco mas de veinte pies comprendiendo en estos, un parapeto de cinco pies, y su anchura de veinte y cinco pies en la base, pero que siguen en disminucion hasta quedar en quince llegado á la plataforma. Las varias torres construidas de distancia en distancia y destinadas para acuartelar la tropa, tienen treinta pies de altura y cuarenta pies cuadrados en su base. Los ladrillos empleados en la construccion de la muralla, son, como todos los de la China, de un color azulado, y tendrán unas quince pulgadas de largo, sobre siete y media de anchura y cuatro de grueso. Este color azulado de los ladrillos, hizo pensar á muchos viajeros si habian sido quemados; pero posteriormente, está confirmado por las experiencias hechas por el doctor Abel, que el ladrillo de greda, de los chinos, rojo en un principio, toma un color azulado saliendo del horno donde se cuece. La poca resistencia que presenta el parapeto de la muralla, pues solo tiene diez y ocho pulgadas de grueso, demuestra perfectamente que no se construyó para resistir á los ataques de la artillería. Ademas ni los chinos tampoco pretenden que la invencion de sus armas de fuego date de una época tan remota como la construccion de la gran muralla.

Esta gigantesca obra, no está construida en toda su estension con la solidez y esmero que ocabamos de describir. Los misioneros jesuitas, y entre ellos Gerbillon, dice, que mas allá del rio Amarillo hacia su extremo occidental, la muralla se reduce á un terraplen de tierra ó cascajo, de unos trece pies de altura con torres de ladrillos de distancia en distancia. El padre Comte añade mas aun, pues asegura, que solo subsiste una verdadera muralla en la estension de poco mas de cien leguas, y que hay sitios donde no se encuentra sino un foso. Creemos que haya algo de exageracion en la descripcion que hacen los padres jesuitas; y ademas, el estado actual de deterioro en que se encuentra la muralla por varias partes, y la falta de proporcion que ha habido hasta el dia para poder examinarla de cerca y con detencion, hacen que para cuantas relaciones se han hecho, hayan siempre faltado los datos exactos y necesarios para poder hablar con acierto.

El tiempo empleado en la construccion de la muralla, fué de cinco años, y se asegura que una tercera parte de la nacion, trabajó en ella. En la fábrica de los mientos por la parte del mar, se echaron al fondo de las aguas varios barcos cargados de barras de hierro y grandes piedras. Para el desagüe de las aguas, se practicaron grandes bóvedas; y ademas de las torres, se dejaron varias salidas, tanto para facilitar las comunicaciones,

como para el paso de las tropas. Parece que en la época de los Emperadores de la dinastía china, guardaban la muralla sobre un millon de soldados. Desde que los tártaros conquistaron la China, hay tan solo destacamentos estacionados en ciertos parajes que requieren mas vigilancia. Edificada la muralla como hemos dicho para impedir las incursiones de los tártaros Mandchis, fué una barrera útil y eficaz, hasta que el gran poder de Jengis-Kan destruyó el imperio chino.

Tchi-chi-hoang-ti, bajo cuyo reinado se construyó esta grande obra, manchó la gloria que podia caberle por la barbarie con que destruyó, ó inutilizó las mejores obras del ingenio humano, y los preciosos productos del arte. Bajo el pretexto de que los antiguos escritos no convenian á la época de su reinado por haberse escrito en un tiempo en que la China estaba dividida en pequeños principados, y que el estudio de las ciencias solo servia para fomentar la holgazaneria y la pereza; mandó quemar todas las obras escritas, y entre ellas, las del mismo Confucio. Muchos libros se salvaron de este auto de fe, gracias al celo de los letrados; pero tambien perecieron mas de cuatrocientas personas quemadas con las obras que pretendian ocultar. Tampoco la música se libró de la proscripcion, mandando el tirano que todos los instrumentos se destruyeran debiéndose fabricar otros nuevos. Se derritieron por orden suya, las campanas reguladoras del sonido que se conservaban en el tribunal de la música; pero mas fácil fué á los músicos conservar sus instrumentos favoritos que á los letrados los libros. Los primeros no eran tantos, y fueron ademas perseguidos con menos rigor. Varias colecciones de ellos se enterraron en los jardines, pozos, y hasta en el campo, donde luego fueron pareciendo. Lo mismo sucedió con los libros ocultos en los sepulcros, y hasta dentro de las paredes de las casas.

La idea que se propuso Tchi-chi-hoang-ti con esta medida bárbara, fué la de destruir la gloria de sus predecesores, y crear sobre sus ruinas su tiránico poder; pero á pesar de todos sus deseos, las tradiciones antiguas no llegaron á perderse. Su nombre ha quedado tan aborrecido entre los chinos, que hasta se han olvidado que á él se debe la importante obra de la gran muralla. Si alguna vez recuerdan que esta grande empresa es obra de Tchi-chi-hoang-ti, es tan solo para decir, que segun las órdenes terminantes del mismo Emperador, debia el arquitecto encargado de dirigir la obra, perder la vida, si se podia introducir un clavo á viva fuerza en el pequeño espacio mediado entre una piedra y otra.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.

SOLANO DE LUQUE.

Entre los profesores que mas han contribuido con sus trabajos y observaciones á dar gloria y esplendor á la medicina española durante los últimos siglos merece figurar, acaso como el primero, el Dr. Solano de Lu-

que, cuya doctrina y raras observaciones sobre el pulso le han dado una justa celebridad entre cuantos han leído sus obras, así como fué admirable para aquellos que dudando de la certeza de sus sorprendentes pronósticos, tuvieron después ocasión de ser testigos oculares de su verdad, trasladándose á la ciudad de Antequera, teatro de las glorias de este sabio.

Nació D. Francisco Solano de Luque en la ciudad de Montilla, seis leguas de Córdoba, en el año de 1685. Estudió latinidad en el colegio de la compañía de Jesús que habia en dicha ciudad; y concluida á los 16 años de su edad estudió filosofía en el mismo colegio, pasando después á la imperial universidad de Granada en la que estudió medicina recibiendo el grado de Bachiller el año de 1707. Pasó los años de práctica con el Dr. Don José Pablo, hombre de carácter sério, y, aunque docto, muy adicto á las doctrinas mas trilladas y enemigo por consiguiente de toda novedad. El joven Solano se vió oprimido y mortificado durante este tiempo por el genio áspero de su maestro, al que no obstante profesaba el mayor respeto y veneración. Practicando la medicina en los hospitales de *San Juan de Dios*, del *Refugio* y el *Real*, experimentó muchas veces en varios enfermos el pulso llamado *dicroto* y consultó á D. José Pablo acerca de él: persuadióle éste á que despreciase semejantes futesas, nacidas solo de ciertos vapores *fuliginosos*. Poco después notó Solano que los mismos enfermos en quienes habia notado dicho pulso tenian hemorragias nasales: esto excitó su curiosidad y se aplicó con ardor á observar este pulso, hallándose muy pronto en el caso, no solo de pronosticar las hemorragias nasales, sino de fijar el término en que habian de aparecer y si habian de ser mas ó menos abundantes. Satisfecho de sus observaciones las hizo extensivas al pulso llamado *intermitente*, y por fruto de ellas conoció que dicho pulso era casi siempre precursor de diarreas. Nada de esto quiso decir Solano y mucho menos al Dr. Pablo, cuyo genio violento le arredraba; pero bien pronto se proporcionó ocasión de dar publicidad á sus investigaciones. Cayó con una fiebre aguda el doctor en medicina D. Francisco Castillo y se encargaron de su asistencia tres facultativos de los mas acreditados, los cuales al sexto dia de la fiebre notaron el pulso intermitente después de cada segunda diástole, y de conformidad dijeron se moria el enfermo. El joven Solano pidió licencia para dar su opinion; y obtenida, declaró ante todos que él tomaba esta intermision del pulso por un conato de la naturaleza para evacuar los humores morbosos por el vientre. Al instante se le mandó callar y se juzgó su opinion temeraria y contraria á Galeno: anunciaron la muerte á la familia y se disolvió la junta. En la misma tarde percibió el enfermo unos violentos dolores de vientre: al instante se avisó á uno de los médicos, el que le dispuso una unción con aceite de azúcares; pero esta no produjo mas efecto que aumentarlos hasta el extremo de hacer salir á el enfermo de la cama, después de lo que le sobrevino una copiosa diarrea: entonces se volvió á la cama, donde durmió sosegadamente toda la noche, y á la siguiente mañana despertó limpio de fiebre. Este feliz resultado de su pronóstico grangeó á

Solano el aprecio de muchos doctores de aquella Universidad, pero nada influyó sobre su suerte: pasado algun tiempo tuvo que resolverse á aceptar la titular de médico de *Illora*, lugar de tan corto vecindario que no se halla en ninguna geografia. Allí se casó en el año de 1712, y á los 27 de su edad, con Doña Josefa Navajas y Victorio, natural de la villa de Rute. Corrió la fama de sus curaciones por aquellos contornos; pero con la poca utilidad que era inseparable de la ninguna ambicion de Solano. Todas las ventajas que sacó de sus admirables descubrimientos fueron algunos títulos literarios, y el ser uno de los médicos de número de la ciudad de Antequera, adonde pasó el año de 1717. Establecido ya Solano en una poblacion mas considerable pudo ampliar sus observaciones sobre el pulso, las que bien pronto le pusieron en estado de pronosticar todas las crisis que habian de sobrevenir á los enfermos y de hacer las mas asombrosas curaciones. Durante su permanencia en esta ciudad escribió sus libros del *Origen morbozo*, y el siempre célebre del *Lapis Lydos*, en el que consignó su doctrina y al que debió su futura gloria: pero no bien lo habia publicado cuando un sabio médico inglés, el Doctor D. Jacobo Nihell, discípulo de Boerhaave no pudiendo dar crédito á lo que habia leído en dicha obra, resolvió trasladarse á Antequera para conocer al que tales prodigios obraba y para asegurarse de su certeza. Así lo verificó desembarcando en Málaga y pasando de allí á Antequera, donde llegó el 17 de setiembre de 1737, permaneciendo al lado de Solano hasta 17 de noviembre del mismo año. En estos dos meses acompañó á Solano en todas sus visitas, tanto al hospital como á las casas particulares, logrando ser testigo de sus atrevidos pronósticos y de los felices resultados que siempre les seguian. Admirado á vista de tan maravillosa ciencia, manifestó vehementes deseos de iniciarse en sus secretos, y Solano con aquella generosidad y benevolencia que siempre le caracterizaron, le descubrió ingenuamente cuanto apetecía saber, poniéndolo bien pronto en estado de ejecutar lo que tanto le habia sorprendido. Esta entrevista no fué menos provechosa para Solano que para Nihell: pero si aquel le hizo partícipe de sus descubrimientos, él por su parte dió á conocer el nombre de Solano por toda Europa, pudiendo asegurarse que le es deudor de la mayor parte de su celebridad. Noticiosa la ciudad de Cádiz del gran tesoro que encerraba Antequera, trató de atraerlo á su recinto, señalándole una cuantiosa dotacion; pero no llegó el caso de que Solano admitiese, bien por el mucho afecto que tuvo al pueblo antequerano, ó porque su muerte se verificó poco después. Murió Solano de Luque en el año de 1738, el 31 de marzo, que cayó en Domingo de Ramos, á las cinco de la mañana. Fué doctor en medicina, médico honorario de la Real familia, catedrático sustituto en la universidad de Granada, y socio de la Real sociedad de Sevilla. Tuvo quince hijos, entre ellos siete varones; uno de ellos D. Cristóbal Solano, fué médico, y ya lograba el mismo acierto que su padre en las curaciones, pero falleció poco después, quedando su madre y hermanos casi reducidos á la miseria: pues por falta de

recursos no pudieron dar á luz la utilísima obra de Solano de Luque, titulada *Observaciones sobre el pulso*, así como otros muchos manuscritos que este dejó. Varias personas trataron de comprárselos para publicarlos, pero queriendo valerse siempre de su desgraciada posición: por lo que prefirieron perecer con ellos, mas bien que dar á á otros el fruto de los trabajos de su padre. Noticioso por este tiempo el Conde de Florida Blanca de la existencia de estos manuscritos, y de la indigencia á que se hallaba reducida la familia de Solano, lo hizo presente á Carlos III, el cual mandó se socorriese á esta y se publicasen aquellos á sus expensas, despues de haberse asegurado de su legitimidad y utilidad por informe de facultativos. Así se llevó á efecto publicándose sus observaciones sobre el pulso en la Imprenta Real en el año de 1787: despues, en el de 1797 se hizo una segunda edicion en la misma imprenta.

El *Lapis Lydos*, publicado antes de su muerte es un volúmen en folio, cuyo primitivo asunto está sofocado entre un inmenso número de impertinentes digresiones, ratiocinios y disertaciones confusas; pues como dice el Dr. Jacobo Nihell, aunque era exacto y diligente observador carecia de génio de escritor. Esta obra fué traducida al inglés, y publicada en Lóndres por el mismo Nihelle, el que al traducirla omitió todo lo que no pertenecía al asunto principal: esta traduccion que mas bien puede llamarse compendio, fué despues puesta en latin é impresa en Venecia por Guillermo Noortwyk, médico de aquella República, y por último publicada en francés por Mr. Lavirotte, doctor de la escuela de Montpellier. El original de Solano, escrito en latin y despues traducido al castellano fué compendiado y publicado en Madrid en 1768 por el Dr. D. Manuel Gutierrez de los Rios. Pero el que sobre todos fué fiel intérprete de la oscura obra del *Lapis Lydos*, es D. Luis Roche en la obra que con el título de *Raras observaciones para pronosticar las crisis por el pulso*, publicó en el Puerto de Santa María veinte años despues de la muerte de Solano.

Las obras de Solano de Luque, han sido mas conocidas y celebradas en el extranjero que en España. De esto se lamenta el sábio Feyjoó en una carta á dicho D. Luis Roche diciéndo, que la primera noticia de la existencia de Solano, la tuvo por un médico de Paris el Dr. D. José Ignacio de Torres. El mismo Feyjoó en otra carta que escribió despues á este mismo le dice: «Participo á V. como há dias que tengo en mi celda el *Lapis Lydos* de nuestro Solano de Luque, cuya eminencia en la facultad médica, me ponderó V. en su carta de 6 de setiembre de 51, y la lectura de este libro me demuestra cuán cierto es el dictámen que V. ha formado de este gran médico, logrando juntamente con el grande conocimiento de esta verdad una insigne lisonja de mi amor propio: porque sus máximas fundamentales, todas, ó casi todas son las mismas que mi razon natural me habia dictado muchos años ha. De modo, que un médico que hay aqui bastante racional, dueño del libro *Lapis Lydos*, de quien le tengo prestado, asegura, que sino tuviera evidencia de lo contrario, creeria que Luque y yo nos habíamos concertado en proferir las mismas reglas medicinales á

escepcion de las que tocan al conocimiento del pulso, de que yo no sabia la mas leve parte. El Dr. D. Martin Martinez en la aprobacion que dió al *Lapis Lydos*, le llama sublime ingenio, y añade que solo él ha dado pasos sobre Hipócrates en el adelantamiento de la facultad. Seria largo citar todos los autores que han elogiado la doctrina de Solano: el que quiera puede verlos en la obra del citado Roche.»

Sus asombrosas curaciones le adquirió con el renombre de Hipócrates español; y en el dia, á pesar de hallarse casi abandonada la teoría de los pulsos críticos, es citado el nombre de Solano de Luque con encomio por todos los autores de patología, que no pueden desconocer el mérito de las observaciones de este hombre admirable, cuya fama durará tanto como la medicina.

M. O. T.

POESIAS.

SESTO Y LUCRECIA.

La Seduccion.

Si insans cur occiditur? Si sons cur laudatur?
Si era inocente ¿por qué se mató?
Si era culpable ¿por qué se la alaba?

SAN AGUSTIN.

¿A dónde, Sesto, con altiva frente
Tus pasos guia seductor intento?
¿De Colatino tu mejor pariente
En tu pasion sediento,
Hollar pretendes su preciosa joya?
A la breñosa cumbre
De aquesos montes do se sienta Roma
Que el sol matiza con su pura lumbré.
La frente eleva y tus pasiones doma.
La ensangrentada lanza arroja airado
A estrañas tribus en señal de guerra,
Que nunca al buen soldado,
El ronco estruendo del combate aterra.
Mas á Lucrecia el corazon no olvida
Y en su pasion deshecho,
Con planta osada y la razon perdida
Corre insensato á profanar su lecho.
Ciego y enamorado
Llegó á Colacia, y los umbrales huella
De la paterna casa...
«Calla Lucrecia» dijo: «yo soy Sesto:
Tengo en mi diestra la tajante espada,
Ahora tuya es mi suerte,

Y si gritáres te daré la muerte.

Mas la Romana esquivó

Oyó su intento, y arrogante altiva,
Guardó su honor por la virtud velada.

Sesto entonces maldijo

Tanta virtud y prosiguió en su intento;

Y ofendida Lucrecia,

Con aire noble al seductor le dijo:

¿Qué es lo que dices, Sesto?

Tu amor destierra que injurió á una dama,

Tumba tu pecho del intento sea

Que osado quiso sepultar mi fama.

De la infeliz Lucrecia

Respetarás su desgraciada suerte,

Porque si fiera tu pasión desprecia

De mi amargura el lloro,

Sabrás mi honor en la sañuda muerte,

Abrigo hallar al deshonor cercano

Ya que en la vida peligró el decoro.

Si mis sollozos tu pasión no asombra

No basta á contenerte

Te asombrará mi muerte,

Y entre la noche fría,

Verás altiva atravesar mi sombra

Pálida al rayo de la luna umbría.

«Depon tu ceño respondióle Sesto,

¿Qué es nuestra vida ante el honor postrada?

Solo es flor abatida,

Que en vano el lecho del honor guardece

Cuando en las auras del amor se mece.

No del orgullo á la región ficticia

Tus alas ¡ay! para morir remotes,

A extraños horizontes.

Si orgullo tienes, de marfil un cetro

Silla curul, y guarnecida de oro

Tendrás una corona:

Por donde quiera que tus alas gires

Tendrás riquezas ideal matrona:

Hijo de Rey heredaré ese trono

Que solo Reina para ti ambiciono.

Jamás de Reina esclarecido nombre

Busqué ambiciosa ni riquezas quiero,

Depon tu amor que ante el honor la vida,

Flor es esclarecida,

Que en vano el aura del amor la mece

Si en dulce lecho la virtud guardece.

Dijo: pero inhumano

Cojióla Sesto, y como tigre hircano

Lanzóse hambriento á devorar su presa.

Ni las plegarias y ni el dulce llanto

Contuvo al monstruo que lanzó el abismo;

Y la inocente esposa,

Convulsa, avergonzada,

Cedió á la fuerza y sucumbió al espanto.

.....

Ya basta, dijo: y retronando al viento

¡Maldito seas! Respondió la dama,

Ya basta, pero en tan fatal momento

Queda infamada la virtud romana.

La Muerte.

En silencio profundo sepultada

Quedó Lucrecia en su dolor postrada,

Gime su lábio, y de la noche el viento,

Triste el suspiro al corazón volvía,

Y en confuso lamento,

Llanto amargo vertiendo así decía:

No ya en el templo ni en la selva umbrosa

¡Oh mis dioses sagrados!

Tan casta y pura como ayer llegaba

Podré ofreceros mis ardientes votos.

Ni nunca mas mi esposo

Verá en mi frente las sagradas hojas

Del árbol dedicado

Al culto de su Dios ¡ay! que era el mío.

¡Oh! esposo ¡oh Colatino!

Ven á mis brazos amante,

Voy á cumplir con mi cruel destino,

Puñal agudo acabará este instante

La amarga vida de Lucrecia.

Escucha.

Aun en tu lecho las pisadas se oyen

Del seductor osado,

Mira las huellas que en su paso airado

Dejó grabada tu deshonra. ¡Oh esposo!

Perdóname amoroso,

Que aqueste lloro que mi vista anubla,

¡Ay! no mi culpa mi desgracia vierte.

Estima pues, mi lloro,

Que si á la tumba ¡oh esposo! baja impura

La flor de tu decoro,

El alma sube hasta los cielos pura.

¡Oh mis sagrados dioses!

Si deshonrada en el sagrado templo

No puedo entrar os cederé la vida;

Y servirá de ejemplo,

Que heroica dama sucumbió gustosa

Y halló virtud bajo la fría losa.

Y ante su padre anciano

Sacó el cruel acero:

¡Venganza padre! muribunda esclama

Lanzando el ¡ay! postrero.

Y en la callada noche,

Cuando el rumor de los torrentes crece

Y el aire rudo que las palmas mece

En el desierto zumba,

En el viento perdido

Se oyó un tierno quejido....

Y era Lucrecia que bajó á la tumba.

La Venganza.

Enfurecido Bruto

Sacó el puñal de la latiente herida,

Y con voz prepotente,

Maldijo á Sesto y de Lucrecia jura

Vengar su muerte libertando á Roma.

Con ademanes fieros;
¡Levanta! Esclama al muribundo padre
Toma Lucrecio. Tu venganza llene
De sangre el campo y en crujir violento,
Lanza tu voz á la region del viento
Atronadora suene.

El dardo coje y el luciente escudo,
El férreo yelmo en la cabeza ostenta,
Y al que ofenderte pudo,
Lánzate á él como leon sañudo
Que tu vengaza sienta.

La lanza apresta y el escudo embraza
Y la loriga toma,
Nuestra venganza que liberte á Roma
Del Rey Tarquino la maldita raza.
Y ¡al arma! dijo. Como tigre herido
Que raudo cruza los inmensos valles,
A las desiertas calles
Arrojase atrevido.

Los pórticos desiertos
Al momento cubiertos
Se vieron de romanos.
«Venid, les dijo balbuciente Bruto;
Y si podeis considerar tranquilos
El hecho horrendo que manchó esos lares,
De este puñal los acerados filos
Darán la muerte á un desdichado anciano.
Y como suele en su bramar horrísono
El ronco mar embravecer sus olas,
Así la voz de Bruto
De un pueblo entero embraveció el encono.

La hermosa faz de la argentada luna
Vierte su luz sobre los templos de oro,
Inmensa turba que las calles puebla
Rompe el silencio. A la enlutada plaza
Ciegos caminan y se empujan, gritan,
Y al ímpetu violento,
Los unos con los otros,
Al suelo á su pesar se precipitan.

Entre las turbas agitadas corren
Hijas, madres, esposas;
Y en son confuso que recoge el viento
De ¡Patria y Libertad! se oye el acento.

Blanco, en la plaza, se distingue un bullo
Sobre un manto enlutado.

Llega la plebe y una tumba mira;
Se adelanta, y los míseros despojos
¡Ay! vieron de Lucrecia...

De las tristes doncellas
Lágrimas vierten los preñados ojos
Y en cólera deshecho
De todos palpitaba su hondo pecho.
Quién de una hermana recordó el ultraje,
Quién de su esposa la deshonra mira,
El no ultrajado la deshonra teme
Y el ultrajado con horror respira.

Súbita voz que amenazante suena
Tronó estentórea con dolor profundo,
¡Guerra! la inmensa muchedumbre grita,

Y en sus cóncavos huecos
En dilatados ecos,
¡Guerra! el espacio repitió del mundo.

La Sorpresa.

Lejos Tarquino del concurso armado
Duerme apacible en recamado lecho,
Hasta que el grito de ¡venganza! airado
Turbó la paz de su soberbio pecho.
¡Al arma! ¡Al arma! en el salón se escucha:
Súbito entonces despertó Tarquino...

Y al ruido de la lucha,
Horrisonos temblaron,
Los montes de Hortulora y Aventino.
¿Quién á las armas escitó á ese pueblo
Que altisonante grita?

Repuso el Rey, y con audacia Bruto
«Yo soy,» dijo al monarca.
Quien de ese pueblo la venganza toma,
Daré otra vez su libertad á Roma.
O haré de Roma una sangrienta charca.
Aquí romanos, les gritó potente,
Aquí yace oprimido

El Rey que osado, en bacanal orgía
Robó los fueros á la Patria un día.
De armas y gente que responde «muera»
Se oye el rumor entre la inmensa plaza,
Óyese á Bruto reanimar la lucha
Y el ronco estruendo del batir se escucha.

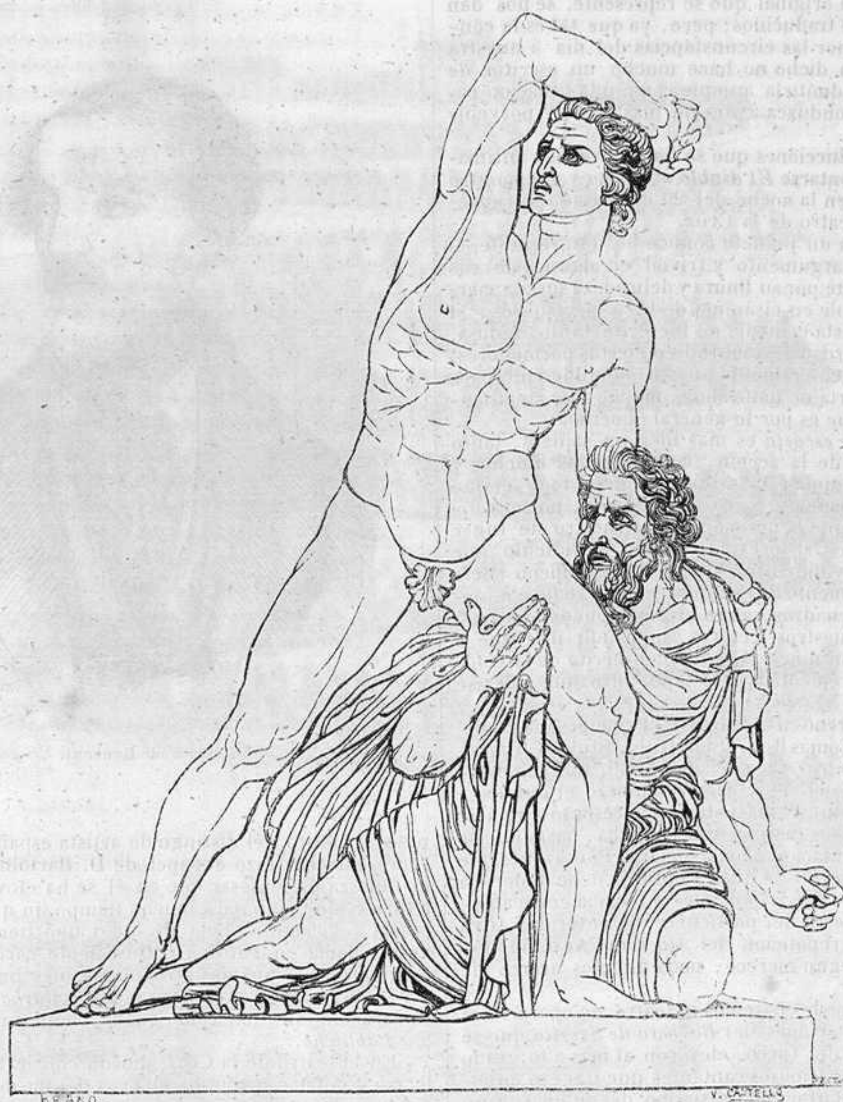
Vencido el Rey y vencedor el pueblo
Entró en palacio á recoger su presa,
Y entre la sombra espesa,
Tal como suele atravesar el bosque
Hiena cobarde á quien hirió la lanza,
Perdió la esperanza.

Un ¡ay! profundo arroja dolorido,
Su pecho se estremece,
Y entre la inmensa turba desaparece.

Enrojecida nube el viento puebla
De grato aroma que trasciende el suelo;
Mas del Noto impelida
Fugaz la nube desaparece al punto.
Lívida luz de muribunda luna
Que el mundo cruza hasta encontrar su lecho,
Reverbera en el Tiber
Que murmurante corre;
La orilla cruza colosal fantasma,
Y un ¡ay! lanzando que en las aguas zumba
Entre la noche fría,
Bajarse vió á la tumba
Pálida al rayo de la luna umbría.

J. A. DISDIER.

REAL MUSEO DE ESCULTURA.



GRUPO LLAMADO DE ZARAGOZA, DE ALVAREZ.

REVISTA DE LA SEMANA.

El teatro español sigue con sus intermitencias: para un drama ó comedia original que se represente, se nos dan media docena de traducidos; pero, ya que tal es la condicion impuesta por las circunstancias del día á nuestra escena, según ha dicho no hace mucho un escritor de nota, fuerza es admitirla aunque como una situación pasajera que nos conduzca á otra de mas brillo y porvenir para el arte.

Entre las traducciones que se han estrenado últimamente, deben contarse *El diablo nocturno* y *El maestro de escuela*, que en la noche del 20 del pasado se representaron en el teatro de la Cruz.

Es la primera un juguete cómico no despreciable, si bien débil en su argumento y trivial en algunos de sus recursos; pero que por su finura y delicadeza suscita cierto interés agradable en el ánimo de los espectadores; si la moralidad de esta comedia no fuese un tanto dudosa, y hubiese mas verdad y exactitud en ciertos pormenores, no le negariamos enteramente nuestro humilde voto para que obtuviese carta de naturaleza, mucho mas atendiendo á su version que es por lo general esmerada.

El maestro de escuela es mas bien un sainete, tanto por la frivolidad de la accion, como por los muchos y buenos chistes de que está salpicado. Para todo el que sepa lo que son escuelas, y justicia humana, no será difícil comprender que la posicion de un maestro de lugar en dias de examen se presta bastante al ridículo por los compromisos y dificultades que su desempeño suele acarrear. El argumento de esta piececita se reduce á pintar uno de estos cuadros, cuyo original pueden hallarlo muy fácilmente nuestros lectores, sin acudir mas que á los recuerdos de su niñez. Además del mérito de la composicion, lo bien ejecutada que salió, hizo que gustase bastante.

El día 28 se estrenó en el teatro del Príncipe una comedia original de D. Tomás Rodríguez Rubí, titulada *Alberoni, la astucia contra el poder*, cuyo éxito fué ruidosísimo. Desde el final del acto primero empezó el público á pedir la salida del autor; mas este no se presentó á recibir los bravos y aplausos de que se le colmaba, hasta que se terminó la representación de su comedia. Por razones que no son de este lugar, y de que el público debe tener ya algun conocimiento por la polémica entablada entre algunos periódicos acerca del particular, la autoridad tuvo á bien prohibir la repetición del *Alberoni*. Acatando esta providencia, según merece, nada diremos acerca de ella.

Del teatro de verso, pasemos al teatro de ópera. Las repetidas representaciones del *Barbero de Sevilla* que se dieron en el teatro del Circo, elevaron al mas alto grado la reputacion de los famosos cantantes que figuran en esta compañía y escitaron el entusiasmo del público de un modo tan estremado como bien merecido.

El estilo de esta ópera se presta admirablemente al género de canto de que se halla dotada la Persiani; así es que desempeña su papel con una perfeccion y un talento singular. En la escena de la leccion de música del segundo acto, ha intercalado unas lindas variaciones, en cuya ejecucion demuestra tal finura y delicadeza, que es bien seguro que no hay instrumentista que se atreva á competir con su admirable órgano vocal.

Ronconi tambien ha estado felicísimo, distinguiéndose particularmente en esta ópera por la manera nueva y original que tiene de cantarla. Bien se puede decir que hasta ahora ningun barbero habia interpretado tan fiel-

mente ni con tanta gracia la ingeniosa concepcion de Beaumarchais, como el distinguido bajo del Circo.

Los ilustres Marini y Salvi tambien estuvieron acertados en la difícil ejecucion de sus respectivos papeles.

Diremos algo del señor Salas. Al lado de esas figuras colosales, cuya nombradía es universal, ya que no solo europea, precisamente habia de parecer algo mas dimi-

CANTORES CELEBRES.

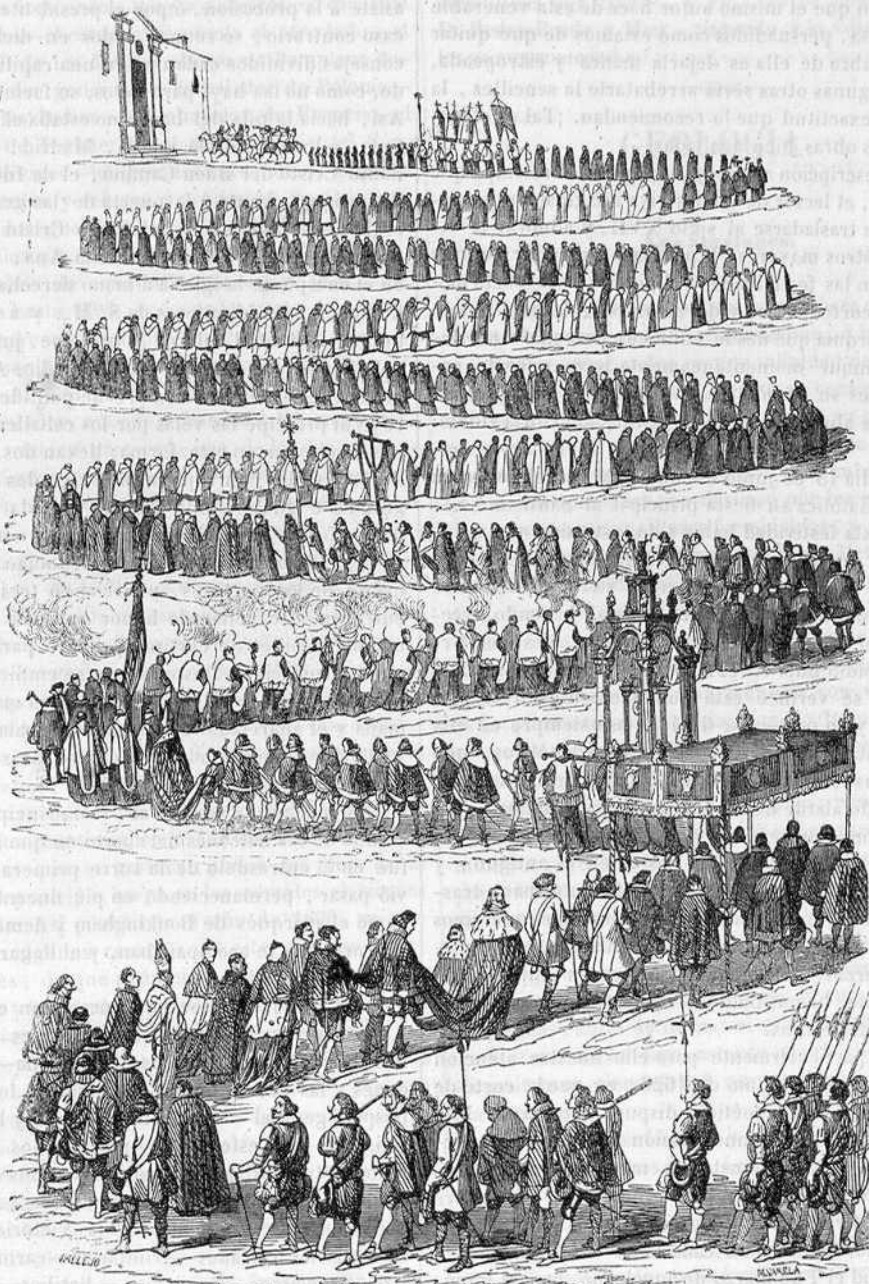


Retrato de Ronconi.

nuto el mérito del distinguido artista español que en esa representación hizo el papel de D. Bartolo. Sin embargo, fuerza es confesar que en él se ha elevado á grande altura, y que no pasará mucho tiempo sin que su nombre pueda colocarse al lado de otros que tienen adquirida grande fama en Europa. El escelente caricato español, de quien nos ocupamos, reúne las mas brillantes dotes para sobresalir en su género y en el *Barbero* comprende su carácter tan bien como puede comprenderlo el mismo *Lablache*.

En el teatro de la Cruz, dió un concierto el niño Galearzo Fontana, profesor de arpa del mismo teatro en el año pasado, acompañándole su hermano Aquiles en el piano. Poco tenemos que decir de esta funcion que como todas las de su clase no suelen divertir demasiado y solo se asiste á ellas por pura fórmula. Las dotes de este niño son escelentes y promete mucho para lo sucesivo, especialmente por la brillantez y energia que da á la ejecucion. No obstante, en algunas cosas de las que toca, no tiene todavía la destreza y desembarazo que se necesita para dar al acompañamiento toda la espresion y tono que requiere el instrumento.

FESTIVIDADES RELIJIOSAS.



LA PROCESION DEL CORPUS EN MADRID: AÑO 1623.

Habiéndonos proporcionado la preciosa estampa que aparece á la cabeza de este artículo y forma parte de las muchas que embellecen la cuarta edicion ilustrada de las *Escenas Matritenses* por el *Curioso Parlante*, no podemos resistir al deseo de trasladar á nuestras columnas la descripcion que el mismo autor hace de esta venerable fiesta religiosa, persuadidos como estamos de que quitar una sola palabra de ella es dejarla manca y estropeada, y añadirle algunas otras seria arrebatarle la sencillez, la concision y exactitud que la recomiendan. ¡Tal es el privilegio de las obras bien acabadas!

Con la descripcion que copiamos y con la estampa que la acompaña, el lector de menos viva imaginacion no podrá menos de trasladarse al siglo XVII, y admirar la viva fé de nuestros mayores, la pompa y esplendor con que se celebraban las festividades religiosas; el aspecto devoto de una corte poética y de galanteos, último reflejo de una monarquía que desde entonces ha venido en decadencia, aunque momentáneamente haya querido recobrar á veces su pasado brillo. Hé aquí la parte del artículo á que aludimos y que tiene relacion con la viñeta:

«Era el dia 15 de junio del año 1623, y celebraba en él la Iglesia Católica su fiesta principal al Santísimo Sacramento. Esta festividad habia sido instituida en la ciudad de Lieja, en Flandes, por los años de 1240, á consecuencia de la revelacion de unas virtuosas mugeres que la confesaron á Roberto su Obispo, y siendo arcediano de aquella iglesia Jacobo Pantaleon, despues Urbano IV, espidió bula en 1272 para su celebracion. Desde entonces se verificó esta solemnemente en toda la cristiandad, y en particular distinguíase siempre en ella por su ostentacion la corte de los reyes católicos, que empleaban sus tesoros en tributar al Señor un culto magnífico haciendo alarde de su religiosidad y grandeza.

«Quisiéramos presentar á nuestros lectores un ligero dibujo de cómo pasaban estas fiestas en lo antiguo, y puesto que nuestras fuerzas sean insuficientes para trasladarles en imaginacion á aquella época, no queremos renunciar al placer de colocar aquí algunas noticias que, revolviendo archivos, hojeando cronicones y apuntando especies sueltas, hemos podido reunir sobre este y otros usos de pasadas épocas.

«Fijamos particularmente para ello nuestra atencion en el dicho dia 15 de junio de 1623, en que la corte de Felipe IV, ostentosa y poética, dispuso con mayor lujo que de ordinario la solemne funcion del Señor. Concurria para ello una circunstancia muy notable. Carlos Stuard, principe de Gales, hijo primogénito y heredero del rey de la Gran Bretaña (despues Carlos I, que pereció desgraciadamente en un cadalso en 1649), habia llegado á Madrid el 7 de marzo de aquel año, con el intento de entablar su casamiento, que no llegó á tener efecto, con la infanta Doña María de España. El rey, los príncipes, el poderoso valido Conde-duque de Olivares, y toda la corte, en fin, se esmeraban á porfia en obsequiar y halagar á tan distinguido huésped con ceremonias y festejos que le pudieran dar idea de la grandeza del católico monarca.

«Hay un ceremonial antiguo y manuscrito en el archivo de esta heroica villa que dispone el modo y forma de arreglarse la procesion en la primitiva y parroquial iglesia de Santa María la Real de la Almudena. Dicho ceremonial previene que, señalada la hora por S. M., si asiste á la procesion, ó por el presidente del aonsejo, en caso contrario, se reunan todos en dicha iglesia, y los consejos divididos cada uno en una capilla, y no habiendo, como no las hay, para todos, se forman con cancelles. Así, hácia la pila del bautismo estaba el consejo de Cruzada: á los pies de la iglesia, Madrid: en la capilla del Santo Cristo del Buen Camino, el de Indias: en la capilla antigua, frente á la puerta de las gradas, el consejo real de Castilla: en el del Santo Cristo de la Salud, el de la Inquisicion: en la de Santa Ana, el de Hacienda: en el cuerpo de la iglesia á mano derecha, los capellanes de honor y predicadores de S. M., y á la izquierda los grandes. El sitio del rey y príncipe, junto á la baranda del altar mayor, al lado del Evangelio. Al ofertorio de la misa (que se celebra siempre de pontifical) se le sirve al rey y al príncipe las velas por los caballeros regidores comisionados en esta forma: llevan dos porteros de Madrid, vestidos con ropa carmesí, en dos fuentes de plata grandes é iguales, una hacheta pintada y una vela en la misma forma, una blanca de á libra y otra de á media; y en llegando al medio de la iglesia, toman las bandejas de manos de los porteros, y haciendo tres reverencias las entregan al capellan de honor que está de asistencia, y este al sumiller de cortina, primero para el rey, y despues al príncipe. Despues que se empieza la misa se dá principio á ordenar la procesion por el mayordomo de semana y el aparejador de las obras de palacio. Madrid lleva el pábulo, repartiéndose las cuatro varas y ocho borlones de él por antigüedad.

«Aquel año se verificó así, y el príncipe de Gales, desde uno de los balcones del cuarto en que se hospedó, que fué en el entresuelo de la torre primera del alcázar, la vió pasar, permaneciendo en pié durante toda ella, así como el marqués de Boukingham y demas caballeros de su corte que le acompañaban, y al llegar el Santísimo se arrodillaron todos.

«El orden que llevaba la procesion era el siguiente. Abrian la marcha los atabales y clarines—seguian los niños desamparados y los de la doctrina—luego los pendones y las cruces de las parroquias—los hermanos del hospital general—los de Anton Martin y las comunidades religiosas por este orden—mercenarios descalzos capuchinos—trinitarios descalzos—agustinos descalzos—carmelitas descalzos—clérigos menores—padres de la compañía de Jesus—mínimos de la Victoria—gerónimos—mercenarios calzados—trinitarios—carmelitas—agustinos—franciscos—dominicos—basilios—premostratenses—bernardos—y benitos—La cruz de Santa María de la Almudena—la del hospital general de corte—la clerecía en medio de las órdenes militares Alcántara, Calatrava y Santiago con mantos capitulares.—Al lado derecho el consejo de Indias—el de Aragon—el de Portugal—el supremo de Castilla.—Al izquierdo el de Hacienda—el de las Ordenes—el de la Inquisicion—el de Italia—el

cabildo de la clerecía—veinte y cuatro sacerdotes revestidos, con incensarios—la capilla real con su guion—tres capelos, el de en medio llevaba el báculo—el arzobispo de Santiago de pontifical—los pajes del rey con barchas—las andas del Santísimo—la villa con el pábulo—el rey—el príncipe al lado izquierdo—un poco detrás el cardenal Zapata al derecho—el cardenal Espinola al otro lado—el nuncio en medio de los dos—el obispo de Pamplona detrás.—El inquisidor general—el embajador de Polonia—el patriarca de las Indias—el embajador de Francia—el de Venecia—el de Inglaterra—el de Alemania—el Conde-duque de Olivares—los grandes cerca de la persona del rey—los títulos y señores á tropas en medio de la procesion—las dos guardias española y tudesca á los lados de la procesion—y detrás toda la de archeros.

Era costumbre de aquellos tiempos, y se observó constantemente hasta 1705, que por la tarde de este día empezase la representacion pública de los Autos sacramentales, que seguía durante toda la octava del Corpus. Levantábase para ello en las plazas de Palacio y de la Villa sendos tablados, adonde se encaminaban ocho carros triunfales, cuatro para cada una de las dos compañías de comediantes: principiaba con notable aparato el primer auto en la plaza de Palacio delante del rey el mismo día del Corpus á las cuatro de la tarde, y acabado aquel empezaba el segundo, y pasaban los carros del primero á la plaza de la Villa á representarle al consejo de Castilla, y después la misma noche al de Aragon: seguía el segundo auto en la forma referida, y al viernes siguiente por la mañana se representaban los dos al consejo de Inquisicion, por la tarde á Madrid, desde donde por el orden que queda espresado del día antecedente, se seguían representando á los consejos de Italia, Flandes, Ordenes, y el sábado á los de Cruzada, Indias y Hacienda: y acabadas las representaciones públicas por consejos, continuaban en las casas de los señores presidentes, en que se gastaban todos los días de la octava, dando principio luego en los corrales el viernes siguiente á ella. Así pasó hasta el año de 1676, en que por escusarse algunos consejos de este gasto se hicieron variaciones, de que resultaron algunas dudas é inconvenientes, y habiéndose consultado á S. M., resolvió que no se hiciese novedad. Después, por lo molesto que era para los reyes la representacion de los dos autos en una tarde, se resolvió el año 94 que se hiciesen uno el jueves y otro el viernes, y este día se hiciesen los dos al consejo, dando principio la compañía que el día antecedente representó en Palacio, y el mismo día al consejo de Aragon, y que si el consejo de Inquisicion quisiesen autos se los representasen por la mañana, y por la tarde á la Villa; lo que se ejecutó algunos años, hasta que por escusar gastos se hacían estos festejos á SS. MM., al consejo y Madrid, en los días jueves, viernes y sábado. Por último, en 1705 S. M. D. Felipe V se sirvió aplicar á las urgencias de la guerra el gasto que se causaba en estas representaciones, y desde entonces no volvieron á verificarse mas que en los corrales.

«Es bien sabido que en la composicion de estos autos se emplearon los primeros ingenios de esta corte, y que

muchos de ellos tienen cualidades que los hacen interesantes. D. Pedro Calderon de la Barca solo, escribió setenta y dos, cuyos originales legó en su testamento á la villa de Madrid, que se los habia pagado, y á fin de que se conservasen en su archivo; pero fueron estraidos y sustituidos por copias, y en 1716 se imprimieron por D. Pedro Prado y Mier, pagando á la villa 16,500 reales por su propiedad.»

GEOLOGIA.

Los aluviones.

Las aguas que caen sobre las cumbres de las montañas, los vapores que allí se condensan, ó las nieves que se liquidan, descienden en una infinidad de arroyuelos á lo largo de sus pendientes, arrastran consigo algunas ténuas partículas, y marcan en el declive su paso con ligeros surcos. Bien pronto estos arroyuelos se reúnen en las concavidades mas notables de que está cubierta la superficie de las montañas, se deslizan por los profundos valles que socavan sus bases formidables, y van así á formar los arroyos y los rios que vuelven á llevar á los mares las aguas que estos habian dado á la atmósfera. Al fundirse las nieves ó cuando sobreviene una tempestad, el volúmen de estas aguas de las montañas, súbitamente aumentado, hace que se precipiten con una rapidez proporcionada al declive, van á chocar con violencia al pié de estos montones de piedras que cubren las laderas de todos los profundos valles, arrastran consigo los fragmentos ya redondeados que los forman, los limpian y pulimentan aun mas con la frotacion; pero á medida que llegan á valles mas llanos, en que por razon natural disminuye su caída, ó á concavidades mas anchas donde pueden esparcirse, arrojan sobre la playa las mas gruesas de estas piedras, que ya antes hacian rodar: los trozos mas pequeños son depositados mas abajo, y solo llegan al gran canal las partículas mas ténuas ó el cieno mas imperceptible. A menudo aun el curso de estas mismas aguas, antes de formar el gran rio inferior, las obliga á atravesar un lago estenso y profundo, en el cual depositan su cieno y del que vuelven á salir claras y limpias.

Pero los rios inferiores y todos los arroyos que nacen en las montañas mas bajas ó en las colinas, producen tambien en los terrenos que recorren, efectos mas ó menos análogos á los de los torrentes de las altas montañas. Cuando estan hinchados por grandes lluvias, atacan el pie de las colinas terrosas ó areniscas que encuentran en su curso y llevan sus despojos á los terrenos bajos que cubren aquel y que cada inundacion eleva una cierta cantidad; en fin, cuando los rios llegan á los grandes lagos ó al mar y cuando cesa del todo esa rapidez que arrastra las partículas de cieno, estas se depositan á los lados de la embocadura, acaban por formar allí terrenos que prolongan la costa y si tambien el mar contribuye á su acre-

centamiento, arrojando á ella la arena y demas objetos que encierra en su seno, concluyen por formarse de este modo provincias y hasta reinos generalmente los mas fértiles y bien pronto los mas ricos del mundo, si un gobierno paternal protege la industria y florece en ellos una paz octaviana.

Ultimamente á estos terrenos así formados, es á lo que se dá el nombre de *aluviones* ó *tierras de aluvion*.

FRENOLOGIA.

Despues que con tanto acierto han hablado de esta difícil ciencia diferentes frenólogos últimamente, no debíamos en verdad ocuparnos de ella; pero convencidos de su grande utilidad, nos atrevemos á presentar estas observaciones, separándonos del curso regular de su enseñanza y entresacando, por decirlo así, de entre lo mas interesante, lo que pueda conducirnos mas pronto á averiguar en qué consisten esa multitud de fenómenos, que atravesando y naciendo de nosotros, no alcanzamos sin embargo á poderlos explicar. Nace pues el hombre, y desde el momento en que su débil imaginacion consigue formar algunas ideas, todo su estudio está concentrado en el exámen de los objetos que le circundan. Despues que esta imaginacion ha obtenido algun desarrollo, ya no se ocupa solo en admirar, avanza un escalon mas, pasa á la eleccion, adhiriéndose á aquellos objetos que le son agradables, mientras que desecha por una repugnancia, cuyo origen ignora, los que han merecido su desaprobacion. Llega por fin á entrar en posesion de una razon completa, llega al último escalon á que naturaleza le concedió ascender, y á pesar de las modificaciones que por una esmerada educacion han sufrido sus inclinaciones, siente apoderarse de sí, aun á su pesar, deseos vehementes de un objeto de que su sano juicio le manda alejarse. Pregúntese á este individuo qué le conduce á optar por este objeto, que su razon rechaza, y por única contestacion nos dirá que es una fuerza de atraccion, que hallándose en continua lucha con los sentimientos que la civilizacion le ha inspirado, le arrastra hácia sí, con tal violencia, que solo á favor de una resolucion firme y una completa conviccion de que el acometer tal empresa, le captaria el desprecio de sus semejantes, conseguirá combatirla. Harto tiempo divagó el hombre en averiguacion de las causas de estos sentimientos, y por último, merced á sus investigaciones, al estudio y observaciones repetidas sobre sí mismo, vino á saber que ciertas fisonomías, ciertas cabezas en estructura semejantes, daban por resultado sentimientos tambien semejantes. Tomando por base este importante descubrimiento, se abrió un camino mas ancho en la ciencia, y vino por fin á concluir que la estructura física ejerce una influencia grande sobre la parte moral. Deberemos sin embargo advertir que esta influencia varia considerablemente en tanto en cuanto son diferentes los temperamentos de las personas sujetas á ellas. Supongamos cuatro hombres cuyas cabe-

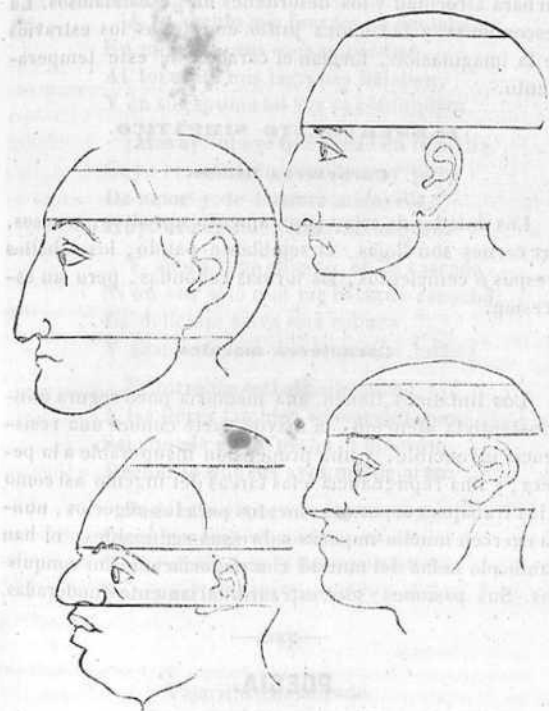
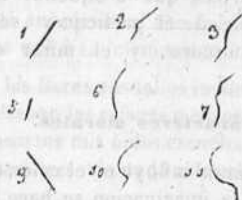
zas presentan las mismas protuberancias, las mismas cavidades y dimensiones y que por consecuencia debiéramos atribuirles inclinaciones y sentimientos semejantes. Pues bien, estos cuatro, colocados al frente de un cuadro que representa la toma é incendio de Troya, nos dan á conocer las diferentes emociones que el mismo objeto ha producido en cada uno y cada fisonomía nos revela el poder de su temperamento. El bilioso ó colérico se indigna, cierra el puño y dirige una mirada ceñuda al lienzo que le deja ver millares de victimas, cuyos lamentos cree todavia oír y le falta poco, en su exaltacion, para lanzarse á protegerlos, buscando con ansiedad el autor de la traicion. El sanguíneo, dotado de una sensibilidad con extremo esquisita, enjuga las lágrimas que le brotan al aspecto de tales horrores. El melancólico contempla esta escena con aire pensativo y triste. Y por último, el flemático ó linfático, cómodamente sentado, dirige su perezosa vista al cuadro con atencion indiferente y fria. De aquí, pues, deberemos deducir lo interesante que es atender á los temperamentos, despues, ó mejor antes de examinar las diversas proporciones que guarda la cabeza del hombre, cuyas inclinaciones queremos adivinar. Así pues, como las eminencias y cavidades de la cabeza nos dejarán conocer el mayor ó menor grado de desarrollo de los diferentes órganos que encierran, así tambien la fisonomía nos permitirá descubrir por medio de las impresiones que de estos órganos recibe, la mayor proximidad á este ó aquel temperamento, puesto que es muy raro el individuo en que se marquen con exactitud todos los caracteres de uno solo, sin que participe de alguno de los demas.

Partiendo, pues, de estos antecedentes, entraremos en el exámen de las proporciones entre la cabeza y el resto del cuerpo. Si las dimensiones de esta guardan armonia con las del cuerpo, debe desde luego obtener alguna prevencion favorable. Si en la comparacion resultase la cabeza aumentada con dimensiones exageradas, esto nos indica generalmente una estupidez grosera, y si por la inversa estas fuesen muy reducidas respecto del cuerpo, deberemos anunciar debilidad é ineptitud. Para estudiar la cabeza, la consideraremos dividida en cuatro partes. La primera se estiende desde su mayor elevacion hasta el punto en que terminan los cabellos y principia la frente. La segunda desde este hasta las cejas. La tercera la distancia que las separa del punto que sirve de base á las narices. La cuarta desde estas á la barba. En proporcion que estas líneas son entre sí mas equidistantes, prueban tanto mas rectitud de espíritu y regularidad de carácter. Si por el contrario nos presentan irregularidad en las distancias, nada bueno nos permitirán augurar.

Despues de este exámen general, pasaremos á otros mas detallado, considerando aislada cada una de las partes que componen la fisonomía, es decir, la frente, los ojos, las narices, la boca, las mejillas y la barba.

1.º La frente es la ventana del alma. Advertiremos, que tanto en esta como en lo restante de la cara, debemos distinguir la porcion huesosa, de la muscular que la cubre. La primera nos deja conocer la organizacion primitiva en que poca ó ninguna impresion gravan las costum-

bres, mientras que la segunda, combatida por las pasiones que nos acometen, termina por ser el espejo indeleble en que estas pasiones se reflejan. Podemos, pues, decir, que la figura de la porción huesosa revela el al-



cance de nuestras facultades intelectuales, á la par que la muscular descubre los sentimientos que generalmente nos agitan. Un célebre frenólogo hablando de las frentes, nos suministra observaciones importantísimas, de cuyo resúmen hemos podido deducir este axioma. Las líneas que una frente describe, son de buen augurio cuando la asociación de las rectas está en armonía con las curvas, y cuando su posición no es muy perpendicular ni muy inclinada. Suponiendo que estas nueve líneas designen la figura de las frentes, las tres primeras ligeramente inclinadas hacia atrás, indicarán imaginación y disposición. La marcada con el número 5 perfectamente perpendicular, nos revela la falta de talento y pertinacia. La del número 6, perpendicular, que forma por la parte de arriba un contorno convexo, anuncia

capacidad, y un pensador profundo. La del número 7 redonda y saliente en la parte superior nos da á conocer juicio y vivacidad, pero también una grande insensibilidad. Las tres últimas pertenecen á espíritus débiles y talentos muy limitados.

2.º Los ojos negros en general, anuncian mas energía que los azules, pero en los castaños ó verdosos resalta mas que en ningunos la viveza y el vigor.

Cuando el ángulo del ojo que termina en la nariz, es largo y agudo, designa talento, y si el párpado abierto traza una línea aproximadamente horizontal, es señal de estremada delicadeza. Cuando la línea circular del párpado levantado describe un arco completo, marca bondad y dulzura.

Las cejas. Las cejas, colocadas en línea recta y horizontal prueban un carácter varonil, ligeramente encorvadas, fuerza y bondad. Las cejas poco pobladas, colocadas muy altas dividiendo la frente en dos partes iguales revelan debilidad y medianía, y en proporción que mas se aproximan á los ojos, tanto mas sério, profundo y sólido es su carácter.

Las narices. Las narices, que del nacimiento ó raíz se encorvan hacia arriba, convienen á caracteres llamados al mando. Las perpendiculares suponen un alma que sabe padecer y sufrir. Si la ternilla es larga, pueden anunciarse grandes facultades intelectuales. El agujero de la nariz pequeño, nos dá á conocer un espíritu tímido. Cuando las alas de la nariz se presentan muy desprendidas y muy movibles denotan delicadeza de sentimientos, pero que puede degenerar en sensualidad.

La boca. Los labios gruesos y regulares no se unen jamás á la hipocresía y ruindad. Una boca cerrada, cuya hendidura longitudinal traza una línea recta, es indicio de orden y sangre fría; un poco levantada en sus extremos, dá á conocer vanidad ó malicia. Si el labio superior sobresale mas que el inferior, la boca espresa bondad, si al contrario mas este que aquel, esta bondad viene á degenerar en dulzura y generosidad. Una boca muy cerrada, anuncia firmeza, y en las ocasiones en que se trata de ponerla á prueba las personas que tienen costumbre de tenerla entreabierta, la cierran siempre.

Los dientes pequeños son atributo de la fuerza.

Las mejillas y la barba. Hablando con propiedad, las mejillas no pueden recibir el nombre de facciones, y tan solo deberemos considerarlas como el fondo de los órganos sensitivos. La parte mas expresiva de las mejillas, es la que se extiende desde el ala de la nariz hasta la barba: sellada por surcos triangulares, presenta señales de envidia, mientras que un poco levantada en dirección de los ojos por la costumbre de sonreírse deja ver un natural amable. En general, las barbas metidas hacia atrás, hacen sospechar una debilidad femenina, aquellas que se dirigen á fuera terminando en punta, nos dan idea de un talento desarrollado, y por fin las que siguen la dirección perpendicular, prueban una firmeza razonada.

Antes de concluir el artículo, presentaremos á nuestros lectores un breve bosquejo de los principales caracteres físicos y morales que distinguen á cada uno de los diferentes temperamentos.

TEMPERAMENTO SANGUÍNEO.**Caracteres físicos.**

Los individuos que participan de este temperamento presentan una fisonomía animada, el color sonrosado, estatura alta, formas dulces aunque bien espesadas, carnes consistentes, grueso mediano, los cabellos de un rubio que tira a castaño, la susceptibilidad nerviosa será bastante viva y seguida de una variación rápida.

Caracteres morales.

Afectados con facilidad por las impresiones que les causan los objetos externos, pasan con velocidad de una idea a otra, su concepción es feliz y pronta, su memoria buena, su imaginación viva y risueña, gustan mucho de los placeres, de los banquetes y del amor. La inconstancia y ligereza son su principal atributo, una estrechada variedad les es tan necesaria como un placer; buenos, generosos y sensibles, vivos, apasionados y finos en el amor, aunque inconstantes, en ellos el hastío se sigue inmediatamente al deleite, meditando el olvido en medio de las delicias mas embriagadoras abandonan a la belleza en el mismo instante en que se los creía mas atados con un lazo duradero. En vano el que ha dotado naturaleza con el temperamento sanguíneo pretenderá renunciar a los placeres sensuales, tener unos gustos fijos y duraderos, y llegar por medio de meditaciones profundas a las verdades mas recónditas; pues dominado por sus disposiciones físicas, volverá continuamente a los placeres que huye y a la inconstancia que es su patrimonio, mas a propósito para las producciones brillantes de la imaginación, que no para las sublimes concepciones del ingenio.

TEMPERAMENTO BILIOSO.**Caracteres físicos.**

Los comprendidos en esta clase presentan las venas subcutáneas muy abultadas, la piel es de un color pardo que tira a amarillo, los cabellos negros, la gordura mediana, las carnes apretadas, los músculos espesados, y las formas poco agradables.

Caracteres morales.

Las pasiones de estos son violentas, los movimientos del alma a menudo atropellados e impetuosos, y el carácter firme e inflexible. Atrevidos para idear un proyecto, constantes e infatigables en su ejecución, se cuentan entre los hombres de este temperamento los que en diversas épocas han gobernado los destinos del mundo; llenos de valor, audacia y actividad, todos se han señalado con grandes crímenes o grandes virtudes, y han sido el espanto o la admiración del mundo. La ambición es en los biliosos la pasión dominante lo mismo que en los sanguíneos el amor.

TEMPERAMENTO MELANCÓLICO.**Caracteres físicos.**

Este temperamento participa de algunos de los caracteres del bilioso, así que a aquellos solo podremos añadir, que los que de él participan se tñen su piel de un color mas oscuro, y el mirar es inquieto y sombrío.

Caracteres morales.

Un disgusto general influye en el color de las ideas de los melancólicos, la imaginación se hace lúgubre, y el carácter receloso. Los hay entre ellos quien se distingue por su timidez, perfidia y desconfianza, buscan la soledad por instinto, manchándola con los actos de la mas bárbara atrocidad y los desórdenes mas escandalosos. La desconfianza y la timidez junto con todos los extravíos de la imaginación, forman el carácter de este temperamento.

TEMPERAMENTO SIMPÁTICO.**Caracteres físicos.**

Los dotados de este temperamento son altos, gruesos, sus carnes son flojas, el semblante pálido, los cabellos crespos o cenicientos, las formas redondas, pero sin expresión.

Caracteres morales.

Los linfáticos tienen una memoria poco segura e inconstante la atención, la mayor parte conoce una resistencia invencible, y una propensión insuperable a la pereza, y una repugnancia a las tareas del ingenio así como a los trabajos corporales; ineptos para los negocios, nunca ejercen mucho imperio sobre sus semejantes, ni han cambiado la faz del mundo con negociaciones ni conquistas. Sus pasiones son estraordinariamente moderadas.

POESIA.**A LA MEMORIA DE DON ENRIQUE GIL.****I.**

Venid recuerdos de dolor henchidos,
Venid y en torno de mi sien volad,
Los que tal vez en plácidos sonidos
Llevó fugaces mi primera edad.

Tranquilos sueños, apacibles horas,
En que gocé de amor y juventud,
Ilusiones en fin desgarradoras,
Acompañad también a mi laud.

Era un torrente de armonía lleno
El que halagó mi blando corazón,
Que prestaba frescor al prado ameno
Y murmuraba con doliente sen.

Flores y aromas en su torno via,
Mustias violetas, pálido jazmín,
Imágen, todas, de la vida mía,
Luz moribunda en medio del festín.

Al verme entre ellas levanté mi frente,
Postrer esfuerzo de apagado amor,
Seguí anhelante el eco del torrente,
Y me uní á su clamor con mi clamor.

Y las flores sus tallos inclinaban,
Y callaban las ráfagas medrosas,
Y absortos mis oídos escuchaban
Vibraciones sin duda misteriosas.

Y una voz á la par triste y sonora
Por las perdidas auras resbalando;
Crepúsculo solemne de una aurora,
Que tormenta y dolor está anunciando.

A su acento mis fuerzas se agotaban,
En mi pecho sus ecos se perdían,
Al torrente mis lágrimas bajaban,
Y en su espuma tal vez se confundían.

¡Mas ay! el ave que gimió en la orilla,
Cuyo era el canto melodioso y puro
De amor y de ternura maravilla,
Huyó al rugir de vendaval impuro.

Y ahora vago afligido, en la cascada
Ni un eco solo que me halague escucho;
La deliciosa selva está callada,
Y abandonado á mis angustias lucho;

El torrente resbala silencioso
Y las flores también se marchitaron;
Solo queda en mi pecho el doloroso
Recuerdo que sus ayes me dejaron.

Pero este vive en la memoria mía,
Como la yedra al corazón asido,
Y el ruiseñor de la floresta umbría,
Nunca en la tierra quedará en olvido.

II.

Pajarillo enamorado

Que solo á llorar naciste:

¿Por qué abandonas el prado

Mustio, solitario y triste,

Desde que tú lo has dejado?

Tal vez entre blancas rosas,

Ruiseñor, yaces dormido,

Tus querellas dolorosas,

En las auras vagarosas

Hayan desaparecido.

Porque tu cantar no siento,

Ni vuelas á la enramada,

Ni trae tus ecos el viento,

Ni responde á tu lamento

Laavecilla enamorada.

Bien comprendo en mi dolor

Que no llorabas en vano.
Tú sentías el rigor,
Del destino que inhumano
Roba la dicha de amor.

Mas aunque así presagiabas
El mal que cerca veías,
Acaso no columbrabas
Que tan dulces melodías
De tu amargura sacabas.

Que el corazón oprimido
Tiene poderoso encanto,
Cuando eleva confundido,
Entre el amor y entre el llanto
A los cielos su gemido.

Tan amargo sentimiento
Como en tu lira esprimiste
Dentro de mi pecho siento,
Que presto me aguarda ¡ay triste!
Semejante apartamiento.

En vano tu rauda vuelo
Quiero seguir por las nubes,
Que mi mal regido anhelo,
Se pierde en la luz del cielo
A donde tranquilo subes.

Si aun pudiera recoger
Un suspiro solamente
De los que vertiste ayer,
Cuando la aurora inclemente
Te miró palidecer.

Se escuchará el canto mío
Delicia de los verjeles,
Y en el inmenso vacío,
Salpicará mis laureles
Una gota de rocío.

Mas yo que sigo tu huella
Sin esperanza ninguna,
Me pierdo infeliz en ella,
Que nunca pálida estrella
Robó su luz a la luna.

No presumas, pues, cantor,
Que prosiga mi carrera,
Que sin tu lira de amor.
Temerario empeño fuera
Emular al ruiseñor.

Solo quiero que escondida,
Yazga la humilde violeta,
De mi jardín desprendida,
Como lágrima perdida
En la tumba de un poeta.

Bilbao junio de 1846.

VALENTIN DE ALDANA.

REVISTA DE LA SEMANA.

Escasa y muy escasa en novedades ha sido para Madrid la presente semana: ni una comedia original, ni una ópera nueva; ni una persona medianamente célebre que le haya dado la gana de morir en nuestra capital, ni un descendiente de ilustre alcurnia, á quien se le haya antojado venir al mundo en ninguno de estos días. Fuera de España, se mueren los pontífices y nacen los príncipes; lo cual para bien del mundo católico, ni sucede así donde quiera, ni es cosa para todos los días; pues en tal caso, en lugar de príncipes, deberían nacer cardenales de Roma. Así se ve que nada hay que no tenga inconvenientes, y que si el mundo se hubiera de arreglar previo el dictamen de los que en él vivimos, sería cosa de tenerle continuamente desarreglado. ¡Si aun cuidando de él toda una Providencia, pasa lo que Dios sabe! ¿qué sería si lo dejase por nuestra cuenta y riesgo?

Pero volvamos á decir que en Madrid no ha sucedido cosa de provecho, pues aunque con repetirlo no adelantemos mucho, á lo menos no se dirá que faltamos á la verdad, de una de las maneras que hay de faltar á ella, que es no diciéndola íntegra y completa.

Ha habido, forzoso es confesarlo, algunas representaciones de comedias traducidas del francés; pero nadie se empeñará en sostener que esas sean cosas de provecho: hay quien les niega hasta el título de comedias, y ni aun como sainetes se dignaría admitirlas. Nosotros, y sea dicho de paso, si tuviésemos á nuestro cargo el arreglo de las cosas humanas, no permitiríamos que hubiese comedias ni sainetes traducidos, mientras pudiesen componerse originales. Pero, se nos dirá que la dificultad no está en que puedan componerlas nuestros ingenios, sino en que las empresas de teatros quierian representárselas. Pues ahí, replicaremos siguiendo la misma hipótesis, nosotros haríamos que las empresas de teatros hiciesen lo contrario de lo que hacen en el día, que es precisamente lo único que les falta para ser buenas. Ya ven nuestros lectores que no somos muy exigentes, ni nos comprometemos demasiado: en el caso supuesto, el mundo podría estar mal gobernado, eso sería lo mas natural; pero las empresas de teatros habian de estar como un reloj de French, marcarian la hora del buen gusto, sin discrepar un segundo.

Hoy por hoy, sucede todo lo contrario; y las empresas de la Cruz, del Principe y del Museo, nos dan á falta de comedias originales, traducciones de *Un matrimonio bien avenido*, *Uno de tantos bribones*, *Dos contra uno*, *Los dos sargentos franceses*, y *Reinar contra su gusto*.

Un matrimonio bien avenido no es lo que á primera vista aparece por el título: el matrimonio de la comedia es como la mayor parte de los de carne y hueso. El autor, como francés, y por lo mismo, hombre que lo entiende, claro es que no habia de ir á presentarnos como modelo cómico la escepcion, sino la regla general. El milagro de los buenos matrimonios en Francia, no se dá ni aun en las comedias. Estas podrán no ser muy morales, pero en punto á verdad y exactitud, tienen toda la de los retratos hechos al daguerrotipo. El escritor francés ha estado por consiguiente en su lugar, y si en algo ha faltado con respecto á las costumbres de su país, no somos nosotros por fortuna los encargados de juzgarle; harto tendríamos que hacer con el traductor, si la comedia no estuviese tan bien traducida. Pues ya que nuestro destino ordena la necesidad de las traducciones, menos malo es encontrarse en la escena comedias como *Un matrimonio bien avenido*, aunque de su moral no resulte una lección demasiado provechosa; siquiera, no padecerá el idioma, ya que el corazón no gane gran cosa.

Uno de tantos bribones es una de tantas necesidades como se traducen diariamente, y que ni en francés ni en ningún idioma del mundo debieran componerse. Los primeros cuadros carecen enteramente de interés, los

últimos tienen alguno. El público los toleró con bastante resignación, y hasta hubo momentos en que se decidió á aplaudir. Esto cuando mas, probará que al público suele acontecerle muchas veces, lo que á Homero solo le sucedia algunas. Si nosotros tuviéramos que reformar el mundo, empezariamos por suprimir una parte del público de los teatros; aunque á decir verdad, y porque sobre nuestras cabezas no recaiga la nota de injustos, preciso es confesar que no sabemos si los aplausos del que concurrió á la Cruz á ver la representación de *Uno de tantos bribones* se dirigian á los actores, que todos trabajaron con inteligencia y buen gusto, ó á los pensamientos del autor del drama, en que con tan poca habilidad se ha querido copiar el *Tartufe* ó *Hipócrita* del inmortal Moliere.

Dos contra uno, es una piececita ingeniosa y ligera, si bien tan poco aplicable á nuestra escena como las anteriores.

Los dos sargentos franceses, novedad de hace diez ó doce años, tiene todos los defectos de aquellos melodramas sentimentales que se representa en los teatros de tercer orden de París, sin ningún interés. Y *Reinar contra su gusto*, es mas bien que comedia un sainete, malamente vertido al castellano y tomado de una ópera francesa. Con decir, que en él hay un molinero á quien hace rey su cocinera, fácil es formar una idea aproximada de su mérito.

A esto, y al concierto que dieron los dos hermanos *Cano*, en el salon de Postas-Peninsulares, estan reducidas las novedades dramáticas y líricas de la semana. El señor Cano (D. Antonio) ejecuta admirablemente en la guitarra las mas dificultosas composiciones y nos recuerda sin que lo echemos de menos, el mérito y habilidad de los famosos Huerta y Aguado, á quienes tal vez supera en ejecución.

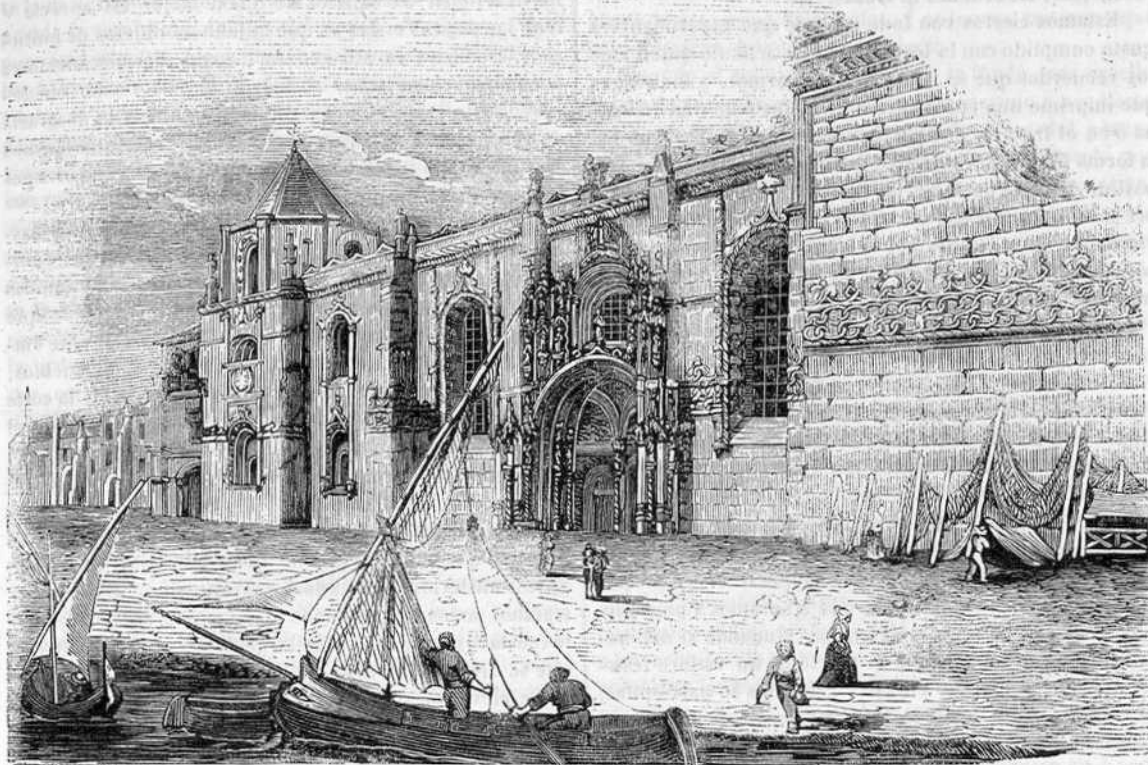
Entre tanto la prensa de la capital sigue mejorándose de día en día y los principales periódicos rivalizan en hacer ameno é interesante el folleto, que tanto furor ha hecho en Francia y que tantos apasionados y apasionadas vá adquiriendo en nuestro país. El *Español* y el *Heraldo* han enriquecido su buen surtido de novelas, con la interesantísima y prodigiosa que con el título de *Memorias de un Médico* ha compuesto el famoso Alejandro Dumas, y que el primero de ambos periódicos ha empezado ya á publicar. Sumamente celoso y diligente en esta parte el editor de la *Semana Pintoresca* que con tanta aceptación vé la luz pública en esta corte, ha encomendado la traducción de tan preciosa novela á uno de nuestros mas distinguidos ingenios y principiará á publicarla inmediatamente por entregas extraordinarias que se agregarán á dicha *Semana Pintoresca*.

Para que se vea que nada ponemos de nuestro bolsillo al hacer estos elogios de la nueva novela de Dumas, hé aquí lo que de ella dice el *Español*:

«Comenzamos á dar hoy las *Memorias de un Médico*, de ALEJANDRO DUMAS. El autor del Conde de Monte-Cristo y de la Dama de Monsoreau, ha querido luchar en competencia con EUGENIO SUE, que debe publicar muy pronto las *Memorias de un Espósito*, y hemos querido que los lectores de El Español asistan á esta lucha de los dos gigantes de la novela. Segun los periódicos de París, las *Memorias de un Médico* abrazan la historia del presente siglo; y serán la obra de mayor importancia, la mas interesante y acabada de cuantas han salido de la fecunda pluma de ALEJANDRO DUMAS. Nosotros, á juzgar por los primeros capitulos que de ella hemos leído, podemos asegurar á nuestros lectores que semejantes elogios no nos parecen exagerados, y que el interés principia desde la primera página, continuando siempre vivo y crecientemente.»

Los demas periódicos se han espesado en iguales términos.

VIAJES.



(Vista del monasterio de Belem, en Lisboa.)

IMPRESIONES DE VIAJE A LISBOA Y SUS CONTORNOS. (1)

ARTICULO IV.

Monumentos religiosos en Lisboa



sirven al culto en Lisboa, como pudiera hacerlo un inves-

SEGURAMENTE que el lector (si tuvo como es de suponer en este caso la paciencia necesaria para llegar hasta aquí, siquiera soñoliento y cabizbajo, merced á nuestra larga y mal delineada narracion), no esperará que le describamos metódica, razonada y artísticamente uno por uno los edificios que

tigador perito en la materia, contando con espacio suficiente para tan vasta y encumbrada empresa, harto superior en verdad á los débiles hombros nuestros, que trabajosamente soportan el peso de una pluma, mojada en la tinta de aqueste siglo fugaz, salpicando impresiones acá y allá, á guisa de brocha de jaspeador, y escribiendo breves notas de viaje para uso de peregrinos de blusa y casquete, de imberbes mozos de espuela, y de mareantes de proa y de cubierta.

Ni podia ser tampoco de otro modo, aun cuando la andante aristocracia del dinero, que es hoy la mas valida, se dignara bajar su vista hasta nosotros, oscuros y modestos escritores: porque las dimensiones de la obra que emprendimos, el objeto á que principalmente se dedica y la notoria incompetencia del autor en las doradas regiones del arte monumental vedado á los profanos, con-

(1) Véanse los números 37, 40, 43, 46 y 47 del *Semanario* de 1845.

sentian escasa holgura á tal proyecto, si lo hubiésemos abrigado alguna vez; creyendo preferible y mas del caso, que introduzcamos al público curioso bajo las augustas bóvedas de este ó de aquel templo, segun á nosotros plazca, sin tener en memoria para nada las fechas, las categorías, las órdenes ni trazas.

Estamos ciertos con todo eso, de que experimentará gusto cumplido con la lectura de este artículo quien ame los recuerdos que se consignan en mármol, y los rasgos que imprime una época entera en el fuste de una columna ó en el friso de una portada, pues cualquiera que sea la forma de nuestra pedestre referencia, tenemos por imposible dejar de herir ciertas fibras del alma al solo nombre de una mole vasta y sagrada que asienta en la corte vecina, y cuya pintura por somera que la tracemos, deberá llenar diversas páginas y ocupar quizá todo el capítulo.

Si despues de examinado este por algun *aristarco* severo, no encontrase una razon de los monumentos religiosos de Lisboa, tan cabal y perfecta como su antojo le dicte, cúlpese á sí propio y no mas, pues nosotros cumplimos con dar de este ramo, así como de los otros, una idea general: y de las causas que á ello nos muevan no está bien pedirnos cuenta, habiéndolas repetido hasta la saciedad, á riesgo de ser importunos.

Para continuar aplicando aquel invariable pensamiento que preside al opúsculo actual, empezaremos aquí por confesar con lisura castellana, que ignoramos á punto fijo cuantas son las iglesias de Lisboa, dudando si debere mos inclinar el ánimo hácia el aserto de un viajero francés que fija su número en 214, y de ellas 40 parroquias, 99 capillas, y 75 templos de conventos; ó habremos de apreciar en mas la afirmacion de otro alemán, que las hace subir bajo una suma á 240; 26 mas que el anterior. Sea de esto lo que quiera, pues no las fuimos contando, ni aun vimos muchas de ellas; por las que recorrimos nos atrevemos á confirmar la especie vertida por un autor reciente, que halla pocas dignas de especial mencion, y observa que los reyes lusitanos no han dispensado á las del interior de su metrópoli toda la proteccion que pudieron durante sus gobiernos, prefiriendo gastar sumas inmensas en los grandes monasterios de *Mafra*, *Alcobaca*, *Belem* y *Batalha*, que son por cierto á nuestro modo de ver una recordacion viva y perenne de las antiguas glorias portuguesas, y han merecido por lo tanto con sobrada causa esta muestra señalada de justa prelacion sobre los templos de Lisboa, la mayor parte de los cuales nada significa por lo que mira á su origen, sino el laudable anhelo de aquellos poderosos monarcas y de los grandes y dignatarios civiles y eclesiásticos de la corte, porque no careciesen de espiritual consuelo y pasto divino las diferentes clases de poblacion tan vasta y numerosa.

Un español descubre fácilmente grande analogía entre las iglesias de Portugal y las nuestras, ya se atiende á la forma de los retablos, ya al ornato de las paredes, á la estructura de los utensilios, y hasta á los mas insignificantes pormenores: mas no por eso deja de chocar bien pronto la absoluta carencia de buenos cuadros y estatuas nacionales ó extranjeras, cuando en las diferentes

provincias de la Península Ibérica abundan tanto los unos y las otras, aun despues de la *gloriosa* revolucion que atravesamos, siempre propicia durante sus repetidos *desahogos* á la estraccion crecida y vergonzosa de las producciones artísticas de todo género, que pasan por centenares á llenar los Museos de quien mejor las aprecia y mas las paga. Verdad es que la falta de objetos de pintura y escultura es allí general, como diremos adelante; porque sobrè no haber abundado el país vecino en genios de esta especie, le ha cobijado tambien la desgracia de ver perecer, á consecuencia del terremoto de Lisboa en 1755, y del incendio del antiguo Palacio, cuanto poseian en varios puntos guardado con esmero.

De aquí resulta para el admirador extraño un hastío inevitable al penetrar bajo los pórticos de los edificios religiosos; porque á fuerza de recorrer sus amplias naves en vano y de mirar á todas partes sin lograr que repose el espíritu en una obra maestra de esas que embelesan los ojos y la mente del viajero en otros pueblos, llegan á mortificarnos de veras los templos de la corte lusitana, y casi apartamos el rostro de las gradas del presbiterio, cual pugnaba Cano al morir porque alejasen de su lecho el crucifijo torpemente esculpido, prefiriendo una cruz sencilla y sola.

De alabar es, no obstante, el buen orden y la composura con que acude el pueblo á la celebracion de los augustos misterios, situándose á respetable distancia entrambos sexos, y ocupando el femenino por lo regular los costados del templo á lo largo de las capillas y altares, que se dividen del resto de la iglesia por una balaustrada de elevacion suficiente á marcar los límites del terreno respectivo, conforme á la loable costumbre de aquella nacion sesuda y grave.

En las grandes solemnidades cubren el crucero y los pilares de sus edificios sagrados con profusa muchedumbre de cortinajes, colgaduras, lazos, cintas y galones de vivos y opuestos colores, que ofuscan la vista del extranjero y prestan á las altas bóvedas y graves columnatas una apariencia fantástica, que desdice mucho de la lóbreguez misteriosa de las basílicas españolas, realizada cuando mas en las fiestas mayores con sendas piezas de terciopelo carmesí que visten sus muros, alternando severos estos ornatos con la plata y el oro. Empero (sea dicho en elogio de la ciudad de Lisboa) fuerza es confesar que no carecen de gusto, novedad y belleza sus *alcáfitas*, como allí las llaman, y que prueban siempre la pompa y atavío que está pronta á desplegar la nacion portuguesa en cuanto redunde en gloria de la majestad de Dios, á la que tributan humilde homenaje.

Entre las iglesias que recomendará al curioso un apasionado de Lisboa, si tiene la fortuna de hallarlo dispuesto á dedicar en su obsequio el tiempo que pase en tan agradable escursión, estamos seguros de que le citará desde luego como dignas de visitarse la *Sé* ó *Catedral*, la *Concepcion vieja*, la *Capilla de San Juan en San Roque*, el *Corazon de Jesus*, *San Vicente de Fora*, las ruinas del *Cármén*, los *Mártires*, y quizá tambien *Graca*, *Loios*, los *Paulistas*, *San Bento* y la iglesia del convento de las *Necesidades*, sin que se escape á su

memoria, por flaca que sea, colocar al fin de esta lista con grandes encomios el real monasterio de *Belem* á orillas del Tajo, con sus edificios contiguos, anexidades y pertenencias.

Nosotros opinamos que es acertada en su mayor parte la designacion anterior, y si bien parece oportuno suprimir la reseña de algunos de aquellos templos, ó por poco importantes, ó por otra causa, conduciremos al lector á los mas notables, y abrirá la marcha con justísimos títulos el último de los referidos, que es el real monasterio de *Belem*, la primera y mas bella página religiosa y profana de la historia monumental portuguesa con relacion á su noble metrópoli.

Siguiendo la margen derecha del rio, casi una legua mas abajo de la antigua ciudad de Lisboa (sin embargo de abrigarse actualmente en sus muros) fundó el infante D. Enrique de Portugal una ermita bajo la advocacion de Nuestra Señora de *Belem* ó *Bethelém* y la donó á la orden de Cristo, de la cual era maestro y administrador, con la obligacion precisa de asistir con prontos socorros espirituales á los muchos navegantes nacionales y extranjeros, que en aquel punto anclaban, por ser muy seguro y acomodado para los buques que pasaban la barra con ánimo de permanecer, y para aquellos que se preparaban á largos viajes despues de algunos dias de reposo en tan buen fondeadero. Mas adelante se transfirió su dominio á la corona, y entonces fué cuando en el gobierno del ilustre rey D. Manuel, de loa y remembranza eternas, pasó ante el altar que hoy está á la derecha, entrando por el pórtico á los pies de la iglesia, toda la noche del 7 al 8 de julio de 1497, velando y orando acompañado de sus capitanes *Vasco de Gama* (el héroe invicto del gran Camoéns) que oyendo misa y saliendo procesionalmente en union de varios sacerdotes de la ciudad y de algunos freires del convento de *Tomar*, residentes allí á la sazón, se embarcó al punto para su inmortal descubrimiento de las Indias, segun nos canta con admirable armonia en robustos y sonoros versos el sin par poeta lusitano.

Bien fuese por este solo recuerdo, bien por unir á tal memoria el deseo de que fueran mas amplios y efectivos los servicios y la hospitalaria asistencia que recibiesen allí los marinos de todas las naciones, y los moradores de aquel suburbio, resolvió D. Manuel fundar un monasterio en el mismo lugar, y dando en cambio á la orden de Cristo otra finca (de que nos ocuparemos despues por ser un templo notable) tuvo por bien donar el primero á la orden de San Jerónimo á 22 de diciembre de 1498, otorgándola los derechos todos que disfrutaban los caballeros de Cristo, é imponiendo á los monjes la obligacion de celebrar diariamente una misa por el alma de D. Enrique, fundador primitivo de aquella casa, con la cláusula expresa de que el sacerdote al ir al *Lavabo*, se volviese al pueblo y encargase en voz alta que rogara á Dios por el sobredicho infante, y por el rey donador. Y siendo aceptadas estas cargas, tomaron los frailes posesion de la capilla y comenzó la obra del monasterio á 21 de abril del 1500.

Nos hemos detenido en pormenores tan minuciosos,

y será preciso que lo hagamos tambien en la descripcion de la obra y en su estado actual, porque sin duda ni vacilacion alguna puede asegurarse, que nada hay en Lisboa que se parezca á esta fabrica, ni nada que encierre tan copiosa abundancia de ideas históricas, monumentales y artísticas, segun hubimos de manifestar en el ingreso de este propio artículo, y es fuerza reiterar aquí para descargo de nuestra conciencia.

Cuando el monasterio de *Belem* se fundó, era aquella época de anarquía artística, que comenzando á ver harto severas y graves las líneas perpendiculares del género mas ó menos propiamente llamado *gótico* introducido por los bárbaros con el cristianismo en su terrible invasion, aspiraba entonces á dulcificar los miembros sencillos de la arquitectura ojival, aplicando á ellos reminiscencias moriscas de las recién conquistadas mezquitas, y acercándose por entre los follajes grutescos y mascaronicillos á tocar de nuevo las bases de las columnas romanas, puesto que la aurora nascente de Italia, la invencion de la imprenta y otras muchas causas, que no son por cierto de este lugar, ni tampoco de nuestra incumbencia, iban reconciliando poco á poco á los profesores de las nobles artes con las antiguas ruinas de la ciudad de los césares.

Es bien sabido que tal época de transicion recibió con aplauso materiales de todos los campos; y de entre tan varia y confusa mezcla surgió este estilo que llaman unos *morisco-bizantino*, otros *gótico normando*; y no faltan portugueses, que observando á D. Manuel el Grande y á los arquitectos de su tiempo ocuparse de una manera constante en la edificacion de muchos insignes monumentos de este género, se atreven apellidarle *Manuelino*, citando á *Belem* por ejemplo, á *Santa Cruz* en Coimbra, la *Concepcion vieja* en Lisboa, *San Francisco* en Evora, la *Peña* en Cintra, y otras construcciones en *Batalha*, *Tavira*, *Serpa*, etc.: bastantes, á la verdad, para dar algun fundamento á aquel dictado.

El real monasterio de *Belem* debe, pues, considerarse como una repetida y correcta aplicacion de los principios en que se funda el orden arquitectónico enunciado arriba; si es que *orden* puede llamarse á tal estilo, cuya perfeccion y belleza absoluta no proclamaremos ciertamente, pero cuyos preciosos detalles acomodados á las diversas piezas de aquella fabrica suntuosa nos estasian y embecben por extremo.

No hay una noticia positiva que pueda iluminarnos sobre el primer arquitecto de esta casa; y los mas verídicos cronistas de ella se contentan con señalar al célebre *Juan del Castillo*, como encargado de la bóveda del crucero de la iglesia, despues de la muerte del rey fundador.

Cuéntanse á este propósito varias anécdotas que encarecen el mérito de esta obra atrevida, y hay quien dice del mismo Juan del Castillo, sectario decidido del *renacimiento*, que así que hubo alzado los pilares hasta las impostas de los arcos, desapareció sin cerrar la bóveda presentándose disfrazado al cabo de algunos años, y ofreciéndose á continuar como lo hizo; descubriendo en seguida su verdadero nombre, oculto hasta aquel punto

para ver si hallaba competidores que á tocar su traza se atreviesen, y por dejar tambien su reputacion en buen lugar, si la rotonda no quedaba completamente firme. Castillo trabajó en *Alcobaca* en tiempo del rey D. Manuel, antes de venir á *Belem*, y puede decirse que fué el grande arquitecto ambulante de Portugal, porque su nombre se encuentra unido á todos los edificios mejores de aquella edad; como son los ya citados, y el mismo que nos ocupa, que basta sin recurrir á los demas, para acreditar su pericia y enaltecer su osadía.

Dos partes principales hay que estudiar en *Belem* como en cualquiera edificio, si lo juzgamos en globo: la interior y la exterior. Esta última se goza mejor por el frente meridional, que comprende toda la estension de la capilla mayor, crucero, cuerpo de iglesia, pórtico moderno y alguna parte del convento. La interior abraza las naves de la iglesia, capillas, coro y sacristía, con las demas habitaciones del monasterio; y el admirable patio y claustro contiguo al templo, que es, á no dudarlo, la pieza de mas efecto para el curioso viandante.

El material de que se formó el edificio es la piedra calcárea blanca, tan abundante en las cercanías de Lisboa, y que tan bellas propiedades posee; entre otras la de trabajarse fácilmente, endurecerse al contacto del aire, y presentar con el transcurso del tiempo ese color amarillento, esa *frente tostada*, como la llama *Soussa*, al decir de otro portugués amante de las glorias de su patria. La iglesia con el crucero y el monasterio en gran parte, exceptuando la capilla mayor y el pórtico que está á los pies de aquella, reconocen una misma época y son de los primeros tiempos. A los lados de la puerta inferior del templo, se proyectaron y comenzaron á elevar dos torres, cuyos cimientos existen, pero cuya alzada no pasa de la general del edificio en una de ellas, y se continúa en la otra, que está á la parte del Sud, únicamente hasta los artesones que debían cerrar la bóveda del campanario, que sirve de base á la cúpula.

El lienzo general de este lado por toda la longitud de la iglesia presenta muy nobles proporciones, y una grandeza imponente en las formas. La pared se interrumpe á trechos por amplísimas ventanas, cuyos ornatos y delicadas labores, molduras, guirnalda y festones, dan mucho que admirar al extranjero. La fábrica se apoya en gruesos botareles que rematan sobre el techo en airoas torrecillas, no acabadas en su mayor parte, coronadas algunas con la esfera armilar, en oportuna consonancia con una balastrada de piedra que corre encima del tejado y le encubre enteramente; guardando tambien armonía con una ancha franja de ensortijados arabescos que ciñe el muro del crucero y el de la iglesia á media altura. Sin disputa hallamos lo mejor de todo el frente exterior del monasterio que vamos describiendo, la bellísima portada lateral del templo, que está entre dos enormes estribos un poco mas abajo del crucero.

Dentro del espacio que comprende un grande arco de vuelta entera, muy bien cincelado y con esculturas de medio relieve en todo él, se abren dos arcos de curva muy chata, cuyo centro es un pilar acompañado de columna; y en su capitel asienta la estatua del infante Don

Enrique, armado de todas armas, al que cercan en sus nichos de ambos lados las efigies de los doce apóstoles con sus repisas y doseletes; por cima de todo, y de la guarnicion exterior del arco se venera una figura de Nuestra Señora con el título de *los Reyes*, exornada mas en grande con el propio aparato; terminando el cuerpo referido con una ventana central á la que rodean igualmente doce estatuas de santos menores que los de abajo; y por cimera al nivel de la balastrada del tejado, corona la portada el arcángel San Miguel.

Es tal la armonía del conjunto y tal la gentileza de cada una de las partes componentes de esta magnífica fachada, que desde el mismo carruaje en que fuimos á visitar aquel nombrado monasterio, hubo de llamarnos estrordinariamente la atencion, y nuestro placer subió de punto, cuando apeados á corta distancia, contemplamos la detenida y prolija ejecucion de las diversas labores que contiene, cual si fuesen en cera modeladas.

¡Lástima grande que tan bizarros cuerpos de arquitectura se vean oscurecidos en cierto modo por la disonancia que produce el aspecto del pórtico interior de la iglesia, colocado á los pies de la misma, y ofreciendo un contraste marcado con todas las otras reparticiones de la fachada del Mediodía! Manos muy torpes asentaron por desgracia en 1699 los cimientos de aquel pesado armatoste, que encubriendo la portada principal del templo y todo el lienzo frontero al altar mayor, con un vestíbulo abajo, y con un ridiculo pasadizo del convento al coro en el cuerpo de encima, estorbaron que los admiradores del Real Monasterio gozasen á su sabor de la que debió ser mejor y mas digna pieza de toda la obra.

Mas, entremos al fin por este vestíbulo, y dejando á un lado el altar referido y el oratorio del Señor *Jesús de los Navegantes*, descubriremos al frente la porteria del convento, y á la derecha la puerta principal de la iglesia, que dá en rostro desde luego al observador entendido.

Compónese de un solo arco abatido, con talones en toda su circunferencia, y en las enjutas muy exornadas con guarniciones, hay practicados ocho nichos, cuatro á cada lado, con angelitos. Arriba sustentan dos querubines las armas de Portugal, y sobre ellas está una escultura con el *Nacimiento de Cristo*, teniendo á entrambos lados un poco mas bajo la *Anunciaci3n* y *Adoraci3n de los Reyes*. A derecha é izquierda de la misma puerta, cubiertos por doseletes, asientan sobre capiteles de fustes enroscados, en medio de dos nichos de santos, los bultos del rey *D. Manuel* y de su muger *Doña Maria*, viva cuando la puerta se hizo. Ambos estan de rodillas al natural, y se juzga que son los retratos mas parecidos de aquellos Príncipes; el uno de los cuales tiene á sus pies la esfera armilar, y la otra el escudo partido de Portugal y Castilla. Síguense á la parte de afuera dos botareles en cada costado, y en ellos otras muchas repisas, nichos, estatuas y figurillas. Algunas de estas, lo mismo que varios de los adornos yacen mutilados desde el tiempo en que se labró el malhadado vestíbulo.

Al penetrar en la iglesia no se goza de la sorprenden-

te impresion que despues produce, porque el techo del coro encubre sus bastas y elevadas bóvedas; si bien la de aquel tiene mucho mérito y puede al momento recrearse el viajero en las difíciles curvas de sus arcos, y en los artesones, floreteados en los puntos de interseccion con la esfera del fundador y la Cruz de la *orden de Cristo*. A derecha é izquierda por bajo del mismo coro, hay cuatro capillas; y de ellas solo puede citarse la de *San Leonardo* que está á la diestra, por contener la imágen del santo, regalada al rey D. Manuel por el papa, y varias esfigies y reliquias que fueron de la capilla del desgraciado *D. Sebastian*, el cual por su testamento hecho en Lisboa á 13 de junio de 1578, mandó se conservasen en el *Monasterio de Belem*, antes de partir para Africa. Mas allá, junto á una de las paredes de la capilla de *San Leonardo*, se muestra un sarcófago vacío y no acabado que el rey *D. Pedro II* mandó hacer para encerrar el cuerpo de su infeliz hermano *D. Alfonso VI*. Parte de la bóveda del coro es moderna, porque en el terremoto de 1753 se quebrantó la fábrica antigua por este punto.

Apenas sale el curioso de los límites que ocupa el techo del mismo, recibe suma expansion y contentamiento á la vista de la iglesia toda que se desarrolla á sus ojos y aparece dividida en tres naves, cuyo largo fijan algunos en 198 pies por 54 de ancho las tres unidas; y su techumbre, que es una bóveda abatida, se sostiene por solos seis pilares polistilos, de base circular, cuatro mas delgados en el cuerpo del templo, y dos mas fuertes que separan el crucero. Nada hay mas nuevo y original que estos pilares, cubiertos de ocho columnillas de medio relieve que surcan toda su longitud, interceptada en tres puntos por otros tantos cordones de piedra que las dividen en cuatro cuerpos, y en los intervalos de las columnas se descubren profusamente labrados con extraordinaria diligencia figuras humanas, génius, monstruos, pájaros, florones, peces y grutescos de tan fantástica y caprichosa estructura, que hubieron de llamar vivamente la atencion del *Baron Taylor* en 1836, cuando recorria la Europa en busca de preciosidades artísticas por orden del gobierno francés, y mandó vaciar en yeso los dichos pilares mas gruesos hasta la altura de cincuenta palmas y hasta la de treinta y ocho los otros pequeños.

JUAN ANTONIO DE LA CORTE.

HISTORIA NATURAL.

Los Coprólitos.

Nada hay en la historia natural, mas digno de nuestra curiosidad, que aquello que nos presta una luz sobre los antiguos animales, á quienes tan solo conocemos por sus débiles restos, y nos les presenta vivos y discurrendo por la tierra, del mismo modo que á los actuales. Un estudio asiduo sobre los detalles abandonados ó no comprendidos hasta ahora, viene cada dia á enriquecer con algun nuevo monumento, los tesoros de la erudicion

geológica; y nada hay por vulgar y trivial que en estos tiempos aparezca, que cuando se trata de esas épocas pasadas no remonte su interés al mayor grado de elevacion, si echamos de ver el gran valor de las cuestiones, que hacen retroceder la imaginacion á la contemplacion de los primitivos periodos de la tierra. Hemos tenido en diferentes ocasiones lugar de reconocer por las huellas que nos han dejado impresas sobre la tierra, la indudable existencia de estos animales. á quienes jamás alcanzó el ojo del hombre, y que estinguida tantos siglos há, no puede el geólogo satisfacerse con la certeza de su existencia, dejando en la mayor oscuridad su estructura, figura etc. Hoy, pues, indicaremos, utilizando indicios acaso vagos antes de parar en ellos la reflexion, el modo con que se ha conseguido abrir camino á una ciencia del todo desatendida; es decir, hoy daremos unas ligeras noticias sobre sus esqueletos encontrados en tan gran número en ciertos puntos y el modo con que estos se nutrian en las antiguas mares.

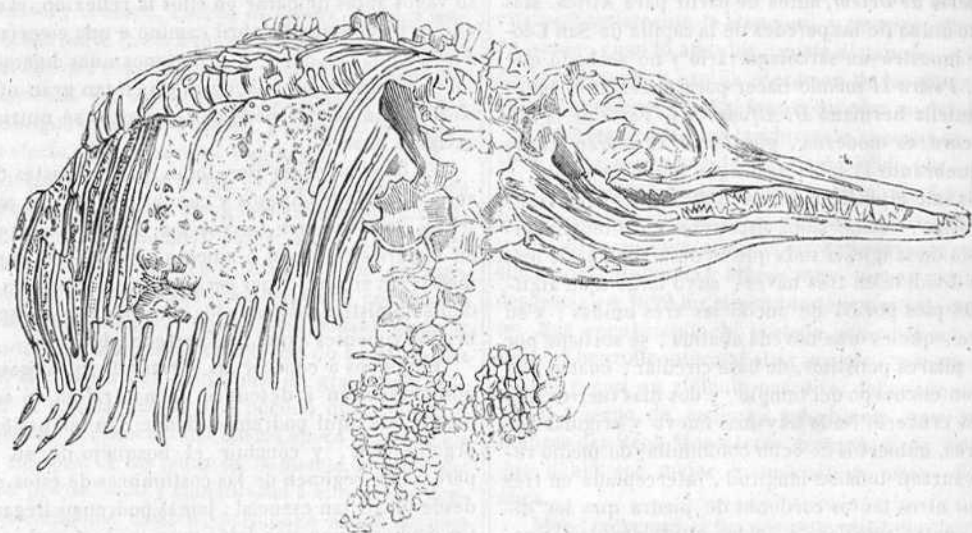
Es bien conocido por todos que las partes duras del animal, como los huesos y conchas, siendo las mas resistentes, son tambien tal vez las únicas, que convertidas en materias calcáreas ó silíceas, consiguen conservarse mejor; sin embargo, por características que sean, no pueden suministrarnos todos los conocimientos deseados sobre los vivientes á que han pertenecido.

Dándonos á conocer las formas de sus órganos, estas nos conducirán á descubrir la naturaleza de sus acciones, y de aquí podremos deducir la naturaleza de su organizacion, y concluir el bosquejo de su historia: pero á este régimen de las costumbres de estos animales, desde luego tan esencial, jamás podremos llegar por estos medios, sino por datos muy inexactos. Los coprólitos por el contrario, nos presentan para alcanzar la verdad un camino mas recto. Por estos materiales, bien que los intestinos de los antiguos seres se hayan descompuesto y desorganizado despues de su muerte, descubrimos cual era la constitucion de sus órganos fundamentales, qué analogías presentaban con los de las especies que actualmente viven, cuáles eran sus dimensiones, sus contornos y aun los vasos impresos sobre la superficie de sus membranas: por ellos, ya que las mandíbulas esparcidas bajo las profundidades del globo no sean capaces por sí mismas de escitar alguna simpatía hácia sus antiguos despojos, nosotros descubrimos cuáles eran estos, vamos á estudiarlos en sus esqueletos fósiles, sepultados al lado de los coprólitos, los colocamos en cierto modo entre esos dientes poderosos que en otro tiempo han devorado con tanto encarnizamiento y ferocidad, por ellos, en una palabra, nuestra imaginacion descubre al través de la inmensidad de los siglos, á los seres de aquel tiempo, dividiéndose en grupos, persiguiéndose en las aguas, y animarse toda clase de escenas del teatro de la edad primera. El célebre Buchklau uno de los geólogos mas ilustres de Inglaterra, fué el primero que llamó la atencion sobre estos seres originales, desde cuyo tiempo no han dejado de ofrecer al observador científico un campo lleno de interés. En general presentan el aspecto de ratones oblongos, cuya longitud es de dos á

cuatro pulgadas ordinariamente, por una ó dos de diámetro. Su color es gris ceniciento, á veces mezclado con manchas negras y aun alguna vez del todo negro. La sustancia de estos ofrece un tegido terroso, compacto, semejante á la arcilla endurecida, y su fractura se muestra bruñida y brillante, son muy susceptibles de pulimento, y como su exterior se halla comunmente cubierto por una lámina arrollada en espiral, se puede sacar de ellos partido como adorno. En Inglaterra, principal-

mente donde estos son conocidos hace mucho tiempo á causa de lo abundantes que son, es donde mas uso hacen de ellos y donde los joyeros, principalmente en Edimburgo habian pensado hacer de ellos mesas, pupitres y pequeñas joyas á que daban el nombre de escarabajos, persuadiéndose por su forma espiral, que procedian de algun animal de esta especie. Este contorno es el que podrá conducirnos á descubrir el origen de los coprólitos.

Figura núm. 1. Con efecto, al examinar la construc-



cion de los intestinos del tiburón, se deja ver que la naturaleza á fin de economizar el lugar que este órgano ocupa en el interior de estos animales, quienes en razon de su voracidad deben tenerlo muy desarrollado, le dió la forma espiral. Esta observacion interesante habia sido ya hecha por Locke segun lo demostró por medio de diferentes piezas de la coleccion anatómica de Leyde. Poley ha tratado tambien esta materia con el mejor acierto. «En este animal, dice hablando de una especie de tiburón, el intestino es recto de un extremo al otro, pero este intestino recto y por consecuencia corto, no es en realidad mas que un conducto arrollado en forma de tirabuzón, y tan solo despues de muchas circunvoluciones en la larga carrera que atraviesa la sustancia alimenticia, consigue llegar al punto de salida. En fin, el intestino, siguiendo la lámina en espiral que lo corta en su interior, presenta una estructura análoga al tornillo de Arquímedes. Esto se advierte perfectamente vaciando el intestino de uno de estos pescados en yeso ú otra sustancia aparente, y el molde obtenido por este medio, ademas de su rollo espiral, presenta las impresiones de los pequeños vasos que tejen el órgano. Este rodete arrollado que atraviesa poco á poco en el intestino grande,

y de donde sale fuera á poco, dá vida por medio de sus fragmentos sucesivos á los coprólitos.

Su forma, dice, Buchklau es muy semejante á la que produce una cinta de cierta estension al introducirla en un tubo por una abertura lateral: esta cinta impelida hacia el interior del tubo formaria cilindros enroscados unos sobre otros, y despues de cierto número de vueltas si todavia se le obligara á seguir la misma direccion, los cilindros en cuestion, al salir por la estremidad opuesta de tubo presentarian una disposicion enteramente semejante á la de los coprólitos. Unicamente de este modo se puede concebir como una lámina de sustancia coprolítica haya podido enrollarse sobre sí misma en una serie espiral de cilindros sucesivos, en el instante de su paso del intestino delgado á la parte del gran intestino, que le está próxima. Los coprólitos, así formados, se sumergieron en el fondo de la mar amasados entre el cieno, y cuando este vino á solidificarse para formar esquita ó piedra, sufrieron una petrificacion tan completa, que por su duracion y bello pulimento pueden rivalizar con los mejores mármoles.

La figura espiral del intestino de los animales que nos ocupan en este artículo, se deduce no solo del estudio

que se ha hecho de los coprólitos, sino de los diferentes vestigios que nos autorizan para descubrir la forma de los vasos mas ténues y delgados, plegados en la membrana mucosa que tapiza la superficie interna del intestino. Estos restos se componen de una série de impresiones y arrugas que surcan la superficie de los coprólitos, y que han debido imprimirse, durante su paso, al través de las circunvoluciones del canal plano del intestino. Esto se deja observar perfectamente en la figura núm. 2. En fin, en



cuanto á las nociones que nos suministran los coprólitos sobre la organizacion de estos animales, se dejan deducir por el lugar que las sugiere. Basta examinar con un poco de atencion estos cuerpos para descubrir en ellos los restos no digeridos que son suficientes al naturalista práctico. Este mismo método emplean hoy todavía sobre las especies vivientes cuando examinan las materias contenidas en el estómago de un animal recién muerto, á fin de determinar, sin haber tenido necesidad de espiarle para sorprenderle comiendo, cuales son los objetos de que se alimenta. Es claro que basta un solo hueso y aun una sola escama para determinar, comparándola con los fósiles conocidos, á qué animal pertenece este débil despojo. Dice el doctor Buchklau, que habiendo enseñado á un sábio naturalista de Neuchâtel, Agassiz, un coprólito hallado entre diferentes materias calcáreas, este descubrió al momento una escama pequeña que estaba engastada en un lado, y determinó desde luego no solo que era de la especie de un pescado cuya raza se ha perdido, llamado *pholidophorus limbatus*, sino cual era su lugar sobre el cuerpo del animal, lo que verificada la colocacion indicada sobre un fósil de un *pholidophorus*, se halló perfectamente exacto. Otros coprólitos en lugar de encerrar conchas, presentan pequeños huesos casi intactos, lo que nos sugiere un indicio mas de la voracidad de los anima-

les de que proceden. Esto nos ha inducido á creer que estos monstruosos animales que poblaban los mares, estaban ellos mismos encargados de guardar un equilibrio sobre su procreacion, comiéndose los mayores á los mas pequeños. De todos modos se concibe perfectamente que las formas de los coprólitos estan sujetas á tantas variaciones, á cuantas lo estan los animales de que proceden. Resta, pues, determinar á qué especie pertenece cada una de las especies de los coprólitos, cuestion sin duda interminable, si á fuerza de investigaciones, no se hubiera conseguido obtener alguno de estos seres, que sorprendidos repentinamente por la muerte han conservado en su interior coprólitos que se han petrificado con ellos. A esto se debe el descubrimiento de que los coprólitos traen su origen de diferentes pescados, todos animales carnívoros, y se advierte que tan solo el residuo de la digestion de los huesos, tienen la suficiente solidez para poderse conservar y petrificarse. Se ha observado, desde que estos fósiles han conseguido llamar la atencion de muchos naturalistas, que estos se encuentran en casi todos los países y en todos los terrenos cenagosos. En Inglaterra fué donde primero se advirtió su presencia hace diez años, y desde entonces no ha cesado su estudio en Francia, Alemania, Rusia y los Estados Unidos. Ningun país, sin embargo, abunda tanto de ellos como algunos puntos de la Gran Bretaña que, verosíblemente, servian en otro tiempo de fondo á golfos propios para la multiplicacion de reptiles marinos. Debemos, pues, sacar una consecuencia de la presencia y disposicion de estos coprólitos, y no es la que menos interés ofrece al filósofo: y es que estos animales, cuyos restos se encuentran tan abundantes en las entrañas de la tierra, no han atravesado este globo en una crisis tumultuosa ó instantánea, sino que han completado su vida y se han sucedido del mismo modo que los que hoy lo habitan. Así pues este argumento mas y de los mas poderosos en favor de la existencia real de estos animales, cuyos restos hemos descubierto, nos obliga á concluir que no son caprichos de naturaleza ni productos de una creacion sumamente imperfecta. Los seres, cuyos esqueletos vemos, han terminado su existencia por los medios naturales, y han sido sepultados capa por capa entre los sedimentos del mar; los osarios que se han formado así, ocupan una espesura de muchos miles de varas. ¡A qué inmensidad de siglos no será necesario remontarse para llegar hasta la historia del hombre, á quien por decirlo así, le sirven de prefacio! Hé aquí la conclusion que sacará un filósofo de estos seres de un origen tan vil. Hasta tal punto, es verdad, que la ciencia en proporcion que lo aclara todo, todo lo oscurece.

REVISTA DE LA SEMANA.

Si mal no nos acordamos, hemos dicho antes de ahora que el teatro español se hallaba en un estado intermitente. Bien pudiera suceder que nuestra memoria nos fuera infiel de un modo raro y peregrino, es decir, recordán-

donos cosas que no han existido; pero como el hecho es cierto, ó tal á nosotros nos lo parece, poco importa para el caso que no lo hayamos dicho antes de ahora, hasta que lo hayamos estampado á la cabeza de estas líneas, ó por mejor decir, ni basta ni sobra, pues lo mismo se está el teatro nacional sin nuestro dicho, que los españoles sin teatro nacional. Afortunadamente para unos y otros, el teatro nacional, los españoles y nuestras palabras son cosas del todo independientes, y no tienen entre sí la menor conexión ni parentesco.

Hay sin embargo una pequeña circunstancia, tal vez casual, tal vez insignificante, que excita en nosotros cierta simpatía hácia aquellos objetos: esta pequeña circunstancia es que unos y otros *solemos encontrarnos en la calle*.

Hé aquí exactamente lo que sucede alguna veces al teatro nacional, que es cuando nosotros lo suponemos intermitente. En una de esas intermitencias lo dejamos en la anterior revista. Interrumpida la acción de la vida propia de nuestros ingenios á fuerza de traducciones, que por lo general son como sinapismos ó cántaridas á la lengua patria, no sabíamos qué decir de comedias que no lo eran de nacimiento, donde los personajes no tenían la moralidad que bien ó mal entendida, se exige en nuestros teatros, y en cuyos enredos y desenlaces no se encuentra esa armonía y concordancia con las costumbres de nuestro país, atrasado ó adelantado, como quieran llamarle, que hace que el teatro sea un verdadero espejo de la sociedad en que uno vive.

Hoy ya es otra cosa, si bien no muy diversa por lo que hace á la bondad que encierra. El acceso de la traducción ha pasado, ó por mejor decir, se ha interrumpido. Dos ó tres comedias originales se han puesto en escena, y por consiguiente el teatro español parece haber recobrado, al menos por unos días, esa especie de aliento y calor, que es lo que más se asemeja á la vida.

La primera comedia original, representada la noche del 11 en el teatro de Variedades se titula, *Dos y ninguno*.

Los dos de que habla el título, son dos necios de capirote, el uno soltero y el otro casado, diferencia poco esencial tanto para el éxito de la pieza (pues la gracia del Sacramento influye poco en que el último tenga mas gracia cómica que el primero) cuanto para el éxito de las pretensiones de uno y otro, que como de necios de buena ley van encarriladas por un mismo camino, y se dirigen nada menos que á solicitar una hija de familia, la cual concluye por donde hubiera debido empezar el autor, es decir, desechando á entrambos como inútiles para hacer nada de provecho, papel de comedia inclusive, el uno por necio y el otro por casado.

Hasta aquí de caracteres y de chistes. En cuanto á versificación, estamos en distinto caso: la comedia nos ha parecido bastante bien versificada, por mas que se le haya escapado al autor algun ligero defectillo; pero esto es mas disimulable, por lo mismo que no es lo principal: no se hacen buenas comedias solo con buenos versos, las escenas son las que tienen que ser buenas, aunque los versos no lo sean tanto.

La segunda representación ya no es comedia, sino drama, y no como quiera, sino en seis cuadros y de grande espectáculo. Llámase *Los Trabucaires*, y su autor es D. José Rodrigo. Uno de nuestros primeros críticos ha puesto reparo en el título, diciendo que debieran llamarse *trabucarios* ó *trabuqueros*, por ser mas conforme á la analogía de la lengua: nosotros le perdonaríamos el galicismo, con tal que el drama fuese mediano. Eso es lo que vamos á examinar.

El primer defecto nace del mismo argumento, que por estar tomado de sucesos recientes no puede ofrecer el interés que en el teatro sostiene hasta el desenlace la curiosidad de los espectadores.

El segundo defecto consiste en el mal arreglo de la acción. No hay en los primeros cuadros obstáculo alguno que se oponga á los intentos del protagonista. No habiendo por consiguiente lucha, no hay interés. El poco que podría conservarse, al fin se desvanece completamente con dividir en dos cuadros lo que debiera solo formar uno.

Por estas faltas de artificio, no es de extrañar que el drama haya sido mal recibido, á pesar de lo muy predispuesta que se hallaba una parte del público que asistió á su representación en el teatro de la Cruz, para aplaudirle, aunque no fuese mas que por la popularidad de que disfruta hoy ese asunto. Por lo demás, el drama está bien escrito, y la ejecución fué tambien bastante esmerada.

El tercer drama original de que nos proponíamos hablar, se titula *Doña Juana de Castilla*, y es debido á la pluma de D. Ventura García Escobar. Este drama está escrito en verso, y como el título lo indica, su argumento está sacado de nuestra historia. Todo lo relativo á este punto nos parece bien escogido, y creemos que hay bastante semejanza en el carácter de los personajes puestos en acción.

La versificación tambien es muy regular, y solo nos parecen algo triviales, ó por mejor decir, demasiado sencillos para un drama los recursos que el autor ha puesto en juego, para llevar á cabo su pensamiento.

Es de advertir, que en medio de esta sencillez, se encargaron de desempeñar todos sus papeles los principales actores del teatro del Príncipe, y el resultado ha sido cual podía esperarse, habiendo obtenido un éxito completo el estreno de *Doña Juana de Castilla*.

En la noche del miércoles y en el Salon de Postas Peninsulares hubo una reunion poético-filarmónica en que el Sr. Cataldi, célebre improvisador italiano habló en versos correctos, y algunos de ellos de conceptos ingeniosos ó profundos con la misma facilidad que el buen Mr. Jordan de Moliere hablaba en prosa sin saberlo. Ronconi y su señora, Tamberlick y Marini, cantaron piezas escogidas, y la concurrencia encerraba la aristocracia del talento, de la cuna y del dinero.

VIAJES.



(El Balkan.)

TURQUIA EUROPEA.



El Balkan (nombre que significa desfiladero dificultoso) separa la Bulgaria de la Tracia ó Rumanía. Los antiguos le llamaron Hoemus, de la palabra griega *aima*, en memoria de la estirpe de Tifon. Este gigante, dice la Fábula, había escalado estas montañas con el objeto de remontarse al cielo, cuando fué lanzado de allí. La altura del

Hoemus ha suministrado materia para mil comentarios. Pomponio Mela, afirmaba que desde su cúspide mas elevada, se divisaban por un lado el ponto Euxino, y por el otro el Adriático. La cordillera estiende sus ramificaciones hasta que se pierden en los dos mares. Cinco caminos atraviesan el Balkan, de los cuales, tres conducen de Sofia y Terranova á Andrópoli, mientras que los otros dos de Schmula, atravesando por Carnabat y Haidos, conducen á Constantinopla. Estos caminos estrechos, tortuosos, casi perpendiculares en muchas partes, áridos y abrasadores durante el estío, é invadidos por mil torrentes en invierno, estan bien lejos de carecer de peligros para las carabanas, y serian de todo pun-

to impracticables para un ejército: de aquí que los políticos consideren el Balkan como el baluarte mas formidable que la Turquía pudiera oponer á las invasiones de la Rusia. Los viajeros que han visitado estas rocas han quedado admirados al contemplar su aspecto á la vez imponente y majestuoso. Un deudo del embajador inglés en Constantinopla, Lord Strangford, describe así la primera impresion que experimentó, cuando saliendo de Haidos se halló en presencia del Balkan. Las montañas me parecieron inaccesibles y si el doctor Johnson hubiera extendido sus viajes hasta este país, hubiera creído que en su descripcion del valle de Rasellas habia tomado á este por tipo. Al estender la vista en mi derredor no conseguia descubrir el sitio de la salida. Sin embargo, sobre la base de la montaña perpendicular, que cierra el valle por este lado, parecia que como por encanto se abria una roca y divisamos un sendero estrecho, por el cual seguimos costeano un pequeño arroyo. Esta rambla es una de las mas pintorescas de toda Europa. La cúspide que se eleva á una altura inmensa, se halla cubierta de bosque hasta el fin, y solo deja ver el cielo, al pasajero, en forma de una larga faja azul. En 1841 entró en el Balkan, Blanqui, por la parte de Ichtiman, saliendo de la Bulgaria, adonde le habia llevado una mision diplomática. A medida, dice, que nos íbamos acercando á estas alturas pintorescas al través de un terreno áspero, difícil y escarpado, soplaba el aire con mas violencia, el paisaje cambiaba su risueño aspecto en oscura estancia, y la soledad se aparecia con sus imponentes sombras. A poco encontramos uno de esos cuerpos de guardia, muy comunes en Turquía, levantado con ramas de árbol, ocupado por cinco hombres, que nos dieron nuevas nada agradables. Aquel mismo dia acababan de ser asesinados dos viajeros en las espesas gargantas del Balkan, y los caminos estaban invadidos, segun nos lo aseguraron los soldados, por bandidos. Desde lo alto de esta posicion, podia esta tropa ver perfectamente las caprichosas tortuosidades de la montaña; pero la espesura de los árboles, de que estaba sembrado, no permitia descubrir con claridad los objetos. Al penetrar en estos enmarañados laberintos, salpicados de caminos solitarios, cortados en forma de V, semejantes en figura á un embudo, y donde parece que el viajero está condenado á caer en alguna trampa, en vano procuré alejar de mí cierta inquietud. Felizmente el tiempo se presentaba hermosísimo, y llevábamos excelentes caballos. Marchábamos con nuestras armas preparadas y continuamente íbamos mirando á derecha é izquierda con el objeto de evitar toda sorpresa. Mas de tres horas habria, que íbamos marchando como soldados que estan encargados de practicar alguna descubierta al través de vueltas y revueltas, cuando de pronto y á corta distancia descubrimos un destacamento de tropa, cuyas fornituras blancas, gorras encarnadas y largos fusiles, me dieron á conocer eran Albaneses. Al divisarnos, se reunieron, y nuestros kabas se dispusieron á entrar en parlamento con ellos. Los albaneses pretendieron revisar nuestros papeles, y saber quiénes éramos: nuestra escolta queria que disminuyesen sus exigencias, y por fin les mandé á decir que

los papeles no se visaban mas que en las poblaciones, que éramos extranjeros encargados de una mision particular, y que nadie tenia derecho á detenernos. Al salir de tan quebrada travesía, fué cuando apareció á nuestra vista en una de las ensenadas que forma la montaña, un arco triunfal de la misma elevacion y arquitectura que el de la puerta de San Martin de París, segun lo que he podido juzgar por los cimientos. Este último resto del poder romano existia todavia, segun me han asegurado, hace seis años, y únicamente ha sido derruido por el fanatismo de un Bajá que lo creia edificado por cristianos.

El arco ó puerta de Trajano, es el punto de partida de una línea de aguas, de las cuales las del lado de Ichtiman, van á ganar el Danubio, mientras que las otras se precipitan hácia el Mediterráneo, atravesando el llano de Filipópolis. Desde aquí conduce un ininterrumpido declive hasta que á la altura de Yenichen se descubre la inmensa llanura de la Tracia y el valle del Hebre, cuyo panorama es uno de los mas admirables de la Turquía.

IMPRESIONES DE VIAJE

A LISBOA Y SUS CONTORNOS.

CAPITULO IV.

(Conclusion.)

Ya indicamos antes que el coro sufrió mucho con el terremoto de Lisboa, y aunque es buena fábrica la moderna que allí se hizo, no creemos del caso ocuparnos de ella, contentándonos con referir que la sillería está muy bien ejecutada en madera roja; que la continuacion de la bóveda de la iglesia por aquella parte es muy apreciable; que existen tres órganos, de ellos dos grandes y uno pequeño que vino de la real capilla de *Ajuda*; y por último que los libros del canto contenian primorosas iluminaciones de *Francisco de Holanda*, las cuales han juzgado conveniente invertir los huérfanos de la *Casa Pia* (existentes allí ahora) en gorras de cuartel y en correajes para sus juegos militares, si es que nos dicen la verdad modernos escritores portugueses.

El resto de la iglesia es bastante sencillo, si se exceptuan los techos, y siete puertas de confesonarios al lado del Evangelio, sobre los cuales hay otro número igual de nichos y calados doseletes, muy semejantes á los que se ven en los pilares gruesos que sustentan la bóveda del crucero.

Este es en verdad una de las mas portentosas construcciones de Portugal, y superior á todas luces á la sala del capitulo en *Batalha*, como se prueba considerando que la bóveda del crucero de *Belem* ofrece una superficie de sesenta y seis pies por treinta y cinco, sustentada sin el auxilio de un solo pilar intermedio; lo cual hace la admiracion de los inteligentes. A los lados de la capilla mayor, se observan en las paredes ménsulas, repisas y doselillos con delicadas labores, y tambien á cada lado dos altares guarnecidos con piedra tallada, teniendo en-

cima la esfera armilar y las armas portuguesas. En el vano de los mismos altares han colocado otros de madera dorada con muy poco acierto, y en uno de ellos se enseña una imagen de San Gerónimo en porcelana, apreciada de los hombres entendidos. En el lado de la Epístola, se encuentran otros dos altares, correspondiendo á dos puertas en el lienzo frontero; y como todo esto no exige un detenido exámen, pasaremos á las dos capillas que ocupan los frentes del crucero, y examinaremos en la de la parte de la Epístola los túmulos de los hijos de D. Juan III, á saber: D. Felipe y D. Alonso, la Infanta Doña Isabel y D. Brites: los Infantes D. Dionis y D. Antonio, y los Príncipes D. Manuel y D. Juan, padre del Rey D. Sebastian, cuyos cuerpos yacen allí dos á dos. Además, encierra un cenotafio huesos que mucho tiempo después de la batalla de *Acelguibir* se decían ser de Don Sebastian, aunque de ello debe dudarse; y en una sepultura lisa estan los restos del arzobispo de Braga *Don Duarte*, hijo natural de D. Jan III. Allí yace igualmente la Reina portuguesa, muger de Carlos II de Inglaterra.

La otra capilla frontera, á pesar de estar guarnecida de una balaustrada semejante á la anterior, se halla manifiesta y tiene cinco altares, algunos cuadros medianos y el túmulo del *Cardenal Rey* al frente del que entra. A los lados en dos sepulcros los de los Infantes D. Luis, D. Carlos, D. Fernando y D. Antonio, y en uno de los otros D. Duarte y su hermana Doña Maria. Yace tambien allí el Cardenal D. Alfonso que recibió la púrpura siendo todavía niño de ocho años. Los nombres de todos estos Príncipes constan de sus epitafios, muchos de ellos cubiertos por los cuadros al óleo de la capilla.

Llaman la atencion del viandante cerca de las capillas referidas los dos púlpitos, que se ven en los ángulos del crucero, por su rica y prolija escultura. Una memoria que tenemos á la vista, refiere que del que está á la parte del Evangelio sacó modelo en yeso el baron Taylor ya citado.

Treinta años no mas mediaron entre la fábrica del crucero y la de la capilla mayor; y sin embargo tan completa habia sido la revolucion de la arquitectura en Europa, que ya en Portugal la Reina Doña Catalina de Castilla, esposa de D. Juan III, mandó edificar esta última bajo los severos y antiguos principios del arte greco-romano. Era la primitiva muy estrecha, y por esa causa se labró la actual, que es toda de mármoles pulimentados de varios colores, compuesta de dos cuerpos con columnas de orden jónico el inferior, y del corintio el superior; cerrando la bóveda media rotunda almohadillada, y alternando en los intercolumnios de arriba tres cuadros con seis ventanas; y en los de abajo el Sagrario en el centro; dos cuadros á los costados, atribuidos al pintor portugués *Lopez* del tiempo de D. Juan III, y en la correspondencia de las dos ventanas superiores centrales, otras dos semejantes á ellas. Mas afuera bajo las otras cuatro se contemplan en sus respectivos vanos sustentados por arcos, cuatro grandes urnas iguales de mármol de mezcla sobre elefantes de mármol ceniciento de Cintra, cada una con su corona abierta de metal dorado encima.

Reposa en la primera el Rey fundador del Monasterio

D. Manuel el Grande, segun resulta del epitafio siguiente, en cuya redaccion la modestia no tuvo gran parte, por mucha que cupiese á la justicia.

LITTORE AB OCCIDUO. QUI PRIMI AD LUMINA SOLIS
EXTENDIT CULTUM. NOTITIAMQUE DEI.
TOT REGES DOMITI. CUI SUBMISERE TIARAS.
CONDITUR HOC TUMULO MAXIMUS EMMANUEL.

La segunda contiene los restos de la Reina Doña Maria de Castilla, esposa de D. Manuel, y el epitafio dice así:

MARIA FERDINANDI CHATOLICI CAST. REGIS. F.
D. EMMANUELIS. LUSIT. REGIS P. F. INVICTI CONJUX
MIRA IN DEUM PIETATE INSGNIS. AC BENE DE
REPUBLIC. SEMPER MERITA H. S. E.

En la tercera se encierra el cadáver del Rey Don Juan III y la inscripcion es como sigue:

PACE DOMI, BELLOQUE FORIS. MODERAMINE MIRO
AUXIT JOANNES TERTIUS IMPERIUM.
DIVINA EXCOLUIT. REGNO IMPORTAVIT ATHENAS.
HEIC TANDEM SITUS EST. REX. PATRIE QUE PARENS.

En la cuarta descansan los despojos de la Reina Doña Catalina de Austria, muger de D. Juan III y fundadora de la capilla mayor; y se leen al frente estos renglones:

CATHARINA PHILIPPI I. CAST. REGIS. F. JOANNIS III LUSITAN. REGIS. P. F. INVICTI CONJUX MAGNI ANIMI PIETATIS EXIMIE PRUDENTIE SINGULARIS ET INCOMPARABILIS EXEMPLI REGINA: H. S. E.

En medio del altar hay un Sagrario grande chapado de plata, con la Adoracion de los Reyes de relieve en la puerta y por bajo tiene esta leyenda:

O PRINCIPE D. PEDRO QUE DEOS GUARDE
DEU ESTE SAGRARIO Á ESTE REAL MOS
TEIRO DE BELEM NO ANNO DE 1673.

Atribúyese por algunos tal obra de platería á la célebre artista *Josefa de Ayalla*, nombrada *Josefa D'Obidos*; y ciento veinte y cuatro años antes de esta donacion, es decir en 1551, estaba acabada la capilla mayor de que vamos tratando; segun consta de la traslacion de los huesos de los Reyes D. Manuel y Doña Maria, que se verificó en 18 de octubre del mismo, recién concluida la fábrica.

Por bajo del Sagrario, hay un estrecho aposento con luz escasa, donde se ven tres atahudes, bien pobres por cierto; y en el del medio está el cuerpo del desgraciado Rey D. Alfonso VI, teniendo á los lados el del Príncipe *Teodosio*, hijo de D. Juan IV, y el de la Infanta Doña Juana.

Disfruta de claridad y estension la sacristía contigua

al-crucero, pareciéndose mucho su techo al de la iglesia, con la diferencia de que el primero se apoya en un solo pilar central, á guisa del tronco de una palmera, cuyos ramos se extienden por toda la bóveda, formando los casetones de ella sus gallardas aristas que se desparrraman con elegancia. Aquí se guardaba en otro tiempo la preciosa custodia hecha por *Gil Vicente* con el primer oro que trajo de Quiloa *Vasco de Gama*, cuando volvió por segunda vez de los mares de la India; y pesa treinta y dos marcos, entrando los esmaltes que la adornan; valuándose toda la obra en nueve mil cruzados. (1) Hoy está en la Casa de la Moneda, y no puede admirarse en el Monasterio tal objeto de curiosidad, como tampoco la célebre Biblia con iluminaciones que donó el Rey D. Manuel, ni otros varios libros, apreciables por su mérito intrínseco y por la encuadernación y ornatos que cubrían los estantes de la biblioteca, establecida en una pieza moderna que ahora sirve de aula de dibujo.

Si salimos de la iglesia, hallaremos á mano derecha la portería del Monasterio, que tiene á los lados dos bustos colosales de pésimo gusto y de color de cobre, representando (al decir de los *Cicerones de Belem*) á *Hércules* y á *Julio César*, con sus respectivas inscripciones, y sobre la puerta hay otra, que es como sigue:

VASTA MOLE SACRUM DIVINE IN LITTORE MATRI
 REX POSUIT REGUM, MAXIMUS EMMANUEL;
 AUXIT OPES HERES REGNI; ET PIETATIS UTERQUE,
 STRUCTURA CERTANT RELIGIONE PARES.

En el interior del convento nada hay que sea comparable al bellissimo claustro principal, que tiene casi tres brazas de ancho por veinte de largo, segun escribe un autor moderno; y si calculamos estas brazas de á seis pies, como ordinariamente se hace, tendremos ciento veinte pies de longitud por diez y ocho de latitud; cuyo espacio está cubierto de bóveda artesonada, y la banda que dá para el jardin (colocado en medio del cuadro) es una arcada de seis grandes vanos por cada frente, cuyos pilares, lo mismo que las columnas asientan en un pedestal ó basamento general, labrado todo ello de arabescos preciosos, flores y animalejos esculpidos con admirable diligencia. Cada arco tiene debajo otros dos, sustentados en el centro del grande por un pilar; y estos dos pequeños vanos se subdividen por una columna, formando dos mas chicos á cada lado: de modo que hacen entre todos cuatro huecos con florones, calados, cifras, coronas, las iniciales del fundador y rosetas muy lindas en los claros que estan encima de las intersecciones, observándose á veces la cruz de la orden de Cristo.

En los cinco grandes pilares que hacen frente al muro de la iglesia y á las puertas de los confesonarios, que referimos cuando hablamos de aquella, estan esculpidos cinco objetos diversos á una misma altura. El primero es el *Sol*; y representa el Oriente hácia donde habian ido los cuatro héroes portugueses que descubrieron las Indias, retratados en otros tantos medallones, en los cuatro pilares restantes, á saber: *Vasco de Gama*, su hermano,

Nicolás Coelo y *Pedr' Alvares Cabral*. Este último busto se halla vuelto de espaldas al *Sol*, significándose por tal colocación su afortunado hallazgo de las tierras occidentales del *Brasil*. En los demas pilares de todo el claustro continúan observándose emblemas del Rey D. Manuel, efigies de santos y símbolos de la pasión de Cristo, en vez de los citados medallones, y al lado de la pared se fabricaron varias capillas y altares en tiempo de D. Juan III, que hoy carecen de los buenos cuadros que las decoraban.

En el ángulo contiguo á la puerta del refectorio (que es bueno y espacioso) se conserva un leon de mármol blanco, arrojando agua en un pilar de labor antigua; y nada mas notable hay, despues de lo descrito, en este patio, porque no lo es ciertamente el grande estanque que sirve de centro al jardin, por cuyos cuatro puntos correspondientes al arco del medio de cada lienzo del claustro, se pasa sobre puentes del mismo estanque para llegar hasta el cenador ó descanso del centro del patio; y allí se goza cumplidamente de toda esta bellissima obra, capaz de sorprender al forastero por su conjunto fantástico, y por sus graciosos detalles.

Desde este mismo sitio podemos contemplar el cuerpo superior del claustro, que corresponde grandemente al magnífico aspecto de la fábrica baja. Los pilares de esta sirven de cimiento á otros tantos de base circular estriados en rosca ó espiral que rematan en torrecillas; y los arcos del mismo piso son parecidos al inferior, realizando la obra toda el terrazo que la corona y embellece con sus ornatos.

Subamos ahora la grande escalera del Monasterio, y entremos en la *Sala de los Reyes*, llamada así por contener los retratos de todos los de Portugal hasta el momento presente; y si bien no quedaremos muy satisfechos del desempeño artístico de aquellas malas copias, justo es que apreciemos los rasgos que trazan, como tomados de originales parecidos á las personas que representan: y mejor que nosotros mismos hablará un escritor extranjero contemporáneo, cuyo relato no desagradará por cierto á nuestros lectores. Oigámosle, pues, — «*Don Juan II*; este grande Rey empuña una pesada maza de armas. La fisonomía de *D. Manuel* es pálida, delicada é inteligente; y no deja de tener una cierta espresion de melancolía: parece uno de los Estuardos. El jóven héroe *D. Sebastian* está en pié, con la espada medio desenvainada, y parece querer saltar del lienzo al pavimento, y de allí á la actividad del mundo. En uno de los rincones casi en la oscuridad se halla la imágen de *D. Pedro I el Cruel* ó *el Justiciero*, segun la historia lo llama: son aquellas mismas facciones nobles y tiernas, que se ven sobre su piedra tumular de *Alcobaca*, como tornándose hácia la hermosa *Doña Inés* aun despues de la muerte. Vése tambien allí representado el rostro hediondo, la figura del... Rey *D. Juan VI*. Cuando observé sus dos manos disformes y monstruosas, me hizo esa copia acordar con náusea de que el original nunca se las lavaba; y así las tendrían que besar los delicados labios de las bellas damas de Lisboa. El cuadro no representa las conocidas medias que el Rey usaba hasta que se le cain á pedazos: probablemente las habrían mandado a

(1) El cruzado equivale á 10 rs. de nuestra moneda.

«la lavandera en aquella ocasion; lo cual sucedia raras veces y clandestinamente, sin que S. M. tuviese de ello la menor noticia...»

Es una apreciable escepcion entre estos retratos, el cuadro grande del frente de la sala, pintado por *Sendim*, que representa al ex-Emperador del Brasil *D. Pedro, Duque de Braganza*, dando el brazo á su esposa la ex-Emperatriz, y á su hija la Reina de Portugal *Doña Maria de la Gloria*. Está *D. Pedro* en medio, de grande uniforme, y á sus lados las dos Princesas: notándose en toda la composicion bastante buen colorido, espresion y verdad en los semblantes, limpieza en las carnes, transparencia en las gasas y encajes; naturalidad y soltura en las ropas, y razonable imitacion en la pedrería y en los metales.

No podremos juzgar igualmente segun nuestra escasa pericia en tales materias, de la coleccion de retratos de hombres ilustres de la órden de S. Gerónimo, que se guardan amontonados en el suelo de cierta sala, porque no los vimos: pero, estamos tan lastimados de las frecuentes profanaciones artísticas y del vandalismo monumental de aquesta época *regeneradora*, en cuya atmósfera habitamos, que nos hicieron un servicio en ocultar tales cuadros, y ojalá hubiésemos podido encubrir de la propia suerte la honda impresion que nos hizo ver aquel Real Monasterio cuajado de gloriosas memorias, pero vacío de moradores análogos á su estructura y destino. La ilusion que produce el gran claustro se disipa, en efecto, bien pronto, cuando en vez de escuchar los pasos tardios del anacoreta que hace crugir suavemente sus ropas talares de la media edad, orando en silencio, sentimos correr las alborozadas turbas de muchachos de escuela, incapaces de armonizar con aquel gigante de piedra elevado al culto de nuestros mayores. En vano aguardamos que resuene en las altas bóvedas del templo el canto sonoro de los religiosos, ni que os explique uno de ellos con graves razones bajo la cúpula del crucero, el fundado motivo que entregó aquella casa á sus venerables antecesores. El monótono y vulgar murmullo de las aulas, el desagradable clamoreo de los discípulos que dan la diaria leccion, el gritar de los chicos que juegan, de los maestros que riñen, de las huérfanas que cosen y planchan, abajarán vuestra mente al nivel de los cimientos de aquella fábrica, y os darán una triste idea del curialesco y mezquino progreso de nuestras modernas revoluciones. Descended, pues, de tan elevada esfera; no hagais mala figura en este siglo del carbon de piedra y de las cerillas fosfóricas; dejad de pensar en las glorias pasadas y en el espiritismo que ocupó el corazon y el cerebro de vuestros padres: reíos, sí, reíos estúpidamente de los que surcaron el ancho mar y cubrieron entrambos mundos de inmortales obras que hacen al cristianismo heredero de la grandeza pagana en sus esfuerzos científicos, y en ese incansable deseo de perpetuar las generaciones que pasan por medio de edificios soberbios que no mueren nunca, hasta que vosotros llegais con la tea que ilumina y la piqueta que iguala!...

Cortemos, empero, el hilo de nuestras reflexiones que nada alcanzan contra la indiferencia actual, y diga-

mos para acabar cuatro palabras del destino que ha cabido al Real Monasterio de *Belem*, ya que su importancia artística y el valor de los recuerdos que lo ennoblecen nos impidieron borrar aquí otros monumentos religiosos de Lisboa, cuya semblanza habremos de hacer forzosamente en un segundo artículo de la propia materia y calidad.

Por decreto de 28 de diciembre de 1833 fué cedido el convento de que hablamos al establecimiento de la *Casa Pia*, institucion que tiene por objeto la enseñanza de los huérfanos desvalidos de ambos sexos; y en 15 de febrero de 1834 se agregó á él la *Escuela de sordo-mudos* que dirigia el coronel sueco *Borg* hasta su muerte ocurrida en 1833.

El número de alumnos se ha fijado en mil, comprendiendo en ellos cuatrocientos del sexo femenino. Los primeros estan divididos en seis colegios, ademas del de los mudos, y las segundas en nueve. Aprenden aquellos á leer, escribir, dibujo, música é idiomas, si son aptos para tales ramos; y de allí pasan á las escuelas superiores, como la *Polytécnica* y la de *Cirujia*: el mayor número se dedica á los oficios de zapatero, sastre, carpintero, latonero, tejedor, etc. Las huérfanas aprenden las primeras letras; y segun sus inclinaciones diferentes, la música, el dibujo, y los trabajos de su sexo, como lavar, coser, bordar, planchar, tejer, guisar, y los oficios de sastre y zapatero. En las oficinas se admiten solamente los alumnos internos; pero las aulas son públicas, y estan sujetas las de latin, griego, filosofia y otras á la direccion general de Estudios, lo mismo que la cátedra de *Enseñanza Mútua*, cuyo local perfectamente adoptado al objeto, puede recibir hasta quinientos discípulos, y pasa con razon por una de las mejores de su género.

Fabricanse en esta *Casa Pia* los vestidos de los alumnos y los cobertores de sus camas: los manteles, el calzado y demas prendas necesarias para su equipo. Las oficinas de latonería y cerrajería ejecutan por su cuenta la obra del alumbrado de Lisboa, y se venden muchas telas y artefactos despues de satisfacer las necesidades interiores.

No tuvimos el tiempo necesario para examinar despacio el sistema general de enseñanza, y los adelantos de los huérfanos en los diversos ramos que su educacion abraza: pero en cuanto permitió la visita rápida que hicimos, quedamos satisfechos del buen orden, compostura y aseo de los discípulos, y de la ventilacion y arreglados compartimientos de los talleres, clases y dormitorios. En el aula de escribir vimos hermosos y correctos caracteres, ejecutados por los niños con soltura y maestría; al paso que notamos con desagrado la ignorancia profunda de los *sordo-mudos*, que no supieron decir euál religion profesaban, despues de escribirles muchas veces la pregunta en portugués sobre la pizarra de la escuela.

JUAN ANTONIO DE LA CORTE.

COSTUMBRES ANDALUZAS.

La velada de San Juan.

I.

Las mieses de la ancha vega granadina están doradas, las espigas comienzan á inclinarse dobladas con el peso de los granos, los delicados lirios han perdido el azul tornasolado de sus flores, blanquean las hojas de los álamos, y los árboles frutales se ven matizados con los graciosos ramos de la oriental cereza color de escarlata, con las lujuriosas flores de la granada, con el gustoso albaricoque manchado de púrpura y con la poética manzana de tintas de rosa.

Las flores del amor sencillito se han agostado; solo brotan claveles de aroma penetrante de encendidos colores, jazmines reales y moriscos, azucenas amarillas y amargas adelfas de venenoso aliento. El sol derrama sus ardientes rayos por la tierra, y quema las plantas y agota las fuentes. Es cálida y melancólica la tarde, y la aurora tiñe de rojo y anaranjado su manto con la espesa polvareda de las campiñas.

Los pájaros abandonan sus crecidos hijuelos, y se esconden en las ruinas y en los bosques: solo canta la monótona chicharra en la sublime soledad de los valles. — Los segadores se acercan en alegre tropa. — Ha llegado el estío.

Es necesario cambiar de costumbres y de traje, seguir á la naturaleza. El calor fatiga nuestro cuerpo, apenas encontramos aire que respirar durante el día, y solo en la noche puede decirse que vivimos, y que se espacia el corazón y el alma se recrea. Este es el origen natural de las veladas tan antiguas como el mundo. La primavera tiene su fiesta de flores, el otoño sus danzas y sus bacanales, y el estío sus nocturnas serenatas, sus algarradas, sus fuegos, sus poéticas verbenas.

Los druidas en el fondo de sus bosques eternos celebraban con venerandas ceremonias, augustas procesiones y ostentosos triunfos la venida del estío. Los orientales encendían colosales hogueras y mojaban sus cabellos, cantaban romances fantásticos y ensayaban medios de adivinanza y de encantamiento, porque la entrada del estío era favorable para los agüeros y conjuros. Los cristianos hemos unido estas alegrías á una festividad religiosa muy célebre en todos los pueblos, á la natividad de S. Juan Bautista, al nacimiento del precursor.

En Granada, el 13 de junio, apenas asoma la luna por las empinadas crestas de la Sierra de la Helada, tornando en plata la nieve y en nacar las nubes; cuando un alegre concurso comienza á inundar las orillas deliciosas del Genil. Divertidas tropas de gente alegre y decidida, con airosa mantilla y ropa corta para el garbo las unas, con pálida chaqueta los otros, vienen á mezclarse con los aristocráticos y cotidianos paseantes. Bulliciosos círculos animados con el son atractivo y revoltoso de los aires populares, con el repique de las castañuelas, de los pla-

tillos y de las compasadas palmas, turban el silencio de la concurrencia.

Las sombrías alamedas y los espesos jardines brillan con el reflejo de los faroles, estrellas de aquel opaco cielo, y como un sol, como una pirámide de hierro candente, ó una catarata bañada por el sol se eleva frente del *Lavadero de las Negras*, sombreando por melancólicos sauces, una fuente de extraña labor cuajada de vasos de resplandecientes colores. La noche se avanza á pasos de gigante, se acerca la hora en que toca á su mitad, la luna parece un globo de plata mate suspendido de la clave de la bóveda azulada: todas las avenidas vomitan mas y mas gente. Crece la vida, el movimiento, se aumentan los empujones, las músicas, los chistes y los gritos. La oscuridad protege á los amantes, las sombras convidan á la franqueza, y aun á la desenvoltura. Todo es confusión y desórden: aquí murmura con voz destemplada una vieja, allí bailan, chillan, cantan y jalean. Gritan los muchachos, se desgañitan los vendedores de dulces y refrescos, bravean los matones, se rien los calaveras, se aturden las madres, se pierden los novios, riñen los casados, requiebran las hembras de vida libre, corren los unos, se atropellan los otros y todos se mueven, agitan y circulan, todos quieren alegría y contento....

II.

La inmensa turba parece que calla por algunos instantes. Sin duda se acerca el momento solemne. Ya sueña el reloj de la catedral, y el silencio sepulcral que reina, se asemeja al de los naufragos cuando esperan el segundo cañonazo de socorro... ¡LAS DOCE!!!! gritan al fin en coro universal que rompe los aires como el estruendo de una tormenta de los mares. ¡LAS DOCE!!!! y todos se arrojan como desesperados á bañar su rostro y sus cabellos en las aguas que riegan las alamedas, ó en el redondo mar de la bomba semejante á un escudo de acero bruñido rociado de perlas. Parecen una banda de gaviotas cuando se arrojan chillando sobre las olas, levantando mangas de lluvia con sus alas.

¡Las doce de la noche de S. Juan!!!! ¡hora poética y de extrañas tradiciones para el pueblo andaluz oriental como su nombre, hora en que las ondinas salen de sus palacios de esmeralda para ofrecer con pródiga mano al pasajero sus tesoros de coral y perlas! ¡Hora en que se abre la tierra para dar paso á los seres encantados que pagan su fácil libertad con montes de oro y pedrería! ¡En que los genios maléficos esconden sus garras, bajan sus clavos terribles, y amansan la espresion de sus rostros atezados y deformes! ¡Hora en que las Hadas envueltas en sus ropas de gasa plateada, rodeadas de una aurora de luz, coronadas de olorosas flores y con la vara mágica entre sus dedos buscan á los mortales para darles felicidad sin límites, y mas goces que pudieron crear en sus dorados ensueños! ¡Hora en fin, de los amores fáciles, de las apariciones fantásticas, de las doncellas encantadas y cautivas, de los palacios y de los jardines orientales!

A las doce visten los amantes con ramos y frutas la

ventana de sus amadas, las vírgenes ven presagios de amores en el color de las rosas, las preciadas de hermosura preparan aguas para blanquear su cutis y conservar las trenzas ricas de sus cabellos; los niños siembran creyendo coger el fruto maduro a los primeros rayos del sol; el labrador estudia los cielos y forma congeturas sobre la cosecha y la simiente; la esposa del marino ausente mira el movimiento de las olas, y quiere adivinar la suerte del que surca los mares; las viejas cuentan hechos espantosos y de portento. Cuajan las almendras, se corona de luz fosfórica el cerro del Sol, cuyas plantas besa el Darro, y que mantiene en su cumbre al palacio de Generalife, crece la albahaca en las márgenes de la fuente agrilla y de la gayomba, y se oye gemir á los moros en los bosques de la Alhambra, y ofrecer sus tesoros escondidos porque los dejen volver. La naturaleza en su mayor desarrollo parece que tiene mayor vida, y que se renueva bella y vigorosa como al salir de manos del Criador.

III.

Las filas de aquella falange tan animada que hace poco contemplábamos se van aclarando, las músicas se dispersan y las notas armoniosas de las guitarras llegan perdidas en las ondas del viento recreando nuestros sentidos, los círculos se parten, deshácense los grupos, y cada cual busca sus hogares.— Son las dos.

IV.

Todo está solitario y mas triste que las noches anteriores, como la casa paterna cuando la hallamos abandonada, que el recuerdo de las pasadas alegrías es siempre dolorido aunque agradable. Los bosques han recobrado sus misterios, las fuentes derraman con sus palmas de aljofra fresca niebla en los aires, las flores abren sus cálices para gozar de la alborada, los faroles tienen reflejos lúgubres, la pirámide de vasos de colores no es ya un ascua de oro, tiene tintas azufradas. Alguna melancólica copla de rondeña entonada por un amante en la reja de la señora de su alma, algun cantar perdido en los pliegues del viento como un susurro ó un quejido, el báquico ruido de alguna orgía de taberna, los gritos lejanos de alguna riña, son los únicos sonidos que ya se perciben. La luna vá á hundirse en el Occidente con el coro de estrellas que le sigue. El cielo comienza á clarar en el Oriente, sopla la brisa mas fria y cantan los gallos con ronca y aguda voz: se acerca la mañana.— Son las tres.— La velada pasó.

J. GIMENEZ SERRANO.

REVISTA DE LA SEMANA.

El día 16 del actual, despues de haber estado reunidos en cóncave los cardenales por espacio de treinta y seis horas, el castillo de Sant-Angelo y todas las campanas de Roma, anunciaron á la ciudad eterna la nueva

exaltacion al solio Pontificio de Juan María Mastai Frretti, obispo de Imola con el título de Pio IX. El nuevo pontífice nació el día 13 de mayo de 1792 en Sinigalia, en los estados romanos: fué creado cardenal de la Santa Iglesia por Gregorio XVI el día 23 de diciembre de 1839, y publicado en el consistorio del día 14 de diciembre de 1840.

A esto se reducen las noticias que hasta ahora hemos recibido acerca de la eleccion de Papa, acaso la mas breve y pronta de cuantas ha habido.

La obra del palacio de las Cortes sigue con bastante actividad, habiendo principiado ya á colocar las columnas de la fachada principal. Cada una se compone de tres trozos, cuyo peso no bajará de cien quintales. Están ya concluidos varios capiteles de un gusto delicado y de un trabajo impropio; es obra del famoso escultor el señor Perez, á quien se ha encargado ademas la cornisa.

El afán de las mejoras materiales, que es la pasión de nuestra época, ha cundido tambien entre los madrileños, y apenas pasa un solo día sin que tengamos que ver proyectos, cuando menos, de obras públicas, de establecimientos, nuevos sistemas de empedrados, y por último hasta una nueva empresa de anuncios que reúne dobles ventajas. Llámense *columnas artesianas* (cuyo nombre no sabemos que origen pueda tener), las cuales son una especie de garitas, que por ahora solo se pondrán en la calle de Alcalá. El interior está destinado á sumidero de aguas sucias, y en la parte exterior, mirando á las aceras, se fijarán vistosos anuncios públicos con fuentes y variados colores.

Entre aquellos proyectos ha llamado mucho la atención pública el que presentó al ayuntamiento de esta capital, su celoso y entendido regidor el Sr. D. Ramon de Mesonero Romanos, en el cual se proponen con buen tino y bajo un plan completo y combinado las principales mejoras de que es susceptible la poblacion de Madrid, indicando al mismo tiempo la necesidad de construir ciertos edificios de que carece, como son una *catedral*, una *cárcel*, y un *teatro* digno de la capital de las Españas.

Y ahora que hablamos del teatro; empiezan á resentirse los que tal nombre llevan en esta corte, del calor de la estacion que tan agradables hace los paseos por la noche para compensar los rigores sufridos en las horas del día; sin contar con las muchas familias que desertan temporalmente de este tan ilustre como ardiente vecindario, en busca de un clima de menos brillo pero de mas frescura.

De esta situacion escepcional en que se hallan los teatros nace el poco interés con que se mira todo lo que á ellos atañe. Diremos sin embargo, algunas palabras acerca de las dos principales novedades que ha habido, una en la línea dramática y otra en la lírica, especialmente sobre la primera.

Es esta una tragedia en tres actos titulada *Egilona*, produccion debida á la pluma de la ilustre escritora Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda y representada últimamente en el teatro de la Cruz. A pesar de algunos defectillos que advertimos en su argumento, y la poca fir-

meza que hay en la situacion de los personajes, podemos asegurar que la encontramos muy ajustada á los preceptos del arte, observándose con todo rigor las unidades, especialmente la de accion. Como tipo de intolerancia y fanatismo, la creacion de Ali es digna del mayor encomio. Los caracteres de Egilona y Abdalazis son sumamente originales, y el del Rey D. Rodrigo está medianamente sostenido.

La versificacion de este drama reúne toda la robustez

y armonía con que tan bien sabe revestir sus imágenes la fecunda poetisa, teniendo además todas las condiciones adecuadas á la severa entonacion de la tragedia. De la ejecucion solo diremos que no ha correspondido enteramente á la importancia de la pieza que se representaba; por lo demás algunos actores han hecho esfuerzos muy laudables, como el Sr. Barroso que ha estado feliz por mas de un concepto.

La otra novedad ha encontrado menos aceptacion:

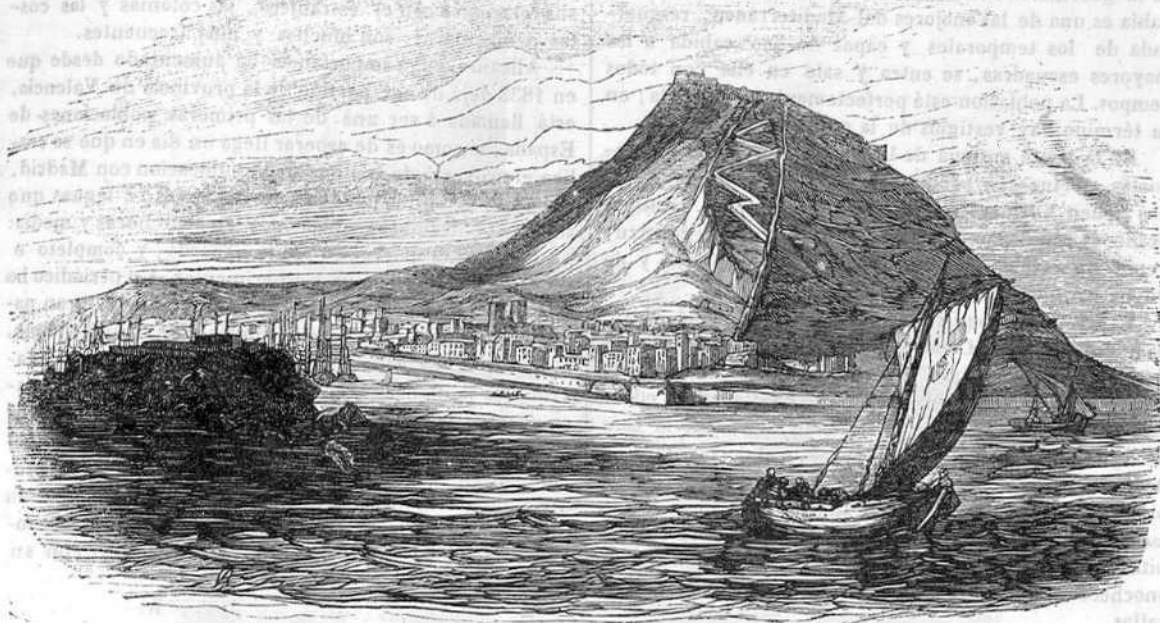


....Oh, mi Diana, mi Diana querida | continuó aproximando con una mano á sus
labios la cabeza de su hija y tendiendo la otra á Bussy.

era una composicion lírica del Sr. Persiani, titulada el *Fantasma*. Esta ópera que se representó algunas noches en el teatro del Circo no ha merecido los aplausos que suelen prodigarse á los *spartitos* en cuya ejecucion vibra la dulce y meliflua voz de la Persiani, truena el bajo Marini, y sostiene una brillante competencia con los instrumentos agudos el precioso falsete del tenor Salvi. Tiene segun los conocedores del arte, gran artificio en la composicion, si bien remediando muchas veces los cantos de otras óperas; pero en los oídos del público no ha escitado la fibra del entusiasmo que pronto se conmueve y excita la admiracion y mueve á un mismo tiempo manos y corazon.

Damos de muestra á nuestros lectores una de las preciosas láminas que adornan á la *Semana Pintoresca*, publicacion que cada dia vá adquiriendo mayor boga, principalmente por la interesante y filosófica novela de *Las memorias de un médico* de A. DUMAS. La viñeta que acompaña esta revista pertenece á la *Dama de Monsoreau* del mismo autor, cuyo tomo primero ha terminado. Es la obra de mas lujo y mas barata que se publica en esta corte, y en punto á la bondad de sus grabados nuestros lectores podrán juzgar por la muestra.

ESPAÑA PINTORESCA.



ALICANTE.



HAY quien atribuya la fundacion de esta importante ciudad, nada menos á Tubal, el cual segun los que así opinan, la dió el nombre de *Aulotia*; no falta quien diga que Brigo IV fué su fundador, y segun algunos autores, debió su reedificación á los griegos focenses. 549 años antes del nacimiento de Jesucristo, cuando vinieron los pueblos *Licios ó Illicos*, que la nombraron *Alone*, lo cual significa plaza de sal (1); por último otros atribuyen á estos mismos pueblos su primitivo origen. Alicante fué

colonia de los romanos y la llamaron *Illice*. Cuéntase que la etimología de su nombre, procede de que un moro de alta alcurnia nombrado *Ali*, casó con la señora propietaria del castillo de esta ciudad, llamado *Cantra*, por lo que la distinguieron con el nombre de *Ali-Cantra*; pero otros dicen como mas cierto, que se deriva de *Allicantos* ó sea *rincon de sal*, por la abundancia que de ella hay en las cercanías de la ciudad. Conquistóla á los moros el Rey D. Alonso I de Aragon el año 1144; habiéndola invadido segunda vez los mahometanos, con pérdida grande de los cristianos, volvió á recuperarla D. Alonso el sábio de Castilla, en el año de 1258, el cual no pudo conservarla, alzándose otra vez con ella los agarenos, á quienes se la tomó seis años despues el Rey D. Jaime el conquistador, quien la unió á su corona en el de 1264, mandando grabar las barras catalanas en la parte superior del escudo de armas de la ciudad. En el año de 1490 D. Fernando V la dió este título.

(1) Mendez de Silva, cap. 6, fol. 161.
TOMO I.—NUEVA EPOCA.—JULIO 5 DE 1846.

En el de 1706 se rindió por asalto, tanto la poblacion como el castillo, á las tropas que echó en tierra la armada inglesa, cuya nacion la tuvo en su poder hasta el mes de Abril de 1708, que la entregó Diego Stanop, despues de volado el castillo por el caballero Asfeid, y de un asedio rigoroso, recuperándola las tropas españolas, y dominando en ella el Rey D. Felipe V.

La ciudad tiene 21,500 almas, está situada á orillas del Mediterráneo, á la falda de un monte muy elevado, en cuya cima se halla el castillo nuevamente reedificado, con almacenes, cuarteles y habitaciones capaces para la guarnicion, todo hecho á prueba de bomba. La bahía es una de las mejores del Mediterráneo, resguardada de los temporales y capaz de dar cabida á las mayores escuadras, se entra y sale en ella con todos tiempos. La poblacion está perfectamente amurallada; en su término hay vestigios de la antigua *Lucentum*.

En la parte antigua de la ciudad, las calles son angostas, tortuosas y pendientes; pero los barrios modernos tienen buen caserío y hermosos almacenes. El alumbrado es asimismo digno de elogio: y se está construyendo un excelente mercado de piedra de sillería, y de buena arquitectura.

La iglesia parroquial que el año de 1595 fué elevada á Colegiata por Clemente VIII y hoy tiene otras dos parroquias mas anejas, está dedicada á S. Nicolás de Bari, que es patrono de la ciudad. No contiene esta edificios que merezcan llamar la atencion, fuera de la casa de Ayuntamiento, palacio episcopal, y el del marqués de Altamira. Dentro del pueblo hay una buena glorieta ó paseo cómodo y espacioso, que tiene unos 230 pasos de largo por 30 de ancho, tanto mas ventajoso para los habitantes por su situacion en el interior, cuanto que al anochecer se cierran las puertas que existen en las murallas.

Las salinas de la ciudad son excelentes y el mar las provee de mucha pesca; la huerta de la poblacion es muy grande pero árida; solo se ven en ella palmeras y algunas higueras; está sembrada de lugares y casas de labranza; dá cosechas de frutas, hortaliza, granos, mucha almendra, miel, pasa, aceite y vino; pero esto no es bastante para el sostenimiento de los habitantes, principalmente de la ciudad, los cuales cuentan en cambio con los productos del famoso *turron* que en ella se fabrica, y de que tanto gasto se hace en la corte, durante la temporada de Navidad; del jabon que allí se elabora, y de los recursos de la marina, manufacturas y comercio; sus relaciones con el extranjero, las colonias y las costas peninsulares, son muchas y muy frecuentes.

Alicante cuya importancia ha aumentado desde que en 1833 dejó de ser partido de la provincia de Valencia, está llamada á ser una de las primeras poblaciones de España, si como es de esperar llega un dia en que se realice el proyecto de facilitar su comunicacion con Madrid, en términos de que puedan atravesarse las 72 leguas que separan entrambas poblaciones en siete horas y media: lisonjero es el porvenir que la aguarda, y completo o cambio favorable que vá á experimentar. Un periódico ha dicho: «el agente civilizador por excelencia, la gran palanca con que se obran los prodigios que admira el siglo, la *industria*, ha echado una ojeada sobre Madrid, y Madrid será la digna capital de España. El laborioso vasco que ha dado el primer azadonazo en el *primer camino de hierro* que pondrá á Madrid en inmediata comunicacion con un puerto de mar, ha obrado este prodigio;» nosotros añadiremos que ha inaugurado asimismo una época de prosperidad para Alicante, porque Alicante es el puerto que la suerte ha favorecido con su eleccion.

R.

VIAJES.

HISTORIA DE UN TIGRE.

Aventura cómica ocurrida al Capitan Mac-clenchem en el desierto de Hooghly.

Una numerosa concurrencia acostumbra á agruparse diariamente en torno de las mesas de la taberna inglesa de Arrowsmith. En el mes de Setiembre, porcion de aficionados á la caza la invadieron á la vez: era precisamente en la época en que se autoriza la matanza del conejo y la perdiz, y en la que mayores utilidades tiene el mesonero inglés, á causa de la fama que ha llegado á adquirir, por su habilidad en dar el debido punto á las victimas de este género que caen en su asador.

Los cazadores, que son gente de tan agíl lengua como ligeros pies, no tardaron en contar á competencia las hazañas de su vida llena de lances. Dios sabe los hechos maravillosos que su imaginacion inventó. De todos los concurrentes, solo uno estaba callando, el cual se llama-

ba Mr. Roberto, viejo casi sexagenario cuya mirada era distraida é indiferente la expresion de su semblante. Pasaba por haber corrido infinidad de aventuras, pero rara vez tocaba á capítulo alguno de sus memorias.

—¿Y á vos, Mr. Roberto, no os ha ocurrido nunca ningun acontecimiento extraordinario en vuestros numerosos viajes á Ultramar? dijo uno de los comensales, un dia que la conversacion habia estado mas animada que de costumbre.

—¡Oh!.... oh! exclamó el viejo, sin hacer memoria, al parecer de ningun hecho curioso. Despues, como en ademán de recordar, levantó la cabeza.... sus ojos brillaron repentinamente, y una expresion de terror que hi-

zo creer por un momento que experimentaba alguna desazon, se manifestó en su semblante.

«No es nada, señores, dijo á los que se disponían á socorrerle, no es nada, un recuerdo.... un temblor que data de 30 años, y que de mis venas pasará pronto á las vuestras. La sola idea de los sucesos que os voy á referir, me hace erizar los pocos pelos que me han quedado en la cabeza.

Empiezo.

Hacia el año de gracia de 1814, hice conocimiento con el capitán Mac-clenchem del ejército de Bengala. Una larga permanencia en algunas partes poco saludables de la India, habia destruido la salud de aquel oficial, quien obtuvo licencia para residir algun tiempo en el Cabo, cuyo clima debia serle favorable. Allí fué donde comenzaron entre ambos unas relaciones que despues se convirtieron en amistad sincera. Cuando se le concluyó la licencia al capitán y la salud le permitió volver á sus ban-



deras, me obligó á hacerle una medio promesa de acompañarle á Calcuta, la ciudad de los palacios como la llaman sus habitantes, y de allí á Polihagabad, donde un pariente mio se dedicaba al cultivo del añil.

Antes de pasar adelante, señores, dijo Mr. Roberto, será conveniente que os dé algunos detalles mas circunstanciados acerca de mi amigo el capitán Mac-clenchem; porque estaba muy distante de ser un hombre adocenado, aunque en la época á que me refiero no era ni la sombra de lo que habia sido, notábanse en él los síntomas de la decadencia física del atleta, con la tez morena del indio y con su aire en los movimientos; aque- cuerpo, que no se distinguía como algunos años antes, por la gracia y por la fuerza, se asemejaba á esos edificios bien contruidos, á los cuales el tiempo suele arrebatár algún adorno, pero cuya mole siempre respeta. El capitán Mac-clenchem, era todavía un hombre de agilidad y fuerzas poco comunes. Gozaba de mucha fama así

en la guerra como en la caza. Aunque su modestia no le permitía manifestar sus hazañas, sé de él algunas que desafío desde luego á los hombres mas valientes y arrojados á que siquiera las intenten.

Por ejemplo; uno de sus pasatiempos ordinarios, era seguir la pista á los elefantes salvajes. Los escitaba, y en el parasismo de su furia, se presentaba á ellos y les arrancaba con sangre fria pelos de la cola.

Este hecho, señores, continúa el narrador, no debe ser puesto en duda, por el que haya tenido idea de la serenidad de mi amigo, y si es menester daros otro ejemplo de su sangre fria, os diré que en la famosa defensa de la ciudadela de Hogunhger, ú otro nombre parecido, se vió al capitán estar de pié en la cureña de un cañón de á 24, fuera de servicio, dando órdenes á los artilleros y designándoles con el dedo índice las posiciones á que debían hacer fuego. No bien hizo la señal, cuando una bala silbó y le llevó el dedo estendido. El

capitan Mac-clenchem, sin conmovirse al parecer, queriendo continuar la demostracion á los soldados, levanta el dedo de corazon y le pone en direccion del fuego.... una bala lleva este segundo dedo. «Les daria otro dedo, dijo el capitan riéndose, pero me le llevarian tambien, y esto me inutilizaba para tomar tabaco.» Y se bajó riendo.

Hé aquí, señores, el hombre que debia haceros conocer, antes de pasar adelante en los detalles de mi historia.

Ahora vamos avanzando hácia los sucesos.

Despues de una travesia bastante cansada, llegamos á la embocadura del rio Hooghly, y sea por la falta de viento, ó por la de marea, ó por otra cosa que faltase, ello es lo cierto que nos vimos precisados á anclar. Cosa muy buena y halagüeña es esto para una persona como yo, que no tiene un gusto decidido por permanecer mucho tiempo en el buque. La sola idea de pisar tierra dá un gozo indecible; el mas árido suelo parece un paraíso, y la roca mas dura tiene bajo los pies la elasticidad de un terciopelo. ¡Con qué afán pedía yo á mi amigo que me acompañase á tierra! ¡Con qué placer le veía acceder! La costa nada tenía de pintoresca, ni de agradable, era una inmensa llanura estéril y arenisca; empero mi imaginacion la suponía cubierta de frondosos árboles, la tapizaba de césped verde como la esmeralda y la poblaba de pájaros de vistosa pluma y armonioso cántico.

La gran canoa dió á la vela para hacer agua; el capitan Mac-clenchem y yo, despues de haber tomado abundantes provisiones, escoltamos hasta la orilla las pipas que se iban á llenar. Sucedió que á una de ellas se le quitó la tapa y los marineros la dejaron en tierra por inútil.

Yo daba á mis piernas toda la estension de ejercicio que quisieron tomar, y cuando el cansancio empezó á hacerse sentir, y el apetito nos indicó la hora de comer, mi amigo el capitan y yo buscamos un sitio conveniente para ello. Pero ni un solo árbol había que pudiese brindarnos con su sombra.

Al capitan se le ocurrió entonces hacer uso de la pipa rota, la rodamos al sitio que nos pareció mas á propósito, para que nos sirviese á la vez de resguardo y de amparo, y á su sombra dimos principio á los preparativos del banquete.

Ya las aves hambres habían llevado un gran golpe, el jamon en lonchas se ostentaba en la hoja del cuchillo, bañándolo todo en un exquisito vino, cuyos dulces vapores nos recordaban nuestro país, y la memoria de las afecciones lejanas; habíamos brindado por los amigos, la familia... y despues de apurar la lista de nuestros parientes buscábamos por quien brindar... el capitan acababa de descubrir que en el centro de Escocia tenía un primito de quien no se había acordado durante el viaje, y nos preparábamos á beber por su salud cuando...

¡Oh! aquí, señores, es menester, dijo Mr. Roberto, que haga una pausa... Treinta años há que resuena en mi oído el grito de que voy á hablaros... y siempre aquí, siempre presente... Tengo en la cabeza el horroroso ritmo... la infernal escala, no encuentro palabras para representarlo, ni frases para explicar este ruido... ¡Uf! aun

tiemblo... diez mil diablos resfriados, roncando y gruñendo sordamente á tres pasos... ¿Quién podrá olvidar haberlos oído? ¿quién podrá comprenderlo sin haberlo escuchado?

El capitan Mac-clenchem dominó bastante su emocion para decirme: «¡Mirad, Roberto, por Dios, tened cuidado.»

Dió un salto que pudo competir en ligereza con los que dan las cabras de nuestras montañas, y se encontró de pié detrás del tonel. Felizmente yo tuve tiempo de unirme á mi amigo y tomar posición á su lado, antes que la causa horrenda de nuestra rápida y sagaz maniobra se nos presentase á una distancia de dos pasos... bajo la figura de un tigre real, ó mas bien de una tigre. Despues tuvimos ocasion, como vereis, de reconocer el sexo de nuestro adversario.

Hete aquí que la terrible lucha empieza; lucha á tres, lucha de esterminio. Ninguno de nosotros ni el capitan Mac-clenchem, ni el tigre, ni yo, se había visto jamás en semejante lanceo.

Por campo de batalla el desierto, por defensa un tonel, y por armas nuestra destreza. Esta era la posición en que nos encontrábamos.

No sabemos como pudo el tigre llegar hasta nosotros, sin que hubiésemos sospechado siquiera su proximidad. Un raton no habría encontrado en aquel desierto, un árbol, un arbusto, ni un surco para guarecerse... No era ocasion en aquel momento de discurrir sobre la rapidez de la carrera del tigre. Todavía no he leído lo que los naturalistas, que seguramente no habrán visto un tigre tan de cerca como yo, han escrito sobre este punto; mas adelante les consultaré. Pero volvamos á nuestro tonel.

Estábamos, pues, el capitan y yo maniobrando alrededor de la pipa, en un estado de emocion que es imposible describir.

Un rayo de esperanza nos reanimó. Quizá la tigre decíamos, se avalance á los restos de nuestra comida: tal vez satisfaga su hambre con los comestibles, y abandone en esta ocasion la presa del hombre. Dos minutos de alto que tuviese con nuestras provisiones, nos daba tiempo suficiente para reanimarnos y combinar un plan de defensa.

Pero ¡vana esperanza! el ojo de la fiera se clavaba á plomo sobre nosotros; era la sola presa que buscaba.

Mas de una hora transcurrió, en cuyo tiempo continuábamos los tres nuestras evoluciones alrededor del tonel. Esto era ya fuera de los límites de las fuerzas humanas; un momento mas, y el capitan y yo hubiéramos sucumbido de fatiga... Afortunadamente el animal, tuvo menos paciencia que nosotros, y su naturaleza feroz no se acomodaba á aquella estrategia sin resultado.

Permaneció el tigre un momento inmóvil, como si meditase una gran resolucion; por último, replegándose sobre sí mismo, y reconcentrando todas sus fuerzas, toma de repente carrera, y vá á salvar de un salto el obstáculo que nos separa.

No tuve mas que una idea súbita, la certeza de la muerte y caí de rodillas. Despues de un instante, asom-

brado de respirar aun, obedecí la voz de mi amigo que decía: «Roberto, subid.»

Al momento comprendí lo que era; nuestra feliz estrella había querido que el tonel colocado derecho presentase la abertura en su superficie; inclinóse cuando el tigre hizo un esfuerzo hácia él, y mi bravo compañero con aquella sangre fría que le caracterizaba, dió al tonel con el pié una direccion tal, que enteramente le volcó sobre la fiera. Así el tigre se hallaba en una jaula, en donde no entraba mas luz que por el agujero del tapón.

Mi amigo pudo salvar de un salto la plataforma del fuerte, y tenía puesto el pié sobre el nuevo género de calabozo, que su génio y su sangre fría acababa de crear para encerrar al enemigo comun.

En cuanto á mí, escalé el tonel y me puse junto á mi amigo. El primer trasporte de alegría se convirtió luego en un justo temor. Reflexionamos que no habíamos mejorado gran cosa nuestra situacion, no teníamos medio alguno de comunicacion con los marineros que se habían quedado en la orilla, ni podíamos permanecer mucho tiempo sobre aquella especie de esplanada de madera, bajo la que rugía un esclavo que se convertiría en señor tan luego como abandonásemos el puesto.

El sol se iba ocultando poco á poco, y con él nuestra esperanza de socorro.

(Concluirá.)

A LA MEMORIA DE MURILLO (1).

Vamos á cumplir con uno de los deberes que nos impone la tarea de escritores públicos, poniendo en conocimiento de los aficionados á las nobles artes, el excelente proyecto de erigir un obelisco á la memoria del insigne artista sevillano Bartolomé Esteban Murillo. Cuando por todas partes vemos alzarse monumentos consagrados á aquellos hombres eminentes que han conseguido ganarse una reputacion bien merecida, parecia hasta criminal y ridículo el abandono en que yacian los restos del célebre pintor, gefe de la escuela sevillana. Nuestro corazon se estasia de gozo al ver reparada esta falta con el atinado pensamiento que tuvo la oportunidad de esponer á la academia de nobles artes de Santa Isabel, el Excelentísimo señor D. Manuel Lopez Cepero. Esta ilustre corporacion, celosa por las glorias de nuestra patria, no ha podido menos de acoger con entusiasmo tan excelente proyecto, habiendo acordado en junta extraordinaria celebrada el dia 9 de mayo, la ereccion de un monumento sobre la huesa del inmortal Murillo, que simbolizando la gloria de tan grande artista, sirva al propio tiempo de centinela avanzado que anuncie á los hombres el lugar donde reposan los apreciables restos del pintor del mundo.

La academia de nobles artes de Sevilla estaba moral-

mente obligada á tributar tan justo homenaje á la memoria de su ilustre fundador, pues que á este es debida una escuela que tan célebres discípulos ha dado, y que tanto honor hace á la capital de Andalucía. Deseando Murillo erigir un verdadero templo á las artes y contribuir aun mas á sus adelantos, quiso que sus compatriotas disfrutasen de la esperiencia de sus profundos estudios, y concibió el plausible proyecto de fundar esta academia, en la cual pudieran instruirse mutuamente los que al noble título de pintores aspirasen, valiéndonos de las espresiones del señor Amador de los Rios. Dió este pensamiento vida á la academia, continúa el mismo autor, y reuniéronse á la voz de Murillo todos los profesores que florecian entonces, para dejar á su pais un testimonio de verdadero patriotismo, y á las artes una prueba del grande amor que les profesaban.

Agustín Cean Bermudez en su *Carta sobre la escuela sevillana*, trata largamente del establecimiento de esta academia, y enumera los grandes obstáculos que tuvo que vencer Murillo antes de verla enteramente establecida. Remitimos, pues, á nuestros lectores en este punto á la mencionada *Carta*, en cuyo final se copian documentos muy curiosos é importantes; y nos contentaremos solamente, y por cumplir así á nuestro propósito, con apuntar que en 1660 se celebró la primera sesion, á la cual concurrieron todos los pintores de mas fama, nombrándose presidentes al mismo Bartolomé Murillo y á Francisco Herrera. Sin proteccion alguna del gobierno y sin otro estímulo que el deseo de adelantar, comprómetiéronse aquellos artistas á sostener por medio de una suscripcion módica los gastos precisos para llevar adelante el patriótico proyecto de Murillo: y si ya no alcanzaron del gobierno una intervencion directa cual hubieran deseado, lograron que el asistente de Sevilla presidiera los actos públicos, en que era necesario que apareciese la academia con la mayor solemnidad posible.

Por todas estas y otras muchas razones, la citada corporacion tenia contraida esa deuda sagrada con su ilustre fundador: y esto lo decimos, porque tenemos un placer en que tan loable pensamiento sea conducido hasta el fin por los distinguidos artistas que cuenta en su seno la academia de nobles artes de Sevilla, los cuales nos consta que trabajan incesantemente para presentar cada uno su proyecto y elegir de entre todos el mas digno. En sesion del 29 del mismo mes se presentaron algunos que hemos tenido ocasion de ver, y seguramente no sabríamos cuál señalar, porque en nuestro concepto todos reunen la filosofia y el buen gusto, propios para el fin á que se dedican, como no podíamos menos de esperar de sus aventajados autores.

Sentimos mucho que el sitio en que debe erigirse, si bien es el mas propio, no sea uno de los mas públicos de Sevilla; pero sea el obelisco colocado sobre las cenizas de Murillo el heraldico que pregone su grandeza.

Tenemos entendido, que careciendo la academia de fondos para dedicarlos á este objeto, y no queriendo desistir de su laudable proyecto, ha determinado establecer una suscripcion. Nosotros esperamos que produzca lo bastante para cubrir los gastos, y por lo mismo

(1) Tenemos el mayor gusto en dar publicidad á este artículo, que tomamos de la Giralda, periódico de Sevilla.

aconsejamos á la academia que no desmaye en su propósito, estimulando á los amantes todos de nuestras glorias artísticas á que contribuyan por su parte á una empresa, en que se halla interesado el honor de este suelo que vió nacer al inmortal Murillo.

Nosotros nos proponemos imponer á nuestros lectores del proyecto que sea elegido, con todas sus circunstancias, y si nos es posible, litografiar un ligero apunte, que tendremos el gusto de ofrecer á los suscritores de nuestro periódico.

Damos desde luego la mas cordial enhorabuena y ofrecemos gustosos nuestro escaso apoyo, á una corporacion que tan justamente se propone honrar las cenizas del eminente artista con una memoria, reclamada no solo por el honor de las artes, sino tambien por el decoro y distincion que hace tanto tiempo reclamaba el sepulcro de Bartolomé Esteban Murillo.

Creemos que tan atinado pensamiento no dejará atrás á otro que con igual objeto tiene proyectado un íntimo amigo nuestro, y que tambien ha sometido á la aprobacion de la misma academia.

JOSE GUTIERREZ DE LA VEGA.

MEJORAS DE MADRID.

Madrid ha hecho recientemente grandes adelantos en su ornato: no parece sino que avergonzado de la escasez de reformas introducidas en un largo período anterior al año de 1834, ha querido despertando de su letargo, adelantar en los 12 últimos años gran parte del camino que otras capitales extranjeras le tienen indicando, y avanzar á grandes pasos en la carrera que aun le falta atravesar hasta colocarse al nivel de ellas. Háse obrado una casi completa renovacion en la parte material del pueblo, y un cambio tal en su aspecto, que pocos años de ausencia bastan para desconocerle. Mucho se ha hecho, pero mucho queda que hacer aun, hasta alcanzar el grado de perfeccion, el refinamiento de comodidades necesario en esta época exigente y descontentadiza.

Proponémosnos tomar acta de todas las innovaciones notables que tengan lugar en la corte y empezamos á hacerlo hoy, presentando una vista (1) de la pieza gótica del magnífico café del Espejo, recientemente abierto en el lugar que ocupaba el de la Bolsa. No há muchos años que las botillerías de Pombo, del Carmen y otras semejantes, satisfacian á las personas que pasaban por la incomodidad de sentarse en un duro banquillo de pino, á trueque de gustar buenas bebidas, á la luz de algun opaco quinqué. Hoy no se llenan las exigencias del público, sino encuentra en cada café magníficos salones

radiados y colosales espejos; y aun tolerará faltas no leves en la calidad del género, con tal que se le sirva sobre mesas de mármol, y que pueda sentarse en banquetas de terciopelo; cosas de este siglo inconsecuente y contradictorio, que al paso que ha merecido el nombre de positivo, es superficial, frívolo y enteramente pagado de apariencias. Lo cierto es, volviendo al café del Espejo, que con su rico adorno, con la eleccion de colores blanco y azul que exclusivamente se han empleado en él, con sus magníficos dorados y sobre todo con la bellísima pieza gótica ya citada, forma especialmente la luz artificial un conjunto mágico y sorprendente, y ha escedido en lujo á todos los establecimientos análogos de Madrid, incluso el que con no menos pretensiones acaba de abrirse en la calle Mayor. Esta mejora será, no lo dudamos, la señal de otras muchas que se verificarán en los demas cafés, como los de Santa Catalina y Nuevo lo fueron en su tiempo, de las reformas posteriormente adoptadas.

Ya que tenemos la pluma en la mano para hablar de mejoras de la poblacion, cuando la prensa toda de Madrid se ocupa de proyectos é indicaciones relativas á ellas, á consecuencia de la *Memoria* presentada al Ayuntamiento por el Sr. Mesonero Romanos, vamos á decir alguna cosa sobre la materia. Este trabajo, como era de esperar de la instruccion, del talento, de la laboriosidad y del buen gusto del autor del *Manual de Madrid* y fundador de nuestro SEMANARIO, deja poco que desear segun la opinion general, atendido el carácter de un vasto plan de mejoras que su autor le ha querido dar, y nos complace-mos en consignarlo así felicitándole por el acierto con que ha sabido formular la expresion de los deseos del público.

Como es consiguiente, la mencionada *Memoria* por lo estenso de su plan, que tiende á la mejora y reforma completa de Madrid, no desciende á pormenores; de estos se han ocupado diferentes periódicos; conviniendo perfectamente con el espíritu de un artículo publicado en el *Español*, creemos que el acierto en materias de esa clase, pende mas de la abundancia de pensamientos y de datos, que de los conocimientos profundos de las personas que se ocupen de ellos.

Mucho se ha dicho ya con acierto, y esto nos evita repetir las ideas indicadas y en que estamos conformes, limitándonos como lo haremos en otro artículo, á la exposicion ligera de las observaciones sueltas que nos ocurran y que apuntaremos brevemente, sin trazarnos orden ni método alguno.



(1) El ajuste del periódico no ha permitido la viñeta que teníamos dispuesta para este artículo y que se publicará en el número próximo.

POESIA.

ULTIMO SUSPIRO...

A LELIA.

Soneto.

Trémulo el corazón, el alma herida,
Sin alas con que alzar mi pensamiento,
Ayes voy dando al rumboso viento
Pues miro inquieta caminar la vida.

Que si yo te arrullé, perla escondida
Del hondo mar en el oscuro asiento,
No me atendiste, y se perdió mi acento
Y también se perdió mi paz querida...

Por eso en medio de la amarga lucha
En que vence el desden a los amores
Mi suspiro postrero, Lelia, escucha:
Que alguna vez sabrás mis sinsabores

Cuando la fe de tu pasión sea mucha
Y te olvide el galán á quien adores.

ANTONIO ARNAO.

CRONICA.

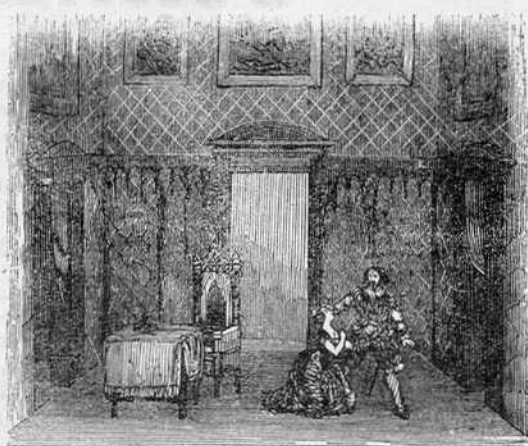
La publicación de la novela *Martin el Espósito* ó *memorias de un Ayuda de Cámara*, que el célebre Sné ha comenzado á dar á luz en el *Constitucional* de París, trae alborotados á casi todos los periódicos y editores de la corte y de las provincias. El *Español* continúa con sus amenazas de querellas judiciales y luchas forenses, á todos los que impriman la obra; mientras tanto apenas hay diario, ni impresor, que no prepare ediciones de ella. La que vá á hacer la *Semana Pintoresca*, cuyos prospectos han circulado con profusion, ofrecerá las ventajas de esmero en la parte literaria, lujo en la material, extraordinaria economía en el precio y prontitud: el primer cuaderno está á punto de repartirse de un día á otro, con lindísimas viñetas que hemos tenido ocasión de ver.

En el teatro del Príncipe se ha estrenado una comedia traducida del francés con el título de *Un casamiento á media noche*. Esta producción es otra de esas piezas insulsas é inverosímiles que nuestros vecinos elaboran á fuerza de trueques y equivocaciones, sean ó no traídos por los cabellos. Afortunadamente si carece de interés, no ataca al menos á la decencia y á la moralidad como acontece con gran parte de las comedias de igual procedencia, que se representan en nuestros teatros. La traducción es bastante buena, y la ejecución fué esmerada.

Se ha ejecutado por fin en el teatro del Circo, la ópera *Maria di Rhoan*, que no tuvo lugar la noche del

miércoles según estaba anunciado, y que el público ansiaba oír; la ejecución fué digna de la brillante compa-

ESCENAS DE TEATROS.



(Escena del duo final del tercer acto en la ópera de *Maria di Rhoan*, ejecutada por la señora Persiani y Ronconi.)

ña que trabaja hoy en este coliseo. Parece que en el mismo se prepara la ópera *Elizir D' Amore*, en la cual desempeñarán la señora Persiani y Salas, las partes que en el año pasado estuvieron á cargo de la señora Ronconi y su esposo.

Han pasado las veladas de S. Juan y S. Pedro sin cosa que de notar sea, como todos los años, numerosas comparsas de músicos ambulantes y destemplados guitarreros torpemente rascados, circularon por las calles aquellas noches. La concurrencia á las verbenas no ha sido menor que en los años anteriores, ni han variado en nada los pormenores de estas fiestas populares, de antiguo origen y uso constante.

Nuestro amigo D. Antonio Zabaleta, y D. José Amador de los Ríos han emprendido con el título de *Boletín Español de arquitectura*, la publicación de un periódico científico, quincenal, dedicado á la propagación de las buenas doctrinas, y á la defensa de los derechos y prerogativas de tan noble arte. El laudable objeto que se proponen sus redactores, es: «La reconciliación de cuantos al cultivo de la arquitectura se consagran en nuestra Península; la ilustración de todos por medio de los adelantamientos debidos á los insignes artistas y escritores extranjeros; la rectificación de las opiniones exclusivistas ó licenciosas; y finalmente, la formación de un sistema que abrace y comprenda todos los dogmas artísticos, encerrando así la verdad de todos los sistemas, y al mismo tiempo desechando sus errores.» Los tres números que van publicados, contienen materias de sumo interés para los profesores del arte, é instructivas para toda clase de personas. La parte material es esmerada, hallándose á cargo de las oficinas de D. Ignacio Boix, en cuya librería se suscribe.

A NUESTROS LECTORES.

La empresa del *Semanario Pintoresco Español* y del *Siglo Pintoresco*, poco acostumbrada á dirigirse á sus abonados para ofrecer mejoras, que ha preferido siempre realizar sin anunciarlas, reconocida y animada con un éxito que ha escedido en mucho á sus más lisonjeras esperanzas, necesita hoy ocupar algunas líneas de ambos periódicos, para trazar la nueva marcha que han de seguir estos desde el presente número. Contando ya como suscritores á entrambas publicaciones, á muchos de los que lo eran á una sola, y confiada en que los que aun no lo sean á las dos, se apresurarán á apoyar con un desembolso insignificante estas obras puramente españolas y de reconocida utilidad, hállese en posición de realizar el pensamiento que concibió tiempo há, de hermanar los dos periódicos, encargando su direccion á una misma persona, para que imprima á cada cual un carácter diferente, pero guardando entre ellos la debida conexion, como encaminados que van al propio fin de generalizar toda clase de conocimientos, armonizando el estudio y la instruccion con la amenidad y el recreo.

Publicará el *Semanario* con mucha mas frecuencia en la seccion titulada *España Pintoresca*, artículos descriptivos de monumentos y paisajes notables con exactísimas vistas de ellos. Bajo el epigrafe de *Madrid artistico*, volverá á insertar noticias de cuantas curiosidades encierra la corte, ilustrándolas con grabados, de los cuales hay hechos ya mas de mil, que representan vistas de edificios antiguos y modernos, cuadros, estatuas, fuentes, jardines, paseos, etc. Aparecerán nuevamente en las páginas del *Semanario* las interrumpidas secciones de *Costumbres nacionales* y de *usos y trajes provinciales*, enriqueciendo los cuadros de costumbres con los dibujos á que las escenas de los mismos dan materia, y los usos provinciales con una coleccion de trajes españoles. Continuaremos publicando artículos sacados de la *Historia de España* intercalados, así como los de *Biografía Española*, de grabados representando copias de retratos, trajes y armaduras. También acompañarán viñetas á las *aventuras y relaciones de viajes recientes*, que tomaremos de las publicaciones francesas é inglesas, escogiendo las mas cortas é interesantes; y concederemos por último un lugar, á todas las materias de instruccion ó recreo. Suprimiremos la revista de la semana, porque las dimensiones y la naturaleza del periódico no la permiten mas que de una manera mezquina, y con el título de *Crónica*, que antiguamente llevaba esta parte del *Semanario*, publicaremos en párrafos sueltos cuantas noticias puedan interesar á los suscritores, acompañando escenas de los sucesos mas importantes, vistas de los lugares en que ocurran, retratos de los personajes que esciten la curiosidad del momento, y decoraciones teatrales. La direccion del *Semanario* considera como requisito esencial en obras de esta clase la variedad, y tendrá muy presentes los artículos que se han insertado en los 11 años que cuenta de vida, á fin de no incurrir en repeticiones; sin que por esto deje á veces de volver á tratar materias ya publicadas, para comunicar nuevas noticias ó inventos, logrando así la ventaja de tener á los lectores al corriente de los descubrimientos y adelantos progresivos, y cuidando de poner en relacion por medio de citas los artículos que se publiquen con los ya publicados sobre

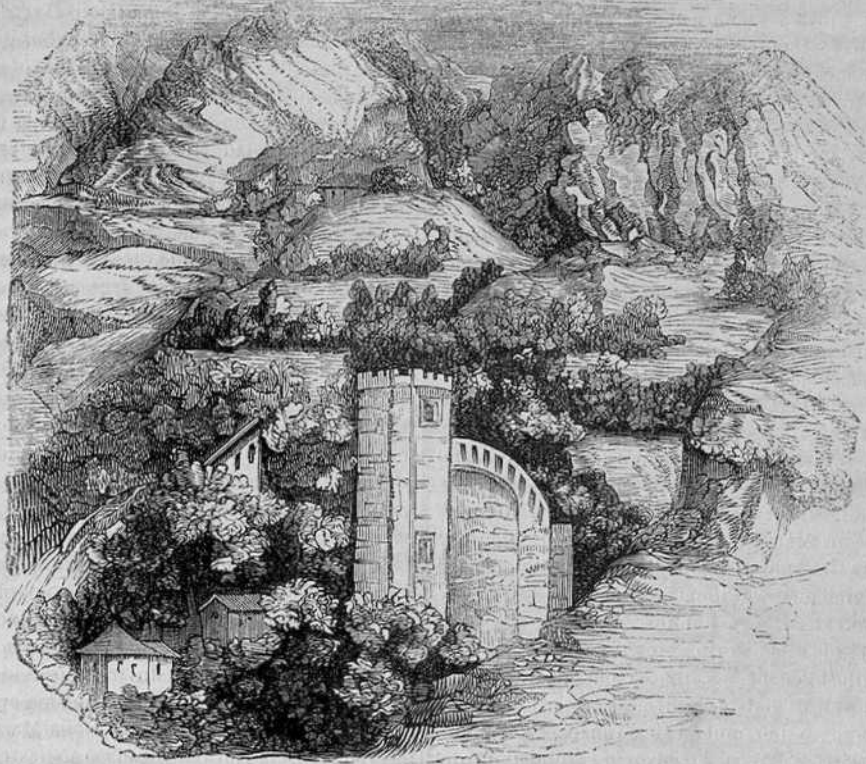
el mismo asunto. De este modo siguiendo el *Semanario* el plan y espíritu que presidió á su fundacion, vendrá á formar la mas instructiva, amena y completa *enciclopedia popular* que hasta ahora ha salido á luz en España.

El *Siglo Pintoresco*, por su índole, está llamado á ser una de esas obras periódicas que se publican en Francia, Inglaterra y Alemania, y que con tanto crédito corren por toda Europa; á ejemplo de ellas, ocupará sus columnas con artículos detenidamente meditados, y así como el *Semanario* dará cabida á escritos cortos, compatibles con sus dimensiones y con la frecuencia de su aparicion, así en el *Siglo* saldrán á luz artículos de mas estension é importancia, que con holgura puede insertar. No olvidaremos el epíteto de *Español*, con que se honra el *Semanario*, y cuidaremos de que el título de *periódico universal*, que campea en las páginas del *Siglo*, sea una verdad. En el primero la mayor parte de las descripciones serán de España, y españolas casi siempre las biografías; en el segundo presentaremos á nuestros lectores artículos de viajes, con vistas de monumentos célebres de todos los paises y biografías de hombres eminentes, sea cualquiera su patria. Tendremos á la vista todas las publicaciones análogas del extranjero, y nos aprovecharemos de ellas para dar cuenta á nuestros lectores del progreso de las ciencias y las artes. No se limitará la revista del mes á referir los sucesos del pais, ni se contentará con narrarlos; consignará en sus columnas los hechos notables, que ocurran tanto en el interior como en el extranjero, y hará asistir, por decirlo así, al lector á todos los acontecimientos, presentándole las vistas de los parajes en que tengan lugar, y dándole á conocer los personajes que en ellos figuren, dejando así consignada y estampada la historia respectiva de cada mes. Los geroglíficos alternarán entre las dos publicaciones segun lo permitan los ajustes, y finalmente estableceremos en la segunda página de las cubiertas del *Siglo* un *boletín bibliográfico* en que se insertarán juicios criticos de las obras que lo merezcan.

Contamos con la cooperacion de gran número de literatos y de artistas, que gozan de reputacion merecida, y que nos favorecen con sus trabajos y dibujos; admitiremos sin embargo gustosos y daremos publicidad á las descripciones y noticias que se nos remitan, siempre que sean dignas de ello; y al efecto invitamos á todas las personas ilustradas, tanto de la capital como de provincias, y en especial á los antiguos colaboradores del *Semanario*, á que contribuyan con sus comunicaciones al mayor brillo de este periódico, que será siempre apreciado, como un gran monumento literario de la época contemporánea, como una obra importante, trascendental y esencialmente española, á la cual han contribuido casi todos los escritores de alguna valia del pais.

Ha cesado en la direccion del *Semanario Pintoresco Español* y del *Siglo Pintoresco*, que tan dignamente desempeñaba, Don Francisco Navarro Villoslada, habiendo sido confiada desde el presente número á Don Angel Fernandez de los Rios.

ESPAÑA PINTORESCA.



EL CASTILLO DE CORULLON.



tros lectores al frente de este artículo.

La antigua fortaleza de Corullón, casi inespugnable por la solidez de sus muros y la profundidad de sus fosos,

TOMO I.—NUEVA ÉPOCA.—JULIO 12 DE 1846.

CORULLON es un pequeño pueblo que pertenece á los estados de Villafranca, y está situado en la falda de una elevada montaña cubierta de encinas y nogales que dominan á aquella villa. A la mitad del ameno valle que se estiende en una de sus laderas, se encuentra el castillo cuya vista presentamos á nues-

fué tambien en otros tiempos un magnífico palacio donde los Marqueses de Villafranca disfrutaron de los placeres de la caza, y respiraron el aire embalsamado de aquella deliciosa comarca. La dilatada vega que se distinguía desde la altiva torre del castillo, presentaba un golpe de vista en extremo sorprendente y amenazado por una cordillera de montañas que se oscurecían mas de una vez entre las tinieblas del río *Burbia*, reunía á lo árido de un torreón de defensa, lo florido y elegante de un palacio. En la actualidad, aun conserva el castillo de Corullón la fisonomía arrogante y caballeresca de sus primeros años. La almenada torre que se destaca arrogante sobre la copa de los árboles, trae á la memoria los recuerdos galantes de la edad media española, y preocupada el alma con estos pensamientos, el viajero sigue con sus miradas al hi-

dalgo que se estraviaba en las tortuosas veredas del bosque persiguiendo á un javalí, entre las voces de sus palafreneros y los ladridos de sus perros, y trae á la memoria las galantes aventuras de alguna doncella que confiaba á la noche los sollozos del arrepentimiento buscando, entreabierto los ojos por el cansancio y los lábios por la impaciencia, un almete adornado con plumas blancas en el camino que llega hasta Villafranca del Bierzo.

Estas fortalezas de formas colosales que el tiempo destruye á medida que las generaciones venideras han levantado con sus escombros miserables chozas, son los reyes de las edades que espican por sí mismos aquellos tiempos de austeridad caballerescas invocada en nombre de Dios, del Monarca y de las damas. La construcción del castillo de Corullon pertenece al siglo XIV, y como la mayor parte de las torres de su época fué testigo de hechos romancescos y aventuras amorosas.—No se cuentan de él las fábulas de apariciones y encantamientos; tampoco se escucharon bajo sus bóvedas los suspiros de alguna víctima sacrificada á la venganza—en el castillo de Corullon no tuvo lugar ninguna leyenda; pero los interesantes manuscritos del convento de la Anunciada de Villafranca, hacen mérito de una ilustre prisionera que lloró cautiva en su torre por algunos meses.

Hé aquí la historia de Doña María de Toledo, fundadora del convento de la Anunciación en Villafranca del Bierzo.

Los Marqueses de esta villa tuvieron entre sus descendientes á Doña María de Toledo, hija de D. Pedro y Doña Elvira de Mendoza; llamada en la religion, Sor María de la Trinidad. Esta doncella nació en 1581, y fué tan amable como discreta, y tan discreta como recogida. A los siete años de edad hizo voto de castidad, y á los quince prometió al cielo ser religiosa descalza. Concluidos los negocios de Italia, sus padres la trajeron á Villafranca del Bierzo, y por muerte de su madre, la adoptó por hija, su tía Doña María de Toledo, fundadora del convento de Dominicas de la Laura, que despues se trasladó á Valladolid. El Marqués D. Pedro, deseoso de complacer á los caballeros que solicitaban la mano de su hija, entre los que se contaba el Duque de Braganza, quiso casar á esta jóven repetidas veces, y otras tantas se negó á ello, alegando razones de conveniencia para su alma.

Por este tiempo marchó el Marqués á Nápoles por mandado del Rey, y adivinando que su hija variaría de propósito separándola del lado de su tía, la puso encerrada en el castillo de Corullon, y ordenando á sus criados que no permitiesen comunicacion alguna entre ambas, se marchó ufano con su nueva determinacion, que ignoraba, apresuraria el plazo fijado por la doncella para cumplir su propósito. Doña Teresa de Toledo estaba contenta en este encierro por encontrarse lejos del mudo y seguía en el empeño de ser religiosa, no encontrando medio alguno para huir del castillo por la vigilancia con que era observada en su prision. Llegó el tiempo en que Doña María de Toledo fundó con autorizacion apostólica el convento de la Laura, y con su consentimiento acometió la doncella la arriesgada empresa de fugarse del cas-

tillo de Corullon, tirándose de las rejas de los corredores por medio de sábanas atadas unas con otras. Las dos criadas que la acompañaban, llegaron al suelo sin lesion alguna, pero la ilustre doncella cayó en un lugar desigual, recibiendo un golpe fatal, del cual padeció toda la vida. La noche era oscura y el camino estaba cubierto de matorrales y pantanos, pero la casualidad hizo que encontrasen un jóven llamado Juan de Pumarega, vecino de Corullon, quien la acompañó hasta Villafranca. A este mancebo llamaba siempre Doña Teresa «el ángel de su guía.» A los pocos días tomó el hábito de novicia en el convento de la Laura, y se olvidó de los pasados infortunios en medio de la satisfaccion que le proporcionaba su nuevo estado. Tranquila estaba la novicia, cuando D. Pedro de Toledo irritado por la determinacion de su hija, alcanzó del Papa Clemente VIII un breve, en que mandaba su Santidad que no sirviese su profesion, al propio tiempo que la distinguida heredera de los Marqueses de Villafranca recibió otro en que elogiaba su nueva vocacion, dándole á escoger tres conventos, el de la Concepcion Francisca de la villa, el de la Madre de Dios de Toledo, y el del mismo título en Valladolid. Doña María de Toledo tomó el hábito en el de la Concepcion Francisca de Villafranca. Al cabo de algunos días volvió Don Pedro de Toledo de Nápoles, y admirado de la constancia de su hija cambió su rigor en cariño y se cobró con usura de la ausencia que habia sufrido.—Una de las mañanas en que se encontraba el Marqués con Doña María, esta le declaró los deseos que tenia de ser religiosa descalza y aquel formó intencion de fundar un convento de esta órden, disponiendo lo necesario para su construccion y eligiendo para este objeto un humilde hospital donde se habia hospedado San Francisco. Para la fundacion de este convento vinieron dos religiosas del de Descalzas Reales de Madrid, y otra de la misma orden de Trujillo. y el 24 de abril de 1606 entró Doña María de Toledo en esta nueva clausura dedicada á Nuestra Señora de la Anunciacion hoy conocida con el título de la Anunciada. A los dos días una solemne procesion, á la que asistieron las comunidades religiosas y el clero de la villa, el Marqués de Villafranca, su hermano, el Duque de Fernandina y la nobleza de la poblacion acompañó á la devota sucesora de D. Pedro de Toledo.

La heredera de los Marqueses de Villafranca, fué una religiosa ejemplar, y en los archivos del monasterio de la Anunciada aun se conservan algunas poesías escritas con religiosa naturalidad.

El castillo de Corullon se hizo acreedor desde entonces á las consideraciones de los cronistas de este convento, y para que nuestros lectores puedan formar una idea de la amenidad del sitio en que fué construido, haremos mencion del siguiente hecho que lo atestigua. Doña Leonor de Mendoza, hermana de D. Pedro de Toledo, que casó con el Sermo. Sr. D. Pedro de Médicis, Duque de Toscana, envió desde Italia un famoso pintor para que copiase exactamente esta fortaleza y su campiña, con la intencion de construir otro igual, como despues lo efectuó en los estados de la Toscana.

—A. NEIRA DE MOSQUERA.

VIAJES.

HISTORIA DE UN TIGRE.

Aventura cómica ocurrida al Capitan Mac-clenchem en el desierto de Hoochly.

(Conclusión.)

Aunque el estrecho recinto en que se encontraba circuido nuestro enemigo neutralizaba su fuerza muscular, le oíamos no obstante exhalar sordos rugidos, semejante al volcán que amenaza una próxima erupción. Nuestra posición era tan crítica como si nos halláramos sobre una mina, que de un momento á otro fuese á reventar sumergiéndonos entre sus escombros. La fisonomía, hasta entonces impasible del capitán, fué adquiriendo poco á poco una expresión de incertidumbre que en vano se esforzaba por ocultar. Instantáneamente sus facciones experimentaron alteración manifiesta, una sonrisa brilló en su pálido semblante, y acercó el dedo índice á los labios, en señal de que me recomendaba el silencio; vi que se bajaba con precaución, alargó el brazo derecho, como si fuese á coger una trucha en uno de los hermosos lagos de América, y antes que yo pudiese adivinar lo que trataba de hacer, se levantó y vi que tenía agarrada y tiraba con todas sus fuerzas como de un cable de la cola del monstruo que el capitán vislumbró junto al agujero de la pipa, y que había logrado sacar afuera del todo hasta su mismo nacimiento. Yo ayudé en cuanto me fué posible al buen éxito de esta nueva maniobra.

Era ya pues indudable, que nuestras vidas no corrían el más mínimo peligro, mientras pudiésemos conservar el tonel entre nosotros y el tigre.

Y aun había también probabilidad de que lográsemos arrastrarle hasta la costa, y allí apoderarnos de él con el auxilio de nuestros compañeros, para conducirlo vivo al jardín Botánico de París, ó al Zoológico de Londres, y exponerlo al público con estas palabras, fórmula acostumbrada de homenaje.

«Tigre real (hembra) regalado por el capitán Mac-clenchem y Mr. Roberto.»

Quizás teníamos ambos, mi camarada y yo, el mismo pensamiento sin habérnosle comunicado.

Nos bajamos de la pipa con todo cuidado.

Empero habíamos calculado mal nuestras fuerzas respectivas, porque el tigre á pesar de hallarse privado de poder hacer uso de sus piernas traseras, nos arrastró á su placer trazando el itinerario que quiso recorrer. Inútiles y vanos fueron todos nuestros esfuerzos para detenerle; se dirigió, y nosotros con él hacia el interior del territorio, continuando en sus sordos rugidos y lanzándonos miradas salvajes, considerándonos ya como presa suya.

En esta forma atravesamos rápidamente el espacio de una milla; el capitán asido fuertemente á la cola del animal, y yo aferrado con toda la fuerza que permitían las articulaciones de mis dedos al faldón de la levita de aquel. Al llegar, señores, á este punto de la narración, debo

hacer una manifestación en honor de la verdad, que prueba lo que es la especie humana cuando media la propia conservación y el interés privado. Si, confieso sin rubor que me pasó por la imaginación una idea infernal: tuve tentaciones de soltar la presa y abandonar á mi compañero.

Lo único que puedo alegar en mi disculpa, es que si yo hubiese tenido agarrada la cola de la fiera y mi compañero se hubiera hallado en mi lugar, quizás se le habría ocurrido el mismo pensamiento.

Pero qué digo, señores, acaso también todos los que están aquí experimentarían la misma tentación en igualdad de circunstancias; por lo menos, quiero hacerme la ilusión de creerlo así para tranquilidad de mi conciencia.

Sin embargo, yo no me dejé arrastrar de la tentación ¿por qué causa? lo ignoro. ¿Sería por el temor de ser alcanzado en la huida por mi amigo, ó por el tigre, ó quizás por ambos?... No lo sé... En aquellos momentos no me hallaba en disposición de poder analizar los motivos de mi determinación, y desde entonces acá no he tratado de averiguarlo.

Algunas asperezas del terreno y las raíces de los árboles que sobresalían sobre su superficie, disminuyeron por un instante la rapidez de nuestra carrera, y sin duda aquel momento de descanso, permitió á mi animoso é inteligente amigo concebir uno de aquellos pensamientos atrevidos, uno de esos recursos imprevistos de salvación, que solamente puede ser capaz de producir una imaginación viva y ardiente como la suya.

El medio de que se valió quiero consignarle aquí, y aun creo de mi deber recomendarle á cualquiera que en sus viajes se encuentre en la crítica situación que mi amigo el capitán y yo nos hallamos.

El éxito está acreditado por la experiencia, y solo la mala fe puede dudar de él.

Hé aquí las reglas que deben observarse en tan apuradas circunstancias.

Supongamos que os veis perseguido por un tigre en medio de un desierto, y que habeis logrado valiéndoos de la astucia ó de la fuerza aprisionar á la fiera bajo de un tonel cerrado por su parte superior. ¿Habeis hallado ya el medio de tirar como de un cable de la cola de la fiera y aferrándoos fuertemente á ella, habeis podido conseguir colocar el tonel entre el enemigo y vos?

Demos también por supuesto, señores, que llegarais hasta este punto con feliz éxito, como nos sucedió al capitán y á mí.

Continuemos el ejemplo.

Cuando conozcáis que el animal furioso está dotado de una fuerza muscular mucho mayor que la vuestra, y que en lugar de que vos le arrastreis, sea él por el contrario quien os arrastre tras sí, y que por consiguiente no saibéis hasta donde iréis á parar, porque ignorais completamente el punto donde se detendrá en su veloz carrera, coged entonces la cola de la fiera, y como si tuviese en la mano un cable, un bramante ó un simple hilo de cáñamo ó de lino, dais una vuelta á la cola alrededor de sí misma, y haceis con ella un nudo que no sea corredizo;

esto es, un fuerte nudo á la marinera, de forma que no pueda escurrirse ni pasar al través del hueco del orificio del tonel en el momento de soltar la presa; el animal entonces arrastrará tras sí su prision, pero no ya á vos tambien con ella y podreis huir.

Este es, señores, el golpe atrevido, esta la esperiencia milagrosa que tentó con tan feliz éxito el capitán Mac-clenchem.

Así que estuvo formado el nudo con la cola del tigre, me mandó mi amigo que gritase con la mayor fuerza que pudiera; los sonidos mas desentonados y desapacibles salieron de mi garganta y de la del capitán. A falta de instrumentos, chocaba una con otra dos botellas de ron añejo, que por casualidad se hallaban en mis bolsillos, y conseguimos infundir á la fiera el mismo espanto que por tanta tiempo nos habia inspirado ella á nosotros. Nuestros gritos se aumentaban en proporcion de la rapidez y ligereza de su fuga, y bien pronto la perdimos de vista.

Tan arriesgado golpe fué sin duda el hecho mas brillante de la vida de mi amigo el capitán, y á pesar de su modestia no ha podido escusarse de referir algunas veces este episodio de sus viajes.

El nudo corredizo es un rasgo de audacia é inteligencia muy poco comun. «Hemos pasado un momento terrible, me dijo despues mi amigo, y fué cuando soltamos la cola de la fiera, porque ¿quién podia asegurarnos que el nudo no se desataria ó escurriría? De esto dependia únicamente la resolucion del problema de nuestra existencia.» Y en seguida añadió: «Arrancar los pelos de la cola de los elefantes, coger los cocodrillos con la mano, domar á los hipopótamos, todo esto no es mas que un juego de niños en comparacion del de nuestro nudo de tigre.

Grande fué la alegría que experimentamos, continuó el narrador, cuando llegamos á la costa y encontramos á las gentes de la tripulacion. Los remeros estaban á punto de hacerse al agua, pues era ya casi de noche y cuantas diligencias habian practicado en nuestra busca habian sido inútiles. Al ver impresas en la arena las huellas de un tigre y desparramados los restos de nuestra comida, infirieron desde luego que habíamos sido presa del feroz animal.

Así que abordamos, referimos nuestras aventuras al capitán y tripulacion; los pelos del tigre que aun teníamos pegados á las manos, vinieron á imprimir un sello de autenticidad á nuestra narracion.

El capitán Mac-clenchem, fué el objeto de la admiracion y obsequio de todos los pasajeros.

Por lo que hace á mí, no tardé en caer peligrosamente enfermo. Me acometió el delirio; y solo conseguí calmarme, atando el extremo de una gruesa cuerda á uno de los pies de mi cama, y poniéndome la otra punta en la mano, con la cual tiraba por espacio de horas enteras como si se tratase de continuar aun la esperiencia del capitán Mac-clenchem.

Cuando mi enfermedad iba ya en decadencia, mandó el médico que se me pusiesen tambien entre los dedos hilos de bramante, al extremo de los cuales me entretenia en hacer nudos marinos.

Por último, me fuí restableciendo poco á poco, y desde entonces conservo ese tipo de indiferencia que me habeis notado algunas veces y que me impide prestar atencion á las narraciones ordinarias de los cazadores. Confieso francamente que encuentro poco animadas las aventuras mas estraordinarias relativas á la caza de la liebre y el conejo.

Para terminar completamente mi narracion, continuó Mr. Roberto, debo deciros que el capitán Mac-clenchem, impulsado de la curiosidad, trató de adquirir posteriormente noticias acerca del tigre y el tonel, pero lo único que pudo indagar por los naturales del país, fué que dos ó tres años despues de la travesía del buque que nos conducia á bordo, mataron dos tigres jóvenes en las cercanías, los cuales tenian una grande escrescencia en el nacimiento de la cola, casi del volumen y forma de un pequeño barril de aceite; y aunque no ha sido posible adquirir, no obstante haber practicado esquisitas diligencias, mas que una piel de tigre que le faltaba la parte mas esencial como adorno, el capitán ha creído afirmar que aquellos tigres jóvenes eran hijos del tigre hembra en cuestion. Es seguramente digno de sentir que no hayan sido cojidos vivos, porque fuera de que hubieran contribuido á enriquecer una coleccion zoológica, habrian tambien dilucidado sobremanera una cuestion todavia muy oscura, no obstante haberse debatido bastante, á saber: hasta qué punto las sensaciones producidas de una madre por los objetos exteriores, pueden influir en la conformacion física del germen que fecunda en su seno.

La historia de Mr. Roberto puso fin á las anécdotas de caza que se contaban en la taberna de Arrowsmith.

Desde aquel dia, cuando un cazador empieza á divagar en la narracion de sus expediciones, se ha inventado para hacerle callar una frase que ha venido á ser proverbial. «Habladle del tonel del capitán Mac-clenchem» dicen; y toda la concurrencia principia á reir confundiendo entre sus gritos y algazara la voz del narrador.

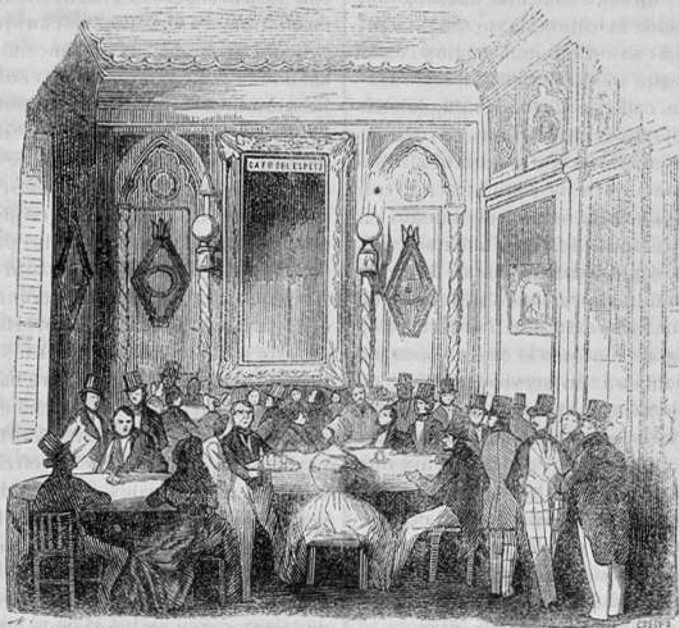
...

MEJORAS DE MADRID.

Está reconocida como una de las primeras y mas urgentes necesidades que la corte reclama, la apertura de nuevas vias de comunicacion en los barrios escéntricos, y la mejora y reforma de las que ya existen. En efecto, nada mas natural; la poblacion aumenta, el comercio se estiende, la industria se desarrolla, el centro ha de ser por necesidad insuficiente, aunque con perjuicio de la salud pública se haya permitido hasta un grado escandaloso la elevacion de los pisos en las nuevas construcciones. Pero si bien creemos conveniente la mejora bien entendida de los barrios extremos, no como un medio capaz por sí solo de que la poblacion se estienda, sino como una reforma que apesure este movimiento imposible de detener, en atencion á los aumentos que dejamos indicados, creemos que á este fin podieran adoptarse otras medidas mas eficaces: una de ellas, que ya en años anteriores se trató de poner en planta;

es la traslación de oficinas y establecimientos de importancia á los buenos edificios que existen en los barrios apartados del centro: pero la mas esencial en nuestro concepto, porque acortando las distancias pone en inmediata comunicacion todos los extremos de una ciudad, es el establecimiento de un servicio general y bien enten-

dido de *omnibus* en el interior de la poblacion: seria por lo tanto de desear, que el Ayuntamiento concediendo algun privilegio de corta duracion, escitara á las empresas que quisieran plantear este género de carruajes adoptando el método mas conveniente en su itinerario; pues la falta de este requisito indispensable, fué la sola causa



(Vista del salon gótico del café del Espejo.)

del mal éxito que tuvo un mezquino ensayo hecho hace pocos años, y no lo corto de las distancias, toda vez que en poblaciones de menos estension que en Madrid, Burdeos por ejemplo, en que no hay tampoco el movimiento que es natural en la capital de un reino, se sostienen con ganancias varias empresas de *omnibus*. Estos, en vez de ser conducidos por seis ú ocho caballerías con su correspondiente delantero, haciendo dobles los gastos é imposible el tránsito por las calles, debian serlo por tiros de tres caballos que podrian relevarse de tiempo en tiempo. En Madrid se empezó marcando un orden mal entendido de líneas, y se pusieron caros los asientos, en Burdeos estan perfectamente combinadas segun las horas del día y los sitios en que cada una de ellas hay mayor movimiento, y en cuanto á los precios estan baratísimos, habiéndose subdividido mucho las carreras, por cuyo medio se consigue que no tengan los transeuntes que pagar largas distancias á no necesitarlo.

Parécenos que se debería adoptar por ahora el siguiente sistema de líneas ú otro semejante; una carrera que partiendo de la plazuela del Hospicio ó de la plaza de Santa Bárbara, siguiese por las calles de Fuencarral ú

Hortaleza, Caballero de Gracia, Peligros, Príncipe, Relatores, plazuela del Progreso y calle de Toledo, volviera por la misma á la Plaza Mayor, calle de Bordadores, Postigo de San Martín, Horno de la Mata, Desengaño pasando por la Bolsa y regresando por la calle de Fuencarral al punto de partida.

Otra, que saliendo de la plazuela de Santo Domingo continuara su ruta á los ministerios, á la de Oriente, arco de Palacio, Platerías, Plaza, calle de Atocha, Carretas, Montera, Jacometrezo, á volver á la plaza de Santo Domingo.

Otra en fin, que partiendo de la Plaza y caminando por la calle de Atocha, plazuela del Ángel y Santa Ana, calle de la Gorguera, de la Cruz, Carrera de San Gerónimo, Puerta del Sol y Arenal, volviese por la calle de las Fuentes á la Plaza.

Por medio de esta combinacion de rutas, se pondrian en inmediato contacto las oficinas, los tribunales, la Bolsa, etc., se acortarian las distancias, hasta aquellos sitios que aunque se encuentran en puntos escéntricos son sin embargo importantes por el comercio, la industria, ú otros objetos diversos se aumentaria considerablemente

su interés, y por consecuencia el de los barrios que los rodean, estendiendo proporcionalmente el tránsito, el movimiento y la animación á todos los extremos. Convendría establecer otro servicio distinto para las tardes: una carrera podría tener marcado el itinerario siguiente: plaza del Circo, calle de Alcalá, Puerta del Sol, Montaña, Jacometrezo, Ancha de San Bernardo, Pez, Puebla, Infantas á volver á la misma plaza.

Otra línea podría empezando por la plazuela de Santo Domingo, abrazar las calles de la Luna, Desengaño, Caballero de Gracia, Prado, Alcalá, Mayor, Santiago, plaza de Oriente á volver al sitio de donde partió.

Y por último, otra en fin que saliese de la Plaza Mayor, y se dirigiera por la calle de Toledo, Magdalena, Progreso, Atocha, Prado, Carrera de San Gerónimo, Puerta del Sol, calle de Carretas á volver á la Plaza.

Este nuevo servicio, facilitaría la comunicación con los paseos, los teatros y los puntos de movimiento en aquellas horas. Todas las carreras deberían hallarse combinadas, de modo que al propio tiempo salieran del mismo sitio de parada dos omnibus para cada línea, aunque partiendo cada uno por las extremos opuestos de ella.

Una empresa que planteara un servicio general de omnibus combinados de la manera indicada ó otra análoga, no solo proporcionaría las inmensas ventajas propias de los carruajes públicos, que reúnen, distribuyen y dispersan sin cesar la población, y que hacen poco menos importantes á los barrios extremos que á los del centro, sino que podría contar con seguros lueros si tenía alguna constancia; pues que no en un mes se llegó á alcanzar en Burdeos la necesidad de tres distintas empresas de omnibus, ni los de París pudieron contar en el primer año, con que solo en una línea tendrían diariamente 40,000 transeúntes; ni los accionistas de estas empresas podrían imaginar que sus acciones de 1,000 francos se venderían por triple del capital.

Entre las mejoras necesarias y fáciles de realizar; debe también colocarse la supresión de los canales, medida que llevándose á cabo solo en las casas nuevas, tardará muchos años en producir resultado general: por esto sería conveniente mandar su ejecución con la misma energía y prontitud que la acertada disposición últimamente tomada con las rejillas, obligando á los dueños de todos los edificios á que bajen las aguas por los patios, ó por conductos de plomo empotrados á lo largo de las fachadas, dándolos salida por bajo de las aceras. Estas deberían construirse en armonía con la forma combexa adoptada para el empedrado, es decir, haciendo que la orilla de ellas volara mas por la parte superior que por la inferior, dándole la figura de un cuarto de círculo, con lo que se conseguiría que las vertientes de la calle corrieran ocultas por los lados de ella como sucede en París. En cuanto al empedrado, si es que ofrece ventajas el de adoquines de piedra berroqueña, que lo dudamos, es preciso no se construya á la ligera como está sucediendo en la calle del Caballero de Gracia; la única utilidad de este género de pavimento, es la de presentar una superficie plana, tersa y unida, y esto solo se consigue labrando

bien las piedras, y encajonándolas de modo que no queden huecos entre ellas.

Consideramos difícil de realizar un sistema general de alumbrado en toda la población por medio del gas, en atención á su carestía, comparada con el precio que tiene el aceite en nuestro país, y encontramos además para su adopción el inconveniente del detestable olor que despediría con los fuertes calores del estío. Nos contentaríamos por lo tanto con que hubiera mas esmero con los reverberos existentes, mayor y mejor distribuido el número de ellos, y con que se renunciara á esa ridícula economía de no encenderlos, no precisamente cuando la luna alumbra, sino cuando se supone que debe alumbrar.

En un clima como Madrid, donde tanta es la fuerza del sol, deberían proporcionarse medios de librar de él á los transeúntes, esto se conseguiría aumentando las plantaciones de árboles que requieran poco riego, podría ponerse una sola línea de ellos por cada lado, en la parte de la calle de Alcalá que aun no los tiene, en la de Carretas, Carrera de San Gerónimo, Calle Mayor, Atocha, Ancha de San Bernardo, Hortaleza desde la puerta de este nombre hasta la fuente de Galápagos y en la calle de Toledo desde San Isidro hasta su conclusión.

Somos partidarios del arbolado en el interior de las poblaciones, porque aparte de la sombra que presta, purifica la atmósfera y la refresca, neutralizando los miasmas perjudiciales á la salud. También desearíamos ver imitados en las plazas de Bilbao y del Progreso los *squares* de Londres, que como todos saben consisten en jardines rodeados de una verja.

Es urgente en extremo la desaparición de los tinglados que existen en la plazuela de San Miguel y Herradores, allanando cuantos obstáculos se opongan, sea cualquiera su clase, pues antes que todo es la utilidad pública; el nuevo mercado de San Felipe, puede y debe sustituirlos perfectamente; y en la primera de aquellas, convendría plantar calles de árboles que la hermosearan y que dieran importancia á aquel paraje hoy de repugnante aspecto.

No basta que el Ayuntamiento haya acordado con mucha oportunidad cortar el abuso de elevar las casas á medida del interés de cada propietario, es preciso vigilar para que no se franquee la cuestión levantando cuerpos altísimos sobre los tejados, como se está verificando en algunos edificios; esto no solo tiene los mismos inconvenientes de estorbar la circulación del aire, sino también el del aspecto feísimo que presentan: y se hace así mismo preciso poner una limitación á la reducción de las habitaciones, como altamente perjudicial á la salud.

Elévanse en París en toda la extensión de los Boulevards y orillas del Sena, á distancias poco lejanas una especie de columnas de diez á doce pies de alto, á las que dan el nombre de *Bornes decentes*; son huecas hasta la altura de un hombre, de lejos, segun ha dicho un autor: «pudieran pasar por garitas, pero aproximándose se vé que sirven lo mismo al militar que al paisano, y que los hombres todos pueden introducirse en ellas para satisfacer una de sus fragilidades naturales, de la cual se ven

acometidos con frecuencia en el paseo ó en las calles.» Varios periódicos han anunciado entre la infinidad de mejoras que todos los días anuncian y que jamás se realizan, que el Ayuntamiento de Madrid había concedido privilegio para la construcción en esta corte de columnas artesianas semejantes á las ya citadas de París, y aun han llegado á decir que en adelante no podrían fijarse anuncios en otra parte de la población que en ellas: nosotros no creemos esta especie, puesto que si bien es cierto que en París sirven para fijar anuncios permanentes, de una manera particular, esto es, pintados en la misma columna con fuertes colores, esto también que no está prohibida la fijación de carteles en otros puntos, porque es un derecho de que no puede privarse legítimamente á los interesados en la publicidad. Por lo demás, no solo aprobamos la idea de construir dichas columnas, sino que deseáramos que en las calles estrechas en que no son posibles, se hicieran cubas urinarias ó receptáculos de plomo con el propio objeto, tales cuales los hemos visto en algunas poblaciones del extranjero, y pabellones dispuestos á propósito para lo mismo en los paseos públicos. De este modo podría darse una orden para que desapareciese de todos los portales el sucio é insalubre rincón que en ellos existe actualmente, imponiendo multas como sucede en todos los pueblos donde hay verdadera policía urbana, á cuantos contribuyeran á hacer repugnantes cualquiera de los infinitos sitios que hoy lo son en Madrid.

Preciso es poner asimismo un remedio al peligro que corre de ser atropellada la multitud de personas que atraviesan el paseo de los coches en los tránsitos desde el Prado á las subidas del Retiro. Esta necesidad mayor en nuestro concepto que la de la lujosa verja recientemente construida, podría remediarse atajando los costados del camino por ambos lados del salón con unas barras de hierro de forma elegante, que dejarán en el centro el hueco necesario para el paso á la par de un carruaje y un caballo: así se evitara el grave riesgo á que se esponen cuantos por este paraje atraviesan, pues desde un punto seguro, podrían esperar la ocasión oportuna de pasar la pequeña distancia que quedaria de una barra á otra, en vez de tener que abarcar de una sola mirada para evitar los peligros, la inmensa estension por donde hoy giran caprichosamente los coches. Las barras indicadas podrían disponerse de modo, que dejarán franco el paso por toda la anchura del camino, los días de grandes funciones ó revistas.

Ya que la Bolsa errante, de una parte á otra se ha guarecido en los Basilio, sin inmediata esperanza de mejor albergue, bueno y fácil fuera hacer en el edificio algunas obras que le quitarán en lo posible el aspecto de iglesia que hoy tiene; entre ellas la demolición de la torre y de la media naranja que está ruinosa, sustituyéndola con una claravoya de cristales; el reboque de la fachada, y el adorno interior.

No hay forastero que no se admire de que en el punto mas principal de Madrid, en la puerta del Sol, exista un edificio tan irregular como la iglesia del Buen-Suceso. Conocemos las dificultades que para la ejecución

de lo que vamos á proponer se presentarán; pero indispensable es vencerlas brevemente, y que desaparezca este edificio con sus cuerpos entrantes y salientes, dejando libre un espacio que debe ocuparse con una pequeña arboleda, tan necesaria en un sitio que la costumbre ha señalado como punto de reunión á las personas de casi todas las profesiones y oficios; en el centro de esta arboleda podría erigirse un monumento perpetuando los altos hechos de la gloriosa guerra de la Independencia; ó bien elevarse una columna sobre la cual se colocara un reverbero de gas, con arreglo al modelo de los ensayos de esta clase que se han hecho en Londres y en París, y que consisten únicamente en la reunión de muchos mecheros de gas, en un mismo grupo, con cuya única luz quedarán perfectamente alumbradas, no solo la Puerta del Sol, sino también las embocaduras de las calles que de ella parten.

Otra de las obras convenientes es la continuación de la calle de Esparteros ó subida de Santa Cruz, hasta Santo Tomás, siguiendo la línea de la casa que se está reedificando. Para ello debe demolerse el templo de Santa Cruz, trasladando la parroquia al citado Santo Tomás, y dejando sola en el centro de la plazuela la torre, á la cual se podría descargar de las campanas y de la cúpula sustituyendo esta con un mirador que aumente su elevación y sirva para los objetos de utilidad que prestan torres tan buenas y tan bien situadas, como está en el centro de otras poblaciones.

A los pasajes que el señor Mesonero señala como necesarios en su *Memoria*, creemos deben añadirse, uno desde el final de la calle del Carmen y como continuación suya, á salir al Postigo de S. Martín, y otro desde la plazuela de la Leña á la del Ángel, siguiendo la dirección marcada por la casa-escuela de Caminos y Canales.

Consideramos indispensable la habilitación de San Francisco el Grande para Panteón nacional, la construcción de un cementerio á imitación de los de la *Chartreuse* de Burdeos y del *P. Lachaise* de París, que difiera en un todo de orden seguido hasta aquí en esta clase de monumentos, tratando de darle el aspecto de un frondoso jardín, y no el de una repugnante anaquelaría. Las alturas que hay á la parte de Carabanchel, ó hácia el portazgo de Ballecas, nos parecen puntos á propósito para el objeto.

El derribo de la manzana que existe frente al teatro del Príncipe, el del lienzo de pared empalizada y torrecilla que interrumpe la línea de la Casa Botica de S. M. formando un ángulo irregular frente al convento de Santo Domingo, el de las tapias de la huerta de las Descalzas y ensanche de la calle de Preciados, el del Arco de San Ginés y el de la Calle del Barquillo, son reformas que basta apuntarlas para que se reconozca su necesidad.

No alargaremos este artículo proponiendo medidas prontas y eficaces para que preceda un maduro examen á todos los planos y proyectos cuando el Ayuntamiento trate de emprender obras, evitando se reproduzcan errores semejantes al de la aprobación de la ridícula y es-

travagante fuente de la plaza del Progreso, que si mal no nos han informado, va á tener digna copia en la que se está construyendo en la plazuela de Bilbao: para obligar á los propietarios á que no embaracen las calles con escombros haciendo que los trasporten á sitios mas espaciosos, á que las piedras vengan picadas desde fuera de la poblacion y aserradas las tablas, á que las mezclas se hagan dentro de los mismos solares sin estender capas de cal por las calles. A medida que la corte vá adelantando en poblacion é importancia, debe cuidar de su ornato y policia urbana; el transporte de las carnes por medio de caballerias, el del pan en serones dentro de los cuales mete los pies el conductor, la multitud de mendigos impunemente tolerados, la existencia de casas de cabras, mataderos, fraguas y otras mil industrias, fábricas y talleres perjudiciales á la salud ó incómodos al vecindario, son cosas que si no se remedian, no es porque no se haya podido ni porque se ignoraran.

Madrid progresa rápidamente en todos conceptos hace algunos años: si se quiere que sea digna capital de España, queda aun mucho que hacer y al efecto es indispensable que se proceda con método y bajo un plan general. Nosotros esperamos que penetrado el Ayuntamiento de la gravedad de la mision que le está confiada, trabajará con ahinco en la mejora y ornato de Madrid, hasta que corresponda dignamente á la importancia que hoy tiene, y á la mayor que indudablemente está llamada á tener.

VARIEDADES.

LA RAZON Y LA DULZURA.

El lenguaje de la razon, si no va espresado con dulzura se hace generalmente inútil, porque no habiendo tocado al corazon, ningun efecto tiene sobre el alma, el lenguaje de la dulzura sin los socorros de aquella rara vez llega á persuadir: puede conmovir el corazon pero no tiene cuanto se necesita para convencer el espíritu. Vayan vuestras palabras empapadas en la razon y la dulzura, y ellas penetrarán al alma y al corazon; serán irresistibles, mas que los sofismas del orgullo y la vanidad.

MAXIMA.

Decia el sabio Zenon que la naturaleza nos ha dado dos oidos y una sola lengua, para enseñarnos que vale mas escuchar que hablar.

Origen del cumplimento que se hace á las gentes cuando estornudan.

La costumbre de saludar á las personas cuando estornudan es muy antigua y general. Nos dice la fábula que Prometheo, habiendo formado al primer hombre, tomó del cielo un poco de fuego, y lo llevó en un frasco pequeño colocándole bajo la nariz de la estatua para hacerle aspirar. El flosístico divino penetró inmediatamente en la cabeza, se introdujo en las fibras del cerebro, se espar-

ció en todas las venas, y la primera señal de vida que dió aquel nuevo sér fué estornudar. Prometheo, enagenado con este movimiento, exclamó al instante: «Los dioses te protejan» súplica que causó en el hombre tal impresion, que con el mismo motivo siempre se ha servido de ella, haciéndola pasar á la posteridad.

GRONICA.

Se han repartido los dos primeros medios cuadernos de la célebre novela *Martin el Espósito ó memorias de un ayuda de cámara* que publica la SEMANA PINTOESCA. Desde los primeros capítulos despierta el autor vivamente la curiosidad, tocando resortes de gran efecto con el tino que le es peculiar. En vista de las páginas publicadas de esta obra, hay fundados motivos para esperar que si no aventaja á otras producciones del mismo autor, este se mantendrá por lo menos con ella á la altura en que le han colocado sus últimas novelas.

En el teatro de la Cruz, único encargado de dar algunas funciones por semana, durante estos dos meses de escesivos calores y de emigracion de la corte, asistimos el domingo último á la primera representacion de una pieza francesa, arreglada al teatro español por los señores Villa y Corona, con el título de *Las pesquisas de Patricio*; pertenece al género de moda hoy al lado allá del Pirineo, con arreglo al cual se atiende poco á la moralidad, con tal que á toda costa se consiga zurcir una produccion entretenida. La de que nos ocupamos acaso hubiera parecido algun tanto pesada, sin el esmerado desempeño del papel de Patricio, encomendado al señor Caltañazor, á quien el público aplaudió justamente. Los traductores fueron llamados á la escena.

Se ha cerrado el teatro del Príncipe; sus principales actores han ido á pasar el verano en las provincias de Andalucía, en cuyos respectivos coliseos darán algunas muestras de sus talentos. El señor Romea ha salido para Cádiz, y para Granada la señora Díez.

Hállanse próximas á su término las funciones líricas del teatro del Circo en la actual temporada, y se empieza ya á hablar de los artistas que parece deben cantar el próximo invierno, nombrándose varios apreciables cantantes españoles.

Ha comenzado á publicarse en Barcelona con el título de *El Barcino Musical*, un periódico de música, literatura y teatros. Con él se reparten piezas instrumentales y de canto perfectamente impresas con caracteres móviles, que se prestan á todas las necesidades de las composiciones y á todas las condiciones de la belleza tipográfica. Hemos visto las páginas de un método y el coro de brujas de la ópera española la *Faltuchiera*, compuesta por el malogrado joven D. Vicente Cuyás, y no podemos menos de elogiar la limpieza y correccion con que estan impresas. La direccion literaria, se halla confiada al acreditado escritor D. Victor Balaguer.

La publicacion de este periódico musical, el mas elegante y barato que hasta ahora ha salido á luz en España, contribuirá al progreso y al desarrollo de la aficion á este arte encantador.



LA ESPADA
DEL DUQUE DE ALBA.
—
NOVELA HISTORICA.

I.

DEL PELIGRO DE LAS VENTANAS QUE CAEN AL RIO.



El 8 de agosto de 1536 descargó al anochecer una gran tempestad en la ciudad de Gante. Mientras que los habitantes se apresuraban á recogerse, para librarse de los torrentes de agua que empezaban á inundar las calles, y se santiguaban devotamente al ver los relámpagos, solo un joven parecía recrearse con aquel espectáculo de la naturaleza,

y su frente habitualmente arrugada tomaba una extraña espresion de alegría. Este joven se llamaba Joos Claes, y egercia, como su padre Antonio, el oficio de tornero, en el cual sobresalía.

En todo el reino de los Países Bajos, nadie como él sabia tornear y cincelar el respaldo de una silla, ó el mango de ébano de un cuchillo, no pudiendo dar cumplimiento á los encargos de sus numerosos parroquianos. Habria ganado mucho dinero si hubiese sido tan laborioso, so como inteligente, pero Joos rara vez trabajaba. Cuando se ponía al torno, al momento se le cansaba el pié de mover la rueda y la mano de cincelar. Bajaba la cabeza

se entregaba á sus constantes cavilaciones, y cuando la voz de su madre le sacaba de su meditabundo estado, se conmovía como si hubiese despertado de un sueño profundo, y se separaba para ocultar las lágrimas que humedecían sus ojos.

Afligida entonces esta de ver contristado y sufriendo al único hijo que tenía, le suplicaba no la ocultase por mas tiempo el secreto que le causaba tales disgustos, asegurándole que no la faltaria medio de consolarle; pero él contestaba que ningún secreto tenía, y se ponía á trabajar entregándose bien pronto á su inacción y á sus lágrimas.

Déjos el juzgar de la inquietud de la pobre viuda, á quien, de siete niños y un marido honrado y cariñoso, no la quebaba mas que este solo hijo.

Aquellos fallecieron en una semana, y el padre que no habia podido soportar esta cruel pérdida, sucumbió tambien, y fué á reunirse á ellos. La señora Gertrudis en fuerza de cuidado y anhelos, pudo salvar al pequeño Joos, de edad de cuatro años. Desde entonces él constituía toda su felicidad, y hubiera dado la vida de buena gana, por volver á ver en los labios del jóven una de aquellas tiernas y dulces sonrisas que la deleitaban, cuando aquel era muchacho; pero, ya lo he dicho, una profunda tristeza, un pesar cuya causa ocultaba con obstinacion, le consumían lentamente.

Todos los días bien entrada la noche y á la hora en que la campana invitaba á los vecinos á recogerse, salía Joos

impedirle estas peligrosas escursiones; pero él, dócil y tímido hasta entonces, no titubeó en desobedecerla, por lo que esta se propuso no oponérsele, y le dejaba salir á su arbitrio á pesar de las mortales angustias en que quebaba hasta que volvía.

Eldía que se ha referido á la cabeza de esta historia, Joos, que parecia, segun ya he dicho, recrearse con la tempestad, se embozó en su capa á eso de las diez de la noche, y salió como de costumbre, dirigiéndose por rodeos con el objeto de ocultarse á la vista de los que hubieran podido seguirle, hácia el cuartel ó barrio que hay á la orilla del Liere. Así que hubo llegado á la calle de... desató un bote sujeto á una argolla de hierro, se metió en él, y ayudado de una percha, encaminóse hácia una casa que habia á unos doscientos pasos cuya espalda bañaba el río por los cimientos. Examinó luego con cuidado las ventanas de esta casa, iluminadas interiormente la mayor parte, y aguardó con calma, á pesar de la lluvia que caía, á que se apagaran las luces.

Cuando se estinguió la última al cabo de un cuarto de hora, se abrió con lentitud una ventana. Levantó Joos rápidamente la cabeza, y radiante de alegría desató una escala de seda que llevaba en la cintura, y la ató á un cordoncito que bajaba de la ventana á lo largo de la pared. Volvió á subirse el cordon con la escala, y á la luz de un relámpago, pudo Joos distinguir dos blancas y pequeñas manos que ataban los nudos á los hierros de la ventana. Joos se encaramó rápidamente sobre el frágil apoyo, y se halló cara á cara con una jóven cuya frente quiso besar; pero ella se retiró, y los labios de Joos solo tropezaron con la fria reja.

—«No, Joos, dijo ella, no! Habeis jurado ser mi hermano hasta el día en que la divina misericordia consagre nuestra ternura; guardad vuestra promesa. ¡Dios mio! ¿no es bastante para una niña, el esponer de este modo por vos su vida y su honor? Porque si en la ciudad llegasen á saber nuestras entrevistas nocturnas, habria perdido para siempre ya mi reputacion; y si mi padre entendiera que á pesar de su prohibicion, no he renunciado á amaros, me mataría.

—No teneis necesidad de recordármelo, replicó el jóven; no he olvidado que Estina Beemans es la hija del rey de los carniceros, que es rica, y que obstáculos insuperables me separan de ella... ¡A Dios!

—Esta es una de vuestras frecuentes locuras, Joos; ciertamente que no debemos esponernos á tantos peligros, para reñir despues.

Y fuese casual ó de intento, puso su pequeña y blanca mano á la parte á fuera de los hierros, y tan cerca de los labios del tornero que este la besó. Estina no retiró su mano, sino despues de haber dejado tiempo á su amante para que lo repitiera tres ó cuatro veces.

—¡Y bien! dijo ella, ¿habeis visto á vuestro tio Ulens, y tanteado si podemos tener alguna esperanza en él?

—¡Ah! mi tio no ha querido oirme. ¡Oh! creedme esta vez, Estina; renunciad á vuestro fatal amor hácia un miserable que no os ha ocasionado mas que lágrimas, y que puede sumergiros en un abismo de desgracias.



Joos.

de casa marchándose, Dios sabe á donde, con riesgo de que le hiciesen fuego y le matasen las numerosas patrullas que recorrían la ciudad. Una vez quiso su madre

—¿Y creéis que Estina Beecmans, tiene tan poca resolución y perseverancia? ¡Joos! No... por Santa Justina mi patrona; nada en el mundo podrá quebrantar mi resolución.



Estina

—Gracias, Estina, gracias porque me dais valor y felicidad.

—¡Adios, Joos, hasta mañana! Oigo ruido dentro, apresuraos á huir.

En esta ocasion los labios de Joos, se imprimieron en la frente de Estina, y embriagado su corazon de placer, bajó precipitadamente por la escala para volver á tomar la barca. Los pies del jóven se encontraron con el agua, porque la barca habia desaparecido. Creyó Joos que el movimiento de las olas la habria llevado cerca, y estendia las piernas pensando dar con ella y recobrarla; pero fué inútil su tentativa. Como en aquel momento, Estina que le suponía ya fuera de la escala, desataba la cuerda, cayó en el agua hasta la cintura y seguramente habria perecido, si por una especie de milagro, no se hubiesen asido sus manos á un gancho de hierro que habia fijo en la muralla.

Se agarraba cada vez mas, pero no tardó mucho en observar que la grapa estaba gastada por el moho, y fija entre dos ladrillos cedía poco á poco amenazando sumergirle en el rio. Era entonces su muerte segura, porque en aquel parage, el fondo que tenia veinte pies de profundidad al menos, y que formaba una especie de fango sin consistencia no le dejaba ninguna esperanza de salvacion si caía en él. No le quedaba mas arbitrio que ganar á nado el malecon; pero la travesía era larga, completa la oscuridad, y la tempestad furiosa. Para colmo de su desgracia al subir por la escala, se recogió la capa y los pliegues de ella empapados de agua, impedían maniobrar al desgraciado.

Encomendó su alma á la misericordia Divina en una corta súplica, después dejó el clavo y estendió los brazos para nadar. En aquel momento un remo le hirió en la cabeza, y una carcajada se confundió con el ruido del viento y de la tempestad. Después una barca con dos

hombres que se habia parado delante de la ventana desde el punto en que Joos subió á la escala de seda, se alejó á fuerza de remos.

Entre tanto que esto tenia lugar, el señor Beecmans entraba en el cuarto de su hija, y hería los ojos de Estina asombrada, con la luz de una linterna que llevaba en la mano.

—Querida, la dijo con amarga sonrisa, las niñas que toman el fresco por la noche en la ventana, se esponen á costiparse. En lo sucesivo, no tendrás otra habitacion sino el gabinete que dá á mi alcoba. Marcha ahora mismo á tomar posesion de él. Aquel cuarto sombrío es muy á propósito para rezar el *De profundis*, y creo que no harías mal en rezarle porque podria haber alguno que tuviera necesidad de él.

—¡Padre mio, padre mio! ¿qué queréis decir? exclamó Estina en quien un espantoso terror superaba al miedo que tenia á su padre.

—Nada, replicó tranquilo el carnicero; ¿no es deber orar por todos los cristianos? En este momento tenemos una horrorosa tempestad, y si algun barquero se aventurase á andar por el rio á estas horas podria sucederle cualquier accidente funesto. Vamos pues á rezar el *De profundis*.

—¡Padre mio! ¡por piedad, salvadle! repuso la jóven abrazando las rodillas de Beecmans.

—Calla tú, hija criminal, calla y no hables mas de ese miserable que jugaba con tu honor y te esponía á la pública infamia. ¿Crees que han sido ignoradas por mucho tiempo en la ciudad tus citas nocturnas? ¡Escucha! ya no se siente ruido ni de remos ni de hombres.... Oigo la puerta de la habitacion que se abre.... Son tus hermanos que vuelven. Han vengado el honor de su familia.

Estina nada oía; gemía desmayada á los pies del carnicero. Este la miró friamente, la echó en la cama, y fué á reunirse á sus dos hijos que le esperaban en la pieza inmediata.

—Y bien, ¿qué me decís? les preguntó.

El primogénito enseñó uno de sus remos teñido de sangre.

—Rompe ese remo, dijo Beecmans, hálzle pedazos y échalos en el fuego; que nadie llegue á sospechar nuestra venganza. Es menester que atribuyan á la casualidad la muerte de nuestro enemigo. Cuando os hablen mañana, direis: «¡Qué lástima! era un buen muchacho.» Ahora iros á acostar ¡sois buenos hijos!

Los abrazó, luego fué á sentarse delante de la chimenea, donde ardian los restos ensangrentados del remo, y concluyó por dormirse después de haber bebido dos ó tres cuencos de cerveza que hubiesen sido bastantes para emborrachar á un bebedor cualquiera; pero él no experimentó la mas pequeña turbacion, y si se durmió no debe atribuirse mas que al suave calor que despedía la chimenea.

Mientras estos sucesos pasaban dos hombres embozados en sus capas, y cubierta la cabeza con anchos sombreros bajos, recorrían en silencio las solitarias calles de Gante. De vez en cuando uno de ellos se detenía para

observar á la luz de los relámpagos algunos edificios: después seguía su camino, acompañado siempre de su mudo y pasivo compañero. De este modo llegaron á la orilla del malecón. Allí, como si se hubiese recreado con el



ruido de las aguas y el bramido de los vientos, el que parecía de mayor importancia de los dos paseantes nocturnos, se sentó en la orilla sin reparar en la lluvia, y se puso á mirar con atención las olas que chocaban entre sí, agitadas y revueltas por la tempestad. En tanto que él meditaba en medio del desorden de los elementos, su compañero menos satisfecho, y también menos iluso, meneaba los pies para entrar en calor, arreglaba los pliegues de su capa, y parecía poco gustoso de hallarse á aquellas horas á la orilla del Liere. Pero ni se atrevía á ir, ni venir, ni á manifestar su disgusto. El otro no se hacía cargo de que el compañero tenía mucho frío, y se figuraba que estaba solo en aquel sitio. Por fin, la tempestad se apaciguó, las nubes que cubrían enteramente el cielo se aclararon, y la luna despedía un rayo de luz por entre dos nubes cenicientas que poco antes la ocultaban completamente. El Liere pareció inflamarse por el reflejo de ella, y el viejo que seguía sentado, exclamó: — ¡Conde, he aquí la imagen de mi destino! La tempestad y la noche á un tiempo, y después el descanso y el esplendor de la vida eterna; los pensamientos del mundo, negros y sombríos; los del cielo brillantes y puros.

Una profunda cortesía sirvió á la vez de respuesta y de asentimiento á esta exclamación.

— Pero ¿qué es aquello que veo allá abajo sobre el agua? exclamó el viejo; no distinguís una cosa que flota? ¡Dios me mate, si no es un hombre que se ahoga! Es menester ir á socorrerle.... No... que no es más que un cadáver. Mirad, flota tieso y sin movimiento, en tanto que me lo permite ver la claridad de la luna. Parece que está ensangrentada su cabeza; ayudadme querido Conde á traerle hacia la orilla. Mirad, el agua misma nos le

acercar, y con la ayuda de vuestra espada podremos sacarle del río.

Por un movimiento precipitado de impaciencia, arrebató de las manos de su compañero la espada de que este se servía con mucha torpeza, se inclinó sobre el agua y llegó á enganchar el puño del arma que tenía por el extremo de la hoja en los vestidos del ahogado; tiró entonces hacia sí con fuerza y le sacó del agua.

— Es un joven, dijo, su corazón no late y su boca no tiene aliento. Sin embargo, es preciso hacer esfuerzos para volverle á la vida. Acaso no esté enteramente muerto. Ayudadme á trasladarle.

Tomó el cadáver por las espaldas, su compañero le levantó los pies, y de esta suerte se dirigieron ambos á la plaza de Empoal. Una patrulla les encontró, y el oficial que la mandaba quiso averiguar los motivos que tenían aquellos dos hombres para ir por las calles cargados con un cadáver. Luego que el compañero del viejo pronunció algunas palabras, el oficial se descubrió respetuosamente y mandó á dos de sus soldados que tomaran la carga, y obedeciesen en todo las órdenes que recibieran de los desconocidos. Estos hicieron trasportar el cadáver hasta el umbral de una pequeña puerta oscura, cuya llave tenía el viejo; la abrió y al punto tres criados de edad llegaron diligentes, y á una señal recibieron de manos de aquellos veteranos el cuerpo que subieron por una escalera de caracol, que por un extremo desembocaba en la puerta, y por el otro conducía á vastas habitaciones. Allí colocaron el cuerpo sobre una cama, y dos de ellos comenzaron á prestarle socorros bajo la dirección del viejo, al que trataban con el mayor respeto.

— Que se vaya en busca de un sacerdote y un médico, dijo al tercero, que en silencio esperaba sus órdenes, para ver si se salva el alma, sino puede salvarse el cuerpo.

Algunos minutos después entraba el sacerdote y el cirujano.

El viejo cansado de su escursión, se sentó, ó mejor se dejó caer en un gran sillón inmediato al fuego; su hermosa barba que terminaba en punta, sus ojos vivos, cuya mirada no podía resistirse, daban á su semblante pálido y á sus prominentes mejillas, una expresión más bien de amargura que dulce, y sin embargo el conjunto de sus facciones inspiraba una especie de temor de que no podían prescindir las personas que le rodeaban, aun el mismo sacerdote y el médico. Su traje habitual consistía en un vestido muy sencillo de paño burdo de Flandes, y en su corte se conocía que el sastre había consultado la comodidad más bien que la elegancia y la moda. A una seña que hizo con la mano que era pequeña y bastante proporcionada, le quitaron la capa, calada toda por la lluvia, y le mudaron el calzado que estaba lleno de lodo, poniéndole anchas chinelas de terciopelo, forradas de armiño. Estos cuidados personales no le impedían observar y dirigir los socorros que necesitaba el ahogado, en quien el lector habrá ya reconocido al pobre Joos.

(Continuará.)

FISICA.

Fenómenos de Óptica.

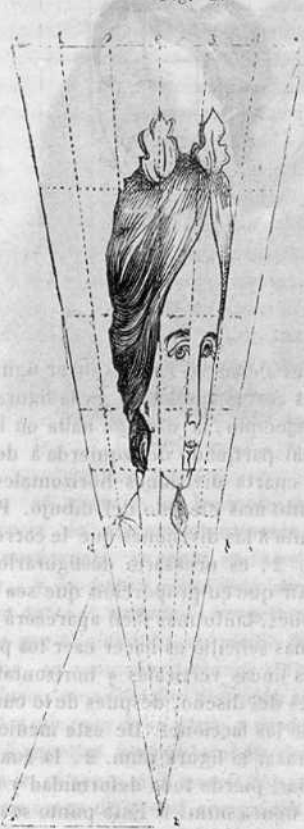
Cuando un rayo luminoso cae sobre una superficie lisa y no diáfana, se verifica el fenómeno de la reflexión, esto es, que el rayo es reflejado en un plano normal á esta superficie, de tal manera, que el ángulo bajo el cual se refleja hacia el observador, llamado de reflexión, es igual al ángulo sobre que cae que se llama de incidencia. De este modo el observador que vé una imagen ó reflexión la percibe absolutamente lo mismo que si estuviese situada detrás del espejo y á la misma distancia en que se encuentra delante de él. Pero para que tenga lugar este efecto, es preciso que la superficie que refleja el objeto sea perfectamente plana, pues que su concavidad ó convexidad influyen poderosamente sobre la forma de la imagen vista por reflexión. Así, un espejo cóncavo esférico, siguiendo la distancia á que está colocado, un objeto le deja ver mas pequeño y vuelto lo de arriba abajo, ó mas grande y derecho. El espejo convexo lo presenta siempre mas pequeño y derecho. En estos dos casos no hay deformidad en el objeto y sus dimensiones aumentan ó disminuyen siempre en las mismas proporciones. No sucede lo mismo cuando el espejo no tiene la figura de una porción de esfera. Entonces las imágenes aparecen deformes, se alargan ó ensanchan, y ya no son mas que la representación grotesca de la realidad. Para los que miran estas imágenes á la simple vista, directamente y sin ayuda de cuerpo alguno intermedio, se verifica en este caso el fenómeno de la destrucción de las formas. De aquí pues, deducimos que la forma de la imagen depende de la ley que sigue la luz reflejada, de la figura de la superficie sobre que la imagen viene á retratarse y de la posición del ojo. Se pueden determinar geométricamente las partes diferentes del dibujo que sería necesario trazar sobre un cartón plano, para que visto por reflexión en un espejo de forma dada, produjera sobre el ojo del espectador, cuya posición relativa, nos sería conocida, tal ó cual apariencia determinada. Presentaremos á nuestros lectores un ejemplo de este fenómeno, con el cual demostraremos la manera de que deben valerse para producirlo. Supongamos que la figura núm. 1 es el retrato de una mujer: divídase vertical y horizontalmente por líneas paralelas y equidistantes circunscriptas por las otras cuatro A B C D. Y prepárese en seguida el dibujo de la figura núm. 2 sobre otro papel separado por el método siguiente. Trácese una línea horizontal a b igual á A B y divídase la primera en tantas partes iguales como hay en la A B. Tirese por medio de la a b una línea e b que le sea perpendicular, y dirijase la S U paralela á a b. La longitud de las dos líneas e u y S U, es absolutamente arbitraria, pero cuanto mas larga sea la primera y corta la segunda, tanto mas resaltará la deformidad de la imagen. Después de haber trazado desde el punto U á las divisiones de la a b, las líneas U 1, U 2, U 3 y U 4, tirese la línea s b y por cada uno de los puntos en que esta se encuentra las que

parten del punto U, trácense otras tantas horizontales y paralelas á la a b. De este modo habremos obtenido un trapecio a b c d dividido como el cuadro de la figura núm. 1, señalado con las letras A B C D. No nos

Fig. 1.^a

resta pues, mas que llenar las casillas de la figura número 2 con las partes correspondientes en la figura número 1. En esta por ejemplo, la nariz se halla en la segunda división vertical partiendo de izquierda á derecha, y en las tercera y cuarta divisiones horizontales, considerándola del punto mas elevado del dibujo. Para trasladarlo exactamente á las divisiones que le corresponden en la figura núm. 2, es necesario desfigurarla mucho. Deberemos advertir que en proporción que sea mayor el número de divisiones, tanto mas fácil aparecerá la operación. El medio mas sencillo es hacer caer los puntos de intersección de las líneas verticales y horizontales sobre las partes salientes del diseño, después de lo cual es fácil dibujar el resto de las facciones. De este medio nos hemos valido para trazar la figura núm. 2, la cual vista de un punto particular, pierde toda deformidad y representa exactamente la figura núm. 1. Este punto se encuentra inmediatamente debajo del punto U, y á una altura igual á la distancia de la largura de la línea S. U. Hé aquí el método que debe seguirse para determinarlo. Colóquese la figura horizontalmente delante de una ventana. Tómese un pedazo de naípe, cuyo canto inferior debe colocarse sobre la línea S. U., teniendo cuidado de mantenerlo en posición exactamente vertical, hágasele un agujero pequeño debajo del punto U: mírese desde este la figura á una distancia igual á la largura de la línea S. U., y á través de este agujero aplicando el ojo al naípe, y se advertirá en el momento que el observador se haya acostumbrado á mirar por este medio que el objeto perdiendo su deformidad, presenta el mismo aspecto que la otra. Seria difícil explicar, sin valernos de demostraciones geométricas y muy prolijas; por qué razón el procedimiento particular que hemos indicado conduce al resultado obtenido. Tal vez nos dejaremos comprender mejor adoptando un medio mecánico para hacer el ensayo, que por lo demas, es en varios casos el mas fácil para ponerlo en práctica. Trácese un plano sobre un papel, designese por medio de agujeros los diferentes contornos y detalles in-

teriores de este plano, colóquesele despues verticalmente sobre una hoja de otro papel horizontal, póngase en seguida á cierta distancia del primero una luz, y se verá que los rayos luminosos pasando á través de los agujeros, van á proyectarse sobre la superficie preparada para recibirlos; márquese despues con un lápiz los puntos así obtenidos y habremos conseguido producir el fenómeno deseado.

Fig. 2.^a

El ojo colocado en el punto en que se hallaba la luz, percibirá los contornos del objeto regulares, mientras que se presentará grotesco y deforme á un observador que lo mire desde otro punto cualquiera. En el experimento anterior hemos supuesto en posicion horizontal el papel que recibe el fenómeno y el que lo produce, dando paso por sus agujeros á los rayos luminosos, en posicion vertical, ambos sobre superficies planas, y el punto luminoso colocado cerca de este último y un poco mas elevado que él, sin embargo estas condiciones pueden variarse á capricho del ensayador. La figura puede indistintamente dibujarse en un plano vertical é inclinado, la superficie que la recibe puede ser horizontal ó inclinada, plana ó curva, la luz puede colocarse á mayor ó menor altura y mas ó menos cerca de ella; cada una de estas combinaciones que se pueden poner en práctica, darán lugar al mismo fenómeno, aunque ofreciendo diversos aspectos; pero téngase presente, que en todos casos, para ver el objeto en sus proporciones regulares, es indispen-

sable que el observador lo mire desde el mismo punto de donde parte la luz. Este es el principio fundamental del experimento. En general, tales pueden ser los medios empleados, y tal el grado de deformidad de las figuras, que venga á ser totalmente desconocidas para los que agenos á este proceder, las mire por los medios ordinarios.

Algunos artistas han conseguido dar á este fenómeno la apariencia de una figura que se transforma en otra enteramente distinta al mirarla de otro diferente punto de vista. Los ópticos nos presentan algunas veces un fenómeno semejante, que si bien no es mas que un juguete, es sumamente curioso y viene á comprobar nuestro aserto. Colocan la base de un espejo de forma cónica sobre un papel en que estan trazadas multitud de líneas confusas, y en el momento de aplicar el ojo á un punto dado del espejo, se observa que reflejándose en el las líneas, pierden su confusion y nos hacen ver una figura regular. El que este fenómeno tenga lugar, consiste en la ingeniosa aplicacion de la ley que anunciamos arriba, es decir, que en la luz reflejada, el ángulo de incidencia es igual al de reflexion, y aunque este lugar no sea el mas á propósito para descender á dar minuciosos detalles sobre la operacion presentaremos sin embargo algunas ligeras observaciones.

Desde luego el objeto dibujado en un papel, debe circunscribirse en todas sus partes por una circunferencia. Se divide el círculo en segmentos iguales por medio de radios que parten del centro á la circunferencia, y aun estos mismos estan subdivididos por porciones de círculos concéntricos y equidistantes. La superficie del dibujo se halla por este medio dividida en diferentes porciones curvilíneas, de modo, que tanto mas fácil es producir el fenómeno, cuanto mayor es el número de estas. Tales son los medios que se deben emplear para conseguirlo; pero antes es necesario trazar en un papel líneas particulares: hé aquí la dificultad de la operacion puesto que se trata de combinar las líneas y los círculos de manera, que cuando el espejo cónico esté colocado sobre el papel y el ojo sobre él, en la prolongacion del eje produzca una figura semejante á la del diseño original. Para esto, es necesario tener presente multitud de circunstancias, como por ejemplo, el diámetro de la base del cono, la relacion de este con la altura, la inclinacion de las aristas y la elevacion del ojo sobre el vértice del ángulo sólido. Todo esto debe determinarse geométricamente sobre el papel, y se deducirá las líneas y círculos que se buscan. La superficie dispuesta á recibir el fenómeno, se compone de radios y círculos concéntricos como el original, pero en proporciones diferentes; despues de esto se procede á trazar el dibujo.

Aun esto nos presenta algunas dificultades á causa de que la parte del dibujo que ocupa el centro del que nos sirve de base, debe trasladarse á la circunferencia del papel en que queremos representar el fenómeno, mientras que las partes exteriores de este, deben trazarse en el centro, ó mejor cerca de él. Es necesario dejar en el medio espacio suficiente para recibir la base del espejo cónico, y el ojo colocado en un punto designado sobre el vértice de

este, distingue las figuras regulares que se reflejan en él. Todavía es mas sorprendente el efecto al servirse de un espejo de forma piramidal en cuyo caso solo se deja ver al ojo del espectador una pequeña parte de la figura que el papel contiene. Todos los radios que caen sobre los ángulos de la pirámide ó sobre otros planos que no están en posición vertical, no se reflejan hacia el ojo del que los mira, ni contribuyen á formar el conjunto de la figura. Por consecuencia se puede trazar cualquiera figura grotesca en las partes que sobre el papel le corresponden, teniendo siempre cuidado de dirigir la operación con la mayor exactitud en todos los puntos que mandan radios al ojo, y con el fenómeno obtenido por este medio conseguiremos deslumbrar el juicio de un espectador que no esté iniciado en el mecanismo. En estos ensayos, si el diseño tiene colores con el objeto de hacerlo mas sorprendente, es necesaria mucha destreza para graduar las tintas, de modo, que tanto las del centro, como las de la circunferencia, tengan la claridad ó opacidad convenientes.

POESIA.

LA ALBUFERA.

Bajo de un cielo apacible,
Que un sol siempre puro ostenta,
Dó jamás las tempestades
Su horrible furia desplagan:
En medio de unas comarcas
Siempre verdes, siempre amenas,
Que nunca de alegres flores
El brillante manto dejan:
Agitada por las brisas
De perenal primavera,
Ceñida de verdes prados
Y de colinas risueñas:
A la vista de horizontes
De perspectiva soberbia,
Estiéndose hermosa y rica
La magnífica Albufera.
Su tranquila superficie
Un alma pura remeda,
Donde jamás de los vicios
El ronco huracán penetra.
¡Lago preciosos! tú faltas
A las pinturas eternas,
Que en sus altas concepciones
El tierno Taso bosqueja.
Tú en los jardines de Armida
La mas rica gala fueras,
Que el primer lugar mereces
Del amor en las escenas.
¡Cuán placentero es mirarle
En la gentil primavera!
¡Cuán plácido recorrerle
De otoño en tarde serenal!
¡Aurora blanda de estío
Cuán dulce magia le presta!

¡Y qué diré si la noche
Le dá su pompa secreta!
Mas ¡oh cuadro inimitable!
Cuando el sol con luz primera,
En un manto de escarlata
Convierte su faz inmensa:
Cuando mil aves extrañas
Sus aguas cortan ligeras,
Y de innumerables barcas
Que veloces la atraviesan,
Elévanse bulliciosas
Provinciales cantilenas
Al estrépito discorde
De mil y mil escopetas:
Un bello ideal ofrece
De tanta magnificencia,
Que estasiada el alma cede
Al placer y á la sorpresa.
Rafael en su entusiasmo
Adivinarlo pudiera:
Empero á reproducirlo
No alcanzará su paleta.
Cantad, vates de otros climas,
Vuestro lago de Ginebra,
Los campos que baña el Tiber,
Las gratas costas de Grecia:
Los fértiles Apeninos,
Las campiñas de Florencia,
O en el puente de Rialto
Las delicias de Venecia.
¿A qué recorrer países
Para describir bellezas?
¿Cuál las ofrece mayores
Que la cara patria nuestra?
Yo celebro con orgullo
Esa inestimable perla
Con que tanto resplandece
La corona de Valencia.
Ese lago deleitoso
Que sus campos hermosea,
Y que en sus límpidas ondas
Los claros cielos refleja,
Guarde orgullosa Suiza
Sus lagunas pintorescas,
Y entre sus vistosos valles
Sus agradables aldeas.
Guarde la antigua Germania
Ese Rhin, que altiva ostenta,
Y sus Alpes gigantescos
Y sus noches novelescas.
Gócese la rica Francia
Con su celebrado Sena,
Y en su Támesis grandioso
La triste Albion se envanezca.
Tienes tú, mi dulce España,
Mas primores mas riquezas:
¡Europa mira envidiosa
Tu encantadora Albufera!

M. M. F.

CRÓNICA.

En estos últimos días se ha construido en la Puerta del Sol, esquina á la calle de Carretas, un remedo ridículo de los *Bornes decentes*, ó columnas artesianas de París, de que habla-



mos en nuestro artículo de «Mejoras de Madrid.» Hemos creído oportuno publicar el dibujo, que acompaña á estas líneas, para que nuestros lectores puedan apreciar la diferencia que existe entre la elegancia de las columnas elevadas en la capital de Francia, y la mezquindad de las que se tratan de hacer en la nuestra.

La única novedad teatral ocurrida desde nuestra última Crónica, es la representación del *Nabuco* en el teatro del Circo. La ejecución de esta ópera ha sido verdaderamente maravillosa; Ronconi y Marini han interpretado con una valentía extraordinaria la vanidad de *Nabuco*, y la religiosa inspiración del profeta *Zacarias*. La señora Giordano tenía la gran desventaja de luchar con los recuerdos que ha dejado la *Rafaelli* en el repertorio lírico de Verdi.

La autoridad impuso el lunes último á la empresa de la plaza de Toros tres mil reales de multa, á consecuencia del escandaloso engaño que sufrió el público, con la mal llamada corrida de aquella tarde. Consideramos insuficiente esta pena, y creemos convendría disponer, siempre que se repitieran semejantes abusos, del producto íntegro de la función á favor de los Establecimientos de Beneficencia. Ya que la casualidad ha hecho que hablemos de toros, apuntaremos las dos preguntas siguientes: ¿no es conveniente y aun necesario evitar las pérdidas que se originan al trabajo, á la industria y al comercio, de esa perjudicial costumbre de consentir que se celebren las corridas de toros en días no feriados? Ya que son una diversión popular, sostenida acaso mas por la costumbre, que por el placer que ella proporciona, ¿no sería útil, que la autoridad señalara los domingos, con esclusión de todo otro día, para que tuvieran lugar, consiguiendo por este medio que no se distrajera á los jornaleros, ni perdieran seis ú ocho horas todos los lunes, pérdida que aunque de poca monta al parecer, si se apreciara, al cabo del año ascendería á una suma enorme?

LA SEMANA PINTORESCA.

COLECCION ECONOMICA DE NOVELAS ESPAÑOLAS Y ESTRANJERAS

MARTIN EL ESPOSITO,

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CAMARA.

novela escrita en francés

POR M. E. SUÉ.

Traducción

DE D. ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Edición de lujo con grabados y láminas, aparte del texto, bajo la dirección de D. V. Castelló.



Beaucadet.

Se publica por cuadernos de 48 páginas, de hermoso papel é impresión, y con multitud de grabados.

Cada uno cuesta 2 rs. á los suscritores. A los ocho días de publicado en París el primer folletín del *Constitucional* que contenía la novela, se repartió ya medio cuaderno de nuestra edición, y continúa con tal rapidez, que camina casi á la par con los periódicos. Van repartidos dos cuadernos, y en ellos dos tipos como el que ponemos de muestra.

Dentro de pocos días, comprenderá nuestra edición todo el texto del primer tomo francés de la obra. Se suscribe en los mismos puntos que al *Semanario* y al *Siglo*.

Madrid 1846.—Imprenta y Establecimiento de Grabado de los SS. Gonzalez y Castelló, calle de Hortaleza n. 89.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



D. VICENTE CUYÁS. (1)



TRISTE, muy triste es recordar al que fué, cuando, como Cuyás, el que fué ha hecho palpar de entusiasmo los corazones de todos los artistas dejando un indeleble recuerdo en la memoria de los hombres. ¿Por qué el laurel que ciñe la

frente del genio se ha de trocar tan pronto en el lúgubre ciprés que adorne su tumba?

(1) Copiado ya el retrato de Cuyás, y reunidos algunos datos para escribir un artículo biográfico acerca de este distinguido artista contemporáneo, recibimos un periódico de Barcelona en que leemos el presente artículo. En vista de él, persuadidos de

En efecto, pocos hombres hay que en el corto espacio de 23 años, hayan gozado de una carrera tan brillante, bajando al sepulcro circundadas sus sienes por el laurel de la gloria, llorada su muerte por todos los amantes del arte.

Cuyás era uno de aquellos seres privilegiados, de imaginación creadora y ardiente, que no siguen la trillada senda que han trazado las huellas del arte, porque allá, en su mundo fantástico, en ese mundo en que la lira del artista evoca todo lo que no tiene forma ni color, para darle color y forma; allá, en ese mundo, repetimos, Cuyás descubrió una nueva luz, un nuevo campo, una nueva roca que, como Moisés con su báculo que su autor se encuentra en mejor posición que nosotros, por hallarse en el sitio en que Cuyás se distinguió, para desempeñar cumplidamente este trabajo, hemos preferido trasladarle á nuestras columnas, renunciando al propósito de emprenderle que antes habíamos formado.

(N. de la R.)

culo podía él golpear con su lira para que de allí brotasen cadenciosos raudales de armonía.

Nació nuestro excelente artista en Palma de Mallorca en el año de 1816, á cuya isla se refugiaron sus padres huyendo las desoladoras escenas de las cuales era teatro la España, escenas producidas por un levantamiento nacional tan glorioso para las armas españolas como poco honroso para aquellas huestes aguerridas bronceadas por el sol de Austerlitz, diezmadas por el cañon de Marengo, y guiadas siempre á la victoria por el hombre de Santa Elena.

Dedicóse con pasión al dibujo, arte para el que tenía favorables disposiciones, y en el que tal vez se hubiera distinguido, si el genio que empezaba á bullir en su mente no le hubiese arrastrado á otra senda que por ser mas difícil, mas gloria habia de experimentar en recorrerla. Desde sus años mas infantiles habia mostrado una decidida afición á la música, afición que gradualmente iba aumentando y que obligó por fin á dedicarse á su estudio, aprovechándose tanto, que ya á los dos años tocaba regularmente el piano y era profundo conocedor en tan difícil ciencia.

Entregóse entonces con ardor al estudio de la composición que á los 20 años emprendió bajo la dirección de D. Ramon Vilanova, acreditado catalán que mas de una vez hemos admirado en sus místicas y brillantes composiciones, sencillas, puras y castas como el Dios á que estan dedicadas, conjunto de armónicos sonidos que al retumbar en las sonoras bóvedas de la iglesia catedral, mas de una vez nos han hecho inclinar con respeto nuestra humilde cabeza, al propio tiempo que envuelta entre nubes de incienso subia la ofrenda del artista hasta el trono del Señor.

Ayudado, pues, por sus nada escasas disposiciones y teniendo en cuenta los preceptos de su experimentado maestro, Cuyás hizo rápidos progresos en la composición, y en varias piezas sueltas vertió las ideas que pululaban en su mente; la inspiración que fermentaba en su alma, dió á conocer el genio que en él germinaba, y se hizo un buen lugar entre el número de estimables artistas que tiene á honra poseer la corte de los Berenguer.

Su vida hubiérase sin embargo deslizado triste y oscura como la de una capaz medianía, si ante sus ojos no hubiera aparecido rodeado de todos sus seductores prismas la nada efímera gloria que proporciona el teatro. Vinole á la mano uno de los mas fantásticos librettos de Romani sacado de una de las mas medianas novelas de Arlincourt, y en aquel conjunto de romancescas imágenes, en aquel delirante canto de una rica imaginación, vió Cuyás la roca que debía golpear, el campo en el cual debía internarse con los ojos del alma, el mundo que debía poblar con todos los fantásticos seres inspirados por la calentura de su artística imaginación. Creó la *Fatuchiera*.

Forzoso nos es decir que antes de esta ópera, habia escrito otra que no llegó á concluir por haber sido escrita para voces de mas fuerza y estension que las de los cantores que en aquel entonces pisaban la escena del teatro de Barcelona.

La *Fatuchiera*, pues, fué recibida con entusiasmo que rayaba en embriaguez, una embriaguez que rayaba en delirio, un delirio que era ya locura; entusiasmo, embriaguez, delirio y locura que renunciáramos á pintar, porque en nuestro rico idioma faltan frases para describirlo.

Nosotros éramos jóvenes muy jóvenes en aquella época, y contamos ahora entre los mas dulces y bellos de nuestros recuerdos, aquella noche de frenética orgía, para todo un público en que mil voces daban un solo grito, mil manos se unian como una sola para despedir un prolongado aplauso, en que una salva de entusiastas vivas coronó al modesto artista cuando pisó la escena, bamboleanse y sosteniendo por los apreciables cantores en cuyas frentes brillaba el fuego del entusiasmo; en que varias coronas cayeron á sus pies, débil ofrenda tributada por hombres justos al hombre de mérito.

Poco disfrutó Cuyás de su triunfo; al poco tiempo su delicada constitución, minada por el trabajo, fué presa de una tisis pulmonar, esa terrible enfermedad que estiende sus garras de hierro, pareciendo como celosa furia complacerse en arrebatar las cabezas mas jóvenes y privilegiadas. A esa enfermedad debemos tambien la temprana muerte del autor del *Espejo de las venganzas*.

¡Cuyás murió! flor pasajera que un momento embalsamó el aire con sus perfumes, astro brillante cuyo plateado disco oculta pronto un velo de nubes, fosfórica luz que sale á divagar por la superficie de la tierra, y que desaparece impelida por una invisible mano, rayo que centellea brillante, que deslumbra con su resplandor, y que apaga un soplo de Dios.... ¡Cuyás murió!

Una extraña circunstancia acompañó su muerte acaecida en 7 de marzo de 1839. La noche de su fallecimiento cantábase por última vez en el teatro la *Fatuchiera*, y el autor exhaló el último suspiro en el mismo instante en que corriéndose la cortina sobre el palco escénico, manifestó á los espectadores que habia concluido aquella hermosa composición.

Brillantes poesías debidas á bien reputadas plumas, consagraronse á la muerte de Cuyás, muerte sentida por todos como lo probó la multitud que mas tarde se agolpó á las puertas del teatro principal y del teatro del Liceo, en los dias en que ambas empresas cedieron sus salones para beneficio de la familia del malogrado artista catalán.

V. BALAGUER.

LA ESPADA DEL DUQUE DE ALBA.

NOVELA HISTÓRICA.

La compra de un alma.

II.

En el siglo XVI muchas preocupaciones sobre la manera de tratar los ahogados, preocupaciones que en su

mayor parte nos ha transmitido la tradicion popular, eran consideradas como artículos de fé en medicina. El primer paso que con ellos daban, era colgarlos por los pies, á fin de hacerlos volver el agua que habian tragado; lo cual bastaria para que muriera en pocos minutos cualquier hombre robusto. Pero, á Dios gracias, no trató así á Joos el facultativo.

Le sangró, mandó darle unturas en el pecho y fricciones en todos los miembros; y cuando consiguió volver un poco de calor á aquel cadáver, le envolvió con una manta y dejó que un sudor copioso produjera el efecto de reanimar su existencia. Así que el jóven empezó á suspirar, á mover los brazos y abrir los ojos, el viejo hizo seña á los que allí estaban para que se retirasen: junto al enfermo no quedaron mas que el sacerdote, el doctor, y el que mandó llamarlos.

Joos se incorporó en la cama y dirigió algunas miradas en torno de sí, recorriendo el sitio desconocido en que se hallaba. Cuando reparó á su derecha en el venerable fraile, y á su izquierda en la estraña figura del viejo, se creyó entre San Pedro y el demonio que se disputaban su alma, y por un movimiento instintivo se arrojó en los brazos del religioso exclamando:

—¡Protegedme!

El viejo comprendió la idea del resucitado, y se sonrió de un modo tal, que contribuyó á aumentar el terror del pobre muchacho.

—De mí solo depende tu suerte, dijo con unavoz grave é imponente. Sin mi auxilio, hubieras muerto; por consiguiente tu vida me pertenece. Con una palabra sola, con un ademan puedo volverte al sepulcro de donde sales.

Fácil es comprender que estas palabras en nada podian contribuir á inspirar confianza á Joos, débil todavía de su desvanecimiento.

—Respóndeme sin rodeos á las preguntas que te voy á hacer, continuó el viejo, y te advierto no me engañes, porque yo no soy de aquellos á quienes se engaña impunemente. ¿Por qué motivo te hallabas herido en la cabeza, en el rio, y flotando á merced de la corriente? Contesta pronto como si te confesases en tu lecho de muerte.

El jóven se reanimó un poco con estas palabras que le dieron á conocer no estaba muerto, y que no se las tenia que haber con el demonio, sino con vivientes.

Contó sencillamente en pocas palabras y con toda exactitud sus amores con Estina, sus citas nocturnas y la fatal conclusion de la última.

—¿Por qué rehusa el carnicero darte la mano de su hija?

—Porque soy pobre y oscuro, al paso que él es rico y rey de su corporacion.

—Y ¿cómo es que has ocultado á tu madre tus amores?

—Porque sabia que estos amores iban á ser insensatos, irrealizables y desgraciados, y no queria hacer tambien desgraciada á mi madre.

—A tu pobre madre la tienes desconsolada por eso,

repuso el viejo con acrimonia. Héla separada de su hijo para siempre, sin consuelo y sin amparo en su vejez.

Es viuda de su hijo como lo era ya de su marido.

Joos ocultó con las manos sus ojos humedecidos de lágrimas.

Por lo que hace á Estina, no me parece mas lisonjera su suerte. Si han sabido vuestras citas nocturnas: si te han herido mortalmente bajo su ventana, no puede ser entonces sino por orden de su padre. De consiguiente, el padre que manda asesinar al amante de su hija, creo que no se muestre mas indulgente con la que le engañó á él mismo.

—Piedad; oh! ¡piedad! exclamó Joos desatinado. Daria mi vida por evitar las fatales consecuencias de mi loco amor; daria la salvacion de mi alma... ¡Dios me perdone esta blasfemia! interrumpió santiguándose.

—Esas son vanas palabras que desaparecen ante la realidad, exclamó el viejo con amarga sonrisa.

—No; os lo juro, repuso Joos, á quien temblaban todos los miembros de su cuerpo al ver aquella sonrisa infernal, y que habia vuelto á sus temores de conversar con Satanás.

—Escucha Joos Claes, y medita la respuesta que me des, porque en este momento te hallas en la ocasion mas critica de tu vida. Si te ofrecieran reparar las consecuencias de tus estravios, dar consuelo á tu madre, volver el honor y la tranquilidad á Estina, y lograr ademas un mes de felicidad al lado de tu madre y de tu muger, ¿seria bastante agradecido tu corazon para entregarte en cuerpo y alma á tu bienhechor, y obedecerle y servirle en cuanto necesitase de tu ayuda? ¿En cuerpo y alma oyes?

Joos sintió que un sudor frio corria por su cuerpo, y que volvía á desmayarse.

—¿Lo ves? no eres mas que un miserable egoista indigno de que se te mire con interés. Rehusas reparar tus propios yerros, el mal hecho á dos pobres mugeres, sumidas en el infortunio por haberte querido demasiado.

—No leéis en mi pensamiento, repuso Joos, despues de un momento de reflexion. No se pueden hacer con ligereza semejantes promesas. Escuchadme, pues; juro que he creído érais el diablo, y se santiguó reverentemente al decir estas palabras observando con gusto que ninguna turbacion manifestaba el viejo—juro entregarme á vos en cuerpo y alma, cuanto os plazca, ya que vais á sacar á mi madre y á Estina de la inquietud en que se hallan.—Las pondreis para siempre al abrigo de la desgracia, y me dejareis vivir un mes á su lado.

—Acepto, dijo el viejo. Y ahora, como nuestra conversacion ha podido fatigarte, toma esta bebida y duermeme confiado, que no tardarás en ver el efecto de mi promesas.

Joos tomó la copa que le presentaba y la bebió. Despues, á pesar de lo que ocupaba su imaginacion la singularidad de su aventura y la importancia del pacto que acababa de contraer, la fatiga y la virtud soporífera de la bebida, no tardaron en sumergirle en un dulce y profundo sueño.

Entre tanto la pobre madre de Joos, mientras que así se sacrificaba por ella su hijo, pasaba la noche en las mayores angustias. A cada momento se ponía á escuchar en la ventana para ver si oía los pasos de su hijo que le llevase algun consuelo. Por mucho tiempo no sintió sino el ruido de la tempestad y el estruendo del trueno. A este desórden de la naturaleza sucedió un silencio, aun mas terrible. Parecia un presagio de muerte, y sin las oraciones que reanimaban á la señora Gertrudis, hubiese sucumbido á sus emociones. Cada hora de la noche se le hacia un año, y amaneció sin que Joos pareciese. Por fin... oye pasos... se pone á escuchar, y no eran los de su hijo. Sin embargo, se pararon á la puerta, movieron el aldabon, y al punto mil funestos pensamientos se agitaron en la mente de la pobre muger.



Decir todo lo que experimentó en el tránsito desde su cuarto al umbral de la casa, no seria fácil. Un anciano de venerable semblante fué el que habia llamado á la puerta.

—¡Hijo mio!... ¿ha sucedido alguna desgracia á mi hijo? exclamó la pobre viuda.

—Soy portador de buenas nuevas, repuso el mensajero en un tono grave. Si quereis ver á vuestro hijo no temeis que hacer mas que acompañarme. Solo si, segun las órdenes que he recibido, no puedo permitir que me acompañeis, sino despues de tapados los ojos con esta venda; pero no temais; os juro por los méritos de Cristo nuestro Salvador que no debéis tener miedo ni cuidado alguno.

Se trataba de volver á ver á su hijo, á su hijo cuya ausencia la habia sumergido en mortales angustias. La señora Gertrudis no titubeó. Por otra parte, el anciano á quien ella se entregaba le inspiraba cierta confianza con la dulzura de su aspecto y la honestidad de sus ma-

neras. Se dejó, pues, vendar los ojos, apoyó su brazo en el de su guia, y este, despues de algunos rodeos que dió de intento para que ella no pudiese sospechar á qué barrio de la ciudad la conducia, se paró delante de una puertecita.

En tanto que esto pasaba con la señora Gertrudis, el carnicero todavia dormia tranquilamente delante de la chimenea, donde echó el remo ensangrentado. De pronto oyó llamar bruscamente á su puerta; despertó con sobresalto, bajó y preguntó con aspereza qué se ofrecia á aquella hora.



—Abrid en nombre de S. M. el rey de los Países Bajos, le contestaron.

Y vió en efecto á través del ventanillo de la puerta, dos oficiales de policía acompañados de un respetable destacamento de soldados.

—¿Y qué me quiere S. M. católica? replicó.

—Abrid, abrid al punto, contestó el oficial de policía; porque si no, traigo orden de hacer derribar la puerta. Os advierto amigablemente que es inútil vuestra resistencia; la casa está por todas partes rodeada de soldados y de barcos que vigilan las ventanas que dan al río.

El carnicero, cuya conciencia no estaba pura, se persuadió de que la policía habia descubierto algo del asesinato de aquella noche, y obedeció las instrucciones del magistrado, afectando una tranquilidad que se hallaba bien lejos de tener.

—¿Desde cuándo, dijo, son menester soldados para obligar al rey de los carniceros á que obedezca una orden de la autoridad?

—Desde que se encuentran cadáveres ensangrentados bajo las ventanas del rey de la corporacion de los carniceros, replicó en voz baja y seca el oficial de policía. Venid, señor mio á acompañarme adonde traigo orden de conducirlos. Vuestros dos hijos y vuestra hija deben seguirlos. Si no quereis escándalo en la casa encargadles sean dóciles.

De buena gana habria asesinado el carnicero al oficial de policía, y seguramente lo hubiese hecho á haberle sido fácil llamar junto á sí á los miembros de su corporacion: empero la comision del magistrado, ejecutada

con gran sagacidad, no podía dar lugar á ello, ni aun siquiera á intentarlo, porque los soldados tenían montadas sus pistolas. Hizo de la necesidad virtud, llamó á sus dos hijos Laureys y Carel, y les dijo que se vistieran inmediatamente. En seguida fué á buscar á Estina, cubrió con una espesa mantilla la cara de la niña, y siguió al magistrado, resuelto á ver si encontraba en el camino algunos carniceros para manifestarles el peligro en que se hallaba y pedirles socorro.

Desgraciadamente le taparon los ojos, como se había hecho con la señora Gertrudis. Se le puso una mordaza por mas precaucion, y ni él ni los suyos sabian á dónde los llevaban. Cuando se les volvió el uso de la boca y de la vista, hallábanse delante de un viejo que se sonrió. Al verle el carnicero se puso de rodillas.

—No son esas falsas muestras de respeto las que yo quiero, dijo con enfado aquel. Habeis sido ya una vez indultado por cometer un asesinato, y ahora de nuevo verteis sangre. Un cuarto de hora teneis y vuestros hijos tambien para encomendar vuestra alma á Dios. Tres lazos aguardan en la plaza del Viernes. Que vengan los confesores.

El señor Beecmans movia sus grandes ojos abigarrados como un lobo junto á su presa; tenia todo el furor de él y una estúpida cobardía al mismo tiempo.

—¿Qué muerte he cometido yo? quiso preguntar, pero el temblor de la voz desmentía su aparente tranquilidad.

—La de Joos Claes.

—Joos, Joos ha muerto! exclamó Estina y cayó desmayada á los pies de su padre, sin que este se bajase á socorrerla.

—Es menester un juicio público y legal para condenarme, dijo el carnicero despues de un momento de reflexion; reclamo mis derechos de vecino de Gante.

—Habeis sido condenado á muerte en otro tiempo por la parte que tomasteis en los alborotos de los *Cressers*; vuestra condena se suspendió, y ningun acto ha sancionado vuestro indulto. Estareis colgado una hora como Cresser; con que encomendad vuestra alma á Dios.

—¿Y no podría rescatar mi vida á costa de una gran multa, preguntó Beecmans.

—Los bienes del condenado á muerte corresponden al estado.

—Pues entonces que me den un poco de cerveza y me traigan un sacerdote, añadió con aparente sangre fria, porque sus mejillas estaban lívidas.

—Podeis rescatar vuestra vida con una condicion.

—¿Cuál es? preguntó con afan el señor Beecmans.

—La de escribir al pié de este papel, sin leer las condiciones que contiene: «aceptó las anteriores condiciones y me obligo á observarlas como buenas y válidas sin restriccion y sin oposicion alguna.»

—Yo no firmaré nada sin saber lo que es.

—Mucho dura esta conversacion. ¡Llamad al sacerdote y que se prepare el verdugo!... Llevad á ese cuarto inmediato á esta niña, que gracias á Dios ha recobrado el conocimiento.

El viejo salió, y el sacerdote se acercó al carnicero.

—Hijo mio, le dijo, arrepentíos de vuestros pecados y no penseis mas que en la eternidad que teneis próxima. Habeis mojado en sangre vuestras manos, y Dios ha dicho ¡desgraciadas sean las manos ensangrentadas!

—Quisiera hablar á mis hijos por última vez, dijo el señor Beecmans, cuyo terror cada vez se le manifestaba mas.

—Se ocupan de la salvacion de su alma, y os suplico, ¡hijo mio! les imiteis; no penseis ya en las cosas de la tierra, sino en la muerte y en la eternidad que teneis delante.

—¿No sabeis qué contiene el papel que querian hacerme firmar?

—Lo ignoro; pero ya es tarde para pensar en ello, puesto que no lo quisisteis hacer. ¡Hijo mio! ¡en nombre del cielo orad y arrepentíos!

En aquel momento apareció el verdugo con un gran lío de cuerdas debajo del brazo.

—Señor Beecmans, le dijo, permitidme os pida perdón de la muerte que voy á daros; no puedo menos de llenar los deberes de mi ministerio.

—Jans, repuso el otro en voz baja, te doy mil monedas de oro si quieres avisar á los carniceros mi próxima muerte. Que al menos tenga el consuelo de despedirme de ellos.

—Sí, para que vengan con cuchillos á la horca y te libren. Ese es un pensamiento poco cristiano, amigo mio, en un momento tan solemne! Si os diera semejante gusto no tardaria en ver á mi ayudante hacer conmigo el mismo oficio que vengo á hacer con vos.

—Me conformo en firmar lo que se me pide, padre mio. Os ruego, digais que estoy pronto á obedecer y á aceptar todas las condiciones, cualquiera que sean.

—Accedo á vuestro deseo, sin esperanza de buen éxi-



to, dijo el fraile. ¡Sabe Dios si podré conseguir aquello de que pende vuestra suerte!

—Daos prisa, dijo el verdugo, ya es la una de la

madrugada y todo debe estar concluido en un cuarto de hora para evitar la reunion de las gentes.

No es necesario pintar las angustias del carnicero durante la ausencia de su confesor. Por fin volvió este acompañado del viejo, cuya fisonomía revelaba mas que nunca la ironía y el sarcasmo.

—¡Ah! ¡Ah! señor mio, dijo sonriéndose:

¡Cómo os desfigura el semblante el temor de la horca, y os marchita el sonrosado color de vuestras abultadas mejillas! Vamos, escribid y firmad.... ¡Bien! Ahora quedais mi prisionero, hasta que tenga por conveniente mandaros á vuestra casa. Ved, que la menor tentativa de evasión ó comunicacion con los de afuera, seria la señal de rasgarse nuestro pacto.... y de que volviera ese hombre, añadió señalando al verdugo que se alejaba. Dormid pues, si os lo permite vuestra conciencia y vuestro temor. Van á conducirlos al cuarto que os está dispuesto.

Un soldado completamente armado, vino en efecto por el señor Beecmans y le condujo á una pieza pequeña donde habia una cama. Las ventanas que caian á un corredor estaban cerradas por gruesos hierros. El carnicero que en vano trataba de dormirse, oia el ruido de las pisadas de los dos centinelas que paseaban delante de su puerta.

(Continuará.)

COSTUMBRES.

DOS ALMONEDAS EN UNA.

Escenas contemporáneas.

ARTICULO I.

Hace algunos años que habitando en Toledo conocí á uno de los muchos estudiantes que por este tiempo cursaban en aquella universidad, y por una razon de esas que se comprenden, pero que no se explican, sin duda la *simpatía*, llegamos á profesarnos mutuamente la mas sincera y tierna amistad. Eramos compañeros inseparables, y lo mismo se nos encontraba en aquella inmensa y nunca bastante ponderada Catedral, admirando sus bellezas artísticas y oyendo con la mayor delicia los ecos de sus magníficos órganos que á veces mas bien parecen sonidos de una orquesta de ángeles, que productos de la combinacion de sus trompas, como se nos veia al lado del grandioso puente de San Martín, sentados junto á la fuente medicinal, llamada de la Paletaria, que á las orillas del Tajo nace entre cortaduras y breñas, y corre hasta el rio serpeando y formando un sinnúmero de cascadas, cuyo débil murmullo se pierde entre el formidable ruido de las olas de este caudaloso rio. En ambos parages pasábamos placenteros ratos, ya admirando las maravillas ejecutadas por la mano del hombre, y ya tambien contemplando la grandeza del

Ser Supremo, que tan'a belleza y poesía dá á aquella lindísima y encantadora fuente con su agua clara y mineral, como á las rápidas y descompuestas olas del Tajo, que en aquel sitio se agolpan en desórden, disputándose á la vez el paso del puente y ocasionando un ruido sordo y tenebroso, que en las prolongadas noches del invierno sirve de arrullo hasta á los mas separados habitantes de la ciudad. ¡Dichosos y pacíficos dias habíamos pasado ambos en la imperial Toledo, sin que nos quedáran despues de ellos otra cosa que los dulces recuerdos de nuestros mas felices momentos, que los comparábamos las mas veces á los monumentos derruidos que en esta ciudad se encuentran, testigos de su pasada grandeza, y tambien de la presente decadencia!... En cada uno de ellos leíamos una página admirable, bien emborrionada de sangre, cuyo lívido color nos horrorizaba, ó bien escrita con caracteres de gloria y grandeza que nos revelaban su antiguo poderío....

Filosóficos andábamos nosotros por demas, cuando nos entregábamos á estas reflexiones; empero al carácter de mi amigo, naturalmente reflexivo y meditabundo, le agradaban mucho estas deducciones, que solian ser objeto de sus composiciones; yo, por el contrario, aficionado á la vida mas propia de nuestra edad, jóven aun, sucedia con mucha frecuencia, que mientras él estaba envuelto en lúgubres meditaciones contemplando algun edificio gótico, cuyos magníficos relieves se encontraban mutilados, bien por la mano destructora del tiempo, ó mas por la de los hombres, que suele ser lo cierto, yo dilatava los párpados y estiraba el cuello todo lo que permitia la elasticidad de sus tendones, con el objeto de ver mejor alguna linda niña, que por entre los pequeños agujeros octógonos de una espesa celosía, dejaba a mirar un par de ojos negros rasgados y lindísimos, que me entusiasmaban mas que todos los relieves y glorias de la antigüedad....

A pesar de esta diferencia de gustos é inclinaciones, el filósofo y yo nos queríamos como dos amigos de la infancia, y él me hablaba de sus meditaciones y estudios filosóficos con un entusiasmo, y una fé extraordinarias, mientras yo le contaba mis sueños amorosos y mis aventuras con Filis ó Belisa, que han sido siempre mis nombres favoritos, para mis dulcineas, pasando de esta manera nuestra vida muy feliz, y siguiendo cada uno su aprension dominante, sin tratar de atraernos el uno al otro, para hacerle partícipe de sus creencias, y por consiguiente de sus goces... Vivíamos completamente independientes en la manera de obrar, y disfrutábamos cada uno á su modo.

Despues de algun tiempo, negocios de familia obligaron á mi amigo á abandonar la imperial ciudad, y se marchó á su pueblo. Tambien yo me retiré al mio, y al cabo de algunos años me dirigí á esta Babilonia con el objeto de establecer en ella mis reales. Muchas veces me habia acordado de mi compañero filósofo, y hubiera hecho cualquier sacrificio por verle, abrazarle y recordar los goces de nuestros primeros años para saborearlos, y disfrutar con su memoria; pues tengo por muy cierto que nunca se experimentan sensaciones tan agradables.

como en esa edad en que no hay pasado ni porvenir, y si solo presente, que es cuando el alma se entrega de lleno al placer, y se dilata en él hasta lo infinito; empero ignoraba de todo punto su suerte. Algunas veces buscaba su nombre en las listas de diputados y empleados, por si acaso en alguna de esas *carambolas*, que han hecho subir á muchos de la nada, le habia tocado á él tambien sentar plaza de oficial de ministerio, Gefe político, Intendente, ó cualquiera otro *destinillo* de esos con que se pagan los servicios á los hombres que, con el mayor placer, se sacrifican por su país; pero siempre eran inútiles mis pesquisas, y ya me hubiera sorprendido que habiéndonos unido una simpatía tan extraordinaria, hubiese podido encumbrarse tanto, temiendo además que si le hubiere protegido eso que llaman fortuna (tan injusta las mas veces) no se acordaria del compañero de sus primeros años y meditaciones, pues aunque esto pareciera raro, no hay nada mas comun en estos tiempos de tantas categorías improvisadas...

Siempre que habia oido hablar de eso que nombran presentimientos me habia reido altamente, porque tenia por un absurdo semejante creencia; empero ahora, sin creer en ellos, no puedo menos de darla cierto viso de verdad y verosimilitud, á que no extraño se sometan algunas imaginaciones débiles y propensas á juzgar por solo las apariencias: digo esto, porque una noche me acordé nuevamente de mi amigo, y empecé á discurrir un medio para poder averiguar su paradero y anudar nuevamente nuestra amistad.... En medio de las innumerables dificultades que se me presentaban para realizar este proyecto, me acometió el sueño, y sucumbiendo ante esa necesidad en la vida, de que ni el rey ni el esclavo estan exentos, pasé la noche en una continuada pesadilla, tan pronto abrazado con mi amigo filósofo, como separado por una distancia, que ni la vista, ni el entendimiento eran capaces de medir.... Aun me duraba esta pesadilla, cuando me sacó de ella la voz del criado que me despertaba para entregarme una carta, que en el mismo momento acababan de poner en sus manos, á fin de que llegase á las mias lo mas pronto posible. Apenas la tomé que antes que mis dedos rompieran la prosaica y modesta oblea, ya mi corazon habia latido de una manera especial, y que me indicaba algun gran secreto bajo la débil defensa de un sobre. Un ministro hubiera creido encontrar allí algun aviso importante para salvar su vida... Un criminal la orden de su prision.... Un romántico la declaracion amorosa de alguna Lucrecia.... Yo, cuatro renglones de un amigo desgraciado que me necesitaba.... Abrí por último la misteriosa epístola, y solo hallé la siguiente carta, aunque sin firma, sin duda para sorprenderme despues.

Amigo mio:

«Una rara casualidad me ha hecho saber tu paradero en esta corte, despues de mucho tiempo que ambos habitamos en ella. Tengo necesidad de ti en la situacion en que me encuentro, y no creo dejarás de venir á abrazar

á uno de tus mas antiguos amigos á la calle de.... número 13, piso cuarto (es decir boardilla)....»

Este era el contenido de la carta; no estaba firmada, y su letra parecia de una muger, ó mas bien de un hombre que habia querido disfrazarla; mas tan bien sostenido estaba este disfraz, que mejor la tuve por desfigurada á causa de una estremada debilidad en el pulso.... Volví á leerla, y nada podia adivinar de una cita, que contenia oculto hasta el mas pequeño y remoto indicio de su objeto.... De muger no podia ser, pues ningun antecedente tenia para esperar tanta ventura, mucho menos cuando yo no soy de esos por quienes andan perdidas de amor las bellezas mas raras, y lloran continuamente sus desdenes... Despues de un insomnio de algunas horas, mi cabeza se encontraba débil, y en un atolondramiento tal, que no podia discurrir hasta conocer la causa que habria movido á escribir la carta en cuestion... ¡Algun desafio!.... Esta idea se presentó á mi imaginacion con unas formas exageradas, y me sacó de aquella parálisis en que habia estado hasta este momento; pero volví á leer por la vigésima vez la epístola malhadada, y por mas que leia y releia, tanto podia creer de ella que fuese cita amorosa como desafio.... El criado permanecia absorto al lado de mi cama, y desde que me entregó el maldito papel, que en tal confusion me habia puesto, no dejaba de observar mi turbacion, sin saber que sentido dar á sus observaciones.... Dime, le pregunté con tono convulsivo que revelaba mi agitacion, ¿quién te ha entregado esta carta?....

—Una señora de alguna edad, alta, delgada, vestida pobrememente y de cara macilenta, que vista al través de un tupido velo (mas por los zurcidos que por su tejido primitivo) indicaba miseria.

—Alguna desdichada viuda cuyo marido anduvo en coche para que ella pida limosna.... ¿Y no dijo de parte de quien venia?...

No señor, repuso mi criado: me preguntó si habitaba V. aquí, y estaba en casa.... La contesté que sí, y entonces me entregó esa carta y se marchó....

—¿Pero nada te encargó de palabra por si yo no queria ir á su casa, ó tal vez no me lo permitian mis negocios?...

—Nada señor.... me respondió mi criado con su acostumbrada impasibilidad asturiana.... Solo cuando bajaba el primer tramo de la escalera dijo con voz bastante apagada.... Quizás le socorra.... ¡Eran tan amigos!... y desapareció en el siguiente entre la oscuridad.

—Bien.... déjame solo.... Vestíme lo mas de prisa que pude, y aun cuando no dejaba de discurrir sobre el contenido de este escrito, no era fácil llegar á comprender su objeto, sin embargo; las palabras que la portadora de él dijo cuando bajaba la escalera, revelaban que habia una persona que padecia, que esperaba algo de mi entrevista, y aun que éramos muy amigos; pero ¿qué podia yo hacer por ella?.... Pobre, desgraciado tambien, y sin conocer á ninguno de esos pro-hombres que tienen en su mano hacer la felicidad de los demas, ¿qué servicios podria yo prestarle?... Empero quizás necesitase de mi asis-

tencia por hallarse enfermo; y esto, ni me costaba el dinero, ni tendría que ir á suplicar á nadie: así pues, sin vacilar ya ni un momento me dirigí á la calle de.... número 15, piso cuarto....

N. R. DE LOSADA.

(Continuará.)

VARIETADES.

EL HOMBRE DE CORTE.

ADVERTENCIA.

El deseo de pagar justo tributo á la memoria del padre de mi compañera, D. Eusebio María de los Heros que la parca cortó el hilo de sus preciosos días á los 52 años de su edad, que es aquella en que el hombre pule las obras del entendimiento y la filosofía, hijas primogénitas de la experiencia, es el que me impulsa á dar á la prensa las máximas del hombre de Corte, que en aquella sazón redactaba y yo hoy conservo inédita con otras producciones suyas, que como esta algun día pondré á la vista del público. Está que por su naturaleza se presta á tener cabida en un periódico, podrá servir de clara muestra del buen talento que le adornara.

Mi pluma, respetando sus escritos como es debido al precepto del que ya no existe, no se ha atrevido mas que á sembrar de algunas notas en su escrito, que si bien tan bellos fragmentos son la opinion del hombre que fué, mis anotaciones son el modo de comprender las del hombre que es. No obstante, mas escasa mi experiencia, no demuestra sino el que aprovecharon en algo sus opiniones para mí, pues que he buscado en los anales de los hombres ilustres del mundo, el modo como aclarar sus palabras y testual juicio.

Creo que las máximas de D. Eusebio de los Heros serán vistas con gusto, así como escuchadas con indulgencia mis anotaciones.

Máxima 1.^a

La perspicacia del hombre se halla actualmente en el mas alto grado.

Se necesitan en el dia mas requisitos para formar un hombre sábio que los que antiguamente se necesitaban para formar siete (1), y es menester en los tiempos presentes mas habilidad para tratar con un solo sugeto que la que se necesitaba en otros tiempos para tratar con todo un pueblo.

Máxima 2.^a

El talento y el carácter.

Estos son los dos puntos (2) en que consiste la reputacion del hombre. Tener el un sentido sin el otro, es ser dichoso á medias. No es suficiente el tener un buen entendimiento, es preciso tener tambien carácter y gé-

(1) Es muy cierto de que en otros tiempos no habia sino siete sábios, y en el dia todo el mundo cree serlo.

(2) Que el génio y el talento son las dos causas principales de la elevacion y de la gloria de un hombre grande, es muy exacto.

nio (4). Las gentes de poca perspicacia tienen por lo comun la desgracia de equivocarse en la eleccion de su profesion, de sus amigos, y aun del paraje donde deben establecerse.

Máxima 3.^a

No prestarse ni declararse.

La admiracion que se tiene por la novedad, es la que hace apreciar los acontecimientos. No hay utilidad ni gusto en jugar á juegos descubiertos. No declararse desde luego, es el medio de tener los espíritus en espectacion, y principalmente en cosas importantes sobre las cuales está fija la atencion universal. Esto hace creer que hay misterio en todo, y el secreto escita la veneracion. En el modo de esplicarse, se debe evitar el hablar claramente; y en la conversacion es preciso no hablar jamas como lo siente el corazon. El silencio es el santuario de la prudencia (2); una resolucion declarada nunca fué apreciada. El que se declara se espone á la censura, y mucho mas si por acaso no resulta lo que ha manifestado. Es preciso imitar al proceder de Dios que tiene siempre á todos los hombres en espectacion (3).

Máxima 4.^a

El saber y el valor forman reciprocamente los grandes hombres.

Estas dos cualidades hacen los hombres inmortales, porque ellas mismas lo son. El hombre es grande segun su saber (4), y cuando sabe todo lo que puede. El hombre que nada sabe es el mundo en tinieblas (5). La prudencia y la fuerza son sus ojos y sus manos. La ciencia es estéril si el valor no la acompaña.

(1) Un solo sentido que le falte, privaria de gozar al hombre de corte una gran parte de su vida, y dejaria que su espíritu apareciese abatido. ¿Qué sucederia, pues, á aquellos á quienes les falta un grado en la concepcion, ó la facilidad necesaria para el raciocinio?

(2) El mas sencillo de los animales podrá engañar al mas sagaz con tal que se calle y se contente con conservarse cubierto con la piel de su apariencia. Porque siempre se han exceptuado los taciturnos del número de los tontos. El silencio no solo disimula lo que es defectuoso, sino que tambien lo hace parecer misterioso.

(3) Gracian aplicó esta máxima á los Reyes y Principes y dice, que para hacerse estimar de sus vasallos y sostener su carácter deben ser siempre enteramente dueños de su lengua. Y por esta razon hizo Augusto grabar en su sello un Esfinge que los egipcios la reconocian por el Dios del secreto y de los enigmas; y despues dice el mismo Gracian: «como el principe es la mas viva imagen de Dios sobre la tierra, debe ser tambien semejante á Dios que gobierna el mundo por conductos desconocidos de los hombres, haciendo sentir diariamente los efectos de su bondad y de su justicia, sin descubrirnos jamás los designios de su sabiduría».

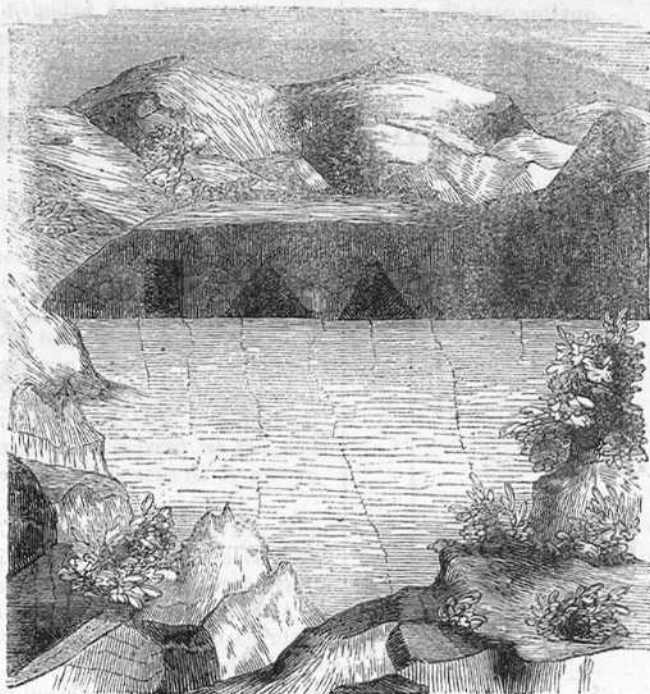
(4) El menor día de la vida de un sábio, dice Séneca, mas vale que toda la vida de un ignorante por larga que sea; y Gracian dice, que nadie vive como hombre sino aquel que sabe. Uno de los sábios de Grecia decia á menudo, que la salud era la felicidad del cuerpo, y el saber la del espíritu del cuerpo.

(5) *Otium sine literis mors est, et vivi hominis sepultura.* Ep. 83, es decir, el ocio de un ignorante es una muerte, y la sepultura de un hombre que vive: Aristóteles dijo, que el saber diferia tanto de la ignorancia, como la vida de la muerte.

IVO DE LA CORTINA.

Madrid 1846.—Imprenta y Establecimiento de Grabado de los SS. González y Castelló, calle de Mortalera n. 89.

ANTIGÜEDADES ESPAÑOLAS.



TEMPLO FENICIO Y GEROGLIFICOS DE FUENCALIENTE.



Entre las antigüedades que nos restan de los Fenicios, son dignas de una particular atención las grutas de Fuencaliente, población de Sierra Morena, muy conocida por sus baños termales. Están situadas estas curiosas grutas en la Sierra de Quintana á una legua de la villa mas allá del rio de los Batanes á la parte de Oriente. El terreno es sumamente áspero y fragoso, se crían con abundancia en él cabras monteses. Toda la falda de una parte de la montaña, que es de pedernal fino, se vé cortada formando un frontispicio de seis varas de alto y otras tantas de ancho. En esta fachada existen abiertas, y afi-

nadas con acero dos pequeñas cuevas en forma de pirámide, su altura será de vara y media, y su entrada por lo mas ancho de una. Con el corte del peñasco dejaron llana y desembarazada aquella parte del terreno, formando un pequeño átrio al que sirve de valla ó cerca las piedras cortadas juntamente con una porcion de enebros, alcornoques y árboles silvestres que hacen poco accesible aquel sitio.

En las paredes de estas cuevas estan escritos con tinta de rúbrica bituminosa caracteres desconocidos en los alfabetos antiguos, y geroglíficos, que á pesar del tiempo se conservan frescos y hermosos.

A un cuarto de legua de aquí, á orillas del rio de los Batanes y en la parte que este forma una cascada, se encuentra un peñasco de pedernal, aunque no muy fino, que tiene cortada á pico su fachada. Está enteramente al

descubierto y sin amparo alguno á la parte del norte por donde corre el rio, formando un cuadrilongo de seis varas de alto y seis de ancho. Pusieron tambien en él varios geroglíficos, los de la parte superior estan escritos

con tinta negra, y los de la inferior con encarnada. Como está á la intemperie, las aguas, á pesar del betun han lavado bastante la tinta y los caracteres y geroglíficos han quedado confusos y casi borrados en algunas par-

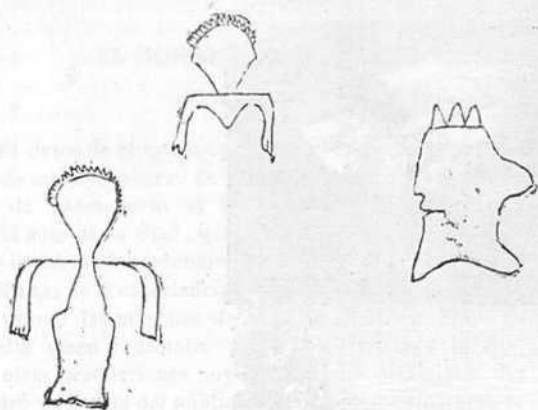


Fig. 1.ª—Frente.

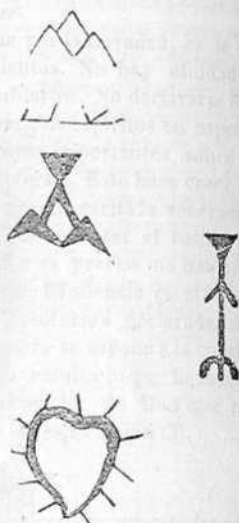


Fig. 2.ª—Costado derecho.

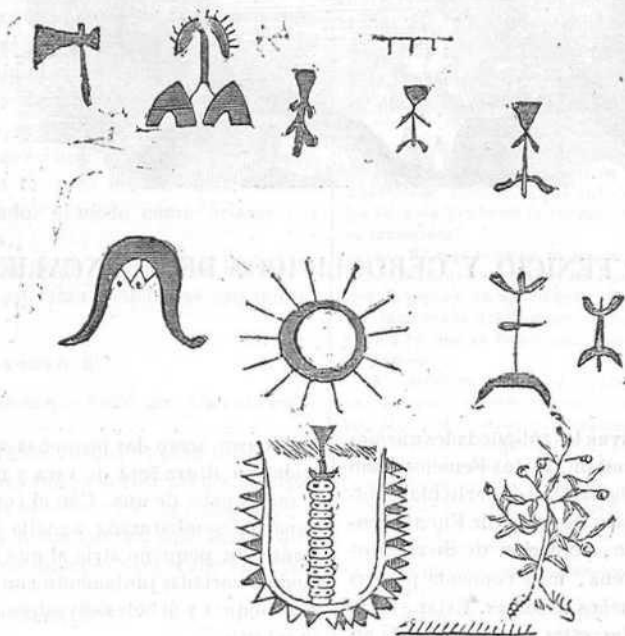


Fig. 3.ª—Costado izquierdo.

tes; tambien puede haber contribuido el humo del fuego que se conoce haber habido al pié del peñasco.

Estos geroglíficos estan escritos en la segunda cueva en tinta encarnada en las paredes de la derecha é iz-

quierda. En el centro hay tres figuras al parecer de una muger de cuerpo entero, otra de medio cuerpo, y una cara tan mal delineadas que parecen mamarrachos pintados por un niño.

El sitio en que estan las cuevas, era sin duda alguna un templo Fenicio, segun le suelen describir los historiadores antiguos. Masdeu refiriéndose á estos dice: Que los templos principales de los Fenicios eran bosques cerrados de una muralla sin techo y descubiertos para permitir libertad á la vista, y poder levantar los ojos al cielo en tiempo de sus oraciones. En estos recintos habia mesas y altares, y para el uso de los sacrificios se conservaba el fuego perenne, elemento adorado por estos como cosa mas semejante á la divinidad. Los Fenicios adoraban á la mayor parte de dioses, á quienes tributaban culto los egipcios. Es verosímil tomasen de estos los símbolos ó geroglíficos que se ven escritos en aquellos peñascos. Es pues en nuestra opinion aquel sitio el punto en que los mineros Fenicios se reunian á tributar adoración á sus dioses.

La abundancia de minas que hay en aquella sierra, los vestigios que allí existen de haber sido explotados en tiempos muy remotos, nos hacen creer que los Fenicios de las ciudades de Cartulo é Ilitergi, poblaciones que existian no muy distantes de aquel sitio, tendrian establecimientos en la sierra para beneficiarlos, y dispondrian aquel sitio en la forma que aun conserva para reunirse á dar adoración á las divinidades á quienes le tributaban.

Los historiadores antiguos cuentan, que los Fenicios cartagineses y romanos beneficiaron las minas de los montes morianos, esta es una prueba de lo que referimos.

Don Fernando José Lopez de Cárdenas, cura de Montoro, comisionado en 1783 para formar en Andalucia una coleccion de historia natural y antigüedades con destino al real gabinete, descubrió en mayo del mismo año estas antigüedades. De su reconocimiento dió cuenta al conde de Floridablanca, haciendo una prolija descripcion, y manifestando que en su juicio aquel sitio es el *Luco* de quien hablan los libros sagrados del Paralipomenon, y de los reyes y algunos escritores profanos. Esta es su opinion: que despues de lo que hemos dicho no creemos necesario ocuparnos de refutar. Floridablanca, deseoso de enriquecer el gabinete de historia natural, le escribió la carta que en honor á aquel digno y sábio ministro transcribimos. «Contesto á las tres cartas de V. de 16 de abril, 26 de mayo y 12 de junio de este año, diciendo quedo enterado de cuanto en ellas me manifiesta acerca de las propiedades de las aguas de Anguijuela y Fuencaliente, y del hallazgo de las dos piedras al pié de la Sierra de Quintana, con geroglíficos escritos en tinta de rúbrica, cuyos caracteres no se hallan en los alfabetos antiguos, y que me parece bien que haya V. hecho quitar parte de una de dichas piedras para remitirla al gabinete con otras curiosidades. Pero como este descubrimiento es tan raro, quisiera tener en el gabinete una de dichas piedras entera, si pudiese aserrarse sin mucho trabajo y coste, y que V. dispusiese una relacion sucinta de este asunto, describiendo el lugar, la figura de la cueva, las piedras y símbolos, y que por conclusion tuviese el juicio que podrá formarse de haber sido *Luco*. Lo que participo á V. E. San Ildefonso á 1.º de agosto de 1783.—El conde de Floridablanca.»

No fué posible aserrar ninguno de estos peñascos por su dureza, no siendo esta la menor dificultad sino su traslacion por sitios enteramente intransitables. No quedaron, pues, satisfechos los justos deseos del ministro, habiendo de contentarse con un pedazo de piedra del peñasco que está á orillas del rio, que por no ser de pederal muy fino pudo arrancarse; tendrá media vara y cuatro figuritas; debe existir en el gabinete de historia natural. Entre estos cuatro caracteres hay uno que parece de alfabeto antiguo.

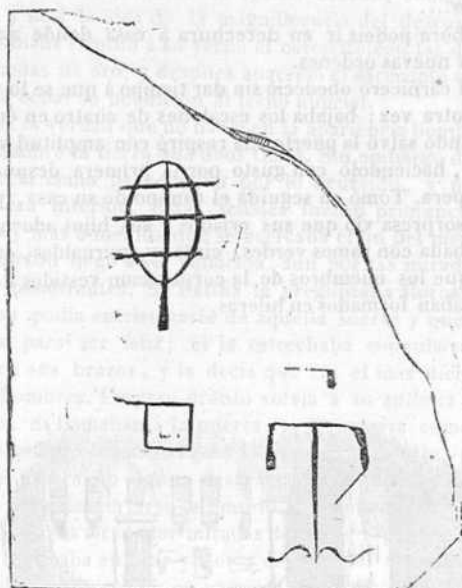


Fig. 4.ª

No hemos visto, por mas que lo hemos procurado, la Memoria que en virtud de la orden que hemos copiado debió escribir el señor Cárdenas, para examinar los fundamentos de su opinion acerca de ser este sitio el *Luco* de que habla la Sagrada Escritura. Sin embargo, creemos no nos haria variar de la que dejamos sentada.

LA ESPADA DEL DUQUE DE ALBA.

NOVELA HISTÓRICA.

III.

Promesas cumplidas.

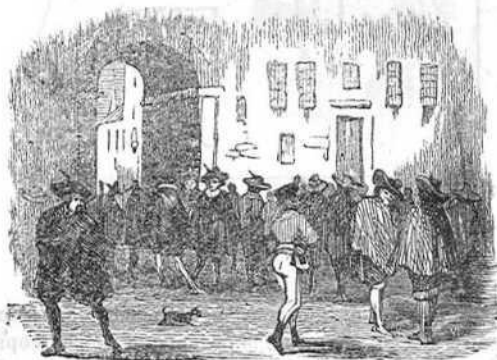
Encerrado en un cuarto muy semejante á una prision, y custodiado por dos centinelas, el gefe de la corporacion de los carniceros estaba bien distante de disfrutar

una tranquilidad completa. Impacientado de ver transcurrir las horas sin ser puesto en libertad, recibió una gran alegría al oír descorrer los cerrojos y meter la llave en la cerradura. Empero esta alegría se convirtió pronto en terror, porque la persona que apareció era nada menos que el verdugo.

—Señor mío, dijo este hombre que se gozaba en ver consternado al prisionero, vengo á traeros órdenes de alguna persona que conoceis. Es decir, que si las quebrantais, no tardarán mis manos en colocar en vuestro cuello la orden del Santo Cordon. El que me envia, me encarga os diga que si revelais quién es, ó solamente lo dais á entender, no tendreis mas que decir vuestro *in manus...*

Ahora podeis ir en derechura á casa donde aguardareis nuevas órdenes.

El carnicero obedeció sin dar tiempo á que se lo mandara otra vez; bajaba los escalones de cuatro en cuatro y cuando salvó la puertecilla respiró con amplitud varias veces, haciéndolo con gusto por la primera despues de la vispera. Tomó en seguida el camino de su casa, y con gran sorpresa vió que sus criados y sus hijos adornaban la fachada con ramos verdes, cintas y guirnaldas, mientras que los miembros de la corporacion vestidos de gala estaban formados en hileras.



—¡Y qué! estais aun en traje de mañana, le dijeron de todas partes, y ya vá á llegar la hora de la ceremonia. ¿Qué se ha hecho de vuestra habitual exactitud?

—¡La ceremonia! iba á preguntar el carnicero. Pero estas palabras se ahogaron en sus lábios, porque observó entre la multitud de curiosos al verdugo que levantaba en el aire el pergamino que el viejo le hizo firmar la vispera.

Pronto estará listo, replicó.... Y entró en su casa á ponerse el vestido de los días de gran fiesta, y tratar de averiguar qué se quería hacer con él; pero nada llegó á saber. Concluido de vestir, ocupó su lugar en el acompañamiento que se puso en marcha. El digno vecino,

que creia aquello un sueño, preguntó por lo bajo al principal de sus criados que iba detrás.

—Pedro, dime, ¿á dónde vamos?

Pedro contestó riéndose.

—¿Queréis burlaros de mí, señor?

—Habla, te lo ordeno, ¿quién te ha mandado adornar de verde mi casa?

—Un viejo que venia de orden vuestra, ¡y por San Andrés! que sabia hacerse obedecer. ¿No le habeis vos enviado?

—Si por cierto, se apresuró á decir el carnicero, al ver al verdugo que le miraba agitando el fatal pergamino. ¿Qué motivo habeis tenido para dar esta fiesta?

—¿Que razon? el sitio donde nos hallamos lo esplica bastante. Señor, queréis reiros á mi costa.

—¿A dónde vamos? replicó furioso el carnicero.

—Hé allí la cabeza del acompañamiento que sube los primeros escalones de la iglesia de San Bavon; el clero está á la entrada del pórtico. ¡Viva! exclamó el criado descubriéndose y agitando su sombrero. ¡Viva! porque no queria ser él solo el que no repitiese las alegres exclamaciones de la multitud.

El señor Beecmans entró pues en la iglesia sin saber el papel que iba á representar, y se entregaba á mil suposiciones contradictorias. El clero le condujo solemnemente hasta cerca del altar mayor, donde se colocó en un sillón de terciopelo, á cuyo frente habia otros cinco ó seis sillones. De repente sonó el órgano, las trompetas de la corporacion vibraron armoniosos ecos, y se vió entrar á Estina en traje de boda conducida por sus dos hermanos, y á su izquierda á la señora Claes apoyada en el brazo de su hijo. El señor Beecmans se quedó asombrado.

—No habia necesidad de tomarse el trabajo de asesinarle para casarle hoy con Estina, dijo el hijo mayor á su padre, entregándole un cofrecillo al mismo tiempo. Hé aquí lo que me ha dado el viejo de anoche para vos, despues de haberme hecho jurar por mi cabeza, como tambien á mi hermano, el mas absoluto silencio sobre los sucesos ocurridos.

Abrió el cofre el carnicero, y halló cerca de diez mil monedas de oro, y dos ricos anillos para los desposados.

—Hé aquí, dijo para sí, lo que me parece menos mal. Si el condenado viejo hubiese dado ayer este dote á su protegido, le hubiera ahorrado y á mí tambien tantas angustias. Mi querido Joos, dijo en voz baja, venid pues á abrazarme, y dejadme daros el nombre de hijo antes de la bendicion nupcial....

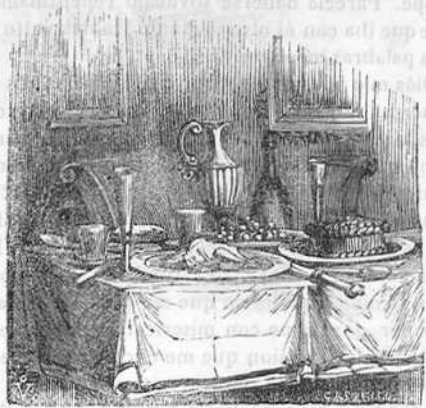
Joos fué á arrodillarse delante del señor Beecmans, quien le levantó, le estrechó contra su pecho, y le dijo al oído.

Olvido de lo pasado, ¿No es verdad?

—Os amaré y respetaré como á un verdadero padre, replicó el desposado.

Numerosos vivas se oyeron de nuevo; la señora Gertrudis enjugó sus ojos, Estina se deshacia en lágrimas al ver á Joos y á su padre tan unidos, y la ceremonia del casamiento se concluyó sin mas accidente notable.

El acompañamiento á su vuelta de la iglesia, se dirigió á la casa de la corporación de los carniceros, donde se había dispuesto un banquete, que sin embargo de ser improvisado, era de los mas suntuosos y elegantes.



Los principales miembros de la corporación rodearon á su jefe, y le felicitaron por la sorpresa que les había causado. El señor Beemans respondió con satisfacción que nada podía hablar del suceso del casamiento, ni aun á sus mayores amigos, hasta el momento de terminarse todo. Despues fué á reunirse á su yerno, el que estrechando las manos de Estina en las suyas, no podía dejar de mirarla, oyéndola decir constantemente que le amaba.

—¡Yo no me atrevo á consentir en tanta felicidad! decía Joos á Beemans. Hay momentos en que creo ser juguete de un sueño. ¿Quién es este desconocido al que debo la vida y que ha cambiado mi suerte, como por encanto? ¿Le conocéis, padre mio? ¿Cómo ha conseguido de vos la mano de vuestra hija? Esta mañana, al despertar he visto junto á mí al viejo, á mi madre y á mi esposa. El señor Beemans te aguarda en el altar de San Bavon, me dijo, adios, y desapareció. Vuestros dos hijos han venido á buscar á su hermana, y yo me puse magníficos vestidos que hallé colocados al pié de mi cama. ¿Por qué este misterio? ¿Por qué no puedo yo dar las gracias á mi bienhechor? ¿Por qué se oculta á mi reconocimiento?

—Con tanto mas motivo, cuanto que te ha dado por dote diez mil monedas de oro, respondió el carnicero, que no se cuidaba de contar á su yerno los medios de que se había valido el viejo para obtener su consentimiento para el matrimonio.

—Pero ¿quién es ese misterioso personaje? ¿Lo sabéis vos?

—Yo, no. El te ha dotado; desde entonces ya no había obstáculos para tu casamiento; este se ha verificado, y negocio concluido.

—¡A la mesa! ¡A la mesa! gritaron los criados.

Empezó la música, y cada uno se colocó en el sitio que le estaba destinado; los recién casados sentados en sillas de preferencia, y el uno junto al otro, recitaron el *Benedicite* según costumbre en las bodas; y como á las ocho de la noche se separaron entonando canciones en que se ensalzaba la gloria de la corporación de los carniceros.

No habían concluido para Joos las sorpresas de los acontecimientos de aquel día. Cuando llevó á su muger á casa de la señora Gertrudis, no solo la encontró adornada de verde, sino que una rica hajilla de plata cubría las mesas y los aparadores. Magníficas telas de seda y lana destinadas al adorno de la recién casada, completaban mas y mas la idea de la magnificencia del desconocido. Beemans remitió á su yerno el cofrecito con las diez mil monedas de oro, y despues apareció el sacerdote que venia á echar su bendición al lecho nupcial.

A la verdad que no había en la apariencia hombre mas feliz sobre la tierra que Joos Claes. Sin embargo de esto, parecia como preocupado por lo ocurrido, y por una tristeza interior. Estas señales fueron pronunciándose mas y mas á medida que se acercaba el fin del mes, y su inquietud llegó á ser conocida, aun por las miradas menos penetrantes. Si Estina le preguntaba llorosa, qué causa podía entristecerle de aquella suerte y qué le faltaba para ser feliz; él la estrechaba convulsivamente entre sus brazos, y la decía que era el mas dichoso de los hombres. Empero pronto volvía á su antigua melancolía. Si llamaban á la puerta, se conmovía como si algún peligro le amenazase. De noche y de día, parecia estar esperando alguna desgracia. Si se quedaba dormido era para despertarse al punto con sobresalto, y para dirigir á su alrededor miradas llenas de espanto. Todo el día le pasaba en orar y llorar delante del crucifijo de su alcoba; abrazaba á su muger; apretaba la mano á su madre, y la suplicaba no se alejasen de él, respondiendo con sollozos á todas sus preguntas. Cuando concluyó el último día del mes, pareció experimentar algún alivio. Al siguiente recobró un poco de serenidad, y al fin de la semana, de repente pareció mas consolado y mas alegre que lo había estado desde su casamiento. Todo en su casa tomó un aire de felicidad envidiable. Joos trabajaba al torno todo el día; por la noche iba á dar un paseo con su muger, y discutían mil proyectos, porque ya la linda Estina tenía esperanza de ser madre. ¡Madre! Un angelito de color de rosa y blanco á quien tener en su regazo, á quien amar y educar! ¡Cómo les recompensaba Dios las amarguras que habían sufrido!

—Hay momentos, decía la joven, en que creo que nuestra felicidad es efecto de un milagro, y que nuestro misterioso desconocido es un santo bajado del cielo para poner término á nuestros disgustos. Sin embargo, cuando me acuerdo de la terrible escena que ha pasado á mi vista, las amenazas dirigidas á mi padre...

—No volvamos á hablar de eso, interrumpió Joos estremecido, no volvamos á hablar, Estina.

Y se sumergió otra vez en sus melancólicos pensamientos, sin que las tiernas caricias de su muger pudiesen disipar las lúgubres ideas que le devoraban.

Sin embargo esto duró poco, porque pronto pareció recobrar su tranquilidad, siendo él el primero que dió muestras de una alegría sin límites.

Dos meses cabales despues del aniversario de su casamiento, Estina, algo desazonada, estaba sentada sobre las rodillas de Joos, apoyando su lánguida cabeza en el hombro de su marido. La señora Gertrudis preparaba la cena, porque no quería que las blancas y delicadas manos de su querida nuera tocasen á un solo utensilio de la cocina. De vez en cuando volvíase á mirar aquel grupo encantador, con una sonrisa mezclada de malicia y de bondad; despues tornaba á sus ocupaciones anteriores que consistian en disponer la bajilla en la mesa y no dejar quemar un ganso que se doraba lentamente en las brasas del hogar.

En este momento entró una persona en la tienda, y de la tienda pasó sin cumplimento al cuarto donde se hallaban los jóvenes esposos. Joos soltó un grito de sorpresa y Estina no estaba mas tranquila; porque ambos habian reconocido al misterioso viejo.

—Hé aquí un extraño recibimiento para aquel á quien debeis la vida y la felicidad, dijo tristemente. No me engañaba al creer que todos los hombres son ingratos; pero sí me equivoqué cuando supuse que tú valias algo mas que los otros.

—¡Adios, señor Joos! Dios os perdone, como yo vuestra ingratitud.

Joos se dirigió hácia él, le detuvo cuando iba á ganar la puerta, y le hizo volver á la habitacion.

—¡No, mi querido bienhechor! exclamó, no; ¡yo no seré ingrato con vos! ¡no haré jamás traicion á quien lo debo todo! ¡Adios, madre mia! ¡Adios, Estina! Es preciso que le siga. ¡Dios os bendiga durante mi ausencia y nos reuna un día!

Al oír estas palabras, las dos mugeres se deshicieron en sollozos; el viejo las contempló en silencio por algunos minutos.

—Adios, dijo este; ¿qué importa que yo quede solo en el mundo, abandonado y sin una sincera afección á mi lado? Estos consuelos de mi triste vejez os cuestan demasiado para que los exija. ¡Adios!

Tan afectado estaba el desconocido al pronunciar estas palabras, que la misma Estina se sintió movida á compasion hácia él.

—Joos, exclamó con efusion, ¡Dios castiga á los ingratos! Debemos á ese anciano nuestra felicidad, seríamos muy despreciables si rehusásemos sacrificársela. ¡Adios, mi muy amado!

—Hé aquí unas espresiones que aprecio, dijo el desconocido; ¡hace tanto tiempo no las habia oído tan generosas! Sois una noble y digna criatura. Escuchad; voy á llevar conmigo á Joos; necesito que me acompañe á un largo viaje que voy á emprender; pero os prometo que así que llegue volverá junto á vosotras. Consolaos, pues, porque vuestra separacion durará solamente algunos meses.

A pesar de esta promesa, la separacion de los dos esposos y la pobre madre no fué por eso menos dolorosa. No podían separarse de los brazos el uno del otro; so-

llozaban sin cesar, y pronunciaban palabras entrecortadas, hijas de la desesperacion. En fin, Joos se armó de valor y marchó. Cuando ganó el extremo de la calle esperó á que su compañero, que le seguia con trabajo, pudiera reunírsele. El viejo condujo al tornero hácia un carruaje con cuatro caballos que aguardaba en las inmediaciones. Subieron á él en silencio, y el carruaje partió al galope. Parecia haberse olvidado repentinamente el viejo de que iba con él otra persona. Hablaba alto y murmuraba palabras incoherentes.

—¡Dios mio, decia, os doy gracias! Me habeis concedido fuerzas suficientes para consumir el sacrificio. He roto los lazos que me ligaban á las cosas de la tierra; he dado con el pié á las frágiles vanidades de este mundo. ¡Qué ingratitud! ¡Qué fragilidad á mi alrededor! ¡Pero qué importa! ¡Yo ya no pertenezco á la tierra! ¡Mirando al cielo es como quiero en adelante marchar hácia la tumba, tan cercana de mí!... La tumba, ¡Dios mio! ¡Qué hora tan temible aquella en que me pidais cuenta de mi vida! Señor, juzgadme con misericordia; porque, bien sabeis que la fatal mision que me encargásteis me imponia deberes bien tristes. Era preciso cumplirlos, y mas de una vez he levantado hácia vos mis manos llenas de dolor.

Se conmovia al decir esto; una ardiente fiebre parecia consumirle y sus manos convulsas apretaban su calva frente, surcada de profundas heridas.

—Joos, murmuró por fin, tengo sed; mi garganta se abrasa, dadme de beber; en el cofre que está á mis pies hay una botella y un vaso de plata.

El joven se apresuró á obedecer y echó en el vaso un licor que le pareció de color rojo, en tanto que se le permitió ver la incierta claridad de la luna. Esta bebida reanimó algo al viejo y le volvió la tranquilidad. No tardó mucho en caer en un profundo letargo, y pronto el ruido de su respiracion, fuertemente agitada, concluyó por confundirse con el de las ruedas y los vaivenes del carruaje. Joos trató de dormirse, pero no pudo, el sueño no quiso consolarle un solo instante, haciéndole olvidar su marcha ni sustrayéndole á las penosas reflexiones que le atormentaban.

La situacion del tornero no dejaba en efecto de tener algo de alarmante. Se encontraba ligado con vínculos muy estrechos á un hombre rico y poderoso sin duda, pero cuyo nombre ignoraba. Emprendia un largo viaje, con un fin desconocido y por tiempo ilimitado. En vano trataba á la memoria para tranquilizarse las pruebas de munificencia é interés que le habia prodigado su señor, porque en último resultado no sacaba en consecuencia mas que dudas y temores.

Caminó el carruaje muchos dias con una celeridad desconocida en aquella época, y llegó por último á un puerto de mar. Se paró en la misma orilla, donde aguardaba una chalupa. El viejo bajó á ella acompañado de Joos, y no tardaron en meterse en un barco dispuesto á darse á la vela. Apenas ambos pasajeros pusieron el pié sobre el buque, dió el capitán la señal de marcha. El viejo sacó su rosario, oró con fervor, y pareció contener sus lágrimas á duras penas.

En cuanto al pobre Joos, suspiraba con la memoria de su madre y de Estina.

(Continuará.)



RECUERDOS HISTÓRICOS.

BATALLA DE WATERLOÓ.

Juan Bautista Lacoste, labrador de las cercanías de Waterloo, que el día de la batalla sirvió de guía á Napoleón y permaneció á su lado para instruirle de las circunstancias particulares del terreno, refiere así los hechos de que fué testigo ocular en 1815.

Waterloó está situado á tres leguas de Bruselas, y para llegar á él es preciso atravesar el bosque de Soignes. Antes de Waterloo se encuentra la pequeña eminencia llamada de Mont-Saint-Jean circundada de Este á Oeste por un valle de suave pendiente de 450 pasos de latitud y 40 pies de profundidad. Este fué el campo de batalla; Napoleón se situó al Mediodía y Wellington al Norte.

Era el 18 de junio por la mañana, la atmósfera estaba cargada de nubes, y los soldados, calados con la lluvia, dormían profundamente esperando la venida del día, que debía ser el postrero que había de lucir para muchos de ellos. El silencio sepulcral que reinaba era interrumpido solamente por el *quién vive* de los centinelas, que se oía de vez en cuando, y el ruido del trueno que zumbaba sin cesar. Ambos ejércitos estaban tan próximos, que los soldados de uno y otro podían hablarse. Conducido á la presencia de Napoleón le hallé al pie de una torre de observación construida de madera, que dominaba el campo á gran distancia. No muy lejos estaba situado el castillo de Gomond, á igual distancia de ambos ejércitos francés é inglés, y contra el que acababan de dirigir los franceses un ataque muy vivo, con objeto de tomarle á toda costa y arrojar de él á tres mil ingleses que le ocupaban.

Tal fué el principio de la batalla. La mortandad era horrorosa en este sitio, y por último el castillo fué quemado: el Emperador, que se había situado sobre una pequeña eminencia inmediata á la granja llamada de la Belle-Alliance, volvió á tomar su primera posición. Cien piezas de artillería de la derecha de los franceses lanzaban en aquel momento sus tiros á un mismo tiempo sobre la izquierda del ejército inglés.

El Emperador parecía animado, de muy buen humor y lleno de confianza.

Hablaba mucho con los prisioneros mas distinguidos que le habían presentado y tomaba frecuentemente tabaco.

El fuego de cañón duró hasta las cuatro y el combate fué sangriento: por último, el ejército inglés hizo un movimiento para situarse sobre el camino real de Bruselas, con el objeto al parecer de tomar la delantera en caso de retirada. Al punto la atención de Napoleón se dirigió hacia su derecha, de donde recibía avisos secretos que le tenían inquieto.

Á las seis llegan los prusianos y desordenan las filas. El Emperador los rechaza á tiempo, pues que los disparos de sus cañones alcanzaban ya hasta la granja de la Belle-Alliance, cerca de la cual se hallaba aquel; á las seis cambió de posición.

Á las siete, los prusianos, que habían avanzado de nuevo, retrocedieron en masa; la infantería y caballería francesa se batía contra ellos y los ingleses con el mayor encarnizamiento. El estruendo, dominante entonces en el campo de batalla, era parecido al que harían un gran número de caldereros que estuviesen á un mismo tiempo trabajando; eran los golpes de los sables que chocaban con furia cayendo sobre los cascos y las corazas.

La casa llamada de la Haie-Sainte, situada en el fondo del valle, fué perdida y tomada muchas veces á vista de Napoleón, con valor heroico por una y otra parte. Por último, después de tres horas de refriega quedaron dueños de ella los franceses, por haberse acabado las municiones á los que la defendían. El interior de aquella casa estaba sembrado de cadáveres, y sus muros enrojecidos por la sangre.

El Emperador dijo entonces que la victoria era segura. Empero á poco un regimiento de coraceros franceses, volvió grupas en la mayor confusión y desorden, sin que pudiese atinar el motivo. El Emperador le hizo reemplazar por 1500 hombres de su antigua guardia, y los arengó, pero no les acompañó. Dieron una carga terrible, pero luego los vi bajar en el mas espantoso desorden mezclados y confundidos con el enemigo, que empezó á perder la línea al mismo tiempo y marchar hacia adelante. El sol principiaba á ponerse, entonces oí que el Emperador dijo al general Bertrand: «es preciso retirarse.» Partió aquel en efecto seguido de unas cincuenta personas yendo yo delante para enseñarles el camino. El Emperador se alejó al galope del campo de batalla á través de los campos, porque el camino estaba cortado. Las once de la noche serian cuando entramos en Gennape; á aquella hora el desorden había llegado ya á su colmo; desde allí me despidió el Emperador. Al volver á mi casa

me quitaron el caballo, y corri grave riesgo de perder la vida.

Por último, rendido de fatiga y muerto de hambre, llegué al fin á mi casa, en la que no habían quedado vigas ni ventanas, ni resto alguno de mis cosechas; un vecino me indicó que mi familia había ido á esconderse al bosque de Soignes, donde fui á juntarme con ella. A la mañana siguiente recorrí el campo de batalla y visité el pequeño castillo de Guomond, que estaba acibillado de metralla y lleno de muertos. Sobre los restos de los muros del jardín y del patio, se veían en muchos sitios huellas de manos ensangrentadas; eran las de los heridos que antes de espirar habían venido á apoyarse contra aquellos muros, y por el suelo continuaban los rastros de sangre hasta el paraje en que habían caído exánimes.

En aquel mismo jardín se enterraron posteriormente seis mil cadáveres que no pudieron quemarse. En un pequeño encinar que daba sombra al castillo y que fué perdido y vuelto á tomar sucesivamente por los franceses y los ingleses, vi un árbol en cuyo tronco que apenas tenía un pié de diámetro, había las señales de 80 hazlazos.

Todo el campo de batalla de Waterloo, empapado de lluvia y sangre amasada con las mieses de maíz y de centeno por los pies de los caballos, formaba una especie de pasta particular. En aquel momento se distinguían á un golpe de vista 25,000 muertos y heridos por lo menos, y mucho mayor número de caballos en la misma situación. La tierra estaba sembrada de armas, sillas, bridas, morrales, uniformes diversos, restos de cartuchos y demas arreos militares.

A la mañana siguiente todo se consumió en hogueras que se levantaron precipitadamente, y los cuerpos que parecía no respiraban ya, se enterraron en una especie de zanjas que cruzan de parte á parte el campo de batalla, sin informarse antes detenidamente de si algunos de aquellos desgraciados podían aun ser socorridos y vueltos á la vida.

Esta revelacion contradice todas las anécdotas que se refieren acerca de las acciones y palabras de Napoleon en tan memorable jornada, y demuestra que este genio militar cometió faltas muy graves en aquella batalla. Lo que sobre todo parece digno de llamar la atencion son esas palabras tan llenas de naturalidad que se le atribuyen: «*Es preciso retirarse.*»

CRONICA.

Se ha cerrado la esposicion de bellas artes celebrada en los salones del Liceo, con el objeto de escitar á la suscripcion abierta para practicar una escavacion á fin de extraer los restos del gran pintor Velazquez, y elevar un monumento á su memoria. En ella se han presentado al público las mejores obras de los artistas existentes y de los fallecidos en este siglo, con cuyo motivo ha sido acaso la mas notable de cuantas han tenido lugar en España. En el cuaderno del *Siglo Pintoresco* correspondiente

al mes de julio, hemos empezado un estenso análisis de ella ilustrado con magníficas copias de los principales cuadros.

Llamamos la atencion de nuestros lectores hácia la revista del número ya citado del *Siglo*, en la cual entre varias otras noticias interesantes, se da una idea del baile celebrado por S. M. en el Casino, acompañando vistas de esta posesion durante la fiesta.

El sábado y domingo último se ha puesto en escena en el teatro de la Cruz el acreditado drama del señor Duque de Rivas, titulado, *D. Alvaro ó la fuerza del sino*. El desempeño de esta conocida produccion fué esmerado; la señora Pamias comprendió y ejecutó su papel con el talento y la perfeccion que acostumbra esta acreditada artista. El señor Lombia estuvo tan feliz como suele en el papel de D. Alvaro, y el señor Lumbreras trabajó como siempre con acierto é inteligencia. La concurrencia no dejó de ser bastante numerosa.

En el teatro del Circo se ha puesto en escena la *Huérfa-na Saboyana*, ópera tan falta de gracia y de gusto como *El Fantasma*, cuyo autor, el maestro Persiani, lo es de ambas. De lamentar es que se gaste tiempo y dinero en poner en escena obras tan impertinentes é insustanciales como la de que nos ocupamos.

Parece cosa resuelta que las funciones líricas del Circo serán 48, y no 50 como antes se habia dicho: en esta semana deben haberse dado las dos últimas óperas de la temporada. Son diversas y contradictorias las voces que corren acerca de la formacion de las compañías de ópera y baile que han de trabajar en este teatro el próximo invierno; aguardaremos á que adquieran algun grado de certeza para comunicarlas á nuestros lectores.

En Carabanchel Alto, se ha estrenado un teatro que vendrá á ser el punto de reunion de la multitud de personas que acuden á este lugar, haciéndose la ilusion de que van al campo á disfrutar de frescura. La idea no deja de ser oportuna, probablemente dará buenos resultados; las personas que han visto este nuevo coliseo, aseguran que es mejor que lo que podia esperarse, y que aventaja á los de muchas de nuestras capitales de provincia. La compañía se compone de actores que forman parte de la del Principe de esta corte. Se anuncia la construccion de una magnífica casa de baños, donde habrá tambien habitaciones para las familias que deseen pasar una temporada en este pueblo, tan atrasado hasta ahora á pesar de su proximidad á la corte, y que empieza en fin á introducir mejoras que contribuirán á su riqueza y prosperidad.

Acaba de llegar á esta corte de regreso de su viaje á Andalucía, la célebre bailarina señora Guy Stephan.



Entrada á la Alameda vieja de Sevilla.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



EL POETA JUAN DE LA CUEVA.



A la verdad que no nos será sorprender que Sevilla, opulenta metrópoli en los romancescos tiempos árabes, emporio de bellezas y tesoros en la edad media, y mansion de delicias en los de ahora, sea la cuna de nuestros mas selectos poetas y pintores. En el siglo XVI florecieron mas que nunca una infinidad

y quelos nombres de la Cueva, de Herrera, de Rioja, de Argote, de Jáuregui, y de Arguijo, han llegado á poseer el justo tributo de la inmortalidad. Ni pudiera concebirse otra cosa: un pueblo que embriagado con el traspirante aroma de sus verjeles y plantíos, sus flores, sus dulces auras, sus tiernas cantinelas y sus seductoras mugeres, se vé arrullado por las olas de un rio tan memorable en lo pasado, que envuelve tantos recuerdos históricos, y pasa lamiendo las verdes praderas que le sirven de cauce, para irse á perder en el Océano: un pueblo noblemente preocupado con sus monumentos artísticos, su Alcázar, sus palacios, su gran mezquita y sus torres arabescas; un pueblo, en fin, que recostado sobre un lecho de verdura, agita en su seno todas las ilusiones de la naturaleza y del amor, tiene que hacer des-

de escritores en aquella ciudad, que la España, y aun la Europa misma admiran; y aunque no enteramente coetáneos, se puede decir que se llevaron muy poca delantera,

pertar á cada instante en sus hijos imágenes risueñas y vivas, tiene que hacerles admirar las grandes hazañas de sus guerreros y conquistadores, tiene que hacerles cantar sus bellezas y tradiciones; en una palabra, tiene que ser la patria de sensibles poetas y de profundos pintores. Si á esto se agrega un hecho histórico de alta monta, glorioso, eterno, que tuvo lugar en sus murallas, y que decidió de su suerte futura, cual fué la conquista de aquella ciudad por el Rey Santo, hecho que fué el sólido cimiento de nuestra regeneración, y que influyó eficazmente en la espulsión sarracénica posteriormente; veremos comprobada mas eficazmente esta necesidad, este influjo poético digamos con mas propiedad. Y si somos amantes de nuestras glorias, si hemos tenido la suerte de pisar los umbrales de aquella deliciosa población, no dejaremos de preguntar á nuestra memoria, de instigarla á que nos recuerde si hubo algun poeta sevillano que cantara con apacible voz las glorias de sus progenitores, cual lo hubo en Italia para hacer resonar por la cristiandad los hechos de los que conquistaron la ciudad santa, la cuna del Salvador. La historia no nos dejará en esta impaciencia; nos marcará ese hombre que anhelamos ver, y ese hombre será nuestro esclarecido poeta Juan de la Cueva.

En Sevilla, pues, y en el siglo XV al XVI, nació Juan de la Cueva, de familia ilustre, como lo denota su apellido; cuyos padres, aunque no poseedores de una fortuna inmensa, tenían la bastante para dar á su hijo una buena educación, cual requerian aquellos tiempos, que produjo excelentes resultados; pues hay historiadores que aseguran que á la edad de diez y seis años sus versos llamaban ya la atención y se leían en los coliseos de Sevilla. Sus profundas miradas, estatura elevada, su robustez, su cabeza, que se distinguía por ser algun tanto prominente, y sobre todo su aspecto, aunque noble y halagüeño, áspero, meditabundo y pensativo; daban á entender que poseía un alma elevada y fácil de impresionarse de imágenes heroicas. No es personaje á la verdad de quien se refieren raras y novelescas aventuras; los historiadores callan, y nosotros al ignorar su vida privada, podemos deducir del espíritu de sus escritos, que era rígido observador de la verdad, y mas aun de las reglas del arte, como en sus composiciones se demuestra.

Sus obras publicadas son muchas. Las *poesías líricas*, sus *Comedias y Trajedias*, el *Coro Fíbeo de romances Historiales*, el *Poema épico* titulado *La conquista de la Bética*, el *Arte poética* en verso, etc., son una muestra de la fecunda vena de nuestro autor. Mas aun, son sus obras inéditas; muchas de ellas existían en el archivo de la casa del señor conde del Aguila en Sevilla, debiéndose sentir no se hayan publicado. D. Nicolás Antonio en su *Biblioteca Hispana* nos dice tambien que posee parte de los Romances Historiales de este autor, que debieran componer su tercer tomo; porque, como él mismo nos indica, «Carmen de quaque re pangebant,» habiendo escrito sobre todas materias y en todos metros, no es extraño se hayan perdido muchas de las que corrian sueltas de este escritor. Sin embargo, entre las no

impresas que fueron dedicadas á su hermano el inquisidor Claudio de la Cueva, se encuentran algunas poesías interesantes, tales como la *Historia del apellido de la Cueva y descendencia de los duques de Alburquerque*, un poema de los amores de *Marte y Venus*, una *Epístola á Cristóbal de Zayas* y contra los malos poetas de su tiempo, los *Cuatro libros de los Inventores de las cosas*, la *Muracinda*, poema burlesco, *Batalla de las ranas y de los ratones*, poema traduccion de la *Batracomiomachia* de Homero, su ejemplar poético, y varios sonetos, canciones, églogas, etc. que compuso en ratos de distracción.

Pero viniendo á analizar el poema titulado *La conquista de la Bética*, la obra acaso mas esencial de este autor, que dedicó á D. Antonio Fernandez de Córdoba, primogénito de la casa de Guadalcazar; observaremos si es acreedora esta produccion á nuestros encomios, ó si lo es solo á nuestra acre censura. Grandes bellezas, y muchas de ellas inimitables, vemos en esta obra esparcidas, pero confundidas con deformidades, depravacion de gusto, y sobre todo con la introduccion de farsas ridículas en el poema, que vienen á asimilarlo á una piedra preciosa de inestimable mérito, aun no descascarada de las partículas que le impiden dar luz y brillantez. El objeto del poema es sublime, elevadísimo, acaso no cantarán con tanta justicia á sus héroes Rufo, Ercilla ni Lucano; pero no está desempeñado cual merece; suele decaer con frecuencia el interés en el momento que esperamos ver una accion brillante y atrevida, y generalmente hablando, se describen las escenas con frialdad. Elogiar el valor castellano, escitarlo á la pelea contra las huestes agarenas, derrocar su bárbaro poder, arrojarlas de la Andalucía, de ese suelo tan envidiado en todos tiempos, y fijar el trono de San Fernando, del rey que dirigía el campamento en la misma ciudad, donde brillaban los blasones infieles, es una idea valiente y propia de un verdadero poema. ¿Dónde cabria mejor asunto? ¿Acaso habria un héroe en la historia española mas digno que San Fernando? El caudillo que con su ejemplo y animado de la piedad mas acendrada iba á conquistar un vasto imperio, no era noble modelo para que las lirás sevillanas se empleasen en su loor? Si tal. Pero debemos repetirlo; Juan de la Cueva, que siempre procuró imitar á Ovidio, no consiguió en su poema aproximarse al célebre poeta á quien tomaba por modelo, ni aun á nuestros poetas épicos. El héroe y los guerreros forman mal contraste; sin embargo, Botallá y la varonil Tarfira, aquella muger entusiasta, son superiores á los demas personajes. Mas si el amazon es tan incompleto, si la *Conquista de la Bética* no reúne los elementos de la verdadera epopeya, posee una prodigiosa entonacion, aun cuando algunas octavas esten llenas de rípios y vulgaridades, y sobre todo son impropios los nombres de Axartaf, Lope Diaz de Alfaro, Arias Quijada, etc., que si en una tragedia pueden pasar, no pueden nunca en los poemas, si no se les reviste de cierto artificio poético. Pero no hay que olvidar, que Juan de la Cueva escribía en un tiempo de trastorno en la poesía, y él no quiso escribir nunca sin reglas; por lo que dicho poema

debe colocarse en el número de nuestros mejores y mas exactos cantos épicos, pues á una profundidad y sencillez en las formas estremadas, reúne una bella versificación, superior en algunas partes á la Araucana, un género descriptivo ameno, sobre todo en la batalla naval del Guadalquivir, y un buen gusto en las comparaciones. Su *Arte Poética* en verso es bastante bello; en él descubre Cueva su génio emprendedor y de reforma, razon por la cual es contado entre los poetas novadores é inventores de la poesía estrictamente cómica. Mucha prudencia descubre, y á mas de esto imparcialidad al describir el mal ó buen gusto de nuestros poetas. Juan de Mesa por sus altos conceptos, Garcí-Sanchez por la dulzura de sus pasiones, Baltasar Alcazar por los epigramas, Lope de Rueda por la gracia, merecen sus imparciales elogios. ¿Y qué diremos de los que prodiga á nuestro grandilocuo y armonioso lenguaje? Nadie ha dicho con mas propiedad,

«Que á solo España concedió Castalia
Por natural cantar en su idioma,
Iras de Marte y fuegos de Accidalia.»

Sus comedias son buenas; las podemos considerar como arregladas á el arte; el teatro de la farsa, de la pantomima y del enredo, que inauguraron Lope de Rueda y Naharro, lo reformó notablemente; sus esfuerzos consiguieron, aunque unidos á los de otros poetas de aquel tiempo, levantar el teatro cómico español del abatimiento en que yacia, puliendo el drama y desnudándolo del clasicismo y rudeza que tenia. Sus tragedias tambien estan bien acabadas: las cuatro de que tenemos noticias, tituladas *Los siete infantes de Lara*, la *Muerte de Ayax Telamon*, la *Muerte de Virginia y Apio Claudio*, y el *Príncipe Tirano*, reunen á una accion teatral bella, una versificación correcta. Sus poesías líricas no son notables, pues confunde y no describe los personajes que en ellos intercala.

Hugo Blair en sus *Lecciones de retórica y bellas letras*, tomo 4.º, aunque en algunas ocasiones lo considera de mal gusto, hablando de él dice: «Que fué el verdadero novador del teatro antiguo, el que introdujo la variedad de los metros, y el que los hizo plausibles con su autoridad, tanto, que imitados (dice) en esta parte por Cristóbal de Vinies, por Cervantes y por otros, llegó á persuadirse Lope que eran una gala de la dramática.»

El Parnaso Español insertó algunas noticias de este esclarecido poeta, y generalmente se conviene en que la Cueva encontró un teatro corrompido y le dió nobleza y majestad, en cuya reforma, aunque procuró imitar á Tasso no lo consiguió. Reformó todo lo que pudo, hizo bastante para su siglo.

Finalmente, su muerte dicen se verificó á los 50 años de edad en Sevilla. Muchas veces en los coliseos de esta ciudad se le ciñó la corona del mérito, que tan justamente habia conquistado.

EUGENIO GARCIA DE GREGORIO.

LA ESPADA DEL DUQUE DE ALBA.

NOVELA HISTÓRICA.

IV.

Debe conservarse lo que se posee.

Durante las primeras horas de la navegacion, Joos y el viejo permanecieron sobre la cubierta del buque absortos en sus melancólicas ideas, fija la vista en los Países Bajos que se alejaban y mirando á la patria desaparecer poco á poco sobre el horizonte. Cuando ya no vieron mas que cielo y agua, el viejo fué quien primero levantó la cabeza.

—Vamos, dijo á Joos, valor ¡hijo mio!

El desconsolado Gantés, levantó la cabeza y vió con sorpresa los párpados de su señor humedecidos con lágrimas. Este advirtió la estrañeza del jóven y se sonrió.

—Se pueden dejar con sangre fria las grandezas de la tierra, añadió; pero no puede uno alejarse para siempre de su pais natal sin que el corazon se oprima y se humedezcan las mejillas.

—¡Para siempre! repitió Joos con espanto.

—Ten confianza, repuso el viejo, no se trata mas que de mí solo. Tú no tardarás en volver á ver la ciudad de Gante, y á tu familia tambien. Sí; y pronto, lo conozco, porque dentro de poco no tendré necesidad de tus servicios.

—Y sin embargo, exclamó Joos afectado, á quien la tristeza y la bondad de su compañero le habian conmovido; sabeis que me he entregado á vos en vida y en muerte.

—¡La mia es la que te dejará en libertad, Joos! ¡Ah! Creia haber encontrado en ti, que eres jóven, y que me debes la vida y la felicidad un servidor fiel y desinteresado.

Pero veo que vás á desear el dia en que se cante un *De profundis* sobre mi fosa.

—¡Ah! señor, que pensamientos tan injustos para conmigo.

—Conozco los hombres, interrumpió el viejo amargamente, no es de hoy el apreciar y experimentar su egoismo y su ingratitud!... Vamos, no vayas á afligirte con mis palabras de misantropía. Dios te libre de las fatales pruebas que me infunden estas ideas de desprecio hácia los hombres! Sí, Joos, debes bendecir á cada instante tu misma oscuridad; puedes reirte de la vida, y no considerar la muerte como tu único consuelo y tu sola esperanza.

Al decir esto, estendió cuidadosamente el viejo los pliegues de su capa sobre el pecho, para preservarse del frio, porque comenzaba á hacer fresco y el viento soplabá con violencia.

—La temperatura se hizo demasiado rigurosa para que continuase sobre cubierta con Joos; así que, bajó con el Gantés á la popa donde se hallaba dispuesta una cáma-

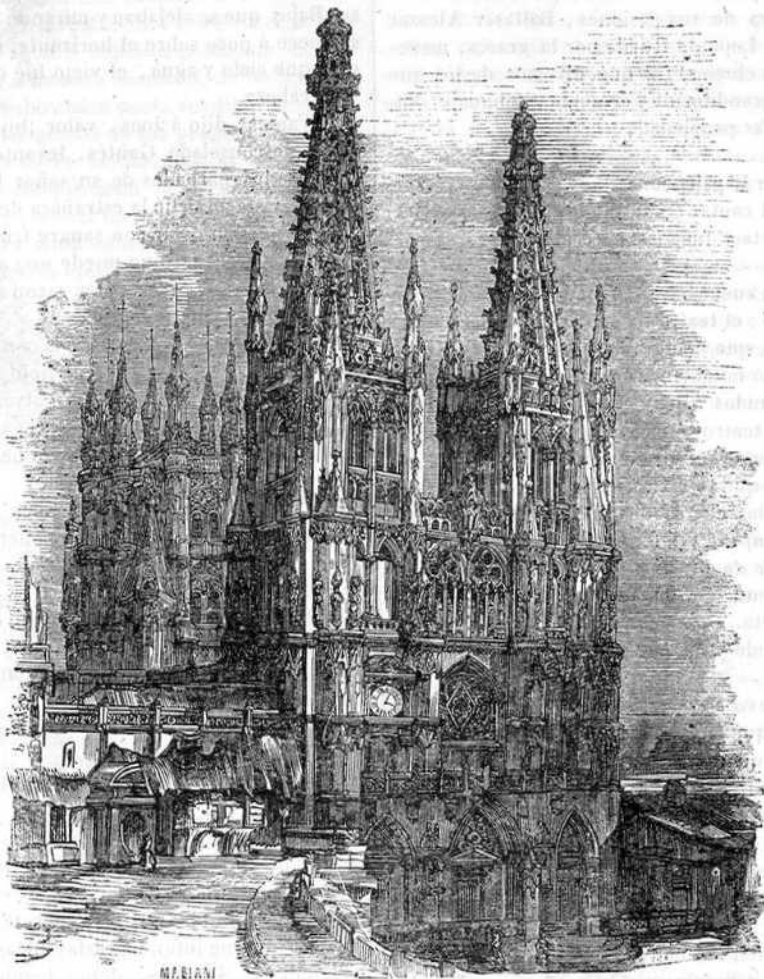
ra para él. Todos se retiraban respetuosamente para dejarle pasar, observando Joos que á este respeto se agregaba cierta especie de ávida curiosidad.

La cámara del viejo era mas cómoda que suntuosa, si es que puede llamarse cómoda una pequeña pieza de seis pies de largo, donde apenas se podía estar de pié. Los muebles consistían en dos sillas de madera, y una cama en forma de féretro que escitó el terror y la sorpresa de Joos.

El misterioso personaje pareció satisfecho, y casi con-

movido de ver el efecto que habia producido en su nuevo ayuda de cámara, aquel aparato lúgubre. Una calavera, algunos libros, unas disciplinas y un hábito de fraile encima de la fúnebre cama, formaban como una especie de trofeo digno de los demas muebles.

—Tú serás en adelante mi único criado, dijo el viejo á Joos. Los servicios que de ti reclamo, son por otra parte poco penosos. Consisten en arreglar este cuarto todos los dias, y traerme la comida. A las cinco de la mañana te darán para mi un poco de leche caliente; á medio dia un



MARIANI

(Vista de la fachada de la Catedral de Burgos.)

pedazo de pan de centeno y á la hora de cenar tengo bastante con la racion de carne que reparten á los marineros.

En cuanto á ti, hijo mio, como no quiero sujetarte á este régimen de cenobita, continuó satisfecho del asombro que habia causado á Joos una comida tan frugal,

tengo dadas las órdenes oportunas para que comas con el capitán á la mesa. Solamente te encargo no trates de descubrir quien soy; porque quiero que lo sepas únicamente de mi boca, y cuando sea tiempo.

Duró once dias la travesía, sin ningun suceso que merezca la pena de contarse. El viejo que parecia con-

trariado por la inaccion y por el tedio, pasaba largas horas platicando con Joos. Se complacia en contemplar su naturalidad, se divertía con su buen humor, y tomaba un vivo interés al oírle contar sus amores, y las pruebas á que se había sometido.... Formaban despues mil proyectos sobre el modo de emplear el tiempo en el retiro en que iban á sepultarse. Joos enseñaría á su maestro el arte de tornejar, y en cambio tomaría lecciones de relojería y jardinería.

Cuando el viejo hablaba de estas dos cosas, tomaba su semblante cierto aire de satisfaccion. A creerle, nadie entendía como él de pulir una rueda, é ingertar un árbol.

El que hablaba la víspera, de una muerte próxima, parecía recrearse con los frutos que había de recolectar en 15 años. Así con estas alternativas ya risueñas, ya sombrías, ya desconsoladoras ó bien llenas de esperanza, llegó el buque á las costas de España, tocando en Laredo.

El viejo se puso sobre cubierta tan luego como hubo divisado el puerto.

—¡Ah! dijo á Joos; el secreto de mi nombre, no será ya por mucho tiempo un misterio para ti. Ya hará muchas semanas, estoy seguro de ello, que la gente viene á observar desde la costa si distinguen de lejos en el mar el pabellon de mi buque. Vás á ver testimonios de admiracion y de respeto. Polvo es todo ello, vanidad de vanidades que no despiertan en mí, sino el desprecio y el fastidio.

A pesar de estas previsiones y temores, nadie había en el puerto cuando la chalupa condujo á tierra á Joos y á su señor. Atravesó entre los que se paseaban por el puerto sin escitar su curiosidad, y sin que nadie reparase en él lo mas mínimo.

Poco antes se disgustaba por los honores que creía le harían, y al ver su soledad experimentó al pronto cierta complacencia que se convirtió despues en un profundo abatimiento. No podía ya disimular lo que sentía, y se espresó en términos duros y en acusaciones de ingratitud contra los hombres á la cual achacaba el desengaño que sufría.

—Abandonemos estos lugares, dijo, apresurémonos á sepultarnos en nuestro retiro lejos de una gente tan despreciable.

Mandó disponer el carruaje que ya había desembarcado, y los dos viajeros partieron para Burgos (1) donde llegaron sin que ocurriera ningun incidente de interés. En esta ciudad Joos hizo á su amo la siguiente observacion.

—Señor, le dijo, me mandásteis entregar al capitán el cofrecito lleno de oro que venía en vuestro equipaje, para que le distribuyera por vía de gratificacion. Ahora

(1) Siguiendo la costumbre introducida por los periódicos pintorescos del extranjero, de ilustrar las novelas con vistas de los monumentos célebres, existentes en los parajes en que ocurren las escenas de ellas, damos hoy una preciosa vista de la catedral de Burgos, que demuestra los adelantos hechos en España en el grabado en madera, desde el año de 1840 en que publicó el *Semanario* otra vista de este edificio, cuya descripcion encontrarán nuestros lectores en la página 63, del tomo 2.º de la 2.ª série.

pues, ¿en dónde contais tomar dinero para continuar el camino? porque no podremos ir á Valladolid como deseais sin pagar á los mayores.

El viejo se sonrió.

—Tienes razon Joos. Vé á casa del tesorero público, y dile que inmediatamente venga.

—Pero ¿de parte de quién se lo he de mandar?

—De parte del Emperador Carlos V.

—¡Del Emperador! exclamó Joos poniéndose de rodillas.

—Sí, hijo mio, replicó bondadosamente el Monarca levantando á su ayuda de cámara. ¿Sientes ahora haber dejado á tu muger y á tu madre por servir á Carlos V.?

—Señor, no me atrevo á levantar los ojos delante de V. M.

—Hé aquí precisamente lo que yo trataba de evitar, y lo que no puedo consentir. Con tu señor que no es por otra parte mas que un viejo oscuro, debes conservar tu franqueza y tu buen humor. Vamos, anda á casa del tesorero.

Joos desempeñó bien su comision. El tesorero vino al punto á ver al Monarca.

—Señor tesorero, le dijo Carlos, quiero que me proporcioneis diez mil pesos.

—Mucho honor sería para mí obedecer las órdenes de V. M., replicó el funcionario; pero á pesar de mis deseos, os diré que no tengo esa suma en mi poder.

—No os la pido á vos, interrumpió el Príncipe con altanería; es una orden que os doy para que me entreguéis diez mil pesos de las arcas del Estado que os estan confiadas.

—No puedo disponer de los fondos, sino en virtud de una orden por escrito de S. M. Católica.

—Pues traed papel, que voy á firmaros la orden; ya podeis ir á buscar el dinero.... ¿Qué? ¿no obedecéis aun? ¿todavía estais ahí?

—Es que es preciso una orden por escrito del Rey, señor.

—Pues aquí la teneis, gritó Carlos con furia.

—S. M. Católica está en Bruselas, dijo entre dientes el tesorero bajando los ojos.

Carlos V encolerizado, llevó la mano á la cintura como en busca de un puñal. Su palidez era espantosa, y la sangre se agolpaba en los labios que mordía con rabia.

—Retiraos de mi presencia, miserable, retiraos.

Se cubrió la cara con sus manos convulsas; cuando levantó la cabeza, hizo un esfuerzo para sonreírse, y dijo con voz ronca aun de cólera:

—Vamos; yo queria ser monje, y héme aquí mendicante.

Marchemos, Joos, marchemos á pié, con un palo en la mano; diremos á la puerta de las casas donde pidamos un poco de pan:

—No dejéis morir de hambre al Emperador; no hagais como su hijo, y como sus cortesanos.

(Continuará.)

COSTUMBRES.

DOS ALMONEDAS EN UNA.

ESCENAS CONTEMPORÁNEAS.

ARTÍCULO II.

Es esta calle una de esas muchas travesías estrechas, sucias é irregulares que se encuentran en ciertos barrios de Madrid, y en donde solo habitan carniceros, revendedores y miserables cesantes ó personas desgraciadas, que unen á su principal desdicha, origen de mil infortunios, la de tener que habitar en medio de una sociedad inmoral é insoportable, y en donde la virtud mas esclarecida tiene que resistir á los ataques del vicio, y pasar por mil pruebas extraordinarias.... Despues de hallar el número de la casa de mi desgraciado, me introduje en un portal oscurísimo, con un olor hediondo, y capaz de trastornar la cabeza del mas veterano pocero, y, á beneficio del tacto, pude hallar la escalera que mas bien era una pendiente, no muy inclinada por cierto, en donde otro tiempo hubo escalones; pero que ahora solo conservaba algunas desigualdades, que hacian mas difícil su ascension á aquellas jaulas menos cómodas, que las que suelen concederse á algunos irracionales; por fin al cabo de mil tropezones, resbalones y mareos, vencí cuantos obstáculos se me presentaron, no á la vista, pues ya he dicho estaba completamente á oscuras, y me encontré llamando á la puerta de la boardilla mencionada...

Una muger, ó mas bien una sombra, abrió la puerta, y antes que yo la preguntara nada me dijo: aquí caballero.... ¿V. es sin duda á quien llevé una carta esta mañana?....

—Efectivamente, señora, la contesté mirándola asombrado de que aquella osamenta forrada en un poco de pergamino pudiese, no solamente subir por tan impracticable escalera, sino conservar un resto de fuerzas para hablar.... Esto mismo le hubiera ocurrido á cualquiera al mirarse frente de una muger alta, de cincuenta años de edad, sobre poco mas ó menos, y tan descarnada, que su cutis estaba unido enteramente al hueso, y la daba un color indefinible.... La nariz, que en tiempos mejores para ella, podria pasar como regular y afilada, hoy era ya descomunal.... En sus lábios no existia el mas pequeño resto del sonrosado que tal vez hace cuarenta primaveras haria la delicia de mil adoradores...

Aplastaba su pronunciada cabellera, una cosa que la llamariamos papalina, sino temiéramos ofender el orgullo de las verdaderas prendas de esta clase, y no nos atrevemos á dárle el nombre de gorra porque en realidad no lo era; pero este tocado de nuevo género tenia una forma particular é indescriptible, y su color blanco en épocas ya muy remotas, se habia tornado, tal vez á fuerza de humo, en el de los tan ponderados pañuelos de Nipis, que tanto aprecian nuestras elegantes.... Un chal negro, muy viejo, cubria sus hombros, y aun su cuello,

pues le llevaba prendido hasta casi la barba, y un vestido del mismo color del chal, componian la *neglige* de aquella buena señora, cuyo semblante revelaba la miseria y un largo padecer....

—Pase V. adelante, me dijo aquel espectro queriendo hacer asomar una sonrisa á sus lívidos lábios, cuyo deseo no pudo pasar de proyecto, sin duda por falta de uso, y contemplando mi asombro, añadió con cierto tono que mostraba su situacion.... Siento mucho no poder recibir á V. en una habitacion tal, y como se merece y la he tenido en otros tiempos; pero mi hijo me ha hablado de su carácter de V. estremadamente amable y franco, y creo nos escusará haberle hecho subir á esta miserable choza....

—Señora.... ignoro todavía á quien tengo el honor de hablar (la contesté), aunque supongo sea la madre de un amigo mio; pero de todos modos agradezco á V. y á su hijo la buena opinion que de mí tienen; y deseo poderles mostrar mi gratitud ocupándome en su servicio....

Llegamos en este coloquio á una pequeñísima y reducida habitacion cuyos adornos consistian en una mesa de pino, que aun conservaba alguna reminiscencia de su primitivo barniz, y cuatro sillas desvencijadas, y con las espadañas en una completa anarquía y desunidas á manera de partido político.... En dos ángulos de esta miserable vivienda se veian en el mayor desorden, y muy amontonados, una gran porcion de libros y bastantes legajos de papeles.... Sobre la mesa estaba una escribanía compuesta de diversas gerarquias, pues cada vaso de ella era de distinta forma, metal y clase.... Separaba á este modesto *gabinete* de estudio, de la alcoba en donde se encontraba mi desdichado amigo, una cortina de indiana muy zurcida y remendada, y sus costuras horizontales de trecho en trecho claramente demostraban haber servido antes para falda de vestido de señora.

—¡Ya tienes aquí á tu amigo, hijo mio!.... exclamó aquel tipo de la miseria, descorriendo con su huesosa mano, la transparente y calada cortina, cuya operacion fué ejecutada por medio de algunas lazadas de cinta puestas en la parte superior de aquella, que deslizándose por una caña donde estaban metidas, hacian el efecto de los anillos de metal, de que se acostumbra á usar en colgaduras menos modestas....

—¡Ah!.... ¡Qué entre!.... ¡Qué entre!.... contestó una voz débil desde el fondo de la pequeña alcoba....

Dirigime adonde habia sonado la voz, y encontré en una pobre, aunque muy aseada cama, un hombre cuya fisonomía pálida y demudada revelaba haber sufrido mucho en alguna enfermedad agudísima. Su cabello negro y liso dividido por una raya en el centro de la cabeza, caia formando bucles sobre su cuello, y sus ojos y grandes cejas del mismo color de su cabellera, daban á su fisonomía ese *no sé qué*, que suele hallarse algunas veces, é interesa y predispone muy en favor de la persona á quien se mira sin poderla negar desde este momento la amistad....

—¡Querido amigo!.... me dijo alargando su descarnada y amarillenta mano.... ¿Es posible que nos volvamos á ver despues de tantos años que no hemos sabido el

uno del otro?... ¡No me conoces!... Apretaba mi mano con una fuerza convulsiva, y alguna lágrima corría por sus pálidas mejillas. Después de mirarle un poco de tiempo le dije: confieso, amigo mío, que no conozco á V., cosa que no debe extrañar cuando tantas son las personas con quien se tienen relaciones en la vida, y mucho más después de algunos años que no nos hemos visto, según acaba V. de decir....

—¡Oh! sí.... Bien lo creo.... Bien lo creo.... repuso al instante.... Pero siéntate á la cabecera de mi cama, como otras muchas veces has estado, y solo una palabra que te diga te demostrará al punto quien soy.... ¡Ah!.... Toledo.... Toledo.... Sus góticos edificios.... Las doradas aguas del Tajo y la fuente de la Paletaria....

—Basta.... Basta.... le dije al momento, y me tendió sus brazos estrechándome contra su palpitante corazón, gozando ambos de un placer que no tiene igual en la vida.... Abrazarse dos amigos de la infancia después de largo tiempo de separación y variaciones de fortuna....

Confieso que hacia muchos años no había recibido mi corazón impresiones tan agradables como las que en este instante sentía, y creo que no dejaría de ser un objeto de estudio para un artista, la escena que se representaba en este momento en aquella indigente alcoba, y de que solo era único espectador una madre, que hacia largo tiempo no había visto en torno suyo mas que desgracias, miseria y degradación.... Petrificada se encontraba en este instante, y su actitud revelaba mas que nada su sorpresa, contemplando sin duda que en medio de sus infortunios, aun la había Dios reservado un goce.... Miraba á su hijo en los brazos de su único amigo....

Ambos volvimos de ese éxtasis en que nos encontrábamos sumergidos, y nos dirigimos una mirada en que quisimos explicarnos con la mayor brevedad nuestra situación.... Nos comprendimos, y no nos equivocamos, pues á pesar de lo poco inteligible que suele parecer á una persona indiferente ese lenguaje mudo de los ojos, hay situaciones de la vida, en que nada es mas significativo y eficaz.... Bajamos inmediatamente la vista para darnos á conocer, que no era nada halagüeño el papel que nos tocaba hacer en esta gran comedia, y aun cuando él no tenía necesidad de esta demostración para comprender bien su posición, á mí me era del todo indispensable; pues él, como muchos, había juzgado solo por las apariencias, y las mías podían deslumbrar á cualquiera, que no conozca los oropeles de Madrid....

Su madre que hasta este momento nos había observado en silencio, y tomado parte en nuestro goce, se alejó de aquella habitación sin duda porque conocía que se repetiría muy presto la relación de las desdichas de su hijo, donde oiría de nuevo las de toda su familia.

Viéndonos solos fué preciso entrar en explicaciones, y hablar de lo pasado, presente y porvenir....

Con efecto: hablamos de lo pasado, y nos recordamos mutuamente aquellos tiempos de dichas, que el placer escribe en el corazón humano de una manera que no se borra jamás, y cuyas páginas son un recurso para los malos ratos en que, abrumados por las penas y disus-

tos de la vida, recurrimos á este libro tan lleno de bellezas, que cada vez se nos presentan con formas mas halagüeñas y distintas....

Llegamos á lo presente, y para ambos era demasiado triste; de manera, que quisimos recurrir al porvenir aunque fuera pintando castillos en el aire, cosa tan frecuente entre dos amigos, para quienes no hay secretos de ambición.... Cuando quisimos entregarnos á estos pensamientos, una columna piramidal de humo empezó á elevarse en derredor de nuestras cabezas, y ondeando por el espacio que de ellas mediaba hasta el techo, comenzó á llenarse la alcoba de una densa nube, que poco á poco nos iba robando la escasa luz, que entraba por una estrecha boardilla, que frente á la puerta de la alcoba había.... Absortos con fenómeno tan raro, nos miramos, y permanecemos mudos un momento, sin atrevernos á preguntar la causa de esta aparición, que nos dejaba á oscuras, y que significaba verdaderamente lo que nos aguardaba... *Un porvenir oscuro*.... Luego que volvimos de nuestro asombro, me levanté y dirigí al punto de donde salía el humo, y bien pronto di á conocer á mi amigo por una estrepitosa carcajada, que había averiguado la causa que produjo tales efectos, y que solo consistía en una *cazuela con lumbre* donde se quemaba un poco de espliego.... La madre de aquel colocó este modesto pebetero en uno de los ángulos de la alcoba, á mi llegada, y empezó á producir su efecto en una ocasión que tuvo gran influencia sobre el ánimo de mi amigo extraordinariamente fatalista; así que desde este momento nos fué preciso renunciar á pensamientos tan halagüeños para todo el mundo, y que á nosotros no nos era permitido gozar, y ocupándonos solo de lo presente, me dijo mi amigo:

—Al fin nos vemos solos, y nos contaremos nuestras cuitas, con la franqueza que acostumbrábamos, y á fé amigo mío, que tengo algunas que referirte, pues soy harto desgraciado; tanto que he pensado tomar una resolución, que es para lo que te he hecho subir á este pobre zaquizami....

—Ya sabes, mi querido Eduardo, que te aprecio mucho, y que haría cualquier sacrificio por tí; y cree amigo mío, que cuando puse el pié en la escalera de tu casa, y pensé que me llamaba un amigo porque necesitaba de mi auxilio, fué la única vez en mi vida que he sentido no ser muy rico ó muy influyente, para sacarte de la situación en que te encuentras, y además de recompensar de esta manera tus desvelos y trabajos, probarte que no me he olvidado de tí....

—Tal vez será una felicidad para ambos, me contestó Eduardo, que no te encuentres en esa posición que tanto halaga á muchas personas, porque si te hallases en ella, te envanecerías demasiado, y hubieras dudado subir á esta mansión de la pobreza, después de haber llegado en un magnífico carruaje, reclinado sobre blandos y muelles almohadones.... He tenido, amigo mío, la desgracia de sufrir algun desengaño de este género, y apreciando mas tu amistad que mi fortuna sentiría verte rico.... Creo que á las personas que hemos nacido con una fortuna regular, las muchas riquezas nos deslumbran y

envanecen, y la miseria nos degrada y envilece, de modo que no sabemos ser ni pobres ni potentados....

—¡Siempre filósofo!... Eduardo.... Pero dejemos bromas, hablemos de una vez de lo que quieres, y dime que puedo hacer por ti....

—Voy á referirte en seguida, y en muy pocas palabras mi situacion, y lo que pienso hacer.... Esta es no poseer ni un solo maravedí.... Ya ves que soy lacónico en mis esplicaciones.... dijo sonriendo con calma, y como una persona muy acostumbrada á semejante posicion.... Ahora te diré muy por mayor lo que he pasado desde que no nos vemos, y el partido que pienso tomar para salir de esta miseria, y no volver á sentir su azote si me es posible, en adelante....

N. R. DE LOSADA.

(Continuará.)

VARIEDADES.

COMBATE DE UN HALCON Y UNA COMADREJA.

El 2 de Abril de 1844 un propietario llamado Mr. Compton cazaba en el condado de Wiltshire, ó mas bien, aguardaba la caza paseándose lentamente con el fusil bajo el brazo, cuando divisó un halcon que se cernia y balanceaba en el aire en actitud de apoderarse de una presa.

Era esta una comadreja que dormitaba entre la maleza; el halcon despues de haber revoloteado largo tiempo alrededor de su víctima, suspendió el remonte y se lanzó con la rapidez del rayo sobre ella, sumergiendo al mismo tiempo las garras y el pico en las carnes palpitantes del animal; cualquiera hubiera creído que iba á devorarla sin remedio. Empero muchas veces la sutileza y sagacidad triunfan de la violencia y de la fuerza. Es proverbial entre los aldeanos de Alemania é Inglaterra, que la comadreja nunca duerme. Y efectivamente el animal sobre el que se precipitó su terrible enemigo con tanto furor, y que parecia dormir profundamente, no se desconcertó con tan brusco ataque; antes por el contrario le acometió por el flanco mas débil, y haciendo presa en el cuello del ave de rapiña, comenzó á chupar la sangre de su adversario, el cual al cabo de un minuto, solo trató de fugarse y abandonar el campo.

Hubo un momento en que el halcon con sus garras levantó en el aire á la comadreja, y este cuadrúpedo precisado á remontarse con el ave de rapiña, cayó aturrido y cubierto de sangre sobre el césped, en tanto que el halcon herido en el cuello, derramaba sobre la yerba gruesas gotas de sangre y exhalaba profundos alaridos que demostraban bien la cólera de que se hallaba poseído. De vez en cuando un sordo gemido de angustia y de dolor se mezclaba y confundía con espantosos ahullidos. Pero llega hasta tal punto el furor dominante de esas aves de rapiña, que ejercen en los aires el poder despótico de los tiranos, que sin embargo de tan completa derrota, volvió el halcon de nuevo á la carga, con mas furia y violencia.

La comadreja levantada su pequeña cabeza, cubierta de sangre, seguía con la vista todos los movimientos del enemigo, y con el cuerpo estirado pronta igualmente lo mismo, á la huida, que al ataque ó á la defensa, aguardaba impávida el nuevo asalto ó la retirada del halcon. Casi tres minutos estuvieron observándose ambos combatientes; el halcon dando vueltas lentamente en el aire aguardando una ocasion que le facilitase la victoria, y la comadreja permaneció inmóvil. Amaestrada esta con el buen éxito de su estratagema, esperó con la boca abierta á que el ave de rapiña se levantase sobre ella, y cuando llegó el momento, le hizo presa en la parte mas carnosa del cuello y la ahogó; en seguida orgullosa con el triunfo que habia conseguido, iba á arrastrarle hácia su cueva, cuando Mr. Compton, mudo é invisible espectador de esta escena extraordinaria cargó su fusil; pero el ruido que hizo espantó al vencedor que huyó con la rapidez del relámpago, dejando en el campo de batalla su ensangrentado trofeo.

CRONICA.

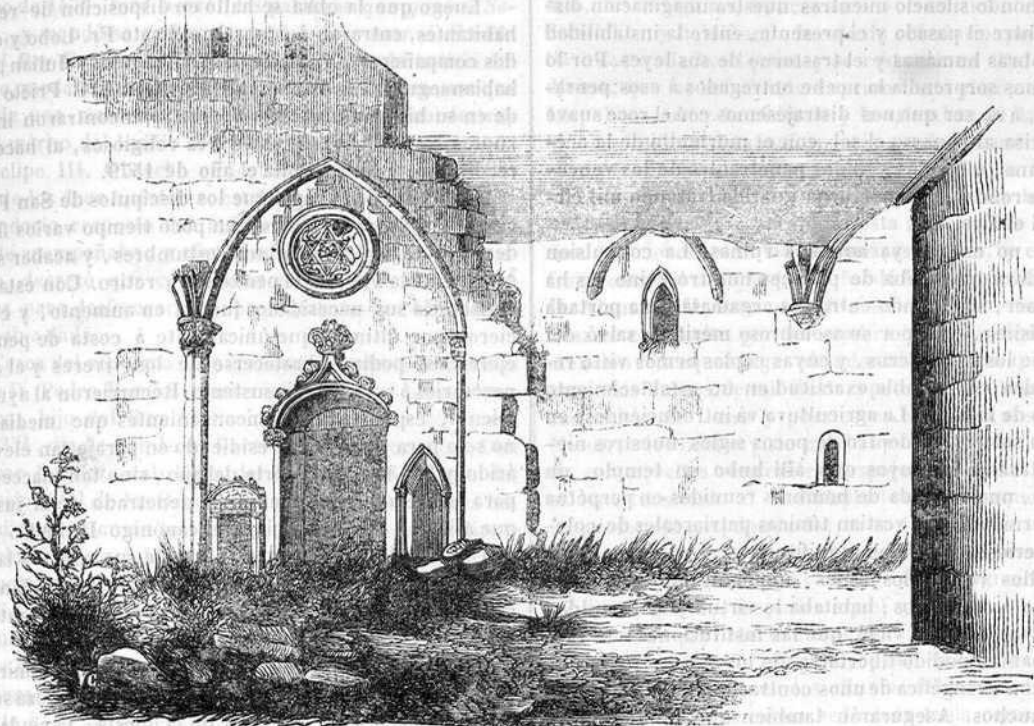
*. El día 30 se reunió la junta general del Liceo para elegir los individuos que han de componer la directiva en el próximo año. Varias eran las candidaturas que circulaban con probabilidades de triunfo, quedando por fin nombrados los sujetos siguientes.—Presidente, Excmo. Sr. Marqués de Remisa. Consiliarios: 1.º D. Ventura de la Vega, 2.º D. Manuel María Fevrr. Suplente, D. Mariano Vela de Aguirre. Secretario, 1.º Don Andrés del Rio, 2.º D. Juan Bautista Sandoval. Suplente, Don Manuel Ojeda. Contador, D. Juan Francisco Camacho. Suplente, D. Telesforo José Escobar. Tesorero, D. Francisco Martín Valiente. Suplente, D. José María Bremon. Bibliotecario, D. Manuel Cañete.

*. En el teatro de la Cruz se disponen para ponerse en escena, los acreditados dramas, *El Trovador* y *Macías*.

*. Con la representacion del *Barbero* se despidió parte de la compañía lírica del Circo, que cuatro meses ha sido escuchada con avidez y entusiasmo. La concurrencia, á pesar de lo poco á propósito de la estacion para encerrarse en los teatros, fué inmensa; todas las personas apasionadas de los célebres cantantes, que permanecen en Madrid, acudieron á darlos el último adiós y á solemnizar esta representacion, tan animada como las mas brillantes del invierno. La señora Persiani quiso corresponder á esta prueba de predileccion, haciendo alarde de su facilidad en la ejecucion, y prodigando esos admirables adornos que sin esfuerzo al parecer, salen de su garganta para sorprender y maravillar á los espectadores. Indudablemente han sido pocas las funciones en que la célebre prima donna ha cantado tambien: su recuerdo y el de toda la compañía, quedará indeleblemente grabado en el público de Madrid, y será un mal precedente para los cantantes que hayan de venir el invierno próximo, porque no podrán satisfacer las exigencias de un público mal acostumbrado.

Concluida la representacion, fueron llamados á la escena y aplaudidos con entusiasmo, los artistas que en ella habian tomado parte.

ESPAÑA PINTORESCA.



EL CONVENTO ANTIGUO DE SAN FRANCISCO DE BURGOS.



LEGARA tiempo en que abjurando algunos hombres los principios que ahora reputan por filosóficos y sábios, volverán la vista hacia la era de nuestros abuelos y se reconciliarán con su fe y con sus creencias. Entonces sentirán el inmenso estrago que las disensiones intestinas han producido en nuestra patria, mimada por la naturaleza y cuna clásica de caballeridad y de honor. Entonces verán a la luz de la historia, fanal resplandeciente de los siglos, ciudades enteras arruinadas, templos reducidos á escombros, sepulcros desmoronados y fúnebres inscripciones góticas incrustadas en la casa del rico, al lado de las piedras ojivales, de los emblemas santos y de los es-

cudos que respetara el tiempo. ¡Ojalá nos engañásemos! Pero desgraciadamente se ha empezado ya á cumplir la última parte de tan triste vaticinio. Una mirada en torno nuestro le revela: un poco de consideración hasta para conocer que esa general antipatía hacia las prácticas piadosas de nuestros antepasados, ostensibles en los monumentos de su acrisolada devoción, vá hacinando ruinas sobre ruinas, escombros sobre escombros; y surcando con el arado la tierra de las sepulturas, siembra en ellas la semilla que produce el oro.

Cuando en el año de 1842 nos admitió generosamente en su seno la redacción del *Semanario Pintoresco* no estábamos ajenos de los presentimientos que acabamos de manifestar. Nos hallábamos en Burgos. Un instinto secreto nos condujo mil veces á los sitios solitarios en que subsistian los ruinosos tapiales de los conventos de la Trinidad y San Francisco, cuyas magníficas iglesias, objetos de la admiración universal, cayeron desplomadas

bajo la metralla incendiaria de los invasores franceses. Los muros de uno y otro templo permanecían en pie. Veíanse coronados de algunas agujitas piramidales que descollaban sobre los cardos y las yerbas del dislocado tejazoz. Mas nuestra juventud rayaba entonces, y las sensaciones que recibíamos eran demasiado impetuosas para confiarlas al papel. Nos contentábamos con repetir nuestras visitas á aquellos lugares olvidados, guardando el mas hondo silencio mientras nuestra imaginación discurría entre el pasado y el presente, entre la inestabilidad de las obras humanas y el trastorno de sus leyes. Por lo común nos sorprendía la noche entregados á esos pensamientos, á no ser que nos distrajésemos con el roce suave de la brisa al ponerse el sol, con el murmullo de la acéquia lejana, ó con los silbidos penetrantes de los vencejos, que rondaban su nocturna guarida trazando mil círculos en el aire.

Hoy no existen ya aquellas ruinas. La convulsión devastadora que acaba de padecer nuestro reino las ha hecho caer, sepultando entre sus argamasas una portada suntuosísima, que por su asombroso mérito se salvó del hierro de los estranjeros, y cuyas copias hemos visto reproducidas con notable exactitud en un establecimiento artístico de la corte. La agricultura vá introduciéndose en aquellos solares, y dentro de pocos siglos nuestros nietos contarán á los suyos que allí hubo un templo, un claustro, una vivienda de hombres reunidos en perpétua confraternidad, que vestían túnicas patriarcales de colores misteriosos y formas significativas. Les dirán como en aquellos reservados asilos, impenetrables á las pesquisas de los estraños, habitaba la virtud y la humildad como la vanidad y el vicio; que las instituciones mas santas no habían podido libertarse de los abusos; y que la abnegación evangélica de unos contrastaba con la hipocresía de muchos. Asegurarán tambien que innumerables guerreros y personas de gran valía en el Estado labraron allí sus enterramientos de jaso y piedras ricas, para esculpir en bruidos óbitos la memoria de su esclarecida descendencia, su filantropía y sus hazañas. Esto despertará la curiosidad de los oyentes, si sangre española circula por sus venas. Recorrerán las historias á fin de obtener datos mas claros acerca de tan dignos personajes; y buscando con avidez las descripciones artísticas, el trasunto fiel del edificio que yace demolido, entrará su espíritu en el terreno de la gratitud para con el escritor que les instruye.

Nosotros que, sin envanecernos con tan glorioso título, solo intentamos por medio de nuestras débiles tareas responder á las primeras preguntas que pudieran aquellos dirigirnos, hemos escogido para materia de este artículo la fundación del antiguo convento de San Francisco de Burgos, desmantelado por la revolución de 1809, y destruido hasta sus cimientos con autorización de las leyes vijentes.

Obsequiaba la capital de Castilla en mayo de 1213 con variados festejos á D. Alonso VIII, por el triunfo que el año anterior había conseguido de los moros en la batalla de las Navas de Tolosa, cuando San Francisco, que en aquella época recorría la Francia y España con dirección

á Santiago de Compostela, se presentó al Rey pidiéndole licencia para fundar en Burgos un convento de su orden. El Monarca y el cabildo mayor pusieron á disposición del santo una ermita fabricada en la cumbre de un cerro que hasta hoy titulan de San Miguel, al norte y extramuros de la ciudad; sitio adonde antiguamente se celebraban dos mercados al año, por privilegio y facultad del Rey D. Fernando I.

Luego que la obra se halló en disposición de recibir habitantes, entraron á ocuparla el beato Fr. Lobo y otros dos compañeros suyos llamados Antonio y Julian, que habían seguido á su Patriarca desde Asis. El P. Prieto añade en su historia manuscrita, que se encontraron incorruptos los cuerpos de estos tres religiosos, al hacer la reedificación de la ermita el año de 1579.

La pureza de la regla que los discípulos de San Francisco observaban, conquistó en poco tiempo varios fieles deseos de perfeccionar sus costumbres, y acabar sosadamente la vida en la penitencia y retiro. Con esta circunstancia sus necesidades fueron en aumento, y conocieron por último, que únicamente á costa de penosos ejercicios, podían abastecerse de los víveres y el agua necesarios á su ordinario sustento. Recurrieron al ayuntamiento, esponiendo los inconvenientes que mediaban, no solo para continuar residiendo en paraje tan elevado árido y frio la mayor parte del año, sino tan inaccesible para los devotos del pueblo; y penetrado de la justicia que asistía á esta esposición, el canónigo D. Pedro Diaz de Orse, destinó una gran parte de sus rentas á la adquisición de otro terreno, al pié de la altura de San Miguel, en cuyo valle tenían recién acabado su convento los religiosos trinitarios.

Promovida esta nueva fábrica por el insigne almirante D. Ramon de Bonifaz, á quien Salazar de Mendoza supone equivocadamente fundador de la iglesia, la ciudad de Burgos costeó la nave principal de ella á sus espensas, y para testimonio público se esculpieron sus armas sobre la puerta del ingreso común, quedando en la nave del lado del evangelio el sepulcro del almirante, á causa de haberse comenzado por aquel punto la construcción de toda la casa. Segun las noticias que acerca de la parte material de esta hemos podido reunir, no puede ponerse en duda que seria magnífica, de vastas proporciones y de arquitectura ojival. El padre Prieto dice que la iglesia era de tres naves y toda de piedra. Elogia su pórtico, y hace mérito de varios sepulcros construidos en las veinte y dos capillas comprendidas en su recinto interior. Entre ellos se contaban los de algunos señores castellanos y caballeros nobles de la ciudad. Allí descansaban los restos del Infante D. Diego, trasladados á aquel sarcófago desde el cerco de Algeciras (1). Otra urna contenía las cenizas de D. Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, y las de otros distinguidos personajes de su apellido y familia. El panteon de D. Ramon de Bonifaz era bastante elevado, decorando su cubierta la estatua del almirante con una espada en las manos y un perro acostado á sus pies, soportando el escudo de sus armas. Alrededor de los restos

(1) Hist. de Fernando IV.

se veían imágenes de los doce apóstoles, talladas de relieve, alternando con blasones. En el friso de la urna estaba escrito lo siguiente:

Aquí yace D. Ramon Bonifaz, primer almirante de Castilla, que ganó á Sevilla. Murió año de 1248.

Viendo la Reina católica Doña Isabel este letrero en el año de 1476, hizo borrar las palabras *que ganó á Sevilla*, y mandó se grabara *que fué en ganar á Sevilla con el Rey D. Fernando*, pareciéndola que la noticia del hecho quedaba así mas exacta. Esta rectificación, aunque hija de una materialidad demasiado nimia, no destruyó el mérito del lucillo como la que se hizo en tiempo de D. Felipe III. Observó el devoto monarca que las estatuas de los doce apóstoles, estaban colocadas en un lugar secundario respecto del bulto del almirante y el perro que le acompañaba; y ofendiéndose por ello su celo cristiano, decretó que cortasen la cabeza á todas las imágenes para desfigurar la representación que el escultor las habia dado.

Cerca del sepulcro que acabamos de describir existia el de D. Pedro Bonifaz, camarero mayor del Infante Don Pedro, hijo del Rey D. Sancho, que murió en la era de 1354, día de San Juan Bautista: el del licenciado Don Gaspar Bonifaz, caballero del hábito de Santiago, del Consejo Real de las Ordenes, cuyo epitafio declaraba haber dispuesto en su testamento, que como descendiente del almirante, condujesen su cadáver á la iglesia de San Francisco, y le enterrasen cerca del de su predecesor.

Estos cortos detalles, dignos de mas publicidad que la que han tenido desde la guerra de la Independencia hasta hoy, bien merecen ocupar un sitio esclusivo en las páginas de nuestro periódico, destinado sin duda por la suerte á ser un repertorio general, donde la posteridad encontrará reproducidas las bellezas monumentales y los datos mas curiosos que hayan podido suministrar las historias á los anticuarios del siglo XIX, antes de desaparecer de nuestros archivos y desmembradas bibliotecas. No debemos tampoco olvidar los nombres de D. Andrés de Castro, hijo franciscano del convento de Burgos, predicador insigne y varon de costumbres ejemplares; el de D. Ignacio Santibañez arzobispo de Filipinas, y el de D. Francisco de Salinas, célebre orador del siglo XVII, en cuyas exequias pronunció el panegirico el ilustrísimo señor D. Antonio Manrique, arzobispo de Burgos, inaugurándole con estas palabras: *háse muerto, señores, el Pablo de España y el Crisóstomo de Burgos* etc. Ademas de los referidos se citan muchos teólogos eminentes, oradores famosos y humanistas consumados. A su general instruccion cooperaron mucho los Reyes católicos, pues establecieron allí el archivo del reino, que actualmente está en Simancas, despues de haber regalado á la comunidad preciosísimos cantoriales ó libros de coro, que han venido á servir de pábulo al incendio de las vicisitudes políticas. Las que se suscitaron á principios de nuestro siglo dejaron tan maltratado el convento que vá descrito, que solo restaba de su extraordinaria gallardía una puerta de arco ojival florentino, adornada de sus cor-

respondientes franjas, columnillas, agujitas y cardinas trepantes. Tan apreciable ejemplar ha sucumbido en nuestra época azarosa, como en la de 1818 desaparecieron otros infinitos, fortificando con sus delicadas piedras los reductos del castillo, por mano de los miseros labradores, que por falta de recursos se negaban á pagar las onerosas exacciones con que el gobierno les precipitaba en la indigencia. Despues de restablecida la legislacion normal, los religiosos franciscanos volvieron á su antiguo domicilio, y habilitando la sala de refectorio que subsistia intacta, la bendijeron y se restauró en ella el culto divino, que no sufrió interrupcion hasta el año de 1836. La pobreza de este oratorio y la estrechez de las celdas que los frailes habitaban, todavia pueden examinarse fácilmente. El aspecto que presenta uno de los antiguos muros sobre el cual descansa la espadaña, nos ha suministrado viñeta para encabezar esta noticia. Ese es el último indicio de otra fábrica mas ostentosa, y el último fragmento del edificio que se fundó bajo la proteccion de D. Alonso VIII, hace mas de seiscientos y treinta años. Pasa el caminante por su sombra y no fija siquiera su atencion en aquel lugar abandonado. Ignora que en él yacen los huesos de mil ilustres patricios, exhumados de sus lechos de tierra y puestos en sacrilega dispersion. Nosotros los hemos visto muchas veces. Hemos tropezado con aquellos venerables despojos y nuestro corazon se ha estremecido al contemplarlos. Un bosquecillo de frondosos álamos, donde las aves de la tarde acostumbraban manifestar con sus gorjeos sus amorosas inquietudes, era frecuentemente testigo del recogimiento melancólico que nos inspirara aquel grave recinto.

Siempre ¡ah! eternamente lloraremos la ausencia irreparable de aquella brisa empapada en los frescos aromas de la noche, y en los effluvis deliciosos del jardín vecino, donde una calma seductora tenia como enervadas las fuerzas del espíritu; donde las flores se sonreian de placer; donde los árboles desplegaban toda su pompa, y donde el sol poniente derramaba los tintes mas suaves de su púrpura luz, desasiéndose con lánguida indolencia de tan inefable eden....

Tambien nosotros le hemos abandonado, y acaso para siempre: porque la vida del hombre así como las obras de sus manos tienen dos épocas, una de juventud y esperanza, y otra de miseros recuerdos.—Generalmente la última tiene mas duracion que la primera.

1846.

RAFAEL MONJE.



COSTUMBRES.



(Vista de Toledo.)

DOS ALMONEDAS EN UNA.

ESCENAS CONTEMPORANEAS.

ARTICULO III Y ULTIMO.

Cuando nos separamos, dijo Eduardo, y abandoné á Toledo para dirigirme á mi país á arreglar negocios de familia, encontré á mi padre gravemente enfermo, de cuyo mal murió á muy poco..... Quedó mi madre á mi cuidado; los bienes de fortuna que poseíamos, eran suficientes para vivir con algunas comodidades en el pueblo de mi naturaleza.... No te quiero cansar con la relación de las desgracias que sobrevinieron á la casa después de la principal, que fué la muerte de mi padre, y solo bastará te diga, que los trastornos políticos destruyeron cuanto poseíamos, perdiéndose nuestros ganados, y quedando en un estado poco menos que miserable.... Con los restos de nuestro caudal me puse en camino para esta población, tan llena de fortuna para otros, como de desdichas para mí, con el objeto de utilizar mis estudios y ganar lo suficiente para sostener á mi madre del modo mejor que pudiera, aunque no según su clase; pero amigo la falta de dinero é influencia eran un inconveniente invencible en este caso.... Mi padre, mi abuelo y toda mi familia nada habían sido mas que labradores que pagaban contribuciones, prestaban bagajes y sufrían con resignación las cargas del Estado, y por consiguiente ningún *mérito ni servicio* me habían legado, que poder presentar para aspirar á obtener el mas pequeño empleo.... ¡Los méritos y sacrificios del labriego se estiman tan poco!.... Gasté el escaso dinero que traje sin poder conseguir ningún destino.... Ya sabes que siempre tuve mala suerte.... Abruado por mis trabajos, y también por un estudio largo y penoso, caí enfermo, y gracias á un médico amigo, que me ha asistido con esmero, me encuentro ya en la convalecencia....

En los ratos que tengo de alivio he discurrido acerca de mi posición presente y también en la pasada, y viendo el resultado que han tenido mis continuas vigilias y desvelos, he decidido no volver á tomar un libro jamás en mis manos, y mucho menos la pluma para escribir un solo renglon; porque consultando la influencia que ten-

go, todo lo mas á que podría llegar después de mil bajezas y degradaciones ante una porción de nulidades, es á *escribiente*, con el sueldo de un miserable y las necesidades de un señor, teniendo que sufrir además la autoridad de algun mentecato, á quien el favor de un tío diputado ó general, ó el de alguna prima, antigua conocida del ministro, ó quizás *méritos de sus antepasados*, colocaron en una posición que no merecía....

Tú no sabrás tal vez lo que es pretender un destino sin recomendaciones, y cuanto se degrada un hombre yendo y viniendo á los ministerios, gastando meses, botas y paciencia para tolerar las respuestas un si es no es groseras de los señores oficiales... O los sofiones de un ministro constitucional, con mas orgullo y altanería que un Bajá, no diré de tres colas, pero sí de dos y media, y por eso te asombrarás de que desista de ser empleado; empero, amigo mio, he resuelto trabajar en un establecimiento que yo mismo pondré, y que me producirá lo suficiente para satisfacer las necesidades de mi categoría.... Para llevar á cabo mi pensamiento necesito dinero, y como no se lo puedo pedir á nadie, porque ninguno de mis amigos lo tiene, y ya no poseo fincas que hipotecar, he pensado valirme de ti, no para que me lo prestes pues ya sé á la altura que se halla tu erario, sino para que me hagas el favor de inventariar y tasar todos los libros que encontrarás en esa segunda pieza, incluso los legajos de papeles, y después poniendo un anuncio de su venta en el *Diario de Avisos*, cuyo coste me adelantará, presidas aquí, y lèves á efecto la *almoneda* de todos los objetos que poseo, que fueron mi delicia en otro tiempo, y en los cuales fundaba mi porvenir; pero que han sido la causa de mi pobreza, y mas de esta presente enfermedad que me ha tenido al borde del sepulcro.... Con sus productos podré pagar los gastos que aun tendré que hacer en la convalecencia, y con lo demás compraré unas cuantas cajas de betun, algunos cepillos y hormas, y tomando posesion de un portal en un sitio público, limpiaré botas y zapatos con la mayor perfección, lo que anunciaré con un rótulo pomposo que escribiré con caracteres muy grandes en una tablilla, y será probablemente la última vez que haga letras...

Decía mi amigo lo que acabo de escribir tan serio y con un aire tan resuelto, que en aquel momento no supe qué contestar; pero luego que me repuse de la sorpresa que me causaran sus palabras, no pude menos de decirle en contra de tan descabellado proyecto.... ¿Es posible, querido Eduardo, que un jóven como tú, tan instruido, de tan buena familia, y que tanto vales, haya podido concebir un pensamiento que realizado te hundiría para siempre en una posición indigna de tu clase; y hasta de tus esperanzas?... ¡Limpia-botas!... ¡Dios mio!... Me estremece tal idea... ¿Sería ese el premio que espera á un hombre á quien su instruccion le coloca en distinta línea, que esos seres miserables, capaces solamente de ocuparse de un trabajo material, y en que ninguna parte hayan de tomar las facultades intelectuales?... ¡Ah!.... No.... No.... No.... No permitiré que abras una resolución que solo has podido imaginar en medio del delirio de la ardiente fiebre que has padecido estos

días... Tú escribías con frecuencia en Toledo, y hoy podrás hacer valer tus obras, y...

—No... No pases adelante, me contestó con inalterable calma... Sal á la inmediata habitación, comienza á hacer el inventario de que te he hablado, y entre mis libros encontrarás algunas obras de jurisprudencia, otras de ciencias y filosofía, y especialmente de literatura: además hallarás diccionarios y gramáticas de seis ó siete lenguas que he cultivado con aplicación y mucho gusto... En medio de los legajos de papeles, verás algunas traducciones de diferentes idiomas y bastantes artículos originales, sobre distintas materias.... Borradores de composiciones suficientes para formar un tomo, y que he escrito en los ratos en que solo la poesía puede hacer menos amarga la vida... Tres ó cuatro comedias, que si no buenas, son menos malas que esas descabelladas y detestables traducciones que diariamente asedian nuestros teatros.... Ya ves, querido amigo, que no he pasado mi vida tan holgazanamente, que tenga que arrepentirme de haber gastado el tiempo en devaneos; pero es preciso que te convenzas de que existe un ente moral en quien no creemos; pero á quien invocamos, dándole el nombre de *fortuna*, que caprichoso en extremo, favorece á unos y deprime y rebaja á otros.... Yo pertenezco á estos, y es tal mi sino, que con todos esos trabajos de que te he hablado no he podido, por mas que he puesto los medios, salir de esta miserable situación en que me ves, y tengo un presentimiento casi infalible de que si publicara mis obras nadie las querría, y si se representaran mis comedias, despues de los infinitos y no descriptibles inconvenientes que hay que vencer hasta ese caso, las silbarían, aplaudiendo al día siguiente la estupidez mas grande que se haya podido traducir, (pues estupideces originales nunca se representan sino son de autor de mucha fama) para darme á conocer mas y mas mi desgracia.... Aun creo que se empezarán á usar botas blancas en cuanto ponga mi establecimiento, de cuyo proyecto no desisto, esperando llevar á cabo mi resolución....

—Despues de haberte escuchado, le contesté, veo que tienes razon para desesperarte hasta ese punto, y me convenzo de que nacen en el mundo seres, cuyo destino es luchar frente á frente con la suerte; y yo que por mi desgracia puedo contarme entre ellos, comprendo cuán crítica es tu posición, y voy á cumplir con tu encargo citando á almoneda para mañana....

Efectivamente, al siguiente día ya venia el anuncio en el *Diario*, y á poco presentóse en el cuarto un almivado joven en traje de mañana, y despues de maldecir (y con mucha razon por cierto) dos mil veces la escalera, me preguntó con acento extranjero.... ¿Qué objetos de lujo tiene V., amigo mio?...

—De lujo ningunos; le contesté admirado de que los buscara en una boardilla.... Solo se venden libros y algunos manuscritos....

—¡Libros!... exclamó. ¿Y qué utilidad puede sacarse de la compra de esos muebles?...

—V. ninguna.... le contesté seriamente....

—¿Cómo! caballero... respondió un poco picado... V. se

figura que yo...

—Nada me figuro.... le dije. Pero no tengo otra cosa que vender que libros, y si V. no necesita de ellos, es inútil se cause en verlos....

—Tiene V. razon.... No pienso gastar mi dinero en tal mercancía porque los artistas solo necesitamos saber ganar pesetas....

—¿Es V. artista? preguntó un nuevo personaje, que hacia algun tiempo habia llegado, y permanecia al umbral de la puerta oyendo la conversacion.

—Si señor, contestó nuestro elegante: soy primer bailarín del teatro, y he venido de París contratado en dos mil duros por diez funciones.... Creo que me contratarán de nuevo en cuanto vean mi habilidad, y pienso poner casa, para lo cual buscaba muebles muy baratos, pues no quiero gastar mucho en este país....

—Muy bien hecho, contestó el nuevo personaje; de ese modo podrá V. llevarse algunos miles de duros integros.... Pues yo estoy ahora aprendiendo á *rebuznar por principios y por arte*, por un nuevo y desconocido método hasta el día: despues pienso hacer un viaje al extranjero para *perfeccionarme*, y cuando vuelva á España variaré mi apellido tomando alguno acabado en *iski* ó *en ini*, y á mi llegada que se anunciará lo menos un par de meses antes, no faltará quien me contrate en unos cuantos miles de duros, y haré fortuna.

—¿Qué dice V.?... repuso mi bailarín asombrado... ¿Y habrá aquí quien vaya á oírle?...

—Si fuese español, repuso el otro con mucha gravedad, no señor; pero como me anunciaré con un apellido extranjero, tengo una seguridad de que se disputarán la entrada, y habrá despues quien se encargue de hacer un elogio, tratando de probar que la influencia del arte y del método es tal, que se equivocan mis *rebuznos* con el gorjeo de un ruiseñor, lo cual llamará mucho la atención, y hará correr mi nombre en boca de la fama, y aun podré establecer un gran colegio de *Rebuznología*, que abundará en aficionados que quieran perfeccionarse, y de lo cual resultará un gran beneficio á la humanidad....

—Es muy raro.... Es muy raro.... Pero podrá tener un buen éxito su pensamiento de V.... contestó el bailarín con una gran cortesía, y se dirigió hácia la escalera ejecutando de cuando en cuando algun *batiman* para no dejar duda acerca de su profesion....

Quedamos solos el *rebuznante* y yo, y chocóme su buen humor al poner en ridiculo la afición decidida, que algunos españoles tienen á cualquier bagatela extranjera....

Era este hombre de unos 45 años de edad, grueso, estatura regular, tez sonrosada y semblante alegre.... Estaba muy bien vestido, y la buena cadena de su reloj y el esmerado atavío de su traje, me hicieron conocer que no era ninguna persona vulgar.... Esperé que me preguntara, y luego que el bailarín se habia separado de nosotros, me dijo:

—¿Solo tiene V. libros de venta y algunos manuscritos?...

Si señor, le contesté.... Son de un amigo muy desgraciado....

—¡Cómo!... ¿Y vende sus libros?...

—No tiene otro remedio, añadí yo.... Es lo único que poseo, y después de una larga y aguda enfermedad que ha padecido, necesita de su valor para la convalecencia.

—¿Y cual podrá ser su valor?... repuso sin tratar de indagar el título de las obras.

—Cuando se compraron, le dije, costarian mas de cien duros; pero hoy, uno de esos prenderos estafadores y usureros me ha ofrecido 25, y se los daré sino puedo sacar mas por ellos....

—¿Con que es muy desgraciado su amigo de V. y vende sus libros?...

—Es lo único de que puede disponer, y se encuentra sin esperanza alguna.... En pocas palabras le conté su historia, y cuanto sabia acerca de su vida....

Quedó asombrado con mi relacion, y después de reflexionar un momento me dijo: tengo necesidad de alejarme de Madrid por algunos años, y siento no poder hacer ahora algo por su amigo, que tanta compasion me inspira como placer la consecuencia de V. para con él, pero cuando vuelva á la corte donde se dan *dos mil duros* á uno que baila y se muere de hambre otro que estudia, protegeré á V. Ahora entréguele V. ese billete de banco, para que salga de sus mayores compromisos... Abrió una linda cartera de piel de Rusia, y sacando de ella un billete de cuatro mil reales le puso en mis manos, desapareciendo en seguida por la escalera con una celeridad extraordinaria.

—Caballero.... Caballero.... gritaba yo con toda la fuerza de mis pulmones, espere V. le daré las gracias por tanto favor, y le presentaré á mi amigo que tendrá gusto en conocerle; pero todo era inútil, porque nuestro bienhechor se habia marchado sin que yo aprendiera su nombre, ni quien pudiera ser.... Entré al momento en la alcoba de mi amigo, y luego que le conté lo que acabo de referir, se quedó tan admirado como yo al contemplar que pudiera haber un hombre, que regalara con tanta facilidad un billete de cuatro mil reales, cantidad que hacia muchísimo tiempo, no habíamos visto ni uno ni otro en nuestro poder.... Lo primero que nos ocurrió fué si seria un ex-ministro de Hacienda, ó algun bolsista, porque nos parecia acordándonos de nuestra pobreza, que solo una persona así, podia hacer tales limosnas.

Al punto mi amigo quiso que se cambiase este billete y partiera entre ambos, asegurándome que sin mí no hubiera podido obtener tal cantidad; pero mi delicadeza se resentia de semejante proposicion, y le dije que no consentia en ello, pues con este dinero podia él salir muy bien de sus apuros, y partiéndolo nos quedábamos tan pobres como antes; empero insistió en ello asegurándome que con lo que le tocaba podria plantear su establecimiento, y vivir feliz é ignorado; pues ademas no renunciaba á continuar la almoneda, cuyo producto uniria á esta cantidad con que ya contaba.... Viendo yo tal generosidad en un amigo pobre y á quien he querido tanto, no solo admití la proposicion, sino que deseoso de participar de su suerte, y no volvernos á separar, le dije: mañana conduciré á esta casa los enseres que poseo, los

venderé con los tuyos, y uniendo nuestros capitales plantearémos ese establecimiento, cuya direccion te concedo, en él pasaremos juntos la vida como dos hermanos sin volver á ver jamás un libro.... En medio de esa amistad desinteresada que abriga siempre el corazon del pobre, pensaremos en nuestro bienhechor, cuando gocemos de una tranquilidad que.... Aquí mi amigo me echó los brazos al cuello, y mezclándose nuestras lágrimas decidimos no separarnos jamás.

Al dia siguiente se leia en el Diario de avisos: «En la calle de.... núm. 15, piso cuarto, se hacen dos almonedas en una....»



De la verdad del hecho, que acabo de referir, no puedo yo responder, y solo cumplo con darle publicidad accediendo á los deseos del que me ha remitido la anterior relacion suplicándome su insercion en el SEMANARIO, en cuyo periódico ha visto mi nombre; sin embargo, luego que me sea posible, me dedicaré á buscar el portal donde los dos amigos pasan la vida limpiando botas, para darles las gracias por haberme hecho gastar *doce reales en correo*, y preguntarles cómo les vá en su nueva especulacion; pues tengo para mí, que si los resultados son tal cual productivos, no les habrán de faltar algunos aprendices, segun el aspecto que van tomando muchas carreras.... ¡Oh tiempos de la civilizacion y de las luces!...

N. R. DE LOSADA.

POESIA.

A LA NOCHE.

Llega noche presurosa,
Como mis males aciaga,
Como mis lágrimas triste,
Como mis pesares larga.
La majestad de tus sombras

El pecho ulcerado embriaga,
 Porque cobijada en ellas
 Llora sin testigo el alma.
 Ven, y tu velo flotante
 Cubierto de oscura gasa
 Podrá llevar en sus pliegues
 Mis desventuras amargas.
 Ya veo rodar tu carro
 Por cima de las montañas,
 Y del sol avergonzado
 Disipar la luz templada;
 Y descorriendo tu manto
 Silenciosa y triste vagas,
 Con tu negra cabellera
 Por los aires destrenzada.
 El imperio de las sombras
 Como su reina te acata,
 Y los amores secretos
 Tu blando curso acompañan;
 Y luego pueblas el aire
 De vapores y fantasmas,
 Imágenes seductoras
 De alguna nocturna maga.
 ¡Ay! ¡cuánto por tus tinieblas
 Suspiré yo desde el alba,
 Que solo su luz me presta
 Para alumbrar mi desgracia!
 Al menos cuando presides,
 Puedo á mi vista ocultarla,
 Soñando con ilusiones,
 Durmiendo con esperanzas.
 Por eso noche te ansío,
 Aunque vendas destemplada,
 Como mis lágrimas triste,
 Como mis pesares larga.

Flotando van en tu seno
 Mis ilusiones doradas,
 Como bajel combatido
 Que dá á las ondas entrada.
 Naufrago en el mar de amor,
 Sin vela, timon, ni jarcia,
 Y próximo ya á las rocas,
 Sin que presuma evitarlas.
 En vano de mil luceros
 Vendrás ¡oh noche! rodeada,
 Que no hay estrella ni faro
 Que me guíe hácia la playa.
 Solo tu horror me consuela,
 Porque á mi horror acompaña;
 Y el infeliz siempre busca
 Compañeras de desgracia.
 Y creo al verte tan triste,
 Tan lúgubre y tan callada,
 Que te hizo el Señor tan solo
 Para escuchar las plegarias
 Que dirijen á su trono
 Las almas enamoradas.
 ¡Oh! si pudiera un momento

Prendido en tus negras álas,
 Vagar cual la brisa pura,
 Velado en tus nubes pardas,
 Veriasme cauteloso
 Salvar las rejas, avaras
 Del bien que ansío, y por tanto,
 Siempre en mi daño cerradas.
 Mas ya que el ciclo me niegue
 Fortuna tan suspirada,
 Porque me impuso por suerte
 Ser víctima de una ingrata.
 Dime al menos, noche oscura
 Tú que penetras su estancia,
 Tú que la guardas el sueño,
 Y que su hermosura guardas:
 Dime si en su alma preciosa
 Los tristes recuerdos vagan,
 Que algunas veces juróme
 Nunca olvidar la tirana:
 Dime si late su pecho,
 Blando albergue de mis lágrimas;
 Si tiernamente suspira;
 Si en sus ensueños me llama...
 Mas si por otro palpita
 Tan triste noticia calla,
 Harto sabes que padezco,
 Harto es mi pena inhumana,
 Sin añadir nuevos golpes
 A los golpes que me amagan.
 Sigue pues tu curso lento,
 Y en tanto que me declaras
 O mi mal con tu silencio,
 O mi bien con su mudanza;
 Deseo que me cobijes
 Bajo tus ebúrneas álas,
 Ya llegues triste y oscura,
 Ya vendas suave y templada.

VALENTIN DE ALDANA.



CRONICA.

Ha empezado á publicarse en esta corte, un nuevo periódico especial de caminos de hierro, minas y lotería, con el título de la *Iberia*; sale á luz todos los domingos, y se suscribe en las administraciones de loterías. Hemos visto los dos primeros números, que contienen noticias del mayor interés, y que hacen esperar contribuirá poderosamente al fomento industrial maravillosa y repentinamente desarrollado en España.

El segundo número publica una lista de los caminos de hierro proyectados hasta ahora en nuestro país, que copiamos á continuación por creerla curiosa é interesante.

Primera línea principal. De Madrid á Avilés, por Valladolid y Leon.

Ramificaciones. Primera, de Valladolid á Santander por Palencia y Alar.

Segunda, de Palencia á Bayona por Burgos y Vitoria.

Tercera, de Burgos á Bilbao, por Oña, Medina de Pomar y Balmediana.

Cuarta, de Pancorbo á Tudela, por Logroño, y al canal de Castilla para reunirse al canal de Aragón.

Quinta, de Valladolid á los confines de la frontera de Portugal, por Zamora y Salamanca.

Sesta, de Valladolid á la línea de Zaragoza á Madrid, por Almazan y Ariza.

Sétima, de Leon á Galicia.

Segunda línea principal. De Madrid á Barcelona.

Ramificaciones. Primera, de Zaragoza á Francia, por Tudela y Pamplona.

Segunda, de Zaragoza á Valencia, por Teruel.

Tercera, de Lérida á Tarragona.

Tercera línea principal, de Madrid á Alicante.

Ramificaciones. Primera, de Aranjuez á Toledo.

Segunda de las inmediaciones de Villena á Valencia por la fuente de la Higuera, Játiva y Alcira.

Tercera, de Villena á Cartagena por Murcia.

Cuarta línea principal. De Madrid á Cádiz.

Ramificaciones. Primera, de Bailén á Almería, por Granada.

Segunda, de Córdoba á Málaga.

Tercera, de Córdoba á Mérida.

Cuarta, de Ecija á Algeciras.

Quinta, de Sevilla á Huelva.

Quinta línea principal. De Madrid á Badajoz.

Ramificaciones. Primera, de Badajoz á Sevilla.

Segunda, del puente de Almaraz á Salamanca, por Plasencia y Ciudad-Rodrigo.

Sesta línea principal. De Madrid á Valencia pasando por Albacete, Almansa, Játiva y Alcira.

Nuestros lectores juzgarán de las esperanzas que ofrecen las líneas comprendidas en esta prolongada lista, acerca de su realización, incremento y adelantos.

La empresa del teatro del Príncipe, le ha cedido á una compañía gimnástica francesa, que bajo la dirección de Mr. Martinetti se halla de paso en esta capital, para que dé algunas representaciones, las cuales han comenzado el miércoles.

Se está ensayando en el teatro de la Cruz el drama en cinco actos del aventajado poeta D. Manuel Cañete, titulado *Los dos Foscaris*.

En el mismo teatro se puso en escena el domingo último, el famoso drama de D. Antonio García Gutiérrez, *El Trovador*; de esta producción, á cuyas innumerables representaciones acude siempre el público con interés y hasta con entusiasmo. El principal papel fué desempeñado por el señor Lumbreras, el de Leonor por la señorita Ruiz y el de Nuño por el señor Sanchez. La distinguida actriz señora Pamias, que cada día vá dando mayores pruebas de su talento, fué aplaudida repetidas veces en el papel de Gitana.

Parece indudable que el tenor Tamberlik ha renovado su escritura para continuar en el teatro del Circo: también se asegura como cosa cierta que los señores Sentiel, Salas y el barítono Ferlotti, formarán parte de la compañía que ha de trabajar en la próxima temporada. Ignórase quiénes serán las primas-donas.

Hemos recibido el prospecto y anuncio de una colección de cuadros de costumbres, que con el título de *Doce españoles de brocha gorda* vá á publicar el conocido escritor D. Antonio Flores: propónese bosquejar otros tantos tipos nacionales, no comprendidos en la obra titulada: *Los españoles pintados por sí mismos*. La impresión y papel son de lujo, y la edición irá adornada de grabados, cuyo dibujo está á cargo de D. M. Miranda: el del anuncio nos ha parecido de muy buen efecto. A su tiempo emitiremos nuestro juicio, acerca de esta nueva publicación.

Con el título de *Flores del siglo*, vá á publicarse en Barcelona una colección de novelas españolas y extranjeras, de buen papel y hermosos tipos: entre las primeras, se anuncian las siguientes: *Zampieri*, *Angel, muger y demonio*; *Los dos Reyes Godos* y *La amistad sueca*, que examinaremos á medida que vayan apareciendo. En cuanto á las obras extranjeras que han de formar parte de las *Flores del siglo*, solo podemos decir que ha habido gusto en la elección, especialmente en las de Alfonso Karr; de ese famoso autor, cuya brillantez y poéticas producciones que conocemos muy á fondo, y á las cuales hemos pagado un tributo de admiración, no podrán menos de ser devoradas con ansiedad, con solo leer la primera página, y producirán misteriosas emociones en todo el que sepa sentir. *Genoveva*, que será la novela con que se inaugure la colección, es á nuestro entender, la mejor del mismo autor después de *Bajo los Tilos*: también manifestaremos nuestro juicio acerca de la versión de estas obras, acaso las mas difíciles de traducir que ha producido la prensa francesa.

Ha llegado á esta corte el actor D. Julian Romea.

Se ha celebrado sin lance alguno desagradable la gran fiesta de Lavapiés, una de las mas famosas de cuantas tienen lugar en los barrios de Madrid. Hasta muy tarde se oían por donde quiera el repique de las castañuelas y los destemplados ecos de las guitarras. La diversidad de colores que en sus trajes ostentaba el sexo femenino, daban al paseo un aspecto variado y alegre, y el sinnúmero de puestos con golosinas y frutas propias de la estación, escitaban el apetito de la concurrencia. La fiesta en fin formaba un conjunto animado y agradable, entre el cual se distinguían algunos de esos tipos españoles tan famosos otro tiempo, y que poco á poco van desapareciendo.

ANTIGUEDADES ESPAÑOLAS.



SILENO ENCONTRADO EN TARRAGONA.



CRAZAR la historia monumental de la antigua capital de la que fué Provincia Romana, por lo que existe de aquella época, es tarea que

ya se han tomado muchas plumas mas aventajadas que la mia, como lo fueron Micer Pons de

Icart, Masdeu, Pugades, y mas recientemente Mr. Laborde y otros; pero de poco serviría el trabajo de aquellos hombres, tan celosos de la ciencia como ilustres y

NUEVA EPOCA.—TOMO I.—AGOSTO 23 DE 1846.

estimables para nuestra patria, si dejadas al olvido sus producciones menospreciásemos tambien para el aumento y aclaracion de aquellas noticias, el dar publicidad a los preciosos objetos que todos los días se descubren en el suelo tarraconense, rico y preñado de un caudal inagotable de bellezas del mejor tiempo de la gran dominacion.

Yo sé muy bien de que el recopilar las noticias de cuantos objetos se descubran en las poblaciones antiguas, unas veces al acaso y otras por el celo de algunos apasionados á la ciencia, si estas no llevarán mas que el objeto de la publicidad, pero no es este el solo y verdadero fruto que puede esperarse; ¿quién duda que si se pierde la noticia de todos los hallazgos ó parte de ellos, los anales del tiempo y la historia jamás llegarán á su verda-

dera perfeccion? Todos los datos para escribir lo pasado con la seguridad y el acierto que exige la ciencia, ¿no es una verdad que son indispensables?... Cumplamos, pues, esta misión; y arrebatadas así las esperanzas de los coleccionistas extranjeros, que cual si fuesen nuestras comarcas las costas de Africa, vienen desde luego validos del descuido para obtener los tesoros que descubrimos, y de las manos del ignorante ó codicioso pasan sin fruto á decorar los museos de naciones extrañas, donde con el afán de ocultar por orgullo propio el verdadero origen, quedan desconocidos de nuestros escritores, careciendo así estos de las noticias mas indispensables, viéndose en la necesidad de reemplazarlas por las conjeturas, que son escabroso camino para alcanzar á la perfeccion, y que nos ponen cada día mas al alcance de los tiros de la ignorancia y maledicencia, siempre perseguidora del estudioso arqueólogo. Lejos, pues, de nosotros tanta pereza, tanto abandono; si bien no me será dado el presentar una disertación prolija, así porque no es este el sitio á propósito, como por el corto espacio de nuestras columnas, cumpliremos como periodistas en traer á plaza una noticia mas para los sabios y un modelo quizás para los artistas. Presente está el diseño del busto de Sileno, que en bronce se encontró en el puerto de la ciudad de Tarragona. ¡Objeto precioso! ¡objeto digno de que la incuria no hubiese permitido pasase á manos extrañas, dejando así de ocupar en aquel museo provincial el lugar que le correspondía!

Decir ahora quién fué Sileno y sus cualidades, no puede darse que este sea por las formas y atributos de que está investido: ¿cuán supérfluo y poco necesario sería para los lectores copiarles en este sitio un gran trozo de la Mitología? Las formas cansadas de un beodo de mas de 40 años, estan bien espresadas en su semblante y en la laxitud del sistema muscular; su sien coronada de fructífera hiedra, y la piel de la cabra Amatea que le envuelve, dejan probadas las razones que tengo para no suponer necesarios ni aquel testo ni la discusión.

Este compañero inseparable del hijo de Sémola y de Júpiter, conquistador de las Indias y dios del vino, cuya belleza en sus formas, si bien jamás fué la de Apolo, ni tampoco la de Hércules; sus miembros carnosos, pero delicados, obtuvieron algo de femenino en sus caderas y rodillas, habiendo tenido grandes adoradores en la antigua Tarraco Romana; con tal ardor y proselitismo, que son ya repetidas las muestras que así nos lo acreditan.

Léanse en el Micer Pons de Icart, edición publicada en Lérida el año de 1572, páginas 178 y 180, y se verá el famoso busto de grande tamaño que se encontró en la casa de los *Virgilis*, del que se conservan algunos vaciados en yeso en el museo de la Academia de nobles artes, así como el celo de la Sociedad Arqueológica conserva en el suyo el original: luego la magnífica cabeza que parece fué parte de una estatua colosal del mismo dios Baco, que se encuentra en el sitio principal de la población al descender de las gradas de la catedral, pegada al muro de una casa que está á mano izquierda: otra Bacante pequeña en mármol que está tambien en el museo antes citado; y últimamente el famoso mosaico que

ocupa hoy el pavimento de la sala de modelo en la escuela de dibujo, que representa Baco en triunfo sobre su carro tirado por dos tigres de gran magnitud, y hoy nuestro Sileno mas que viene á comprobar que los adoradores de aquella deidad fueron numerosos en la antigua Tarraco. Es verdad que en tiempo del Imperio los vinos de la Tarraconense y la Bética rivalizaron en el mercado romano con los de Corinto y Creta.

La presente lámina, producto de un dibujo que saqué con bastante exactitud, debido al obsequio que me dispensó su poseedor, es de menos de la mitad del tamaño del original, vaciado en bronce con los glóbulos de los ojos de plata y el centro de la úvea de acero opaco. En cuanto á la perfeccion del arte no hay que desear; la verdad existe en este busto segun la descripción de la ábula; la musculatura característica, las facciones segun la tradición, la piel que le envuelve suelta y graciosamente colocada y ejecutada con valentía, son un perfecto comprobante de mi aserto. Solo se nota monotonía y exageración en la disposición de la barba; no obstante, esta y la corona de hiedra son una belleza del arte, pues que á pesar de estar talmente desprendidas las ensortijadas y flexibles ramas del cuerpo principal, son un solo vaciado por el mismo molde y crisol el que produjeron este atrevimiento del arte y la fundición.

Segun los datos que me facilitó el poseedor D. Antonio Peig respecto al sitio y modo con que fué encontrado, es de que escavando á las espaldas de la casa de su propiedad en la calle mayor del Puerto, con el objeto de plantar un viñedo, dieron los trabajadores con una ánfora de gran tamaño y porción de monedas de cobre á la profundidad de dos varas; escitados por este encuentro siguieron los escombros hasta dar con un templete de cuatro columnas de jaspe de colores que en su centro ostentaba esta deidad.

Llegada la noche suspendió la tarea y llevó á su domicilio la cabeza que nos ocupa y algunas lamparillas y monedas que encontró, habiendo por la dificultad del porte dejado el ánfora y el templete en aquel sitio, en que tuvo el disgusto el día siguiente de ver que se la habian robado.

¡Descuido propio de la falta de conocimientos bastantes en la ciencia y en el arte!

No es este el sitio de aglomerar lápidas y piedras votivas, de que algun día daré noticia para no hacer hoy pesado este artículo; pero estos documentos irrecusables que dejo ya citados, y las pruebas acumuladas ya por los citados escritores, nada dejan que desear para probar tambien, de que cada día será mas justo el que el gobierno estime en mucho los trabajos de los cuerpos científicos que existen en las provincias, y que se escite su celo para que se dé noticia circunstanciada de los descubrimientos que se verifiquen á la comisión central, con la remision de dibujos y detalles, haciendo públicos en los periódicos científicos de España estos descubrimientos, para provocar las tan necesarias aclaraciones de los sabios por medio de la polémica, único medio de vencer así los obstáculos que se presenten, para alcanzar un día á la perfeccion.

— IVO DE LA CORTINA.

VIAJES.

Impresiones de viaje á Lisboa y sus contornos.

ARTICULO V.

La catedral (*a Sé*) es una construcción vasta, pesada y antiquísima, con dos torres en la fachada principal, medio derribadas por el terremoto de 1755, cuya circunstancia unida á lo tosco de los ornatos exteriores y á lo ennegrecido de sus viejos muros, la ofrecen al viajero como un monumento triste y sombrío, de esos que abruman nuestro espíritu mas bien que lo recrean, dejando en pos de sí la misma impresión que los ensueños molestos y vagos de una larga noche de invierno. El interior del templo contiene un claustro á la espalda del altar mayor, semejante en sus caprichosas labores al pórtico de la entrada principal; y el resto de la iglesia, formada de tres naves, es mucho mas moderno, de orden corintio, vestido de estuco blanco, y los cantos de las molduras, capiteles, frisos y cornisas, estan cubiertos de oro. En la capilla mayor se encuentra situado el coro á la manera italiana, segun algunos la llaman; y la poca importancia artística de todos los objetos de pintura y escultura que adornan los altares, escusará nos detengamos mas tiempo en la *Sé*, digna sin embargo de aprecio por lo remoto de su origen, por la distinguida categoría que ocupa entre las iglesias de Lisboa, y por hallarse oportunamente asentada sobre un terreno de razonable elevación, que la hace campear y enseñorearse desde no pequeña distancia.

Muy cerca de la catedral bajando la pendiente de la colina en que se apoya, veneran los portugueses á *Santo Antonio da Sé* en un pequeño santuario bastante bonito y bien dispuesto, con algunos cuadros medianos de agradable colorido, y varios retablos de bella traza. Aquí fué donde se juró á D. Miguel por Rey de Portugal, ceremonia que debió de ser bastante incómoda por lo reducido del espacio en que el Príncipe y toda su corte con el clero y los funcionarios públicos habrían de colocarse á la sazón.

Descendiendo mas todavía por el *Largo* que toma su nombre de la referida iglesia, veremos á la *Magdalena* vuelto el frontis hácia una ancha *traversa*, que cruzada en toda su estension nos habrá necesariamente de conducir á la *Rua nova do Carmo*, al fin de la cual se elevan con aspecto imponente las ruinas majestuosas del edificio que dá título á la calle, con sus atrevidas arcadas ojivas, sus colosales pilastras y sus masas de piedra, labradas con ánimo de desafiar á los siglos; y los siglos admitieron el reto; un impulso interior conmovió el área de la ciudad: Lisboa se hundió, y del soberbio templo del *Carmen* solo han quedado trozos informes, que asomando por encima de las casas contiguas su mutilada cabe-

za, y dominando la *Praça do Rocio* con sus descarnados miembros, nos dan una idea de la inestabilidad de las cosas humanas, y de la fuerza invencible de aquel, á cuyo soplo rugen los mares, mudan las montañas de asiento, y caen partidas en menudos pedazos las robustas pirámides, las amplias bóvedas y las macizas torres que levantaron con esfuerzo inaudito cien y cien generaciones, juzgando aquellas obras eternas en su impotente y necio desvarío.

En el *Largo de la Estrella* sobre una altura escueta que mira al Occidente de la capital del reino lusitano, fundó *Doña María I a Real Basílica do Santissimo Coração de Jesus*, á la que es anejo un hermoso convento de monjas Carmelitas edificado á corta distancia del *Puente de Alcántara* y del Real Palacio de las *Necesidades*. Seméjase algun tanto su traza á la de San Pedro en Roma, si bien en menor escala; y tiene, como aquel templo, este de que tratamos un bello cimborrio, magnífica fachada con estatuas y dos airoas torres que dan á la obra entera (fabricada de piedra blanca) un cierto aspecto de gentileza y elegancia, grato por demas al que la observa desde algun otro punto lejano de Lisboa. Pero en contraposición á este efecto pintoresco, y á la corrección que se nota en la portada y demas partes esenciales del edificio de la *Estrella*, vienen á afeár tan buen conjunto algunos ornatos de mal gusto y elección, que revisten los cercos de las ventanas de la media naranja, y las cupulillas de entrambos campanarios, sobrecargando inoportunamente los miembros delicados, á par que robustos de aquella atrevida concepción monumental. Dentro del templo se encierran en un mausoleo los restos de la Reina fundadora; y por ser harto conocido su epitafio, no lo transcribimos por bajo de estas líneas. Asegúrase que costó cerca de ciento y veinte millones de reales la iglesia y el convento.

San Vicente de Fora es, como la anterior, una obra de importancia en Lisboa que examinan los viandantes con placer, ya por contemplar desde el apartado barrio donde asienta, en otra eminencia que domina el Tajo, las encantadoras márgenes del rio y aquellos paises, mitad marítimos, mitad terrestres que guarnecen á la antigua Metrópoli con una franja de vivos y contrapuestos matices, ya por visitar el lugar donde reposan los Príncipes de la casa de Braganza, incluso el ex-emperador *D. Pedro I* padre de la Reina actual. El golpe de vista que ofrece la entrada principal es sorprendente, y dejará sin duda satisfecho á cualquiera de nuestros curiosos españoles, que admiran y comprenden la sencillez y la nobleza de todas las obras de *Herrera*, y de sus aventajados discípulos.

Crucemos ahora desde este sitio la mitad por lo menos de Lisboa, y trasladándonos á la *Rua do Chiado*, de la cual tuvimos ocasion de hablar en el artículo segundo; prosiguiendo nuestro camino por el *Largo das duas Igrejas*, bueno será que nos detengamos en ellas, y que entremos en la de los *Mártires*, edificada en el lugar mismo donde *Alfonso I* derrotó á los moros en 1147 con el auxilio de los cruzados y de su gefe el Conde *Arnoldo de Arschott*, alcanzando se le entregase la ciudad. A

consecuencia de este glorioso suceso, la parroquia de los *Mártires* tiene siempre el derecho de preeminencia sobre las demas en las solemnidades religiosas que se celebran. El interior de la nave es amplio y bien trazado, con retablos y altares de razonable valia; y podemos responder como testigos presenciales de la magnificencia y fausto con que en esta iglesia se ejecutan las augustas ceremonias de nuestra santa religion, á pesar de la suerte precaria del culto y del clero en Portugal, que corre parejas con los nuestros.

La iglesia del frente es la de los *Italianos*, que no contiene objetos de tal precio y estima que nos obliguen á citarlos; en vista de lo cual, subiremos un poco mas, y á breve trecho se nos mostrará otro templo que fué de los jesuitas llamado *San Roque*, y se menciona en todos los relatos de las personas entendidas que han visitado el Portugal; porque allí se vé á mano izquierda del que entra la célebre *Real Capella* dedicada á *San Juan Bautista*; mas ó menos elogiada, segun las diferentes afecciones de los viajeros, pero de todos modos admirable á los ojos de un observador imparcial, ora se atiende á la riqueza de la materia, ora al mérito intrínseco de la forma, y al esmerado trabajo de su prolija ejecucion. Fué hecha en Roma por distinguidos artistas en tiempo de *D. Juan V.*, y costó algunos millones de *crúzados*; su arquitectura es de orden compuesto, y abraza un retablo con columnas y altar en el testero, y dos cuadros laterales con ornatos; todo ello, es decir, la capilla entera, es de mármoles bellísimos, incrustados de pórfido, de granito oriental, de ágata y de lapislázuli, y guarnecido de oro, de cuya materia son las molduras, capiteles etc. Los tres grandes cuadros que hemos citado, son otros tantos mosaicos portentosos del tamaño natural, que representan *el Bautismo de Jesucristo*, *la Anunciacion y la Venida del Espíritu Santo*, ejecutados á maravilla: de suerte que no es fácil dejar de creer son pintados estos tres asuntos, sin acercarse mucho á ellos, y mirar atentamente la ingeniosa union de las imperceptibles partículas de mármol perfectamente combinadas en la diversidad de ropas, carnes, tierras, celajes, aguas y demas pormenores que la composicion abraza. *El Bautismo* muestra bastante correccion y belleza en el dibujo, contraposicion bien calculada en las luces, imitacion cumplida en las nubes, en los árboles y en el rio, degradacion sucesiva en los términos y suma verdad sobre todo en los pies de Cristo, que reflejados por el agua embebecen y deleitan al amador de las artes. *La Anunciacion* tiene estremada suavidad en las tintas y mucha viveza en el colorido; y por último, *la Venida del Espíritu Santo* presenta unos grupos de apóstoles con espresiones y rasgos admirables. Los frontales, candelabros enormes, lámparas y demas objetos destinados al servicio de esta capilla son de plata y oro; y si es verdad que no faltan personas que se mofan mucho de la importancia inmensa que dan los portugueses á su *Real Capilla de San Joao*, nosotros estamos muy lejos de seguir tan apasionado ejemplo, aunque por otro lado otorgásemos una sonrisa compasiva y quizá maliciosa al sacristan entusiasta que nos la hizo admirar, fluyendo de sus lábios cícero-

niana facundia, en tanto que con aire de triunfo señalaba una á una las escelencias de aquel tesoro, para él mas preciado que cuanto abarcan los mares y la tierra encubre.

Era de ver por cierto la actitud heroica de aquel buen hombre y el gozo que sentia de explicar á españoles la historia del monumento confiado á su guarda; monumento, cuyo valor ninguno de los extranjeros ha podido apreciar debidamente hasta ahora, ni menos aquellos ribetes y filitiles con que sazónaba su discurso nuestro pintoresco guia, remontándose al origen de la capilla, sosteniendo que fué armada en Roma pieza por pieza, á fin de que el Papa la consagrara y digera misa, recibiendo por via de estipendio un número fabuloso de cuentos de *reis*; y haciéndola desmontar en seguida bonitamente como si nada hubiera pasado, dando con ella en la nao que la condujo por dicha hasta la ciudad de Lisboa, cuyo poderoso Rey *O senhor D. Joao V* la puso donde hoy está para honra y gloria de Dios, y para eterno renombre de la nacion lusitana. Esto nos dijo el sacristan de *San Roque*, cuyo nombre sentimos no poseer, á fin de que pasara al dominio del público, y fuera colocado en el lugar que merece al lado del ilustre conserge de las cocheras reales, de quien tendremos el honor de hacer mérito, como de un tipo del *cicerone* portugués, cuando llegue el momento oportuno.

Después de haberse detenido largo espacio en el *Real Monasterio de Belen* no causará al viajante sorpresa la fachada de la *Conceição Velha*, que participa del mismo gusto arquitectónico y pertenece á una época, si bien posterior, casi coetánea al soberbio edificio que se levanta á orillas del Tajo. En el área que ocupa el primero, estaba una sinagoga ó templo judío, que el Rey *Don Manuel* concedió á la Orden de Cristo, para remunerarla de la pérdida de aquella casa; y parece hubieron de ganar los caballeros en el trueque mencionado, si nos atenemos á que dice el Monarca edificador, que los rendimientos de *Villa-nova* (como se llamaba entonces la *Concepcion*) subian á *cincuenta mil reis*; cantidad superior á la que *Belen* produjera por los tiempos que vamos citando.

Sea como quiera; el frontispicio está labrado con prolijos detalles; y á pesar de que el tiempo la ha oscurecido quizá mas de lo justo, encontrándose hoy mutiladas algunas de sus caprichosas labores, conserva todavía un conjunto muy lindo, armonioso y severo. Penetrando en la iglesia no hay cosa que escite en particular el interés del curioso, si se escluye una especie de capilla colocada á la izquierda del altar mayor, en la que se muestra una antiqualla notable. El digno señor vicario de aquel templo (para quien llevábamos recomendacion especial de un nuestro amigo jesuita español, en extremo observador y entendido) tuvo la bondad de explicarnos detenidamente la significacion de aquel monumento, que no será fácil transcribamos aquí, ya porque la precipitacion del viaje á *Cintra*, que por entonces hicimos, nos estorbó anotar desde luego este hecho entre otros apuntes de la residencia en Lisboa, ya porque nuestra conciencia de sinceros y exactos

narradores nos grita desde el fondo de su aposento que no adulteremos las citas históricas, ni presumamos á fuer de eruditos servir á los lectores gato por liebre, conforme es usanza de aquellos romeros transpirenáticos, cuyos relatos nos borraja con tanto gracejo *el Curioso Parlante*.

Empero, no siendo oportuno que privemos por eso al que visite á la ciudad lusitana de cierta idea general relativa al objeto que nos ocupa al presente; diremos que es un enorme pedrusco de una sola pieza, en la cual se hallan toscamente esculpidas diversas figuras de tamaño natural, que representan, si mal no recordamos (y aquí entran nuestros escrúpulos) la fundación de la Orden de Cristo, á la que pertenece la iglesia y el susodicho vicario, con asentimiento del Papa Juan XXII, ó quizá mas bien su reforma planteada en 1449 por el infante D. Enrique, hijo del Rey Don Juan, con autorizacion del Pontífice Eugenio IV que comisionó al efecto al obispo Juan de Lamego, y á esto nos inclinamos mejor, porque en la piedra estan relevados los bultos del Papa, del obispo y de otros graves personajes á derecha é izquierda, con sendas vestiduras y rudas trazas, que no hay mas que ver, si apartando la mente de su origen remoto, las miramos por el lado de la escultura con sus puntas y collar de bamboche.

En la sacristía de la iglesia de Gracia, se halla el sepulcro del ilustre D. Alfonso Alburquerque, virey de la India.

Ya hemos dicho que perderemos un tiempo precioso en hacer mas difusa mencion de los templos restantes de la ciudad de Lisboa; y si algun español tuviese espacio sobrado para visitar mayor número que el antes descrito, podrá entrar en los conventos *dos Grilos de Jesus*, *das Necesidades*, *de San Juan Evangelista*, *dos Paulistas*, *de San Benito* y *San Francisco*, advirtiendo de paso que en el penúltimo se encuentra el archivo Real, titulado *Torre del Tombo*.

Y finalizada con esto la reseña que prometimos de los monumentos religiosos, soltamos aquí la pluma de buena gana para emprender en el próximo artículo la agradable tarea de apuntar al curioso cuáles son los edificios civiles que es preciso examine, si quiere llevar á su patria un somero recuerdo de las construcciones de mayor estima en la corte del reino inmediato.

JUAN ANTONIO DE LA CORTE.

PENSAMIENTOS UTILES.

Aplicacion del ejército á las obras de utilidad pública.

La época actual es una época vaga, de indecision y transicion, que en nada absolutamente se parece al tiempo pasado en que la actividad tenia por principal ali-

mento la guerra; tampoco nos revela el porvenir, porque en vez de una paz fundada en bases indestructibles, solo tenemos deseos, esperanzas de paz inseparables de ciertos temores de colisiones internacionales que pueden ocasionar la diversidad de principios que gobiernan las naciones.

En tan crítica situacion, la prudencia aconseja que se sostengan ejércitos permanentes capaces de hacer frente á todo acontecimiento incierto que pueda sobrevenir. Empero por otra parte la economía reprueba como un sistema absurdo privar á las artes, á la agricultura y á la industria de millares de hombres, los mas aptos y robustos de todos los paises, y gastar actualmente muchos millones para tenerlos con las armas al hombro.

¿Hay algun medio de satisfacer al mismo tiempo las exigencias de la prudencia y de la economía? Desde luego se puede contestar afirmativamente á esta pregunta. Pero la solucion del problema no consiste en decir simplemente: apliquemos el ejército á los trabajos públicos, y hagámosle ganar lo que gasta. El ejército se compone de elementos heterogéneos; los individuos que le constituyen han heredado por lo general las preocupaciones de una época en que todo el mundo creía que el honor únicamente consistia en matar á sus semejantes en el campo de batalla, ó en un combate singular. Dificilmente podria lograrse que el soldado cogiese con gusto la pala y el azadon, y el compás y nivel el oficial solo con que se les dijese. «En virtud de tal ley, el Gobierno confia al ejército la construccion de los caminos de hierro, canales y demas obras públicas.»

Y con efecto, querer emplear bruscamente en semejantes trabajos á jóvenes de la clase media, que sus padres han enviado al ejército para instruirse en la ciencia del mundo, pasantes de escribano ó de abogado y dependientes de comerciantes que los alistamientos y revoluciones arrancaran violentamente del bufete y del mostrador, seria darles motivo para que se quejasen, y con razon, de que el Gobierno trataba de condenar al ejército á trabajos forzados; semejante medida bastaria para provocar una insurreccion general. Y la oposicion seria no menos violenta por parte de los oficiales, que se verian trasportados repentinamente á una esfera de actividad nueva, para la que no estaban preparados, y que en su mayor parte mirarian con desden, ó por lo menos con indiferencia.

Para conseguir el objeto propuesto, es necesario proceder con prudencia y tino, pero con franqueza y lealtad. Es preciso conocer el corazon humano, los elementos de que se componen los cuerpos sobre que se quiere obrar, y los resultados posibles de una organizacion bien entendida. Es preciso sobre todo que el nuevo pensamiento no se limitase á descargar la nacion del enorme peso de un ejército ocioso, sino que al mismo tiempo es indispensable lisonjear el amor propio del soldado, mejorar su posicion actual, y asegurar su bienestar para lo futuro.

Hé aquí los términos en que deberian estar concebidas las reflexiones, que previamente se hicieran circular entre la tropa de mar y tierra, como por vía de ensayo ó

preludio antes de dar principio á la organizacion industrial del ejército.

«Los progresos de la razon humana, ilustrando á los pueblos de dia en dia acerca de sus derechos y deberes respectivos, hacen cada vez menos probables las luchas que reclamaron en otro tiempo del ejército aquel valor, aquel entusiasmo y fidelidad, que siempre ha prodigado cuando la patria peligraba.»

«Las pacíficas y tranquilas discusiones de los congresos, decidirán en lo sucesivo las diferencias y cuestiones de los pueblos entre sí, en vez de esas sangrientas batallas de las que el vencido apelaba siempre á la fuerza, y que no servian mas que para perpetuar las disensiones internas, los odios y venganzas internacionales.»

«El ejército actual está llamado abrir una nueva era en la carrera de la humanidad. A él estaba reservado descubrir á las naciones los preciosos tesoros que la tierra encierra en su seno, y demostrar al mundo que el ejército no es menos poderoso y útil para la industria que para la guerra. Así como el individualismo armado fué siempre impotente ya para la defensa del país, ya para la conquista (único objeto de los cuerpos organizados), así tambien los obstáculos insuperables contra los cuales se estrellan los esfuerzos individuales é incoherentes de la industria aislada, caerán por sí mismos en presencia de ejércitos industriales, dedicados á la conquista de la felicidad pública.»

«El porvenir no escluye al soldado de ninguno de los ramos de la actividad humana; su primer paso en la carrera que ante él se abre, debe ser dirigido por la prudencia. Necesita al principio limitarse la accion del ejército á empresas de reconocida utilidad, y cuya ejecucion halle en la mayor parte de él cooperadores capaces.»

«En primera linea se presentan las vías de comunicacion: las carreteras, ferro-carriles y canales; no precisamente los canales, producto de una imaginacion pobre que solo piensa en medios de transporte; sino esos otros de rápida corriente destinados á conducir á las tres cuartas partes de nuestro territorio las fecundas aguas de los rios y arroyuelos, que merced á la incuria de los hombres, solo dan muestras de su existencia por los estragos de la inundacion. Esos mismos canales que en muchos parajes podrán hacerse navegables, libertarán á la mayor parte de nuestro suelo del terrible azote de la sequia, y depositarán en él los preciosos jugos, que el curso natural de las aguas vá á sepultar ahora en el profundo abismo de los mares. Esos canales dotarán tambien de una fuerza motriz á infinitas máquinas y artefactos, que sustituirán con mejor éxito á las fuerzas de los hombres y de los animales. Y finalmente nuestro país, ademas de aumentar considerablemente sus productos adquirirá un aspecto encantador, y bendecirá eternamente la dichosa influencia de los esfuerzos del ejército.»

«El ejemplo que este está llamado á dar al mundo, no se reduce á simples trabajos que aumenten en pocos años el producto de nuestro suelo; si necesario es que

las naciones aprendan hasta donde alcanza el poder de la asociacion industrial, no lo es menos que seamos tambien los primeros en ofrecer á la generacion presente el hermoso espectáculo de un ejército numeroso, siempre dispuesto á defender la patria á la que nada absolutamente cuesta, y que por su laboriosidad é ingenio ha logrado sostenerse con esplendidez, al mismo tiempo que cada uno de sus individuos puede formar un depósito que le asegure los socorros indispensable en las enfermedades y en la vejez.

«¿No será ciertamente un espectáculo sumamente li-songero y digno de admiracion esa abundancia para el presente y esa seguridad para el porvenir, cuando vemos que el trabajo mas ímprobo y constante en la vida aislada, no puede preservar de la miseria al trabajador mas robusto, y le deja abandonado sin recursos en sus enfermedades, y reducido á la mendicidad en la vejez?»

«El ejército debe ser encargado de una parte de los trabajos que han de desarrollar con el tiempo los gérmenes de prosperidad diseminados por el suelo de la patria.»

«Hasta aquí la organizacion y disciplina le imponian la mas completa abnegacion, y ha experimentado en el cumplimiento de sus deberes todo género de privaciones y de fatigas; la mutilacion y la muerte. La nueva era que se presenta á su actividad, está sembrada de gloria, de dulzuras y de encantos. Los enemigos que tendrá que combatir, serán únicamente los obstáculos que se opongan á los progresos de la humanidad. El los vencerá poco á poco, y cada victoria será un nuevo triunfo que gozará sin remordimientos, porque no habrá costado ni lágrimas ni sangre. Cada soldado hallará en el trabajo, segun su capacidad, el medio fácil y seguro de satisfacer abundantemente todas sus necesidades, y un estímulo noble y agradable de esa actividad tan natural al hombre; y donde quiera que se presente le saludarán todos con aclamaciones unánimes de regocijo.»

«¡Decision pues! Y que los grandes trabajos que reclama el país, resulten como por encanto de los esfuerzos del ejército.»

«Que todos los ejércitos del globo, arrastrados por el ejemplo del primero en el camino de las conquistas pacíficas, oigan de sus lábios la proposicion de asociarse á esas gigantescas empresas de tan grande utilidad é interés para el mundo entero, y que una falange de cada ejército europeo acuda á su llamamiento y salga á su encuentro en el teatro de alguna grande obra humanitaria.—Por ejemplo, la construccion de un camino de hierro que aproxime y una entre sí los diversos pueblos de un mismo continente, ó bien la apertura de un grande istmo, que ponga en comunicacion á lejanos puntos. ¡Ojalá que un monumento digno de tan grandioso objeto, perpetué en los siglos venideros el recuerdo de la feliz terminacion de la primera obra colectiva de los pueblos; que en su cúspide se clave la bandera *omnicolor* de la humanidad, en medio de los estandartes de todas las naciones, levantados en su rededor; y por último que desde tan fausto día consagrado por el abrazo fraternal de los representantes de todas las razas y de todos los pue-

blos, comience á regir la era universal de la asociacion!

La aplicacion del ejército á las obras públicas, produciria un ahorro de las tres cuartas partes de los tributos que cuesta á la nacion su sostenimiento, y tendria por otro lado la ventaja de mejorar considerablemente la condicion de las tropas y aun su disciplina y moralidad. Quizás este ensayo no mereceria desde luego la aprobacion general del ejército, pero es indudable que obtendria el asenso de muchos gefes y gran número de oficiales subalternos y de soldados, tan pronto como tocaran sus ventajas, tendiendo la vista hácia el porvenir que los esperaba en su vejez, que podrían pasar cómodamente y sin cuidados, y considerarán la suerte que hasta ahora ha estado reservada á los infelices retirados que á centenares andan implorando la caridad pública. Se puede asegurar que el jornal de cada soldado raso llegaria á ser por dia desde 6 reales hasta 8, y que los oficiales y demas gefes tendrian tambien un sueldo proporcional: este cálculo no parecerá exagerado, si se considera que las empresas generales pagan por término medio á razon de 6 reales diarios, á obreros que la mayor parte no tienen fuerza ni vigor, que el maestro percibe 12; y que á pesar de todo dejan todavia al empresario un beneficio proporcionado á su celo y adelantos.

Por consiguiente, debe esperarse al menos un resultado igual de la accion de un gran número de hombres robustos unidos y reglamentados por una buena organizacion, que los ponga en estado de ejecutar con perfeccion y rapidez los trabajos que emprendan sin auxilio ninguno extraño, y cuyo celo estará continuamente aguijoneado por el estímulo del interés y de un grado superior, como tambien por el honor de cooperar á una obra útil á la humanidad.

Por otra parte podrá asimismo conservarse el entusiasmo del soldado por medio de una série de episodios que contribuirán á distraerle de los trabajos ordinarios; no solamente debieran marchar al trabajo á son de corneta y tambor batiente, sino que cuando se tratara de instalar un batallon ó una compañía en una empresa cualquiera, mandara el coronel en persona acompañado de la música del regimiento. La conclusion de una obra, ó el ingreso en otra nueva, las promociones á grados, la distribucion de premios y condecoraciones, darian lugar á otras tantas solemnidades que hicieran nacer en el alma un grande y noble entusiasmo sostenido por el interés de una recompensa justa.

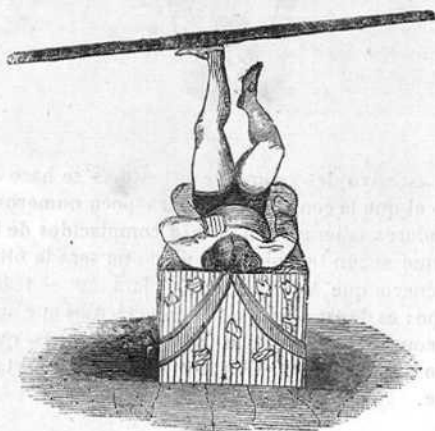
De creer es que la esperanza de adelanto, y el bien-estar que el soldado encontraria en esta nueva organizacion, atraeria al ejército una multitud de voluntarios, viniendo así á proscribirse para siempre las quintas y los alistamientos. Cuando el ejército industrial esté completamente organizado; cuando tenga plazas en que ocupar á todas las capacidades, el abismo de las revoluciones se cerrará para siempre: los fautores del desorden no encontrarán ya abrigo entre los trabajadores, y todos los ciudadanos podrán optar á incorporarse en una asociacion en la que hallarán trabajo segun su capacidad y

una recompensa proporcionada á sus méritos; es decir aquella felicidad á que es posible aspirar legítimamente en este mundo.

VARIEDADES.

La tranca española.

Hé aquí el nombre con que Mr. Martinetti, director de la compañía gimnástica que trabaja actualmente en el teatro del Príncipe, ha tenido el capricho de bautizar una de las suertes mas notables que ejecuta aquella. El personal se compone de seis individuos entre hombres y mugeres y un niño, que sirve para coronar la mayor parte de los vistosos y difíciles grupos que forman. Aunque el público está cansado de esta clase de diversiones, la mayor parte de los ejercicios fueron acogidos con aplauso,



por la agilidad y limpieza de los ejecutantes: especialmente el llamado *Molino de D. Quijote*, las suertes de los hombres elásticos y de la *Tranca española*, de cuyos dos últimos equilibrios ofrecemos á nuestros lectores grabados que los representan.

La aplaudida *Tranca española* consiste en la suerte que hace un robusto y joven acróbata; tendido de espaldas, con los pies en lo alto, sostiene en sus plantas la mencionada tranca, moviéndola en todas direcciones y haciendo con ella evoluciones que difícilmente ejecutarían con igual limpieza, agilidad, novedad y gracia, no los pies, sino las manos del mas hábil equilibrista. El público continuando en su costumbre de hacer salir á las tablas á todo el mundo, sin establecer distinciones, desvirtuando esta demostracion, y haciéndola perder el valor que antes tenia, se entusiasmó con la tranca y llamó á la escena al artista.

En el juego de zancos se recuerda á Ratel, quien difícilmente podría dar con igual soltura los arriesgados é incomprensibles giros, que ejecutó uno de los individuos de la compañía gimnástica.



Lo excesivo del calor que estos días se hace sentir, motivó el que la concurrencia fuera poco numerosa. Los espectadores salieron sumamente complacidos de la función, que según tenemos entendido no será la última de este género que Mr. Martinetti dará en el teatro del Príncipe: es de esperar que los espectáculos que anuncie, serán concurridos, por las muchas personas que han entrado en curiosidad, de ver esta novedad ciertamente notable.

CRONICA.

Teatro del Circo. La compañía de baile de este teatro, se halla ya completamente organizada, y los aficionados á esta clase de espectáculos pueden prometerse muy buenos ratos: pues no solamente disfrutarán del placer de admirar de nuevo á la graciosa y ligera sílida que tantas veces escitó el entusiasmo del público, sino que también gozarán de las mas brillantes funciones que puede ofrecer el arte coreográfico. El gran número de individuos que componen el cuerpo de baile, y los célebres bailarines que en primer término figuran en la compañía, acreditan que no son infundadas nuestras esperanzas: hé aqui la lista de los que la forman, y que á la mayor brevedad empezarán sus trabajos.

Autor de la compañía, D. Juan Ugalde.

Maestro director de la misma, señor Petipá mayor.

Maestro compositor y director de orquesta, señor Skozsdó-pole, maestro de la compañía de ópera.

Maestro de la academia de alumnos, señor H. Monet.

Director de bailes nacionales, señor V. Vera.

Primer violín de bailes, señor Rodríguez.

Pintor y director de la maquinaria, señor Lucini.

Primera bailarina en jefe, señora Guy Stephan.

Primeras bailarinas, señoras Ferdinand, Hilariot y James.

Segundas bailarinas, señoras Charvet y Edo.

Primeros bailarines, señores Brillant, Massot y Petipá menor.

CUERPO DE BAILE.

Señoras Clereci, Monjardin, Barquera, Aguadell, Bresquequi, Martinez, Crespo, Martinez, Alonso, Vidia, Moreno, Urbano, Embun, Flores, Borja, Mateu, Andreu, Cabriac, Narvaez, Seguiñaons, Contreras, Gamiz, Lopez, Lopez, Palacios, Benitez, Alcaraz, Perona, Recalde, Martinez, Espinosa.

Señores Vera, Ruiz, Caraballí, Capuzzo, Piatti, Monet, Monet, Rico, Serrano, Betegon, La-liga, Leonarte, Muñoz, Marqués, Ramos, Acedo, Oller y Piedras.

ACADEMIA DE ALUMNOS.

Señoras Villeti, Montero, Espandafora, Palmira, Mendez, Ramos, Santa Coloma, Benitez, Alcaraz, Galan, Campos, Casaz, Bustamante, Fonseca, Rodriguez, Lopez, Fermina, Odona, Vallejo, Molina, Garcia, Calmutia, Lopez.

Señores Monet, Perona, Crespo, Elias, Benedicto, Mendez, Vidia, Simancas, Molina, Tornero.

Entre los varios dibujos y artículos importantes que tenemos dispuestos para ir publicando en nuestro periódico sucesivamente, se cuenta una noticia biográfica y un magnífico retrato de Pío IX, que insertaremos á la mayor brevedad.

ANUNCIO.

ASAMBLEA GENERAL

DE

LOS CABALLEROS Y DAMAS DE TRIANA.

DEDICADA

á Mad. Guy Stephan.

POR

EL SOLITARIO Y CASTELLÓ.



Este lindísimo folleto lujosamente impreso y adornado de grabados se vende á 4 reales en Madrid y 6 en provincias, en los puntos de suscripción á las obras del Establecimiento.

Madrid 1848.—Imprenta y Establecimiento de Grabado de los SS. Señores y Castelló, calle de Hortaleza, n. 89.

BIOGRAFIA CONTEMPORANEA.



PIO IX.



El advenimiento del cardenal Mastai Ferretti al s6lo pontificio, es el grande suceso del dia; suceso que ha causado extraordinario regocijo en todos los 6nimos, haciendo concebir esperanzas de un porvenir venturoso para la Iglesia y para la suerte temporal de los estados romanos.

h6se dicho que estuvo al servicio militar del Austria, siendo primer teniente en el segundo regimiento de guardias de honor de S. M. I.; pero esta noticia no se halla suficientemente autorizada para que podamos transmitirla como positiva.

A los veinte a6os comenz6 su carrera eclesi6stica, 6 consecuencia, segun se ha dicho, de una pasion desgraciada que le decidi6 6 renunciar al mundo y dedicarse al ejercicio de obras piadosas y humanitarias, mereciendo por su ilustracion y virtudes que se le nombrase arzobispo de Spoletto y posteriormente obispo de Imola: Gregorio XVI le hizo cardenal, y en las dos di6cesis que han

estado espiritualmente confiadas á su cuidado, despertó las mas vivas simpatías, dejando recuerdos muy gratos de su gobierno pastoral.

El 17 de junio de 1846 ha sido elevado á la mas alta dignidad de la tierra, y esta eleccion del Sacro colegio es acaso la que con mayor entusiasmo han recibido nunca los pueblos.

El retrato con que encabezamos este artículo, que es copia del mas exacto que hasta ahora se ha hecho del nuevo Pontífice, marca perfectamente la espresion de dulzura, de bondad y de nobleza, impresa en la fisonomía simpática y agradable de S. S.: todos los que han tenido ocasion de observar su carácter y cualidades, convienen unánimes en que su ilustracion es grande, extraordinaria su virtud y escelentes sus deseos. Algunos han querido pintarle como tímido é irresoluto; pero estas faltas, como muchas otras que sus enemigos le han achacado, han quedado solemnemente desmentidas por su reciente conducta.

De lamentar es que la salud de Pio IX sea bastante delicada; en su juventud era epiléptico y ha conservado una estremada sensibilidad nerviosa, que es causa de que los sucesos mas insignificantes le impresionen vivamente. El nuevo Papa comienza á hacer efectivas las grandes esperanzas que infundió gratamente á su advenimiento, desvaneciendo los temores que algunos abrigaron de que se sometiera á las exigencias del Austria, la cual ha hecho grandes esfuerzos para estorbar la nueva marcha que el Pontífice ha empezado á seguir en los negocios políticos. Varias han sido las resoluciones tomadas por el digno Pastor, que la Providencia ha escogido para sucesor de San Pedro. Ha abolido las comisiones extraordinarias, haciendo que terminen todos los procedimientos contra los procesados políticos. Ha encargado la direccion de los negocios á los cardenales Gizzi y Amat, que disfrutaban de ventajoso concepto. Ha concedido una amnistía, en virtud de la cual mas de 800 presos políticos y mil desterrados dispersos por Francia, Inglaterra, el Brasil y Montevideo, han vuelto al lado de sus familias: cierto es que en el perdon se han hecho escepciones bastante numerosas, que escluyen de esta gracia á los sacerdotes, militares y empleados que tomaron parte en las tentativas de revolucion ocurridas en las Romanías desde 1831 hasta 1833; pero el Sumo Pontífice se ha reservado la facultad de otorgar gracias especiales á los comprendidos en aquella escepcion, y espérase con fundamento que todos podrán volver al hogar doméstico. El decreto de amnistía ha sido redactado por el mismo Pio IX, habiendo merecido por la correccion de estilo que en él se advierte y la moderacion en las formas, el título de *editto clásico*. La oposicion del partido Jesuita y Austriaco á esta medida ha sido grande y resuelta, habiendo hecho esfuerzos desesperados el cardenal Lambruschini para estorbar que se llevara á cabo, procurando intimidar el ánimo apacible y blando de Pio IX con imágenes de anarquía y desórden. Describir menudamente las demostraciones de júbilo con que el pueblo ha recibido este decreto; trasladar las relaciones que diariamente llegan del frenético entusiasmo de que es objeto

Pio IX, seria alargar demasiado estos apuntes biográficos. Roma, segun todos los testigos presenciales, ha sido teatro de escenas nunca vistas. La gratitud del pueblo manifestada con sincera é ingénua espresion, no ha podido menos de conmover profundamente á Pio IX, cuyo noble y sereno rostro se ha visto surcado de lágrimas mas de una vez: las ovaciones espontáneas y extraordinarias de que ha sido objeto, dificilmente podrán borrarse de la memoria del Sumo Pontífice, quien ha debido conocer que no son ingratos sus súbditos á los beneficios que ha empezado á dispensarles.

No ha sido menos general el regocijo público en las provincias que en la capital; Bolonia, Ferrara, Forli, Rávena y otras poblaciones, han celebrado la noticia de amnistía haciendo votos por la salud y ventura de Pio IX.

A pesar de hallarse rodeado de atenciones de suma gravedad, no se ha olvidado el nuevo Pontífice de la necesidad de que el suelo romano se vea limpio de los soldados suizos; de esperar es que así suceda, antes que estalle la animosidad y encono que el pueblo tiene hácia esta tropa mercenaria.

El Austria continúa empleando cuantos medios estan á su alcance para que Pio IX ceda á sus influencias; pero este ha sabido resistirse con dignidad y decoro. Dicese que profesa grande amistad al cardenal Opizzoni, lo cual se tiene por de buen agüero, pues este es conocido como partidario resuelto de medidas templadas y justas, y adversario declarado de la Compañía de Jesus.

Bien necesita Pio IX verse rodeado de personas que le apoyen y sostengan, pues son muchos los partidarios de los abusos que tienen interés en hacerle frente.

Una larga carta que recientemente hemos recibido de un amigo, eclesiástico ilustrado residente en la capital del mundo cristiano, dá muchas noticias y pormenores relativos al nuevo Pontífice: copiáramos diferentes párrafos, si el contenido de gran parte de ellos no hubiera sido publicado de distintas maneras por los periódicos: no dejaremos sin embargo de hacerlo de los siguientes, que refieren detalles hasta ahora ignorados, si bien advirtiendo que el desaliño que notarán nuestros lectores en la narracion, no debe causar estrañeza atendiendo á que es una carta confidencial, redactada con el descuido propio de una conversacion por escrito entre dos amigos, y á que el residente en Roma se hallaba bien distante de sospechar, que nuestro anhelo de dar interés al *Semanario* nos dominaría hasta el punto de insertar en él sus palabras: dicen así los mencionados párrafos:

.....«El 14 por la noche se reunieron en cónclave los cardenales; el 15 se hizo la primera votacion, y el 16 reunió Mastai 36 votos de 54 que era el total. El nuevo Papa ha sido Presidente de los dos mejores hospicios de Roma. Ha estado en Chile y sabe bien el español (1): siendo arzobispo de Spoletto quemó un legajo de escritos y acusaciones que le presentó un espía del gobierno; y como le advirtiera este que el haberle mandado á Roma era muy interesante, replicó el arzobispo, ahora

(1) Esto mismo han dicho los periódicos, añadiendo que S. S. lee con gusto y con interés los de nuestro pais.

Pío IX, que si había quemado los papeles él respondía también de las resultas de este hecho; que bastantes familias estaban sumidas en las cárceles ó desterradas de sus hogares, y que su deber era disminuir este número lejos de aumentarle. De los encausados ahora ha perdonado á todos los que les faltaban seis meses, y á otros particulares de mas gravedad; sus deseos son perdonarlos á todos.»

«Pocos años hace quiso el Papa difunto trasladarle de Imola, donde estaba de obispo cuando el cónclave, y los feligreses no le dejaron salir, porque le adoraban como á un padre.»

«Es de un carácter muy amable, humilde y accesible á todos, por pobres y miserables que sean: caritativo y justo cuanto clemente y económico. De 60 caballos de palacio ha regalado los 30, y de 1200 libras de nieve que se tomaban para helados de la familia, ha rebajado las 1000: por este orden, de todos los gastos ha disminuido la mitad, y según algunos las dos terceras partes. De treinta guardias nobles que acompañaban á Gregorio Beneditino, este Papa se ha contentado tan solo con ocho.»

«Siempre se ha ocupado en ejercicios de beneficencia y misericordia; sabe compadecerse del infeliz y desvalido. Al cardenal Serafini, que por servir á sus amigos había trastornado el orden de los empleados, poniendo los primeros en los últimos puestos y elevando á los últimos á los primeros, faltando á la justicia, le ha reconvenido severamente, haciendo que cada cual volviese á su respectivo puesto.»

.....«El día 17 de junio se publicó la eleccion y fué S. S. á dar gracias á San Pedro, recibir los cardenales al beso y abrazo delante de un inmenso gentío. Despues se sentó Pío IX sobre la mesa del Altar de la Confesion de San Pedro, y dió la bendicion al público.»

«El 21 se coronó y colocaron sobre su cabeza el Tiri-reño que Napoleon regaló á Pío VII, que es el de mas valor. Esta ceremonia se hizo en el balcón de la fachada de San Pedro, y desde allí dió su bendicion: despues se trasladó al Palacio de Monte-Caballo, donde se hizo la eleccion, y en el cual viven los Papas durante el verano, hasta el día de Todos los Santos.»

«Este Pontífice tiene mucho prestigio en las legaciones de Bologna, Ferrara, Rávena, etc., y en el pueblo romano: es querido de los cardenales jóvenes y respetado de los ancianos, aunque no esten de acuerdo con él en sus ideas de progreso, relativas á la construccion de canales, caminos de hierro y demas cosas útiles, que la sociedad del siglo XIX ha constituido en necesarias.....»

S. S. concede audiencias públicas y recibe á cuantos desean hablarle. En una de ellas ha premiado con la cruz de comendador de la orden de San Gregorio, al profesor Betti, conocido por su obra *La Italia ilustre*. Asegúrase que el nuevo Papa hizo un estudio de las obras del Abate Gioberti, siendo obispo de Imola, y que se propone aplicar ahora algunas ideas de aquel grande escritor, cuyas doctrinas parece son las mas adecuadas para devolver su brillo á las instituciones católicas, conciliándolas con la civilizacion en general y con el bien de la Italia.

Los sábios de los estados de la iglesia estuvieron hasta ahora privados de asistir á los congresos científicos, que desde el año de 1839 se celebran anualmente en una poblacion de Italia, designada de antemano. Semejante prohibicion vá á ser abolida, y en el próximo septiembre concurrirán todos los sábios romanos á Génova, donde debe celebrarse la reunion, y aun se dice que se les invitará á que escojan á Roma para el congreso de 1848. Sublime y grande será el espectáculo que presente esta reconciliacion solemne de la corte de Roma con la ciencia, y este acto hará se honre hasta la posteridad mas remota la memoria de S. S. Pío IX, á quien esperamos que la Providencia, que en sus altos designios ha querido colocar en el trono de Roma y en la silla de San Pedro, salvará de las tenebrosas maquinaciones de los malvados, conservando su preciosa existencia, é iluminándole y dándole fuerza para que realice las esperanzas que su eleccion ha hecho nacer en todo el mundo.

Los vecinos de Sinigaglia, deseosos de manifestar su alegria y satisfaccion por la eleccion recaida en su compatriota, han resuelto levantar una estatua en honor del ilustre Pontífice, y restaurar un antiguo acueducto que provee de agua á la ciudad, al cual darán el nombre de *Aquapia*, aludiendo al del augusto personaje en cuyo obsequio se emprenden tan laudables obras. Al efecto se ha formado una sociedad que ha recogido ya por suscripcion cerca de 80,000 escudos romanos (1.600,000 rs.). Esta es una de las muchísimas pruebas que continuamente se refieren de la popularidad que disfruta el nuevo vicario de Jesucristo, sucesor de Gregorio XVI.

LA ESPADA DEL DUQUE DE ALBA.

NOVELA HISTÓRICA.

Debe conservarse lo que se posee.

IV.

(Continuacion.)

Joos, nunca te quites el vestido para dárselo á tus hijos; porque te arrepentirias de ello.

Mientras que así hablaba Carlos V, su criado parecia querer decirle alguna cosa sin poder vencer la cortedad que le detenía.

—Lo adivino, dijo el Emperador, me vés á proponer algun préstamo de dinero.

—Si V. M. se digna permitírmelo.

—Sí, en verdad, te lo permito; no faltaba ya mas á las consecuencias de mi abdicacion; á menos que no me vea detenido por un alcalde por no haber podido pagar el gasto de posada y llevado preso por dos alguaciles. Vamos, tú debes poseer una suma bastante crecida, porque conozco á los Flamencos y son gente prudente que jamás se embarcan á la ligera y sin llevar provision de dinero.

—Tengo en mi cintura dos mil pesos.

—Mas es de lo que se necesita, Joos. La historia referirá algún día, que sin el auxilio de su ayuda de cámara, el Emperador Carlos V no hubiera podido llegar al convento donde iba a tomar el hábito de paño burdo.

Una escena patética volvió a su corazón un poco de consuelo y a su ánimo algo de energía. Sus dos hermanas las Reinas viudas de Francia y de Hungría le esperaban. Despidióse de ellas con mucha ternura, pero no consintió que le acompañasen en su soledad, aunque ellas se lo rogaban llorosas, para tener el consuelo, decían, de contribuir con sus cuidados a aliviar sus sufrimientos.

—Cuando uno ha tenido en su mano los destinos del mundo, las respondió, sabe sufrir solo y con resignación. Adios, acordaos de mí en vuestras oraciones; yo no pertenezco ya al mundo, hermanas mías.»

Y las abrazó enternecido; después dió a Joos la orden de partir.

Desde Burgos hasta Valladolid guardó Carlos V profundo silencio. Envuelto en su capa, inclinada la cabeza sobre el pecho, parecía sumido en hondas meditaciones. Solamente al perder de vista los muros de Burgos, se le oyó exclamar «os doy gracias, Dios mío, por la última entrevista que me habeis permitido tener con mis hermanas. Ella me ha servido de consuelo haciéndome ver que no son todos ingratos. Carlos V despojado del manto imperial, aun conserva corazones amigos y afecciones sinceras. ¡Ah! no es por cierto entre los que he colmado de beneficios donde se encuentra reconocimiento, sino en dos pobres mugeres con quienes muchas veces me he mostrado severo. ¡Dios las bendiga como yo las bendigo con todo mi corazón!»

Estos consuelos desaparecieron pronto ante el aislamiento en que le dejaron, el resto de su viaje, los grandes y nobles españoles, cuyos dominios atravesaba. Alguno que otro iba a tributarle los respetos que eran debidos. Por último, llegó a experimentar retraso en el pago de la módica pensión de los cien mil ducados que se habia reservado, y le fué preciso esperar muchas semanas antes de poder despedir el corto número de criados que le habian quedado (1).

—Mi hijo sabe bien reinar, dijo una tarde a Joos.

Le he puesto la corona de España, es verdad; me la he quitado de la cabeza para colocarla en la suya; pero, ¡por San Lorenzo! que aun soy Emperador, y el Emperador no tiene mas que estender la mano para hacerle caer a mis plantas, y sin corona. Los grandes son ingratos, pero el pueblo no olvida tan pronto. El papa Paulo V no ha ratificado aun la erección de Fernando. Dice que no puede haber dos ungidos del Señor, que el Emperador no es dueño de renunciar el poder que ha recibido del cielo, y que el jefe mismo de la Iglesia que es el que todo lo ata y desata sobre la tierra, no tiene facultad

(1) La historia de Carlos V por Robertson, refiere en el libro 12 este hecho, con relacion a Estrada, como ocurrido en Burgos. Aunque hemos procurado sujetar la parte histórica a la verdad de los hechos, dejamos este como sucedido en Valladolid, por convenir así mejor a nuestro argumento.

para autorizar semejante abdicacion. Si me mandase en nombre de Jesucristo y bajo pena de excomunion, volver a tomar mi corona y mi espada, seria preciso obedecer. Verias tú entonces a todo el universo conmoviéndose de nuevo con esta novedad! Pero, Dios me libre de semejante desgracia. ¡Oh! qué vida tan agradable y apacible vamos a tener en el convento de Yuste. Cuando yo era jóven y



Estátua de Carlos V existente en el Museo.

poderoso, aquellos hermosos parajes (1) me inspiraban la idea de concluir en paz mis días en aquel delicioso retiro. Figúrate un vistoso valle de poca estension, pero al que baña un arroyuelo, y da sombra un bosque de añosos árboles. Por la naturaleza del suelo y la temperatura del clima es el país mas salubre y encantador de las Españas. Hace seis meses que mandé a Yuste un arquitecto con encargo de edificar una casita sobre planos que yo mismo tracé hace mas de 20 años. En su construcción nada indicará que es para el Emperador; será simplemente el albergue con que se contentaria un comerciante que se retirase del comercio. Mi casita está al lado del claustro, y se compone de seis piezas nada mas. A cuatro he mandado dar la forma de verdaderas celdas monacales; las paredes sencillas y muebles de roble. Las ventanas caen a un frondoso y pintoresco paisaje. Las otras dos piezas, de veinte pies en cuadro, tienen por tapices buen paño oscuro de Verviers. Una sola pieza reúne un poco de elegancia.

Esta es la tuya, mi querido Joos. A espaldas de mi casita se estiende un hermoso jardín que mandé plantar de árboles y de flores que nos recordarán a nuestra buena Flandes; en fin, una puerta conduce desde mi sala a la capilla del convento, de manera que podremos hacer con comodidad nuestras devociones, y pasar tranquilamente la vida entre nuestras oraciones y el cultivo de nuestro jardín. ¿Qué dices acerca de este género de vida? ¿Se puede desear una mas dulce y halagüeña? Te aseguro que no echaremos menos nada de lo que acabamos de dejar por allá. Vamos, veo que tus ojos se humedecen; te acuerdas de tu muger y de tu madre, ¡pues bien! haremos que vengan a Yuste. Mucho gusto tendré al ver tu familia, y al tener a tu hijo en mis rodillas.

(2) La descripción de este monasterio se ha publicado en el tomo II página 175, de la 2.ª serie de nuestro Semanario.

¡Pardiez! quiero ser algun dia su preceptor, y enseñarle á leer. Mi historia será entonces semejante á la del tirano de Siracusa, Dionisio, que se hizo maestro de escuela.»

Tales eran los proyectos de Carlos V al salir de Valladolid continuando su ruta por Plasencia para llegar á Yuste, proyectos que la pureza del clima y la salud del Príncipe, presentaban risueños y agradables. Despues de dos dias, la gota que lastimaba sus miembros, habia desaparecido, y á lo delicioso del campo se unia su estado de convalecencia.

Nueva alegría experimentó al bajar del carruaje para visitar su habitación, al enseñar á Joos una por una las piezas que tenia, y al pasearse por el jardin sin olvidar ni un mueble ni una flor.

Mientras él se entregaba á estas niñerías, aparecieron dos monjes, saludaron silenciosamente á Carlos V, inclinaron sus rodillas, y recitaron una corta oracion; uno de ellos desenvolvió un hábito de paño burdo que llevaba debajo de su escapulario; y el otro preparó un par de tijeras.

A su vista, y aunque el Emperador lo habia dispuesto así, sintió un escalofrio por todo su cuerpo, y que un sudor frio le bañaba su cara; hizo seña á los monjes que se retirasen. Estos no entendieron la orden que les daba, y el padre que tenia las tijeras murmuró en voz lúgubre.

—«Traigo la corona del cielo en lugar de la de la tierra.»

—«Hé aquí el manto de salvacion en cambio de la vana púrpura imperial» añadió el otro religioso.

Carlos V inclinó maquinalmente sus rodillas, y sintió al punto que sus cabellos caian al ruido de las tijeras del monje. Estremada era su palidez; sus manos agitadas y convulsas se pintaban con violencia; apenas podian sus labios murmurar algunas oraciones. Creyó Joos por un momento que su señor se moria, y corrió á prestarle socorros. Pero á la vista de aquel testimonio de su debilidad, Carlos le hizo seña que se detuviera, y se consumó la ceremonia. El monarca se despojó en seguida de sus vestidos; lo hizo lentamente y casi vacilante. Durante algunos minutos, se quedó medio desnudo y pensativo. Se hubiera dicho que no se cuidaba de lo que pasaba á su alrededor, y que su pensamiento se remontaba á tiempos lejanos, y á épocas que no vuelven. En fin, por una especie de sobresalto instantáneo, tornó á la realidad, cogió el hábito burdo, se le puso, besó la tierra y exclamó: «¡Oh! madre comun de los hombres; desnudo salí de tu seno y desnudo volveré á él (1).»

Dió gracias, despues á los monjes les pidió su bendicion, y manifestó que desde aquella tarde empezaria á practicar la regla como el último de los novicios. Pero

(1) Aparece en la historia, que Carlos V pronunció estas palabras prosternándose en tierra y besándola tan pronto como desembarcó en Laredo. Nuestros lectores pueden ver todos estos detalles, conformes en su mayor parte con los de nuestra novela, en la citada historia del Emperador Carlos V por Robertson, lib. 12.

entonces nada pudo hacer, porque apenas se marcharon aquellos, cuando la gota le volvió á incomodar bastante, se le declaró una calentura violenta, y Joos que pasó la noche á la cabecera de su señor, creyó por un momento que todo se iba á consumir aquella noche. Por un cambio comun á las enfermedades que padecen los que son del temperamento de Carlos V, á la mañana siguiente, el que por la noche estaba agonizando, cayó en un profundo sueño. Cuando despertó, parecia volverle de repente la salud. Quiso ir á trabajar al jardin, y empezó por reirse de la poca disposicion que manifestaba Joos para manejar la azada y el rastro; empero no tardó en disgustarse de la jardinería; pronto arrojó para no volverlos á tomar los instrumentos de arar. Se retiró á una de sus celdas, y quiso que le dejase solo su ayuda de cámara. Se aprovechó Joos de este deseo para retirarse á su cuarto, donde se habia colocado un torno por orden del Emperador. Allí con la felicidad de un hombre privado por mucho tiempo de una costumbre placentera, dejó su vestido y se puso á trabajar alegremente dando pruebas de no haber perdido nada de la agilidad que tenia en su antiguo oficio.

En lo mas duro de su trabajo sintió una mano que le dió blandamente en el hombro; era Carlos V, se sonreia y complacia mucho al ver el ardor de Joos. Trabajaba el tornero un pedazo de madera con tanto empeño, que le dieron ganas á Carlos V de hacer otro tanto. El artista, antes de confiar el cincel á su señor, quiso previamente darle esplicaciones sobre la manera con que habia de proceder. El indócil é impaciente discípulo no escuchó una palabra, y á pesar de eso tomó el instrumento con tanta torpeza, que se hizo en el dedo una herida profunda. En seguida exasperado por el dolor, su primer impulso fué arrojar el cincel, con una exclamacion de cólera; mas no tardó en reirse de su ira.

—Vamos, dijo, ya conozco que para tornear así como para reinar, las mejores disposiciones no sirven de nada sin la costumbre y sin la habilidad. Pero ¿qué veo? interrumpió de pronto, la péndola de tu taller señala las cuatro, y la de mi celda un cuarto de hora mas. Es menester ponerlas iguales, porque sino, faltaria la puntualidad en nuestro método de vida.

Con evidentes pretensiones de conocimientos en mecánica, y queriendo parecer un aventajado discípulo del célebre Turriano, sin rivales en el arte de la relojería, alargó las cuerdas, disminuyó las pesas, desmontó y volvió á montar las ruedas, no sin decir á Joos con una sonrisa de satisfaccion, que veria el buen resultado de su maniobra cuando concluyera el trabajo.

Al dejarle, uno de los relojes iba adelantado al otro media hora. Carlos V le volvió á poner. Cuando llegó la hora de cenar, las manecillas del uno giraban con una rapidez asombrosa y con estrépito; el otro se habia parado.

El Emperador no manifestó impaciencia, pareció muy conforme.

—Insensato, dijo, he querido hacer marchar juntos dos hombres, y no puedo arreglar dos péndolas.

—Es verdad, añadió despues de un momento de re-

flexion que Turriano los haría andar iguales, y que yo sabía reinar como Turriano sabe hacer relojes. Joos, vé á pedir al superior del convento que dé las órdenes conve-



nientes para que se haga venir de Madrid á la mayor brevedad al mecánico Turriano. Le preguntarás también, como es que mi confesor Bartolomé Carranza no está á mi lado, á pesar de las órdenes que al efecto he dado.

Joos volvió algunos instantes despues con la consternacion pintada en su semblante.

—El superior vá á escribir mañana para que el señor Turriano venga á ponerse á las órdenes de V. M.

—Y el padre Carranza, ¿por qué no está aquí? ¿Por qué traes ese aire azorado? Responde.

—Señor, la santa inquisicion le ha sepultado en sus prisiones.

—¡Carranza mi confesor! ¡Se han atrevido á eso! exclamó Carlos V dejándose caer en su sillón. ***

(Continuará.)

VIAJES.

Estátua ecuestre del Rey Carlos IV en Méjico.

En la plaza Mayor de Méjico, entre la puerta principal y la que llaman de los Vireyes, está erigida la famosa estatua ecuestre del Rey Carlos IV. Para dar mas belleza á este monumento, se tuvo por conveniente elevar cuatro pies y medio el terreno destinado á contener la estatua, y rodearlo con un muro ataluzado de igual altura, terminado en un filete y una gran faja plana de poco vuelo: el revestimiento del muro es de sillería du-

ra, conocida con el nombre de Culhuacan, por traerse de este lugar. La figura de este muro es elíptica, cuya escentricidad apenas se percibe por la corta diferencia entre sus dos ejes, de los cuales el mayor tiene ciento treinta y seis varas, y el menor ciento catorce, por lo que su área parece circular á primera vista. El pavimento que la cubre es de baldosas labradas, distribuidas en compartimientos varios; formados con sillares de cantería, que sujetan el enlosado. Para facilitar el desagüe, se elevó el centro de esta área dos pies y medio mas que la circunferencia, circulando por esta una banqueta de tres varas de ancho, y seis pulgadas de alto, debajo de la cual hay sumideros para el agua.

Sobre la faja y á raíz del piso de la banqueta, gira una balaustrada que hace oficio de parapeto ó antepecho, interrumpido de cuatro en cuatro varas con sus correspondientes dados, coronados con vistosos jarrones de bella forma, alternados, uno chico y otro grande.

Por la parte exterior del muro y al piso de la plaza Mayor, gira otra banqueta defendida con guarda-pontones que franquea paso á las gentes de á pié sin recelo de que las atropellen los coches ó caballerías: estos postes ó pontones son iguales en todo á las banquetas de las aceras de la plaza, entre las cuales y la exterior de la plaza alta que contiene la estatua, quedan espaciosas calles de mas de treinta varas de ancho.

En las estremidades de los ejes de la elipse se hallan simétricamente situadas las puertas que dan entrada á la plaza de la estatua, formando con postes unas pilastras y contra pilastras de orden dórico. Las primeras tienen basa y capitel, y las segundas carecen de basa, porque la parte inferior de ellas, contando desde los dos tercios de su altura, se desvia del plano vertical con suave inclinacion hácia fuera, y termina con una cantela inversa, que se recoge en forma de voluta, para apeaar mejor las pilastras, en las que insisten varios jarrones etruscos que forman su remate. En estas puertas hace oficio de dintel un fuerte barron de hierro que atraviesa de un poste á otro, en el cual se apoyan las hojas, que son de verjas del mismo metal, pintadas de negro y de buena labor con curiosos enlaces y adornos dorados. Forman su remate otros adornos grotescos, cuyo centro ocupa un medallon ovalado, que contiene la cifra del señor Marqués de Branciforte, virey de Nueva-España en la época que se construyó tan precioso monumento, es de bronce dorado, y sobre él está la corona marquesal. En las cuatro puertas se lee escrito en chapas de bronce, igualmente dorado, el trisagio *Sanctus Deus* etc.

En la parte exterior de cada puerta hay dos garitas para centinelas, una á la derecha y otra á la izquierda, situadas en el piso de la plaza Mayor; y junto á ellas sobre pies derechos de madera de cedro, estan colocados vistosos faroles que se encienden todas las noches, sujetos en arbotantes de hierro de elegante figura. Para subir á la plaza alta hay tres gradas en la parte exterior de cada puerta, y otras tres en lo interior de ella, quedando en el intermedio un descanso de figura semi-elíptica, cuyo eje mayor es de diez varas, y el menor de tres: apoyadas en este descanso giran las hojas de las puertas sobre

ruedas aplicadas en la estremidad inferior de cada una, para facilitar el movimiento.

En los cuatro espacios que deja el rectángulo que puede imaginarse circunscrito á la figura elíptica de la plaza, hay cuatro hermosas fuentes con sus pilas de planta cuadrada con arcos elípticos salientes de sus costados, elevándose estas pilas sobre una banqueta circular de ocho varas de diámetro, rodeada de diez y seis postes de piedra con cadenas que corren de uno á otro para que las caballerías no puedan acercarse á beber. En el centro de ellas se eleva un pedestal, cuya planta es paralela y semejante á la de las pilas, con un mascarón en cada fuente que arroja constantemente agua. Sobre cada pedestal hay un gran vaso etrusco ricamente adornado, cuyo remate tiene seis varas de elevación sobre la plaza Mayor.

En el centro de la elipse está situado el pedestal de la estatua: su basamento es de planta octogonal de trece varas y media de diámetro, y forma dos gradas de nueve pulgadas de alto cada una, de piedra negra de Culhuacán. Sobre estas dos gradas se eleva un zócalo de piedra de Chiluca de media vara de alto con varias molduras labradas, y sobre él sienta el enverjado de hierro que sirve de respaldo para los que quieran sentarse. La altura del enverjado es de dos varas y cuarta, y los balaustres imitan una pica ó lanza: su figura es octogonal como la de las gradas, y en cada ángulo hay una pilastrilla de cantería labrada de la misma piedra, en las cuales se afianza el enrejado. El remate de las pilastras es un jarrón de hermosa hechura.

Sobre dicho zócalo se elevan cuatro gradas circulares de un pie de alto cada una, construidas de piedra de la misma calidad, y adornadas con su bocelón y filete. Encima de ellas asienta el pedestal de la estatua, y su figura se acerca á elíptica por su planta. El zócalo del pedestal es también de piedra de Chiluca, de color apomado. Las molduras de la basa de la cornisa y los restantes adornos comprendidos en su lado con el de las pilas repartidas en los ángulos que forman dicho cuerpo, son todas de piedra de sillería, cuya blancura y grano la hacen muy semejante al mármol de Carrara; los campos ó fondos del mismo dado son de piedra de Sincotel, que es de color rosado.

El dado del pedestal tiene en cada uno de los cuatro frentes su correspondiente lápida de cinco tercias de alto, y poco menos de ancho, en que está repetida la siguiente inscripción de letra de bronce dorado con oro molido. *A Carlos IV el benéfico, el religioso Rey de España y de las Indias, erigió y dedicó esta estatua, perenne monumento de su fidelidad, y de la que anima á todos estos sus amantes vasallos, Miguel La Grúa, Marqués de Branciforte virey de Nueva-España, año de 1796.*

Encima de cada lápida se vé un medallón circular que representa una de las cuatro partes del mundo: la América ocupa el lugar preferente, y tiene á su derecha la Europa; á la parte opuesta está colocada el África, y á su izquierda el Asia; manifestando en todas sus bellas actitudes, que están sosteniendo al Monarca mayor del universo, y tributando con sus propias divisas el homenaje debido al que por todas cuatro partes extiende sus dominios.

Sobre los costados ó lados mayores del pedestal cuya altura es de siete varas y media, se miran en grupo y arrojados varios trofeos de guerra, como despojos de un rey pacífico y justo, que prefiere las bendiciones de la paz á los sangrientos laureles de la guerra, y se ven igualmente otros adornos de alusiones muy bonitas repartidos por los cuatro frentes, que deberán ser de bronce, y por el pronto se pusieron de estuco bronceado.

El Rey está á caballo, vestido á la heroica, con el cetro en la derecha en ademan de mandar á un ejército, y tiene la cara vuelta hácia el palacio del Virey. El caballo está en actitud de andar pausadamente levantando la mano izquierda y el pie derecho, con la cabeza inclinada hácia la izquierda para hacer contraposición exacta con el Rey, cuyo traje consiste solo en un gran paño sujeto con una banda que le cruza el pecho, y tiene ceñida la frente con una hermosa corona de laurel. La altura del caballo es de tres varas y media, á que agregada la del jinete, componen ambas la de cinco varas y tres cuartas.

Este es uno de los monumentos mas bellos de toda la América, que al mismo tiempo que hermosea la gran plaza, sirve de recuerdo á los mejicanos del amor paternal y beneficencia de tan digno Monarca.

La obra de la plaza Mayor ya descrita se encargó á D. Antonio Velazquez, director de arquitectura de la Real Academia de San Carlos, y la del pedestal y estatua á D. Manuel Tolsa, director de escultura de la misma Academia.

S. E. el Virey Marqués de Branciforte, con la pompa correspondiente á tan augusta ceremonia, pasó el día 18 de julio de 1796 á colocar la primera piedra en esta magnífica obra, y el día 9 de diciembre del mismo año en celebridad de ser el cumpleaños de la Reina Doña María Luisa de Borbon fué destinado para descubrir solemnemente la estatua: efectivamente, entre el estruendo de la artillería y salvas de fusilería, el repique general de campanas, los acordes ecos de las músicas de los regimientos y los festivos aplausos de todo el innumerable gentío que habia concurrido para gozar de tan grato espectáculo, descubrióse á las doce de aquel día la magnífica estatua de que he hablado. Al mismo tiempo se arrojaron al pueblo por mano de S. E., de la Excm. Señora Vireina y del señor Regente de la Audiencia tres mil monedas de plata, soberbiamente grabadas por el director general de la Academia de San Carlos D. Gerónimo Antonio Gil, fiel administrador de la Real casa moneda, cuyo mérito es bien conocido en Europa.

Finalizada la acción de gracias mandó S. E. descubrir una hermosa lápida situada fuera de la ciudad, en la garita de San Lorenzo que es de donde principió á construirse en la propia época el camino de Méjico á Veracruz.

Méjico á 9 de diciembre, año de 1796.

En este plausible día por celebrarse el cumpleaños de la Reina nuestra señora María Luisa de Borbon, se colocó la estatua ecuestre de N. A. Monarca Carlos IV en la plaza Mayor de esta capital, y se dió principio á este camino llamado de Luisa que seguirá á Veracruz, para facilitar el comercio y comodidad pública: promovió

tan importante obra al Rey y al reino, deseada por mas de dos siglos, el actual Excmo. Sr. Virey D. Miguel La Grua, Marqués de Branciforte, etc. etc. etc. insigne protector de caminos, encargando la ejecucion de este al Real Tribunal del consulado de N. E., siendo prior y cónsules los señores D. Antonio de Bassoco, Don Rodrigo Sanchez y D. Matias Gutierrez de Lanzas.

De este modo lograron el Excmo. Sr. Virey de Méjico y sus leales habitantes, eternizar sus generosos afectos de amor al benéfico Monarca de quien tantos beneficios habian recibido.

EMILIO TAMARIT.

POESIAS.

SONETOS.

Al vizconde Chateaubriand.

Mil veces gloria al predilecto suelo
Do los ángeles diéronte esa lira,
Que el Sena acata, y entusiasmo inspira,
Siembra placeres y conjura el duelo.
Tú de Chactas cantaste el tierno anhelo,
De Celuta el amor, que el mundo admira,
Y el consuelo inefable que respira
La Religion que descendió del cielo.
Del astro de la luz rival ufano,
Desde el mar Muerto al bramador Vesubio,
Brilló tu ingenio espléndido y lozano:
Te aclamaron los bosques del diluvio,
El Jordan, el Niágara soberano,
El fértil Betis, y el glacial Danubio.

M. M. F.

A Luz.

Si los claros raudales de tu vida
Enturbia el huracan de los dolores,
Y miras de tu embate á los furioses
La paz del corazon volar perdida:
Si sientes marchitar, Luz querida,
De tu inocente juventud las flores,
Y, triste, las contemplas sin primores,
Sin dulce aroma y la color caída;
Ten esperanza en Dios: pura y serena
En tu angustioso afan conserva el alma,
De fé sencilla y de virtudes llena;
Y en galardón y merecida palma
Dios hará que el sepulcro de tu pena
De cuna sirva á tu futura calma.

ANTONIO ARNAO.

CRONICA.

.* Parece que el Ayuntamiento ha acordado ejecutar una parte de la reforma que en nuestro artículo de Mejoras de Madrid propusimos, respecto á la Puerta del Sol, y que vá á hacerse en el terreno que hay frente á la iglesia del Buen Suceso, un trapezio ó plazuela elevada con árboles y asientos. Insistimos en nuestra primer idea, y rogamos á la corporacion municipal fije su atencion, no solo en la fachada principal de la iglesia, sino en los laterales, compuestas de nichos y de cuerpos entrantes y salientes, que colocan á este templo en el número de los mas ridiculos de la corte. Es por lo tanto indispensable remover todo género de obstáculos, y hacer que desaparezca este estravagante edificio del paraje mas público de Madrid, en cuyo caso quedará espacio para la plazuela y demas objetos que indicáramos en nuestro mencionado artículo. Preciso es convencerse de que ni hay terreno en la actualidad para el trapezio proyectado, ni arquitecto capaz de variar el aspecto exterior de la iglesia, segun imperiosamente lo estan reclamando su fealdad y el gusto de la época.

.* Tambien se ha hablado recientemente del proyecto de enlazar y entoldar la calle de Postas, cuyo pensamiento aprobamos, llamando al propio tiempo la atencion del Ayuntamiento y del comercio de la calle del Carmen, hácia la facilidad con que el trozo de ella desde su comienzo hasta la de los Negros, podría convertirse en un magnífico pasaje, cómodo para el público y conveniente á los comerciantes, con solo enlazarle, cubrirle de cristales, y colocar dos portadas de gusto en la embocadura de la Puerta del Sol y en la opuesta. Nigun punto de la corte se presta mejor á esta reforma, por su figura, proporciones, situacion y tránsito, y por hallarse ya reunidas en el muchas tiendas de las mas lujosas de Madrid; este pasaje iría á buscar al comercio en el paraje en que su conveniencia le ha reconcentrado, teniendo la ventaja de no hallarse espuesto como otros á la eventualidad de que fuera ó no ocupado.

.* Parece que se halla ya bastante adelantado un proyecto de ley sobre propiedad literaria, en el que se fijan y establecen los derechos correspondientes á los autores, traductores y editores. De desear es que empiencen cuanto antes á regir estas disposiciones, cuya falta há tiempo que se hacia sentir en nuestro país.

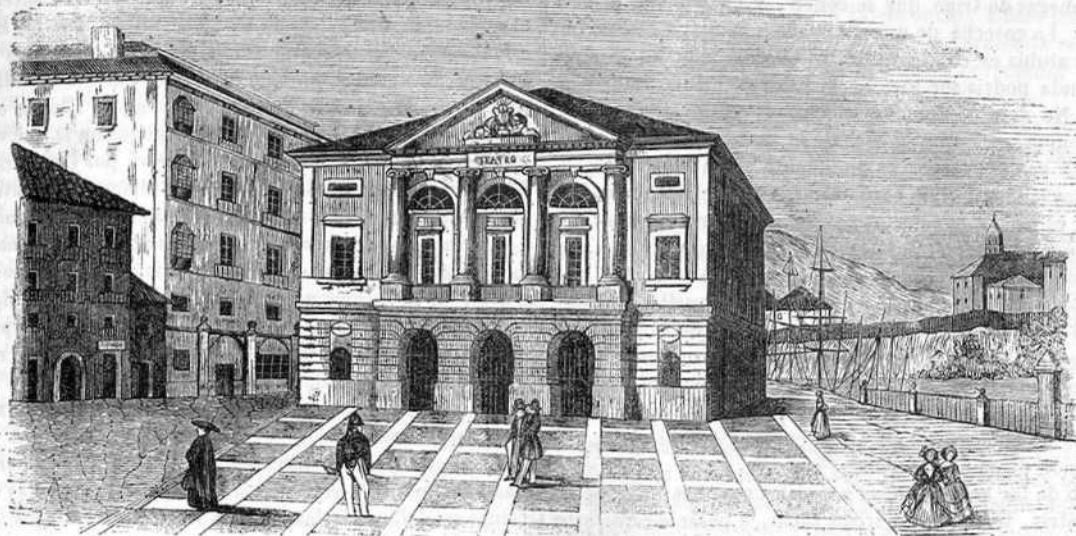
.* A principios del próximo Setiembre se abrirá el teatro de la Cruz, en cuyo programa de treinta representaciones, figuran las piezas siguientes:

El castillo de San Mauro, drama de gran espectáculo en cinco actos.—*Los dos Foscari*, drama en cinco actos.—*El casamiento á tambor*, comedia en tres actos.—*El guante y el abanico*, comedia en tres actos.—*Los misterios de Parí*, drama de gran espectáculo en cinco actos.—*El Tarambana*, comedia de enredo en tres actos.—*Un caso de conciencia*, drama en tres actos.—*El perro del castillo*, drama en dos actos.—*Jaque Mate*, comedia en cinco actos.—*Una broma pesada*, comedia de carácter en dos actos.—*El mercado de Londres*, drama de espectáculo en siete cuadros.—*Inventor, bravo y barbero*, pieza cómica en un acto.—*Achaques del siglo actual*, comedia de costumbres en cinco actos.

Una gran parte de las producciones que se anuncian, se hallan ya dispuestas para representarse, á estas seguirán otras que estan en estudio.

.* Tambien el teatro de Variedades se halla próximo á comenzar sus representaciones, tiene ya admitidas las producciones originales, *El honor de un castellano*; *Estupidez y ambicion*; *A las máscaras en coche*; *Del agua mansa nos libre Dios*; y una traduccion titulada *Fuerte espada y el Aventurero*.

ESPAÑA PINTORESCA.



Vista del teatro de Bilbao.

VIZCAYA.



En una superficie de 180 leguas cuadradas, comprendida entre el mar cantábrico por N., y las provincias de Guipúzcoa, Alava y Castilla la Vieja por E. S. y O., habitan 112,000 personas, repartidas en una ciudad, veinte villas, ochenta y ocho ante-iglesias, cinco valles y doce concejos. El terreno que este reducido territorio ocupa es montuoso y estéril; riéganle varios riachuelos que unen su corto caudal á seis rios principales; no muy considerables á la verdad, pues desembocan en puntos poco distantes de su origen ó cabecera: como sucede con todos los que nacen en la vertiente septentrional de la cordillera cantábrica.

Nada generosa la naturaleza con la comarca que des-
NUEVA ÉPOCA.—TOMO I.—SEPTIEMBRE 6 DE 1846.

cribimos, dióla un cielo triste, un clima húmedo y un suelo feraz solamente en árgomas y helechos. Este pais tan pobre, este pais azotado casi de continuo por fuertes huracanes, este pais que á pesar de las circunstancias que acabamos de espresar escita el mas vivo interés y merece por muchos conceptos ser visitado, es el noble señorío de Vizcaya. Las costumbres patriarcales de sus moradores, las antiguas y sábias instituciones que les rigen, el aspecto material de este quebrado territorio, compuesto de pequeños valles y pintorescas montañas, y la perpetua y lozana vegetacion que por doquiera se descubre, objetos son que embelesan y estasian á quien detenidamente los contempla.

La constante laboriosidad del vizcaino ha conseguido vencer indecibles obstáculos, y presentar estos páramos salvajes cubiertos de frondosas arboledas, de prados artificiales, de frutales, de pámpanos, de trigo, de maiz, de hortaliza y de otras producciones que á fuerza de

constancia, de trabajo y de abono se arrancan á una tierra tan infecunda. Ni las mas elevadas cumbres, ni las pendientes mas rápidas, ni las quebradas de las peñas se ven libres de la *laya* (1) con que levanta la tierra el robusto montañés. Espectáculo sorprendente no menos grandioso que el de las altas y desnudas rocas de caprichosas formas que ofrecen en su interior estensas y vistosas cavernas, no menos grato que el de las hermosas cascadas que forman y repiten los rios y arroyuelos, no menos interesante que el de tantos y tan variados objetos en que la vista se fija.

Sin embargo los productos estan muy lejos de corresponder á las fatigas del labrador. Cálculanse en 240,000 las fanegas de trigo que se cogen, y en 500,000 las de maiz. La cosecha de nuez, castaña y manzana es grande, la de alubia es considerable. El chacolí, vino ligero que sin duda podria ser mejor, dá 1.000,000 de azumbres al año. No debe confundirse el chacolí que se estrae de la vid con la sidra que se hace de la manzana.

El ganado vacuno es abundante y con él se practican las labores, el de cerda alcanza para el consumo, el lanar escasea y el caballar ni aun merece nombrarse. En producciones minerales es rico el territorio vizcaino. Las inagotables minas de fierro de Somorrostro y otras del mismo metal, aunque no compiten con aquellas en cantidad y calidad, suministran material para el principal ramo de industria, que consiste en la elaboracion del fierro en muchas ferrerías. Hállanse tambien otros metales. Esquisitos mármoles, excelentes piedras calizas y areniscas se encuentran por todas partes y facilitan la construccion de edificios sólidos.

Si de las producciones naturales pasamos á las de la industria, hallamos un triste vacío, á pesar de que este pais reúne cuantas circunstancias se necesitan para que aquella se eleve al mas alto grado de prosperidad. Empero las aduanas colocadas en el Ebro fueron causa de que lejos de adelantar pereziesen las fábricas que han existido, puesto que en aquellas eran considerados como extranjeros los artefactos que el suelo vascongado producía: medida justa si se habian de evitar los fraudes que de lo contrario se hubieran hecho con detrimento del erario y del comercio de buena fé. Al presente, á beneficio de la traslacion de las aduanas á la frontera, empieza á dar señales de vida la decaída industria, y estan persuadidos los hombres sensatos, de que esa hermosa juventud que vá á perecer continuamente á las playas del continente americano, debe quedar en su pais y hallar en él medios de labrar su fortuna, ó cuando menos de proporcionarse un seguro acomodo con indecibles ventajas para su patria.

Las magníficas carreteras que en todas direcciones cruzan el territorio vizcaino, son dignas de particular mencion, y constituyen uno de los objetos que realzan el lustre del señorío. Mucha constancia, mucha actividad, mucho amor á su pais se necesita para haber acome-

tido y llevado á cabo empresas tan gigantescas, luchando con una naturaleza formidable. Tres hermosos caminos reales dan comunicacion á Guipúzcoa y Vizcaya, uno por Ermua, otro por Elqueta y el tercero por Mondragón. Con la provincia de Alava unen al señorío tres caminos reales ó carreteras por Urquiola, por el valle de Orozco y por el de Arratia. Justa celebridad goza el costoso camino real que á espensas del Ayuntamiento y Consulado de Bilbao se abrió desde la citada villa hasta Pancorbo por los años de 1772, teniendo que vencer las asperezas de la gran Peña de Orduña; cosa que se consideraba como imposible, pero que logró conseguir el inimitable esfuerzo del vizcaino. Ademas de los referidos caminos de comunicacion exterior, á los que hay que agregar el nuevo que desde Castilla dirige á Bilbao por las Encartaciones, merecen asimismo citarse las carreteras interiores construidas tambien á toda costa. Desde Bilbao parte una que pasa por Zornoza, Durango y Elorrio empalmando en la referida villa de Durango con la que viene de Alava por Urquiola, con la que vá por Guernica al litoral siguiendo desde Bermeo á Bilbao, y por último con la de Ermua y las nuevas de Lequeitio y Marquina.

Hemos hablado con alguna estension de las hermosas carreteras que hacen cómodos los viajes en el señorío, porque en este ramo no hay en España provincia alguna fuera de Guipúzcoa y Alava que ni remotamente pueda con aquel compararse, y aun en el extranjero ninguna le llevará ventaja.

El vizcaino es religioso, honrado, laborioso, amante de su pais, valiente, emprendedor, poco afecto á novedades, de carácter dulce mientras se le maneja benigneamente, pero terrible si se le trata con dureza. Las vizcainas se dedican á los mismos durísimos trabajos que sus padres y maridos, son buenas esposas y buenas madres, cristianas, económicas y muy cuidadosas de sus casas. El físico en uno y otro sexo lleva el sello de la agilidad y robustez. Las costumbres á pesar de haber trascurrido medio siglo de guerras no han perdido su pureza. El sistema de vivir en caserías aisladas contribuye eficazmente á impedir la entrada á los vicios, y las diversiones públicas como bailes, juegos de pelota, de barra, etc., con que se solazan estos montañeses en los dias festivos, son causa de que no se entreguen al juego y á la bebida como sucede en otros paises.

La moda de viajar, utilísima á la salud en algunas estaciones, y que ha llegado á hacer parte de la educacion, ha dado suma importancia á las provincias Vascongadas; pues su situacion topográfica en la frontera de Francia hace que sean vistas por infinitos viajeros; agregándose á esta circunstancia la de hallarse en ellas aguas minerales de varias clases, que durante el estío atraen muchas personas, ya por recobrar la perdida salud en las saludables fuentes de Arechavaleta, Santa Agueda, Elorrio, Cestona, etc., ya tambien por gozar el benigno clima y el puro y fresco aire que en estas montañas se respira durante el mes de Junio y los dos siguientes; en los cuales hacen muy agradable la estancia las famosas romerías de Urquiola, Loyola y Arrate, las funciones de San Juan en Tolosa, las de San Roque en Deva y otras muchas

(1) Instrumento compuesto de dos púas de hierro paralelas y unidas con una barreta por la parte superior. Sirve para preparar la tierra en que se ha de sembrar el maiz.

fiestas que constituyen una no interrumpida diversion: Son tantos los vínculos que unen á las tres provincias, tantos los puntos de semejanza que entre ellas hay, que no es posible hablar de una sin que haya de indicarse alguna cosa de sus dos hermanas.

Entre las poblaciones que en el señorío se encuentran deben citarse Elorrio, notable por sus aguas sulfurosas, por su grandiosa parroquia y por su bellísima posición en el centro de un paisaje suizo; Durango sentada sobre las márgenes del río de su nombre, y en la que merecen atención su despejado horizonte, sus deliciosos contornos, el grandioso pórtico de Santa María, el costoso juego de pelota, el cómodo y lujoso pavimento de sus calles tiradas á cordel, y las magníficas carreteras que de esta villa parten en diferentes direcciones; Guernica que ocupa el punto mas despejado y bello de Vizcaya, rodeada de deliciosas vegas, y á la que dá nombradía el venerable roble, bajo el cual desde tiempo inmemorial se han reunido los vizcainos á tratar los asuntos de su idolatrado país, y á exigir á sus señores el juramento de guardar y conservar sus franquicias y libertades; sin hablar de Marquina que es la villa situada mas al Este, ni de Ondarroa, Lequitió, Ea y Elanchove, puertos que en otro tiempo fueron de mucha consideración; sin detenernos en el de Bermeo, que mereció ser llamado cabeza de Vizcaya, y al presente se halla tan decaído como los demás puertos de esta costa, por haber desaparecido aquella marina vascongada que tantos servicios prestó á los Reyes de Castilla, y llegó á sostener una larga guerra contra las fuerzas navales de los ingleses; contentándonos con citar el territorio conocido con el nombre de Las Encartaciones; y á Orduña única población de Vizcaya que tiene título de ciudad, pasamos á dar una sucinta descripción de la invicta Bilbao.

Esta villa mas rica, poblada é interesante que ninguna otra del señorío, cuenta unos 13,000 habitantes; sus edificios públicos son magníficos, y en vano se buscarían las comodidades que ofrece en muchos pueblos de igual vecindario.

Fundada en el siglo XIV sobre las márgenes del Nervion ó Ibaizabal y á dos leguas de su embocadura, fué creciendo esta población hasta el punto de alzarse con el tráfico que en todos los puertos de esta costa se hacia. Nada hay sin embargo estable, y al brillante estado en que Bilbao se vió no há mucho tiempo, ha sucedido una serie de catástrofes, que si no la sumen al fin en una completa postración, hacen por lo menos prever un precario porvenir. En el siglo XVII apenas cabían los buques en las dos leguas que hay entre Portugalete y Bilbao; en nuestros dias ha estado siete años bloqueada esta villa, y ha experimentado todos los horrores de la guerra.

No puede carecer de buenos edificios un pueblo que llegó á poseer cuantiosas riquezas, y cuyos hijos le han profesado y profesan un afecto que raya en frenesí. Cuatro son las parroquias que en Bilbao hay: titúlanse Santiago, San Antonio Abad, los Santos Juanes y San Nicolás. El hospital civil (1) que es uno de los mas notables

(1) Véase la página 89 del tomo VIII del *Semanario*.

objetos que esta villa encierra, merece particular atención así por su excelente construcción, como por el esmero con que son asistidos los pacientes que se acogen á este asilo en que la caridad cristiana nada ha dejado que desear. No menos digna de ser mencionada es la santa casa de misericordia en la que se recogen pobres de ambos sexos y de todas edades, ocupándose en labores útiles los que no están impedidos.

Obra del presente siglo es la bellísima plaza nueva (1), que ya estaba proyectada en el anterior. Sesenta y seis columnas adornan el primer cuerpo sobre el cual se alzan tres pisos, haciendo el todo un efecto grandioso.

El magnífico puente colgante fué construido en 1827, y tiene 215 pies de largo con 17 de ancho. Entre las demás obras públicas merece ser citada la carnicería reedificada en el pasado siglo por el célebre corregidor Don José Colon de Larreategui.

Un teatro era necesario, y aun indispensable en una población tan culta, y para dejar esta necesidad satisfecha, se destinó el patio de las casas consistoriales, acomodándole al objeto. Déjase suponer lo poco satisfechos que de semejante local estarían los espectadores, cuando se fué introduciendo en otras naciones particular esmero en la construcción de esta clase de edificios. En atención á esto se levantó en 1799, un elegante y cómodo teatro, que fué destruido por un incendio en 1816.

Hízose en el siguiente año otro provisional, y habiendo sido demolido en 1827, se formó una sociedad de capitalistas que erigieron el actual teatro, cuya vista acompaña á este artículo. Dióse principio á su construcción en 1833 y se terminó el año siguiente. Su fachada principal consta de dos cuerpos, el primero es almohadillado y en el resalto del centro tiene tres arcos de medio punto, que se cierran con verjas de hierro. Decoran el segundo cuerpo cuatro columnas jónicas, rematando el todo con un frontispicio triangular. No corresponde el interior á la elegancia de la descrita fachada, pues tiene muchas de sus partes incómodas y defectuosas.

Si los referidos edificios y otros cuya descripción omitimos en obsequio de la brevedad hacen honor á Bilbao, el cementerio es una prueba de los sentimientos religiosos que animan á sus moradores. Por una elegante portada se entra en una plaza, rodeada de estensas galerías sostenidas por columnas de piedra de 14 pies. Ocupa el espacio del centro un delicioso jardín, y al frente se levanta la preciosa capilla. Los cadáveres se colocan en lujosas urnas de mármol, en nichos y sepulturas cubiertas de losas segun quieren las familias.

Ni carece de paseos deliciosos la villa de Bilbao; pues además del hermoso y bien adornado del Arenal, hay el del Campo Volantín, el de los caños y las carreteras de Orduña, Bermeo y Balmaseda que tambien son excelentes paseos no faltos de ornato.

Tiempo es ya de que pongamos fin á esta reseña, diciendo que el aspecto de la población es muy bueno, y el cómodo pavimento de las calles, las bellas casas que las forman, el aseo y esmero que en todo y por todas partes se nota, hacen se cuente Bilbao entre las mejores pobla-

(1) Véase la 321 del mismo tomo.

ciones de España á pesar del corto número de personas que en su pequeño recinto habitan.

Si hubiésemos indicado en esta descripción todos los objetos notables que en el señorío se hallan, no hubiéramos podido insertarla en las columnas del *Semanario*, pues la índole de este periódico no permite estensas narraciones. Contentémonos por tanto con haber contribuido en cuanto está de nuestra parte á dar á conocer aquel interesante y hermosísimo país, que tanto ha llamado y llama la atención, no solo de España, sino de Europa.

LA ESPADA DEL DUQUE DE ALBA.

NOVELA HISTÓRICA.

V.

La espada.

Cárlos V permaneció algunos instantes aterrado por el golpe que acababa de herirle. Joos le vió enjugar sus lágrimas y le oyó suspirar de vez en cuando entregándose á la desesperación. Pronunciaba palabras entrecortadas y exclamó:

«Ya nada valgo, no soy nada! nada, mas que un pobre monje á quien se puede insultar impunemente, y que se le ultraja con placer.» En seguida hizo varias preguntas á su criado, le interrogó acerca de los motivos que habian servido de pretexto para el arresto del padre Carranza, y cuando llegó á entender que toda la causa del excesivo rigor que se desplegaba contra el anciano prelado, no tenia otro origen que el haber denunciado el obispo de Lérida como no-ortodoxo un catecismo compuesto por el R. P., á pesar de haberle aprobado el concilio de Trento; su cólera y su dolor se aumentaron con violencia. De repente, haciendo un poderoso esfuerzo se detuvo, pasó las manos por su frente y pareció haber recobrado toda la energía y fuerza de ánimo de su juventud.

—«Joos, le dijo, Carranza es perdido sin remedio si yo no le salvo. Le darán tormento para arrancarle los secretos que le he confiado; ó mas bien le matarán, porque mi confesor antes consentiría morir que decir una palabra. Es preciso salvarle.

—Si V. M. se dignase escribir á su hijo el Rey Felipe II....

—¿Pero no consideras que todo esto no se hace sino por orden suya? ¡Ademas de que aun dado caso que él quisiera salvar á Carranza, quizás no lo podría conseguir! La inquisición no soltaría su presa.

—¿Y qué hacer entonces? ¿Si el Rey de España y el de los Países Bajos no pueden luchar con la inquisición?

—¿Qué hemos de hacer, no es verdad, tú pobre y oscuro aldeano y yo miserable monje? ¡Escucha! Este monje y este oscuro aldeano lucharán con la inquisición y le arrancarán su prisionero. Joos, tú eres para mí un criado inteligente, intrépido y leal. Vás á marchar á Roma en secreto. Yo escribiré al Papa Paulo IV. Ya sabes que el Santo Padre no ha querido aceptar todavía mi abdicación,

para él soy aun el Emperador y ademas, me consta que es enemigo de toda injusticia; sus sobrinos prevaricaron y los ha arrojado de su presencia como hubiera hecho con el último de sus vasallos. Te presentarás á él, le entregarás una carta mia y buscará los medios oportunos para avocar á sí el conocimiento de la acusación de Carranza.... Si podemos conseguir que salga de España, mi confesor se ha salvado. Yo rogaré, suplicaré al Papa si es preciso, para obtener de él esta gracia, y las súplicas y ruegos del que fué el Emperador Cárlos V, no hallarán sordo al representante de Dios en la tierra.

—V. M. sabe que mi vida toda entera le pertenece. Yo me contemplaría feliz si me fuera dado sacrificarla en su servicio. ¿Pero cómo he de poder llegar á Roma sin despertar las sospechas de la inquisición? Saben que soy vuestro confidente, y aun suponiendo que mi viaje pueda ocultarse á la vigilancia de los espías, y mi ausencia....

—Pierde cuidado, le contestó Cárlos V que en aquel momento concluía su carta para el Santo Padre.



Acto continuo se puso á preparar la goma para aderezar el pelo que rizó á fuego, y diferentes plantas que fué á buscar al jardín, todo con una actividad y destreza que demostraban bien la costumbre que tenia de disponer semejantes disfraces. En breves instantes tonsuró con sus manos imperiales los cabellos de Joos en forma de corona de monje, despues le aderezó una barba postiza, le tiñó el rostro, y concluyó con darle todo el aspecto de un verdadero religioso vistiéndole un hábito de fraile. Terminado esté disfraz dió á Joos admirables consejos de sutileza y astucia, acerca de los medios que habia de emplear para evitar las sospechas que pudiera infundir su viaje, y arribar á Roma. Luego cogió las manos de Joos entre las suyas trémulas de emoción y le dijo:

Dios me es testigo del dolor que experimento en este instante al separarme de ti. Si no se tratase de salvar la vida de un antiguo servidor que se encuentra en peligro de morir por serme fiel, jamás hubiera consentido en esta separación. A tu vuelta de Roma irás á Gante para pasar allí algunos días al lado de tu muger y de tu madre, transcurrido este tiempo sino ha llegado á tu noticia la muerte de tu señor, vendrás á buscarle. Adios, hijo mio, y que él te guíe.

Joos se arrodilló delante de Cárlos V.

—Señor, le dijo, dignaos darme vuestra bendición antes de mi partida. Si muero en la misión que voy á desempeñar, acordaos de mi muger y de mi madre.

Descuida, replicó Carlos V conmovido; que en tanto que yo aliente, tendrán en mí un protector.

El Emperador levantó las manos sobre la cabeza de Joos, y este despues de haber ocultado en un escapulario que llevaba al pecho, las cartas para el Santo Pa-



dre, partió de Yuste en el momento que el reloj del convento daba las doce de la noche. Carlos, así que se hubo alejado su fiel criado, comenzó á fabricar un maniquí que colocó en el lecho, y estuvo velándole toda la noche á su cabecera como si Joos estuviese realmente enfermo. Este ardid fué secundado por el mecánico Turriano que llegó al convento tres días despues de la partida Joos, y construyó un grande autómatas, el que vestido con las ropas del joven flamenco, pasaba y repasaba cerca de las ventanas para que nadie pudiese sospechar que el ayuda de cámara de Carlos V había abandonado el convento.

(Continuará.)

CRITICA LITERARIA.

MARIA LA HIJA DE UN JORNALERO.

Novela original de D. Wenceslao Aguilar de Izco.

Sorprendente es la altura á que la novela se ha elevado en estos últimos años. El romanticismo hizo en ella la primera revolucion dándole un giro nuevo, calcándola sobre antiguas leyendas, evocando los recuerdos de la edad media y presentándolos revestidos de formas terribles y exageradas; vuelto el público de la primera sorpresa que no pudo menos de causarle aquella inundación de crónicas patibularias, comenzó á conocer lo ridículo de

tal escuela, y los novelistas hubieron de emprender otra nueva senda, por donde lisonjaban darle gusto; entonces se dieron á escribir con una laboriosidad digna de mejores resultados, esas novelas que algunos han bautizado con el nombre de filosóficas, en que se ponen en ridículo las cosas y las instituciones mas venerables y mas solemnes que la sociedad ha establecido, como necesidades que nadie puede desconocer, en que se hacen figurar tipos inmorales, que unos son muy raros, y otros no existen por fortuna mas que en la imaginación de sus autores, en que se refleja en fin la eterna duda, haciendo escarnio de todo lo que manifieste virtud, y contrastes extravagantes con cierto brillo romanesco. En el día, la novela se ha lanzado triunfante por todas las sendas, sin vacilar y con fe; el célebre autor de los *Misterios de París*, la ha dado un ensanche extraordinario y una importancia é influencia de que solo era capaz el talento privilegiado del primer novelista contemporáneo, al cual rinden homenaje los hombres ilustrados, y cuyas producciones se disputan con empeño los periódicos de todos los partidos, porque han venido á dar al folletín, antes patrimonio de cuentos frívolos ó superficiales, tanta ó mas importancia que á las demas secciones de los diarios.

Por desgracia en España no existe al presente la novela nacional, y si alguna vez nuestros escritores, entre el inmenso cúmulo de traducciones han publicado tal cual obra de este género, en todas ellas se ha reflejado siempre el gusto dominante en el extranjero. Así es, que luego que el genio de Walter Scott sacó á la novela de la timidez, monotonía y frialdad con que antes se presentaba, y cuando despues Victor Hugo siguió la senda del Homero Escocés; Espronceda, Villalta, Larra y Escurra, emprendieron la publicación de una serie de crónicas revestidas de iguales formas que las de aquellos célebres ingenios. No han faltado tampoco imitadores de la escuela de Jorge Sand, Balzac y Soulié, cuyas novelas yacen hoy olvidadas, desde que Sué con las suyas, ha demostrado que esta clase de producciones de tanta circulación entre todo género de personas, pueden tener por objeto algo mas que entretener al lector con el enredo del argumento, la belleza del estilo y el prestigio de la poesía, abrazando ademas miras mas grandes, tendencias mas vastas, cuales son poner en acción los vicios de que adolece la sociedad, revelarla los males que la aquejan y proponer medios oportunos y bien meditados de remediarlos. Ningun género de producciones con efecto mas á propósito para el objeto, las novelas hablan á la imaginación, y á la imaginación obedecen la mayor parte de los hombres.

Este mismo plan y objeto se ha propuesto seguir Don Wenceslao Aguilar de Izco en la novela *Maria la hija de un jornalero*. Despues de los elogios que la prensa periódica ha hecho de ella, con portentosa uniformidad de pareceres, poco ó nada nos queda á nosotros que decir acerca de su mérito literario. En la dedicatoria á Eugenio Sué, el señor Aguilar desenvuelve el pensamiento que le ha guiado en la redacción de su obra, y ciertamente que no puede ser mas acertado y laudable, toda vez que se propone abogar por las clases menesterosas,

realzar sus virtudes y presentar el vicio en toda su deformidad, sea cualquiera la capa que le cubra, vindicar á los españoles de la equivocada idea que tienen formada los extranjeros de nuestros usos y costumbres, narrando

al mismo tiempo la historia de Madrid durante el último período de nuestra revolución, y enlazando ingeniosamente estos sucesos con una intriga dramática.

La edición es preciosa, el papel del mejor de la fábrica



de la viuda de Jordan y perfectamente glaseado, los tipos nuevos y sobre todo los grabados, viñetas y adornos que la enriquecen con profusion, se distinguen tanto por el aire español que en todos ellos se advierte, cuanto por el esmero en la ejecucion, del cual podrán formar idea nuestros lectores, por los dos que acompañan á estas líneas.

La novela de que nos ocupamos se está publicando en París en el idioma de aquella nacion con una introduccion escrita por Eugenio Sué, y con los mismo grabados con que sale á luz en castellano. En el *Charivari*, el *Nacional*, la *Prensa*, y el *Diario de los Debates*, hemos leído párrafos en que se elogia con extremo á *A Marie L' Espagnole*, con cuyo título se imprime en aquella capital.



VIAJES.

Una noche peligrosa.

Todos los que han paseado las orillas del Adiga por frente de Rovigo no ignorarán que á legua y media de la ciudad existen dos islas situadas en medio del canal, cuya superficie apenas dista un pié de profundidad de la lengua del agua. Los que no han viajado mas que en los libros, habrán oído decir que la Adiga está espuesta frecuentemente á violentas inundaciones, notables seguramente por la repentina subida y bajada de las aguas, que arrastran desde su nacimiento por medio de un pais montañoso una corriente de muy corta duracion.

A la caída de la tarde de uno de los últimos dias del mes de mayo arribé á la orilla opuesta de una de estas islas. El agua, diáfana como el cristal, corría mansamente por el cauce de un hermoso canal, cuyo fondo se veía cubierto de infinitas piedrecitas; la isla, que distaría unas cuarenta varas de la orilla en que yo me encontraba, aunque situada á una distancia mas que doble del otro lado, cautivaba mi atención por su hermoso verdor y un plantel de preciosos narcisos, de cuya flor he sido siempre estremadamente apasionado. Tres ó cuatro árboles poco poblados de ramas crecían tambien en la orilla con el tronco inclinado sobre el agua.

Después de un día de jornada, no es ciertamente muy agradable vadear una corriente; empero como tenía tiempo sobrado, determiné descansar en la isla de las fatigas del camino. Bien pronto lo conseguí, porque el canal apenas tenía por aquella parte dos pies de profundidad. Arribé por fin á la isla, que encontré tan pintoresca como me la había figurado, y después de haber escogido un hermoso ramillete me tendí sobre el verde césped, entregándome á los agradables recuerdos del pais y algunos sucesos pasados, que el olor de aquella hermosa flor despertó en mi acalorada fantasía.

No había aun transcurrido un cuarto de hora desde que yacía en aquel estado, olvidado enteramente del tiempo y del sitio en que me encontraba, cuando un ruido lejano vino á distraer mi imaginación. Creí al principio que sería producido por el trueno que se dejaba oír por la parte del Norte al declinar el día; sin embargo el ruido continuaba y cada vez se hacia mas perceptible; y aun llegué á persuadirme que quizás sería ocasionado por alguno de esos prolongados ecos, tan frecuentes en la parte meridional de los Alpes. Pero bien pronto el ruido cambió de naturaleza y vino á hacerse semejante al del mar; como se iba aumentando por momentos me alarmé, y cuando quise recordar ví aparecer delante de mí á distancia de algunos centenares de varas, una espesa montaña de agua negra y espumosa que rugía con estrépito y avanzaba con extraordinaria rapidez, formando un ruido mas horrísono que los mas espantosos truenos, y amenazando precipitarse sobre mí como un muro perpendicular.

No había que perder un solo instante; la superficie de la isla iba á inundarse inmediatamente, y era de todo punto imposible abordar la costa. Trepé al momento sobre

el árbol mas grande que encontré, y apenas me había elevado como unos diez pies sobre el nivel de la isla, cuando las olas la cubrieron del todo. Conforme se iban acercando, su prepotencia parecia cada vez mas irresistible; amenazaban destruir la isla hasta en sus mas profundos cimientos, y aun yo tenía muy poca esperanza de que el tronco que me sustentaba pudiese resistir el violento impulso del torrente. El agua fué siempre en aumento hasta que inundó toda la isla; sin embargo el árbol permaneció firme, y yo desde su cúspide veía precipitarse las terribles olas bajo mis pies, arrastrando consigo los trofeos de su poderío y de su furor, enormes ramas, raíces, fragmentos de puentes, utensilios domésticos y cadáveres de animales.

El peligro era inminente; un momento de reflexión y una rápida ojeada que dirigí en mi rededor me demostraron hasta la evidencia cuán pocas esperanzas podía tener de salvación. Un impetuoso torrente, irresistible á toda fuerza humana, se derrocaba con fragor á orillas de la isla, y aunque no tenía de estension mas que unas cincuenta varas, era tan imposible atravesarle como si tuviese muchas leguas. El árbol se mantuvo firme al primer choque; empero era fácil que no pudiese resistir al segundo. Las aguas continuaban siempre elevándose; á cada instante veía disminuirse insensiblemente la distancia que me separaba del agua, y por último llegó un momento en que me encontré á cuatro pies de su superficie. Unicamente me quedaban dos esperanzas fundadas, pero tan remotas é inciertas, que apenas podía dárseles este nombre; podría suceder que algunas personas advirtiesen desde la costa mi penosa situación, y que estas avisasen á otras para que tratasen de socorrerme, y tambien que las aguas cesasen de elevarse y bajasen prontamente. Lo primero era poco menos que imposible, porque aquella parte del pais apenas tenía habitantes; el camino real no estaba paralelo al rio, y las laderas se hallaban inundadas á trescientas ó cuatrocientas varas del canal sobre una altura de tres ó cuatro pies; en fin era muy difícil calcular qué poder humano sería mi salvador. A ningún bajel le era dado aproximarse á la isla, y aun cuando me arrojasen una cuerda desde cierta distancia, no era fácil que pudiese cogerla, toda vez que no podía moverme del árbol en que estaba escondido, y el agua no tenía trazas de bajar tan pronto. Por lo menos era de todo punto increíble que esto pudiera tener lugar antes de la noche.

La tarde se pasó en esta terrible situación. Nadie pareció y las aguas se elevaban cada vez mas; el sol estaba bajo y amenazador, y el sombrío torrente precipitándose con inusitada y siempre creciente impetuosidad, me representaba en los restos que arrastraba en su curso la fragilidad del mismo apoyo á que debía mi existencia. Las playas se transformaron en estensos é inflamados lagos, pues el sol al dirigirse á su ocaso, esparcía sus rayos sobre aquellas enrojecidas aguas. Al fin llegó la noche que fué terrible. Unas veces me imaginaba que el árbol se había desarraigado y se iba inclinando cada vez mas hácia el agua; otras que la isla con todo lo que en ella existía iba á ser arrebatada por el torrente. Conociendo

que mi espíritu desvariaba tuve la precaución de sacar un pañuelo de seda de uno de mis bolsillos, le hice tiras y anudándolas unas con otras me até por la cintura á una fuerte rama, persuadido de que esto sería bastante para impedir mi caída en el caso de que me asaltase algún vértigo ó un sueño momentáneo. Extraños delirios me acometieron durante la noche, y sus frecuentes apariciones me hacían creer que las aguas arrastraban tras sí á la isla. Ya me figuraba que daba vueltas sin cesar, otras veces que el torrente retrocedía; entonces mi acalorada fantasía me presentaba cuerpos gigantescos de color negro, que salidos del fondo se lanzaban sobre mí fluctuando sobre la superficie de las aguas, y yo me retiraba hacia atrás para evitar todo contacto con ellos, hubo un instante en que me figuraba que un objeto extraordinario salía por debajo de las olas y se esforzaba por arrastrarme hacia sí; y frecuentemente creía oír prolongados gritos que se mezclaban y confundían con el curso precipitado é impetuoso del torrente. De repente el ruido cesó y yo me decidí á descender del árbol, seguro de que el canal se habría ya secado enteramente. El sueño me rindió breves instantes, pero desperté con tan violento sobresalto que á no haber estado sujeto, indefectiblemente hubiera caído sumergiéndome en el abismo de las aguas. Las horas de la noche fueron transcurriendo lentamente, y estuvo tranquila y serena de forma que el frío no me incomodó. Llegué ya casi á convencerme de la solidez del tronco, que era mi único asilo, y aunque mi salvación aun era incierta, daba gracias á Dios con todo el fervor de mi corazón y me resignaba á sufrir con paciencia. Así pasó la noche bajo un cielo sin estrellas, y las sombrías olas rugiendo incesantemente á mis pies. Por la mañana antes de apuntar el día conocí que las aguas comenzaban á bajar; el ruido poco á poco fué sintiéndose mas lejano: me pareció que los arbustos de la isla asomaban sobre la superficie de las aguas, y que los árboles de la costa recobraban por un momento su posición y apariencia habitual. Al rayar el crepúsculo del día me convencí con alegría de que no me había equivocado; la inundación había bajado ya mas de tres pies y antes de salir el sol la mayor parte de la isla estaba completamente enjuta. Jamás criminal alguno ha experimentado mayor alegría cuando se le otorga el perdón al pié mismo del cadalso, que yo cuando me desaté de los lazos que me sujetaban al árbol. Me deslicé suavemente por el tronco suspendido aun sobre el torrente, y me encaminé al interior de la isla llegándome el agua hasta las rodillas. Dirigí mi rumbo hacia el vado, por la parte de la isla que estaba seca, y me tendí á la larga rendido de fatiga por la vigilia de la noche anterior y la mala postura que me ví precisado á conservar mientras estuve subido en el árbol.

El agua siguió bajando sensiblemente; bien pronto la isla estuvo toda ella enjuta y el agua volvió á entrar en su alveo natural; sin embargo el torrente era todavía demasiado rápido y profundo para que yo me atreviese á vadearle, con tanta mas razón cuanto que me encontraba sumamente debilitado por el cansancio y la falta de sueño y alimento. No sabía á punto fijo la hora que era,

porque la tarde anterior se me olvidó dar cuerda á mi reloj, pero calculé por la altura del sol la que podría ser sobre poco mas ó menos; no obstante el agua había bajado considerablemente antes de medio día y me persuadí que dentro de algunas horas podría tratar de ganar la costa.

Serian las tres de la tarde poco mas ó menos cuando me metí en la corriente que solo tenia ya cuatros pies de profundidad y con algun trabajo logré tocar á la orilla que momentos antes creí no habia de volver á pisar. Aun conservaba el ramillete de narcisos que no abandoné en medio de mi desgracia, pero algunos se habian marchitado de tenerlos tanto tiempo en las manos. Y ya me pasee al través de los bosques, por medio de las florestas ó de los campos, siempre que perciba el olor de esa flor recordaré las sensaciones que experimenté cuando levanté la cabeza y ví precipitarse á pasos agigantados sobre mí el impetuoso torrente; empero por terrible y espantoso que haya sido este acontecimiento, los recuerdos que despierta en mí ese ramillete, no pueden menos de venir mezclados de un sentimiento de placer. Muchas veces abro las hojas del herbario donde conservo esas lácias y marchitas flores y cuando las contemplo, nunca me parece haberlas adquirido á demasiado precio.

CRONICA.

*. La compañía de baile del teatro del Circo ha inaugurado sus trabajos con la representación del baile fantástico en tres actos titulado *Ondina*: en él han hecho su primera salida la señora Hilariot y el señor Brillant, primeros bailarines, que fueron recibidos con aplausos, de que se hicieron merecedores por el número con que trabajaron. La señora Guy y el señor Petipá fue-



Paso estirio, bailado por la Guy y Petipa, en la *Ondina*.

ron llamados á la escena para que repitieran el paso estirio, que tantos aplausos ha obtenido siempre. Por las muestras que ha dado la numerosa y brillante compañía de baile en la noche del 2, debe esperarse que proporcionará buenos ratos á los aficionados á esta clase de diversiones.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



D. RAMON DE BONIFAZ.

PRIMER ALMIRANTE DE CASTILLA.



HUBIERAMOS hecho mal en contentarnos con recordar únicamente el nombre de este insigne personaje en el artículo en que por incidencia hubimos de describir su sepulcro (1), tal como se sabe que existía en la arruinada iglesia del convento de San Francisco de Burgos.

La circunstancia que apuntamos allí de haber ayudado á San Fernando en la conquista de Sevilla, es por sí bastante escitativa para leer con gusto la narracion de los

hechos que le atribuye la historia genealógica de su casa, cuyos actuales poseedores nos han dado facultad para hacer las notas que trascribimos á continuacion, sobre aquel apreciable y desconocido testimonio.

Los padres de D. Ramon de Bonifaz fueron D. Simon y Doña Berenguela Putierrez, vecinos de Montpellier, emparentados con la segunda esposa de nuestro Rey San Fernando Doña Juana de Poitiers, y con Doña María, madre de D. Jaime de Aragon. Su valor y afortunada inteligencia le hicieron aun siendo jóven un lugar eminente entre los principes y caudillos de su tiempo. Desempeñaba el empleo de Almirante, que equivalia al de Condestable ó capitán general del mar, cuando vino á Castilla con el objeto de asistir á los desposorios de su prima Doña Juana; y estrechándole el Rey á quedarse y tomar

(1) Véase el *Semanario* del 16 de agosto del presente año.

parte en las guerras contra los infieles, le hizo rico-hombre y le confirmó en su dignidad de Almirante, poniendo bajo su mando la Armada, que se aprestaba á la sazón para la conquista de Sevilla.

Empeñado el honor de D. Ramon por ese título nuevamente introducido en el ejército de los monarcas españoles, se trasladó á los mares de Ceuta, donde se hallaba aplayado el enemigo. Su Armada no contaba mas que trece naves; y teniendo la de los adversarios mas de treinta, el triunfo no parecia dudoso. Con efecto, apenas rompió el Almirante las primeras hostilidades, cuando tuvo motivos de arrepentirse de su temeridad y osadía. Careciendo de fuerza suficiente para resistir el violento choque de la escuadra contraria, se vió precisado á cejar muy pronto, escapando á todo trapo del inminente riesgo que le iba á los alcances. Pero en vez de intimidarse con aquel revés, luego que puso á salvo sus galeras, resolvió volver á la carga, comunicando antes al Rey la esposicion en que habia estado, y la necesidad de que le prestase inmediatamente nuevos auxilios. San Fernando recibió alarmado aquel mensaje y contestó á D. Ramon en estos términos:

«Recibí carta vuestra por mano de vuestro fijo Don Pedro Bonifaz, é conozco la grand lealtad vuestra, y las buenas diligencias que facedes en concertar la vuestra armada, pues solo en vos tenemos puestas todas las esperanzas en esta empresa de Sevilla, que non se puede tomar si non se les quita la cadena que está en el río, que vos tengo escrito todo lo que se ha de facer, é vos vengades á mas andar, asegurando la vuestra armada de los moros, que ya sabedes, que sola la vuestra tengo, é que non vos puedo dar socorro por mar: que cometan grand capitán, é mi Almirante de toda experiencia, tengo puestas con el favor de Dios todas las esperanzas, que sin vos non se puede tomar esta villa. Yo salgo de Alcalá del Río luego, y daros he socorro, que me dais aviso como los moros vos vienen siguiendo por vos facer daño, y el socorro que me demandais, saldre de aquí mañana, é mirad de facer que non vos tomen la vuestra armada, que es en grand grado las galeras que tienen con otros barcos de Ceuta, y Tanjer y Sevilla, que me dais aviso, é sin los moros que van llegando por tierra, que es en grand número; pero confiado en la Virgen, espero de daros socorro, y estad con buen ánimo, que os prometo de facer todo esfuerzo, hasta veder en seguro la vuestra persona é armada, é faré de romper todos los peligros, come vos tengo escrito, que ya conozco en el grand peligro que tenedeis toda vuestra gente, y persona, de que fago toda estimacion, come tal vasallo, é de tanta prueba é confianza, come de vos tengo. Dios vos guarde. De Alcalá del Río á 4 de abril, Era de 1210 años. Yo el Rey.»

Estos elogios en boca de un monarca tan audaz reanimaron al Almirante, haciéndole mirar con indiferencia hasta el sacrificio de su libertad y su vida. Sin esperar, pues, á que llegase el deseado refuerzo, enderezó su rumbo hácia las aguas en donde campeaba la flota sarracena. Arengó breve pero enérgicamente á sus compañeros, y decididos estos á morir como héroes de la

milicia de San Fernando, sorprenden con brusco ataque las naves de Tanjer, apoderándose de ellas en pocos momentos; y cayendo con la rapidez del venablo sobre las de Ceuta y Sevilla, que descansaban desapercibidas en su última victoria, se hicieron dueños de ambas sin haber perecido en la refriega un solo soldado.

Cargado de despojos y prisioneros salió D. Ramon al recibimiento del Rey, que acompañado de su hijo Don Alonso y con una buena corte de guerreros, se hallaba acampado junto á la costa. Fuera de sí con aquella satisfactoria nueva saltó presuroso al mar el devoto Fernando, y dando gracias á Dios y á su invicto general, le manifestó la oportunidad que se presentaba para marchar sin dilacion contra Sevilla por el río que tenían á la vista. Antes de ponerse en movimiento envió D. Ramon, con beneplácito del Rey, una carta á su hijo Don Luis, que habitaba en su casa solariega de Burgos, ordenándole que se trasladase al Real con todos los caballos de armas y esfuerzo que tuviese disponibles, y pudiesen dar brillo y grandeza á sus valerosas huestes. Encargábale que tomando todas las doblas necesarias para presentarse como correspondia á su nobleza, entrase en el campo del Rey dando muestras de que era hijo suyo, é impávido campeón. También indicaba en aquel pliego el dolor que le causara la muerte de su hermano Don Juan de Bonifaz, acaecida en ocasion que él no habia podido asistirle en sus últimos momentos, como vivamente lo habia deseado, alegando que era primero *su honor y su rey*. Axioma y particularidades vacías de significacion entre nosotros, pero que no por ello dejarán de constituir el primer ornamento del patricio honrado y leal.

En los dias que trascurrieron hasta la llegada de Don Luis, cautivó el Almirante varios moros que asaltaban á los pasajeros, suscitando repetidas escaramuzas. El mismo se lo referia á su hijo en segunda carta, especificándole una que habia ganado con las siguientes palabras:

«Viniendo de quitar una presa, que habian fecho los moros en un puerto de mar de cien homes, fallé dos naos de turcos é moros, é las tomé, é fallé dentro un fijo del Rey de Córdoba, que nunca se quiso dar á partido, é dos fijas de Almete el de Granada, que he hecho presente á mi señor el Rey, y otras presas buenas de valor que iré dando, que cuando vengades las vedreis y dareis al señor D. Alonso. Vuestro padre D. Ramon Bonifaz. Del río de Sevilla á ocho de mayo, Era de 1210 años.»

Llegó por fin D. Luis al campamento donde con tanta impaciencia se le aguardaba, y dando el Rey la señal de partida, comenzaron á virar río arriba hasta que descubrieron á lo lejos los minaretés y las cúpulas de la encantadora poblacion que se prometian conquistar. Empero veíanla fortificada por todas partes y casi inaccesible. Un enjambre de moros se agrupaba encima de los adarves, llevando enormes aljivas á la espalda, y empuñando formidables arcos con que disparar una lluvia de harpones sobre la escuadra sitiadora. ¡Terrible empresa la que esta empezaba á acometer! Acaso los obstáculos mas obvios de los que resistian la toma de la ciudad eran su numerosa guarnicion, sus altas y robustísimas murallas,

sus ferradas puertas, y la obstinacion y el encarnizamiento del pueblo que la guardaba. Era todavía mas imponente la disforme cadena que cruzaba el rio desde la torre del Oro á Triana, interceptando el paso á las naves, y dejándole espedito para la conduccion de vituallas que de aquel barrio hacían los de la ciudad. Sin duda que si San Fernando no confiara mas en el favor del cielo que en el arrojo de sus súbditos, pronto hubiese abandonado una pretension tan árdua, á la vista de las infinitas dificultades que á cada momento inutilizaban sus cálculos. Diez y seis meses iban á cumplir sin esperanza de lograr ventaja alguna, cuando fraguó la última intentona, mas bien con la idea de despedirse honrosamente, que con la ilusion de ver coronados sus inútiles aunque reiterados esfuerzos.

Era el 16 de noviembre del año 1248, y habiendo pasado el virtuoso Monarca en oracion los tres dias anteriores *sin permitir que nadie le hablase*, dió aviso al Almirante Bonifaz, ordenándole que dispusiera dos naves y las acercara todo lo posible á la fatal cadena. Hízolo como se le mandaba el entendido gefe, y aunque sirviendo de blanco á las flechas que los moros descargaban, no por eso suspendió su derrotero. Favoreciale mucho un viento ábrego que habia comenzado á soplar; y tal incremento adquirió, que hinchando completamente las velas de las dos embarcaciones, las empujó de una manera espantosa rompiendo no solamente la cadena sino tambien el puente de madera que facilitaba la correspondencia entre Triana y Sevilla.

Dueños ya los cristianos de la línea que mas interesaba dominar á los infieles, intimaron á estos la rendicion, haciéndoles ver el trágico fin que les esperaba, si se obstinaban en ceder á la falta de alimentos, antes que capitular con sus vencedores. Les señalaron el plazo de siete dias para que tomasen su determinacion; y efectivamente, al amanecer el 23 de noviembre del año 1248 entregó el Rey de los usurpadores á San Fernando las llaves de la ciudad en una bandeja de oro, desde cuyo tiempo quedó Sevilla con el doble renombre de hermosa y de cristiana.

Como la armada del Almirante fué la que arrojó el primer peligro, obtuvo D. Ramon en recompensa de su audacia muchos y costosos regalos. Un rico alfanje, que habia pertenecido al Rey árabe de Sevilla; el señorío de Villeveta en la merindad de Castrojeriz, y el de la villa de Abriada en Campomunoz fueron las primeras pruebas de la generosidad y agradecimiento de San Fernando hacia su heroico vasallo. Siguiéronse á estas otras donaciones, mercedes y privilegios, manifestándose el primer Almirante de Castilla cada vez mas acreedor á las consideraciones del Soberano, ya prestándole personalmente servicios, ya defendiendo su causa por medio de sus riquezas y deudos. No existe nombre mas repetido en la historia de D. Fernando el Santo, que el de D. Ramon de Bonifaz. Las escasas familias que van perpetuando en nuestro siglo su honorable apellido le reconocen con justo orgullo por su progenitor, bien que en realidad solo fuese un vástago ilustre del árbol que estaba dando una sucesion continuada de defensores al cristianismo y á

sus principes, desde D. Ocon de Bonifaz, conde é individuo del Senado romano; y nombrado el año de 424 gobernador y virrey general de los estados de Africa.

Pero el tiempo que destruye las fortunas y deslustra con su aliento las hazañas mas brillantes de los hombres, tambien se ha burlado del prestigio de los Bonifaces; de aquella influencia sin rival que ejercieran en la corte de todos los Reyes de Castilla, desde Eurico el Godo hasta San Fernando, y desde San Fernando hasta el Emperador Carlos V. Hemos referido hace poco en un artículo, que al dar principio á este, memoramos el estado lastimoso á que ha venido á parar el sepulcro del primer Almirante, los de sus inclitos sucesores, y la suntuosa iglesia en que disfrutaban el derecho de patronato.

No señalamos el año en que D. Ramon dejó de existir, porque tampoco hemos podido averiguarle. Recorriendo posteriormente el salon del mencionado templo, encontramos entre los escombros el escudo de sus armas, ostentándose partido su palo con escoques á la derecha de oro y gules, y once leones coronados sobre azul á la izquierda: adornado el contorno de cuatro pendones lunados en gefe, cuatro áncoras en punta y la cadena de Sevilla en orla, rota por medio.

Este ha sido indudablemente el último vestigio del Almirante, espuesto á la vista del público. Aun cuando subsisten todavía dos familias celosísimas por la conservacion de los pergaminos en que se le tributa el debido homenaje, y en que se elogian las relevantes prendas de los diez y siete hijos que tuvo en sus cuatro matrimonios, jamás volverán á recobrar aquel recuerdo glorioso encomendado á la custodia de una tumba, que los revolucionarios extranjeros convirtieron en arcilla, como otras innumerables de no menos importancia, mérito y estimacion.

RAFAEL MONJE.

USOS Y TRAJES PROVINCIALES.

Un columpio en Sevilla.

Entre las infinitas diversiones con que se entretiene la mayor parte del año el pueblo de los cuatro reinos de Andalucia, y especialmente el de la oriental Sevilla y otros lugares comarcanos, descuella por la novedad que ofrece á todo extranjero la fiesta popular conocida con el nombre de *un columpio*. Encontrándome yo en esa ciudad no há mucho tiempo, quise ver por mis propios ojos esa famosa justa, para lo cual me asocié con varios amigos que se encargaron de conducirme á la primera que tuviese lugar, en Sevilla ó en sus contornos. En efecto, avisáronme á los pocos dias que me preparase para la deseada funcion, que habia de tener lugar en la tarde de un domingo, en las afueras de la célebre venta de *Eritaña*. Encuéntrase esta colocada casi á la embocadura del *Guadaira* (riachuelo que se alimenta de las hermosas aguas del *Guadalquivir*), que se abre un camino difícil por entre frondosos árboles y pintorescas guijas, á no

larga distancia de Sevilla, y por cima de los hermosos jardines conocidos con el nombre de las *Delicias*. Sobre ese pequeño brazo del antiguo Betis hay un puente de piedra que conduce al camino de varios pueblos y cortijos del contorno, y que arranca al pié de la misma puerta de la venta. Por un lado pues (por el derecho) pasa el

Guadaira, que lame sus muros, por el de la puerta principal está el sobredicho puente y el camino del arrabal de *San Bernardo*, que también conduce á las puertas de *San Fernando* y de *La carne*; por detrás tiene una magnífica arboleda de higueras y de naranjos que concluye en la misma orilla del Guadalquivir, y al frente del



(Un Columpio en Sevilla.)

izquierdo otra venta, cuyo nombre he trascordado, aunque sí tengo presente que sirve de *punto* á ciertos empleados de la hacienda pública, y con cuya *venta-aduana* forma una especie de plazuela cuadrilonga de bastante estension, que se continúa por una ancha alameda de corpulentas acacias hasta la *Noria de las Delicias*, que es una máquina de vapor para el mas fácil riego de sus encantadores bosques y jardines. En este sitio ameno, de lo mas pintoresco y poético que la imaginación pueda concebir, era donde habian de tener lugar las animadas escenas de la fiesta del *columpio*.

Era una de esas magníficas tardes de febrero, tan frecuentes en Andalucía. El sol, que habia estado bri-

llante todo el día, comenzaba á acercarse á un horizonte de carmin y oro entibiando sus rayos, y las nubecillas de variados colores que se agrupaban caprichosamente en su derredor, formaban uno de los espectáculos mas sorprendentes de la naturaleza. Salimos de Sevilla por la hermosa puerta de *Triana* y nos dirigimos á las alamedas del rio que habian de conducirnos hasta la misma puerta de la venta. Vimos algunos grupos de mugeres graciosamente ataviadas con sus vestidos blancos y sus mantones de grana ó mantillas de felpa, que acompañadas de unos cuantos mozos de la tierra, con sus *marselleses* al brazo y armado alguno con su correspondiente guitarra, desembocaban del puente viniendo de *Triana*, y tomaban

el mismo camino que nosotros llevábamos. Otros iban haciendo caracolear sus caballos, enjaezados á estilo del país con grandes aparejos y caireles de vistosos colores, llevando á las ancas unas mozas de lo mas particular que en todos los barrios de Sevilla se conocen, y que aparentando temor de medir con sus costillas el suelo y de enseñar en su caída algunas cosas curiosas, sujetaban las enaguas con sus pies y se estrechaban fuertemente con su brazo izquierdo á la cintura del *cruo*, al mismo tiempo que volviendo la cabeza con muchísima la gracia, se sonreían mostrando dos filas de perlas en lugar de dientes, de que no hay mas que hablar.

En estas y en las otras atravesamos los jardines del paseo de *Cristina* hasta llegar á la esquina de *San Telmo*, y desde allí seguimos por la misma orilla del río hasta la *Noria de las Delicias*, donde ya empezó á obstruirse el paso por la mucha gente, que llamada por la fama é impulsada por su afición, habia acudido á participar del *jaleo*.

Todo aquello presentaba el cuadro mas gracioso y animado que he visto en los dias de mi vida; veíanse por un lado grupos de majos fumando sus chichos, limpiándose el gargüero con algunas *cañitas* de manzanilla, que es la bebida de esta clase de funciones, y hablando con una formalidad increíble: por otro se encontraban muchachas como perlas orientales tendidas mas bien que sentadas alrededor de los árboles cantando *playeras* y tocando la guitarra y los *palillos*; por acá otro grupo de hembras y de individuos que habian formado un círculo, en cuyo centro se entretenían en bailar las *boleras* acompañadas por las *guillabaoras* y *tocaors* del concurso, y mas allá un enjambre de chiquillos enredando de mil maneras diversas. Por medio de toda esta multitud embriagada de alegría atravesaban las parejas á caballo, las calesas, cuya celeridad portentosa á duras penas permitía distinguir la gente que conducían; los *señoritos* también á caballo, y vestidos con el traje del país, y otra infinidad de curiosos que acudían al cuadrilátero de las dos ventas á tomar parte en la algazara general, todos en diferentes vehículos, entre los que se hacia notar por su profusión el de las propias piernas de cada cristiano.

Esquivando el ser atropellados por los calesines, caballos y alguno que otro coche de alquiler, cargado el que menos con ocho personas, nos íbamos entreteniendo en todos los grupos donde cantaban, bailaban y bebían para ver á aquellas criaturas de Dios, admirar sus gracias y sus incitantes al par que pudorosos movimientos, y para escuchar sus lindísimas coplas. En una de aquellas reuniones donde á nuestra llegada nos brindaron é hicieron aceptar con una civilidad graciosa y estremada un medio de manzanilla y un plato de aceitunas, habia una hembra que derramaba la sal por todos los poros de su cuerpo. Recostada al pié de un árbol negligentemente, pero con una fuerza de afinidad irresistible, se entretenía en *soltar tonadas* por lo bajo, acompañándola con un *punteo* de guitarra de lo que no se ha oído, un moquito bien cortado, cuyos hermosos ojos árabes apenas se distinguían; de tal suerte tenia colocado su sombrero, que casi descansaba el ala en el ligero caballete de su nariz.

Al llegar nosotros, la *guillabaora* se embauló una *cañita* para ponerse en voz, y comenzó á cantar de lo bueno.

Si tuviera mas papel que el necesario para escribir estas líneas, de buena gana me detendría aquí para copiar algunas de las muchas y buenas coplas que cantó aquel pimpollo de oro, seguro de que darían gusto á quien quiera que las leyese; pero no siendo así, por desgracia, me contentaré con apuntar la siguiente, que arrancó innumerables aplausos, y en verdad que bien los merecia, pues la echó con un sentimiento y un *aquel* sin iguales. La copla decia así:

«¿Cómo quieres que compare
al charco con una fuente?»

Sale el sol, se seca el charco
y la fuente permanece.»

Por esta muestra podrá juzgarse y formar una idea de las canturias de aquella *Calandria*, que así le llamaban sin duda por su extraña habilidad.

En fin, llegamos al sitio donde estaba el *columpio*, que como ya he dicho era entre las dos ventas referidas. Habia una muralla impenetrable de cabezas, caballos, burros, hombres, mugeres, niños, perros y qué sé yo; y en medio de todo una gran calle por donde corría en sus rápidas oscilaciones el *columpio*, á cuyo efecto se habian levantado en uno de los extremos de esta dos gruesas vigas de bastante elevación atravesadas por otra tercera, en la que estaban atadas con un envoltorio de trapos para evitar el roce, las dos cuerdas que constituían aquel carruaje aéreo. Las tales dos cuerdas se unían en su extremo inferior como á una vara de distancia de la superficie de la tierra, y habian puesto entre ellas para envolver los nudos de la atadura unas almohadas cubiertas por una manta de listas de diferentes colores. Sobre aquel aparejo estaba sentada una muchacha con un vestido blanco recogido y atado á sus pies con un pañuelo una toquilla ó pañoleta de espuma color de grana, y en su cabeza de hermosísimos cabellos castaños, un manojo de rosas colocado detrás de la oreja izquierda. Levantados los brazos y agarradas sus manos de las sendas cuerdas, subía y bajaba en el *columpio* cantando alegremente, con la misma tranquilidad que pudiera hacerlo un jilguero que entonasé sus trinos sobre la rama de un árbol, dulcemente mecido por la brisa.

Acompañábanla otras veinte voces y media docena de bien templadas guitarras y castañuelas, que formaban un ruido tan grato como alegre, y al final de cada copla daban todos los que cantaban un tan agudísimo y prolongado chillido, que no podían menos de resentirse mis profanas orejas. Mas fué tanto lo que cantó, gritó y se jaleó la del *columpio*; tan rápida la elevación y bajada de este, y tal vez también, tanta la divina *pita* que habia guardado en su estómago, que empezó á debilitarse su voz y á empalidecer, de roja como la flor de la granada que estaba. Los que mecían, que eran dos mozos buenos, por medio de dos cuerdas delgadas atadas á las del *columpio* junto al asiento, las soltaron, y dejaron á este que parase por su propio peso. Así fué en efecto. En el momento de parar se tiró al suelo de un salto, dió cuatro cabriolas y fué á sentarse con la gente que canta-

ba y tocaba, diciendo con mucha gracia, «por poquito no me mareo».

Otras muchas subieron despues al *columpio*. Unas lo hacian solas dando un salto; otras eran tomadas en brazos por los *macarenos* de la reunion y colocadas en el asiento; algunas se dejaban atar los pies con un pañuelo para que no se le levantasen las enaguas con el viento; y otras mas diestras, no consintiendo la tal ligadura, hacian despejar los grupos del frente para que al descender el *columpio* no les viesan las pantorrillas, aunque si tenian el cuidadoso descuido de entregar á los ojos de la multitud unos remates de empernadura de lo mas rico que en la tierra se conoce, dejando lo demas á la imaginacion de cada *quisque*.

Así pasaba, cuando una mozuela que se estaba meciendo hubo de marearse por lo visto; porque perdió el color abandonando las cuerdas; y por muy pronto que hácia ella quisieron acudir, ya habia dado un tremendo costalazo haciéndose una pequeña herida en la cabeza, (que el ventero restañó con una pegadura de yesca), y unas cuantas contusiones.

Esto, reunido á que se acercaba la noche á pasos de gigante, pues ya se habia ocultado el sol completamente detrás de los bordados cerros de San Juan de Aznaljarche enviando tan solo el espirante crepúsculo algunos débiles rayos por entre los espesos árboles de las *Delicias*, hizo que la gente se desanimase y fuese levantando sus reales. Grupos cantando y tocando se retiraban por el camino de *San Bernardo*, otros hácia Sevilla y Triana por la ribera del *Guadalquivir*, y otros montados en jumentos ó subidos en carretas atravesaban el puente del *Guadaira* dirigiéndose á los inmediatos cortijos y hasta á la misma poblacion de *Dos hermanas* que dista dos leguas respetables de Sevilla.

A esta tambien nos encaminamos nosotros, refiriendo cada cual lo que habíamos escuchado, y considerando yo que en aquel mismo sitio que era todos los dias, y que habia sido especialmente aquella tarde el teatro de tanta diversion, embriaguez y locura, no hace muchos años que ahorcaban á los condenados á muerte. Por lo demas, siempre me acordaré de aquella alegre tarde pasada en la famosísima venta de *Eritaña*.

F. DE V.

VARIEDADES.

Manías.

¡Cuántas y cuán grandes extravagancias ha hecho cometer el deseo de poseer lo que nadie poseia, ó al menos lo que solo posee un pequeño número de afortunados! Así es, que se dice ha habido quien haya ofrecido cien mil francos por un diente de Eloisa. Mr. Berthoud ha recogido cuidadosamente algunos cabellos y un cartilago de la nuca de Fieschi. El cráneo de Lacenaire figura en once colecciones diferentes de ciertos craneólogos.

¡Quién hay que ignore hubo un tiempo, que los tu-

lipanes de Haarlem se cotizaban regularmente en la bolsa de Amsterdam y se cambiaban á peso de oro. Para obtener una sola de esas adoradas flores, un viejo burgo-maestre holandés, hombre despreocupado y perfectamente enterado ademas del precio corriente de las cosas, dió un dia dos carros de trigo, cuatro de cebada, cuatro bueyes, doce ovejas, dos medidas de vino, cuatro toneles de cerveza, dos de manteca, diez quintales de queso, un vestido completo de hombre, y una gran copa de plata maciza. Existia en Lilla á vista de Gante una cervceria, que llevaba el nombre del Tulipan porque habia sido dada en cambio de un hermoso tulipan. La manía de las flores no ha sido de larga duracion, ahora encontrareis muy fácilmente por 30 florines y quizá menos, la cebolla de flor del *Semper augustus*, que en otro tiempo no os la hubieran dado por 13,000.

He visto y tocado un vestido que se decia habia llevado puesto Mad. Sevigné; no me atrevo á escribir lo que dieron por él, baste decir, que con el precio que costó se hubiera podido hacer una casa. Se ha vendido á mas de quinientos viajeros ingleses, la pluma histórica y auténtica con que se decia habia firmado Napoleon su abdicacion en Fontaineblau.

El hecho mas asombroso que encierran en sus páginas los anales de la bibliomanía, es el precio de 2,260 libras esterlinas (230,520 rs.) en que fué adjudicado el mes de junio de 1812 un ejemplar del Decameron de Boccaccio, cuando se hizo almoneda pública de los libros del Duque de Roxburhe.

El Marqués de Blandford, hijo del Duque de Marlborough, fué el que obtuvo en un precio tan exorbitante aquel volumen en folio de 260 hojas; salido en 1471 de las prensas de Valdapfer en Venecia. Hay que advertir que se han hecho por lo menos doscientas ó trescientas ediciones del Decameron y que existen algunos ejemplares de esta obra muy buenos que apenas costarán 6rs.; pero el marqués tenia empeño de poseer uno del año de 1471, que son efectivamente raros, aun cuando su impresion muy mediana nada ofrece de particular. Fué su competidor Lord Spencer, y precisado seis años despues á abandonar tambien á su vez su biblioteca á las vicisitudes de una almoneda, vió pasar al Decameron de 1471 á los estantes de su rival, mediante la suma de 918 libras esterlinas y 15 sch. (93,720 rs.)

El mas antiguo de los relojes.

Los pueblos del oriente miden el tiempo por la longitud de su sombra. Si os acercais á preguntar á alguno que hora es, se colocará de pié derecho al sol, y mirando hasta que punto llega su sombra, medirá con sus pies la longitud y os dirá la hora casi sin discrepar. Los trabajadores desean con ansia ver aparecer la sombra que les indica el momento en que deben dejar su tarea. El que tiene gana de dejar el trabajo dice: «¡que lentamente camina mi sombra! ¿Porqué no habeis venido mas temprano?—Porque aguardaba mi sombra.» En el capítulo séptimo de Job, se dice: «Así como un obrero desea ver llegar su sombra.»

EPISTOLA A FABIO.

(Dedicada á mi buen amigo D. R. Campoamor.)

Mi querido amigo Fabio
acá desde este lugar
te dirijo la presente
como prueba de amistad.
Es tan solo mi intencion
poderte alegre contar,
en qué me paso la vida
en este estío infernal.
No está muy llena de lances
si he decir la verdad,
puesto que aquí no hay teatros,
cafés, prado, ni canal,
ni se escucha mas Persiani
que el sochantre ó sacristan;
pero en cambio de todo esto
vivo en amplia libertad,
es decir, segun me place,
que es ahora lo principal....
Como, bebo, me paseo,
y estoy hecho un holgazan....
No me oprimen las trabillas
ni me martiriza el frac,
y los guantes de Dubost;
ni menos ese dogal
que se llama corbatín,
y es un cáustico en verdad....
Duermo mejor que un ministro,
y tambien que un general....
No me encuentro tanto fátuo
presumido y charlatan,
que, aunque periodista in fieri,
critica á Chateaubriand,
á la Tosi, al Chiclanero,
y despues á Alí-Bajá....
Tantos señores en coche,
que hace poco iban detrás....
Tanta Marquesa que ayer
fué con la cesta á comprar....
En fin, chico, en este pueblo
hago una vida *animal*....
No me desvela Belisa,
ni temo que su mamá
con cara de semisuegra
se me atreva á interpelar
con.... Ya vé V., la niña pierde....
Advierte la vecindad
quien entra y sale en mi casa,
y es preciso.... Pues.... ya.... ya....
Luego lo averigua Filis,
y sin mas acá ni allá
me declara guerra, y pone
en estado *escepcional*....
Una tercera en discordia,
que ya cuenta antigüedad

me acaba de poner loco,
y.... ¡Ay Fabio!... No mas, no mas,
No mas tornar á Madrid....

Déjame vivir en paz
en este rincón del mundo
hecho un rústico patan....

¿A qué quieres que me vuelva?

¡A escribir versos quizá!...

¡No hay dudal... ¡Hiciera carreral...!

La ocurrencia es singular....

¿Quieres que haga una comedia?

Fuera gran temeridad

cuando se traducen siete

en menos que se dirá,

y despues se representan

treinta dias cada cual,

diciendo el que las tradujo

lleno de aire y gravedad....

Progresá nuestro teatro:

se escluye una original

con tal que sea mediana;

pero traduccion jamás,

y mas si el protagonista

es un agudo puñal....

Así, mi querido Fabio,

me ha ocurrido tiempo há

hacer un drama en francés

que pase en un hospital

la accion, muriendo á docenas

del cólera.... ¿Crees no habrá

quien le traduzca al momento,

y le haga representar,

recibiendo mil aplausos

del público, mucho mas,

si le toca contagiarse,

y todo al fin morirá,

con convulsiones, calambres,

náuseas, asfixia infernal,

habiendo alguno del patio,

que llegará hasta matar

las inermes candilejas,

para aumentar mas y mas

lo patético del drama,

y desenlace fatal?...!

Pues yo si lo creo, Fabio,

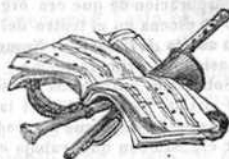
y al comenzarle á anunciar

monto á caballo, y te ofrezco,

ir á verle, y.... á *silbar*....

Illescas setiembre de 1846.

N. R. DE LOSADA.



CRONICA.

Tenemos sumo placer en anunciar á nuestros lectores, que se ha repartido la primera entrega de la lujosa edición que en esta corte ha comenzado á publicarse del *Teatro de Calderon*. Vergonzoso era que hasta el presente no se hubieran hecho otras impresiones de las comedias de nuestro gran poeta, que las incorrectas y defectuosas antiguas, en que el lector tiene que interpretar con mucha frecuencia el texto. Cuando en París, en Londres, en Leipsik y Viena, se ha rendido justo homenaje á Calderon, haciendo hermosas ediciones de sus obras, era mengua que

no se reprodujeran entre nosotros las producciones de este hombre grande.

El desenterrar ó por lo menos facilitar el estudio del Teatro de Calderon, reportará ademas el notable servicio de popularizar los pensamientos de este autor, y aun de dar impulso y acertado giro á nuestra literatura, presentando como modelos esas escenas escritas con la gracia de imaginación y de estilo, que de tal modo resalta en todas sus obras, ataviadas siempre con la magia de una poesía llena de imágenes y armonía que tal encanto dan á sus comedias.

La edición es digna de las obras de Calderon y vá enriquecida con grabados en madera que parecen serán cerca de 1000. Si hay publicaciones que no necesitan que se añada recomendación á su título, es sin duda alguna de este número, la que tiene por objeto reproducir dignamente las bellezas del Teatro de D. Pedro Calderon de la Barca.

Escenas de teatros.



(Farfarella.—Acto 2.º—El delirio del Pintor, escena por la Guy Stephan y Petipá, hijo.)

Ha comenzado á ver la luz pública desde el lunes 7 del corriente, un periódico de modas y novedades con el título de la *Elegancia*. Consta cada número de 8 páginas de hermosa impresión con cubierta de color y alternativamente un figurin de París, una pieza de música para canto ó piano, un pliego de labores y patrones y un retrato ó estampa. Con el título de Floresta literaria inserta escogidas producciones en verso y prosa.

Se ha publicado una memoria por la junta calificadora de los productos de la industria española presentados en la exposición pública de 1845; recomendamos su lectura á todos los que se interesen en los progresos industriales del país.

Ha resucitado la *Gaceta* de la Academia Real de música y de declamación, lo cual no se explica fácilmente, después del desastroso fin de la corporación de que era órgano.

Se ha puesto en escena en el teatro del Instituto la ópera bufa en tres actos *La vuelta de Columela*. Numerosa y escogida fué la concurrencia que asistió la primera noche y aplaudidos con justicia los cantantes. Sobresalió entre ellos la señora Soriano que reúne cualidades de artista recomendable: la señorita Gamarra cantó con la maestría que la distingue: agradó por su hermosa voz de varitono y por el gusto con que trabaja el señor Hernandez; también merecieron los aplausos del público los señores Montañés, Sanz, Figueras, Olivet y Berdalonge. La orquesta y los co-

ros estuvieron bien, conociéndose que la ópera se había ensayado perfectamente. Pronosticamos buenos resultados á la compañía del Instituto si continúa trabajando con el mismo celo. Parece que se ensayan para ponerse prontamente en escena *Las aventuras de Escaramucia* y el *Barbero de Sevilla*.

Se ha ejecutado en el teatro del Príncipe una comedia nueva traducida del francés titulada *Daniel el tambor*. De alabar son los esfuerzos desesperados que hizo la compañía para salvar á Daniel de un naufragio terrible y que era de temer en vista de la tormenta que empezaba á formarse á medida que la comedia iba mostrando hasta que punto era mala. La señora Lamadrid y el señor Romea estuvieron felicísimos, debiéndose tan solo á su talento que la fancia no acabara con una silba estrepitosa.

Prepárase para ponerse en escena en el teatro de la Cruz, el drama nuevo titulado *El mercado de Londres*. Personas que conocen esta producción aseguran que es de mucho interés y que pinta con la mayor exactitud las costumbres inglesas.

En el Circo se ha representado el gran baile fantástico en tres actos titulado: *Farfarella ó la hija del infierno*. La concurrencia fué numerosísima, y la señora Guy Stephan trabajó con la gracia y el encanto que acostumbra, distinguiéndose en la interesante escena que representa nuestro grabado.

ANTIGUEDADES ESPAÑOLAS.



EL SEPULCRO DEL REY D. PEDRO EL CRUEL.



ONSAGRADAS siempre las columnas del *Semanario* á perpetuar ja memoria de nuestros monumentos históricos salvándolos así del olvido á que los han condenado el trascurso de los tiempos, y el espíritu destructor del siglo que alcanzamos; creemos sean el lugar mas á propósito para dar á conocer uno de los pocos objetos notables

los mas; tal es el sepulcro del tristemente célebre Don Pedro el Cruel en el convento de Santo Domingo el Real. Muerto en 1369 aquel Monarca á manos de su hermano Enrique en el campamento de Montiel como todos saben; fué su cadáver depositado en aquella villa donde fundó D. Enrique, segun el mismo asegura en su testamento, un monasterio de doce frailes para que rogasen á Dios por el alma de D. Pedro. Ignoramos el tiempo que allí subsistieron sus restos, ni el motivo por qué fueron trasladados á la iglesia de San Antonio de la Puebla de Alcocer donde permanecieron hasta el 24 de marzo de 1444, que Doña Constanza de Castilla, nieta del mismo Rey Don Pedro siendo priora de Santo Domingo el Real con beneplácito de D. Juan el II que reinaba á la sazón, los hizo transportar á su convento depositándolos en un suntuoso enterramiento que erigió en medio de la capilla mayor inmediato al altar. En 1612 con motivo de renovaciones hechas en la iglesia el sepulcro de D. Pedro fué

que encerraban los viejos muros de la noble villa de Madrid antes de ser corte, olvidado de todos é ignorado de

colocado en un nicho de la misma capilla que ocupaba al lado del Evangelio. Segun vemos en algunas crónicas antiguas de Madrid, los reyes nombraban guarda mayor de este sepulcro, y una de ellas nos conserva el nombre del que desempeñaba este cargo en 1504 que era Pedro Hurtado, vecino de Madrid. En la referida capilla mayor hizo Doña Constanza construir otro sarcófago para su padre D. Juan de Castilla mandando venir sus restos desde Soria. La historia de este desventurado Príncipe, tronco del noble apellido de Castilla, es de suyo tan romancesca é interesante, que creemos no llevarán á mal nuestros lectores hagamos aquí una pequeña digresion para

apuntar sus principales sucesos poco conocidos. Era hijo del Rey D. Pedro y de su esposa de un día Doña Juana de Castro. El Rey lo distinguió siempre con señaladas muestras de cariño, y le llamó en su testamento á la sucesion de la corona despues de las hijas de Doña Maria de Padilla. D. Juan siguió la varia fortuna del Rey su padre, y fué en su compañía á Inglaterra donde quedó en rehenes hasta el reinado de Juan I, que en la paz que estipuló con los ingleses fué una de las condiciones que el Duque de Alencastre entregaria la persona del Infante D. Juan, prometiendo el Rey de Castilla conservarle la vida, aunque para que no turbase el sosiego del reino



aspirando á la corona (á la que sin duda tenia mejor derecho que D. Juan I) le tendria asegurado en prision. El tratado se verificó en todas sus partes, y el Infante fué encerrado en la fortaleza de Soria en 1386. La desventurada suerte del cautivo Príncipe, interesó el corazon de la bella Doña Elvira de Falces, hija de D. Beltran de Eril, caballero de mesnada en Aragon y Alcaide del castillo de Soria. El Infante no fué insensible á los encantos de la hija de su guardian, y la tomó por esposa; no solo, como dice un historiador antiguo, por su buena cara, sino por considerar aquel vínculo como medio oportuno para su

libertad. El fruto de este enlace fueron dos hijos; Don Pedro que llegó á ser obispo de Osma y Palencia, y la priora Doña Constanza. Esta señora para consagrar un recuerdo á la desgraciada vida de su padre, dispuso que la estatua que lo representaba sobre el sepulcro, tuviese grillos para dar á entender que habia muerto en la prision. Un epitafio se leia en este lucillo que decia así:

Aquí yace el muy escelente señor D. Juan hijo del muy alto Rey D. Pedro, cuyas ánimas nuestro Señor haya y de tres hijos suyos; su vida y fin fué en prisiones en la ciudad de Soria. Fué mandado enterrar por el Rey

D. Enrique en San Pedro de la misma ciudad de Soria. Traslado sus huesos viernes 24 de diciembre año de 1462 aquí en esta sepultura Soror Doña Constanza de Castilla su hija, priora de este monasterio, cuya ánima haya nuestro Señor.

Los que me mirais, conoced el poder grande de Dios, él me hizo nacer de muy alto Rey, mi vida y fin fué en prisiones sin lo merecer; toda la gloria de este mundo es nihil, bienaventuranza cumplida es amar y temer á Dios.

Ningun vestigio resta de esta tumba de D. Juan que era segun los historiadores madrileños, un modelo de buen gusto y magnificencia. Volvamos á la de D. Pedro. Al restablecer la pared de la capilla mayor que estaba ruinoso, fué trasladado el túmulo, no sabemos en qué año, al interior de la clausura donde subsistió hasta la guerra de Independencia, que sirviendo el convento de cuartel fué totalmente destruido el real sepulcro por los soldados franceses, conservándose únicamente la estatua que lo decoraba, que se halla abandonada hoy día en una bóveda del mismo convento, y cuyo fiel traslado vá por cabeza de este artículo. Es una de las mas bellas muestras de la escultura del siglo XV en que las artes, muertas por el espíritu en demasia belicoso de la edad media empezaban á renacer. Es de mármol blanco, y está de rodillas con las manos juntas en actitud de hacer oracion; no tiene corona aunque se conoce haberla tenido en otro tiempo de metal. Toda la estatua está escultada con pasmosa proligidad, en especial el manto y la cota de maila que sobresale por bajo de la armadura, son de una ejecucion admirable.

Las repetidas traslaciones y la barbarie de los soldados franceses, mutilaron lastimosamente esta bellissima escultura que es sin embargo un objeto digno del mayor aprecio para los amantes de las bellas artes (1). En efecto, el diestro cincel del artista que Doña Constanza eligió para ejecutar el simulacro de su abuelo, dió tal animacion al mármol, que al contemplarlo el observador, cree por un instante estar frente á frente, con el terrible Don Pedro el asesino de su esposa y de sus hermanos, el envenador de su madre, el Neron de Castilla. Debemos advertir aquí á nuestros lectores, que cuando visitamos el interior del convento con objeto de copiar la estatua que describimos, nos acompañaba un entendido frenólogo que examinando detenidamente su cabeza segun la doctrina del doctor Gall, descubrió en ella muy pronunciados los órganos de la crueldad, avaricia y liviandad, pasiones que formaban el carácter del Rey segun todos nuestros historiadores. Los restos de aquel tirano que por diez y nueve años hizo temblar á Castilla, yacen actualmente en un miserable nicho practicado en la sala llamada del Capitulo con esta humilde inscripcion en letras negras.

(1) No podemos menos de llamar la atencion de la comision de monumentos históricos y de la Real Academia de la historia para que esta estatua tan apreciable por el mérito de su ejecucion como por ser el retrato mas semejante del célebre Rey Don Pedro sea restaurada y colocada en lugar mas conveniente.

AQUI ESTAN LOS HUESOS DEL REY DON PEDRO
Y DE SU HIJO EL INFANTE DON JUAN.

Ningun trofeo orna la tumba de aquel Rey aborrecido, ninguna plegaria se eleva al cielo por el descanso de su alma.... La guadaña del tiempo y la mano de los mismos hombres que le derribaron del trono, destruyeron el suntuoso monumento que le consagrara la ternura filial, y solo queda indeleble la memoria de sus crueldades que la historia nos ha legado en páginas escritas con sangre.

Concluiremos este artículo con presentar á nuestros lectores la vista del enterramiento de la Infanta Doña Constanza que se conserva íntegro en el coro bajo del mismo convento de Santo Domingo, que si no de un gran mérito artístico es digno de consideracion por ser, segun creemos, el único monumento de su clase y de aquella época que exista en Madrid.

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO.

LA ESPADA DEL DUQUE DE ALBA.

NOVELA HISTORICA.

V.

La espada.

(Continuacion.)

Estas precauciones y la destreza que desplegó el joven flamenco favorecieron de tal manera su salida de España y su llegada á Italia, que arribó á Roma sin despertar la mas mínima sospecha. Así que pisó el territorio de la Santa Sede, se despojó de su disfraz y le fué sumamente fácil obtener del Papa la audiencia que solicitó. El gran nombre de Carlos V allanaba todas las dificultades. Paulo IV despachó inmediatamente órdenes á los legados pontificios de España para que promoviesen una cuestion de competencia entre ellos y el tribunal de la inquisicion. Entonces el Santo Padre avocó el negocio á Roma adonde fué conducido Carranza, y desde aquel instante su cautiverio no fué ni penoso, ni temible, aunque continuó prisionero por algun tiempo en el castillo de Santo-Angelo.

Dos años tardó en concluirse este negocio, tantos fueron los obstáculos que hubo que vencer para lograr que la inquisicion entregase su prisionero al Papa. Transcurridos estos dos años, Joos, luego que hubo dado cima felizmente á la delicada negociacion que le encargara su Señor, se puso en camino para Gante. Trataba de pasar inmediatamente á España, empero á la mitad del camino llegó á su noticia la muerte del Emperador. Esta triste nueva le hizo apresurar la vuelta á su país natal. Una tarde con el corazon palpitante y los ojos inundados de lágrimas, llegó por fin á su casa y llamó suavemente á la puerta. Su misma esposa vino á abrirle, mas en lugar de arrojarle en sus brazos, en vez de manifestarle su

alegría y su dicha, empezó á llorar amargamente y á dar muestras de un terror y una desesperación sin límites. La señora Gertrudis vino corriendo á los gritos de su nuera y participó tambien del dolor de Estina al ver á Joos.

—¡Dios tenga piedad de nosotros! exclamaba, porque sino mi hijo está perdido sin remedio! ¡Ay! es posible que no le hemos de volver á ver despues de una ausencia tan larga sino para perderle de una manera cien veces mas cruel todavia!

¡Dónde le ocultaremos! decia Estina. Estoy segura de que no tardarán en venir á buscarle; es preciso sustraerle á sus pesquisas.

Y las dos mugeres arrastraron á Joos hácia la cueva buscando algun rincón donde esconderle.

Entonces solo fué cuando Joos pudo saber de ellas algunos pormenores. Pasados unos cuatro meses despues de ocurrida la muerte del Emperador Carlos V los alguaciles del Duque de Alba se habian presentado casi todos los dias en la habitacion del jóven flamenco á informarse de si habia venido, colocaron centinelas en todos los barrios de la poblacion, y registraron escrupulosamente la casa del aldeano hasta sus mas ocultos rincones.

—¿Qué has hecho, le preguntó su madre, para atraer el enojo de este tirano de los Paisés-Bajos?

—¡Oh! nada que sea indigno de un cristiano, lo juraria por la cabeza de mi hijo, ¿no es verdad Joos? interrumpió Estina con su voz dulce.

Joos que se acordaba del suceso de Carranza, sabia demasiado á que atribuir las persecuciones del Duque de Alba, pero al oír la palabra de hijo lo olvidó todo.

—¡Mi hijo! exclamó, ¡mi hijo, Estina! ¡oh! que yo le abrace, que le estreche una sola vez entre mis brazos! ¡y despues que venga el Duque de Alba! ¡Mi hijo! ¡ay! durante mi larga ausencia sin haber tenido noticia alguna de ti, ni en España, ni en Italia, privado siempre de medios de comunicacion, ignoraba que Dios hubiera bendecido nuestro matrimonio. ¡Hijo mio! ¡quiero verle! ¡quiero abrazarle!

Y á pesar de los esfuerzos de su madre y de su muger, se escapó de la cueva y se dirigió á la cuna donde dor-

do en sus brazos á la hermosa criatura, cuando los alguaciles rodearon la casa.

—En nombre del Duque de Alba, dijo el oficial que los mandaba, Joos, antiguo servidor de S. M. el Emperador Carlos V, sois mi prisionero.

—¿Cuál es el crimen de que se me acusa? preguntó Joos.

—Atad las manos á ese hombre, y liadle los pies con una cuerda de forma que sin que le impida andar no le sea posible fugarse. Ya hace mucho tiempo que el Duque de Alba está impaciente por nuestra tardanza en conducir á su presencia á este hombre, es pues preciso que no se nos escape. Ea, vamos andando, jóven.

—Al menos permitidme abrazar á mi muger, á mi hijo y á mi madre.

—Es muy justo, replicó el oficial, la ausencia será larga segun todas las apariencias. Dios quiera que os volváis á ver en otra parte antes que en el cielo, con tal que morais como buen cristiano y halleis gracia ante la misericordia Divina, añadió inclinando la cabeza. ¡Amen! y en marcha.

Joos abrazó á su madre y á su hija por última vez, acercó á sus labios la mano helada de Estina que se habia desmayado y siguió á los alguaciles.

Uno de estos le montó á la grupa de su caballo, y el corto destacamento militar dirigió su ruta hácia Bruselas. Solo jornada y media emplearon en el viaje. Joos llegó medio muerto de fatiga, é inmediatamente le condujeron al palacio que ocupaba el Duque de Alba.

Oprimia este en aquel tiempo á la Bélgica bajo un yugo terrible y sangriento, que aun hoy día se recuerda con terror á pesar de haber trascurrido casi tres siglos. Armado de un poder sin límites, y sin mas freno que los caprichos de su cruel voluntad, todo lo talaba á sangre y fuego, destruía los privilegios de las provincias, cortaba la cabeza á los nobles, aprisionaba á los plebeyos y les entregaba en manos del verdugo con insolente desprecio, como si la vida del último ciudadano no fuese de ningun valor. Todavía no se habia establecido el consejo de los *Troubles* al que los brabantes dieron el nombre de consejo de sangre, empero ya preparaba los crímenes de esa cruel institucion y su pérfido favorito Don Juan de Vargas le secundaba en ella con feroz actividad. La desolacion y la ruina cundian por do quiera. Mas de cien mil flamencos se espatriaron para ir á demandar un asilo en Inglaterra, trasportando consigo sus inmensas riquezas, y los secretos no menos preciosos de su industria. Si alguna poblacion trataba de resistirse la amenazaba con comisiones militares, y la ejecucion seguia inmediatamente á la amenaza.

Difícil seria pintar el terror que se apoderó de Joos cuando se halló en el palacio ducal esperando que el terrible lugar-teniente de Felipe II decidiese de su suerte. La noche comenzaba á estender su densa oscuridad por las vastas salas que aun no estaban iluminadas, ningun ruido turbaba el silencio que reinaba en aquellos lúgubres aposentos como no fuese el de algun alguacil que hacia un ligero movimiento agobiado de fatiga. Las manos dolorosamente hinchadas por los nudos de los cordeles,



mia una niña de diez y ocho meses que despertó sobresaltada y le tendió los brazos.

Pero ¡oh desgracia! apenas el pobre padre habia cogi-

muerto de hambre y de sed, Joos esperó mas de cuatro horas, entregado á funestos pensamientos.

Por último la puerta del fondo se abrió y D. Juan de



Vargas apareció en el umbral, acompañado de un criado vestido todo de negro y que llevaba una antorcha en la mano. Hizo una seña, y al punto el gefe de los alguaciles cogió á su prisionero y le condujo sin hacer ruido alguno á la presencia del secretario del Duque de Alba.

D. Juan de Vargas mandó hacer alto, é indicó con el dedo el camino á Joos, que despues de andar algunos minutos por un largo corredor se halló instantáneamente á la entrada de un espacioso salon. El Duque de Alba sentado delante de un bufete y rodeado de cinco ó seis personas, leía papeles y dictaba órdenes cuando Joos y Vargas entraron. Apenas levantó la cabeza para fijar en los reciénvenidos la sombría mirada de sus verdosos ojos.

—Joos, murmuró D. Juan de Vargas.

—Que venga un religioso y que confiese á este hombre respondió el Duque de Alba. Es indispensable que se halle en estado de gracia para lo que vá á hacerse.

Y continuó tranquilamente su trabajo sin prestar la menor atencion á la mortal palidez de Joos.

Un monje se presentó casi en el mismo instante y condujo al pobre gantés á un oratorio inmediato.

—¿Con qué voy á morir? preguntó angustiado el marido de Estina que apenas podia creer la realidad de su fatal estrella.

—¡Ay! hijo mio, repuso el monje, rara vez los que entran en esta capilla á reconciliarse con Dios salen de ella para volver á la vida. El verdugo y yo no nos apartamos ni de día ni de noche del palacio del Duque de Alba.

—¿Qué! ¡sin manifestarme el crimen de que se me acusa! ¡sin permitirme que me justifique y me defienda!

—Hijo mio, aprovechemos el tiempo, contestó el religioso, los momentos que se conceden á los que entran en esta capilla son siempre muy cortos. Recomen-

dad vuestra alma á Dios, renunciad á todo pensamiento terrestre, estended únicamente al cielo vuestras esperanzas.



—¡Esposa mia! ¡madre mia! ¡hijo mio!

—Dios os los devolverá en el cielo.... En nombre de Cristo, hermano mio, pensad en vuestra salvacion.

Joos se arrodilló delante del religioso y le confesó todas sus culpas.

—No me ocultéis nada, le dijo el sacerdote, tened presente que Dios os oye y que vais á comparecer á su presencia.

—Padre mio, os he confesado todos mis pecados.

—Recibid pues la absolucion, desgraciado jóven. Ofreced á Dios en holocausto vuestros padecimientos y vuestra muerte y dadle gracias porque se digna concederos la palma del martirio.



Pero Joos no se sentia con uerzas para aceptar con resignacion una muerte tan injusta, y á pesar suyo el

recuerdo de su esposa, de su madre y de su hija le ligaban á la tierra.

Sin embargo una hora pasó sin que nadie viniese á buscarle. Otros dos prisioneros entraron en la capilla y fueron conducidos sucesivamente á la presencia del religioso, y trascurridos algunos minutos D Juan de Vargas seguido de un hombre de muy mala traza vino á buscarlos. Las doce de la noche eran y aun ignoraba el gantés cual seria su suerte.

(Concluirá.)

CRITICA LITERARIA.

Biblioteca de autores españoles, desde la formacion del lenguaje hasta nuestros dias, ordenada é ilustrada por Don Buenaventura Cárlos Aribau.

Hace algunos años que los impresores ingleses publicaron en Londres una edicion completa de las inmortales obras de Guillermo Shakespeare reunidas en un solo tomo en octavo, y al poco tiempo las producciones de los autores clásicos de la Gran Bretaña, en una coleccion de volúmenes en 24.º: de ambas impresiones se tiraron 32,000 ejemplares, que á pesar del sinnúmero de ediciones anteriores de todas formas, se despacharon con una rapidez extraordinaria. No se descuidaron los liberos franceses, visto el éxito admirable de aquellas impresiones hechas con sumo esmero, con caracteres pequeños pero claros y perfectos, en imitarlas haciendo varios ensayos análogos, entre ellos la reimpression de los autores clásicos de Francia, en la misma forma que se habian publicado las de los autores ingleses. Conocidos los inconvenientes del tamaño y meditadas las reformas necesarias para dar principio á una série de producciones económicas, constituyóse al poco tiempo en París una sociedad por acciones, para dar á luz á un precio sumamente barato una coleccion universal de obras escogidas. Vivamente llamó la atencion de todas las personas ilustradas y de gusto del extranjero, el solo anuncio de esta biblioteca completa y económica: no tardó en aparecer el primer tomo del *Pantheon Littéraire*, cuyo título tomó esta, y en pocos dias se agotaron 13,000 ejemplares de él; los periódicos felicitaron á los autores del pensamiento, todos unánimes aprobaron la idea, analizaron la publicacion y la dieron la importancia que merecia.

Vá hacer muy luego un año, desde que un erudito español despues de grandes vigiliyas y largas tareas, sin contar con otros recursos que con los suyos propios, impulsado tan solo por su amor á la literatura nacional, publicó el prospecto de una *Biblioteca de autores españoles*, desde la formacion del lenguaje hasta nuestros dias, y forzoso es confesarlo, ni la prensa saludó con el entusiasmo de que era merecedor este interesante pensamiento, ni el público le acogió dándole una preferencia marcada sobre tantas otras lastimosas colecciones de obras fútiles y despreciables, como salen á luz en esta época en que tanto se escribe. Abundantes y dolorosas reflexio-

nes se agolpan en la imaginacion, si se medita detenidamente acerca de este paralelo entre el éxito que empresas análogas tienen en otros paises, y el que alcanzan en el nuestro, y sobre la indiferencia del público ó mas bien falta de tacto, para saber distinguir de entre el aluvion de producciones que todo lo inunda, aquellas que son de un mérito real y efectivo y de una utilidad cierta é indudable, de las que nunca debieran hacer sudar las prensas españolas. Escasísimas, muy contadas serán las producciones que de ellas han salido de algun tiempo á esta parte, que iguallen en mérito y belleza material á la *Biblioteca de autores españoles*, y ninguna, absolutamente ninguna que compita con ella en baratura.

Dos son los tomos que hasta ahora han aparecido, y ciertamente que seria para nosotros sabroso trabajo hacer un análisis de ellos, consignando nuestro humilde parecer, acerca de esta coleccion importante; las dimensiones del *Semanario* son insuficientes para ello, esto no obstante, hojaremos de ligero ambos volúmenes, y apuntaremos brevemente lo que sobre ellos se nos ocurra.

Comprende el primero las obras de Cervantes, y ciertamente que de derecho correspondia al príncipe de los ingenios españoles, ocupar el primer lugar en una coleccion destinada á recopilar los tesoros literarios de que mas se gloria nuestra nacion. En un solo volumen se ha logrado reunir, la *vida de Cervantes* escrita por el señor Aribau, con el talento, el criterio y la elegancia que distinguen á todas las producciones del erudito compilador de la *Biblioteca*, los seis libros de la *Galatea*; las *novelas ejemplares*; el *Quijote*; los *trabajos de Pérsiles y Sigismunda*; el *viaje al Parnaso* y las *poesías sueltas*.

Difícil si no imposible es que el señor Aribau acrie á contentar á todos en cuanto al órden que siga en la publicacion de obras, puesto que la preferencia que se concede á unas ú otras dependen muchas veces del gusto y modo de ver de cada uno; pero de todas maneras puede calificarse desde luego de pensamiento feliz, el de reunir en el segundo tomo de la Biblioteca las *obras de los dos Moratines* padre é hijo. Encabézale las *vidas* de ambos, la del primero escrita por el segundo, la de este por el entendido y laborioso señor Aribau. Siguen las *obras de D. Nicolás Fernandez de Moratin*, no recopiladas hasta ahora, y á continuacion las del famoso reformador de nuestro teatro, compiladas con un esmero, que hace preferible esta edicion á todas las que se conocen. Figuran en primer lugar los *Orígenes del teatro español* y el discurso preliminar, añadidas ambas producciones con copiosas y eruditas notas que dan grande importancia y realzan en extremo estos trabajos. El señor Aribau ha suplido tambien las considerables omisiones que se notaban en el *catálogo de piezas dramáticas anteriores á Lope de Vega*, añadiendo los títulos de gran número de estas, que Moratin no tuvo presentes. El celo del compilador de la biblioteca, no se ha contentado con reimprimir literalmente las comedias de este distinguido poeta, sino que empleando un trabajo penoso, hace observar en su edicion las variantes que existen entre las célebres comedias de Moratin que corren impresas y las primitivas manuscritas en poder hoy de curiosos. Cierra

por último este volúmen, y contribuye á darle interés, la *coleccion de composiciones sueltas*, varias de ellas inéditas y otras no recopiladas hasta el presente: al hojearse este tomo, así como el anterior, no puede menos de admirarse el orden, el método, la colocacion oportuna y bien reflexionada de cada obra, y la unidad de pensamiento, la constante meditacion del plan general de la Biblioteca, que el señor Aribau demuestra no perder nunca de vista, á pesar de lo vasto de su estension.

Sabemos que los trabajos del tercer volúmen estan ya muy adelantados, y nos consta que en él se publicarán las obras de los novelistas españoles anteriores á Cervantes: en un solo volúmen aparecerán; la *Celestina*; el *Lazarillo de Tormes* por D. Diego Hurtado de Mendoza, la *segunda parte anónima*, la *segunda parte de Luna*; doce cuentos de Juan Aragonés; el *Patrañuelo* de Juan de Timoneda; el *Sobre mesa* y alivio de caminantes del mismo; *Guzman de Alfarache* de Mateo Alemán, la *segunda parte* de Mateo Lujan de Sayavedra; *Clareo y Florisca* de Alvaro Nuñez Reinoso; el *Avenacerrage* de Antonio de Villegas; las *Guerras civiles de Granada* de Ginés Perez de Hita; *Selva de aventuras* por Gerónimo Contreras; precedido todo de un *extenso discurso preliminar* sobre la novela española en aquel período; y el volúmen que contendrá magníficamente impresas, esmeradamente corregidas y aumentadas estas obras, muchas de ellas difíciles de encontrar á ningun precio, y todas reunidas de un valor muy subido, costará tan solo como los demas de la coleccion 40 rs.!

El eminente literato que ha acometido con fe y con entusiasmo la compilacion bien entendida y la propagacion de los mejores autores españoles, ha evitado todos los defectos en que incurrió el Panteon literario francés de que hablamos arriba, y cuya publicacion es semejante á la biblioteca. La correccion de esta es mucho mas esmerada generalmente hablando, y carece del farrago de correspondencia privada de los autores y discursos de ningun interés que se han aumentado considerablemente los volúmenes del Panteon; el tamaño es el mismo, pero no la impresion, pues la española aventaja infinitamente á la francesa en lo compacta y bella. No hay una sola pulgada de papel desperdiciada, ni una línea titular de mal gusto, ni un tipo que ocupe mas espacio que el debido, y que sin producir uniformidad monótona, disuene del sello de severidad impreso en la edicion, cual corresponde á un objeto semejante. La correccion, claridad y limpieza de los tomos publicados, son títulos suficientes para que se considere al señor Rivadeneira en un lugar privilegiado, entre los mas inteligentes y esmerados editores con que cuenta la tipografia española.

Sobradamente extenso fué el plan que se trazó al Panteon literario dando en él cabida á producciones de mérito dudoso, la *Biblioteca de autores españoles* toca hasta ahora en el extremo contrario, siendo escésivamente parca en la admision de obras: no desconocemos que la duda de que el proyecto tenga una acogida cual es de esperar, es la que ha decidido al señor Aribau á anunciar lo mas selecto, dejando al tiempo y á la esperiencia el decidir si debe ó no dar estension mayor á su empresa. ¿Abrigare-

mos por un instante el temor de que el pensamiento colosal y altamente patriótico que tanto honra al señor Aribau, se malogre por falta de proteccion en un pais en que tanto se habla de gloria nacional y de orgullo pátrio? No tenemos de manera alguna tan triste presentimiento: desprecie el Gobierno y mire con desden proyectos tan grandiosos y dignos de proteccion eficaz como el que el compilador de la Biblioteca ha emprendido entregado á sus propias fuerzas y talento, en tanto que con escándalo de los que conocen el grado de perfeccion que ha alcanzado la imprenta en España, de que son buena prueba las impresiones del señor Rivadeneira, lleva gastados 50,000 duros en la publicacion que se está haciendo en París de una obra española de mérito problemático y de secundaria importancia. Nosotros confiamos en que no habrá quien profese alguna aficion á la literatura del pais, que visto el interés de los tomos publicados y adquirido el convencimiento de que la realizacion del proyecto es segura, no se suscriba á la *Biblioteca de autores españoles*, que por su correccion y por las apreciables anotaciones de personas muy autorizadas que la ilustran, será siempre indispensable como obra de consulta, aun para los que posean otras ediciones de los mismos libros; y estamos finalmente persuadidos, de que no habrá tampoco persona que deje de considerar como un honor, el contribuir en lo que pueda á la terminacion del grandioso monumento que el señor Aribau ha comenzado á levantar á las letras españolas, con aplauso general, y con agradecimiento de todos los que por ellas se interesan.

CRONICA.

*. En el teatro de la Cruz se ha puesto en escena *El Tarambana*, comedia picante en alto grado, y reducida á una farsa no demasiado moral; esto no obstante, divirtió sumamente al público, á lo que contribuyó su perfecto desempeño, principalmente el del papel de Tarambana que estuvo á cargo del señor Caltañazor, quien desplegó mucha gracia y soltura sacando de la parte que le estaba encargada el mejor partido posible.

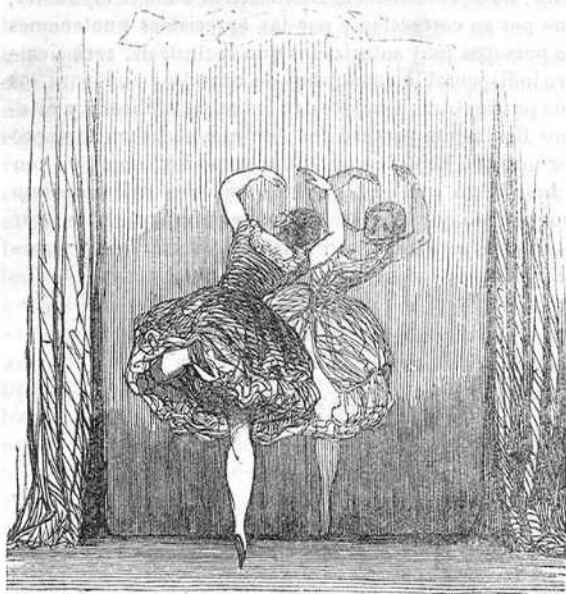
Tambien se ha representado en este teatro un drama nuevo, traducido y dividido en siete cuadros, que lleva por título *El mercado de Londres*; está lleno de muertes, desafíos, y acompañamiento propio de la escuela á que pertenece esta produccion, y que por fortuna pasó ya. La circunstancia de figurar en él un español, cuya generosa conducta contrasta con la de un inglés, contribuyó no poco á que el público se entusiasmará y aplaudiera; el drama sin embargo no carece de escenas y situaciones interesantes.

*. En el Principe se ha estrenado otro drama, tambien traducido del francés, con el título de *Las intrigas de una Corte*. El argumento está sacado de los sucesos ocurridos en tiempo de Felipe V; pero el autor ha colocado la accion en una corte de Alemania, variando los nombres de Alberoni y la Princesa de los Ursinos é Isabel Farnesio en los que mejor le han parecido.

El autor de este drama que tuvo tacto para elegir un argumento tan dramático, careció del talento ó del tiempo necesario para darle un desenlace que tuviera novedad y verosimilitud, de lo cual resultó que los cuatro primeros actos agradaron, mientras que durante el quinto, el drama estuvo en inminente peligro de un desastre, debiendo tan solo su salvación á los recuerdos de lo que anteriormente había interesado, y en especial á la ejecución de que no hay necesidad de hablar, despues de decir que desempeñaron los principales papeles las señoras Matilde Díez y Bárbara Lamadrid. Ensayase en este teatro el drama nuevo en cinco actos titulado *Lady Seimur*.

Continúa el Circo repitiendo el magnífico baile *Farfarella ó la hija del infierno*, que atrae á este coliseo todas las noches que se anuncia numerosa concurrencia. La escena del *Espejo* y la *Redowa* son siempre vistas con entusiasmo. De ellas

Escenas de teatro.



Farfarella.—Acto 3.º—Escena del Espejo, por la Guy Stephan y la Ferdinand.)

ofrecemos un traslado fiel á nuestros suscritores. Parece que la compañía de ópera dará pronto principio á sus representaciones; no corren hasta ahora las mejores noticias acerca de ella.

En el teatro de Variedades se ha puesto en escena un melo-drama patibulario, que lleva por título *Fuerte espada el Aventurero*: tiene caracteres monstruosos, pero hay otros bien trazados y escenas de interés. La traducción es rematadamente mala. Se prepara en este teatro la comedia nueva en dos actos, en verso y original, titulada *Vivir sobre el país*.

El teatro del Museo se ha abierto con la representación del drama nuevo, histórico, caballeresco, original en tres actos y en verso titulado *La Venganza de un Caballero y el juramento de un Rey*: en el número próximo examinaremos esta producción. El local ha recibido mejoras muy importantes, que varían completamente su aspecto, y le colocan en primera línea en-

tre los mejores teatros de segundo orden que existen en Madrid.

Escenas de teatro.

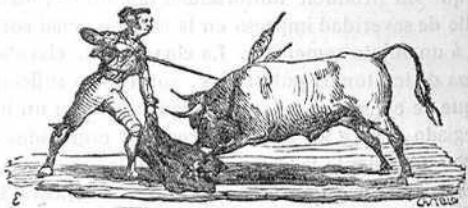


(Farfarella.—Acto 3.º—Escena de la Redowa, ejecutada por la Guy vestida de hombre y la Ferdinand.)

Anoche debió ponerse en escena en el teatro del Circo el gran baile fantástico en tres actos, titulado *El Diablo enamorado*.

Empezaron los ensayos del baile nuevo, que lleva por título *La Fortuna ó la Reina del mundo*, composición del señor Massot, primer bailarín de la compañía, y puesto en escena por el mismo. La música ha sido escrita espresamente por D. Juan Skozsdopole. Mucho hemos oído hablar de la ostentación con que se pondrá en escena esta nueva composición coreográfica. Pasan de ocho las decoraciones nuevas. Los trajes son costosos y de una variedad como no se ha visto hasta ahora en esta clase de espectáculos. Risas, juegos, persas y ninfas, polacos, aldeanos de Hungría, bayaderas, la Ambición, la Fortuna, el Placer, la Abundancia, la Locura etc. etc.: hé aquí los personajes baile.

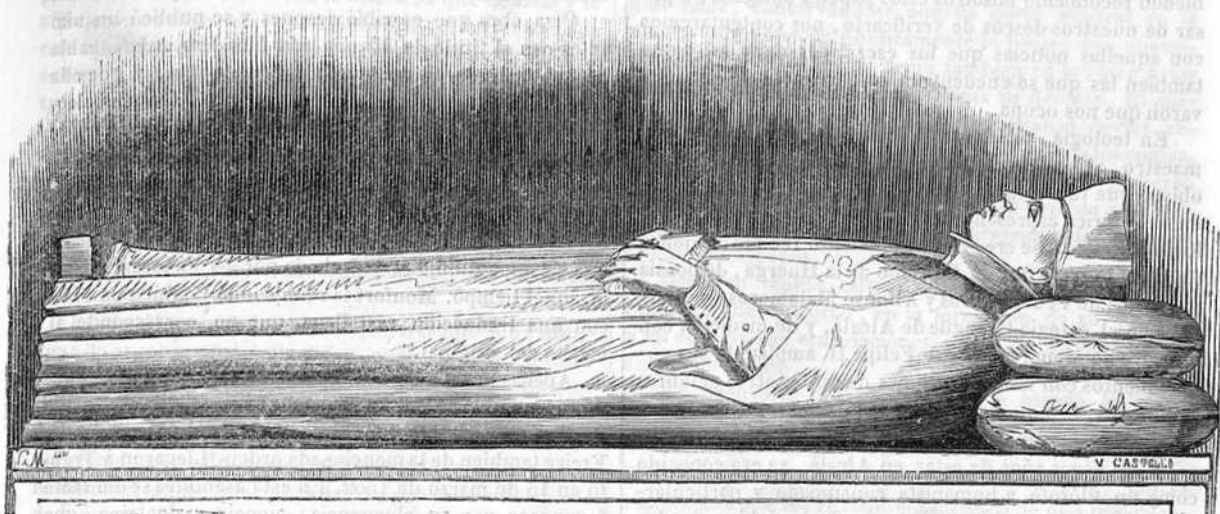
Hemos visto el folleto que con el título de: *Toros, descripción de este espectáculo nacional según se celebra en nuestros días*, ha publicado un curioso, tomando por motivo una corrida



verificada en Murcia en 1839. Consta de 160 páginas de hermoso papel y lujosa impresión, hállase adornada con el retrato de Montes perfectísimamente litografiado, y con varias viñetas. Véndese á 40 rs. en la Imprenta y establecimiento de grabado de los señores Gonzalez y Castelló.

Madrid 1848.—Imprenta y Establecimiento de Grabado de los SS. Gonzalez y Castelló, calle de Hortaleza, n. 89.

ANTIGUEDADES ESPAÑOLAS.



SEPULCRO DEL DOCTOR BENITO ARIAS MONTANO.



Entre los numerosos escritores del siglo XVI que mas honran á España, ocupa un lugar preferente el doctor Benito Arias Montano, varon insigne, filósofo distinguido, profundo teólogo, poeta laureado, el humanista mas grande de su tiempo, y cuya vasta erudi-

cion ha hecho que su nombre haya venido pronunciándose de generacion en generacion, con orgullo, respeto y admiracion.

Nació el año de 1527 en Fregenal de la Sierra, pueblo en lo civil del reino de Sevilla, y en lo espiritual del obispado de Badajoz. Sus padres, Benito Arias Montano y Francisca Martin Boza, que gozaban en la villa de calidad y nobleza, le dieron en sus primeros años una educacion sumamente esmerada. Pocas noticias se conservan sin embargo, de esta época; algunos escritores creen, que siendo aun muy joven fué mandado por sus padres á Sevilla, y que en esta ciudad estudió las humanidades, la física y astronomía, en cuyas materias se hallaba muy impuesto á la edad de quince años, segun refiere en una de sus obras D. Juan Antonio Pellicer. Segun su opinion, pasó de corta edad á Sevilla, en donde su padre tenía muchos amigos, especialmente á Gaspar de Alcocer, en

cuya casa infiere estaria hospedado mientras estudió la gramática y filosofía. Añade el escritor citado, que á la muerte del padre de Arias Montano, lo amparó en sus estudios D. Cristoval Valtodano, canónigo y provisor de Badajoz por los años de 1544, y despues arzobispo de Santiago. A pesar de esto, no aparecen entre los documentos de la secretaria de la universidad de Sevilla mas que las matrículas de dos cursos de filosofía correspondientes á los años de 1546 y 1547, en cuyo último tiempo contaba ya la edad de 20 años.

Pasó despues á la de Alcalá de Henares á continuar sus estudios, en donde creen todos los que se ocupan de la vida de este célebre literato, estudió teología, lenguas, amplió sus conocimientos y terminó su carrera literaria. Segun manifiesta D. Tomás Gonzalez Carvajal en el elogio histórico que hizo de Arias Montano, é insertó la Academia de la historia en el tomo 7.º de sus Memorias, no consta en la universidad de Alcalá mas que su grado de bachiller en artes, un curso de filosofía natural, el acto llamado de responsiones magnas para el de licencia presidido por el doctor Serrano, y dos cursos de teología en los años 1551 y 1552, «á esto se reducen, añade, todas las memorias que de este grande hombre se encuentran hoy en aquella universidad donde tantas debiera haber.» Atribuye esta falta de noticias á llevarse á su casa en lo antiguo cada secretario de aquella universidad los libros en que habia actuado, los que miraba como ha-

cienda propia. El erudito académico fué en esto mal informado puesto que todos los documentos de aquel tiempo se conservan y existen bien arreglados en el archivo de la secretaría de la universidad de esta corte, en donde no será difícil encontrar las noticias que con razon deploraba no hallar el señor Gonzalez Carvajal. No habiendo reconocido nosotros estos papeles antiguos, á pesar de nuestros deseos de verificarlo, nos contentaremos con aquellas noticias que los escritores dan, así como tambien las que se encuentran en las obras del insigne varon que nos ocupa.

En teología, ademas del doctor Serrano, tuvo por maestro al célebre doctor D. Andrés de la Cuesta, obispo que fué despues de Leon, y á quien tanto elogia en su retórica espresando haber aprendido con él la teología de Scoto. Se cree con fundamento recibió lecciones de sagrada escritura de Cipriano de la Huerga, de poesía y retórica de Pedro Quirós y Alfonso Matamoros, de lenguas en el colegio trilingüe de Alcalá, y de medicina con el Pedro de Mena, médico de Felipe II, ampliando sus conocimientos con las explicaciones de tantos otros célebres profesores de aquella universidad, y de los que justamente hace encomios en la enunciada obra.

A los pocos años de estar en Alcalá, ya era conocido como un filósofo y humanista consumado y particularmente como poeta latino. Grande efecto debian producir sus poesías en los hombres célebres que habia entonces en aquella ciudad, y en la juventud que concurria á sus aulas, que inauguraron para él un premio que hasta entonces no habian dispensado á ningun otro. En el año 1552 fué laureado poeta en el gimnasio de la universidad con gran pompa y solemnidad. Ignórase ahora á qué se reducía este grado académico, pero no puede ser otra cosa, que la coronacion de un poeta á semejanza de las que se hacian en aquel tiempo con frecuencia en algunas ciudades importantes de Italia. Una distincion decretada espontáneamente y por aclamacion al génio y al talento. Lisonjera debia ser al jóven Arias Montano esta particular muestra de aprecio y estimacion de todo un cuerpo científico que contaba con los varones mas célebres de España, ella le estimularia sin duda estraordinariamente á estender sus conocimientos, y contribuiria no poco á hacer de este escolar uno de los sábios mas distinguidos de su tiempo.

Despues de esta época se dedicó á escribir la célebre obra de que ya hemos hablado. Una retórica, que en elegantes versos latinos empezó á escribir en Sevilla, imitando en ella algunas veces, y escediendo otras á los mas célebres poetas latinos. Trata de una manera nueva una materia tan conocida, con tal amenidad y gusto, que aun cuando no hubiese publicado otros trabajos de mas importancia y valía, se hubiese conservado en nuestros tiempos la reputacion de su gran talento. Esta obra es tambien un monumento de gloria para la universidad de Alcalá, puesto que en ella nos dá con oportunidad noticia de los grandes hombres que poesía en aquella época, y digna tambien de estudiarse por los que se dediquen á la historia de la literatura de aquellos tiempos, por las noticias y reseñas curiosas que contiene. No la concluyó

sin embargo por entonces, sino algunos años despues en San Marcos de Leon, siendo ya caballero profeso de la órden de Santiago, cuyo hábito recibió en 1560 en el mismo convento, habiendo hecho antes las correspondientes pruebas en Fregenal de la Sierra. Se dió á luz esta retórica en Francfort en 1572, de la que se hizo una reimpression en Valencia el año 1775 por Monfort.

Otra obra que escribió despues y se publicó un año antes con el título de *Monumenta humanæ salutis* habia hecho ya inmortal su nombre como poeta, y por ella mereció el renombre del Horacio español. Es una coleccion de setenta y dos odas latinas en que trata de un modo digno y elegante los misterios de nuestra religion. El célebre impresor Plantino la publicó en Amberes en el año de 1571 con todo el lujo que correspondia á un trabajo literario de tanto mérito. A cada oda acompaña una estampa dibujada y grabada por los mejores artistas de aquel tiempo. Monfort la reimprimió tambien en 1772 con una traduccion castellana que no corresponde al mérito del original.

Apenas llevaba un año en la órden de Santiago, cuando fué nombrado por su Capitulo para asistir al concilio de Trento, adonde fué en compañía del obispo Ayala, Freire tambien de la mencionada órden. Llegaron á Trento en 15 de marzo de 1562. En esta asamblea se dió tanto á conocer por su elocuencia, ciencia y doctrina, que puede asegurarse que su estancia en ella fué para él una continua ovacion.

A su regreso á España se retiró á la Peña de Aracena, soledad deliciosa en donde se dedicaba á la meditacion y al estudio, particularmente á el de las sagradas escrituras, empezando allí á escribir algunos de los comentarios y esposiciones que publicó despues, y que llamaron justamente la atencion de toda la Iglesia católica por su doctrina y erudicion.

Felipe II le nombró su capellan en 21 de febrero de 1566, y le hizo abandonar aquel retiro, que tanto amaba. La corte, empero, no lo distrajo de sus estudios, como lo prueba la continuada publicacion de sus escritos.

Una comision importante, grave, que se le encargó y cuyos trabajos literarios llevó á cabo felizmente, manifiestan mas que todo la alta reputacion que se merecia y los sábios y profundos conocimientos que poseia. La Biblia poliglota que el cardenal Cisneros hizo trabajar é imprimir en Alcalá, se habia hecho rara. Quería reimprimirla con algunas mejoras y con mejores y mas hermosos caracteres el ya mencionado Cristoval Plantino, impresor de Amberes, solicitando para ello la proteccion de Felipe II y el anticipo de seis mil ducados para la compra de papel. Conociendo la utilidad de esta propuesta, la hizo examinar el Rey por el Consejo supremo de la inquisicion, dando al mismo tiempo comision á Arias Montano para que fuese á Alcalá y conferenciase sobre este grave asunto con los doctores de la facultad de teología de aquella universidad. «Examinado allí, dice el señor Gonzalez Carvajal en su escelente memoria antes citada, el pensamiento, y aprobado y aun aplaudido y recomendada su ejecucion eficazmente por aquellos teólogos, con pare-

er y aprobacion del mismo consejo, resolvió el Rey que se hiciese la edicion por Plantino, pero bajo la direccion de Arias Montano. Asi lo dice tambien la instruccion que le dió este monarca al marcharse á Amberes.

En Bélgica fué perfectamente recibido, y los doctores de la famosa universidad de Lovaina, á quienes se presentó, celebraron mucho la comision que llevaba y le ofrecieron auxiliar, en cuanto pudiesen, en la ejecucion de este colosal proyecto, que se empezó en julio de 1568 y se terminó en Marzo de 1572. La magnífica edicion de esta biblia régia se consideraba entonces por su belleza tipográfica como un milagro del mundo, y así solian designarla algunos.

Habia escedido á la Complutense en tanto grado, que no era una repeticion de esta biblia, por las importantes adiciones, mayor correccion y sábios y profundos tratados que para su mejor inteligencia compuso é insertó en la nueva edicion.

Felipe II queriendo que esta interesante obra obtuviese la aprobacion del Pontífice, encargó á su embajador en Roma D. Juan Zúñiga la solicitase de aquella corte; para lo cual habia de remitir Arias Montano una relacion de todo lo hecho y de la diligencia y esmero con que se habia procedido en este delicado negocio, y la aprobacion que habia merecido de la facultad de teología de la universidad de Lovaina. No quiso acceder la corte romana, diciendo que si querian su privilegio y autorizacion, que remitiesen todos los trabajos hechos y que allí se examinarían. Hubo de ir á Roma Arias Montano con su biblia á contestar á cuantos reparos quisieran hacerle. A pocos dias de llegar consiguió la aprobacion solicitada, siendo recibido en aquella corte como merecia por su alta reputacion y extraordinario talento. Conseguido el objeto que le habia llevado á la capital del mundo cristiano, regresó á Flandes, en donde fué recibido con entusiasmo por las corporaciones científicas y hombres ilustrados de aquellos estados. Todavía conservan de él una memoria que enseñan con religioso respeto, la silla en que se sentaba cuando trabajaba en la edicion de la biblia régia.

Habiendo recibido la licencia que tenia solicitada del Rey para regresar á España, hubo de suspender su marcha á consecuencia de una carta, que le escribió el famoso Pedro de Fuentidueña, en que le daba noticias de haber sido acusado ante la inquisicion por Leon de Castro, catedrático de Salamanca, de haber estampado en su biblia la traduccion de Pagnino, dándole, segun él, mas autoridad que á la Vulgata declarada auténtica por el concilio de Trento: haber agregado en ella varios tratados con el título de *Aparato* que eran tomados de los rabinos, y haber preferido en muchos lugares á la Vulgata otras lecciones. Le aconsejaba en la misma, solicitase en Roma la avocacion de este negocio á la Santa Sede, como causa mayor en que ella sola debia decidir. Así lo hizo, marchando otra vez á aquella ciudad para conseguir con mas facilidad lo que justamente pretendia.

Antes de concluirse la edicion, ya habia Leon de Castro denunciado dos veces á Arias Montano, pero sin resultado alguno. Esta vez ayudado de otros doctores de Salamanca consiguió lo que su envidia no habia po-

dido antes. No podia perdonar á Arias Montano el haber sido nombrado para una comision de tanta gravedad, ni los doctores de Salamanca el no haber sido consultados sobre la misma. Esta fué la verdadera causa de sus persecuciones, de tratarle de judaizante y fautor de herejes. Estuvo en Roma cerca de año y medio sin conseguir nada, conservándose aquella corte neutral en la guerra sorda que ya públicamente le hacian sus enemigos. Amigos y valedores tenia tambien en la corte Arias Montano que tomaron como propia su defensa. El mismo Fuentidueña y Pedro Chacon publicaron doctas refutaciones contra las calumniosas acusaciones de los contrarios de su sábio amigo. Vuelto este á España le dieron traslado de la causa, á la que se unió su defensa y se terminó en 1580 por medio de un sobreseimiento, segun la opinion de algunos.

Desde su venida, estuvo ocupado en el arreglo de la biblioteca del Escorial, en la formacion de sus índices, y en escribir sus elucidaciones sobre los escritos de los santos apóstoles.

En principios del año de 1578 le mandó Felipe II con una mision á Portugal al parecer sobre negocios de algunos comerciantes; pero como dice muy bien Gonzalez Carvajal, este debió ser un pretexto ostensible y que el asunto para que fué enviado era sin duda de mas importancia, «mayormente, añade, viendo que algun tiempo despues trabajó en Guadalupe un dictámen sobre la sucesion á la corona de Portugal.» Visitó y tuvo con el Rey de esta nacion largas conferencias; pero los asuntos que le tenian en su corte los disimuló bien en su presencia, puesto que le aseguró en la primera visita que ningun negocio tenia en aquel reino mas de visitar algunos amigos suyos y compañeros de sus estudios. Pocos dias sin embargo estuvo en Lisboa, los cuales no pasaron de siete á ocho, y regresó terminada su comision, cuyo verdadero objeto todavia se ignora. Volvió al Escorial desde donde en 1579 partió para su retiro de la Peña de Aracena. En este sitio escribió, para vindicar su edicion de la biblia de las malignas acusaciones de sus enemigos, un tratado con el título de *Hebraicorum librorum scriptione et lectione*. Un comentario al libro de Josué y diversos otros comentarios. En setiembre de 1582 dejó la Peña de Aracena, que durante su estancia habia mejorado y convertido en un verjel, para asistir al concilio de Toledo convocado por el arzobispo cardenal Quiroga.

Concluido el concilio se dirigió al Escorial y volvió á ocuparse del arreglo de su biblioteca, permaneció en este monasterio algunos años ocupado constantemente en la redaccion de sus importantes obras; y para que su destino de capellan del Rey no le fuera un obstáculo para poder dedicarse con tranquilidad á sus estudios, hizo renuncia en 14 de setiembre de 1584 de esta plaza. En 1586 marchó á Sevilla con el ánimo de pasar allí el último tercio de su vida, desde donde le hicieron venir dos veces á la corte y al Escorial para asuntos de importancia. En el año de 1592 volvió por último á Sevilla á servir el priorato de su orden para el que habia sido dos veces elegido por aquel convento.

No es nuestro ánimo enumerar el catálogo de las nu-

meras y excelentes obras que escribió, de las cuales muchas se han publicado y algunas otras se conservan aun inéditas; remitimos á los que deseen tener estas noticias á la biblioteca de D. Nicolás Antonio y al elogio que de este insigne varon escribió el Sr. Gonzalez Carvajal.

Antes de concluir, diremos algo acerca de su título de doctor y de algunas comisiones diplomáticas que le encargaron y de que tampoco se tiene una noticia completa.

Después de terminados sus estudios en Alcalá usó siempre el título de maestro y jamás el de doctor, el cual no se le vemos usado en las comunicaciones y despachos reales hasta el año de 1566, dos años después de haber vuelto á España después de concluido el Concilio de Trento. Esto hace presumir fundadamente que alguna universidad de Italia ó España, queriendo darle una prueba de lo que estimaba los talentos del que aclamaron en aquella célebre asamblea como el máximo doctor Gerónimo, le mandarian las insignias y borla de aquel grado.

En Flandes tenia comision del gobierno de inquirir y manifestar las causas del disgusto y fermentacion que allí se notaban é informar lo conveniente para poner sobre ello pronto remedio. Los gobernadores de aquellos estados tenian orden de Felipe II de aconsejarse de él en todos los negocios áridos. Arias Montano negoció el matrimonio de Madama Dorotea, sobrina del monarca español, con el hijo del Duque de Cleves. Segun la Calenda necrológica del convento de San Marcos de Leon, fué enviado á Francia de orador y á Inglaterra de nuncio ó embajador de paz. Tenemos el sentimiento de no poder saber á que hacian relacion estas comisiones que sin duda desempeñó.

Arias Montano pensaba terminar sus dias en la Cartuja de Sevilla, tomando en ella el hábito de monje que tenia solicitado y concedido. Próximo á llevar á efecto este designio se sintió gravemente enfermo. Trasladado por un amigo suyo á casa de Doña Ana Nuñez, señora con quien tenia algun parentesco, se agravó su enfermedad y falleció el dia 6 de julio de 1598, á las tres y media de la tarde, á los setenta y un años de su edad.

Depositado su cadáver en una caja de plomo, metida dentro de otra de cedro con cubierta tambien de plomo, se le dió sepultura en su convento de Santiago de la Espada.

Sus amigos, que cuidaron de hacerle un digno funeral, pusieron en la caja esta inscripcion:

IN SPem RESURRECTIONIS
BENEDICTI ARLE MONTANI VIRI CHRISTIANA
PIETATE DOCTRINA MORUM,
SANCTITATE CLARISSIMI SACRARUM
SCRIPTURARUM EX DIVINO DONO
INTERPRETIS EXIMI OSA AMICI CONSIDERE.

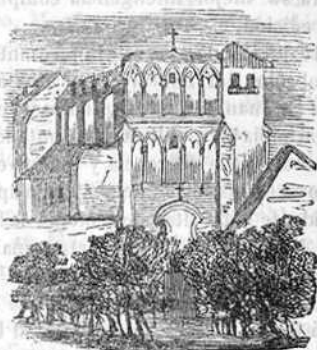
A. D. M.D.XCVIII.

En 1603 se trasladó su caja á un nicho al lado de la epístola, cubriéndose con una losa, en que está el busto de este sábio varon con el hábito é insignias de su orden. En lo bajo hay otra inscripcion de muy escaso mérito

literario, en que se elogian sus virtudes y talentos. En 1811 se trasladaron sus restos y sepulcro á la iglesia catedral, y en 1816 se restituyó á su antiguo convento.

Al suprimirse las órdenes monásticas en esta última época, se han trasladado tambien los restos mortales de Arias Montano con su sepulcro á la iglesia de la Universidad de Sevilla, salvándoles de la destruccion que les amenazaba. Reposa ahora este insigne literato al lado de los Suarez de Figueroa, Perefrances, Duartes, Enriquez de Ribera, Ponces de Leon, Arguijos y otros señalados y distinguidos varones.

MADRID ARTISTICO.

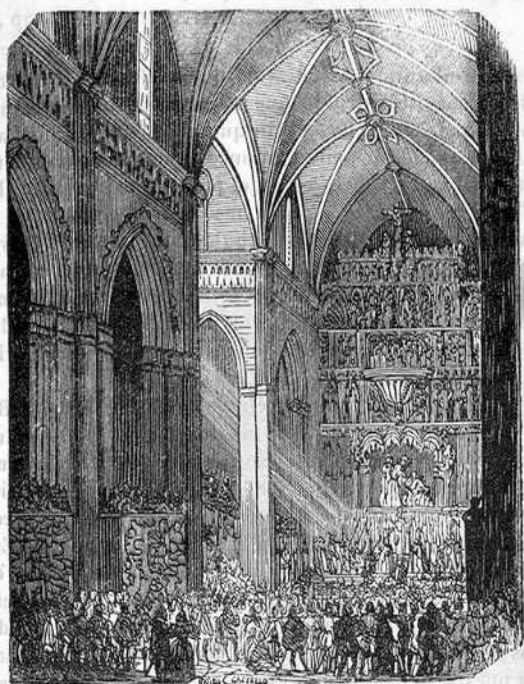


San Gerónimo.

Este convento, muy notable por ser el solo edificio importante de arquitectura gótica que nos queda en Madrid, fué fundado primeramente por el rey D. Enrique IV en el camino del Pardo, con motivo de unas justas celebradas entre Madrid y este sitio real, para festejar á un embajador del duque de Bretaña, en cuyas justas defendió un paso D. Beltran de la Cueva, privado del rey, tan á gusto de este, que dispuso levantar en aquel sitio y para memoria del suceso, una iglesia y monasterio de los PP. Gerónimos, con título de Nuestra Señora del Paso: en 1464 se establecieron allí siete religiosos; la esperiencia hizo conocer la insalubridad del parage por su posicion cercana al rio, con cuyo motivo se trasladaron por disposicion de los Reyes Católicos al convento construido en lo alto del Prado, punto que tantas veces ha servido de escena á lances reproducidos en las comedias de nuestros antiguos poetas.

Es la iglesia de una sola nave, bien construida y espaciosa. Los franceses la arruinaron, y destruyeron ó se llevaron las riquezas artísticas que la adornaban; posteriormente ha sido restaurada con sencillez: D. Rafael Tejeo pintó hace pocos años el cuadro del altar mayor. Celébrase en este templo la jura de los príncipes de Asturias, cuyo acto representa nuestro grabador: la de S. M. la reina Doña Isabel II tuvo lugar en él con toda solemnidad, en presencia de los Procuradores del Reino convocados por Fernando VII, el 20 de junio de 1833.

La huerta contigua al monasterio se extiende buen trecho entre las tapias del Retiro, el Museo de pintura y escultura y el Jardín Botánico: contiene muchos olivos, y se halla bastante abandonada.



(Vista interior de San Geronimo.)

La iglesia está cerrada en la actualidad, y el convento inmediato destinado á Parque de Artillería, objeto e inoportuno á que podía dedicarse, por la mala disposición del edificio para él, por su situación, y mas que todo por su proximidad á uno de los mas ricos museos de Europa, que cualquier descuido puede hacer desaparecer en un instante por medio de una explosión, tan fácil como temible, en un paraje en que hay depósito considerable de municiones.



(Entrada de San Geronimo.)

LA ESPADA DEL DUQUE DE ALBA.

NOVELA HISTÓRICA.

V.

La espada.

(Conclusion)

El religioso rendido de fatiga, concluyó por dormirse en el confesonario. No es necesario describir lo que sufriría el desgraciado Joos durante aquellas eternas horas.

Finalmente, sería la una de la mañana, cuando Don Juan de Vargas volvió á presentarse y mandó al prisionero que le siguiese.

No quedaba ya en el salon inmediato mas que el Duque de Alba; las bugias medio consumidas tocaban á su término, algunas se habian extinguido enteramente, otras solo arrojaban un resplandor sombrío y vacilante.

—¿Se ha confesado este hombre? preguntó el Duque de Alba, y tiró al mismo tiempo de su ancha y larga espada de dos filos que colocó desnuda sobre la mesa.

—Se ha confesado, contestó D. Juan de Vargas con voz casi imperceptible.

—¿Cómo te llamas? continuó el Duque de Alba con acento apagado y ronco, semejante al rugido de la hiena. ¿Cómo te llamas? volvió á preguntar con impaciencia.

—Joos.

—¿Cuál es tu pais natal?

—La ciudad de Gante.

—¿No has estado empleado en el servicio doméstico de S. M. Católica el Emperador y Rey Carlos V?

—Le he servido con fidelidad y desinterés.

—¿No te encargó una misión grave cerca de nuestro Santo Padre?

—La he desempeñado á satisfacción de su Santidad y de mi ilustre Señor.

—¿Juras permanecer siempre fiel hasta la muerte á la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana?

—Siempre he sido y seré un religioso católico.

—¿De rodillas!

Joos obedeció, el Duque de Alba tomó su espada.

—Escúchame bien, le dijo, porque esta es la voluntad de mi augusto Señor. Junta las manos, inclina la cabeza y ora con todo el fervor de tu alma.

Levantó su espada, cuyo punta tenía apoyada en el suelo; pero se le escapó de las manos y cayó á sus pies.

—No puedo, dijo, las fuerzas me abandonan. Nunca me ha atormentado con tanta violencia y debilitado hasta tal punto la gota. D. Juan, ocupad mi puesto.

D. Juan cogió la espada con mano fuerte y varonil. Joos cerró los ojos, encomendó su alma á Dios, y aguardó el golpe mortal. Con gran sorpresa suya, la espada le hirió rudamente de plano sobre las espaldas.

—En nombre de la Santísima Trinidad, de S. M. Católica el Rey Felipe II, y en cumplimiento de la promesa que hice á mi ilustre señor el Emperador Carlos V, cuando me mandó llamar á su lecho de muerte para recomendarme espresamente á Joos, ciudadano de Gante, te hago noble y caballero. Trata de conducirme siempre con lealtad y permanecer digno del honor que recompensa tus buenos y leales servicios. Levántate y ven á recibir de mí el abrazo.

Joos al oír esta feliz é inesperada conclusion, creyó que le abandonaba la fuerza de ánimo que habia conservado en el peligro.

Por un instante, sus ojos se turbaron; estuvo á punto de desmayarse, pero esto fué solo una debilidad pasajera, un momento bastó para triunfar de ella.

—¡Qué es esto! dijo el Duque de Alba cuando fué á abrazarle como exigía el ceremonial, le han agarrotado las manos como si se tratase de retenerle prisionero en los calabozos de la inquisición! D. Juan, cortad esas cuerdas con vuestro puñal. Estais enteramente libre, señor Joos, recibid los títulos de propiedad del castillo y señorío de Steen situado á algunas leguas de Amberes y Bruselas. Aquí teneis ademas un crédito de cuatrocientas mil piastras pagaderas por el tesoro real. ¡Dadme vuestra mano antes de separarnos, porque habeis sido un servidor bueno y leal de mi querido Señor!

Joos se alejó tan gozoso como habia entrado triste y desesperado, cuando el Duque de Alba le volvió á llamar.

—Caballero de Steen, le dijo, si quereis uniros á mi persona, encontrareis en mí un Señor generoso, como yo estoy seguro de hallar en vos un fiel servidor.

Joos bajó los ojos, y no contestó.

—Vamos, repuso el Duque de Alba, conozco que me rehusais... idos en paz.

Despues volviéndose á D. Juan de Vargas:

—Acabo, le dijo, de colocar un collar de oro en el cuello de un idiota.

El perro del pastor no sabe mas que defender á su amo. Ponedle en frente de un ciervo, seguro que no se moverá y volverá á acurrucarse en su madriguera.

Difícil si no imposible sería pintar la alegría con que fué recibido Joos por su madre y esposa. Estina y la señora Gertrudis no encontraban oraciones bastantes para alabar á Dios. Joos abrazaba á su muger, á su madre y á su hija. Al mismo tiempo reía y daba gracias á Dios de lo íntimo de su corazón, y á su Señor el Emperador Carlos V, que desde lo alto de los cielos le protegía aun y velaba sobre él.

Despues de algunos dias, la afortunada familia, marchó á tomar posesion del señorío de Steen, cuyo heredero vino á ser con el tiempo Pedro Pablo Rubens.

GOSTUMBRES.

UN DUELO.

Entre las infinitas faltas de que adolece el teatro del Circo, como construido que fué para objeto bien distinto del que hoy tiene, y sin que el propietario ni el arquitecto pudieran pensar entonces que andando el tiempo se habia de convertir en el punto de reunion de los dilectantes y de la elegancia madrileña, y que bajo su endeble y aguardillado techo hubieran de resonar las voces de los primeros cantantes de Europa, debe contarse en uno de los primeros lugares la estrechez y desnivelado piso de sus mezquinos pasillos. En ellos tuvo lugar el siguiente lance, una de las noches en que Salvi y la Persiani cantaban *La Sonámbula*.

El último acto habia concluido, y D. Modesto de Rivadella se dirigia á la salida conducido por la multitud que llevaba la misma direccion, pero que ganaba muy poco terreno á causa de la muralla de lacayos, de ociosos y de personas que aguardan sus carruajes, que colocada á la puerta se opone á la salida de las gentes. Entre los vaivenes y oleadas tan frecuentes en noches de mucha concurrencia como lo era aquella, un caballero á quien D. Modesto no conocia, pero que segun indicios se habia escedido en el café tomando algo que le habia puesto demasiado alegre, le sentó un descomunal pisotón en la parte mas delicada de su pié izquierdo; y hubo serias contestaciones entre el pisoteado y el agresor dirigiéronse espresiones algo agrias, llegaron á amenazarse y acabaron por entregarse recíprocamente tarjetas con sus nombres y señas de sus domicilios.

A la mañana siguiente D. Modesto dirigióse á buscar á un amigo, le contó la disputa con pelos y señales y le entregó la tarjeta de su contrario para que pasara á entenderse con él y arreglar el negocio.

—¿Qué clase de sugeto es? preguntó el amigo.

—Un hombre gordo de patillas rubias.

Marchó el amigo á ver al hombre gordo de patillas rubias; al cabo de una hora volvió de desempeñar su comision.

—Vamos ¿qué hay?

—El negocio está arreglado.

—¿Cómo!

—Con pistola á diez pasos.

—Pero ¿no has podido cortar el lance de alguna manera?

—No amigo, cuando llegué á casa de tu hombre ya me estaba esperando, y él fué quien me abrió la puerta. Caballero, le dije, ¿es V. Don?...

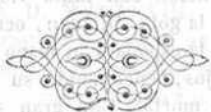
—Si señor.

—Vengo de parte de....

—Ya lo sé, está bien; se trata de la disputa del Circo, ¿no es cierto?

—Si señor.

—Bien, ¿qué armas elige su amigo de V.?



—Pero caballero yo creo que....
 —Nada, absolutamente nada quiero oír, su amigo de V. se ha conducido de tal modo que no puedo aceptar excusas.

—Ya comprendes que yo le respondería con arrogancia, que no llevaba semejante comisión.

—Bien y....

—Y....como te decía á diez pasos, con pistola, en las

afueras de la puerta de Atocha, trás de las tapias del Retiro.

—¡Qué diablura! es desagradable....

—Sí lo es, pero parece que te escediste.

—¡Estás loco! fué él quien me sacudió un pisoton y me dijo que sino me daba por satisfecho estaba á mi disposición.

—Sin duda cambias las cosas, porque tu adversario



acaba de contarme precisamente lo mismo, solo que trocando los papeles.

—Yo te aseguro....

—Vaya no estabas en tus trece.

Efectivamente la sangre se me subió á la cabeza de tal modo, que no sabía donde me encontraba, si le vieira creo que no le conocería.

—Así me parece, por lo menos las señas que me has dado convienen con él como si no le hubieras visto nunca. Me dices que es un hombre muy gordo, bajo y con patillas rubias, y me encuentro con un granadero de seis pies, sin pelo de barba. Pero su coche acaba de llegar, no le hagamos esperar, subamos al que yo he traído y sigámosle.

Ambos carruajes partieron uno trás de otro segun estaba convenido, llegaron al paraje señalado y los dos enemigos se encontraron frente á frente.

Señores, dijo D. Modesto, aquí hay un quid pro quo, no ha sido con el señor con quien yo he tenido la cuestion anoche.

—Cállate, le replicó por lo bajo el amigo, tú no estabas entonces en estado de distinguir.

—Pero el señor no es con quien yo cambié mi tarjeta

anoche á la salida de la ópera, interrumpió el adversario.

—A la entrada repuso D. Modesto.

—A la salida.

—No, á la entrada.

Calla hombre, volvió á decirle el amigo, no ves que tú estabas arrebatado.

—Me pegó V. tal pisoton.

—Es decir, me le pegó V. á mí.

—No, al contrario.

—Perdone V. estoy enteramente seguro.

—En fin, sea cualquiera el que esté equivocado, el hecho es que nos hemos citado para concluir este negocio como hombres de honor, con que no hay quid pro quo. Señores, carguen VV. las armas. Es original, yo hubiera creído que era V. mas grueso.

—Yo hubiera jurado que estaba V. extraordinariamente obeso.

—Caballeros, á sus puestos, dijeron los testigos.

D. Modesto se colocó frente á su adversario y echó mano al bolsillo del pantalón, sacó la tarjeta de su enemigo y habiéndola vuelto á leer dijo: tire V. señor Don Francisco Perez.

—No, replicó este, yo no tiro jamás el primero, empuje V. señor Mendoza.

—¿Cómo Mendoza?

—¿No es ese el apellido que he visto en la tarjeta de V?

—No señor.

—Vamos á ver.... aquí está.

—Esa no es mi tarjeta, yo me llamo Modesto.

Los testigos se aproximaron. ¿Qué quiere decir eso?

—Sin embargo el resultado es que á la salida del Circo, un hombre me sacudió un pisotón y nos desafiámos.

—Pues eso, dijo Perez, es exactamente lo que me ha sucedido á la entrada en el teatro.

—El sugelo con quien tuve la cuestion era gordo, bajito, con patillas rubias.

—El mio gordo, bajito y nosé si tenia las patillas rubias.

—El hombre que me pisó daba señales de estar á medios pelos.

—Yo no me atrevia á decir hasta que punto lo estaba el mio, porque creia era V.

A fuerza de esplicaciones concluyeron por comprender que el señor Mendoza, el obeso desconocido, habia tenido una disputa y un desafio con D. Francisco Perez á la entrada del teatro, y que á la salida renovó la misma escena con D. Modesto Rivadalla, pero en lugar de cambiar con este su tarjeta, le habia dado la que el susodicho D. Francisco Perez, le entregó á la entrada.

—Ha sido un error, dijo D. Modesto; ¿pero dónde vive ese hombre?

Perez volvió á leer la tarjeta, no tenia señas.

Mas bien que un error, observó el amigo de D. Modesto, es una leccion de prudencia; el incógnito habrá pensado, que si se encontraban dos hombres bastante locos para llevar á tal extremo semejante disputa, ellos eran quienes debian batirse.

CRONICA.

*. Como en nuestro anterior número anunciamos, el teatro del Museo se ha inaugurado poniendo en escena una produccion del Sr. Asquerino, titulada *Venganza de un caballero y juramento de un Rey*; el argumento es interesante y el drama se halla muy bien versificado, el público le aplaudió llamando á su autor á la escena; los principales actores trabajaron bien y fueron merecedores de los aplausos que asimismo se les dieron; tambien fué llamado á la escena el pintor de una lindisima decoracion de muy buen efecto, que figura con admirable propiedad una cascada en medio de un pais nevado, así como el Sr. Montemar autor de la graciosa pieza titulada *El ventorrillo de Alfarache*, que desempeñaron con perfeccion todos los actores que en ella tomaron parte. Posteriormente se ha puesto en escena en este teatro *El espía sin saberlo y Retascon*, piezas cuyo desempeño mereció repetidos aplausos. Se preparan varias obras dramáticas originales, siendo la primera que parece se pondrá en escena, una histórica, bajo el título de *Un motin en tiempo de Esquilache*. La buena situacion del teatro del Museo, el desahogo y comodidad de todas las localidades, el gusto que se advierte en su adorno, el esmero con que se ponen hasta ahora en escena las funciones y el precio económico de los billetes, son circunstancias que hacen presagiar un resultado lisonjero para la empresa.

*. Vamos á hacer algunas advertencias al teatro del Instituto. Bien sabemos hasta donde pueden llegar las exigencias en un coliseo de la gerarquía del que nos ocupamos, y tratándose de una compañía de la índole de la del Instituto; pero creemos que no por ser de segundo orden los teatros, están dispensados de descuidar la correccion de defectos de facilísimo remedio. Figura

en primer lugar la falta de ensayos que se nota en las representaciones de las óperas; de esto se sigue que la voz del apuntador, nada agradable por cierto, precede siempre á la del cantante; por otra parte el director de orquesta lleva el compás con el arco del violin aun en las ocasiones en que canta una persona sola, de una manera que no deja oír la orquesta; cosas que si son de mal efecto para los que estan cerca de la escena en los teatros grandes en que hay necesidad de valerse de este medio, no pueden disculparse en el Instituto cuyo foro es de pequeñas dimensiones, y en el que por consiguiente si está bien ensayada la ópera no necesitan los cantantes el auxilio constante y estrepitoso del apuntador, ni la orquesta de la ayuda ruidosa del director poco á propósito para conservar la ilusion de los espectadores y para que estos formen una idea de los individuos que la componen. Tambien advertimos descuido en el servicio de la escena y en los trajes; en la representacion de *Las cárceles de Edimburgo* el telon de la primera decoracion estaba lleno de lamparones de aceite y de rozaduras que acabarán de complatar el mal efecto de unas manchas cenicientas con que el pintor soñó figurar montañas; tambien aconsejariamos á la empresa que mandara quitar las enormes tachuelas de que se halla sembrado el teatro, desde que las colocaron para poner las colgaduras en los bailes de máscara. Hacemos estas observaciones al Instituto, porque quisiéramos que se evitáran faltas que parecen insignificantes y no lo son, y porque deseamos se conserve su ventajosa posicion entre los teatros de segundo orden.

*. En el teatro del Principe se ha puesto en escena *Lady Seimour*. Si continúa habiendo el mismo tino que hasta aqui en la eleccion de producciones, si estas siguen poniéndose en escena con el descuido que *Lady Seimour*, escusado será que clamemos en defensa del teatro Nacional y con injusticia tachariamos el gusto del público que prefiere ver hacer piruetas á escuchar monstruosidades repugnantes y ejecutadas con un descuido indisculpable, porque al fin menos mal resultado se saca de lo primero que de lo último. Si se quiere que prospere el teatro Nacional procédase con acierto en la eleccion de producciones, ensáyense bien y rodéeseas de todos los adherentes que tanto brillo dan á las funciones y á los cuales se ha acostumbrado ya el público. Por nuestra parte estamos resueltos á no perdonar la falta de ensayos, la pobreza en la escena y la torpeza y ridiculez en la maquinaria.

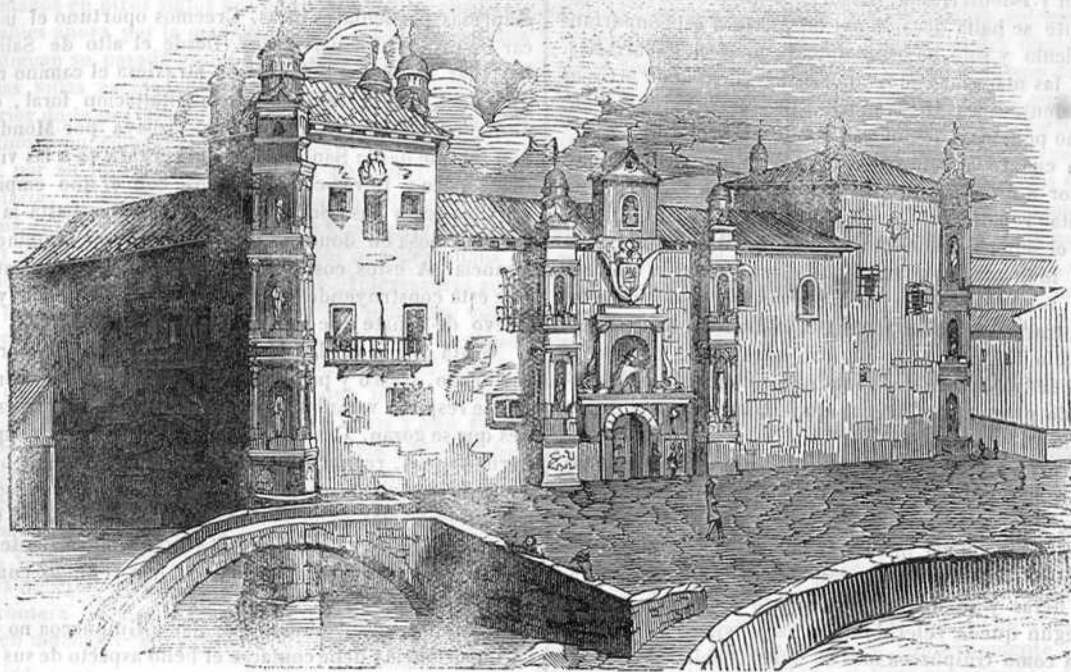
*. Hase repetido de nuevo en el Circo *El diablo enamorado*, baile fantástico en que la Guy y Petipá fueron aplaudidos con frenesí, tanto en la mazurca bailada de un modo inimitable, como en el Jaleo de Jerez ejecutados ambos por la primera: distinguióse tambien el Sr. Moné, á cuyo cargo estaba la parte mimica del Sultan que hay en el tercer acto; á la conclusion del baile el público hizo salir á las tablas á la Guy para colmarla de aplausos. Aunque esta composicion coreográfica es ya conocida del público, de esperar es que la perfeccion con que se desempeña, llevará al Circo durante algunas noches crecida concurrencia.

ADVERTENCIA.

Rogamos á los suscritores al *Semanario*, que adviertan retraso en el recibo de los números ó que noten cualquier falta en la distribucion del periódico, pasen aviso al *Establecimiento de los SS. Gonzalez y Castelló*, calle de Hortaleza n. 89.

La entrega de todas las obras de la casa se hace á los repartidores con la mayor exactitud: la del *Semanario* tiene lugar el sábado por la tarde, y la distribucion á los suscritores debe quedar indispensablemente concluida antes de las doce de la mañana de todos los domingos; el suscriptor que para esta hora no reciba nuestro periódico, debe advertirlo en el punto indicado.

ESPAÑA PINTORESCA.



(Vista de la Universidad de Oñate.)

GUIPUZCOA.



DESPUÉS de haber insertado en las columnas del SEMANARIO una exacta aunque sucinta descripción del señorío de Vizcaya, poco tenemos que decir de la noble provincia de Guipúzcoa, puesto que entre esta y el espesado señorío hay mucha semejanza. Indicaremos sin embargo los puntos mas esenciales que por no ser comunes á las tres provincias vascongadas, deben expresarse al hablar de cada una en particular.

Ocupa la provincia de Guipúzcoa una superficie de 52 leguas cuadradas, confinando al E. con Francia y Navarra, al S. con Alava, al O. con Vizcaya y al N. con el Océano, que baña su limitada costa. Si á los datos oficiales hemos de atenernos, tiene Guipúzcoa 104,000 habitantes, á los que se podrían seguramente agregar 20,000

y resultaría la población que existe. Como quiera que sea no hay en España provincia alguna que cuente igual número de habitantes en legua cuadrada, aun cuando nos limitemos á calcular con sujecion al referido censo de 104,000 almas.

El terreno es mas montuoso todavía que el de Vizcaya, pero no menos agradable y pintoresco. Falto de dones de la naturaleza el suelo guipuzcoano debe su fertilidad y hermosura al incomparable afán de sus laboriosos moradores, los cuales han logrado vincular en aquellas áridas montañas una lozana vegetación. El Deva, Urola, Oria, Urumea, Oyarzun y Vidasoa reciben en su curso, bien corto á la verdad, muchos afluentes.

El aspecto de los montes cubiertos de frondosas arboledas, de maizales, de prados artificiales y de otras muchas producciones es el mas grato que la vista puede gozar. Entré las montañas siempre verdes, siempre

deliciosas, levantan altas rocas su desnuda cresta; formando notable contraste con tanta amenidad y verdura.

En vano buscaríamos abundantes productos por resultado de las continuas y penosas tareas del activo labrador, pues se gradúan en 300,000 las fanegas de trigo que en toda la provincia se cogen con otras tantas de maíz. Las viñas que en otro tiempo se cultivaban en toda la costa y muy particularmente en Guetaria, San Sebastian y Fuenterrabía, daban chacoli en abundancia; al presente se halla decaído por las guerras este importante artículo y solo hay anualmente unas 6,000 arrobas. No así las manzanas de las que se hacen 132,000 arrobas de excelente sidra. Otras muchas producciones se hallan, pero no podemos detenernos á enumerarlas.

En cuanto al reino animal y al mineral, remitimos al lector á nuestro anterior artículo sobre Vizcaya á fin de evitar repeticiones, puesto que en esta parte Guipúzcoa y el señorío se encuentran en igual estado.

La industria á pesar de las circunstancias tan azarosas, no puede menos de ir participando del impulso que la traslación de las aduanas á la frontera ha de darle, y cuando llegue á contarse con seguridad, cuando se consolide la paz, de que tanto necesitamos, el país vascongado prosperará, no hay que dudarlo, con el desarrollo de la industria.

Sorprendente es el espectáculo que estas montañas ofrecen al hombre sensato, para el cual hay infinitos objetos dignos de admiración. Un país tan pobre que parece haber sido el blanco de las iras de la naturaleza debía necesariamente estar despoblado y servir de guarida á fieras y malhechores; empero no es así, puesto que según queda referido ninguna provincia de España cuenta como Guipúzcoa mas de 2,000 habitantes por legua cuadrada: esto en cuanto á la población, por lo demás el aspecto de aquellas montañas así en Agosto como en Enero es el de una continuada primavera, pues en ninguna estación dejan de estar verdes, alternando sin interrupción las cosechas de nabo para los ganados con las de trigo y maíz. Muchos países meridionales mimados por la naturaleza no ofrecen tan grato efecto. Debe asimismo notarse que á pesar de la pobreza estremada de este país improductivo, no se conoce miseria, y los mendigos que se encuentran son siempre de otras provincias. El admirable régimen que se observa en la clase numerosa, evita el pauperismo.

El sistema de inquilinato para labrar las tierras es ventajoso al de jornaleros que en países fértiles se halla establecido. Prescindiendo de lo muy repartida que está la propiedad y limitándonos á hablar de los colonos, decimos que en la casería habitada por el mas pobre de aquellos no deja de haber un buen equipo, bastante ropa blanca y por lo menos una cama sobrante; y sin embargo solo maneja aquel una cantidad insignificante de metálico, cuya falta sabe suplir con el trabajo y la economía.

Hállanse por do quiera buenos puentes de piedra y excelentes carreteras que en todas direcciones cruzan el territorio guipuzcoano y le ponen en comunicación con las provincias limítrofes. Cuando aun no hay camino real

que conduzca de Madrid á Toledo, cuando faltan caminos en la mayor parte de las provincias del resto de la Península, en Guipúzcoa se están construyendo carreteras duplicadas, sin que en las nuevas, ni en las ya construidas haya intervenido nunca el Estado, pues á pesar de que así en su construcción, como en su conservación tienen mucho coste por los obstáculos que ofrece el terreno y por los estragos que causan las continuas lluvias, han sido hechas á expensas de la provincia unas, y de empresas particulares otras. Creemos oportuno el indicar las principales carreteras. Desde el alto de Salinas hasta las márgenes del Vidasoa atraviesa el camino real que en el pasado siglo costó la Diputación foral, con el que empalman el que dirige á Vizcaya por Mondragón, el que desde San Antonio de Vergara vá á las villas de Motrico y Deva, comunicándose con el que empieza en Elgoibar y pasa por Azcoitia y Azpeitia hasta la villa de Tolosa en donde se une otra vez con el camino de Francia. A estos costosos caminos se han de agregar el que está construyendo la ciudad de San Sebastian y el nuevo de Oñate que son casi de mero lujo.

Grata es á la verdad la estancia en Guipúzcoa durante el estío, fresco y puro el aire que en aquellas montañas se respira, variadas y no interrumpidas las diversiones que se gozan. Cuantas personas han recorrido aquel hermoso país, recuerdan con placer la cortesanía y buena fé de sus virtuosos moradores, la paz, la tolerancia que allí reina, las comodidades con que brinda aquel territorio tan pobre y en el que el esmero y la constante laboriosidad de aquellos montañeses han reunido cuanto el gusto de los viajeros puede exigir.

Entre las circunstancias que dan á Guipúzcoa no poca importancia, debe contarse el bello aspecto de sus poblaciones, formadas con andanas de casas de dos y tres pisos, en cuyo interior es muy comun hallar elegantes salas, cubiertas con bonitos papeles y adornadas con chimeneas francesas y otros objetos de moda, no usados y aun desconocidos en pueblos de igual y aun mayor vecindario en el interior de la Península. Las calles de todas las villas situadas en las carreteras se hallan bien empedradas con aceras cómodas á los costados, en varias se ven lujosos pavimentos de losas de piedra; y unas y otras están con pocas escepciones iluminadas por faroles de reberbero. Ni es inferior el aseó y esmero que hay en las posadas que siempre se han considerado como las mejores de España, mereciendo particular mención por su espléndida y bien servida mesa, y por sus buenas habitaciones las fondas de Tolosa, la de Astigarraga y la de San Antonio de Vergara. Los templos, las casas de ayuntamiento y los juegos de pelota están hechos á toda costa.

Dada una ligera idea de la provincia en general, pasamos á indicar lo mas notable que en las poblaciones se encuentra. En la parte occidental deben citarse Mondragón célebre por su antigüedad y por sus minas de acero, beneficiadas en otros tiempos, no menos que por ser patria del ilustre historiador Esteban de Garibay. Está situada sobre las márgenes del Deva y la embellecen deleitosos contornos. Cerca de la misma villa se

halla el ameno valle de Leniz y en él la casa de baños de Arechavaleta; siguiendo por el camino de Francia y por las orillas del citado río se llega á Vergara, cuna de la sociedad vascongada y por consiguiente de todas las sociedades de amigos del país.

Hácela notable además de esto sus concurridas ferias, su acreditado seminario y el famoso y ya histórico campo del convenio; Plascencia y Eibar conocidas por sus fábricas de armas; Motrico y Deva, puertos muy frecuentados en otros siglos por buques de varias naciones, notables ahora por la magnificencia de sus templos que atestiguan su pasado esplendor; Azcoitia y Azpeitia gracias a villas asentadas sobre las orillas del Urola en el interior de la provincia, y entre las cuales se levanta el suntuosísimo colegio de Loyola; Cestona muy concurrida por su lujoso establecimiento de baños termales; Guetaria, villa marítima destruida completamente en la última guerra civil, dábanla fama la grandeza de su templo y la gloria de sus hijos, entre los que descollaba el argonauta Juan Sebastian de Elcano. Interesantes aunque pequeñas son sin duda alguna las indicadas villas, empero á todas aventaja así en poblacion como en riqueza y hermosura Tolosa, pueblo de mil vecinos con calles rectas y bien cortadas, y en el que llaman la atención los grandiosos templos de Santa Maria y San Francisco, las elegantes fondas y otros bellos edificios. Sin ocuparnos de Villafranca situada en el camino de Francia ni de Segura que ocupa el centro de una deliciosa vega; pasamos á la parte oriental, regada por torrentes de sangre, tanto como en los pasados siglos en el presente á causa de estar cerca de la plaza de San Sebastian y en la frontera de Francia, circunstancias que la han hecho en muchas ocasiones teatro de encarnizadas y largas guerras.

Coronadas de inmarcesible gloria se alzan á la izquierda del Vidasoa la *benemérita y generosa* universidad de Irun y la *muy valerosa* ciudad de Fuenterrabía, que han rechazado repetidas veces poderosos ejércitos extranjeros, siendo la honra de toda la nacion, como dijo Felipe IV en carta autógrafa escrita á la mencionada ciudad de Fuenterrabía.

A la izquierda del Urumea, y formando una península, se encuentra la ciudad de San Sebastian, reedificada en nuestros dias por haber sido incendiada y destruida en 1813. Esta ciudad de antiguos recuerdos y moderna construccion, es pequeña pero linda, con calles tira-

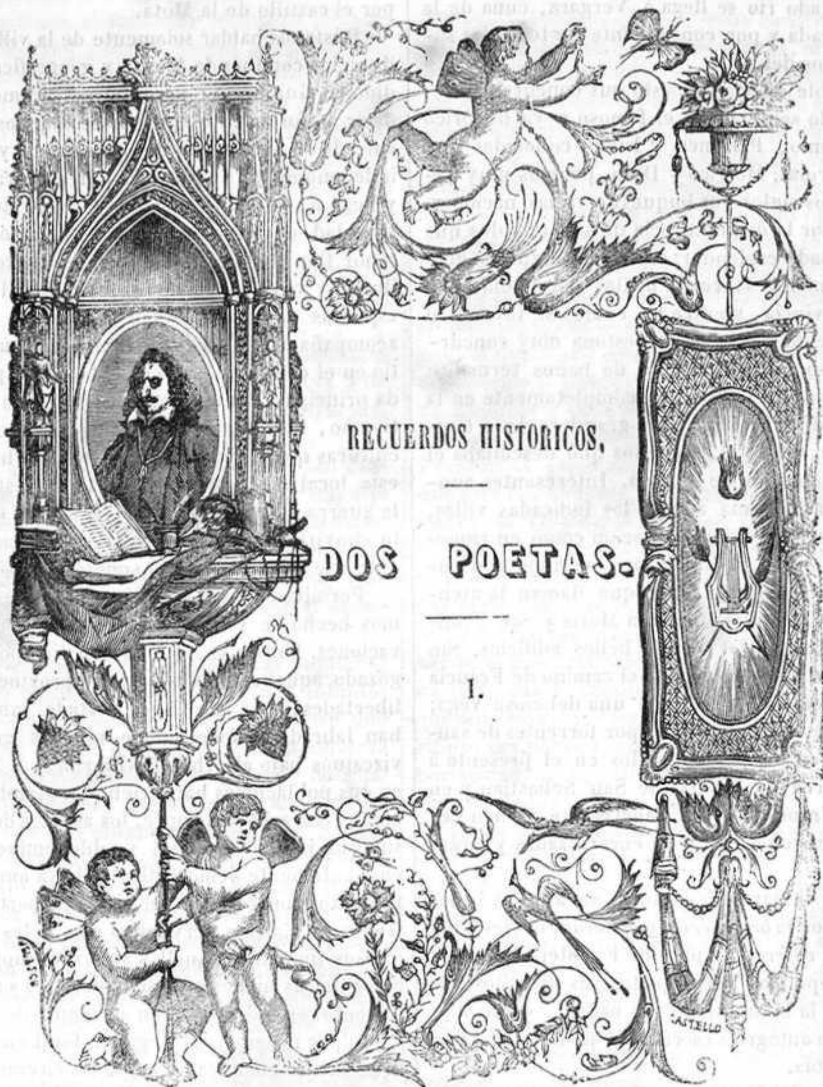
das á cordel, bien pavimentadas é iluminadas y dos bellas plazas. Defiéndela al N. el monte Urgull coronado por el castillo de la Mota.

Réstanos hablar solamente de la villa de Oñate situada en los confines de Alava, y geográficamente comprendida en Guipúzcoa; pero no políticamente ó por mejor decir no foralmente, pues hace muchos años que se separó de la hermandad de Guipúzcoa, y ha permanecido independiente. Fué cabeza del mayorazgo de Guevara, y llegó á ser muy conocida por su célebre colegio universidad de Sancti-Spiritus, fundacion del ilustrísimo señor Don Rodrigo de Mercado y Zuazola obispo de Mallorca y virey de Navarra. Erigióse al efecto en 1540 y espensas del mismo señor el edificio, cuya exacta vista acompaña á este artículo. Consiste en un cuadro con patio en el centro rodeado de galerías de piedra. La fachada principal, aunque muy deteriorada por la mano del tiempo, es digna de elogio por las muchas y buenas esculturas que la decoran. Desde 1542 hasta 1834, sirvió este local al objeto para que fué construido, y durante la guerra civil que empezó á la muerte de Fernando VII, le convirtieron los carlistas en maestranza de artillería al frente de la cual hubo sugetos de conocido mérito.

Permítasenos terminar la sucinta descripcion que hemos hecho de Vizcaya y Guipúzcoa con algunas observaciones. Sabido es, que desde tiempo inmemorial han gozado aquellas nobles y leales provincias franquicias y libertades, que sin haber costado sangre ni lágrimas, han labrado la felicidad de muchas generaciones. Los vizcainos bajo el árbol de Guernica, y los guipuzcoanos en sus poblaciones han celebrado asambles que han decidido, con acierto siempre, los asuntos de su querido país, sin que jamás en aquel pueblo eminentemente libre, eminentemente democrático se haya amortiguado el sentimiento monárquico. En ninguna parte han tenido los Reyes de Castilla servidores mas fieles, ni que mas los amasen que entre aquellos valerosos montañeses tan pródigos de sus bienes y de su vida, que sacrificaron gustosamente repetidas veces en obsequio de sus Reyes.

Si por desgracia el régimen foral en vez de ser prudentemente modificado, como las circunstancias y en algunas cosas el bien del mismo país exigen, completamente desapareciese, las Provincias Vascongadas dejarían de existir, trocándose en horribles yermos aquellos valles tan amenos, aquellas montañas tan pintorescas, aquellas poblaciones tan bellas.





En una mañana del mes de abril del año de 1623, veíanse bajar dos hombres por la llamada Cuesta de la Vega. El mas jóven vestia un roponcillo de finísima seda airoso en extremo, y que hacia resaltar las elegantes formas de su dueño. El otro, aunque vestido igualmente que su compañero, éralo solo en la forma, mas no en la calidad del vestido: el uno era un noble poeta, el otro un poeta pobre; á juzgar por el semblante de este, fácil era conocer que su corazon debía sufrir, pues su rostro pálido, y las pronunciadas ojeras que surcaban sus mejillas hundidas y macilentas, indicaban claramente el estado de aquella alma. Paráronse de pronto frente por frente del alcázar real por la parte de Levante, y dijo el mas jóven á su compañero.

—¡Ay amigo! vos no sabeis lo que se encierra allí, y

le señalaba el edificio régio, vos no sabeis las intrigas, las calumnias torpes que en ese sitio se fraguan. Dichoso vos, que podeis entregaros al reposo que os brinda vuestra libertad personal, mientras que yo tengo que habitar esos sitios tan odiados de mi corazon! Vos no sabeis lo que es ser cortesano, es un suplicio para el que posee una alma bien templada. Creedme, amigo, con gusto cambiaria mis ricas preseas por el tosco y raído traje del mas miserable labriego, á trueque de no habitar esos sitios.

—Pero nuestro Rey D. Felipe IV, tiene talento sobrado para no dejarse llevar de las hablillas de algunos cortesanos, replicó el otro. Sin embargo, sentiria verme precisado á tener que pisar esos umbrales.

—¡Dios os libre, amigo mio, de semejante desgracia;

vuestro noble corazón se indignaría al presenciar las escenas que ahí dentro pasan!

Abriéronse en el mismo instante las vidrieras de uno de los balcones del alcázar, y apareció en él una bella muger como de 26 años. Volviéronse ambos amigos, y el mas jóven palideció en el momento. Había conocido á la Reina en aquella muger.



—¡Isabel! se lo oyó pronunciar por lo bajo clavando sus ojos en esta.

La Reina también fijaba su vista en los dos jóvenes, puesta la mano derecha en la mejilla, y descansando el codo en la baranda del balcón.

—Decidme, ¿quién es esa muger?

—Esa muger, amigo mío, dijo el mas jóven, es Isabel de Borbon, esposa de Felipe IV, y sonrió con amargura.

—¡La Reina! exclamó el otro como asombrado.

—¿Y qué tiene de extraño que salga la Reina al balcón que así os causa sorpresa?

—No, no me ha causado sorpresa, pero hay momentos en la vida, en los cuales la mas leve cosa, la miramos como un gran suceso sin saber por qué. Mirad, continuó, y señalaba á la Reina que se iba retirando pausadamente.

—¡Se retira! Dios vaya con ella, y calló.

Quedáronse silenciosos por un instante hasta que el uno le dijo al otro.

—Muy pensativo os ha dejado la vista de la Reina.

—Sí, amigo, mucho.

—¿Será acaso verdad lo que se dice? ¿podré dar crédito á las palabras que han llegado á mis oídos? hablad.

—No, amigo mío, no soy aun criminal, os lo juro. ¡Infames! continuó, ¡atreverse á hablar así de su Reina! ¿y por qué? por envidia, sí, porque ven la deferencia con que me trata, porque ven que luzco y sobresalgo entre todos ellos, nulos para todo: ¡oh! ¡mucho mal me hacen, mucho!

—Pero vos, amigo, ¿la amais?

—¡Si la amo! no sabeis lo que la amo, no; su vista es para mí, lo que el rocío para las flores, el aire para el

ave, la luz para el día. ¿Creeis que si no fuera así sufriría lo que sufro dentro de ese palacio? ¡oh! por ella, solo por ella soporto tantos ultrajes.

—Os aconsejo, amigo mío, desprecieis esas cosas, mirad que la reputación de la Reina está en peligro, debeis ser cauto y avisado, y ya que no os es posible olvidarla, tratad al menos de conservar su honor.

—Sí, yo sufriré y la amaré en secreto.

Oyóse en esto el toque de oraciones, y ambos amigos, despues de descubrirse y persignarse, dirigieron-se hácia el alcázar. Allí se despidieron cordialmente. El uno subió los escalones de palacio, el otro atravesó la que hoy se llama plazuela de Oriente, y desapareció de aquellos sitios.

II.

Tres meses eran pasados. En un hermoso salon del palacio del Buen Retiro, veíase un numeroso concurso agitarse en aquel régio recinto ya á puestas del sol. Todo allí era vistoso, todo respiraba grandeza: los trajes y adornos de las damas, la elegancia y buen gusto en los caballeros, y mas que nada ver reunido allí á todo el Parnaso Español. Aquella noche debía tener lugar la representación de una comedia de Calderon, y por lo mismo, todos esperaban con impaciencia el momento de verla empezar. Estaba en su régio asiento la muy hermosa Isabel de Borbon, y á su derecha el muy célebre D. Felipe IV. Bullian á su alrededor multitud de personas, entre las cuales descollaban algunas por la elevación de sus ingenios. Mucho habia cambiado el personaje de quien hicimos mencion en el primer capítulo; en vez del modesto traje que antes llevaba, vestia á la sazón otro riquísimo, adornando su pecho la Cruz de Santiago, de cuya orden fué poco despues caballero. Muchas eran las conversaciones que allí se suscitaban entre todos los elegantes de la época, pero la que mas llamaba la atención entre todas, era la que versaba sobre la Reina Isabel. Se hablaba de ella con poco miramiento, y con sobrada descortesía, pero era tan natural esto en aquellos tiempos, que no hay que extrañar no hubiese uno sobrado caballero y sobrado galante para tomar su defensa: todos callaban y seguian escuchando lo que de ella se decia.

—¡Oh! el conde es dichoso cual ninguno, decia uno á varios que le escuchaban; sepan VV., continuó, que la quiere y es querido.

—A la verdad, replicó otro, que es dichoso, pues es amado de la muger mas bella del siglo.

—¿Y cómo no, contestó un tercero, siendo tan galante y tan tierno en sus conceptuosos sonetos?

—Cuidado, señores, exclamó uno de los criticones, mirad que por ahí anda el conde de Orgaz, y ya sabeis que es muy amigo suyo.

—No, te equivocas, le contestó otro, aun no ha llegado.

Diciendo esto, aparecieron en la puerta los dos amigos: el muy noble Conde de Villamediana del brazo con su íntimo amigo el Conde de Orgaz. Su aparicion produjo un movimiento general. Iba el Conde de Villa-

mediana de rigorosa etiqueta; llevaba el cabello sumamente ensortijado en sus extremos, elevándose en el nacimiento de la frente la especie de castaña segun se usaba entonces. Cubría á la sazón su cabeza un hermoso sombrero negro, y en vez de las plumas blancas que ya en otra ocasion hemos dicho llevaba, lucia ahora una sola verde sujetada con un cintillo de brillantes. No pudo disimular la Reina la turbacion que le causó la entrada del Conde, y sus mejillas se tiñeron de un vivo carmin.

—¿Sería amado por ventura?

—Repara, decia uno de los cortesanos á otro que le quedaba al lado; repara, repitió, cuán galan está el Conde.

—¿Pues y la Reina?

—La Reina está bella, pero mas bello que su rostro será su amor, ¡ah! ¡quién tuviera la fortuna de ese poeta Conde.

—Sí, de ese Conde poeta; todavia no ha adelantado la ilustracion lo bastante para posponer el retumbante título de Conde al de simple poeta.

—Yo sé que á él le agradan esas preferencias; es todo un poeta verdadero: su pasion favorita es el amor, y él lo entiende bien, eso sí. No es de esos hombres que pululan aquí y allá con sus fastidiosas palabras, con la nulidad en el decir, con la frialdad en el corazon, y con sus esperanzas en el amor, no; él lo comprende de otra manera, en él el amor es la vida, así es que ama para vivir, no vive para amar.

Dióse principio de allí á un rato á la comedia, la que quedó con gran lucimiento siendo aclamado por el Príncipe de los poetas su inmortal autor.

Entraron despues los concurrentes á una elegante sala, en la cual iba á tener lugar un certámen en poesia, cosa muy general en aquella época, en la cual lucia el mismo Rey las dotes de su aventajado ingenio. Dió prin-



cipio el certámen con una lindísima letrilla de Góngora, tierna y sentida en extremo; siguió despues una sátira de Quevedo, y otras composiciones de varios ingenios. Lle-

gó su turno á Villamediana, y recitó una amorosa cancion en la que se pintaba á sí mismo, dejándose arrebatado á medida que iba leyendo del fuego que le consumia, todos conocieron el concepto, y mas que todos el bufon del Rey que de suyo perspicaz, no se le escapó nada de cuanto dijo el Conde, y adivinó la causa de la tristeza que le consumia. Jamás le habia pasado á Felipe IV por la mente tal idea, y sin embargo, á la sazón causó sorpresa la cancion del Conde sin saber por qué.

—Mucho encomiais el amor, le dijo el Rey, pardiez que sois todo un Garcilaso, Conde; y á la verdad que mereceis el premio en este dia.

—No creo pueda tener ningun mérito mi cancion, para preferirla á las bellas composiciones de mis colegas.

—¿Qué decís, amada Isabel de esa trova? le dijo el Rey á su esposa que estaba inquieta por aquel incidente, por el cual podia perderse el Conde para siempre.

—Soy nula en la materia, le contestó, y mi voto lo sería igualmente; de todos modos, mi opinion en esta y otras cosas, siempre será la que vos tengais.

—Ya lo oís, señores, exclamó el Rey, la Reina designa al Conde por el campeón de la poesia en este momento.

Todos callaron, y el Conde permaneció pálido é inquieto; sus ojos no sabian donde posarse, y cruzaban de un lado al otro del recinto; la Reina le echaba algunas miradas como queriéndole avisar el peligro en que se hallaba, pero él no lo observó.

Concluyóse el certámen, y el conde recibió el premio que habia alcanzado de manos de la Reina Isabel, y al dársele, no pudo menos de decirle por lo bajo: «imprudente.»—Alzóse el Conde del suelo en el que descansaba una rodilla, y se llevó la mano al corazon mirando á la Reina al mismo tiempo. ¡Infeliz! no pensó que estaba rodeado de personas que observaban todos sus movimientos! no sabia que el Rey habia oido aquella palabra «imprudente» que la imprudente Isabel le dijera, llevado por la curiosidad, por una curiosidad inesplicable y que tan fatal le fué al desgraciado Conde!

—Hemos concluido, señores, dijo el Rey á sus vasallos que permanecian en pié conversando por lo bajo. Mañana, continuó, se lidiarán seis valientes toros, y espero que sereis de la comitiva.

Todos inclinaron la cabeza en señal de aprobacion.

Despues salieron de allí todos menos uno, este era el Rey; se adelantó hácia su esposa, y tendiéndola la mano, la ayudó á bajar del trono y se internaron en palacio.

Dos hombres se veian despues caminar con direccion al Prado: el uno era el del hábito de Santiago, el otro el Conde de Orgaz.

—¡Imprudente! decia el de Orgaz á su compañero; se ha perdido, las sospechas se han concentrado en los corazonces de cuantos le oyeron.

—Ese amor le perderá, y será inolado por él.

—No quiera Dios que suceda.

—El lo haga así, mucho le quiero, y desearia en el alma olvidase ese loco amor.

—Callad, replicó el Conde, ¿no veis allí á la derecha un bulto negro?

—Sí, en efecto, y nos viene siguiendo á lo que veo.

—Malos presentimientos agitan mi corazón.

—¿Qué querrá?

—Tal vez...

Iba á seguir el Conde, cuando al pasar cerca de un farol, dióles á los dos su resplandor en el rostro, por lo cual se oyó decir al desconocido:

—¡Ah! no es él.

—¿Oísteis?

—Sí, amigo, y me temo sea lo que sospecho hace tiempo.

—Adelantémonos nosotros, y prevengamos al Conde ahora mismo si es posible.

—¡Oh! no puede ser, exclamó el caballero del hábito, no hay una verdadera causa para...

—Callad, amigo, y sigamos; vos sois nuevo en la corte, y no sabéis aun lo que es su suelo: venid.

Después aceleraron sus pasos, y desaparecieron.

A. SIERRA Y L.

(Continuará.)

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.

EL PADRE CANELLAS.

El R. P. L. Jubilado Fr. D. Agustín Canellas, nació en Santa María del Pens, obispado de Vich, en 22 de junio de 1795. Después de haber estudiado en Vich gramática y retórica, cursó en Barcelona filosofía en el Seminario Tridentino, y luego siguió el curso de náutica en la escuela pública del Consulado de comercio de esta ciudad. Obtenida la aprobación y correspondiente despacho, pasó de pilotin á Veracruz. Poco después de su regreso del espresado viaje vistió el hábito de trinitarios calzados en el convento de Barcelona, cursando nuevamente con esmero y aprovechamiento filosofía y la sagrada teología. En 1797, fué creado lector en Artes, que enseñó en su religión por espacio de tres años, según los sanos principios de las ciencias naturales y exactas bastante desconocidos en aquella época. En 1800 fué nombrado lector de teología, que siguió enseñando hasta su jubilación. Pero estas graves tareas no apartaron jamás su espíritu del cultivo y enseñanza de las ciencias físico-matemáticas que fueron siempre el objeto más predilecto de sus estudios. Prueba de esta verdad es la interesante memoria que para su admisión en la academia presentó á principios de 1830. Su objeto es demostrar la conveniencia y necesidad de adoptar en España, á imitación de Francia una medida universal fundada en la naturaleza. Establece que esta medida debe ser la *diez millonésima parte del cuadrante meridional terrestre*, determinada por la famosa expedición científica de los astrónomos *Mechain y Delambre*, dirigida á verificar con la mayor escrupulosidad la longitud del arco terres-

tre desde la isla Formentá á Dunkerque, á fin de resolver la verdadera figura de la tierra, y reduce en fin á esta natural medida las varas y leguas de varias provincias de España. El celo de la real academia por la propagación de las luces, dispuso que se imprimiese tan útil memoria.

Luego que Canellas fué admitido socio, propuso un plan de enseñanza pública de cosmografía, que ofreció dirigir gratuitamente en la casa de la misma academia. Esta accedió con particular gusto á tan provechosa demanda, y poco después le confirió una de sus cátedras de matemáticas. Mientras estaba desempeñando sus encargos con general aplauso, fué destinado por el gobierno en 1805 para compañero y auxiliador de los famosos sábios *Mechain y Delambre* que practicaban entonces en Cataluña las más delicadas operaciones geodésicas. Canellas estuvo á su lado por espacio de un año sufriendo las mayores fatigas y correspondiendo del todo á la confianza del gobierno. De regreso de esta expedición célebre le nombró S. M. Catedrático de náutica del real Consulado de comercio, clase que dirigió con el mayor lucimiento hasta fines de 1808, en que se fugó de esta ciudad disfrazado y con mucho riesgo, por no querer acceder á las viles pretensiones con que el enemigo, sabedor de sus méritos y vastos conocimientos, procuraba atraerle á su partido. Durante la guerra, no hubo instante en que no consagrara á la defensa de la patria su persona y talentos. Capitán de guías por más de cuatro años, empleado en el estado mayor, ayudante de campo de varios generales, aplicó sus luces al levantamiento de innumerables planos y *croquis*, á la formación de itinerarios, á descripciones topográficas del Principado, hechas con la mayor precisión trigonométrica, á fortificaciones de puntos, á la dirección de las obras para hacer de la montaña de Buza una plaza inespugnable, etc.

Terminada la guerra en 1814, reasumió Canellas su cátedra de náutica, y poco después en 1816, publicó en dos tomos en 4.º, á espensas de la real junta de comercio su bella obra de *astronomía náutica*. El mejor gusto, la más alta disposición y orden de materias, claridad, método, observaciones las más interesantes, son las calidades características de esta obra, que recomiendan todos los sábios como la más propia para formar pilotos científicos. Se ocupó en seguida en estender una importante memoria sobre la utilidad de formar un mapa general de Cataluña con todas las observaciones relativas á la constitución física, historia natural, agricultura, industria, comercio, parte histórica y militar del Principado, proponiendo el que se nombrase una comisión de algunos sábios para realizarlos.

A mediados de 1817, á pesar del decaimiento de su salud, tomó á su cargo el verificar las operaciones trigonométricas y de nivelación, en busca de un punto del río Llobregat bastante elevado que facilitase el riego de todo el llano de Barcelona. En esta comisión empleó 26 días seguidos sufriendo todo el peso de los ardores del sol que en aquel agosto anterior fueron excesivos, y trabajando sobre un terreno el más escarpado. Llenó completamente los deseos de los comisionados para esta be-

nética empresa, y escribió una defensa y sabia relacion de sus operaciones. Ultimamente dió las ideas para la construccion de un precioso instrumento matemático, llamado por él *precisivo* y cuyas ventajas consisten en proporcionar una exactitud y finura á observaciones geodésicas y astronómicas mayor que la que puede obtenerse con los demas *circulos repetidores* de que usamos, pues que una observacion hecha con él, equivale al promedio de una serie de diez verificada con otro, de lo que debe resultar una estremada precision en las observaciones para la mediacion de los ángulos. Este instrumento, que fué construido por nuestro distinguido artista y socio de la academia de ciencias, D. Cayetano Faratt, segun las ideas del autor, se halla depositado en el gabinete de máquinas de la Junta de comercio que lo costeó; y en el cuaderno correspondiente al mes de mayo de 1920 de las *Memorias de agricultura y artes*, que se publicaban en aquella época á espensas de dicha real junta, se halla descrito con la explicacion de todos los pormenores relativos á su mecanismo, precision en las observaciones y resultados de la combinacion de todas las piezas de que se compone; por lo que refiriéndose á aquella memoria, diremos solamente que el *Precisivo* del P. Canellas consiste en un sistema de ruedas dentadas, cuyos dientes en número determinado, engranándose con las álas de los piñones que llevan fijos en sus ejes, comunican su movimiento á dos índices que dan vuelta alrededor del disco de laton graduado, con velocidades tales que mientras que el uno señala los grados, el otro debe indicar los segundos de grado en las mismas partes de la graduacion, y como al mismo tiempo que giran las ruedas, y por consiguiente los índices debe moverse igualmente el anteojó movable, de los dos que lleva el instrumento, afirmado en la alidada, es evidente que el mo-

vimiento angular de un segundo, podrá medirse con toda exactitud por medio del *Precisivo*.

Por fin, cuando estaba meditando nuevos medios de ser útil á sus semejantes, se vió atacado de una dolencia de languidez y consuncion, que minándole sordamente, puso fin á su vida en Alella á 10 de abril de 1818. Su muerte, acaecida á los 52 años de su edad, fué llorada de todos los amantes de la instruccion pública y del progreso de las ciencias, y en especial de todos sus discipulos, á quienes trató siempre con la mayor cordialidad y franqueza. Amigo sensible, ciudadano celoso, profesor ilustrado, sabio escritor; Canellas debe ser siempre el modelo de cuantos aspiren á la verdadera gloria de haber merecido bien de la humanidad y de las letras.

CRONICA.

*. El Ayuntamiento de esta corte ha acordado obsequiar á cada una de las redacciones de los periódicos, con seis billetes para las funciones que se den por la municipalidad en las fiestas reales con que se ha de celebrar el próximo enlace de S. M. De alabar es esta conducta de la corporacion municipal, que coloca á la prensa en el lugar que merece y que se la concede en otros países en casos análogos.

*. En el teatro del Circo se ha repetido el baile *el Diabolo enamorado* con igual éxito que las noches anteriores, y logrando siempre extraordinarios aplausos la señora Guy Stephan; tambien se ha repetido la *Farfarella*, en la cual ha desplegado asimismo su portentosa habilidad y seductora gracia.

En la noche del 30 se puso en escena la opera *I Lombardi*, cuya ejecucion mereció numerosos aplausos, haciendo repetir el alegro del duo del tercer acto.

No debe estar quejosa ni arrepentida la empresa del Principe de la idea de reproducir los *Polvos de la madre Celestina*, y deseáramos que esto la animara á poner nuevamente en escena la comedia de magia la *Redoma Encantada*, una de las mejores en su género, y que no se ha repetido desde la temporada en que se estrenó. En la próxima crónica examinaremos la comedia original *Fortuna contra fortuna*, que se ha de ejecutar á beneficio de D. Julian Romea.

A NUESTROS LECTORES.

La empresa del SIGLO PINTORESCO Y DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, ha resuelto publicar una descripcion minuciosa y detallada de todos los festejos que se disponen para solemnizar las bodas reales, acompañada de un número considerable de magníficos grabados, copiando los retratos de las reales personas, las ceremonias, convites, comitivas, trajes, coches, templete, fachadas de adorno, iluminaciones, fuegos artificiales, corridas de toros en la Plaza de la Constitucion, y cuanto contribuya á dar una idea completa de las próximas funciones aun á las personas que no las presenciaren, y á formar una relacion circunstanciada y verídica de este suceso tan notable en las crónicas madrileñas.

Para consignarle se han elegido las columnas del SEMANARIO, ya porque la mayor frecuencia de su aparicion permite insertar el relato á medida que se celebran los festejos, ya porque la narracion de ellos es mas propia de este periódico.

Esperamos que nuestros abonados apreciarán los cuantiosos desembolsos que la empresa tiene necesidad de hacer, para realizar el costoso proyecto que ha concebido en su obsequio.



A S. M. LA REINA

Doña Isabel Segunda,

EN EL DIA DE SU NATALICIO

Y CELEBRACION DE SU MATRIMONIO

CON SU ALTEZA SERENISIMA

el Sr. Infante D. Francisco de Asis Maria.

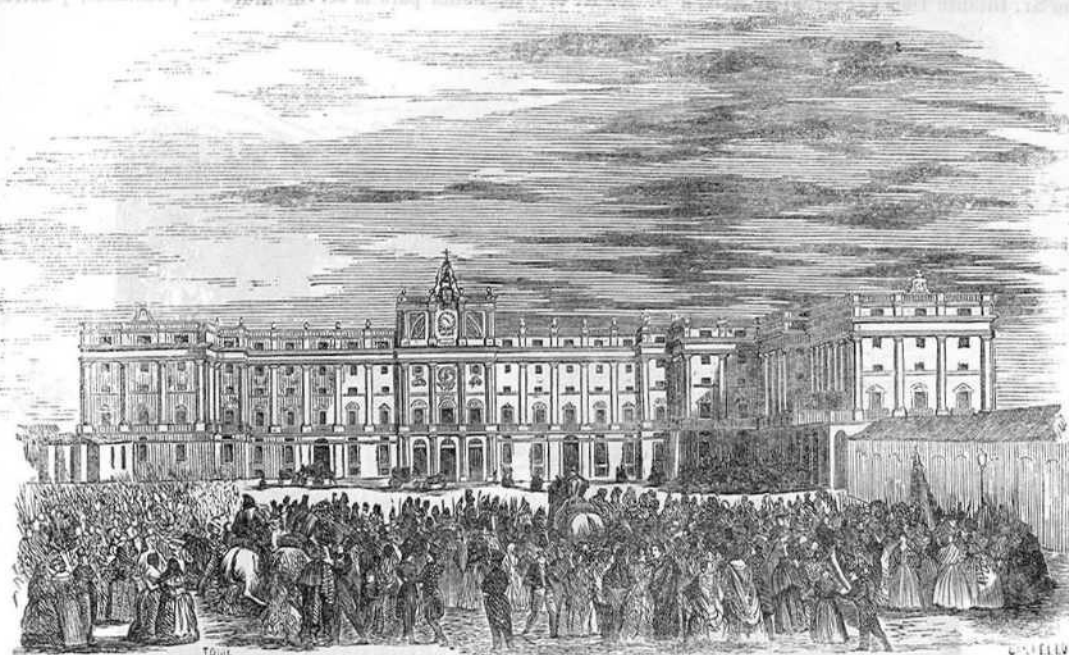


La Redaccion

DEL

Semanario Pintoresco Español.

SUCESOS CONTEMPORANEOS.



(Vista del Palacio de Madrid desde la Plazuela del Mediodía.)

DESCRIPCION

DE LAS FIESTAS REALES CELEBRADAS EN MADRID EN OCTUBRE DE 1846

CON MOTIVO DEL CASAMIENTO

de S. M. la Reina Doña Isabel Segunda

Y DE LA SERMA. SRA. INFANTA DOÑA LUISA FERNANDA.



LLEGÓ en fin el momento de realizarse la bodas de S. M. la Reina y de su augusta Hermana, ese solemne acontecimiento tan influente en la suerte futura de la nación y en la del trono; comienzan tambien los festejos con que el pueblo de Madrid, siempre pródigo en obsequiar á sus Reyes, se prepara á celebrarle. Toca ahora al SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, libro de biblioteca, inscribir en sus páginas los detalles de estos sucesos. Nuestra relación debe naturalmente dar principio, insertando el ce-

remonial que se ha de observar en el acto de los desposorios que se celebrarán hoy 10 de Octubre, y en el de las velaciones que tendrán lugar en el día de mañana.

CEREMONIAL.

Esta solemne ceremonia tendrá lugar en el salon del Real Palacio, llamado del Trono ó de Embajadores. Este salon estará dispuesto en la forma siguiente: en los dos ángulos interiores del trono se hallarán dos reyes de armas con sus cotas de gran gala, colocándose los otros dos al fin del sitio que ocupen los grandes y damas de S. M. A los dos extremos del salon, se hallarán los cuatro Ma-

yordomos de semana, maestros de ceremonias encargados de hacer observar el ceremonial con todo rigor y bajo su mas estrecha responsabilidad. A la derecha del trono se colocarán cinco sillas con destino á S. A. R. la Serma. Sra. Infanta Doña Luisa Fernanda, al Sermo. Señor Infante Don Francisco de Paula Antonio, al Sermo Sr. Infante Don Francisco de Asís, á S. A. R. el

Duque de Aumale y á S. A. R. el Duque de Montpensier.

A la izquierda del trono, y con la debida separacion, se colocará un altar con cruz, candeleros y frontal blanco, y sobre él se pondrán los ornamentos del prelado. A la izquierda de este altar se colocarán los seis capellanes de honor para la servidumbre de pontifical, y detrás al-



S. M. la Reina Doña Isabel II nació en Madrid en 10 de Octubre de 1830. Empezó su reinado en 29 de Setiembre de 1833. Fué proclamada Reina en Madrid en 24 de Octubre del mismo año.

gunos otros con el receptor y maestro de ceremonias con sobrepelliz y bonete: en igual forma y sitio podrán asistir los ayudados de oratorio.

Detrás de las sillas de SS. MM. ocuparán sus puestos los gefes de palacio de ambas señoras, el intendente general de la Real casa, y el general comandante de reales guardias Alabarderos. A la derecha del trono, y á

continuacion de las sillas de los señores Infantes, se colocarán los grandes de España y sus primogénitos, los ministros y los presidentes de los Cuerpos Colegisladores; y detrás de estos los gentiles hombres de casa y boca. A la izquierda las damas de S. M. y embajadora de Francia; en seguida los RR. arzobispos y obispos existentes en Madrid, y la comision del Consejo Real. Frente al

trono se colocará el cuerpo diplomático extranjero con el introductor de embajadores: frente á los grandes los mayordomos de semana, generales, gentiles hombres de cámara y de entrada y gefe político de Madrid. Frente á las damas, los tribunales, corregidor y comisiones de ayuntamiento, diputacion y consejo provincial. En se-

guida, y ocupando el lugar acostumbrado, los oficiales mayores del real cuerpo de Alabarderos. El alcaide principal de palacio, que se hallará con todo lo necesario para el acto, se colocará á la derecha de la puerta de la saleta. A la izquierda de esta misma puerta se colocarán los individuos de la servidumbre y acompañamiento de los



(S. A. R. la Infanta de España Doña María Luisa Fernanda, hermana de la Reina, nació en Madrid en 30 de Enero de 1832.)

Príncipes franceses que no tengan declarado otro puesto por su categoría. Cuatro ugieres de cámara se pondrán en las dos puertas del salon en los huecos de sus dinteles.

Hechos estos preparativos, y con una pequeña anticipacion á la llegada de S. M., se viste el prelado con amito, alba, cingulo, estola y capa pluvial, y con la mitra y báculo. Los asistentes que no formen parte de la real comitiva, y que se hallen en el salon, tomarán y conservarán los puestos que les designen los maestros de ceremonias.

A la hora señalada entrará S. M. en el salon precedida de los gentiles hombres de casa y boca, mayordomos de semana y grandes de España, y seguida de sus damas y gentiles hombres de cámara con ejercicio.

En cuanto S. M. la Reina y su augusta madre hayan tomado asiento en el trono, y los señores Infantes en sus sillas respectivas, saldrán del salon dos comitivas compuestas cada una de cuatro grandes, cuatro mayordomos de semana, cuatro gentiles hombres de casa y boca y dos ugieres; se dirigirán á buscar á SS. AA. los augustos novios, y volverán conduciéndoles. Al llegar á la puerta del salon serán anunciados por el secretario de cámara y real estampilla, diciendo: *Señora, los Príncipes*. Los señores padrinos saldrán entonces á la pieza inmediata y volverán acompañando á SS. AA. Los augustos novios, despues de hacer á SS. MM. y A. la debida cortesía, pasarán á ocupar sus puestos.

Llegado el momento de dar principio á la ceremonia

religiosa, S. M. se dignará levantarse y bajará las gradas del trono; S. A. el Sermo. Sr. Infante D. Francisco de Asís se colocará á su lado dándola la derecha, y S. M.

la Reina madre se dignará tomar puesto á la derecha de la Reina nuestra señora. La Serma. Sra. Infanta Doña Luisa Fernanda se colocará á la derecha de su augusta ma-



(S. A. Serma. el Infante de España D. Francisco de Asís María, Duque de Sevilla, primogénito del Infante D. Francisco de Paula Antonio, nació en Madrid en 13 de Mayo de 1822.)

dre, y en seguida S. A. R. el Duque de Montpensier y S. A. R. el Duque de Aumale. El Sermo. Sr. Infante D. Francisco de Paula tomará sitio á la izquierda de su augusto Hijo. El prelado, acercándose con mitra, pero sin báculo, hará la venia á las reales personas. El asistente mayor, teniendo el manual sin volver las espaldas

á SS. MM. y AA., lo presentará al prelado, quien mirando á cada uno de los augustos contrayentes les dice: *Yo requiero á V. M. y á VV. AA., etc. etc.* Siguiendo á estas palabras del ritual las interrogaciones y toma de consentimientos; despues de recibidos, continúa diciendo: *Yo, de parte de Dios, etc.*, formando á la in-

vocacion de las tres divinas personas otras tantas cruces. Con esto concluye esta ceremonia, y despues de dar una pequeña tregua para las demostraciones de mún-

tuas enhorabuenas de las reales personas, se retirarán SS. MM. precedidas de la comitiva.



(S. A. R. D. Antonio María Felipe Luis, Duque de Montpensier, hijo menor del Rey de los franceses, nació en Neuilly en 34 de Julio de 1824.)

GEREMONIA DE LAS VELACIONES.

Dada la órden por S. M. y puesta la guarnicion sobre las armas, empezará á desfilir desde las reales habitaciones todo el acompañamiento de etiqueta colocándose en los coches que les corresponda y llevando la siguiente carrera.

Arco de Palacio, calle de la Almudena, calle Mayor, Puerta del Sol, calle de Alcalá, Prado, Paseo de Atocha al santuario de este nombre.

La comitiva llevará el órden siguiente:

- 1.º Una mitad de caballería abriendo la marcha.
- 2.º Los clarines y tímables de las reales caballerizas á caballo.
- 3.º Los maceros á caballo.
- 4.º Dos coches con ocho gentiles hombres de casa y boca.
- 5.º Tres coches con doce mayordomos de semana.
- 6.º Los coches de gala propios de los señores grandes

de España cubiertos, con estos señores y las señoras damas de S. M.

7.º Un coche con los mayordomos de semana y gentil hombre de entrada de servicio.

8.º Un coche con el primer caballero de S. M. y el gentil-hombre de cámara de guardia.

9.º Un coche con los gefes de S. M. la Reina madre.

10. Un coche con las señoras camareras y dama de guardia.

11. Un coche con los gefes de palacio, con un correo á la derecha y un palafrenero á la izquierda.

12. Dos batidores.

13. Coche de S. A. R. el Duque de Aumale con caballero de campo, oficial y escolta.

14. Dos batidores.

15. Coche de S. A. el Sermo. Sr. Infante D. Francisco de Paula, con caballero, oficial y escolta.

16. Dos batidores.
17. Coche de S. A. la Serma. Señora Infanta Doña Luisa Fernanda y su esposo, con caballerizo, oficial y escolta.
18. Cuatro batidores.
19. Un correo ayudante á caballo.
20. El coche de S. M. la Reina madre con caballerizo, comandante y escolta.
21. Coche de respeto de S. M. la Reina nuestra señora.
22. Cuatro batidores.
23. El sobrestante de coches haciendo de correo.
24. Coche de S. M. la Reina nuestra señora y su augusto esposo, con caballerizo de campo.
25. Capitan general, generales y plana mayor en sus correspondientes puestos.
26. Escolta de S. M.
27. Palaferenos de servicio en la comitiva.
28. Tropa de caballería que cierra la marcha.

Los coches de esta comitiva llevarán su correspondiente dotacion de mancebos y lacayos, que irán á pié en ambos costados. El de S. M. la Reina madre, los de SS. AA., y el de respeto la llevarán doble. El de S. M. la Reina nuestra señora llevará seis mancebos y seis lacayos.

En la forma espresada se dirigirá la comitiva á la iglesia santuario de Nuestra Señora de Atocha, que de antemano debe hallarse colgada y adornada por la tapicería de palacio; igualmente estarán prevenidos los asientos y lugares de dicha real comitiva segun se acostumbra en los dias de capillas públicas. Tambien se dispondrán los sitios para los señores ministros, embajadores y ministros extranjeros, comisiones de tribunales y corporaciones, capitan general, generales, plana mayor, obispos, ayuntamiento y capellanes de honor, el estradillo para las damas de S. M. y embajadora de Francia, que deberán asistir de gala y con velos en la cabeza: lo restante de la iglesia se dispondrá con sillas para los convidados, los cuales entrarán por billetes.

A la entrada de la iglesia estarán dos mayordomos de semana, acompañados de porteros, para recibir á los convidados, y dentro de ella otros cuatro para dirigirlos á sus sitios y evitar todo desórden y confusion.

El R. Patriarca acompañado de los capellanes de honor asistentes, esperará sentado á la puerta de la iglesia con capa pluvial, mitra y báculo. Al llegar las reales personas dejando el báculo, y hecha la venia á SS. MM., principiará la ceremonia segun previene el ritual romano, y la práctica usada en iguales casos.

Concluida la ceremonia se dirigirán procesionalmente al altar mayor, delante del cual se pondrá un rico reclinatorio, y colocados SS. MM. y AA. en sus sitios correspondientes, principiará la misa, despues de la cual saldrán las reales personas en el mismo órden y con la comitiva que trajeron, y regresarán á palacio por la carrera designada.

mos que los régios enlaces se verificarán á las nueve de la noche. Serán testigos, por parte de España, el Duque de Bailen, el Duque de Castroterreno, el Duque de Rianzares y los primeros dignatarios de palacio; y por parte de Francia, S. A. R. el señor Duque de Aumale, el embajador Conde de Bresson y el Baron Athalin, por de Francia y edecan del Rey de los franceses.

Al día siguiente serán las velaciones en Atocha. En la misma noche habrá magníficos fuegos artificiales.

El lunes 12 se verificará el gran besamanos en los salones de palacio, debiendo pasar despues toda la familia real al sitio de Aranjuez, de donde regresarán el 16 para asistir á las fiestas reales.

Todavía no está definitivamente aprobado el programa de las que dispone el Excmo. Ayuntamiento constitucional de esta corte; pero podemos anunciar con certeza, que las principales consistirán sustancialmente en lo que indican las noticias que hemos adquirido y que trasladamos á continuacion.

Comenzando por las corridas de toros, diremos, que para las funciones reales estan contratadas todas las mejores cuadrillas de toreros que hay en España, y preparados mas de 100 toros de las vacadas de mayor crédito. Los trajes de los toreros y operarios son de mucho gusto y riqueza, y el servicio general de la plaza corresponderá á la magnificencia de las corridas celebradas con motivo de la jura de S. M.

Habrán seis caballeros en plaza: cuatro nombrados por S. M. para la funcion de corte, y dos por el Ayuntamiento para la de villa, que se presentarán con sus correspondientes padrinos.

Acompañarán á estos cien comparsas vestidas ricamente á la antigua española y guardia tudesa ó chamberga.

La colgadura de la plaza es de paño de grana con una ancha franja de oro en los balcones principales y terceros, amarilla con franja de plata en los segundos, reproduciendo los colores de la bandera nacional, y en la barandilla alta, azul y plata.

La iluminacion consiste en unas 700 achas de cera; todo lo cual presentará una aspecto sorprendente.

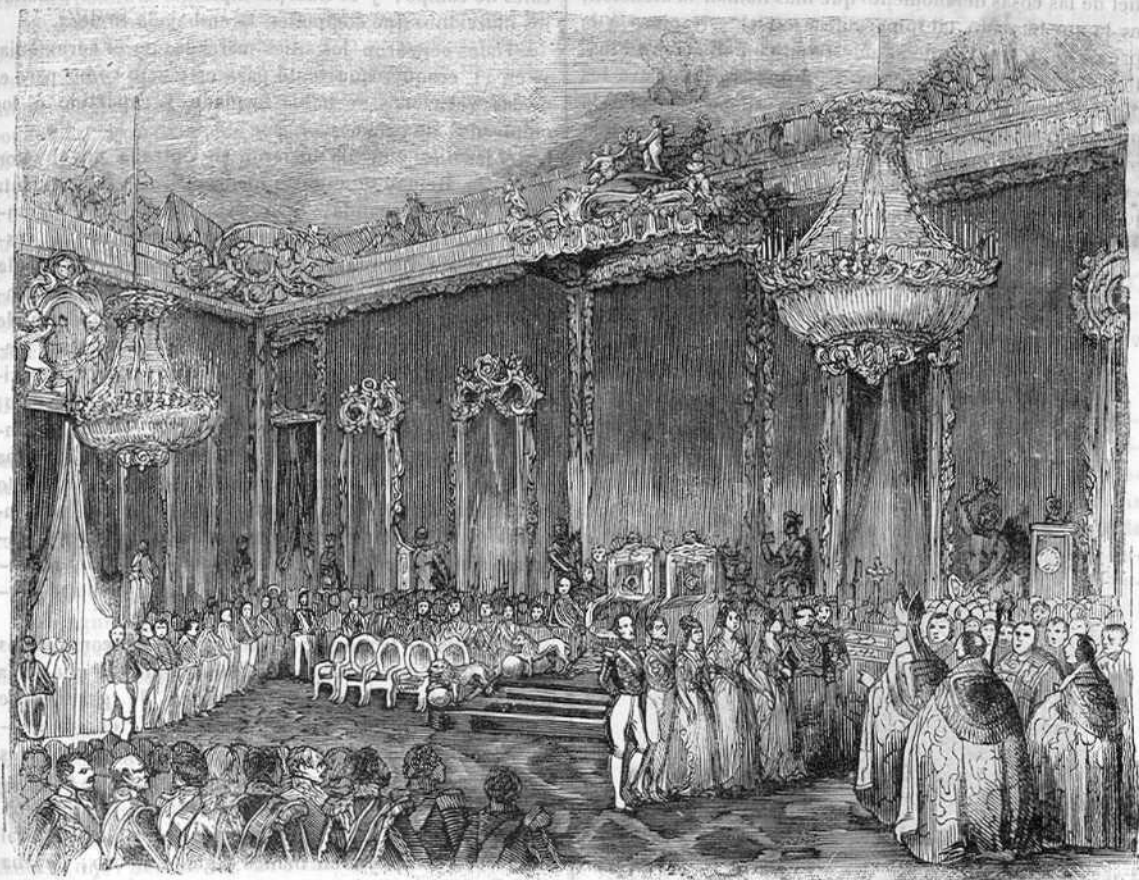
En cuanto á la distribucion de billetes para las funciones de toros, se observarán segun costumbre oficial las reglas siguientes: los dueños de las casas, que han construido los tablados de los tendidos al frente de ellas, tienen el usufructo de estos en el primer día ó sea la funcion real de corte, en tal concepto pueden alquilar los asientos por su cuenta. En dicha funcion real se reserva S. M., con muy pequeña escepcion en favor de alguna familia ó corporacion que disfruta este privilegio, los balcones de las mismas casas, en los cuales se colocarán los convidados de palacio, debiendo abonarse á los propietarios por los que los ocupen, á razon de catorce ducados por cada uno de los principales, de diez por los segundos y de siete por los terceros. Esto no obstante Madrid disfruta el privilegio de repartir treinta bolitas en los claros 106 y 107 de las casas tituladas de Sardineta, esquina á la calle de Boteros. En las otras dos funciones que se conceden á la villa, corresponden á esta todos los tablados y balcones del piso principal y los dueños de las casas tienen derecho solo desde el segundo en adelante. En la corrida de la mañana del día primero ó sea llamada de *prueba*, la distribucion de todas las localidades de la plaza es esclusivamente del dominio ó propiedad particular.

Se cree que habrá ademas una corrida gratuita de novillos y danzas en la plaza de la puerta de Alcalá.

(Continuará.)

Hasta aquí el ceremonial. Por nuestra parte añadire-

SUCESOS CONTEMPORANEOS.



(Vista del salón de Embajadores en el acto de los desposorios de S. M. y A.)

Descripción de las fiestas reales celebradas en Madrid en octubre de 1846, con motivo del casamiento de S. M. la Reina Doña Isabel II y de la Serma. Sra. Infanta Doña Luisa Fernanda. (1)

DESPOSORIOS.

AGENO el SEMANARIO á la política y en libertad de obrar sin compromisos conningun partido que le sujeten á pintar los festejos públicos del modo que mas le con-

imparcialidad que requiere el propósito de registrar en susanales las fiestas y ceremonias públicas, reproduciendo en hermosos grabados los detalles de ellas. Acaso nuestro trabajo sea considerado por algunos como fútil é insignificante, pero imagínese cuál seria el interés y la utilidad que nos reportaria hoy una relacion semejante de todas las grandes ceremonias que han tenido lugar

(1) Las alteraciones que ha sufrido el programa de los festejos y la circunstancia de haberle publicado varios periódicos, nos han decidido á no continuar el extracto que de él comenzamos en el número anterior, por lo que damos principio desde luego á la descripción.



venga, da principio al relato histórico de ellos, con la
NUEVA EPOCA.—TOMO I.—OCTUBRE 18 DE 1846.

en tiempos remotos, y en la cual á la descripción escrita acompañará la representación de los objetos.

Esta consideración, además del interés vivísimo que en los contemporáneos excita la reproducción rápida y fiel de las cosas del momento que mas llaman la atención, es la que ha dado tal importancia en el extranjero á la prensa pintoresca, que ha puesto en combinación el texto y el grabado, que escribe y pinta, que muestra los objetos que describe hablando á la vez á los ojos y á la imaginación, que ayuda á la inteligencia y graba en la memoria; esta misma nos ha decidido también á poner en práctica igual procedimiento para describir los festejos y etiquetas que se han dispuesto con motivo de la gran solemnidad, del fausto suceso del enlace de S. M.



(Retrato del Duque de Aumale.)

Segun teniamos anunciado, el dia 10 del corriente recibieron las bendiciones nupciales S. M. la Reina y su augusta Hermana.

A las nueve de la noche empezaron á acudir á palacio las personas que debian asistir á este acto solemne. Notábase en la plaza del medio dia, grande animación y multitud de lujosos trenes; las fachadas de palacio se hallaban iluminadas así como el pórtico y escaleras que estaban alfombradas y cubiertas de Alabarderos y criados de la real servidumbre; una música escogida tocaba en tanto en los salones de la régia morada. A las nueve y cuarto se encontraban ya en el salon de Embajadores las comisiones de los altos cuerpos del Estado que debian presenciar el régio enlace, entre ellas la del Congreso, del Senado, del Consejo Real, del Tribunal Supremo de Justicia, del de Guerra y Marina, de la Audiencia Territorial, del Consejo Provincial, del Ayuntamiento; viéndose además

en el mencionado salon varios capellanes de Honor, la mayor parte de los Obispos y Arzobispos residentes en Madrid, los capitanes generales de ejército, las autoridades, gran número de tenientes generales y mariscales de campo, y el Cuerpo diplomático, exceptuando los individuos que componen la embajada inglesa.

Todos ocuparon los sitios marcados en el ceremonial y en el croquis que tanto para este acto como para el de las velaciones se habia formado y repartido á los empleados de palacio.

A las diez y media hicieron su entrada en el salon S. M. la Reina, su augusta madre, S. A. R. la Infanta Doña Luisa Fernanda, S. A. R. el Infante D. Francisco de Paula y sus jóvenes y lindas hijas. S. M. vestia un traje de muaré blanco con tres órdenes de blonda de plata; el manto era tambien de crespon blanco: llevaba en la cabeza una magnífica diadema de brillantes, al cuello un rico collar de las mismas piedras, y ceñia el vestido un preciosísimo cinturón de brillantes con lazos de igual pedrería que tocaban al suelo; cruzábase el pecho la banda de Maria Luisa y completaban su adorno guantes y abanico. S. A. llevaba un traje de la misma color y especie pero algun tanto menos costoso. Seguía á las reales personas una inmensa y lujosa comitiva compuesta de gentiles-hombres, mayordomos de semana, damas de honor, intendente de palacio, grandes de España y otras personas de elevada categoría.

Ocupado el trono por S. M., y por su comitiva los puestos señalados, salió del salon la comisión que debia acompañar á los Principes compuesta de grandes de España, cuatro mayordomos de semana, cuatro gentiles-hombres de casa y boca y dos ugiere. Pocos momentos despues el Secretario de Cámara y real estampilla anunció en voz alta la entrada del Infante Don Francisco de Asís; vestia el uniforme de capitán general del ejército con pantalon blanco y galon de oro, llevaba al cuello el Toison de oro y el gran Cordon de la Legion de honor, baston de concha, y un gran diamante en el puño; S. A. fué á colocarse al lado de su padre.

Del mismo modo fué anunciado S. A. R. el Duque de Montpensier. Además de la comisión que salió á recibirlo, precedía al Príncipe su augusto hermano el Duque de Aumale y toda la embajada de Francia, en cuyo séquito se distinguía al célebre Alejandro Dumas. El Duque de Montpensier y el Duque de Aumale llevaban el uniforme de mariscales, un calzon blanco ceñido y bota de montar, que es el traje de etiqueta; entre las condecoraciones francesas brillaba el Toison de oro que el Duque de Aumale recibió en Pamplona, y que el de Montpensier habia recibido algunas horas antes de esta ceremonia con la solemnidad que requiere semejante acto.

Habian salido tambien al encuentro de los Principes los padrinos y testigos de los augustos contrayentes. Era madrina para ambos enlaces S. M. la Reina madre: para el del Infante D. Francisco de Asís servia de padrino S. A. R. el Infante D. Francisco de Paula, y para el de la Infanta S. A. R. el Duque de Aumale.

Llegado el momento de las ceremonias, el Patriar-

ca puesto de pontifical y acompañado de sus asistentes, se acercó al trono, que estaba rodeado por la familia real y por los ministros de S. M., y dejando el báculo, dijo á la Reina, y á S. A. el Infante D. Francisco de Asís las palabras siguientes:

«Señora Doña Isabel II de Borbon Reina católica de España, yo requiero á V. M. y á V. A. tambien, Serenísimo Señor D. Francisco de Asís María de Borbon, Infante de España, para que si saben algun impedimento por donde este matrimonio no pueda ni deba ser contraido, ni ser firme y legítimo; conviene á saber: Si hay entre V. M. y V. A. impedimento de consanguinidad, afinidad ó espiritual parentesco, ademas de los dispensados por su Santidad; si tienen hecho voto de castidad ó religion; y finalmente, si hay cualquier impedimento, lo manifiesten V. M. y V. A.: lo mismo mando á los que estais presentes. Segunda y tercera vez requiero, que si sabeis algun impedimento lo manifesteis libremente.»

El prelado se dirigió luego especialmente á S. M. diciéndola:

«Señora Doña Isabel II de Borbon Reina católica de las Españas, ¿quiere V. M. por su esposo y marido, por palabras de presente, como lo manda la Santa Católica y Apostólica Iglesia Romana, al Sermo. Sr. D. Francisco de Asís María de Borbon, Infante de España?»

S. M. respondió con voz un tanto apagada.

SI QUIERO.

En seguida preguntó el sacerdote:

«Otórgase V. M. por esposa y muger del Sermo. Señor D. Francisco de Asís María de Borbon?»

SI OTORGO.

«Recibe V. M. al referido Sermo. Sr. D. Francisco de Asís María de Borbon, Infante de España por su esposo y marido?»

SI RECIBO.

Dirigiéndose en seguida el prelado al Sermo. Sr. Infante le dijo: Sermo. Sr. D. Francisco de Asís María de Borbon, Infante de España, ¿quiere V. A. á la Señora Doña Isabel II de Borbon, Reina católica de las Españas, por esposa y legítima muger por palabras de presente como lo manda la Santa Católica Apostólica Iglesia Romana?»

S. A. con clara y firme voz contestó:

SI QUIERO.

Y añadió el Patriarca.

«Otórgase V. A. por esposo y marido de la Señora Doña Isabel II de Borbon, Reina católica de las Españas?»

SI OTORGO.

«Recibe V. A. por esposa y muger á la Señora Doña Isabel II, Reina católica de las Españas?»

SI RECIBO.

Dándose entonces la mano los augustos contrayentes y tomando el prelado el báculo dijo:

«Yo de parte de Dios Todopoderoso, y de los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo y de la Santa Madre Iglesia, desposo á V. M. Señora Doña Isabel II de Borbon, Reina católica de las Españas y á V. A. Sermo. Sr. D. Francisco de Asís María de Borbon, Infante de España; y confirmando este sacramento de matri-

monio en el nombre del Padre ✠ y del Hijo ✠ y del Espíritu ✠ Santo. Amen.

En el momento en que el Patriarca echaba la bendición nupcial á S. M. apuntaba el reloj de palacio las once menos veinte y tres minutos.

En seguida se dirigió el prelado á S. A. R. la Infanta Doña María Luisa Fernanda y al Duque de Montpensier, repitiéndose la ceremonia y concluyendo el acto á las once menos diez y ocho minutos.

El salon de Embajadores presentaba un golpe de vista maravilloso que hemos copiado con la mayor exactitud en el hermoso grabado que vá á la cabeza de este número, la escena era con efecto grandiosa, imponente y magnífica. Poco antes de las once los augustos novios se retiraron á las habitaciones que les estaban destinadas y que son las mismas en que vivió Fernando VII, despidiéndose el esposo de nuestra Reina, de su augusto padre y de sus hermanas que partieron para el palacio de San Juan, con notables muestras de emocion.

A las once se retiró la concurrencia.

La iluminación mas lucida que de ordinario, el movimiento de la poblacion que discurría por las calles especialmente por las cercanías de palacio, todo demostraba que al aniversario del cumpleaños de S. M. se unía otra solemnidad, otro suceso mas grande. La salida de los convidados y de los concurrentes á la ceremonia indicó que la Reina era ya esposa, y al esparcirse esta noticia todos hacían votos por su felicidad.

II.

VELACIONES.

Un cielo despejado, una temperatura suave y un sol brillante, daban al 11 de Octubre todo el encanto de uno de esos hermosos dias de otoño que son en Madrid los mejores del año. Desde muy temprano aparecieron colgadas muchas casas de la carrera que debía llevar la régia comitiva, especialmente los edificios públicos y las moradas de los grandes, varias de las cuales se veían adornadas con magníficos tapices de extraordinario valor. A las nueve y media las tropas de la guarnicion se dirigían á la carrera, y ocupaban sus puestos, la infantería desde el palacio hasta el salon del Prado, la artillería en las Delicias y la caballería hasta la iglesia de Atocha. Los cuerpos de línea vestían el nuevo uniforme que no es por cierto del mejor gusto.

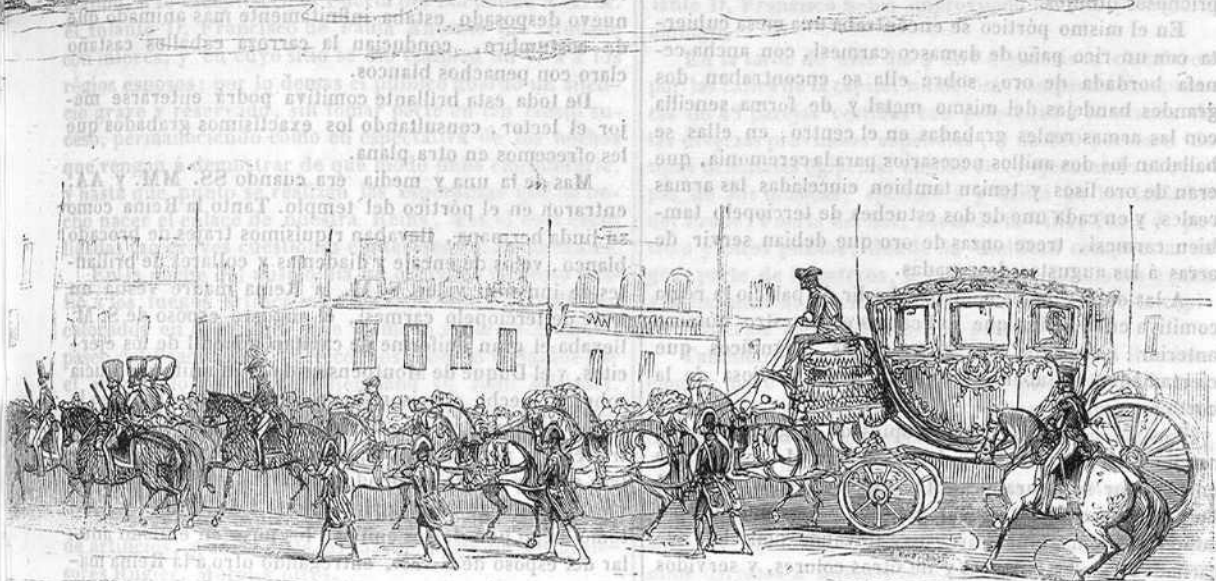
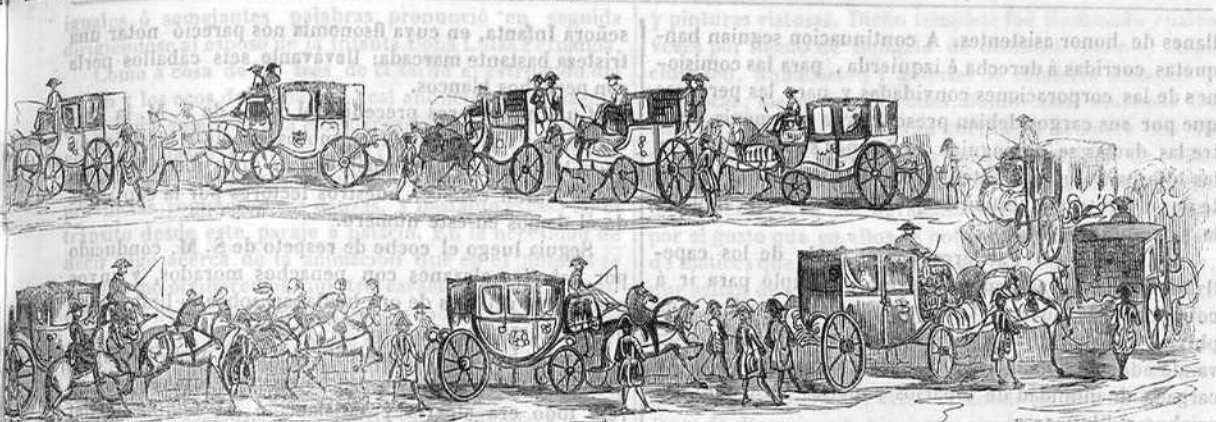
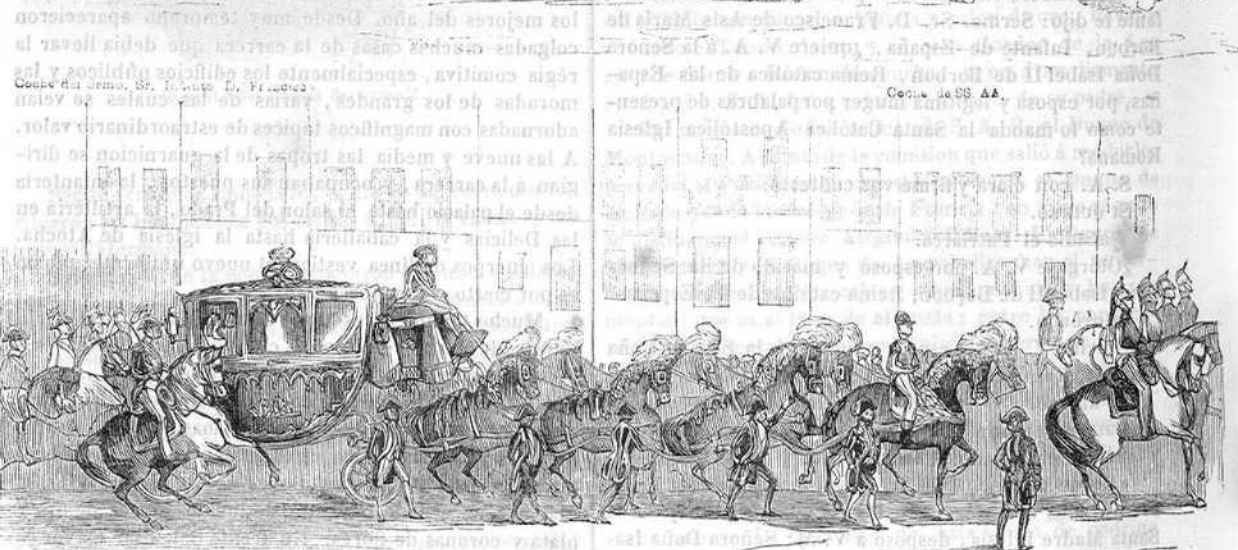
Mucho tiempo antes de la hora señalada, acudían á iglesia de Atocha en lujosos carruajes los convidados á la solemne ceremonia: el templo mezquino de suyo y desacertadamente elegido cuando existen otros mas suntuosos y capaces en la capital, por mas que la costumbre le haya elegido para estos actos, se hallaba pobremente adornado con pabellones y colgaduras de raso blanco y encarnado bastante deslucido, flecos de oro y plata y coronas de flores. En frente del altar mayor se hallaban colocados lujosos sillones para SS. MM., señores Infantes y padrinos, á derecha é izquierda se veía el lugar destinado para los arzobispos, obispos y cape-



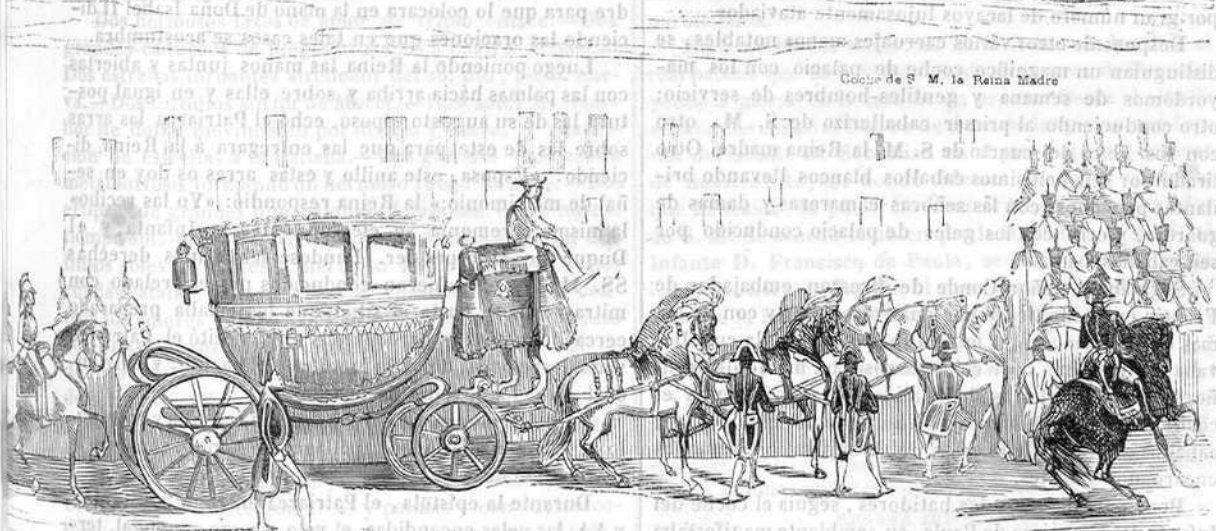
Coche del Duque de Anmale



Ceche de SS. AA.



Coche de S. M. la Reina Madre



llanes de honor asistentes. A continuacion seguian banquetas corridas á derecha é izquierda, para las comisiones de las corporaciones convidadas y para las personas que por sus cargos debian presenciar la ceremonia. Entre las damas se distinguian varias por su belleza y por los lujosos trajes que ostentaban. Pero en su mayor parte por el contrario vestian trajes altamente impropios de la solemnidad del acto.

A las once el Patriarca acompañado de los capellanes de honor asistentes atravesó el templo para ir á colocarse á la puerta. Vestia S. E. una magnífica capa pluvial de incalculable valor y admirable trabajo, llevando ademas báculo y mitra, esta última sumamente cargada de infinidad de topacios y perlas formando caprichosos dibujos.

En el mismo pórtico se encontraba una mesa cubierta con un rico paño de damasco carmesí, con ancha cenefa bordada de oro, sobre ella se encontraban dos grandes bandejas del mismo metal y de forma sencilla con las armas reales grabadas en el centro, en ellas se hallaban los dos anillos necesarios para la ceremonia, que eran de oro lisos y tenian tambien cinceladas las armas reales, y en cada uno de dos estuches de terciopelo tambien carmesí, trece onzas de oro que debian servir de arras á las augustas desposadas.

A las once y media comenzó á salir de palacio la régia comitiva en el órden que indicamos en nuestro número anterior: constaba de 50 carruajes magníficos que ciertamente bastaban á dar una idea grandiosa de la corte española.

Los 14 coches de gala propios de la grandeza que conducian á los grandes y damas de S. M., competian entre sí por su figura elegante, ricos adornos y por el brio de sus caballos de las mejores castas de Europa, cubiertos de magníficos arneses, llevando penachos encarnados, azules, blancos y de otros colores, y servidos por gran número de lacayos lujosamente ataviados.

Despues de otros varios carruajes menos notables, se distinguian un magnífico coche de palacio con los mayordomos de semana y gentiles-hombres de servicio; otro conduciendo al primer caballero de S. M., otro con los gefes del cuarto de S. M. la Reina madre. Otro tirado por seis bellísimos caballos blancos llevando brillantes penachos, con las señoras camareras y damas de guardia, y otro con los gefes de palacio conducido por seis caballos bayos.

Seguian el señor Conde de Bresson embajador de Francia en coche tirado por cuatro caballos y con las armas de Francia, en el mismo iba su esposa, la cual llevaba un lindísimo traje color de rosa con manto de armiño. Marchaban detrás dos batidores, y en seguida el coche destinado al Duque de Aumale conducido por seis caballos atigrados de la casta de Aranjuez con penachos encarnados y azules.

Precedido de otros dos batidores, seguia el coche del Infante D. Francisco de Paula, su semblante manifestaba contento y alborozo. El carruaje iba tirado por seis caballos bayos con penachos encarnados.

En pos de este coche iba el de S. A. R. la Serenísima

señora Infanta, en cuya fisonomía nos pareció notar una tristeza bastante marcada: llevávanle seis caballos perla con penachos blancos.

Cuatro batidores precedian al coche de S. M. la Reina madre: tiraban de él hermosos caballos blancos con penachos azules, el carruaje era de gran magnificencia, como podrán conocer nuestros lectores por la copia que de él damos en este número.

Seguia luego el coche de respeto de S. M. conducido por caballos alazanes con penachos morados, y cuyos magníficos relieves de oro brillaban sobre la linda caoba de este carruaje.

Cuatro batidores, correos y lacayos, precedian al de gala de S. M. y augusto esposo en cuya interesante pareja todo era alegría y satisfaccion, el semblante del nuevo desposado estaba infinitamente mas animado que de costumbre, conducian la carroza caballos castaño claro con penachos blancos.

De toda esta brillante comitiva podrá enterarse mejor el lector, consultando los exactísimos grabados que les ofrecemos en otra plana.

Mas de la una y media era cuando SS. MM. y AA. entraron en el pórtico del templo. Tanto la Reina como su linda hermana, llevaban riquísimos trajes de brocado blanco, velos de encaje y diademas y collares de brillantes de inmenso valor. S. M. la Reina madre vestia un traje de terciopelo carmesí, el augusto esposo de S. M. llevaba el gran uniforme de capitán general de los ejércitos, y el Duque de Montpensier de gran uniforme, lucia sobre su pecho el toison de oro, y el gran cordon de la legion de honor. Como hemos dicho, esperaba el Patriarca á la régia comitiva, el cual asistido de los ministros correspondientes bendijo las arras y los anillos; sirviendo en seguida el agua bendita á SS. MM. y AA., tomó luego uno de los anillos, los puso en el dedo anular del esposo de S. M., entregando otro á la Reina madre para que lo colocara en la mano de Doña Isabel II diciendo las oraciones que en tales casos se acostumbra.

Luego poniendo la Reina las manos juntas y abiertas con las palmas hácia arriba y sobre ellas y en igual postura las de su augusto esposo, echó el Patriarca las arras sobre las de este para que las entregara á la Reina diciendo: «Esposa, este anillo y estas arras os doy en señal de matrimonio:» la Reina respondió: «Yo las recibo» la misma ceremonia se efectuó entre la Infanta y el Duque de Montpensier. Dándose las manos derechas SS. MM. y AA. fueron conducidos por el prelado con mitra y báculo hasta el sitio que les estaba preparado cerca del altar, y arrodillados allí, recitó el Patriarca varias oraciones, dejando la mitra y el báculo, y volviéndose hácia los jóvenes desposados.

Poco despues puesto el Patriarca de casulla y manipulo y acompañado de los capellanes de honor, comenzó la celebracion de la misa.

Durante la epístola, el Patriarca entregó á SS. MM. y AA. las velas encendidas, el velo y yugo conyugal, terminado el evangelio último vuelto el Patriarca á la Reina y á su augusto esposo dijo á este: «compañera doy á V. M. y no sierva: ámela V. M. como Cristo ama á la Iglesia»

iguales ó semejantes palabras pronunció en seguida dirigiéndose al esposo de la Infanta Doña Luisa Fernanda.

Como á cosa de las tres de la tarde el estruendo del cañon y los ecos de la marcha real anunciaron el regreso de la régia comitiva á la concurrencia, esta era pequeña en todo el paseo de Atocha, muy numerosa en el Prado, donde varias comparsas vestidas con trajes de diferentes provincias rompieron sus danzas, y bastante escasa en el tránsito desde este paraje á palacio. En la necesidad de decir algo acerca de la animacion que en el público se notaba, no olvidaremos nuestro carácter de menos cronistas, y deseosos de que haya verdad en nuestra relacion, diremos, que ninguna de las personas que en distintos puntos teníamos comisionadas al efecto nos ha hecho referencia de demostracion pública ocurrida en punto alguno, si se exceptúa en la Puerta del Sol donde S. A. R. el Infante D. Francisco de Paula Antonio fué saludado con interés, y en cuyo sitio se dió tambien un viva á los régios esposos; por lo demas el público guardó un silencio grave y reservado, sin tomar parte en tan fausto suceso, permaneciendo como en expectativa de los hechos que vengan á demostrar de que modo deba considerarle, y hasta que punto se realizan las esperanzas que ha hecho nacer el enlace de nuestra Reina, con el cual estan ligadas tan graves cuestiones é intereses tan importantes.

En la noche del mismo dia un concurso inmenso asistió á los fuegos artificiales del Prado, estos se hallaban colocados en el crucero que forma la calle de Alcalá el paseo del Prado, y el de Recoletos; fueron dirigidos por el acreditado polvorista valenciano D. Juan Minguet. Consistieron en un gran golpe de voladores de honor con cabezas de adorno y serpentinas, torvellinos, coronas de aire, hombas carcasas y llamas de Bengala con sus cuerdas de truenos.

En los cuatro centros del parterre habia cien piezas de artificios, y entre ellas las mas notables de los profesores Rugier, Morel y otros.

Dos hermosos lazos de amor de triple enlace.—Dos grandes caduceos de fuegos cruzados á cuatro fuegos.—Dos estrellas tornantes alrededor del sol fijo, pieza nueva.—Dos tornillos sin fin de Morel.—Dos soles de tambor de doble movimiento por dentro y fuera, y guarnicion de estrellas á la italiana.—Dos grandes fuentes de metamorfosis formando un hermoso juego de agua.—Dos eclipses de grandes dimensiones, dejándose ver al mismo tiempo sol, luna y estrellas.—Dos estrellas fijas con distintos soles tornantes y hermoso fuego chineesco.—Dos ruedas catalinas á cuatro fuegos, formando en sus centros los colores del iris. Dos grandes caprichos chineescos con siete fuegos continuos.—Dos grandes palmeras de doble sorpresa.—Dos abanicos chinos tambien de grande sorpresa.—Y la rueda de la Fortuna con otras muchas piezas y juguetes, y diez mil candelas romanas y chineescas.

Rodeaba al templete un jardin de doscientos palmos, cercado de arabesco con arcos y palmas y con cuatro columnas que sostenian otras tantas esferas polares de doble trasformacion. El templete tenia ocho frentes, con su rotunda y cascaron; y estaba cubierto de transparentes

y pinturas vistosas. Dicho templete fué iluminado cuatro veces por llamas de Bengala de distintos colores, fuego chineesco, iluminacion y galerías de candelas romanas y chineescas; los cuatro jarrones alumbraban imitando las auroras boreales; y una gran cuerda de truenos con un cañonazo anunciaron la salida del ramillete final de voladores, con gran lluvia de todos colores. Tan magníficos fuegos entretuvieron agradablemente al público, tanto por el gusto que en ellos se notó, cuanto por la variedad de matices que aparecian en las granadas de fantástica luz, que salian de su centro. La circunstancia de no haber indicado la hora en que debia comenzar este espectáculo hizo que la concurrencia se llevá un planton de dos horas.

SS. MM. y AA. presenciaron la fiesta desde el palacio de San Juan del Retiro, donde el Sermo Sr. Infante D. Francisco habia improvisado un rico y elegante ambigú.

En la tarde de este dia y en los sucesivos circularon por las calles de la capital numerosas comparsas compuestas de 48 parejas vestidas con propiedad á la usanza de las diversas provincias españolas, y de 110 personas de tipos orientales egipcios, chinos etc., ejecutando al compás de sus músicas, ejercicios y bailes en los tablados del Prado, Puerta del Sol, Plaza de la Villa, Plaza de palacio y otros puntos, donde la multitud compuesta en gran parte de forasteros, á quienes las funciones reales y lo hermoso de la estacion han atraído á miles á la capital, obstruía completamente el paso.

Tambien empezaron en la misma noche las iluminaciones; pero no se encendieron las que se disponian en el Prado, en la fachada del Buen Suceso, y otros puntos, donde todavia no se habian concluido los armazones y demas obras necesarias. Esto no obstante la Inspeccion de milicias, el palacio de Buenavista, la Direccion de hidrografia, la Casa de correos, el Ayuntamiento y otros edificios notables, estuvieron iluminados: de todos ellos daremos á nuestros lectores á su tiempo estensos pormenores.

En la noche del lunes, S. M. la Reina madre dejó el real palacio que ha habitado desde su regreso de Francia, yendo á morar en la casa de su esposo. Desde el sábado en la noche ocupó el Duque de Aumale las piezas que fueron del infante D. Sebastian en el piso bajo del alcázar de nuestros Reyes, donde ademas de la servidumbre que ha traído, se pusieron á sus órdenes varios criados de S. M. Se acordó tambien que la familia de S. A. R. el Infante D. Francisco de Paula, se trasladase tan luego como partiera de España el mencionado Duque de Aumale, á la habitacion en que está alojado.

(Continuará.)

ADVERTENCIA.

Por falta de tiempo no ha podido concluirse el grabado que representa el acto de la velacion de SS. MM. y AA. en el templo de Atocha, y que teniamos dispuesto para este número; pero irá en el próximo sin perjuicio de las láminas que á él correspondan.

ERRATA IMPORTANTE.

En el número anterior se cometió la de poner bajo el retrato del Sermo Sr. Infante D. Francisco de Asís Maria, el título de Duque de Sevilla, en vez del de Duque de Cádiz.

LA SEMANA PINTORESCA.

Coleccion económica y lujosa de obras escogidas de instruccion y de recreo, adornadas con profusion de grabados y láminas aparte del texto, bajo la direccion de D. Vicente Castelló.

MEJORAS IMPORTANTES.

Organizado sobre bases sólidas y duraderas el *Establecimiento de los señores Gonzalez y Castelló*, de cuyas prensas sale esta preciosa y baratísima publicacion, y contando ya con un número de suscritores que la aseguran una marcha desembarazada y un porvenir lisonjero, nos encontramos en el caso de dar mayor ensanche á su primitivo plan, ó mas bien formar otro nuevo teniendo en cuenta las advertencias y consejos que nos han dirigido nuestros abonados, y las reformas de que la experiencia nos ha hecho conocer es susceptible esta coleccion.

La *Semana Pintoresca* constará en adelante de dos secciones, una de obras instructivas y de estudio, y otra meramente recreativa. Las suscripciones pueden hacerse indistintamente á las dos, á una sola y aun á las obras de cada una ó de ambas que mas agraden al suscriptor, pues nuestro objeto no es obligar al abonado á tomarlas todas, sino por el contrario darle á elegir entre varias de distintos géneros.

PRIMERA SECCION.

Historia.—Clásicos españoles.—Obras elementales.

Inauguraremos esta seccion con una obra sumamente necesaria y de la mas alta importancia, la

HISTORIA DE INGLATERRA

desde los tiempos mas remotos,

POR OLIVERIO GOLDSMITH.

Continuada hasta el reinado de Victoria I: con las notas de Thierry, de Barante, de Norvins y Thiers.

VERTIDA AL CASTELLANO

POR

DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Con adornos y láminas aparte, que representan escenas históricas, y retratos de los personajes mas notables, grabadas bajo la direccion de D. Vicente Castelló, y con cuatro cartas geográficas, marcando las divisiones políticas antiguas y modernas de Inglaterra.

Muchas son las historias de Francia que corren traducidas entre nosotros, al paso que solo existen dos versiones que sepamos de la de Inglaterra: la de Hume, interminable, de enojosa lectura y muy costosa; y la de Guizot, que solo abraza el período de la revolucion. Aun cuando nuestras relaciones con el pueblo inglés, cada día en aumento, no hicieran indispensable la lectura de la historia de Inglaterra, aun cuando fuera disculpable ignorar el origen, vicisitudes y progresos del país que marcha á la cabeza de la civilizacion; seria suficiente para entregarnos á su estudio, el atractivo extraordinario que ofrece. La historia que anunciamos, escrita por el inimitable autor del *Vicario de Wakefield*, es la mas popular en Inglaterra: concisa sin omitir ninguna circunstancia importante, clara, juiciosa é imparcial, da noticia de los adelantos, de los progresos en todos los ramos del saber, de las intrigas palaciegas y refiere en cada página con el interés de una novela los sucesos dramáticos de que tan llenas estan las crónicas inglesas: el lector despues de algunos dias empleados en la agradable tarea de recorrer esta obra llena de amenidad y sencillez, se sorprende el hallarse con que ha aprendido la historia de un gran pueblo.

Seguros de la aceptacion que ha de merecer esta obra,

no hemos escaseado nada para la belleza de la edicion que será de lujo.

Tan luego como termine la publicacion de la *Historia de Inglaterra*, comenzaremos la de las

Obras completas de Antonio Perez, precedidas de un extenso discurso preliminar.

SEGUNDA SECCION.

Novelas.—Viajes.—Poesía.

Constará esta seccion de las novelas publicadas y que está publicando la *Semana*; concluidas algunas de ellas, comenzaremos á dar relaciones de viajes interesantes, y convencidos de la importancia de escitar á nuestros ingenios, al cultivo de la novela nacional, daremos en adelante la preferencia á las españolas, comenzando inmediatamente la impresion de

LA ENFERMA DEL CORAZON.

NOVELA ORIGINAL ESCRITA

POR DON GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.

A cuya interesantísima produccion, seguirán otras de nuestros primeros literatos.

La *Semana* continuará publicándose en la misma forma que hasta aquí, aunque con mayor esmero aun en la impresion, ejecucion y estampado de las láminas, y con la diferencia de que en lo sucesivo ningun cuaderno contendrá pliegos de obras distintas.

Las condiciones de la suscripcion son las siguientes:

Cada cuaderno de 48 páginas, comprendiendo el texto de un volúmen regular con grabados, adornos y láminas tiradas aparte.

Madrid. Provincias.

Para los suscritores á las dos secciones	2	3
Para los suscritores á todas las obras de una seccion.	2	3
Para los suscritores á una obra suelta de cualquier seccion.	3	4

Los abonados á todas las obras de ambas secciones tendrán opcion á un tomo de 200 páginas con grabados, que se repartirá gratis en el mes de Diciembre. Los que paguen doce cuadernos adelantados recibirán uno gratis. Los de provincias que prefieran recibir los tomos en rústica mas bien que por cuadernos lo expresarán así.

Cada 8 cuadernos formarán próximamente un tomo y concluida cada obra se aumentará el precio que haya tenido por suscripcion y no se venderá un solo ejemplar, sino con sujecion al que se establezca.

Toda reclamacion debe hacerse antes de cinco dias de repartido en Madrid el cuaderno reclamado, y en la término de un mes si el suscriptor reside en provincia.

El objeto de *La Semana* es facilitar la adquisicion de obras escogidas de todos géneros, impresas con lujo y profusamente ilustradas, dándolas á un precio de que no hay ejemplo hasta ahora.

Examinense las publicadas, compárese su costo con el de todas las ediciones no solo de España sino del extranjero, y se conocerán las ventajas que ofrecemos á los suscritores.

Madrid 1846.—Imprenta y Establecimiento de Grabado de los SS. Gonzalez y Castelló, calle de Hortaleza, n. 89.

SUCESOS CONTEMPORANEOS.



Velaciones de SS. MM. y AA. en la Iglesia de Atoch. (.)

CAPITULO

Descripción de las fiestas reales celebradas en Madrid en octubre de 1846, con motivo del casamiento de S. M. la Reina Doña Isabel II y de la Serma. Sra. Infanta Doña Luisa Fernanda.

III.

BESAMANOS.—FUNCION TEATRAL.



El día 12, ó sea el segundo de funciones, tuvo lugar el besamanos general que estaba anunciado; verificóse en el magnífico salón de

Embajadores del real palacio. SS. MM. la Reina y augusto esposo ocupaban el trono, y á su izquierda, en suntuosos sitios, se hallaban SS. AA. R. la Infanta Doña Luisa Fernanda, y el Infante Don

Francisco de Paula Antonio. Detrás de su ilustre consorte se encontraba S. A. R. el Duque de Montpensier.

Concurrieron los cuerpos colegisladores, la grandeza, ministros, generales, altos funcionarios y embajadores, entre ellos el de Inglaterra que no habia asistido á ninguna de las ceremonias anteriores, y cuya presencia llamó bastante la atención de los concurrentes, dando margen á mil comentarios fundados en la conducta que observó, y cuya relación ya publicada en los periódicos no es propia de la índole del nuestro.

La concurrencia fué numerosa y brillante. Los vastos salones que preceden al del sòlio, apenas bastaban á contenerla; en la plazuela de la Armería y de Oriente no cabían los carruajes; las escaleras y galerías interiores de palacio estaban también llenas de gente, á pesar del fuer-

te temporal de viento que hacia, y de hallarse muy nublada la atmósfera.

Por la noche asistieron SS. MM. y AA. al teatro de la Cruz: iluminábanse además de la lucerna diez arañas pequeñas, y doce candelabros delante de los palcos, con cuatro velas cada uno. Las colgaduras eran de damasco encarnado y amarillo con el color cambiado en el ribete, alternando en los cuatro órdenes de palcos.

A las nueve llegó al teatro la familia real; á la derecha de S. M. se colocó su madre Doña María Cristina, despues el señor Infante D. Francisco de Paula, y por último el señor Duque de Aumale. A la izquierda de la Reina su ilustre esposo, despues la señora Infanta Doña Luisa Fernanda, y á continuacion el señor Duque de Montpensier. Detrás se hallaba la servidumbre.

La Reina vestía traje de raso blanco, manto de color de rosa, tres brazaletes de pedrería y ceñía una magnífica diadema que despedía vivísimos resplandores; su augusto esposo llevaba el uniforme de capitán general con la banda de Carlos III: la Serma. señora Infanta vestía un traje igual al de su augusta hermana; su esposo el uniforme de mariscal francés con la banda roja de la Legión de honor, y un hermoso toison de oro lleno de pedrería; las Sermas. señoras Infantas tenían preciosas coronas de brillantes.

El aspecto del teatro era sorprendente y deslumbrador, todas las localidades estaban ocupadas por un concurso inmenso, entre el cual, al paso que se veían resplandecer soberbias joyas, ricos y variados uniformes y trajes de esquisito gusto, al paso que las señoras mas distinguidas de la corte ostentaban en los palcos caprichosos tocados y costosas galas, se advertían tambien considerable porción de personas que ni por su calidad ni por su traje correspondían á la brillantez de la funcion.

Alzado el telon se cantó un himno. Terminado que fué se representó el escelente drama del señor Hartzenbusch titulado *Los Amantes de Teruel*, en cuyo desempeño se esmeraron todos los actores, aunque algunos desempeñaban papeles opuestos á sus facultades. La señora Pamías en el de Isabel hizo los mayores esfuerzos, lo mismo que el señor Lombía en el de Marsilla: ambos estuvieron felices en algunas escenas: la señora Flores á pesar de que no la correspondía el papel que se le habia confiado, le comprendió y ejecutó bien: la señorita Carrasco en el de Zulima trabajó con estudio y acierto. Los señores Lumbreras, Aznar y Sanchez contribuyeron al buen éxito de la funcion. Concluido el tercer acto SS. MM. y AA. se retiraron al ambigú que les tenia preparado el ayuntamiento, volviendo á aparecer despues en el régio palco.

Concluido el drama hubo un baile nacional, que pareció agrandar mucho á los príncipes franceses, y terminó la funcion con un gracioso fin de fiesta titulado la *Alcaldesa de Zamarramala* compuesto espresamente por el señor Hartzenbusch é intercalado con canciones españolas, que cantaron con suma gracia el señor Salas y la señora Maiquez. Tambien se distribuyeron varias composiciones alusivas á los régios enlaces, que no in-

sertamos por no permitirlo las dimensiones de nuestro periódico.

La funcion fué un poco pesada, pero sin embargo, las reales personas y la concurrencia permanecieron en el teatro hasta la conclusion que fué á la una y media.

IV.

Besamanos de tribunales.—Toros.—Funcion dramática.

El 13 se verificó el besamanos extraordinario de tribunales á cuyo acto asistió tambien el ayuntamiento en virtud de un privilegio particular. La ceremonia ofreció un aspecto deslumbrador, S. M. recibió á las indicadas corporaciones sentada en el trono, teniendo á su izquierda un gran número de grandes de España cubiertos, prerogativa de que gozan y que algunas veces usan. El acto fué imponente y grave: los individuos de los tribunales supremos y los que componen los demás de esta corte, se presentaron vistiendo la respetable toga negra; sin embargo, el besamanos de este día, no ofreció la misma brillantez y magnificencia que el del día anterior en que la corte de España desplegó toda su suntuosidad.

Sin que lo esperara el público, en la misma mañana, aparecieron en las esquinas carteles anunciando para aquella tarde la 24 media corrida de toros preparada repentinamente á consecuencia del deseo que los príncipes franceses manifestaron de presenciar una corrida ordinaria antes de asistir á las reales, para poder apreciar la diferencia: SS. MM. la Reina y su augusto esposo que llegaron despues de lidiado el segundo toro, ocuparon los asientos del palco colocándose á la derecha S. M. la Reina madre, y seguidamente SS. AA. R. los Serenísimos señores D. Francisco de Paula y Duque de Aumale. A la izquierda del Rey se colocaron S. A. R. la Serma. señora Infanta Doña Luisa Fernanda, despues su augusto esposo, y luego SS. AA. las hijas del Infante Don Francisco. La Reina y las Infantas llevaban mantillas blancas, el Rey y los Príncipes vestían de paisano con frac negro.

La corrida nada ofreció de particular; lidiáronse nueve toros entre los cuales hubo algunos muy buenos pues uno solo mató ocho caballos, dejando seis tendidos en la plaza, pero á otro hubo que echarle perros. Despues de salir de la plaza, SS. MM. y AA. que iban en carruaje abierto, dieron una vuelta por el centro del Prado, cuya magnífica iluminacion estaba ya encendida.

Por la noche asistieron tambien á la segunda funcion dramática dispuesta por el Excmo. ayuntamiento en el teatro del Príncipe que se hallaba iluminado en la propia forma que el de la Cruz; las colgaduras eran tambien semejantes, diferenciándose tan solo en el color azul que en vez del amarillo alternaba con el encarnado. Los régios personajes se presentaron en igual forma que la noche anterior, siendo tambien idénticas las circunstancias de su entrada y salida en el coliseo. La concurrencia, menos numerosa, decayó tambien en brillantez, y no

lucian tantos bordados como en la noche anterior; en el adorno de las damas se advertían la misma elegancia y buen gusto.

Pero si disminuyó en algo el brillo de la concurrencia, fué compensada esta pérdida con la notable superioridad

DANZAS



Andaluces.

de la función sobre la que se ejecutó en el teatro de la Cruz. Dió principio con un himno; en seguida se ejecutó la célebre comedia de D. Agustín Moreto, *el Desden con el Desden*, que á pesar de sus certámenes sobre el amor, la gratitud y los celos, á pesar de las bufonadas del criado entrometido, se oye con mas gusto que la generalidad de las piezas de nuestro teatro antiguo. Estrenáronse dos decoraciones una de sala y otra de jardín á cual mejores; las comparsas de damas y caballeros y los coros alternaron dignamente con la ejecución de la comedia desempeñada por las señoras Matilde Díez y Josefa Palma, el señor Romea y el señor Guzmán.

En el intermedio del segundo al tercer acto SS. MM. y AA. salieron al salón de descanso en que el Ayuntamiento las tenía preparado un refresco. A la comedia siguió la linda é interesante pieza en un acto titulado *El Compositor y la Eranjera* en la que tan merecidos aplausos ha logrado siempre el señor Latorre, y en que tan completamente confirmó la noche á que nos referimos la justicia de su reputación artística. La señora Teodora Lamadrid encargada del papel de la Eranjera, cantó con gracia y despejo el romance que la dá á conocer al desgraciado compositor su padre.

El espectáculo terminó con una graciosa miscelánea de bailes nacionales: durante él vimos tomar apuntes en sus carteras á varios franceses escritores y dibujantes, encargados de hacerlo para publicar luego sus relatos y cuadros con la exactitud que tienen de costumbre. (1)

(1) En las ceremonias de los desposorios de S. M. se colocó á dibujantes y escritores franceses, comisionados de un periódico pintoresco de París, en sitio oportuno para que pudieran observar

V.

Iluminaciones.

El día 14 á las once de la mañana salieron de la corte SS. MM. y AA., durmieron en el Escorial y pasa-

DANZAS



Charros ó salamanquinos,

ron al día siguiente á la Granja regresando para presentarse las funciones de toros en la plaza de la Constitución: aprovecharemos el hueco que en nuestra relación resulta durante estos dos días de descanso para describir con detención las iluminaciones.

La noche del 13 fué sin duda alguna en la que estuvieron mas brillantes. El viento fuerte del anterior ha-

y copiar: el SEMANARIO, que tiene por añadidura de su título el dictado de ESPAÑOL, y que desinteresadamente ha emprendido la descripción de las fiestas reales, tuvo precisión de valerse de la amistad para sacar los apuntes y diseños que necesitaba. En las funciones dramáticas se concedió la misma entrada á los extranjeros; en ellas, después de no conseguir un solo billete de la corporación municipal, estuvieron un redactor y un dibujante del *Semanario con billete del Ayuntamiento que compraron á los revendedores*; aun conservan las papeletas que en igual forma y de la misma procedencia les sirvieron para presenciar las funciones de toros, para los cuales en honor de la verdad debemos decir fuimos invitados en el segundo día, si bien poco antes del momento en que debía dar principio la corrida. La Redacción del *Semanario* está sumamente agradecida á los empleados de Palacio, que han satisfecho todos sus deseos hasta el punto que los permitan sus deberes; pero al mismo tiempo se alegra de que ni los gefes de la real Casa, ni la corporación municipal, la hayan dado ningún motivo de esos por los que en nuestro país se contraen deudas de agradecimiento, y que en otros, donde no hay tantos abusos, se consideran como ocasiones de honrarse los que disponen de las invitaciones. En España la prensa no ha llegado á adquirir la consideración y el poder que en otras naciones, de esto tiene ella misma la culpa; existen todavía entre nosotros consideraciones á que es necesario sujetarse, vendrá día en que desaparezcan todas las que sean compatibles con la dignidad de la imprenta, entonces podrán publicarse los nombres de las personas que abusen en cualquier concepto, entonces la prensa no será mirada con desprecio: esto lo hace el tiempo y el tiempo corre mucho.

bia cesado del todo, reinando una calma agradable: procuraremos conciliar la brevedad, con la exactitud en la descripción de los edificios é iluminaciones que mas se han distinguido.

DANZAS



Gallegos.

Salon del Prado. La grandiosa galería construida en este magnífico paseo, es sin duda alguna la mas vistosa y sorprendente de cuantas decoraciones se han dispuesto. Representaba un estenso paralelógramo formando una dilatada serie de semicírculos de veinte pies y medio de diámetro que volteaban en los espacios de la verja del paseo de los coches y desde un pedestal á otro, con adornos y rádios que partían del centro haciendo una visualidad agradable. La mencionada verja así como tambien los pedestales, asientos y pies de los faroles estaban cubiertos de boj; en los pasos que dividen aquella, se elevaba sobre una columna cubierta de boj un gran sol soportado por una meda luna, y en lugar de los faroles unos estrellones formados de dos triángulos equiláteros encontrados con un florón en el exágono del centro. La misma decoracion con reja fingida se repetía exactamente en el lado opuesto, cerrando el salon por toda su longitud en una anchura de 129 pies, terminada por los extremos del paralelógramo con soles y estrellas iguales á las de los lados, unidos sus pedestales entre sí con festones y guirnaldas.

Frente á la fuente de Apolo y por complemento de la decoracion, se elevaba un templete chinésco de tres vanos, alto de 60 pies por su centro sin contar la estrella que le servía de remate. Sobre el vano del centro en una gran ventana circular pendía un globo trasparente, del centro del vano y la boca de unos dragones dorados que habia sobre las pilastras, colgaban otros tres globos y adornos chinésco, y en la parte superior faroles transparentes; en el hueco del arco de en medio se hallaba un tablado donde se colocaban las bandas de

músicas que tocaban piezas escogidas. La vista de esta iluminacion era sorprendente; á tan deslumbradora decoracion daban gran realce los copudos y espesos árboles que cubiertos aun de su follaje sombrío guarnecían los costados de aquel interminable salon cuyas paredes parecían de fuego, y cuya perspectiva solo es comparable á la que se forma la imaginacion con la pintura de los palacios encantados que describen *las mil y una noches*. Sin embargo de la inteligencia con que estaban combinados los colores de los vasos, el inmenso número de estos fatigaba la vista, y hacia desear mayor sencillez pasada la sorpresa que no podia menos de producir tan deslumbradora y fantástica decoracion.

El mismo defecto de profusion indiscreta de luces se advertía en la Casa de correos. El primer cuerpo estaba adornado por ocho cruceros amarillos y azules; encima de estos resplandecían otras tantas estrellas de iguales colores; sobre el balcon principal habia un magnífico dosel de grandes dimensiones bajo el cual se hallaba colocado entre las columnas de Hércules el retrato de S. M. la Reina; este centro estaba iluminado por un gran sol refulgente. En los balcones del piso principal habia ocho transparentes vistosamente iluminados, y en los intermedios igual número de estrellas. La cornisa estaba adornada de una guirnalda de flores, é iluminada por una porcion de jarrones blancos. Las colgaduras eran amarillas y encarnadas y las del balcon principal de terciopelo con fleco de oro. Las estremidades de la casa estaban alumbradas por luces rojas, formando cordones y enrejados arabescos.

DANZAS



Valencianos.

El edificio donde estuvo la inspeccion de Milicias y en el cual se halla hoy la de infantería, ha sido tambien uno de los que mas han llamado la atencion, por el buen gusto que se advertía en la distribucion de las luces. Presentaba la vista de un palacio gótico; en la portada que sobresalía en el centro, habia tres ventanas transparentes

de muy buen efecto; sobre la puerta del palacio se veían las insignias del escudo de Castilla; la colgadura era encarnada con fleco dorado. Las demás ventanas que se extienden por el piso principal, presentaban una agradable visualidad, por la variedad de los colores que iluminaban sus marcos y de las estrellas de brillantes fue-

DANZAS



Aragoneses.

gos intercaladas en los machones ó lienzos intermedios. La cornisa estaba alumbrada por un fuego rojo y servía de base á cuatro torres que se elevaban sobre el palacio y esquinas de la casa, con ventanas transparentes de multitud de colores, produciendo un efecto agradable sus agujas, que iluminadas se elevaban entre la oscuridad de la atmósfera. Mirado este edificio á una distancia regular, parecia un palacio de oro sembrado de brillantes, rubíes, esmeraldas, topacios, amatistas y otras piedras preciosas.

Nuevo y de esquisito gusto era el alumbrado del de Buenavista. La iluminacion de este edificio, que ocupan las direcciones generales de artillería é ingenieros, era de hermosísimo efecto.

Como este palacio de bella arquitectura, gran estension y elevacion, está colocado sobre una eminencia que dista algo de la calle de Alcalá, de quien le separa un muro ó recinto abierto en su centro por tres grandes verjas, no se descubre completamente desde la misma calle, lo cual sí perjudica al vistosisimo efecto de su gran fachada, contribuyó no obstante al fin del pensamiento en la iluminacion.

Este segun se colige fácilmente, era el representar una especie de palacio encantado ó fantástico.

Así que el primer efecto que producía la vista de él, era el contraste del fuerte, claro y oscuro que ofrecía

su fachada, cubierta de una luz igual é intensa, que la bañaba toda, y que proyectándose sobre el horizonte opaco de la noche, llamaba la atencion, tanto mas, cuanto que no se descubría de donde viniera tan refulgente luz. Sobre el fondo general anteado y mate, resaltaban líneas de luz brillante, dorada, producida por vasos de color, que guarnecían sus lindos balcones, sobre cuyos antepechos asomaban otras luces de llama blanca.

Esta combinacion y juego de luces diversas, pero todas referentes á un solo color, producian un efecto sencillo y suave á la par que grato y ostentoso, viniendo á completarlo las cortinas rojas en pabellones que se descubrían en el interior de los aposentos.

Contribuían grandemente á las ilusiones de esta perspectiva un jardín que desde la verja contigua á la calle se estendía y subía hasta el palacio, descubriéndose filas de árboles, escalinatas, estatuas, etc.

Alumbraba este jardín una luz tenue ó media entre el oscuro de la calle y el brillo de la fachada, dejándose ver mezclados con el verde, que reviste por ambos lados las rápidas pendientes que el terreno forma, algunos puntos luminosos.

Por último, en armonía con este conjunto, mas enteramente desprendida de él suspensa en el cielo, se divisaba una corona real, de cuyo centro partían rayos de oro que bañaban dos elegantes cifras anacaradas con las iniciales enlazadas de los augustos esposos, correspondiendo la mayor y mas elevada á SS. MM. la Reina y el Rey, y á la otra SS. AA. R. los Serms. señores Infantes.

La decoracion del edificio que ocupa la direccion de

DANZAS



Manchegos.

Idrografía no ofreció nada de nuevo, pues era la misma que le adornó en otra ocasion.

La fachada de la casa donde se halla establecida la direccion general de Minas estuvo adornada con acierto. En el centro del piso bajo se veia en un trasparente á Himeneo, y á los costados otros dos transparentes menores donde habia pintados picos, martillos y demas herramientas propias de los trabajos del ramo que aquel esta-

DANZAS



Griego.

blecimiento dirige. En el balcon principal se hallaban colocados bajo un dosel los retratos de SS. MM. á los cuales servia de base un trasparente donde se veia la entrada y las labores interiores de una mina. En el piso segundo lucia un gran sol, y en la parte superior coronaba el edificio una barandilla calada en cuyo centro sobre fondo blanco, se distinguia una cifra con las letras Y. F. Esta iluminacion presentaba un agradable golpe de vista por la multitud de vasos que la componian: las colgaduras eran de color azul y pajizo.

La casa del señor Marqués de Miraflores ha sido tambien uno de los puntos que mas han llamado la atencion, y adonde ha acudido todas las noches la multitud de forasteros que recorrian durante las funciones las calles de la capital. La decoracion de la casa pertenecia al órden gótico, al cual se acomodaban los transparentes de los balcones y de la portada que eran del mejor gusto: sobre esta se leia la siguiente inscripcion:

*«Al régio enlace de S. M. la Reina
Y al de su augusta hermana:
El presidente del Senado.»*

Tambien era notable la iluminacion y adorno del edificio de la Aduana, en que se halla hoy el ministerio

de Hacienda: consistia en multitud de hachas de cera y arañas. Las colgaduras eran blancas y encarnadas, y en el balcon principal bajo un magnifico dosel de terciopelo carmesí con franja de oro, se hallaban colocados los retratos de SS. MM. la Reina y en augusto esposo, á los cuales hacian centinela dos individuos del cuerpo de carabineros.

Sencillo era el adorno de la casa en que se halla la academia de San Fernando, pero de buen efecto. La colgadura tenia alternados los colores blanco y morado: la iluminacion la componian gran número de arañas, y en el balcon principal bajo un dosel, se hallaba el busto de S. M. modelado en yeso.

Poco lució la iluminacion dispuesta en el Buen Suceso, pues estaban para espirar los dias señalados para los festejos, cuando no se habia concluido de adornar. Consistia la decoracion en una fachada fingida delante de la iglesia, que segun el programa del Ayuntamiento debia trasformar la mezquina perspectiva de este edificio, en un templo de buen gusto artistico, consignando al mismo tiempo los deseos de la corporacion municipal de ver realizado un pensamiento análogo en sitio tan principal. Para nosotros la fingida fachada dispuesta con motivo de las funciones, no ha servido mas que para confirmar-

DANZAS



Griegos.

nos en la idea que tiempo há hemos concebido y que repetidas veces hemos manifestado, de que cuantas mejoras se hagan en este edificio son completamente perdidas, por lo que preferimos que si el Ayuntamiento no

se siente con disposición para allanar cualquier género de obstáculos que se opongan al derribo de este mezquino templo, hasta la línea de la calle de Ezpoz y Mina,

DANZAS



Beduino.

único medio de trasformar la perspectiva de sitio tan principal y de darle la anchura que imperiosamente está

DANZAS



Moro.

reclamando, quede en el estado en que se halla para que mas pronto se verifique esta reforma, que tan claramen-

te está indicada, y que apreciarían debidamente cuantos se interesan en las mejoras de Madrid.

La citada decoracion ha sido construida bajo el plan y direccion del arquitecto de la villa, D. Juan Pedro Ayegui; su forma era la siguiente: Sobre un basamento general de piedra berroqueña de seis pies de alto, roto en su frente con una escalinata de cuarenta y nueve pies de línea, se elevaban seis columnas dóricas de granito rojo, de cuatro pies de diámetro, con bases y capiteles de mármol blanco, resultando un pórtico de sesenta pies de fachada, catorce de fondo y cuarenta y nueve de alto, con inclusion del sotabanco general y del centro, terminándose la decoracion con dos angelones en actitud de adorar la cruz.

Al interior del pórtico se elevaba la fachada del cuerpo de iglesia, de piedra de Colmenar, con cuatro pilas-tras dóricas, de granito, en cuyos intercolumnios habia figurados cuatro nichos, con las estatuas de las cuatro virtudes cardinales, pintadas al claro-oscuro; y sobre la puerta del templo un bajo relieve, que representaba el paso de Moisés tocando el peñasco con su vara para hacer brotar el agua para apagar la sed del pueblo de Israel; continuaba sobre dicho pórtico un segundo

DANZAS



Chinos.

cuerpo coronado por un cornisamento sencillo y terminado con un fronton, en cuyo tímpano se hallaba colocado un gran bajo relieve, que con alusion al destino de hospital de esta Real casa, representaba la Caridad. Los costados y centro de este segundo cuerpo estaban adorna-

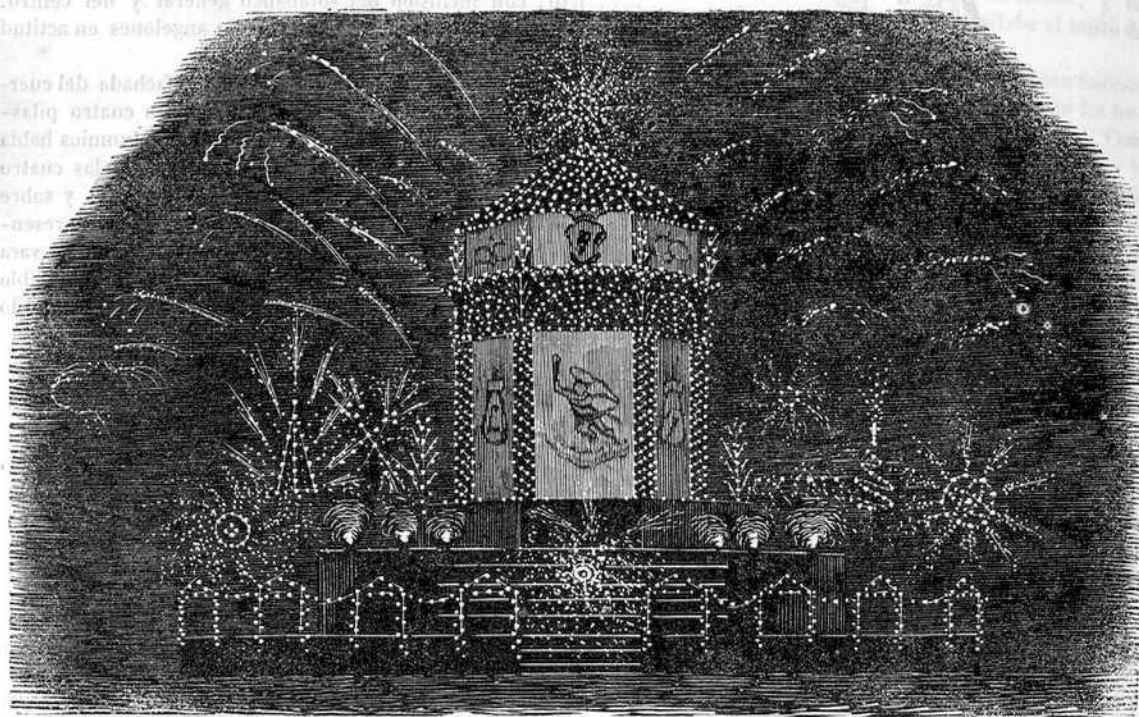
dos de tableros de piedra berroqueña, con tabla en bajo relieve.

La altura de la fachada del cuerpo de iglesia, sobre el sotabanco general era de 61 pies, con inclusion de la cornisa, y la total con el fronton de 78 pies. Las estatuas, bajos relieves y adornos de los tableros fueron pintados por los señores Martínez y Castelaró.

Esta elegante fachada contrastaba, como no puede

menos de suceder con cuantas se construyan en tal paraje, con los costados del edificio, cuyos cuerpos entrantes y salientes aparecian mas ridiculos aun que de ordinario á los ojos del espectador. Multitud de vasos de colores iluminaban esta decoracion siguiendo las líneas de su arquitectura, así como flameros y arañas que se hallaban colocadas en los intercolumnios.

Ha llamado tambien la atencion del público por la



(Castillo de fuegos artificiales.)

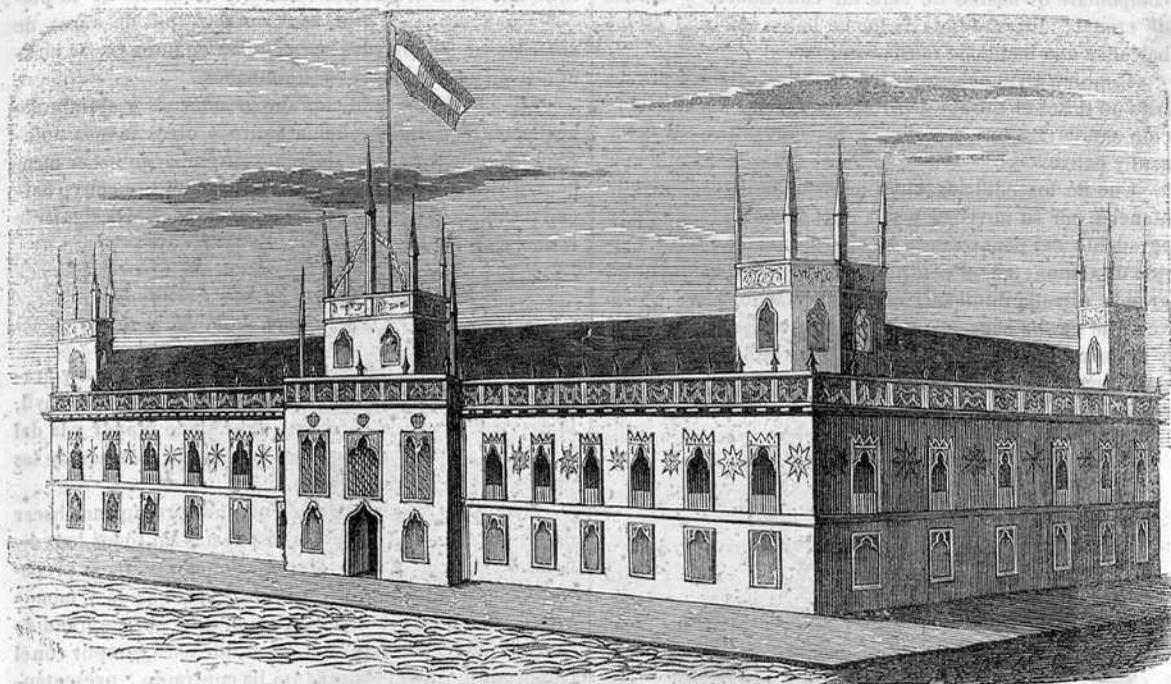
profusion de las luces que la iluminaban y por lo vistoso de sus colgaduras, la casa de la Imprenta Nacional. El alumbrado era todo de hachas de cera y arañas. En el balcon principal estaba colocado bajo un dosel el retrato de S. M., á su derecha habia un trasparente alegórico en que se veian las letras Y. F. y debajo unas estrofas alusivas á los régios enlaces.

Debemos tambien hacer mencion del adorno del edificio que fué convento de la Trinidad, y en el cual se halla hoy establecido el Consejo Real. Su iluminacion de vasos de colores era muy lucida. Sobre la portada se hallaba colocado un retrato de cuerpo entero de S. M. la Reina, á sus lados se veian los retratos de varios artistas con la paleta y los pinceles, y algunos estudios de dibujo; lo que hace creer que mas bien que por el Consejo Real, habrá sido costeada esta decoracion por una seccion de la academia da San Fernando ó Conservatorio de Artes, que tambien se halla en el mismo edificio.

En el que fué convento de San'to Tomás, y que hoy ocupa el tribunal Supremo dd Guerra y Marina, se dispuso tambien una iluminacion de buen efecto, por la acertada combinacion de los vasos que guarnecian las ventanas y marcaban los contornos de la fachada. Sobre la puerta habia un gran cuadro alegórico que representaba á la España en forma de una matrona uniendo las manos de SS. MM. la Reina y su agusto esposo, si bien esto se olegia mas bien por el objeto de a iluminacion que por la habilidad del pintor. Al lado de esta alegoría, se veian cotras dos figuras que representaban la paz y la justicia. La colgadura era de color encarnado y pajizo.

(Continuará.)

SUCESOS CONTEMPORANEOS.



(Vista de la fachada de la inspección de infantería y reserva del ejército.)

Descripción de las fiestas reales celebradas en Madrid en octubre de 1846, con motivo del casamiento de S. M. la Reina Doña Isabel II y de la Serma. Sra. Infanta Doña Luisa Fernanda.

V.

ILUMINACIONES.



RIMOROSAMENTE adornada con una nueva y rica colgadura de terciopelo encarnado y oro en los antepechos y alfeizares se hallaba la casa Consistorial. En el balcon largo ó de columnas, se espusieron bajo un magnífico dosel y con la guardia correspondiente de alabarderos, los retratos

de cuerpo entero de S. M. la Reina y de su augusto esposo, que la corporación municipal había encargado á

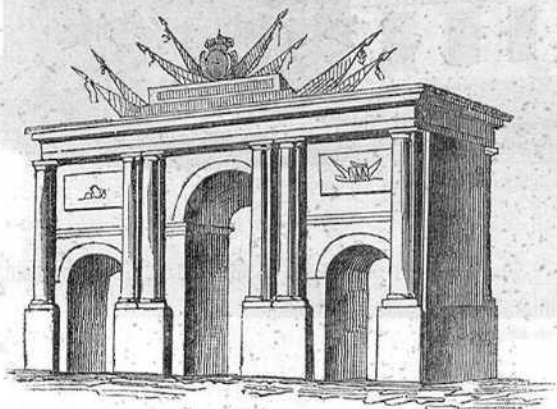
los distinguidos pintores señores Ribera y Tegeo. El primero de estos es el autor del de la Reina, y el de su augusto esposo es el ejecutado por el señor Tegeo. Ambos son de un parecido exactísimo y se han hecho solo en trece días, á pesar de los muchos accesorios que cada uno tiene. El de la Reina se distingue por lo esbelto y elegante de la figura y por la dignidad y gracia que el artista ha sabido darle. El traje bordado de oro es de una verdad sorprendente, y lo mismo la diadema que ciñe las reales sienes, la corona y los demas atributos. Todos los detalles del cuadro estan desempeñados de un modo admirable. No menor maestría ha manifestado el señor Tegeo en el retrato del augusto esposo de S. M. El pare-

eido es perfecto, los bordados del uniforme y el oro del sombrero causan verdadera admiración, porque parece que se ven brillar. Estos retratos son indudablemente los mejores que se espusieron al público durante los días de funciones.

La iluminación de la casa de villa era rica y visual, componiéndose de hachas de cera en candelabros y arañas de cristal; durante toda la noche había colocada en los balcones una banda de música militar.

También en el palacio de los consejos estaba espuesto bajo un dosel el retrato de S. M. la Reina. La iluminación era de hachas y arañas y las colgaduras de color azul y pajizo.

Uno de los edificios cuyo adorno ha llamado más la atención por su novedad y por el efecto sorprendente y agradable del pensamiento ha sido la casa del señor Duque de Osuna: en el centro de la fachada se veía una grande estrella iluminada con un resplandor claro y suave, que giraba constantemente sobre su eje con lentitud y uniformidad sin que ninguna de las infinitas luces de que constaba, se cayera, apagara ni perdiera la posición simétrica que ocupaba.



Arco de triunfo dedicado por la guarnición de Madrid.

El arco triunfal preparado á nombre de la guarnición de Madrid en la plaza del medio día de palacio para la entrada de la Reina á su regreso del sitio de San Ildefonso, no estuvo concluido hasta los últimos días de las funciones; esto no obstante se advirtió la excesiva actividad que desplegaron los que en tan pocos días le dispusieron, venciendo infinitos inconvenientes que se oponían á la realización de la idea, y que contribuyeron en gran manera á que los detalles no estuvieran tan acabados como era de desear: las dimensiones del arco eran colosales, si bien no lo parecían tanto al lado de un edificio tan inmenso como el palacio real; tales circunstancias hicieron que fuera este adorno de los que menos lucieron en las iluminaciones de Madrid.

También se hallaba adornada vistosamente la fachada

del Congreso. Las colgaduras de los arcos del átrio eran de color blanco y azul, las de los balcones de terciopelo carmesí con galón y fleco de oro. En el centro bajo un elegante dosel se hallaba el retrato de S. M. la Reina. La iluminación era de hachas y arañas.

El palacio del Senado presentó en su decoración una idea nueva. Al frente del edificio y en medio de la plaza se elevaba un gran arco con multitud de vasos de colores, y á los costados se extendían en línea varias pirámides y jarrones también iluminados.

Además de los edificios cuyos adornos y alumbrado acabamos de detallar, había algunos otros menos notables, pero de los cuales debemos sin embargo hacer mención. Tales eran el Banco de San Fernando, en cuyo balcón principal se hallaba el retrato de S. M. con la siguiente inscripción al pie:

*El Banco Español de San Fernando
en los régios enlaces de S. M. y A.*

Componiase la iluminación de hachas de cera y arañas: la Jefatura política, el cuartel de la Guardia Civil, la casa que ocupa la Dirección del Estado Mayor y la del Conde de Altamira, llamaban también la atención de las gentes cada una por su estilo.

Hemos concluido la reseña que nos propusimos hacer de las decoraciones notables dispuestas en todos los edificios de Madrid, y de las iluminaciones y adornos preparados en distintos puntos; terminada esta árida y monótona tarea, no menos enojosa para el que la ha emprendido que para el lector, pero indispensable para cumplir con el compromiso que el SEMANARIO ha contraído, presentáremos materias más gustosas de que ocuparnos, entre ellas la pintura y relato de las corridas reales de toros que tanto han llamado la atención y con cuya descripción nos lisonjamos proporcionar á nuestros abonados sabrosa lectura.

(Continuará.)

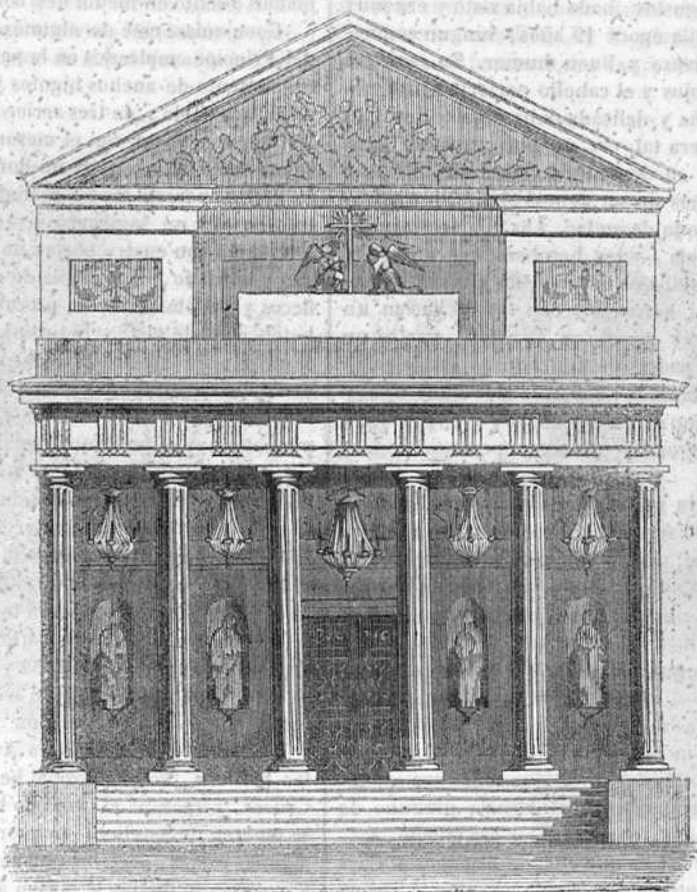
ADVERTENCIA.

Entre varios obstáculos con que hemos tocado al describir las funciones reales, ha sido uno de los mayores la dificultad de que los grabados estuvieran oportunamente concluidos para intercalarlos en el paraje correspondiente del texto, nuestro deseo de complacer á los lectores nos hizo vencerla, pero nos encontramos con que la precipitación hacía, que trabajos ejecutados de este modo, no pudieran alternar con los que los suscritores están acostumbrados á ver en el SEMANARIO, desde que se publica en el Establecimiento, por lo que preferimos el esmero, aunque tengamos que darlos fuera de su lugar en la relación de los festejos, á que salgan imperfectos y poco acabados. Tenemos dispuestos para publicar en los próximos números. Una vista de la iluminación del salón del Prado; otra del palacio de Buenavista; otra grande de la Plaza de la Constitución durante las corridas de toros; la comitiva completa de un caballero en Plaza; la suerte del rejoncillo: el retrato del señor Romero ahijado del Duque

de Abrantes en la corrida real: la espada que le regaló el señor Duque de Montpensier y varios otros grabados.

A ruego de algunos suscritores, que se nos han acercado manifestando deseos de que el SEMANARIO volviera á continuar su interrumpida marcha, comenzamos á ocu-

parnos de las materias propias de este periódico, y continuaremos destinando la mitad de él á este objeto, y la otra mitad á la descripción de las funciones hasta que termine esta, que será á fines de Noviembre.



P. Batanero d.

Decoración de la fachada del Buen Suceso.

M. Batanero y

ESCENAS POPULARES.

LOS BANDOLEROS DE ANDALUCÍA.

I.

Lo que voy á contar no es una novela, ni menos un cuento con detalles históricos: es una aventura, como tantas otras aventuras que por no haber sido publicadas no han sido nunca sabidas.

En Marzo de 1828 tuve que hacer un viaje á Córdo-

va á acompañar á mi hermano gravemente enfermo: su mal era una afección nerviosa que cedió pronto á la influencia de la estación: pero los médicos le aconsejaron para completar la cura los baños de mar en Málaga ó en Cádiz. Aprestámonos pues, á mediados de Junio á marchar: nuestros preparativos se acabaron pronto: mi hermano y su mujer, una criada, un criado y yo componíamos toda la comitiva. Tomamos un coche de colleras y un mulo para llevar el esceso del equipaje que no cabía en la zaga: nuestro camino no era el mas recto, porque teníamos que apartarnos un poco hácia la sierra á recoger en un pueblecillo una hermana de mi cuñada que nunca habia visto á Sevilla y Cádiz y suspiraba por ver el mar, los teatros, las tertulias y todo lo que fastidia

en las ciudades y aparece tan hechicero en la soledad de las aldeas.

Estaba mi hermano casado con la hija de un propietario de Aguilar que poseía ricos olivares y excelentes tierras de labor en todas las cercanías. Concha era una muchacha de lugar por la estrechez de sus ideas y la moderación de sus gustos: nada había visto y era muy joven: tenía en aquella época 19 años, ningún conocimiento de la vida, viveza y buen humor. Su cara era muy blanca con los ojos y el cabello perfectamente negros; su nariz aguileña y delicada daba un aire fino á su fisonomía; su boca era tal vez un poco grande, pero en cambio era marfil su dentadura: tenía una estatura regular, llena de carnes sin ser gruesa, muy buenas formas y gracia en su modo de andar. Las mujeres decían que era un poco pálida, y los hombres que era muy linda. Mi hermano estaba enamorado de ella: ella amaba sinceramente á mi hermano, con lo que hacían un matrimonio feliz: ocho meses en Córdoba, cuatro en Aguilar al lado de los padres de Concha llenaban la existencia cómoda y descansada: los cuidados de la casa y la labor de mi hermano ocupaban el día, y se pasaba la vida poco á poco sin grandes placeres, pero sin disgustos ni privaciones.

Salimos de Córdoba una mañana á las diez, con el sol claro, con el cielo sereno pero con un calor insoporable. Comimos en el campo, llegamos al pueblecillo por la noche, y al amanecer volvimos á emprender nuestro camino, con nuestra nueva compañera Antonia. Era el reverso de la medalla de mi cuñada: rubia y con ojos azules, pero con un color de salud que la cubría de grana á cada momento, era lo que se llama por el mundo una guapa muchacha, fresca y lozana; deseando casarse á toda prisa y sin novio que la quisiese. Yo iba entre las dos en el fondo del coche que sobre sus sopandas antiguas tenía un movimiento infernal; ninguno de los tres era muy grueso, pero el calor era mucho, fastidiosa la jornada, y así es que cuando llegamos al Cárpio por la noche, sentí una agradable emoción al verme libre del continuo traqueteo del carruaje, y de no escuchar las campanillas de las mulas que en un camino largo acaban por relajar el tímpano, dejándolo por algún tiempo inservible. El mesón á que íbamos á parar no presentaba por cierto el aspecto más satisfactorio: de ancho patio pero de pocas habitaciones se hallaba en aquel momento ocupado por varios personajes de distintas jerarquías. Salíó el mesonero, hombre gordo y rechoncho, como son todos los mesoneros de Cervantes acá: nos recibió de mala manera porque era un manchego serrote y de mal gesto: pero al ver que traíamos provisiones y que nuestro aspecto indicaba gente acomodada, ablandó su ceño y encomendándonos á la sobrina, chica muy agradable por cierto para estar en tal mal sitio, se volvió al banco del herrador que á la derecha de la puerta se hallaba, para continuar una partida de cané que con baraja algo grasienta y lustrosa seguía con algunos soldados. Metieron en un cuartucho las señoras y yo salí con mi hermano á ver el castillo morisco que domina el pueblo, en tanto que nos guisaban alguna co-

sa para satisfacer nuestro devorante apetito. Cuando después de media hora volvimos al mesón, hallamos finalizado el juego, reunida la gente en el patio y haciendo calceta la linda sobrina ó criada cuya buena presencia en aquella casa me sorprendía: nosotros tocamos nuestros sombreros al entrar, y con un ¡salú caballeros! tomamos asiento en medio del corro.

Componíase este de algunos soldados del regimiento del Príncipe empleados en la persecución de ladrones; de un sargento de anchos bigotes y mala catadura que mandaba la partida, de tres arrieros manchegos que hacían las mejores migas con el mesonero su paisano, del herrador del pueblo, y de un hombre que por su facha y su vestido parecía medio aperador, medio contrabandista. Llevaba un sombrero serrano con ancha franja de terciopelo con cuatro borlas de hilillo, un chaleco negro y bordado, chaquetilla de majo de paño negro con flecos y bellotas de seda, un calzon de punt azulado con botoncillos de plata, botines jerezanos, espuelas en los zapatos, faja encarnada y en ella un cuchillo de monte con puño de marfil y guarnecido de corales. Representaba unos 34 años: su fisonomía era agradable y bien proporcionada, aunque el cutis estaba tostado por el sol; enormes y bien peinadas patillas sombreaban su cara, y su mirada aparentemente distraída examinaba con disimulo toda la gente que estaba alrededor. Yo no sé por qué, entre aquel grupo de gentes me llamó la atención aquel semblante, no sé si era la gallardía de su persona, que aunque pequeña de estatura tenía algo de decoro y dignidad, lo que me hacía fijarlo con frecuencia; pero de cuando en cuando le miraba y apartaba luego mis ojos de los suyos que se volvían hacia mí con una expresión burlona y dominante que me confundía.

—¿Cómo vá el ganado tío Antonio? preguntó uno de los arrieros, volviéndose al herrador.—Muy mal, señor Cruces, respondió el otro: no hay yerba y los animalitos se mueren de hambre: yo quería ir á Córdoba á vender algunas ovejas, pero diz que anda la gente por el camino y no es cosa de que le quiten á un probe los cuartos.

—¿Hay rateros en el camino? preguntó con indiferencia mi hermano.—No señor, le replicó el sargento: hay una partida de ocho hombres que ha hecho muchos robos en estos días: vienen y se van como Pedro por su casa, y yo no puedo hacer nada porque me han dejado solo estos cuatro soldados que no quiero esponer á que los maten esos pícaros que se reúnen y dispersan con mucha facilidad: además están mejor montados que estos muchachos y conocen todas las veredas. Pero á bien que ya viene el capitán con 20 hombres y entonces vamos á salir todos los días.—¿Quién es el capitán? preguntó con viveza el majo de la faja y del cuchillo.—El capitán! respondió el sargento, un señor mas valiente que toito el mundo: ha estado tres años persiguiendo ladrones: se llama D. Roque Comares y conoce á José María.

—¡A José María! dijeron á la vez los arrieros y los soldados.

—Sí señor, á José María, á quien ha visto muy de cerca, un día que á dos leguas de Ecija se encontró con él; y ya le tenía agarrado, cuando un pistoletazo del ladrón

lo tiró en el suelo herido de un brazo: entonces era teniente de la primera del primero: por eso le hicieron capitán de la segunda.

—¿Y cuándo viene? preguntó con indiferencia afectada el majo que había escuchado con la mayor atención las palabras del sargento. —Desde las cuatro estoy esperándole aquí por su orden; creo que no deberá tardar. —El majo se estremeció por un movimiento involuntario: giró sus ojos rápidamente alrededor de sí por ver si le habían

observado alguien; y encontrando mis miradas, se puso á jugar con las borlas de su sombrero mientras se balanceaba en la silla.

—Bueno que está; replicó con mucha cachaza: veremos que hace con tanto ladrón como anda por esos caminos: un hombre de bien que vá á sus negocios, tiene que esconder el dinero y caminar con el credo en la boca. —¿Qué hora es caballero, y V. perdone? preguntó dirigiéndose á mi hermano. —«Van á dar las ocho,» respon-



dió este sacando el magnífico reloj que heredó de mi padre, á quien se lo regaló un su primo que fué oidor en Méjico.

«Las ocho! pronto se vá el tiempo,» y levantándose de la silla se preparaba á salir, cuando se escuchó el ruido de los caballos, y casi al mismo tiempo se presentó con su partida el capitán D. Roque Comares.

—Buenas noches de Dios á VV., caballeros, dijo el recién venido después de dejar su caballo en manos de su asistente, y mientras que sus soldados llevaban los suyos á la cuadra. Ha hecho un calor del demonio hoy: mentira me parecia que había de llegar aquí. ¿Y qué hay de bueno, sargento Perez? ¿La gente, por donde anda?

—Antes de ayer salió de Ecija José María para reunirse con sus compañeros; pero el diablo sabe donde está ahora. —¿De Ecija! dijo el capitán con aire colérico, ¿qué les parece á VV., señores? Está uno persiguiendo á esos hombres noche y día, y luego toman asilo en las ciuda-

des donde encuentran mucha gente de su calaña que los oculta, sin que ni corregidores ni alcaldes puedan dar con ellos.

Después dicen que no hacemos nada, que nos pasamos el tiempo en los mesones. ¡Caramba! la cabeza de José María vale dinero, y él me ha de costear mi primer uniforme de comandante.

—Y hará V. bien señor capitán, replicó el majo con una sonrisa burlona, no le suelte V. si le pilla, porque dicen que es hombre astuto y atrevido: según ha contado el sargento, tienen VV. cuentas pendientes de resultados de un balazo, ó qué sé yo cuantas cosas.

—Ya nos veremos, replicó D. Roque reparando por primera vez en la gallarda figura del majo que inmóvil junto á una columna debajo del farol que alumbraba el patio, fumaba tranquilamente un cigarro de papel sin cuidarse al parecer de la conversacion. El resplandor de la luz llegaba á su semblante sin iluminarlo: cayendo

desde arriba descomponia todas las facciones con la sombra del sombrero abultando su fisonomía. Parecióme sin embargo por un momento que le reconocia el capitán: una espresion de espanto pasó por sus ojos, y volviéndose hacia el indiferente interlocutor, le dijo con viveza: «¿Qué viene V. á hacer aquí? ¿quién es este hombre?» añadió con mas pausa dirigiéndose al mesonero.

—Un caminante, mi capitán, respondió con mesura el majo adelantándose al corro y tocando su sombrero: un caminante que conoce los caminos y aguarda la salida de esa tropa para pasar á su abrigo hacia Cordova, porque ya está escarmentado.

—Yo le conozco á V. dijo D. Roque; en alguna parte nos hemos visto, y su figura de V. es sospechosa.—No es extraño; hace dos años estuvimos juntos en la feria de Mairena donde me ganó V. al juego quince onzas como un ochavo. Tiene V. muy buena suerte. Por lo demás, ahí vá mi pasaporte, porque la gente honrada no teme que la conozcan.

El recuerdo agradable de las quince onzas ganadas, ablandó seguramente la severa suspicacia del guapo capitán, porque apenas desdobló el pasaporte para leer el nombre de Juan Serrano, corredor de trigo, devolviéndoselo inmediatamente con un oportuno «V. perdone» al tiempo que retorcia complacido su bigote negro y poblado.

Concha nos hizo avisar que estaba pronta la cena, y teniendo que salir á las dos de la madrugada para evitar el calor del día, saludamos á la reunion y nos metimos en nuestro cuarto. Al pasar por la puerta de la cuadra, noté que en un rincón oscuro hablaba el señor Juan Serrano misteriosamente con la linda criada.

—¡Amores de camino! me dije á mí mismo; y despues de hartar un hambre bastante regular, me tendí en un jergon para gozar de las delicias del sueño.

A la una y media vinieron á despertarnos, y nos preparó el criado el chocolate. Había luna, y su luz clara y trasparente alumbraba el patio: los arrieros dormían aun, pero no el corredor de trigo, que ayudado del mesonero, enjaezaba su caballo: era una jaca cordovesa de dos cuerpos, castaña y perfectamente proporcionada: los arreos eran vaqueros, pero ricos, al lado de una silla jerezana estaba colgada una escopeta magnífica con abrazaderas de plata.

Me saludó con el sombrero, y despues de haberle contestado, trabamos conversacion.—Tóme V. chocolate conmigo le dije; el majo se resistia cortesmente, pero mi hermano que llegaba en aquel momento, le instó tanto, que se vió obligado al fin á aceptar nuestro convite. Mi hermano es un ente raro que habia simpatizado con Serrano desde el principio: pero el corredor, al tomar el chocolate con nosotros, sufria evidentemente una contrariedad; una mortificacion, que por política disimulaba.

—¿Hay ladrones de aquí á Ecija? preguntó mi cuñada con ansiedad.

—No sé, señora; respondió el corredor: sin embargo, los caminos no estan seguros, y viajar á estas horas y con tantas campanillas en las mulas, no es lo mas prudente por cierto.

—¡Bah! replicó mi hermano; José María está del otro lado, y hace mucho tiempo que por el camino de Sevilla no sucede un lance.—Pero insistió Serrano, bueno es caminar con precaucion.—Si yo pudiese, acompañaria á VV., mas tengo que apartarme del camino. En fin, creo que nos veremos pronto.

El corredor de trigo se levantó, saludó cortesmente á las señoras, me tendió la mano, le di un cigarro, y nos separamos excelentes amigos. El mayoral cargó los cajonillos y pequeñeces que llevan siempre las mugeres en los viajes: subimos al coche, y á pocos momentos, al resplandor de una luna clara y templada, trotábamos en el camino de Ecija. Ibamos hablando de la gente del meson, y sobre todo del señor Serrano, cuya mezcla de energía y de finura, no podia menos de llamarnos la curiosidad. Mi cuñada iba algo asustada, comentando sus misteriosos avisos: mi hermano decia que era un hombre muy campechano y cortés, y Antonia le encontraba mucha gracia y una finura agradable. Asífamos entreteniéndolo el tiempo hasta que empezó á amanecer. Concha miraba por la ventanilla, y se asustaba porque le parecia ver sombras lejanas entre los olivares.—¡Si se moverán los olivos, niña! decia con cariñosa burla su marido.

De pronto gritó mi cuñada «¡ay Dios mío! ahí estan» y se agarró de mí temblando. Era verdad ¡alto! gritó una voz desde fuera: detúvose el mayoral: yo saqué la cabeza por la portezuela, y vi con espanto á la luz de la luna que nos rodeaba una partida de bandoleros que caracoleaban alrededor del co.

JUAN MANUEL DE AZARA.

(Concluirá.)

HISTORIA NATURAL.

Propiedades del murciélago y razones porque se halla en las armas de Valencia.

Entre los muchos animales que cubren la superficie de la tierra, y pueblan los aires, el murciélago es sin duda por su organizacion, figura y propiedades, el mas extraño y singular: aunque en todas partes los murciélagos son iguales, sin embargo hay algunas en donde se diferencian algo aunque accidentalmente; en las pirámides de Egipto, se hallan anidados una prodigiosa multitud de ellos, semejantes en un todo á los nuestros; excepto en las colas que las tienen largas como un raton: en la costa de Etiopía hay otra casta de murciélagos tan disformes que pasan de tres palmos, pero en su organizacion son como los demás. Otras mil monstruosidades pudiera citar, pero lo conceptúo de todo punto inútil por cuanto con solo considerar el murciélago casero y ordinario hallaremos infinidad de particularidades que poder admirar.

Lo primero que se ofrece á nuestra vista es que siendo el murciélago raton en el cuerpo y pelo, vuela y vive en el aire á modo de ave: en contraposicion de esto, le faltan plumas en las alas porque las tiene como de pergamino, con un dedo en la corvadura de ellas, y una

uña con la que se agarra á las paredes; mas abajo y hacia el final del cuerpo, tiene otras dos uñas que equivalen á pies. Su cabeza es algo parecida á la del perro y hay algunos con cuatro orejas, no tienen pico, sino boca y dientes, y estos aguzados y salidos á fuera; armándole así la naturaleza para que pueda con facilidad acometer y coger á los mosquitos que son su principal pasto; los que teniendo como él la costumbre de salir al anochecer en confuso tropel le facilitan ellos mismos el medio de cogerlos. También se opone para considerarle como ave, el que no pone huevos, sino que pare ratoncillos vivos los cuales alimenta no con grano, ni mosquitos, sino con leche de sus tetas; y asidos de ellas los lleva volando á todas partes.

Estrañezas son estas casi increíbles sino estuvieran la mayor parte atestiguadas por todos los autores de historia natural y la experiencia del vulgo; añádesse á esto el que además de ser la única entre las aves, si así la conceptuamos, que tiene dientes y tetas; es también la sola que orina y la única que teniendo pies, no baja jamás al suelo, ni se apoya en ellos en parte alguna, sino que asiéndose á las bóvedas y paredes, pero particularmente á las primeras, se cuelga boca abajo, á la inversa de todos los animales. Para la cria de sus hijos no hace nido sino que conforme los vá pariendo los coge con las uñas y arrimándolos á las tetas, los lleva consigo. Su voz también es particular, porque no canta, ni ahulla, ni silba; sino que dá chillidos parecidos á los de los ratones; vé muy poco, y siempre sale á volar al anochecer, razón por la que los latinos le llamaron *vespertilio*; los antiguos españoles le denominaron *Murciego*, que equivale á decir *raton ciego*: posteriormente corrompiendo el vocablo le llamaron *Murciégalo* y en el día efecto de las innovaciones de nuestra lengua se le llama *Murciélago*; variación que no ha hecho otra cosa que apartar mas y mas la palabra de su origen verdadero. Los valencianos le llaman *Ratpenat* derivado del latín en que *pennæ* significa alas, y así es lo mismo que *raton alado*. Los hebreos y caldeos, en razón á que participa de volátil y terrestre le dieron por nombre *Ataleph*, de donde tomaron los griegos el de *Atelabus* que significa *reptile alatum*, como si dijéramos monstruo compuesto de ave y reptil; de aquí sacaron los antiguos varias fábulas curiosas por las que significaron las propiedades extravagantes del murciélago, y entre ellas merece citarse el siguiente enigma que un antiguo propuso á sus amigos para que lo definiesen.

Yo vi á un hombre no hombre que hirió no hirió en un árbol no árbol, con una piedra no piedra á un ave no ave.

Por hombre no hombre, quiso entender al eunuco ó castrado; por árbol no árbol al *saucó*; por piedra no piedra la *pomez* que vulgarmente se llama tosca; y por ave no ave al *Murciélago*.

EMILIO TAMARIT.

(Concluirá.)

POESIA.

El eco de la campana.

I.

Alumbra el sol otros climas,
la noche domina el mundo;
cubre un letargo profundo
la cabaña y la ciudad;
Présago invade el espacio
el eco de la campana,
duda horrible del mañana
de la flaca humanidad.

Decid: ¿cuando el aire mudo
esa voz de bronce anima,
vuestro pecho no lastima
un escondido temor?

¿No os revela algun misterio?
¿alguna verdad no anuncia?
¡oh! ¡sí! bien claro pronuncia
un secreto aterrador!...

«El eco de una campana
es aire!...» grita el impío;
sí: ¿pero el hondo vacío
no muestra del corazón?
¿El abismo inmensurable
no hace ver de la existencia?
¿no revela la impotencia
de una orgullosa razón?

¿Por qué vacila tu mano,
palidecen tus mejillas,
y convulsas tus rodillas
te invade un sudor glacial.
¿Ambicioso! si en la noche
del orbe ansiando ser dueño,
viene á interrumpir tu sueño,
el acento de metal?

¿Un suspiro involuntario
porque exhalas de tu pecho,
poco hacia satisfecho,
rebotando de placer:

Cuando señor de los hombres,
improvisador de orgías,
¡rico sin fél! te creías,
tu caudal al recorrer?

¿Cuál desgracia, cuál te bruma,
que así anubla tu mirada?

desprecia el *aire*, la *nada*,
porque *nada* es esa voz:

Pero tus nervios se crispan;
¡ah! tiembles despavorido....
¿por qué de un mero sonido
la impresion es tan atroz?

Tú, que dices que los hombres
nacieron á ser tus siervos,
tú que los llamas protervos
si tu yugo destructor

Acaso altivos resisten;
y apóstol de un dogma falso
la metralla y el cadalso
son tu código mejor.

¿Por qué saltas de tu lecho
cobarde, desalentado,
en ese lecho dorado
que inciensan nubes de azahar?

Todo es grato en torno tuyo;
harpas mil tu insomnio mecen;
homenajes mil te ofrecen
tus vasallos en tu altar;

Deja que disperse el aura
ese efímero sonido,
que evaporado, estinguído,
muere ya, no llega á ti;

En las apiñadas armas
tu espíritu tranquiliza....
¡ay! otra vez se desliza
el fatal retumbo, sí!

Cada fatídico golpe
tu corazón dilacera,
como una voz que leyerá
una y otra vez tu fin.

Acudes á tus soldados,
miras relucir puñales,
oyes los gritos fatales
de frenético motín.

Y ves cabezas que ruedan,
y tronos hechos pedazos,
y por los altos ribazos
la hirviente sangre saltar.

¡Oh, cuántas veces, tirano!
tan infernal pesadilla
como suspensa cuchilla,
tus glorias vino á cortar!

Tú, que en el amor te ufanas,
como en un dije de orgullo
porque solo es un murmullo
para ti el nombre de amor:

¡Indiferente coqueta!
que miras á tus amantes,
como miras los brillantes

que á tu sien darán fulgor:

Dime: al escuchar el eco
de una campana remota,
¿no sentiste el alma rota,
envenenado tu ser?

¿Disiparse tus aromas,
y en el congelado ambiente,
desvanecerse en su fuente
los ensueños del placer?

Y tú, estéril egoísta,
que, cadáver de tí mismo,
con un yerto escepticismo
quieres reemplazar la fé:

Allá en tu estúpido sueño
el eco dirá continuo;
«deja huella en tu camino,
¡ay del que siendo, no fué!...»

Tú, helado materialista
que con aparente calma,
niegas la vida del alma,
la luz de la creacion:

Mil veces allá á deshora
á tu pecho árido y seco,
fué del bronce herido el eco,
una espantosa explosion.

Tú, que halagas la venganza,
que meditas el suicidio,
proyectas el homicidio,
al hurto volando vás:

Que la seducción consumas,
que fraguas el adulterio,
¿por qué os aterra el misterio
de ese lánguido compás?

¿Y cuál delante un espectro
vuestra opaca vista corre,
esa enigmática torre
que invade el espacio audaz?

Delata la inmóvil planta
el ya perplejo alvedrío:
¡el menoscabado brio!
la cadavérica faz

II.

Del porvenir dudoso lo sombrío,
del pasado vacío lo ilusorio,
del presente lo vano y transitorio,
el deleznable error y la verdad:
¡Tal es la cifra mística y profunda
de ese agorero y fúnebre sonido,
que en la mansion del hombre producido,
se pierde en la confusa eternidad!...

MANUEL MARIA FLAMANT.

SUCESOS CONTEMPORANEOS.



Vista de la Iluminación del Prado.

Descripción de las fiestas reales celebradas en Madrid en octubre de 1846, con motivo del casamiento de S. M. la Reina Doña Isabel II y de la Serma. Sra. Infanta Doña Luisa Fernanda.

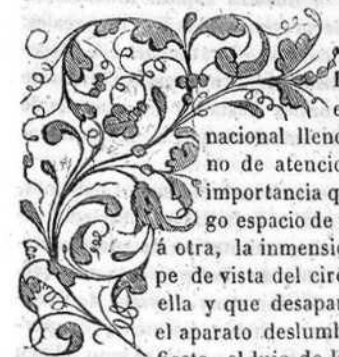
VI.

FUNCION REAL DE TOROS.

La función real de toros es un rasgo de fisonomía nacional lleno de interés y muy digno de atención. Prescindiendo de la importancia que por sí solo la da el largo espacio de tiempo que media de una á otra, la inmensidad y sorprendente golpe de vista del circo que se prepara para ella y que desaparece así que se celebra, el aparato deslumbrador de esta magnífica fiesta, el lujo de las comitivas, la particularidad de los caballeros en plaza y otras varias circuns-

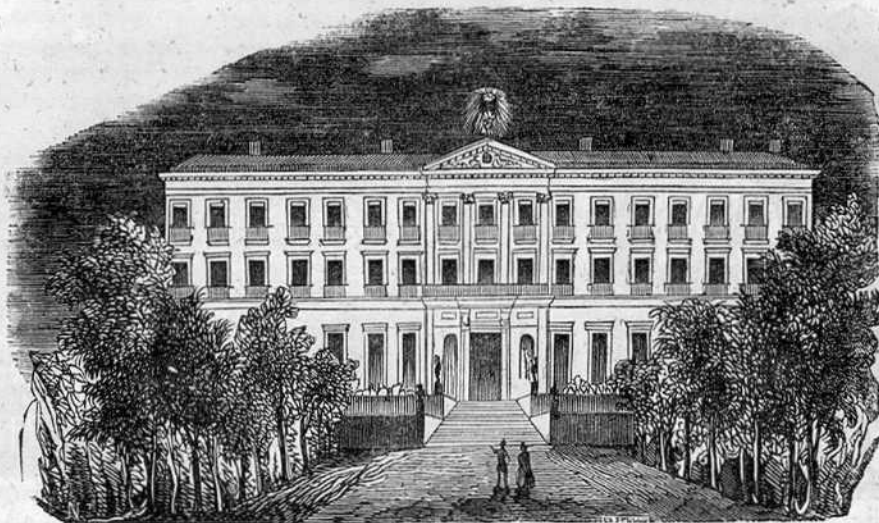
tancias que contribuyen á su brillantez, hacen que se diferencie mucho de una corrida ordinaria de toros, y la prestan el privilegio de causar un verdadero placer, reproduciendo en la imaginación el recuerdo de los antiguos torneos y el de la corte de los mejores tiempos de España.

La hermosa plaza en que se celebra esta suntuosa función, tiene 434 pies de largo, 334 de ancho y 1536 de circuito. Está fundada sobre pilastras de piedra que forman soportales muy capaces, y tiene cinco suelos hasta el tejado, y 71 pies de altura. Difícil es dar una idea del aspecto que presenta esta hermosa y estendida plaza, cer-



rada completamente con andanadas de tendidos y gale-rías y fingidas casas en el hueco que resulta por cons-truir (1) adornados los tres órdenes de balcones con vis-tosas colgaduras de paño grana y oro en los primeros y terceros, amarillo y plata en los segundos ó del centro, y azul y plata en la varandilla alta, interrumpida única-mente esta suntuosa decoracion con la rica colgadura azul de la casa real de la Panadería, desde cuyo balcon principal adornado con un magnífico dosel de terciopelo

carmesí bordado de oro presencia S. M. y real familia la funcion, y ocupadas todas las localidades por espectadores hasta el número de cincuenta mil, cuyos trajes de diver-sos colores completan la visualidad de este circo maravi-lloso y encantador. El Ayuntamiento se ha atendido es-strictamente esta vez en cuanto á la disposicion de la plaza, al órden que se siguió en la última funcion que presen-ciamos en Junio de 1833 con motivo de la jura de la Princesa Isabel, y no obstante la escasez del tiempo se-



Iluminacion del Palacio de Buenavista.

ñalado para preparar dignamente el majestuoso circo y brillantes fiestas, ha conseguido que la funcion real de 1846 no desmereciera de las que en otras ocasiones se han celebrado con todo el lujo y la magnificencia de la antigua corte de España.

Verificada la prueba de caballeros en plaza en la de la puerta de Alcalá, en la que se presentaron en liza cua-tro con otros tantos toros embolados, de los cuales, uno estropeó gravemente á uno de los rejoneadores inutili-zándole para lidiar al dia siguiente, y en la que otros dos anduvieron algo torpes en las suertes, demostrando el restante gran maestría y muchos conocimientos en equi-tacion, que hacian esperar se luciera al dia siguiente, tuvo lugar en la mañana del 16 la prueba formal acostum-brada en tales ocasiones. A las diez salia el primer toro

(1) Los periódicos han hecho indicaciones al Ayuntamiento, para que, aprovechando el estado en que se encuentra la Plaza con motivo de los trabajos hechos para las corridas reales, se ejecuten varias obras de adorno. Nosotros nos limitaremos á rogarle que remueva con energia los obstáculos que se opongan á la edificacion en el solar de la calle de Girona, que con escándalo general está sirviendo de muladar muchos años hace, así como al derribo y reedificacion de las casas y arco contiguo á la de la Panadería.

entre el ruido de los timbales y clarines, y sucesivamen-te se lidiaron hasta ocho, sin que esta corrida ofreciera nada de particular en sí misma; los toros fueron flojos en general, pero mas que ellos llamaba la atencion la mag-nífica perspectiva, que como hemos dicho, presentaba la plaza.

El cielo, nublado desde el amanecer, amenazaba des-cargar en un fuerte aguacero y burlar la curiosidad de los madrileños y de la multitud de forasteros y estranje-ros que habian acudido á nuestra capital movidos en gran parte por el deseo de presenciar las corridas reales: á las nueve de la mañana comenzó la atmósfera á despe-jarse, continuando del mismo modo aunque sin limpiarse el cielo por completo de nubes hasta las dos y media de la tarde, hora señalada de antemano por S. M. para dar principio á la funcion.

Una concurrencia inmensa llenaba todos los balcones, gradas y tendidos, en los cuales se hallaban mezclados jó-venes y señoritas que hacian ostentacion de sus elegan-tes trajes, militares y personas de edad proveecta mal ave-nidas otras veces con el movimiento y algazara de nues-tras corridas de toros; apenas habia distincion de per-sonas en los asientos, y las que por lo comun eligen los mejores se hallaban esta vez en las últimas localidades.

Todo era impaciencia y regocijo; á las tres menos cuarto entraron los alabarderos que recorrieron la plaza con su música al frente, colocándose despues segun costumbre, al pié del balcon de SS. MM., formando con sus pechós la continuacion de la barrera interrumpida en aquel punto.

A las tres dadas, llegaron SS. MM. y AA. y ocuparon el balcon principal de la casa Panadería, que como ya hemos dicho estaba magníficamente colgado de terciopelo carmesí y coronado por un rico dosel del propio color recamado de oro: á la derecha de S. M. se colocó la Reina Cristina y á la izquierda el Rey su augusto esposo, por este lado seguian S. A. R. la Infanta Doña

Luisa Fernanda, su esposo y las hermanas de S. M. el Rey; á la derecha de la Reina Cristina estaba el Serenísimo Señor Infante D. Francisco de Paula. El Duque de Aumale parecia no querer asiento fijo.

La Reina é Infantas tenian sombreros con ligeros adornos, y sombrillas blancas para libertarse del sol que las daba casi de frente. Todos los Príncipes estaban vestidos de paisano.

En el balcon de la izquierda de S. M. se hallaban los ministros y detrás de la Reina y en el balcon de la derecha muchos grandes y servidumbre de palacio.

Esperimentóse alguna dilacion en los preparativos de la fiesta que indudablemente seriaprecisa; mas de un



Comitiva de un caballero en plaza.

cuarto de hora trascurrió hasta que los caballeros en plaza acompañados de sus padrinos entraron por el arco de la calle de Toledo en el orden siguiente:

Un coche tirado por cuatro caballos castaños en que iba el Sr. Conde de Altamira con el caballero en plaza su ahijado. Vestia el caballero D. Roman Fernandez un traje azul celeste y blanco á la usanza de la España austriaca; el padrino llevaba uniforme de alto dignatario de palacio.

El segundo coche era conducido por seis caballos del mismo color con arneses encarnados y guirnalda de flores; en él iba el Sr. Duque de Abrantes con uniforme de maestrante de Sevilla y su ahijado D. Antonio Miguel Romero, que vestia el traje de la época de Felipe IV, capa y ropilla de terciopelo verde con acuchillados y adornos blancos, bota y calzon de ante, espada, espuela y estribo dorado.

Seguia el coche del Duque de Medinaceli con seis caballos negros y arneses blancos con flores. El Duque

vestia tambien el traje de maestrante, el del caballero D. Federico Varela y Ulloa su ahijado era de color verde y de la época de Felipe IV.

En el último coche tirado por caballos castaños con penachos encarnados y amarillos se presentaron el Duque de Osuna con uniforme de caballería y su ahijado D. José Cabañas con traje de color carmesí y de la misma época que el anterior.

En pos de las carrozas seguian veinte y ocho briosos caballos conducidos por palafreneros de la real casa engalanados con ricas libreas á siete por carroza, y con los jaeces de los colores respectivos á cada una; acompañaba la cuadrilla de lidiadores de profesion destinada á proteger al caballero en plaza.

La de Jimenez (*el Morenillo*) que defendia al primer caballero, vestia color verde y plata; la segunda á cuyo frente estaba José Redondo (*el Chiclanero*) para defender al segundo caballero, azul y plata; la tercera acaudillada por Juan Leon, castaño oscuro y oro y la

de Francisco Montes que era la última encarnado y plata.

Al pasar los coches por delante del balcón donde estaba la Reina se detenían, bajaban padrino y ahijado, aquel presentaba á este á S. M. y después de hacer ambos un saludo subían al carruaje y continuaba andando alrededor de la plaza. Los coches salieron por el arco de las Platerías; por otro punto salieron también todos los caballos menos los destinados á servir inmediatamente.

Trascurrió otro largo rato y aparecieron nuevamente los caballeros rejoneadores montados en sus caballos. Precedíanlos dos hileras de guardias de la lancilla, vestidos á la chamberga, y acompañabanlos otras compañías de diferentes trajes y las correspondientes cuadrillas entre ellas escuderos vestidos á la antigua con las armas de la villa. Detrás de toda esta comitiva iban doce picadores vestidos también con colores análogos á las cuadrillas á que pertenecían; marchaban luego seis alguaciles, y cerraban el acompañamiento cuatro juegos de mulas. Las cuadrillas, los muleros y todos los operarios estaban lujosamente vestidos y llevaban sombreros de tres picos en vez de las acostumbradas monterillas. Desembarazada por fin la plaza de todas las personas accesorias quedaron solamente los diestros de á pié y los caballeros: debajo del balcón regió la guardia de alabarderos cuya primera línea formaba la barrera y enfrente mirando á SS. MM. los seis alguaciles de servicio con los trajes de costumbre, montados en hermosos caballos y que como permanecieron en esta posición durante la corrida, dieron frecuentes ocasiones á los silbidos tradicionales con que el público los saludaba cada vez que tenían que huir ante el toro y volver dispersos y desmantelados, ya sin sombrero, ya con la ropa descompuesta, al punto que la etiqueta les señala.

(Concluirá.)

ESCENAS POPULARES.

LOS BANDOLEROS DE ANDALUCIA.

(Conclusion.)

II.

Pasaron algunos momentos de angustiosa incertidumbre: parecía un sueño lo que sucedía: inmóvil el mayoral en su asiento, parado el zagal junto á las mulas, apiñados nosotros en el coche, nada venía á sacarnos de la inercia estúpida en que yacíamos: algunas palabras oí confusamente dirigidas al conductor: volvió el carruaje á moverse y nos apartamos del camino real para entrar en un olivar espesísimo cortado por zanjas que teníamos que rodear. Nadie hablaba. Concha estaba pegada á mi brazo que apretaba de cuando en cuando con movimiento convulsivo: Antonia sollozaba en silencio: mi hermano miraba inquieto á todas partes. Seguimos nues-

tra incierta ruta sin parar durante media hora: la luna había perdido su luz ante los primeros rayos de la aurora naciente, y su pálido resplandor venía á iluminar los bultos de los ladrones que acompañaban en dos filas al coche. Sin saber que sería de nuestra suerte, sin armas con que defendernos, mi hermano y yo nos mirábamos en la mayor incertidumbre, temblando, no por nosotros, sino por la suerte de nuestras infelices compañeras.—¡A parar! gritó clara y distinta una voz áspera y desagradable: detuvieron las mulas: saltó á tierra el mayoral, y después de algunos instantes, abrióse la portezuela y asomó la cabeza feroz de un bandolero. Su sombrero caído sobre sus torvos ojos, su desaliñada y crecida barba, la expresión estúpida de su semblante nos causaron funesta impresión. ¡Vayan bajando uno á uno! dijo arrugando las cejas: yo bajé el primero, y en el momento me cogieron dos ladrones y con las sogas de la zaga me ataron á un olivo; á mi lado estaba también amarrado el infeliz mayoral, que como acostumbrado á semejantes lances, manifestaba la mas completa indiferencia: el zagal hablaba familiarmente con los bandidos y en su intimidad se conocía que había obrado de acuerdo.—Saltó del coche la criada, y fué á parar entre aquella gente que la recibió con indecentes bromas: la infeliz muchacha se echó á llorar, pero cada vez redoblaba la algarazara. Mi hermano miraba aquella escena desde la portezuela del coche; lo que veía era un anuncio de la suerte que aguardaba á su mujer: sus ojos se encendían en cólera y sus labios se pusieron blancos como la cal.—¿No baja V. caballero? le gritó con aspereza el ladrón de la fea catadura.—Mi hermano bajó, pero al intentar amarrarlo empezó á luchar con desesperación. ¡Ola! ¿se resiste este gallito? dijo el bandolero, y levantando el trabuco pegó con la culata un golpe tal sobre la espalda de mi hermano, que cayó de boca en tierra.—Al punto le agarraron y apretaron los cordeles entre sus brazos y un olivo.

En aquel momento sentí una angustia horrible en el corazón; la vista de mi hermano atado en frente de mí, con la cabeza caída sobre el pecho, el aspecto de aquella gente apiñada junto á la portezuela para ver bajar á mi cuñada, el vago presentimiento de una muerte horrible me hicieron temblar é irritarme á la vez. Hubiera dado la mitad de mi vida por estar libre con un puñal en aquel momento: pero aunque probaba el romper mis ligaduras las sentía mas apretadas á cada esfuerzo que hacia. Concha bajó medio muerta, pero al ver á su marido prorrumpió en gritos y en lamentos.—¡Calle V.! la dijo un bandolero tirándola del brazo: entonces se sentó en un surco y con la cabeza entre sus manos, se puso á llorar amargamente; Antonia, pálida como la muerte, se arrojó á su lado. El dolor hacia entonces interesantes á las dos hermanas: los ladrones las miraban inmóviles y casi penetrados de compasión: pero el bandolero de mal gesto los reunió para descargar el coche.—¡Vamos trabajando y silencio! dijo sin volverse siquiera á mirarnos.—Seño Luque, dijo uno de la partida encarándose con él, ¿no sería bueno que saliese alguno á esperar al capitán?—¿Para qué? respondió. José María

no ha de venir ya hoy y yo creo que se ha ido á vivir de otra manera: hace algunos días que no parece: ¿no estais contentos conmigo, muchachos?—Si señor, gritó un ladron chico y grueso: V. nos dá mas vino que el capitán, y se vá viviendo; V. es el segundo, y ya se vé toitos le obedecemos sin decir esta boca es mía.—La respuesta no debió agradar mucho á los bandoleros porque quedaron en silencio sin responder nada á la interpelacion del señor Luque.

Los baules sacados del coche estaban ya en el suelo: la ropa blanca, los trajes, nuestra ropa rodaban en confusion: cada uno tomaba lo que mejor le parecia y lo apartaba en un monton distinto del de los demas. En un rincon del coche habia una canasta con botellas de vino de Montilla, regalo que pensaba hacer en Cádiz mi cuñada; pronto fué descubierta, y con los restos de un jamon, con un poco de pan y frutas que era nuestro repuesto, se improvisó un almuerzo entre aquella gente desalmada. Destapáronse botellas sobre botellas; el señor Luque escitaba á sus compañeros que bebían desmedidamente: los brindis mas obscenos se repetían en la reunion: los lábios de mi hermano temblaban en combustion continua, única señal de vida que daba. Yo entre tanto habia recobrado mi serenidad y calculaba á sangre fria: me era imposible concebir como podia ser aquella la partida de José María, cuya disciplina y dulzura se encomiaba por todas partes: si miraba la fisonomia de los bandoleros veía generalmente caras de contrabandistas atrevidas y francas, aunque ya trastornadas por la borrachera; pero la traza del señor Luque, sus torvas miradas me hacían estremecer. Por otra parte, yo no comprendía como teniendo tan cerca á los soldados del regimiento del Príncipe, se entretenían los ladrones con tanta calma.—Los nuevos brindis que resonaban junto á mí me distrajeran de estos pensamientos; advertí entonces, que todas las miradas de aquella gente ebria se fijaban en mis cuñadas: un sudor frio corrió por mi cuerpo cuando vi levantarse á los bandoleros. Alce V. esa frente, niña, dijo Luque agarrando por la barba á la asustada Concha. Venga V. conmigo, gritó otro á su llorosa hermana.

¡Quieto todo el mundo! exclamó un ladron jóven y de resuelta fisonomia; no es justo que el segundo ni Perico nos dejen á nosotros sin hacernos caso, echemos á la suerte las señoras, y á quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga.

—Al ás de oros, dijo uno de ellos, y sacando de su chaqueta una baraja mugrienta empezó á repartir cartas. No sé si fué casualidad pero los dos agraciados fueron el señor Luque y el mismo Pedro que se habia acercado á Antonia de antemano.—Mi hermano entre tanto bramaba de rabia: su boca arrojaba espuma hasta que, sofocado, dejó caer sin fuerzas su cabeza. El señor Luque y su compañero se dirigieron hacia las hermanas, quienes llorando resistían el contacto de sus manos impuras. La lucha duró por algun tiempo: Luque arrancó el pañuelo de la espalda de Concha, dejando descubierto su pecho que inflamó mas su lúbrico apetito: las fuerzas de mi cuñada se agitaban en combate tan de-

sigual; las pisadas lejanas de un caballo interrumpieron por un momento á los bandoleros; hasta que al fin cansados de tanta resistencia sacaron sus pañuelos para sujetarlas: la sangre abrasaba mis venas y se agolpaba á mis ojos: Concha y Antonia iban á caer desmayadas en los brazos de los dos bandidos, cuando se oyó un silbido cercano y en el mismo momento apareció un nuevo personaje en la escena. Todos quedaron en silencio y confundidos á su vista: él se adelantó rápidamente y agarrando al gigantesco Luque por la faja le arrojó violentamente á un lado. ¡El capitán! ¡el capitán! repitieron con alborozo los ladrones: ¡señor José María! le gritaron algunos con ternura cercándole en derredor.—Yo pronto le reconocí, era el corredor de trigo que encontramos en el Carpio: Juan Serrano era José María.

Parecia en aquel momento un general irritado mas bien que un capitán de bandoleros: apartó con los pies los restos de las botellas y las ropas esparcidas por tierra: miró en torno de sí y nos vió atados: volvió su vista á Concha y una espresion de tristeza pasó por su semblante: sus ojos se clavaron luego sobre Luque que le devolvió sus miradas con altanería.—¿Es esto lo que yo te encargué? le dijo temblando de cólera: la partida de José María no viola mugeres ni maltrata á los hombres: si nos hemos echado al camino ha sido para vivir, pero no para hacer daño. Yo te conozco y te sigo hace tiempo, Curro; yo sé que á estas horas tienes una promesa de indulto en la faltriquera, pero no te escaparás. Has enbarrachado á estos muchachos para que cometan crímenes y los ahorquen despues. Veo que no has contado conmigo. Hizo una seña y los bandoleros rodearon á Luque; este empuñó su trabuco, pero la mano de José María le agarró antes de que le apuntase: con una celeridad increíble sacó de la faja un cuchillo de monte, y antes de que pudiera acudir ninguno de los bandoleros lo habia hundido tres veces en el corazon del bandido traidor. Luque cayó en tierra murmurando maldiciones, y el silencio mas profundo sucedió á su muerte.

¡Cobardes! dijo el capitán limpiando lentamente la sangre que goteaba del acero con su pañuelo de batista: ¿os entreteniais así en mi ausencia? Ganas me dan de abandonar á los soldados que llegan. Efectivamente oíase aunque lejano, el paso de una partida de caballería.—Vamos continuó: todo el mundo vá á devolver lo que ha tomado: quien oculte una cinta siquiera se las habrá conmigo: ¡á llenar pronto los baules! Sin un murmullo, sin la menor señal de descontento, empezaron aquellos mismos hombres, que nos hubieran asesinado antes, á volver á la zaga del coche las maletas y baules que habian bajado: mas ó menos estropeados volvieron todos los objetos á su sitio; y esto se hacia entre el temor que la llegada de los soldados causaba á los bandoleros.

¡Qué desatan á esa gente! gritó José María; en el momento nos vimos libres: mi hermano y mi cuñada se estrecharon llorando en los brazos el uno del otro; el capitán se acercó.—Es tarde, el tiempo vuela, dijo: es necesario marchar; pido á VV. mil perdones por la conducta de esta gente: siempre se han portado bien

estos muchachos, pero ese infame, añadió señalando al cadáver de Luque, los perdía.

Un grito de satisfacción entre los bandoleros acompañó estas palabras.—¡A caballo! ¡tomad por el atajo y esperadme en los cortijos de Deza! clamó con imperiosa voz José María: ya era tiempo, el ruido de la partida de caballería estaba cada vez mas cercano: pero los ladrones no querían dejar solo á su capitán: ¡pronto gritó este, nadie me siga: yo estoy seguro, y señaló con gesto imperioso la ruta con la mano: nadie vaciló ya; los bandoleros se perdieron á escape en el olivar. En el calor de nuestro reconocimiento le hicimos mil instancias para que se pudiese en salvo. No hay cuidado nos dijo sonriéndose: y montando á caballo, siguió al estribo del carruaje, distrayendo con atentas palabras las terribles emociones que nos agitaban todavía.

Pocos minutos habíamos andado cuando nos hallamos con el valiente capitán Comares. Un aperador que á la sazón pasaba le contó que nos había visto entrar de un modo sospechoso en el olivar: dijémosle que nos habían asaltado tres rateros; pero que la valentía del corredor de trigo había matado á uno y abuyentado á los otros: D. Roque tendió la mano á nuestro libertador y envió dos soldados por el cadáver de Luque para presentarlo en el pueblo.—¿Y por dónde tiraron? preguntó ansioso Comares: ¡por allí! gritó el bandolero y señaló el lado opuesto al de la retirada de la cuadrilla.—¡Vamos por ellos muchachos! gritó D. Roque á sus soldados y despidiéndose de nosotros, metió espuelas á su caballo, para internarse en el olivar.

No hay cuidado alguno ya, nos dijo José María: quedan VV. con Dios y dispensen lo mucho que han sufrido hoy. Ninguna de nuestras ofertas fué admitida.—Algun día nos veremos con mas tranquilidad, nos dijo, y tendiéndonos la mano que estrechamos con ternura, volvió las riendas de su jaca cordovesa y desapareció á galope por el camino.

Felizmente llegamos á Ecija: mi hermano y mi cuñada estuvieron al mismo tiempo en la cama, enfermos de las espantosas impresiones de aquel día: fuimos á Cádiz, y aun en medio de la completa felicidad que gozaba, se estremecía Concha al oír hablar de ladrones: temblaba también la atolondrada Antonia, pero suspiraba sin querer al acordarse de la buena traza y generosidad de José María.

JUAN MANUEL DE AZARA.

FANTASIA.

El pájaro de Noviembre.

Era el día de los muertos..... El tañido de la campana que se oía desde el rayar el alba, lanzaba sus postresos quejidos en el circuito de las iglesias y el eco convul-

sivo palpitaba aun en los aires como la agitada respiración de un niño despues de sollozar.

El templado otoño, semejante al lluvioso estío, había dejado florecer aquí y allí algunas plantas solvajes, cuya sombra se extendía por la arena. Silbaba á aquella hora una fuerte brisa que limpiaba los bosques, lo valles, los caminos y los cementerios. Las flores se encerraban en sus cálices como esperanzas engañadas. El invierno asomaba su terrible y ceñudo semblante: aquel día era.... el de los difuntos.

Un pájaro cruzó los aires con rauda vuelo cual una flecha disparada de su arco. Atravesó rápidamente por entre los árboles desnudos de nidos y de follaje, pasó rozando las amarillentas hojas que aun pendían de las ramas, y las dejó caer; despues se posó ligero sobre la verde punta de un ciprés, y se puso á dirigir miradas curiosas á uno y otro lado. En medio de aquel vasto recinto, y á lo largo de los montones de tierra colocados simétricamente como los surcos que el labrador acaba de sembrar, volvía en vano el pajarillo á derecha é izquierda su pequeña cabeza en busca de alimento. Ni un grano de semilla se veía, nada en fin había allí ni aun para sostener la vida de un miserable pajarillo.... porque aquel día pertenecía á los difuntos!

El ligero ruido que produjo con sus alas en el seco y descarnado ramaje, hizo estremecer á una jóven que se había quedado retrasada en el cementerio. El pájaro descarriado no se turbó por aquel testigo vivo, porque aquella figura que parecía pensativa, oraba inmóvil en secreto, con palabras tan bajas, que apenas llegaban á las tumbas, que no sabían tampoco que era su aniversario. Empero esto no es creíble! Los muertos no ignoran cual es el día que les está dedicado.

Si ninguno de nosotros acierta á comprender la inerte felicidad de los muertos, en cambio los vivos gozamos del imaginario deseo de entrever quizás sus espíritus flotantes en los aires, y escuchar su muda tristeza; he ahí por qué la jóven se mantenía de pié derecho inmediato á un terromontero, cuyo césped se había renovado ya por tres veces.

Aun no estaba aplastada la yerba con el peso de la piedra en la cual se hallaba grabado el nombre del cuerpo que yacía bajo el terromontero. La piedra estaba fija sobre el húmedo muro del cementerio, y mostraba el nombre de Julia casi ilegible entre las trepadoras matas que separaba en aquel instante la trémula mano de una muger.

Poseída de un enagenamiento desconocido, acababa de arrimar sus labios á aquel nombre de mármol cuyo frío no la hacía retroceder, y la que vivía preguntaba á la difunta que no podía verla ni oirla:

«Tú le has amado seguramente mas que yo, pues que tu amor te ha acompañado hasta la tumba. Alma tierna y borrascosa lanzada de este mundo en un esfuerzo desesperado, dime; ¿las ensangrentadas alas que se quiebran al romper su jaula, las sana Dios en los aires para que puedan volar hasta él á implorar su misericordia? Todos aquellos á quienes lo pregunto bajan los ojos y se ponen el dedo sobre la boca. ¿Dí, tú, la hermana mas jóven de

los difuntos, posees en alguna parte un sitio apartado y apacible para orar sobre las rodillas de tu madre? ¿No imploras la proteccion de la que lo es de todos? ¡Ah! Sin duda, una sombra se habrá interpuesto entre ti y ella. Elevándose sobre aquella imágen severa que condena y perdona á la vez... Cuando una jóven se vé fascina-

da por la mirada de un hombre, no se atreve á levantar la vista del suelo, y despues, cuando está sola se encuentra abatida y humillada delante de la madre de Dios, no hay ya sombras ni celajes, es verdad, pero no hay ya tampoco tiempo de arrepentirse.

Entonces se llora sin cesar y sin consuelo, mas triste



que la paloma que vé manchada su blanca pluma, y se reconocen los estravíos en lo profundo de las tenebrosas mansiones donde no existe Dios, y que no ha visto mortal alguno. Entonces se llora tan abandonada y sola como tú te vés ahí; por eso me aproximo yo á esta tumba fria y muda, único confesonario donde me atrevo á revelar mi tristeza, porque un corazon tan oprimido como el mio no se mitiga con vanas palabras. Tú sola puedes comprender su valor en medio del silencio, tú que permaneces ahí apacible y justa como el niño en el seno maternal. ¡Ah! que no vivieses aun como yo, como yo que me ha hecho mil veces mas desgraciada y miserable que á ti; tendria al menos el consuelo de merecer tu compasion, nos contaríamos nuestras penas y nos consolariamos mutuamente.

Responde, si es que puedes, á quien nunca te ha hablado cuando vivías, pero sin embargo, te conoce como si tu espíritu habitase dentro del suyo; porque yo amo por ti, por mí, por las dos, al que tú has amado hasta morir!

¿Me has visto alguna vez huir de él? ¿Me has dejado por heredera de tu indestructible amor? Esta idea es tierna y cruel, ¡ó Julia! tierna como tú que solo has vivido para amar; cruel como él cuyo amor mata!

Si él te ha olvidado, porque el hombre es ingrato, yo le obligo á prosternarse ante ti, porque su imágen siempre me acompaña, y yo estoy á tus pies! Si no te trae jamás flores, aquí tienes las que él me ha dado, nada tengo que me sea mas querido en el mundo: este sacrificio es bastante grande para que pueda ser digno de ti; acéptalas, querida hija, acéptalas, yo te las doy con todo el placer de mi corazon.

Esparcí en seguida su ramillete sobre la tumba de Julia en la yerba, hústia y húmeda como el dia de los difuntos.

¡Ay de mí! ¿por qué tus manos no han de poder alzarse y coger esas flores? Tus hermosas manos que un dia las llevaban tambien tan brillantes para regalárselas, ¿no es verdad? ¿se tiene tanto placer en regalar!

La tarde de aquel dia fué cuando te conocí. Aquella

tarde fué cuando tus manos, hoy ya frías, hicieron vibrar de una manera sorprendente y divina las teclas del armonioso piano. Por la voluntad de tu alma arrancaban tus dedos profundos suspiros de cada pequeño lábio de marfil, y batían el teclado como dos fuertes álas que harían estremecer á muchas mugeres celosas é invisibles.

¡Tú eras celosa Julia! y has experimentado bien á tu costa que es imposible amarle menos á él! perdona pues á la que implora perdón para ti, yo te lo ruego hoy que es el día de los difuntos!

En aquel instante zumbaban en la triste soledad del vasto cementerio las sombras vagas, ardientes y aéreas como las que se despiertan en la imaginación enferma de un febricitante. La parecía á aquella muger que las oía cerca donde ella estaba referirse mutuamente sus pesares, y en tanto el pájaro que pesaba menos que una hoja, se balanceaba sobre el árbol que concluía en forma de cruz, sin doblar sus álas cuyo ruido la sacaba á veces de su distracción.

¡No tengo miedo, Julia! déjame agarrar tu sombra, déjame abrazarla estrechamente para que pueda infundirte la misma fiebre que tan joven te ha hecho sombra, tan joven que tu cuerpo aun no había adquirido el completo de sus encantos. Terrible es seguramente el rayo que concluye tan pronto con un cuerpo puro y nuevo en el mundo.

«O tú que no gozas ya sino en la fiesta de los difuntos!

«¡O, Perla, del sepulcro escucha: La primera vez que ví tus ojos de los que tan amargas lágrimas han corrido, conocí que Dios los había colmado de todos sus encantos; empero ya los encontré sombríos, distraídos y marchitos. Aun ignoraba yo lo que era amar; pero en el fondo de tus ardientes miradas, conocí que el amor causa mucho mal, y en esto pensaba por la noche cuando rezaba mis oraciones. Quise verte pasar por saber lo que era una muger hermosa, y luego que hube satisfecho mi deseo, hallé que eras celestial. Sí, tu gracia era singular, en nada te parecías al común de las mugeres. Tu admirable traje parecía al de una reina, á pesar de que se me figuró que era de una muselina como la que los hombres acostumbran á poner á todas las mugeres. Sí, estabas bella, Julia, poderosa y llena de encantos, y yo que jamás he conocido la envidia sino para despreciarla, te admiraba tanto, que casi llegué á envidiarte.

¡Ah! ¡quién hubiera podido imaginar entonces, ó Julia, que caminabas á pasos ajigantados á esta lúgubre morada! ¡y quién me había de decir á mí que había de marchar sobre tus huellas, para continuar en tu pasión tus lágrimas y tu locura! Sin embargo, todo ha sucedido ya!... En verdad que hay destinos bien rápidos. ¿Si tendré también que seguir el mismo camino que tú para salvarme? Ea, pues bien, aproxima tu alma á la mía; se asemejan tanto, que pueden confundirse en una sola para arrodillarse delante de Dios y que las perdone al mismo tiempo.

El silencio llegó á hacerse ya tan profundo como el día de los difuntos.

El pájaro saltaba en los árboles destituidos de nidos;

las secas hojas se desprendieron de sus ramas cayendo sobre la joven visitadora de tumbas y el terror se esparció por todos sus miembros, porque los pesares hacen el oído atento y los sentidos medrosos. En aquel instante se levantó bruscamente, alzó sus ojos, y miró al pájaro que emprendía otra vez su vuelo y distraída de su terror por una idea lucida, como un rayo luminoso siguió con la vista al pájaro que se iba perdiendo ya en la niebla: una creencia, un sentimiento religioso la indicó que aquella que veía volar era una alma mas libre que la suya. Instantáneamente extendió sus brazos, y dirigiéndose hacia el pájaro, exclamó con voz casi ininteligible.

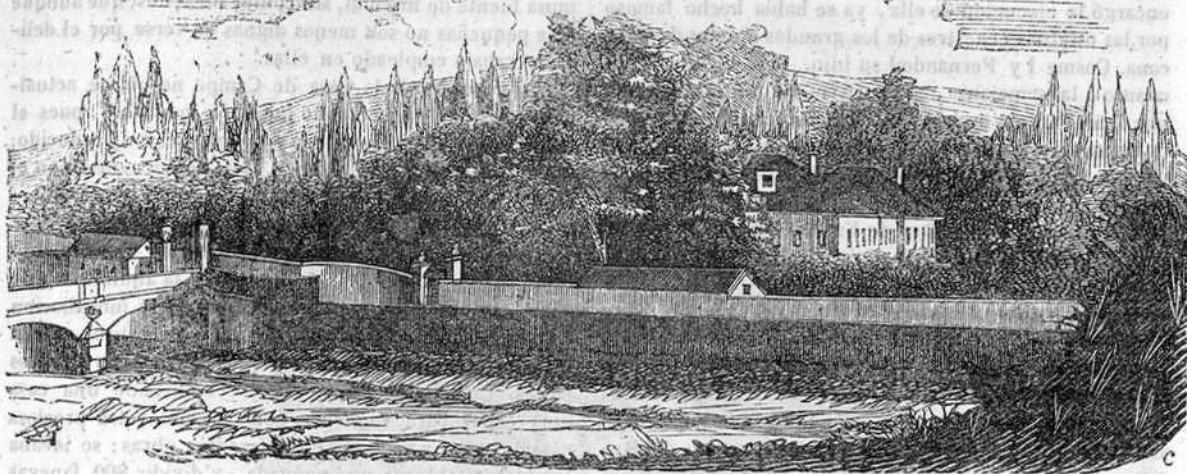
«¡Pájaro! vé á rogar á Dios que se digne perdonar los que no pueden soportar por mas tiempo la vida. Pídele que nos perdone á todos. Tú también le obtendrás. Pues que hoy es la conmemoración de los difuntos!

CRONICA.

El lunes se puso en escena en el teatro del Príncipe á beneficio de D. Florencio Remea, un drama original titulado *Benvenuto Cellini, ó el poder de un artista*, sacado de una novela de Alejandro Dumas. Esta producción ha sido mal recibida, lo cual no tiene nada de extraño atendidas las situaciones inverosímiles en que abunda y las faltas de que adolece, como consecuencia necesaria de la empresa acometida por el autor, de encerrar un argumento tan vasto y complicado en las proporciones de un drama. Este indubitablemente ha sido el obstáculo que se ha opuesto á que alcanzara mejor fortuna. En cuanto á la ejecución hubo de todo; la escena fué servida con propiedad y hasta con lujo, por ello damos el parabien á la empresa de este teatro, deseando que continúe rodeando las representaciones del mismo aparato, circunstancia que contribuye poderosamente á la brillantez de las funciones, á la ilusión del espectador y á aumentar la concurrencia de los teatros.

Hemos asistido á la representación de una comedia que lleva por título *César ó el perro del Castillo*, original de Scribe, traducción del Sr. Navarrete y puesta en escena á beneficio de la señorita Noriega. Es una producción de sencillo argumento, caracteres bien sostenidos y de un interés que estriba principalmente en el buen desempeño y en particular en el del papel de César, personaje en cuya mano está sostener la comedia, ó colocarla por el contrario en el terreno de lo ridículo. El señor Lombia digno intérprete de él, ha sacado cuanto partido puede sacarse de un papel que requiere sentimiento y aplomo, talento y naturalidad, dando otra nueva prueba de las cualidades de artista distinguido é inteligente que le adornan. Todos los demás caracteres carecen de interés y es seguro que en otro teatro en que no encuentre el de César quien le comprenda y ejecute como en el de la Cruz, la comedia no logrará ni siquiera mediano éxito, pues no tiene en sí misma mérito para ello. De la pieza traducida del francés con el título de *Inventor bravo y barbero* nada puede decirse como no sea para censurar que semejantes disparates, inmorales no menos que inverosímiles y necios se pongan en escena.

MADRID ARTISTICO.



LA CASA DE CAMPO.



ARIOS son los autores que se han lamentado de la falta de quintas ó casas de campo que se advierte en los alrededores de Madrid: con efecto, las cercanías de la capital de España no anuncian al viajero que á ella se encamina la proximidad de una población grande y opulenta. También son conocidas de todos las

causas que influyen en la poca inclinación que los habitantes de Madrid tienen á construir estos lugares de recreo, que rodean generalmente á las ciudades populosas; debe abrigarse sin embargo la esperanza de que los contornos de la villa cambiarán rápidamente de aspecto, cuando cese uno de los motivos principales, ó mas bien el único que influye hoy en el abandono en que están;

NUEVA EPOCA.—TOMO I.—NOVIEMBRE 15 DE 1846.

tal es la falta de aguas, cada dia mas notable á proporcion que aumenta el vecindario, y á la cual se ha tratado tantas veces de poner remedio formando innumerables proyectos.

La Casa de Campo situada al O de Madrid, al otro lado del Manzanares, y destinada principalmente para proporcionar el placer de la caza á la familia real, es la posesion de este género mas inmediata á la corte. Hállase al poniente del palacio Real desde el cual hay un camino de arcos subterráneos, y un bello puente de piedra construido pocos años hace, que conduce á ella: la estension del terreno es de tres leguas de circunferencia, y de una superficie muy vasta en razon á los diferentes montes que contiene: hay tambien un lago grande y un estanque que recoge y recibe las aguas de los diferentes manantiales de la posesion, repartiéndola á los jardines, huertas y bosques.

El rio Manzanares solia en las grandes crecidas, arruinar las cercas y aun entrarse en el jardin; por lo que se construyó un sólido parapeto para contenerle y formar suelo firme al camino que corre lindando con la cerca desde el puente de Segovia al camino de Castilla.

La casa principal ó palacio es pequeño; ha tenido épocas en que ha estado sumamente abandonado; la fachada mejor es la que corresponde al jardin, la cual tiene un pórtico de arcos con ocho columnas dóricas pareadas; al frente se halla sobre un gran pedestal la estatua ecuestre de bronce que representa á Felipe III, obra que empezó el célebre Juan Bologna, escultor y arquitecto, vecino de Florencia y natural de Dovay en Flandes. Cuando se le encargó la ejecucion de ella, ya se habia hecho famoso por las estatuas ecuestres de los grandes duques de Toscana, Cosme I y Fernando I su hijo. Para el acierto en cuanto á la semejanza, se le envió un retrato pintado por Juan Pantoja de la Cruz, famoso retratista y pintor de cámara: estando ya la obra muy adelantada murió el artista, encargándose de su conclusion su discípulo Pedro Tacco, al cual se le encomendó tambien la terminacion de la estatua del Rey de Francia Enrique IV, empezada asimismo por Juan Bologna. Finalizada aquella obra, fué trasladada á Madrid en 1616, viniendo encargado de conducirla desde el mar y para colocarla sobre el pedestal en que está, Antonio Guidi cuñado de Tacco. Pesó toda la obra 12,518 libras, y las cartelas, tambien de bronce que se colocaron en el pedestal, 1,130. La estatua es de gran mérito; siendo de lamentar no se haya realizado aun el pensamiento de trasladarla al paterne del Retiro, donde se halla ya concluido el pedestal sobre que ha de descansar, puesto que en este sitio luciria mucho mas que donde se halla, ya porque en la Casa de Campo no se permite la entrada al público, ya tambien porque la mala posicion que hoy tiene en la parte baja del jardin y la arboleda que le rodea, la ocultan á las miradas de los que, aunque de lejos, pudieran contemplarla.

Algunos poetas de la época en que se trajo la estatua

hicieron elogios de ella, entre ellos el P. Butron, que compuso una cancion larga, de la cual copiaremos estos versos relativos á la accion de levantar la mano el caballo, en actitud de marchar al paso.

Viva parece con osado aliento
Aquella mano que levanta al viento;
Que al limarla el artifice Toscano,
Sintió el dolor, y levantó la mano.

Tambien hay dos sonetos de Quevedo dedicados á esta estatua que corren impresos con sus obras, pero son mas un elogio del Rey que otra cosa.

En el mismo sitio en que se encuentra el caballo, hay varias estatuas y adornos de buen gusto, y una hermosa fuente de mármol, sin contar otras dos, que aunque mas pequeñas no son menos dignas de verse por el delicado trabajo empleado en ellas.

La posesion de la Casa de Campo no ofrece actualmente mas que un cercado inculto y montuoso, pues el terreno destinado á arboleda y jardines, es muy reducido: fuera de este pequeño recinto, solo se encuentran en el bosque algunas casas sembradas aquí y allá, para albergue de los guardas y demas empleados.

Reconocidas un tiempo las ventajas de que era susceptible esta real posesion, tanto por la abundancia de aguas, cuanto por la feracidad del terreno é inmediacion á la capital, se concibió el proyecto de realizar en ella los adelantos de la agricultura que se practican en otros paises. Comenzóse ampliando y reedificando una casa muy capaz para vaquería, construyendo otra preciosa casa de aves, y se hicieron diferentes obras; se ideaba tambien establecer una yeguada, y dividir 800 fanegas de tierra en cuatro partes, para ensayar en ellas los sistemas de cultivo seguidos en Vizcaya, Italia, Inglaterra y Suiza; pero todos estos proyectos quedaron paralizados con sentimiento de los amantes de Madrid, que conocen lo mucho que influiria en su mejora, el cultivo y adorno de una posesion tan inmensa, y que se encuentra colocada á las puertas de la capital.

SUCESOS CONTEMPORANEOS.

Descripcion de las fiestas reales celebradas en Madrid en octubre de 1846, con motivo del casamiento de S. M. la Reina Doña Isabel II y de la Serma. Sra. Infanta Doña Luisa Fernanda.

VII.

FUNCION REAL DE TOROS—BAILE EN PALACIO.

Conclusion.

En el momento de comenzar el paseo por el circo para saludar á SS. MM., uno de los caballeros en plaza, el ahijado del Duque de Medinaceli fué arrojado al

suelo por su caballo y hubo de presentarse á pié ante el balcón real.

Tomaron los caballeros sus rejoncillos, se coloca-

ron en sus puestos rodeados de las correspondientes cuadrillas, S. M. tiró la llave del toril adornada con una magnífica moña, el alguacil la entregó y salió el primer toro, al mismo tiempo que una bandada de palomas se esparció por todas partes: era negro, de Mazpule, bravo de condicion y seco; adornábase por liston, como á los siguientes, un precioso florón de cintas blancas y borlas de plata. El caballero ahijado de Altamira sufrió un porrazo y tuvo que retirarse sin quebrar mas que un rejoncillo; quedando únicamente hábiles para la lid el de Osuna y el de Abrantes, el cual le puso tres en el cuello, pero al clavarle el tercero, le cogió un puntazo al caballo en el codillo; conociendo que moria apeóse el jinete y muy despacio sin volver la vista atrás y con singular donaire

y gentileza, atravesó la plaza en medio de los aplausos de los espectadores, que preveían por esta prueba de serenidad las suertes que era capaz de ejecutar el señor Romero: echóse el animal de resultas de los rejoncillos y Juan Leon acabó con él.

El segundo que tiraba á berrendo en negro con divisa encarnada y blanca, de los señores duques de Osuna y Veraguas, era receloso y blando; el señor Romero le esperó próximo al toril y buscándole á caballo levantado, cuando escarmentado por los primeros rejoncillos no se prestaba el toro á recibir mas, le puso con particular de nuedo hasta nueve de estos, distinguiéndose siempre por su destreza y gallardía, su serenidad y su valor. El otro caballero que solo de cuando en cuando aparecía en la



Suerte del rejoncillo.

plaza, salió al fin de ella sostenido por dos sirvientes de la misma, de resultas de un porrazo que le dió el caballo en la mejor suerte que hizo.

El toro murió de un mete y saca dado sin preparacion alguna.

El tercero de divisa verde y blanca, de Utrera, revoltoso y vivo, llevó tres rejonazos del señor Romero, perfectamente puestos, dos en el cuello y el tercero en los brazuelos de cuyas resultas acabó.

La muerte del cuarto toro ofreció un espectáculo extraordinario y admirable, uno de aquellos espectáculos difíciles de describir é imposibles de concebir para el que no los vé, y que aun los que los presencian por la rapidez con que pasan, no tienen tiempo de admirarlos debidamente hasta que despues se piensa en ellos. Acababa de salir el toro; el señor Romero se puso en espera de él para repetir una de las muchas suertes que con singular gracia llevaba ejecutadas, y que le habian granjeado las

simpatías de todos los espectadores. Una torpeza de Lavi fué causa de que esta vez sufriera algun tanto el afortunado lidiador, si bien lo fué tambien de que acabára de entusiasmar locamente al público. Hallábase como decíamos en espera del toro que en aquel instante salía del toril con todo el ímpetu y furor natural en el primer momento, y en él habria repetido sin lesion alguna la misma suerte el señor Romero, si Lavi llamando al toro con suma torpeza por el lado opuesto, no hubiera sido causa de que ciego aquel al ver la capa encarnada por entre las patas del caballo, arremetiera rodando este, el jinete y el toro confusos y revueltos, y dejando en suspenso al público que manifestó con un momento de silencio el interés que se tomaba por la suerte del que con tanta bravura se habia distinguido y á quien dió por muerto. Pero pasó un instante mas, y en medio de un movimiento de admiracion general se levantó el brioso corcel sin que el señor Romero hubiera perdido siquiera los estri-

bos, y la fiera á quien habia atravesado de parte á parte cayó muerta á los pocos pasos: pintar aquí el aspecto que ofrecia la plaza en este instante en que un entusiasmo indecible se apoderó de los espectadores, seria empresa imposible; gritos de aclamacion general resonaron por todos lados, millares de pañuelos se agitaban en todas las localidades, y el señor Romero que con suma destreza y gallardía caracoleaba en rededor del circo, era saludado por todas partes con el mayor interés: despues de esta suerte S. M. mandó que se retirasen los caballe-

ros ó mejor dicho el único que quedaba, el cual fué llamado al balcon real donde se le dieron las gracias por su heroicidad. El señor Duque de Aumale le felicitó tambien en términos muy lisonjeros, diciéndole que le habia aplaudido de todo corazón y que solo se le podia comparar con aquellos valientes caballeros españoles de la edad media, que eran la gloria y el ornato de la corte de Castilla y envidia de las naciones extranjeras.

Salieron en seguida los picadores y siguió á esto la corrida por los trámites ordinarios; lidiáronse siete toros por



los diestros de profesion, Montes; el Chiclanero y Cúchares se distinguieron dando los dos primeros soberbias estocadas y descabezando el último al toro que le tocó matar en cuanto se presentó delante de él. Tambien capearon los bichos con gran lucimiento todos los espadas, y los banderilleros clavaron vistosas banderillas, de las cuales salieron multitud de pájaros adornados con cintas de colores.

La corrida terminó á las seis y media cuando oscurecia; la plaza presentaba un aspecto magnífico, sorprendente no solo para los extranjeros que la admiraban, sino aun para nuestros mismos compatriotas. Las personas reales parecian tambien muy satisfechas, el Rey y el Du-

que de Montpensier aplaudieron algunas de las suertes, ditiñgiéndose sobre todo en el régio balcon por su profunda atencion, por su entusiasmo y repetidas muestras de aprobacion el Duque de Aumale.

En seguida se iluminó el circo con 700 hachas que ahuyentaron la noche de aquel privilegiado recinto.

Trece matadores, los mejores de España, diez y ocho picadores igualmente afamados, veinte y siete banderilleros los que mas célebres se han hecho como tales, dieron lucimiento á esta brillante fiesta rarísimas veces vista.

Los aplausos que con justicia mereció el señor Romero por su destreza y gallardía como ginete, su serenidad,

nteligencia y denuedo como rejoneador y los elogios que en alabanza suya se oyen aun resonar en toda la corte, nos hacen creer que nuestros lectores verán con gusto el retrato que les ofrecemos y las noticias que acerca de él damos.

Nació D. Antonio Miguel Romero en Villanueva de la Serena, provincia de Estremadura, el 4 de diciembre de 1820. En el mismo pueblo estudió las primeras letras, y destinándole su familia á la carrera de la jurisprudencia, pasó á continuar sus estudios á la célebre Universidad de Salamanca: mas el sosiego de las letras se avenia mal con la romancesca y exaltada imaginacion del jóven Romero, que ardiendo en deseos de distinguirse en la guerra, trocó sus modestas bayetas de escolar por el brillante uniforme militar, y á solicitud suya obtuvo en 1837 una subtenencia en el regimiento provincial de Ciudad Rodrigo que se hallaba de guarnicion en Oyarzun, pequeño pueblo de Guipúzcoa, pais que era á la sazón teatro de las sangrientas escenas que las guerras civiles presentan continuamente. Siete meses permaneció Romero en aquella provincia, durante los que dió á conocer su valor, tanto en el campo de batalla, como en varios combates singulares, hechos que la brevedad que nos proponemos en esta ligerísima relacion, no nos permite describir detalladamente, si bien no podemos menos de señalar las reñidas acciones de Hernani, á las que asistió voluntariamente, como tambien la de Urnieta, donde habiéndosele confiado un puesto peligroso, lo defendió con valentía contra triplicadas fuerzas, sufriendo á pecho descubierto un horroroso fuego por mas dos horas, en cuyo intermedio fué atravesado su morrión con dos balas. Dócil á los consejos de su hermano mayor, pasó Romero en setiembre del mismo año de 37, al real cuerpo de Guardias de Corps, en el que permaneció hasta su estincion verificada en 1841, época en que fué destinado de alferéz supernumerario del regimiento caballería de la Albuera, desde el que pasó como efectivo al de Castilla, y de este al de María Cristina en que subsiste. Su puntualidad en el servicio y demas prendas militares que le adornan, le grangearon á Romero el aprecio de sus gefes, que le confiaron cuantas comisiones honoríficas puede desempeñar un oficial subalterno; siendo en el dia el alferéz mas antiguo de todo el ejército. Recorrida rápidamente la carrera de su vida, nos detendremos un instante en el suceso que ha sido objeto de la mayor parte de las conversaciones de Madrid. Dando Romero rienda suelta á sus deseos de imitar á nuestros antiguos caballeros que se habia propuesto por modelo, pidió y obtuvo el honor de ser nombrado *caballero en plaza*. Rejoneó Romero cuatro toros, tres de los cuales cayeron muertos á sus pies, por lo que mereció el honor de ser llamado por S. M. la Reina, que se dignó felicitarle con las palabras mas benévolas. S. A. el Duque de Aumale se adelantó para elogiarle en terminos sumamente espresivos. S. A. el Duque de Montpensier, le llamó á palacio al dia siguiente, para regalarle una magnífica espada, diciéndole al entregársela: «he elegido entre cuanto poseo, esta espada, que ceñia el dia de mis bodas, para haceros un presente, pues creo que nada podrá ser tan grato á un héroe, y

porque estoy convencido de que no podria confiarla á manos mas valientes: siempre tendré presente vuestro valor y destreza.» Despues de haber permanecido el Principe conversando amistosamente con Romero, se despidió de este diciéndole iba en aquel momento á hablar á la Reina para que le nombrase caballero de Campo (1). Nos felicitaremos de que S. M., accediendo á los ruegos del señor Duque, recompense con aquel empleo al cumplido caballero y al valiente militar, que con tan singular arrojo espuso repetidas veces su vida.

Terminaremos estas líneas ofreciendo á nuestros lectores el traslado y descripcion de la rica espada de que acabamos de hablar. El puño es de platina sobredorada prolijamente cincelado, y con bellísimos adornos sobrepuestos, entre los que se ven las iniciales del nombre del Principe, bajo una corona ducal; la oja es fabricada



en Damasco, está empavonada y recargada tambien de cinceladuras. La vaina que la cubre es de piel de zapa; todo en fin, constituye una alhaja digna de la alta persona á quien pertenecia, y de servir de premio al noble hecho de que nos ocupamos.

(1) Hasta ahora parece que no ha recibido premio ni distincion de ningun género.

En la misma noche del 16 se celebró en palacio un magnífico baile para solemnizar las augustas bodas: tuvo lugar en el salón llamado de Columnas; veinte y cinco riquísimas arañas pendían del artesonado, y en los pedestales colocados á trechos, ardian magníficos candelabros; S. M. vestía un costoso traje color de rosa. SS. AA. la Infanta Doña Luisa Fernanda y las hijas del Sermo. señor D. Francisco de Paula, blancos con guirnalda de cintas y rosas. El esposo de la Reina y los señores Duques de Aumale y de Montpensier de sério, con el toison de oro al cuello, y al pecho el gran cordon de la Legion de Honor.

VIII.

Segunda y tercera funcion de toros.

La mañana del 17, aunque no enteramente despejada estuvo apacible; de modo, que pudieron disfrutar de una buena corrida los que asistieron á la prueba; sucesivamente fueron disipándose las nubes, y á las dos lucía el sol en todo su esplendor, una concurrencia inmensa mayor aun que el día anterior, llenaba todas las localidades con anticipacion á las tres, hora en que las bandas de música, tocando la marcha real, anunciaron la llegada de la Reina y su real familia.

Al momento entraron en la plaza los caballeros, cuadrillas y comparsas, abriendo la marcha 23 alguaciles, cuyos caballos llevaban mantillas encarnadas. Seguía luego un magnífico carruaje tirado por seis caballos negros que lucian hermosos penachos de color pajizo y encarnado, en armonía con el resto de sus arneses; iban en él, el primer caballero en plaza con su padrino el regidor Palacios. Montes con su cuadrilla debía defender á este caballero por cuya razon marchaba detrás del coche; el segundo tirado por cuatro caballos castaños con arneses encarnados, conducía al señor regidor Osorio de Altamira, con su ahijado el segundo caballero; al que habia de proteger el espada Cúchares, que con su cuadrilla iba en pos; detrás de cada coche marchaban cuatro caballos que debían montar los caballeros y despues cinco de respeto llevados todos por palafreneros con grandes libreas. Concluida la presentacion de los caballeros á S. M., que tuvo lugar en la misma forma que el día anterior, montaron sus caballos y principió la corrida. El primero vestía color encarnado y plata, y el segundo morado y oro. Ambos dieron desde luego muestras de no tener gran destreza ni serenidad, el ahijado del señor Osorio, cayó al clavar el rejoncillo y se retiró, el del señor Palacios logró quebrar varios, aunque no sin dar dos ó tres caídas. En reemplazo del que se habia retirado, salió el supernumerario quo mostró serenidad, pero no tuvo ocasion de lucirse, porque S. M. mandó matar inmediatamente, principiando la lidia de los ocho toros restantes anunciados en el programa, los cuales, á escepcion de uno que llevó perros y otro banderillas de fuego, correspondieron á la fama de sus respectivas ganaderías.

Las cuadrillas todas trabajaron bien, luciéndose Montes y el Chiclanero en el capeo, y en un salto que el se-

gundo dió al trascuerno con mucha limpieza: SS. MM. y AA. permanecieron hasta el fin de la corrida, y el público salió de ella sumamente satisfecho.

Al día siguiente de la funcion dispuesta por el Ayuntamiento tuvieron lugar las últimas corridas. La de la mañana se verificó á pesar del mal tiempo; en la de la tarde, solo pudieron lidiarse cuatro toros, pues el fuerte aguacero que inundó la plaza, obligó á terminarla.

Tales han sido los festejos con que se ha celebrado en la corte el casamiento de S. M., y el de S. A. R. la Infanta Doña Luisa Fernanda; ese suceso que ha tenido tanto tiempo en expectativa, no solo á la España, sino á la Europa entera; suceso tan trascendental, y en el que se hallan cifradas tantas esperanzas. ¿Será cierto que realmente comience con él esa era suspirada y siempre prometida de prosperidad y de ventura? ¿habrá con efecto un gobierno que con sus aciertos realice lo que hasta ahora no ha pasado de una ilusion...? Así lo desea ardientemente la redaccion del SEMANARIO, que, extraño á la política, hace tan solo votos porque suene en fin la hora de que España levantándose de su postracion y abatimiento, ocupe el puesto que la corresponde entre las demás naciones de Europa.

HISTORIA NATURAL.

Propiedades del murciélago y razon porque se halla en las armas de Valencia.

(Conclusion.)

Así como la organizacion física de este animal es monstruosa, lo son tambien sus propiedades y virtudes. Principiando por su valor veremos, que es tan belicoso y guerrero, que en oyendo cualquier ruido, no solo no huye sino que se acerca, y es tan cierto que no le amedrentan ninguna clase de disparos, que así como el águila al oír un solo tiro huye desprovista, el murciélago acude á él: si se tocan cajas y cornetas ó bien música militar anda revoloteando sobre el sitio donde mas resuena; y lo que descubre en particular su corazon guerrero es el que al ver una espada desnuda, se embravece y la embiste, aunque muera en ella. Hay algunos tan atrevidos que acometen á los hombres, y dándoles mortales bocados, les arrancan hasta la carne y se emponzoñan las mordeduras con tal brevedad que si no se acude á tiempo mueren sin remedio. Esta clase de murciélagos se encuentra en las indias occidentales, en la isla de Santo Domingo y ciudad de Cartagena. En las memorias del real monasterio de Poblet en Cataluña se halla escrito, que en el año 1318 vivia el valeroso vizconde de Cardona, D. Ramon Folch, caballero de tanto valor y fuerza, que no teniendo ya con quien probarla, y sabiendo las propiedades del murciélago determinó batirse con una multitud de ellos dicién-

do que eran los demonios; efectivamente, aunque la tal memoria no especifica de donde salieron tantos murciélagos, dice que se realizó el combate, el cual dieron dichos animales á bocados y arañazos: púsose el caballero en defensa y con espada en mano ofendía y defendía, pero ellos en vez de atemorizarse por ver morir á sus compañeros, se arrojaron todos con tal ímpetu sobre él, que sacándole los ojos le vencieron. Para memoria de tan extraño suceso, se puso en su sepultura un caballero de alabastro en figura de ciego á caballo, con una corona real en la cabeza, y una espada desnuda en la mano peleando con un murciélago.

Este animales enemigo declarado de las hormigas, tanto, que si se echa alguna de sus alas sobre la boca de un hormiguero, se acobardan de tal modo, que antes perecerán en aquella sepultura, que salir y tropezar con el ala del murciélago. Lo mismo sucede con las palomas, las que para hacerlas recordar y que no abandonen el palomar donde han entrado una vez, es remedio eficaz clavar una cabeza de murciélago sobre lo alto de la torre del mismo. Según Plinio, colgado un murciélago cabeza abajo en la aldaba de la puerta de una casa, la deja cerrada á todo género de hechicerías y maleficios. Por lo cual dijeron, que los egipcios, para dar á entender, que alguno podía dormir seguro de sus enemigos, pintaban un murciélago colgado de una aldaba; lo que es un error, pues aunque es verdad usaban esta alegoría, era solo para demostrar el valor increíble del murciélago, y en su consecuencia, lo seguro que estaria el que durmiese bajo su amparo. Es animal que vive mucho tiempo sin comer, como lo prueba la experiencia cuando clavamos uno por las alas en la pared.

En su clase viven como los adueros de Berberia, porque salen al campo con sus hijos en los pechos que es cuanto poseen, y lo que antes era una república, se disemina en un momento hasta que la mañana les obliga á instalarse de nuevo en un sitio, ó reunirse en el mismo que dejaron: lo que es la union entre ellos, la tienen mayor que ningun otro animal del mundo. Durante el dia permanecen en las cuevas y en los sitios oscuros, encadenados los padres, hijos y nietos; comienza la cadena por el padre, el cual se aferra en la pared ó bóveda con las uñas, el hijo se cuelga de sus orejas, de la de este el otro, el otro de la otra, y así sucesivamente en cuya postura permanecen hasta que deslabonándose el uno, se deslabonan por órden los demas; en esta singular trabazon muestran tener una union social en su república, y una manera particular de ayudarse unos á otros que no tienen la mayor parte de los animales; esto debe entenderse que solamente sucede donde hay muchos, y hace mucho tiempo que estan en un sitio, pues entonces se conservan unidas las familias y generaciones lo que no sucede cuando son en corto número. En el Laberinto de Creta á la entrada de sus bóvedas se descubren una infinidad de nidos de murciélagos, que se retiran allí durante el dia y por el invierno. Estan colgados del techo asidos unos de otros en forma de pirámide, inversa y por el órden que antes he descrito, cada una de estas tendrá mas de cinco pies de largo: el estiércol que arrojan y cae en el suelo forma como

otra pirámide, llegando en algunos parages á la altura de los nidos suspendidos en el techo formando al parecer una sola pieza. Por lo regular no causan ninguna molestia á los que entran, á no ser que los toquen, porque entonces, deshaciendo la pirámide ó cadena, salen á bandadas apagan las luces con sus alas, atruenan la caverna con sus chillidos, y volando con ímpetu de una parte á otra, causan mucho terror, y muchas veces hasta prueban el acometer á los curiosos y desalojarlos de sus dominios, en este caso el único partido que se debe tomar, es tenderse boca abajo y permanecer así sin moverse, hasta que se vuelven á colocar encadenados.

No es de menos importancia el murciélago para la medicina: Plinio dice que con su sangre, se cura una enfermedad del vientre que los griegos llaman ileos, y es una inflamacion del intestino que causa intolerable dolor. También es á propósito la misma para hacer caer el bello del cuerpo; supliendo el efecto del emplastro de la *atanquia* y mezclada esta sangre con el carduo es admirable contraveneno para las mordeduras de serpiente.

Varias observaciones han demostrado, que cuando al anochecer se ven volar muchos murciélagos, será infaliblemente sereno el dia siguiente. Aborrecen naturalmente el árbol llamado Plátano, de manera, que para ahuyentarlos de una casa, no hay remedio mas fijo que colgar una rama de este árbol, el mismo odio tienen al humo de la hiedra, y es tal el efecto que produce en su organizacion, que si hay mucho los aturde y caen muertos.

Con relacion al hallarse el murciélago por timbre de las armas de Valencia, varios han sido los comentarios que se han hecho y anécdotas que se han contado, pero según las memorias mas verídicas y auténticas, lo debe á sus raras propiedades; pues resulta, que estando el glorioso Rey D. Jaime sitiando á Valencia, vió una tarde á un murciélago muy grande parado en la arandela de su tienda Real; chocóle al Rey cosa tan extraña por cuanto que á tales horas suelen todos estar volando, y acordándose el valiente Conquistador de que los egipcios representaban por medio del murciélago el valor y el ingenio, concibió la idea de poner por timbre de sus armas al murciélago y representar así la heroicidad de que se hallaba animado; en verdad que penetró muy bien el magnánimo Rey que el murciélago era tan extraordinario en sus propiedades, tan monstruoso en su organizacion, tan extraño en su naturaleza y tan valiente y guerrero, que no quedaria acreditada su idea y tan bien representado su objeto, si se hubiera valido de leones, águilas, soles, lunas y estrellas, como valiéndose de la insignia del murciélago. En su consecuencia mandó ponerle sobre sus banderas como se vé aun en el pendon real de Castilla que se conserva en Valencia en su casa capitular el que tiene por remate un murciélago de plata á semejanza del que sirvió á la entrada del Rey D. Jaime en aquella capital.

El célebre Rey quiso legar á la posteridad una memoria de sus grandes hechos poniendo por timbre de las armas valencianas un animal tan extraordinario y de pren-

das militares tan esclarecidas y significó con la mayor propiedad, que así como el murciélago no ha sido nunca tributario del águila ni del león, había el Rey sido tan independiente y absoluto en sus dominios, que no reconocía sujeción a las águilas del imperio, ni a los leones de Castilla.

EMILIO TAMARIT.

CRONICA.

Hemos asistido á la representación de la ópera *Lucrecia Borgia* que tuvo lugar el domingo por la noche en el teatro del Instituto; en ella vimos corregidos gran parte de los defectos que en otra ocasión censuramos. En la ejecución de la ópera los cantantes hicieron mas aun de lo que de ellos podía exigirse; la señorita Gamarra á cuyo cargo estaba la parte de Lucrecia, tuvo momentos muy felices; la señorita Chelva encargada del papel de *Orsini*, cantó con soltura y buen gusto, mereciendo en el brindis del último acto repetidos aplausos; el señor Aguilón, el *Duque*, que posee una buena voz de bajo, cantó con acierto. La concurrencia fué numerosa y muy lucida. En la segunda noche salió mejor aun la ópera; la señorita Chelva obtuvo nuevos aplausos y el señor Cámara, algo restablecido de la indisposición que sufría el día anterior, fué mejor oído.

Separándose el teatro del Museo de la marcha que en un principio se propuso seguir relativamente á la representación de comedias nuevas originales, ha empezado á poner en escena producciones recientemente y repetidas veces ejecutadas en los teatros principales. No podemos menos de manifestar que creemos desacertada en sumo grado esta medida, tanto mas cuanto que estamos intimamente convencidos de que el Museo por su situación privilegiada, por lo elegante del local, por el aparato de que rodea las representaciones y por el económico precio de las localidades, tiene asegurado un porvenir lisonjero con solo cuidar de ofrecer novedades propias de un coliseo de segundo orden, y con esforzarse en que presida el acierto á la elección, procurando formarse un repertorio adecuado á la índole de este teatro. En otra ocasión hablaremos de la reforma que ha habido en la compañía y de que hoy no podríamos decir nada todavía con conocimiento de causa.

En el teatro de Variedades se ha puesto en escena un drama nuevo traducido del francés titulado *Luchar contra el destino*, el cual no ofrece gran interés, pero en cuya ejecución se esfuerzan los actores cuanto pueden, dejando al público satisfecho en todas las representaciones que hasta ahora se han dado. El teatro de Variedades se distingue entre todos por la extraordinaria actividad que en él se nota y por el esmero que pone la compañía en complacer al público.

Los demas teatros no han ofrecido últimamente novedad alguna.

Varias veces hemos tenido intención de dar á conocer en nuestro periódico las publicaciones de la *Sociedad literaria de Valencia*, pero nos ha faltado espacio para ello, hoy que podemos disponer de alguno, aunque reducido para el objeto, diremos que con sumo placer ha tiempo que observamos el plan y orden de materias del *Fenix*, periódico semanal de 12 páginas en folio

mayor, de lindísima impresión, rico papel y excelentes grabados en madera y cobre; esta publicación, una de las mas notables de España, sale á luz bajo la dirección del entendido escritor Don Rafael de Carvajal, á cuyos conocimientos hacen honor el tino con que elige los artículos y la amena variedad que sabe imprimir á esta bellísima revista de instructiva y entretenida lectura, y de elegante y lujosa forma: van ya publicados dos tomos y está saliendo el tercero, espéndense los dos primeros al precio de 36 rs. cada uno.

La misma sociedad publica una colección de obras amenas con el título de *Mil y una novelas*, recomendable tanto por la belleza y claridad de la impresión, como por la corrección de los textos no muy comun en este género de colecciones, y por su extraordinaria baratura. Las suscripciones deben hacerse escribiendo director de la Sociedad literaria.

POESIA.

A un leon que muere.

SONETO.

Ruge otra vez Leon, y tu rugido
Al zumbir entre montes y entre llanos
Retumbe por los ecos mas lejanos
Como del rudo bronce el estampido:
¿No vés del risco, en infernal ahullido,
Bajar los tigres por vencerte ufanos,
Cual si águilas fuesen ó milanos
Que amenazan al pájaro perdido...?
Pues lánzate Leon: lucha sangrienta
Trabe con ellos tu tremenda saña
Para poder vengar tan vil afrenta;
Y al derramar su sangre en la campaña
Alcanza con soberbia turbulenta
De tu ardimiento la postrer hazaña.

ANTONIO ARNAO.

ADVERTENCIA.

El grande y esmerado trabajo que requiere la lámina de la plaza de la Constitución durante las corridas reales, ha sido causa de que no esté concluida oportunamente para acompañarla á la relacion de las fiestas que terminamos hoy: rogamos á nuestros suscritores disimulen que no la estampemos en este número ni en el próximo, y les prometemos darla en el siguiente sin perjuicio de los grabados que á él correspondan.

ESPAÑA PINTORESCA.



LA CUEVA SANTA DE VALENCIA.

En el Reino de Valencia y á cuatro leguas de Segorbe hay una montañita que encierra en sus entrañas un prodigio segun dicen los naturales del pais; objeto de innumerables tradiciones populares, curiosas algunas y extravagantes otras.

Por el año de 1400 habia en esta montaña una cavidad peñascosa llamada la cueva de Llanderó la que única-

mente servia á los pastores de aquel contorno para guarecerse de las lluvias y tempestades, pues aunque bastante honda sin embargo su entrada se hallaba algo elevada lo que la aseguraba de inundarse.

El padre Bonifacio Ferrer, fraile del convento del Santo Espiritu, hombre sumamente aficionado á la escultura y que se entretenia en vaciar imágenes en yeso, hizo

una Virgen muy bonita semejante á una piedad con corona en forma de estrella, la que los pastores eligieron por protectora suya y veneraron por último en aquella misma cueva. En el año de 1430 hubo una especie de terremoto que desquiciando la bóveda de la cueva cegó su entrada y quedó enterrada la imagen de que antes he hablado. Posteriormente en el de 1500 segun tradicion de algunos se le apareció á un pastor dicha Virgen y le dijo que habia una imagen suya muy querida por sus compañeros en otros tiempos y se hallaba enterrada en el sitio donde estuvo la cueva de *Llenderó*; efectivamente empezaron á cavar hasta que encontraron de nuevo la entrada de la cueva y en su fondo la imagen de yeso, con este motivo determinaron edificarla una capilla; la misma que existe en el dia tomando desde entonces y por los muchos milagros que despues hizo la Virgen, el nombre de *Cueva Santa*. Otra tradicion refiere que siendo indispensable para construir la capilla sacar de allí á la Virgen la trasportaron á otro sitio ínterin se concluía la obra, pero una noche desapareció sin saber cómo y la encontraron de nuevo al otro dia en la cueva.

El dia 8 de Setiembre es el destinado para hacer la romería á este sitio; véanse ya con anticipacion multitud de familias y numerosas cabalgatas que se dirigen con alegre algazara á visitar la milagrosa imagen; unos para permanecer allí durante la novena que empieza en este dia y otros para marcharse despues de haber rezado sus devociones, y consumido las municiones de boca de que van provistos para el viaje.

A cosa de media hora antes de llegar á la cueva hay una masía (especie de posada) muy grande que se llama la masía de *Rivas*, allí se vende comida para los viajeros, vino y otras mil frioleras, pero únicamente se halla surtida durante la novena de Setiembre, pues pasado este tiempo son escasos los comestibles que se encuentran. Poco despues hay una fuente titulada tambien de *Rivas*, tiene una agua muy buena y dicen que viene de muy lejos, pues que habiendo un peregrino perdido en un rio de Andalucia la concha en que bebia se la encontró en aquella fuente yendo á visitar á la Virgen; pero cuando el hundimiento de la cueva se perdió el origen de sus aguas y en el dia solo existe una balsa ó charco grande que es el manantial. Desde este punto empieza la subida para la cueva, la que termina un cuarto de hora antes de llegar á ella en cuyo sitio hay clavada una gran cruz de madera como término de la colina y primera vista de la ermita, pues luego empieza á descenderse de nuevo al hondo en que está situada, lo que unido á lo pobre de su edificio contribuye á presentar un cuadro bastante triste, pero que no obstante por su estrañeza en toda época del año y por la concurrencia en la del mes de Setiembre es digna de contemplarse. Un poco antes de llegar hay una piedra grande en la que se vé grabada una herradura y fué segun cuentan que un caballero Español le ofreció á la Virgen en un apuro que confesaría y comulgaría en la Cueva Santa si salia sano y salvo; en efecto verificado el milagro fué á ella, pero no acordándose de su promesa marchó y al llegar adonde existe dicha piedra quedó el caballo clavado hasta

que reconociendo el caballero su falta volvió atrás y cumplió con lo ofrecido.

Antes de llegar á la puerta de la ermita hay una corta subida que termina en un reducido terraplen y á la derecha del edificio tiene un hermoso aligibe. Con relacion á la fábrica nada tiene de particular que poder admirar mas que lo grotesco de la construccion pues todo su adorno consiste en unos balcones mal delineados; una puerta algo pequeña con una mala entrada constituyen el pórtico de este edificio, á la derecha está la habitacion del ermitaño y algunos cuartuchos húmedos y mal dispuestos; en frente de la escalera del piso principal y único del edificio se hallan otras piezas algo mejores que las de abajo aunque semejantes en sus adornos, destinadas todas al hospedaje de los penitentes que van á hacer la novena: únicamente se encuentran en ellas los muebles precisos para la poca ó ninguna comodidad de la gente; y á la izquierda la escalera que baja á la cueva en la que se hallan colgados los ex-votos de la Virgen como son mortajas, cabelleras, muletas, cuadros y otras mil cosas; á los pocos escalones se vé la capilla de la comunión, la que si bien no es muy grande en cambio es muy bonita; mas abajo en un rincón hay una piedra blanca y muy fina con un hoyo en el cual dicen se encontró á la Virgen al descubrirla últimamente. Luego se bajan bastantes escalones antes de llegar al fondo de la cueva, notándose la particularidad de que nunca se han podido contar á punto fijo pues el que lo hace al bajar halla diferente número al subir y vice-versa, lo que debe atribuirse á la estraña construccion de la escalera. Finalmente se llega al fondo de la cueva formada toda por una peña y se descubre la capilla de la tan venerada imagen que aparece como embutida allí y está separada de la primera estancia por una enormereja. El primer golpe de vista de esta capilla es bastante sorprendente no tanto por su magnificencia artistica cuanto por la novedad puesto que al contemplar el viajero á su llegada lo raquíptico de la fachada de este monumento religioso, y bajar por último á una especie de subterráneo, no puede ni con mucho sospechar que en las entrañas de aquel peñasco exista un tesoro de regalos hechos por los reyes y otros varios personajes que han ido á visitar la Cueva Santa que constituyen el principal adorno de la capilla de la Virgen, que como ya he dicho es de yeso, aunque pretenden algunos sea de otra materia parecida; esta duda quiso solventarla un rey que fué allí y tocando con un dedo la frente de la Virgen le dejó marcado, cuya señal se vé aun en el dia.

Alumbran á la capilla en su fondo dos lucernas ó rejas muy altas, por las que penetran dos rayos que se destacan como bandas luminosas con opaca luz y hacen parecer mas imponente aquel sagrado recinto. A la espalda del altar mayor ó capilla de la Virgen hay una humedad tan grande que siempre está destilando el agua gota á gota, lo que ha dado márgen á decir que habiéndosele concluido una vez el aceite al ermitaño, manaba para alumbrar á la Virgen: dicen que pasa por allí un rio muy caudaloso pero no se sabe cual; sin embargo es muy creible que sea alguna corriente subterránea.

nea puesto que muchas veces con el silencio de la noche se oye un ruido sordo parecido al murmullo que produce un río lejano y además lo prueba el que durante las temporadas de lluvias es mayor la humedad que destila.

El todo de la cueva es bastante lóbrego y contrasta extraordinariamente la negrura de sus paredes con la capilla de la Virgen alumbrada de día y de noche por dos hermosas lámparas y en la que brillan como ya he dicho antes varios adornos preciosos. La bóveda de la Cueva Santa está llena de ángulos salientes muchos formando pico, y se halla afianzada en el último tramo de la escalera por dos gruesos maderos que equivalen á columnas de orden Corintio en una arquitectura que nada debe al hombre. A la izquierda de la escalera bajando está la entrada á la capilla de la Virgen.

A este sitio en fin que tiene poco de ameno puede sin embargo irse con la esperanza de disfrutar ya que no la completa alegría del campo, al menos la compañía de los muchos devotos y bellezas valencianas que concurren en la época del 8 al 17 de Setiembre, y admirar al propio tiempo sino la magnificencia ó grandiosidad de un célebre monumento una de las caprichosas creaciones de la naturaleza que tanto abundan en España y que por estar en puntos poco frecuentados se hallan completamente olvidadas.

VIAJES.

De la miseria del pueblo irlandés.

Nadie ignora cuan grande es la miseria del pueblo en Irlanda, miseria tan horrible é intensa, que un par de zuecos son mirados por los aldeanos como un objeto de lujo, y en la mayor parte de los condados se encuentran generaciones enteras que jamás han probado el pan. Ya se ha dicho todo cuanto podía decirse sobre el egoísmo de los propietarios, la estrecha dependencia en que tienen á sus arrendatarios debida al odioso sistema que han adoptado para el cultivo de sus tierras y la enormidad del canon ó foro que tienen que pagar al señor directo; además las contribuciones que pesan sobre el trabajo de cada terrateniente, apenas les permiten sacar de su cosecha, después de satisfechos todos esos gastos, para hacer una comida al día compuesta siempre de patatas cocidas. La materia está pues, ya agotada y nada de nuevo sabría el lector, si entrásemos aquí en algunos detalles de estadística cuyo resultado sería probar de una manera incontestable, que no hay otro medio de libertarse de tanta abyección y sufrimiento que el crimen ó la muerte. Sin embargo, como no deja de ser útil poner de cuando en cuando á la vista ese sombrío cuadro, pintado con sus verdaderos colores, para que al menos no se pierda su memoria en los futuros siglos, vamos á describir con la brevedad posible, pero sin omitir nada de esencial, así el interior como el exterior de una cabaña irlandesa.

Una choza ó cabaña, tal como existe, con sus cuatro

muros desnudos y algunos pocos muebles medio destruidos de que únicamente está provista, cuesta al *landlord* propietario de 21 á 30 schellings. Las paredes construidas de pedernal ó bien de fragmentos de tierra endurecida por el sol y unidos entre sí con el musgo que cubre su superficie, se elevan á una altura que apenas llega á seis pies, sin contar la techumbre formada de ramas de árbol desnudas de hojas, y cubiertas de largas fajas de césped: una puerta tan frágil que la hace estremecer el viento sirve de resguardo, y de ventanas aberturas sin marco á derecha é izquierda, en aquella parte del muro donde se juntan las dos vertientes del tejado. El establo presenta un aspecto todavía mas miserable, no hay en él siquiera una mezquina armadura de pértigas cruzadas y guarnecidas de un poco de ramaje ó de césped; las bestias se revuelcan allí en un polvo infecto ó entre el cieno, y el corazón se oprime con indefinible angustia, cuando uno se aproxima y vé antes de llegar una de esas vaquillas irlandesas, cuya falta de carnes demuestra de un modo asaz elocuente la miseria de su dueño, asomar melancólicamente su apacible cabeza por encima del cercado.

Después de atravesar un hediondo y fétido cenagal, donde yacen amontonadas y revueltas todo género de inmundicias, encontráis ordinariamente á la puerta de la choza una muger sentada en el umbral. Esta es la esposa del arrendatario ocupada en aspirar grandes bocanadas de humo de tabaco, en una asquerosa pipa que llaman londina. Oscurecen su semblante largos mechones de cabellos que flotan sobre su cuello arrugado y amarillento como un pergamino; y taciturna, inmóvil, sentada sobre sus talones, dirige solo de vez en cuando una mirada estúpida y triste á unos gansos y patos que dormitan á sus pies con la cabeza metida entre las alas y sobre un lechón que inmediatamente á ella se revuelca en el fango. Luego que hayais entrado en la choza, y después que vuestros ojos se hayan acostumbrado á los espesos torbellinos de un humo áere que se agarra á la garganta, percibireis delante del hogar, en el que se consume lentamente un fuego de turba, una especie de criatura humana, masa inerte, cubierta de andrajos y plagada de miseria, encorvada bajo el peso terrible de la indigencia, del oprobio y del dolor. Aquel hombre es el marido de la muger que habeis encontrado á la puerta. Parece enteramente insensible á tan execrable humo, cuyas densas oleadas se agolpan á salir en confuso torbellino por las esquebrajaduras del techo. En su rededor duermen ó bullen desnudos y rodando por el suelo entre algunos harapos de lienzo podrido, diez ó doce niños que la muerte arrebató antes que lleguen á la edad adulta, porque su estómago debilitado con las privaciones, no puede soportar los alimentos groseros de la familia, cuando les es preciso renunciar al pecho de su madre. Os acercáis á hablar á aquel hombre, despierta; la fiebre del hambre que le consume está pintada en sus ojos. Algunas veces se lamentará ante vos de la dureza de su señor que le dá en arrendamiento la décima parte de un arpen que cultiva, y la cabaña en que habita; otras y serán las mas permanecerá silencioso, espresando solo en sus facciones la apatía y el embrutecimiento, y esa espresión, ese sentimiento que traspasa y hiela el alma, es todavía

mucho mas terrible que la cólera y la desesperacion. ¡Pues bien! por horrible que sea una existencia semejante, aquel hombre que no tiene mas que sus brazos, se contempla todavía muy feliz, cuando finaliza el tercer año de su arrendamiento y el señor no quiere subirle el precio del arriendo.

Este solo hecho que se repite con harta frecuencia, es bastante para reprobar altamente ese monstruoso sistema de arrendamientos seguido por los propietarios y la detestable inflexibilidad de su avaricia.

GOSTUMBRES.

ESCENAS TEATRALES.

Cuando leímos el *Robinson* nos chocó la esplicacion que le hacen á un muchacho de todas las minuciosas operaciones que se emplean en un vestido (una casaca por ejemplo), desde el punto y hora en que desnudan de la lana al borrego, hasta que cose un sastre la referida casaca para vestir á otro que puede decir con vanagloria: «aunque me vés de lana no soy borrego», refran intempestivo en aquellas frecuentes ocasiones en que el que lleva la casaca es mucho mas borrego que el manso recental que prodigó la lana: y se me han ocurrido los detalles de aquella explicatoria leccion, tales como el del esquilco, lavar la lana, hilarla, tejerla etc., para compararlos con las infinitas y complicadas operaciones que exige una comedia hasta el momento en que se representa.

Si se ha de escribir una obra original española, lo primero es buscar cualquiera pieza de nuestros autores antiguos de las que solo se conserva alguna viejísima copia, ó alguna comedia alemana ó inglesa, ó alguna novela de las que vienen á las librerías de Monier é Hidalgo. Se estropea un poco el argumento, se hace viajar á los personajes trayendo la escena á cualquier pueblo de España; se figura la accion en tiempo del Rey que rabió ó del barbudo de Crivillente, y la noche que se estrena hasta el mismo autor ha llegado ya á creer de buena fé que la comedia, es decir, el drama (porque ahora son todos dramas) es suyo.

Si la pieza no es alemana, inglesa ó española antigua sino francesa, entonces la cosa varía de aspecto: como ahora todos sabemos mejor el francés que el castellano, (sin que se crea por esto que sabemos con perfeccion lo uno ni lo otro), y, como desde que en España nadie puede meterse fraile, todos nos hemos metido sábios (que al fin mas vale esto que ser un perdulario), y todos conocemos el teatro francés, y hemos estado en París y tenemos el diccionario de Taboada, estamos perdidos y esto es una muerte, pues no puede un cristiano dar por originales las comedias francesas, como se hacia en vida del Rey, en que para fortuna de los que sabian algo no se les permitia leer á los que nada sabian. Vino la guer-

ra civil y entre otras nos trajo esta calamidad: llevémosla con paciencia.

Escribe Scribe (no vayan VV. á leer repetida la palabra pues no formará sentido: cománsese VV. la última letra del literato francés, y muy buen provecho les haga.) una comedia... esta es la lana y el autor el borrego: viene á España y la traducen... este es el esquilco: la leen en el comité... este es el hilado, algo tosco en verdad, pues hoy día en el comité no se hila muy delgado. Se ensaya... este es el tejido: y mas de cuatro veces resulta tal tejido de intrigas de semejantes ensayos, que diera el traductor gustoso el importe de la obra y mucho mas, á trueque de no haber tocado el pelo, es decir, á la lana, al borrego.

La noche de la representacion es el momento del estreno de la prenda, que es el drama ó la comedia; como si dijéramos el frac ó la levita: el sastre es el traductor, el parroquiano que la ha de usar son los actores... pero, ¡oh fatalidad de las cosas mundanas!... lo raro del caso es, que siendo los actores los que se han de poner la casaca, se exige que le venga bien al público, es decir que le venga justa, pues si le está estrecha y le incomoda, ó le disgusta por holgada, la pega una silba, que equivale á devolverle la prenda al sastre y no pagársela; y entonces puede aplicársele al traductor el antiguo adagio de que «fué por lana y volvió trasquilado.»

De todas estas enmarañadas operaciones, elegiremos el tejido y procuraremos hacer un rápido bosquejo de cierto ensayo, puesto que los bastidores son clausura para los profanos, y no es fácil que todos tengan conocimiento de lo que pasa allí, donde solo tienen entrada los poetas dramáticos, los actores, algunos que son amigos de los actores y los periodistas que todos son sus enemigos. La mayor intimidad que existe generalmente entre el actor y el periodista es por el estilo de la que tiene el raton con el gato. Pero vamos al ensayo.

Dan las diez, hora en que el director de escena ha citado á la gente, y á esa hora ya estan en el teatro... el portero que vive allí, su muger y sus hijos... si los tiene. Los cómicos son muy puntuales para todo, excepto para acudir á los ensayos ó para empezar la representacion á la hora que designan los carteles; salvas estas excepciones, y la de variar la funcion despues de anunciada, una vez al menos dentro de la semana, ó antes si espera peligro de no haber entrada, son los cómicos gente muy formal y cumplida. Dicese luego que por indisposicion de tal actor ó actriz... por turno... y con esta inocente estratagemas se queda el público tan satisfecho. Al cabo mas vale que sea broma, pues si efectivamente se pusiesen malos los actores todos los días que se anuncian sus achaques por las esquinas, ¿qué diablos habiamos de hacer con tales compañías de valetudinarios?... mas valia trasladar el teatro al hospital ó al cuartel de inválidos.

Pero basta de digresiones y vamos al grano. Si se cita á las diez, empiezan á ir á las diez y media... el avisador y el sota-espagador de la compañía y la vieja que barre los vestuarios. A las once menos cuarto llegan los últimos galanes, racionistas en términos técnicos; á las once se presentan barba y gracioso, y el último de todos

el primer galán. Acostumbrado á verse prendido en su salida á la escena, primero por los comparsas (guardias) luego por los racionistas (acompañamiento), y á presentarse él el último (el Rey ó el gran Tamorlan de Persia), no puede perder la mañana ni aun en la asistencia al ensayo.

Mientras esto sucede en el teatro, está á la puerta de la casa de las cómicas uno de los primeros coches que reemplazaron á las literas; y como guardianes de tan preciosa antigüedad, el cochero y lacayo saben ya que la actriz se levanta cuando recibe el aviso que le dá la criada de que el coche está abajo,—como si fuera cosa fácil que estuviera arriba:—y como la señorita ha menester hora y media para vestirse de trapillo, acuéstase el coche-

ro en el pescante, echa su cigarro el lacayo sentándose en el escalon del portal, y los dos esqueletos, que cualquiera menos escrupuloso llamaria mulas, ó se duermen para imitar al cochero, ó se ponen á meditar que lo peor que hay que ser en estos tiempos que alcanzamos es mula de coche de Simon, por lo escasa que tienen la cebada; ministro, por las desvergüenzas que oyen de los diputados y periodistas; ó escritor satírico por las continuas quejas que recibe.

Suenan por fin las doce, y sale la actriz; entra en el coche y ya está cerca del teatro, cuando recuerda que se ha dejado olvidado el frasquito de olor; es preciso volver á casa.... ¡Cómo ensayar sin tener á la mano el frasquito de olor! menos malo fuera que se hubiesen quemado to-



das las copias de las comedias. El frasquito de olor es muy necesario para el caso de verse atacada por el mal de nervios, lo cual puede suceder si Don Narciso el periodista está aquella mañana mas galante con la segunda dama. *Actriz y sin envidia!... No es posible.* Esto lo dijo Shakespeare, y fuerza es convenir en que este señor decia muy buenas cosas.

«Cochero, vuelta á casa: se me ha olvidado el frasquito de esencia.»—Vuelve el cochero renegando, sube las escaleras con toda lalijereza con que es capaz un gallego, y le pide á la doncella «el frasquito de *Plasencia* de la señorita»—lo coge, y baja contemplándolo y diciendo entre sí; «Este chisme, necesitará para el pasu del venenu.»

Llegan al teatro cuando ya todos murmuran entre dientes y censuran la tardanza: el director trata de im-

ponerle la multa, pero no se atreve. La actriz es *intima* amiga de Don Narciso, y el tal es es muy capaz al dia siguiente de decir en su periódico que la comedia que se dispone es inmoral, porque el Rey Wamba se casa con tres mugeres.... que se falta á la historia.... que los caracteres *flaquean*.... y otras mil sandeces que darian con la entrada al traste. Mas vale, pues, callar, para no irritar al Aristarco folletinista.

Ea, señores, dice el director, ya estamos todos: empezemos el ensayo. Cada cual á su puesto.»

Ahora debemos designar nosotros que sitio es el de cada uno.

El apuntador *se calza* los anteojos, pues así como dijo un escritor de costumbres que las manolas *se calzaban* las castañuelas, porque sus manos parecian pies; como pies, y no pequeños, parecen las narices del apun-

tador, por eso le aplicamos el mismo verbo. Le plantan un par de velas encendidas junto á las narices, y le ponen un manuscrito en la mano.

Los galanes se colocan al lado izquierdo: al derecho las damas y los aficionados: es decir, no los aficionados á las damas, sino al arte. Son estos cinco ó seis entre poetas, periodistas y desocupados... aunque por aquel momento desocupados lo son todos ellos.

Métense los segundos apuntes en la primera caja de bastidores, y dice uno de ellos.—Fulanita.... vamos: V. empieza.

Levántase la que olvidó el frasquito, y como además del frasquito ha olvidado los versos, dice con ayuda del apuntador, y lo mismo que el moribundo repite la recomendación del alma que le dicta el agonizante, la tira-da siguiente:

Por mas que vuelvo á la salada espuma
vacilante la vista y recelosa,
consultar procurando á los bajeles
que arriban con flotantes banderolas
la suerte que corrió mi Alfredo amado,
muda respuesta á mi demanda otorgan.
¡Mas ay! el corazón harlo me dice
con incesante voz aterradora,
que halló la muerte, y que del triste fueron
sepulcro infiel las irritadas olas.

Vuélvese en esto la dama hácia donde está el autor, consultándole con la vista—lo mismo que á los bajeles—si está dicha la relación con el sentido que debe dársela; pero sorprende al poeta haciendo en aquel momento un gesto de disgusto que á la dama le parece de muy mal agüero... y recurre al frasquito... ¿Qué tal? ¿No hizo bien en obligar al cocheró á que volviese por él?

—¿Pero qué es eso? le pregunta: ¿no declamo á gusto de V.?

—¡Oh! si señora.... yo lo esperaba yo... sus talentos de V.... solo.... (esto lo dice el autor balbuceando)—solo, que creo que no sabe V. muy bien....

—Toma; ¿y eso es todo? Con saberlo á la noche que es la función....

—Sí, claro es, peor sería no saberlo hasta la segunda representación.... Actores hay que no saben el papel ni á la última.... Pero eso no se entiende con V.

—Ya me lo figuro, repone la dama. La culpa la tiene ese horrico de asistencia, que oye decir *las irritadas olas*.... y no las meneas siquiera.

—Ya se vé, exclama enfurecido el director, como se meten á artistas sin saber una palabra, ¿qué hade suceder? ¿Por qué no meneas V. esas olas?

—Señor, contesta una figurarera, enciclopedia de hombre, oso y orangutan: porque no me lo ha mandado el traspunte. Si sabré yo mi obligación, particularmente en materias de olas, cuando era yo quien se las meneaba, en el Oscar, al señor Maiquez, y en los Dos Sargentos Franceses á Caprara, y por eso me pusieron de apodo el *Ney-tuno*.

Apacigüalos el autor, diciendo que la disputa es escusada, puesto que las olas podían estar irritadas el día que se sorbieron á Alfredo, pero que desde entonces acá

han tenido tiempo de apaciguarse: que ese no sería defecto si la dama supiese mejor su papel, pero que no sabiéndolo, podía comprometer el éxito de tan preciosa obra. (Los actores nunca se han picado de modestos.)

Al llegar aquí el poeta fué Troya. La dama se puso encendida—como si ya tuviese el colorette,—y le llamó poetrastro y hambro, y que sé yo cuantas cosas mas. El la contestó que mas era ella: el director solo pensaba en la pérdida de la entrada: las damas de escalera abajo formaban corrillos censurando ágríamente la conducta de su amiga y compañera, y achacándola á miras no muy lícitas. Aquello era un infierno. La dama salió enfurecida, y agarrada del brazo de Don Narciso el periodista.

A las dos horas se leía en las esquinas:

«Por indisposición del barba no se puede ejecutar hoy el drama nuevo.»

Al día siguiente decía el periódico de Don Narciso.

La célebre actriz fulanita de tal, es víctima de las bajas intrigas de bastidores. Lástima que una artista de tan relevante mérito.... y que nos la disputarian en todos los teatros... porque es una joya.... un brillante.... una perla.... porque nosotros somos imparciales....

Por la tarde estaba comiendo con ella en un cuartito de la Pastelería Suiza.

JUAN DEL PERAL.

AGRICULTURA.

Conocimiento de las tierras.

Si bien es cierto que el clima, la estación, el cultivo, la temperatura y estado atmosférico influyen de un modo poderoso en la vegetación, viniendo á ser útil su estudio al agricultor, no lo es menos que el principal conocimiento de este, el mas importante, es el del terreno; porque en él ha de hacer sus labores y depositar las semillas en que cifra tal vez su subsistencia y la de su familia.

Nadie hay que ignore que no es cualquier suelo á propósito para la siembra de todos los vegetales, y que hay tierras improductivas ó completamente estériles así como otras son sumamente ventajosas y dan una vegetación lozana y abundante. A la tierra que naturalmente produce por el cultivo dan los agricultores el nombre de *tierra arable*.

Esta tierra es tanto mejor cuanto mayor número reúne de las condiciones siguientes: 1.ª ser capaz de mucha división; es decir, de reducirse á menudos fragmentos para que las raíces penetren con facilidad y puedan abrirse paso las primeras hojitas de los gérmenes: 2.ª ser bastante permeable á las aguas: 3.ª ser bastante ligera para absorber, contener y exalar en ciertas circunstancias el aire atmosférico y los gases ó vapores que se desprenden de los abonos: 4.ª tener un color amarillento ó pardo bastante subido para calentarse con los rayos del sol y comunicar á las plantas un calor húmedo que escite la

vegetación; 5.ª contener *lunus* (1) susceptible de suministrar á las plantas alimentos solubles ó volátiles; 6.ª contener también *arcilla*, *arena* y *carbonato de cal* en las debidas proporciones; 7.ª en presentar una capa bastante profunda para contener las raíces de las plantas que se han de cultivar en ellas.

La tierra arable se compone generalmente de una tercera parte de arena, otro tanto de *carbonato de cal* é igual proporción de *arcilla*, añadiendo á esto cierta cantidad de materias orgánicas ó sea *lunus* que viene á formar como una décima cuarta parte de la mas total.

Pero no se crea que siempre se hallan en las referidas proporciones estos principios constituyentes del suelo, al que á veces predomina uno de ellos con perjuicio casi siempre de la vegetación, y de aquí proceden diferentes especies de tierras.

Cuando abunda demasiado la arcilla (tierras fuertes, arcillosas frias y húmedas) es difícil el cultivo y bastante trabajoso, con la desecación se forma despues de las lluvias, una costra que perjudica mucho á la vegetación.

Las tierras arenosas ó ligeras absorben y conservan difícilmente la humedad, y solo sirven para la vegetación cuando estan próximas á las aguas ó en climas muy húmedos. Otro tanto sucede á las tierras en que abunda el cuarzo ó sea el sílice cristalizado.

Las tierras *gipsáceas*, esto es, las que contienen yeso y las que abundan de greda ó *carbonato de cal* son también muy estériles para el cultivo.

En todos estos casos debe el agricultor devolver á las tierras artificialmente su fertilidad, añadiendo á los principios existentes aquellos que faltan, y si esto no fuera posible ó se creyera demasiado costoso conviene destinarlas al cultivo de aquellos vegetales que la experiencia haya acreditado ser en ellas mas productivos.

Déjase entender el grande interés que hay en adquirir cabal conocimiento de la composición de las tierras, y como este no puede adquirirse por la simple sospección de ellas, tan completo como seria de desear, nos ocuparemos otro dia en indicar los medios de conocer las cualidades de los suelos, examinando al efecto sus propiedades físicas, los vegetales que crecen en ellos espontáneamente y valiéndonos por fin del análisis químico.

POESIA.

EL RETRATO.

A MI AMIGO D. ANTONIO PINEDA.

Mira al poeta allí: sobre una almena
De arruinado castillo
Al moribundo brillo
De la luna serena.
Suelta al viento la negra cabellera;
Los ojos sobre el mar que se dilata

(1) Sustancia pulverulenta y negruzca que resulta de la composición de los animales muertos y de los vegetales, mas ó menos podridos.

En montañas de plata
Lamiendo la ribera.
Ebrio de inspiración, inquieto, ardiente,
Erguida la cabeza;
Voluptuosa la frente
Teñida de ilusión y de pureza....
Grande como el Señor que dijo sea
Cuando la tierra fué....
En su mente, de luz placida idea
Germinando se vé.
Grande es el mar; la voz de la tormenta
Inspira al trovador de los dolores;
Las ruinas de una torre amarillenta
Me placen mas que las pintadas flores.
Pintor: bajo tu mano,
Brotan fuentes y flores y colinas,
Y con tu soplo ardiente y soberano
La creación animas é ilumina:
Tú te creas un mundo de ilusiones
Lejos de las pasiones
De la tierra demente
El soplo de Jehová brilla en tu frente
Y en tus lindas ficciones.
Atavía la frente del poeta
Con puros y poéticos colores....
Deba yo á tu paleta
Otro mundo de luz y de primores.
Pinta en mi frente un alma
Como la tuya, ardiente, impetuosa,
Que aborrece la calma,
Que en los delirios del amor reposa....
Hazme otro tú..... la gloria
Nos sonrie á los dos: nos comprendemos
Y un cielo en la memoria
De gloria y luz y de placer tenemos.
Hazme otro tú, y anima mis facciones
Con ese fuego que al Señor debimos,
Y las ruinas de góticos torreones
Que en nuestro sueño vimos,
Pinta también; y luego que inspirado
En tu obra goces, y á mi amor sonrias,
Contemplaré estasiado
Tus bellas amorosas fantasías.

V. SAINZ PARDO.

CRONICA.

Con uno de nuestros últimos números repartimos el prospecto de la obra titulada *Escenas andaluzas* que ha empezado á dar á luz el escritor conocido con el pseudónimo de *El Solitario*. Son tan conocidos los bellísimos cuadros de costumbres de este autor, algunos de los cuales han visto la luz pública en el *Siglo Pintoresco*, que creemos inútil hablar del interés, de la verdad, de la exactitud y de la pureza de lenguaje que se encuentra en todos ellos. Nuestros lectores habrán visto también por el prospecto lo lujo de la edición, que sale de las prensas de nuestro establecimiento; por la lámina que estampamos en esta plana podrán formar una idea del esmero con que se hallan ejecutadas las

que tiradas aparte en magnífico papel adornan esta obra popular, destinada indudablemente á lograr el éxito que merece.

Varias veces se han elevado quejas contra los revendedores de billetes, que en particular los días de representaciones extraordinarias obstruyen los despachos de los teatros, haciéndose dueños de las mejores localidades para exigir por ellas un precio excesivo, chasqueando por añadidura al comprador no po-

cas veces, con billetes falsos. Recordamos que en algunas ocasiones se ha acusado acaso con razón á las administraciones de algunos teatros, de asociaciones clandestinas con los individuos de aquel gremio; sino estamos traseados se dijo en un tiempo que los esfuerzos reunidos de la administración y de la autoridad no habian podido impedir á los revendedores que continuaran en su tráfico; el público y los periódicos se han contentado per-

ESCENAS ANDALUZAS.

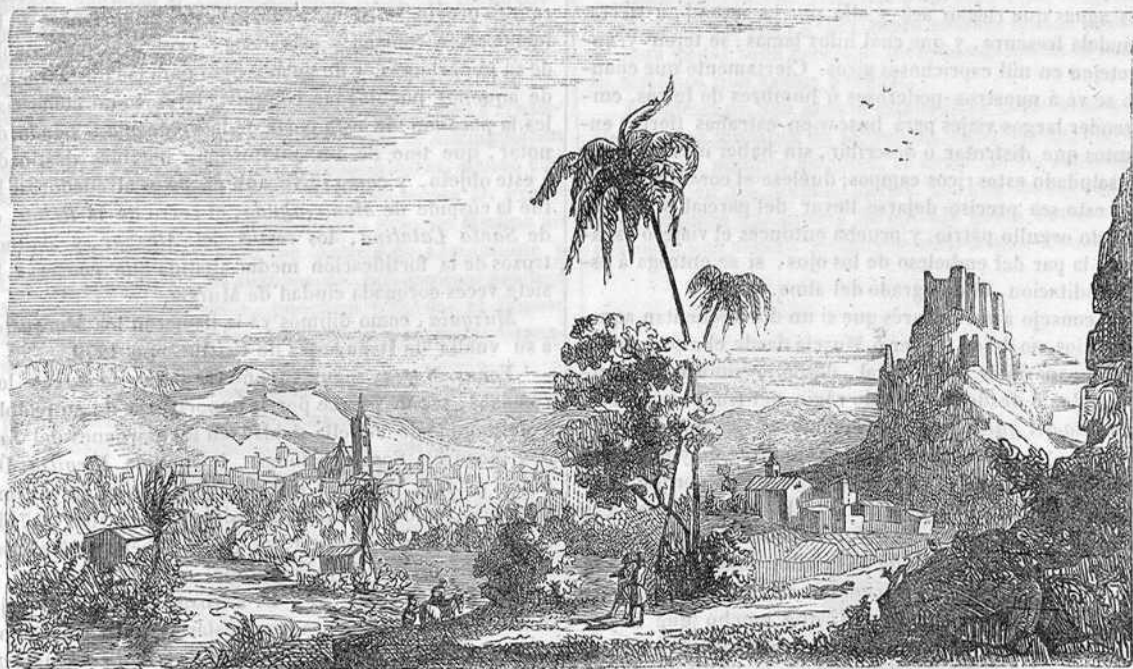


El holero

fectamente con quejarse alguna vez que otra, y la autoridad no ha hecho diligencia alguna para que se cumplan los bandos que rigen sobre el particular, y que son de facilísima aplicación. Nosotros estamos muy mal con la profusión de reglamentos y ordenanzas de policía que con pequeños intervalos se fijan en las esquinas, y creemos que debiera cuidarse mas bien del puntual cumplimiento de los que rigen tanto en esta como en otras materias que de estarlos renovando todos los días. Los bandos deben ser observados pues que son dictados por una persona á quien la ley confía ciertas atribuciones, el permitir que las disposiciones que de ella emanan sean despreciadas, es tanto como consentir que se desprecien las leyes, porque los bandos y los reglamentos son corolarios de ellas.

Se ha puesto en escena en el teatro de Variedades á beneficio de la jóven actriz Doña Josefa Rizo, el drama en cinco actos titulado *La Calderona*, original de los señores Barroso y Alva. La ejecución fué esmerada distinguiéndose la Señora Rizo; á la conclusión fueron llamados á la escena los actores, á quienes el público aplaudió. El drama fué puesto con lujo en escena, mereciendo justos elogios las decoraciones de salón, jardín iluminado y bosque que se estrenaron. La concurrencia era escogida.

ESPAÑA PINTORESCA.



MURCIA Y SU HUERTA.



MURCIA, capital de la provincia de su nombre cuya situación y terreno es tan templado y fértil como quebrado en lo general, y que en sus cortos llanos y vegas es sin disputa el más pintoresco de España, le cupo á esta que fué *Muzquía*, por ser fundada por los *Murquetes*, la vega más bella y productiva que transformada en huerta, tiene aquel antiguo reino en todo su distrito. Aquel distrito es tan admirable cuanto encantador en su estension de cinco leguas de largo y tres de ancho, tapizado de copas las más variadas en el talle y matiz de la verdura que la circunda; la erguida palma, la fresca morera, el bergamote, limón, lima, poncil y el naranjo dorado, vierten sus perfumes, concediendo hos-

pitalaria y perpetua sombra al viajero que transita por aquellos caminos siempre alfombrados del azahar, y que regados por tantas acequias y riachuelos, surge en todas partes agua cristalina, orladas de mil flores: fruto y testimonio de los afanes del incansable labrador murciano, que también vé en más humilde escala alfombrado y bordado el suelo gallardo del maíz, la grana, el arroz, el nopal, el trigo, la fresca alfalfa, el esbelto cáñamo, el delicado lino, la pintada hortaliza y tantos otros frutos que recompensan en buen año sus sudores con el ciento por uno. ¡Cuán bella comarca!... ¡Cuántas generaciones prestaron sus esfuerzos para que consiguiera aquella comarca tanta riqueza y tanto encanto!... Vista desde el castillo de Monte-agudo, que es el que se deja ver en primer término de nuestra lámina, la huerta de Murcia y su ciudad es figuradamente comparable á la testa coronada de un Rey de Oriente, y sus contornos el manto recamado de mil caprichosas flores, que esmaltan el tisú de su

régio ornato. Cual un dosel régio á su esplendente sólo, siempre se muestra el cielo azul, despejado y claro; donde si el trueno y las borrascas le enturbian, su estancia es corta, pasando el cielo de un día de sol á un crepúsculo, que tal parece la noche para ofrecer luego el espacio de la inmensa bóveda, tachonado de lucientes estrellas, cual vestidura de plateada malla, y por remate la argentina luna que vibra sus rayos, dejándolos furtivos ríen sobre las aguas que riegan acá y allá por la esponjosa tierra, dándola frescura, y que cual hilos lamas, se tejen y entretajan en mil caprichosos giros. Ciertamente que cuando se vé á nuestros poderosos ú hombres de letras, emprender largos viajes para buscar en extrañas tierras encantos que disfrutar ó describir, sin haber ni tan siquiera saludado estos ricos campos; duélese el corazón sin que por esto sea preciso dejarse llevar del parcial y á veces injusto orgullo pátrio, y prueba entonces el viajero español á la par del embeleso de los ojos, si se entrega á esta meditación, el desagrado del alma.

Aconsejo á mis lectores que si un día frecuentan aquellos sitios, no dejen de ver á Murcia desde el alto y esbelto campanario de su catedral, desde la cumbre de Monte-agudo, ó desde el respaldo régio del trono murciano, la cresta del gallo, cordillera eminente que por el Sur la domina, y encontrarán que si en mi decir hay entusiasmo, hay verdad sin poesía, y digo poesía porque nada puede imaginar el poeta en donde la naturaleza supera y dice mas que el arrebatado y los sueños del mas diestro y poseído trovador. Donde el Criador concedió un cielo tan radiante y claro, vegetación tan rica y balsámica, suelo predilecto, feraz y bien regado; que mucho ¡qué hayan surgido en todas edades hombre tan eminentes en letras, ciencias, artes y gobierno! La riqueza del hogar ó el suelo que se habita es indudable que imprimen ideas grandes y luminosas á la razón.

Riégrese esta huerta por las obras de canalización y las presas que fundaron los romanos y aumentaron los sarracenos, y que luego fué tan conocida su importancia, de las generaciones que sucesivamente la dominaron, que todas han procurado el conservar, y aun mejor dicho multiplicar aquellas con notable esmero. Díganlo las acequias que sangran el río, la famosa *contraparada*, dique que contiene un raudal de agua suficiente, que luego cual si fuera el corazón, reparte por otras tantas venas y distribuyen el riego en todas direcciones de la comarca. Tiene de elevación esté dique en la parte mas alta 90 pies (1).

Produce la huerta de Murcia en frutos agrícolas como líquido resultado 160 millones; pues que solo en seda que es una de los mas pingües materias, se regula en 25.

La industria da poco, pero no obstante, tiene fábricas de ladrillos, de alfarería, de lienzos ordinarios, paños vastos, bayetas; se hila, dobla y tuerce la seda que se consume luego para sargas, tafetanes, felpas. Se tiñe también para aquellos artefactos este producto, en especial de negro. Hay fábricas de curtidos que merecen es-

pecial aprecio en el comercio, y también las hay de jabón y de albayalde; y en otro lugar nos ocuparemos de los molinos de harina que la abastecen, así como los obtiene para el pimiento encarnado. Las fábricas de escobas de palmito surten á la mayor parte de la nación; las de la elaboración de esparto, las de sosa y la barrilla, ocupan un número no menos considerable de brazos.

En todas las direcciones y por dó quier que se recorra esta provincia, se encuentran restos importantes de la fortificación romana y sarracena; prueba incontestable de su importancia, y de cuanto peso para la consideración de aquellos pueblos tan conquistadores como comerciales la posesión de esta parte de la Península: siendo de notar, que uno de los puntos mas notables destinado á este objeto, y como se vé aun en estos alrededores, lo fué la cúspide de *Monte-agudo*, el cerro de la *Reina*, el de *Santa Catalina*, los restos del *Alcazar*, y algunos trozos de la fortificación medio abatida que conserva la siete veces coronada ciudad de Murcia.

Muzquía, como dijimos ya la llamaron los *Murquetes* á su vuelta de Italia antes de Cristo, año 1279.

Venus Murta, según supone Cascales, le dieron los romanos, según parece por la importancia de su pueblo y del templo de aquella deidad en las márgenes del *Jadeu* (Segura). Según Tolomeo, la apellida *Virgilia*. De todos modos, podemos casi asegurar que su mayor importancia, fué después de la invasión de los árabes en 714, después de la era cristiana, en que la gobernó *Abrahém-Azcandari* primer Rey de Murcia.

En 1243 el santo Rey D. Fernando envió á su hijo el infante D. Alonso para conquistarla; pero conocedor del sumo poder de los cristianos el Rey moro *Aben-hudi el Alboagues*, la entregó sin violencia. Caida la ciudad otra vez en poder sarraceno, fué de nuevo rescatada por las armas de Aragón, y por el Rey D. Jaime el I en 1263, dando libertad á 30,000 prisioneros moriscos. El año siguiente se posesionó de ella D. Alonso el Sábio, que la pobló con 333 caballeros y 2,200 paisanos que mandó para el efecto el Rey D. Jaime de entre las mas notables y nobles familias de Castilla, Cataluña y Aragón, con grandes privilegios que les concediera, y con el timbre de *Muy leal*, á que añadió mas tarde Carlos V de Alemania el de *Muy noble*.

En 1291 se trasladó á esta ciudad la silla episcopal de Cartagena por disposición del Papa Nicolás IV.

Por ahora solo diremos que su soberbia catedral (1), puentes (2) atrevidos, alcázares que aunque medio abatidos pregonan su fama, palacios antiguos, paseos, grandes plazas y restos de estupendos conventos, dejan al mundo un testimonio de lo que fué y de lo que puede ser aun, si la protección alcanza y la paz se adquiere algun día entre los españoles, dejando para el bien del país reposar las armas tomadas en el odioso arsenal de los enconos políticos, para que puedan los gobiernos embrazar el escudo de protección para los pueblos, concediéndoles el reposo

(1) Semanario tomo IV, pág. 44.

(2) Idem, tomo VIII pág. 508.

(1) Semanario tomo VIII, pág. 28.

que ya anhelan y dando garantía á esta fuerza de voluntad que caracteriza el siglo, que se deja sentir en Murcia como en todos los dominios españoles, para salir del abatimiento y llegar triunfante á las puertas de la prosperidad.

A Murcia no le faltan como en tiempo antiguo hombres de gran valía y buen talento; téngase presente que de aquel suelo obtuvimos el ilustre Conde de Florida Blanca, también D. Gerónimo de la Roda, D. Diego Clemencin, hombres de estado y de letras ambos; de los célebres pintores y escultores D. Lorenzo Vila, D. Nicolás de Vilasis, D. Diego Rejon de Silva, escritor célebre, y onciario de la real academia de San Fernando: como escritores uno de los que más se distinguieron en nuestra España, Francisco Zarcillo Alcaraz; siendo claras antorchas para las letras y la poesía jocosa D. Francisco Cascales y D. Salvador Jacinto Polo de Medina así como para la comedia lo fué Andrés de Claramonte y Corroy. No solo en los tiempos del cristianismo produjo Murcia grandes ingenios, podemos recordar al famoso moro Scham Sedin director del célebre colegio de Granada y algun otro.

En otro artículo veremos las bellezas importantes que pertenecientes á todas las épocas de arquitectura encierra la comarca de la populosa ciudad murciana, que por cierto es rica en monumentos de esta especie, y notable, por ser el pueblo al cual D. Alonso el Sábio legó para que estuviesen encerradas en urna de jaspe sus entrañas, que estan á la derecha del altar mayor de la catedral custodiadas con celo y orgullo por los murcianos.

IVO DE LA CORTINA.

ANECDOTA HISTORICA.

Episodio de la vida de un gran poeta.

El Jueves santo del año de 1616 se hallaba reunida en la parroquia de San Martin de esta corte una numerosa concurrencia asistiendo al oficio de tinieblas. Aunque en aquellos tiempos no habia cundido como en los que alcanzamos ese desden é indiferencia hacia las cosas sagradas que han dado en llamar *despreocupacion*; no dejaba sin embargo de haber muchas personas que adelantándose á su siglo ponian en práctica lo que nosotros apenas notamos ya en fuerza de costumbre. Así es que entre toda aquella muchedumbre se contaban algunos que iban por devocion, otros con el objeto de matar el tiempo pasando revista á las bellezas que allí habia reunidas, y otros sin cuidarse ni de esto ni de aquello venian ya á cosa hecha llamados por alguna cita, ó muy seguros de hallarla aunque no se la hubieran dado. Este proceder parecerá á algunas personas ageno de una época tan religiosa que no habia olvidado el uso de los autos de fé, y que en la Semana Santa daba tantas muestras de devocion

poblándose todas las calles de disciplinantes desnudos de medio cuerpo arriba, que no se ruborizaban de pegarse los azotes cuando pasaban por delante de la casa donde vivia el objeto de su cariño; pero estas mismas costumbres y otras no menos ridículas, hicieron caer la religion en objeto de moda y vanidad, y todos los corazones estaban muy lejos de participar de aquella fé íntima que habia sido general en España durante los siglos precedentes.

Estas observaciones nos llevarian muy lejos si quisiéramos desarrollarlas, y por ahora solo las hemos indicado para quitar todo recelo de inverosimilitud en el suceso histórico que vamos á referir.

La iglesia de San Martin estaba llena como hemos dicho de una multitud de personas, encubriendo los cuchiños de algunos amantes, el canto de los sacerdotes ocupados en los divinos oficios. En una de las capillas mas próximas á la puerta de entrada habia entre varias personas una señora ricamente vestida que demostraba



V. ALLEJO V. CASTELLANO

por su porte ser persona de calidad ya que no se la podia conocer por el tupido manto que la cubria el rostro. Estaba arrodillada al lado de un confesonario formando con el guarda infante una figura muy parecida á la que tienen los niños cuando se les mete en una pollera para que

se suelten á andar. Detrás tenia un viejo vestido todo de negro con un libro cerrado en la mano, demostrando por su edad y su aspecto que era el rodrión de aquella dama.

Largo tiempo estuvo sin moverse de aquella posición, dirigiendo la vista de vez en cuando al confesonario, donde á falta de sacerdote estaba un hombre sentado con una pierna sobre otra y recatándose el rostro con un embozo del ferreruero, ya que le era imposible hacerlo en aquel sitio con el sombrero de gran falda que estaba á sus pies sirviéndole alguna vez que otra de cogen para arrodillarse. Esta costumbre de usurpar los confesonarios que hoy nos chocaría tal vez, era muy frecuente entonces, según la reprende el timorato Francisco Santos en sus *Tarascas de Madrid*.

Cuando la gente que estaba en la capilla se fué aclarando, hasta quedar muy pocas personas, la dama miró alrededor y fijándose en su escudero hizo un movimiento de cabeza como dándole á entender que se acercara. Hizolo esto poniéndose á su lado é hincando una rodilla en la punta de la capa.

—¿Sabeis qué hora es, Otanez? le preguntó la dama al oído.

—Las siete deben ser sino me engaño, señora; y si no miente el reloj de San Ginés que cuando entramos dió la media para las seis. Si usaré quiere retirarse....

—No quiero tal, Otanez, quiero estar hasta la conclusión de los oficios: pero vos podeis retiraros. Id á casa y haced que dentro de una hora me traigan la silla.

—¿Y se queda sola usaré?

—Sino he de salir de aquí, ¿qué importa?

—Es que yo no quisiera.... puede ofrecérsele á usaré alguna cosa y....

—No tengas cuidado. Si mi esposo y señor te pregunta donde me has dejado puedes decírselo, pero si se dispone á venir á buscarme, no lo permitas porque puede hacerle mucho daño.

—¡Ave Maria! Señora, ¿cómo le habia yo de dejar venir? Aunque estuviera loco: un señor con sus achaques... verdad es que os quiere tanto.

—Vamos; poca conversacion que estamos en la casa del Señor; juicio Otanez.

—¿Quereis el libro?

—No, llévatele: que no te se pase la hora; dentro de una, aquí con la silla; ¿lo entiendes?

—Lo entiendo, y diciéndolo esto el rodrión bajó la cabeza á la dama, se levantó sacudiendo la capa, y después de hecha una reverencia al monumento santiguándose precipitadamente, salió de la iglesia.

El que estaba en el confesonario le siguió con la vista sacando la mitad del cuerpo, y después de un rato en que se cercioró que eran contadas las personas que allí habia, se puso en pié, enderezó la golilla, ahuecóse el pelo, y dando un puntillón al sombrero lo echó disimuladamente hasta el lado de la dama donde se arrodilló tapándose la boca con el embozo del ferreruero. La muger al verle tan cerca se estremeció, volviendo la cabeza á todas partes y hablando bajo por Dios! le dijo con voz balbuciente.

—Hablaré como me convenga, contestó el caballero, y me lo permita la cólera que me está abrasando.

—Considerad el lugar en que nos hallamos.

—Lo que considero es que os he pedido una cita y habeis escogido este lugar, si yo me propuso, si van á resonar en él frases mundanas, vuestra es la culpa y no mia.



—Os la he dado aquí, porque conozco vuestro carácter, porque recuerdo lo que ha mediado entre nosotros y porque este es el único sitio en que pueda estar segura con vos. Accediendo á la entrevista que me habeis pedido sé que cometo una falta; teniéndola en este lugar se agrava mas todavía; pero mayor habia de ser si fuera en otra parte.

—Decid que habeis accedido por temor al que llamais vuestro esposo, porque os amenacé con revelarle nuestra antigua amistad; tan íntima, tan enamorada, tan....

—¡Callad!

—Sí, tan íntima que ningún respeto, ni poder ninguno de este mundo habia de haberla disuelto.

—Pero ¿qué quereis? ¿a qué venís? ¿por qué me habeis hecho acudir aquí? ¿no sabeis ya que estoy casada? ¿que todo lo que ha pasado entre nosotros debe ya olvidarse como si tal cosa no hubiera sucedido?

—Olvidarse ¿y sois vos quien lo decís?... ¿eres tú quien lo dices?... ¿Podré yo nunca olvidar la felicidad que he gozado, la felicidad que me prometia, y el tormento horrible que está destrozando mi corazón? ¿Podré yo olvidar que cuatro meses de ausencia han bastado para borrar de tu alma la imágen del que idolatrabas, para burlarte de tantas promesas, para quebrantar tantos y tantos juramentos como hiciste de tu cariño, á todas horas, en todas partes, en el mezquino aposento en que vivias con tu madre y hasta en la misma casa del Señor en varias ocasiones como la presente, en que arrodillada como ahora teniéndome á tu lado pronunciabas delante de los altares que eras mía, mía para siempre, y entonces no ocultabas tu rostro como ahora con hipócrita recogimiento, no se encendía tu semblante debajo del manto como ahora le estará sucediendo, no estaban preñados tus ojos de lágrimas de dolor como ahora, sino de alegría y de esperanza como la que has ahuyentado para siempre de mi pecho?

—¡Por piedad! pueden oiros, pueden notar el desacato que cometemos...

—¿Y qué mayor desacato que tu falsedad?

—No me harás callar; quiero avergonzarte, quiero confundirte, quiero echarte en cara tu crimen aquí delante de Dios, mezclando nuestras palabras profanas con el cántico de los sacerdotes.

—Pero ¿sois un demonio que viene á gozarse en mi agonía?

—Soy un hombre rencoroso, que viene á derramar en tu corazón toda la hiel que has hecho brotar en el suyo.

—¿Y era para esto, dijo la dama entre sollozos, para lo que me escribisteis el respetuoso billete que tuve la imprudencia de recibir? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué desgraciada soy!

—¿Pues qué pensabas? ¿Venias acaso creyendo que yo iría á pedirte mil perdones porque tuve la debilidad de adorarte? ¿Que vendría á felicitarte por tu enlace repentino con ese viejo caduco que al unirse con una joven como tú, ignora el menguado que te es imposible corresponder á su cariño?

—¡Os engaños!

—¿O llegaría á tanto tu imprudencia que pensarías?...

—¡Callad! ¡callad! Diciendo esto se dejó caer en el suelo llevando las manos á su rostro, el hombre inflexible en la furia que le dominaba, la cogió del brazo haciéndola otra vez arrodillarse.

—Pues bien, escucha: daré treguas á mi furor, ahogaré los pensamientos sacrílegos que me asedian, endulzaré mis palabras para proponerte un remedio á una ofensa tan grande.

—¿Y cuál puede haber para la que estamos haciendo al Señor en este momento? Yo quisiera levantarme, quisiera huir, quisiera dar voces para que me libraran de vuestra presencia; pero me es imposible, no tengo fuerzas, no puedo moverme, la voz se ahoga en mi garganta.

Dejadme os lo pido por lo que tengais mas sagrado en este mundo.

—Lo mas sagrado para mí era el amor que te profesaba; y has hecho pedazos el ídolo de mi existencia. Ya con nada cuento, todo me es indiferente, nada me detiene. Tú puedes remediar tanto daño.

—Imposible.

—Escúchame. Esta noche, ahora mismo puedes huir conmigo.

—No, jamás. El hombre á quien he entregado mi mano tiene depositada en mí toda su confianza. Yo le debo mil favores que no puedo pagarle ni con la vida. El socorrió á mi madre cuando estaba á la muerte, y él se apiadó de mi orfandad cuando aquella faltó. Cuando agradecida le di mi mano que me pidió respetuoso, le juré serle fiel y pensar solamente en dedicarme á hacer mas llevadera su existencia, agoviada con los años y martirizada con los mas vivos dolores.

—¿Y yo no sufro tambien? ¿No desgarran mi corazón dolores mas atroces que los que él puede soportar? ¿Y para mí no hay compasión? Porque soy mas joven ¿piensas que ha de poder cerrarse esta llaga con el tiempo, y con la ausencia de la felicidad que esperaba? Te engañas. Di responde: ¿quieres adoptar el medio que te he propuesto?

La dama al oírle esta pregunta, se levantó con altivez el manto que cubria su rostro, y le dijo con toda la entereza de una muger ultrajada al recobrar su dignidad:

—¡Os he dicho que no!

El hombre entonces fuera de sí se mordió los labios vibrando centellas sus ojos: y despues de un rato de silencio en que estuvo acariciando el pomo de su espada, la dijo acercándose mas: pues ve muger infame á enseñarle á ese viejo la señal que ha dejado mi mano en tu rostro: y antes de que hubiera concluido la pegó una bofetada cuyo sonido se perdió entre las voces del cántico religioso: pero cuya accion no dejaron de observar horrorizados algunos que estaban próximos al lugar donde pasaba la escena. La dama se desmayó dando un grito, y acudieron á socorrerla varias gentes, armándose en pocos momentos un grande escándalo en la iglesia. El hombre ciego de furor queria pasar mas adelante en su venganza, pero le contuvo un caballero que habia llegado un rato antes y arrimado á la pared habia estado observando lleno de cólera el desacato de aquellas dos personas. Era este caballero de mediana estatura, fornido de cuerpo, con las facciones de su rostro abultadas, el bigote negro y el pelo largo y encrespado: sobre su nariz aguilena sostenia unos anteojos, y al andar se le notaba que tenia los pies torcidos hácia dentro, haciéndole cojear.

Mientras la mayor parte de la gente acudia al socorro de la dama desmayada, sin saber muchos lo que habia motivado aquel deliquio, el patizambo agarró del brazo al ofensor y apretándole fuertemente le hizo salir á la calle sin proferir una palabra. Aquel le siguió sin saber lo que le pasaba, y al hallarse fuera de la iglesia con muy pocas personas alrededor, se detuvo á mirarle. Antes que pudiera desplegar los labios ya le habia echado el otro en cara la palabra ¡infame!

—¿Y qué teneis que meteros en lo que no os importa? ¿Quién sois para sacarme de la iglesia? ¿Quién para contentar la cólera que me abrasa?

—El que cuenta demasiado con su indulgencia para dejar impune vuestro delito.

—¿Me conocéis?

—¿Qué me importa conoceros? No os conozco.

—¿Sabeis quién es la muger que he afrentado?

—No quiero saberlo.

—Pues ¿qué os mueve á mezclaros en este asunto?

—El ver que sois un miserable que habeis osado poner la mano en el rostro de una muger: el ver que sois un hereje que ha profanado el santo lugar en que nos hallábamos.

—Y ¿qué pretendéis?

—Que sin pasar mas adelante, saqueis aquí mismo, en este instante vuestra espada, y satisfagais la infame deuda que tomo á mi cargo.

—Estais loco, dejadme.

—Por vida de San Francisco que si no os poneis en guardia os arrastro por los cabezones y os estrello en esta tapia; ¡cobarde!

—Mirad que tratais con un soldado que ha visto la muerte muy de cerca.

—Mirad vos que tratais con un caballero que nunca ha dejado sin castigo tropelías de esta especie.

—Vamos; ¡dejadme paso, ó por vida!... pero ya que lo quereis sea en buen hora.

—Cubrios bien el cuerpo, porque ¡vive Dios! que tiro á mataros.

—Ya veremos.

Sin hablar palabra sacaron las espadas, y se pusieron á reñir, ahuyentando á todos los concurrentes, quienes temieron caer en manos de la justicia si acertaban á sorprenderlos. Dueños absolutos del campo sin que nadie los estorbase, dieron principio al duelo tirándose furiosas estocadas, mientras en lo interior de la iglesia resonaba el cántico sagrado, y el murmullo causado por la situación de la dama que aunque habia vuelto en sí se hallaba sumida en la mayor desesperación.

El hombre de la bofetada se defendía valerosamente de los ataques vivísimos del patizambo, quien daba señas de ser muy maestro en la materia. Aquel revolvía la espada lleno de furor sin poder llegar al pecho del contrario que paraba sus estocadas con la mayor serenidad. Pasados algunos minutos de una lucha encarnizada, quiso el primero tenderse para traspasarle, y se encontró con la espada del patizambo que le atravesó el pecho, dejándole tendido en el suelo revolcado en su propia sangre.

Por la noche en todas las reuniones de la corte no se hablaba mas que de esta terrible aventura, sin que en parte ninguna se hubiese podido saber el nombre de la dama ofendida que solamente decían ser de porte, ni del ofensor que aseguraban no la cedía en calidad. Solamente en una de las principales casas donde se refería este suceso reveló una persona bien informada el nombre del que habia vengado la afrenta y el desacato cometido en el templo dando muerte á aquel hombre sin juicio.—En cuanto á la dama, dijo aquella persona, respeto su po-

sición y me veo obligado á callar su nombre por muchas razones; en cuanto al muerto Dios le tenga en su gloria, ignoro quien sea; pero en lo que hace al matador ó desfachador del agravio habeis de saber que ese no ha sido otro que nuestro célebre poeta *D. Francisco de Quevedo y Villegas*, quien á estas horas ya ha tomado el camino de Italia, accediendo con este motivo á los deseos del Duque de Osuna que le habia hecho grandes instancias para que le acompañase en su virreinato de Nápoles.

POESIA.

ROMANCE.

En un alazan brioso
Por entre bravos jarales,
Huyendo, huyendo Xarifa
En grupas va con su Zaide.
El caballo vá contento
Contentos van los amantes,
El corcel por ir saltando
Los dos por ir á gozarse.
Cabalgan los dos, cabalgan,
Por entre oscuros breñales
Que quien á hurto camina
De ocultas sendas se vale.
La vuelta van de la playa
Huyendo el odio de un padre
Para echarse en un esquite
Y en Tremecen repararse.
Ya llegan á la alta cumbre,
Ya ven azulaz las mares,
Ya ven mecerse la vela,
Ya piensan hollar la nave.
Mira, mira, dice el moro,
Mira, mi amada, cual salen
Inquiriendo nuestras huellas
Los jinetes del algarbe.
No temas, ella responde,
No temas mi bien, mi Zaide,
Que un encanto aquí me asiste
Que presto á los dos nos salve.
Es un listón prodigioso
Fadado con hados tales,
Que dos que con él se ciñan
Cierto, invisibles se hacen.
Probemos Zaide, probemos,
Usemos mágicas artes
Y en su insensata pesquisa
Nuestros vedugos se censan.
Desdobra el listón Xarifa
Con él se anuda su amante
Cuando de presto ¡o qué espanto!
Ven una sierpe soltarse.
El fiero dragon se enrosca
Los ciñe en negros dogales,

El pecho para oprimirles
Y los pies por cultivarles.
Que tal liston, receloso,
Dar hizo á Xarifa el padre,
Para que hallase la muerte
Donde sus gustos buscase.
Llega el Rey enfurecido
Vibrando el sangriento alfanje
Y abríole el pecho á Xarifa,
Y el cuello dividió á Zaide.

EL SOLITARIO.

EL MAR

EN LAS NOCHES DE ESTIO.

La luna ya en el cielo
con vacilante brillo
cual lámpara de oro
alumbró el mar vecino,
sus rayos luminosos
bajando en leves hilos
se quiebran en las aguas
con mil lumbres y visos
los astros y luceros
desde el azul olímpo
repiten en las olas
sus luces y jacintos;
y en tan mágica imagen
cree ser el pecho mío
ó dos mares de estrellas
ó dos verdes empiresos.
Los céfiros serenos
con sus blandos suspiros
las ondas ensortijan
en apacibles rizos,
y empapados de aromas
de los fragantes cidros
se deslizan cual néctar
al pecho ardiente mío.
La silenciosa nave
dejando el salvo asilo
se desliza en las aguas
con sesgo fugitivo,
se oye la altiva proa
como en sonante vidrio
cortar la faz serena
del mar claro y tranquilo.
La costa se dibuja
como en grandioso circo
cercando el mar inmenso
con elevados riscos.
Al lejos se levantan
en eslabon continuo
las desiguales cumbres
de los montes sombríos,
y los fuegos del hato
cual soles encendidos
alumbran y se pierden
en el azul vacío.
Hasta la orilla bajan
los verjeles floridos
ciprés y pobo alzando
sus verdes obeliscos.
Y entre el bullir del aura
el peregrino oído
del ruiseñor distingue
los solitarios trinos.
Como liston de oro

plegado en leves giros
por entre el negro bosque
dudoso brilla el río,
y cual recuerdo triste
de los pasados siglos
allí entre escombros yace
el gótico edificio.
Trisca el pez sobre el agua,
halla en el viento alivio,
salta dos y tres veces
y cala al verde abismo.
Desde el sonoro cerco
donde se hundió lascivo
nacen, crecen y mueren
mil argentados discos,
las góndolas discurren
en gárrulo bullicio
ora en rápido curso
ora en plácidos giros:
parecen las Nereidas
que en mágico atavío
ensayan sueltos bailes
en palacios marinos.
Todo es dicha y contento
todo placer, deliquio
derramando en el alma
el placer mas benigno.
Todo en el mar convida
á gozar en delirio
las noches deliciosas
del caloroso estio.

EL SOLITARIO.

HISTORIA NATURAL.

BOTANICA.

Es la botánica, aquella parte de la historia natural que comprende el estudio de los vegetales. Por ella se aprende á distinguir unos de otros y á clasificarlos.

No constituye á un botánico el conocer y saber el nombre de las plantas, debe saber las leyes que presiden á su organizacion, las funciones de sus órganos, las relaciones que hay entre unos vegetales y otros, sus virtudes y hasta el uso que de ellos hacen la economía doméstica, las artes y la medicina. Como es tan extenso el objeto de esta ciencia se la ha dividido en distintas ramas para mayor facilidad en su estudio.

Llámanse botánica propiamente dicha aquella parte de la ciencia que considera á los vegetales de un modo general y como seres distintos unos de otros, á quienes es necesario conocer, describir y clasificar.

Pero antes de pasar adelante sepamos que cosa son los vegetales y que les distingue de los animales.

Los vegetales son, segun Richard, unos seres organizados y dotados de vida, privados de sensibilidad y de movimiento voluntario, pero que gozan de la escitabilidad, propiedad que forma el carácter especial de todos los seres organizados; en virtud de esta propiedad ejecutan las funciones vitales, y resisten la accion de las causas exteriores que incesantemente tienden á destruirlas.

Si se preguntase á uno que diferencia se encuentra por ejemplo, entre un caballo y una col, se reiría de tan extraña pregunta; pero si se le pidiera que determinase la diferencia que existe entre ciertos zoofitos que son animales, y algunas confervas, que son plantas, entonces ya

no había motivo de risa, y el sujeto interrogado se encontraba en un apuro, porque realmente no hay un límite fijo entre el reino animal y vegetal, por mas que lo hayan dicho Linneo y otros botánicos que le han sucedido. Vamos á comparar los animales con los vegetales, para ver si de esta comparacion resulta un carácter distintivo mejor que la existencia de la sensibilidad en los primeros única que Linneo asignó.

1.º Los animales y las plantas tienen órganos destinados á cada uno á un uso especial pero de cuyo conjunto resulta la vida, la existencia del todo.

2.º Los animales viven, y en ellos la fuerza vital parece resultar de la irritabilidad de sus partes, que son susceptibles de contraerse por el contacto de ciertos estimulantes, pero otro tanto sucede á las plantas; la irritabilidad y la contraccion se manifiestan de un modo enérgico en las flores de muchas y en las hojas y ramos de la sensitiva, en la dionen, etc.

3.º El azoe, el carbono, el hidrógeno, el oxígeno, algunas sales alcalinas y óxidos metálicos constituyen la base de las sustancias animales. Igual composicion presentan los vegetales; únicamente se nota que en estos predomina el carbono, y el azoe se encuentra rara vez.

4.º Los animales y las plantas viven y mueren, resisten á las fuerzas exteriores que tienden á destruirlos, y reparan sus partes heridas.

5.º Los animales arrojan las sustancias inútiles ó nocivas á su naturaleza y se apropian para la nutricion las que les convienen. De la misma manera obran las plantas; sus tallos, y principalmente sus raices se inclinan á una ú otra parte por un movimiento que parece voluntario; así se vé á los primeros huir de las tinieblas buscando la luz, y á las segundas abandonar un suelo seco y estéril para buscar un terreno mas húmedo y nutritivo. Las plantas, como los animales absorben las sustancias que les convienen y espelen al exterior las que son inútiles y nocivas.

6.º Los animales y las plantas tienen los mismos dos sexos.

7.º Se hallan algunos animales hermafroditas que se fecundan y reproducen sin la concurrencia de otro individuo de su especie, por ejemplo, la ostra y otros muchos moluscos, acéfalos. También la mayor parte de los vegetales son hermafroditas.

8.º Los caracoles y otra porcion de mariscos son andróginos. La morera y otras muchas plantas monoicas, se hallan en igual caso.

9.º La mayor parte de los animales tienen un solo sexo otro tanto sucede á todas las plantas dróicas.

10. Muchos animales son vivíparos, es decir que producen á sus hijuelos vivos. Algunas plantas gramíneas, los lirios y otros, en vez de producir semillas arrojan pequeñas plantas enteramente formadas.

11. Varios animales son scisiparos, esto es, que se reproducen por estacas como sucede á los polipos y á mayor parte de zoofitos. También un grande número de vegetales agamos (1) se hallan en el mismo caso. Los líquenes que no fructifican nunca son los mas comunes.

(1) Que no se reproducen por generacion.

12. Muchos animales son ovíparos es decir, que se reproducen por huevos. No son otra cosa las simientes de los vegetales.

13. Algunos animales zoofitos se multiplican, produciendo pequeños individuos que forman como yemas ó tubérculos alrededor de su madre. Esta les alimenta con su propia sustancia hasta que pueden vivir por sí solos; entonces se desprenden y constituyen nuevos seres. Muchas plantas se multiplican por medio de renuevos ó hijuelos. Los confervas no tienen otro modo de reproducirse que el de los polipos. El mastuerzo de los prados, en ciertas circunstancias se regenera por pequeños gérmenes tuberculosos que crecen sobre sus hojas.

14. Es fácil injertar dos polipos uno sobre otro, aunque sean de especies distintas, y no constituyen mas que un individuo. Sabido es como se injertan los vegetales.

15. Si se saca un ojo á una tortuga, se arranca una pata á un cangrejo ó á una salamandra, ó se corta la cabeza de un caracol, estas partes brotan de nuevo en mas ó menos tiempo, según la estacion, y los animales tardan poco en volver á hallarse completos. Lo mismo se reproducen las ramas de los vegetales.

16. Todos los insectos, los reptiles y aun algunos mamíferos como el liron, el liron mitiello, la marmota etc. permanecen entorpecidos mas ó menos tiempo por el frio sin dar señales de vida. Los árboles en nuestros climas, dejan de vegetar durante el invierno.

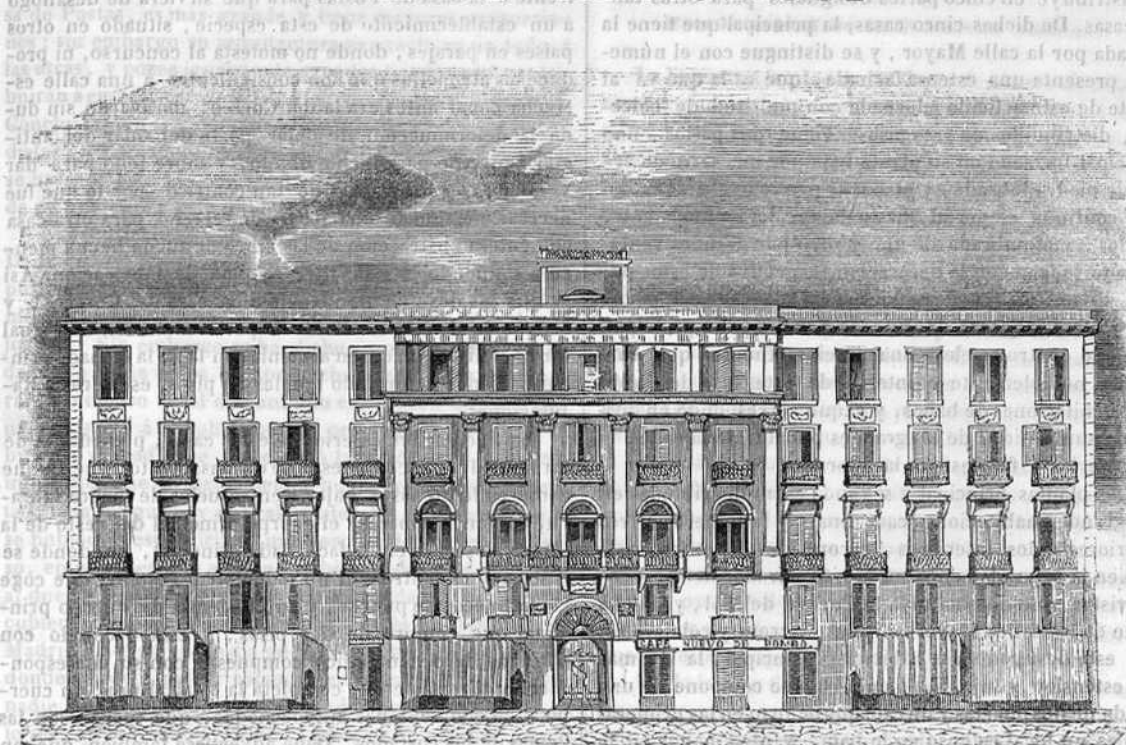
17. Los animales mudan muchas veces la piel durante la vida, ya caiga en pedazos grandes como en los crustacios, las serpientes etc. ya se desprenda de un modo casi imperceptible y bajo la forma de un polvillo, como en el hombre: los árboles renuevan muchas veces su corteza en el curso de su vida, unas veces por gruesos pedazos como el alcornoque y el plátano, otras por pedacillos pequeños como el peral, manzano etc.

18. En los insectos atraviesan los líquidos nutritivos las paredes de un largo tubo intestinal, riegan los tejidos orgánicos y se elaboran con el contacto del aire que se introduce por los estigmas ó poros respiratorios colocados á lo largo del cuerpo. En las plantas corren los líquidos nutritivos ó sea la savia por los largos tubos que forman el vegetal, riegan todas sus partes y se dirigen á las hojas y á la superficie de otros órganos: allí poniéndose en contacto con el aire y la luz por medio de los poros del vegetal, se combinan é identifican con la sustancia de la planta.

19. Los animales respiran: si por algun tiempo se les sumerge en un gas puro, hecha escepcion del oxígeno mueren asfixiados; en su respiracion consumen el oxígeno y exhalan el ácido carbónico. Las plantas respiran tambien; pero si se las tiene algun tiempo en un gas puro, que no sea el ácido carbónico ó el oxígeno, mueren asfixiadas, se apropian el carbónico y exhalan el oxígeno.

Ahora bien, ¿qué resulta de esta comparacion entre los animales y los vegetales? Que estos no se diferencian de aquellos sino en que respiran ácido carbónico en lugar de oxígeno; y que por la incineracion desprenden ácido carbónico en vez de azoe.

MADRID ARTISTICO.



LAS CASAS DE SAN FELIPE.



Esto es que en alguna ocasión hagamos un ligero parentesis en las columnas de nuestro periódico, para dar lugar en ellas a los artículos en que se manifiestan los adelantos rápidos y portentosos de algunas poblaciones de nuestra Península, que en muy reducido tiempo han conseguido embellecer sus calles con suntuosos edificios, en los que no se sabe que agrade mas, si el gusto de edificación elegante que en ellos se observa, ó la bella distribución de habitaciones, de que por desgracia carecían las casas antiguas. Barcelona, Sevilla, Valencia, y sobre todo Madrid han hecho tantos progresos en este punto, que principalmente en el último, pudiera creerse que hemos llegado al apogeo del

buen gusto, si tal cosa pudiera presumirse de la nunca estacionada habilidad del hombre. Deduzcamos consecuencias que quiera, el que á tanta movilidad no sea muy inclinado; nosotros sin fijar la atención en causas que para nada deben entrar aquí, notaremos el hecho del mejoramiento de la arquitectura, sin mezclarnos en consideraciones ajenas de un periódico que no es mas que pintoresco é instructivo. Las casas que en Madrid se construyen ahora participan de un sistema de elegancia y economía combinados, que contribuyen á su mayor ornato, porque á la mezquindad y pobreza que asistía á las antiguas habitaciones, ha sustituido una distribución cómoda en los departamentos, que unida á la solidez de los materiales, y á la simétrica proporcion guardada en la alineación de las calles, las hacen agradables y ventiladas. Para convencerse de ello, bastará fijar la atención en una, que há poco se concluyó al principio de la calle Mayor en esta corte, de la propiedad de D. Santiago A. Cordero, notable por ser de las mas grandes de particulares, que encierra Madrid.

Este edificio cuya exacta copia damos al frente de

este artículo está construido sobre parte del solar del antiguo convento de San Felipe el Real, entre las calles Mayor, Esparteros, San Esteban y del Correo, ocupando una superficie de unos 40,000 pies cuadrados, que se distribuye en cinco partes desiguales para otras tantas casas. De dichas cinco casas, la principal que tiene la entrada por la calle Mayor, y se distingue con el número 1 presenta una estensa fachada, que es la que vá al frente de este artículo adornada con multitud de balcones, distribuidos en tres pisos. Tiene dos patios, uno principal formado en su planta baja por una serie de arcos de piedra labrada, y otro mas pequeño al través del que continúa el portal, hasta la escalera situada entre los dos, y alumbrada de uno y otro por grandes ventanas que juegan con la decoracion respectiva de estos patios. Una estensa y elegante galeria adornada con jarrones y otras labores, dá entrada á dicho patio principal, en cuyo centro se eleva una preciosa fuente, que embellece notablemente el interior de este sitio destinado á las habitaciones de baños, y el que corresponde en gusto á la suntuosidad de las grandes puertas de la calle, y á las verjas y faroles que la adornan.

Las plantas principal y segunda estan distribuidas en dos grandes habitaciones cada una, y la tercera en tres exteriores y dos interiores, coronando el centro de la casa en la segunda crujía un bonito mirador de sorprendentes vistas, que domina toda la Puerta del Sol, y mucha parte de las calles Mayor, Alcalá, Carrera y colaterales, que está destinado á la habitacion principal, la de mayor estension y lujo. La planta baja se compone de una tienda de dos puertas y un café que ocupan en las primeras crujías un local estenso en lo bajo, y otro mayor en la planta del entresuelo, para piezas de juego, habiéndose destinado el resto de dicha planta baja en lo interior para una casa de baños, mediante á las buenas y abundantes aguas que tiene la noria construida para dicho fin. Este establecimiento sin duda el de mayor comodidad, y boato de los abiertos en esta corte, posee gran porcion de aguas, con anchos y aseados baños públicos, preferibles á los demas por su buen sitio, la elegancia del salon de descanso, la amplitud de sus habitaciones, la agradable limpieza de su suelo, y la frescura del patio en verano, que proporciona un hermoso descanso, á los que esperan la entrada ó quieren sentarse despues de la salida. El pavimento de las demas habitaciones es tambien de baldosa de piedra blanca, que alterna con otra oscura, y el interior de los gabinetes de las habitaciones principal y segunda, está adornado con dos columnas, que contrastan sencillamente con las bonitas salas y comedores que tienen todas ellas.

Las cuatro casas restantes tienen sus entradas por las calles laterales á su fachada principal, con su patio respectivo, pero dispuestos de modo que prestan luces, y reciben las aguas de aquellos á que pertenecen, y de las medianeras.

A causa del gran desnivel que tenia el terreno, desde la calle de San Esteban á la Mayor, y formar la correspondiente alineacion, fué necesario preparar y disponer en bancos el fcal de cada casa, y tambien el cor-

respondiente al de las tiendas, almacenes y entresuelos, hasta el punto en que se pierden estos por falta de altura; mediante á que el piso principal existe en toda su area en un plano á nivel. La precision de dejar una plaza frente á la casa de Postas para que sirviera de desahogo á un establecimiento de esta especie, situado en otros paises en parajes, donde no molesta al concurso, ni produce los atropellos que son consiguientes á una calle estrecha como antes era la del Correo, motivaron sin duda la determinacion de dejar parte del solar del antiguo convento para dicho objeto, y sobre todo para dar ventilacion y luz á un sitio tan céntrico, por lo que fué necesario eliminar una parte de terreno para otra casa con entera abstraccion de las cinco de queda hecha mencion siguiendo en estas diverso plan de fabricacion. Así es que las dos que dan frente á la casa de Correos, y las que lo dan á la calle de Esparteros tienen una igual forma y distribucion en armonia con la de la fachada principal, siendo en un todo iguales en pisos, escaleras y habitaciones.

La decoracion exterior de estas casas, presenta la de un solo edificio, compuesto de un basamento general que comprende los pisos bajos y entresuelos de piedra labrada, cargando sobre él el cuerpo principal del resto de la altura, excepto en la fachada principal, en donde se distingue el centro con un pabellon ó resalto, que coge cinco huecos de puerta, y en él ademas del cuerpo principal que comprende dos pisos, y está decorado con pilastras de orden jónico compuesto con su correspondiente cornisamento, completa la total altura, un cuerpo ático con ventanas antepechadas, que juegan con las demas de los costados. Debe advertirse tambien que en las fachadas de las calles del Correo y Esparteros se vé en cada una dos pabellones que las terminan, conteniendo cada pabellon tres arcos de la altura de los pisos bajo y entresuelo á la esquina de la calle Mayor, y de solo el primer piso, en la parte mas elevada del terreno, con la idea de que la falta de dicho entresuelo, no se haga tan notable como se haria, sino se hubiesen interrumpido y variado la forma de las líneas que constituyen el lienzo central de estas fachadas.

La construccion de las cinco casas podrá haber costado, atendida su magnitud, buena calidad de materiales de que estan formadas, y demas circunstancias, unos 5.400,000 rs. sin contar en esta cantidad el valor del solar sobre el que estan construidas. Muy aventurado es tambien á punto fijo designar la renta que tal finca puede producir, por ser esto difícil atendido el voluble precio de sus cuartos y tiendas, y las diversas contribuciones que sobre ella pueden gravitar; pero mirada su buena posicion, inmediata á lo que se cree como el centro de Madrid y el alto precio en que estan arrendados sus almacenes y tiendas, se puede deducir que su renta anual no baje de 400,000 rs. Efectivamente en todas sus fachadas hay una porcion de tiendas de lujo, de quincalla, de sedería, de modista, almacenes de música, botica, de heraje y otras hasta el número de veinte que rinden un alquiler superior al de las habitaciones, que á mas de este gran interés que á su dueño proporcionan, ofrecen no menos

belleza á la calle, y comodidad á las personas que anteriormente tenían que irse á surtir á mayor distancia.

La sexta casa aun no concluida, y que tiene la entrada por la calle de San Esteban, formando por los lados fachada á la calle de Esparteros, y á la plazuela de la casa de Postas, es mas grande y tiene mayores proporciones; sin embargo su arquitectura es exacta en un todo á las otras, y posee igualmente grandes tiendas que contribuirán á embellecer aquella calle, casi enteramente nueva. Concluida que sea, y empedrada la calle y plazuela inmediatas, y poblados los pisos bajos de elegantes tiendas, se hará de este sitio un punto de paso y comercio grande de que ahora está totalmente desposeído.

El arquitecto director de este edificio lo fué el señor D. Juan José Sanchez Pescador, persona de bastante reputación en la corte en el arte que profesa, y á cuyos muchos conocimientos y asiduidad, tenemos que hacer justicia. Sin embargo se ha dicho, y no sin ningún fundamento, que no se ha aprovechado como era de esperar el inmenso local del antiguo convento, de una manera mas útil á la población y al propietario mismo, y si bien es verdad que se desechó la pretension de hacer un pasaje, que en algun tiempo hubo, porque no era acertada toda vez que hay dos calles laterales espaciosas, y que se hubiera desperdiciado una porción de terreno precioso, en una idea que acaso no hubiera sido tan productiva al dueño, no lo es menos que la necesidad de una galería cubierta llena de fondas, tiendas y cafés en el centro de Madrid, donde en un día de lluvias, no hay un sitio en donde se pueda pasear cómodamente, es tan visible, que nadie duda de ello. Lo que se ha hecho sin duda es lo mas provechoso al dueño, porque el alquiler de las habitaciones, se aumenta cada día, y es mas seguro su valor, que el que pudieran producir otros establecimientos; mucho mas cuando las casas en este sitio pueden estar alquiladas en lo que el propietario absolutamente quiera. Algunos inteligentes tambien censuran de mal gusto el pabellon de orden jónico que adorna el centro de la fachada principal, porque hay desigualdad en las ventanas que lo coronan, y porque hubiera sido preferible la mayor sencillez en este punto; pero nosotros estamos por la idea del arquitecto, que une la sencillez á la necesidad y á la belleza, sin olvidar nada de lo que era preciso para dar entonación á tan gran conjunto, razón por la cual es digno de nuestros desinteresados elogios, no nacidos de causa alguna de parcialidad.

En el año de 1845, como indica un tarjeton de piedra con un círculo dorado al medio que está sobre la puerta, acompañado de otro con las iniciales del dueño de la casa, puesto al costado, se concluyeron estas cinco casas, que estaban ya alquiladas mucho tiempo antes de concluirse. Por último este magnífico edificio tiene la belleza y elevación necesarias para hermosear á la Puerta del Sol y calle Mayor, y por lo notable que es por su mucha estension, es digno de ser examinado por los inteligentes, y de ocupar un sitio en las columnas de nuestro periódico.

E. G. DE GREGORIO.

ESTUDIOS LITERARIOS.

Estado actual de la literatura cubana.

La literatura en la isla de Cuba es género de contrabando, pues en el terreno literario, hay vistas, á veces *miopes*, que inspeccionan como en las aduanas las producciones de los ingenios, cual si fuesen mercancías: en habiendo algo *ilícito*, la pluma del censor lo decomisa. Parece imposible que haya entusiasmo para escribir donde no se puede escoger asunto, y sin embargo se escribe mucho; pero ¿qué resulta? Que las publicaciones cubanas son juzgadas como pálidas, acaso con mucha razón, y no por falta de genios, no por falta de buenos deseos. La imaginación de los hijos de Cuba es ardiente; crea con facilidad, pero sus creaciones ó se ahogan antes de ver la luz, ó no se estiendo y mueren en la imaginación. El pájaro sin alas no puede volar! En un país donde está prohibido escribir, donde está prohibido hablar, y donde si fuere dable se prohibiría pensar, es imposible que se desenvuelvan las imágenes atrevidas, es imposible que se dé un paso adelante. Por esta razón, jóvenes de provecho que brillarían en otro país, caducan y vejetan oscurecidos, sufriendo un peso abominoso que rompe las cuerdas de su lira; callan, no por miedo, sino porque estan supeditados por leyes de hierro.

En la isla de Cuba está prohibido escribir y se escribe: esta no es una paradoja! se escribe, previa una censura arbitraria que hace á veces la autopsia de un escrito, dejándolo tan desfigurado que el mismo autor lo desconoce. ¿Y por qué? ¿Qué ideas propala el autor? Son contrarias á las formas de gobierno? ¿Nada de eso! ¿Sería perder el tiempo querer arrojar un guante que devolverían roto? La religion es un punto delicado, y no es permitido cantarla en todas sus fases. El amor debe tratarse de cierto modo, porque es un plano inclinado donde se resbala fácilmente. ¿La política?... ¡oh! la política es la fruta vedada de aquel paraíso literario: guárdese cualquiera de pensar en ella, aunque lo seduzca en forma de serpiente, porque alguna espada de fuego lo lanzaría del Paraíso.

A pesar de estas contrariedades, no faltan jóvenes poseídos de entusiasmo, de ilusiones, que escriben, aunque van conteniendo la pluma y desechando los mejores pensamientos, como separa un convaleciente los manjares mas sabrosos por temor del médico, conformándose con probar solo algunos, por insustanciales que sean. Es claro que escriben poseídos de entusiasmo, porque ni siquiera les queda el recurso de buscar un editor y sacar algun fruto de sus tareas; en la isla de Cuba no hay editores, nada se vende; y es necesario imprimir por su cuenta, esponiéndose casi siempre á una pérdida, á no ser que los periódicos y los amigos se pongan de parte del autor.

Reducida la literatura al estrecho círculo que he pintado, diré dos palabras acerca del teatro. Es inútil ad-

vertir que tiene su censura: la pluma del escritor y la del censor son el cuerpo y la sombra; en Cuba vá siempre la una tras de la otra. Se han hecho muy pocos ensayos dramáticos, y exceptuando *El conde Alarcos* ó algun otro, bien puedo decir que se ha trabajado sin éxito. Las compañías son regularmente malas ó cuando mas medianas, pero nunca buenas; esto, unido al miedo de escribir para los censores, y de escribir sin lucro es lo que priva á Cuba de las obras dramáticas.

En la Habana se publican hoy cuatro periódicos diarios que cuentan con suscripción, mas bien por la parte de anuncios que por la literaria, pues las razones sentadas prueban que deben estar destituidos de gran interés. El *Diario de la Habana* no contiene mas que asuntos de oficio, fragmentos de novelas traducidas, alguna poesía copiada, anuncios, el movimiento marítimo, ja esportacion de géneros coloniales y la importacion de los peninsulares. Los demas periódicos contienen casi lo mismo en la parte comercial. El *Diario de la marina*, dirigido por el inteligente jóven D. Isidoro Araujo de Lira inserta algunos artículos sobre *intereses materiales* del pais, artículos que son leídos, porque el espíritu comercial es el que domina en la Habana; tiene buenas correspondencias de París, Madrid y el Norte de América. Este diario es el oficial de aquel apostadero. El *Faro industrial* (antípoda del anterior) es el periódico mas grande que se publica en Cuba: está dirigido por el estudioso jóven D. José M. Cárdenas, cuyos artículos de costumbres se leen con gusto. El *Faro* cuenta siempre con muchos redactores, lo que contribuye á que tenga variedad en sus columnas: publica buenas poesías. *La Prensa* está regentada por D. Pascual Riesgo, jóven infatigable, *amigo* de todas las muchachas, mas fecundo que una coneja y mas vivo que una máquina de vapor. El solo llena el periódico muchas veces sin trabajo alguno. Rompió su lira de poeta, porque á tiempo se desengañó: si escribiera menos y estudiara mas, llegaría á ser mucho, porque tiene buenas disposiciones, pero su literato-manía le pierde: yo le disculpo. *La Prensa* es el panteon de las *notabilidades* literarias vergonzantes; pocas veces aparece la firma de un jóven de provecho: cuenta con suscripción bien numerosa, debida á la actividad de sus editores, á su baratura y al interés novelesco que sabe darle su director. Hay furor en la Habana y en todo Cuba por cantar á cualquier cosa: no hay persona que no sea felicitada por algun suceso favorable, despedida con sentimiento ó llorada con lágrimas de amargura. Muchas veces no quisiera uno morir, porque no le cantaran con versos tan detestables.

Si los periódicos de la Habana carecen de interés, se concibe que los del interior de la isla, estarán en escala mucho mas baja, por ser imposible que amenicen sus columnas sin copiar de los de la Habana ó España. En Matanzas se publica *La Aurora*; en Trinidad, *El Correo*; en Cuba, el *Redactor*; en Santi-Spíritus, *El Fénix*; en Villa Clara, el *Eco*; en Puerto-Príncipe, la *Gaceta*; y otros, sin contar los *Boletines oficiales*.

Está prohibido allí publicar ninguna obra sin superior permiso, y para conceder este ha de constar aquella de seis pliegos por entrega: así se han publicado la *Cartera cubana* que tuvo mucha aceptación; las *Flores del siglo*, que aun se dá á luz, dirigida por los jóvenes Mendive y Roldan, que gozan de buena reputacion literaria; *Quita-Pesares*, biblioteca que obtuvo un éxito nunca visto, por ser obra burlesca (1); el *Prisma*, la *Semana literaria* y algunas que han sido mejor ó peor recibidas, y donde hay de todo. Las impresiones por lo regular se hacen con lujo, pues la tipografía está muy adelantada, distinguiéndose en la Habana las imprentas del *Faro*, Torres y Oliva.

Pocas novelas se han escrito en la isla, pues lo mismo que en España hacen furor las de allende los Pirineos. El género de poesia que mas se cultiva es el erótico; Zorrilla tiene muchos apasionados que le imitan y Espronceda algunos. La poesia burlesca tiene pocos prosélitos entre los escritores, y estos pocos buscan la parte mala sin comprender la buena.

Literatos, verdaderamente literatos son contados allí: es una fatalidad, pero no es culpa del pais; no hay estímulo, como he dicho antes, y sin él los hombres se convierten en máquinas, que sin un impulso es imposible que se muevan: no trabajan. D. José de la Luz Caballero está reputado justamente por un sábio; Don Domingo del Monte goza de una nombradía bien adquirida por sus grandes conocimientos; D. Gaspar Betancourt (*el Lugareño*) es un escritor profundo que mira por el pais; D. José Antonio Echevarria, D. Ramon Palma y D. Zacarías González del Valle son mas literatos que poetas: en prosa sienten, hacen sentir; en verso imitan, cansan; su prosa demuestra que son hombres de instruccion: su poesia solo revela vulgaridades: ¡son poetas entre muchos! ¡Son literatos distinguidos!

¡Cuba ha producido genios! ¡Cuba ha producido poetas!... pero desgraciados! Heredia ha sido juzgado como un poeta de gran corazon: sus versos arrebatan, arrastran, hacen mal. Milanés, el desgraciado Milanés, muy querido en su patria, ha perdido el juicio, como Zequeira, otro cubano que valia mucho. Las obras de Milanés se estan publicando en la Habana y se conservarán como obras dignas de cualquiera biblioteca. Plácido era un mulato que murió víctima de sus ideas revolucionarias; no estudiaba, no sabia mucho, pero era poeta! Su facilidad asombrosa para la improvisacion era la causa de que sus composiciones no fuesen limadas. Entre pensamientos vulgares, se detiene á veces el que lee sus versos por un arranque, por una idea bellísima, como esta de una *epístola*:

«Alzo á las nubes atrevido el vuelo,
y encumbrando tu gloria hasta el Olimpo
bajo recinto me parece el cielo!»

Fuera de Cuba este mulato hubiera podido conquistarse un nombre envidiable, y su muerte fué un robo que se hizo á la literatura.

(1) Esta obra que consta de un tomo la publicaron los jóvenes D. Teodoro Guerrero y D. Andrés Orihuela.

Orgaz es bien conocido en España para que yo trate de ocuparme de él: sus composiciones se leen en la Habana con el interés que merecen, y no todas, porque todas allí no se pueden leer.

D. Juan Güell y Renté ha publicado dos tomos de poesías, pero el segundo *Hojas del alma* es superior al primero; su poesía es robusta: atiende mas á la sonoridad en los versos que á la belleza de los pensamientos.

D. Joaquín García de la Huerta es un joven, bastante joven, que promete mucho: en sus composiciones hay rasgos que hablan en su favor; el género lírico-escéptico lo maneja con amargura: lo comprende. Gusta mas por eso cuando se lamenta, que cuando enamora ó rie. Es muy bello este pensamiento de una *imprecación* suya:

«¡Oh! mundo, mundo! me arrojé en tus brazos
Cual piloto demente á naufragar:
Cuando ví mi bajel hecho pedazos
Lloré en las aguas de tu inmenso mar!»

D. Miguel Tolon y Don Leopoldo Turla han dado á luz sus tomos de poesías que no pasaron desapercibidos por el mérito que encierran; me congratularia tener muchos paisanos tan ilustrados como estos dos.

En el horizonte literario no brillan los astros femeninos: Cuba no ha dado otra poetisa de mérito que la señora de Avellaneda: esta ha adquirido un nombre en España que la honra, debido á sus magníficas producciones literarias: sus novelas y sus tragedias revelan de lo que es capaz una escritora, y su saber.

Los jóvenes Belancourt, Foxá, Blanchi, Cancio Bello, Ecay, Sanchez y otros varios se adquirirían una reputación donde se les invitara al estudio y al trabajo, pero en Cuba se confundirán con todos por esa apatía de que he hablado.

Ademas han trabajado con éxito en la isla, sin ser sus hijos, el célebre García Gutierrez, autor del *Trovador*, Enriquez, que ha publicado algunas novelas, Orihuela, que en el género andaluz se distingue, Ladeveze que escribe buenos artículos, y entre otros Sallas y Quiroga (D. José) que ha escrito una obra de *Historia antigua* aprobada para texto en los colegios, y que le recomienda en extremo.

Hay sociedades en la Habana donde ocupa un lugar la literatura, aunque se la mira como parte muy accesoria. El Liceo es una sociedad muy mercantil, y donde se busca el oro, no descuella el talento. SANTA CECILIA está dirigida por D. Enrique Gonzalez, hombre á propósito para el cargo que desempeña, y cada dia hace progresar su instituto; ademas cuenta la Habana con la HABANERA de estramuros y la FILARMÓNICA que le dan lustre á la capital, y donde de vez en cuando suele aparecer alguna producción literaria de mérito.

¡Hé aquí el triste estado de la literatura en la isla de Cuba! Ninguno desearia mas que yo sus adelantos, pero este es un problema que no se resuelve fácilmente. He hablado con la imparcialidad mayor y creo haber pintado sucintamente el estado actual de la literatura cubana.

GOSTUMBRES.

Biografía de una novela contemporánea.

En un tiempo en que se publican tantas memorias y biografías de hombres grandes, que si la posteridad juzga del número de estos por el de ellas, tendrá por de hierro y aun por de todo el siglo de Augusto ó el de Pericles comparado con el nuestro, parece hasta injusticia que no se dé tambien á luz la de un ente cuya compañía es una necesidad durante la mejor época de nuestra vida. Mas antes de principiar la narración de tan peregrina historia, descubriré á mis lectores la cristalina fuente de donde la he bebido, que historiador que se presenta sin citar documentos es lo mismo que embajador sin credenciales ó procurador sin poderes bastanteados: no aspiro al título de Plutarco de novelas, pero tampoco quiero que se diga de mí lo que de tantos escritores que solo porque les vino en deseo hicieron hablar á los animales, á las plantas, á los muebles, á las monedas, á los trajes, y lo que es mas sorprendente, á los muertos, prodigio que el vulgo cree que solo le es dado obrar á los escribanos. Pero, pasemos al asunto y sirva lo dicho de prólogo ya que es tan necesario en todas las obras que la que no le tiene, decia Abenhamar, es lo mismo que función de toros sin despejo de plaza.

Subiendo el otro dia la escalera de casa me encontré en ella un libro en dozavo que al pronto me pareció muy antiguo segun lo manchado y roto; pero habiéndole abierto vi que era una novela moderna. Me la llevé á mi cuarto y la puse con otros libros míos, advirtiéndole al criado que entregara aquella alhaja si viniera alguno reclamándola. No me volví á acordar en todo el dia del tal hallazgo; llegada la noche, me acosté á la hora que acostumbraba, mas á poco rato y cuando ya estaba todo en silencio me pareció que hablaban en mi despacho. Escuché con mas atención y percibí claramente una voz entre turbia y atiplada como de coqueta cincuentona. La segunda idea que se me ocurrió (porque la primera ya se deja suponer que seria la de los ladrones) fué, si vendria á turbar mi sosiego alguna Doña Rodriguez, y con este pensamiento me preparé á tenerle una acogida algo brusca. Júrguese adonde rayaria mi asombro cuando noté que la voz que me intimidaba salia de mi estante; en vano me mortificaba la memoria para recordar si habia tomado en el café algun licor espirituoso, en vano me queria hacer la ilusión de que estaba soñando, al fin tuve que convenirme de que no iba tan fuera de razon el Inca Atahualpa cuando creyó que los libros hablaban. «Ya que teneis empeño en saber mi historia, decia aquella voz desconocida, y que me convidan á impelen á complaceros el silencio en que estamos, y el vivo deseo que tengo de que la memoria de mi agitada vida me sobreviva, ceñiré los límites de mi relación cuanto mesea posible.» Por estas razones vine en conocimiento de lo que era todo aquello: mis libros que rogaban al recién llegado les contara la historia de su vida. Este rasgo de costumbres patriarcales me afirmó en la exactitud de un aserto que ordinariamente se prefiere con la misma seguridad que un axioma: *las costumbres patriarcales*, dicen, *solo se encuentran en los libros*, el caso presente es el mejor comprobante de verdad tan palmaria. Calmado un poco, fui cuidando de retener en la memoria la narración de mi huestad para publicarla despues, como hizo aquel veterano del hospital de Valladolid con las confianzas que mutuamente se hacian en las tinieblas de la noche Cipion y Berganza. *Contiguere omnes* y nuestra heroína comenzó á hablar en estos terminos:

«Mi patria no es posible conocerla por mi acento pues

que este es mezclado de francés y catalán, pero si penetráis dentro de mí, al punto la sacaría por mis ideas. Nací en París, y mi nacimiento fué demasiado cruel para que pueda pasarlo en silencio; yo vine al mundo hecha trozos, los cuales conforme los iba dando á luz el autor de mi existencia, se iban colocando en el piso bajo de un diario, cuyos suscritores devoraban todas las mañanas alguno de mis delicados miembros entre sorbo y sorbo de chocolate. Corría el año de 35, cuando en Barcelona un editor dispuso reunir mis fragmentos en un solo cuerpo á ver si yo cooperaba á poner en mejor orden su desquiciada fortuna. En efecto mis despedazados giros, fueron cuidadosamente unidos, con mas esmero que un anticuario ordena las piezas de un mosaico dislocado. Pomposos carteles anunciaron mi renacimiento al mundo literario, y una benéfica lluvia de plata acuñada llenó los famélicos bolsillos de mi segundo padre. No está con tanta impaciencia y temor la circasiana que en el bazar espera la llegada del que ha de ser su dueño para alegrarse ó sentir su suerte, como estaba yo cuando vestida de una modesta pasta holandesa me colocó mi señor en el estante mas próximo á la puerta con otras varias compañeras, cuyas historias eran trasuntos de la mia. No tuve mucho tiempo que aguardar, pues á poco entró un hombre espectro, que con voz sepulcral pronunció mi nombre; abrió al punto mi amo el estante y me puso en manos de aquel desconocido. Era este un joven como de hasta veinte y dos años, pero tan estenuado y descolorido, de aspecto tan sombrío y melancólico, de porte tan desaliñado y austero que mas parecia habitante de la Tebayda que de la bulliciosa y rica capital de Cataluña. Pagó al librero mi señor y salió conmigo para su casa: á cada instante se paraba, leía algunas líneas, quedaba pensativo y volvía á andar hasta repetir á los pocos pasos la misma escena. Llegamos por último á su casa que mostraba ser de familia acomodada, y subiendo escaleras y atravesando corredores, entramos en una habitacion apartada, antesala, despacho, estrado y dormitorio de mi nuevo dueño. Los pocos muebles que la adornaba eran antiquísimos á escepcion de varios cuadros que retrataban pasajes del *Han de Histania* y de la *Torre de Nesle*; en uno de ellos habia unidos los retratos de los dos personajes que obtenian la simpatía de todo novel amante; Abelardo y Eloisa. No me dejó aquel macilento doncel hasta haber leído mi última página, y juzgad que idea tan elevada formaría de mí que me consideró como un buen presente para su amada, mas notando que no estaba acorde mi vestido con mi raro mérito, me llevó á un de nuestros sastres (vulgo encuadernadores) para que me pusiera un traje digno de mí y del objeto á quien me dedicaba. Aquí comienza mi edad de oro... que en breve pasó á ser de barro (añadió la heroína de esta historia arrancándosele al mismo tiempo un profundo suspiro); dispensad si al referiros esta corta época de mi vida me dilato algo mas de lo que os prometí al principiar, pues nos sucede á todas las que pertenecemos al bello sexo que mientras mas vamos entrando en edad, mas nos complacemos en saborear la narracion de nuestras aventuras juveniles, quedé pues tan ufana con mi nuevo traje que me traía embobada contemplándole como educanda que sale del convento y viste por primera vez con lujo y elegancia; era de rico tafete con labores góticas, que así espresamente lo habia mandado mi señor, como tambien el que grabasen sus iniciales enlazadas con las de su amante en mi espalda, lo que hicieron en letras de tanto gusto por lo confusas y enredadas, que nadie las conocía á no advertírselo de antemano. Esos enigmas ó geoglíficos de cuya útil invencion se jacta la tipografía moderna y que harán desaparecer aquellas letras vulgares que cualquiera leía de la primera ojeada, yacian en paz en los libros de coro y brevarios de la edad media, fueron desenterrados cuando mi padre y los de otras compañeras mías promovieron el laboreo de dicha época en la que encontraron un filon inagotable de cuentos y leyendas.»

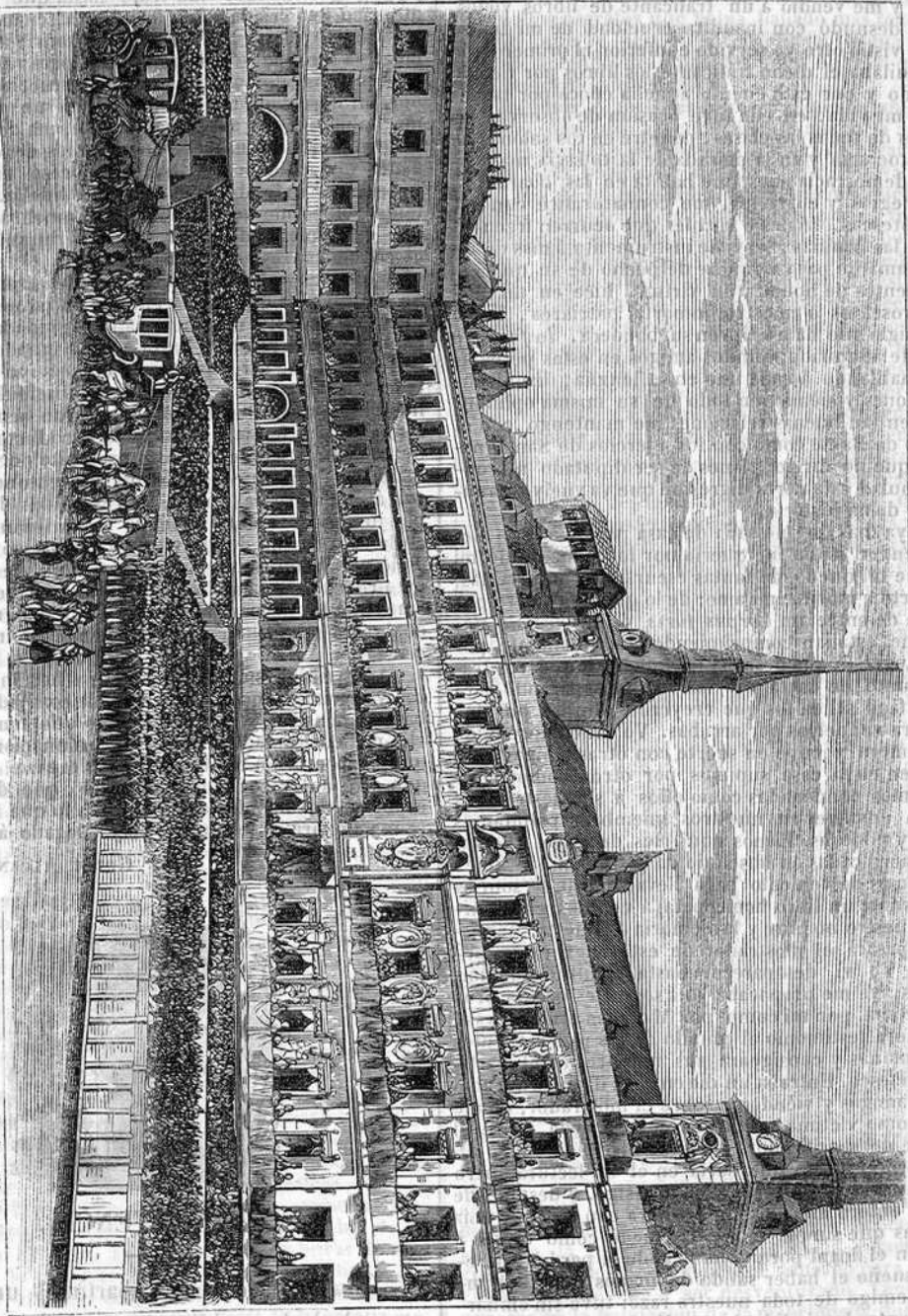
En esto un prolongado bostezo que hizo resonar un grueso tomo de Economía Política que dormitaba desde el principio de la relacion, cortó el entusiasmo de la narradora y el raudal de erudicion caligrafica que iba vertiendo.

«Mi señor (continuó la parlanchina novela) acostumbraba á ver á su amada por cierta reja pequeña que daba á una callejuela; me llevó consigo una noche y la leyó aquellos párrafos que habia hallado mas *touchans*: no extrañéis que lo diga en mi primitiva lengua pues que vais adelantando los españoles tanto en ella que pronto será tambien la vuestra.»

Su señora, y mia desde ahora, quedó tan complacida de mí que juró aprenderme de memoria; mas antes que pase mas adelante no estará fuera de lugar el que diga algo de la posicion y carácter de mi nueva ama. Era esta, hija de un empleado, castellano machucho, enemigo tenaz de todo lo extranjero, religioso, franco y de buen humor, su esposa habia muerto á los pocos años de casados, de manera que mi señora se habia educado á sí misma. Habiendo dicho que el tal papá detestaba todo lo extranjero se escusado añadir que me aborrecia á mí y á todas las de mi especie; afortunadamente nos escudaba la ternura que profesaba á su hija que sino hubiera hecho un auto de fé con todas nosotras. Era esta de blanda condicion, de talento que en muger pudiera pasar por mediano si hubiera tenido mas acertada direccion, de bello semblante aunque un tanto lánguido, y en fin de una fibra tan impresionable... (al oír esta palabra el Diccionario de la lengua, torció bruscamente el gesto, la oradora se sonrió desdeñosamente y continuó) que no gustaba sino de cosas extraordinarias y terribles; se aficionó de tal modo á la lectura de novelas, que se identificaba con sus heroínas llorando sus desventuras ó complaciéndose en su felicidad. Su nombre era Antonia, pero hirió tan vivamente su imaginacion la protagonista de una amiga mia, que desde entonces se hizo llamar Elodia. Yo de entre todas mis compañeras era su favorita, me llevaba en el ridículo, me ponía sobre el bastidor las pocas veces que lo tomaba, y dormía con ella sirviéndome de registro sus dedos de rosa y reclinada sobre su casi desnudo seno: constante compañero mio era un pómido de agua de colonia que ella llamaba del veneno.»

«No brilló por mucho tiempo mi buena estrella; trasladaron al padre de mi señora á Madrid y le seguimos como era consiguiente, ¿pero qué cambio hubo en Elodia á los pocos meses de estar en la corte! Principió por mirarme con indiferencia, despues con hastio, que bien claro lo indicaba mi vestido siempre cubierto de polvo; olvidó á su tétrico amante, mi primer amo, á pesar de los juramentos, de las protestas y de los desmayos que yo presencié al despedirme, y le substituyó con otro elegante, atolondrado y decidior. Tomó maestros de baile, de música, de francés, de dibujo, de montar á caballo; sus amigas eran las que con mas rigor seguian las modas, y solo la divertian los conciertos en que era aplaudida y las *soirées* en que hacia mas conquistas. Para consuelo mio no tardó en nublarle su dicha; un nuevo ministro que necesitaba el destino de su padre para premiar á otro á quien debia mayores servicios, le envió á mudar de aires á una provincia de Galicia adonde como es de suponer tuvo que acompañarle su hija. Esta antes de partir me dió con otros desechos á una criada antigua, muger grosera y de endiablado génio; observad de aquí adelante la rapidez de mi decadencia y como las desgracias parece que se ponen de acuerdo para no dar tregua al que principia á ser desventurado. Tenia por compañeros en la habitacion de la mencionada dueña una novena de San Antonio que le habia dado un primo suyo mandadero de monjas, y un paquetito de cartas que ella conservaba de sus antiguos amantes; de manera que los tres formábamos una biblioteca que no hubiera dado envidia á la que heredó Gil Blas del licenciado Cedillo. Poco estuve con tan grata compañía por lo que vais á oír; mi

SUCESOS CONTEMPORANEOS.



Visita de la plaza de la Constitución de Madrid durante las corridas de toros Reales, verificadas en Octubre de 1846 en celebridad del casamiento de S. M. A. Reina Doña Isabel II. (Véase la página 354 de este tomo.)

ama sabia de memoria la novena de San Antonio por haberla recitado muchas veces con objeto, según entendí, de que el Santo proveyera á cierta necesidad suya, y lo mismo le sucedía con las cartas por habérselas hecho leer repetidas veces por sus amigos, y así es que una y otras las leía al parecer de corrido; intentó hacer conmigo otro tanto, y como vió frustrados sus conatos se desesperó y me vendió á un traficante de libros viejos, el cual me desnudó con inaudita crueldad de mi lujoso traje y me vistió otro ya servido é inferior al primero que tuve. Alquilaba el dicho traficante los libros por tiempo determinado y por esto cuento aquella época por la mas variada de mi vida: en ella tuve ocasion de observar las costumbres de todas las clases, penetré en los salones de la alta aristocracia y en la morada de la todavia mas encumbrada democracia pues que habita en las boardillas, recorrí colegios y cuarteles, me conaturalicé con las escenas grotescas, tristes ó risibles que ocurren frecuentemente en las familias, serví de instrumento á mas de un depravado amante para arrancar del pecho de su querida los sentimientos de honor y de virtud, hice en fin numerosos prosélitos á nuestro inmortal patriarca, á ese génio del siglo que ha escrito en su bandera, *lo feo es lo hermoso*. He adquirido infinitos amigos en estas peregrinaciones, hablando á cada uno en su lengua, lisonjeando sus pasiones y siendo en todo de su misma opinion, así es que en tan buenas relaciones me mantengo con el Dicionario de Bayle como con los ejercicios de San Ignacio, y eso que no abrigo planes de ser diputado ni concejal. Disimulad esta corta digresion que ya vuelvo á anudar el hilo de mi historia.»

«Hacia ya dias que no salia de casa porque según llegué á entender nadie me queria por lo grasiento de mi vestido, que tal quedó de tantas escursiones y correrías, cuando acertó á morirse mi amo; de lo que me alegré por ver si salia de entre un *Corpus juris* y un *flos sanctorum* que me estaban comprimiendo horriblemente por los lados. Logré lo que deseaba porque los herederos trataron al punto de metalizar los libros, separando para darles mas fácil salida los que creyeron inútiles por decrepitos para venderlos por arrobas. Yo fui comprendida en este número y cupe en suerte con otras amigas á un boticario, en cuya casa supimos por otros compañeros que estábamos condenadas como ellos á ser destrozadas vivas, para envolver en nuestros miembros palpitantes ungüentos y pildoras. Hémos aquí, les decia yo, que vamos á ser sacrificadas en obsequio de la humanidad, pues que serviremos de vehículo para llevar la salud (sonrisa despreciativa de un libro homeopata) á centenares de enfermos, y nuestro nombre y la memoria de nuestro heroísmo no traspasará el mostrador de este inexorable farmaceutico! Yo vi desaparecer hasta el último de mis compañeros, ya me preparaba yo á seguirles perola providencia velaba por mí como por Makrena Miccylawska para que diera testimonio al mundo de los padecimientos de mis hermanas y consignara sus nombres en el martirologio novelesco. Entraba un dia en casa de mi cruel amo uno de sus amigos y viéndome sobre el mostrador, donde ya estaba como víctima resignada que aguarda sobre el ara el golpe del sacrificador, me tomé distraído y leyó un poco. Ignoro el efecto que haria en él mi lectura, pero no le disgustaría porque me llevó consigo, y despues de leerme por entero me dió á una señora con quien le unia no sé si mas que simple amistad. Quedé como el reo á quien quitan el dogal porque ha llegado el perdon, pareciéndome sueño el haber salido de manos de aquel implacable enemigo de toda nuestra raza: tuve sin embargo que lamentar la pérdida de una lámina que me adornaba y que un niño del boticario no menos despiadado que su padre me arrancó con inaudita ferocidad.»

«Centaria la señora á cuya casa fui como unos cuarenta otoños, su figura era pequeña y rechoncha, facciones marcadas, maliciosa, parlanchina y glotona, á propósito en fin para consorte del gobernador de la Barata-

ria. Como era soltera tenia para desahogar su amor filial varios perritos de distintas especies, entre ellos uno de lanas que era su Benjamín y á quien su falda servia constantemente de Otomana; de este animalito era yo el privilegiado juguete, me mordía, me desgarraba, me arrastraba por el suelo y de este modo me presentaba despues á la visita. Tal vida traje hasta que el año pasado me sacó una criada á las ferias ¡oh! cuantos desaires é insultos tuve que sufrir! ya uno sonrie al ver mi portada, ya otro me separa con el pié para revisar un compañero mas afortunado, ya un anticuario que juzgando por mi derrotado traje hallar en mí un vetusto códice me habia tomado apresuradamente, me deja caer al leer la primera línea cual si le quemara los dedos, ya un elegante me maldice por haber impreso en su anteojo guante mi indeleble cuanto sucia huella. Despues de tanto sofoco me sucedió lo que á muchos de mi sexo, que estan metiéndose por los ojos durante las ferias y al concluirse estas se quedan con la esperanza de que otro año les cobijará mejor estrella. Aquel corto tiempo no fué mas que un paréntesis en mi método de vida, pues luego esta continuó tan degradada y miserable como os dejo referido hasta que el agnador se apoderó de mí para que otro asturiano amigo suyo le enseñase á leer. Enojados con migo maestro y discípulo porque este no adelantaba, decidieron de comun acuerdo sacarme este año á las ferias y liquidar mi producto en la Virgen del Puerto. Salíoles vano su propósito porque me aconteció lo mismo que el año anterior, entonces me regalaron al zapatero del portal, cuyos chicos despues de haber jugado al volante conmigo esta mañana, me dejaron en la escalera de donde vuestro compasivo señor me recojió para reunirme con vosotros: aquí me teneis que en mi prematura ancianidad, despues de haber servido mas amos que los héroes de vuestras antiguas novelas, no sé cual será mi último destino, ni adonde iré á dejar mis cenizas.»

Así terminó su relacion nuestra heroína entre sollozos y lágrimas; todos los oyentes la compadecian y la daban... consejos y esperanzas. Yo que tenia ya satisfecha mi curiosidad, cedí á las insinuaciones de Morfeo que se apresuró á recibirme en su regazo. Este artículo que otro autor concluiría fingiendo que despertaba, lo acabo yo durmiéndome de veras en lo que probablemente me imitará el lector que haya llegado á este punto.

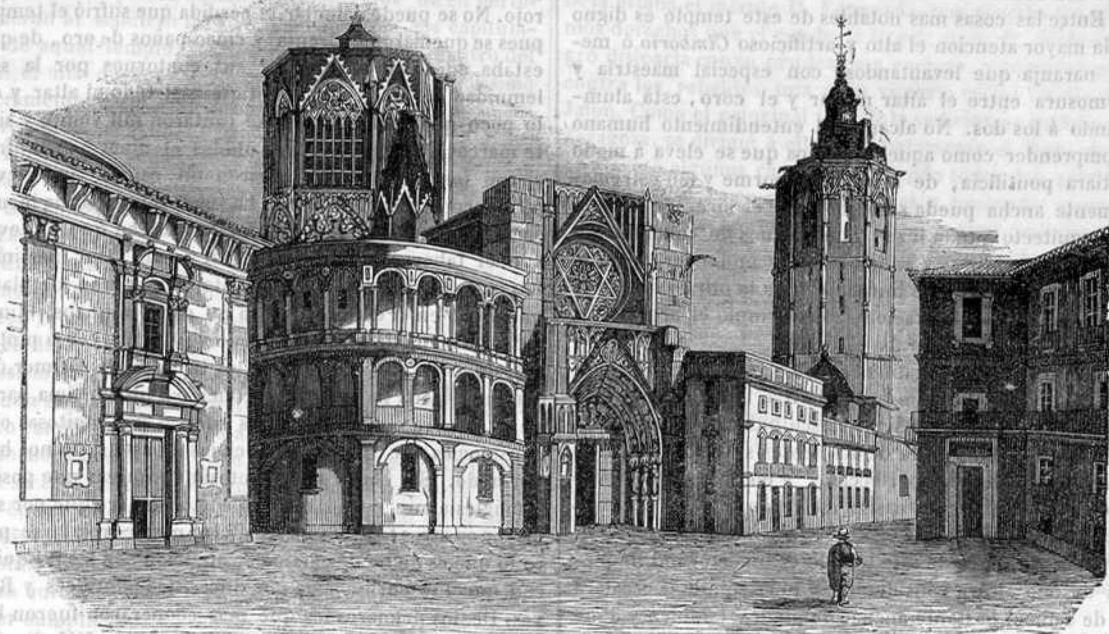
JOSÉ GODOY ALCANTARA.



ADVERTENCIA.

Con este número repartimos un prospecto general de las publicaciones del establecimiento, cuya completa lectura rogamos encarecidamente á nuestros suscritores.

ESPAÑA PINTORESCA.



LA CATEDRAL DE VALENCIA. (1)



Entre el considerable número de hermosos templos que hay en la ciudad de Valencia, es notable su catedral por la magnificencia en la arquitectura, suntuosidad de la construcción é histórico de su fundación pues es el mas antiguo de todos.

Sobre este templo llamado vulgarmente la Seo, por estar en él fundada la Sede ó silla episcopal, han escrito varios, pero casi siempre haciendo un relato de su mérito artístico, sin tocar en nada á su parte histórica.

En el sitio en que hoy día existe la Seo es sabido que hubo en tiempo de los gentiles, un grandioso templo dedicado á la diosa Diana; el que posteriormente siguiendo las varias dominaciones de godos y mahometanos, se transformó en templo de Dios, y de Mahoma: y últimamente el glorioso Rey D. Jaime, como

devotísimo de la Virgen le dió el título de Santa María; reservando una capilla principal del templo en una de sus naves, para San Pedro, con el nombre de parroquia, conservando así lo hecho anteriormente por el Cid.

Lo primero que hizo el Rey D. Jaime en el día de su victoriosa entrada en la ciudad, que lo fué el martes 28 de Setiembre del año 1238 despues de plantado el pendon castellano en la torre del Temple, fué irse en derecha con el ejército á la mezquita mayor; y despues de haberla consagrado por manos del arzobispo de Tarragona, se levantó un altar donde celebró misa solemne el obispo electo de Valencia. Observando el Rey que en las paredes del nuevo templo quedaban esculpidas algunas memorias mahometanas incompatibles con la religion cristiana, determinó derribarle todo para construirlo de nuevo. En efecto se hizo una procesion en que iban el Rey, los sacerdotes y el pueblo: cuando llegaron á la iglesia tomó el mismo Rey un martillo de plata y comenzó á dar en la pared; á imitación suya hicieron lo propio los sacerdotes, y luego los gefes del ejército; cerrando la procesion y concluyendo la ceremonia los franqueadores de todos los regimientos quienes al llegar

(1) Véase el tomo III del Semanario página 703

principiaron á derribar con tal ahinco y furia, con sus picos, azadones y demas instrumentos que en pocos dias quedó arrasado. Formado inmediatamente el plano para el nuevo edificio tal como existe en el dia, fué reedificado con suma brevedad.

Entre las cosas mas notables de este templo es digno de la mayor atencion el alto y artificioso *Cimborio* ó media naranja que levantándose con especial maestria y hermosura entre el altar mayor y el coro, está alumbrando á los dos. No alcanza el entendimiento humano á comprender como aquella fábrica que se eleva á modo de tiara pontificia, de altura tan enorme y tan estremadamente ancha pueda sostenerse en el aire. Se cuenta del arquitecto que la hizo, que despues de concluida, al quitarle las cimbras y andamios se escondió por miedo de que al descimbrarla se hundiese toda la obra y perdiese para siempre su reputacion, pero triunfó el arte de tal modo, que no lo esperaba el artifice.

Son tambien admirables el coro y campanario. El coro y toda su portada son de alabastro finísimo con multitud de molduras é imágenes esculpidas, y es tan espacioso que contiene cerca de doscientas sillas de nogal, labradas con particular perfeccion; y en él se halla tambien el órgano que es casi el mas grande y de mejores voces de toda España.

El campanario de este templo es un octógono de piedra de una altura considerable y muy sólido, la escalera es de caracol bastante ancha, de piedra tambien y apoyada por su centro sobre un eje redondo, que se eleva en el medio de la torre hasta lo último y cuenta 168 escalones. Esta preciosa obra se concluyó á fines del siglo XII. Arriba hay una campana disforme que solo sirve para el reloj, pues es tanto su peso y volúmen que no se puede mover, por lo que no está con las demas en el campanario, sino encima de la torre; su sonido es tan claro que se oye desde cerca de una legua de distancia. Se llama Miguel y fué bautizada en el año de 1521. Sus padrinos fueron los obispos de Tarragona, Segorbe y Mallorca; y madrina Doña Leonor de Borja, muger de D. Gerónimo Cabanillas, capitan de la guardia del Emperador Carlos V Rey de las Españas. De aquí deriva el título que los del pais dan á este campanario llamándole *Miquelet* sacado del nombre de su campana mayor Miguel, solo que bien por efecto de una ironía dirigida á su grandor, bien por ser muy comun en el dialecto valenciano el usar los diminutivos para espresar una cosa particular, le llaman Miguelito diminutivo de Miguel.

El suelo del templo está enlosado de azul y blanco, lo que forma un contraste hermosísimo con las capillitas que rodean al coro que son de mármol blanco y jaspé negro y rojo. El altar mayor fué cosa admirable en otro tiempo por ser tanto él como los santos de plata, repartido en seis cuadros que figuraban la vida de Nuestra Señora, con una imágenesuya de estatura muy grande: todo el retablo viene á tener diez varas de alto y seis de ancho. En el año de 1360 se principiá á construir la Virgen que en él habia; y en el de 1429 se acabó de dorar con perfeccion, habiendo costado 14,000 duros.

En el de 1468 á 21 de Mayo dia de Pascua Florida,

por la noche se pegó fuego al altar mayor, y habiéndose abrasado todo, solo se escapó del incendio dicha imagen que la salvó un esclavo llamado Lanzarote precipitándose entre las llamas, por lo que los canónigos le pagaron el rescate á su dueño en agradecimiento de su arroj. No se puede calcular la pérdida que sufrió el templo pues se quemaron cuarenta y cinco paños de oro, de que estaba adornado el altar y sus contornos por la solemnidad de aquel dia; derriñose casi todo el altar y de lo poco que pudo salvarse se juntaron mil veinte y siete marcos de plata, los que unidos al dinero que ofrecieron los valencianos formaron un capital que sirvió para reconstruir el altar que ha subsistido hasta la incursion de los franceses por el año de 1808 en que se llevaron el tabernáculo de la catedral de un valor inestimable y todos los santos de los altares que eran de plata, quedando en el dia por efecto de otros saqueos, limitada toda aquella magnificencia del altar mayor á pinturas; de modo que el mejor de los templos de primer orden de España ha quedado reducido á una décima parte de lo que era por efecto de las guerras y calamitosas circunstancias que desde los principios de este siglo nos han oprimido. Sin embargo del potosi de riquezas que poseia esta iglesia aun cuenta con un corto número que por ser mayor en otros templos de España no merece relatarse; pero lo que es digno de particular atencion son las reliquias con que fué enriquecida por diferentes pontífices y Reyes. De los primeros los que mas cooperaron fueron los Papas Calixto III, Alejandro VI y Clemente VII. De los segundos los Reyes San Luis de Francia, D. Martin y D. Fernando de Aragon, la Reina Doña Leonor hija del Rey de Aragon y Doña Constanza Emperatriz de Grecia.

Entre las reliquias de mayor mérito se encuentra el mismo sagrado cáliz en que Cristo la noche de la cena convirtió por primera vez el vino en su sangre y dejó instituido el Santísimo Sacramento del Altar. Toda la copa del cáliz es de una sola piedra preciosa, parecida á la que llaman Calcedonia (1). El color de este es tan extraño y bonito que á medida que se vá volviendo se forman diferentes visos y colores, produciendo infinita variedad de luces tan brilladoras que al poco rato ya no se percibe el primitivo color, si bien en un principio se presenta como una ascua de fuego amortiguada.

Primero le tuvo Roma, en el tiempo en que vivia en ella San Lorenzo mártir y en el repartimiento que hizo este santo de los tesoros que tenia en su poder recibidos del papa San Sisto, para no entregarlos al tirano le tocó á nuestra nacion el precioso cáliz de que hablamos, el que desde la pérdida de España en tiempo del Rey D. Rodrigo, le tuvieron los españoles guardado y reverenciado en el monasterio de San Juan de la Peña en las montañas de Jaca, donde se escondieron casi todas las reliquias que pudieron escapar de la furiosa entrada de los moros.

Posteriormente el Rey D. Martin de Aragon sacó tan preciosa reliquia de entre las manos de los monjes de

(1) Plinio refiere en el libro treinta y siete capítulo 7.º que los antiguos se preciaban de hacer cálices de esta piedra.

aquel monasterio y la dió en depósito á Valencia.

A mas del precioso cáliz de la cena, tiene la catedral de Valencia una prodigiosa multitud de reliquias que sería enojosa tarea enumerar, hallándose entre ellas cinco pedazos de piedra bastante grandes que dicen pertenecieron al sepulcro de J. C. con las que los capitulares de aquel templo, formaron uno pequeño, dentro del cual el día de Jueves Santo, encerraban el Santísimo Sacramento en el cáliz mismo de la cena quedando así representado al vivo la pasión del Señor.

En el altar mayor se conservan tambien la brida y hocado de Babieca, caballo del Cid y las monturas del de D. Jaime, como en memoria de las conquistas de entrambos héroes.

Una costumbre existe aun en el día que perpetúa la memoria del conquistador D. Jaime, costumbre instituida con el objeto de celebrar su santo y victoriosa entrada en la ciudad. El día del apóstol Santiago se pone á esposicion pública en la catedral un grande bizcocho ó *tortada* segun el dialecto valenciano, el que en un magnífico ramillete representa al Rey D. Jaime á caballo matando moros, este ramillete ó bizcocho puede llevarsele á su casa el primero que le pida sin satisfacer nada por él, pero queda obligado á dar otro igual en el mismo día del año siguiente, cuyo valor no baje de una onza, obligándose para ello con el competente documento ó fianza autorizado por el notario público, que justifique poder cumplir el compromiso.

Todas estas particularidades prueban lo amantes que son de su pais los valencianos y lo curiosos en materia de historia, como lo manifiestan todas sus funciones, pues siempre se halla en ellas algun recuerdo antiguo, y es bien cierto que si todas las provincias de España hubieran tenido el mismo cuidado en conservar los hechos pasados, podríamos contar con memorias de que en el día carecemos.

EMILIO TAMARIT.

HISTORIA.

DON PEDRO EL CEREMONIOSO.

Don Pedro IV de Aragon, llamado el Ceremonioso por la pompa y majestad con que se presentaba al público, y las ceremonias minuciosas que eran indispensables para acercarse á su persona, hubiera sido un gran Rey atendida su capacidad política y prudencia, si á estas cualidades no hubiese unido la de no omitir crimen alguno para el logro de sus deseos. Despojó á su cuñado del reino de Mallorca, concediéndole páficamente un salvo conducto para obligarle á renunciar aquella corona. Como no tuvo hijo varon de su primera muger, el conde de Urgel, su hermano era considerado como sucesor suyo, lo que trató de evitar haciendo se reconociese por princesa de Aragon á su hija primogénita Constanza; pero habiéndose opuesto el conde á este reconocimiento y al-

terándose en algunas partes la tranquilidad pública, cedió con disimulo convocando córtés en Barcelona, donde murió envenenado el conde de Urgel. Este atentado que se achacó al Rey, produjo una nueva sedicion, á cuya cabeza estaba el infante D. Fernando, que alegaba los mismos derechos que el conde de Urgel; pero D. Pedro logró disiparla con su prudencia y energía, y consiguiendo contra los rebeldes una gran victoria en las orillas del Jalon. Como el principal foco de la sedicion se hallaba en Zaragoza, se dirigió á ella inmediatamente el Rey, donde ejecutó algunos castigos, aboliendo todos los privilegios concedidos por sus antecesores y haciendo quemar los documentos en que constaban. De aquí procede sin duda la confusion que se nota en la historia de Aragon.

Posteriormente favoreció al conde de Trastámara en la guerra que sostuvo contra D. Pedro de Castilla denominado el Cruel, pero constante siempre en sus pérfiles designios de cometer toda clase de atentados como redundasen en beneficio suyo, consintió en ajustar la paz con el Rey de Castilla, siendo la principal base la muerte del infante D. Fernando y la del conde de Trastámara. La primera se ejecutó por órden de D. Pedro el Ceremonioso en Castellon, y si el conde escapó del peligro que le amenazaba en la cita que le dieron á un castillo, lo debió al gobernador de esta plaza D. Juan Ramirez de Arellano que manifestó no se vilipendiaría jamás con semejante infamia.

Habiéndose casado en terceras nupcias con Constanza de Sicilia, tuvo un hijo llamado Juan que fué reconocido como sucesor suyo con el título de Duque de Girona, nombrándose desde entonces con el mismo título todos los herederos presuntivos de la corona. Durante las guerras que agitaron las Castillas, no permaneció tranquilo el Rey de Aragon, pues tuvo que conservar la Cerdeña amenazada de continuo por los partidarios de los Doria y Arborea, y el reino de Mallorca que le disputaba el Duque de Anjou, á quien habia cedido sus derechos la condesa de Monerrat, hija del último Rey de aquella isla. Tambien se ocupó en adquirir la Sicilia, pretendiendo escluir á Maria, hija de Federico, manifestando que era incapaz de suceder á su padre á causa de su sexo. Con este objeto despues de sostener una guerra bastante activa en el pais, trató de casar á Maria con su hijo Juan, pero este, enamorado de Violante de Bar, se casó con ella sin el consentimiento de su padre, cuyo acontecimiento turbó la paz de Aragon. En medio de estas intrigas murió D. Pedro IV á la edad de 65 años y 51 de su reinado, menos sanguinario al fin de sus días que lo habia sido en su juventud, pero siempre ambicioso, activo en sus proyectos, y hábil para realizarlos. Los historiadores le comparan con D. Pedro el Cruel en cuanto á lo injusto, con la diferencia de que D. Pedro el Ceremonioso no cometió los crímenes sino en cuanto los conceptuó necesarios á su ambicion, mientras que el Rey de Castilla no hacia mas que seguir su inclinacion naturalmente sanguinaria. Ha habido historiador que ha definido á estos dos príncipes diciendo que el uno fué el Neron de Castilla, y el otro el Tiberio de Aragon.

RECUERDOS HISTORICOS. (4)

Don poetas.

III.

En un elegante salon se vé á un bello jóven sentado en un cojin puestas las manos en la frente y en actitud meditabunda. A su lado está el Conde de Orgaz diciéndole:

—Sí, amigo mio, el Rey ha sospechado, no sé por qué, pero sin duda aquella cancion....

—¡Cómo! exclamó Villamediana sin levantarse; ¿por una simple cancion habia el Rey de sospechar de mí, de su esposa? ¿habia de injuriarla solo por eso? no, la calumnia, la infame delacion es la causa solo, ¡infeliz!

—Y bien, si es así, peor para vos y para ella. Tratad



de salvarlos ya que no podeis salvar á la Reina.

—¡Yo huir! ¡jamás! que vengan, que me asesinen si quiere ¿pero huir? no, ¡imposible!

(1) Véase el núm. 40.

—Y pensais presentaros hoy en el torneo?

—¿Como he de faltar á él? si no fuera me acriminaría á mi propio.

—Pues bien, amigo, lo que os encargo es la pruden-

cia, tal vez podremos disipar las sospechas del Rey.
—¿Os vais? le dijo Villamediana viendo que se disponía a marchar.

—Sí, tengo que vestirme para la función, y me queda poco tiempo.

—Os espero, conde, saldremos juntos de aquí.

—No faltaré, amigo mío, le contestó el de Orgaz.

Salíó este dejando á Villamediana abismado en sus tetricas ideas.

Levantóse á poco rato y dijo llamando á su paje:

—¡Gutierrez!

—¿Qué mandais, señor? dijo el paje entrando.

—Que me ensillen y engalanen el mejor caballo que haya en mis caballerizas.

—¿Y que traje llevais señor?

—La ropilla de terciopelo negro con capilla igual y sombrero con plumas blancas.

Salíó el paje y volvió de allí á poco con el traje de su señor.

Así que concluyó el conde de vestirse, en lo cual empleó una hora larga, le presentó el paje un soberbio espejo en el que se miró el enamorado galán con aire de satisfacción. Bello estaba en efecto con el airoso traje que tenía puesto. Completaba á lo que llevamos dicho unos puños de riquísimo encaje y valona de lo mismo. Llevaba tambien borceguíes abotinados, cerrándolos dos hermosos lazos de raso. A poco rato entró un criado y puso en sus manos un billete. Abriólo el impaciente galán y exclamó:

—¿Será cierto, Dios mío? ¿la Reina me llama? ¡Isabel! ¡ah! ¡me volveré loco! vengan luego mil muertes, yo las arrostraré con gusto á trueque de que la hable.

Quedóse despues como en una abstraccion mental, de la cual le sacó el ruido producido por el paje, que anunció estar ya el alazán enjaezado.

—Bien está, le contestó. ¿Aun no ha llegado el conde de Orgaz? le preguntó.

—No, señor, le respondió el paje.

—Despedad, replicó el conde, y cuando llegue le introducireis hasta aquí.

Salíó el paje, y el conde se recostó sobre el muelle sofá de terciopelo escarlata, con suma indolencia. Parecia que la naturaleza se habia complacido en prodigarle sus mas bellos dones: era realmente un hermoso mancebo. Volvió á abrir el querido billete devorándole con la vista, repetia cada palabra con delirio, y sus ojos chispeaban de placer.

—¡Ah! exclamó, á pesar de vuestra envidia, á pesar de vuestras calumnias, la veré esta noche, la hablaré, y vuestras almas se unirán con nuestro amor!

De allí á poco se abrió la mampara, y entró el conde de Orgaz ricamente vestido.

—Bien, amigo, le dijo al entrar sorprendiéndole en su lectura. Parece estais muy alegre segun la espresion de vuestro rostro.

—¡Sí, alegre, feliz mas que nunca! leed: y le entregó el billete.

—Estará de mas que os diga si ireis.

—¡Ah! ¡cuanto deseo llegue lo hora!

—Arriesgado es el paso que vais á dar, y me temo que no salgais bien de él.

—Pero amigo, ella me llama, no habrá peligro cuando se atreva á dar tal paso.

—¿Y si fuese un ardor del rey para cerciorarse?

Quedó Villamediana un tanto pensativo; luego dijo:

—Sea lo que quiera todo lo he de arrostrar.

—De todos modos os encargo mucho cuidado.

—Seguiré vuestro consejo, amigo mío.

Salieron los dos condes, y montando en sus corceles marcharon seguidos de sus escuderos, pajes y lacayos.

Llegaron al sitio del torneo con sus cuadrillas y se adelantaron hácia el balcón régio en el cual estaban el Rey y la Reina con multitud de personajes. Detrás del asiento del Rey divisábase una figura estraña, raquítica, asquerosa, era esta el enano y bufon del Rey, el mismo que alimentó en el pecho del monarca los celos que ya abrigaba en sumo grado.

Todo el concurso dirigió la vista hácia los dos airo-sos condes y sus bellas y brillantes adargas.

La del conde de Orgaz era una fiera domada por el Dios del amor con este mote: «Ay á quien lance mis tiros!» La del conde Villamediana era un precipicio, con una corona en su orilla y del otro lado una muger con este mote: «La hollaré para pasar.»

Comenzó el torneo quedando siempre vencedores los dos gallardos condes que sobre sus soberbios brutos bur-laban la fiereza del bravo animal.

Mientras esto pasaba, el Rey y su bufon hablaban por lo bajo, y le decia este último al primero.



—No me queda duda, señor, la Reina le ha escrito citándole para esta noche.

—¡Calla! calla, miserable, le dijo el Rey. ¿Sabes que si mientes mandaré que te arranquen la lengua para que no

la vuelvas á emplear en menoscabo de la reputación de de tu Reina?

— Señor, digo la verdad.

— Bien, contestó Felipe.

— ¿Quereis mas pruebas, señor? dijo el bufon señalando al Conde con una risita sardónica. Mirad, continuó, ved la adarga del Conde, ¿qué veis en ella?

— Una corona y una muger.

— ¿Y no adivináis lo que significa esa corona y esa muger? pues esa corona es la corona de España, y esa muger la Reina de España.

— ¡Miserable! exclamó el Rey.

Mas el bufon sin inquietarse por nada, prosiguió con acento infernal:

— Leed el mote, dice: «La hollaré para pasar» y miraba al Rey con ojos de basilisco.

— No pasará, murmuró el Rey.

Todos aplaudían á los condes, y les prodigaban mil elogios por su destreza y gallardía. La Reina saboreaba todas aquellas muestras de admiración y amistad que le prodigaban al conde con un placer sin igual.

Concluyóse la función y las cuadrillas pasaron por debajo del balcón régio con sus respectivos gefes al frente de ellas. Al pasar la de los condes, tiraron las damas y caballeros flores y cintas con profusión, y también la Reina, no pudiendo resistir el impulso de su corazón, arrojó sobre el Conde un ramo de lindas flores. Todo lo observó el Rey que no la quitaba la vista de encima.

Después de esto, dos hombres se quedaron viendo marchar la comitiva. Era el uno el del hábito de Santiago, que figuró con Villamediana al principio de esta historia, el otro era su amigo Calderón.

— Ese jóven se pierde, dijo el primero.

— Así lo creo, contestó el segundo personaje.

— Morirá alevosamente, murmuró.

— Dios le salve de tal desgracia.

— Así sea.

Y desaparecieron.

IV.

La primera diligencia del Conde en cuanto llegó á su casa, fué la de quitarse el rico vestido que llevaba sustituyéndole con otro mas sencillo. Púsose la capa y el sombrero y ya iba á salir, cuando entró en la estancia el caballero cruzado que le acompañó en su paseo nocturno.

— ¡Cómo! ¿sois vos? le dijo el Conde al verle.

— El mismo, contestó él.

— ¿Y á que debo la dicha de teneros á mi lado á estas horas?

— Vengo á libraros.

— ¿De qué?

— De una muerte cierta.

— ¿Teneis pruebas?

— Ninguna.

— Dejádme pues marchar.

— No, no saldréis; es un fatal presentimiento que me acosa, y que me dice que correis á vuestra perdición.

— ¿Pero por qué?

— He leído en el semblante del Rey que sospecha, sí, no hay duda, tiene vehementes sospechas, quien sea el



que se las haya infundido, lo ignoro, pero creedme, Conde, el Rey sospecha.

— ¿Y cómo quereis que falte á esta cita? ¡imposible! ¡aunque me fuera en ella la vida, iré!

— Pues que tan obcecado estais, no me opongo mas á vuestras intenciones, pero os acompañaré.

— Con mil amores, le contestó Villamediana.

— ¡Gutierrez!

— ¡Señor! respondió el paje en la estancia.

— Mi espada.

Luego mirando á su amigo, dijo:

— Bien, somos dos, y dado caso que nos quieran asaltar, nos defenderemos.

Salieron de allí en dirección del Alcazar Real atravesando las calles mas solitarias para no ser conocidos, llegaron después de mil rodeos á la plazuela de Palacio, y diciéndose algunas palabras se despidió el Conde de su amigo, y entró por una de las puertas de la régia morada.

Después llegó á un pasadizo estrecho, cruzó luego otro, después encontró una galería, volvió á hallar otro pasadizo, subió una escalera secreta, y al concluirla encontró la muerte.

El que se habia quedado esperándole, impacientábase á cada momento, estaba en un mortal desasosiego.

Dieron las nueve, las diez, las once, y el Conde no parecia: aguardó dos horas mas, y viendo que en vano le esperaba, se le oyó murmurar.

— ¡Infeliz! ¡bien me lo temia!

Después se alejó de aquellos sitios.

Al día siguiente no se hablaba de otra cosa en toda la villa que le la muerte del Conde. Cada cual la contaba á su modo; pero nada se supo de cierto.

Era una tarde del mes de Agosto cuando bajaban dos caballeros muy apuestos y gallardos hácia el paseo del Prado. Así que llegaron á él comenzaron á pasear entre multitud de personas las que al verlos les franqueaban el paso con muestras de respeto. Ambos vestían el hábito de Santiago, y á juzgar por el semblante de los dos, fácil era conocer que sufrían interiormente.

—¡Cuánto me temí esta desgracia! exclamó el uno.

—Nunca creí que se realizara vuestro triste pronóstico.

—Sin embargo, su muerte ha sido un asesinato indigno de un Rey!

—¡Ah! no nos toca juzgar sus obras, solo podemos llorar al amigo.

—Sí, no queda otro recurso que llorar. Mañana se celebran sus exequias, y debemos asistir, aunque con disgusto, pues veo que el dolor no me deja reposar.

—Si, ¡iremos á llorar sobre una tumba sin cadáver!

—Eso prueba que sus restos han sido recogidos por una mano poderosa. ¡Asesinado! continuó con amargura, ¡oh! nunca lo hubiera creído del Rey.

—Silencio, amigo, hasta ahora no son mas que sospechas, y ya sabéis que las paredes tienen oídos, y que el contrario lleva una corona.

—Teneis razon, amigo, ¡se ha vengado cruelmente!

Apartáronse luego del paseo, y se encaminaron por la calle de Alcalá arriba. Al llegar al centro de dicha calle se pararon en el portal de un elegante edificio.

—Os dejo en vuestra casa, amigo: hasta mañana.

—Hasta mañana. Conde de Orgaz, respondió el otro.

Se alejó el Conde, y el que allí quedó, dijo distraído y con melancólico acento.

—¡Infeliz! se cumplió tu destino, mi presentimiento no era infundado!

El que esto hablaba, era el mismo que en distinto sitio le dijo al Conde que se guardara mucho, y se llamaba D. Francisco de Rojas.

A. SIERRA Y L.

COSTUMBRES.



EL ESTRANJERO EN SU PATRIA.

Montado en caballo espátula
que nació en extraña tierra,
y de la oreja á la cola
se le mide por toesas.

El pantalon sin trabillas,

baston en lugar de espuelas,
y á un trote tan levantado
propio de enjuagar botellas.

Con una tercia de picos
ciciljo de sus orejas,

y el chaleco, ó mas bien chupa,
del tiempo de Ana Bolena.

Un fraque que no es un fraque,
ni levita ni chaqueta,
y menos diré gaban
(aunque asegurarse pueda,
que entre el primitivo fraque,
y la casaquilla, sea
verdadera transición....

D. Orestes se presenta
en el paseo del Prado
á lucir su gentileza....

Llamarémosle Monsieur,

que el don es de nuestra tierra.

Habla en francés, y en inglés;
pero no sabe su lengua,
pues es cosa de mal tono

todo lo que á español huele.

Estornuda á lo italiano,

y se limpia á la holandesa,

y con gabacha figura,

estrangeradas maneras,

bigote á la Borgoñona,

y rizada cabellera,

adorna una calabaza,

que algunos llaman cabeza.

Nuestra juventud florida

al momento le rodea,

y al ver su esquisito gusto

dice á una voz con sorpresa.

!Qué talentos!... !Qué elegancia!

!Aventaja en sus maneras

al mas fino de París....!

Es inglés en toda regla,

dijo cierto *peloncito*,

que hizo un viaje á Inglaterra

á que el *pele le cortaran*....

Hasta el sombrero que lleva

es de francesa estructura,

repuso una pelimetra....

Es un tipo de elegancia,

vestido, y montado en regla,

añadieron todos juntos

aclamándole Rey de ella....

Yo con mi clásica capa

dije al ver tanto babieca

!Españoles!.... !Españoles!....

!Ved aquí lo que os espera:

una juventud que charla,

viste y piensa á la extranjera,

y todo lo ensalza y gasta

¡con tal que español no sea!....

!Quizás no esté el día lejos,

que España su nombre pierda,

pues no faltan calabazas,

que presumen de cabezas!....

N. R. DE LOSADA.

UNA COSA INSOPORTABLE.

Soneto.

No bien chupaba el lácteo pezon
Sufri sin lloro el agua bautismal,
Sufri de mi nodriza lo brutal,
Sufri de mis pañales la presión,
Sufri mas adelante el sarampion,
La palmeta de un domine infernal,
La esclavitud del lazo conyugal,
Y de una suegra-cráter la erupcion,
Sufri de un mal poeta la altivez,
Sufri la ineptitud de un parlanchin,
Sufri insultos de un critico soez,
Hasta el cólera-morbo sufrí en fin;
Mas no puedo sufrir la pesadez
De un aprendiz de música y violin.

WENCESLAO ATGUALS DE IZCO.

CRONICA.

Continúan los revendedores ejerciendo públicamente su comercio, continúan los agentes de seguridad sus animadas conversaciones con ellos y siguen las autoridades sin impedir el tráfico escandaloso de los que se mantienen estafando al público. No nos proponemos indicar los medios de cortar de raíz estos abusos porque bien patentes estan; lo único que queremos manifestar es que nos parece ridiculo que la consigna dada á los agentes de policia se limite á impedir que aquellos individuos se estacionen á la inmediacion del despacho, al paso que no se oponen á que veinte varas mas lejos y á su presencia sigan especulando como siempre.

En el teatro del Principe se ha representado un drama del señor Asquerino titulado *Juan de Padilla* que ha obtenido numerosos aplausos en todas sus representaciones. En su ejecucion se han distinguido la señora Lamadrid y el señor Romea.

Se ha puesto en escena en el teatro de la Cruz una comedia traducida del francés titulada *Los Mosqueteros de la Reina*, de sencillo argumento pero de animadas situaciones, algunas de ellas de buen efecto é interesantes. Fué ejecutada con el esmero que lo son todas las obras que se representan en este teatro.

Varias veces hemos indicado al del Museo los medios que en nuestro concepto debiera adoptar para que la empresa lograra mejores resultados; pero lejos de introducir ninguna reforma, hemos notado mayor descuido en las funciones que se representan. Un teatro que puede ocupar un lugar distinguido entre los de segundo orden y que en la actualidad se encuentra en un subalterno, nos acreedor á consideraciones y nosotros nos proponemos por su propio bien, ser francos en adelante. La compañía si bien cuenta con algunos actores buenos, la mayoría no lo son, esto unido á que las funciones se ponen en escena sin los ensayos necesarios y á que las piezas se oyen por duplicado merced al apuntador que precede en voz alta al representante, son causas que justifican el alejamiento del público de un teatro que casi siempre está vacío. Solo cuando notemos que se corrigen estas faltas y hay esmero por parte de la empresa seremos indulgentes.

En Variedades ha tenido lugar una funcion de música y verso, como era de esperar no agradó á los espectadores. Con efecto, semejantes empresas no son para teatros de segundo orden, que deben limitarse á la representación de piezas de fácil ejecucion y de efecto probable. La concurrencia fué numerosa y lucida, pues este teatro sigue siendo muy favorecido del público que reconoce los buenos deseos de la empresa y los notorios esfuerzos que la compañía hace constantemente para agradar.

BIOGRAFIA CONTEMPORANEA.



D. FRANCISCO LUCINI.



Si recordando el estado material de los teatros de la corte diez años hace y comparándole con el en que hoy se hallan, puede apreciarse completamente la reforma y notabilísima mejora que en ellos han recibido la perspectiva teatral y la maquinaria; cierto es que todavía se necesitan hacer esfuerzos para colocarlos al nivel de los adelantos que cada día se están haciendo en el extranjero en este ramo importante de los espectáculos, pero no lo es menos que la mayor parte del terreno está andado; desde que los coliseos de Madrid dejando de justificar su antiguo nombre de *corrales*, han llegado á conseguir el grado de brillantez en que hoy los vemos.

Gran parte de este resultado satisfactorio es debido

al distinguido artista cuyo nombre y retrato encabezan este artículo, y cuyos apuntes biográficos vamos á consignar en el SEMANARIO: en este periódico, único de su género en España, que tan copioso caudal de preciosidades lleva desenterradas durante su larga vida, que tantas curiosidades ha descrito, que tantas noticias ignoradas ha publicado, y en cuyas páginas se ha destinado un lugar lo mismo á trazar los retratos de los hombres célebres de la antigüedad que á recoger y legar á las épocas venideras los de las personas contemporáneas de reconocido mérito, pagando así un tributo modesto pero muy apreciable al verdadero genio y al talento.

D. Francisco Lucini nació el 29 de Agosto de 1789 en Reggio (Italia), ducado de Módena; su padre Marcos Lucini era pintor, tallista y dorador del señor Duca y de Isabel Sirratti, célebre organista. Fué el menor de sus trece hermanos y le dedicaron al foro á instancia de un tío secretario privado del Cardenal Tribelli y de dos hermanos suyos abogados; á pesar de su repugnancia á dicha

carrera, estudiaba la gramática latina, pero aprovechando los ratos de ocio para copiar el Vinola que era lo que mas le llamaba la atencion y admirando siempre las obras de su hermano José y del caballero Fontanessis maestro de este. A los once años perdió á su padre y desde esta época se dedicó al estudio de la pintura. En el año de 1802 fué ajustado José para pintor y maquinista del teatro de Barcelona y le llevó consigo, allí hizo rápidos progresos tanto en el teatro como en trabajos particulares; pero en el año de 1808 con motivo de la guerra de la Independencia se paralizaron todos y tuvo que dedicarse á escribiente del Ayuntamiento. En 1814 dejó á España y marchó á Italia con su hermano, regresando en 1817 á Barcelona, donde al poco tiempo perdió á este y quedó en su lugar.

Desde esta época empezó á dar muestras de su disposicion y logró distinguirse en sus obras, siendo la primera una decoracion de átrio para la tragedia *el Pelayo*; en seguida puso en escena la comedia de magia *El Mágico de Astracan*, con la que hizo una revolucion en este género de espectáculos: despues preparó sucesivamente *El anillo de Gíges*, *El Cestero*, *El Mágico catalán* y otros de igual género. En 1821 fué atacado de la fiebre amarilla que reinaba en Barcelona y se salvó milagrosamente, por los acertados remedios que él mismo se suministraba. En distintas épocas y por diversas empresas fué encargado de pasar á Paris é Italia, para ajustar cantantes, cuya comision desempeñó siempre con acierto y desinterés; fué encargado de la direccion y decorado de varios teatros, entre ellos los de Tarragona, Mataró y Reus. En 1827 le hicieron proposiciones para que viniera á los de la corte, proposiciones que no aceptó por la mucha aficion que tenia á Barcelona y á la caza que era su distraccion favorita. En 1832 se le llamó á Valencia para arreglar y pintar el teatro grande, y posteriormente se le invitó por los arquitectos señores Aguado y Custodio Moreno para los planes del escenario y direccion de la maquinaria del teatro de Oriente que desgraciadamente quedó sin concluir. En 1837 fué en fin escriturado por D. Ramon Carnicer para los teatros de esta corte, donde tantas pruebas dió de su habilidad. El público aplaudió con extraordinario entusiasmo la atrevida decoracion del templo de Vesta, las ruinas de *Ipermestra*, el panteon ducal de la *Estrella de Oro*, trabajo de brillante efecto, de buenas proporciones, de lujoso adorno y acertada combinacion de luces, y otras varias obras, en particular las selvas y los bosques en cuya imitacion se distinguia. A fines de 1837 fué nombrado académico de mérito, y en 1843 le encargaron los planos de un teatro que debia construirse en el local que ocupa actualmente la nueva galeria en la calle de Espoz y Mina, y que no llegó á realizarse.

El artista de que nos ocupamos sobresalia tambien en la pintura al fresco, así como en la direccion de obras de arquitectura.

En 1812 se casó en Barcelona con Doña Antonia Bitherman de quien tuvo tres hijos, de los que el mayor, D. Eusebio, es actualmente pintor del teatro del Circo, en el cual ha conseguido repetidos triunfos que casi se

cuentan por el número de bailes nuevos puestos en escena. Murió D. Francisco Lucini de un accidente apoplético el 12 de Febrero de 1846, y descansa en el cementerio de la puerta de Toledo. Sobre su sepulcro se lee la siguiente inscripcion:

D. O. M.

*Clauditor hoc tumulo Franciscus Lucivius, pictor,
Italia ortus Reggio, civitate præclara.*

*Aceptus Hispania, gloriam divæ picturæ perauxit:
Optimus fuit parentibus, tenerusque amicus amicis.*

*Solicitus semper, infantiam lustravit utile exemplo
Senectutique larga manu implevit sua.*

Non fuerunt illi miseri, non lacrimæ illi unquam acerbæ.

Egregius arte, honor regis Ferdinandi Academicæ,

*Et fama vicit Greciam et Romæ eclipsavit memoriam.
Obiit tertio Idus Februarii, anno salutis MDCCCXLVI.*

Hé aquí cuanto podemos decir, tributando el homenaje debido al talento del apreciable artista, D. Francisco Lucini.

TIPOS ESPAÑOLES.

EL AFICIONADO.

Entre las muchas plagas de la moderna civilizacion (especie de homeopatía científica y literaria que con proporciones infinitesimales produce sábios acaudalados en saber y esperiencia) la mas general y epidémica es sin duda alguna la del *aficionado* ó *amateur* segun los franceses.

En otros tiempos este tipo privilegiado de las debilidades humanas no salia de las cátedras de las universidades ó de las porterías de los conventos y debia ser estudiante, colegial ó lego. En nuestros dias desde las porterías y las cátedras ha pasado á las imprentas, á los teatros, á las tertulias y á las casas de juego donde la *aficion* es un vicio que conduce al canal ó al hospital que está mas cerca.

El aficionado del siglo XIX es la antigua polilla de las bibliotecas y la moderna langosta de las letras. Se multiplica como el pulgon, pica en todas partes como el cínife, y pierde el tiempo mientras habla como la cigarra.

Es á la vez insecto y pájaro: algunas veces un monstruo importuno, molesto, zumbon como esas mariposas de proporciones disformes que en las noches de verano se avecinan en nuestras alcobas.

El aficionado antes de hablar, mueve los ojos y vé, antes de pensar fija su mirada y observa, y antes de aventurar una idea fija sus pupilas en el semblante de los que le rodean y manifiesta en seguida su opinion. El aficionado no hace mas que ver: para él los ojos son su oido, su lengua, su alma. Sabe las garrulidades de todas las profesiones y define las relaciones de todas las ciencias. Sus palabras favoritas son los monosílabos porque es un

un aficionado, un hombre de arranques, un hombre todo corazón y un misero mortal de este temple, es un fanático por la profesión que *cultiva*. En el momento que encuentra una nueva noticia la clasifica, la arranca imperceptiblemente de la boca que la refiere, le saca las espigas, guarda sus ojos después de examinarla una por una, las oculta en su sombrero y luego en su casa las adorna con unas cuantas palabras para ponerlas en venta al otro día como fruto conservado en el invernadero de su memoria. El aficionado posee la habilidad de reconocer cuando una idea pierde la oportunidad y la moda se hace dueña de sus cintajos, y entonces corre diligente en busca de algún corrillo de compañeros y los saluda afectuoso para que departan con él las novedades algunas.

El aficionado entre otras muchas cualidades tiene la de nunca envejecer. Gasta canas para citar á cada paso los desengaños de su vida y los sinsabores de sus vigilias. Como no se ha tomado la molestia de atormentar la cabeza en el estudio y la reflexión, sus ideas nunca son antiguas. Por mejor decir no tiene ideas: abusa de las palabras.

Este tipo privilegiado de nuestros días legítimo heredero de lo que vulgarmente se llama movimiento literario, como la enredadera se encuentra al paso en todas las profesiones, ya en el café de Lorencini, ya en el teatro del Circo, ora en la redacción de un periódico, ora en una casa de juego.

Y no hay que mirarle cara á cara: en el café de Lorencini le observarán á V. de reojo con la altanera circunspección de un domine que le puede decir el nombre de todos los empleados que hubo en Hacienda desde 1812 hasta nuestros días; en el Circo no permitirá que V. se admire de nada, porque la admiración es de mal tono en un teatro donde se aplaude un paso stirio ó una redowa, y talará por lo bajo llevando á la boca el puño de su bastón un *ritardado* de la *Maria di Rohan* ó el aria de Moriani en la *Lucia de Lamermoor*, de ese tenor de la muerte como le llaman mas allá de los Pirineos; en la redacción de un periódico si V. no lleva guantes de Dubost, gaban de Caracuel, cara de literato como decía Figaro, es decir, de envidia, y no reniega de esa literatura menuda que tiene la debilidad de alquilar por meses á algunos traductores, se sonreirá maliciosamente fijando en las narices su lente para revelar que el estudio y la aplicación produce innumerables optalmias como las viruelas; y hasta en una casa de juego con el embozo de su capote hasta los ojos (y sin jugar) llamará la atención de los que tiene á su lado para decirles que un profano viene á depositar sus escasos tesoros en las aras de la mas inmundicia de las divinidades del vicio.

Paso al aficionado: el tipo cuya fisonomía tratamos de bosquejar en este artículo es el rey de la palabra: este tirano doméstico nunca abdica tampoco es destronado porque se encuentra bien donde quiera que le coloque su verbosa inteligencia.

Recorramos ahora las diferentes especies de este personaje que hemos sorprendido en nuestras ligeras observaciones.

Entre el aficionado antiguo y moderno, tipos generales que recorren todas las condiciones sociales y todas las profesiones de utilidad ó entretenimiento debe contarse el periodista, el autor, el músico, el literato, el elegante, el pintor, el anticuario, el artista y el aficionado á toros y al juego.

Veamos ahora al aficionado antiguo y al moderno y en otro artículo procuraremos retratar la fisonomía especial de cada uno de estos tipos secundarios.

El aficionado antiguo no transige con la época: prefiere el ule al barragan, los relojes de tres cajas á las sabonetas de cinco centros, y los libros encuadrados en pergamino á los tomos en pasta. Aborrece la lectura de los periódicos y debe pertenecer á la Sacramental de alguna cofradía. Arregla sus canas sobre el cerebelo con un peine de búfalo y juega al dominó ó la lotería por cartones en las noches de invierno.

Sus palabras son acentuadas por los gestos mas expresivos y nunca pierde el hilo de una cita sobre la cual establece algunos principios de policía urbana, cita el siti de Zaragoza ó el Dos de Mayo, recuerda la muerte de un contador de rentas muy amigo suyo, deplora los estragos del cólera morbo y pasa revista al personal de su oficina en 1815.

Por una casualidad nada comun fué amigo de todas las personas notables que ya bajaron al sepulcro: de los vivos habla siempre con desapego y mucho mas si se distinguen por su talento ó habilidad en la ciencia ó arte á que se dedicó, segun él, en sus primeros años. Acostumbra á convencer por medio de la percusión: mas claro, cuando disputa cuenta con los dedos los botones del frac de su argumentante, golpea su pecho, y sobre un decreto de la Gaceta ó el volante del vestido de su heredera formula un silogismo de *mayor*, *medio* y *menor*.

Las formas son todo para él. Por este motivo cuando reza cierra los ojos y dilata la nariz, cuando lee de noche arruga las cejas y baja la pantalla de su belon, cuando reprende mira á lo Otelo y deplora á lo Edipo, y cuando se presenta en público en alguna ceremonia, abusa de los cuellos de su camisola y de la elasticidad de sus piernas, no decimos de sus pantalones porque el aficionado antiguo nunca ha transigido con las trabillas. Es de parecer que la improvisación literaria solo produce errores de trascendencia, y para escribir una carta donde reclama el tomo de decretos de 1820, escribe primero con el dedo un borrador sobre la pasta de un libro empolvado, luego otro sobre el lomo de un gato que tiene disecado sobre la mesa, y por último el tercero sobre el papel donde escribe con letras de plana ocho ó diez líneas (dos periodos y la firma). Este abuelo del aficionado contemporáneo posee una escogida biblioteca y se vanagloria de ser una *especialidad*. Todo lo clasifica, todo lo ordena: las cartas de sus amigos las conserva reunidas por años, meses y correos y tiene el prurito de pasar por hombre entendido y curioso.

¿Es un sábio? La multitud dice que sí. Nosotros creemos que ha leído lo bastante para reconocer que no es poco lo que ignora. Por lo regular es uraño y regañón. gusta de los paseos solitarios y de los diplomas que á guisa

de estampas francesas los coloca en marcos de cerezo charolado.

Algunos dicen que posee manuscritos de mucho precio; pero nosotros creemos que solo legará a sus herederos una coleccion de apuntes tomados de los libros de su biblioteca.

El aficionado moderno es un hijo mal educado que no sigue los consejos de su anciano y respetable padre: es el reverso del aficionado antiguo. Vive de lo presente: la política para él está en las gacetillas de la capital, la critica literaria en las mesas de los cafés y las ciencias en los compendios y manuales. No se contenta con hablar sino que charla, declama, acciona y acomete siempre que disputa. Su conversacion es una especie de pujilato que maneja con tanta destreza como oportunidad. Vive de lo exterior como las mugeres y se preocupa con la gloria como los sansimonianos. Es vivo de génio, travieso, arisco y agresivo donde le respetan y como se hace lugar en todas partes codeando con la cordial inteligencia de los estudiosos ó la debilidad de los tontos, es donde quiera que se encuentre una *notabilidad* con pasaporte para el templo de la fama.

En contraposicion al aficionado antiguo apunta en la cartera el nombre del último sastre que ha llegado de París, porque allí se viste si hemos de creer en sus palabras, y no perdona ninguna de las mamarrachadas de la moda para llevar en su porte la salvaguardia del respeto. Prefiere las telas impermeables á los paraguas, y las sátiras á las reflexiones filosóficas. Para él los epigramas y las anécdotas son un tesoro inagotable. Tiene en su cabeza una numerosa biblioteca de cuentos, y vengan ó no vengan al caso los aplica á un actor silbado, á un literato mas rico que un editor y á un librero que se muere de repente (milagros de que no hace mérito la historia contemporánea.)

Las palabras del aficionado moderno producen algunas veces armonías sonoras que pertenecen á diversos autores, pero de pronto su estilo decae, pierde el compás, y un arranque de escepticismo ó un *calembourg* de buena sociedad salvan de un seguro naufragio á este diestro piloto. Por lo regular es amigo de todos los escritores desde el poeta dramático hasta el periodista literario y de su voluntad dependen los ajustes de algunos cómicos y las silbas de otros tantos autores. Reprueba el V. de buenas á primeras porque entre personas que se encuentran, como él dice, á una misma altura, es una palabra muy fraternal ese *tú* que forma el encanto y la delicia de los enamorados.

El aficionado moderno no es hombre de carrera por que no ha querido ó no ha podido seguirla, y apela á la estadística de las profesiones para dar á entender que sobran médicos para los enfermos, abogados para los pleitos, sacerdotes para las capellanías, y que faltan carreteras para los ingenieros, colegios para los militares y embajadas para los diplomáticos.

Este tipo contemporáneo sabe de memoria las relaciones de comedia mas aplaudidas, canta alguna parte de las óperas mas celebradas, saluda á los actores, come de fonda alguna que otra vez con los escritores de mas

nota, presta de buena voluntad los libros donde le escribieron una dedicatoria y tiene la habilidad de desfigurar siempre que habla los juicios críticos de los periódicos y las noticias de la capital. En sus lábios todo parece nuevo, original, espontáneo, pero nada es suyo, ni la risa... que ha tomado del escritor que él tiene por mas epigramático.

¿Es un sabio el aficionado moderno? Hay diversos pareceres sobre este particular. Nosotros somos de opinion de que ha estudiado muy poco y que su lectura ha empezado por el fin, es decir, por los periódicos. Por esta razon piensa de prestado y observa con gemelos agenos. Tambien hace alarde de aborrecer las distinciones tal vez porque en el ojal de su frac no puede llevar otra cosa mas que las ojas de geraneo regaladas por la que ama; pero creemos distinguir en él una satisfaccion orgullosa cuando por casualidad adorna su pecho la cinta de socio de órden de alguna reunion dramática.

En conclusion el aficionado moderno quiere hacer alarde de todas las estravagancias del génio y se mete á calavera sin tener palco en la ópera ni bailarina que le enamore, ni berlina en su cochera, ni una yegua inglesa á pupilo.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

ANTIGÜEDADES ESPAÑOLAS.

Sepulcro céltico de Eguilaz.

En 1832 se descubrió casualmente un sepulcro sumamente antiguo cerca de Eguilaz, jurisdiccion de la villa de Salvatierra, á unas tres leguas de distancia de esta última poblacion y muy cerca de Albeniz.

Hemos visto una descripcion de este curioso monumento en un informe que D. Pedro Andrés Zabala, alcalde de Salvatierra, dió acerca de él á la Academia de San Fernando en 30 de Enero de 1833. De este documento entresacaremos lo que creamos suficiente para formar de este antiquísimo sepulcro una idea exacta, y despues añadiremos algunas observaciones, que nos ayuden á fijar su origen y antigüedad.

«El túmulo, dice Zabala, está construido en una planicie dilatada formando una pequeña montaña artificial con la piedra suelta y tierra con que se hallaba cubierto formando alrededor un círculo perfecto, que habrá ido estendiéndose con la cultura del terreno hasta su descubrimiento.»

«El origen de este fué debido á la casualidad de haberse escurrido á lo interior la tierra que araba un labrador. Su concavidad de trece pies de largo y diez de ancho contenia en su ámbito huesos y calaveras hasta la altura de mas cinco pies desde su pavimento, colocadas las cabezas á la parte del oriente y los pies al poniente. Esta misma es la posicion del sepulcro en su longitud, que se vé despues de haberse descubierto en toda su cir-

conferencia. La piedra que cubre el sepulcro que se conoce haber sido de una pieza, tiene diez y nueve pies de largo y quince ancho con el grueso de dos y medio pies, sostenida á la altura de diez y nueve pies de largo y quince de ancho con el grueso de dos y medio pies, sostenida á la altura de diez á once pies de la superficie descubierta de la tierra, con otras de la misma especie de piedra blanca colocadas perpendicularmente, de anchura una de ellas de diez y seis pies, y de siete á ocho las demás, y una de piedra arenisca de catorce pies de anchura. Para refuerzo ó sosten de estas hay, además por la parte exterior, otras de piedra caliza de igual altura y de siete pies de anchura.»

«La entrada á este sepulcro por el oriente principia á los veinte pies, poco mas ó menos, con un camino cubierto de cuatro pies de ancho y cuatro de alto, construido del mismo modo con piedras perpendiculares cubiertas con otras blancas y calizas que se han ido soltando para descubrir el camino, en el que tambien se han hallado algunos huesos. A poca distancia de este camino y en la misma línea al oriente se encuentra tierra que parece quemada en un grueso de tres pies ó mas, que sigue en distancia de diez pies descubiertos hasta el día.»

«Las calaveras y huesos hallados en el sepulcro indican una estatura de hombres regulares y de jóvenes de diez á doce años, sin que se conozca haber de mugeres ó niños. Algunas de las calaveras y mandíbulas sueltas conservan sus muelas perfectas y de color natural.

Las armas ó cuchillos hallados son tres (1), dos de ellas como puntas de flecha ó lanza, y una de figura de clavo sin cabeza, todas tres de cobre....»

«La calidad de piedra de que se compone el sepulcro, no se halla á menos distancia, que una hora de camino á la parte del medio día en una peña elevada y á igual distancia al norte la arenisca, sin que se pueda calcular que en otra parte mas cercana se hallasen aquellas piedras, cuya conduccion y colocacion no es fácil concebir con que clase de ingenio pudieron arrastrar y poner de la manera que se hallan, sin que en ellas se conozca haberse usado herramienta, labor de ninguna especie, sino todo natural, como sale de una cantera, de la que pudieron arrancar con palancas de madera, desprendiéndolas por las vetas ó bancadas que se presentan á la vista.»

Concluye su informe manifestando que á media hora de camino de esta villa (Salatierra) á la parte de mediodía en un término que llaman *Arreche* que en vascongue quiere decir casa de piedra. Tambien suelen llamar á este sitio las gentes del país *Sorguineche*, que quiere decir en la misma lengua, casa de brujas. Hé aquí la descripción que hace de él. «En una pequeña eminencia estan colocadas de la misma figura informe, que las de Eguilaz, seis piedras perpendiculares, de las que tres, que son de nueve pies de altura desde la superficie de

la tierra y cinco de ancho, con dos de grueso, sostienen la cubierta de una piedra de diez pies en un círculo imperfecto: la cuarta no llega á sostener la cubierta con falta de un pie: la quinta es aun mas baja á la parte del norte, y la sesta del mismo tamaño á la parte del mediodía, está caída y abierto el sepulcro, cuyo círculo interior tiene siete y medio pies. A la distancia de cien pies hacia el norte y ciento cincuenta al mediodía de este túmulo, hay vestigios manifiestos de otros dos que estan destruidos.» Esto es lo mas importante que se encuentra en el informe de una persona instruida, que por sí mismo examinó este monumento.

¿Cuál es su origen? Hé aquí una importante cuestion de que vamos á ocuparnos.

Los Celtas, Kimris y los Gaulas y algunos pueblos del norte formaban sobre las sepulturas, para mejor honrarlas y conservarlas, montañas artificiales de tierra ó piedras, ó de uno y otro. El uso de esta clase de sepulcros era universal entre ellos. En las invasiones que los Celtas hicieron en la Península y en su establecimiento, en ella, no olvidaron la costumbre antigua en ellos de honrar á los muertos, así es que en varios puntos de España se conservan todavía, aunque no en gran número algunos monumentos célticos. El sepulcro de Eguilaz es un monumento de esta especie digno de nuestra particular atencion y de que la junta de monumentos artísticos de la provincia de Alava haga cuanto esté de su parte para la conservacion de este y otros monumentos de igual clase, que existen en la misma.

Los fundamentos de esta opinion los iremos á buscar, no en las obras de antigüedades que se han publicado hasta fines del siglo anterior, que se ocupan muy poco de las pertenecientes á los Celtas; sino en las publicadas recientemente en Francia ó Inglaterra. Entre ellas, llama muy particularmente la atencion el *Curso de antigüedades monumentales de Mr. Coumont*, cuyo primer tomo, impreso en París en 1830, trata exclusivamente de la era céltica. Esta interesante publicacion nada deja que desear en la materia.

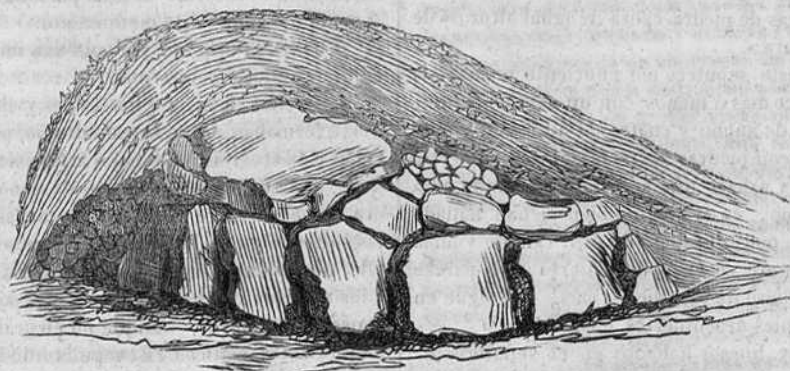
Dice este escritor, que las montañas artificiales de los sepulcros variaban de forma y dimensiones. Monumentos sepulcrales, que aunque simples y groseros sobreviven á las tumbas magníficas de los tiempos mas ilustrados. Seis clases de túmulos distingue este escritor, si bien solo nos ocuparemos de los *prolongados*, que coloca en tercer lugar y á los cuales pertenece el sepulcro de Eguilaz. «Estos, dice, se parecen á un huevo cortado por la mitad asentado sobre su parte llana, y su parte convexa encima. No se ha encontrado, añade, sino un corto número de túmulos prolongados, cuyos extremos tuviesen un diámetro igual. Un extremo es por lo comun mas alto y mas ancho que el otro y situado hacia el oriente, en tanto que el opuesto es mas estrecho y mira al poniente.... Los túmulos prolongados en lugar de presentar una forma oval irregular suelen ser en algunas partes tres, cuatro ó cinco veces mas largos que anchos. Ordinariamente estan formados de piedras secas y son estos los que forman galerías ó pasos subterráneos que conducen á nichos sepulcrales.»

(1) Tres debieron ser las que llegaron á manos del Sr. Zabala, que sin duda las que remitió á esta corte con el informe; pero segun tenemos noticia debieron ser muchos mas; porque los labradores escondieron y se llevaron algunos en la creencia de que eran de oro.

El monumento céltico de Eguilaz es mucho mas grande, que la mayor parte de los que describen los antiquarios. No tiene como otros de su clase nichos ó separaciones sepulcrales, sino una fosa ó escavacion practicada en el suelo sobre el cual se eleva el monumento. Esto unido al hacinamiento de huesos, que hay dentro de él hasta la altura de mas de cinco pies, manifesta que es-

te túmulo no era de una familia, sino la tumba de algunos guerreros muertos en algun combate. Otras razones existen ademas, para creerlo.

Si fuera sepulcro de familia se encontraria en él, osamento de mugeres y niños, que segun hemos visto en la relacion del señor Zabala no existe, como no sea de muchachos de diez a doce años. Algo se opone á esta nues-



(Sepulcro céltico.)

tra conjetura, esta circunstancia, atendida la costumbre entre los Celtas de no acompañar en público los hijos á sus padres, hasta tener diez y ocho años; nosotros sin embargo persistimos en nuestra creencia, pues que como dice uno de nuestros escritores «en los grandes peligros es soldado todo el que puede hacer resistencia al enemigo.»

El no encontrarse en él, osamento de caballos, perros, algunos utensilios, cuernos de ciervo, colmillos de jabalí, trofeos de caza de los Celtas, y otros utensilios que juntamente enterraban para servirse de ellos en el otro mundo, segun sus creencias, prueba en nuestro concepto que estos guerreros no murieron en su pais, sino distantes de él.

Réstanos hacernos cargo de una circunstancia de que habla en su informe al señor Zabala. «A poca distancia del camino cubierto de la entrada del sepulcro y en la misma línea al Oriente se encuentra tierra que parece quemada en un grueso de tres pies ó mas que sigue en distancia de diez pies descubiertos hasta el dia.» Esto puede ser efecto de las hogueras, que encendian los Celtas el último dia de abril en los túmulos, con el objeto de honrar á los muertos, ó bien por haber quemado encima de la misma fosa, en donde habian dado sepultura á los guerreros, los cuerpos de sus enemigos y sus armas, cosa que creian los antiguos era un sacrificio, que apaciguaba los manes de sus héroes difuntos.

COMERCIO DE LOS ANTIGUOS ESPAÑOLES.

Se computa que en el siglo XVI tenia la nacion española mil naves mercantes, número probablemente superior al de las demas en Europa, y sus ciudades estaban mucho mas pobladas que algunas capitales extranjeras. Testigo Lucio Marindo, del comercio é industria de nuestros antepasados, menciona el tráfico de los aragoneses por el Ebro y de los andaluces por el famoso Guadalquivir: la continua feria de Toledo en las diez y siete plazas que ocupaba su mercado, donde se adquirian muchas

veces los géneros con mas equidad que en los paises de que se habian aportado: el grande negocio que se hacia en Valladolid, Medina del Campo, Burgos, Zaragoza, Barcelona, Cartagena y Valencia sin incluir otras muchas plazas marítimas: las innumerables naves que conducian efectos á Sevilla, y de esta salian con profusion riquezas que alimentaban el comercio y mantenian el lujo de Francia, Inglaterra, Escocia, Flandes, Alemania, Polonia y otros paises. Allí era el emporio del

nuevo mundo y allí se distribuían por el antiguo, como queda anotado, y poco le faltaba á Sevilla para haberse hecho dueña del negocio universal. No decayó en los principios del siguiente siglo, pues otro escritor y testigo presencial afirma que ensanchando sus conocimientos marítimos y aprovechando la oportunidad en que sitúan á España los dos piélagos colaterales, crecieron las ganancias y el deseo progresivo de enriquecerse y gozar, distinguiéndose los barceloneses: la alcabala de Sevilla ascendía á millon y medio de escudos anuales: del puerto de Bilbao salían cargadas de lanas cincuenta naves. Por entonces se proyectó la creación de una compañía de comercio universal entre todas las potencias, centralizada y dirigida en España, y por los mas poderosos é inteligentes mercaderes de ella; y á este fin se creó un consejo ó junta en la corte, y el almirantazgo en Sevilla, donde la dirección debía permanecer. Se convidó á las ciudades de Lubec, Danzitz y Hamburgo, y posteriormente á Suecia. No se llevó á efecto este proyecto, como antes hubiera sucedido, porque los extranjeros habían adelantado mucho en los conocimientos mercantiles en que los superábamos en otra época: solo se cita este hecho para comprobar cuanto crédito tenía y merecía por entonces el comercio español dentro y fuera de su patria, y qué recursos tan grandes se hallarían á su disposición. En las guerras ocurridas cuando no se habían reunido los diferentes Estados que hoy componen la España, se hallan los mas auténticos y luminosos datos del poder, población y producciones de aquellos, que referidos hoy con arreglo á los documentos que han sobrevivido, se tendrían por exajerados y apócrifos; pero al medio de este siglo y los siguientes comenzó la decadencia.

Por no impedirse la inundación de géneros extranjeros que de inmemorial agota y estermina en su origen nuestra comercio é industria, justificó un celoso toledano (Olivares) que dejaban de elaborarse en aquella (tan populosa entonces y fabricante ciudad) 435,000 libras de seda al año, y que el daño que los vecinos sufrían por carecer de jornales (por falta de materia prima ó de despacho) llegaba á 1.937,728 ducados y 3 reales vellón; y el de los puramente jornaleros 38,484 reales. No es inferior el perjuicio que causaba á la hermosa Granada la introducción de seda extranjera segun el cálculo de un famoso economista, vecino y fabricante en ella por aquellos siglos. Los reparables de las acreditadas y antiquísimas fábricas de tejidos de lana en Segovia pasman al que tuviere la dolorosa ocupación de compararlas con su estado actual: dejaba Sgovia de fabricar en cada año 25,500 piezas de paño, y de emplear en ella 168.500 arrobas de lanas y debiéndose ocupar 34,189 personas, sus pérdidas ó no logradas ganancias ascendían á 2.424,818 ducados y 2 reales. Perdía igualmente en las fábricas de jerhuillas, picotes y estameñas, con profusión diseminadas en el reino de Toledo y la provincia de la Mancha, el importe de 180,000 arrobas de lana, y 845,450 ducados y 6 reales importe de los jornales de 38,250 personas que debían ocuparse en aquella manufactura. Hemos pintado la prosperidad de los pueblos Españoles: no hemos olvidado señalar el punto de descenso, aunque con la rapidez que

esta clase de periódicos exige; y dejamos pendiente el tercer acto de la tragedia para otro artículo, proponiéndonos demostrar que aun en tiempo decadente de los reinados de Felipe III y IV, por lo que toca al caso de la Península en sus ramos de población, industria y comercio, sería un cuadro feliz y lisonjero si se compara con los presentes; prescindiendo en ambas épocas, aunque no se debiera, de política y guerras casi permanentes.

METEOROLOGIA.

EL RELÁMPAGO.

El relámpago es una luz brillante, despedida repentinamente del aire, y aunque de corta duración se estiende hasta el horizonte. Ha sido opinión general, que la causa de este fenómeno era la combustión repentina de partículas de azufre, nitro y otras sustancias inflamables, exhaladas de la tierra y llevadas á las regiones mas altas de la atmósfera. El efecto de la pólvora incendiada es tan parecido al relámpago, que esta teoría parece á primera vista la mas natural; pero mas ilustrada ahora la filosofía con la ciencia de la electricidad, todos convienen en que es un fenómeno eléctrico, demostrado desde el año 1752 en que el filósofo de la Filadelfia consiguió atraer el fuego eléctrico de las nubes, por medio de un cometa y un alambre conductor. Este importante descubrimiento de Franklin escitó á los filósofos de Europa á hacer mas experiencias y su resultado ha establecido la teoría de la electricidad, é inventado el para-rayo para proteger los edificios y hasta los barcos.

Sabido ya que las nubes contienen fluido eléctrico en diversas proporciones, cuando una contiene mucho mas fluido que otra, y llegan á una distancia proporcionada, el fluido esceso de una pasa repentinamente á la que tiene menos, causando luz, calor y estruendo, si está al alcance de nuestros oídos; y si una nube sobrecargada de fluido eléctrico pasa sobre un edificio, árbol ó parage donde hay algun conducto, aunque invisible descargará la superabundancia hacia abajo, produciendo la luz, el trueno y los estragos consiguientes al choque violento de su vivísima llama hasta quedar desvanecido en el agua ó en la tierra húmeda. La luz ó llama, el estrépito ó estrago del relámpago y trueno, proporcionado á la cantidad del fluido eléctrico, se produce del modo siguiente. Se hace una mistura de aceite vitriolo con agua, en una vasija de boca estrecha, luego se echan limaduras de acero en la mistura é inmediatamente saldrá de la vasija un vapor muy espeso, al que arrimándole una luz se inflamará, pasando súbitamente lo interior de la vasija y producirá una detonación fuerte, igual á la de un trueno, ó mas propiamente á la que produce un rayo. Esta es la idea mas sucinta y clara que podemos dar á nuestros lectores de la causa de los relámpagos, pues para comprender una esplicación mas lata, sería necesario haber estudiado química.

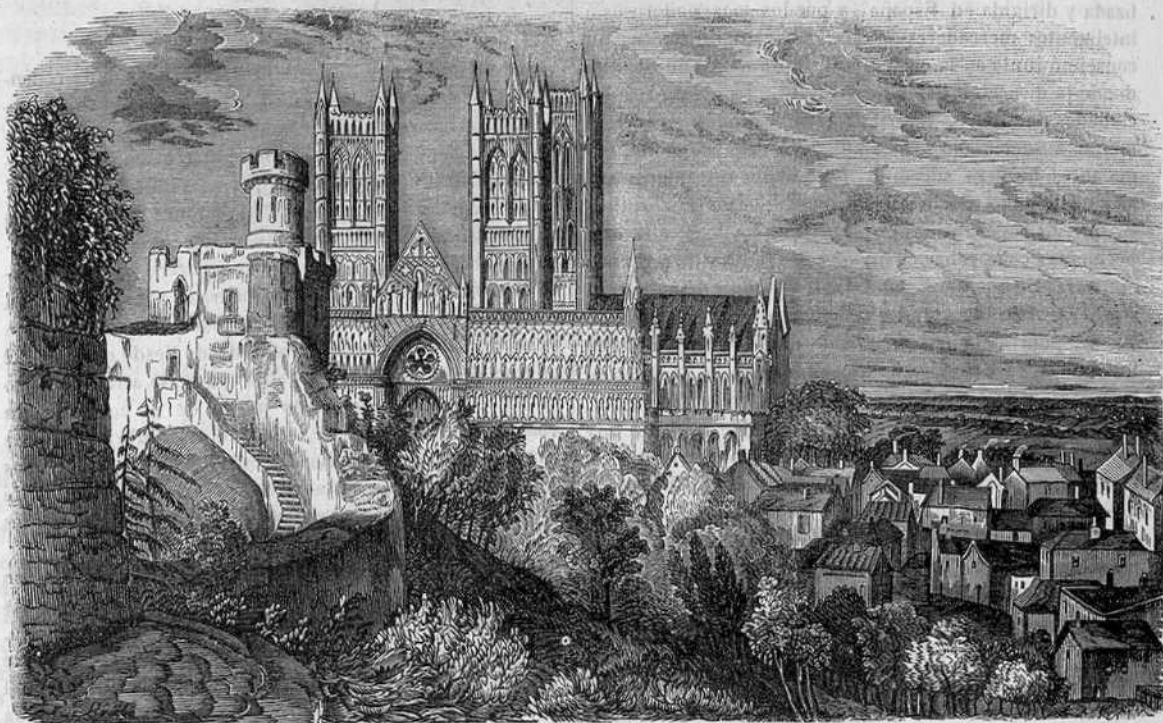
P. E. T.

CRONICA.

* Se ha repartido el segundo cuaderno de la Historia de Inglaterra por Oliverio Goldsmith, que traduce D. Angel Fernandez de los Rios: esta obra tan popular en el país en que se escribió, se distingue por su juicio é imparcialidad en el relato de los hechos, así como por la claridad con que los refiere; siendo prudentemente concisa, y dando al mismo tiempo noticia de los adelantos sucesivos hechos en Inglaterra en todos los ramos

del saber, de las intrigas palaciegas que refiere en cada página con el interés de una novela y de los sucesos dramáticos en que tanto abundan las crónicas inglesas. A esta obra de amena lectura y en extremo instructiva, la ilustran notas sacadas de Hume, de Thierry, de Barante, de Norvins y Thiers, que contribuyen á aclarar los hechos y á esplanar las ideas del autor. Nada diremos de la traducción porque la circunstancia de ser desempeñado este trabajo por el director del SEMANARIO nos veda hacerlo; pero si llamaremos la atención de nuestros lectores hácia la belleza de la impresión, lujo de su adorno, esmero de las láminas, de

HISTORIA DE INGLATERRA.



(Vista del castillo de Lincoln.)

los cuales ofrecemos una muestra y también hácia la baratura extraordinaria de la edición.

* D. Luis Miquel y Roca ha publicado en Valencia el primer tomo de una obra que titula *Solaces y Recuerdos*; contiene pensamientos y máximas sueltas muy bellas y filosóficas, y descripciones de varios países hechas con verdad, con acierto y en un estilo que no puede menos de cautivar la atención de los lectores. Aguardamos la publicación del segundo tomo, para ocuparnos con mas detención de esta obra, y entre tanto encomendamos el primero á nuestros lectores.

* La novela histórica titulada, *A tal ofensa tal castigo* que varios periódicos han anunciado estaba escribiendo el señor Neira de Mosquera, se publicará en el SIGLO PINTORRESCO.

* La empresa de la LUNETA interesante periódico de teatros y literatura que tan favorablemente ha sido acogido del público, prepara mejoras importantes, que pondrá en planta desde principio de año. Los suscritores al SEMANARIO y SIGLO, disfrutan de rebaja en el precio de suscripción, que se admite en los mismos

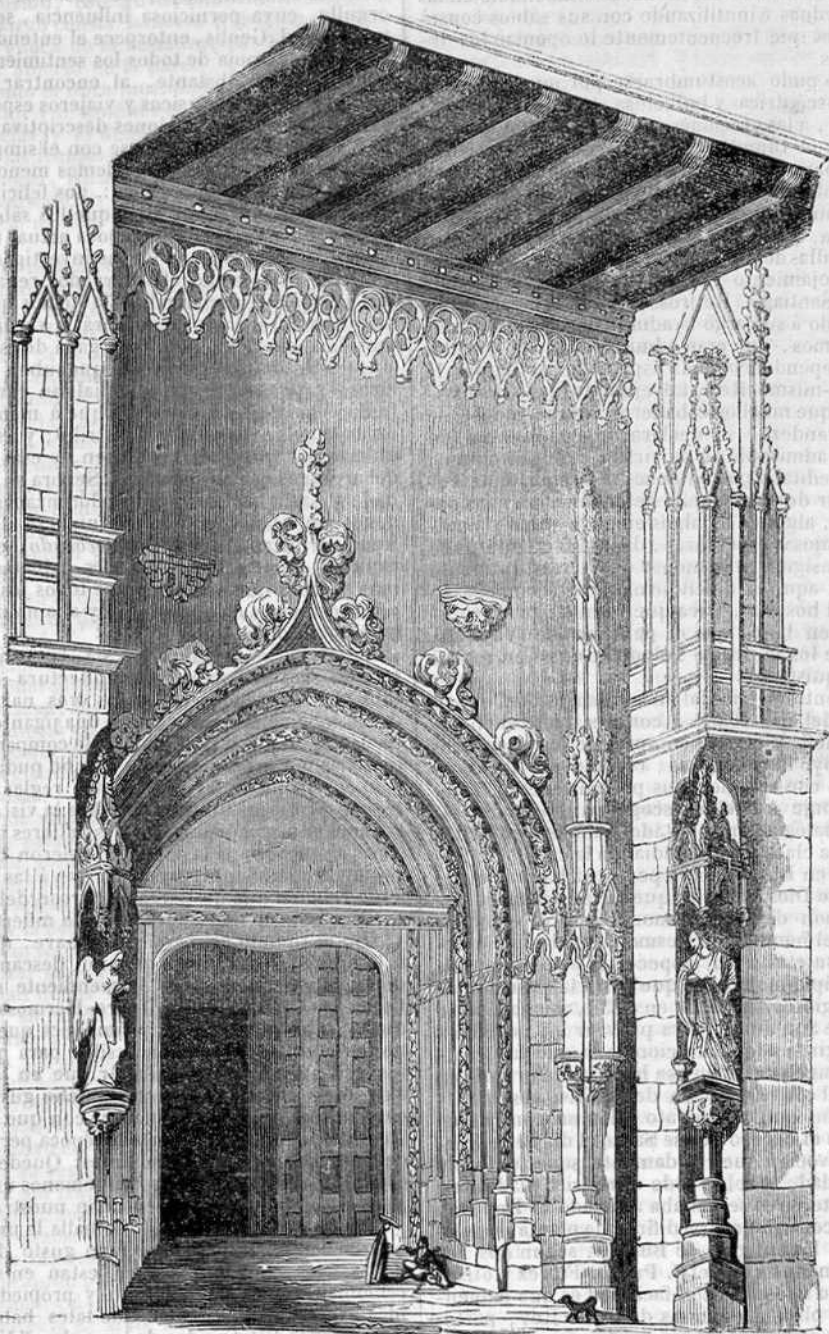
puntos que á las obras del establecimiento de los señores Gonzalez y Castello.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias, cuyo abono concluye en fin de año, se servirán renovarle con tiempo, á fin de que no padezcan retardo en el recibo de los números. En Madrid les llevarán los repartidores los recibos á las casas.

Madrid 1848. Imprenta y Establecimiento de Grabado de los SS. Gossale y Castello, calle de Hortaleza, n. 89.

ESPAÑA PINTORESCA.



LA PARROQUIA DE SAN LESMES EN BURGOS.

CUANDO vino la Reina Doña Constanza á contraer matrimonio con D. Alonso VI de Castilla, vivia en el monasterio de *Casa Dei* un monje llamado Adelelmo, que habia renunciado la mitra abacial y con una vida milagrosa aunque oscura hacia que en toda la Francia se respe-

tase su nombre. Deseaba la Reina tener cerca de sí aquel varon, para que acompañase á su esposo en los peligros de la guerra, creyendo de buena fé que su valimiento con Dios le libraria de las asechanzas de los enemigos, y haria descender sobre sus armas las bendiciones celestiales.

les. Agradeció el Rey el celo cariñoso de su esposa; despachó en seguida un mensaje y, obedeciendo Adelelmo después de repetidas jestiónes, se trasladó á la corte de Castilla, y andaba al lado del Monarca animándole en las empresas más áridas é inutilizando con sus sábios consejos las reacciones que frecuentemente le oponían los irruptores infieles.

Adelelmo no pudo acostumbrarse por mucho tiempo á una vida tan escéntrica y bulliciosa. Apetecía volver á su celda pacífica, á las oraciones solitarias que tanto echaba de menos en el tumulto de la guerra; y conociendo D. Alonso que para obtener el favor divino, bastaría que Adelelmo le implorase desde el rincón mas escondido de la tierra, le propuso para morada propia la capilla de San Juan Evangelista, que algunos años antes había edificado fuera de las murallas de Burgos, entre los ríos *Arlanzon* y *Vena*, para alojamiento y sepultura de los peregrinos que pasaban á Santiago. Retiróse, pues, el venerable asceta, y tomando á su cargo la administración y asistencia de los enfermos, que eran admitidos en el hospital fundado como dependencia de la espresada capilla por la munificencia del mismo Rey, tal ejemplo daba de caridad y ternura, que muchos caballeros, despojándose de sus títulos de grandeza, se declararon coadjutores de aquel monje tan admirable en su virtud y en sus obras.

El Rey premeditaba por entonces la conquista de Toledo. Mas á pesar de que aquella determinación eliminaba de su milicia, algunos hidalgos en cuyo valor y auxilio fundaba ventajosas esperanzas, disimuló cuanto pudo su disgusto y consiguió, valiéndose de la mas prudente dulzura, que en aquella difícil jornada le acompañasen los cenobitas del hospital, para que como ángeles tutelares le protegiesen hasta que el pabellón de Yaya (1), enarbolado sobre los muros de Toledo, cayera en manos del ejército conquistador.

Hizo este su entrada triunfal en la ciudad goda, el jueves 22 de Mayo del año 1085; y como es natural en todos los reyes benéficos que saben apreciar los sacrificios empleados en apoyo de su corona, recompensó D. Alonso á sus soldados con arreglo á sus pretensiones y clase. Reconocido al monje Adelelmo escogió para premiarle la dádiva de mas analogía con su estado y ministerio. Hizo levantar una vasta clausura, inmediata á la capilla de San Juan Evangelista en Burgos, para perpetua habitación de aquellos siervos de Dios, y de los que le fuesen sucediendo. Tomó posesión del nuevo monasterio el ejemplar Adelelmo, bajo el nombre de Lesmes, quedando la ermita y hospital sujetos á su inspección y gobierno; de donde tuvo principio el derecho que hasta la extinción de los monjes y religiosos decretada en 1836, asistía al abad del monasterio de San Juan, para proveer los beneficios eclesiásticos y regir la administración de la que fué capilla del Santo Evangelista, y hoy se halla transformada en iglesia parroquial con advocación de San Lesmes.

Bien se concibe que el aparato solemne con que en ella fué sepultado el cuerpo de ese Santo el día 30 de Enero de 1097: la devoción que rápidamente se introdujo y cundió por la ciudad; y sobre todo el espíritu piadoso de que en siglos posteriores se hallaba animado el Rey Don Juan I pudieron contribuir á reedificar de planta esa iglesia notable entre las antiguas de Burgos, segun nos refieren Yepes, el manuscrito del P. Prieto, Florez y otros: empero lo que no se explica con facilidad es que habiéndose decorado la obra á expensas de dicho Rey, perteneciera á los estilos *ojival-florido* y *grotesco*; esto es, al reinado de los reyes católicos y principios del de el Emperador Carlos V. Dice uno de los mencionados escritores, que el sepulcro en donde yace el Santo patrono se acabó á fines del siglo XVI, y convenimos en ello. Pero asegurar que la actual iglesia se hizo en tiempo de Don Juan el I, en que con limosnas de los ciudadanos levantaron con piedra de sillería las tres naves de que aquella

se compone, es un error que, por lo menos, justifica la utilidad de los conocimientos artísticos para rechazar los datos falsos de que tan pródigos se manifiestan los historiadores antiguos. Lejos de nosotros la presunción y el orgullo, cuya perniciosa influencia, segun las espresiones de Mad. Genlis, entorpece el entendimiento, abate el alma y la despoja de todos los sentimientos racionales y generosos: no obstante, al encontrar en los libros de nuestros literatos clásicos y viajeros experimentados noticias históricas y narraciones descriptivas, que tan sencillamente pueden desmentirse con el simple é infalible testimonio de las artes, no podemos menos de decirlo con cierta especie de vanagloria: nos felicitamos por haber abandonado el método que aquellos sábios nos trazaron, para seguir el que nuestra época actual nos demuestra, al través del ancho campo de sus investigaciones científicas.

Tan pronto como el observador repare en el arco que por su lujo y especial gallardía hemos querido bosquejar para nuestro artículo, conocerá la verdad de lo que vamos diciendo. Esa ojiva, recargada de estatuas, umbelitas y trepados de ojas cardinas, que suben á formar sobre el airoso *tope* un remate conopial tan característico como bello; esa crestería candelada que á manera de una zona de tul cuelga de estribo á estribo; y esos pliegues angulares del manto de la Virgen, y esas alas puntiagudas del arcángel que anuncia á la Señora su divina maternidad, y hasta las marquesinas florenzadas que ambas imágenes amparan: podrán confundirse alguna vez con las franjas truncadas del gusto *decorado*, con sus corridos capiteles, con sus indefectibles gabletes, y con los demás adornos que señalan entre todos los estilos y gustos arquitectónicos el que adoptó y abandonó nuestra nación en el siglo de D. Juan I?

Pues entrando en la iglesia, la realidad se presenta todavía mas palpable; la arquitectura mas marcada; el lujo mas sorprendente. En las tres naves inmensas que desde luego ofrecen al curioso una gigantesca perspectiva, llaman la atención las bóvedas de compacta sillería, sustentadas por aristas y arcos que no pudieron doblegarse sino en virtud de las admirables reglas de algun arquitecto osado y profundo. Descubre la vista en variado panorama enterramientos ilustres, altares preciosos de personas calificadas de la ciudad quisieron dejar consignada su devoción al Santo, su protección á las artes, y el amor á esa religion que destierra el horror del sepulcro y hace agradable el pensamiento de la muerte.

En el túmulo primero de la nave, que se encuentra á la derecha del ingreso general, descansan los señores del apellido *Salamanca*. Descendiente suyo es el actual Conde de Castroponce y Torre-Hermosa, y en verdad que si la amistad antigua y simpática que con él nos une, no fuese un obstáculo inaccesible para quien teme mas incurrir en la nota de adulador que en la calificación de exigente, dedicaríamos con mucho gusto un período á elogiar cual se merece el decoro con que esta noble familia trata de imitar en cuanto la época permite el ejemplo de sus esclarecidos ascendientes. Quédese, pues, para otra pluma este cuidado, y ocupémonos un rato de los objetos que en el momento reclaman nuestra consideración.

El arco sepulcral donde se halla la urna tiene un ornato sencillo, aunque del buen gusto del renacimiento de las artes. Los bultos manifiestan en sus vestidos ceremoniales mucha corrección y propiedad, dando una idea exactísima del realce que tales hábitos prestaban á las personas distinguidas de los siglos XV y XVI. Es mas mezuquino el sepulcro inmediato, á pesar de que segun espresa el epitafio, contiene los restos de muchos descendientes de la misma familia.

Una cartela, puesta sobre el ingreso de la sacristía cerca del retablo de esta capilla, hace notorio que la fundó D. García de Salamanca, el cual murió en 20 de Setiembre de 1510, habiendo dejado limosna perpétua para que en ella le dijiesen una misa cantada cada día. A lo que se infiere descansa este caballero con su muger en un

(1) Era hijo de Aldemor y hermano de Santa Cásilda. ob. cit.

panteon levantado un palmo sobre el suelo cerca de la gradería del altar; pues aunque las molduras del lecho y ropajes de las estatuas acostadas indican el exclusivismo del estilo ojival florido, este gusto domina también en el retablo y sin embargo consta haberse trabajado después de comenzada la época de la restauración. No es solo el arco semicircular abierto en la pared, y destinado para contener en su fondo la obra inestimable del altar, lo que recrea al observador y le conduce al estudio del arte. Las filigranadas umbeladas y el delicadísimo artificio con que para caracterizar las franjas se han entretreído mil vastagos poblados de hojas, frutas y blasones, bastarían para que el menos versado en el conocimiento de las artes viese con gusto ese modelo de riqueza y delicadeza de cincel.

Otra sensación bien distinta producen los altares de piedra que, al trasladarse el espectador desde la capilla de los Salamanques, á la principal de la iglesia, se ven arimados á los pilares del arco, que dá entrada al presbiterio. La escultura ya no es la misma. Las imágenes, los adornos y hasta el sistema arquitectónico no son semejantes á nada de cuanto llevamos examinado. En el transcurso de medio siglo las hornacinas encuentran caríatides en que estribar: los primeros tercios de las columnas se revisten de mascarones y frutajes; y fijando su planta en la basa ática, vuelve á evocar los bellísimos recuerdos de la arquitectura greco-romana. El primero de estos altares tiene por titular á San Juan escribiendo el Apocalipsis, y el segundo á San Joaquín y Santa Ana. Los rostros de ambas esfiges, tocados de un color encendido y espeso, hacen mal contraste con la blancura natural de la piedra, y hasta descubre faltas de dibujo que en otro caso no serían tan visibles.

Hay en el basamento del altar del Evangelista una inscripción, por la cual sabemos que le mandó edificar Don Francisco de Almazán, fundador de muchas memorias en aquella iglesia; falleció en Nueva España el año de 1561, esto es, un año posterior á las fechas que en el ápice de cada retablo se registran en unas medallas circulares muy adornadas y vistosas.

A propósito de medallas encomiaremos aquí la que enfrente del altar parroquial, junto al pilar tercero del lado de la epístola, representa á nuestra Señora, su niño y el bautista, esculpidos en un óvalo pequeño de alabastro. Majestad tan respetuosa como la de la Virgen; actitud tan natural como la del niño, y espresión tan candorosa como la del precursor, no es dado concebir, ni mucho menos materializar sino á ciertos talentos privilegiados, que la generalidad de los hombres admira sin comprender su valor ni su precio. Creía el pasmoso Rafael que para producir una obra bella necesitaba tener el artista en su idea un modelo mas hermoso que ella; y si esto es así, mucho tenía de divino el tipo que existía en la imaginación del escultor antes de crear sobre la piedra el precioso modelo que nos ocupa. La Madre de Dios, sentada con dignidad en el centro, tiene el brazo extendido al través de su regazo, y con su mano cándida é infantil sostiene el pie izquierdo de su niño, cuyo ademan indica estar comunicando al hijo de Zacarías espresiones de inocencia, de gracia y de amor. Cuando nuestros ojos descubrieron tan interesante grupo temimos que el aire descompusiese el lindo plegado de aquellas ropas ligeras: nos poseímos después de la mas dulce ternura, y como la hermosa penitente de Luis XIV, buscábamos el alma de aquellas imágenes y creyendo encontrarlas, las adoramos.

Esa alhaja del arte tiene por objeto embellecer un altar sepulcral del siglo XVI, en donde dice el epitafio que se depositaron las cenizas del capitán Juan de San Martín y su esposa Doña María de Medinarriga, los cuales dotaron perpetuamente muchos sufragios y fallecieron en 1561 y 1563.

La nave mayor, adonde insensiblemente nos hemos acercado, contiene entre otros objetos curiosos el púlpito

que es de piedra, con bajo-relieves y molduras grotescas, y seis enterramientos de lo mejor que durante el siglo XVI puede hallarse en su línea. No haremos de cada cual la detenida reseña que se merecen, pues correspondiendo como corresponde su estilo á una misma época, haríamos incómodo nuestro relato con mil repeticiones, de que no nos sería fácil prescindir. Efectivamente, si el túmulo primero ostenta dos bultos apreciables por la forma de sus elegantes trajes y carece de tallas exteriores que publiquen la opulencia de los que le costearon, en el otro que se sigue no se contentó el ciudadano D. Diego del Campo, cuyos huesos le ocupan, con que su estatua decorase el sarcófago, sino que admitiendo á ejecución un proyecto digno de reyes, hizo labrar alrededor del arco un vistoso conopio; colocaron á lo largo del frontispicio y sobre una repisa ojival varios santos, y labrando admirablemente el plano de la pared con minuciosos panalitos, realzaron en el contorno por la parte superior un arco florenzado en que la esbelta proporción de las curvas compete con las hojas cardinas, revueltas liadamente sobre sus frondarios.

El señor Campo dejó de existir el 11 de Enero de 1504. Comenzábase entonces á adoptar los primeros rasgos de la radical innovación que iba á sufrir el gusto estacionado entre los arquitectos españoles desde el reinado de los Reyes católicos; y á medida que el siglo de Miguel Ángel avanzaba se revestía de nuevos y desconocidos atavios, no proscribiendo enteramente sus formas orientales, sino preparándose á engalanarlas con el esquisito dibujo de los ingenios mas ilustres que produjera la Roma católica. Esta diferencia de fisonomía artística se echa bien de ver, en el lucillo en que reposan D. Fernando de Medina, Doña Beatriz del Castillo, D. Ventura de Ariaga y Doña Francisca de Lerma, insignes bienhechores de aquella parroquia. Lucen allí la franja doble, y el posuetado en la arquivolta del arco. Enlázase el conopio con el contraconopio. Las agujas piramidales reciben sobre la cúspide al cabizbajo lambel, parecido al *alrabá* de los moros. Todo esto se descata en una superficie escabrosa; en el complicado laberinto de ajisuecos y treboladas, que á la sombra de los relieves mas voluminosos, parecen ocultar su hermosura, esquivando el último repudio de sus intolerantes detractores.

Al lado del evangelio se halla el sepulcro de D. Juan Bautista Ortiz de Espinosa, abad de Santa María de Terrana, del consejo de S. M. y juez de la monarquía en el reino de Sicilia. Los maestros que fabricaron esta hornacina, buscaron un género desusado para constituir su decoración. El conopio sube aquí á despuntar en medio de un círculo que rodea como emblema de la eternidad al salvador del mundo, sentado sobre una esfera. Dos figuras humanas le adoran postradas á sus pies; y como para coronación se habían aprovechado el arco florenzado y el lambel en los entierros inmediatos, emplearon un semicírculo de tres folias y quedó agraciadísimo el recuadro.

Preservaremos de examen la extraordinaria profusión de rocalla que campea en el retablo preferente de la parroquia, bien que si algún ejemplar hay en Burgos sujeto á reglas de uniformidad y buena armonía en el gusto churrigueresco, es el que ahora mencionamos. Añadiremos todavía mas: con esta sola obra, construida en Burgos el año de 1608, pudo acreditar al autor entre los inteligentes y conocedores de mucho gusto é ilustración como retablista, y como escultor de hombre delicado sin timidez ni cobardía. La madera que subsiste desnuda ha tomado el color tostado del cedro; y tan marcados están los cortes y movimientos de las entalladuras con el polvo pegado á ellas, que este desaseo ha venido á ser un requisito eficaz para que brille la obra con todo su mérito. Ved aquí un punto donde el polvo hace mejor servicio que los colores y el oro.

Tampoco citaremos si nuestras descripciones no fuesen tan detalladas, la capilla que con inmediatez al ábside lleva la advocación de San Gerónimo. Por único ador-

no ofrece un altar malísimo del siglo XVII; el retrato del fundador pintado en lienzo, y una gran cartela de piedra por bajo de un escudo de armas, en que se lee, que fabricó esta capilla D. Gerónimo Ruiz de Camargo, obispo de Córdoba, Coria y Ciudad-Rodrigo, canónigo magistral de Avila, consultor del santo oficio, colegial en el mayor del arzobispo de la universidad de Salamanca, abad de Camargo y beneficiado en San Lesmes de Burgos. Murió en el año de 1633, nueve después de concluida la obra de su capilla.

Dividida una pared en direccion latitudinal de la de nuestra Señora de Belen. Semejante á las demas que dejamos descritas, incluye muchos y costosos sepulcros de los estilos *plateresco* y *grotesco*, con sus hornacinas y áticos poblados de santos. En algunas de las primeras estan de rodillas los bultos de los allí sepultados, con sus reclinatorios y trajes opulentos. Tal se ven los del lucillo segund al lado del evangelio con este notable epitafio.

Aquí yacen los señores Cristoval de Haro, factor de la majestad del emperador Carlos V., de la casa de la contratacion de la especeria y regidor de Burgos, patrono de esta capilla; y Doña Catalina de Ayala su mujer. Falleció él en el mes de Noviembre del año de 1541, y ella en Octubre de 1546. Dejaron dotadas en esta capilla cinco misas rezadas con sus responsos cada semana.

Juan de Haro, hijo mayor de dichos señores, yace tambien en el mismo lugar, segun lo refiere una segunda inscripcion, grabada en el macizo del arco, a mano derecha. Muy cerca de este reposan D. Lesmes de Haro y Doña Isabel de Montenegro, de ilustre y antiguo linaje, que fallecieron en 1566 y 1571; y medio oculto con los ridiculos tableros del altar se deja ver el bulto del hidalgo Juan Fernandez de Burgos, muerto en el año de 1510.

Cerraremos el número de tantos y tan preciosos monumentos fúnebres con el que la piedad de los burgaleses erigió á su patrono al espirar el siglo XVI. Redúcese á una capillita cuadrilonga, situada en frente de la puerta principal, acaso con el fin de que pudiesen visitarla desde la calle, sin interrumpir su tránsito los peregrinos de Santiago. Ciérranla por las cuatro faces unas verjas de hierro doradas, y sostienen el dombo ó bovedilla cuatro columnas dóricas, colocadas en resalto á los ángulos de la estancia. Circunvala el cornisamento un andén de mal gusto, y á sus extremos plantan cuatro estatuas simbolizando las virtudes cardinales. Un tabernáculo ó cupulina cerrada que carga sobre la clave central, cobija la imagen de San Lesmes, vestido con habito de abad.

Decente nada mas es el féretro que encierra su cadáver, exento en medio de la capilla a que nos vamos refiriendo. Como la materia es mármol rojo ha recibido bien el pulimento y brillaría mucho mas sin el simulacro yacente y en todo caso sin la funda deteriorada que le cubre. Escribe Yepes que siendo virey de Milan el condestable de Castilla D. Pedro de Velasco, envió un pabellón de tisú, para que adornasen el túmulo de San Lesmes por reconocimiento que los señores de su casa tenían al santo de cuya iglesia hubieron sido feligreses. Pero en el día no existe ese rico ornamento, ignorándose cuando desapareció.

Anotadas por mayor las joyas principales que los curiosos hallaran depositadas en la parroquia de San Lesmes, apuntaremos como accesorios el arco de esquisito trabajo que sustenta la barandilla del coro; dos cuadros bíblicos, pintados con gran conocimiento de la perspectiva aérea, paisaje y degradacion de tintas; otro firmado por Martínez en el año de 1737, en que se admira la concepcion de la Virgen y sus principales misterios; cuatro tablas flamencas de excelente colorido; un San Francisco penitente; los lienzos de los milagros del santo y otros muchos perfectamente compuestos y conservados con celo.

Hemos reconocido un terreno en que nuestros ascen-

dientes dejaron estampadas las huellas venerables de su virtud. La cultura de los siglos sucesivos no podrá menos de acatar esos magníficos trofeos con que por doquiera sorprenden nuestros pueblos y ciudades á los admiradores de la antigüedad y de las artes. Mas por si acaso los desengaños se multiplican y la profunda conviccion que actualmente nos asiste, se viera burlada, consérvense á lo menos los humildes bosquejos, que á costa de un anhelo infatigable vamos espendiendo entre las familias instruidas, deseosos de que sirvan de ejemplo los recuerdos de nuestra patria á toda la posteridad.

1846

RAFAEL MONGE.

AMENA LITERATURA.

Amor á la dernière.

ARTICULO COM' IL FAUT.

No sé si alguien habrá dicho, y si no lo digo ahora, que el amor es un cuerpo sin olor, color, ni sabor, y siendo estas propiedades las mismas del aire, segun los fisico-químicos, le viene bien esta idea que puse en otra parte:

«el amor es como el aire

pues cambia á cada momento (1)»

Puede probarse que el amor y el aire tienen muchos puntos de contacto. Nadie ha visto el aire: nadie ha visto el amor; el aire mata: el amor mata tambien; al que le tapen la boca, pedirá aire, querrá respirar: al que le supediten la voluntad de dejar latir su corazon, se ahogará, reventando como un volcan; el aire vemos que hace girar una veleta: el amor hace cambiar el corazon; el aire se trueca en huracan: el amor en fiebre; cesa el aire y reina la calma en el mar: cesa el amor y reina la calma en el espíritu; el aire agita las ventanas, y su estrépito produce insomnio que ataca la parte fisica: el amor agita el corazon y produce insomnio que ataca la parte moral. El amor y el aire son dos gemelos.

Mas déjome de digresiones y de amores aéreos que he ofrecido un *amor á la dernière* y voy á describirlo: nada tiene de inverosímil, ni de estroordinario, pero dá á conocer las inconsecuencias del mundo.

No hace muchos meses que me hallaba en la Habana; pais delicioso, que tiene intrigas como todos los paises, y donde el amor señala los mismos grados en el termómetro del escepticismo: un día de octubre del año pasado, llegó el cartero á mi casa y me entregó una carta de poco volumen, en cuyo sello colorado decia: «MATANZAS» y en su sobre «Señor D. T. Guerrero—Habana.» Desconoci la letra, pero cual fué mi asombro, después de abrirla, al ver la firma de una Carlota; la leí, admirando en toda ella un lenguaje volcánico de pasión... y esta carta no era para mí, pues la T inicial, no queria decir Teodoro, sino Tomás, pero como soy algo indolente no busqué á este y guardé la carta concebida en estos términos.

(1) En la dolera *De ayer á hoy*, publicada en mi tomo TOTUM REVOLUTUM.

«Matanzas 18 de octubre de 1845.

«Querido Tomás: ayer te marchaste en el vapor, y mirabas para la azotea de mi casa, que daba al mar: yo comprendía que me mirabas, porque te miraba yo... Eran las seis y escusé bajar: yo veía partir el vapor, y como una sombra alejarse, dejando mi corazón tan agitado como las ruedas de su máquina, tan incendiado como sus calderas y cubierto con un velo tan negro como el humo que despedía, formando un arco-iris oscuro, presagio de alguna desgracia.

«Le vi desaparecer, y solo un punto negro distinguía ó me parecía distinguir; este punto á mis ojos crecía, tomaba cuerpo, y ya no era una máquina de tablas y de hierro: todo se lo tragaba el mar: yo solo veía tu figura; creía que estabas sonriéndote al agitar tu pañuelo blanco: aquel pañuelo que debía aun conservar mis lágrimas de mujer, confundidas con una lágrima de hombre: una lágrima tuya, una sola lágrima brotaron tus párpados, una sola, pero era de fuego, y tus ojos fueron el espejo de tu alma: sé que sufriste mucho, Tomás, porque me amas, y *quien bien ama, nunca olvida*.

«Ahora estarás pensando como yo, en el momento de volver á vernos: solo tu presencia podrá compensar mis horas de amargura, pues yo no cómo, Tomás, no duermo: siempre luchando con una sombra, cuyo cuerpo he perdido; el cuerpo eres tú: la sombra tu memoria.

«Escribeme muy largo: necesito ver letra tuya, en que espreses por escrito lo que tantas veces has dicho á tu —Carlota.»

Considere el lector cuanto gozaría, leyendo tan dulces palabras, aunque indiferentes para mí pues las cartas de amor para los que no aman, tienen el mismo valor que las cartas de la baraja para los que no juegan. Seguramente hubiera olvidado este suceso, si ocho días después no hubiese vuelto el cartero á traerme otra epístola cuya letra conocí, y sin meditar que sorprendía una correspondencia, rompí la oblea que representaba un corazón inflamado, con este letrero en francés: *pour vous*. Esta segunda carta decía así:

«Matanzas 26 de octubre.

«Ocho días han pasado, Tomás; ocho días de amargura: ocho veces he visto desde mi azotea como asomaba el sol su corona esplendente por el mar, dominando la ciudad con sus rayos abrasadores; pero he esperado, Tomás, sin sentir el calor, porque en mi corazón estaba reconcentrado otro sol mas ardiente: el amor irritado! Ocho veces he visto hundirse el sol entre las aguas, y ha sido en vano: he esperado.... y aun espero....

«No has vuelto y fuiste para estar tres días: creo que estarás enfermo, pues no puedo convencerme que hayas olvidado á —Carlota.»

La conciencia me remordió en aquel momento, pues creí tener parte en la indiferencia de Tomás, que por llevar mi apellido, no recibía las cartas de la pobre Carlota, que manifestaba ser uno de los pocos modelos de amor del siglo XIX. Sin embargo conocía que la conducta del anónimo Tomás era reprochable, cuando nada

le escribía á quien tanto le amaba, pero la casualidad desencadena á veces los misterios mas tenebrosos.

Dos días después me paseaba solo por el salón del Liceo, mientras bailaban las *contradanzas*, cuando oigo que detrás de mí decía uno:

—¿Te diviertes mucho, Tomás?

—Hago lo posible.

—Ya se vé, con tan buena pareja!

Al nombre de Tomás me volví repentinamente, y sin saber por qué fijé la vista en el interpelado, queriendo adivinar en su fisonomía, si era mi héroe de Matanzas. Tendría de veinte y dos á veinte y tres años: melena rizada, bigote negro como su cabello, y su traje elegante, unido á ese sello particular que recomienda, predisponía en su favor: estaba sentado junto á una joven, muy joven, y por las palabras que pude sorprender en su diálogo, se correspondían.

Al primer conocido que encontré al paso, le dirigí esta pregunta.

—¿Quién es aquel joven?

—El que baila con Leocadia?

—Ignoro el nombre de ella, le contesté, pero ahora les toca salir.

—Bien: ese joven se llama Tomás Guerrero: educado en Matanzas, donde reside. Dicen que se casa con Leocadia, pero no lo creo, porque es muy loco.

—¡Gracias!.... ¡Este es mi hombre! dije entre mí, y estrechándole la mano, me fui á colocar detrás de Tomás y Leocadia. No sé que interés me unía á Carlota, pero deseaba hacerla un bien, sin conocerla.

Cuatro días pasaron, y la tercera carta de Carlota llegó á mis manos. Quiero copiarla para dar á entender el estado de un amor tan singular.

Matanzas 2 de noviembre.

«La reflexion obra siempre en los seres, cuando las personas son capaces de reflexionar; y yo, Tomás, aunque he apurado gota á gota la hiel de la amargura, he sabido lanzar la copa que la contenía y hacerme superior á mi debilidad. El hierro candente que vá recibiendo gotas de agua, al fin concluye por apagarse y la mano que lo toque, lo hallará frío. Mi corazón ardiente ha recibido cada instante una de mis lágrimas que reflúan en él porque trataba de contenerlas, y no tenían salida... Mi corazón está apagado, y apenas al tocarle siente mi mano su latido.

«Hé suspendido, Tomás, porque me ahogaba! Los sollozos del despecho y las lágrimas de la debilidad eran una lucha demasiado fuerte.... ¡y me volvería loco! ¡Hé mentido, Tomás! ¡hé mentido! ¡mi corazón te busca, porque te amo yo!... Una palabra, una sola palabra... y quedas sincerado: el amor es ciego y me dejaré engañar!.... Yo quiero persuadirme que alguna causa grave te detiene en la Habana. Espero tus cartas.... Adios! —Carlota.

Esta lectura me causó una impresion muy profunda, y salí decidido á buscar el paradero de Tomás: cuando le encontré, corrí á su casa y se lo conté todo, disculpándome, aunque pronto á satisfacerlo; pero riéndose me contestó:

—No tiene V. la culpa, sino nuestro comun apellido: desde hoy firmaré con el segundo para mas seguridad.

—¿Y Carlota? le pregunté, sin dar á entender que sabia sus relaciones con Leocadia.

—Todo pasa en este mundo, amigo: nosotros no podemos contar con nuestro corazon.

—¿Eso quiere decir que ya es d otra?

—¿Sí: el corazon es como el agua; el corazon se forma ilusiones segun la muger que ama, como el agua toma la figura del vaso que la contiene.

—¿Y es mentira que la amabais?

—¡Pasatiempo! ¡cosas de muchachos!

—¿No vé V. que puede precipitar á esa jóven?

—Amigo, ¡V. es poeta! su imaginacion se exalta pronto,



«y admiro vuestro candor
que no se mueren de amor
las mugeres hoy en día!»

—¿No recuerda V. que Espronceda dice esto?

—Sí, sí, recuerdo, le contesté.

—El paso ha estado gracioso y no dudo que lo aprovechará V.: solo le suplico que me trate con caridad.

—No lo olvidaré: ¡adios!

—¡Adios!

Y sali, decidido á volver, porque me interesaba aquella historia.

El desenlace es casi de prever, pero bueno será que publique la última carta de Carlota. Al abrirla tuve algun miedo por su cabeza.

La carta decia así:

Matanzas 19 de noviembre.

«Todo ha concluido entre nosotros! V. ha sido un perverso; pero á desesperado mal, remedio desespera-

do: sé que V. se casa, y le deseo felicidades. Un joven ha querido consolarme, y he aceptado su amor: he aprendido, aunque un poco tarde, lo que son los hombres.—
B. S. M.—*Carlota.*

Muy pocos días después, mi nuevo amigo Tomás me participó su enlace, noticiándome al mismo tiempo, que *Carlota desesperada*, debía también casarse dentro de breves días.

¡Hé aquí el mundo! exclamé yo. ¡Crea la mujer en el amor del hombre, y crea el hombre en el amor de la mujer!

TEODORO GUERRERO.

POESIA.

LA SOCIEDAD.

«Maldito el hombre que virtudes siembra,
para coger cosecha de desgracias.»
Hartzenbusch.

Rosa que exhala su fragante aroma,
cuando el alba benéfica despunta,
y bajo el caliz de color no asoma
de aguda espina la escondida punta.

Mar, que apacible sobre la ancha falda,
recibe el peso de ferrada quilla,
y sacudiendo súbito la espalda,
rota la arroja á la apartada orilla.

Vision engañadora, cuyo canto
adormece del hombre los sentidos,
y al descender el misterioso manto,
se torna el sueño en lúgubres quejidos:

Tal es la sociedad: tal es el mundo
con su pompa, su brillo, sus mugeres;
con su acento de júbilo profundo,
con su capa mentida de placeres;

Tal es la sociedad: bella, amorosa,
como el sonido de la blanda lira,
y allá en el fondo de su faz de rosa,
todo es preocupación: todo mentira.

¡Ilusión... desengaño!... horrible ideal...
Ser tan bello, el matiz de sus colores...
ser fantástica imagen que se crea,
en la imprudente edad de los amores!...

Y el imbecil se goza, se extasia,
con el brillo falaz de su hermosura...
es la mujer que esconde su falsía...
es el león que aduerme su bravura.

Lánzase en ella con pasión el hombre,
cual se lanza el guerrero á la pelea,
y olvidando tal vez su oscuro nombre,
su magia engañadora saborea.

Empero pronto la orgullosa frente,
marchita yace como flor caída,

como rosa que sol resplandeciente,
sin aroma dejó; dejó sin vida.

Mírala humilde, su capullo seco
declinar á la tierra con tristura
como declina misterioso el eco
del ancho espacio en la elevada altura.

La desgracia, ¡infeliz!... en un momento,
las flores marchitó de aquel eden;
y hondo surco de agudo sentimiento,
dejó al pasar sobre tu ajada sien.

Ese mundo fantástico que viste;
esas horas mentidas de pasión,
fueron un sueño que feliz dormiste,
en el seno fugaz de la ilusión:

Rasgóse el velo que ofuscó tu sueño,
cuando á la vida por tu mal tornaste,
y en vez del mundo que creó tu ensueño,
la severa verdad desnuda hallaste.

¡La desgracia!... ese sol de desventura,
remedo de la muerte en los dolores:
esa voz de pesar y de amargura,
áspid oculto entre olorosas flores:

¡Qué se hicieran los ayes de la hermosa;
su constancia, su fe, su juramento?...

¡Ay! huyeron cual leve mariposa,
y en sus regiones los deshizo el viento.

¡Ya no hay sino desgracia; y de su seno,
la altiva sociedad arroja al hombre;
y con el pecho de pesares lleno,
huye la sociedad; odia su nombre.

Y llena el alma de pasión y vida:
lleno su corazón de fuego ardiente,
grita al ver su ilusión desvanecida,
«Miente la sociedad: el hombre miente.»

J. F. DIAZ.

EPIGRAMAS.

Compró un billete Matias,
y premiado le salió,
en aquellos mismos días
la mujer se le murió.
Esas son dos loterías.

P.

Gil casó pobre, y después
tuvo dinero y carruajes,
buena mesa, y ricos trajes
su esposa la linda Inés.

El al ver tanta arrogancia,
—¿Qué tengo en la frente yo?
dijo: y ella contestó:

—Los signos de la abundancia.

PROSPERO MASSANA.

Descansa la Empresa del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, de corresponder con progresivos adelantos al constante favor que esta obra ha merecido del público, dispone para dar principio al duodécimo año de su publicación mejoras importantes en todos los ramos. En las próximas entregas aparecerán sucesivamente los artículos siguientes con sus correspondientes dibujos y grabados originales:

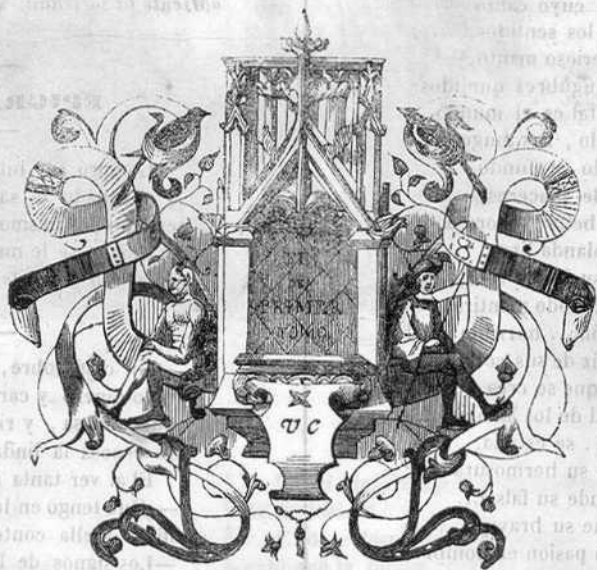
Santander, su historia y descripción.—La catedral de Astorga.—Villafranca del Bierzo.—La catedral de Pamplona.—Puerto-Rico.—El castillo de Benavente.—La catedral de Orense.—Palacio de los Churruchao.—El monasterio de Guadalupe.—Subterráneo del palacio de Altamira.—La torre de Hércules.—Alava.—Capilla del Cristo en Santander.—La cárcel de corte ó audiencia de Madrid.—Biografías del Marqués de Santillana,—de D. Diego Saavedra Fajardo,—de Martínez Marina,—del escultor Castro,—del Conde Duque de Olivares,—de D. Gerónimo de Zurita,—de D. Antonio de Oquendo.—Un concilio de Toledo en tiempo de Chintilla.—Los caballeros de San Julian de Perreiro.—Una boda en Carrascalejo.—La feria de S. Froilan.—La romería de Santarem.—Las bodas de Labajos.—La Cruz de los Angeles y la Cruz de la Victoria.—Monedas del tiempo de los godos.—Trajes de la época de D. Alonso el Sábio y varios artículos de educación, economía doméstica, comercio, moral, agricultura, viajes, historia natural, novelas, cuentos y demás materias que forman la base de nuestro SEMANARIO.

En vez de los geroglíficos que prometimos dar en este periódico, única oferta á que hemos faltado y esto á petición de muchos suscritores al SIGLO PINTORESCO, en el cual se publican constantemente, presentaremos de tiempo en tiempo desde el mes de Enero, problemas de Ajedrez, cuya solución insertaremos al proponer el siguiente, imitando en esto á los periódicos pintorescos de Inglaterra.

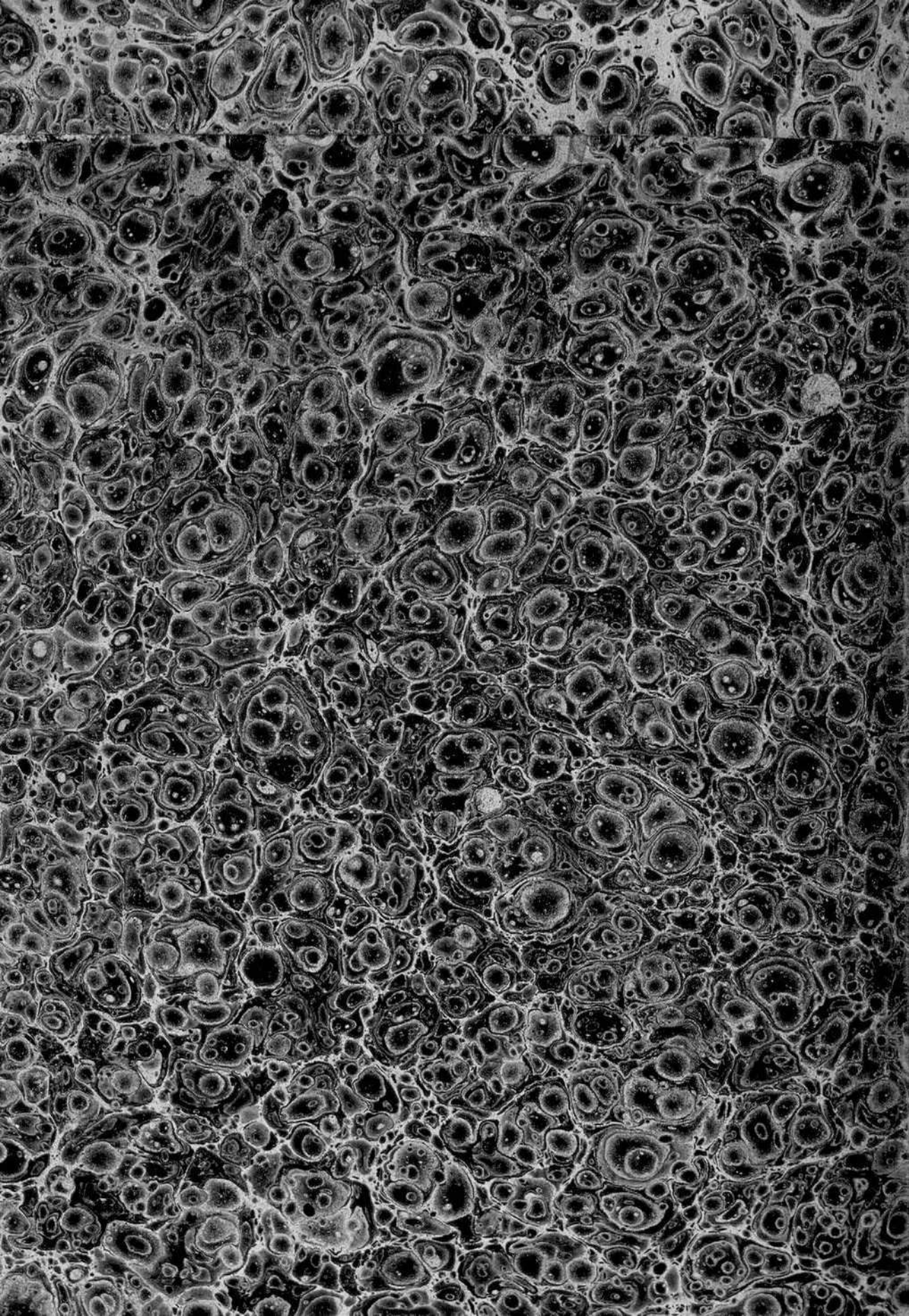
Con el segundo número del año entrante recibirán los señores abonados una preciosa portada que se está acabando de grabar, y el índice y cubierta del presente tomo que concluye con esta entrega.

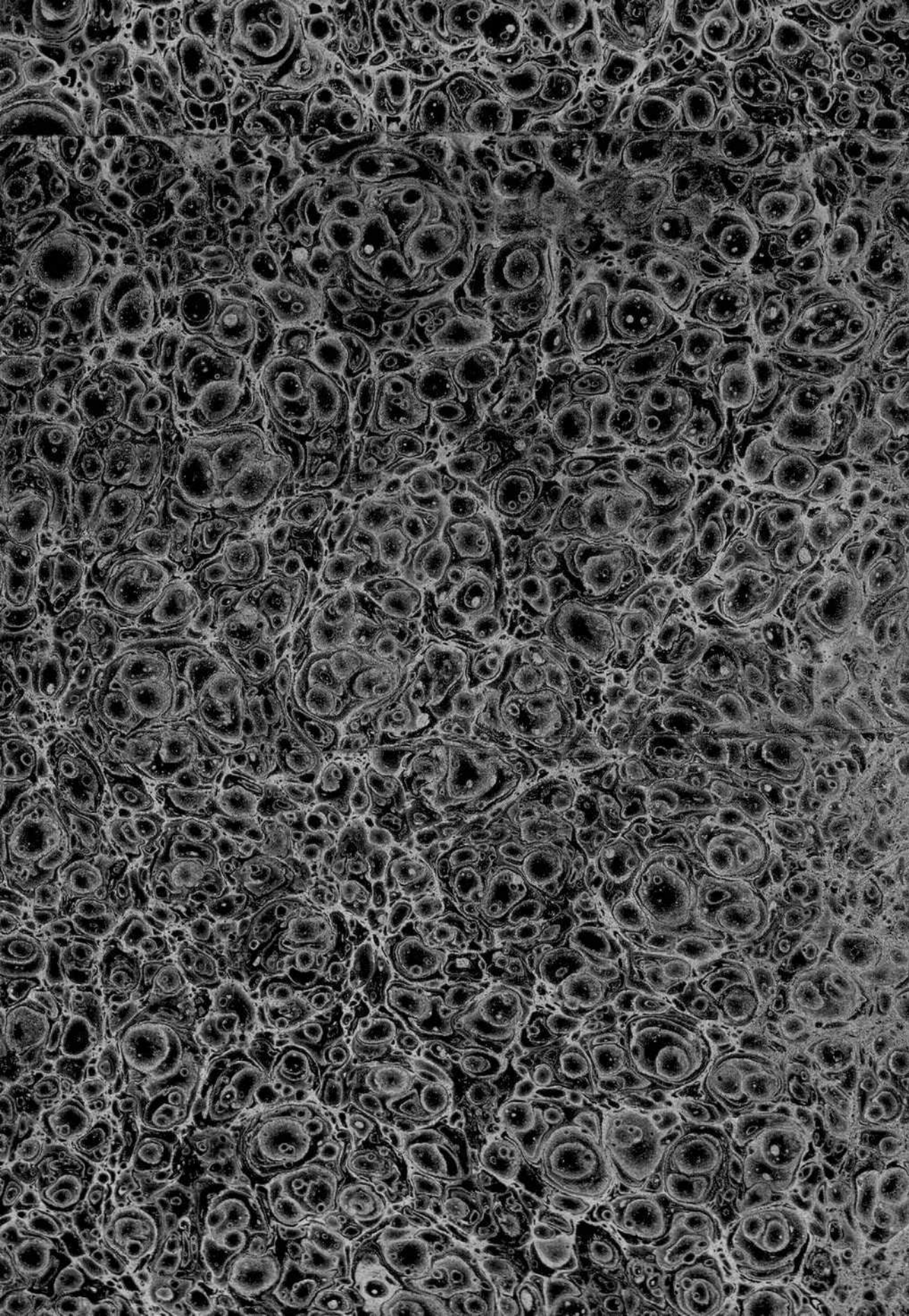
Los suscritores de provincia, cuyo abono concluye en fin de año, se servirán renovar con tiempo, á fin de que no padezcan retardo en el recibo de los números. En Madrid les llevarán los repartidores los recibos á las casas.

Desde el día 15 de Enero próximo estará de venta en los puntos de suscripción el tomo primero de la nueva época del SEMANARIO, que comprende este año de 1846, á 56 rs. encuadernado en rústica y se remitirá á las provincias con aumento del porte.



BIBLIOTECA PROVINCIAL
BP.004.982
Reg.
ESCOLA PIA CATALUNYA









SEMANARIO
PINTORESCO
— FRANCISCO DE PAZ —
1846

